Los cuarenta días del Musa Dagh

FRANZ WERFEL



Esta es la novela que leían los judíos del gueto de Varsovia durante su cautiverio, pues su historia refleja mejor que ninguna otra su aciaga suerte y su martirio. Inspirada en hechos reales, Los cuarenta días del Musa Dagh narra el exterminio de los armenios a manos del Imperio otomano, después del holocausto judío, el más cruel y sistemático intento por acabar con un pueblo en el siglo pasado.

Durante la Primera Guerra Mundial, el régimen de los Jóvenes Turcos puso en marcha una campaña de exterminio del pueblo armenio. La población armenia de la costa turca meridional, crecida al amparo del Musa Daga —o Montaña de Moisés—, luchó durante cuarenta días, hasta ser rescatada por los franceses.

Esta novela histórica reconstruye la hazaña de esos hombres a través de la historia de un armenio europeizado que organiza la defensa en la montaña. El autor, austríaco de raza judía (1890-1945), publicó el relato en 1933.

La obra comienza abordando los acontecimientos de modo novelado, con preponderancia de la descripción y narración pretérita de una saga familiar; con una prosa sugerente y evocadora, recrea los modos de vida de un pueblo, mezclando lo moderno y lo tradicional, Oriente y Occidente. A medida que avanza la historia, el relato abandona la fabulación para apoyarse en la crónica: el tiempo pasa a ser presente; la modelación de los personajes, menor; el protagonista se convierte en un héroe capaz de conducir a su pueblo con la dignidad de un jefe. Esta transformación ayuda a la crónica pero, en ocasiones, peca de simplicidad y frena el relato. Werfel introduce con maestría apuntes sobre importantes problemas del siglo XX, en germen ya en 1915: persecuciones de las minorías, alianzas militares europeas, percepción oriental de los abusos de Occidente sobre su cultura…; junto a esto, el autor intercala reflexiones acerca de la condición humana. El relato mantiene la tensión y dosifica los datos, al mismo tiempo que conduce con acierto la evolución de los personajes y sus reacciones en situaciones límite.

Franz Werfel

Los cuarenta días del Musa Dagh



Título original: *Die vierzig Tage des Musa Dagh*
Franz Werfel, 1933
Traducción: Nora Gutmann, año

-

Revisión: 1.0

26/04/2024

Nota del autor

Esta obra se concibió en marzo del año 1929, durante una estancia del autor en Damasco. El espectáculo deprimente de unos niños prófugos, mutilados y hambrientos, que trabajaban en una fábrica de tapices, fue el motivo decisivo que me decidió a desenterrar de la tumba del pasado el inconcebible destino del pueblo armenio. El libro fue escrito entre julio de 1932 y marzo de 1933. Durante ese tiempo, en el mes de noviembre, en ocasión de una serie de conferencias por varias ciudades alemanas, escogí para una de ellas el capítulo quinto del libro primero, exactamente en su forma actual, que se basa en la tradición histórica de la conversación que tuvo lugar entre Enver Pachá y el pastor Johann Lepsius.

F. W.
Breitenstein, primavera de 1933

Libro primero

La proximidad

«¿Hasta cuándo, Señor santo y verdadero, dejarás sin juzgar ni vengar nuestra sangre a aquellos que habitan la tierra?».

APOCALIPSIS DE SAN JUAN, VI, 10.

Capítulo I

Teskeré

¿Cómo he llegado hasta aquí?

Gabriel Bagradian musitó estas palabras involuntariamente. En realidad, no expresaban un interrogante, sino más bien un sentimiento impreciso, un profundo asombro que se había apoderado por completo de él. Tal vez se debieran a la radiante mañana de ese domingo de marzo de la primavera siria, que invade de anémonas gigantes de color púrpura las faldas del Musa Dagh hasta las desordenadas planicies de Antioquía. Por todas partes se extiende la roja avalancha ahogando el discreto blanco de los narcisos, cuya época ya había llegado. Una invisible vibración dorada parece envolver la montaña… ¿Serán los enjambres de abejas escapadas de las colmenas de Kebussije o bien en esta hora, más transparente que cualquier otra al sonido y a la luz, se percibe el rugido del Mediterráneo que a lo lejos socava las costas desnudas del Musa Dagh? Un camino escarpado bordeando los muros derruidos. Allí donde éstos se reducen a una masa informe de guijarros, el sendero se estrecha hasta convertirse en una simple senda de cabras. Ha dejado atrás la primera colina y Gabriel se vuelve con el oído alerta, estira su larga silueta enfundada en un traje de suave paño inglés, e inclina ligeramente el fez sobre su frente húmeda. Sus separados ojos son un poco más claros, pero no más pequeños, que los de la mayoría de los armenios.

Gabriel ve ahora claramente de dónde viene: la villa resplandece

con luz propia, con sus blancos muros y su tejado entre los eucaliptos del parque. También los establos y demás dependencias centellean bajo el sol de esa mañana dominical. Aunque más de media hora de marcha le separa de su propiedad, ésta le parece siempre tan próxima como si hubiera seguido a su amo paso a paso. Más abajo, en el valle, lo saluda la iglesia de Yoghonoluk con su gran cúpula y su puntiagudo campanario. Esta iglesia, de aspecto grave y vetusto, tiene el mismo origen que la villa. Ambas fueron construidas cincuenta años antes por el abuelo de Gabriel, fundador y legendario benefactor de la región. Los campesinos y artesanos armenios tienen la costumbre de volver a su patria después de haber hecho fortuna en el extranjero, aunque para ello tengan que hacerlo desde los confines del mundo; en cambio, los burgueses enriquecidos organizan su vida de otro modo. Se hacen construir lujosas residencias en las costas de Cannes, en los jardines de Heliópolis o, por lo menos, en las faldas del Líbano, en los alrededores de Beirut. El viejo Awetis era bien diferente a todos estos advenedizos. Él, el fundador de la famosa firma que llevaba su nombre, que poseía sucursales en París, Londres y Nueva York, residía año tras año, en la medida en que se lo permitían sus negocios, en su villa a los pies del Musa Dagh, sobre la localidad de Yoghonoluk.

Además, no sólo Yoghonoluk, sino también las otras seis aldeas de la región de Suedja habían disfrutado de los beneficios de su real presencia. Al margen de la cantidad de iglesias y escuelas, o de los profesores que hizo venir de la Misión americana, basta con mencionar un regalo que, a pesar de todos los acontecimientos ocurridos hasta la fecha, la población del lugar aún recuerda: todo un cargamento de máquinas de coser Singer, que Awetis hizo repartir entre cincuenta familias menesterosas de la región en un año en que sus negocios fueron particularmente favorables.

Gabriel, que seguía sin apartar su mirada penetrante de la villa, había conocido a su abuelo. En esa casa había nacido y había pasado, hasta los doce años, muchos meses de su infancia. Sin embargo, aquella vida anterior que una vez fue la suya se le antoja

hoy irreal, y esta sensación le causa un profundo dolor. Le da la impresión de una existencia embrionaria cuyos recuerdos desgarran su alma con un desagradable estremecimiento. ¿Conoció realmente a su abuelo? ¿O es que sólo lo evoca a través de las imágenes o los relatos leídos en algún libro durante su juventud? Ve a un hombre pequeño con una barba plateada y puntiaguda, envuelto en un largo caftán de seda, a rayas negras y amarillas. Sus quevedos de oro le cuelgan sobre el pecho, sujetos a una cadenilla; sus zapatos rojos atraviesan la hierba del jardín. Todo el mundo se inclina profundamente a su paso. Sus gráciles dedos de anciano rozan las mejillas del niño. ¿Era realmente así, o se trata sólo de una vaga ensoñación? En lo que se refiere al abuelo, a Gabriel le ocurre casi lo mismo que con el Musa Dagh. Cuando algunas semanas atrás volvió a ver por primera vez la montaña tan querida de su infancia, destacándose del cielo crepuscular la línea oscura de la cima, se sintió sobrecogido por un sentimiento indescriptible, a la vez angustioso y sublime, cuya intensidad no habría sabido medir. Se apresuró a rechazarlo… ¿Era acaso el primer síntoma de un presentimiento? ¿Eran los veintitrés años?

¡Veintitrés años en Europa, en París! ¡Veintitrés años de completa integración! Años como éstos cuentan el doble, el triple aún; borran todo lo demás. A pesar de que la central de la firma seguía estando en Estambul, tras la muerte del abuelo, la familia entera, libre ya del patriotismo local del viejo jefe, se apresuró a huir de este rincón oriental. Por aquel entonces los padres de Gabriel vivían en París con sus dos hijos. Su hermano, quince años mayor que él y que también se llama Awetis, no tarda en separarse de ellos. Regresa a Turquía en calidad de codirector de la casa importadora. Pronto demuestra cuán digno es de llevar el nombre del abuelo. No se siente atraído por Europa. Es un hombre singular y gusta de la sociedad. Con él la villa de Yoghonoluk, abandonada durante muchos años, vuelve a resurgir gloriosamente. Su única pasión es la caza y, cazador infatigable, desde Yoghonoluk emprenda excursiones por los montes de Taurus y por el Hauran. Gabriel, que apenas sabe de su hermano, continúa en París sus estudios en el

Liceo y en la Sorbona. Nadie le obliga a seguir la carrera comercial por la que no siente la menor vocación, constituyendo así una rara excepción en su estirpe. Se le permite llevar una vida de sabio, de espíritu privilegiado, como arqueólogo, filósofo e historiador del arte; recibe una renta anual que le evita toda preocupación y lo convierte en un hombre de fortuna. Muy joven aún se casa con Julieta. Este matrimonio provoca en él un cambio más profundo. La francesa lo arrastra a su lado. Gabriel es desde entonces más francés que nunca. Ya no es armenio más que en teoría. Sin embargo, jamás olvida completamente su origen, y de vez en cuando aparecen en las revistas armenias algunos de sus artículos científicos. Cuando su hijo Esteban cumple diez años, le busca como preceptor a un estudiante armenio que debe enseñarle el idioma de sus antepasados. Al principio, Julieta lo considera absolutamente superfluo y hasta perjudicial. Pero como la presencia del joven Samuel Awakian le resulta agradable, pone fina su oposición, no sin algún que otro tira y afloja previo. Las disputas que se producen entre los esposos provienen siempre de un mismo y único antagonismo. A pesar de todos los esfuerzos que hace Gabriel por integrarse en el extranjero, de vez en cuando acaba mezclándose en la política de su país. Debido a su buen nombre, algunos de los dirigentes armenios le visitan en París. El partido Dachnakzagan llega incluso a ofrecerle una cartera. Aunque rechaza con horror esta proposición, sin embargo, toma parte en el famoso congreso que en 1907 reúne a los Jóvenes Turcos y el Partido Nacional Armenio. Se trata de crear una nueva forma de Estado en la cual las razas puedan vivir apaciblemente y sin humillaciones unas al lado de otras. Este proyecto entusiasma al extranjero en el que casi se había convertido Gabriel. En esos días los turcos abundan en halagos y declaraciones de afecto hacia los armenios. Dada su naturaleza, Gabriel toma con más seriedad que otros estos juramentos de fidelidad. Es ésta la razón por la cual, desde el comienzo de la guerra de los Balcanes, se ofrece como voluntario. Después de una rápida enseñanza militar en la escuela de oficiales de reserva en Estambul, alcanza a tomar parte en la batalla de Boulair en calidad de oficial en una batería de

obuses. Esta única separación larga de los suyos dura más de seis meses. Sufre por ello intensamente. Tal vez teme perder a Julieta. Siente peligrar algo en sus relaciones, aunque no tiene ningún motivo tangible para ello. De regreso a París, aparta de sí toda preocupación que no se atenga exclusivamente al dominio de su vida interior. Es un pensador, un hombre abstracto, un hombre abstraído en sí mismo. ¿Qué le importan los turcos, los armenios? Piensa entonces nacionalizarse francés; con ello complacería sobre todo a Julieta. Pero en el último momento le frena siempre una insatisfacción íntima. Ha ido a la guerra voluntariamente. Aunque no vive en su patria, no por eso puede renegar de ella; es la patria de sus antepasados, quienes sufrieron en ella largos martirios, sin abandonarla. Él, Gabriel, no ha sufrido nada de eso. Los asesinatos, las matanzas, no los conoce sino por relatos y libros. Acaso no es indiferente la nacionalidad a la que pertenece un hombre abstracto, piensa, para seguir siendo súbdito otomano.

Transcurren dos hermosos años en un elegante apartamento de la avenida Klébler. Podría parecer que el problema se ha resuelto, que ha encontrado por fin una forma definitiva de vida. Gabriel tiene treinta y cinco años; Julieta, treinta y cuatro; Esteban, trece. Viven sin preocupaciones, sin ambiciones particulares, él con su tarea intelectual en medio de un agradable círculo de amigos. En cuanto se refiere a éstos, es Julieta quien decide. Su labor consiste principalmente en reducir sin cesar las relaciones de Gabriel —cuyos padres murieron hacía ya algún tiempo— con sus antiguas amistades armenias. Julieta, inflexible, impone el sello de su personalidad. Sólo existe una cosa que ella no puede modificar: los ojos de su hijo. En cambio, se diría que Gabriel no observa ninguno de estos detalles. Una carta urgente de Awetis Bagradian viene a torcer bruscamente este destino. El hermano mayor pide a Gabriel que se reúna con él en Estambul; está muy enfermo y ya no se siente capaz de dirigir la empresa. Por eso hace varias semanas que ha dispuesto todo lo necesario para convertir la firma en una sociedad anónima; por lo tanto, convendría que Gabriel se presentara allá a fin de proteger sus intereses. Al instante, Julieta, muy convencida de

sí misma, declara que acompañará a Gabriel a fin de secundarlo durante las negociaciones, pues se encuentran en juego sumas considerables. Gabriel, pretende ella, es demasiado ingenuo y no está a la altura de los astutos comerciantes armenios. Junio de 1914. El mundo adquiere un aspecto inquietante. Gabriel decide llevar consigo no sólo a Julieta, sino también a Esteban y Awakian. En realidad, el año escolar ya casi ha terminado. El asunto se puede eternizar y además resulta difícil prever el curso de los acontecimientos.

En la segunda semana de julio la familia desembarca en Constantinopla. Pero Awetis Bagradian no ha podido esperarles; ha tenido que partir a Beirut en un barco italiano. En los últimos días su afección pulmonar se había agravado con extraordinaria rapidez y ya no podía soportar el aire de Estambul. Curiosamente, el hermano del europeo Gabriel no va a morir a Suiza, sino a Siria. En vez de negociar con Awetis, Gabriel debe habérselas con directores, abogados y notarios. Debe reconocer que este hermano casi desconocido lo ha preparado todo para él de la manera más afectuosa y circunspecta. Por primera vez comprende que ese Awetis, enfermo y envejecido, es quien trabaja para él y a quien debe todo su bienestar. ¡Qué absurdo es el que dos hermanos permanezcan tan extraños el uno al otro! Gabriel se espanta al pensar en la superioridad que ha sentido ante este «comerciante», este «oriental», sentimiento que no siempre trató de dominar. Se apodera entonces de él el deseo, la nostalgia de reparar esa injusticia antes de que sea demasiado tarde. El calor de Estambul es realmente insoportable. No sería oportuno ahora regresar a Occidente; más vale dejar pasar la tempestad. Por el contrario, la sola idea de una corta travesía produce alivio.

Precisamente uno de los nuevos barcos de la Khedival Mail parte hacia Alejandría, haciendo escala en Beirut. En las colinas occidentales del Líbano se pueden alquilar villas modernas capaces de satisfacer por sus comodidades a los más exigentes. Los entendidos saben que no existen en el mundo paisajes más hermosos que aquéllos. Gabriel no necesita esgrimir tales argumentos para

convencer a Julieta, pues ya estaba de acuerdo. En ella late desde hace tiempo una sorda impaciencia. Le seduce la idea de conocer algo nuevo. Mientras se encuentran en alta mar, estallan por todos lados las declaraciones de guerra de las grandes potencias. Al desembarcar en Beirut han comenzado ya las primeras hostilidades en Bélgica, en los Balcanes y en Galicia. Ya no es posible pensar en regresar a Francia. Están inmovilizados. En los periódicos leen que la Sublime Puerta va a entrar en la alianza de las Potencias Centrales. Así París se convierte en tierra enemiga. El motivo principal del viaje ha sido desbaratado. Por segunda vez Awetis Bagradian no ha podido ser alcanzado por su hermano menor. Salió de Beirut hace un par de días y llegó a Yoghonoluk tras una penosa jornada por Alepo y Antioquía. Ni el Líbano le satisface para morir; tiene que ser el Musa Dagh. La carta que redacta a su hermano para anunciarle su propia muerte no llegará a Beirut hasta el otoño. Mientras tanto, los Bagradian se han instalado en una hermosa casa en lo alto de la ciudad. Julieta considera aceptable la vida en Beirut. Se encuentra allí a una multitud de franceses y, además, los cónsules de diferentes países la visitan. Aquí, como en todas partes, ella se las ingenia para procurarse relaciones: Gabriel se siente dichoso al ver que ella no sufre demasiado por el destierro. Al menos por ahora, Beirut es más segura que cualquier otra ciudad europea. Sin embargo, no puede dejar de pensar constantemente en la casa de Yoghonoluk. En su última carta, Awetis se la recomendaba con insistencia. Cinco días después llega un telegrama del doctor Altouni en el que le anuncia la muerte de su hermano. Gabriel ya no se contenta con pensar en la mansión de su infancia, sino que habla de ella sin cesar. Pero cuando Julieta expresa su deseo de instalarse lo más pronto posible en esa casa dela que le había oído hablar tantas veces y que acaba de heredar, él vacila. A las objeciones de su marido se opone ella con obstinación. ¿La soledad del campo…? ¡Eso es lo que ella desea! ¿Falta de comodidades…? Ella sabrá procurarse cuanto le sea necesario.

Y precisamente esa tarea que ha de emprender es lo que le encanta. Sus padres habían tenido una casa de campo en la que

había pasado sus primeros años. Poder amueblar a su gusto su propia casa, organizaría y dirigirla según su idea, sería la realización de uno de sus sueños más dulces, e importaba muy poco en qué país y bajo qué cielos ocurriera. A pesar del entusiasmo y la impaciencia que ella demuestra, Gabriel posterga la partida hasta después de la temporada de las lluvias. ¿No sería tal vez más prudente enviar a su familia a Suiza? Pero Julieta persiste en su idea. Su actitud es ya casi desafiante. Gabriel no logra dominar un extraño malestar mezclado con una ardiente nostalgia que lo invade. Ya es diciembre cuando la pequeña familia se prepara para dirigirse a la patria del padre. Hasta Alepo el viaje se efectúa en tren, a pesar de los transportes de tropas. En Alepo alquilan dos automóviles de aspecto indescriptible. Después de viajar a través del barro de una mala carretera rural, llegan milagrosamente a Antioquía. Ahí los espera ya el administrador Kristaphor cerca del puente sobre el Oronte con el coche familiar y dos carretas de bueyes para el equipaje. Ahora serán, a lo sumo, dos horas de viaje hasta Yoghonoluk. Éstas transcurren alegremente. Julieta piensa que la aventura no resulta tan desagradable.

¿Cómo ha llegado hasta aquí? Lo que le rodea no responde sino de un modo vago a su pregunta. Sin embargo, el profundo asombro de su alma, mezclado con una leve inquietud, no desaparece. Tantas cosas antiguas, vencidas por veintitrés años en París, reclaman nuevamente su derecho de posesión. Sólo ahora consigue Gabriel separar su mirada perdida de la casa. Seguramente Julieta y Esteban duermen aún. Tampoco las campanas de la iglesia de Yoghonoluk han anunciado aún el domingo. Con la vista sigue el curso de las aldeas armenias en el valle, un poco más al norte. Desde donde se encuentra ahora puede ver Azir, el pueblo de los gusanos, pero ya no Kebussije, la última localidad en esa dirección. Azir duerme en un oscuro lecho verde de moreras. Allá, sobre la pequeña colina apoyada en el Musa Dagh, se elevan las ruinas de un monasterio. El apóstol santo Tomás en persona fundó esa ermita. Las piedras de las ruinas llevan curiosas inscripciones, algunas de las cuales datan del tiempo de los seleucidas, y significan preciados hallazgos para los

arqueólogos. Antaño Antioquía, en aquel entonces la reina del universo, se extendía hasta el mar. Aquí y allá se encuentran esparcidos sobre la tierra, y a la vista de los buscadores de tesoros, toda clase de vestigios de la antigüedad, que no tardan en aparecer al primer golpe de pala. En las últimas semanas Gabriel había logrado reunir en su casa gran cantidad de estos valiosos trofeos. Esta caza de antigüedades es aquí su principal ocupación. Sin embargo, hasta ahora un temor respetuoso le ha impedido trepar a la colina en la que se encuentran las ruinas de la ermita de santo Tomás. Se dice que está custodiada por enormes serpientes coronadas de tonos cobrizos. Todos aquellos hombres que se llevaron las piedras sagradas para construir sus casas tuvieron que llevar sobre sus espaldas el fardo sacrilego hasta el día de su muerte. ¿Quién le ha referido esta leyenda? Recuerda hace años, en la habitación de su madre —que hoy ocupa Julieta—, a las ancianas sentadas en círculo y el rostro extrañamente pintado. ¿O será esto acaso una fantasía? Podría ser. ¿Eran aquella mujer de Yoghonoluk y aquella de París la misma?

Hace rato que Gabriel ha penetrado en las sombras del bosque. En la falda de la montaña se encuentra un profundo corte en pendiente que conduce hasta la cima. Lo llaman «el desfiladero de las encinas». Mientras Bagradian trepa por el camino de cabras que se desliza penosamente por entre los espesos matorrales, de repente sabe que lo provisional toca a su fin. Ha llegado la hora de la decisión.

¿Lo provisional? Gabriel Bagradian es oficial de reserva otomano agregado a un regimiento de artillería. Los ejércitos turcos están dispuestos en cuatro frentes, prontos a empeñarse en una lucha a muerte. En el Cáucaso, contra los rusos; en el desierto de Mesopotamia, contra los ingleses y los hindúes. Divisiones australianas han desembarcado en la península de Gallípoli para unirse a las flotas aliadas y forzar así las puertas de acceso al Bósforo. El cuarto ejército, en Siria y Palestina, prepara un nuevo ataque al

canal de Suez. Son necesarios esfuerzos sobrehumanos para mantenerse en todos estos frentes. Enver Pachá, el general jefe divinizado, ha perdido dos cuerpos enteros de ejército durante la temeraria campaña invernal emprendida en el Cáucaso. En todas partes faltan oficiales. El material de guerra es escaso. Para Bagradian ya pasaron los prometedores días de 1908-1912. Ittihad, el comité de los jóvenes turcos Por la Unión y el Progreso, se ha servido del pueblo armenio únicamente para realizar sus propios proyectos y ha renegado bien pronto de todos sus juramentos. En realidad, Gabriel no tiene ningún motivo para dar prueba de un ardor patriótico especial. Ahora las cosas son bien distintas. Su mujer es francesa. Correría así el riesgo de verse obligado a combatir contra una nación que ama, hacia la cual conserva un gran agradecimiento y a la que se encuentra además ligado por su matrimonio. A pesar de todo, se presenta en Alepo al consejo de revisión de su regimiento; era su deber. De otro modo se le habría podido considerar un desertor. Extrañamente, el coronel de la división no parece necesitar oficiales. Examina los papeles de Bagradian con meticulosa atención y enseguida lo despide. Le pide que deje su dirección, que esté preparado y espere al llamamiento. Esto ocurre en noviembre. Ahora marzo toca a su fin y la anunciada orden de movilización de Antioquía sigue sin llegar. ¿Hay tras ello una intención impenetrable o simplemente el efecto del no menos impenetrable caos que reina en la organización de las oficinas del ejército otomano? En ese momento, Gabriel aún tiene la certidumbre de que todavía hoy puede llegar el llamamiento decisivo. El domingo es cuando llega el correo de Antioquía trayendo, además de cartas y periódicos, las órdenes gubernamentales enviadas al caimacán para las comunas y los súbditos del imperio.

Gabriel Bagradian sólo piensa en su familia. La situación es complicada. ¿Qué será de Julieta y Esteban mientras él se encuentre en el frente? Por varios motivos los dejaría en Yoghonoluk. A Julieta le encanta la casa, el parque, el modo de vida, el cultivo de las frutas y rosas. Se siente a sus anchas en el papel de terrateniente. Además,

no faltan aquí gentes de confianza y valor. Desde niño, Gabriel conoce al viejo doctor Altouni y al farmacéutico Krikor, tan sabio y estrambótico. Están, además, el *wartabed* Ter Haigassun, sacerdote jefe de Yoghonoluk y vicario gregoriano de toda la diócesis de Suedja, el pastor protestante Harutiun Nokhudian de Bitias, los maestros y otros notables más de la localidad. En cuanto a las mujeres, hay que mostrar cierta benevolencia. Después de la primera recepción en la villa de Bagradian en honor de estas personalidades, Gabriel había declarado a Julieta que no encontraría en ninguna aldea de Provenza una mejor sociedad que la que tenía ahí en la costa siria. Julieta aceptó esta aseveración sin burlarse, tal y como era su costumbre, de todo lo que fuera armenio u oriental, aspecto este último que solía emplear cuando quería atormentar a su marido. Desde entonces estas veladas se habían repetido varias veces. Precisamente hoy, domingo de marzo, tiene lugar una de ellas. Gabriel se siente medianamente afortunado por Julieta. Pero todo este ambiente agradable no cambia el hecho de que su mujer y su hijo, cuando se separen de él, se encontrarán aquí completamente aislados del mundo.

Bagradian ha dejado atrás el desfiladero de las encinas sin lograr aclarar esta cuestión. El trillado sendero va hacia el norte perdiéndose en la cima, entre los fresales y los rododendros. Los moradores de la montaña han dado a esta parte del Musa Dagh el nombre de Damlajik. Gabriel recuerda aún todos estos nombres. El Damlajik no alcanza una gran altura. Sus dos cimas meridionales se elevan a unos ochocientos metros. Constituyen las últimas ondulaciones de la cordillera, que se precipita desde ahí bruscamente hasta los valles del Oronte, formando un perfil abrupto, en forma de gigantescos muros derruidos. Aquí, en el lado norte, por donde nuestro paseante trata precisamente de orientarse, el Damlajik es menos alto; enseguida desciende en una hendidura suave. La cintura del Musa Dagh, por así decirlo, constituye el punto más estrecho de todo el macizo costero. La meseta se estrecha en este lugar hasta no contar sino algunos centenares de metros, y las masas rocosas de la costa se extienden hasta muy lejos. Gabriel cree reconocer cada

piedra, cada arbusto. De todas las imágenes-recuerdos de su infancia es éste el lugar que se ha grabado más profundamente en su memoria. Son siempre los mismos pinos que se agrupan aquí y allá en bosquecillos sombríos. Son siempre las mismas coníferas que yerguen sus siluetas erizadas sobre la tierra pedregosa. La hiedra y otras enredaderas presionan con sus mil brazos un círculo de magníficos bloques de piedra: gigantescos personajes que parecen celebrar una reunión senatorial en plena naturaleza interrumpen su discusión apenas resuenan los pasos del visitante inoportuno. Una colonia de golondrinas rompe el silencio con sus gritos alegres. Sobre las aguas verdes del lago se refleja su agitado vuelo, como si de oscuras truchas se tratase. Su brusco abrir y cerrar de alas sugiere un parpadeo.

Cruzando los brazos bajo la nuca, Gabriel se tiende sobre un herbazal. Ya había ido dos veces al Musa Dagh en busca de estos pinos y rocas, pero se había equivocado siempre de camino. Estaba por creer que no habían existido jamás. Ahora, cansado, cierra los ojos. Cuando regresamos a los sitios en que nos hemos entregado a íntimas meditaciones, nos asaltan violentamente los espíritus que una vez creamos para luego abandonarlos. También a Bagradian le asaltan los espíritus de su adolescencia como si le hubiesen esperado fielmente durante veintitrés años de ausencia, bajo los pinos y rocas de esta deliciosa soledad. Y son precisamente estos espíritus beligerantes los inquietantes fantasmas que hay en todo joven armenio. ¿Por qué habían de ser diferentes? Abdul Hamid, el sanguinario sultán, ha lanzado un firmán contra los cristianos. Turcos, kurdos y cherkeses, perros obedientes del profeta, se han reunido en torno a la bandera verde para pasar todo a sangre y fuego y aniquilar al pueblo armenio. Pero los enemigos no han contado con Gabriel Bagradian. Él reúne a todos los suyos y los conduce a la montaña. Con indescriptible heroísmo se defiende contra un número aplastante de enemigos y los rechaza victoriosamente.

Gabriel no se sustrae a estas ensoñaciones pueriles. Él, el parisino, el marido de Julieta, el sabio, el oficial que conoce la guerra moderna —y que nuevamente está dispuesto a cumplir con su deber

de soldado— es al mismo tiempo el muchacho animado de un antiguo odio sangriento contra el enemigo mortal de su raza: el sueño de todo joven armenio. Esto no dura sino un momento; Gabriel se sorprende y sonríe irónicamente antes de adormecerse.

Gabriel Bagradian se sobresalta no sin temor. Alguien lo ha observado insistentemente mientras dormía. Y con toda probabilidad durante un largo rato. Levanta la vista y encuentra los encendidos ojos de Esteban. De él se apodera un vago sentimiento desagradable. No está bien que un hijo sorprenda a su padre dormido. Siente que esa conducta transgrede cierta ley fundamental. Por eso pronuncia sus palabras con cierta severidad:

—¿Qué haces aquí? ¿Dónde está Samuel Awakian?

Esteban también parece confundido por haber sorprendido a su padre durmiendo. No sabe qué hacer con las manos. Sus labios gruesos se entreabren; lleva un traje de escolar, calcetines hasta las rodillas y un amplio cuello vuelto. Al hablar estira su chaqueta:

—Mamá me ha dado permiso para pasear solo. Samuel Awakian está libre hoy. Ya sabes que no estudiamos los domingos.

—No estamos en Francia, Esteban, sino en Siria —le explica el padre de forma expresiva—. Te prohíbo que te aventures otra vez sin compañía por la montaña.

Esteban contempla al padre con una expresión ansiosa, como si además de esta pequeña reprimenda esperara que le comunicase órdenes más importantes. Pero Gabriel calla. Un extraño malestar se apodera de él: tiene la impresión de estar por primera vez en la vida a solas con su hijo. Desde que se encuentran en Yoghonoluk se ha preocupado bien poco de Esteban, viéndolo sólo en las horas de la comida. Es verdad que cuando vivían en París y durante las vacaciones en Suiza daban juntos largos paseos. Pero, ¿puede uno encontrarse realmente solo en París, Montreux o Chamonix? El ambiente transparente del Musa Dagh obra como un elemento liberador y hace nacer entre ellos una intimidad desconocida hasta entonces. Gabriel camina delante como un guía que conoce todos

los puntos importantes del camino. Esteban le sigue, sumergido siempre en el mismo mutismo y a la espera.

Padre e hijo en Oriente. Tales relaciones apenas pueden compararse con el trato superficial que existe en Europa entre padres e hijos. Ver allí a su padre es ver a Dios, pues el padre es el último eslabón de la ininterrumpida cadena de los antepasados, cadena que une a la humanidad con Adán, y por él a los orígenes de la creación. Pero, por otra parte, ver al hijo es también ver a Dios, pues el hijo es el eslabón más próximo de esta cadena que une a la humanidad con el Juicio Final, con el fin de todas las cosas y con la redención. ¿No es acaso inevitable que entre dos seres unidos por lazos sagrados reine cierto pudor y una tendencia a la parquedad?

El padre se decide a entablar una conversación seria.

—¿Qué materias estudias actualmente con Samuel Awakian?

—Hace poco hemos comenzado a leer a los autores griegos. Y además estudiamos física, historia y geografía.

Bagradian levanta la cabeza. Esteban acaba de hablarle en armenio. ¿Acaso había empleado en su pregunta el armenio? Generalmente entre ellos hablan en francés. Las palabras dichas en armenio por su hijo le causan una extraña impresión. Comprueba que hasta ahora ha considerado a menudo a Esteban más como un pequeño francés que como un joven armenio.

—Geografía —repite—. ¿Y de qué os ocupáis ahora?

—Estudiamos la geografía de Asia Menor y de Siria —se apresura a responder Esteban. Gabriel asiente con la cabeza como indicando que no esperaba otra contestación. Enseguida trata, aunque ya apartado del tema, de dar a la conversación una conclusión pedagógica.

—¿Serías capaz de dibujarme un mapa del Musa Dagh?

Esteban está encantado de ver la confianza que su padre le demuestra.

—¡Por supuesto, papá! Todavía hay en tu habitación un mapa de Antioquía y de la costa, que perteneció al tío Awetis. Sería suficiente transportarlo a una escala mayor y agregarle lo que le falta.

Es del todo exacto. Por un momento Gabriel se alegra de su

hijo. Pero inmediatamente su pensamiento vuelve a ocuparse con la orden de movilización que tanto puede estar ya en camino como retardarse aún en alguna oficina turca en Alepo o en la propia Estambul. Caminan en silencio. Con toda su alma, Esteban espera que su padre le dirija nuevamente la palabra. A fin de cuentas, ésta es la patria de su padre. Anhela que le hable de su infancia, esos misteriosos relatos que le cuenta muy de tarde en tarde. Pero su padre parece tener otro propósito. Además, ya se abre ante ellos la curiosa terraza hacia la que se dirigían. Se adelanta, prolongándose en el vacío. Un poderoso brazo la sostiene en alto como una bandeja. Es una meseta rocosa muy vasta, toda cubierta de guijarros y en la que dos casas encontrarían suficiente espacio. Aquí las tempestades del mar hacen y deshacen a su antojo sin dejar que crezcan más que algunos escasos arbustos y un género de pita dura como el cuero. Esta terraza suspendida sobresale tanto que un suicida, al arrojarse desde el borde al mar, cuatrocientos metros abajo, podría desaparecer en sus profundidades sin temor a destrozarse en sus arrecifes. Con la impetuosidad propia de su edad, Esteban intenta avanzar hasta el borde. Pero impulsivamente su padre le detiene, y mientras le sujeta con fuerza, le indica con la mano libre los diferentes puntos cardinales.

—Allá, al norte, podríamos ver el golfo de Alejandría si el Ras de Chansir, el Cabo del Puerco, no nos obstruyera la vista. Y al sur se vería la desembocadura del Oronte; pero la montaña describe una curva…

Esteban sigue con atención el índice de su padre, que dibuja en el aire el medio círculo que forma el agitado mar. Sin embargo, la pregunta que hace no tiene relación con estas explicaciones topográficas:

—¿Es verdad que vas a ir a la guerra, papá?

Gabriel no se da cuenta de que todavía sujeta con angustia la mano de su hijo.

—Sí; espero de un día a otro la orden de movilización.

—¿Y estás obligado a ir?

—No puede ser de otra forma, Esteban. Todos los oficiales de

reserva turcos deben ir al frente.

—Pero nosotros no somos turcos. ¿Y por qué no te han enviado inmediatamente la orden de movilización?

—Parece que, por el momento, la artillería no posee suficientes cañones. En cuanto se hayan formado las nuevas baterías llamarán a sus puestos a todos los oficiales de reserva.

—¿Y adónde te enviarán?

—Formo parte del cuarto ejército de Siria y Palestina.

La idea de ser trasladado por un tiempo a Alepo, Damasco o Jerusalén tranquiliza mucho a Gabriel Bagradian. Tal vez sería posible llevar consigo a su familia. Esteban parece adivinar las preocupaciones de su padre:

—¿Y nosotros, papá?

—Sí, precisamente.

Con un impulso súbito el muchacho interrumpe a su padre:

—Nosotros podríamos quedarnos aquí, papá; te lo ruego, déjanos aquí. A mamá también le gusta mucho nuestra nueva casa.

Con esta afirmación, Esteban pretende tranquilizar al padre con respecto a los sentimientos de la madre que no deja de sentirse una extranjera aquí.

Pero Bagradian reflexiona.

—Lo mejor sería tratar de enviaros por Estambul a Siria. Desgraciadamente, Estambul ya forma parte del escenario de las hostilidades…

Esteban cierra los puños y los aprieta contra el pecho.

—¡Oh!, no nos mandes a Suiza. ¡Déjanos aquí, papá!

Asombrado, Gabriel contempla a su hijo, cuyos ojos le suplican. ¡Qué extraño! Este niño, que no conocía la patria de sus antepasados, se siente, sin embargo, profundamente ligado a ella. Lo que vive en él, su cariño hacia la montaña de la familia Bagradian, hace que Esteban, aunque nacido en París, lo haya heredado, aun sin haber vivido la experiencia en su propia sangre. Gabriel pasa el brazo alrededor de los hombros de su hijo y se limita a decir:

—Ya veremos.

Después de haber trepado de nuevo a la meseta del Damlajik,

llegan hasta ellos las campanadas matinales de Yoghonoluk. El camino hasta el valle dura apenas una hora, pero tendrán que darse prisa para llegar, por lo menos, a la segunda parte de la misa.

En Azir, la aldea de los gusanos de seda, los Bagradian se cruzan con unos cuantos lugareños que les dirigen el acostumbrado saludo matinal.

—*¡Bari luis!*, ¡Buena luz!

Los habitantes de Azir tienen la costumbre de ir a misa a Yoghonoluk. En realidad sólo les separan quince minutos de la aldea principal. Delante de algunas casas se han dispuesto unas mesas cubiertas con grandes tablas. Sobre estas tablas se han esparcido los huevos de los gusanos de seda, masa blancuzca que debe incubarse al sol. Esteban escucha a su padre contarle que el abuelo Awetis era hijo de un sericultor y había comenzado muy temprano su carrera, yendo a comprar los huevos a Bagdad a la edad de quince años.

A medio camino de Yoghonoluk se encuentra con el viejo gendarme Alí Nassif. Este digno *saptieh* es uno de los diez turcos que desde hace muchos años viven junto a los armenios en excelentes condiciones de paz y amistad. Aparte de él habría que mencionar también a los cinco subordinados que componen el cuerpo de gendarmes, que son renovados periódicamente mientras él permanece inamovible, firme como el Musa Dagh. Por último, queda aún, con su familia, como representante del sultán, un cartero jorobado, encargado de traer el correo de Antioquía los miércoles y domingos. Alí Nassif tiene hoy un semblante de preocupación e inquietud. A este descuidado funcionario del imperio otomano le han encargado una misión bien urgente a juzgar por su aspecto. Su rostro, marcado por la viruela, luce húmedo y brillante bajo el raído gorro de pieles. El sable de caballería, que le presta un aire marcial, le golpea las torcidas piernas a cada paso. Contra su costumbre de cuadrarse respetuosamente a la vista de *Effendi*, hoy no hace sino una ligera inclinación mostrando así el estado de consternación en que se halla. Esta conducta, inusitada en él, sorprende a Gabriel de tal manera que se vuelve y le observa un largo rato.

Cruzando la plaza de la iglesia de Yoghonoluk corren algunos fieles, que por venir de lejos se han retrasado. Las mujeres llevan pañuelos de bordados multicolores y amplias faldas. Los hombres van vestidos con el *chalvar*, calzón amplio, y encima el *entari*, larga chaqueta en forma de caftán. Sus rostros son graves e impenetrables. El sol es tan fuerte como en pleno verano e ilumina con su deslumbrante luz las encaladas casas. La mayoría de ellas son de un solo piso y han sido recientemente pintadas. Destacan la parroquia en la que vive Ter Haigassun, la casa del doctor, la del farmacéutico y el gran ayuntamiento de la alcaldía que pertenece al adinerado *mouchtar* Tomás Kebussjan, alcalde de Yoghonoluk. La iglesia de la «Grandeza de los poderes angelicales» reposa sobre vastos cimientos. Una escalinata conduce a la puerta principal. Awetis, su fundador, la hizo construir según una copia reducida de un famoso santuario nacional que se encuentra en el Cáucaso. La puerta abierta permite oír el canto del coro que acompaña la misa. Por encima de la multitud se destaca en la oscuridad el altar de una cérea albura. Una cruz bordada de oro resplandece a la espalda del hábito de Ter Haigassun.

Gabriel y Esteban traspasan el pórtico. Samuel Awakian, el preceptor, les detiene. Estaba esperándoles impacientemente.

—Pase adelante, Esteban —dice a su discípulo—, su madre le espera.

Enseguida, cuando Esteban ha desaparecido en medio de la muchedumbre, se vuelve rápidamente hacia Gabriel Bagradian:

—Unicamente quería avisarle de que han venido a pedir sus pasaportes, tanto los del exterior como los del interior. Han sido tres funcionarios llegados de Antioquía.

Gabriel observa detenidamente el rostro del estudiante que comparte desde hace ya varios años la vida de la familia. Es el de un armenio intelectual. La frente es alta pero un tanto inclinada. Tras las gafas, sus ojos aparecen atentos y profundamente preocupados. Posee una expresión de eterna conformidad con el destino y al mismo tiempo de muda rebeldía, pronta a defenderse del golpe adverso. Sólo después de haber examinado este rostro, pregunta:

—¿Y qué ha hecho?

—La señora se lo entregó todo a los funcionarios.

—¿Hasta el pase para el interior?

—Sí, el pasaporte y el *teskeré*.

Gabriel desciende la escalinata de la iglesia, enciende un cigarrillo y aspira profundamente. El *teskeré* es un documento que asegura al poseedor entera libertad dentro de las provincias del imperio otomano. Sin este pedazo de papel un súbdito del sultán no tiene, teóricamente, ni siquiera el derecho de pasar de una a otra aldea. Gabriel tira el cigarrillo y se yergue bruscamente:

—Eso quiere decir simplemente que mañana o pasado tendré que unirme a mi regimiento en Alepo.

Awakian baja la mirada hacia un surco profundamente cavado en el suelo, recuerdo dejado por la última lluvia en la tierra arcillosa de la plaza de la iglesia:

—No creo que esto tenga relación con la orden de movilización en Alepo, *Effendi*.

—Pero no puede significar otra cosa —dice Gabriel.

La voz de Awakian se torna más baja:

—Yo también he tenido que entregar mi pasaporte.

Bagradian lanza una corta carcajada.

—Eso quiere decir que le van a llamar a Antioquía para el consejo de revisión, mi querido Awakian. Esta vez la cosa es seria. Pero esté tranquilo: ¡pagaremos su impuesto militar! Le necesito a usted con Esteban.

Sin embargo, Awakian no levanta la vista del surco.

—Aunque yo soy joven, el doctor Altouni, el farmacéutico Krikor y el pastor Nokhudian ya no están en edad para el servicio militar. Sin embargo, a ellos también les han quitado el *teskeré*.

—¿Está usted seguro? —exclama sobresaltado Gabriel—. ¿Quién se los ha quitado? ¿Qué clase de funcionarios eran ésos? ¿Qué razones han dado? Y dígame, ¿dónde están ahora esos personajes? Tengo muchas ganas de tener unas palabras con ellos.

Sólo logra saber que los tales funcionarios, acompañados por un destacamento de gendarmería montada, se han ido ya hace una hora

y media camino de Suedja. Era evidente que su misión no podía implicar sino a los notables del pueblo, pues ni el campesino ni el artesano poseen *teskerés*; a lo sumo llevan un pase para el mercado de Antioquía.

Gabriel pasea un rato por la plaza sin preocuparse del joven preceptor. Por fin le dice con tono despreocupado:

—Vaya, regrese a la iglesia, Awakian; ya me reuniré con ustedes dentro de un rato.

En realidad no tiene la menor intención de asistir al final de la misa, cuyo coro alcanza justamente a oír con fuerza redoblada. Lentamente, inclinada la cabeza a un lado, sumido en sus reflexiones, atraviesa la plaza con paso vacilante, camina un rato por la carretera y enseguida abandona el lugar donde se bifurca el camino que conduce a la villa. Pero no entra en la casa; se detiene cerca de los establos y hace ensillar uno de los hermosos caballos que fueran el orgullo de su hermano Awetis. Desgraciadamente Kristaphor no se encuentra ahí para acompañarle. En su lugar se lleva al mozo de la cuadra. No sabe exactamente qué se propone hacer.

Sin embargo, si se da prisa podrá estar en Antioquía al mediodía.

Capítulo II

Konak-hammam-selamlik

El *hukumet* de Antioquía, tal y como llaman también al *konak* gubernamental del caimacán, se levanta al pie de la ciudadela. Es un edificio de grandes dimensiones bastante sucio, pero muy vasto, pues la provincia de Antioquía es una de las regiones más pobladas de Siria.

Después de dejar al criado con los caballos junto al puente sobre el Oronte, Gabriel hubo de esperar largo rato en la antecámara del *konak*. Esperaba ser recibido por el propio caimacán, a quien había enviado su tarjeta. La oficina era típicamente turca, bien conocida por Gabriel. Sobre los húmedos muros cuya pintura se agrietaba, se veía un mal óleo representando al sultán y, en cuadros, algunos versículos del Corán. Casi todos los vidrios estaban rotos y pegados con papel engomado. El inmundo piso de tablas estaba cubierto de escupitajos y sembrado de colillas. Sentado ante un escritorio desnudo se encontraba un empleado, con los ojos fijos en el vacío y resoplando ruidosamente. Una legión zumbadora de enormes moscas daba un concierto tan desagradable como persistente. A lo largo de las paredes se disponían unos bancos bajos. Algunas personas, campesinos turcos o árabes, aguardaban. Una de ellas se había sentado en el suelo a pesar de la repugnante suciedad, extendiendo sus amplias vestiduras como para recoger un mayor número de las inmundicias que la rodeaban. Flotaba en el ambiente un olor entre acre y tanino, mezcla de sudor, tabaco apagado,

indolencia y miseria. Gabriel sabía que las oficinas oficiales de los diferentes pueblos poseen cada una su olor peculiar, pero en todas existe la misma sustancia de sumisión y angustia por la cual los humildes aceptan la soberanía todopoderosa del Estado como una calamidad impuesta por la naturaleza.

Por fin, un abigarrado ordenanza lo conduce con un gesto altanero a una estancia más pequeña que se distinguía de las demás salas por los vidrios intactos de sus ventanas, por sus muros empapelados, por un escritorio cargado de carpetas y por cierta limpieza en general. No se veía aquí la imagen del sultán, sino una gran fotografía de Enver Pachá a caballo. Gabriel se enfrentó a un gran hombre joven de cabellos rojizos, pecoso y con un bigotito a la inglesa. No era el caimacán, sino el *mudir* que se ocupaba de los asuntos relativos a las circunscripciones de la costa. Lo que más llamaba la atención en el *mudir* eran sus uñas extraordinariamente largas y pulcramente cuidadas. Llevaba un traje gris que parecía estrecho hasta para su minúsculo y delgado cuerpo; agregaba a esto una corbata roja y botines amarillo canario. Se dio cuenta inmediatamente: ¡Salónica! El solo aspecto del joven le permitía hacer semejante suposición. ¡Salónica! Era allí donde había nacido el movimiento nacionalista de la juventud turca, el de los enconados occidentalistas agriados, con una desconcertante veneración hacia el progreso europeo en todas sus formas. Sin duda el *mudir* debía ser partidario y tal vez hasta miembro del Ittihad, ese misterioso comité Pro Unión y Progreso que dominaba actualmente de un modo absoluto todo el imperio del califa. El funcionario demostró una amabilidad exquisita hacia el visitante, llegando al extremo de acercarle una silla. Sus ojos inflamados, de escasas pestañas, como los de todos los pelirrojos, apenas se detenían sobre Bagradian. Éste repitió su nombre con cierta insistencia. El *mudir* inclinó ligeramente la cabeza:

—Conocemos perfectamente los méritos de la honorable familia.

A decir verdad, estas palabras y el gesto que las acompañó agradaron a Gabriel. El tono de su voz adquirió una mayor

seguridad:

—Algunos notables de mi pueblo, y yo mismo, hemos tenido que entregar hoy nuestros pasaportes. ¿Se trata acaso de una medida que depende de su autoridad? ¿Tiene usted datos al respecto?

Después de reflexionar un rato y hojear algunos papeles, el *mudir* le dio a entender que sus innumerables responsabilidades le impedían tener todos los detalles de la cuestión. Por fin, pareció recordar de repente:

—¡Ah!, por supuesto, ¡es verdad! ¡Los pasaportes para el interior! No se trata de una decisión propia del *kasah*, sino de un decreto de su excelencia el ministro del Interior.

Acababa de encontrar una hoja impresa que colocó frente a él. Parecía dispuesto a leer de punta a cabo el decreto del ministro Taalat Bey en cuanto su interlocutor manifestara el deseo de escucharlo. Gabriel preguntó si era ésa una medida de carácter general. La respuesta carecía de claridad; el edicto en cuestión no implicaba a la masa del pueblo, pues, por lo general, sólo los comerciantes de cierta categoría, los vendedores y personajes de importancia poseían pasaportes para el interior. Con los ojos fijos en las largas uñas del *mudir*, declaró:

—He pasado mi vida en el extranjero, en París.

El funcionario hizo de nuevo una pequeña inclinación con la cabeza:

—Lo sabemos, *Effendi*.

—Por lo tanto, no estoy acostumbrado a verme privado de mi libertad…

El *mudir* sonrió con indulgencia:

—Exagera usted la importancia de este asunto, *Effendi*. Estamos en guerra. En la situación en que nos encontramos, los ciudadanos alemanes, franceses e ingleses están igualmente obligados a someterse a medidas a las que no estaban acostumbrados. En toda Europa sucede lo mismo que aquí. Y le ruego que considere que nos encontramos en un territorio previsto como etapa para el cuarto ejército, por consiguiente, en un campo de operaciones militares. Tenemos, pues, la obligación de mantener cierto control sobre la

circulación.

Estas razones eran tan evidentes que convencieron a Gabriel. El acontecimiento de esa mañana que le obligó a acudir a Antioquía perdía así toda su importancia. El Estado tenía que defenderse, pues siempre existían espías, traidores y desertores. Debido a las limitadas perspectivas que se daban en Yoghonoluk, no era posible juzgar medidas como las tomadas. Del mismo modo, las demás explicaciones del *mudir* consiguieron atenuar la inquietud y desconfianza del armenio. Era verdad, el ministro había hecho retirar los pasaportes, pero esto no era motivo para pensar que no se pudieran conseguir nuevos documentos en caso de extrema urgencia.

—La autoridad correspondiente es la del vilajet de Alepo. *Effendi* sabe perfectamente que su excelencia, el valí Djelal Bey, es el gobernador más justiciero y magnánimo de la provincia. Una petición semejante iría bien recomendada desde aquí.

El *mudir* se interrumpió.

—Si no me equivoco, *Effendi*, está usted en edad militar…

Gabriel expuso su situación militar. Aun ayer habría rogado al funcionario que averiguara por qué no le habían enviado su orden de movilización, pero en el transcurso de las últimas horas sus pensamientos habían cambiado manifiestamente. Se sentía profundamente deprimido al pensar en la guerra, en Julieta y Esteban. La ilusión de cumplir con su deber de oficial turco se esfumó. Ahora sólo esperaba que el regimiento de Alepo se hubiese olvidado de él; ya no pensaba presentarse. Sin embargo, le sorprendió comprobar lo bien informadas que estaban las autoridades de Antioquía sobre su persona. Los ojos del *mudir* le respondieron con una mirada satisfecha:

—Bien; entonces es usted un militar que se encuentra, en cierto modo, con permiso. En este caso no tiene necesidad de los *teskerés*.

—Pero mi mujer y mi hijo…

Al pronunciar estas palabras, observó la indiferencia del *mudir*. Por primera vez Gabriel percibió, angustiado, la realidad. Estaban atrapados. En ese instante se abrió la puerta doble que comunicaba

con la sala vecina, dando paso a dos señores. Uno era un oficial de cierta edad y el otro, sin duda, el caimacán.

El gobernador de la provincia era un hombre obeso, de elevada estatura, vestido con una levita gris bastante arrugada. Bajo los ojos le colgaban dos bolsas oscuras y todo su rostro hinchado y pálido denotaba al hepático. Él y el *mudir* se levantaron. El caimacán no se dignó prestar la menor atención al armenio. A media voz transmitió a su empleado una orden cualquiera y, llevándose descuidadamente la mano al fez, salió de la oficina seguido del comandante, pues con esto parecía haber terminado su tarea diaria. Con los ojos fijos sobre la puerta que acababa de cerrarse, Gabriel preguntó:

—¿Hay alguna diferencia entre oficial y oficial?

El *mudir* comenzó a ordenar su escritorio.

—No comprendo lo que quiere usted decir, *Effendi*.

—Quisiera saber si el trato es distinto para turcos y armenios.

El *mudir* pareció horrorizarse por semejante pregunta.

—Todos los súbditos otomanos son iguales ante la ley.

Era precisamente ésta la más importante conquista de la revolución de 1908. Sí, era cierto que se conservaban aún algunas costumbres del pasado, como la preferencia por los ciudadanos otomanos en las funciones oficiales y militares, pero es que éste era un aspecto cultural que no se podía hacer desaparecer por vía administrativa de manera espontánea. Los pueblos no se transforman con la misma rapidez que las constituciones, las reformas se realizan más fácilmente sobre el papel que en la realidad. Y declaró, a modo de conclusión, su exposición de alta política:

—La guerra traerá grandes cambios en todos los sentidos.

Gabriel tomó estas palabras como una profecía favorable. El *mudir*, sin embargo, tornó su pecoso rostro, sin una razón aparente, en una mueca de odio.

—Espero que ningún incidente obligue al gobierno a dar pruebas de una implacable severidad respecto a ciertos elementos de la población.

Al dar la vuelta a la esquina de la calle del bazar de Antioquía, Gabriel había tomado dos decisiones: en primer lugar, en caso de que recibiera su nombramiento, no escatimaría sacrificios para librarse del servicio militar. Segundo, esperaría el fin de la guerra en su apacible retiro de Yoghonoluk, tranquilo e inadvertido. Se encontraban ya en la primavera de 1915, por lo tanto no habría que esperar sino unos pocos meses al armisticio general. Él contaba con que fuera en septiembre u octubre, pues ninguno de los dos bandos se atrevería a emprender una nueva campaña invernal. Hasta ese entonces, habría que arreglárselas del mejor modo posible, para luego regresar cuanto antes a París.

El bazar le atrajo.

Su muchedumbre, un río humano de extraordinaria densidad, no conoce la prisa del tráfico de las ciudades europeas, sino que se mueve lánguidamente, con un ritmo de irresistible regularidad, como el tiempo en la eternidad. Uno no creería encontrarse en Antioquía, en ese hoyo perdido de la mano de Dios, en esa pequeña ciudad de provincia, sino en Damasco o en Alepo. Así parecían confirmarlo las dos inagotables corrientes humanas que se deslizaban la una contra la otra. Había turcos vestidos a la europea con bastones, cuellos almidonados y el fez en la cabeza; eran comerciantes y empleados. Los armenios, griegos y sirios se reconocían también por sus vestimentas occidentales, y podían distinguirse entre ellos por los diferentes tocados. Aquí y allá se destacaban los kurdos y los cherkeses en sus trajes regionales. La mayoría de éstos llevaba armas. Sin embargo, el gobierno, que con extremado recelo no toleraba siquiera una navaja en los bolsillos de la población cristiana, permitía a estas turbulentas tribus montañesas los fusiles de infantería más modernos, llegando al extremo de proporcionárselos. Había campesinos procedentes de los alrededores y a su lado algunos beduinos originarios del sur envueltos en largos albornoces de amplios pliegues; sus rostros tenían el color del desierto y sobre la cabeza llevaban el espléndido *tarbuch*, fez cuyos flecos de seda les caían hasta el hombro. Había mujeres con el *tcharohaff*, traje pudoroso por excelencia de la verdadera musulmana,

y también las emancipadas con el rostro descubierto, vestidos cortos y medias de seda. De vez en cuando surgía entre la multitud un asno enormemente cargado, desgraciado proletario del mundo animal, trotando con la cabeza gacha. A veces Gabriel creía ver regresar una y otra vez el mismo asno de cabeza vacilante, llevado de la brida por el mismo individuo harapiento. Pero todos ellos, fueran quienes fueran los que componían este conjunto abigarrado, hombres, mujeres, turcos, árabes, armenios, kurdos, soldados de caqui mezclados con la multitud, asnos y cabras, todos ellos conformaban una asombrosa unidad en la cadencia de una marcha idéntica: un paso lento, arrastrado y acompasado con el que parecían dirigirse incesantemente hacia una meta imposible de determinar.

Y Gabriel reconocía los olores de su infancia: el olor del aceite de sésamo hirviente que escapa por las hendiduras de las tabernas hasta inundar la calle; el olor del cordero con ajo goteando grasa en las parrillas sobre los braseros; el olor de las legumbres podridas y el olor, más penetrante que todos los demás, de los hombres que duermen con las mismas ropas que usan de día.

Reconocía también los cantos apasionados de los vendedores ambulantes: «*Já rezzab; já kérim, já fettah, já alim*», era siempre el mismo acento ardiente con que el pequeño pastelero de las calles ofrece al transeúnte los panecillos blancos en forma de anillos colocados sobre su canasta: «¡Oh, Tú, nuestro padre que nos alimentas, oh, Benévolo, oh, Tú, que todo lo descubres, oh, Tú, que todo lo sabes!». Era siempre el mismo grito secular con que ofrecían los hermosos dátiles frescos: «¡He aquí la morena, la morena hija del desierto!». Tampoco el vendedor de lechugas variaba sus canturreos: «*¡Ed daim Allah, Allah ed daim!*». La idea de que sólo Dios es duración y la duración sola es Dios debe consolar al comprador de la calidad de la mercancía. Gabriel compró un *bérazik*, pastel de pan remojado en jarabe de uvas. Este «alimento de golondrinas» significaba también para él un recuerdo de la infancia. Pero al primer bocado sintió repugnancia y regaló la golosina a un niño que observaba fascinado. Decidió cerrar por un momento los ojos al no poder soportar tanta miseria. ¿Qué había sucedido para que

cambiara hasta ese extremo el mundo? Había nacido en ese país y por lo tanto debía sentirse allí como en su casa. Pero, ¿hasta qué punto? La marea humana del bazar, con su ritmo continuo y regular, le hacía dudar de sus sentimientos. La sentía, aunque ellos con la mirada perdida ni siquiera lo miraran. ¿Y el joven *mudir*? Era indudable que se había comportado con corrección, pero comprendió que tanta amabilidad, incluso lo de «honorable familia», no era sino impertinencia. Más que eso, era odio oculto bajo la apariencia de los buenos modales. Le quemaba la piel, le hería el alma. Y, en efecto, de repente sintió un miedo incontenible, como el que siente el perseguido, sin que un solo ser humano se hubiera fijado en él. En la gran casa de Yoghonoluk, con los suyos, no conocía este sentimiento. ¿Y antes, en París? Allí, a pesar de todo el bienestar, había vivido esa fría acogida que se reserva sólo a los emigrantes que quieren arraigar en otros lares. Por primera vez, en aquel miserable bazar de su patria, podía medir plenamente hasta qué punto era un extraño en el mundo entero. ¡Él, un armenio! Corría por sus venas la sangre de un pueblo que se contaba entre los más antiguos del universo. Pero, por qué se expresaban sus pensamientos más a menudo en francés que en armenio, como ahora, por ejemplo. ¿Y por qué, sin embargo, aquella misma mañana había experimentado un verdadero placer al escuchar a su hijo contestarle en armenio? ¡Sangre y raza! Hablando francamente, ¿no eran acaso palabras huecas? Cada siglo, para dar sabor al alimento bien amargo de la vida, los hombres las adornan con ideas nuevas logrando únicamente hacerlas más indigestas. Una calle lateral del bazar apareció ante su vista. En su mayor parte se veían armenios de pie ante sus tiendas: cambistas, mercaderes de tapices, joyeros. ¿Eran ésos sus hermanos? ¿Esos rostros astutos, esas pupilas que brillaban como mil luces al observar ávidamente al cliente? ¡Ah, no, gracias, no quería semejantes hermanos! Todo en él los rechazaba. Y sin embargo, ¿había sido acaso el viejo Awetis Bagradian muy distinto de cualquiera de esos mercachifles? ¿Pertenecía acaso a una especie más elevada por haber demostrado más espíritu de iniciativa, habilidad y energía? ¿Y no debía Gabriel sólo a ese abuelo el no ser

hoy igual a todas esas criaturas que vivían allí? Sacudido por un escalofrío de repugnancia, continuó caminando. Pronto se dio cuenta de que una de las mayores complicaciones de su vida provenía del hecho de haberse acostumbrado ya a ver las cosas con el criterio de Julieta. No sólo era un extraño en el mundo, sino también para sí mismo no bien tenía contacto con la gente. Señor, ¿no sería acaso posible ser pura y simplemente uno mismo, lejos de toda esta algarabía inmunda y antipática, libre como aquella mañana en el Musa Dagh?

¡Nada era más desalentador que semejante prueba de su verdadera personalidad! Gabriel dejó atrás el Ousoun Tcharchy, «el mercado largo», como se llama en turco al bazar. No pudo soportar ese ambiente ni un minuto más. Llegó luego a una plazuela rodeada de construcciones modernas. Se destacaba de los demás un elegante edificio, el *hammam*, el establecimiento de baños de vapor, erigido con absoluto despilfarro, como es norma en Turquía. Como era aún muy temprano para visitar al viejo agá Riffat Bereket, Gabriel entró en el *hammam*.

Permaneció veinte minutos en el caldario, sumergido en las nubes de vapor lentamente ascendentes que no sólo esfumaban como fantasmas lejanos las siluetas de los demás bañistas, sino también la suya propia, que parecía alejarse de él. Era como morir poco a poco. Gabriel adivinó entonces la importancia aún imperceptible de aquel día.

Penetró en la fresca sala vecina tendiéndose sobre un diván para entregarse al tratamiento acostumbrado. Su desnudez le pareció ahora más completa que antes en el baño de vapor. Un masajista se precipitó hacia él, aplicándose en masajear su carne conforme a las reglas del arte. Golpeaba rítmicamente el tronco de su cliente con movimientos de un tocador de címbalo. Su respiración acompañaba los gestos con una especie de zumbido. Algunos beys turcos, acostados del mismo modo sobre sus divanes, padecían idéntico tratamiento. Se resignaban al excesivo celo del masajista lanzando sonoros gemidos. Sus voces, interrumpidas de vez en cuando por gritos de dolor, continuaban una charla de frases mutiladas. Al

principio, Gabriel no quiso escucharles. Pero más allá del zumbido de la respiración del verdugo, las voces se imponían inevitables a su oído. Tenían todas ellas personalidades bien definidas y se distinguían tan bien las unas de las otras que Gabriel podía poner rostros a esas voces.

La primera era una gruesa voz de bajo. Pertenecía, sin duda, a un hombre muy seguro de sí mismo, preocupado ante todo por conocer los acontecimientos un día antes de que la noticia alcanzara a las autoridades competentes. Este maestro de la información se proveía de fuentes secretas.

—Los ingleses lo han conducido en un torpedero desde Chipre a la costa… Era cerca de Ochiaki… Ese individuo les ha llevado dinero y armas, y durante siete días ha amotinado al pueblo… Naturalmente los *saptiehs* no sabían nada de esto… Esperen, hasta sé su nombre… Se llama Keuchkerian, ese puerco inmundo…

La segunda voz era aguda. Sin duda pertenecía a algún anciano apacible que se niega a creer en lo malo. Esta voz era, por decirlo así, de menor tamaño, y miraba a sus interlocutores con respeto. Para acompañar sus gritos de doloroso placer utilizaba a guisa de texto un sublime versículo del Corán:

—*La ilah ila'Ilah…* Dios es grande… Realmente la cosa no marcha… Por lo demás acaso no haya sucedido… *la ilah ila'llah…* Se cuentan tantas cosas… Resultará al final que no es más que una historia como tantas otras…

La voz baja y engolada respondía, desdeñosa:

—Tengo en mis manos cartas que no dejan la menor duda al respecto, pues las he recibido de un gran personaje…, uno de mis más fieles amigos…

Una tercera voz entró en escena. Voz cascada de un político de salón, que parecía encontrar especial placer en ver al mundo trastornado:

—Es una situación que no se debe permitir por más tiempo… Hay que terminar con ello… ¿Qué espera el gobierno…? ¿Dónde esta el Ittihad…? La calamidad es este servicio militar obligatorio… Pensar que hemos armado a esos canallas… Encontrad ahora el

medio de manejarlos… La guerra… Hace semanas que me mato repitiendo…

Una cuarta voz cargada de inquietud intervino:

—¿Y en Zeitun?

El anciano apacible exclamó:

—¿Zeitun…? ¿Qué sucede? ¡Dios del cielo…! ¿Qué sucede, pues, en Zeitun?

El político radical replicó con un tono ampuloso:

—¿En Zeitun…? La noticia está expuesta en la sala de lectura del Hukumet… Todos pueden ir a convencerse allá…

La voz baja bien informada:

—Esas famosas salas de lectura que los cónsules alemanes nos han instalado por todas partes…

Una quinta voz proveniente del diván más distante los interrumpió:

—Nosotros mismos hemos instalado esas salas de lectura.

Las alusiones incomprensibles se condensaban en una humareda opaca; «Keuchkerian… Zeitun… Hay que terminar». Pero Gabriel comprendía perfectamente aunque no pudiera captar los detalles. Mientras el masajista hundía sus puños en sus omóplatos, las voces turcas penetraban ruidosamente en sus oídos. ¡Oh, qué vergüenza! Él, que unos momentos antes había mirado con repugnancia a los mercaderes armenios al pasar por el bazar, se sentía ahora responsable e íntimamente ligado al destino de ese pueblo.

Entretanto, el ocupante del diván más distante se había puesto de pie. Se envolvió con el albornoz que le servía de bata de baño y caminó un poco por la sala con torpe paso. Gabriel únicamente logró ver que era muy grande y obeso. Su modo de expresarse en frases bien hechas y el hecho de que los demás lo escucharan sin contradecirlo le permitió suponer que se trataba de un personaje influyente.

—El público es injusto con el gobierno. No se puede hacer política a base de impaciencia. La situación es muy distinta de lo que los ignorantes imaginan. Los tratados, las capitulaciones, ciertos miramientos, el extranjero, hay que pensar en todo eso. Pero puedo

decirles, señores, con toda confianza, que el ministro de la guerra, su excelencia Enver Pachá, ha enviado a las autoridades militares la orden de desarmar «*melun erméni millet*» (a la traidora nación armenia), es decir, convocar a retaguardia al continente armenio del ejército regular para emplearlos sólo en las tareas rudimentarias; como mantenimiento de los caminos y transporte de equipajes. ¡He aquí la verdad! Sin embargo, no nos está permitido hablar de ello.

«Es algo que no puedo aceptar. ¡No puedo tolerarlo!», se dijo Gabriel. Pero silenciosamente una voz interior le decía: «Ten cuidado, tú mismo eres uno de los perseguidos». Una fuerza misteriosa le hizo levantarse, poniendo fin al conflicto. Apartó bruscamente al masajista y saltó al suelo envolviéndose las caderas con una toalla blanca. El rostro encolerizado, el cabello desordenado y el vigoroso tórax ya no parecían pertenecer al mismo caballero del traje inglés. Se colocó directamente frente al personaje influyente, en quien reconoció al caimacán por las oscuras bolsas bajo los ojos y su generalizado color amarillento. Pero esta comprobación no hizo más que exasperar su furia:

—A su excelencia Enver Pachá lo salvaron con todo su Estado Mayor las tropas armenias cuando cayó casi prisionero de los rusos. Eso lo sabéis tan bien como yo, *Effendi*. También sabéis que en una carta abierta a los católicos de Sis o al obispo de Konia, su excelencia elogió el coraje del «*sadika erméni millet*» (la fiel nación armenia) y ha expresado el agradecimiento que le debe. Esta carta fue expuesta al público por orden del gobierno. Ésa es la verdad. El que adultere esta verdad, el que dé curso a falsas noticias, debilita la marcha de la guerra, rompe la unidad de la acción; es un enemigo del país, culpable de alta traición. ¡Soy yo quien os lo dice, yo, Gabriel Bagradian, oficial del ejército turco…!

Se detuvo en espera de una respuesta. Pero los beys, atónitos ante tan violenta explosión, no pronunciaron una sola palabra; tampoco el caimacán, que se contentó sólo con ceñirse más estrechamente el albornoz al cuerpo desnudo. Gabriel tuvo, pues, ocasión de hacer una salida triunfante e inmediata, aunque temblando aún por la excitación. Mientras se vestía, se dio cuenta de

que acababa de cometer el disparate más grande de su vida al dar libre curso a su cólera. De este modo se había cortado para siempre el camino a Antioquía, el único por donde le sería permitido escapar y regresar al mundo. Antes de ofender al caimacán debió pensar en Julieta y Esteban. Sin embargo, no se sentía del todo descontento de sí mismo.

Todavía le palpitaba aceleradamente el corazón cuando el criado del agá Riffat Bereket le llevó al salón, al fresco *selamlik* de las casas turcas. Gabriel se paseaba por el inmenso tapiz suave y flexible que había bajo sus pies, que cubría la sala sumida en la penumbra. Su reloj, que por una costumbre absurda colocaba siempre según el horario de la Europa occidental, marcaba las dos de la tarde, la hora sagrada, momento del *kef*, de la siesta, momento en que cualquier visita es una grave violación a las reglas de la etiqueta. Había llegado demasiado temprano. Por eso el agá, conservador incorruptible de las antiguas costumbres turcas, le hacía esperar. Bagradian recorría sin cesar la habitación casi vacía, en la que además de los largos divanes bajos no había más muebles que una lámpara de incienso y una mesilla. Trataba de justificar a sus propios ojos su falta de educación. «Algo pasa, no sé qué es, pero no tengo que perder ni un minuto, tengo que saber qué es lo que sucede». Riffat Bereket era un viejo amigo de la familia Bagradian desde hacía mucho tiempo, desde los días gloriosos del anciano Awetis. Constituía para Gabriel uno de los recuerdos más preciosos y venerados, y por este motivo lo había visitado ya dos veces desde su llegada a Yoghonoluk. El agá no se contentaba con hacerle toda clase de favores en cuanto se refería a adquisiciones indispensables, sino que de vez en cuando le enviaba gente que le ofrecía a precios realmente irrisorios los resultados de sus búsquedas, valiosos objetos para su colección de antigüedades.

Gabriel fue sorprendido en su monólogo íntimo por la llegada del señor de la casa, que apareció sin hacer ruido con sus finos zapatos de cuero de cabra. El agá Riffat Bereket contaba más de

setenta años, llevaba la barba blanca cortada en punta, poseía unos rasgos suaves, los ojos medio abiertos y las manos pequeñas y luminosas; alrededor del fez llevaba enrollado un trozo de seda amarilla. Es ésta la señal por la cual se reconoce al mahometano que cumple sus deberes religiosos con más exactitud y regularidad que el común de los fieles. A modo de saludo, el anciano hizo con su mano un ademán lento y solemne, tocándose el corazón, la boca y la frente. Gabriel respondió con tanta solemnidad como si en ese momento estuviera perfectamente tranquilo y seguro de sus nervios. Enseguida el agá se aproximó y extendió la mano derecha hacia el corazón de su huésped, hasta rozar con la punta de los dedos el pecho de Gabriel. Con ello significaba el «contacto de los corazones», la forma más íntima de entrar en relaciones de amistad, rito místico que algunos fieles copiaron de una orden especial de derviches. Durante estas demostraciones, la minúscula mano brillaba con una blancura que lograba imponerse a la suave penumbra del *selamlik*. Gabriel tuvo la impresión de que esa mano era un rostro y tal vez más sensible y expresivo que el verdadero.

—Amigo e hijo de mi amigo —este pomposo apostrofe también formaba parte del ceremonial de recepción—, tu tarjeta de visita ha sido para mí la portadora de una deliciosa sorpresa. Y he aquí ahora que tu presencia viene a embellecerme este día.

Gabriel sabía cómo comportarse y para responder buscó fórmulas en el tono de los textos sagrados:

—Mis difuntos padres me han dejado solo muy temprano, y en ti encuentro un testimonio vivo de su memoria y su afecto. ¡Cuán feliz soy de tener en ti un segundo padre!

—Soy yo tu deudor. —El anciano condujo al joven a uno de los divanes—. Es hoy la tercera vez que me haces el honor de tu visita. Hace mucho tiempo que, en obediencia a la etiqueta, debería haber ido a tu casa a responder a tu gentileza. Pero ya lo ves, soy un hombre viejo y mi salud es débil. El camino a Yoghonoluk es largo y malo. Por otra parte, debo hacer pronto un inevitable largo viaje para el cual he de reservar mis fuerzas. Por lo tanto, ¡perdóname!

Estas últimas palabras dieron fin al ritual de bienvenida. Se

sentaron. Un pequeño criado les llevó café y cigarrillos. El amo de la casa bebía y fumaba en silencio. Es costumbre que si el visitante es más joven ha de esperar; de este modo, el mayor tiene la oportunidad de dirigir la conversación hacia el punto que estime conveniente.

Pero el agá no parecía tener el menor interés en salir de su mundo de penumbras para sumergirse en el presente: Hizo una señal al criado, que le pasó entonces un estuche de piel. Con un movimiento del pulgar, Riffat Bereket levantó la tapa y se puso a acariciar con sus dedos de venerable anciano el terciopelo sobre el cual reposaban dos medallas extraordinariamente antiguas, una de oro y otra de plata.

—Sé que eres un erudito; conoces y sabes interpretar las inscripciones antiguas. Yo no soy más que un profano amante de las antigüedades que no es capaz de medirse contigo. Desde hace varios días tengo guardados para ti estos dos objetos. La moneda de plata la acuñó hace unos mil años aquel rey armenio que tenía un nombre análogo al de tu familia: Achot Bagratouni. Proviene de la región del lago Van y es muy rara. La otra, la moneda de oro, es de origen helénico. Mira, se puede descifrar sin lupa esta hermosa inscripción, cuyo sentido es tan profundo:

«A lo inexplicable en nosotros y sobre nosotros».

Gabriel Bagradian se levantó, tomando el regalo de manos del anciano:

—¡Padre! Realmente me confundes. No sé cómo expresarte mi agradecimiento. Siempre hemos tenido orgullo de que nuestro nombre se pareciera tanto a aquél. ¡Qué plasticidad la de esta cabeza! ¡Y, además, es el verdadero rostro de un armenio! En cuanto a la moneda griega, se tendría que llevar siempre al cuello para no olvidar jamás su advertencia. ¡A lo inexplicable en nosotros y sobre nosotros! ¡Qué admirables filósofos debían de ser aquellos hombres cuando se valían corrientemente de semejantes monedas! Y

nosotros, ¡qué bajo hemos caído!

El agá hizo un gesto de asentimiento, plenamente satisfecho por tan conservadora opinión.

—Tienes razón. ¡Hemos caído bien bajo!

Gabriel colocó las monedas sobre el terciopelo. Pero habría sido descortesía abandonar demasiado rápidamente el tema del regalo.

—Quisiera rogarte que elijas a cambio algún objeto de mi colección de antigüedades. Pero sé que tu fe te prohíbe poseer en tu casa cualquier obra de arte que proyecte una sombra.

El anciano se detuvo en este punto con evidente placer:

—Sí, y precisamente a causa de esta ley tan sabia vosotros los europeos desdeñáis nuestro sagrado Corán. ¿No es acaso prueba de sublime previsión el haber prohibido toda obra de arte capaz de proyectar sombra? Es en la reproducción del creador y de la creación donde nace el insensato orgullo del hombre, pasión ésta que le arrastra al abismo.

—El mundo y esta guerra parecen daros la razón al profeta y a ti, agá.

Al desviar así la conversación, Gabriel tendía un puente entre sus preocupaciones y las de su anciano interlocutor. Éste aceptó la insinuación.

—Sí, así es. Cuando en su impudicia el hombre quiere imitar a Dios, cuando se sirve de la técnica, se hunde en el ateísmo, y he aquí la verdadera razón de esta guerra a la que nos han arrastrado los occidentales, para nuestra desgracia. En efecto, ¿qué provecho podríamos sacar de esto?

Bagradian arriesgó otro paso adelante:

—Y han infestado Turquía con su más peligrosa epidemia: el odio entre los pueblos.

Riffat Bereket irguió ligeramente la cabeza. Sus finos dedos jugaban indolentes con las cuentas de su collar de ámbar. Se habría creído que de esas manos emanaba hasta una leve aureola.

—Es el peor de los métodos hacer responsables a los vecinos de los propios errores.

—¡Que Dios te bendiga por estas palabras! Hacer responsables a

los vecinos de los propios errores, eso es justamente. He ahí el principio que rige a Europa. Hoy he tenido la desgracia de descubrir que también he encontrado partidarios entre los mahometanos y los turcos.

—¿De qué turcos hablas? —Los dedos del Agha se habían detenido bruscamente en su tarea de contar las cuentas del rosario —. ¿Te refieres a aquellos ridículos monigotes de Estambul? ¿Y a los imitadores de estos imitadores? ¿Esos monos en frac o esmoquin? Esos traidores, esos ateos que reniegan del mahometanismo son viles blasfemos ansiosos de dinero.

Gabriel tomó en las manos la minúscula taza de café, en la que no quedaba ya sino un espeso residuo pastoso, acción que evidenciaba su preocupación.

—Confieso que hace años me uní a aquella gente porque esperaba de ellos una acción bienhechora. Los creía idealistas y tal vez entonces lo fueran realmente. La juventud tiene siempre idealistas, siempre con fe en lo nuevo. Pero, ¡ay!, hoy debo reconocer la verdad con los mismos ojos que tú. Hace un momento he sido testigo en el *hammam* de una conversación que me ha entristecido profundamente. Es ésta la razón por la cual he venido a verte a una hora tan inoportuna.

La perspicacia del agá no necesitaba una explicación tan clara:

—¿Se trata de la orden enviada al ejército para humillar a los armenios y relegarlos a la conservación de los caminos y al transporte de cargas?

Gabriel descifraba el acertijo de las flores del tapiz bajo sus pies:

—Yo mismo he esperado hasta esta mañana la orden de reunirme con mi regimiento… Además, he oído también hablar de la ciudad de Zeitun. ¡Ayúdame, te lo suplico! ¿Qué sucede exactamente? ¿Qué ha pasado?

Las cuentas de ámbar volvieron a deslizarse por los dedos del agá a un ritmo regular:

—Por lo que se refiere a Zeitun, estoy bien informado. Ha sucedido allá lo que se produce diariamente en las montañas. Es una historia como tantas de bandidos, desertores y *saptiehs*. Entre los

desertores se encontraban algunos armenios. En otra época nadie se preocupaba de tales cosas… —Y agregó:

—Pero, ¿qué importancia tienen los acontecimientos? Todo depende de la interpretación que se les dé.

Gabriel estuvo a punto de estallar.

—¡Ah! ¡Es precisamente lo que me imaginaba! En la soledad en que vivo no he tenido ocasión de saber una palabra. Tratan de divulgar opiniones difamantes. ¿Cuáles son las intenciones del gobierno?

El sabio anciano desestimó estas palabras con un ademán cansado.

—Amigo e hijo de mi amigo, te voy a decir algo: os amenaza una formidable e inexorable calamidad, pues considerando una parte de vuestro territorio, pertenecéis al imperio ruso, pero por otra parte os encontráis ligados a nosotros. La guerra os divide en dos campos. Estáis diseminados por todo el país… Pero como todo se encuentra unido en el universo, nosotros también estamos sometidos a vuestras calamidades.

—¿No sería más razonable, como se hizo en 1908, tratar de llegar a un acuerdo y una reconciliación?

—¿Reconciliación? He aquí otra de las palabras huecas que pronuncian los grandes de este mundo. En la tierra no existe reconciliación. Vivimos en la decadencia y sumidos en ambiciones egoístas.

Para dar énfasis a esta aserción, el agá citó un versículo del sexto sura acompañado de la entonación ritual:

—«Y lo que él creó en la tierra se distingue por el color. Ved, en realidad se oculta en ello una señal accesible sólo para aquellos que se dejan advertir».

Incapaz de permanecer más rato sentado en el diván, Gabriel se levantó de pronto. Pero el anciano le miró con tal asombro que se vio forzado a sentarse de nuevo.

—¿Quieres saber cuáles son las intenciones del gobierno? Sólo sé que, para lograr sus ambiciones, los ateos de Estambul necesitan mantener vivo el odio entre los pueblos. Pues la razón más profunda

de la impiedad es el miedo y el presentimiento de haber perdido la partida. Y por eso montan unas salas hasta en las aldeas más insignificantes para exponer las noticias hechas para propagar su mala fe… Has hecho bien en venir a verme.

Gabriel oprimía convulsivamente en sus manos el estuche con las monedas.

—¡Si sólo se tratara de mí…! Pero, como ya sabes, no me encuentro solo en el mundo. Mi hermano Awetis murió sin dejar sucesión. Por lo tanto, el último descendiente de nuestra familia es mi hijo, que sólo tiene trece años. Por otra parte, me he casado con una mujer que pertenece al pueblo francés y no quisiera que ella, siendo inocente, tenga que soportar las consecuencias dolorosas de una situación que no le incumbe.

El agá rechazó este argumento con cierta frialdad.

—Desde que te casaste con ella pertenece a tu pueblo y no podrá esperar sino la fatalidad que la amenaza.

Habría sido un vano esfuerzo tratar de explicar a este obstinado oriental la naturaleza e independencia de la mujer occidental. Bagradian simuló, pues, no haber oído la respuesta.

—Debí haber llevado a los míos al extranjero o por lo menos a Estambul. Pero ahora nos han quitado los pasaportes y ya no puedo esperar nada del caimacán.

El turco apoyó su ligera mano sobre la rodilla de su huésped:

—El mejor consejo que puedo darte es que no lleves a tu familia a Estambul, aunque se te presente la oportunidad de hacerlo.

—¿Qué quieres decir con eso? ¿Por qué? En Estambul tengo muchos amigos y en todos los círculos, hasta entre las personalidades del gobierno. Ahí tiene su oficina central nuestra firma. Mi nombre es muy conocido allí.

La mano oprimió ligeramente la rodilla de Gabriel:

—Precisamente porque tu nombre es tan conocido te aconsejo no vivir en la capital ni siquiera por poco tiempo.

—¿A causa de la guerra de los Dardanelos?

—¡No! ¡No es por eso!

El rostro del agá se hizo impenetrable. Antes de tomar

nuevamente la palabra pareció morar dentro de sí mismo.

—Nadie puede saber a qué extremos puede llegar el gobierno, pero una cosa es segura: que los que primero sufrirán, serán los grandes, los personajes importantes de vuestro pueblo. Y también es seguro que, llegado el caso, las denuncias y arrestos comenzarán precisamente en la capital.

—¿Estás hablando sólo por suposiciones o tus advertencias se basan en algún fundamento?

El agá hizo desaparecer su rosario de ámbar en la amplia manga.

—Se basan en un fundamento.

Esta vez Gabriel no pudo contenerse y se levantó de un salto:

—¿Qué debemos hacer entonces?

Como su huésped estaba de pie, el amo de la casa también se levantó.

—Si me permites aconsejarte, regresa a tu casa en Yoghonoluk; continúa viviendo allí en paz y espera los acontecimientos. En las presentes circunstancias no podrías encontrar lugar más agradable para ti y tu familia.

—¿Vivir en paz? —exclamó Gabriel en tono irónico—, ¡pero si aquello ya es una prisión!

Riffat Bereket volvió el rostro, molesto al escuchar una voz tan fuerte turbar su *selamlik* donde jamás penetraba un ruido:

—Cuida de no perder la serenidad de tu juicio. Lamento haberte inquietado con mis sinceras palabras. No tienes por qué preocuparte de nada. Probablemente todo este asunto se disipará tal como apareció. No podrá acaecer ningún daño en nuestro *vilajet*, pues Djelal Bey no permite ninguna infracción de la ley. Pero suceda lo que suceda, piensa que era inevitable y que está contenido en sí mismo como el capullo, la flor y el fruto en la semilla. Cuanto nos reserva aún la vida ha sucedido ya en Dios.

Incomodado por las floridas generalidades de esta teología, Bagradian caminaba febrilmente por la habitación, renunciando ya a toda etiqueta.

El agá se acercó al desesperado Gabriel y le tomó las manos reteniéndolas en las suyas, mientras decía:

—No olvides, amigo mío, que los blasfemos de tu comité no forman sino una débil minoría. En el fondo nuestro pueblo es bueno. Sin duda se ha derramado sangre en algunos momentos de cólera, pero vosotros habéis sido igualmente responsables de ello. Y enseguida habitarán suficientes santos en los *tekkéhs*, en los conventos, que lucharán por la pureza del porvenir por medio de las prácticas sagradas del *Zikr*. Es indudable que ellos vencerán; de otro modo todo perecerá. Te he de declarar, además, que el viaje que voy a emprender a Anatolia y Estambul tiene por objeto favorecer la causa armenia. Te lo ruego, conserva tu confianza en Dios.

Las pequeñas manos del agá tenían el poder de apaciguar a Gabriel:

—Tienes razón, te obedeceré. Lo mejor será, pues, ocultarnos en Yoghonoluk y no salir de allí hasta que haya terminado la guerra.

El agá no le soltó tan pronto:

—¡Prométeme no hablar de estas cosas allá en tu casa! ¿Para qué? Si todo permanece en orden no habrás hecho más que inquietar inútilmente a la gente. Y si sucede algún acontecimiento desagradable, de nada les valdría haberlo sabido de antemano. ¿Me comprendes? ¡Ten confianza y cállate!

Y cuando ya se despedían, volvió a repetir con insistencia:

—¡Confianza y silencio…! Ya no me verás en muchos meses. Pero piensa que mientras tanto yo trabajo para vosotros. He recibido grandes favores de tu padre, y ahora Dios me permite en mi vejez demostrar mi agradecimiento.

Capítulo III

Los notables de Yoghonoluk

El regreso a caballo fue muy largo, pues Gabriel Bagradian hizo trotar a su cabalgadura sólo en ocasiones, dejándola caminar a paso lento. Del mismo modo se olvidó del atajo y continuó por la carretera que bordea el Oronte hasta que, divisando más allá de las cuadradas casas de Suedja y El Eskel, tuvo al alcance de la vista el horizonte del mar. En ese instante despertó de su apatía para dirigirse hacia el norte, hacia el valle de las aldeas armenias. Cuando comenzó a cernirse el crepúsculo primaveral, llegó a la carretera, si es que se puede llamar así a la miserable vía que une entre sí a las siete aldeas. Yoghonoluk constituía casi el centro; por lo tanto para llegar a casa debía cruzar las localidades sureñas de Wakef, Kheder Beg y Hadji Habibli, lo que ya no le sería posible hacer antes de la noche. Pero no tenía prisa.

En esta tardía hora se vivía intensamente en las aldeas al pie del Musa Dagh. Todo el mundo estaba fuera de las casas. La dulzura del domingo declinante invitaba a los habitantes a reunirse. Los cuerpos, las miradas, la palabra espontánea se buscaba para manifestar el placer de la existencia en las comadrerías familiares, o en las lamentaciones generales sobre la actualidad. Se formaban grupos distintos según el sexo y la edad. Las matronas reunidas se lanzaban miradas de soslayo; las mujeres más jóvenes se mostraban serenas en sus trajes domingueros, mientras las muchachas adoptaban expresiones burlonas. Sus collares, fabricados con

monedas, tintineaban a cada paso, y al reír mostraban unos dientes magníficos. Gabriel observó el número asombroso de mozos aptos para el servicio militar y que no habían sido aún llamados al frente, reían y jugaban como si no existiera un Enver Pachá. En los viñedos y en los huertos se escuchaba el sonido nasal de la tarambana, la guitarra armenia. Algunos hombres laboriosos preparaban sus apeos. El día turco terminaba con el crepúsculo, y con éste el reposo dominical; por eso se veía a los más trabajadores deseosos aún de ocuparse un rato más en algo útil antes de irse a la cama.

En vez de dar a las aldeas sus nombres turcos, se les habría podido designar por los diferentes oficios que las distinguían unas de otras. En todas se cultivaban viñas y árboles frutales, escasamente trigo. Pero el título glorioso lo constituían sus talentos artísticos. Existía, por ejemplo, Hadji Habibli, la aldea de las maderas. Sus hombres tallaban en maderas duras y en hueso no sólo peines excelentes, pipas, boquillas y otros objetos similares, sino además, crucifijos, vírgenes, estatuas de santos, todo ello primorosamente cincelado era exportado a Alepo, Damasco y Jerusalén. Estas tallas no eran para nada burdas, sino que poseían su propia personalidad, que sólo podía florecer a la sombra de la montaña. Wakef era el pueblo de los encajes. En efecto, los mantelitos y pañuelos de extraordinaria finura que fabrican allí las mujeres encontraban clientes hasta en Egipto. Esta fama no era conocida por estas artistas, que jamás llegaron con el fruto de sus tareas más allá de Antioquía y eso, a lo sumo, dos veces al año. No es necesario volver a mencionar Azir, la aldea de los gusanos de seda. En Kehder Beg se hilaba la seda. En Yoghonoluk y Bitias, los dos pueblos principales, se encontraban reunidas las diferentes industrias familiares. En cuanto a Kebussije, la aglomeración más septentrional y la más lejana de las siete, era la aldea de las abejas. Gabriel Bagradian consideraba que la miel de Kebussije no tenía rival en el mundo entero. Las abejas iban a buscarla a las íntimas esencias del Musa Dagh, montaña mágica favorecida por el cielo, tan distinta a todos los demás montes de la región, lamentablemente áridos. ¿Por qué era ella la única poseedora de innumerables fuentes, cuya mayor

parte caía al mar en transparentes cascadas? ¿Por qué era sólo ella y no las montañas musulmanas del Naulu Dagh o el Djebel Akra? Parecía un milagro; podría creerse que en tiempos muy lejanos y misteriosos la divinidad de las aguas, ofendida por los mahometanos, se había retirado de sus implorantes y desnudas alturas para prodigar abundantemente sus favores a los montes cristianos. El tapiz bordado de flores sobre sus faldas orientales, los tupidos prados sobre los pliegues de su espalda, las viñas y jardines perfumados de damascos y naranjos delicadamente extendidos a sus pies, los rincones de secretas delicias donde brotan como muestras de alegría los rododendros y azaleas, las encinas y palmeras llenando de murmullos los sombríos desfiladeros y la calma que flota como un ángel guardián sobre todo este mundo incomparable, esta naturaleza parecía haber sido apenas rozada por las consecuencias del pecado original que sumió al resto de la desolada Asia Menor en el duelo y la miseria. A causa de un pequeño error en la organización divina del planeta, o por los buenos oficios de algún querubín corruptible animado de un vivo amor por la patria, la tierra del Musa Dagh parecía haber conservado un reflejo, un resabio del paraíso terrenal. Es, pues, allí, en la costa siria, donde se le ha de situar, y no más allá, en Mesopotamia, a donde los geógrafos, al explicar la Biblia, quieren suponer la antigua existencia del jardín del Edén.

Está de más decir que los siete pueblos situados a los pies de la montaña también habían recibido su parte de bendición. No se parecían en nada a los miserables villorrios que Gabriel había encontrado a veces en sus excursiones por el valle. En las aldeas armenias no se veían aquellas chozas de arcilla que, más que habitaciones humanas, parecen depósitos de aluviones en los que se hubiera cavado un hueco a fin de proporcionar a la vez alojamiento y establo para uso de hombres y animales. Aquí la mayoría de las casas están construidas en piedra. Cada una de ellas cuenta con varias habitaciones, y alrededor de los muros se han levantado pequeñas galerías. Puertas y ventanas brillan lustrosas. Sólo un número reducido de chozas conservadas de hace muchos años carecen de,

según la costumbre oriental, ventanas a la calle. En toda la región que cubría con su nítida sombra el Damlajik, se observa el predominio de la cordialidad y un mejor nivel de vida. Más allá de la sombra empezaba la soledad. Aquí estaban las viñas, las frutas, las moreras, las terrazas superpuestas unas sobre otras; allí quedaba el valle de los monótonos campos de maíz que dejaban descubierta a trechos la estepa desnuda como la piel de un mendigo a través de los harapos. Sin embargo, la montaña sagrada no era la única causa de esta prosperidad. Después de medio siglo aún se notaba el fruto de la pasión del viejo Awetis Bagradian, el amor de un hombre emprendedor que se había desvivido por este pedazo de su patria a pesar de todas las atracciones mundanas. Su nieto observaba asombrado a estas criaturas que le parecían extraordinariamente hermosas. Algunos instantes antes de llegar junto a ellos, callaron, se volvieron hacia el centro del camino y pronunciaron en voz alta el saludo acostumbrado en esa hora tardía: *¡Bari irikun!*

Creyó percibir —tal vez no fuera más que efecto de su imaginación— un pequeño brillo en los ojos de aquella gente, un destello de agradecida felicidad que no le dirigían a él, sino al benefactor de antaño. Las mujeres y las mozas lo siguieron obstinadamente con la mirada, mientras en sus ágiles manos temblaba cadencioso, indiferente, el huso de la rueca.

Aquella gente no era menos extraña a Gabriel que la multitud del bazar. ¿Qué tenía de común con ellos, él, que pocos meses antes iba en su coche a pasear por el *bois*, seguía los cursos de filosofía de Bergson, discutía en doctas entrevistas las novedades literarias y escribía artículos destinados a presuntuosas revistas? Y, sin embargo, sentía que de esos hombres se desprendía una atmósfera de profunda serenidad. Cosa extraña, se sentía en cierto modo el padre de todos ellos por conocer las inquietantes amenazas que ellos ni siquiera podían presentir. Él, él solo, ocultaba una gran preocupación de la que deseaba preservarlos por el mayor tiempo posible. El anciano agá Riffat Bereket no era un vago soñador, aunque entorpecía su sabiduría con sentencias floridas. Tenía razón; había que permanecer en Yoghonoluk y esperar. El Musa Dagh se

levantaba fuera del mundo: aunque estallara una tempestad, ésta no le alcanzaría.

Una cálida onda de simpatía hacia sus compatriotas tomaba cuerpo en Gabriel; aprovechad bien vuestra felicidad, mañana, pasado mañana…

Y desde lo alto de su cabalgadura los saludó con un gesto solemne.

En medio de la fresca y estrellada oscuridad ascendió por el camino que lo conducía a la villa a través del parque. La concha protectora de la densa arboleda lo transportó de nuevo a aquel bienestar abstracto del que había sido arrancado aquella mañana. Con el cansancio, la agradable superstición cobró más cuerpo. Penetró en el vasto vestíbulo de la casa. La vieja lámpara de hierro colgada del techo regocijó con su luz discreta el corazón del recién llegado. A consecuencia de una incomprensible asociación de ideas identificó a su madre con esa luz. No era la dama de cierta edad que, cuando regresaba de la academia, lo recibía con un beso en un piso parisiense desprovisto de personalidad, sino aquella de silenciosa dulzura que animaba con su sola presencia los desvanecidos días. «*Hokud madagh kes kurban*». ¿Había pronunciado realmente cada noche estas palabras inclinada sobre la camita de su hijo? ¡Quisiera ofrecerme en sacrificio por tu alma!

Otro recuerdo dulce existía desde tiempos inmemoriales: la lucecita en el descansillo al pie de la virgen. Exceptuando esto último el resto pertenecía a la época del joven Awetis. Por lo menos en lo que a las escaleras concernía, se trataba del despliegue de una época de caza y de guerra. De las paredes pendían trofeos y armas, una colección completa de antiguas carabinas beduinas con cañones interminables. Este raro personaje no había sido sólo un hombre de rudas pasiones, como lo demostraban un par de extraordinarias piezas, armarios, alfombras, y lámparas que había traído de sus viajes y que extasiaban a Julieta.

Mientras Gabriel, todavía sumido en sus pensamientos, subía

por la escalera, escuchaba apenas el sonido de las voces que provenían de las estancias de abajo: ya estaban reunidos los notables de Yoghonoluk. Permaneció largo rato de pie ante la ventana abierta de su habitación, impasible, fija la mirada en la oscura silueta de Damlajik que a esa hora se destacaba más que nunca imponente. Transcurridos diez minutos llamó a su criado Missak, al que había tomado a su servicio tras la muerte de su hermano, junto con el administrador Kristaphor, el cocinero Howhannes y todo el resto del personal adscrito a la casa y a sus dependencias.

Gabriel se lavó y se cambió de traje. Enseguida pasó al cuarto de Esteban. El niño ya estaba acostado y dormía tan profundamente, que ni la penetrante luz de la linterna logró despertarlo. Las ventanas estaban abiertas y se divisaba afuera el follaje espeso de los plátanos suavemente agitados por brisas misteriosas. También en esta habitación se sentía la presencia del Musa Dagh, cuya mole negra se encontraba tan próxima. Pero en aquel momento la cima de la montaña se iluminó con un resplandor rojizo tras su espalda majestuosa, no el mar de aguas saladas, sino un océano de materia incandescente proveniente del más allá. Bagradian se sentó en la silla junto al lecho y, lo mismo que aquella mañana en que el hijo había observado el sueño de su padre, ahora el padre observaba el sueño del hijo; pero eso estaba permitido.

La frente de Esteban, copia exacta de la frente de Gabriel, relucía diáfana. Bajo ésta, los ojos cerrados insinuaban dos sombras parecidas a dos horas que el viento trajera de fuera, depositándolas sobre el rostro juvenil. Sus ojos eran tan grandes que aun durmiendo se podían apreciar. La nariz fina y afilada no pertenecía al padre; la había heredado de Julieta, elemento extranjero. Esteban respiraba agitadamente. El muro impenetrable de su sueño ocultaba una vida exuberante. Oprimía contra el cuerpo los dos puños cerrados, como si sostuviera las riendas para impedir que se escaparan las imágenes galopantes de los sueños.

El sueño del niño se tornó más inquieto. El padre no se movió. Deseaba saciar completamente su vista con la imagen de su hijo. ¿Acaso temía algo por Esteban? ¿Quería restablecer una unión que

ya se había realizado en Dios? No tenía conciencia de nada; su cabeza estaba vacía de ideas. Finalmente se levantó, no sin antes exhalar un suspiro, así de abatido se sentía. A tientas, extendiendo las manos vacilantes, tropezó con la mesa. La noche amplificó el ruido seco del choque. Gabriel permaneció inmóvil. Temía haber despertado a Esteban y, en efecto, la voz soñolienta del niño balbuceó en la oscuridad:

—¿Quién está ahí? Papá…, ¿eres tú…?

Pero casi al instante volvió a calmarse la respiración del dormido. Gabriel, que había apagado inmediatamente su linterna, volvió a encenderla atenuando con la mano el brillo. El rayo de luz cayó sobre la mesa donde se veían esparcidas algunas hojas de dibujo. ¡Vaya, vaya! Esteban había emprendido ya la tarea y, accediendo al deseo de su padre, había dibujado toscamente un croquis del Musa Dagh. Las correcciones con un lápiz rojo de Awakian cortaban por todas partes las líneas primitivas. Al principio Bagradian no recordó la sugerencia que le había hecho aquella misma mañana en su encuentro con el muchacho, entonces comprendió con qué ahínco había tratado su hijo de alcanzarlo y convencerlo. El emborronado esbozo se convirtió para él en un símbolo.

Ante el gran salón de la villa Bagradian en Yoghonoluk se extendía una vasta sala que comunicaba con el vestíbulo. Estaba casi vacía y sólo servía de pasadizo; la iluminaba ahora una lámpara de petróleo con la llama baja. Gabriel se detuvo allí un momento para escucharlas voces cercanas. Oyó la risa de Julieta. La admiración que le prodigaban estos armenios pueblerinos la regocijaba: era un avance.

El viejo médico Bedros Altouni abría precisamente la puerta para retirarse. Encendió su linterna y buscó el maletín de piel que había dejado sobre una silla. Altouni no observó la presencia del dueño de la casa, sino cuando éste lo interpeló a media voz: «*Hairik Bedros*» ¡padrecito Bedros! El médico se volvió sobresaltado. Era un

hombre pequeño y enjuto, con una hirsuta barba gris. Formaba aún parte de aquella categoría de armenios que, al contrario de las generaciones más jóvenes, parecían cargar sobre sus espaldas encorvadas con todo el peso de las persecuciones sufridas por su raza. Protegido por Awetis Bagradian, había estudiado, de joven, medicina en Viena a expensas de su benefactor, que le brindó así la oportunidad de conocer el mundo. En aquella época el filántropo de Yoghonoluk había concebido vastos planes y hasta soñado con la construcción de un pequeño hospital. Pero el proyecto se redujo a la instalación de un médico en el distrito, lo que ya era mucho. De todos los vivos era el viejo doctor, el viejo *hekim*, a quien Gabriel conocía desde hacía más tiempo, pues Altouni había asistido a su nacimiento en calidad de partero. Sentía por el anciano un respeto mezclado de ternura, una herencia dejada en su corazón por sentimientos infantiles. El doctor Altouni se ufanaba por ponerse un abrigo de paño que parecía ser de la época de sus estudios en la Universidad de Viena.

—Me era imposible esperarte más rato, hijo mío… Y dime, ¿qué has sabido de nuevo en el Hukumet?

Gabriel se volvió para ver su arrugado rostro. Todo parecía maltrecho en aquel anciano. Sus movimientos, su voz y hasta la energía que pretendía a veces poner en sus palabras. Estaba gastado tanto interior como exteriormente. El camino de Yoghonoluk hasta la aldea de los tallistas por un lado, y por el otro hasta la de las abejas, era extraordinariamente penoso cuando había que emprenderlo varias veces por semana sobre el lomo duro de un asno. Gabriel reconoció el eterno maletín de medicinas en el cual, además de vendajes, un termómetro, algunos instrumentos de cirugía y un manual de medicina alemán con fecha del año 1875, no se veía más que un fórceps de modelo antediluviano. A la vista de este maletín, Gabriel reprimió el deseo que se apoderaba de él de comunicar al médico lo sucedido en Antioquía.

—Nada de particular —respondió evasivamente.

Altouni amarró la linterna a su cinturón, que abrochó con fuerza.

—En cuanto a mí respecta, he debido procurarme nuevos *teskerés* por lo menos siete veces en mi vida. Los quitan por el impuesto que hay que pagar cada vez que uno pide otro. Es una táctica bien conocida. Pero ya no me sacarán nada más. Ya no tengo necesidad de pasaportes en este mundo… —Y agregó con tono taimado—: Por lo demás tampoco los necesité antes, pues hace cuarenta años que no me muevo de aquí.

Bagradian volvió la cabeza hacia la puerta.

—¿Qué clase de pueblo somos que todo lo soportamos en silencio?

—¿Soportar? —El médico recalcó deliberadamente esta palabra —. Vosotros los jóvenes ya no sabéis lo que es soportar. Vosotros habéis crecido en tiempos bien distintos a los nuestros.

Gabriel repitió su pregunta:

—¿Qué clase de pueblo somos?

—Tú, mi querido muchacho, has pasado la vida en Europa. En cuanto a mí, ¡por qué no me quedaría en Viena! La gran desgracia de mi vida es haber salido de allí. Tal vez habría podido ser alguien, pero, ¿ves?, tu abuelo era tan loco como tu hermano, y no quiso saber nada de aquel mundo. Tuve que comprometerme por escrito a regresar. Eso fue mi desgracia. Más me hubiera valido no haberme ido.

—No se puede vivir siempre como un extranjero en el extranjero.

Gabriel, el parisino, se asombró de haber pronunciado esta frase. Altouni rió con voz ronca.

—Y aquí, ¿acaso se puede vivir aquí? ¿Aquí, donde se siente siempre encima la amenaza de lo imprevisto? Es indudable que te has forjado sueños bien alejados de la realidad.

De súbito una idea cruzó la mente de Bagradian; en cualquier caso había que estar preparado. Altouni volvió a dejar su maletín sobre la silla.

—¡Ah!, ¡miseria! ¿De qué estamos hablando? Esta noche has despertado en mí todas aquellas viejas historias. Soy médico y jamás he creído en Dios con particular convicción. Y, sin embargo, antaño

le tuve muchas veces rencor a Dios por haberme hecho nacer así. Se puede ser ruso, turco u hotentote, pero no se puede ser armenio, eso es imposible. Ser armenio es imposible…

De golpe se apartó del abismo a cuyo borde había llegado.

—¡Basta ya! ¡Dejemos este tema! Soy el *hekim*, lo demás no me incumbe. Acaban de sacarme de esta encantadora reunión para llevarme al lado de una mujer que va a dar a luz. Como ves, siempre nacen más niños armenios. ¡Es desesperante!

Cogió su maletín con un ademán indignado. Esta conversación en el umbral de la puerta sobre temas fundamentales parecía haberlo irritado.

—¿Y tú? ¿Qué más deseas? Tienes una mujer maravillosamente hermosa, un hijo lleno de promesas, ninguna preocupación, una fortuna incalculable, ¿qué más deseas, pues? Vive tu vida y no te preocupes de toda esta podredumbre. Cuando los turcos están en guerra nos dejan tranquilos; es una experiencia comprobada desde hace mucho tiempo. Y cuando termine la guerra regresarás a París, donde ya no te preocuparás ni sabrás nunca nada más de nosotros ni del Musa Dagh.

Gabriel Bagradian sonrió, como si no tomara en serio sus observaciones.

—Pero, ¿y si no nos dejaran tranquilos, padrecito?

Gabriel permaneció un momento invisible ante la puerta del salón. Unas doce personas se encontraban allí reunidas. Tres damas de edad formaban un círculo silencioso alrededor de una mesita y, probablemente por orden de Julieta, el estudiante Awakian las acompañaba, pero él tampoco se molestaba en mantener una conversación. Una de las matronas, la esposa del médico Altouni, era una de las escasas sobrevivientes de la infancia de Gabriel. Se llamaba *mairik* Antaram, madrecita Antaram. Llevaba un vestido de seda negro. El cabello, peinado muy tirante sobre la frente, no estaba aún completamente cano, y su largo rostro huesudo expresaba una extraña osadía. Allí estaba ella, sentada tranquilamente,

paseando su mirada observadora sobre la concurrencia. No podría decirse lo mismo de sus dos vecinas, la esposa del pastor Harutiun Nokhudian de Bitias y la esposa del alcalde, el *mouchtar* de Yoghonoluk Tomás Kebussjan. A primera vista se notaba que no se sentían a sus anchas, aunque hubieran extraído de sus guardarropas sus más suntuosos vestidos a fin de agradar a la francesa.

La señora Kebussjan se encontraba en peor situación, pues, a pesar de haber frecuentado la escuela de Marach dirigida por misioneros americanos, no comprendía una palabra de francés.

Alzaba continuamente sus ojillos nerviosos hacia las lámparas y los apliques, donde ardían costosas bujías proporcionando una intensa luz. ¡Ah!, *Madame* Bagradian no tenía por qué preocuparse del gasto. ¿Dónde podrían encontrarse velas tan gruesas de pura cera? Sin duda las habrían traído de Alepo y tal vez del propio Estambul. El *mouchtar* Kebussjan era en verdad el más rico agricultor de la región; sin embargo, en su casa no era posible emplear —además del petróleo—, más que unas delgadas velas de sebo y candelas de grasa de cordero. Y allá sobre el piano se veían, embutidos en altos candelabros, dos inmensos cirios pintados como los de la iglesia. ¿Acaso esto no era ya una exageración?

La misma pregunta se hacía la mujer del pastor, cuyo prestigio había menguado mucho. Pero se ha de declarar en su favor que ni la envidia ni los celos tenían cabida en sus sentimientos. Las manos de estas mujeres reposaban —con evidentes inquietudes— sobre el regazo, pues en honor a esta reunión habían dejado en casa las labores de que ordinariamente no se separaban jamás. La mujer del pastor y la del *mouchtar* observaban a sus maridos entretenidos lejos de ellas y se asombraban de sus actitudes.

Y en efecto, el delicado pastor —y del mismo modo el robusto *mouchtar*— parecían metamorfoseados en toda la medida de lo posible. Formaban parte del grupo masculino que rodeaba a Julieta. (Precisamente en aquel momento, ella estaba dando explicaciones sobre algunas de las piezas arqueológicas que Gabriel había descubierto y se exponían en aquella sala). Los dos hombres sentados le daban la espalda a sus esposas, es decir, el reverso de sus

anticuadas chaquetas, que se tensaban serviles. Especialmente el pastor Nokhudian parecía siempre dispuesto a satisfacer cualquier orden de Julieta que, sin embargo, nunca se producía. Naturalmente, éste se encontraba a una prudente distancia de ella, pues los jóvenes le habían apartado. En este grupo destacaban dos profesores. Uno de ellos, Hapeth Chatakhian, había pasado unas semanas en Lausana hacía mucho tiempo y estaba convencido desde entonces de que poseía un acento francés irreprochable. Tampoco desperdició la extraordinaria ocasión de dar testimonio de su arte con entusiasmo. El otro se llamaba Hrand Oskanian.

Era un hombrecito cuyos negros cabellos le nacían muy abajo sobre la frente. Oponía al exuberante virtuosismo de su colega un silencio absoluto. Este silencio era sumamente molesto. Constantemente parecía indicar los límites entre la superficialidad y el verdadero valor. Pero esta vez el activo silencio de Oskanian había perdido su poder desconcertante. Cuando Gabriel entró en la sala, oyó resonar muy fuerte el francés del profesor, tan orgulloso de su acento:

—¡Oh! *Madame*, ¡cuánto agradecimiento os debemos por haber traído a nuestro desierto un rayo de verdadera cultura!

Julieta había tenido que dirimir ese día un pequeño combate interior. Se trataba del vestido que debía ponerse para recibir a sus nuevos compatriotas. Hasta la fecha se había vestido con particular sencillez en semejantes ocasiones, pues no consideraba digno, o más bien, perfectamente inútil el deslumbrar a esos «ignorantes medio salvajes». Pero ya en la última oportunidad se había dado cuenta de lo mucho que redundaba en ella misma el encanto que ejercía sobre sus huéspedes. Por eso no pudo resistir la tentación y sacó su más elegante vestido de noche («naturalmente es de la primavera pasada», pensó ella al revisar sus trajes, «y no me atrevería de ninguna manera a exhibirme con esto en París»). Después de vacilar un momento decidió también lucir sus alhajas. El efecto de su decisión, que al principio la avergonzaba un poco, la sorprendió gratamente. Ser bella entre otras igualmente bellas resulta evidentemente un placer que llena de orgullo, sin embargo, esta

satisfacción no es duradera: no se representa sino el papel de una hermosa comparsa en un coro inmenso. Pero ser aquí una estatua milagrosa e inaccesible adorada por fieles de rostros exóticos, ser un ídolo subyugador a la vista de los tímidos armenios de desorbitadas pupilas, ser la única, la hermosa de los cabellos de oro, el ama absoluta, no se parece en nada a la vida cotidiana, es una aventura que tiñe las mejillas de un rosa juvenil, que enrojece los labios y da brillo a los ojos.

Gabriel observó a su mujer rodeada de admiradores humildes y estupefactos, incapaces de expresar ante ella el menor deseo. Vio que sus mejillas estaban sonrojadas y los labios ardientes como los de una jovencita. Al caminar Julieta, reconoció su «deslumbrante andar», como lo calificara antaño. Por lo visto era sólo aquí, en Yoghonoluk, donde Julieta accedía a relacionarse con los modestos compatriotas de su marido, pues en Europa había rehusado frecuentar a los más cultos y distinguidos armenios. Y se producía el caso más extraño; en Beirut, donde fueran sorprendidos por los acontecimientos que trastornaban al mundo, sin posibilidades de regresar, Gabriel había temido que la nostalgia se apoderara de Julieta. Francia luchaba en la guerra más cruenta de su historia. Los diarios de Europa no se aventuraban por aquellos rincones perdidos; no se sabía absolutamente nada, y se encontraban aislados de todas partes. Sólo una carta había llegado a sus manos al cabo de largas peregrinaciones, y fechada en el mes de noviembre, de la madre de Julieta. Era una suerte que la joven no tuviera hermanos. Con sus dos hermanas sostenía relaciones superficiales, pues su matrimonio con el armenio la había alejado de su familia. Sea como fuere, su calma —o, mejor dicho, su indiferencia— fue una sorpresa para Gabriel. Ella vivía en el presente y se preocupaba muy rara vez del destino de su patria. Tras catorce años de matrimonio parecía conseguirse lo inesperado, aquí en la casa de Yoghonoluk. Julieta había penetrado en el mundo de Gabriel. La vieja tensión que los unía y separaba a la vez, ¿se había aflojado aquella noche?

Y, en efecto, había en toda su persona algo nuevo cuando ella se le aproximó con los brazos extendidos.

—Por fin, amigo mío; ya estaba muy inquieta.

Se preocupó inmediatamente, casi con exageración, de apaciguar la sed y el hambre de su marido. Pero Gabriel no tuvo tiempo de comer; todos le rodeaban para oírle contar lo que había sabido en Antioquía, pues las medidas del gobierno ejecutadas aquella mañana habían inquietado a muchos. El solo hecho de que las autoridades escogieran el domingo y especialmente la hora de la misa permitía suponer dudosas intenciones y parecía ya una evidente señal de hostilidad. Era verdad que las aldeas de las faldas del Musa Dagh casi no habían padecido los sangrientos trastornos de 1896 y 1909, pero los hombres como Kebussjan y el pequeño pastor de Bitias tenían el oído bastante fino como para colocarse en guardia al menor ruido de alarma. Sólo aquella tarde y la radiante presencia de Julieta lograron distraer a los notables de sus preocupaciones. Y cuando Bagradian, obediente a su promesa interior, repitió las explicaciones del *mudir*, es decir, que se trataba simplemente de una medida general y conforme al estado de guerra, todos, Nokhudian, Kebussjan y los profesores, pretendieron haber adivinado y predicho mucho antes la solución del enigma. Un cálido optimismo se apoderó entonces de los reunidos. Su más convencido partidario era el profesor Chatakhian. Se irguió cuan alto era. Que ya hacía mucho que había pasado la mediana edad, declaró con ardor, volviéndose hacia *Madatne* Bagradian:

—El sol de la civilización va a levantarse por fin sobre Turquía. La guerra no es sino la sangrienta aurora de ese día que está por venir, pero de todos modos la opresión, la barbarie y las matanzas han terminado ya para siempre. En el siglo del progreso nadie podría tolerar semejante cosa. Por otra parte, el gobierno turco se encuentra bajo el control de sus aliados.

Chatakhian miraba a Julieta en una espera febril. ¿No había acaso rendido homenaje al progreso en un francés impecable? La asamblea presente aprobaba sus opiniones según la medida en que comprendían su discurso. Sólo el profesor Oskanian, encerrado en su mutismo, gruñía en señal de desaprobación. Por lo demás, era la actitud que acostumbraba a adoptar cada vez que su amigo se dejaba

llevar por un acceso de elocuencia. En ese momento se dejó oír una nueva voz:

—¡Ya se ha hablado suficientemente de lo turcos! ¡Ocupémonos de asuntos más importantes!

Estas palabras habían sido pronunciadas por el farmacéutico Krikor, el personaje más extraordinario de la reunión.

Seguramente el farmacéutico Krikor era un ser único en su especie y su indumentaria bastaba ya para probarlo. Mientras todos los hombres, incluso el *mouchtar*, iban vestidos a la europea —había en Yoghonoluk un sastre que había estado en Londres—, Krikor llevaba una blusa rusa confeccionada en seda de color amarillo claro. Su rostro, sin una arruga a pesar de sus sesenta años, adornado de una pequeña barbilla blanca, aparecía animado por dos ojos un tanto oblicuos y su faz tenía el color de un pergamino muy antiguo, por lo que más parecía un sabio mandarín que un armenio. Hablaba con una voz sonora y a un tiempo extrañamente hueca; parecía agotada por un exceso de ciencia. Y en efecto, el farmacéutico de Yoghonoluk poseía una biblioteca muy peculiar, seguramente no habría otra igual en toda Siria, pero además el propio Krikor era una biblioteca andante, un individuo omnisciente perdido en uno de los valles más desconocidos de la tierra. Ya se tratara de la flora del Musa Dagh, de la constitución geológica de los desiertos, de alguna rarísima especie de aves, de la extracción del cobre, de meteorología, de los Padres de la Iglesia o de las estrellas del firmamento, invariablemente la voz hueca de Krikor proporcionaba la información en un tono velado y negligente, como si cada vez considerara un insulto el que le exigieran la solución de enigmas tan insignificantes. Pero una cultura enciclopédica no es cosa rara en el mundo. No, eso no era suficiente para probar la verdadera originalidad creadora del farmacéutico. No, pues el propio Krikor era análogo a su biblioteca. Naturalmente ésta comprendía varios miles de volúmenes, en su mayoría editados en idiomas que le eran desconocidos, como por ejemplo una enciclopedia alemana de

tiempos remotos. La providencia había levantado grandes obstáculos en el camino por donde lo arrastraba su pasión. Las obras armenias o francesas que le eran accesibles formaban la minoría de su tesoro bibliográfico. Pero Krikor no era solamente un erudito, sino también un bibliófilo. El verdadero bibliófilo ama, más que la forma y el contenido de los libros, su existencia; no es necesario que los lea. ¿No es esto muy semejante a todo gran amor? El farmacéutico no era rico. No podía darse el lujo de encargar costosas partidas a las librerías y libreros de Estambul, y mucho menos al extranjero, y por eso se veía obligado a aceptar cuanto le cayera en las manos. Había empezado a formar la base de su biblioteca, decía, desde los primeros años de su infancia, y enseguida durante sus viajes. Ahora contaba con agentes y protectores en Antioquía, Alejandreta, Alepo y Damasco, de donde le enviaban, de tarde en tarde, enormes paquetes. ¡Qué fiesta era para él el día en que le llegaban semejantes regalos! Que fueran infolios en árabe o hebreo, novelas francesas o cualquier libraco sin valor, le daba lo mismo con tal que aquello pudiera llamarse libro, papel impreso. En este hombre se había concentrado todo el culto al espíritu de la raza armenia, secreto de longevidad de los pueblos que a pesar de su vejez extrema resisten a la acción destructora del tiempo. Como la semilla del clavel silvestre arraiga sobre la roca desnuda, así la biblioteca de Krikor arraigó en Yoghonoluk. Esta extraña biblioteca —la mayoría de cuyos volúmenes no había leído— hubiera bastado apenas para formar la base de los conocimientos enciclopédicos del farmacéutico. Afortunadamente sus dotes creadoras lo ayudaban a llenar todas las lagunas. El propio Krikor completaba su universo. Según su concepto particular respondía a todo asunto, desde la teología a la estadística, y al hacer esto no creía en ningún momento engañar a su interlocutor. Le invadía la inocente dicha del poeta cada vez que manejaba una impresionante retahíla de términos científicos. Está de más decir que semejante hombre contaba con discípulos, y es también natural el hecho de que éstos fueran reclutados entre los profesores de las siete aldeas, quienes veneraban en Krikor al oráculo milagroso, y ni siquiera el malicioso Oskanian se atrevía a dudar de

su solidez. Krikor era el Sócrates del Musa Dagh cuando reunía a sus discípulos, generalmente por las noches, en prolongados paseos filosóficos al modo peripatético. Apuntando con el índice al cielo estrellado, preguntaba:

—Hapeth Chatakhian, ¿sabes cuál es aquella estrella rojiza?

—¿Cuál? ¿Aquélla? Debe ser un planeta. ¿Qué cree usted?

—¡Error, muchacho! ¡Es la estrella Aldebarán! Y ¿sabes por qué brilla con ese resplandor rojizo?

—Porque… Tal vez porque… Nuestras capas atmosféricas…

—¡Error, muchacho! La estrella Aldebarán está hecha de imán en fusión y a ello debe su color rojizo. Ésta es también la opinión del famoso Camille Flammarion, como me lo expone en su última carta.

Esa carta del gran astrónomo no era una pura mistificación: existía realmente. Sólo que Krikor, sustituyéndose por Camille Flammarion, se la había dirigido a sí mismo. Naturalmente, no se entregaba a estas prácticas epistolares sino muy rara vez y en ocasiones extraordinarias. También Voltaire y el gran poeta armenio Raffi se habían visto obligados a responder detalladamente a algún que otro de sus mensajes. Era así como Krikor figuraba como miembro corresponsal del Olimpo.

Curiosamente, a pesar de su cosmopolitismo intelectual, hasta donde se remontara el recuerdo, no se sabía que el farmacéutico hubiera salido jamás de Yoghonoluk. Todos los habitantes medianamente cultos del Musa Dagh emprendían por lo menos una vez al año algún viaje, aunque sólo fuera a Alepo o a Marach para visitar las escuelas de las misiones americanas, alemanas o francesas donde habían recibido una educación secundaria. Muchos ancianos de la población habían regresado de América, en el crepúsculo de sus vidas, a fin de gozar en paz de la fortuna conquistada en el Nuevo Mundo. Sólo el farmacéutico Krikor evitó todo cambio de residencia. Incluso una visita a las localidades de los alrededores constituía una gran rareza en él. Ya había visto bastante, eso era al menos lo que decía, durante su juventud y con sus propios ojos todas las curiosidades esparcidas por el mundo. A veces se arriesgaba a

insinuar ciertas alusiones a estas aventuras que lo habían llevado hacia el este o el oeste, pero en el curso de las cuales, por principio, jamás había utilizado el ferrocarril. ¿Eran estas expediciones del mismo estilo que las cartas de Flammarion? Este asunto queda por dilucidar. Nada en los discursos y relatos de Krikor dejaba traslucir, en un detalle siquiera, la falsedad o la fantasía. De sus argumentos emanaba tal sensación de sinceridad, poseían tal fuerza sugestiva, que ni un hombre como Gabriel Bagradian concibió la menor sospecha. Sin embargo, cada vez que se presentaba la oportunidad, el farmacéutico declaraba francamente cuán poco comprendía el gusto por los viajes. Altouni, el conocido criticón, podía quejarse amargamente por haber pasado toda su vida en un pueblo sirio. Krikor estaba satisfecho en y con Yoghonoluk. Todos los pueblos eran iguales para él, porque el mundo externo estaba contenido en el interno. El sabio es eje sin moverse, como una araña en su tela, extendiendo sus hilos sobre el universo. En cambio, cuando la conversación recaía sobre política, sobre la guerra y temas de la más apasionante actualidad, el farmacéutico se impacientaba. Ver al mundo convertido en juguete a causa de las contingencias exteriores e interiores lo trastornaba profundamente. El mundo no tenía valor sino en el caso de ser considerado de lejos por el ojo impersonal del sabio. Sólo si se contemplaba desde una desinteresada distancia llegaba a tener valor. ¿Qué le importaban los acontecimientos de la retaguardia, ni lo que ocurría entre Estambul, Alepo y Mesopotamia? Toda guerra que no estuviera aún descrita en libros no merecía sino su desprecio. Así, pues, por este motivo, el farmacéutico acababa de condenar las elucubraciones políticas del profesor Chatakhian. Enseguida concluyó:

—No comprendo por qué nos metemos en esas cosas. ¿Qué importa la guerra, las leyes, valíes o caimacanes? ¡Dejad que los turcos hagan allá lo que se les antoje! ¡Si vosotros no os preocupáis de ellos, ellos tampoco se preocuparán de vosotros! Aquí tenemos nuestra tierra, que nos pertenece y que hasta encuentra aficionados entre los más exigentes viajeros… Permitidme…

Y Krikor presentó al señor de la casa un extranjero que hasta ese

momento se había mantenido oculto tras los demás hombres, o que tal vez el anfitrión simplemente no había observado. El farmacéutico pronunció el sonoro nombre del extraño:

—¡Gonzaga Maris!

A juzgar por el aspecto y sus modales, el joven era europeo o por lo menos un levantino europeizado. Su pequeño bigote negro, que se destacaba de su rostro pálido y siempre alerta, parecía tan francés como su nombre. El rasgo más acusado en su persona eran las cejas en ángulo obtuso. Krikor continuó haciendo de heraldo del extranjero:

—El señor Gonzaga Maris es griego.

Pero inmediatamente se apresuró a rectificar, como si hubiera temido desacreditar por ello a su protegido:

—El señor no es un griego de Turquía, sino de Grecia misma, es un europeo.

El extranjero tenía unas pestañas muy largas. En ese momento sonrió bajando completamente sobre sus ojos unas pestañas casi femeninas.

—Mi padre era griego, mi madre francesa, y yo soy americano.

Los modales modestos, por no decir tímidos, del joven agradaron a Gabriel. Éste sacudió la cabeza:

—¿Qué disparatado destino, perdone esta palabra, ha podido traer precisamente aquí a un americano cuya madre es francesa, aquí, a esta aldea?

Gonzaga volvió a sonreír bajando las pestañas:

—¡Es muy sencillo! Durante varias semanas he estado ocupado en Alejandreta, donde caí enfermo. El médico me envió a Beilan a hacer una cura de altura, pero en Beilan no me sentí bien… En Alejandreta me habían hablado tanto del Musa Dagh que sentí curiosidad por conocerlo. Fue para mí una gran sorpresa encontrarme en este desolado Oriente tan impresionante belleza, una sociedad tan culta y tan agradable alojamiento en casa del señor Krikor. Amo todo lo desconocido. Si el Musa Dagh se encontrara en Europa, gozaría de una enorme fama. De todos modos me siento feliz de saber que os pertenece a vosotros exclusivamente.

Con la voz sonora e indiferente que adoptaba en sus declaraciones sensacionales, el farmacéutico les avanzó:

—Es escritor, y en mi casa tendrá oportunidad de terminar sus estudios.

Gonzaga pareció abochornado al oírse calificar así.

—No soy escritor. De vez en cuando envío artículos a un diario americano. Eso es todo. En verdad no soy ni siquiera periodista.

Con un gesto vago dio a entender que esta ocupación no tenía más finalidad que el proporcionarle su pan cotidiano. Mas Krikor no abandonaba a su víctima, de la cual deseaba extraer un título de gloria personal.

—Pero, ¿usted, es también artista, músico, un virtuoso? Usted ha dado conciertos, ¿no es así?

El joven levantó la mano como para defenderse.

—¡Nada de eso! Entre otras cosas, he acompañado al piano. Hay que probar de todo.

Con una mirada imploraba la ayuda de Julieta. Ella dijo en tono asombrado:

—El mundo es muy pequeño. ¿No le parece curioso que dos compatriotas vengan a conocerse aquí? Pues usted es en realidad medio compatriota mío.

Una vez más el profesor Chatakhian dio rienda suelta a su exaltada elocuencia:

—¿Y no es más curioso aún el que nosotros, pobres campesinos armenios, podamos permanecer en un círculo tan distinguido y nos relacionemos, gracias a la bondad de *Madame*, en una sociedad tan refinada?

Oskanian, irritado, hizo más notable su silencio, y se apartó de los demás, dando de ese modo a entender que no era nada extraño que una personalidad como la suya fuera tratada como le correspondía. Porque Oskanian no era solamente un poeta solicitado en los alrededores del Musa Dagh, que escribía versos para sus paisanos en las diversas festividades alegres y tristes, sino que también se ocupaba como calígrafo y pintor en ocasiones parecidas.

Pero el farmacéutico Krikor aprovechó esta oportunidad para propinar una ligera reconvención a su discípulo Chatakhian.

—Nosotros los armenios tenemos uno de los defectos más desgraciados: la pusilanimidad. Esto nos lleva a menudo a rebajarnos. Olvidamos que la cultura de nuestro pueblo es una de las más antiguas del mundo. *Madame* sabe, por ser esposa de nuestro amigo Gabriel, que fuimos la primera nación que reconoció el cristianismo como religión del Estado, y esto mucho antes que Roma. Tuvimos un imperio magnífico, cuya capital Ani, con sus mil iglesias, era una de las maravillas del mundo. Reyes de sangre armenia reinaron en Bizancio. En la época en que Francia dormitaba aún en el sueño de la barbarie, nosotros contábamos con una literatura clásica. Finalmente hoy día no tenemos por qué ocultarnos. Hasta en este hoyo perdido que no cuenta siquiera con una calle decente, en el transcurso de los años se ha desarrollado una importante biblioteca… *Madame* nos permitirá, pues, el no demostrar vergüenza ante ella.

El farmacéutico pronunció esta solemne arenga sin abandonar su impasible calma de mandarín. En ningún momento miró a Julieta. En calidad de sabio socrático, Krikor se mostraba muy discreto y reservado con las mujeres, pero en cambio reunía a su alrededor a la juventud masculina, siempre que no fuera intelectualmente obtusa. Debido a su fuerza atractiva el joven Gonzaga Maris tomó alojamiento en su casa, a pesar de que el *mouchtar* le había ofrecido una hermosa habitación. Pero Julieta, enardecida por el éxito, se puso a chapurrear en armenio para contestar a Krikor. Hacía esto de una manera encantadora:

—¿Qué quiere usted decir…? Yo misma soy armenia, puesto que me he casado con un armenio… Según la ley… O tal vez turca… ¡Oh!, ya estoy toda confundida…

Entusiastas aplausos estallaron a su alrededor para agradecerle su esfuerzo.

En toda su vida en común, Gabriel no había escuchado sino muy rara vez alguna palabra armenia en labios de su mujer. Tendría que haberse considerado tan feliz como asombrado por este nuevo

progreso. Pero desgraciadamente este detalle se le escapó, pues, en vez de prestar atención a la asistencia, estaba ensimismado contemplando sin cesar una cabeza de Mitra que databa del segundo siglo después de Jesucristo y había sido encontrada en las ruinas de Seleucia, cerca de Suedja. Sin embargo, sus pensamientos no parecían guardar la menor relación con la cabeza de mármol. Ninguno de los invitados comprendió el verdadero sentido de las palabras que lanzó bruscamente en un tono indignado:

—Cuando un animal no se cree capaz de defenderse, perece. Sucede lo mismo en la naturaleza y en la historia.

Y sin razón, empujó un poco hacia la izquierda el pedestal que sostenía la cabeza de Mitra.

Gracias al entusiasmo de Julieta, la velada resultó todo un éxito, en nada parecida a las anteriores reuniones celebradas en la villa. La mayor parte de los armenios de la región llevaban una vida puramente oriental, es decir, que sólo se veían en la iglesia o en la calle. No se hacían visitas sino en ocasiones muy especiales. Aquí no existían cafés como en los pequeños pueblos turcos. Este aislamiento en la vida doméstica explicaba el carácter huraño de las mujeres, pero ahora se hacían cada vez más asequibles. Así, por ejemplo, la esposa del pastor no le hizo señas a su marido para indicarle que había llegado la hora de retirarse. La del *mouchtar* se había acercado a Julieta para examinar con sus dos dedos expertos la seda del vestido confeccionado en París. Pero Mairik Antaram había desaparecido de repente. Su marido la había mandado llamar a través de un muchacho para que fuera a ayudarle en un parto difícil y para que ahuyentara a las brujas que en semejantes casos se apresuraban a asaltar la casa de la parturienta para aplicarle sus sortilegios. En el transcurso de sus años de matrimonio, *Madame* Altouni se había convertido en una perfecta ayudante del médico. «Sabe más que yo», aseguraba éste con frecuencia.

Se pusieron entonces todos a elogiar a la «madrecita Antaram». Poseía ella, sin duda, un carácter especial; tenía un marcado espíritu

de sacrificio. Todas las mujeres afligidas, viejas o jóvenes, la veían acudir prodigándoles sus consejos de madre o hermana. Hasta recibía cartas de fuera. Eso se debía a que el Askanuwer Hajuhiaz Engreretiun, «Comité general de mujeres armenias», la había nombrado representante para toda la provincia. Sólo *Madame* Kebussjan encontró una explicación crítica hacia la bondadosa Antaram: «Es porque no tiene hijos».

Fue el señor de la casa quien más tardó en animarse. Con una mirada descontenta, examinó la gran mesa cubierta de bandejas con pasteles, tazas de té o café, junto a las cuales se veían también dos botellas de raki. Gabriel se levantó de un salto:

—¡Queridos amigos! Voy a buscaros algo mejor para beber.

Bajó enseguida a la bodega con Kristaphor y Missak a buscar vino. El joven Awetis había procurado el almacenaje y cuidado delas mejores cosechas, que el administrador tenía a su cargo. Los vinos fuertes del Musa Dagh no se conservaban mucho tiempo, debido a que, según una antigua costumbre, los guardaban en grandes vasijas de barro en vez de hacerlo en grandes toneles. Era un líquido dorado oscuro, espeso como los vinos de Xara en las faldas del Líbano. Cuando todas las copas estuvieron llenas, Gabriel se levantó para pronunciar un brindis, pero su discurso resultó tan vago y fúnebre como todas sus manifestaciones de aquel día:

—Soy feliz, dijo, viéndoos aquí reunidos tan alegres. ¡Quién sabe si la próxima vez o un poco más tarde podamos tener el espíritu tan libre de preocupaciones! Pero que nadie se entristezca en esta hora tranquila por estos pensamientos porque eso no trae nada bueno.

Gabriel pronunció en armenio esta alocución que más bien parecía una velada advertencia. Desde su puesto, Julieta le hizo un ademán de simpatía con su copa:

—Te he comprendido perfectamente, no he perdido una sola de tus palabras… Pero, ¿por qué tanta melancolía, querido?

—Soy simplemente el peor de los oradores —dijo Gabriel a guisa de excusa—; hace algunos años me escribieron a París proponiéndome un lugar en el partido Dahnakzagan. Rehusé no

sólo porque no deseo tener nada que hacer en política, sino también porque me sería absolutamente imposible pronunciar una sola palabra ante una gran asamblea pública. El país no pierde en mí a un conductor de masas.

—Rafael Patkanian —el farmacéutico se volvió hacia Julieta a fin de darle una explicación—; Patkanian fue uno de nuestros más grandes jefes políticos, un verdadero apóstol y, sin embargo, el peor orador que imaginarse pueda. Tartamudeaba más aún que Demóstenes en su juventud. No impedía esto que precisamente sus discursos obraran con una fuerza especial en el auditorio. Yo mismo, hace mucho tiempo, tuve el honor de conocerlo y escucharlo. Fue en Eriwan.

—Quiere insinuar con eso que no hay que perder la esperanza —dijo Gabriel riendo.

El vino añejo producía su efecto. Hasta los más taciturnos se volvían locuaces. Sólo el profesor Hrand Oskanian continuaba sumido en su amargo silencio, obstinado en mantenerse así a la altura de las circunstancias. El ministro de Dios, Nokohoudian, que no era buen bebedor, defendía su copa contra los ataques de su mujer, que trataba de arrebatársela, repitiendo incesantemente:

—Es una fiesta, mujer, ¿o no es así?

Cuando Gabriel fue a abrir una ventana para lanzar una mirada al paisaje nocturno, sintió tras él la presencia de Julieta.

—¿Qué te parece?, ¿No crees que la velada ha sido todo un éxito? —murmuró ella.

Él rodeó con su brazo la cintura de su mujer.

—¿Y a quién se lo debo sino a ti?

Pero el tono artificial de su voz desentonaba con sus palabras afectuosas. La excitación producida por el vino despertó en todos el deseo de escuchar música. Algunos invitados señalaron a un joven que pertenecía al grupo de profesores. Se llamaba Asajan y formaba parte de los discípulos de Krikor. Aunque delgado como un hilo, era reputado por poseer una buena voz, y tan excelente memoria, que conservaba intacto el recuerdo de todas las canciones nacionales. Al modo de los grandes cantores, Asajan opuso cierta resistencia. No se

podía, alegaba, cantar sin acompañamiento, y vivía demasiado lejos para ir a buscar su taramba. Julieta estaba por hacer bajar su gramófono. Sin duda una pequeña minoría entre los habitantes de Yoghonoluk debía conocer esta maravilla de la técnica. Pero el farmacéutico Krikor resolvió el problema lanzando una mirada significativa hacia su invitado.

—¡No olvidemos que tenemos aquí a un artista!

Gonzaga Maris se sentó al piano sin hacerse rogar demasiado.

—Este piano es uno de los doce que hay en Siria —dijo Gabriel —. Hace un cuarto de *siglo* fue *traído* de Viena para mi madre. Kristaphor me ha contado que mi hermano Awetis trajo un especialista de Alepo para ponerlo en condiciones, pues durante las últimas semanas de su vida tocaba a menudo. Y yo ignoraba que le gustase la música.

Tocó algunos acordes preliminares. Pero desgraciadamente el joven no supo escoger el tono que convenía a una hora tan tardía y de acuerdo al oído poco musical de un auditorio que no pedía sino una pequeña diversión. Con negligencia, la cabeza inclinada sobre las teclas, el cigarrillo en los labios, tocaba, y sus dedos iban gradualmente hundiéndose en sonoridades macabras.

—¡Desafino! ¡Desafino horriblemente! —murmuraba, y tal vez fuera ésta la razón por la cual se obstinaba en permanecer en las escalas menores. Una sombra de aburrimiento y cansancio se extendía por su rostro, hasta hacía un momento tan agradable.

Bagradian miraba de soslayo esa cara que ya no le parecía tímida ni juvenil, sino más bien falsa y gastada. Con la mirada buscó a Julieta, que había aproximado su silla al piano. De pronto su mirada parecía envejecida y minada. Ante la muda interrogación de su marido, ella declaró a media voz:

—Tengo jaqueca… Ha sido sin duda el vino…

Gonzaga se interrumpió bruscamente y cerró la tapa del instrumento:

—Les ruego que me excusen —dijo.

Aunque el profesor Chatakhian se pusiera a elogiar la ejecución del extranjero, empleando en ello una vasta variedad de términos

técnicos, con lo que pretendió probar sus conocimientos musicales, ya había desaparecido el buen humor. Al poco rato la esposa del pastor Nakhoudian dio la señal de partida. Naturalmente, esa noche se alojarían en Yoghonoluk, en casa de unos amigos, pero al día siguiente, al alba, se encaminarían nuevamente a Bitias. El último en despedirse fue Oskanian, el taciturno. Cuando ya los demás salían al parque, se volvió una última vez y con sus piernecillas demasiado cortas se encaminó directamente y decidido a todo hacia Julieta, que se sobresaltó ligeramente al verlo adelantarse de ese modo. Pero sólo le entregó, antes de desaparecer, un gran pliego de papel cubierto de caracteres armenios magníficamente caligrafiados en tintas de todos los colores.

Era una poesía vibrante de exaltación, homenaje de amor respetuoso.

Cuando esa noche Julieta despertó sobresaltada, vio a Gabriel sentado muy erguido en el lecho. Había encendido su vela y probablemente había pasado largo rato observando a su mujer dormida. Ella sintió perfectamente que no era la luz, sino la mirada de su marido la que la había despertado. Él le tocó el brazo:

—No quería despertarte, pero deseaba que tú misma abrieras los ojos.

Moviendo la cabeza, ella lanzó atrás los cabellos que le caían sobre la frente. Su rostro apareció fresco y sonriente.

—Podías haberme despertado, no me importa. Ya sabes, además, que estoy siempre a tu disposición para una charla nocturna.

—No he dejado de pensar —explicó él de un modo evasivo.

—Y yo he dormido admirablemente. Mi jaqueca no provenía, pues, de vuestro vino armenio, sino de la música de ese famoso pianista, mi medio compatriota, diremos. ¡Qué extraña idea! ¡A quién se le ocurre venir a curarse a Yoghonoluk, y alojarse en casa de *Madame* Krikor! Pero lo más cómico ha sido aquel pequeño profesor negro que me ha entregado esa especia de cartel enrollado. ¡Y

también el otro profesor que habla tan lento por la nariz y ladrando! Sin duda cree que en francés eso produce un efecto particularmente distinguido. Da la impresión de estar escuchando a la vez a un picapedrero y a un perro que aúlla. Vosotros los armenios tenéis un acento muy raro. Tú mismo lo tienes, querido, tú tampoco te has librado completamente de él. Pero no hay que ser demasiado exigente. Son todos muy buenas gentes.

—¡Son unos desgraciados, unos pobres desgraciados!

Esa exclamación, parecida a un grito de tortura, había escapado del pecho de Gabriel. La voz de Julieta se suavizó.

—Estaba afligida porque te habías marchado sin decirme nada. Me hubiera gustado prepararte algo para el viaje…

Gabriel no parecía oír sus palabras afectuosas.

—He recordado tantas cosas… La cena en casa del profesor Lefèvre aquel día y la primera carta que te escribí…

Jamás había observado Julieta en él la menor huella de sentimentalismo; por eso fue mayor su sorpresa al verlo en ese estado. En silencio levantó los ojos hacia él. La luz daba sobre la espalda de Gabriel, dejando su rostro en la sombra y destacando sólo su busto, como un gran bloque de sombra. En cambio, Gabriel veía ante él una forma clara, ligeramente luminosa, pues no sólo la llama de la vela, sino las primeras luces indecisas de la aurora caían sobre Julieta y la iluminaban.

—En octubre hará catorce años que sucedió todo aquello. Ha sido el más hermoso regalo que me ha hecho la vida. Y, sin embargo, cometí entonces la mayor de mis culpas. No debí haberte arrastrado y precipitado en una calamidad que te es totalmente ajena.

A tientas, ella buscó los fósforos para encender también su vela. Él la detuvo, impidiéndoselo. Era así como la voz de Gabriel sólo la alcanzaba después de atravesar la oscuridad inconsistente.

—Lo mejor sería que te salvaras… Deberíamos divorciarnos.

Ella permaneció largo rato en silencio. No se le pasó por la mente la idea de que esta insensata proposición, perfectamente inconcebible, tuviera relación con cualquier asunto de verdadera

gravedad. Se acercó a él.

—¿Te he causado pena? ¿Te he herido en algo? ¿Tienes alguna razón para estar celoso?

—Jamás te he visto más amante que esta noche. Hace muchos años que no te amaba tanto… ¡Pero precisamente por eso es más atroz! —Se irguió, lo que dio un aspecto más extraño aún que antes a la masa oscura de su cuerpo—. Julieta, te lo ruego, hay que tomar en serio lo que te digo. Ter Haigassun hará todo lo posible para realizar lo más pronto posible nuestro divorcio y en semejantes casos las autoridades turcas no ponen dificultades. Entonces quedarás libre, ya no serás armenia y podrás escapar de la terrible fatalidad que amenaza a mi pueblo y de la que tú también te has convertido en víctima por mi culpa. Nos iremos a Alepo. Allí, en calidad de europea, te colocarás bajo la protección de un cónsul, americano o suizo, no importa. De todos modos estarás segura, suceda lo que suceda aquí o allá. Esteban se irá contigo. Podéis salir de Turquía sin la menor dificultad. Naturalmente haré colocar a vuestro nombre todos mis bienes y renta…

Había hablado con febril premura para impedir que ella lo interrumpiera. Pero el rostro de Julieta se acercó al suyo.

—¿Piensas de verdad en semejante locura?

—Cuando todo haya terminado, y si aún estoy vivo, iré a reunirme contigo y con Esteban.

—Y ayer pensábamos en las medidas que deberían tomarse en el caso de que fueras llamado a filas…

—¿Ayer? Ayer todo era falso. Mientras tanto el mundo entero se ha transformado.

—¿Qué es lo que se ha transformado? ¿Es acaso por ese asunto de los pasaportes? Recibiremos otros nuevos. Y tú mismo acabas de decir que en Antioquía no te enteraste de nada que pudiera inquietarte.

—La verdad es que, al contrario, supe muchas cosas alarmantes; sin embargo, eso no es lo más importante. Lo que se haya realmente modificado es tal vez poquísimo, pero a veces estas catástrofes surgen de repente, como las tormentas en el desierto. Los

antepasados sobrevivientes en mí y que padecieron indecibles torturas lo presienten. Todo mi tejido vital lo intuye igualmente.

No, Julieta, tú no puedes comprender este sentimiento. Quien no haya sido odiado a causa de su raza no lo puede comprender.

Julieta saltó de la cama, fue a sentarse a su lado y le tomó las manos.

—Eres absolutamente igual que Esteban. Cada vez que tiene una pesadilla se despierta a medias, como tú, y permanece trastornado durante una hora o más. ¿Por qué íbamos a estar nosotros, particularmente nosotros, en peligro? Me acuerdo de tus amigos turcos, aquellas encantadoras criaturas tan delicadas que invitamos a menudo a nuestra casa en París; ¿es posible que se hayan transformado repentinamente en bestias feroces y perversas? ¡No! ¡Es imposible! Vosotros los armenios habéis sido siempre injustos con los turcos.

—No soy injusto con ellos. Entre ellos hay gente admirable. Además, durante la guerra de los Balcanes tuve oportunidad de observar de cerca al pueblo llano, tan rico en virtudes de paciencia y bondad. Ellos no son los culpables ni nosotros tampoco. Pero, ¿qué le vamos a hacer?

Aclaraba el alba y los contornos del Musa Dagh se percibían desde el fondo de la habitación, haciéndose cada vez más nítidos. Los ojos de Gabriel estaban clavados en la montaña:

—He pensado en lo extraño que ha sido el hecho de que hayamos viajado para reunirnos con Awetis, que, sin embargo, nunca se dejó alcanzar. Se diría que ha querido, con su muerte, atraerme a Yoghonoluk… ¡Pero no! Lo cierto es que tú fuiste quien insistió en venir aquí.

La temperatura refrescaba. Los pies desnudos de Julieta estaban helados. Para terminar la discusión, ella le dio la razón:

—¿Ves? Ha sido un capricho mío. Esto debía ser suficiente para calmarte.

Pero el pensamiento de Gabriel tenía otra dirección:

—Ayer, por un momento, tuve la certidumbre de que un poder superior me dirige, que Dios espera algo de mí. Era realmente una

convicción profunda, aunque se haya desvanecido bien pronto. No estoy destinado a la vida que he llevado. Es tan agradable imaginarse que uno es una personalidad excepcional, un extraordinario grano de polvo que no está sujeto a las leyes de gravedad, y puede vagar libremente por el espacio… Por eso Dios me ha devuelto aquí por medio de Awetis y por su propia voluntad, al país de mis abuelos…

Calló. Mientras tanto Julieta examinaba detenidamente las sutiles señales en el rostro de su marido.

—Es la primera vez que veo miedo en ti.

Él no quitaba todavía los ojos de la masa creciente del Musa Dagh.

—¿Miedo? ¡Es como lo que experimentamos ante una fuerza sobrenatural! Cuando niño imaginaba a menudo que una pequeña estrella en el cielo comenzaba a crecer, a hincharse, acercándose siempre más hasta aplastar la tierra…

Se sacudió tratando de dominarse.

—Julieta, no se trata de mí. Se trata de ti y de Esteban.

Ella terminó por enojarse de veras.

—No creo en todos esos peligros de que hablas. ¿Acaso no vivimos en 1915? En Turquía, como en todas partes, no he encontrado sino amabilidad y cortesía. No temo a la gente. Pero aun admitiendo que nos amenace un peligro, ¿te imaginas sinceramente que seré lo suficientemente vil y cobarde como para irme y dejarte solo? Es algo que no haría aunque ya no te amara.

Él no dijo nada más y cerró los ojos. Julieta hubiera deseado cambiar de postura, pero Gabriel dejó caer la cabeza sobre las rodillas de su mujer. Su frente estaba húmeda y fría. Bruscamente, en ese mismo instante, los pájaros comenzaron su alborotado concierto matinal de mil voces estridentes.

Capítulo IV

El primer acontecimiento

Este arrebato de debilidad y desaliento se esfumó tan pronto como había aparecido. Sin embargo, desde aquel día del viaje a Antioquía, Gabriel no parecía ser le mismo. Él, que antaño permanecía horas enteras trabajando en su habitación, ahora sólo estaba en casa por las noches. Entonces estaba muy cansado y se caía de sueño. Ya no se refería de ninguna manera a la amenaza latente que lo había trastornado profundamente la noche del domingo anterior. Julieta, por su parte, evitaba volver a tocar este punto. Estaba convencida de que en el fondo de todo ello no se ocultaba nada alarmante. Desde que se casara con Gabriel le había visto padecer tres o cuatro periodos de crisis. Eran semanas de agudo mal humor sin ningún motivo aparente, días de obstinado silencio durante los cuales ningún medio, ninguna gentileza, eran capaces de distraerlo o tranquilizarlo. Ya conocía estos estados. En tales momentos sentía elevarse aún más alta la muralla que los separaba y tras la cual cada uno permanecía total e irremediablemente extraño al otro; Julieta se espantaba entonces pensando en la chiquillada que la había llevado a encadenar su vida a semejante hombre. Naturalmente, en París su existencia era bien distinta. El mundo que le pertenecía y en el cual Gabriel permanecía extranjero, le servía de fuerza aliada superior. Pero aquí, en Yoghonoluk, se trocaban los papeles; es fácil, pues, comprender ahora por qué Julieta se esforzaba, a pesar de lo irónico, por multiplicar su benevolente trato con aquellos «medio salvajes».

Lo más acertado era dejarle tranquilo. En su dolorosa charla nocturna, Julieta veía una nueva fase de ensombrecimiento, idéntica a tantas otras. Francesa, educada en un ambiente de absoluta seguridad, no comprendía lo que quería insinuar Gabriel al hablar de «los vientos en medio del desierto». Europa se había transformado en un campo de batalla. Se decía que los parisinos se veían obligados a pasar las noches en los sótanos a causa de los ataques aéreos. Mientras tanto, ella vivía en una primavera paradisíaca. En unos meses ya estaría completamente integrada allí. Y luego, tarde o temprano, habrían de regresar por fin a la avenida Kléber, pensaba. Hasta entonces no le faltaría a Julieta un sinnúmero de deliciosas tareas con que llenar sus días. No tenía tiempo de reflexionar mucho. Había despertado en ella el orgullo del ama de casa. Era necesario civilizar al personal doméstico y esto le daba oportunidad de descubrir y admirar los talentos del pueblo armenio. Howhannes, el cocinero, se convirtió en pocas semanas en todo un *chef* francés. El criado Missak era tan completo, que Julieta pensaba llevárselo a Francia, y en cuanto a las dos muchachas que tenía a su servicio, prometían ser unas perfectas doncellas. Por su parte, la villa se encontraba en excelente estado. Sin embargo, sus ojos perspicaces de mujer descubrían en todas partes huellas de abandono y descuido. Contrataron obreros para reparar la casa. Su jefe era un buen hombre llamado Tomassian, quien se encargó de toda la carpintería. Él mismo se daba el título de contratista y llevaba siempre una cadena de reloj de oro macizo, de la cual colgaba una miniatura de su difunta esposa pintada por el profesor Oskanian; además de eso, no dejaba jamás de recordar que sus dos hijos, una joven y un muchacho, habían sido educados en Ginebra. Era minucioso hasta la saciedad, y Julieta se encontraba a veces enfrascada con él en conversaciones tan complicadas como interminables. Los obreros trabajaban con habilidad y hacían tan poco ruido que maravillaba. Desde los primeros días de abril, Julieta pudo decir con orgullo que poseía, en la apartada costa siria, una mansión que podía compararse tranquilamente, y al margen de la primitiva iluminación y tuberías, con cualquier residencia de veraneo

occidental.

Pero su mayor placer eran la huerta y la rosaleda. Nuevo reflejo de su propia herencia. ¿No se oculta acaso en cada francés un gusto especial por la horticultura, que es transmitido de padres a hijos? Pero también los armenios son jardineros de nacimiento, y sobre todo los del Musa Dagh. El administrador, Kristaphor, era maestro en este arte. Julieta jamás se había imaginado los recursos de semejante huerta. En casi todas las épocas del año se podía cosechar. Nadie, sin haberlos gustado, podría imaginarse el sabor y suavidad de los albaricoques armenios. Allí mismo, al otro lado de las orillas del Taurus, conservaba toda la frescura de su lejana patria, en los fabulosos jardines del lago Van. En su propiedad, Julieta conocía continuamente nuevas especies de frutas, legumbres y flores de las que jamás había oído hablar antes. Con un gran sombrero en la cabeza y la podadora de Kristaphor en la mano, dedicaba la mayor parte de su tiempo al cultivo de las rosas. Para ella, que adoraba las rosas, era una dicha incomparable. La rosaleda era una vasta extensión lisa, tallo contra tallo, arbusto contra arbusto, no alineados en filas paralelas según la moda occidental, sino en un espeso conjunto de colores y perfumes sobre un verde oscuro ondulante. Damasco se encontraba cerca y Persia no muy lejos. Esos lugares habían enviado sus mejores representantes, y cuando Julieta paseaba por el sendero de su jardín, se veía saludada por todas las variedades de rosas del mundo. El farmacéutico Krikor había prometido a Julieta que si le proporcionaba una cantidad suficiente de canastos de flores frescas y auténticas *moschata damascena*, le prepararía un extracto en un frasco minúsculo y confeccionaría la famosa esencia cuya fabricación se basa en ritos seculares. Y entonces citaba una leyenda: una sola gota de esencia pura, decía, posee tal poder, que si se perfuma con ella los cabellos de un muerto, llegado el Día de la Resurrección no habrá perdido su aroma y conquistará así los favores del ángel del Juicio Final.

De vez en cuando, Julieta salía a caballo con Esteban. Awetis Bagradian les había legado también cuatro corceles. Uno de ellos era un caballito de carácter apacible, que le regalaron al muchacho.

Durante esos paseos, unas veces elegían ir hacia las llanuras de Suedja, otras hacia Azir o a Bitias, el pueblo de la miel. Los seguía el mozo de cuadras, para quien Julieta había diseñado un uniforme un tanto pintoresco. El gusto por lo bello y suntuoso en el decorado la dominaba enteramente, y no se limitaba sólo a su persona, sino a cuanto la rodeaba. Cuando, seguida de Esteban y el abigarrado acompañante, atravesaba la plaza de la iglesia y la calle principal de Yoghonoluk, dominando a los peatones desde lo alto de su cabalgadura, se sentía la soberana de aquel reino de hadas. Pensaba a veces en su madre y sus hermanas que permanecían en París. ¡Cuán envidiable le parecía entonces su propia vida! Por donde quiera que se presentara la saludaban con profundo respeto, aun en las aldeas musulmanas que descubría en algunas de sus excursiones más prolongadas. Era evidente: una vez más Gabriel era presa de una crisis nerviosa, pues en realidad Julieta no descubría el menor síntoma de transformación en el país.

Gabriel Bagradian salía de casa cada mañana, pero ya no repetía sus ascensiones al Musa Dagh, sino que recorría las aldeas armenias. Su primer deseo de refrescar en su memoria los recuerdos de su infancia había dejado paso a una aspiración más varonil; quería conocer más íntimamente a las personas de aquel mundo, sus costumbres, sus necesidades y los mil aspectos de sus existencias.

En la misma época escribió una gran cantidad de cartas para Estambul; iban dirigidas a sus amigos armenios del partido Dachnakzagan y sobre todo a sus antiguos amigos del movimiento turco. Temía mucho que la censura del caimacán de Antioquía pudiese dificultar el envío de estas cartas, pero estaba seguro de que su misiva les llegaría a uno o a otro. De las respuestas que recibiera dependía su porvenir. Si nada había cambiado en la capital, quedaría comprobado que no se trataba sino de una medida puramente militar; en ese caso, y a pesar del consejo del agá Riffat Bereket, saldría de allí y trataría de llegar a la capital, aun sin el pasaporte necesario. Si la respuesta era mala, o no recibía ninguna, significaría

que los temores del anciano turco eran bien fundados, que la trampa no dejaba escapatoria y todo proyecto de partida quedaría destruido. No le quedaría entonces sino una sola esperanza; un gobernador favorable a los armenios, como lo era el valí Djelal Bey, no permitía «incidentes» en su valiato; por otra parte, localidades rurales como las del Musa Dagh no serían nunca el teatro de atrocidades que no se cometen, generalmente, sino en las ciudades de cierta importancia. Si la situación se agravaba hasta ese punto, la casa de Yoghonoluk sería realmente el refugio ideal, según palabras del agá. En cuanto al descuido de las autoridades militares para convocarlo a filas, creía comprender perfectamente los motivos que llevaban al Estado Mayor otomano a valerse de tales tácticas. Se retiraba del frente al contingente armenio para desarmarlo. ¿Por qué? Los turcos temían que una minoría tan fuerte como los armenios se permitiera reclamar ciertos derechos al pueblo soberano en el caso de que la guerra tomara mal cariz, si les dejaban en las manos las armas más modernas. Donde no había ni simples soldados armenios, con mayor razón se rechazaba a los oficiales de esta nacionalidad, los que llegado el momento podrían dirigir la revuelta.

Por satisfactoria que fuera esta explicación, Gabriel no tenía un momento de verdadera calma. Su inquietud ya no era una simple excitación nerviosa, sino fructífera y con un objetivo. Descubrió en sí mismo cierta pedantería que jamás había observado antes sino en el curso de sus trabajos científicos. Ahora esa inmodestia lo secundaba en su estudio de la realidad que le rodeaba. Al hacer esto no se preguntaba siquiera con qué fin emprendía semejante investigación, ni a quién creía beneficiar con ello. Sólo Dios sabe, se decía, cuántos meses tendremos que vivir en este valle. Deseaba, pues, conocer cuanto se refería a las localidades vecinas y sus habitantes. Era una responsabilidad fraternal.

Se dirigió —y fue éste su primer trámite— a casa del alcalde de Yoghonoluk. En la alcaldía de esta aldea, la más importante de todas, se discutían también los asuntos comunes de las demás aldeas y, sobre todo, las relaciones con los representantes del gobierno. El *mouchtar* Kebussjan se encontraba ausente. El secretario de la

alcaldía recibió a Gabriel con grandes reverencias, pues era un honor recibir la visita del jefe de la gran familia.

¿Que si existían listas del censo? Con un ademán grandilocuente el secretario indicó los polvorientos estantes que recubrían los muros de la salita. Naturalmente, tales listas existían, y no era sólo en los libros de la parroquia donde se encontraban inscritas todas las almas sin excepción. No se vivía aquí entre kurdos y nómadas, sino entre cristianos. Algunos años antes los *mouchtars* habían organizado un censo por su propia iniciativa. En efecto, en 1909, después de la reacción contra los Jóvenes Turcos y las grandes matanzas de Adana, había llegado una orden proveniente de los diputados armenios en que se indicaba proceder al recuento de los habitantes de las siete aldeas. A grandes rasgos se habían contado seis mil cristianos. Si el señor lo deseaba, podía procurarle dentro de unos pocos días la suma exacta. Para empezar, Gabriel expresó este deseo; enseguida pidió datos sobre la situación militar de la juventud apta para el servicio.

Ese asunto ya era más delicado. El secretario de la alcaldía se puso a bizquear ligeramente a semejanza de su superior el *mouchtar*. Hasta ese momento la orden de movilización había incluido a todos los hombres útiles de veinte a treinta años, aunque la ley fijara como edad máxima los veintisiete. Más o menos doscientos hombres, en el total de las siete aldeas armenias, se encontraban afectados por esta medida. Exactamente ciento cincuenta entre ellos habían pagado el *bedel*, la suma de exoneración legal que los excluía del servicio militar y que ascendía a cincuenta libras por cabeza.

—El señor Bagradian debe de saber seguramente —dijo— que la gente de aquí es muy ahorrativa.

La mayoría de los padres de familia se preocupan, desde el nacimiento de sus hijos, de procurarles el *bedel* para librarlos de conocer el destino de los soldados turcos. A cada nuevo llamamiento de filas el *mouchtar* de Yoghonoluk se dirigía a recoger los derechos de exoneración en lugar seguro en el Hukumet de Antioquía.

—Pero, ¿cómo es posible —observó, prosiguiendo en su investigación— que en un número de seis mil almas no se

encuentren más que doscientos hombres en edad de servir?

La respuesta que escuchó no era para él una novedad. El *Effendi* no tenía más que recordar, para comprender que esa falta de hombres válidos constituía una herencia del pasado, una consecuencia de las considerables pérdidas que sufrían por lo menos cada diez años las poblaciones armenias.

No se trataba sólo de una bonita forma de hablar. Con sus propios ojos Gabriel había visto más de doscientos mocosos en las aldeas. Por lo tanto existían medios de sustraerse al servicio sin pagar enteramente el *bedel*. Alí Nassif, el *saptieh* de rostro picado de viruelas, conocía sin duda a fondo estos medios. Volvió a su tema:

—¡Bueno! Cincuenta hombres se han presentado al consejo de revisión en Antioquía. ¿Qué ha sido de ellos?

—Han reservado cuarenta.

—¿Y en qué regimientos se encuentran, en qué frentes combaten esos cuarenta?

No se sabía exactamente. Hacía semanas, varios meses ya, que las familias de esos hombres no tenían noticias de ellos. El servicio postal del ejército turco era conocido en todas partes por la relativa fiabilidad de sus funcionarios. Era de suponer que aquellos muchachos se encontraban en los cuarteles de Alepo, donde el general Chemal Pachá reorganizaba a su ejército.

—¿Y no se cuenta en las aldeas que se quiere convertir a los armenios en *Inchaat Taburi*, en soldados dedicados a las tareas rudas, en auxiliares?

—¡Se cuentan tantas cosas en las aldeas! —se aventuró a responder tímidamente el secretario.

Gabriel examinaba el contenido de los estantes. Había un índice alfabético de los propietarios de tierras al lado de un ejemplar del código imperial otomano y más allá un pisapapeles mohoso. Se volvió bruscamente.

—¿Y los desertores?

El secretario así interrogado se dirigió a la puerta con gran misterio, la abrió y cerró con ese halo enigmático. Naturalmente había desertores aquí como en todas partes. ¿Por qué no habían de

desertar los armenios cuando los propios turcos les daban el ejemplo? ¿Qué cuántos desertores había? Más o menos quince o veinte. ¡Sí! Hasta se pretendía perseguirlos y hacía pocos días que eso había sucedido. Una patrulla compuesta de *saptiehs* y soldados regulares dirigidos por un *mulasim* los habían buscado por el Musa Dagh. ¡Era como para reírse!

De súbito, el rostro alargado del hombrecito de mirada parpadeante se transfiguró en una expresión de triunfo feroz y malévola.

—¡Para reventar de risa, señor! ¡Porque nuestros muchachos conocen su montaña!

La casa parroquial donde vivía Ter Haigassun era, junto con la alcaldía y la escuela, uno de los edificios más importantes en la plaza de la iglesia en Yoghonoluk. Con su terraza lisa y su fachada de un piso con cinco ventanas, no habría desentonado en cualquier pueblo del sur de Italia. La casa parroquial dependía de la iglesia dedicada a la «Grandeza de los Poderes Angelicales», o mejor dicho «A las falanges celestiales», y era Awetis el Viejo quien había hecho construir ambos edificios en 1870.

Ter Haigassun era el sacerdote principal del distrito para el culto gregoriano. La esfera de su actividad se extendía desde localidades de población mixta hasta las pequeñas comunidades armenias de las ciudades turcas de Suedja y El Eskel. Había sido nombrado *wartabed* de la diócesis directamente por el patriarca de Constantinopla; su autoridad alcanzaba a las diferentes iglesias de la región, incluso al bajo clero, a quienes estaba permitido el matrimonio. Ter Haigassun había estudiado en el seminario de Edchmiadsin bajo la tutela del «Catholicos», al que la cristiandad armenia reverenciaba como a su jefe supremo; era, pues, bajo todo punto de vista, un perfecto director de almas para la diócesis.

¿Y el pastor Harutiun Nokhudian? ¿Cómo habían podido llegar pastores protestantes a este pequeño rincón de Asia? Es porque existía un número considerable de protestantes en Anatolia y Siria.

La iglesia evangélica debía sus nuevos convertidos a los buenos oficios de los misioneros alemanes y americanos que se dedicaban con gran devoción a proteger a víctimas y huérfanos armenios. El buen Nokhudian era él mismo uno de aquellos huérfanos que los excelentes Padres habían enviado a la universidad alemana de Dorpat a estudiar Teología. Sin embargo, él también se sometía a la supremacía de Ter Haigassun en todas las cuestiones que no comprometieran demasiado la fe de los creyentes. Dada la situación siempre crítica del pueblo, las diferencias que separaban los dogmas de las distintas creencias no tenían ninguna importancia, de tal manera que la preponderancia del jefe espiritual, pues Ter Haigassun la tenía en toda la extensión de la palabra, permanecía incontestable e inatacable.

Un anciano que hacía las veces de sacristán condujo a Gabriel al gabinete de trabajo del sacerdote. La estancia aparecía vacía y tapizada con una gran alfombra. Sin embargo, arrimado a la ventana se divisaba un minúsculo escritorio y al lado de éste un aporreado sillón para el uso de las visitas. Ter Haigassun se levantó de detrás del escritorio y salió al encuentro de Gabriel. No tenía más de cuarenta y ocho años, pero su barba lucía ya a ambos lados espesos mechones blancos. Sus ojos inmensos —los ojos de los armenios son casi siempre grandes, enormes por el terror de horribles visiones milenarias— tenían una expresión mezcla de huraña confusión y resuelto positivismo. El *wartabed* llevaba un hábito negro y sobre la cabeza un capuchón que acababa en punta. Constantemente escondía las manos en las vastas mangas como si temblara de frío a pesar de la bondad de aquel día primaveral.

Ese temblor parecía provenir de su humildad. Se sentó con cuidado en el frágil sillón.

—Siento mucho, Padre, no tener el honor de recibirlo en mi casa.

El sacerdote bajó los ojos e hizo con las manos un ademán de excusa.

—Lo lamento más que usted, *Effendi*. Pero el domingo por la noche es el único momento de que dispongo para mí mismo.

Gabriel lanzaba miradas inquisidoras a su alrededor. Pensaba encontrar en este centro de la administración parroquial grandes actas e infolios. No se veía ni rastro. Sólo algunas hojas escritas yacían desordenadas sobre la mesa.

—Me imagino perfectamente la gran responsabilidad que pesa sobre usted.

Ter Haigassun no lo negó.

—Son las distancias las que me cuestan tanto tiempo y esfuerzos. Me pasa lo mismo que al doctor Altouni. También nuestra comunidad del Eskel y la del Arsus tienen que ser atendidas.

—¿Hasta allí? —comenzó Gabriel, algo ausente—. Así me explico que no le queden ni tiempo ni ganas para reuniones sociales.

—¡No, no es eso! Sé valorar el honor y le haré una visita a *Effendi* cuando mis quehaceres me lo permitan. Es de celebrar que usted intente reunir a su alrededor a nuestra gente. Carecen de tanto aquí…

Gabriel trató de retener con la mirada la del sacerdote.

—¿No cree usted, Ter Haigassun, que ésta no es época indicada para organizar reuniones?

Una ojeada rápida y significativa del sacerdote respondió a su mirada.

—¡Al contrario, *Effendi*! Es el momento más oportuno para que nuestros compatriotas se reúnan.

Al principio Gabriel no encontró nada que contestar a estas palabras extrañamente ambiguas. Pasó un largo rato antes de que se aventurara.

—Realmente no es posible comprender cómo continúa la vida desarrollándose tan tranquilamente, sin que nadie demuestre la menor inquietud.

El sacerdote bajó nuevamente los ojos, como si se resignara a recibir pacientemente toda clase de recriminaciones.

—Estuve en Antioquía hace algunos días —confesó Gabriel con voz pausada—, y pude observar allí muchas cosas.

Las manos temblorosas de Ter Haigassun surgieron de sus mangas. Juntó las yemas de los dedos.

—Los habitantes de nuestras aldeas no van sino rara vez a Antioquía, y es mejor. Viven al abrigo de sus propias fronteras y no saben mucho de las cosas que pasan fuera.

—¿Durante cuánto tiempo podrán vivir dentro de sus fronteras, Ter Haigassun? ¿Qué sucedería, pongamos por caso, si todos nuestros dirigentes y personalidades más destacados de Estambul fuesen detenidos?

—Ya lo están —respondió el sacerdote en voz muy baja—. Desde hace tres días se encuentran en la prisión de Estambul. Hay muchos, muchísimos.

Estoy condenado, pensó Gabriel; la carretera a Constantinopla se había cerrado. Y sin embargo, en aquel momento, esa revelación tan importante le impresionaba mucho menos que la serenidad de Ter Haigassun. No dudaba de que la noticia fuera exacta. A pesar de la existencia del partido liberal Dachnakzagan, el clero conservaba siempre el poder supremo y era la única organización con peso del pueblo armenio. Las comunidades seglares se encontraban diseminadas en distintas poblaciones y sólo sabían algo del discurrir del mundo cuando les alcanzaban las consecuencias de algún acontecimiento. El sacerdote era siempre el primer informado de cualquier noticia importante, por vías secretas y rápidas, mucho antes de que los periódicos de la capital tuvieran derecho a publicarlo. Una vez más, Gabriel quiso saber si había comprendido bien.

—¿Están realmente prisioneros? ¿Y quiénes? ¿Es realmente cierto todo eso?

Ter Haigassun colocó su mano inerte, adornada con el gran anillo pastoral, sobre los papeles desordenados.

—Es absolutamente cierto.

—¿Y usted, que tiene en sus manos la dirección espiritual de siete grandes comunas, puede estar tan tranquilo?

—No me serviría de nada la inquietud, y con ello no haría sino daño a mis feligreses.

—¿Hay también sacerdotes entre los prisioneros?

No pasó inadvertida a Ter Haigassun la desconfianza que

encerraba esta pregunta. Inclinó la cabeza con un gesto solemne.

—Hasta el momento, siete sacerdotes. Entre ellos el obispo de Hemajok y tres importantes prelados.

A pesar del efecto aplastante de la noticia, no pudo reprimir más tiempo el deseo de fumar. Tomó un cigarrillo y lo encendió.

—Debí haber venido antes, Ter Haigassun. No puede imaginarse cuánto he sufrido por callar.

—Ha hecho muy bien en callar, y nuestro deber es continuar guardando silencio.

—¿No sería preferible preparar a esa pobre gente de las aldeas para su destino?

El rostro de Ter Haigassun parecía modelado en cera; no dejaba traslucir la menor emoción.

—No conozco el porvenir, pero en cambio sé de los peligros de la angustia y el pánico en las comunidades.

De este modo el sacerdote cristiano había pronunciado casi las mismas palabras del Rifaat, el piadoso mahometano. En ese momento, una visión se apoderó del espíritu de Gabriel con la rapidez del rayo, como si soñara despierto. ¡Un perro enorme! Una de esas horribles bestias sin dueño que infestan toda Turquía. Por el camino avanza un anciano que se detiene amedrentado a la vista del perro, vacilante comienza a tambalearse, y luego, con un movimiento brusco, emprende la huida. Pero ya la bestia feroz le ha hundido los colmillos en los riñones. Gabriel se llevó la mano a la frente.

—El miedo es el medio más eficaz de empujar al enemigo hasta el crimen —dijo—. Pero, ¿no es acaso mayor pecado e incluso más peligroso ocultar al pueblo la verdad de su destino? ¿Durante cuánto tiempo se les podrá ocultar?

Ter Haigassun parecía escuchar de lejos.

—No han autorizado aún a los periódicos la publicación de estos acontecimientos a fin de que no se propaguen al extranjero. Por otra parte, durante la primavera el trabajo es muy abundante, nuestros campesinos tienen apenas tiempo libre y casi no salen de sus casas. Es así como, con la ayuda de Dios, se les podrá librar aún por un

tiempo del pánico. Pero tendrá que producirse fatalmente un día u otro.

—¿Qué sucederá entonces? ¿Qué se imagina usted?

—No me imagino nada.

—¡Nuestros soldados desarmados, nuestros jefes en prisión!

Ter Haigassun continuó enumerando, siempre con la misma indiferencia, como si experimentara un secreto placer al hacerse sufrir a sí mismo y a su visitante:

—Entre los detenidos se encuentra también Wartkes, el amigo íntimo de Talaat y Enver. Muchos de ellos han sido deportados. Tal vez ya estén muertos. Han sido clausurados todos los periódicos armenios, todas las tiendas y almacenes cerrados. Y mientras nosotros conversamos aquí, en la plaza de Seraskeriat se ven los cuerpos de quince inocentes armenios colgados de quince horcas.

Gabriel se levantó tan violentamente que el sillón de bambú cayó al suelo.

—¿Qué significa esa locura? ¿Cómo se ha de entender eso?

—Sólo entiendo que el Gobierno se propone dar a nuestro pueblo un golpe, como no lo osara jamás el propio Abdul Hamid.

Gabriel lanzó a Ter Haigassun un rugido tan furioso como si tuviera delante a un enemigo, a un miembro del Ittihad.

—¿Somos realmente impotentes? ¿Habrá que estirar en silencio el cuello bajo el hacha del verdugo?

—Sí, somos impotentes. No nos queda más que tender el cuello. Quizás deberíamos gritar…

El maldito Oriente con su *kismet* y su pasividad cruzó la mente de Gabriel como una flecha. Al mismo tiempo un caos de nombres, relaciones, posibilidades invadían su espíritu; políticos o diplomáticos que conocía, franceses, ingleses, alemanes, escandinavos. Era preciso sacudir al mundo entero. ¿Pero cómo? La trampa no tenía salida. De nuevo se desvaneció la niebla. Algunas palabras murmuradas a media voz salieron de sus labios:

—Europa no lo permitirá.

—Nos miran con ojos extranjeros —¡qué insoportable era la impasibilidad de Ter Haigassun!—. Existen actualmente dos

Europas; los alemanes necesitan más del gobierno turco que éste de ellos, mientras que las demás potencias no nos pueden ayudar.

Gabriel contemplaba fijamente el rostro inteligente del sacerdote, cuyos rasgos de camafeo no se alteraban.

—Es usted el pastor a quien han sido confiados varios miles de almas —la voz de Bagradian adquiría un tono cortante, militar—, y todo su arte consiste únicamente en ocultar la verdad a los ojos de sus fieles, exactamente como se disimulan las desgracias ante los niños y los ancianos por consideración. ¿Es eso todo cuanto puede hacer por su rebaño? ¿Qué más hace usted?

Este ataque directo de Gabriel pareció haber herido profundamente al sacerdote. Sus puños apoyados en la mesa se juntaron lentamente, su cabeza se inclinó sobre el pecho.

—Rezo… —murmuró Ter Haigassun en un suspiro, como si tuviera vergüenza de revelar el combate moral que sostenía noche y día con Dios, y cuyo premio sería la salvación de sus hermanos. Tal vez el nieto de Awetis Bagradian era un librepensador, un impío. Ahora éste caminaba a grandes pasos, respirando ruidosamente, por la habitación. De pronto golpeó con la mano extendida la pared y un poco de estuco cayó al suelo.

—¡Rece, Ter Haigassun! —y agregó en tono de mando—: ¡Rece, rece! Pero más le valdría adelantarse y ayudar a Dios.

El primer acontecimiento que reveló en Yoghonoluk los incidentes ocultos se produjo aquel mismo día. Era un viernes de abril, cálido y bochornoso.

A ruegos de Esteban, Gabriel Bagradian había hecho instalar en el parque de la villa algunos aparatos de gimnasia toscamente construidos. En la práctica deportiva, el niño era sumamente hábil y ambicioso. Practicaba, pues, bastantes deportes en los que el padre tomaba parte. El tiro al blanco era una de sus ocupaciones favoritas. En cambio, a Julieta sólo le gustaba el *croquet*. Inmediatamente después del almuerzo —durante el cual el padre de familia no había pronunciado una sola palabra— Gabriel, Awakian y Esteban se

dirigieron al tiro que se encontraba fuera de los muros de la propiedad, en una ladera boscosa. En ese lugar había hecho cortar, sobre una extensión de cincuenta pies, los enmarañados arbustos que llenaban un vallecito en forma de foso. Bajo un alto roble había un catre de campaña provisto de un trozo de madera desde el cual se podía, permaneciendo acostado, apuntar precisamente al blanco atado a un árbol al otro extremo del foso. Awetis, el nieto, había legado a su hermano una rica variedad de armas, ocho fusiles de caza de diferentes calibres, dos máuseres de infantería y gran cantidad de municiones.

Gabriel tenía buena puntería; sin embargo, de cinco tiros sólo acertó una vez al blanco. Awakian, por ser muy miope, se abstuvo de tomar parte en el concurso a fin de no poner a prueba el respeto de su alumno. En cambio el niño demostraba ser un maestro en el arte del tiro, pues sobre siete cartuchos que disparó con la carabina más pequeña, seis dieron en el naipe que indicaba el centro del blanco y cuatro de éstos se habían alojado en la figura. La victoria que obtuvo Esteban sobre su padre en calidad de tirador lo emocionó vivamente. No sentía ni siquiera en su pequeño hombro el dolor producido por la repercusión de la culata del fusil, y de haber sido por él, hubiera continuado practicando este deporte con el mismo entusiasmo hasta la noche, si su padre no le hubiera hecho de repente la señal de dejarlo:

—¡Ya es suficiente!

En realidad, Gabriel se sintió presa de un estado de ánimo desconocido, como jamás recordara haberlo sentido antes. Un doloroso sentimiento de su propia existencia, la lengua pesada y seca, las manos y los pies helados, la cabeza vacía de sangre. Pero no eran éstos sino los síntomas exteriores de un fenómeno que comprometía el centro mismo de su vida. «No es que me sienta mal», pensó él, después de haber esperado un rato para ver qué le pasaba, «no es que me sienta mal, solamente desearía salir de mi envoltura actual, desaparecer». Al mismo tiempo, se apoderó de él un absurdo deseo de correr, de escapar a algún lugar, no importaba a dónde.

—Vamos a dar un paseo, Esteban —decidió.

Lo esencial para Gabriel era no quedarse solo, pues sentía que de otro modo se encaminaría así a pasos cortos y rápidos cada vez más lejos, para no regresar jamás, hasta haber traspasado los límites del mundo.

Awakian se encargó de llevar los fusiles a la casa, mientras padre e hijo salían del parque para coger el camino a Yoghonoluk, que se encontraba a una distancia de sólo diez minutos. De pronto Gabriel se sintió convertido en un anciano; su cuerpo se hizo tan pesado que hubo de apoyarse en Esteban. Antes de llegar a la plaza de la iglesia, escucharon una algarabía de voces agudas. Al contrario de los árabes y de los demás ruidosos pueblos orientales, en la vida pública los armenios se muestran sumamente silenciosos y reservados. Su viejo destino era ya suficiente razón como para no mezclarse con esos grupos chillones y mucho menos provocarlos. Pero, en ese momento, aproximadamente trescientos aldeanos se habían reunido, y rodeaban en semicírculo la iglesia. Entre esos hombres y mujeres, campesinos y artesanos, había algunos que lanzaban imprecaciones agitando el puño. No cabía duda de que las injurias se dirigían a los *saptiehs*, cuyas cabezas cubiertas con gorros de cuero de cordero se divisaban más allá. Probablemente las fuerzas del orden tenían intención de rechazar a la multitud que invadía la iglesia, a fin de despejar la gradería y la entrada. Gabriel cogió la mano de Esteban, abriéndose camino por en medio de la compacta muchedumbre. Al principio no vieron sino a un individuo alto, envuelto en andrajos, que había rodeado su gorra negra con una corona de paja, y sostenía en la mano derecha un girasol con el tallo cortado. Con una seriedad a toda prueba, este personaje, obedeciendo un ritmo interior, ejecutaba una danza pesada y sin gracia. No era una manifestación de embriaguez, y de esto se daba uno cuenta desde el primer momento. La muchedumbre no prestaba la menor atención al bailarín del girasol; las miradas se dirigían en otras direcciones.

Sobre las gradas estaban sentadas cuatro personas: un hombre, dos mozas y una niña, que debía tener doce o trece años. Formaban un grupo humano como Gabriel no había visto jamás; aunque vivas,

estas criaturas sentadas tenían una rigidez cadavérica. Una postura semejante la tienen los cuerpos de aquellos que fueron sepultados dos mil años antes bajo la ceniza y la lava; es como si vivieran. Los cuatro dejaban vagar en la lejanía sus miradas tristes y vacías, que no retenían nada, ni la agitada multitud, ni la casa del farmacéutico, situada frente a ellos. (¿Y qué es, en realidad, la mirada? Un insignificante cambio del ojo, una coloración más clara, o más oscura. Y sin embargo, es también un ser alado, una especie de ángel, a quien el hombre confía un mensaje, para enviarlo lejos. Y aquellos ángeles volaban con sus mensajes, con las alas replegadas sobre los ojos). El hombre, todavía joven, con el rostro delgado y huraño, la barba descuidada, llevaba una larga chamarra de alpaca gris como la de los pastores protestantes. El blando sombrero de paja había rodado por las escaleras. Sus pantalones tenían los bajos raídos. Las botas rotas y la costra espesa de polvo que cubría su rostro y su ropa indicaban que había debido caminar a pie durante varios días. Las mujeres también iban vestidas a la europea, y bastante bien, según lo que era posible juzgar, dado el estado en que se encontraban. La que estaba al lado del pastor —su mujer, sin duda— parecía a punto de padecer, a pesar de sus evidentes esfuerzos, un síncope o un ataque de nervios, pues lanzó bruscamente el cuerpo hacia atrás y se habría golpeado la cabeza contra las gradas si el hombre no hubiera extendido los brazos para sostenerla. Era el primer movimiento que animaba al grupo, si bien resultó un tanto violento. La otra mujer, que debía de ser muy joven, no carecía de belleza, aun en ese estado. A pesar de la palidez y delgadez de su frágil rostro, sus ojos poseían un llamativo brillo y su boca, de líneas delicadas, permanecía abierta, como para aspirar el aire. Se veía que sufría. Estaba probablemente herida, o de algún modo contusa, pues su brazo izquierdo aparecía dislocado y lo llevaba en cabestrillo. Luego la niña, toda ángulos y puntas, iba vestida con una bata a rayas, como las que usan los internados en los asilos. La pequeña alargaba los pies desnudos sobre la piedra, con miedo, tomando mil precauciones para impedir que algo los rozara. Y, en efecto, los lamentables pies de la niña estaban bastante

hinchados, amoratados y cubiertos de cardenales. Sólo el bailarín con la flor parecía en plena posesión de sus fuerzas.

En ese momento, un hombre de edad atravesó la plaza corriendo; sin duda, le habían ido a buscar al trabajo, pues llevaba aún el delantal atado a la cintura. Esteban reconoció al maestro Tomasian, el carpintero, que dirigía las reparaciones en la villa. El niño había rondado a menudo cerca de los obreros, llevado por la curiosidad, y escuchó varias veces a Tomasian hablar con orgullo de su hijo Atam, que era una personalidad importante en la ciudad de Zeitun, donde ejercía las funciones de pastor y administrador del orfelinato. «Aquel hombre es, sin duda, su hijo», pensó Esteban. El viejo Tomasian se quedó inmóvil, los brazos levantados, en una actitud interrogadora, ante aquellas criaturas consumidas por el cansancio. El pastor Aram consiguió recuperar, no sin cierta dificultad, su mirada perdida en el vacío, se levantó bruscamente, con una agilidad forzada, e intentó esbozar una sonrisa tranquilizadora, como si nada hubiera pasado. Las mujeres también se levantaron, a costa de grandes esfuerzos; una de ellas tenía el brazo inservible y otra estaba encinta. Sólo la pequeña de la bata rayada permanecía sentada, contemplando boquiabierta a sus compañeros de desgracia, con sus grandes ojos desconfiados. Las repentinas interjecciones, los gritos de dolor, los saludos de bienvenida, toda esa algarabía resultaba ininteligible. El pastor Aram, al abrazar a su padre, se desmoronó perdiendo el autodominio del que hasta entonces había hecho gala. Su cabeza cayó sobre el hombro del anciano; se oyó un sollozo brusco y una tos ronca llena de dolor. Esto no duró ni un segundo. Las mujeres permanecían mudas. Sin embargo, esta emoción se transmitió a la muchedumbre como una corriente eléctrica. Gemidos, sollozos sofocados y carraspeos se propagaban rápidamente por las filas. Únicamente los pueblos perseguidos y oprimidos son tan buenos conductores del dolor. Lo que incumbe a un miembro aislado, incumbe a la nación entera. Ahí, ante la iglesia de Yoghonoluk, trescientos hombres, todos compatriotas, eran presa de un dolor cuya causa ignoraban. También Gabriel, el extranjero, el parisino, el

ciudadano del mundo, que desde hacía tiempo había superado los límites que su origen le marcaba, sentía igualmente que algo le ahogaba y a duras penas lograba dominar aquella fuerza invasora. Miró de reojo a Esteban. No quedaba la menor huella de color en el rostro del joven tirador. Julieta se habría horrorizado de la palidez de su hijo y más aún de la profunda expresión de terror instintivo, irreflexivo, impresa en su rostro. Se habría espantado de ver el aspecto tan puramente armenio de Esteban.

Entretanto, el doctor Altouni había llegado también, y con él Antaram Altouni, los dos profesores, a los que habían sacado de sus escuelas, el *mouchtar* Kebussjan y, finalmente, Ter Haigassun, que regresaba a horcajadas sobre su asno de una visita a Bitias. El sacerdote dirigió unas palabras en turco a los *saptiehs* para decirles que no dejaran a ningún extraño penetrar en la iglesia. Enseguida introdujo a la familia Tomasian y a la pequeña por la entrada principal. El médico y su mujer, los profesores y el *mouchtar* lo siguieron. Gabriel y su hijo entraron también en la iglesia. La muchedumbre permanecía afuera, bajo los rayos ardientes del sol de la tarde, con el bailarín de la flor, que se desplomó sobre las gradas y se durmió.

Ter Haigassun condujo a los agotados viajeros a la sacristía, sala clara y espaciosa, donde había varios bancos de iglesia. Mandaron al sacristán a buscar vino y agua caliente. El médico y su mujer se entregaron sin tardanza a la tarea. Examinaron a la joven del brazo herido, Iskuhi Tomasian, hermana del pastor. Curaron también las heridas de Sato, la huerfanita, que el pastor Aram había sacado del orfelinato.

Como un extranjero o casi como uno de ellos, Gabriel Bagradian permanecía aparte y, mientras cogía la mano de su hijo, escuchaba la confusa retahíla de preguntas y respuestas.

Fue así como conoció el trágico destino de la ciudad de Zeitun, y al mismo tiempo la historia del pastor Aram y su familia Zeitun es el nombre de una antigua ciudad, suspendida en lo alto de la montaña, en la parte occidental del Taurus ciliciano. Igual que las aldeas del Musa Dagh, estaba habitada casi exclusivamente por

armenios cuyos antepasados se habían instalado allí muchos siglos antes. Era, pues, una localidad bastante importante, de más o menos treinta mil habitantes; el gobierno turco mantenía allí un número considerable de *saptiehs* y tropas, oficiales y funcionarios, que vivían en la ciudad con sus familias, medida aplicada de un modo general en todas partes donde hubiera que mantener cierto equilibrio y vigilar a la población no turca. Esto es una táctica general en todos aquellos países en que una llamada raza superior gobierna sobre las demás minorías. En Turquía se ejercía esto con especial severidad, porque los osmanes se enorgullecían de sus prerrogativas aristocráticas, cuando ni siquiera superaban en número a los diversos *millets*. Sólo individuos como Gabriel Bagradian, que habían vivido en París o en otras capitales, podían, en su idealismo, esperar y creer posible en aquella primavera una reconciliación de los antagonismos, un convenio entre enemigos hereditarios, una victoria de la equidad bajo la bandera de los Jóvenes Turcos. Gabriel conocía entre éstos a una multitud de abogados y periodistas que habían hecho una brillante carrera gracias a la revolución. En los tiempos de la conspiración, había pasado con ellos noches enteras discutiendo en los cafés de Montmartre. Turcos y armenios intercambiaban entonces proclamas de eterna fidelidad, prometiéndose un porvenir mesiánico. Por amor a la renovación de su patria (con la cual conservaba tan pocas relaciones), había, ya casado, entrado en la academia militar y tomado parte en la guerra de los Balcanes, idea que sólo había puesto en práctica una pequeñísima minoría de aquellos patriotas turcos. ¿Y ahora qué estaba pasando? Aún veía los rostros de sus compañeros de armas en su mente, su recuerdo todavía seguía vivo y le parecía amable. Se preguntaba estupefacto: ¿Cómo puede ser? ¿Mis amigos de antaño son ahora mis peores enemigos?

Las noticias llegadas de Zeitun daban a su pregunta la más impertinente de las respuestas. Piénsese una roca muy alta y escarpada, coronada de una ciudadela de aspecto inaccesible y, tallada en la roca, la antigua ciudad cuyo aspecto recordaba a las cajas de las colmenas, pirámide altanera, casi intimidante, de casas

construidas unas sobre otras, en un laberinto de calles cuyos barrios nuevos únicamente alcanzaban al llano por la base: Zeitun había sido en todo tiempo una flecha incrustada en la carne viva del nacionalismo turco. Lo mismo que existen en el mundo lugares santos de peregrinación religiosa, cuyo solo nombre es símbolo de puro recogimiento, existen también centros de ferocidad y de odio, cuyo solo nombre hace hervir la sangre de los patriotas fanáticos. Semejante odio hacia Zeitun tenía además razones bien evidentes. En efecto, hasta mediados del siglo XIX, la ciudad había gozado de una autonomía absoluta, lo que prueba que, probablemente a consecuencia de varias experiencias desagradables, el pueblo soberano se había visto obligado a recordarle esta independencia muy a su pesar. Pero la causa más imperdonable en que se alimentaba este odio era la inesperada actitud adoptada por la ciudad en 1896. En esa época, el buen sultán Abdul Hamid había creado, además de otros cuerpos, el de los *hamidijehs* —tropa compuesta de presidiarios liberados temporalmente, de bandidos y nómadas—, con el único propósito de tener siempre una tropa activa, pronta a provocar sin escrúpulos los incidentes de que echaba mano invariablemente para cerrar con energía la boca al pueblo armenio, cuando éstos exigían reformas a grandes voces. Este regimiento obtenía en todas partes resultados dignos del mayor elogio; pero precisamente en Zeitun sufrieron la más sangrienta derrota y, lo que es peor, los propios batallones regulares que acudieron en su auxilio fueron expulsados de las angostas callejuelas por los habitantes de la ciudad, no sin que se produjeran serias pérdidas. Ni siquiera el cerco levantado contra la ciudad, que trajo consigo esta derrota, consiguió lo más mínimo; Zeitun permanecía inexpugnable. Cuando finalmente la diplomacia europea intervino en favor del valiente pueblo armenio y los embajadores de las grandes potencias ante la Sublime Puerta (la cual se había visto afrentada y no sabía a quién ayudar) obtuvieron una amnistía completa para Zeitun, la humillación y el rencor turcos no conocieron límites. Todas las naciones belicosas —y los otomanos no son los únicos— soportan las derrotas militares si éstas les son

infligidas por adversarios del mismo rango. Pero ser vencidos por una raza antagónica al ideal guerrero, verse humillados por mercaderes, artesanos y bibliómanos, es una afrenta que un verdadero espíritu militar no podría olvidar jamás. Por ese motivo, el nuevo gobierno, al desaparecer el antiguo, había tomado por su cuenta el recuerdo de la derrota de Zeitun y la antigua herencia del odio.

¿Cómo encontrar una ocasión más favorable para saldar cuentas privadas que en este momento de la gran guerra? Se había proclamado el estado de sitio. La juventud masculina se hallaba en su mayoría en el frente o encerrada en lejanos cuarteles. En cuanto a la población de la retaguardia, desde los primeros días se la había desarmado concienzudamente por medio de repetidas requisiciones. No faltaba sino una cosa: la ocasión.

El alcalde de Zeitun se llamaba Nazareth Tchauch. Era el tipo clásico de montañés armenio; enjuto, encorvado, pálido, con un bigote enmarañado bajo una nariz aguileña. No siendo ya ni joven ni sano, había rehusado desde hacía mucho tiempo aceptar las responsabilidades de semejante cargo. Probablemente sentía ya el hedor del porvenir. Los pliegues perpendiculares entre sus cejas se cavaban cada día más profundamente al trepar el empinado camino que conduce al Hukumet para recibir allí las nuevas decisiones del caimacán. Su mano, que oprimía un bastón tallado groseramente, estaba deformada por las nudosidades de la gota. El cerebro perspicaz de Nazareth Tchauch no tardó en comprender que en adelante no existiría para ellos sino una única política; estar armados contra cualquier provocación, no caer jamás en una trampa declarando sus opiniones y, en nombre de Dios y el diablo, seguir siendo un arraigado patriota otomano. Por lo demás, lo mismo que los demás armenios de Zeitun, Nazareth Tchauch no abrigaba en su corazón ningún odio contra Turquía. Ella era la calamidad de su nación: ¿para qué enfadarse contra la tierra que se habita o contra el aire que se respira? No se entretenía en sueños pueriles de liberación, pues, a fin de cuentas, escoger entre la dominación del sultán o el zar no era menos complicado que superfluo. Permanecía

partidario de la sentencia que antaño adquiriera cierta fama entre los armenios: más vale dejar morir el cuerpo en Turquía que el espíritu en Rusia. No existía una tercera posibilidad.

De acuerdo con esto, la actitud que debían adoptar ante las autoridades turcas se encontraba claramente definida. El ejemplo vivo del jefe Nazareth Tchauch era seguido por la población con una disciplina de hierro. Hasta el momento no se había producido ninguno de los sucesos que hubieran podido ser alterados según los pérfidos y secretos deseos del Gobierno. Un consejo de revisión sediento de sangre había declarado aptos para el servicio armado a inválidos y enfermos. ¡Muy bien! Se presentaron el día indicado sin siquiera pestañear. El propio caimacán ordenó, en las circunstancias más inoportunas, fiestas triunfales y desfiles patrióticos. ¡Perfecto! La población entera se presentó radiante de sumisión y cantó los himnos y cantos de victoria preceptivos, al son de las fanfarrias militares turcas.

A pesar del agravio, no se produjo ningún tipo de incidente. Ya que las grandes provocaciones no daban resultado, habría que ensayar las pequeñas. De repente se vio surgir en los bazares y cafés, en las posadas, en las calles y las plazas públicas, armenios foráneos de la ciudad y muy amistosos, que se mezclaban en las conversaciones, se interesaban en las partidas de naipes y dados, se introducían hasta el seno de las familias, donde se lamentaban sin tregua de la situación deplorable y la opresión siempre creciente. Los informes que pasaban diariamente estos espías y denunciantes no cubrían ni siquiera los propios costes. Y de este modo transcurrió el primer mes de invierno de la guerra, sin que hubiera podido cogerse en las aguas tranquilas del Zeitun ni el más mínimo «caso», como se deseaba tan vivamente en las esferas gubernamentales. El caimacán decidió entonces adoptar él mismo el papel de agente provocador.

La suerte, o más bien la mala suerte de Nazareth Tchauch, quiso que contara en la persona del caimacán con un compañero bien poco hábil. Este no era un tirano sanguinario, sino un funcionario mediocre de la vieja escuela que, por una parte, deseaba la paz y por

otra debía asegurarse contra el descontento de los «de arriba». Estas autoridades superiores las constituían, en primer lugar, el *mutessarif* del Sandjak Marach, que tenía bajo sus órdenes al *kasah* de Zeitun. El propio *mutessarif* era un hombre extraordinariamente despiadado, miembro intrépido del Ittihad, resuelto a ejecutar sin piedad los deseos de Enver y Talaat en lo referente a la «raza maldita», aunque para eso tuviera que desobedecer las órdenes de su superior el valí de Alepo, Djelal Bey. El *mutessarif* abrumaba al caimacán con preguntas, advertencias y sangrientos reproches. Así fue como el gordo subprefecto de Zeitun —que indudablemente habría preferido vivir en buena armonía con los armenios— se vio obligado a descubrir un motivo cualquiera de acusación que comprometiera por lo menos a una personalidad de primer rango. La esencia misma del funcionario anodino consiste en que refleja el carácter propio de su superior. Eso fue lo que llevó al caimacán a hacer proposiciones amistosas al *mouchtar* Nazareth Tchauch; lo invitaba para que lo visitara diariamente, le prodigaba toda clase de testimonios de amistad y hasta le ofrecía los medios de efectuar buenos negocios con el Estado. En cuanto a Tchauch, no sólo se presentaba exactamente a la hora en que su presencia era deseada, sino que además acertaba, con la expresión más inocente, las proposiciones comerciales. En el transcurso de esas reuniones la conversación se fue haciendo gradualmente más cordial. El subprefecto declaraba al alcalde la viva simpatía que sentía por los armenios. En cambio, Tchauch le suplicaba que no exagerara su benevolencia; todos los pueblos, decía, tienen sus defectos, y los armenios no están exentos de ellos; es en proporción a los servicios prestados al país, y sólo así, como debían ellos conquistar su rango en la patria. ¿Qué periódicos leía el *mouchtar* para estar exactamente informado de la situación? El *Tanin* y nada más, el diario oficial del imperio, se apresuraba a responder Tchauch. En cuanto a la verdad, puesto que reinaba en el mundo una guerra que lo trastornaba todo, se sabía perfectamente que la verdad auténtica se había convertido en todas partes en un arma prohibida. El caimacán, demasiado torpe para encubrir su juego, se hizo más franco y comenzó a denigrar al Ittihad, poder tras

el poder. (Probablemente estas palabras le brotaban directamente del corazón). Nazareth Tchauch se intimidó visiblemente.

—Ésos son grandes personajes, y los grandes personajes desean siempre hacer lo mejor.

Así burlado, el subprefecto se encolerizó.

—¿Y Enver Pachá? ¿Qué piensas de Enver, *mouchtar*?

—Enver Pachá es el más grande guerrero de nuestra época. ¿Pero acaso sé yo algo de todo esto, *Effendi*?

El caimacán comenzó a parpadear quejumbrosamente y a pordiosear una respuesta.

—¡Ten confianza en mí, *mouchtar*! ¿Sabes que los rusos avanzan?

—¿Qué estás diciendo, *Effendi*? No te puedo creer. Eso no ha salido en los periódicos.

—Te lo repito, es una noticia auténtica. ¡Habla con franqueza, *mouchtar*! ¿No te parece a ti que ésta sería una solución?

Fuera de sí, Nazareth Tchauch lo interrumpió:

—¡Ten cuidado, *Effendi*! ¡Un superior como tú! ¡No pronuncies una palabra más, por el amor de Dios! Sería un crimen de alta traición. ¡Pero no temas! Seré mudo como una tumba.

Donde una astucia tan refinada no daba ningún resultado, la brutalidad no tardaría en presentarse.

Naturalmente, en Zeitun, como en todas partes, existían ciertos «elementos». Mientras más duraba la guerra, mayor era el número de éstos. No sólo se habían evadido algunos armenios de los cuarteles de Marach, sino un número casi equivalente de mahometanos. El agujereado monte Ala Kaja ofrecía a los desertores de todas clases un asilo tan seguro como agradable. Entre estos desertores se encontraban un par de hombres peligrosos y una docena de asaltantes, los cuales o habían cometido un delito o simplemente no querían seguir respirando ni un minuto más el aire de la ciudad. Algunos miembros de este grupo de indeseables surgían por las noches asaltando calles y callejones para ir a por víveres o bien para visitar a sus familiares. A excepción de pequeñas raterías habituales en el país, no hacían daño a nadie e incluso se esforzaban en no causar molestias.

Un día sucedió que molieron a palos a un arriero turco en la montaña; no se habría podido asegurar que fuera un delito de los desertores. Algunos infieles pretendían que aquel desvergonzado se había puesto él mismo en ese estado a cambio de un buen *bakchich* otorgado por el gobierno del imperio otomano. Pero, aparte de esto, el hombre yacía junto al camino y terriblemente apaleado. Se había producido, por fin, el incidente deseado. Los *mudirs* y funcionarios de segundo orden ponían rostros impasibles, los *saptiehs* patrullaban desde ese día por parejas por las calles y Nazareth Tchauch fue invitado a casa del caimacán, pero esta vez invitado a comparecer.

El caimacán se lamentó de que la agitación revolucionaria hiciera cada vez progresos más inquietantes. Sus superiores, y especialmente el *mutessarif* de Marach, exigían que tomara serias medidas de represión. Si se demoraba más tiempo, le despedirían. Contaba, pues, enteramente con la ayuda de su amigo Nazareth Tchauch para que lo secundara en esta tarea, ya que éste gozaba de una gran consideración en la región. El alcalde no tendría inconveniente en entregar a la justicia, por el interés de los súbditos armenios, algunos insurrectos y criminales escondidos en los alrededores o tal vez en la ciudad misma. Al oír estas palabras, el hombre inteligente que era T chauch cayó en la trampa del tonto. Debió haber respondido:

—¡*Effendi!* Estoy a las órdenes de Su Excelencia el *mutessarif* como a las tuyas. Ordena y serás obedecido.

En vez de esta frase, pronunció otra que le puso a los pies de su adversario:

—No he oído hablar de revolucionarios ni criminales, *Effendi*.

—¿Así es que no podrás indicarnos dónde se esconden esos canallas que se atreven a atacar en pleno día a los honrados ciudadanos?

—Puesto que no conozco a los canallas de que me hablas, no conozco tampoco su escondite.

—Lo siento por ti. Y lo más grave de tu caso es que la noche del viernes pasado recibiste bajo tu techo a dos de estos enemigos públicos.

Nazareth Tchauch levantó sus dedos deformados por la gota para jurar y negar esta suposición. Pero su voz no tenía un tono convincente. El caimacán tuvo una ocurrencia; en realidad no fue un gesto de perfidia, sino de sinceridad, conforme a su naturaleza conciliadora que repudiaba toda crueldad.

—Sabes, *mouchtar*, tengo una idea y una súplica que dirigirte. Todas estas dificultades que se producen entre vosotros y yo me tienen harto. Soy un hombre pacífico y no un perro policía. Líbrame de este asunto. Te pido, pues, que vayas a Marach a hablar personalmente con el *mutessarif*. Tú eres el decano de la ciudad, y él el responsable. Es él quien tiene en sus manos la información que redacté a propósito del incidente. Vosotros dos encontraréis seguramente la mejor solución.

—¿Es una orden, *Effendi*?

—Vamos, te lo repito, es mi deseo personal. Podrías rehusar, pero con ello me causarías un disgusto.

El caimacán pensaba lograr dos cosas: deshacerse de Tchauch, en vez de tener que encerrarlo, y entregarlo al *mutessarif*, la personalidad más importante de la ciudad.

Nazareth Tchauch pensó largo rato. Las arrugas transversales sobre su nariz le ocupaban toda la frente. Se levantó apoyándose en su bastón. El inteligente alcalde se convirtió repentinamente en un hombre abatido.

—Si voy a Marach, corro el riesgo…

El caimacán dio pruebas de la más tranquilizadora benevolencia:

—¿Riesgo? ¿Pero cuál? El camino es seguro, te prestaré mi propio coche y dos *saptiehs* te acompañarán para protegerte. Te daré también una carta de recomendación para el *mutessarif* y podrás leerla antes. Y, finalmente, si aún tienes alguna duda, dímelo, que haré todo lo que esté a mi alcance por disiparla.

El temeroso rostro del montañés armenio se tornó pálido. Permaneció petrificado, envejecido y abatido, parecido a las rocas de Zeitun. Buscaba desesperadamente alguna excusa, pero sus labios, disimulados bajo el largo bigote, se mantenían inmóviles. Una fuerza desconocida paralizaba sus energías. Débilmente hizo un

gesto de asentimiento con la cabeza. Al día siguiente se despidió de los suyos sin ceremonias. Partía para un viaje corto, dijo, y estaría ausente a lo sumo una semana. Su hijo mayor lo acompañó hasta el coche del caimacán. Le costó mucho subir a causa del mal estado de sus pies y sus manos. El joven le prestó su apoyo. Levantando penosamente la pierna hacia el estribo, Tchauch murmuró a media voz para que el cochero no le oyera:

—*Ogloum, bir, daha gelmen*. Hijo mío, no regresaré.

Tenía razón. El *mutessarif* de Marach no gastó muchos cumplidos con Nazareth Tchauch. A pesar de la carta tan cordial que llevaba, fue recibido como culpable por ocultamiento y traición, fue sometido sin piedad a interrogatorios cruzados y finalmente encerrado en la prisión de Osmanijé, acusado de alta traición y participación en una conjura de tendencias subversivas. Como al cabo de repetidas tentativas no lograran obtener de él el menor informe respecto a la organización secreta del movimiento de traición armenio, ni siquiera un dato sobre los desertores de Zeitun, se le aplicó el garrote en último grado. Después de esto, sus pies sangrientos fueron rociados con un líquido corrosivo. Su cuerpo ya no era capaz de resistir tanto sufrimiento. Murió al cabo de una hora de indecibles martirios. La orquesta de jenízaros tocaba ante las ventanas de la prisión para acallar con el ruido de sus tambores y flautas los gritos del torturado.

Pero la muerte del mártir Nazareth Tchauch no produjo el efecto esperado. De momento no sucedió nada aparte del duelo y de la muda desesperación. Mientras, en la sombría ciudad montañesa se estaba gestando un rencor humano tan sofocante como una espesa cortina de niebla. Hubo que esperar hasta el mes de marzo para que dos incidentes ofrecieran al Gobierno la oportunidad que esperaba para realizar sus planes. El primero fue un balazo disparado desde una ventana. Un policía que pasaba por el barrio de Yeni Dunya, frente a la casa del *mouchtar* asesinado, fue herido por alguien que disparó desde esta misma casa. En vez de proceder a una investigación regular, el caimacán se apresuró a declarar que su vida peligraba si permanecía más tiempo en la ciudad, y tras enviar

telegramas a todas partes, cambió de residencia instalándose en un cuartel en las afueras de Zeitun. Simultáneamente hizo armar a una «guardia municipal» a fin de proteger a la población mahometana, es decir, mandó distribuir rápidamente, al modo de Abdul Hamid, un brazal verde y un fusil máuser a algunos *hooligans* reunidos al azar. Los buenos burgueses turcos residentes en Zeitun, gente digna y respetuosa del derecho del prójimo, fueron los primeros en rebelarse contra esta protección que no habían pedido. Fueron en busca del caimacán y exigieron la retirada inmediata de la guardia. Pero no había nada que hacer: las autoridades se mostraron inflexibles en su afán de seguridad. Por fin, la guardia municipal provocó el motivo que produjo el segundo y definitivo incidente. Las mujeres y jóvenes armenias solían dirigirse por las tardes a un pequeño jardín público de los nuevos barrios llamado Eski Bostan. Había allí algunos bancos alrededor de una hermosa fuente a la sombra de plátanos seculares. Los niños jugaban junto a ésta y las mujeres charlaban y se entretenían en labores manuales. Un vendedor empujaba su carretilla alrededor del grupo. De pronto el jardín fue asaltado por los miembros más atrevidos de la nueva guardia municipal. Estos individuos se lanzaron excitados sobre las armenias y, cogiéndolas por el cuello, les arrancaron los vestidos; pues tan violento como el ardor sanguinario que despiertan en ellos los hombres, es el frenesí sensual que los arrastra hacia la mujer armenia, criatura delicada de labios rojos y ojos llenos de misterio. Gritos de dolor y llantos de niños rompieron el aire; pero en menos tiempo del que se precisa para decirlo, había llegado el socorro. Previendo el peligro, un grupo de armenios más numeroso que los asaltantes había seguido a aquellos protectores de la ciudad, y al ver la canallada, se lanzaron entonces sobre ellos golpeándolos con sus puños desnudos, con látigos y garrotes, quitándoles —gesto que pagarían muy caro en lo venidero— todos sus fusiles y bayonetas.

¡Sublevación evidente contra la fuerza pública! Esa misma noche el caimacán publicó una lista de malhechores que debían ser entregados a la justicia; en ella se leían los nombres de todos los ciudadanos que el consejo municipal debía entregar inmediatamente

a las autoridades. Furiosos, exasperados, los hombres afectados por esa orden se reunieron, pronunciaron un juramento solemne y se atrincheraron en un viejo *tekkeh* —convento de derviches abandonado—, antiguo lugar de peregrinación, situado al este de la ciudad, a media hora de distancia. Al propagarse la noticia, un cierto número de desertores descendió del Ala Kaja y de otros puntos de la montaña vecina para reunirse con los refugiados. En total en la pequeña fortaleza se reunieron alrededor de cien hombres.

El *mutessarif* de Marach y las demás personalidades políticas de Estambul habían logrado su propósito. Ya terminaba la época de las pequeñas provocaciones, y la revuelta alcanzaba su apogeo. Después de esto, los cónsules neutrales y aliados no podrían negar la evidencia de la sublevación armenia. Al cabo de dos días llegaron refuerzos militares a Zeitun: dos compañías de infantería de línea. El *jusbachi* (o comandante en jefe) ordenó inmediatamente el sitio. Que fuera un héroe o un vulgar imbécil no tiene importancia; el hecho es que al lanzarse hacia el *tekkeh*, a la cabeza de su regimiento, montado en su caballo, a descubierto y pensando tomar la fortaleza de un solo golpe, con semejante estrategia audaz, fue abatido con seis de sus soldados por algunos disparos certeros. En realidad eso era más de lo deseado. La muerte heroica del comandante fue impresa en grandes caracteres por todas las ciudades del imperio. El Ittihad hizo cuanto estuvo en su poder para conferirle al suceso el adecuado tono de indignación. No habían transcurrido cuatro días y ya Zeitun se había convertido en un verdadero campo militar. Se movilizó una fuerza armada compuesta de cuatro batallones y dos baterías, para desalojar de su refugio a una banda desordenada de desesperados y desertores. Esto sucedía precisamente cuando Dchemal Pachá tenía más necesidad de todos sus hombres y cañones sin excepción para formar su cuarto ejército. A pesar de la importancia de los efectivos turcos, se envió un diputado al convento sitiado para invitar a la rendición a los adversarios ya vencidos. Recibió la siguiente respuesta:

—Ya que debemos morir, preferimos que sea combatiendo.

Lo más extraordinario de la aventura es que no murieron. En

efecto, apenas la artillería había lanzado cuatro inútiles obuses contra el edificio desplomado, cuando, a causa de alguna misteriosa influencia, el fuego cesó de repente. ¿Representaban aquellos pocos mahometanos que se hallaban entre los cercados una excusa perfecta para tan inesperada humanidad? Lo que se había planeado era que un batallón armado se plantase allí, en una hora, para hacerle frente a un puñado de desertores y mujeres, que se ocupaban de cosas tan poco militares como el mantenimiento, o darle de beber a las bestias, fumar o jugar a las cartas. Con razón los habitantes de Zeitun vieron en aquella angustiosa tranquilidad la señal de un pérfido plan. Presas de un miedo cerval, enviaron a toda prisa una delegación al caimacán para rogarle que incitara a las valientes tropas turcas a librarlas lo más pronto posible de aquellos malditos rebeldes con quienes no tenían ninguna relación. Con un tono desolado, el caimacán les expresó su pesar al comprobar que hubieran entrado en razón tan tarde: sólo las autoridades militares de la plaza podrían decidir en adelante. El mismo ya no era más que alguien apenas tolerado. Los emisarios rogaron si no sería posible llamar a su excelencia el valí Djelal Bey de Alepo para que mediase en este asunto. Si había alguien capaz de solucionar de la mejor forma posible para todos ese incidente tan complicado, no era otro que el honorable y benevolente valí. El caimacán torció el gesto. Él sólo podía aconsejar que olvidaran el nombre de Djelal Bey. El *mutessarif* tenía muchos otros contactos, ya que su excelencia de Alepo era en este aspecto hombre muerto precisamente por haber ayudado tanto al pueblo armenio. Él mismo lo sabía por experiencia.

Una radiante mañana de marzo se extendió por la ciudad un rumor terrorífico; se decía que los sitiados habían escapado por la noche desapareciendo por la montaña y dejando atrás sólo dos muertos irreconocibles. Los habitantes de Zeitun, que no creían en milagros, se hicieron esta pregunta: ¿Cómo podían cien hombres harapientos, de aspecto particularmente extraño, desaparecer sin llamar la atención ante más de cuatro mil soldados, dispuestos en círculo alrededor de su refugio? El que se hiciera esa pregunta sabía ya de qué se trataba. Y la catástrofe temida se produjo aquel mismo

día al mediodía. El comandante militar y el caimacán hacían responsables a la totalidad de la población de la fuga de los cien culpables. Los habitantes de Zeitun habían cometido un crimen de alta traición al ayudar, sabe Dios gracias a qué astucia infernal, a los sitiados a deslizarse por entre la red compacta de las tropas sumidas en un dulce sueño, y a pasar inadvertidos ante los centinelas.

Apenas supo de este suceso, el *mutessarif* tomó su coche y corrió al lugar del suceso. Los *munadirs* (tambores de ciudad) llenaban las calles con el siniestro ruido de sus golpes. Tras ellos seguía un gran número de mensajeros oficiales invitando a los decanos y notables de Zeitun a una «conferencia sobre la situación actual con el *mutessarif* y el comandante de la plaza». Los personajes así convocados, cincuenta hombres entre los más considerados, médicos, profesores, sacerdotes, grandes comerciantes, contratistas, se presentaron en el lugar indicado sin tardanza; la mayoría conservaba aún sus ropas de trabajo. Sólo unos pocos, obedeciendo a algún mal presentimiento, llevaron consigo algún dinero. La conferencia consistió en disponer en el patio del cuartel a estos respetables ancianos para maltratarlos y contarlos, como si de vulgar ganado se tratase. La pantomima debía terminar, se les dijo, y se les trasladaría al instante mismo vía Marach y Alepo a Deir es Zor, en el desierto de Mesopotamia, con el único fin de «cambiarlos de residencia». Los hombres se miraron sin murmurar una palabra; ninguno de ellos tuvo una reacción violenta, ninguno lloró tampoco. Media hora antes eran personajes eminentes y respetados, y de repente se convertían en masas inertes, sin voz ni voto. El portavoz de la delegación, el nuevo *mouchtar*, pidió con voz moribunda su único y último favor: que por amor a Dios dejaran a sus familias en paz en Zeitun. De esta manera podrían soportar su destino sin una queja. La respuesta fue tan cruel como irónica: de ningún modo, les contestaron, las virtudes armenias eran bien conocidas por todos y no se pensaría jamás en separar a padres tan dignos de sus amadas familias. Al contrario, se había decretado que cada uno de ellos escribiera a los suyos para que estuvieran prontos a partir al día siguiente por la mañana a pie, dos horas después de la salida del sol,

con todos los equipajes, mujeres, hijos e hijas, niños pequeños y mayores. La orden llegada de Estambul estipulaba que toda la población armenia, hasta el último niño de pecho, debía cambiar de residencia. Así Zeitun dejaría de existir y se llamaría en adelante Sultanijéh, para que no quedara ningún recuerdo de la ciudad que había osado sublevarse contra el heroico pueblo otomano.

Al día siguiente, a la hora fijada, se formó, como estaba prescrito, el primer tétrico transporte, y se inició así una de las más espantosas tragedias que se haya jamás producido en pueblo alguno en época histórica. La escolta militar acompañaba a los expulsados y se pudo comprobar de un día a otro que la enorme fuerza armada reunida para sitiar a los fugitivos tenía una misión secundaria de menor importancia, pero mucho más astuta. Cada día, cada mañana, se repetía el mismo drama desgarrador. Las cincuenta familias más ilustres fueron seguidas de otras cincuenta menos ilustres y mientras más bajaba el nivel pecuniario, más aumentaba el número de proscritos. Es cierto que en las extensas posiciones de retaguardia de los frentes europeos eran igualmente evacuadas aldeas y ciudades enteras, pero por duro que fuera el destino de estos infelices exiliados, no se podía comparar al sufrido por los habitantes de Zeitun. Los evacuados de guerra tenían que abandonar la patria para proteger sus vidas huyendo de la zona de muerte; aun en territorio extranjero no les faltarían cuidados ni recursos indispensables. No perdían la esperanza de regresar al hogar al cabo de algún tiempo, penoso, sin duda, pero finito. En cambio para los armenios no quedaba apoyo, socorro, ni esperanzas en el horizonte. No habían caído en manos de un enemigo que se sintiera en el deber de considerar el derecho humano por razones de reciprocidad. Habían caído en manos de un enemigo mucho más temible, de ese enemigo que no estaba impedido por ningún escrúpulo: su propio Estado.

Para muchos, el solo hecho de cambiar de residencia es causa de una profunda tristeza. Queda siempre prendido al antiguo hogar un pedazo de la existencia que se pierde para siempre. Para todos es una grave decisión salir de su ciudad, ir a vivir a otro país. ¡Pero verse de

un día para otro echado de su hogar, de su trabajo, de cuanto hayan creado largos años de tarea! ¡Verse entregado al odio! ¡Verse lanzado sin haberse podido preparar para resistir a los largos caminos de Asia, condenado al polvo, las rocas y el barro de los pantanos! ¡Saber que ya no se volverá a encontrar jamás cobijo humano, que ya no se podrá comer ni beber nunca en una mesa! Pero eso aún no sería nada. ¡Lo peor es que se es menos libre que un prisionero! Se está colocado al nivel de los proscritos, de los criminales que cualquiera puede matar impunemente. Se forma parte de un rebaño miserable de desgraciados, de un campo de concentración ambulante, donde nadie puede hacer nada sin permiso, ni siquiera sus necesidades naturales.

¿Quién osa decir que comprende el dolor de los habitantes de Zeitun, lo que sufrieron en aquella, interminable semana, desde la partida del primer convoy hasta el último? Aun un hombre joven como el pastor Aram Tomasian, que por no haber nacido en Zeitun tenía mejores perspectivas, se convirtió en esos siete días en una sombra de sí mismo.

El pastor Aram —no lo llamaban en realidad más que por su nombre— vivía desde hacía más de un año en Zeitun, donde ejercía a la vez el oficio de director espiritual de los protestantes de la comunidad y de director del gran orfelinato. El que le confiaran la administración de ese establecimiento, a pesar de sus treinta años recién cumplidos, se debía a que los misioneros americanos de Marach le consideraban su alumno preferido y lo tenían en gran estima.

También le habían enviado a sus expensas a estudiar durante tres años a Ginebra; de ahí que hablara correctamente francés, alemán e inglés. Este orfelinato fundado por los padres misioneros americanos era uno de los resultados más notables de la acción civilizadora que ejercían en el país desde hacía cincuenta años. Acogía en vastas y alegres salas a más de cien niños. Mantenían, a su vez, una escuela en la que se educaba no sólo a esos niños, sino también a la juventud de la ciudad. Además, el establecimiento comprendía una pequeña granja de proporciones suficientes para

proveerlo de leche de cabra, legumbres y otros comestibles. La dirección del orfelinato exigía, pues, no sólo una finalidad pedagógica, sino también un sólido espíritu práctico. El pastor Aram efectuaba su tarea con todo el entusiasmo propio de la juventud. Así había pasado un año satisfactorio y laborioso al mismo tiempo, y proyectaba aún otros planes de mayor alcance. Durante la primavera anterior, poco después de hacerse cargo de sus nuevas funciones, se había casado. Howsannah, la joven a la que siempre amó, era oriunda de Marach e hija de un pastor que pertenecía a la primera generación de alumnos del seminario local. Si bien las armenias, por lo general, son pequeñas y delicadas, Howsannah era bastante grande y fuerte. Sus movimientos eran lentos, hablaba poco y daba a menudo la sensación de una total indiferencia. Sin embargo, Iskuhi había declarado a su hermano que la dulzura de Howsannah era a veces atemperada por accesos de obstinación y rencor. La joven Iskuhi, que había cumplido ya los diecinueve años, era también una figura digna de interés. Aram adoraba a su hermana pequeña. Después de la muerte de su madre, aunque no era más que una niña de nueve años, él la había llevado de Yoghonoluk a Marach para que ingresara en una escuela de la misión; más tarde le dio oportunidad de pasar un año en un internado en Lausanne. Los gastos que esta agradable pasión fraternal por su pequeña hermana le ocasionaban los cubría con habilidad pero también a costa de privarse de otras cosas. No lograba imaginarse la existencia sin Iskuhi. Howsannah comprendía esto, por lo que propuso espontáneamente que vivieran los tres juntos. La joven se colocó de institutriz en el orfelinato, donde enseñaba francés. Que Iskuhi fuera querida no sólo por su hermano sino por todos, era algo fácilmente comprensible. Además de sus magníficos ojos, lo más hermoso en ella era la boca. Sus labios rojos brillaban con un reflejo húmedo y alegre, como pupilas resplandecientes, como si pudiera ver con la boca. Los tres juntos habían organizado un hogar encantador y totalmente diferente de las costumbres locales. La vivienda del pastor quedaba situada en el orfelinato, y en manos de Howsannah las dependencias perdieron bien pronto su aspecto

austero y vacío. La joven tenía un gusto verdadero por las artes decorativas y un instinto especial para todo aquello que fuera realmente bello. Recorría sin cesar la ciudad y las aldeas de los alrededores comprando a las mujeres indígenas antiguas y exquisitas telas, maderas talladas y diferentes objetos de buen gusto que sirvieran para el adorno de su casa. Iskuhi sentía una marcada predilección por los libros. Aram, Howsannah e Iskuhi vivían recluidos en un universo ajeno al resto del mundo. El orfelinato y la escuela formaban un círculo hasta tal punto aislado del resto que estos tres seres felices apenas sentían el ambiente tempestuoso que amenazaba a Zeitun. Hasta mediados de marzo, el pastor había manifestado en sus sermones una alentadora alegría que emanaba más de su propia y feliz serenidad que de una observación precisa de las intenciones del gobierno.

El golpe le sorprendió tan brutalmente que le hizo vacilar. Toda su obra quedaba destruida. Sin embargo, una vana esperanza se apoderó de pronto de su espíritu; el gobierno, pensó, no tendría el valor de cerrar el orfelinato. Aram no tardó en reponerse. Una palabra de Howsannah le devolvió las fuerzas el primer día de partida de los expatriados. Sólo en momentos semejantes se revela el sentido completo de la misión del sacerdote cristiano: así habló la hija del pastor. Sostenido por esa arenga, Aram Tomasian hizo un esfuerzo sobrehumano por multiplicar sus energías. No se contentó con mantener abierto día y noche su templo y prodigar su ayuda espiritual a los diferentes grupos de expatriados que se dirigían a su propio calvario; visitó casa por casa y familia por familia, a todos sus fieles; consoló a los que lloraban, prestó auxilios pecuniarios donde se necesitaban, trató de establecer cierto orden entre los evacuados, lanzó llamadas de socorro a todas las misiones situadas sobre la ruta del éxodo, escribió lo mejor que pudo sus súplicas a los funcionarios turcos que suponía benévolos, redactó peticiones y certificados, discutió los precios con los arrieros turcos, trató de conseguir un aplazamiento en la partida para algunos; y cuando le fue imposible efectuar obras positivas, ni siquiera suavizar el dolor humano evocando aquéllos del evangelio, fue a sentarse al lado de las

víctimas petrificadas de dolor, cerrando los ojos, mudo, juntando las manos y desde el fondo de su alma implorando con todas sus fuerzas a Cristo.

La ciudad se vaciaba día a día, mientras la extensa carretera de Marach se poblaba de largas serpientes humanas que parecían no avanzar en la marcha. Desde lo alto de la ciudadela, un observador los habría podido seguir con la mirada hasta el horizonte, hacia las montañas, y nada lo habría impresionado más horriblemente que el silencio de aquel desfile fúnebre y lánguido; silencio que se destacaba de un modo aun más cruel en medio de los gritos atrevidos y las risas groseras de los esbirros armados. Entre tanto, las calles muertas de Zeitun habían vuelto a animarse invadidas por los siniestros cuervos que asaltan las ciudades evacuadas, pillos de ocasión o ladrones profesionales, hez de la ciudad misma o bandidos de los alrededores. Se instalaban en las casas abandonadas, o por lo menos las visitaban. De inmediato se dispuso un tráfico de mercancías muy fluido. Se veía llegar coches y carretas, asnos trotando con sus arreos. Tranquilamente los cargaban de tapices, vestidos, paquetes de ropa, largueros de camas, muebles, espejos, como si se procediera a una mudanza normal. Las autoridades no hicieron nada para impedirlo. Por el contrario, pretendían con eso conceder un permiso tácito a los turcos, ya que la expulsión de los armenios parecía desarrollarse sin quejas.

Despuntaba ya el alba del quinto día y el pastor Aram no había recibido la orden de comparecer. Sólo un acontecimiento se produjo: un mulá —por lo demás, extranjero en la ciudad— se había presentado en su casa pidiéndole las llaves del templo. La iglesia protestante, le anunció con mucha delicadeza, sería transformada en mezquita a la hora de la oración. Sin embargo, Tomasian conservaba una esperanza inquebrantable: que dejarían intacto el orfelinato. Ordenó que todo el mundo permaneciera en la casa, que nadie se dejara ver afuera, ni maestros, ni niños. Además se preocupó de que se mantuvieran cerradas las persianas aun durante el día, que no se encendiera la luz por la noche ni se pronunciara una palabra en voz alta. La casa, antes desbordante de vida, se vio

sumida en una somnolencia forzada. Precisamente semejante proceder atrajo la hostilidad del destino. Al día siguiente —era el sexto—, uno de los mensajeros que, como los ángeles de la muerte, recorrían rápidamente la ciudad esparciendo el terror fue a entregar al pastor la orden de presentarse al instante al comandante de la ciudad.

Aram se presentó en traje sacerdotal. Su ruego había sido escuchado: no quedaba en él el menor rastro de miedo o agitación que pudiera debilitar su valor. Se dirigió erguido y tranquilo al oficial superior que le recibió. Desgraciadamente no era ésa la actitud conveniente en semejante ocasión, pues al *bimbachi* le gustaba ver a las criaturas llorosas retorcerse de desesperación ante él. Entonces estaba dispuesto a hacer la vista gorda, se mostraba benévolo y hasta otorgaba ciertos privilegios. La seguridad de que hacía gala Aram disipó esa naciente benevolencia, que era el único contraste que evidenciaba la majestad del oficial ante la miseria del suplicante:

—¿Es usted el pastor protestante Aram Tomasian, oriundo de Yoghonoluk, cerca de Alejandreta? —El coronel farfulló estos datos antes de gritar a la cara de su víctima—:

—¡Usted se irá mañana con el último convoy! En dirección a Marach-Alepo. ¿Ha comprendido?

—¡Estoy preparado!

—No le pregunto si está preparado o no… Su mujer y el resto de su familia deben partir con usted. No tiene derecho a llevar más equipajes de los que sea capaz de cargar. En la medida de lo posible recibirá como alimento cien *direm* de pan diarios. Tendrá libertad para comprarse cualquier otra cosa si la necesita. El que se separe de la columna sin permiso será castigado por el comandante del convoy, y en caso de reincidencia con pena de muerte. Está prohibido usar vehículos.

—Mi mujer espera un niño —dijo Aram a media voz.

Esta declaración le pareció al *bimbachi* digna de una broma.

—Debió haberlo pensado antes.

Y enseguida volvió a hundir la nariz en sus papeles.

—Los internos del orfelinato, que son también niños armenios, no tienen ningún motivo para ser excluidos del cambio general de domicilio. Serán reunidos en su totalidad junto con el personal del establecimiento, a la hora exacta.

—¿Me permite preguntarle si dispensará a esos cien niños inocentes los cuidados que les son indispensables? Entre ellos se encuentran muchos que no cuentan aún diez años y que jamás han hecho una larga caminata a pie. Por otra parte, la leche es absolutamente necesaria para niños de esa edad.

—Usted no tiene que preguntar nada, pastor —gritó el coronel —; debe simplemente ceñirse a mis órdenes. Desde hace una semana vive usted en un campo de operaciones militares.

Si al escuchar esa voz de trueno, Tomasian se hubiera desplomado muerto de miedo ante el *bimbachi*, éste, tal vez por condescendencia, le habría autorizado a conservar sus cabras. Pero el pastor continuó con una calma obstinada:

—En ese caso, me encargaré de hacer seguir el convoy por nuestro rebaño de cabras para que así los niños puedan tener siempre la leche a la que están acostumbrados.

—Cierre la boca, pastor, y rápidamente, o si no tendrá que arrepentirse.

—Le advierto, *Effendi*, que le hago responsable de lo que ocurra en el orfelinato. Es una propiedad inviolable de ciudadanos americanos que se encuentra bajo la protección de su embajador.

Al principio el *bimbachi* no encontró respuesta; probablemente, la amenaza había surtido su efecto. Semejantes divinidades bajan bien pronto la voz apenas se presentan en el horizonte otras divinidades superiores. Al cabo de una pausa bastante prolongada y humillante para un coronel, éste comenzó, temblando de furia:

—¿Sabe usted que podría aplastarlo como una pulga? No tendría más que mover el dedo meñique y le liquidaría.

—No sería yo quien se lo impidiera —respondió el pastor Aram, y creía sinceramente en lo que decía, pues acababa de invadirlo un profundo deseo de muerte.

Si hubieran preguntado a Aram, Howsannah e Iskuhi qué

momento les pareció más horrible de toda la tragedia de la expatriación, habrían respondido los tres: el instante en que nuestro convoy se puso en marcha. En ese momento su miseria real no era siquiera comparable en grado al desolado abatimiento, fruto de una experiencia de horror milenaria, inherente a su sangre y que databa tal vez de los tiempos lejanos en que su pueblo había debido conquistar bravamente su derecho a vivir seguro y sedentario. Esa multitud de un millar de hombres apiñados, fundidos juntos, privados de consideraciones y socorros, no sufría sólo por el hecho de saberse despojada para siempre de todo bien y expuesta a los mil peligros de una nueva existencia; otro sentimiento se sobreponía a esa desesperación: el ser una comunidad privada injustamente de los productos de un esfuerzo que, durante miles de años, se había dirigido siempre al progreso y la civilización. ¡El pastor Aram y las dos mujeres se hundieron con los demás en aquel dolor inconmensurable!

Era un día sombrío, cubierto de nubes bajas, en las que las montañas de Zeitun ocultaban sus familiares cimas, condiciones más favorables para una larga marcha que un sol radiante. Sin embargo, ese clima siniestro parecía curvar más las espaldas de los desterrados que el peso de las cargas que les habían permitido llevar. El primer paso fue un esfuerzo enorme; se sentía en ello como un terror religioso que hizo que todos se estremecieran hasta el fondo del alma. Las familias se agrupaban. No se oía ni una palabra, ni siquiera el grito de un niño. Pero media hora más tarde, después de pasar las últimas casas de los suburbios, se produjo cierta mejoría. La puerilidad natural y la conmovedora ligereza que permite al hombre olvidar sus desgracias se sobrepuso por un rato a lo demás. Lo mismo que en las primeras horas del amanecer, cuando un modesto piar aislado anuncia el próximo despertar general y, luego seguido de la sinfonía entera, así, no tardó en extenderse por la caravana una red compacta de voces infantiles y agudas. Las madres respondieron con mensajes tranquilizadores. También los hombres se llamaron enseguida por todos lados. Aquí y allá pudieron escucharse incluso algunas risas sofocadas. Muchas mujeres y ancianos iban sobre sus

asnos y se había aprovechado para cargar a esas bestias con sacos, frazadas y camas. El oficial vigilante no se opuso. Parecía dispuesto a suavizar las crueles órdenes de exilio y aceptar las responsabilidades y los peligros de semejante misión. Aram también se procuró un asno para su mujer, pero ella caminaba al lado, pues temía los movimientos de su cabalgadura. Los niños del orfelinato formaban a la retaguardia.

Tras ellos venía sólo el rebaño de cabras, que sin preocuparse mayormente de la conversación con el *bimbachi*, el pastor había hecho agregar a la caravana. Al principio esa aventura pareció resultar una simpática diversión para los niños, un viaje alegre. Iskuhi, que permanecía junto a ellos, trataba de mantener esa alegría cuanto fuera posible. Viéndola, nadie habría podido sospechar cuántos sufrimientos y noches de insomnio acababa de padecer. En su rostro sólo se leía el entusiasmo y la satisfacción del momento presente. A pesar de la aparente fragilidad y debilidad de su cuerpo, la poderosa capacidad de adaptación propia de la juventud había vencido a la adversidad. Hasta trataba de hacer cantar a los niños. Para esto había escogido una hermosa canción que los hombres de Yoghonoluk tarareaban mientras trabajaban en sus viñas y campos. Era Iskuhi quien se la había enseñado a los escolares de Zeitun:

Pasan los días de duelo;
Como los meses de invierno, vienen y se van.
No duran mucho tiempo las penas humanas,
Como los clientes en el bazar vienen y se van.

Pero Aram Tomasian se apresuró a prohibirles que cantaran. El joven pastor caminaba dos o tres veces más que los demás. Tan pronto aparecía a la cabeza del convoy como al lado de los rezagados, llevando siempre colgada a su cintura una gran calabaza llena de raki que ofrecía para que todos bebieran. Él también trataba de inspirar buen humor; hacía bromas, apaciguaba las disputas y hasta se esforzaba por dar a cada uno una forma definida de

existencia, aun en ese estado en el que estaban, asignando a cada uno una tarea definida. Por ejemplo, entre los artesanos, los zapateros tenían la obligación de remendar rápidamente, durante los descansos, todos los zapatos rotos. Aunque en el convoy no fueran sino unos pocos protestantes, Tomasian era el único sacerdote. Los eclesiásticos del culto gregoriano o católico habían partido los días anteriores. De este modo, el pastor quedaba a cargo de todas las almas. Adoptó una táctica personal para estimular las fuerzas morales de los pobres expatriados. Por experiencia propia sabía que la única situación insoportable es aquélla de las criaturas que no conocen su destino. Por eso repetía sin cesar en un tono de serena convicción:

—Mañana por la noche llegaremos a Marach. Allí todo cambiará. Permaneceremos en la ciudad, probablemente en un alojamiento provisional, hasta que se reciba la orden de que regresemos a casa. Pues volveremos a casa, eso es seguro. Es imposible que el gobierno de Estambul apruebe lo que sucede aquí. No olviden que tenemos diputados y una representación nacional. En dos o tres semanas todo estará arreglado. Pero lo más importante es que lleguemos a Marach en buen estado, que permanezcamos alertas y seamos valientes.

Tales palabras producían un efecto liberador, tanto entre los más pesimistas por naturaleza como entre los listos, pues todos creían en la inocencia del gobierno central. Los rostros demacrados recobraban vida. No era sólo la visión de un porvenir favorable lo que producía el milagro, sino la idea de una meta, la certidumbre de un futuro preciso: mañana llegaremos a Marach. Durante el descanso más largo, el joven oficial que mandaba el destacamento turco destinado a vigilar el convoy demostró ser hombre de corazón. Cuando los soldados terminaron de cocinar su sopa, puso espontáneamente el caldero de su tropa a disposición del pastor. Así se pudo preparar una comida caliente para los débiles y enfermos. Como por otra parte sabían que al día siguiente llegarían a una gran ciudad, hasta los más fuertes renunciaron a economizar sus provisiones. De ahí que en las horas siguientes la marcha continuara

en un franco ambiente de confianza. Cuando por la noche se preparó el campamento a la intemperie y se tendieron sobre las frazadas, indiferentes por el mortal cansancio, agradecieron a Dios por el día sin mayores incidentes. Cerca del campamento había un pueblo grande de nombre Toutlissek. Por la noche algunos *yailadji* (montañeses habitantes del pueblo) fueron a visitar a los centinelas turcos. Los hombres, sentados solemnemente, fumaban con magnificencia y parecían conversar sobre temas muy serios. Cuando a la mañana siguiente, los habitantes de Zeitun despertaron y buscaron sus asnos y cabras para darles de beber, comprobaron que los animales habían desaparecido.

Fue el comienzo de una penosa jornada. Apenas transcurridas dos horas de marcha, hubo una baja. De pronto, un anciano cayó al suelo, e inmediatamente el cortejo se detuvo. El joven oficial, antes tan complaciente, se lanzó furioso al lugar del accidente:

—¡Vamos, en marcha! —gritó.

Algunos armenios trataron de levantar al anciano y llevarlo con ellos. Pero a pesar de sus esfuerzos no les quedó más remedio que dejarlo al cabo de un rato tendido en tierra. Un *saptieh* lo empujó con el pie:

—¡Eh! ¡Levántate y no andes con tantos remilgos!

Pero al observar los ojos en blanco y la boca abierta, de un puntapié lanzó el cadáver al foso. El oficial comenzó a apurar la marcha: ¡Está prohibido detenerse! ¡Adelante, que no queden rezagados! Ni los ruegos ardientes de Aram, ni los lamentos de la familia, lograron el permiso de llevarse el cuerpo del difunto, o por lo menos darle una rápida sepultura. Fue considerado suficiente el que levantaran ligeramente la cabeza del muerto y la sostuvieran con piedras a ambos lados. En cuanto a cruzarle las manos sobre el pecho, no había que pensar en ello, pues los *saptiehs*, impacientes, se pusieron inmediatamente a golpear con sus garrotes y bastones a los grupos vacilantes y a lanzar groseros insultos. El convoy se disgregó convirtiéndose en una carrera a la desbandada; sólo se calmó cuando el muerto quedó bien atrás, mientras se cernían ya sobre él, describiendo siniestros círculos, los buitres del Taurus.

Cuando pasó el pavor causado por esta primera víctima, un *yayli*, tosco coche de dos caballos, alcanzó a la caravana, arrojando a los caminantes fuera de la estrecha carretera. En el coche iba un voluminoso individuo de unos veinticinco años, con los dedos recubiertos de anillos, que le entregó al comandante, con desgana, un documento: estaba autorizado por el Estado a elegir una o más armenias, para su uso particular. Como el coche rodaba por entre los huérfanos, sus cansados y amables ojos se posaron sobre Iskuhi. Señalándola con el bastón, le hizo ademán de que se acercara. No se sentía ladrón de mujeres, sino por el contrario como un libertador. Estaba dispuesto a arrancar a algunos de esos desgraciados seres de su sórdido destino, llevándolos a una casa acomodada. Por eso le extrañó que la bella, en vez de correr feliz a sus brazos salvadores, se alejara llamando a Aram. El coche la siguió. Posiblemente todos los argumentos con los que el pastor hubiera tratado de defender a su hermana, de nada le hubiesen servido, si el joven oficial no hubiera puesto fin a este incidente, rompiendo con un gesto el papelucho del acalorado pretendiente. Él, como comandante responsable, era el único que podía disponer acerca del destino de los expulsados. Si el *Effendi* no se alejaba rápidamente, sería detenido, el *yayli* inclusive. Para afirmar lo dicho dio un fustazo a uno de los caballos. Todo ofendido, el voluminoso pretendiente se alejó. Iskuhi se repuso con rapidez de este incidente, al poco apareció en su rostro una mueca que apenas quiso contener, así que estalló en una sonora risa recordando los detalles del percance. Sin embargo, esta risa pronto cesaría.

Por la tarde, los niños comenzaron a padecer. Cosa extraña, los pequeños no sintieron paulatinamente, sino de repente, el escozor de las heridas de sus pies y todos ellos al mismo tiempo. Fue un coro de lamentos, gritos y gemidos que se elevó de súbito desgarrando el corazón de las mujeres. Pero en este punto, el antes complaciente oficial se mostró intransigente. Fuera de los descansos indispensables, no permitía detenerse ni retardarse. Le había sido ordenado llegar a Marach con el resto de los armenios, antes de la caída de la noche, y estaba empeñado en ser exacto. Se convertía

esto en un escrúpulo profesional, y hacía de ello una cuestión de honor.

—Arréglense, para que lleguemos a Marach; allí podrán curarse. ¡Marchen!

No había otro remedio; hubo que llevar en brazos a muchos niños. A pesar de su débil estructura, Iskuhi se distinguió por su resistencia.

Su hermano le había aconsejado repetidas veces que no permaneciera al final de la caravana, quedando detrás de los niños del orfelinato que cerraban la marcha. Ahí, junto a los soldados hostiles y a los individuos miserables que acudían por curiosidad de las aldeas atravesadas, se encontraba sin duda el lugar más peligroso de todo el cortejo. Sin embargo, Iskuhi no hacía caso, pues consideraba su deber proteger a los niños. A consecuencia de los tropiezos y accidentes cada vez más lamentables, se interrumpían a menudo las filas de los desterrados, de manera que en un momento dado la retaguardia se vio separada de los demás por un intervalo considerable. Fue en estos momentos cuando Iskuhi se sintió de pronto cogida por la espalda. Gritó, trató de soltarse. Sobre ella veía un rostro espantoso, gigantesco, sucio, peludo, jadeante, los ojos ávidos, hediondo, sin un rasgo humano. Gritó una segunda vez en un tono agudo y enseguida luchó en silencio contra el hombre cuya baba caía sobre ella y cuyas garras peludas le rasgaban el vestido prontas a hundirse en los senos desnudos. Iskuhi sintió ya agotadas sus fuerzas. La cara bestial se transformaba sin cesar ante sus ojos en mil aspectos diferentes, parecida a un paisaje infernal, montañoso y quebrado. Se sumergió en su aliento putrefacto. Iskuhi tuvo la suerte de que el oficial, habiendo escuchado los gritos desesperados de los niños, llegara inmediatamente al galope. Las rudas manazas del intruso la dejaron caer. El bandido trató de huir, pero alcanzó a recibir sobre la nuca un certero golpe de sable.

Iskuhi se levantó sin poder llegar a soltar ni una lágrima. Al principio pensó que su brazo izquierdo había quedado insensible por los esfuerzos que había hecho durante la lucha. Le parecía tenerlo dormido. Pero de pronto un fuerte dolor la atravesó como un dardo

ardiente. Muda de dolor, no pudo contar lo sucedido a su hermano. Howsannah y Aram la sostuvieron el resto del camino. Ni un quejido salía de su boca. Todo en ella parecía entorpecido, excepto sus pies, que avanzaban sin descanso a pequeños pasos rápidos. ¿Cómo pudo por fin llegar a Marach? Para ella eso fue siempre un enigma. Al divisar la ciudad, Tomasian, profundamente abatido, se atrevió a preguntar al oficial cuánto tiempo podrían permanecer en Marach los desterrados de Zeitun. Le fue respondido sin preámbulos que aquello sólo dependía del *mutessarif*, pero que en todo caso era muy probable que pudieran quedarse varios días en la ciudad, pues la mayoría de los convoyes precedentes se encontraban aún allí. Sin duda se procedería a nuevas reparticiones. Aram levantó las manos suplicante:

—Usted ve en qué estado se encuentra mi hermana, y conoce la situación de mi mujer. Me permito pedirle el favor de dejarnos ir esta noche a la misión americana.

El joven titubeó largo rato, pero la compasión que le inspiraba Iskuhi se sobrepuso a sus escrúpulos de soldado. Montado aún, escribió un pasaporte para el pastor Aram y las dos mujeres.

—No tengo derecho a permitirle esta libertad. Si le cogen, seré yo quien sufra las consecuencias. Le ordeno presentarse diariamente al campo de deportación.

Los padres misioneros recibieron a sus tres protegidos discípulos con afectiva compasión. Habían dedicado su vida entera a los cristianos armenios, y he aquí que un rayo acababa de golpearlos, posible presagio del exterminio que se cernía sobre ellos. Llamaron inmediatamente a un médico; desgraciadamente era éste un joven falto de experiencia. Tiró en todos sentidos del brazo de Iskuhi. Los dolores terribles de esa operación y la fatiga de los últimos días la habían agotado hasta tal punto, que perdió el conocimiento durante varios minutos. El médico declaró no descubrir fractura, pero según su opinión el brazo estaba dislocado de un modo extraño.

Todo el mal estaba en el hombro. Confeccionó unos grandes vendajes bien sólidos y colocó un lenitivo sobre la parte dolorida. Naturalmente, agregó, sería conveniente mantener el brazo en

reposo y en posición rígida por lo menos durante tres semanas. Por la noche, Iskuhi no pudo cerrar los ojos. En la habitación de las mujeres, Howsannah dormía tan profundamente que se la hubiera creído víctima de un síncope. En cambio, Aram Tomasian, sentado junto a la mesa de los padres misioneros, discutía lo que convenía hacer. La opinión de éstos era unánime. Fue el rector, el reverendo padre E. G. Woodley, quien pronunció la decisión final:

—Suceda lo que suceda, tú no debes continuar la ruta con los expatriados. Howsannah e Iskuhi morirían de cansancio antes de llegar a Alepo. Por lo demás, tú no eres nativo de Zeitun, puesto que sólo fuiste enviado por nosotros.

En esta ocasión, el pastor Aram hubo de mantener el más duro combate interior de su vida:

—¿Cómo podría abandonar a mis feligreses cuando sé que se encuentran en la más extrema miseria?

Le preguntaron cuántos adictos a la religión protestante se encontraban en su grupo. Debió confesar que la gran mayoría de los expatriados pertenecía al culto de los antiguos armenios, o sea a la iglesia unificada. Sin embargo, ese pensamiento no lograba serenarlo.

—En tales circunstancias, no tengo derecho a detenerme en detalles tan insignificantes. Soy el único director de almas que se encuentra entre ellos.

E. G. Woodley trató de tranquilizarlo:

—Enviaremos otro para que los acompañe. Pero tú volverás a tu país natal y esperarás ahí a que te indiquemos una nueva misión.

—¿Y qué será de los huérfanos? —gimió Aram Tomasian.

—No harás ningún favor a esos niños acompañándolos a la muerte. El orfelinato de Zeitun es propiedad nuestra. Has cumplido íntegramente con tu deber al acompañar a nuestros huérfanos hasta Marach. Lo demás es asunto nuestro, y tú no tienes nada que ver con eso.

La conciencia no cesaba de atormentar a Aram.

—¿Pero no tengo acaso el deber de hacer más que mi deber?

El anciano Woodley demostró cierta impaciencia, aunque en el

fondo de su corazón se regocijaba de ver a Aram presa de tan nobles escrúpulos.

—¿Supongo que no te imaginas, Aram Tomasian, que vamos a aceptar sin una protesta siquiera que se proceda así contra nuestro orfelinato? En cuanto al destino de esos niños, es un asunto sobre el cual no se ha pronunciado aún la última palabra. En cambio, tu actitud nos está entorpeciendo, joven. En calidad de pastor de Zeitun estás sumamente comprometido. ¿Comprendes? ¡Bueno! Por eso te dispenso solemnemente de tus funciones de director del orfelinato.

Aram sentía que sería suficiente mantenerse firme unos minutos apenas, para que Woodley no se opusiera más a su heroica resolución y se contentara con bendecirle por su espíritu de sacrificio, verdaderamente cristiano. A pesar de esta certidumbre no dijo nada y acató los argumentos de su padre espiritual. Creía de este modo proteger a Howsannah e Iskuhi; sin embargo, cada vez que despertaba de su sueño inquieto y lleno de pesadillas, se sentía sobrecogido por la clara conciencia de una grave derrota, de un crimen contra su misión sagrada, y por la vergüenza de haberse mostrado débil.

A la mañana siguiente, el reverendo Woodley, acompañado del representante consular americano, se dirigió al *mutessarif* y obtuvo para los esposos Tomasian y para Iskuhi un pasaporte que les permitiría llegar hasta Yoghonoluk. No era válido sino por espacio de quince días, y dentro de ese término, los interesados debían haber alcanzado la meta de su viaje. A pesar del estado del brazo de Iskuhi, se vieron obligados a partir tres días más tarde. Habrían podido seguir el itinerario más corto pasando por Bagtché, que era la estación más próxima por los ferrocarriles de Anatolia: los disuadieron rápidamente. En la región del Taurus todos los trenes estaban repletos de soldados con los que Dchemal Pachá pensaba formar su cuarto ejército. La prudencia indicaba evitar en lo venidero toda relación superflua con militares turcos, y sobre todo en compañía de mujeres armenias. El pastor se confió enteramente a la decisión de los padres misioneros, por cuanto se refería al viaje.

En vez del breve trayecto en ferrocarril se vieron condenados a interminables peregrinaciones extraordinariamente fatigosas y de varios días. Para empezar debían atravesar las regiones montañosas hasta Aintab, y enseguida descender a Alepo sirviéndose de la pésima carretera en espiral que pasa por el desfiladero del Taurus. Los padres misioneros facilitaron al pastor un gran carruaje con dos caballos y otro de reserva que podía ser montado. También telegrafiaron a sus colegas de Aintab para pedirles que tuvieran listos caballos de repuesto.

Los viajeros no habían salido aún de los suburbios de Marach cuando escucharon unos gritos implorando misericordia, que terminaron por ahogar hasta el sonido de los cascos de las bestias que trotaban por el camino. Eran Sato, una pequeña huérfana, y Kéwork, el mozo del orfelinato, que corrían gimiendo tras ellos. Por fortuna era aún muy temprano y no había nadie que pudiera ser testigo de la escena y los pudiese delatar. Por desagradable que fuera este encuentro, no le quedaba al pastor otra solución que agregar a su familia a estos indeseables compañeros de ruta. Ambos eran seres anormales. Sato, muchacha de una flacura esquelética y muy difícil de educar, había sido considerada en Zeitun como una verdadera tara en el orfelinato. Cuatro veces al año, Sato era víctima de prolongados accesos de vagabundeo; desaparecía durante varios días y regresaba finalmente muy humilde y en un estado casi animal, cubierta de mugre y piojos. En el transcurso de esas crisis no se podía obtener nada de ella. Perdía hasta la facultad de hablar con frases coordinadas, así como todos los demás conocimientos que le habían inculcado con gran esfuerzo. Era inútil encerrarla, pues encontraba siempre algún medio de traspasar los muros como un fantasma. Si no lograba escapar, Sato se convertía en un demonio y era el terror de la casa, tal era el ingenio que empleaba en hacer malas pasadas por el solo placer de hacer daño. Sólo la influencia de Iskuhi lograba aplacar su maldad —casi había llegado a destruirla—, y para eso no fue necesario recurrir a ningún método especial de educación. En realidad, Iskuhi no sabía nada de pedagogía. Pero la pequeña llegó a tener una pasión abrasadora por la joven, y este

amor causaba graves perturbaciones en el cerebro anormal de Sato, que se consumía de celos, y parecía en ciertos momentos suficientemente fuerte como para engendrar el más peligroso de todos los sentimientos: el desprecio de sí mismo. Con su amplio vestido flotando al viento, Sato gritaba sin cesar:

—*¡Kutschuk hanum! ¡Mademoiselle! ¡Mademoiselle!* ¡Por piedad, no deje sola a Sato!

Aquella criatura casi inexistente, que no era más que un montón de huesos, suplicaba con sus ojos inmensos, enloquecidos y osados, en los que se leía tal resolución y energía que era imposible resistirse. Iskuhi y Howsannah tampoco podían dejar de sentir una verdadera repulsión por Sato, lo que llegaba a estremecerlas. Aún cuando estaba bien lavada y sana, inspiraba a las dos mujeres repugnancia física. Pero ahora, por penoso que fuera este aumento de pasajeros, la pequeña fue colocada en el asiento trasero del carruaje. Kéwork, el mozo, se sentó junto al cochero. Kéwork era oriundo de Adana. Desde que recibió un culatazo en la cabeza, durante uno de los tantos incidentes que se produjeron allí en la época de su infancia, Kéwork era idiota, pero de buena constitución. Hablaba siempre tartamudeando, y lo mismo que Sato durante las crisis de vagabundeo, cuando era presa de su locura danzante, era imposible conseguir nada de él. Esta majestuosa anomalía que le había merecido el sobrenombre de «el bailarín», era una manía tranquila e inocente; no se manifestaba sino en raras ocasiones y la mayoría de las veces cuando algo le impresionaba fuertemente. Fuera de eso, Kéwork cumplía concienzudamente su tarea; encendía las estufas, acarreaba el agua, partía la leña, trabajaba en el jardín y ejecutaba con un ardor silencioso la tarea de dos criados. ¡Cuántos niños y hombres de valor habría podido salvar, pensó de repente Aram, y he aquí que Dios me envía a una pequeña criminal y a un idiota! El pastor creyó ver en esta aventura una significativa respuesta a su actitud demasiado tibia y desinteresada respecto a los demás expatriados de Zeitun. En cambio, Sato demostraba una alegría desordenada e inoportuna. Empujaba con sus rodillas puntiagudas a Iskuhi, reía y charlaba sin recato como si la deportación fuera la

diversión más maravillosa del mundo. Dejaba colgar su delgada mano de uñas repugnantes, como si de la borda de un barco se tratase y, encantada, la mecía en la estela fresca. Todas estas señales de alegría no hacían sino aumentar el descontento y la cólera reprimida de los viajeros. Iskuhi apartó las rodillas de Sato, y el pastor, que seguía el carruaje a caballo, amenazó a la niña con sacarla sin piedad del coche, o por lo menos atarle las manos si no permanecía tranquila en su sitio.

El viaje hasta Aintab fue muy fatigoso; tuvieron que pernoctar dos veces en posadas miserables, pero transcurrió sin accidentes. En Aintab descansaron tres días. Apenas recibido el telegrama de E. C. Woodley, la comunidad armenia había preparado los caballos de recambio. Después de haber visto llegar, el día anterior, el primer convoy de expatriados de Zeitun y medido con sus propios ojos toda la extensión de su miseria, los armenios de Aintab, desesperados, aguardaban de un momento a otro su propia ruina. Ya no salían de sus casas. Corrían rumores espantosos; se decía que el gobierno se desharía de Aintab más rápidamente y con mayor facilidad, que incendiarían simplemente el barrio armenio y que sus habitantes serían fusilados. Sin embargo, todos ellos prodigaron sus atenciones y amabilidades al pastor y a las dos mujeres. Se habría podido creer que esta gente pensaba asegurarse su salvación personal al ayudar a aquellos que podían escapar. Aram Tomasian trató de deshacerse de Sato confiándola a alguien en la ciudad, pero ella se abrazó a Iskuhi con tal terror que el pastor terminó por colocarla nuevamente en el asiento trasero, tal vez pensando expiar así su propia falta.

Todo continuó bien hasta Alepo, aunque faltaran cuatro días para poder salir de los desfiladeros del Taurus, sin hacer referencia a las innumerables dificultades provocadas en las estaciones por indispensables cambios de equipaje, ni a las dos noches que debieron pasar en unas granjas abandonadas. Fue así como la gran ciudad, con su inmenso bazar, sus calles pavimentadas, sus numerosos palacios administrativos o militares, sus elegantes jardines, sus espléndidos edificios de misiones, sus innumerables hoteles y posadas, les pareció una resurrección a los desgraciados agotados de

cuerpo y alma. A pesar de una minuciosa inspección de los *saptiehs* en los límites de la ciudad, al cabo de unos minutos de angustia, Sato y Kéwork pasaron en calidad de criados. El cuadro de la marejada humana pasando indiferente por las calles daba a estos desgraciados perseguidos una ilusión de libertad. La recepción de los misioneros y del concejo municipal armenio fue muy diferente de la que les dispensaron en Marach y Aintab. Estos misioneros estaban tan atareados con asuntos que discutir, compromisos y tareas, y se sentía entre ellos tal ambiente de burocracia, que Aram no quiso valerse de sus servicios. Se contentó con pedir dos modestas habitaciones para él y su familia. El círculo armenio de la municipalidad era inmensamente rico, y por lo tanto menos compasivo y más tímido que las pequeñas gentes de Aintab. Al conversar con ellos, el pastor de Zeitun notó al instante que el nombre de la localidad proscrita incomodaba a sus hermanos de la gran ciudad. Era indudable que no deseaban mantener ninguna relación, a la vista de las autoridades, con aquella gente de mala reputación que se acreditaba por una obstinada rebeldía. La presencia del pastor de Zeitun en sus oficinas podía causarles trastornos. Se trataba ahora, por su propia seguridad, de mostrarse fanáticamente patriotas y no tratar con personas sospechosas. Ofrecieron al pastor una ayuda pecuniaria; fuera de eso no podían hacer nada por él. Este renunció, agradeciéndoselo.

El tiempo urgía y Tomasian se vio obligado a arrendar un carruaje por su cuenta, una de aquellas *yaylis*, que atestaban las plazas de la ciudad. Al principio, el propietario del vehículo rechazó la eventualidad de emprender un viaje tan difícil. Había que llegar hasta la costa situada detrás de Antioquía. Al escuchar tan desatinada proposición, espantado, se llevó las manos al fez. Por fin, al cabo de muchas protestas, de *inch alia* y de *Allah bilir*, comenzaron a discutir el precio del viaje; en esto el hombre exigió que se le pagaran adelantados los dos tercios de la suma convenida, y obtuvo lo que deseaba, pues, el pastor no lo ignoraba, los demás cocheros habrían hecho lo mismo. Aram escogió el itinerario, que los haría pasar por Alejandreta, a pesar de la curva inmensa que

describía el camino en este punto, lo que significaba otro retraso. Esperaba, al cabo de un día y medio de esforzado viaje, poder alcanzar la bifurcación hacia Antioquía, y de ahí llegar a Yoghonoluk veinticuatro horas más tarde. Pero el mismo primer día, justo antes de la puesta del sol, el cochero bajó del pescante, examinó con un gesto dudoso las herraduras de los caballos, las ruedas y ejes, y declaró enseguida que estaba harto, que los animales estaban extenuados, el coche demasiado cargado, que por lo demás no tenía ninguna obligación de pasear a todos los armenios habidos por el mundo entero, y que daría media vuelta para llegar antes de la noche a Turont, donde vivían algunos miembros de su familia. Ningún ruego le hizo efecto, y ni siquiera fue sensible a la proposición que le hiciera Aram de aumentar la tarifa convenida a una suma considerable. Con un tono magnánimo, el turco declaró que había recibido lo justo y no deseaba más. Pero agregó que les haría un favor y conduciría gratuitamente a sus clientes a Turont, donde podrían pasar la noche cómodamente en los lechos excelentes del magnífico *chati* que tenían allí sus parientes. El pastor Tomasian levantó el bastón y habría golpeado al insolente si Howsannah no le hubiera sujetado el brazo. Después de eso, el hombre lanzó los equipajes fuera de la *yayli*, fustigó a las bestias y dejó a los cinco viajeros en medio de un campo solitario y desierto. Siguieron andando durante una hora por el camino con la esperanza de encontrar una aldea o algún vehículo, pero nada apareció en el horizonte, ni carreta, ni granja, cabaña o villorrio. Tuvieron que pasar de nuevo una noche a la intemperie, que transcurrió mucho más lenta que la primera, pues no contaban con esta eventualidad. La curva del camino brillaba con un débil reflejo bajo la pálida luz de la luna, evocando de un modo alarmante la comba afilada de un sable. Se apresuraron a alejarse lo más posible y fueron a tenderse sobre un terreno desnudo. Pero incluso la tierra, la madre universal, fue una madrastra para los armenios. La humedad del suelo caló las mantas y sobre los infelices se formó una enorme campana zumbadora en la que los mosquitos cantaban su pérfida canción. Kéwork y el pastor velaron; este último conservó constantemente en

sus manos la carabina de caza que le habían proporcionado como arma defensiva los padres de Marach.

Pero el colmo de su miseria no debía producirse sino en el transcurso de las cincuenta horas que les fue preciso caminar a pie para llegar a Yoghonoluk. Fue un verdadero milagro que Howsannah no sufriera ningún accidente y que Iskuhi pudiera mantenerse hasta el final. El pastor cometió el error de abandonar demasiado pronto el camino público, internándose por un sendero en dirección sudoeste. Al cabo de algunos kilómetros, se dieron cuenta de que éste no conducía a ninguna parte. Desde ese momento no fueron más que vagabundeos y vanas búsquedas. En el transcurso de este último calvario se pudo apreciar plenamente las inagotables fuerzas físicas de Kéwork. Cargaba alternativamente a las mujeres sobre sus espaldas y durante largos trayectos. Bien pronto tuvieron que renunciar a sus equipajes. Con paso cansado, el pastor caminaba delante con la única preocupación de conservar la dirección que le indicaban las nubes que cubrían las montañas de la costa. A menudo encontraban nuevamente algunos caminos transitables, que por un trecho conservaban un aspecto pasable y desembocaban finalmente en alguna tabla podrida lanzada sobre un riachuelo. De vez en cuando un *kangni* o carreta les prestaba su ayuda un buen trecho. Por lo menos ya no estaban expuestos a la maldad de los hombres: los pocos musulmanes que encontraron y que eran campesinos no les demostraron sino buenos sentimientos y les ofrecieron agua y queso. Si hubieran sido víctimas de alguna traición tampoco habrían pensado defenderse. Insensibles al dolor, con los miembros destrozados, los pies ensangrentados, caminaban tambaleándose, envueltos en una nube narcótica, sumidos en las profundidades del agotamiento. El propio Aram, a pesar de su resistencia natural, vacilaba sobre el camino, perdiendo también el equilibrio mental en un universo de imágenes dolorosas. A veces reía solo sin razón aparente. Sato dio prueba de una extraordinaria fortaleza en esa lucha contra el dolor. Trotaba tras Iskuhi con sus pies heridos y azules de tanto caminar, probablemente acostumbrada por sus vagabundeos a semejantes prodigios de energía.

Cuando Gabriel Bagradian vio a los extenuados proscritos sobre las gradas de la iglesia, se encontraban aún en este estado de seminconsciencia y de total abatimiento. Pero como eran jóvenes, al sentirse bruscamente invadidos por la inmensa convicción de la salvación largamente esperada, al ver ante ellos los rostros familiares de sus padres, del sacerdote, del doctor, al escuchar a su alrededor palabras emocionadas y envolviéndoles la calidez del hogar, volvieron rápidamente en sí, y el cansancio sobrehumano cedió para dar paso a una conmovedora animación.

El pastor Aram Tomasian no cesaba de repetir:

—¡No piensen en las antiguas matanzas! Esto es mucho más duro, más triste, mucho más cruel que todas y sobre todo sucede más lentamente. Día y noche, pienso en ello… —Se oprimía las sienes con las manos—: No puedo deshacerme de esta idea… Tengo constantemente ante mis ojos a esos niños… ¡Rezo para que Woodley haya podido salvarlos!

Sin pronunciar una palabra, el doctor Altouni prodigaba sus cuidados a Iskuhi. Todos los hombres abrumaban a Aram con preguntas:

—¿Se contentarán con Zeitun? ¿A estas horas no irán también camino del destierro los armenios de Aintab? ¿Qué se dice en Alepo? ¿No se tienen noticias de los otros *vilajets*? ¿Y nosotros?

El médico, que había deshecho el vendaje y lavaba con agua caliente el brazo de Iskuhi, que presentaba un color rojo oscuro, rió con voz ronca:

—¿Adónde podrían desterrarnos? A los pies del Musa Dagh ya estamos desterrados.

El barullo de la multitud reunida en la plaza penetraba hasta la pequeña sala. Ter Haigassun interrumpió de golpe las preguntas desordenadas. Volvió hacia Bagradian sus ojos tímidos y, sin embargo, enérgicos.

—Tenga la bondad, Gabriel Bagradian, de decir algo a esa gente y trate de que vuelvan a sus casas.

¿Por qué Ter Haigassun escogía en esta oportunidad precisamente a Gabriel, el parisino, que no tenía nada en común con aquellos aldeanos? Habría sido más bien cometido del *mouchtar* Kebussjan el hablar a sus vecinos. ¿O tal vez el sacerdote obedecía a alguna intención secreta al encargar a Bagradian esa misión? Gabriel Bagradian se quedó sorprendido y bastante confuso; sin embargo, accedió al deseo de Ter Haigassun y tomó a Esteban de la mano. El armenio era sin duda su lengua materna, pero en el primer momento, cuando estaba a punto de dirigir la palabra a la asamblea, que entretanto había ido aumentando y contaba ya cerca de quinientas personas, esto le pareció una falta de delicadeza, una especie de indiscreción. El turco, lengua en uso en el ejército, casi le habría parecido más natural. Pero sólo las primeras palabras le costaron un esfuerzo, y pronto éstas fluyeron cada vez con más facilidad de su boca; la antigua lengua comenzaba de nuevo a germinar y florecer. Rogó a los habitantes de Yoghonoluk y a aquéllos de las demás localidades que se encontraban presentes que se separaran y regresaran tranquilos a sus casas. Semejantes tropelías no habían sucedido sino en Zeitun, y en ninguna otra parte. Todo armenio sabía perfectamente que Zeitun había sido siempre un caso excepcional. Pero para los habitantes del Musa Dagh, no pertenecientes a una región diferente, no existía la menor sombra de peligro, tanto más cuanto que nunca se habían inmiscuido en política. Sin embargo, en momentos como ésos, el orden y la calma debían ser observados más escrupulosamente que de costumbre. Él, Bagradian, lo organizaría de manera que los acontecimientos importantes se comunicaran regularmente a las aldeas. En caso necesario todas las comunas podrían reunirse en una asamblea general para discutir el porvenir.

Asombrado de sí mismo, Gabriel sentía que hablaba con seguridad, que encontraba la palabra conveniente y que proporcionaba al auditorio una auténtica serenidad. Alguien llegó a exclamar:

—¡Viva la familia Bagradian!

Sólo una voz de mujer gimió:

—¿*Asdwaz im*, Dios mío, qué será de nosotros?

Sin abandonar realmente la plaza, los curiosos se repartieron por lo menos en grupos pequeños y dejaron de rodear la iglesia. De los tres *saptiehs* sólo quedaba Alí Nassif, que continuaba rondando; sus dos camaradas habían desaparecido. Gabriel se dirigió al hombre del rostro marcado de viruelas que desde hacía algún tiempo parecía no saber qué actitud tomar ante el *Effendi* Bagradian; ¿debía considerarlo como un gran personaje, o un *chansir kiafir*, un puerco infiel que, en virtud del nuevo cariz que tomaban las cosas, no era bajo el punto de vista administrativo digno de una respuesta siquiera? Aprovechando esta incertidumbre, Bagradian se aproximó al *saptieh* con marcada altanería.

—Tú sabes quién soy. Soy tu superior, tu jefe, puesto que soy oficial del ejército turco.

Alí Nassif decidió cuadrarse. Gabriel se llevó la mano al bolsillo con un gesto significativo.

—Un oficial no da *bakchich*. Sin embargo, recibirás de mí dos *medjijehs* a cuenta de una comisión especial que te voy a explicar.

La actitud rígida de Alí Nassif se acentuaba. Con un gesto rápido, Bagradian le indicó que podía volver a su posición natural:

—He visto nuevas caras últimamente entre los *saptiehs*. ¿Ha sido reforzado vuestro retén?

—Éramos demasiado pocos, *Effendi*, para el trabajo que hay y lo largo de los recorridos. Por esto han reforzado el retén.

—¿Será ésa la verdadera razón? Bueno, no tienes obligación de responder a esta pregunta. Pero, ¿cómo recibes tus órdenes, tu salario y todo lo demás?

—Uno de los más jóvenes va todas las semanas a caballo a Antioquía y trae de allá las órdenes.

—¡Escucha ahora lo que tengo que decirte fuera de tu servicio, Alí Nassif! Si algún día recibes una orden o sabes de tus superiores cualquier cosa que sea importante para esta comuna, ve inmediatamente a buscarme, ¿comprendes? Entonces te daré el triple de esta suma.

Sin abandonar la actitud digna con que lo abordara, Bagradian

dejó al *saptieh* y regresó a la sacristía.

Altouni terminaba de examinar el brazo de la enferma y declaró con ironía:

—Tienen en Marach un gran hospital, instrumentos, una sala de operaciones, bibliotecas médicas y el asno de mi colega no ha podido siquiera curar decentemente este brazo. ¿Qué se podrá esperar entonces de mí, que no poseo más que unas tenazas oxidadas para arrancar dientes? Tendremos que entablillar este brazo. Realmente tiene mal aspecto. La enferma necesitará una habitación agradable y cuidados constantes. Naturalmente, la misma prescripción rige para tu mujer, Aram.

El anciano maestro Tomasian dijo, desesperado:

—Y tengo tan poco espacio desde que vendí mi casa. ¡Cómo nos las vamos a arreglar!

Gabriel Bagradian ofreció inmediatamente a la señorita Tomasian una de las habitaciones más confortables de su casa, aquella que gozaba de una magnífica vista sobre la montaña. En cuanto a los cuidados, se seguirían concienzudamente las órdenes del doctor Altouni. El médico se mostró plenamente satisfecho.

—¡*Koh jem*, estupendo, amigo mío! Y a esa desgraciada criatura, la pequeña Sato, también te la llevarás a tu casa, ¿verdad? De este modo tendré a todos mis enfermos al alcance de la mano en un mismo sitio. Mis viejas piernas te lo agradecerán.

Y así se arregló todo. Aram y Howsannah se fueron con el viejo Tomasian llevándose consigo a Kéwork, el bailarín, a quien el carpintero pensaba dar trabajo en el taller y la casa. Esteban se adelantó para anunciar a Julieta los acontecimientos recientes. El niño llegó sofocado a la casa:

—¡Mamá, mamá! Hay novedades. Vamos a recibir huéspedes: la señorita Iskuhi, hermana del pastor de Zeitun, y una niñita con los pies ensangrentados.

Julieta se sorprendió con este anuncio imprevisto. Gabriel jamás llevaba a nadie a casa sin consultarle antes. En sus relaciones con su mujer demostraba siempre cierto reparo en lo que concernía a otra gente, y sobre todo si pertenecían a su raza. Pero cuando diez

minutos más tarde apareció con Iskuhi, los esposos Altouni y Sato, Julieta fue toda bondad. Al igual que muchas mujeres hermosas, se dejaba seducir fácilmente por la gracia femenina, y especialmente cuando la encontraba en una muchacha muy joven. El aspecto de la desgraciada Iskuhi la emocionó sinceramente y despertó en ella una solicitud de hermana mayor. Mientras daba las órdenes necesarias se decía con placer: ¡es realmente particular! Entre los suyos hay muy pocos de rasgos tan delicados. A pesar de sus harapos conservaba cierta distinción, y para ser armenia hablaba muy bien el francés. La habitación estuvo pronto lista. Julieta en persona llevó allí varias cosas para Iskuhi y hasta un elegante camisón adornado de encajes, de su propio ajuar. Tampoco vaciló en poner a disposición de la recién llegada los mejores perfumes y aguas de colonia, aunque fueran éstos tesoros irremplazables.

Altouni examinó una vez más el brazo de Iskuhi y aprovechó para lanzar amargas quejas contra los médicos de Marach. ¿Te duele esto, pequeña? No, no experimentaba el menor dolor, sino un sentimiento indefinido —buscaba la palabra exacta—, una sensación de insensibilidad. El viejo médico estaba convencido que con su ciencia no lograría mejorar mucho el brazo de la joven. Por fin decidió prepararle un vendaje que le envolvería el hombro hasta el cuello. Durante esa operación se pudo apreciar con qué firmeza y seguridad trabajaban aún sus viejos dedos oscuros y arrugados.

Poco después Iskuhi estaba acostada en un lecho blando y tibio, aseada y tranquila. Julieta, que no había cesado de atenderla un momento desde su llegada, iba a dejarla sola.

—Si necesita cualquier cosa, mi niña, no tiene más que tocar enérgicamente esa gran campanilla. Le traerán la comida a la cama, pero antes volveré a verla.

Iskuhi volvió hacia su benefactor a sus ojos de armenia, los ojos de su pueblo, en los que se leían aún las terribles peripecias del largo viaje.

—¡Oh! Gracias, señora… No necesitaré nada… Gracias, señora…

Y se produjo entonces algo que no había sucedido ni durante la

horrible semana de Zeitun, ni en los días de la deportación, ni durante el viaje. Las lágrimas se deslizaron abundantes de sus ojos. No brotaban de un modo convulsivo, sino que se escurrían lentamente sin ser entrecortadas por sollozos; podía decirse que en su llanto no había nada, ni montes ni valles, que era una brusca interrupción de la rigidez primitiva, algo inmenso y desolado como las estepas que se extienden allá en el Oriente de donde ella venía. Mientras sin el menor movimiento Iskuhi lloraba, repetía incansable las mismas palabras:

—Perdóneme, señora… No era mi intención…

A Julieta le hubiera gustado inclinarse junto a Iskuhi, abrazarla y llamarla «pobre ángel». Sin embargo, algo hacía imposible toda ternura. El halo de misterio que rodeaba a la joven y las etapas de su calvario, que habían tejido alrededor de ella una trama impenetrable, la aislaban del resto del mundo. Era éste el motivo que impedía a Julieta obrar según su cálido impulso. Se contentó con pasar suavemente la mano por los cabellos de Iskuhi y esperar en silencio junto al lecho hasta que la enferma de llanto mudo cerrara los ojos y se sumiera en una saludable inconsciencia.

Entretanto, Mairik Antaram había curado y vendado los pies heridos de Sato. Enseguida fue llevada a un cuarto destinado a la servidumbre, pero apenas se hubo dormido, la pequeña comenzó a lanzar unos gritos horribles. No habiendo demostrado en los días anteriores el menor indicio de angustia, ahora en sus sueños —fiel reproducción de su vida— la amenazaban cien látigos con sus correspondientes golpes. La sacudían enérgicamente para disipar su pesadilla, pero no valía de nada. Era imposible despertarla, y si callaba un instante, comenzaba inmediatamente a gemir de nuevo y lanzar agudos chillidos. Aquellos prolongados gemidos parecían asirse desesperadamente a un nombre todopoderoso:

—*¡Kutchuk hanum!*

Mientras aquellos gritos espantosos resonaban hasta el otro extremo de la casa, Julieta encontró a su hijo en la escalera. Esteban tenía el rostro acalorado. Los sucesos recientes, con cuanto contenían de misterioso y de amenazador, llenaban por entero su

alma y la agitaban violentamente. En noviembre había celebrado su décimo tercer aniversario y entrado por consiguiente en el periodo en que toda sensación entusiasma a los niños. Llegaba al punto de colocarse tras las ventanas a observar las tempestades y las lluvias torrenciales con este ardiente y culpable anhelo: ¡si por fin sucediera algo! Y ahora escuchaba, exquisitamente horrorizado:

—¿Oyes, mamá, cómo grita Sato?

«¡Los ojos de Iskuhi…, mi hijo tiene los ojos de Iskuhi!». Este pensamiento cruzó el espíritu de Julieta, y en ese instante supo que el peligroso enredo en el que había comprometido su vida era una verdad largamente sabida. Por primera vez sintió una gran angustia por Esteban. Le condujo consigo a su cuarto y le estrechó contra su corazón mientras los gritos de Sato continuaban vibrando en el silencio de la casa.

Gabriel Bagradian había invitado al sacerdote Ter Haigassun, al médico Altouni y al farmacéutico Krikor a visitarlo esa noche. Estos señores se encontraban solos con sus *chibuks* y sus cigarrillos en el *selamlik* débilmente iluminado. Gabriel tenía la intención de obligar a estos personajes tan dignos y cultos a declararle en qué sentido se proponían actuar en el caso de que llegara una orden de expulsión, y con qué medios contaban las aldeas del Musa Dagh para alejar esta amenaza mortal; pero no logró sacar nada de ellos. Ter Haigassun se mantuvo en un obstinado silencio. El médico declaró que tenía ya sesenta y ocho años y que le importaba bien poco de qué manera transcurrieran los dos o tres que le quedaban aún de vida. Sería perfectamente ridículo preocuparse por algunos miserables meses de vida, no siendo la vida entera digna de la caridad de una pequeña preocupación siquiera. Lo principal, agregó, era evitarle al pueblo, en la medida de lo posible, todo miedo innecesario. Eso constituía para él su deber más importante, y tenía intenciones de cumplirlo bajo cualquier circunstancia; lo demás no le incumbía. Tranquilamente, el farmacéutico Krikor fumaba su narguilé, que por prudencia había llevado consigo. Al cabo de larga reflexión, escogió

entre las brasas preparadas para los invitados aquélla cuyo aspecto le fuera más simpático, y la apretó lentamente con sus dedos desnudos sobre el tabaco con que había llenado su pipa. Tal vez tenía la intención de probar, de un modo simbólico, que podía tocar el fuego sin quemarse. Su rostro de mandarín, de ojos oblicuos y barba puntiaguda, parecía desaprobar toda excitación capaz de desorbitar el bello orden impasible que debe reinar en el espíritu. Pues es sólo el espíritu el que confiere a la realidad el derecho de existencia, y no al contrario. ¿Por qué se ha de querer hacer algo? Toda acción, por su esencia misma, está condenada a la ruina, mientras el pensamiento obra eternamente. A fin de apoyar esta confesión de fe, citó un proverbio turco que no habría estado mal en labios del anciano agá Rifaat Bereket:

—*¡Kismetden zyadé olmass!* ¡Nada sucede que no esté predestinado!

Estas palabras le dieron oportunidad de abandonar la cuestión de apremiante actualidad, y la voz cavernosa del farmacéutico continuó con un largo discurso sobre las diferentes doctrinas de la predestinación, sobre las relaciones del cristianismo y el islamismo, sobre Gregorio el Iluminador, sobre el concilio de Calcedonia y la prioridad del monofisismo comparado con las ideas del catolicismo romano. Las palabras mismas en sí embriagaban. El sacerdote no dejaría de asombrarse, pensaba, al ver la extensión de sus conocimientos en cuestiones teológicas. Ter Haigassun escuchó pronunciar los nombres, fechas y extrañas doctrinas de algunos Padres de la Iglesia de los cuales no había oído hablar jamás durante sus estudios, por la simple razón de que éstos no existían sino en la potente imaginación creadora de Krikor.

¡Era desesperante! Gabriel no pudo reprimirse y golpeó con el pie. El europeo que llevaba en sí odiaba en ese momento a todos estos soñadores y charlatanes; se dejarían arrastrar a la muerte sin oponer la menor resistencia, tal y como morirían de mugre. Con su gesto desdeñoso, interrumpió a Krikor.

—Señores, desearía vivamente haceros una proposición. Es una idea que concebí mientras conversaba hoy con el *saptieh* Alí Nassif.

Resumamos; yo soy oficial turco, antiguo combatiente y tengo las condecoraciones de la última guerra de los Balcanes. ¿Qué opinaríais si vistiera mi uniforme y me dirigiera a Alepo? Hace algunos años tuve ocasión de hacer algunos favores al general Dchemal Pachá…

El viejo médico le cortó la palabra con una especie de pérfido placer.

—Hace mucho tiempo que Dchemal Pachá ha trasladado su cuartel general a Jerusalén.

Bagradian no se dejó distraer en su idea.

—¡Tanto peor! Existe alguien más importante aún que Dchemal Pachá; es Djelal Bey, el valí. No le conozco, pero todos sabemos quién es, y que nos desea el bien en toda la medida de su poder. Si fuera ahora a verle y le recordara que el Musa Dagh se encuentra situado al margen del mundo, que por lo tanto jamás nos hemos preocupado de política, tal vez…

Gabriel no dijo más esperando que alguien rompiera el silencio absoluto. Pero no se escuchaba más sonido que el murmullo del agua del narguilé de Krikor. Transcurrió un largo rato antes de que Ter Haigassun dejara su *chibuk* y dijera:

—El valí Djelal Bey —sus ojos escrutaban penetrantes al auditorio— es, sin duda, un gran amigo de nuestro pueblo. Nos ha hecho algunos servicios y es seguro que bajo su gobierno no habríamos de temer ningún exceso. Desgraciadamente su amistad por nosotros no le ha favorecido.

De la amplia manga de su hábito, Ter Haigassun sacó un periódico doblado:

—Hoy es viernes, he aquí el *Tanin* del martes. La noticia se encuentra impresa en pequeños caracteres, y ha sido colocada en un rincón donde puede pasar inadvertida —mientras, sostenía el diario a gran distancia de sus ojos para poder leerlo—. Según una comunicación del Ministerio del Interior, hemos sabido que Su Excelencia el valí Djelal Bey ha sido definitivamente jubilado. Eso es todo.

Capítulo V

El interludio de los dioses

Los héroes homéricos combaten ante la puerta de Scée, y cada uno de ellos cree erróneamente que la victoria o la derrota depende directamente del éxito de sus armas. La lucha de los héroes no es más que un mero reflejo de la lucha que dirimen sobre sus cabezas los dioses, cuando éstos han de decidir el destino de los hombres. Empero los mismos dioses ignoran a su vez que también su lucha es un reflejo de lo que se decidió hace mucho tiempo en el seno del Todopoderoso, de quien proviene la quietud y la inquietud de todas las cosas.

En el preciso momento en que Johannes Lepsius, doctor en Teología, después de apurar al cochero, alcanza por fin el gran puente que une Estambul a Pera —la ciudad de los jardines—, comienza a sonar la señal automática; al mismo tiempo desciende la barrera, el puente tiembla como un ser vivo, se parte sonoramente por la mitad, y sus dos gigantescas mitades de hierro se elevan lentamente por los aires para dejar entrar un navío de guerra al puerto del Cuerno de Oro.

—*Das ist aber wirklich furchtbar!* (¡es realmente espantoso!), dice Lepsius en alemán y en voz alta; cierra los ojos y se deja caer sobre los cojines destrozados de la *araba*, como si abandonara la lucha.

Pero un segundo después salta del carruaje, pone un puñado de

piastras en la mano del cochero y se resbala al pisar una cáscara, se precipita corriendo hacia el muelle donde al pie de la escalera se encuentran algunos *kajiks* (pequeños botes destinados a la travesía), esperando a los pasajeros ocasionales. No hay mucho donde escoger; sólo dos viejos barqueros flemáticos soñando suavemente en el fondo de sus embarcaciones, y que no parecen dispuestos a reñir por la eventualidad de un negocio. Johannes Lepsius salta dentro de uno de los *kajiks* y, con un gesto casi desesperado, señala al hombre la ribera opuesta, donde se encuentra Estambul. Le quedan aún seis minutos para llegar a la hora convenida al *Seraskeriat*, el Ministerio de la Guerra. Aunque el barquero hiciera uso de todas sus fuerzas, necesitaría por lo menos diez minutos para atravesar este brazo de mar. Allá enfrente, en el muelle —según los cálculos del viajero impaciente—, debería haber una estación de coches de punto. De ahí tardará cinco minutos para llegar al ministerio. Si no sucediera nada extraordinario, serían quince minutos menos seis, es decir, nueve minutos de retraso. Es muy desagradable, pero al fin y al cabo aceptable. Naturalmente, todo le sale mal; el barquero que empuja su embarcación al modo veneciano permanece sordo a sus exhortaciones y súplicas conservando su calma imperturbable. La barca se balancea sin avanzar.

—Es la corriente, *Effendi*, está subiendo la marea —explica el viejo turco de rostro apergaminado, impotente ante esta fatalidad.

Para colmo de males pasa frente a ellos un barco de pesca, lo que viene a agregar dos minutos a la pérdida total de tiempo. Inconsciente, desvanecido como sólo puede estarlo un hombre que se siente a merced de los elementos, el alemán se concentra en sí mismo. Para tener esta oportunidad no ha temido las fatigas de un viaje desde Potsdam a Constantinopla; infatigable, ha importunado a diario al embajador de Alemania, y no sólo a este diplomático, sino a todos los demás representantes de las grandes potencias neutrales. Para vivir este momento ha visitado en todos los barrios imaginables a cada alemán o americano residente en el interior del país, para obtener de ellos detalles más minuciosos. Para vivir este momento ha pasado días enteros sentado en las oficinas de la

Sociedad americana de la Bible-House y abusado de la amabilidad de las diferentes congregaciones; valiéndose de mil artimañas para despistar a los espías, ha ido en busca de amigos armenios a los sitios más ocultos, todo esto con el único objeto de estar bien preparado para la gran entrevista. Y he aquí que el destino le juega ahora una mala pasada al impedirle ser puntual a la cita. Casi se podría creer que los hados están en su contra. ¡Qué esfuerzos no ha hecho el amable capitán de corbeta de la misión militar alemana para procurarle esta audiencia! Ya tres veces había sido decidida y las mismas tres veces postergada. Enver Pachá es el dios de la guerra en el imperio otomano, y no necesita tener muchas consideraciones ante un enemigo tan insignificante como el doctor Johannes Lepsius.

Ya han transcurrido los diez minutos. Enver da órdenes de no dejar pasar bajo ningún pretexto al demandante alemán y todo el asunto fracasa. ¡Y bueno!, tanto peor, ¡qué fracase! Mi propio pueblo está luchando por su vida y el negro jinete que sostiene en sus manos una balanza se ha lanzado también sobre él. ¿Qué me importan, pues, los armenios? Johannes Lepsius responde a este falso consuelo con un sollozo breve y seco. No, estos armenios le importan mucho y si quisiera examinarse crudamente hasta el fondo del corazón, comprendería que los ama más que a su propio pueblo, por culpable e insensato que esto parezca. Desde los días de Abdul Hamid, desde las matanzas de 1896, desde su primer viaje al interior del país, desde el comienzo de su actividad como misionero, se siente elegido para ayudar a estos desgraciados. Ellos representan su deber sobre la tierra. Inmediatamente le vienen a la mente algunos rostros; todos lo contemplan con sus inmensos ojos armenios. Semejantes ojos pueden tenerlos sólo aquellos seres que están acostumbrados a apurar el cáliz de la amargura hasta el fondo. Seguramente los ojos de Jesús en la cruz eran iguales, y es tal vez éste el motivo que hace que Lepsius ame tanto a esta raza. Hace apenas una hora, ha penetrado con sus ojos en los del patriarca monseñor Sawen —el

arzobispo armenio de Turquía—, y ahora comprende que tendría que haber apartado antes su mirada de aquellos brillantes aunque des— esperanzadores ojos. Por lo demás, esta visita al patriarca es la causa de su actual retraso. Había sido una locura regresar a cambiarse de ropas a su habitación del hotel Tokatlyan en Pera. Naturalmente debía presentarse al patriarca con la larga sotana negra como conviene a un sacerdote protestante, pero al enfrentarse a Enver, no deseaba por ningún motivo destacar demasiado su carácter eclesiástico; al contrario, para este encuentro fatídico trataba de evitar toda escenificación solemne. Ya conocía a los miembros del Ittihad, sus adversarios. Un traje civil en un tono gris, un gesto negligente, una actitud segura de sí misma, ciertas alusiones a las potencias que estarían prontas a secundarlo, he aquí las armas necesarias para abordar a semejantes aventureros. Y ahora el traje gris era la causa de toda la desgracia.

No debió haber permanecido tanto rato con el patriarca; habría podido retirarse al cabo de unos minutos. Desgraciadamente, la perseverancia sistemática no ha sido jamás su fuerte. Incluso su campaña para socorrer al pueblo armenio tras las matanzas efectuadas bajo el mandato de Abdul Hamid, la consiguió más por su fuerza desbordante que por una política premeditada y sensata. No en vano se deja de vez en cuando seducir por el vicio de su juventud, la poesía: *La Danza Macabra*, *El judío errante*, *John Bull* y otros son prueba de ello. El don de la improvisación y la inspiración del momento, ésas son sus armas y él lo sabe. Y por esto hoy no ha podido separarse de este conmovedor sacerdote.

—Dentro de una hora estará usted ante Enver —la voz debilitada de monseñor Sawen dejaba adivinar cuántas noches en vela había pasado; por decirlo así, moría con el pueblo armenio—. Va usted a presentarse ante ese hombre. Que Dios le bendiga, pero usted tampoco conseguirá nada.

—No voy tan desalentado, monseñor —trató de asegurarle Lepsius a guisa de consuelo. Un gesto de dolorosa negación le había interrumpido—. Hoy hemos sabido que tras Zeitun, Aintab, Marach y tantas otras, los valiatos de la Anatolia oriental están

también condenados al exilio. Fuera de la región oriental del Asia Menor, sólo Alepo y la zona costera de Alejandreta permanecen invioladas. Usted sabe mejor que otros lo que es la deportación; es peor que la muerte, peor que el martirio, porque son una muerte y un martirio lentos. Se dice que ya no queda un solo sobreviviente de Zeitun. —La mirada del patriarca detuvo cualquier intento de protesta—. Renuncie a toda tentativa imposible y consagre todos sus esfuerzos a aquello que permanece aún en el terreno de lo posible. Tal vez consiga usted, lo cual dudo, un aplazamiento para Alepo y para la zona costera. Cada día significa una ganancia. Ante todo haga valer a sus ojos a la opinión pública alemana y a los periódicos que reciben informaciones de usted. Y sobre todo evite una cosa; ¡no haga de moralista! ¡Eso no le acarrearía sino las burlas de ese hombre! ¡Aténgase únicamente a los hechos de orden político! Presente sus amenazas sobre bases económicas, eso es lo que más puede herirle. Y ahora, mi querido hijo, reciba mi bendición por la noble acción que lleva a cabo. ¡Que Cristo le guíe! —Lepsius había inclinado la cabeza, y el patriarca trazó una gran cruz sobre su pecho.

Y ahora se hallaba sentado ahí en esa barca primitiva, juguete de las olas del Cuerno de Oro; el barquero, indiferente, hunde con prudencia sus ternos en el agua, y cuando por fin alcanza la orilla, ya han transcurrido más de veinte minutos. A primera vista, Lepsius se da cuenta de que no queda un solo coche en la estación. Esboza una mueca sonriente, pues tras esta serie de obstáculos tan complicados y refinados se oculta una fuerza que no depende sólo del destino. Las potencias hostiles le cierran el camino para castigarlo por haberse inmiscuido en la causa armenia, que debe seguir su curso regular. Renuncia, pues, a buscar un coche y sin preocuparse de su corpulencia, su edad y los mil detalles que lo hacen llamativo, echa a correr. Sin embargo, de este modo no logra avanzar mucho; las plazas y callejuelas de Estambul se encuentran atestadas por una multitud densa y excitada. Bajo las casas empavesadas, ante las tiendas y los cafés decorados con vivos colores, desfilan miles de hombres con feces y turbantes de rostros fanáticos, empujándose y

tropezándose. ¿Qué ha sucedido? ¿Habrán rechazado a los aliados en los Dardanelos? Lepsius piensa en aquel lejano ruido de bombardeo que escucha tan a menudo por las noches. Los pesados cañones de la flota inglesa exigen con fortísimos estruendos el acceso a Constantinopla. Recuerda entonces que se celebra ese día el aniversario de la joven revolución turca. ¿Es tal vez la conmemoración del día en el que el comité se deshizo de sus enemigos políticos por medio de un asesinato general a fin de conquistar definitivamente el poder? No tiene importancia de qué aniversario se trate; de todos modos la multitud chilla de manera delirante. Ante una casa de comercio, se produce una grave congestión de tráfico. Algunos jóvenes trepan sobre las espaldas de amigos complacientes, escalan la cortina del edificio y un minuto después cae con gran ruido el letrero con el nombre de la firma. Lepsius, que se siente arrastrado por la corriente humana, pregunta a un vecino, sobre cuya cabeza no ve el fez, el significado de semejantes demostraciones. ¡Ya no se quiere ver más inscripciones extranjeras!, le responde. ¡Turquía ha de pertenecer a los turcos! Todos los postes indicadores, todas las placas de calles o tiendas han de estar redactados en lo venidero en un solo idioma: ¡el turco! Y el curioso vecino agrega con una risa maliciosa (se trata probablemente de un griego o levantino):

—Y el colmo es que ahora se han atrevido a derribar a uno de nuestros aliados, pues ésa era una casa alemana.

Los tranvías detenidos forman largas filas interminables. En realidad, piensa Lepsius, ya no tiene importancia a qué hora llegue; la empresa ha fracasado. Sin embargo, toma impulso y con los puños cerrados separa enérgicamente a la multitud. Aun una pequeña calle lateral, y la plaza se abre ante él con el imponente palacio del Seraskeriat. De fondo, la torre de Mahmoud II eleva su silueta altanera. Ahora el pastor se permite acortar el paso, pues no desea presentarse sofocado en el antro de la fiera. Cuando agotado por infinitos paseos por corredores y escaleras entrega su tarjeta en el Ministerio de la Guerra, escucha a un oficial muy amable decirle que Su Excelencia Enver Pachá lamenta no haber podido esperarlo

más rato, pero le ruega que le conceda el honor de su visita en el Ministerio del Interior en el Serrallo.

Johannes Lepsius ha de emprender ahora un camino más largo. Pero esta vez la mala suerte parece completamente conjurada; como si los demonios hubieran cambiado por fin de opinión, ahora le imponen casi a la fuerza toda clase de comodidades. Precisamente ante la puerta encuentra un coche libre, el cochero hace cuanto puede por ir rápidamente, evita los sitios de tráfico excesivo, y en un lapso prodigiosamente corto el valiente campeón penetra, reposado y con un perfecto dominio de sí mismo que lo asombra, en el tranquilo universo del Serrallo; aquí, el trote del caballo, que resuena sonoro sobre el viejo pavimento de piedras, le conduce hasta el ministerio, donde le esperan. Antes de sacar su tarjeta, un empleado le sale al encuentro y pregunta:

—¿Es usted el doctor Lepsius?

¡Qué feliz presagio! Luego recorre de nuevo escaleras y un largo corredor. Pero ahora, animado por excelentes presentimientos, cree volar ligeramente sobre sus pies. El tranquilo Ministerio del Interior, refugio de Talaar Bey, le sugiere un sueño agradable. Estas oficinas, que carecen de puertas y que sólo separan amplios cortinajes inflados por el viento, le parecen una decoración de leyenda. Todo esto le tranquiliza sin saber por qué, como si se tratara de un buen augurio. Le conducen a un departamento privado, situado al fondo del corredor: es el cuartel general de Enver Pachá en el Ministerio del Interior. Sin duda, en estas dos salas se ha decidido el destino de los armenios. El visitante es introducido en una dependencia bastante amplia que probablemente sirve de sala de espera o de sesiones; la otra adjunta contiene un gran escritorio desprovisto de todo elemento. La cortina de este gabinete se levanta. Lepsius observa tres cuadros colgados en la pared sobre el escritorio; a la derecha, Napoleón; a la izquierda, Federico el Grande, y entre ellos una fotografía ampliada de un general turco, sin duda Enver Pachá, el nuevo dios de la guerra.

El pastor se sienta junto a la ventana. Su mirada, traspasa el anteojo, penetra en la calma que se desprende de este admirable

cuadro de decadencia, de cúpulas caídas y de mármoles despedazados bajo altos pinos. Al fondo está el Bósforo, sobre el cual se deslizan barcos de vapor tan minúsculos que parecen juguetes. Los ojos azules y miopes del sacerdote perdidos en la lejanía, su boca pueril que se asoma a través de una simpática barba gris, sus mejillas severas todavía enrojecidas por el apuro y la excitación, todos estos elementos reunidos dan una impresión de sufrimiento y de exaltación, pero le son inexorables. Un criado le lleva una cafetera de cobre llena de moka. Lepsius bebe ávidamente tres, cuatro tazas seguidas. Este café le da ánimos, sus nervios se tensan, las arterias lanzan con más fuerza la sangre hacia la cabeza. Cuando Enver Pachá entra, Lepsius acaba de beber la última taza.

En Berlín, Johannes Lepsius se había hecho describir detalladamente el aspecto exterior de Enver Pachá; sin embargo, se sorprende al comprobar lo pequeño e insignificante que parece este Marte otomano, uno de los siete o nueve personajes de quienes depende la vida o muerte del universo entero. Comprende inmediatamente la razón de los retratos de Napoleón y Federico II. Son héroes de un metro sesenta, genios comprimidos en una envoltura demasiado estrecha, que han llegado al éxito a pesar de su inferioridad física. Lepsius podría apostar a que Enver Pachá usa tacones altos. La gorra de astracán, que no se quita, sobrepasa con mucho la medida reglamentaria. Su uniforme de mariscal (o de fantasía), adornado de pasamanería, luce en el talle un corte magnífico y la línea, nítida y ceñida al cuerpo, realza el porte y da a la silueta, constelada de brillantes condecoraciones dispuestas en dos filas, un tinte de juvenil despreocupación y gracia intrépida. «El barón gitano», piensa Lepsius mientras su corazón comienza a latir cada vez con más fuerza; no puede dejar de recordar un vals vienés de ritmo enérgico que escuchara en los tiempos lejanos de su juventud y que se conserva desde entonces como un refrán popular:

Sí, esto y más, por mi honor,

puede hacerse, señor.

Pero el texto de la canción que se impone a la vista del espléndido uniforme está en absoluta contradicción con los modales y la fisonomía del joven generalísimo. En el rostro de Enver Pachá se observa una expresión de confusión, a veces hasta de timidez, y su parpadeo recuerda el de una jovencita. Las ondulaciones de su cuerpo de angostas caderas y hombros bajos dan una sensación de fragilidad y gracia. Lepsius se siente torpe y pesado a su lado. El primer asalto que le infringe el enemigo consiste en la chocante y repentina simpatía, que él sabe que suscita en el visitante, ante su graciosa figura de bailarín. Después de los saludos convencionales no le conduce al gabinete vecino, sino que le ruega permanecer en el mismo lugar, y él va a buscar una silla junto a la mesa de sesiones, con la que se acerca a la ventana sin cuidarse de la luz que en esta situación le es precisamente desfavorable.

Para comenzar la conversación, Johannes Lepsius (conforme al programa de lucha que se ha trazado) declara al general ser portador de los homenajes de una admiradora alemana. Éste esboza una sonrisa tímida con la gracia que le es natural, y con una agradable voz de tenor, que da la nota final a la armonía ejemplar de su persona, responde en buen alemán:

—Tengo a los alemanes en gran consideración. Es sin duda el más extraordinario pueblo del mundo. En esta guerra ya han ejecutado proezas incomparables. Personalmente me siento siempre feliz cuando tengo la oportunidad de recibir en mi casa a un alemán.

El pastor Lepsius sabe positivamente que Enver Pachá ha representado y representa aún —aunque oficiosamente— al partido francés en el Comité y que se opuso durante mucho tiempo a tomar parte en la guerra junto a los alemanes por sentirse más inclinado hacia los aliados. Pero como por el momento esta cuestión carece de interés, Lepsius continúa su prudente intercambio de amabilidades:

—Vuestra Excelencia posee gran cantidad de devotos admiradores en Alemania. Se esperan de usted grandes hechos decisivos.

Enver parpadea. Hace un ademán con la mano como para defenderse suavemente de las exigencias que implican estos cumplidos. Guarda un silencio que significa casi: «Y ahora, querido, arréglatelas como puedas para conducirme a tus fines». Lepsius vuelve la cabeza hacia la ventana y parece escuchar, aunque no se oigan más que los silbidos y tintineos atenuados provenientes del tráfico del Bósforo.

—He podido observar que aquí, en Estambul, reina una atmósfera de elevado entusiasmo. Especialmente hoy hay una agitación impresionante.

El general decide pronunciar con su voz siempre agradable, pero ahora indiferente, una sentencia al estilo de las proclamaciones patrióticas:

—La guerra es dura, pero nuestro pueblo sabe lo que le corresponde.

Primer intento de ataque de parte del alemán.

—¿Sucede lo mismo en el interior, Excelencia?

Enver adopta un gesto satisfecho, su mirada perdida en la más lejana de las lejanías.

—Por supuesto; en el interior suceden grandes cosas.

—Excelencia, esas grandes cosas no me son desconocidas.

El ministro de la Guerra parece haber entendido mal y simula un gesto ligeramente asombrado. Para ser el primer personaje de un imperio gigantesco tiene una excepcional tez juvenil.

—La situación mejora día a día en el frente del Cáucaso. Hablar del ejército del sur que preparan Dchemal y vuestro compatriota Kress sería verdaderamente prematuro.

—¡He aquí algo que me alegra, Excelencia! Pero, por «interior» no he querido significar el teatro de la guerra; me refería a los valiatos situados en la zona pacífica.

—Cuando un Estado se encuentra en guerra, todas sus provincias forman, más o menos, parte del teatro de las hostilidades.

Esta frase va marcada en el curso de su alocución de un ligero tono insistente. La tentativa de escaramuza termina así desfavorablemente pata el pastor, que debe decidirse a atacar de

frente.

—Tal vez Vuestra Excelencia sabe que no he venido aquí por mi propia autoridad, sino en calidad de presidente de la Sociedad Alemana para Oriente y a la cual debo dar cuenta de ciertos acontecimientos.

Enver parpadea asombrado. ¿Qué significa esto de una Sociedad para Oriente?

—El Ministerio de Relaciones Exteriores y hasta el canciller del Imperio demuestran el más vivo interés por mi actual misión. A mi regreso daré una conferencia en el Reichstag sobre la cuestión armenia a fin de informar exactamente a los diputados y a la prensa alemanes.

Enver Pachá, que ha escuchado a su interlocutor sin levantar los ojos del suelo y sin abandonar su actitud de estudiada paciencia, levanta la cabeza al escuchar la frase de «cuestión armenia». Por espacio de un segundo, una sombra pasa por su rostro, como una nube que oscureciera el cielo, y adopta la expresión del niño mimado a quien las personas mayores molestaran siempre con las mismas tonterías. Pero inmediatamente vuelve todo a normalizarse. Sin embargo, Lepsius presiente que ya su corazón va a desbocarse.

—He venido a buscarle en medio de mi desesperación, Excelencia, pues estoy convencido de que un guerrero de su alcurnia, un héroe, no sería capaz de hacer nada que pudiera empañar su nombre ante la posteridad.

—Ya sé, señor Lepsius —dice Enver con la más benévola indulgencia—, ya sé que ha venido y que deseó esta entrevista para procurarse informes sobre esta cuestión. Aunque me reclaman mil ocupaciones importantes, estoy pronto a dedicarle todo el tiempo que sea necesario y proporcionarle los detalles que necesita.

Lepsius no puede menos que manifestar, con un gesto amable, el profundo reconocimiento que le inspira semejante sacrificio.

—Desde que mis amigos y yo hemos tomado la dirección del gobierno —comienza el general—, nos hemos esforzado por tratar al pueblo armenio con todas las consideraciones posibles y la más estricta equidad. Entre nosotros y ellos existen antiguas

convenciones. Sus amigos armenios saludaron nuestra revolución con un ardor extremo y nos hicieron mil promesas de conservarnos su fe intacta; pero de un día a otro han violado estas promesas. Hemos hecho la vista gorda cuanto fue posible, mientras la nación otomana, el pueblo soberano, no estuviera en peligro. Al fin y al cabo vivimos en Turquía, ¿o no es así? Pero tras el comienzo de la guerra los casos de alta traición, felonía y opiniones subversivas se multiplicaron; cuando los desertores aumentaron en proporciones gigantescas, cuando los sucesos tomaron decididamente carácter de revuelta (me contentaré con citarle la gran sublevación de Zeitun), nos vimos obligados a tomar ciertas medidas sin lo cual nos hubiéramos expuesto a perder el derecho a llamarnos un gobierno popular y a dirigir la guerra.

Lepsius inclina la cabeza en un gesto de asentimiento como si estuviera a punto de ser convencido.

—¿En qué consistían, Excelencia, aquellos casos que la justicia ha reconocido como crímenes de alta traición y felonía?

Enver hizo un amplió ademán como si el número de delitos fuera realmente incalculable.

—Conspiraciones con Rusia; el homenaje de Sassanov a los armenios en la Duma es prueba suficiente. Además, han conspirado con Francia e Inglaterra. ¡Y las intrigas, y el espionaje, y qué sé yo!

—¿Y se han seguido procesos regulares en estos casos?

—Naturalmente, el Consejo de Guerra se encarga de ello. En su país no se procedería de otro modo. Hace algunos días se han pronunciado quince condenas relativas a los sucesos más graves y los culpables fueron ejecutados públicamente.

Menuda desfachatez, piensa Lepsius en su fuero interno. Se echa atrás tratando de contener el temblor de su voz.

—Por lo que sé, esos armenios fueron detenidos mucho antes de la guerra, por lo tanto les habría sido muy difícil hacerse culpables de alta traición conforme a la ley marcial actualmente en vigor.

—Nosotros, que hemos tenido la experiencia de una revolución —replica el general alejándose del tema, con el orgullo alegre de un pilluelo que recuerda sus travesuras más graciosas—, sabemos

perfectamente lo que hay que hacer en casos semejantes.

Lepsius retiene la palabra violenta que iba a pronunciar respecto a la revolución y carraspea antes de pronunciar la próxima pregunta:

—A propósito, los notables e intelectuales armenios que ha hecho usted detener en Estambul y deportar enseguida, ¿están también acusados de alta traición?

—Ha de convenir conmigo que nosotros no podemos soportar cerca de los Dardanelos a gente capaz, llegado el momento, de cometer alta traición.

Johannes Lepsius no lo contradice pero se lanza, en un brusco arranque de temperamento, sobre la cuestión principal:

—¡Y Zeitun! Le insto, Excelencia, a que tenga la bondad de darme su opinión acerca de Zeitun.

Al instante, la magnífica amabilidad de Enver se eclipsa para disfrazarse de solemnidad.

—La revuelta de Zeitun constituye una de las más importantes e infames sublevaciones que se conocen en la historia del imperio turco. Desgraciadamente la represión de los rebeldes nos ha costado graves pérdidas a nuestras tropas, aunque no pueda citarle de memoria el número exacto.

—Tengo informaciones sobre Zeitun bien distintas de las de Vuestra Excelencia. —Lepsius da este golpe marcando cada sílaba —. En las mías no se habla de sublevación de los habitantes de esta ciudad, sino de provocaciones y tiranía ejercida durante meses por la administración del distrito y los *sandjaks*. En mis informaciones se da cuenta de un movimiento insignificante que habría podido dominar hasta un pequeño destacamento de policía, mientras que el envío de miles de soldados revela claramente una intención premeditada que nadie puede dejar de comprender si es realmente imparcial.

—Le han proporcionado a usted falsas informaciones —le responde el general sin abandonar su calma ni su cortesía—, ¿podría yo saber cuáles son sus fuentes de información, señor Lepsius?

—Le citaré algunas, y ante todo le aseguro que ninguna de ellas es de origen armenio. En cambio, conozco los diversos

memorándums a través de diferentes cónsules alemanes; poseo también algunas notas tomadas por misioneros que fueron testigos oculares de los más horribles incidentes, y finalmente he recibido un informe integral de la situación redactado por el embajador americano, *mister* Morgenthau.

—El señor Morgenthau —observó Enver con acento malicioso —, el señor Morgenthau es judío, y éstos manifiestan siempre un cierto fanatismo por defender a las minorías.

Esta graciosa interrupción hiela instantáneamente a Lepsius. Siente las manos y los pies fríos.

—No se trata de Morgenthau, Excelencia, sino de hechos reales. Y estos hechos no podrá negarlos aunque lo desee. Más de cien mil hombres han partido ya al destierro. Oficialmente se habla sólo de un cambio de domicilio, pero supongo que se trata, por no decir otra cosa, de un mal empleo de los términos. ¿Se puede acaso enviar a un pueblo de agricultores, de montañeses, de artesanos, ciudadanos, en resumen, hombres civilizados, se puede acaso enviarlos de un plumazo a instalarse en plena estepa y en medio del desierto de Mesopotamia, en una soledad sin límites, infinita como el océano y que evitan hasta las tribus beduinas? Y lo que es más grave, la pretendida meta no es sino una farsa. En realidad, las autoridades organizan las deportaciones de tal modo, que desde el principio, durante los primeros ocho días de marcha, estos desgraciados mueren de hambre, de sed, de enfermedades o se vuelven locos; los jóvenes y los hombres menos resistentes son asesinados por kurdos y bandidos, cuando no por los propios soldados, y todas las mujeres y niñas son víctimas de inconcebibles ultrajes y arrastradas a la perdición…

El general le escucha con la más exquisita delicadeza, pero el gesto hastiado que adopta al mismo tiempo significa claramente: he aquí una canción que oigo veinte veces al día. El puño que tira por debajo de la manga de su uniforme con su mano blanca y femenina, parece interesarle mucho más.

—Evidentemente ésos son casos sumamente lamentables, pero el comandante en jefe de una gran potencia armada tiene la

responsabilidad de garantizar la seguridad en el campo de operaciones militares.

—¡El campo de operaciones militares! —repite a gritos Lepsius, pero inmediatamente recobra el dominio de sí mismo y trata de imitar el tono tan tranquilo de Enver—: El campo de operaciones militares. He aquí el único matiz nuevo. Todo lo demás: Zeitun, la alta traición, las intrigas, todo eso ya se conocía. Abdul Hamid sabía manejar estos medios con notable maestría cuando los armenios debían pasar por esto de tarde en tarde. Soy más viejo que usted, Excelencia, y he vivido aquellas horas en el lugar mismo del suceso. Pero cuando pienso en las actuales deportaciones, me siento obligado a rendirle pleitesía al viejo pecador que fuera el sultán. No era sino un principiante, un niño torpe, si se comparan sus procedimientos con los nuevos métodos. Y un partido, Excelencia, ha llegado a conquistar el poder sólo porque deseaba reemplazar el reinado sangriento del viejo sultán por una era de justicia, concordia y progreso. Por lo demás, ése es el significado del nombre de su comité.

Es un golpe audaz, por no decir insensato. Johannes Lepsius espera por un momento que el ministro de la Guerra se levante y ponga término a la entrevista. Pero Enver permanece sentado tranquilamente y ni una sombra empaña su radiante amabilidad. Hasta se inclina hacia adelante en actitud confidencial.

—Permítame hacerle la pregunta recíproca, señor Lepsius. Alemania tiene suerte de no poseer ningún enemigo interior, o por lo menos casi ninguno de esta especie. Pero pongámonos en el caso de que en otras condiciones se encontrara con verdaderos enemigos interiores, por ejemplo, alsacianos franceses, polacos, socialdemócratas, judíos, y en mayor número de lo que son en realidad. ¿En ese caso, señor Lepsius, no aprobaría todos los medios, sean los que fueren, a que se recurriera para liberar del mal interno a su nación cuando se encuentra comprometida en una lucha terrible y sitiada en el exterior por una multitud de terribles adversarios? ¿Tacharía entonces de cruel a aquel que, sin más miramientos, hiciera un gran paquete con todos los elementos de la población que

son una amenaza para el buen éxito de la guerra y los lanzara a una región lejana y desierta?

Johannes Lepsius debe sujetarse con ambas manos para no saltar y levantar los brazos al cielo.

—Si los dirigentes de mi pueblo —exclama muy excitado— actuaran de un modo tan injusto, tan ilegal e inhumano —«tan poco cristiano», estuvo a punto de decir—, hacia sus compatriotas de diferente raza u opinión, inmediatamente renegaría de Alemania y me iría a América.

Ante esto, Enver parpadea largo rato.

—Qué triste sería para Alemania si los demás pensasen como usted. Esto demuestra que a su pueblo le falta la fuerza suficiente para imponer sin restricciones su voluntad nacional.

En este punto de la conversación, el pastor se siente presa de un gran cansancio, que proviene acaso de que presiente que este hombrecito tan concentrado en sí mismo tiene, en el fondo y a su modo, razón. Es así como la implacable sabiduría de este mundo se sobrepone siempre a Cristo. Lo más grave es que la convicción de Enver influye en Johannes Lepsius y debilita su ardor combativo. El destino dudoso de su propia patria se le aparece ahora con toda su aplastante gravedad. Murmura:

—Esta comparación es inexacta.

—Naturalmente, esta comparación es inexacta. Pero aun esta inexactitud nos favorece a nosotros, pues los turcos tenemos mil veces más dificultad para mantenernos que ustedes los alemanes.

Dolorosamente confuso y distraído, Lepsius saca el pañuelo y lo sostiene en la mano como la bandera blanca de un parlamentario.

—No se trata de un método de protección contra un enemigo interior, sino de la destrucción sistemática de una nación.

Pronuncia esta frase con una voz profunda y entrecortada mientras su mirada, que ya no puede soportar más la impasibilidad de Enver, se dirige a los retratos de los héroes. ¿No es aquél monseñor Sawen, el patriarca? Lepsius recuerda que debe referirse al punto de vista económico. Rápidamente, reúne sus fuerzas para un nuevo ataque.

—Excelencia, no soy tan impertinente como para hacerle perder el tiempo en charlas vanas. Si me lo permite, me atreveré a llamar su atención sobre varios inconvenientes sobre los que tal vez no haya usted tenido tiempo de reflexionar, cosa muy posible dado la abundancia de tareas que incumben a un comandante en jefe de una gran nación. Conozco el interior del país, Anatolia, Cilicia y Siria, y diría que tal vez mejor que usted mismo, pues durante largos años he trabajado en esas regiones y en condiciones bien duras. —Al instante comienza a desarrollar su teoría en frases rápidas, pues siente que pasa el tiempo—. Sin el pueblo armenio, el imperio turco estaría perdido en el sentido económico, cultural y por lo tanto militar. ¿Por qué? Sin referirme al comercio que se encuentra en manos de los cristianos en una proporción del noventa por ciento, Vuestra Excelencia sabe como yo que el servicio de importación entero está asegurado por empresas armenias; por lo tanto, uno de los problemas más esenciales en tiempos de guerra (a saber, el aprovisionamiento del país en materias primas y en productos industriales) no puede ser resuelto sino por estas únicas empresas. Me será suficiente nombrar una sola de éstas que goza de fama mundial: la de los sucesores de Awetis Bagradian, que posee sucursales, oficinas y representantes en doce ciudades de Europa. Sin duda es mucho más fácil destruir semejante organización que crear una equivalente para reemplazarla. En cuanto al estado de las cosas en el interior, he podido comprobar personalmente, desde hace muchos años, el hecho siguiente, en el transcurso de mis innumerables viajes: la agricultura armenia en Anatolia es incomparablemente superior a la que practican los pequeños campesinos turcos. En aquella época los armenios de Cilicia ya habían encargado a Europa centenares de trilladoras y carretas a vapor, lo que dio a los turcos un excelente pretexto para sus matanzas, piles no satisfechos con asesinar a diez mil habitantes de Adana, hicieron pedazos aquellas trilladoras y carretas. Es ahí y en ninguna otra parte donde se ha de buscar la raíz del mal. El pueblo armenio, que constituye la fracción más culta y activa de la población otomana, se esfuerza desde hace más de treinta años por

desligar al país de su sistema de economía demasiado primitivo y elevarlo hacia las cumbres de la agricultura moderna y dirigirlo hacia la industria. Precisamente por haber sido tan valientes emprendedores, son perseguidos y exterminados por pura venganza de la brutal desidia.

—Supongamos, Excelencia, que los oficios, el comercio y la industria local que en el interior del país ejercen exclusivamente los armenios fueran confiados a turcos: ¿quién reemplazará a los numerosos médicos que han realizado sus estudios en las mejores universidades europeas y que cuidan con la misma conciencia a los enfermos musulmanes que a sus compatriotas? ¿Quién reemplazará a todos los ingenieros, abogados, profesores especializados, cuyo esfuerzo continuo empuja sin cesar al país hacia el progreso? Tal vez Vuestra Excelencia replique que se puede en algunos casos vivir sin clase intelectual; pero los miembros no pueden existir sin el estómago. Y es precisamente el estómago de Turquía lo que se está abriendo ahora con la esperanza de que sobreviva a esta operación.

Enver Pachá escucha este discurso en toda su extensión con la mayor cortesía, la cabeza levemente inclinada a un lado. Toda su persona, que lleva el sello de la elegancia y la energía y cuyo brillo resplandeciente apenas atenúa una discreta nota de timidez, al igual que su uniforme no hace una sola arruga superflua. En cambio, el pastor ha perdido toda su dignidad; suda, su corbata se ha torcido y se ha subido las mangas de la chaqueta. El general cruza sus piernas cortas pero bien formadas. Sus botas de montar lustradas las modelan de un modo impecable.

—Habla usted de estómago, señor Lepsius —responde con gesto afable—. ¡Y bien!, tal vez después de la guerra Turquía se encuentre con un estómago muy débil.

—Ya no tendrá estómago, Excelencia.

El generalísimo continúa sin enojarse:

—El pueblo turco cuenta con cuarenta millones de hombres. ¡Póngase una vez de parte nuestra, señor! No es acaso un plan político muy digno y de gran aspiración el desear reunir a estos cuarenta millones y fundar con ellos un imperio nacional destinado

a representar un día en Asia Menor el mismo papel que el de Alemania en Europa. El imperio espera; sólo es necesario hacer el gesto decisivo. Evidentemente, entre los armenios hay una cantidad alarmante de intelectuales. ¿Es usted realmente un admirador de esta forma de intelectualismo, señor Lepsius? ¡Yo, no! Nosotros los turcos poseemos una parte muy pequeña de este intelectualismo. En cambio, hemos continuado siendo la vieja raza heroica, cuya misión consiste en construir y dirigir el gran imperio. Para alcanzar este fin sabremos solucionar todos los obstáculos.

Lepsius aprieta convulsivamente las manos sin lograr pronunciar una palabra. El muchachito mimado y juguetón que tiene ante él es el amo absoluto de una potencia mundial. Su cabeza pequeña y seductora pero bien modelada elabora cifras que asombrarían en grado sumo aun a los más exactamente informados. Sería inútil tratar de engañar al pastor, pues sabe con seguridad que en Anatolia hay como mucho seis millones de verdaderos turcos. Aunque uno se dirija al norte de Persia, al Cáucaso, a Kachkar o al Turkestán, no es posible reunir en estepas más grandes que la mitad de Europa ni siquiera a más de veinte millones de turcos, aun contando los nómadas y los vagabundos ladrones de caballos. Ésos son los sueños, piensa, que engendra el narcótico del nacionalismo. Pero al mismo tiempo experimenta una especie de compasión por este dios de la guerra tan frágil, por este Anticristo pueril. Johannes Lepsius pronuncia en voz baja y misteriosa:

—Fundarán ustedes un nuevo imperio, Excelencia, pero el cadáver del pueblo armenio reposará bajo sus cimientos. ¿Cree que eso puede traerle buena suerte? ¿No podría encontrarse, todavía hoy, algún medio pacífico?

En ese instante, por primera vez, Enver Pachá revela la profunda verdad. Ya no sonríe con su expresión distraída; sus ojos se vuelven fijos y fríos, sus labios descubren una mandíbula fuerte y temible:

—No puede existir la paz entre el hombre y el microbio de la peste —dice.

Lepsius se apresura a preguntar:

—¿Entonces confiesa francamente su intención de valerse de la

guerra para exterminar completamente al pueblo armenio?

Es evidente que el ministro de la Guerra ha ido demasiado lejos; rápidamente vuelve sobre sus pasos y se guarece en la fortaleza inexpugnable de una cortesía que no compromete a nada.

—Mis opiniones e intenciones personales se encuentran íntegramente detalladas en los comunicados que ha publicado nuestro Gobierno al respecto. Actuamos bajo la presión de la guerra y de la defensa propia, después de habernos contentado durante mucho tiempo con esperar y ser simples espectadores. Aquellos ciudadanos que trabajan por la ruina del Estado caen en todas partes bajo el peso de la ley. Según este principio, nuestro Gobierno actúa conforme al derecho.

Así es como si hubieran regresado al punto de partida. Johannes Lepsius no logra reprimir un suspiro de dolor. Escucha la voz de monseñor Sawen: «¡No hagáis de moralista! ¡Ateneos a los hechos! ¡Argumentos!». ¡Ah! ¿Por qué no posee argumentos lo suficientemente fuertes como para permitirle atenerse a los hechos? Pero los esfuerzos que hace para no saltar, mantenerse en su silla, bastan ya para quebrantarle los nervios. Un orador nacido para el púlpito y las multitudes necesita más espacio, desearía tener más libertad de movimiento.

—Excelencia —dice oprimiéndose con la mano la hermosa frente—, no quiero ahora forzar puertas ya abiertas ni hacerle saber que no se debe achacar a un pueblo entero los delitos de algunos individuos culpables; no le preguntaré por qué mujeres y niños, niños pequeños, iguales a lo que usted mismo fue, son condenados a la muerte más brutal a causa de una política de la que jamás han oído hablar siquiera. Desearía guiar su mirada hacia su futuro y el de su propio pueblo, Excelencia. Esta guerra acabará un día y Turquía se verá entonces obligada a llevar a cabo negociaciones de paz. ¡Ojalá ese día sea de dicha para todos nosotros! Si, al contrario, nos es nefasto, ¿qué sucederá entonces, Excelencia? ¿El jefe responsable de un gran pueblo no debe acaso tomar sus precauciones considerando la posibilidad de que la guerra le sea desventajosa? En qué situación se encontrará en ese momento la comisión otomana

encargada de las negociaciones de paz si los demás las reciben con esta pregunta, «Caín, ¿qué hiciste con tu hermano?»; se encontrará entonces en una situación extraordinariamente penosa. Las potencias victoriosas se repartirán sin escrúpulos el botín (¡que Dios nos libre de ello!) y no dejarán pasar inadvertida la gran falta que se ha cometido. General Enver Pachá, ¿cómo podrá justificarse a los ojos de su propio pueblo el más grande personaje de la nación después de haber tomado la entera responsabilidad y haber gozado de una absoluta omnipotencia?

La mirada de Enver Pachá pareció perderse en un sueño, y respondió sin la menor ironía:

—Le agradezco este precioso consejo. Pero quien se mete en política ha de poseer dos cualidades: primero, cierta despreocupación o, si le parece más exacto, un desprecio a la muerte, lo que viene a ser igual; y en segundo lugar, una fe inquebrantable en sus resoluciones una vez que éstas han sido tomadas.

Al escuchar estas palabras, el pastor Lepsius se levanta y cruza los brazos sobre el pecho en una actitud casi oriental. El ángel tutelar enviado por Dios a los armenios se encuentra en un estado lamentable; el pañuelo le cuelga del bolsillo, una pierna del pantalón se le ha levantado hasta la rodilla y la corbata continua torcida. Hasta sus anteojos parecen empapados de vapor.

—Le suplico, Excelencia —dice inclinándose ante su interlocutor, que permanece sentado—, ¡haga que las persecuciones cesen hoy mismo! Ha querido escarmentar a un enemigo interior (que por lo demás no merece ese nombre) con un ejemplo tal como no ha de encontrarse otro comparable en la historia. Centenares de miles de hombres viven y mueren sobre los vastos caminos del Este. ¡Ponga hoy fin a ese estado de cosas! ¡Ordene que anulen los nuevos decretos de deportación! Sé qué quedan aún algunos valiatos y *sandjaks* cuya población no ha salido aún. Si por no comprometerse ante el embajador de Alemania y *mister* Morgenthau vacila en hacer salir grandes convoyes desde el Asia Menor occidental, concédame este favor personal; deje intacto el norte de Siria, Alepo, Alejandreta, Antioquía y la costa. ¡Haga saber que ya basta!

¡Entonces, de regreso a Alemania, cantaré sus alabanzas!

Varias veces, con un gesto impaciente, el generalísimo indica la silla vacía al pastor, que no se decide a sentarse de nuevo:

—Usted exagera mi poder, señor Lepsius —declara finalmente —. La ejecución de semejante medida corresponde al ministro del Interior.

El alemán se arranca los anteojos de sus enrojecidos ojos.

—Precisamente de la ejecución de estas medidas voy a hablarle. No son el ministro, ni el valí, ni el *mutessarif* quienes ejecutan estas órdenes, sino subalternos y suboficiales brutales y faltos de sentimiento. ¿Es acaso su deseo o el del ministro del Interior el que las mujeres den a luz en medio del camino y sean obligadas a garrotazos a continuar la marcha inmediatamente? ¿Es su deseo que regiones enteras sean infestadas por los cadáveres en descomposición y que los muertos hagan rebosar el Eufrates? Ya ve cómo la ejecución de sus órdenes no me es desconocida.

—Aprecio su conocimiento del interior —observó Enver Pachá con tono complaciente—, y estoy dispuesto a aceptar y examinar minuciosamente cualquier proyecto que me presente por escrito referente a una mejora de esas medidas.

Y entonces Lepsius abre los brazos.

—¡Envíeme allá! Es la primera proposición que le puedo hacer; el propio sultán anterior no se negó a escuchar este ruego. Deme plenos poderes para organizar el transporte de los emigrados. Dios me dará para ello la fuerza necesaria, y en este punto tengo más experiencia que cualquier otro. No tendré necesidad de pedir ni una piastra al Estado otomano: yo mismo proveeré los medios pecuniarios que exigirán las circunstancias. Hay comités de socorro alemanes y americanos dispuestos a ayudarme. Ya una vez tuve oportunidad de llevar a cabo una gran obra de socorro; fundé muchos hospitales y orfelinatos y ayudé a la organización de más de cincuenta comunas. A pesar de la guerra me las arreglaré para hacer lo mismo, si no más, y al cabo de dos años, usted mismo, Excelencia, me estará agradecido.

Esta vez Enver Pachá lo ha escuchado no sólo con su atención

habitual, sino con evidente impaciencia. Y ahora Lepsius tendrá ocasión de ver y escuchar algo que no había presenciado jamás antes en su vida. No es un cruel sarcasmo, ni ningún tipo de cinismo, lo que hace que cambie la apariencia juvenil del general. No; Lepsius contempla en ese instante el hierático rostro del hombre que ha dominado todo tipo de sentimentalismo. Es el rostro de un hombre que está más allá del bien y del mal, un rostro que admira en toda su belleza y perfección, y cuya especie le era hasta ahora desconocida, pero ve también la inocente candidez de su perfecta impiedad. ¡Qué fuerza ha de poseer ésta para que no se la pueda aborrecer!

—Sus excelentes intenciones me interesan muchísimo —declara Enver Pachá en tono de aprobación—, pero naturalmente estoy obligado a declinar el ofrecimiento. Los deseos que acaba de expresar prueban que existe un equívoco entre nosotros. Si yo permito a un extranjero socorrer a los armenios, creo de este modo un precedente que permite la intromisión de personalidades y, por consiguiente, de potencias extranjeras en los asuntos turcos. Así reduciría a la nada toda mi política, cuyo fin es precisamente indicar al pueblo armenio las consecuencias de haber deseado una intervención extranjera. Ni los propios armenios podrían comprender semejante actitud. Primero los castigo por sus sueños y esperanzas traidoras en grado sumo, y enseguida les envío a sus amigos más influyentes para que reanimen en ellos esta esperanza y sus sueños. No, querido señor Lepsius, es imposible, no puedo permitir a los extranjeros que protejan a esta gente. Es sólo en nosotros en quienes los armenios han de ver a sus benefactores.

El pastor vuelve a caer sobre la silla. ¡Todos sus esfuerzos en vano! ¡Ha fracasado! Sería perfectamente superfluo hablar más. Si este hombre fuera un perverso —lo desea íntimamente—, sería Satanás encarnado. Pero no es perverso y no es un demonio; este grande e inexorable exterminador de pueblos tiene no sabe qué de pueril y simpático. Lepsius está tan ensimismado en sus pensamientos que no comprende inmediatamente el descarado ofrecimiento que le hace Enver en un tono confidencial y conciliador con toda su tranquila impudicia:

—Le voy a hacer una proposición inversa, señor Lepsius. Reúna dinero; con sociedad de socorros de América y Alemania reúna una gran suma de dinero. Vuelva entonces a traerme los subsidios que haya obtenido. Me encargaré inmediatamente de emplearlos según su intención y opiniones. Pero le advierto que no toleraré ningún control ejercido por alemanes u otros extranjeros.

Si Johannes Lepsius no estuviera tan aniquilado como se encuentra, estallaría de risa. ¿No es acaso lo más gracioso del mundo pensar el camino que seguiría en Turquía el resultado de su colecta en manos de Enver Pachá? Permanece silencioso; lo han vencido. Aunque no tuviera esperanzas ni al comienzo de la entrevista, sólo en este momento se convence del derrumbe total del universo. A fin de no hundirse en la completa derrota, el pastor cobra ánimos, da a su persona un aspecto más ordenado, se enjuga varias veces la frente con energía y se levanta:

—No puedo imaginarme, Excelencia, que no resulte ningún fruto de la hora que me ha concedido. Al norte de Siria y en la costa viven cien mil cristianos fuera del campo de las operaciones militares. Seguramente su Excelencia estima que sería preferible no hacer ejecutar medidas que no tienen ninguna razón de ser.

El joven Marte, seductor, descubre una vez más sus dientes en una graciosa sonrisa.

—Puede estar seguro, señor Lepsius, de que nuestro Gobierno evitará toda medida inútil.

No son éstas sino puras formalidades, una conclusión ilusoria desprovista de sentido, destinada a dar un matiz de indecisión a esta charla política, destino reservado a todos los debates de este género. Enver Pachá no ha hecho la menor concesión. Según su opinión, ¿cuáles serán las medidas inútiles? Sólo él lo decidirá. Pero Lepsius no ha pronunciado estas últimas palabras sino para dar fin al penoso diálogo, convencido de que no era ésa sino una frase hueca. El general que, al contrario del pastor, tiene un aspecto particularmente correcto y elegante, hace pasar primero al visitante. Hasta lo acompaña unos pasos y luego sigue con la mirada —conservando siempre el gesto impenetrable y ligeramente sorprendido— la silueta

vacilante que se aleja a tientas por el corredor de los cortinajes agitados por el viento.

Enver Pachá penetra en el despacho de Talaat Bey. Inmediatamente los funcionarios se levantan de sus asientos como movidos por un resorte y en sus rostros brilla un entusiasmo sincero. El amor casi místico que le profesa este pueblo de ineficaces burócratas a su bello dios de la guerra se mantiene aún vivo. Aquí, como en todas partes, está de moda el contar mil leyendas para mayor gloria de él. Una de ellas cuenta que durante la guerra se amotinó en Albania un regimiento de artillería; Enver Pachá, con el cigarrillo en los labios, se había colocado frente al cañón de un obús gritando a los rebeldes que fueran a encender la mecha si se atrevían. En los rasgos de Enver el pueblo percibe un reflejo mesiánico. Según ellos, éste es el hombre enviado por Dios para la restauración del imperio de Osmán, de Bayaceto y Solimán. El general dirige un alegre saludo a los funcionarios, que responden con manifestaciones de exagerado regocijo. Manos obsequiosas se tienden para abrir las puertas que conducen por una fila de oficinas al gabinete de trabajo de Talaat Bey. Esta sala es demasiado pequeña en comparación con el cuerpo inmenso del ministro. Cuando este coloso se levanta, como lo hace en este momento, obstruye la luz de la ventana. La cabeza potente de Talaat comienza a encanecer junto a las sienes, sus labios prominentes de oriental van orlados de un pequeño bigote de un negro azabache, la gruesa doble barba desborda del cuello almidonado. Un chaleco de piqué blanco cubre la superficie abombada del cuerpo como un símbolo de franqueza y sinceridad. Siempre que Talaat Bey se encuentra con Enver, su colega de duunvirato, siente la necesidad de poner su pesada zarpa de oso sobre el hombro estrecho del joven favorecido por el cielo. Pero la aureola de glacial timidez que flota alrededor de Enver le impide cada vez este gesto de afectuosa familiaridad. Por otra parte, Talaat Bey es un hombre de mundo y orador desbordante capaz de dar jaque a cinco diplomáticos a la vez por su elocuencia superior,

mientras Enver, el ídolo del pueblo y marido de una princesa imperial, puede, en el curso de una gran recepción oficial, permanecer apartado durante media hora, perdido en sus ensoñaciones. Talaat deja caer su mano gigantesca y carnosa y se contenta con preguntar:

—¿Y el alemán, vino a verte?

Enver Pachá vuelve la mirada hacia las aguas resplandecientes del Bósforo lleno de rápidos vapores y minúsculos *kajiks*, encuadrado en una escena de cipreses y ruinas, pero que bajo la luz cruda de esta hora parecen pésimamente pintados. Luego regresa, dirigiendo la vista hacia el gabinete de trabajo; deja vagar sus ojos en el vacío hasta detenerse sobre un viejo aparato telegráfico colocado como un objeto raro de gran valor sobre una consola cubierta con un tapete. En este miserable aparato, Talaat trazaba con sus dedos torpes los caracteres morse cuando era un funcionario subalterno de correos y telégrafos, antes de convertirse por la revolución en el primer hombre de Estado del imperio del califa. Deseaba que cada visitante admirase debidamente este símbolo de su vertiginosa ascensión. El propio Enver parece observar con placer este aparato Morse tan lleno de significados, y luego recuerda, por fin, la pregunta que le han hecho.

—Sí, el alemán estuvo aquí. Trató de asustarme un poco con el Reichstag…

Esta respuesta prueba hasta qué punto tenía razón monseñor Sawen y cuán errados fueron desde un principio los argumentos humanitarios del pastor. Un secretario entra con un paquete de mensajes que Talaat comienza a firmar sin sentarse siquiera. Y mientras habla, sigue sin levantar la mirada:

—Estos alemanes sólo temen una cosa: la molestia de tener ellos también su parte de responsabilidad. Un día u otro se verán obligados a venir a mendigar nuestros favores por otros motivos distintos a la cuestión armenia.

Este diálogo sobre la deportación habría terminado así ese día, si Enver no hubiera lanzado justamente en ese momento una mirada curiosa a los mensajes. Talaat Bey observa este gesto, y hojeando los

papeles los hace sonar al atraparlos.

—Éstas son las instrucciones para Alepo. Supongo que mientras tanto se han debido despejar un poco los caminos. En el curso de las próximas semanas Alepo, Alejandreta, Antioquía y toda la costa se pondrán en marcha.

—Antioquía y la costa —repite Enver en tono interrogador, como si hiciera una observación al respecto. Pero no pronuncia una sola palabra y mira detenidamente los dedos gruesos de Talaat que, sin descanso, como en un asalto impetuoso, colocan con un gesto maquinal su firma familiar bajo el texto del mensaje. Son los mismos dedos regordetes que redactaron, ni siquiera en clave, la orden que fue dirigida a todos los *walis* y *mutessarifs*: «El fin de la deportación es la nada». La letra rápida y decidida indica una convicción implacable que no conoce escrúpulos. Ahora el ministro yergue de nuevo su cuerpo enorme inclinado sobre la mesa.

—¡Ya está listo! Así podré responder en el otoño con la mayor sinceridad: *La question arménienne n'existe pas*.

De pie junto a la ventana, Enver no lo ha oído. ¿Piensa tal vez en su imperio, que se extenderá desde Macedonia hasta la India? ¿Le preocupa el envío de municiones para el ejército? ¿O sueña con nuevas adquisiciones destinadas a adornar su palacio maravilloso construido a orillas del Bósforo? En la gran sala de recepciones ha hecho instalar el trono de bodas que aportó como dote Nadjieh Sultana, la hija del sultán. Consiste en cuatro ganchos de plata dorada que sostienen un baldaquino en brocado bizantino.

Johannes Lepsius se arrastra penosamente por las calles de Estambul. Ya está muy avanzada la tarde. Ha pasado la hora del almuerzo y el pastor no se atreve a volver a su habitación del hotel Tokatlyan, una casa armenia. Allí reinan el terror y el abatimiento, desde el dueño de casa y los pensionistas hasta el último sirviente o muchacho ascensorista lo sienten. Todos conocen el motivo de sus trámites y saben lo que iba a hacer hoy.

Si vuelve allí, todos los ojos se fijarán en él. ¡Que los

innumerables espías y hombres de confianza que lo persiguen por todas partes por orden de Talaat Bey, vayan a esperarlo donde se les antoje! Lo peor es que desde hace horas sus amigos lo esperan en un lugar absolutamente seguro. El presidente de la antigua asamblea nacional armenia se encuentra entre ellos; prisionero, escapó y reside ilegalmente en Estambul. Lepsius no tiene fuerzas ni valor para presentarse a esta gente. Su ausencia bastará para darles a entender la verdad y se separarán, por lo menos así lo espera Lepsius. Hasta los más pesimistas entre ellos —por lo demás son todos unos terribles pesimistas, lo que es muy natural— creyeron posible en un momento que el pastor conseguiría un permiso para viajar por el interior; eso ya habría sido mucho.

El pastor llega a un jardín público invadido también por el ambiente festivo. Las guirnaldas se agitan en los bancos, en las pértigas y faroles ondean banderines con la media luna. La multitud humana, por lo demás, una sustancia espesa y desagradable, discurre por los senderos de gravilla que cruzan los prados, rozándose unos contra otros. A pesar de su aturdimiento, Lepsius, vacilante, divisa un banco. Ahí encuentra sitio junto a otros paseantes. Ante sus ojos se despliega un concurrido y colorista semicírculo. Allá, en el quiosco, una orquesta militar da comienzo precisamente en este instante a una cacofonía que produce una bullanga ensordecedora. Son flautines, flautas, clarinetes interrumpidos a intervalos por los agudos sonidos de estridentes metales que se unen al ladrido de los fuertemente tensados tambores, el tintineo suave de los platillos y el barullo explosivo de los agresivos timbales. Johannes Lepsius permanece inmóvil, hundido hasta el cuello en esta música como en un baño de vidrios rotos. Sin embargo no quiere liberarse, sino que prefiere sufrir, así que decide apretar con ambas manos los trozos de vidrio sobre su cuerpo. Se le ha concedido lo que Enver Pachá le denegó. Estar en los largos convoyes de expatriados para arrastrarse junto al pueblo que se le encomendó, por terrenos pedregosos y fangosos camino de Anatolia. ¿Y sus compatriotas destrozados en las trincheras de Argona, en los campos de Bodolie, de Galicia, en el aire y sobre el mar, no lo maldecirán tal vez? Los infinitos trenes

cargados de heridos a cuya vista no es posible reprimir un grito de horror, ¿no son caravanas más horribles que las de los armenios? Los heridos y moribundos alemanes, ¿no adquirirán, en las horas de martirio, ojos parecidos a los de los armenios? Vencido por la música de genízaros, Lepsius hunde cada vez más la cabeza vacía por el cansancio. La parte que le ha caído en suerte no es la suya propia sino la de otro pueblo.

Un nuevo ruido viene a mezclarse a la histriónica y chillona música: el sonido de un trueno aumenta sin cesar. Viene de arriba. Una escuadrilla aérea vuela sobre Estambul lanzando pequeñas nubes de proclamas flotantes en el aire. Sin que Johannes Lepsius comprenda la razón, una idea se ha impuesto claramente a su espíritu: aquellos monoplanos que pasan allá en lo alto se llaman en realidad el pecado original y la vanidad. Vaga en esta convicción como por una gran casa, como por el Ministerio del Interior. Los cortinajes agitados por el viento comienzan a arder y el pastor recuerda un pasaje del Apocalipsis que tiene intención de citar en su próximo sermón: «Y esas langostas parecían caballos preparados para el combate…, poseían corazas como armaduras de hierro y el ruido de sus alas era como el resonar de los carros. Y tenían colas armadas de dardos como los escorpiones y en estas colas residía su poder de dañar a los hombres durante cinco meses».

Johannes Lepsius se estremece: hay que buscar otros medios y nuevos procedimientos. Si la embajada alemana resulta impotente, tal vez el margrave austríaco Pallavicini, personalidad de gran influencia, tendrá más éxito. Podría dejar traslucir una amenaza de represalias, pues los bosnios mahometanos forman parte del imperio austro-húngaro. Las advertencias del Papa han sido también, hasta ahora, demasiado tibias. Al instante, Enver Pachá se adelanta con su sonrisa inolvidable. ¿Tímido? No, no es ésa la palabra más adecuada para calificar esta sonrisa de jovenzuelo o de niña que vaga sobre los labios del gran asesino. «Mantendremos hasta el final, señor Lepsius, la política que más nos convenga. Sólo nos lo podría impedir una potencia que estuviese por encima de todo tipo de intereses y que no estuviese enredada en oscuros tejemanejes. En el

caso de que la encuentre, le invito encarecidamente a que vuelva a visitarme al ministerio».

Sentado en el banco, Lepsius se estremece y se revuelve, al extremo de que sus vecinas de rostros velados se asustan y huyen. No se da cuenta de ello. Se ha apoderado de él una terrible convicción, ya no hay nada que hacer, no queda ningún recurso. Lo que Ter Haigassun, el sacerdote de Yoghonoluk, sabe desde hace muchas semanas, lo acaba de comprender en este momento el pastor Johannes Lepsius; ya no le queda otra cosa que hacer sino orar.

Y en medio de la agitación de la fiesta popular cuya baraúnda, gritos de niños y risas de mujeres, le rodea constantemente, en medio de la fanfarria militar que ha comenzado otra vez con renovado entusiasmo, mientras su cabeza se tambalea de un lado a otro, mantiene los ojos cerrados y junta las manos o por lo menos cree hacerlo como Dios manda. Y su alma murmura con fervor: «Padre nuestro que estás en los cielos, santificado sea tu nombre…».

¿Pero por qué el Padrenuestro toma un nuevo aspecto ahora? Cada palabra es un abismo que el ojo humano no puede medir. Sólo las palabras «nuestro» y «nosotros» le llenan de vértigo. ¿Quién se atreverá a hablar de «nosotros» cuando el Cristo, el único que creó este «nosotros» de unión, ascienda a los cielos al tercer día? Sin Él, todo es sólo un montón de osamentas hediondas tan alto como medio universo. Lepsius no puede dejar de recordar el diario íntimo de su madre y la frase que había escrito allí cincuenta y seis años antes en el día del bautismo de su hijo: «Que su nombre Juan me recuerde constantemente que mi deber más sagrado es hacer de él, por su educación, el émulo del apóstol: que sea como él un hombre amante del Señor y capaz de seguir sus huellas». ¿Se ha parecido realmente al apóstol? ¿Está enteramente imbuido de esa confianza tan elevada que es inefable? ¡Ay!, esta seguridad amenaza derrumbarse apenas el cuerpo comienza a desfallecer. La diabetes no suelta su presa; debe cuidar su alimentación. Sobre todo no comer nada azucarado, ni pan, ni patatas. ¡Tal vez Enver le ha evitado agravar su mal al rehusarle el permiso para ir a Anatolia! Pero ¿qué hace aquí el portero del hotel Tokatlyan? ¿Desde cuándo lleva el

gorro de piel de cordero de los oficiales? ¿Ha sido Enver quien lo ha enviado? Con un ademán amable, el portero le entrega el *teskeré* para el interior. Este documento consiste en una fotografía de Napoleón y su firma autógrafa. Y he aquí que el propio convoy de emigrados le espera ante la puerta giratoria del hotel; ahí están todos sus amigos: Davidian y los demás, haciéndole gozosos signos de amistad. Toda esta gente tiene buen aspecto, piensa el pastor. Hasta la realidad más espantosa tiene algo de tranquilizadora cuando se la mira a los ojos. Se detienen junto a un río rodeado de rocas agrestes y escarpadas. Los desterrados han traído incluso tiendas; tal vez Enver permita algún miramiento. Cuando ya todos están acostados, un armenio de talla inmensa se le acerca: sus ropas están cubiertas de barro desde los pies a la cabeza. Chapurrea un alemán extraño, solemne, pero patético: «Mira, ese río torrentoso es el Éufrates y aquéllos son mis hijos. ¡Extiende tu cuerpo de una ribera a la otra para que ellos tengan un puente por donde pasar!». Lepsius simula creer que se trata de una broma y replica: «En ese caso, será preciso que tú y tus hijos esperéis un poco hasta que yo haya crecido lo suficiente». Pero entretanto se diría que ha comenzado a crecer realmente con una rapidez extraordinaria. Sus manos y sus pies se alejan de él a una distancia infinita. Sin duda podría ahora, en un gesto benévolo, acceder al ruego del armenio, pero no alcanza, y Johannes Lepsius casi pierde el equilibrio y cae del banco. «¡Es realmente espantoso!», se dice a sí mismo en voz alta por segunda vez en el día. Al pronunciar estas palabras, piensa más en la sed que lo atormenta que en otra cosa. Se sacude, corre hasta el despacho de bebidas más cercano, y contraviniendo las prescripciones médicas, bebe ávidamente un sorbete dulce y helado. La sensación placentera que experimenta le da deseos de aplicarse valerosamente en nuevos proyectos. «No voy a ceder», murmura con una risa vaga, y este gesto irreflexivo es una declaración de guerra a Enver Pachá.

En ese mismo instante el secretario particular de Talaat Bey deposita en las manos del administrador de Correos y Telégrafos los famosos telegramas gubernamentales concernientes a Alepo, Alejandreta, Antioquía y a toda la costa.

Capítulo VI

La gran asamblea

Desde el día en que Djelal Bey —el respetable valí de Alepo— había rehusado ejecutar las órdenes de deportación provenientes del gobierno en su provincia, desde aquel día primaveral no se había producido ningún incidente que pudiera comprometer de algún modo la política armenia de Enver y Talaat.

Después de cierto tiempo llegaron los avisos del ministerio, a los que siguieron las órdenes para llevarlos a cabo. La máquina burocrática funcionaba, excepcionalmente, con extraña puntualidad. Los valíes de las diferentes provincias convocaron a los *mutessarifs* de los *sandjacks* a una conferencia urgente, a la que tenían que concurrir las cabezas militares de la región. Su Excelencia, el valí que presidía la conferencia, dijo, más o menos, lo siguiente: «Los señores cuentan, para cumplir con lo ordenado, con un periodo de catorce días. Hasta entonces, la última caravana del pueblo desterrado tiene que haber abandonado, viva o muerta, los límites de los valiatos. Os hago responsables de que esto se cumpla sin demora, pues yo mismo debo dar cuenta de ello al ministro del Interior».

Los *mutessarifs* volvieron a sus residencias y, a su vez, convocaron a los caimacanes de los diversos *kasahs*. Nuevamente se invitó al comandante militar —naturalmente ya no quedaban generales—, para examinar el plan del valí y hacer las reformas que cada región requería. Esta reunión duró más tiempo del que se habían propuesto. Aunque inmediatamente después se dirigieron a

sus respectivos cafés o baños, no dejaron de maldecir a la chusma armenia que, en medio de tan hermosa guerra, les causaba tantos trastornos.

Los caimacanes convocaron a su vez a los *mudirs*, por lo general bastante jóvenes, para transmitirles las órdenes impartidas por el valí al *mutessarif* y por éste al caimacán, aunque con palabras menos elegidas:

«Tenéis tantos días. Para ese entonces, esas hordas de cerdos impuros tienen que haber traspasado la frontera de nuestro *kasah*. El asunto tiene que resolverse. El que no cumpla será enjuiciado. No estoy dispuesto a perder mi pensión por culpa de otros».

A excepción de los verdaderos interesados, eran los *mudirs* los encargados de realizar la tarea más pesada de estas trágicas medidas. Las regiones que éstos administraban consistían por regla general en vastas extensiones por donde no pasaba el ferrocarril, ni apenas existían líneas de telégrafos y donde un viaje en coche suponía una de las mayores torturas al tener que transitar por esos crueles caminos de cabras. No quedaba, pues, otra solución que conformarse en cabalgar día y noche para hacer desalojar a tiempo todos los pueblos y villorrios en los que vivían los armenios. ¿A tiempo? A veces esto consistía en dar la orden durante la noche que precedía al día de la partida. El valí, el *mutessarif* y el caimacán no tenían escrúpulos en ordenar y hacer a otros responsables. En las ciudades era un juego de niños, pero cuando se tenía bajo sus órdenes noventa y siete pueblos, aldeas, villorrios y granjas, la cosa tomaba otro cariz. Muchos *mudirs*, que no podían realizar tales prodigios de velocidad o no tomaban las prescripciones al pie de la letra, decidieron simplemente olvidar tai o cual localidad insignificante y demasiado lejana. Al obrar así, muchos de ellos obedecían a la voz de una piadosa pereza que, como se sabe, es uno de los principales estimulantes de las resoluciones humanas. En cambio, otros unían a esta pereza piadosa unos sutiles cálculos que ayudarían sin duda a apaciguar los ánimos. Tales «olvidos» podían hacerse pagar enseguida, pues el pequeño burgués armenio y aun el campesino no carecen de dinero. Excepciones de esta clase eran

peligrosas sólo allí donde existía un puesto fijo de gendarmería. Los *saptiehs* también deseaban participar, y ¿qué modo más fácil habría de enriquecerse que con el pillaje legal, ante el cual las complacientes autoridades cerraban los ojos? Es verdad que oficialmente los bienes de los desterrados correspondían al tesoro público, pero el fisco sabía perfectamente que no contaba con medios suficientes para hacer valer sus derechos y no ignoraba tampoco que le era más conveniente tener contentos a sus miembros ejecutores.

La sociedad que en las provincias se reúne en los *selamliks*, los cafés, los *hammams* y diferentes lugares de reunión que hay en la provincia se llama a sí misma «el mundo moderno» (se entiende por este nombre a toda persona que lea los periódicos, que disponga de un modesto vocabulario de palabras extranjeras, que haya asistido al *karagoez*, viejo juego de sombras animadas específicamente turco, y que conozca algunas comedias francesas representadas en Esmirna o Estambul, además de los nombres de Bismarck y Sarah Bernhardt), esta sociedad de gente culta, esta burguesía amiga del progreso, seguía sin restricciones la política armenia de Enver. En cambio, los turcos de clases inferiores, fueran éstos campesinos o proletarios, eran de opiniones bien distintas. A menudo el *mudir* se asombraba de ver, en una aldea donde acababa de llegar la orden de deportación, a turcos y armenios llorando juntos. Y quedaba más atónito aún cuando, ante una casa armenia, encontraba a la familia turca vecina desolada no contentarse sólo con dirigir sus votos de que «Alá tenga piedad de vosotros» a los desgraciados que, con los ojos secos, entumecidos de dolor, pasaban por última vez el umbral de su hogar, sino que además les ofrecían provisiones para el camino y a veces regalos más importantes, como una cabra o un asno. Aun hubo casos en los que el *mudir* vio a los vecinos turcos acompañar durante kilómetros de marcha a sus infortunados amigos. Hasta hubo algunos de sus propios compatriotas que se lanzaron a sus pies suplicando:

—¡Déjalos con nosotros! No profesan la verdadera fe, pero poseen un buen corazón. Son nuestros hermanos. ¡Permíteles

quedarse aquí con nosotros!

¿Pero de qué servían sus súplicas? Ni el más compasivo de los *mudirs* contaba con los medios —cuando no se trataba de alguna aldea perdida e ignorada— para hacer una excepción y tolerar en secreto que una última parte de la raza maldita se ocultase bajo el manto de su mortal angustia.

Marchaban tropezando por los senderos de grava; en las encrucijadas de los caminos vecinales confluían varias caravanas a las que se reunían otras al llegar a la carretera hasta alcanzar, después de muchos días, la gran ruta nacional que pasando por Alepo se dirigía al sudeste y al desierto, a un ritmo cansino que marcaban millones de pies como jamás se hubiera escuchado antes sobre la tierra. El itinerario de este ejército se había concebido y organizado con todo el refinamiento de una verdadera estrategia. Sin embargo, los jefes ocultos de estos cortejos olvidaron una cosa: los víveres. En efecto, durante los primeros días se repartió un poco de pan y de *bulgur* —especie de trigo secado al sol—, pero entonces las provisiones personales de cada uno no habían sido consumidas aún. También en estos días todo adulto tenía derecho a pedir al *onbachi* —suboficial encargado de la contabilidad del convoy— la suma regular de doce *paras*. Sin embargo, la mayoría entre ellos se abstenía, pues de reclamar este dinero temían acarrearse el odio de uno de estos todopoderosos. Por lo demás, dado el valor de las cosas, doce *paras* servirían, en el mejor de los casos, para procurarse algunas naranjas o un huevo. Al transcurrir las horas, los rostros se demacraban y el paso de millones de pies se hacía más cansino. Luego no se escuchaba más ruido de este ser inmenso que se arrastraba por los caminos, que suspiros, toses, gemidos y a veces un grito violento, desgarrador, convulsivo. Con el tiempo este ser inmenso iba perdiendo a algunos de sus miembros y en mayor número cada vez: caían y, empujados al foso, acababan por morir allí. Los látigos de los *saptiehs* silbaban agitados en el aire para azotar las espaldas de los grupos rezagados. Los *saptiehs* se enfurecían: para ellos también era dura la vida hasta el momento en que, llegados a la frontera de su *kasah*, entregaban su grupo de proscritos a la guardia de la

gendarmería vecina. Al principio se elaboraban listas de registro. Pero cuando los casos de enfermedad y muerte se incrementaron, cuando cada vez hubo que echar más cadáveres o agonizantes a las fosas cavadas en las carreteras, sobre todo niños, los registros acabaron resultando muy incómodos y el *onbachi* abandonó las anotaciones superfluas. ¿Quién iba a preguntar si Sarkis, Astik o Hapeth, si Anusch, Wartuhi o Koren se habían fundido en el campo? No todos los *saptiehs* eran bestias feroces, y hasta cabía suponer que la mayoría de ellos eran hombres decentes por término medio. Pero ¿qué podían hacer? Habían recibido la orden estricta de presentarse con todo su rebaño, en tal o cual sitio, a tal hora exacta. Su corazón comprendía perfectamente a la madre desesperada que quiere sacar a su hijo del foso, que se lanza al suelo y que hunde las uñas en la tierra. Y que ningún ruego logre convencerla. Hace ya diez minutos que están detenidos y la próxima estación se encuentra a doce kilómetros de distancia. La caravana permanece inmóvil, todos los rostros están crispados, de mil gargantas escapa un grito demente. ¿Por qué esta multitud, por agotada que esté, no se lanza sobre el *saptieh* y sus camaradas para desarmarlos y matarlos? Tal vez los gendarmes temen esta explosión de rabia que sería su perdición. De pronto uno de ellos dispara. Los demás empuñan los sables y clavan las afiladas hojas sobre aquellos seres indefensos, treinta o cuarenta personas yacen ya bañadas en sangre. Y de esta sangre emana otra embriaguez que se apodera de los enfurecidos *saptiehs*; el deseo secular que empuja al turco hacia la mujer de la raza aborrecida. En estas mujeres —presa fácil— se viola más que a un ser humano, se posee al dios del enemigo. Después de esto los *saptiehs* apenas saben siquiera cómo ha podido suceder.

Un tapiz humano ambulante tejido con las hebras de un destino sangriento… Es siempre la misma táctica: después del primer día de marcha, se separa a todos los hombres en la flor de la edad del resto de la caravana. He aquí un hombre de cuarenta y cinco años, bien vestido; es un ingeniero, sólo se le puede alejar de su familia a culatazos. El más pequeño de sus hijos tiene apenas un año y medio. Este hombre formará parte de una brigada dedicada a la reparación

de caminos. Ocupa ahora su lugar en el infinito cortejo de hombres y vacila como un idiota murmurando sin cesar: «Sin embargo, pagué regularmente el *bedel*…, pagué el *bedel*». De pronto coge con energía por el brazo a su vecino; le estremece un dolor exaltado y le dice cosas sin sentido: «Seguramente no has visto jamás una criatura tan hermosa. Tiene los ojos grandes como platos. Si pudiera me reuniría con ella arrastrándome sobre el vientre como una serpiente». Y continúa vacilante, completamente aislado y ensimismado en su llanto. Por la noche se acuestan en el suelo junto a las faldas de una montaña. Hasta el ingeniero parece dormido. Mucho después de la medianoche despierta a su vecino: «Ahora ya estarán todos muertos», dice, y enseguida se queda tranquilo. En otro convoy va una pareja de novios muy jóvenes aún. Sobre los labios el prometido apunta un delgado esbozo anunciador de los nacientes bigotes. Se acerca la hora en la que los hombres vigorosos son separados del grupo. La novia tiene la feliz ocurrencia de disfrazar a su amado con ropas femeninas, y la farsa da buenos resultados. Los dos jóvenes, encantados, se divierten con la ingeniosa idea; sin embargo, los demás les advierten de que no canten victoria tan pronto. En los alrededores de una ciudad bastante importante salen a su encuentro algunos *tchettehs* desconocidos, francotiradores armados, que inician una alegre cacería de mujeres. Entre otras escogen a la joven novia. Esta se abraza a su compañero: «¡Por amor de Dios! ¡Dejadme con ella! ¡Mi hermana es sordomuda y me necesita!».

«¡No es una razón, *dchanoum*, mi almita! Esta linda niña vendrá también con nosotros». Arrastran a la pareja a una sucia y sórdida casa donde la verdad es descubierta bien pronto. Los *tchettehs* matan inmediatamente al joven; le cortan los órganos genitales y se los introducen en la boca teñida aún con la henna roja que debía darle un aspecto más femenino. Después de las más horribles violaciones entregan a la muchacha desnuda el cadáver de su novio, cabeza con cabeza, de manera que su rostro ha de soportar el contacto del miembro sangriento. Tapiz ambulante tejido de destinos, cuya trama nadie puede deshacer… En todas partes se repite la misma imagen: la madre que durante días y días lleva en un saco sobre la

espalda el cadáver de su hijo muerto de hambre, hasta que sus propios parientes, incapaces de soportar por más tiempo la fetidez, la denuncian a los *saptiehs*. Son también las madres de Kemach las que, enloquecidas, lanzan a sus hijos desde las rocas al Eufrates cantando himnos solemnes, brillantes los ojos, como si ejecutaran un acto agradable a los ojos de Dios. Y siempre se presenta aquí y allá algún obispo, un *wartabed*. Remangándose la sotana se lanza de rodillas a los pies del *mudir* y suplica lamentándose: «¡*Effendi*, ten piedad de estos inocentes!». Pero el *mudir* no puede más que dar la respuesta reglamentaria: «¡No te mezcles en política! Contigo no tengo que tratar más que los asuntos religiosos. El Gobierno tiene siempre consideración hacia la Iglesia».

En otros muchos convoyes no sucedía nada de extraordinario, ningún horror considerable fuera del hambre, la sed, las heridas en los pies y las enfermedades. Pero sucedió una vez que una diácona alemana, de pie ante el hospital de Marach donde acababa precisamente de ser nombrada enfermera, vio pasar una de estas largas caravanas silenciosas. Fue incapaz de hacer el menor movimiento hasta que hubo desaparecido la última silueta. La religiosa sentía agitarse en ella algo incomprensible: no era compasión, no, ni horror tampoco, sino algo grande y desconocido, casi sublime.

Esa misma noche escribió a su familia: «He visto una gran caravana de expatriados que habrían salido de su pueblo hacía poco, y se hallaban aún en muy buen estado. Debí esperar mucho rato a que pasara y jamás olvidaré este espectáculo. Había muy pocos hombres, casi todos eran mujeres y niños. Muchos de ellos, que tenían el pelo rubio y los grandes ojos azules, nos miraban con una expresión tremendamente grave e inconscientemente digna, parecían ya ángeles del Juicio Final». Estos pobres ángeles del Juicio Final provenían de Zeitun, de Marach, Aintab y el valiato de Adana; descendían del norte de las provincias de Siwas, de Trebizonde y —Erzerum; venían del este, de Karpouth y del Diakekir donde viven los kurdos, y de Urfa y Bitlis. Más allá del Taurus, mucho antes de llegar a Alepo, todos estos cortejos se

reunían para convertirse en un tapiz humano infinito y serpenteante. En Alepo mismo no sucedía nada y en los bulliciosos *qandjaks* y *kasahs* del valiato tampoco. La costa permanecía tranquila y el Musa Dagh gozaba de la misma calma. Parecían ignorar por completo la espantosa emigración que se desarrollaba a tan corta distancia.

¡Qué semanas tan largas! Como se ha dicho, en Yoghonoluk la vida seguía su curso habitual. Naturalmente, la población hablaba apenas de «aquello», pero lo que hacía el ambiente más inquietante era que no se hablara de nada absolutamente. Todo permanecía como siempre y era, sin embargo, fundamentalmente diferente. Los individuos parecían sumidos en un sueño hipnótico que les permitía ocuparse de las tareas cotidianas sin estar despiertos. Todos sabían cuanto ocurría y cada uno pensaba que su vida era sólo cuestión de algunas semanas. Lo sabían y, sin embargo, no estaban del todo seguros. ¿Por qué no se habría de alejar el peligro del Musa Dagh para dejar a sus hijos intactos, ya que hasta el momento parecía haberlos olvidado? La situación tan alejada de esta región, ¿no ayudaría tal vez al olvido de los poderosos? Ese silencio profundo, ¿no era acaso un buen presagio? Y era así como cada uno aumentaba ese silencio contribuyendo con el suyo propio, en la esperanza de no despertar a los malos espíritus: era así como cada uno se sumía en el sueño de una existencia atareada y monótona, para mantener la ilusión de una perfecta y duradera seguridad. El ejemplo de este comportamiento lo daban el doctor Altouni, el farmacéutico Krikor y Ter Haigassun. El anciano médico seguía visitando a sus enfermos montado en su viejo asno y renegando de su vida. Krikor reunía a los maestros para los socráticos paseos nocturnos, dándoles nombres y cifras exactas acerca de las estrellas y sus distancias, sin tolerar contradicciones de ninguna clase. Cuando barajaba los billones de kilómetros, no les llegaba ni el más lejano eco de la desgracia. Krikor se retiraba, volando sobre unas alas a la velocidad de la luz, a las estrellas por él bautizadas. Una mirada al cielo bastaba para convertir en un mero rumor la amenaza de la expatriación.

Posiblemente él nunca creyó nada de eso. El negro sobre blanco ya no estaba disponible. Nada seguro se sabía, pues ya no llegaban los diarios armenios y hasta la fecha los turcos sólo habían publicado un par de reseñas edulcoradas por indicación del Gobierno. Ter Haigassun desarrollaba su trabajo como de costumbre, dando clase en la escuela, diciendo misa y visitando su diócesis. El sacerdote había insistido en que, a pesar de todo, debía hacerse la peregrinación al convento de Santo Tomás. Lo único que se suprimiría sería la fiesta popular que precedía a la peregrinación. En semejantes condiciones, era inevitable que los dos extraños, Julieta y Gonzaga, como europeos, estuvieran completamente despreocupados. Un día Julieta dijo a su marido con toda sinceridad:

—Escucha, querido; no pienso quedarme aquí hasta el otoño. Cada vez me preocupa más la situación de Francia. Estos últimos días no he podido dejar de pensar constantemente en mi madre.

La mirada enigmática y profunda de Gabriel le hizo comprender que acababa de pronunciar una frase insensata.

Gabriel Bagradian continuaba sus expediciones de documentación por las aldeas, e incluso ampliaba su campo de estudios; por el sur se adentraba a menudo más allá de Suedja, y por el norte, después de varias horas a caballo, había llegado hasta Beilan, conjunto de villas abandonadas por los ricos armenios de Alejandreta. Sólo una vez se atrevió a llegar hasta Antioquía. A diferencia del pasado, ahora una pareja de *saptiehs* vigilaba el puente sobre el Oronte. No pidieron a Gabriel sus papeles y lo dejaron pasar sin mayor formalidad. Por un momento pensó que todos los policías que formaban una cadena alrededor del imperio dejarían pasar con la misma libertad un coche en el que viajaran Julieta y Esteban. Tal vez la salvación era más fácil de lo que imaginaba. Pero apenas hubo entrado al nuevo vestíbulo del *hukumet* donde exhibían las noticias, un gran aviso le hizo comprender que el estado de cosas había empeorado. Ahí se podía leer que estaba prohibido vender pasajes por tren o diligencia a los armenios, y una frase más angustiosa aún explicaba literalmente: «Siempre que un miembro de la nación armenia se encuentre fuera de su domicilio sin pasaporte o

permiso para viajar, debe ser detenido y conducido al campo de deportación más cercano». No obstante la amenaza, Gabriel Bagradian se fue a deambular por el bazar.

La calle, siempre atestada de gente, estaba casi desierta, mostrando una tristeza sombría. Los comerciantes armenios tenían sus negocios cerrados a pesar de que aún no les había llegado la orden de destierro. También para la población mahometana empezaban las dificultades. La primera sombra que caía sobre la región, haciéndole pagar su pecado contra los armenios, era una repentina devaluación de la moneda turca. Desde hacía algún tiempo, los comerciantes se hacían pagar en oro y plata, consiguiendo con esto que esos metales desaparecieran «honestamente» de todos los mercados. Los expertos en economía del ministerio dieron una serie de rocambolescas explicaciones sobre las razones de esta sorprendente y repentina depreciación de la moneda turca. Los turcos de Antioquía vagaban a paso lento por el bazar que, con sus charcos, canalones y sus montones de basura, parecía una calle de los suburbios por la noche.

Encontró cerrada la puerta de la mansión del agá Rifaat Bereket. Golpeó varias veces con la aldaba el portón adornado de bronce, pero nadie le respondió. El agá no había regresado entonces de su viaje de Anatolia. Aunque Gabriel sabía que esta ausencia tenía por fin socorrer al pueblo armenio, quedó apesadumbrado por no encontrar al amigo de su padre.

Al regresar finalmente a casa, Bagradian decidió no salir de la circunferencia exterior del Musa Dagh durante sus excursiones. Razón de esto era sin duda la influencia mágica y apaciguadora que la montaña natal ejercía cada vez con más fuerza sobre él. Aun ahora, cuando por las mañanas abría la ventana y saludaba al monte frente a él, sentía nacer en su alma aquel profundo asombro cuya causa ignoraba. La masa compacta del Musa Dagh cambiaba de aspecto según las horas del día, en unos momentos como recogida pesadamente en sí misma, luego disgregada en el vapor solar; esta silueta montañosa, eterna a pesar de sus innumerables metamorfosis, parecía reconstituir las fuerzas de Gabriel así como el valor

suficiente para solventar los angustiosos pensamientos que le quitaban el sueño desde la llegada del pastor Aram Tomasian. Era apenas abandonar la sombra protectora del Musa Dagh para perder al instante el coraje de la determinación. Mientras tanto, sus activos paseos por las aldeas daban frutos satisfactorios. Obtuvo lo que deseaba, es decir, una idea general y bastante completa de la vida exterior y de las actividades de estos campesinos, tejedores de chales, criadores de gusanos de seda, apicultores y talladores; además, pudo observar en varias oportunidades las relaciones dentro del mismo corazón de las familias y penetrar en las almas más cerradas, lo que naturalmente no resulta siempre fácil. Al principio muchos de sus compatriotas no veían en él sino a un extranjero de noble familia, que llevaba una existencia lujosa y que estaba ligado a ellos sólo por su origen y sus propiedades en el país. Con el tiempo creció la confianza del pueblo hacia Gabriel, e incluso una especie de secreta esperanza que pusieron en él. Este *Effendi* era seguramente un personaje poderoso, conocido en el extranjero y que los turcos temerían por su influencia. Mientras permaneciera en Yoghonoluk, tal vez no llegaran a la aldea las peores calamidades. Nadie calculaba exactamente el verdadero valor de estas esperanzas. También creían presentir algo más en él: Gabriel hablaba tan poco del porvenir como los demás, pero al ver sus ojos, su inquietud, sus preguntas, por los apuntes que tomaba, se podía adivinar fácilmente que perseguía un fin gravemente meditado, una actividad especial que lo diferenciaba del común de los mortales. Apenas aparecía, todas las miradas se fijaban en él. Lo invitaban a muchas casas. Aunque, según la costumbre del país, las estancias estuvieran generalmente vacías, se asombraba siempre al comprobar la limpieza de los hogares. El suelo de tierra estaba cubierto con esteras perfectamente limpias, y como asientos había divanes cubiertos con buenos tapices. Sólo en casa de los campesinos más pobres se encontraba el establo inmediatamente al lado de la dependencia principal. Las paredes no estaban desnudas en todos estos lugares. Junto a las imágenes sagradas, los moradores colgaban algunas litografías pasadas de moda y calendarios adornados de figuras en colores. Muchas amas

de casa ponían flores en sus habitaciones —costumbre rara en Oriente—, colocándolas generalmente en jarrones bajos. Apenas sentado el invitado, llevaban ante él un taburete con una ancha bandeja de estaño, repleta de diferentes pasteles, panales de miel y trocitos azucarados de queso. Gabriel recordaba el sabor de esta golosina desde sus años de infancia. Entonces eran placeres prohibidos, pues sus padres no debían saber que cuando iba con la servidumbre al pueblo, lo obsequiaban con ellas. Ahora más de una vez ponían a prueba su estómago, sobre todo con el ofrecimiento de dulces y confituras, pues el no aceptar estos obsequios gastronómicos hubiera sido una ofensa mortal. Gabriel se las arreglaba entonces de manera que al presentarle a los niños, les daba las golosinas comiendo él una de vez en cuando. En sus numerosas visitas a las aldeas, Gabriel Bagradian se había hecho más de un amigo. El más devoto entre ellos era un individuo de cierta edad llamado Tchauch Nurhan, sargento Nurhan. Este Tchauch Nurhan poseía, al extremo sur de Yoghonoluk, el más considerable conjunto de talleres después de aquél perteneciente al contratista Tomasian: una cerrajería, una herrería y una guarnicionería, donde se construían todos los *kangnis* en uso en el país, y finalmente un santuario secreto, donde trabajaba él mismo sin testigos. Algunos iniciados sabían que en este lugar reparaba armas de caza y fabricaba los cartuchos necesarios; de todos modos, lo más prudente era disimular esos hechos ante el *saptieh* Alí Nassif, en previsión de denuncias que pudieran resultar lamentables. Tchauch Nurhan era un viejo «soldado». Contaba con siete años de servicio militar, durante los cuales había estado incorporado a un regimiento de infantería de Anatolia en el gran cuartel de Brusse. Todo en él indicaba al soldado por vocación: los bigotes canosos de puntas largas y torcidas, el uso constante de expresiones militares y términos groseros y, finalmente, detalle característico, su costumbre de cuadrarse ante Bagradian, a quien consideraba siempre como oficial y superior. Tal vez percibía en Gabriel ciertas cualidades que éste no sospechaba. Tchauch Nurhan había trabajado ya para Awetis hijo, y fue encargado de inspeccionar las importantes armas

de la casa Bagradian a fin de verificar que no faltara nada. Fue a buscar los fusiles y se los llevó para desarmarlos cuidadosamente en su taller secreto, engrasarlos y armarlos nuevamente. Gabriel iba a menudo a observarlo durante el trabajo. También llevaba de vez en cuando a Esteban. Los hombres se entretenían refiriéndose recuerdos militares. El *tchauch* abundaba en historietas triviales y bromas de cuartel que, a pesar de su refinamiento, Gabriel no se cansaba jamás de escuchar. Era así como dos armenios, en época de deportaciones, se aferraban con ardor a los recuerdos de su pasado como soldados turcos, como si aquélla no fuera su patria. Lo mismo que el anciano Tomasian, Tchauch Nurhan era viudo. Tenía una numerosa prole, niños de todas las edades, entre los cuales él mismo no parecía lograr identificarse. Tampoco se preocupaba mayormente de su progenie. Terminado el trabajo, cuando los diferentes capataces ya le habían entregado las llaves de sus talleres, no regresaba a su casa, ni iba tampoco a golpear a la puerta de algún vecino; llevando en una mano una jarra de vino y en la otra una corneta de infantería turca que había robado al Estado, se iba a su huerto, donde crecían los albaricoques. Mientras caía la tarde, se escuchaban elevarse por el aire, rompiendo el silencio, desgarrándolo, los sonidos vacilantes y agudos de la trompeta. Sea como fuere, rompían las señales sonoras del ejército turco, como si con esta singular retreta de Tchauch Nurhan hubiera querido reunir a todos los habitantes del valle antes del anochecer.

A causa de los escolares, se había producido entre las aldeas una pequeña disputa de orden político-cultural. Según los reglamentos docentes de Miazial Engerutiunk Hajoz —la Unión general de Escuelas armenias—, que constituía la autoridad suprema de la nación en cuestión de enseñanza, el año escolar debía terminar automáticamente con los primeros días calurosos del verano, es decir, nunca más allá de mediados del mes de mayo. Sin embargo, Ter Haigassun, en calidad de supremo administrador de las escuelas, había ordenado de pronto que al cabo de ocho días de vacaciones se

reanudaran de nuevo las clases. La decisión del sacerdote se debía al mismo motivo por el que toda la población buscaba el anestesiante efecto del trabajo. ¡Época de diluvio! Ante la proximidad de la catástrofe que iba a disolver todo orden establecido, había que oponer a la invasión la fortaleza de una redoblada organización, y a la completa desolación que se produciría inevitablemente, una absoluta regularidad y disciplina. Además, en estos días de temor, los gritos de las bandas infantiles en vacaciones diseminadas aquí y allá, inconscientes de la situación, habrían sido más que nunca un dolor intolerable para todo el país. Todo el mundo habría estado de acuerdo con Ter Haigassun, si no se hubiera producido una encarnizada oposición por parte del profesorado. Los maestros de escuela, con Hrand Oskanian a la cabeza, no querían verse privados de las vacaciones que se les asignaban en sus contratos. Trataron de persuadir a los *mouchtars*, advirtiendo a los padres de familia del peligro grave que significa para el cerebro de los pequeños el sobreesfuerzo, en la época de los grandes calores. Oskanian, el silencioso, desencadenó una verdadera campaña de ataques contra Ter Haigassun, pero sin obtener ningún resultado; el sacerdote demostró ser fuerte. Reunió a su alrededor a los siete *mouchtars* de las comunas vecinas convenciéndoles con pocas palabras. Fue así como, a pesar del verano, el nuevo año escolar comenzó inmediatamente después del antiguo. Desesperados, los profesores se dirigieron a Gabriel Bagradian con la intención de ganarlo para su causa. Chatakhian y Oskanian se presentaron con gran pompa en la villa, pero Gabriel se manifestó francamente partidario del comienzo inmediato de las clases. No sólo consideraba esto por interés general, dijo, sino también desde un punto de vista personal, pues había decidido enviar, bajo la dirección del señor Chatakhian, a su hijo Esteban a la escuela para que entrara así en relaciones con los demás niños de su edad y raza.

El maestro Chatakhian se inclinó contestando, en su mejor francés, que él era partidario de la higiene moderna, y de más libertad en vez de tanta sabiduría. Cuando terminó de hablar, Bagradian le preguntó muy extrañado:

—¿Por qué me habla usted en francés?

Hapeth Chatakhian se defendió, molesto:

—Lo hice por usted, *Effendi*.

Hrand Oskanian le empujó con rabia, como si quisiera decir: «¿Ves? ¡Con tu vanidad lo has estropeado todo!».

A los maestros no les quedó más remedio que conformarse con su derrota. Oskanian descargó su odio en una poesía contra Ter Haigassun. En una de las reuniones nocturnas, bajo la dirección de Krikor, hizo leer por Asajan, el cantor, el panfleto versificado. El poema guerrero terminaba con los siguientes amenazadores versos:

Aunque tu hábito oculte el sol
como oscura nube, el sol se abre paso.

Debido a lo alegórico de los versos, ni se entendieron enteramente ni tampoco por qué Ter Haigassun había impuesto un incremento en el número de clases. Krikor agitaba la cabeza ante semejante tentativa de sus jóvenes discípulos. El coro estaba sentado sobre un montículo por encima de los viñedos de Kheder Beg. El boticario pidió que le pasaran la poesía y prescindió del ridiculizado héroe de la sátira, porque él siempre partía del objeto central. Con una presuntuosa serenidad señaló: «Estás confundido, Hrand Oskanian. Los poetas no han existido solamente en el pasado…».

No sólo los poetas habían existido en el pasado, sino también las guerras, las hazañas, los héroes, los hombres importantes. El mundo entero era digno de ser narrado. Y para no desalentar a su joven pupilo, Krikor le espetó: «¡De acuerdo, no renuncies! ¡Pero todavía tiene que aprender, maestro!».

El día indicado, Gabriel se presentó en la escuela de Yoghonoluk con Esteban y Sato, la compañera de su hijo que alojaba aún en su casa, y cuyos pies ya estaban sanos. Por este motivo se produjo una disputa entre Julieta y su marido. Temía por su hijo la promiscuidad con una juventud desaseada y, para colmo de males, en un establo a la oriental. No habían querido enviar a

Esteban a la escuela primaria en París, donde era menos temible el contagio de enfermedades infecciosas o de parásitos siquiera. Gabriel se mantuvo firme en su decisión. Considerando el estado de cosas, tales peligros, dijo, no tenían la menor importancia comparados con aquéllos más reales que no tardarían en presentarse. Como padre, él tenía mucho más interés en que Esteban conociera de un modo vital y profundo el mundo al que pertenecía. En otro tiempo y en diferentes circunstancias Julieta habría encontrado mil argumentos que oponerle, pero ahora abandonó inmediatamente la lucha y guardó silencio. Ella misma —menos que otros aún— no comprendía esta fácil y muda sumisión suya. Desde aquella extraña charla nocturna, durante la cual Gabriel había demostrado tanta desesperación, algo inexplicable se producía entre ellos. El ambiente de confianza que habían creado catorce años de vida en común y que había formado entre ellos un lazo sólido, se disolvía gradualmente. Cuando ahora Julieta se despertaba por la noche, tenía la impresión de que aquel hombre en el lecho vecino y ella no tenían un pasado común. Su pasado común estaba allá, en París, en las grandes ciudades europeas de luces deslumbradoras, pero ahora estaban tan separados, tan alejados de él, que ya no les pertenecía. ¿Qué había sucedido? ¿Era Gabriel quien había cambiado, o ella? Julieta continuaba considerando las posibilidades de un destino próximo como suposiciones que no merecieran ser tomadas en cuenta. Le parecía casi ridículo creer que el diluvio no se detendría respetuosamente a sus pies de francesa inviolable. Bastaría con aguantar unas pocas semanas. ¡Luego, el regreso! Lo que pudiera o no suceder en el transcurso de esas semanas tenía bien poca importancia. Por eso se calló cuando supo que Gabriel había decidido enviar a Esteban a la escuela. Cuando de pronto tuvo conciencia de la tibieza de su reacción —¡ah!, ¿qué me importa a mí toda esta historia?—, se asustó y la acometió un sentimiento doloroso, desconocido hasta entonces, y que más que concernirla a ella se refería más bien a su hijo Esteban.

Como es fácil comprender, el muchacho estuvo encantado con el cambio. Confesó a su padre que, durante las clases con el buen

Awakian, casi no podía prestar atención ni concentrarse. El colegial parisino, latinista y helenista, prefería mil veces más frecuentar una escuela de aldeanos armenios. La premura en acatar el deseo de su padre no obedecía sólo al aburrimiento que experimentaba en sus trabajos con Awakian: el alma de Esteban se sentía tensa e inquieta, sobre todo desde el día en que Iskuhi y Sato empezaron a vivir bajo su mismo techo. Una vez se había llevado un gran disgusto por culpa de Sato. Una mañana, muy temprano, Esteban y la pequeña desaparecieron, regresando mucho después de la hora del almuerzo. Como las consecuencias de esta escapada amenazaran convertirse en un peligro para Sato, caballerosamente Esteban hizo recaer sobre sí toda la culpa, declarando que se habían perdido mientras paseaban por el Damlajik. Julieta hizo una escena primero a Awakian, luego a Gabriel y prohibió al niño que en lo venidero le dirigiese la palabra a Sato. La vagabunda fue severamente excluida del ámbito de los señores de la casa y recibió órdenes de permanecer siempre en su cuarto cuando estuviera en la casa. Por esto Esteban iba ahora más a menudo a acompañar a Iskuhi, que ya estaba restablecida. Mientras ella estaba en el jardín tendida sobre una hamaca, él se sentaba en el suelo a su lado. Su corazón tenía muchas preguntas. Iskuhi tenía que hablarle de Zeitun. Apenas aparecía su madre, interrumpían sus conversaciones como dos conspiradores. ¡Cómo tratan todos de atraerlo!, pensaba Julieta.

La escuela de Yoghonoluk era un edificio majestuoso. Era la más grande de las comunas del Musa Dagh y contaba con cuatro aulas. La dirección del establecimiento había sido confiada a Chatakhian por Ter Haigassun. Este profesor había agregado por su propia iniciativa a las clases primarias un curso superior de perfeccionamiento, donde él enseñaba francés e historia, mientras Oskanian se encargaba de literatura y caligrafía. Pero estos progresos no se limitaban a eso: se crearon además cursos nocturnos para adultos. Era allí donde brillaban las luces del sabio universal, que era el farmacéutico Krikor. Daba conferencias sobre las estrellas, las flores, la zoología y la geología, los pueblos antiguos, los poetas y los sabios. Según su modo particular no establecía diferencias entre

estos diferentes temas, sino que hacía una mezcla fantástica, confundiendo en su genio creador las leyendas imaginarias y las verdades científicas. Se podrá juzgar plenamente el amor a la sabiduría que animaba a este pueblo, si se considera que hombres muy viejos, artesanos en su mayoría y que habían visitado diferentes sitios del globo, se reunían por las noches en estos cursos sobre los estrechos bancos de la escuela, para escuchar y aprender más aún al declinar de la vida. Hapeth Chatakhian colocó a Esteban en el curso complementario, al que asistían unos treinta alumnos de doce a quince años. El profesor llevó aparte a Gabriel Bagradian.

—¡No lo comprendo, *Effendi*! ¿Qué podrá aprender aquí su hijo? Probablemente sabe en muchas disciplinas más cosas que yo, aunque hace bastantes años estudié en Suiza; hace ya tanto tiempo que me petrifico en este rincón perdido. ¡Observe a esos niños! ¿No se parecen acaso a los negros de la selva? No creo que vayan a ejercer una buena influencia…

—Es precisamente a esa influencia, Hapeth Chatakhian, a la que no deseo sustraer a mi hijo —declaró Gabriel, y el maestro quedó asombrado al ver a aquel padre obstinado en convertir a la fuerza a un europeo bien educado en un oriental. El aula estaba llena de niños y de padres que los iban a inscribir. Una anciana entró, empujando ante ella a un muchachito, y se dirigió a Chatakhian:

—¡Toma, maestro, aquí lo tienes, tómalo! ¡Trata de no pegarle demasiado!

—Ya lo ha oído usted con sus propios oídos —murmuró Chatakhian volviéndose hacia Gabriel, y suspiró al pensar en toda la mezcolanza de antiguas tradiciones, de supersticiones y de oscurantismo con las que tenía que batallar a diario.

Quedó establecido que Esteban asistiría a la escuela cuatro veces por semana, para ejercitarse sobre todo en la práctica del idioma y la escritura armenias. Sato fue relegada a las clases elementales, donde se encontraban la mayoría de las niñas, aunque fueran todas más jóvenes que la huérfana de Zeitun. Cuando volvió de clase el segundo día, Esteban demostró una profunda tristeza. Declaró que

no deseaba ser el hazmerreír de sus compañeros por su grotesco traje de corte inglés; quería que lo vistieran exactamente como a los demás muchachos. Con extraordinaria vehemencia exigió que le mandaran hacer la larga blusa tradicional llamada *entari*, con el cinturón *aghil* y los pantalones bombachos o *chalwar*. Eso fue motivo de un grave conflicto con Julieta, conflicto que duró varios días.

Para reemplazar las horas de clase que daba a Esteban, a Samuel Awakian le encargaron una nueva tarea, pero de carácter totalmente diferente. Gabriel le entregó los numerosos y desordenados apuntes que había tomado en las últimas semanas. El estudiante debía ordenarlos en forma de estadísticas de diferentes clases. ¿Cuál era la finalidad de este trabajo? Awakian no lo supo. Primero hubo de establecer la suma total de la población de las aldeas desde Wakef, el pueblo de los encajes, al sur, hasta Kebussije, el pueblo de las abejas, al norte, según distintos puntos de vista. Era indispensable ordenar y revisar las indicaciones que Bagradian había obtenido del secretario de la alcaldía de Yoghonoluk y de los otros seis decanos. Al día siguiente de recibir este encargo, Awakian pudo ya presentar a Gabriel esta lista concisa:

Número de habitantes de las siete aldeas, distribuidos según sexo y edad:

También se incluía en este censo a la familia Bagradian y su servidumbre. Pero fuera de esta enumeración cuantitativa, había que confeccionar otros documentos más delicados respecto al número de familias en los distintos pueblos, la profesión y estado de los habitantes, en resumen, todas las cuestiones de cierta importancia. Además no sólo las personas eran tomadas en cuenta: Gabriel había tratado también de calcular la cantidad de ganado del país. No había sido ésta tarea fácil y los resultados eran aproximados, pues en esta

cuestión ni los propios *mouchtars* estaban exactamente informados. Una cosa era indudable: no existía ganado grueso, es decir, no había bueyes ni caballos. En cambio, toda familia de cierta fortuna poseía algunas cabras y un asno o mula que servía de bestia de carga o montura. Los rebaños de corderos de cierta importancia pertenecientes a particulares o a las comunas eran conducidos, según la costumbre de los montañeses, a pastizales tranquilos donde permanecían al cuidado de pastores y gañanes en el intervalo comprendido entre dos trasquiladuras. Estimar de un modo aproximado siquiera el número de bestias de estos rebaños era —debieron reconocerlo bien pronto— imposible. Awakian, cuyo celo no desfallecía ante ninguna tarea, corría infatigable por las aldeas y ya había organizado en el gabinete de trabajo de Bagradian una verdadera oficina de información. En el fondo, se alzaba de hombros al observar por medio de qué refinados juegos de paciencia trataba de distraerse un hombre de fortuna durante una época de espera y extrema inseguridad. Para este engreído, que tenía probablemente intenciones de escribir un libro sobre la vida y costumbres de la población establecida a los pies del Musa Dagh, nada parecía suficientemente insignificante como para dejar de ser anotado. Deseaba saber cuántos *tonirs*, es decir, cuántos hornos incrustados en la tierra, había en cada pueblo.

Le preocupaban las siembras de trigo y pareció molestarse mucho al saber que los montañeses compraban el maíz y el trigo rojo de Siria a los mahometanos de las planicies. Se inquietaba por el hecho de que ni en Yoghonoluk, ni en Bitias ni en ninguna otra parte funcionara un solo molino armenio. Hasta se atrevió a visitar al farmacéutico Krikor y averiguar el estado y cantidad de sus medicamentos. Krikor, que no esperaba una inspección de su farmacia, sino de su biblioteca, indicó con un gesto desilusionado el perímetro de la sala abovedada. Sobre dos pequeños estantes se veía toda clase de vasijas y potes con extrañas letras pintadas. Era cuanto podía sugerir en este lugar la existencia de una farmacia. Tres grandes quinqués de petróleo colocados en un rincón, un saco de sal, algunos paquetes de tabaco para los *chibouques* y unos enormes

escoberos de mimbre indicaban cuál era la principal fuente de entradas de este almacén. En un ademán de superioridad, Krikor golpeó, pleno de majestuosidad, con su huesudo dedo índice sobre uno de los místicos jarrones.

—Como dijera ya san Juan Crisóstomo, todos los remedios provienen de siete elementos fundamentales: la cal, el azufre, el salitre, el yodo, la adormidera, la resina de sauce y la esencia de laurel. Bajo mil formas diferentes es siempre lo mismo.

Después de semejante lección de farmacopea moderna, Gabriel no prosiguió sus investigaciones. Afortunadamente contaba él mismo con una considerable provisión de productos farmacéuticos. Pero una cosa era sin duda más importante que todo lo demás: las armas. Ya el amigo Tchauch Nurhan había lanzado una que otra alusión al respecto, pero apenas trataba Gabriel de plantear francamente esta cuestión a los diferentes decanos de las comunas, todos buscaban una escapatoria. Sin embargo, un día atacó de frente al *mouchtar* Kebussjan en el salón de su casa:

—¡Hábleme francamente, Tomás Kebussjan! ¿Cuántas armas posee y de qué clase?

El *mouchtar* comenzó a bizquear de un modo horrible y a balancear su cabeza calva:

—¡Por Jesucristo! ¿Quieres atraernos la desgracia, *Effendi*?

—¿Por qué, precisamente, yo no sería digno de su confianza?

—Mi mujer no sabe nada, ni mis hijos; tampoco lo saben los profesores. ¡Nadie en el mundo lo sabe!

—¿Mi hermano Awetis lo sabía?

—Tu hermano Awetis, cuya alma conserve Dios, estaba informado exactamente. Pero él no dijo jamás una palabra de esto a nadie.

—¿Tengo el aspecto de un hombre que no sepa guardar un secreto?

—Si se llega a saber, nos matarán a todos.

No pudiendo, a pesar de su mirada estrábica y de sus continuos balanceos de cabeza, sustraerse a las exigencias de su huésped, Kebussjan se dirigió a la puerta y la cerró con dos vueltas de llave.

Temblando de miedo, confesó en un murmullo la verdad: en 1908, cuando el Ittihad preparó su revolución contra Abdul Hamid, los jóvenes emisarios turcos distribuyeron armas en todos los distritos y comunas del imperio, sobre todo a los armenios, pues éstos estaban destinados a figurar en uno de los papeles principales de la revuelta. Enver Pachá estaba informado y, apenas declarada la gran guerra, su primer cuidado fue ordenar el inmediato desarme de las poblaciones civiles armenias. En la ejecución de este decreto jugaba un papel determinante el carácter y la opinión del funcionario gubernamental de turno. Si en los valiatos como Erzeroum y Siwas se encontraba regentando el país algún fanático del Ittihad provincial, sucedía a veces que los particulares sin armas se veían obligados a comprar fusiles a los gendarmes con la única intención de entregarlos conforme a los reglamentos gubernamentales. En tales sitios, negar la posesión de armas equivalía a una pérfida negación de la realidad. Como es de suponer, en el valiato de Djelal Bey las cosas ocurrían con mucha más benevolencia. Este excelente gobernador, cuyos sentimientos humanitarios se rebelaban contra las medidas del espléndido dios guerrero de Estambul, aplicaba esos decretos con gran moderación, cuando no los hacía desaparecer en su canasto de papeles. Esa suavidad se reflejaba en la conducta de la mayoría de sus subordinados, excepción hecha del implacable *mutessarif* de Marach. Como en todas partes, una hermosa mañana de enero llegó a Yoghonoluk el *mudir* de cabellos rojos acompañado del jefe de policía de Antioquía a fin de que le entregasen todas las armas, y después de obtener, a fuerza de sonrisas, la seguridad de que en esta región nadie había tenido jamás un fusil en sus manos, se había marchado como llegó. Afortunadamente, cuando fueron distribuidas las armas, el *mouchtar* no había recibido al delegado del comité.

—Muy bien —dijo Gabriel en tono de aprobación—. Y esos fusiles, ¿tienen algún valor?

—Son cincuenta fusiles máuser y doscientos cincuenta fusiles *kara* fabricados en Grecia. Cada uno cuenta con treinta cargas de pólvora, lo que significa ciento cincuenta cartuchos por fusil.

Gabriel Bagradian reflexionó. Realmente no valía la pena contar con eso, pensó.

—¿Los habitantes de las aldeas no cuentan con ninguna otra arma de fuego?

De nuevo Kebussjan demostró cierta vacilación:

—Esto es asunto de ellos. Muchos salen a cazar. Pero ¿de qué sirven algunos centenares de viejas carabinas?

Gabriel se puso de pie y tendió la mano al *mouchtar*.

—Te agradezco tu confianza, Tomás Kebussjan. Y ahora que me has dicho todo esto, querría saber dónde ocultáis vuestro arsenal.

—¿Es realmente necesario que lo sepas, *Effendi*?

—No, pero soy curioso y no veo ninguna razón por la cual quieras callarme el último punto de tu revelación.

El *mouchtar* se retorcía, agitado por un combate interior. Fuera de sus colegas, sólo Ter Haigassun y el sacristán estaban informados al respecto. Pero había en Gabriel una fuerza a la cual Kebussjan no podía resistir. Al cabo de desesperadas súplicas terminó por confesar su secreto; las cajas conteniendo armas y municiones estaban enterradas en el cementerio de Yoghonoluk, en auténticas tumbas, pero inscritas con nombres imaginarios.

—He puesto mi vida en tus manos, *Effendi* —suspiró el *mouchtar* abriendo la puerta para dejar pasar al visitante. Y éste murmuró sin volverse:

—¡Tal vez sea verdad, Tomás Kebussjan!

Pensamientos que a él mismo lo aterrorizaban y que ocupaban sin cesar el espíritu de Bagradian, agitándolo tan poderosamente que no los podía evitar a ninguna hora del día ni de la noche. No obstante su actividad de investigador infatigable, ésta parecía sumergida en una especie de ensoñación mezcla de fantasía y realidad, como la vida que se desarrollaba al pie de la verde montaña. Gabriel vio ante sí el comienzo, apenas vislumbraba la encrucijada donde todos los caminos se separan. Cinco pasos más allá todo era penumbra y oscuridad. Pero éste es un rasgo inherente a la vida, aparece siempre

antes de la toma de una gran decisión y hace que nada parezca tan irreal como el fin que se persigue. ¿Y era comprensible el hecho de que Gabriel continuara derrochando tanta indomable energía en ese estrecho valle, desdeñando toda salida por la cual hubiera podido salvarse? ¿No escuchaba acaso una voz que le decía?: «¿Por qué dudas, Bagradian? ¿Por qué dejas pasar un día tras otro? Tienes un nombre famoso, una fortuna; ¡déjalos caer ambos en la balanza! Aunque se alcen en tu camino peligros y dificultades enormes, trata de llegar a Alepo con Julieta y Esteban. Alepo no es una gran ciudad, tienes relaciones allí, podrías de algún modo colocar a tu mujer y a tu hijo bajo la protección de los cónsules extranjeros. Sin duda, en todas partes han detenido a los notables, los han deportado, martirizado, ahorcado. De todos modos, el viaje sería muy peligroso; pero ¿es acaso menos peligroso permanecer aquí? No esperes más; trata de salvarte a toda costa antes de que sea demasiado tarde». Esa voz interior no siempre callaba, pero sonaba velada. El aspecto del Musa Dagh era siempre apacible, nada cambiaba. Todo aquel universo parecía dar la razón al agá Rifaat Bereket; no penetraba en el valle el menor susurro de los trágicos acontecimientos. La patria —que aun ahora consideraba como una leyenda infantil olvidada— atraía a Bagradian con todas sus fuerzas y lo mantenía prendido a ella. Julieta perdía nitidez a su vista. Aunque lo hubiera deseado en realidad, ya no volvería a verse libre de la gran montaña, libre del Musa Dagh.

Gabriel mantuvo fielmente su solemne promesa de callar respecto a los armamentos. Awakian no supo una palabra de esto. De pronto el joven recibió la orden de ejecutar una nueva tarea: se le promovía al rango de cartógrafo. El mapa del Damlajik, que Esteban había comenzado a dibujar torpemente en marzo obedeciendo al deseo de su padre, adquirió entonces una nueva importancia. Awakian fue el encargado de trazar un plano minucioso y exacto de la montaña, en gran escala, y sacar tres copias. Ahora que había agotado el valle contando a sus habitantes y animales, pensó el estudiante, no le quedaba más recurso que las montañas. Como se sabe, el Damlajik es el verdadero corazón del

Musa Dagh. Al norte, el macizo se disgrega en varias ramificaciones, que se extienden por el valle del Beilan, formando fabulosas terrazas y fortificaciones naturales. Al sur, cae bruscamente sobre la planicie donde desemboca el Oronte, escalonado en pendientes desordenadas, como una obra inconclusa. En cambio, el centro, en el Damlajik, concentra todo su vigor y vitalidad. Aquí sus poderosos puños rocosos atraen sobre su pecho al valle de las siete aldeas como si de una manta, con innumerables pliegues con la que pretendiera cubrirse, se tratase. Se ven elevarse casi perpendiculares sobre Yoghonoluk y Hadji-Habibli sus dos mayores alturas, únicos puntos desprovistos de árboles, pero cubiertos de vastas praderas de hierba corta. La meseta del Damlajik cuenta con una superficie considerable; en la parte donde más ensancha —entre la desembocadura del desfiladero de las encinas y las paredes abruptas de la costa—, la distancia a vuelo de pájaro es (según los cálculos de Awakian) de más o menos tres kilómetros. Pero lo que más interesaba a Gabriel eran los límites precisos que la naturaleza había indicado a este macizo: primero un corte al norte, desfiladero angosto unido a una garganta estrecha a la que se tenía acceso desde el valle por un antiguo sendero de mulas, pero que se perdía por los matorrales, pues no existía la menor posibilidad de alcanzar el mar pasando por la pared rocosa. Por otra parte, al sur, donde la montaña cesaba bruscamente, una roza inmensa en forma de torre de cincuenta pies de alto se alzaba ante un semicírculo de peñascos, región desolada, casi sin vegetación. Desde esta fortaleza creada por la naturaleza, se podía dominar con la mirada una parte del mar y toda la planicie del Oronte sembrada de aldeas turcas hasta las alturas agrestes del Djebel Akra. Se divisaban las ruinas impresionantes de los templos y acueductos de Seleucia, esparcidos entre el desorden verde de las enredaderas; se podían ver hasta las rodadas sobre la gran vía que conectaba Antioquía con el Eskel y Suedja. Los cubos albos que semejaban estas pequeñas ciudades formaban manchas claras en el paisaje, y la gran destilería sobre la margen derecha del Oronte, cercana al mar, brillaba intensamente al sol. Cualquier cerebro de cierta habilidad estratégica no podía dejar

de observar la posición ideal para la defensa que representaba el Damlajik. A excepción de la incómoda subida que tomaba pie en el valle y agotaba a los simples paseantes por su pendiente abrupta y mal trazada, no existía sino un punto realmente propicio para el ataque: la estrecha garganta al norte. Pero precisamente aquí la configuración de la montaña ofrecía innumerables ventajas a sus defensores, y, entre otras condiciones muy favorables, los flancos del desfiladero no constituían sino una masa de arbustos pequeños, pinos enanos, matorrales y espinos, obstáculos insuperables capaces de detener a un asaltante.

El trabajo cartográfico de Awakian no agradaba en absoluto a Gabriel. Descubría sin cesar lagunas y errores. El estudiante llegó a temer que la manía de su benefactor se convirtiera en verdadera locura. Aún no adivinaba nada. Ahora pasaban los días enteros en el Damlajik. Bagradian, que había sido oficial de artillería durante la guerra en los Balcanes, conservaba unos gemelos, un jalón de mira, una brújula y otros instrumentos necesarios para medir distancias, que encontraron ahora su aplicación. Con obstinado ardor insistía en que fuera indicada en el croquis la posición de la fuente más pequeña, todo árbol elevado o bloque rocoso. No sólo había rayas rojas, verdes y azules; se agregaban también palabras y nombres extraños. Entre las colinas de la cima y el desfiladero del norte, la meseta se curvaba ligeramente formando una vasta depresión plana. Como estuviera cubierta de una hierba espesa, se encontraban siempre rebaños de corderos blancos y negros con sus pastores parecidos a las figuras de la antigüedad que, invierno y verano, pasaban los días soñolientos sin despojarse jamás de sus pellizas de piel. Contando sus pasos, Gabriel y Awakian calcularon exactamente los límites del pastizal. Bagradian indicó con el dedo dos riachuelos que se deslizaban entre los helechos que bordeaban el pastizal.

—Es una suerte —dijo—, marque con lápiz rojo esta región: «Hondonada de la ciudad».

Semejantes anotaciones, tan misteriosas, no tenían fin. Gabriel parecía buscar con especial insistencia un lugar que eligió finalmente

por su tranquila belleza y su frescor. Este lugar quedaba también próximo a una fuente, pero más cerca del mar que el otro; entre la meseta y las paredes abruptas compactos de mirtos y rododendros formaban un cordón de un verde sombrío.

—Haga el croquis de este lugar, Awakian, apunte con lápiz rojo: Plaza de las tres tiendas.

Awakian no pudo resistirse a preguntar:

—¿Qué quiere decir plaza de las tres tiendas?

Pero ya Gabriel se había alejado sin oírlo. «Aquí me veo condenado a ayudar a un soñador en sus sueños», meditó el estudiante. Pero no pasaron tres días antes que supiera lo que significaba la «plaza de las tres tiendas».

Cuando el doctor Altouni sacó los vendajes del hombro y el brazo de Iskuhi, hizo una mueca de descontento:

—Ya me lo imaginaba. Si estuviéramos en una gran ciudad, todo tendría remedio. Debiste haberte quedado en Alepo, mi lucecita, y dirigirte allá al hospital. Pero tal vez tuviste razón en venir para acá. ¿Quién puede ser profeta en estos tiempos? ¡Pero, vamos, no te desesperes, corazón! ¡Ya nos arreglaremos!

Iskuhi tranquilizó al anciano:

—No me desespero, doctor. Afortunadamente, se trata sólo del brazo izquierdo.

Iskuhi no creía en los tibios consuelos de Altouni. Echó una mirada de reojo a su hombro: el brazo colgaba inerte, atrofiado, más corto. No lo podía mover; sin embargo, estaba satisfecha, pues no sentía ningún dolor. Probablemente quedaría inválida para toda la vida. Pero ¿no era esto un tributo insignificante al destino, si comparaba su suerte con la de aquellos desterrados junto a los cuales había caminado durante dos días y en quienes no podía dejar de pensar? (Como todo el pueblo, ella se había vuelto totalmente indiferente al destino). Sus sueños estaban poblados de imágenes y ruidos de indescriptible horror. Eran miles de pies que se arrastraban, golpeaban, martilleaban el sucio camino, trotaban

siguiendo un ritmo acelerado. Eran niños gimiendo de cansancio que caían por el camino y que ella debía levantar dos y tres veces a pesar de su invalidez. Los gritos de demencia que se oían en la cabeza del convoy hacían acudir a los enfurecidos *saptiehs* con los ojos inyectados en sangre mientras blandían un garrote entre las manos. ¡Y en todas partes, siempre, volvía a ver el rostro del repugnante violador! No era una sola, sino por lo menos treinta caras y entre ellas hasta descubría algunas conocidas que ni siquiera le eran del todo desagradables. La mayoría se inclinaban sobre ella: sucias, repelentes, manchadas de sangre. En sus labios hinchados se veían reventar burbujas de saliva. Podía examinar en todos sus detalles la gigantesca superficie que se le presentaba como una imagen caleidoscópica envolviéndola en emanaciones nauseabundas que apestaban a ajo. Se defendía y mordía las velludas manos de mono que oprimían su pecho. Pero, ¿de qué valía? No tengo más que un brazo, pensaba, como si fuera ésta una circunstancia atenuante que le permitiera abandonarse al espantable abrazo y perder el conocimiento.

Los días que sucedían a noches semejantes se parecían a aquellos de los enfermos de malaria, cuya temperatura corporal pasa desde las temperaturas más altas, para hundirse, sin transición, en temperaturas por debajo de lo normal. Entonces se extendía un velo sobre su espíritu, tal vez fuera la razón que le permitía soportar tan fácilmente su desgracia. Su brazo estropeado colgaba a su costado como un objeto molesto, pero su cuerpo joven y lleno de ardor vital se adaptaba cada día más a este defecto. Sin darse cuenta, se iba acostumbrando a hacer todos los movimientos con la mano derecha y se calmaron completamente sus inquietudes cuando comprobó que ya no necesitaba ayuda de nadie. Ya hacía mucho tiempo que Iskuhi vivía en casa de Bagradian. Algunos días antes el pastor Aram Tomasian había invitado a Gabriel a fin de agradecerle su amabilidad para con su hermana y decirle que iba a buscarla, pues acababa de instalar para ellos una casa desocupada vecina a la de su padre. Gabriel Bagradian se manifestó profundamente contrariado.

—¿Por qué quiere usted quitarnos a Iskuhi, pastor Aram? Aquí

la queremos todos, y especialmente mi mujer.

—A la larga se hace fastidioso tener a extraños en el hogar.

—Esa es una opinión que denota mucho orgullo. Usted mismo sabe que la señorita Iskuhi es una persona cuya presencia no se hace notar lo suficiente en la casa, tanta es su discreción y silencio. Y al fin y al cabo, ¿no tenemos todos aquí el mismo destino?

Aram observó detenidamente a Gabriel.

—Espero que no vea usted nuestro destino bajo tonos más optimistas de lo que son en realidad.

Tras estas palabras de crítica, se ocultaba cierta desconfianza hacia el extranjero a quien nada falta y que parecía no sospechar los horrores cometidos allá. Pero la actitud recelosa del pastor no hizo sino despertar disposiciones amistosas en Bagradian. Su voz adquirió cálidas resonancias.

—¡Lamento que usted no viva con nosotros, pastor Aram Tomasian! Le ruego que venga a vernos siempre que lo desee. Desde hoy habrá constantemente dos cubiertos colocados para ustedes en mi mesa. No tome a mal mi invitación y denos el placer de aceptar, si no significa ello un sacrificio para su esposa.

Julieta se disgustó más aún al pensar que Iskuhi cambiaría de domicilio.

Se había establecido entre las dos mujeres una singular amistad, y Julieta hacía cuanto estaba en su poder por hacerse amiga de la joven armenia. Naturalmente, es muy difícil expresar la verdad absoluta en estas cuestiones, y el sentido de la palabra «conquista» no es sino un término muy superficial para designar esta verdad. No obstante sus diecinueve años, Iskuhi era extraordinariamente inexperta, sobre todo cuando se piensa que en Oriente las mujeres alcanzan muy pronto la madurez. La joven veía en *madame* Bagradian a la gran dama, infinitamente superior en belleza, origen, cultura y experiencia. Cuando ambas estaban sentadas en la habitación de Julieta en el primer piso, aun en ese ambiente de intimidad y confianza, Iskuhi parecía incapaz de vencer su timidez. Tal vez sufría también en esos momentos por la ociosidad a que se veía condenada. Julieta, que buscaba a Iskuhi, no se sentía del todo

segura de sí misma en su presencia. Aunque esto parezca inexplicable, sucedía en realidad. Hay gente que no necesita de títulos ni cualidades excepcionales para hacernos experimentar ante ellas un sentimiento de inferioridad. Con ellos, a su alrededor, tenemos la sensación de no ser sinceros, aunque no exista razón aparente para motivar este reflejo. Tal vez la viveza y la inclinación al parloteo que se apoderaba de Julieta cuando estaba con *madame* Tomasian obedecía a una causa análoga. Podía observar detenidamente a Iskuhi y declararle de repente con vehemencia:

—¿Sabes que en el fondo detesto a todas las orientales por su pereza y la lentitud de sus movimientos? No siempre soporto en mi casa a las mujeres morenas. Pero tú, Iskuhi, tú no eres oriental. Cuando te sientas, como ahora, frente a la luz, tus ojos son completamente azules.

—¿Cómo puede decir eso, señora —replicaba Iskuhi atónita—, con los ojos que usted tiene y los cabellos tan rubios?

—¿Cuántas veces he de decirte, querida, que no me llames señora, sino Julieta, y que me tutees? ¿Quieres acaso hacerme sentir siempre que, de las dos, soy yo la más vieja?

—¡Oh!…, no, no era ésa mi intención… Perdóneme…, perdóneme…

Julieta no podía dejar de reír al ver con qué mirada grave, casi asustada, respondía la inocente Iskuhi a esta broma.

Iskuhi había tenido que abandonar de nuevo la mayor parte de sus vestidos en Zeitun. Julieta la vistió de nuevo de pies a cabeza, lo que para ella supuso una encantadora distracción. De este modo encontró digna aplicación la enorme maleta llena de vestidos que le había seguido en sus viajes de París a Estambul, luego a Beirut y enseguida a este refugio. Julieta ya había perdido el hilo de los progresos de la moda en París. Para suplir esta ignorancia inventó una personal, dejándose llevar por su propio parecer, y se puso a modificar los diferentes tocados para Iskuhi y para ella misma. Estas tareas, realizadas con gran ardor por las tardes, constituían un agradable pasatiempo después de los quehaceres matinales en la casa o en el jardín. El taller de modas fue instalado en una de las grandes

salas desocupadas. La señora de la casa escogió como aprendizas a dos hábiles muchachas de Yoghonoluk. En el pueblo se empezaba a hablar de ello. A menudo llegaban mujeres ofreciendo encajes viejos y nuevos, y sedas. Julieta compraba tal cantidad, que hubiera podido vestir a muchas mujeres para un baile. Ella poseía una fecunda y encantadora inspiración, así que proyectaba sobre el papel sus modelos, sin tener el *Yogue* como ejemplo, y así pasaban las horas. Algunos de esos modelos llegaron a realizarse. La pobre Iskuhi no podía asistir a esas operaciones sino en calidad de espectadora, pero luego se transformó en una maniquí de una fabulosa delicadeza, dando especial relieve a las creaciones artísticas de Julieta. Eran los colores suaves los que mejor le sentaban. Debía probarse continuamente este o aquel traje, deshacer su peinado, levantarse los cabellos, volverse para uno y otro lado. Ella se prestaba gustosa a este juego. Su alegre temperamento, reprimido por el trágico suceso de Zeitun, empezaba a despertarse, lo cual teñía de rosa sus mejillas.

—Realmente eres una hipócrita, *ma petite* —exclamaba Julieta —, cualquiera creería que jamás has usado más que vuestra túnica tradicional y además un velo de turca sobre el rostro, pero apenas te pones mis vestidos los sabes llevar como si en tu vida no te hubieras preocupado más que de la moda. No en balde te has rozado con la cultura francesa durante tu permanencia en Lausanne.

Una noche Julieta le pidió que se probara uno de sus vestidos de baile, escotado y sin mangas. El rostro de Iskuhi se ensombreció.

—Pero, es imposible. No puedo, por mi brazo.

Julieta le lanzó una mirada compasiva:

—Es verdad… ¡Cuánto tiempo va a durar aún esta horrible historia! Dos o tres meses… Entonces regresaremos a Europa y, sabes, te llevaré conmigo, Iskuhi, te doy mi palabra de honor. En París y en Suiza existen establecimientos especializados donde curan esos defectos.

Casi a la hora exacta en que la mujer de Gabriel Bagradian manifestaba esa atrevida esperanza, las primeras caravanas de proscritos, medio muertos de hambre y sed, llegaban a Deir es Zor, a orillas del desierto de Mesopotamia.

No siempre Iskuhi era tan tímida y callada. Cuando las horrendas imágenes la abandonaron un rato, cuando la dejaba libre ese caleidoscópico rostro, sabía reír y contar con alegría algunas cosas graciosas de Zeitun. Desde que Esteban había descubierto en ella un espíritu musical, se pasaba las tardes en el taller de las mujeres.

Julieta acababa de hacer referencia a un tema que había causado graves trastornos a su marido. ¡Cosa extraña! En presencia de Iskuhi se sentía inclinada a hacer hirientes observaciones sobre el pueblo armenio.

—Vosotros sois un pueblo muy antiguo —decía en un torbellino de palabras—, ¡está bien! ¡Un pueblo civilizado!, lo admito. ¿Pero cómo probáis exactamente que sois un pueblo civilizado? Sí, sí, ya sé. No ignoro aquellos famosos nombres que oigo siempre repetir: ¡Abovian, Raffi, Siamanto! ¿Pero quién ha oído hablar de esa gente? Fuera de vosotros, nadie en el mundo. No existe un solo europeo que comprenda y sepa hablar vuestro idioma. No habéis tenido ni Racines ni Voltaires, ni contáis hoy con un Catulle Mendes ni un Pierre Loti. ¿Has leído alguna vez algo de Pierre Loti, querida?

Asombrada por este amargo discurso, Iskuhi levantó la cabeza con atención.

—No, señora… no, no he leído nada de él.

—Son libros en que describe países lejanos —afirmó Julieta en tono desaprobador como si esto fuera razón suficiente para que Iskuhi conociera a Pierre Loti. Por la mirada de Iskuhi se adivinaba que hubiera deseado decir muchas cosas, pero sólo pronunció una pequeña frase:

—Tenemos canciones antiguas muy hermosas.

—Cante algo, señorita —pidió Esteban, que la observaba acurrucado en un rincón de la sala.

Iskuhi casi no le había visto, pero en este instante comprobó con toda nitidez que el hijo de la francesa era un verdadero armenio desprovisto de todo rasgo ajeno a su raza. Fue tal vez ésta la razón que la llevó a desobedecer a su resistencia interior. No cantó sino para Esteban, como si fuera su deber devolver a un universo que les

pertenecía a aquel muchacho desarraigado. Iskuhi tenía un fino hilo de voz que parecía más el gorjeo de un niño que el canto bello de una soprano. Pero en las rítmicas y melancólicas melodías no sonaba solamente esa voz aniñada sino que a ésta se añadía la gravedad de una sacerdotisa. Empezó cantando la canción que había aprendido en Yoghonoluk y enseñado en el orfelinato de Zeitun, la «Canción del ir y venir» que había sido convertida en el canto del trabajo de las siete aldeas, no tanto por su texto lleno de sabiduría como por su solemne melodía:

Pasarán los días de duelo
Como los meses de invierno vienen y van.
Las penas humanas no duran mucho tiempo.
Como en el bazar los clientes vienen y van.

Las persecuciones azotan al pueblo hasta sangrar.
Las caravanas vienen y van.
Los hombres germinan en el jardín del Universo.
Beleño o balsamina, vienen y van.

No sea orgulloso el fuerte ni pálido el débil:
Según la voluntad del Señor, vienen y van.
El sol intrépido lanza su eterno brillo,
Y las nubes sobre el altar, vienen y van.

El mundo es una posada al borde del camino.
Pueblos y viajeros, todos vienen y van.
La madre tierra acaricia al hijo instruido.
Las razas ignorantes desaparecerán.

Mientras Iskuhi cantaba, Julieta sintió claramente aquel aspecto impenetrable, encubierto en forma de timidez o de tristeza, que le hacía rechazar sistemáticamente todos los regalos, resistiendo así obstinadamente a todos sus esfuerzos por acercarse a ella. Como no había comprendido enteramente el texto, se lo hizo traducir en

parte. Cuando le explicaron la última estrofa, exclamó en tono triunfante:

—He aquí otro ejemplo de vuestro orgullo indomable. El hijo instruido que la tierra maternal acaricia de un modo tan especial es, naturalmente, el pueblo armenio, y todas las demás son las razas ignorantes…

Esteban exigió casi imperiosamente:

—¡Otra más, Iskuhi!

Pero esta vez Julieta deseaba escuchar un canto apasionado.

—Una verdadera canción de amor, Iskuhi.

Ligeramente inclinada hacia adelante, Iskuhi permaneció inmóvil en su silla. Su mano izquierda de dedos torcidos yacía sobre su falda. El sol, de sombríos resplandores rojos, iluminaba la ventana tras ella; su rostro quedaba, pues, en la oscuridad y no se podía distinguir el menor de sus rasgos. Al cabo de una corta pausa, pareció haber hallado finalmente algo entre sus recuerdos.

—Conozco varias canciones de amor que cantan aquí. Las aprendí todas cuando era muy pequeña y no comprendía su significado. Hay sobre todo una que es sumamente extraña. Debía ser cantada por un hombre, aunque el personaje principal sea una muchacha.

La voz de entonaciones infantiles y místicas parecía brotar de un vacío. Las estrofas, de un ardor salvaje, contrastaban con la voz fresca que las pronunciaba:

Ella venía de su huerto,
Llevando sobre su pecho
Dos frutos del granado
De hermosos colores púrpura.
Rehusé este regalo tan dulce.
Su mano golpeó su corazón tan tierno,
Golpeó tres, seis, doce veces,
Hasta que el hueso se rompió.

—¡Otra vez! —exigió Esteban, pero ya no hubo manera de que Iskuhi volviese a repetir la canción, pues Gabriel había abierto suavemente la puerta entrando en la habitación.

En esos días la casa de los Bagradian se vio animada por una agitación siempre creciente. Tenían invitados a casi todas las comidas y Gabriel y Julieta se regocijaban con este ajetreo: les resultaba ahora muy difícil quedarse solos. De esta manera también parecía que el tiempo transcurría con más rapidez. Cada día vivido significaba una victoria, pues consolidaba la esperanza de que se hubiera alejado de ellos la sombra de la amenaza. Se acercaba el mes de julio. ¿Cuántos meses duraría aún el peligro? Se hablaba ya de un próximo convenio de paz, y la paz sería la salvación. El pastor Aram iba a sentarse a su mesa regularmente. Howsannah, que no se había recuperado de todos los sufrimientos padecidos, le exhortaba vivamente a ir allá para que pudiera cuidar a Iskuhi. Sabía hasta qué punto se había acostumbrado Aram a vivir con su hermana y no ignoraba que se angustiaba mucho cuando pasaba muchos días sin verla. Además de Tomasian, varios otros iban a comer a casa de Gabriel. El grupo habitual de invitados lo formaban Krikor y sus discípulos; el huésped del farmacéutico, Gonzaga Maris, se unía también a ellos. El joven griego no era sólo estimado por sus talentos de pianista; no era insensible a la belleza y la elegancia, sabía «observar» cuando Gabriel ya no lo hacía, o por lo menos muy rara vez. Los artísticos inventos de Julieta en cuestiones de modas, y que no constituían más que un pasatiempo evocador de la patria, encontraban un eco comprensivo en el atento Gonzaga. Sin vanos halagos éste tenía siempre la palabra precisa que convenía no sólo a Julieta, sino también a las creaciones por medio de las cuales ésta hacía resaltar el encanto de Iskuhi. No adoptaba para esto un tono de admirador, sino de crítico experto y artista, y durante el examen levantaba las cejas oblicuas en un gesto de experto. Su sentido de la belleza se extendía también a su propio exterior. Sin duda Gonzaga carecía de bienes y probablemente su pasado no fuera de los más

afortunados, pero jamás hablaba de ello. Sabía eludir las preguntas de Julieta, no por el deseo de intrigarla con *misterios* o porque tuviera algo que ocultar, sino simplemente porque parecía alejar de sí con un gesto desdeñoso, como un objeto sin valor, cuanto no perteneciera al presente. A pesar de sus escasos recursos o precisamente por ello, se presentaba siempre impecablemente vestido en casa de los Bagradian. Su corrección producía en Julieta una impresión extraordinariamente favorable, aunque ella misma no se diera clara cuenta de ello.

En cambio los dos maestros Chatakhian y Oskanian, cuya ambiciosa rivalidad despertaba, le impresionaban menos favorablemente. Especialmente Oskanian, el hombrecillo, al que dominaba una rabia celosa. No le sirvieron ni sus pergaminos poético-caligráficos ni su altivo silencio, para dirigir la atención de *madame* Bagradian hacia su importancia tan grande como oculta, mientras que el engreído «mestizo» lo había conseguido por su impecabilidad. Oskanian decidió entonces luchar con armas desiguales. Para ello corrió al sastre, que hacía medio siglo había estado dos años en Londres, y aún conservaba los figurines de impecables *lords* de aquel entonces. En cuanto a telas, sólo poseía un paño gris de respetable edad, escasamente digno de servir de forro. A pesar de eso, Oskanian eligió de entre los figurines uno que ostentaba una levita de esbeltas líneas. En la prueba, se puso de manifiesto que las colas de la chaqueta le llegaban al hombrecito hasta los tobillos, cosa que le pareció bien a pesar de las dudas del sastre. Una vez terminada la obra maestra, Oskanian se colocó una flor blanca en el ojal, copia exacta del figurín. Por su propia iniciativa adquirió en la farmacia de Krikor una botella de un «líquido oloroso», cuyo contenido volcó casi íntegro sobre su nueva levita. Efectivamente, enseguida consiguió lo que tanto deseaba: llamar la atención de *madame* Bagradian, y de todos los demás. Gabriel, al percatarse de ello, le llamó aparte e insistió amablemente en que se pusiera una de sus chaquetas, mientras su levita se colgaba unas horas en el jardín para ventilarla.

Un hermoso día de julio, durante el almuerzo, Gabriel

Bagradian hizo la siguiente proposición a los comensales reunidos:

—¿Qué les parecería ir a pasar la tarde y la noche próximas en el Musa Dagh para presenciar la salida del sol por la mañana?

La idea les pareció a todos típica de un europeo, conforme a las inclinaciones de un turista obligado a pasar la mayor parte de su vida entre muros de cemento armado y cartas de negocios. Pero ¿por qué hacer semejante cosa aquí? Los invitados se mostraron profundamente asombrados por la idea; sólo Hapeth Chatakhian, que deseaba siempre mantenerse a la altura de las circunstancias, celebró las delicias de pasar una noche al aire libre. Sin embargo, las palabras de Bagradian habían de desilusionarlo.

—No tenemos necesidad de dormir al aire libre, pues he descubierto aquí, en el cuarto de los trastos viejos, tres tiendas que debieron pertenecer a mi difunto hermano y a las que no falta absolutamente nada. Las utilizaba en sus expediciones de caza. Dos son modernas; las hizo traer de Inglaterra y cada una de ellas puede cobijar a dos o tres personas. La tercera es muy grande y magnífica; es una tienda de jeque. Ignoro si Awetis la trajo de algún viaje o si proviene de las adquisiciones de mi abuelo…

Como Julieta aceptó con gusto esta diversión y Esteban se estremecía ya de placer, se eligió el día siguiente —que era un sábado— para la realización del proyecto. El farmacéutico Krikor, que ya había hecho y visto cuanto se podía en el mundo y para quien no existía nada nuevo bajo el sol, desde las recetas para conservas de frutas hasta la teología comparada, dio una pequeña conferencia sobre sus diferentes experiencias de antaño a la intemperie, fuera de día o de noche. En años anteriores había pasado varias semanas seguidas en el Musa Dagh. Los que realmente conocen el monte —¿y quiénes lo conocen realmente?—, encuentran algún que otro refugio natural, sin necesidad de tiendas. Él, Krikor, no pensaba sólo en la cueva cerca de Kebussije, sino en su leyenda. Ésta hablaba del santo Sarkis que, sobre su caballo, guerrero remontaba la montaña a grandes saltos para convertir a los paganos del Damlajik, siendo las cuevas las huellas dejadas por los poderosos cascos del animal. Aunque el Musa Dagh no tuviera relación alguna con el

santo Sarkis, sí la tenía con Sukiassank, el ermitaño, y otros ermitaños y monjes que en siglos lejanos habían elegido aquellas cuevas como sus viviendas. Durante sus semanas de ermitaño, Krikor no se había dedicado a concentrarse en la vida espiritual, sino que, por el contrario, sólo se había interesado por el conocimiento de la naturaleza. A los esfuerzos de aquellas semanas debía el conocer a fondo hasta el último tesoro botánico del Musa Dagh. También para los *amantes* de las flores había encontrado algunas novedades no estudiadas por Linneo. Krikor, como farmacéutico, se atrevía con los pocos recursos de que disponía y con las hierbas medicinales del Musa Dagh, a confeccionar todas aquellas medicinas que estuvieran en uso. No necesitaba ir a Antioquía para pedirles a las autoridades competentes quinina u otras píldoras y polvos. (Eso iba contra Bagradian, que había observado la farmacopea del sabio con cierto recelo). La mujer del pastor Nokhudian, teniendo en cuenta la débil constitución de su marido Harutiun, e Iskuhi fueron las únicas que se habían horrorizado ante la perspectiva de la poco saludable excursión. ¡Nada más natural! Lo cual no era nada sorprendente, ya que la pobre Iskuhi conocía demasiado bien el horror implacable que le suscitaba el dormir sobre la tierra desnuda y bajo el cielo estrellado. Lo que para los demás significaba una diversión, se convertía a sus ojos en una blasfemia. A menos de sesenta millas de distancia, hacia el este, caravanas extenuadas se arrastraban por los caminos. Esta impía fantasía de Bagradian la indignaba.

—Preferiría quedarme en casa —suplicó Iskuhi.

Gabriel se volvió hacia ella con cierta severidad.

—¡Es imposible, Iskuhi! No puedo creer que sea usted una aguafiestas. Se alojará usted con Julieta en la tienda del jeque.

Iskuhi bajó los ojos hacia el mantel y articuló con dificultad:

—Tengo… temo… Soy tan feliz cada noche por el solo hecho de dormir en una verdadera casa.

Gabriel buscó la mirada de la joven.

—Precisamente contaba con usted.

Iskuhi no se decidió a levantar la cabeza y apretó los labios con

fuerza. Bagradian demostró una insólita rudeza respecto a este pequeño detalle.

—Insisto en que venga, Iskuhi.

Su rostro empezó a palpitar. Entonces Julieta le hizo señas a su marido para que dejara a Iskuhi tranquila y no se preocupara más de eso. Le dio a entender que ella podría vencer más tarde la resistencia de la muchacha. Pero eso resultó ser más difícil de lo que pensaba. Lo intentó con un comentario de mujer experimentada: todos los hombres no son más que unos niños en el fondo. A una mujer que quiera dirigir y dominar la vida conyugal, le es preferible ceder en esas pequeñas niñeces que a veces tienen los hombres para luego imponer su voluntad en el día a día. Ese discurso parecía dirigirse más bien a la propia Julieta en su calidad de esposa. ¿Pero qué importancia tenían para Iskuhi los deseos pueriles de Bagradian? Se volvió, el rostro congestionado:

—Para mí éstas no son cosas sin importancia.

—Pero la excursión puede resultar muy entretenida. Sería un cambio…

—Conservo demasiados recuerdos de semejantes cambios.

—Tu hermano, el pastor, no se ha opuesto…

Iskuhi lanzó un hondo suspiro:

—No es por obstinación solamente…

Pero Julieta parecía haber encontrado un argumento decisivo.

—Si tú te quedas en casa, yo tampoco iré. No tengo ganas de ser la única mujer entre tantos hombres. En ese caso prefiero quedarme aquí.

Iskuhi envolvió a Julieta en una profunda mirada.

—¡No, es imposible! ¡No podríamos hacer eso! Si tú lo deseas, iré. Ya he vencido mi resistencia. Por ti lo haré gustosa.

Repentinamente un gran cansancio se apoderó de Julieta:

—De aquí a mañana por la tarde tenemos aún mucho tiempo. Mientras tanto podemos cambiar diez veces de opinión.

Se llevó la mano a la frente y se cubrió los ojos. La invadía un vértigo extraño, como si algunos de los trágicos recuerdos de Iskuhi se hubieran infiltrado en su propio espíritu.

—¡Tal vez tengas razón, Iskuhi! Vivimos en medio de tal inconsciencia…

Se pusieron en marcha al día siguiente muy temprano. En consideración a las mujeres, no se tomó el camino más rápido por el desfiladero de las encinas, sino el otro más cómodo que daba un rodeo por la garganta del norte. Para llegar allá había que caminar casi media legua por la carretera que unía las aldeas, atravesar Azir y avanzar hasta la mitad del camino a Bitias. A pesar de sus precipicios, y sus fortalezas rocosas sus rincones agrestes, el Musa Dagh se presentó aquel día bajo un aspecto acogedor, exhibiendo su lado más hermoso a los excursionistas. El silencio de Iskuhi se perdía en medio de la alegría general, y hasta su propia tristeza parecía desvanecerse poco a poco. Durante el paseo Gabriel Bagradian observó que, desde que su hijo frecuentaba la escuela del profesor Chatakhian, había comenzado a olvidar su buena educación europea con una rapidez asombrosa.

—Ya casi no le reconozco —había dicho Julieta a Gabriel pocos días antes—. Tendríamos que ocuparnos de esto. Ya habla el francés de los armenios como el de su estupendo profesor.

Esteban conocía ya el Damlajik casi tan bien como su padre y ese día trató de hacer el papel de guía. Pero no podía permanecer en el camino, pues, con un ardor infatigable, descubría constantemente la menor oportunidad de escalar algún punto difícil, para ejercitar su habilidad de gimnasta. A menudo se adelantaba considerablemente al grupo, y luego se quedaba tan atrás, que no se oía sino débilmente su voz respondiendo a las llamadas.

Llegaron al agradable lugar tal y como se había previsto, mucho antes de lo que imaginara Gabriel. Se instalaron las tiendas una vez plantadas las estacas sólidamente en la tierra. Sobre la tienda del jeque del abuelo Awetis ondeaba la bandera, en la cual se encontraban bordadas las armas de la vieja Armenia con el monte Ararat, el arca y, en el centro del escudo, la paloma con las alas desplegadas.

Esa tienda era en realidad espléndida, resto de una época de pompas y glorias. Medía ocho pies de largo y siete de ancho. Sus

estacas eran del grueso de un brazo, confeccionadas en maderas preciosas; suntuosos tapices cubrían las paredes interiores. Sin embargo, tenía un grave defecto; en el interior se sentía un olor penetrante a alcanfor y vejez. Las telas habían permanecido enrolladas durante años, cosidas en grandes sacos que el mayordomo Kristaphor sepultaba de tarde en tarde bajo verdaderas montañas de alcanfor y polvos insecticidas. Las dos tiendas modernas que el joven Awetis había traído consigo desde Londres a Yoghonoluk algunos años antes, habían causado mayor admiración, aunque estuvieran confeccionadas en simple lona. Éstas contaban, en cambio, con cuanto puede inventar el ingenio de un cazador experimentado y hombre de mundo en comodidades y recursos para una instalación provisional. No se había olvidado nada en esas tiendas; catres de campaña plegables sobre los cuales no costaba el menor sacrificio dormir; sacos de cama de seda, mesas y sillas livianas como plumas, que se podían introducir unas en otras; una batería de cocina, un servicio de té, bandejas y platos, todo ello en aluminio; lavabos y un baño de goma; por fin algunos objetos dignos de una observación especial, lámparas a prueba del viento que funcionaban con petróleo o alcohol.

Se procedió a la distribución de habitaciones. Julieta rehusó la tienda del jeque y se instaló con Iskuhi en uno de los alojamientos más modernos. La otra tienda de explorador fue adjudicada a Krikor y Gonzaga. Por razones ocultas, el profesor Oskanian declaró, lanzando una severa mirada a Julieta, que prefería pasar la noche solitaria concentrado en sí mismo y alejado de toda sociedad humana. Al hacer esta declaración echaba ligeramente atrás su cabeza de cabellos crespos, como si esperara que alguna afectuosa voz femenina lo invitara a cambiar de opinión. Pero Julieta no pensaba en ese momento en las bestias feroces de la montaña ni en los temibles desertores, a cuya merced Oskanian pretendía exponer su vida. En cuanto a Gabriel, Esteban, Awakian y Chatakhian, se instalaron esa noche en la espléndida residencia sobre la cual ondeaba el estandarte armenio.

En su fuero interno, Bagradian dio a esa noche el nombre de

«ensayo general». Transcurrió, sin embargo, sin incidente alguno que pudiera justificar esa denominación. No ocurrió nada romántico, no siendo el hecho de que el cocinero Howhannes hizo la comida sobre una gran fogata. Además Missak, el más audaz de los criados, se había aventurado algunos días antes hasta Antioquía y había comprado a un amigo vendedor de armas todo un lote de conservas inglesas con las que cargó su mula y que probarían en esa oportunidad. Estaban todos sentados sobre mantas alrededor del fuego; Missak había extendido un mantel sobre un lugar plano y dispuesto ahí los cubiertos. La noche era agradablemente fresca y la luna se aproximaba a su última faz. El fuego ardía ya débilmente. Bebieron vino y un poco de aquel fuerte licor de moras que destilan los habitantes de las aldeas. Sin embargo, la aventura no lograba adquirir un carácter de bienestar familiar y de serena alegría. Julieta dio pronto fin a la reunión; se sentía extrañamente oprimida y comprendía por fin la resistencia de Iskuhi. Por todos lados la *rodeaba la* tierra implacable, salvaje, inhabitada, formando una atmósfera de tremenda soledad. Tal vez fuera exacto que Gabriel se entregaba a un juego limpio. Se retiró con Iskuhi a su tienda, y los demás se dieron también las buenas noches. La cabeza altiva, Oskanian se apartó para pagar, con una noche glacial, su gran arrebato de inútil fiereza. Gabriel se preocupó de organizar el servicio de guardias. Cada tres horas, dos hombres debían asegurar la protección de las tiendas, y para ello Bagradian les entregó fusiles y cartuchos. Kristaphor y Missak habían acompañado siempre a su difunto amo en las cacerías y eran expertos en el manejo de las armas. Gabriel se retiró el último, pero, como Iskuhi, no podía conciliar el sueño. La joven permanecía extendida, rígida, sin atreverse a mover un dedo por temor a despertar a Julieta; Gabriel, al contrario, se revolvió sin cesar durante horas. El olor a alcanfor ya rancio que despedía la tienda le asfixiaba la garganta; finalmente se vistió y salió. Tal vez faltaba aún media hora para la medianoche. Mandó acostarse a Missak y al cocinero, que estaban de guardia en ese momento y, enseguida, como único defensor de la plaza de las tres tiendas, se puso a deambular arriba y abajo. A veces hacía

funcionar su linterna eléctrica, pero ésta sólo iluminaba un espacio muy reducido. Los murciélagos cruzaban rápidamente la oscuridad. Cuando una nube deslizándose hacia el mar descubrió la luna, un ruiseñor lanzó de pronto en el silencio absoluto algunas notas tan admirablemente moduladas, que Bagradian se detuvo impresionado. Quiso preguntarse cómo era posible que sus pensamientos más íntimos hubieran tomado una postura tan precisa: se concretaban en tres tiendas que destacaban su silueta bajo el cielo nocturno. ¿Cómo había sucedido? En ese momento no podía pensar; su alma estaba demasiado saturada. Cuando Gabriel encendió otro cigarrillo divisó a corta distancia un fantasma que, de pie, encendía igualmente un cigarrillo. La sombra llevaba el gorro de pieles de los soldados turcos y se apoyaba en un fusil de infantería. No se podía ver su rostro, pero por lo que se percibía al resplandor del cigarrillo parecía extremadamente delgado. Gabriel llamó al fantasma, pero ni a su segunda ni a su tercera llamada respondió éste. Gabriel sacó la pistola de oficial que llevaba consigo y con un ruido seco dio a entender que retiraba el seguro. No era ésta sino una simple formalidad, pues comprendió perfectamente que la sombra no le haría daño alguno. Ésta permaneció unos instantes inmóvil y luego estalló en una carcajada extrañamente prolongada y cínica, y finalmente cigarrillo y hombre desaparecieron. Gabriel despertó a Kristaphor, que dormía.

—Anda gente por aquí. Creo que son desertores.

El administrador no mostró la menor sorpresa.

—¡Eh! Sí, son sin duda desertores; esos pobres tipos no tienen la vida fácil.

—Sólo vi a uno.

—¿Tal vez fuera Sarkis Kilikian?

—¿Quién es Sarkis Kilikian?

—*¡Asdwaz im!* ¡Dios de misericordia! —Kristaphor hizo un gesto de impotencia como indicando que era imposible expresar con palabras la personalidad de Sarkis Kilikian. Pero Bagradian ordenó a la servidumbre, que ya se había despertado:

—¡Vayan a buscar a ese Kilikian! Llévenle algo que comer; ese

hombre tiene hambre.

Kristaphor y Missak se pusieron en camino provistos de algunas latas de conservas y una linterna. Pero al cabo de un rato volvieron solos. Probablemente en el último momento habían tenido miedo de llevar a cabo su misión.

Si la noche había transcurrido en un ambiente pesado, la mañana fue una decepción. Había bruma, y un extraño malestar se apoderó de las almas. El sol salió sin que nadie pudiera ver nada… Sin embargo, treparon a una de las áridas colinas desde donde se podía divisar el mar y la montaña emergiendo lentamente de entre la niebla. Bagradian dio vueltas inspeccionando por todos lados el horizonte:

—Podría uno quedarse aquí varias semanas.

El tono que empleó para pronunciar esta frase parecía pretender defender contra cualquier injusta calumnia las bellezas del Musa Dagh.

Krikor, lleno de tranquilidad y contemplando el mar revuelto, dijo:

—En mis tiempos y en días claros se podía ver Chipre.

Nadie se rió ante esta salida, ni se preguntó si acaso la isla de Chipre se habría internado más en el Mediterráneo desde que los ingleses la habían hecho su base. También Gabriel miró hacia Chipre.

—El cabo Andreas está a unas cuarenta millas marítimas de la desembocadura del Oronte, pero a pesar de ello, desde que estoy aquí no he podido ver ningún buque de guerra inglés o francés desde la costa.

—Así y todo, ellos están en Chipre.

Con estas palabras sentenciosas, Krikor les volvió la espalda, para dirigir su mirada hacia las infinitas tierras del sur y del este. Hacía tiempo que no disfrutaba de esta vista, así que se dispuso a contemplarla con calma. Veía cómo los arcos romanos del acueducto de Seleucia se alejaban decididos hacia la insoportable calina. Sobre

los áridos montes del este del Damlajik se alzaba triunfante un sol rojizo. También alcanzaba a ver cómo las colinas discurrían grises y pardas una detrás de otra hasta Antioquía. Incomprensiblemente tenían que vivir cientos de miles de personas entre los pliegues vacíos de las montañas y en estas poco favorecidas llanuras. Esta imagen perfecta y yerma indujo al boticario a mirar hacia otra parte, intencionadamente en silencio. Su anciano dedo señalaba mientras en el vacío.

—¡Mirad! ¡Todo está como siempre! Bajo Abdul Hamid todo el horizonte se veía a veces en llamas. Y a pesar de eso hemos llegado a esta edad.

Gonzaga Maris era sin duda el que mejor había dormido. Así lo atestiguaba su aspecto radiante y entusiasta. Con el dedo indicó la gran destilería de Suedja cuya chimenea comenzaba ya a echar humo. Esa fábrica, explicó, pertenecía a una sociedad extranjera; su director era un griego que había conocido en Alejandreta.

Hacía dos días había conversado con él de algunas novedades interesantes. La primera era la siguiente: el presidente de los Estados Unidos de América, en connivencia con el Papa de la Iglesia Romana, habían iniciado los trámites de una proposición de paz que iba por excelentes vías de realización. La segunda era que la deportación de los armenios afectaba solamente a los valiatos de Anatolia y no tenía nada que ver con Siria. Naturalmente, Gonzaga no podía garantizar la autenticidad de estas afirmaciones, pero el director de la fábrica era indudablemente un personaje de importancia, pues todos los meses mantenía entrevistas personales con el valí de Alepo para establecer los pedidos de alcohol del Gobierno. En ese momento se apoderó de Gabriel una certidumbre: se imaginó disipados todos los peligros, y la catástrofe, hasta hacía poco inminente, relegada a lejanías invisibles. Tuvo la ilusión de haber ahuyentado al destino amenazador y, agradecido, espetó:

—¡Vamos, confiésenlo! ¿No les parece todo esto hermosísimo?

Julieta insistió en que regresaran pronto a casa. Le molestaba mucho encontrarse en sociedad por las mañanas, y especialmente cuando ésta era puramente masculina. A esas horas del día sólo las

mujeres feas pueden tener buen aspecto, pensaba, y a las seis de la mañana una dama no debía ser visible para nadie. Además, deseaba reposar por lo menos media hora antes de asistir a misa.

Católica, había adoptado la fe gregoriana antes de casarse por amor con Gabriel; era éste uno de los sacrificios que acostumbraba recordar a su marido en algunas de sus discusiones. Según su táctica habitual, criticaba a cada momento ciertas cosas de la Iglesia armenia. Según su parecer, carecía de pompa y brillo. Julieta desaprobaba sobre todo que los sacerdotes gregorianos usaran una barba tan larga. No podía soportar a los hombres barbudos.

Para el regreso se tomó el camino más corto, que descendía a Yoghonoluk por el desfiladero de las encinas. Krikor, Gabriel y Chatakhian caminaban delante; Esteban los seguía con Iskuhi, y detrás de ellos iba Oskanian solo. El pequeño maestro quería dar a entender con su semblante inaccesible que estaba insatisfecho con todo el mundo. De vez en cuando hacía rodar con rabia las piedras, como si de ese modo pudiera desahogar su furia con los de adelante. Julieta y Gonzaga Maris eran los últimos. Bagradian había dado la consigna de no desarmar las tiendas. Uno de los caballerizos debía permanecer constantemente en el Damlajik para cuidarlas; probablemente pronto emprenderían otra excursión parecida. Por una idea supersticiosa, Bagradian creía conjurar las fuerzas del destino gracias a estos preparativos. El pésimo sendero de mulas se perdía en algunos sitios entre la maleza. El calzado ligero de Julieta y sobre todo sus poco habituados pies se mostraban espantados ante tales obstáculos. Gonzaga le tendió una mano firme y eficaz. De vez en cuando cambiaban una que otra frase incoherente y vacilante.

—Una idea me obsesiona constantemente, *madame*, y es el que nosotros dos seamos los únicos extranjeros aquí.

Julieta inspeccionaba con la mirada inquieta el terreno que se presentaba a sus pies.

—Usted por lo menos es griego… Ya no es tan extranjero aquí.

Gonzaga dejó que superase sin su ayuda un paso difícil.

—¿Cómo? He sido educado en América… Usted, en cambio, hace mucho tiempo que está casada con un armenio.

—Naturalmente, tengo una razón para vivir aquí… Pero ¿usted?

—En el curso de mi existencia, las causas se han presentado siempre después de los hechos.

Habían llegado a un lugar en que la bajada seguía una marcada pendiente y se pusieron a correr. Julieta se detuvo para respirar.

—Nunca he comprendido la razón que le retiene aquí… No es usted muy comunicativo en estas cosas… ¿Qué puede estar haciendo en Alejandreta un americano que no trafica en pieles de cordero, algodón o agallas?

—Aunque no sea muy comunicativo…, tenga cuidado, por favor, en ese sitio…; puedo decirle la verdad… Era pianista en un *music hall*, y acompañaba a la compañía en sus giras… Es una triste historia… Aunque Krikor, mi protector, tenga de ella una alta idea.

—¡Vaya, vaya!… Y ha abandonado usted tan vilmente a esas artistas… ¿Dónde se encuentra actualmente la compañía?

—Tiene contratos en Alepo, Damasco y Beirut…

—¿Y usted se escapó?

—¡Si le parece, puede decirlo así…! En realidad, fue una fuga… Es uno de mis males…

—¿Fugarse?… ¡Un hombre tan joven como usted!… Sin duda lo empujaron razones muy graves…

—No soy tan joven como usted supone…

—¡Dios mío!, qué camino…; tengo los zapatos llenos de piedrecillas… Déme la mano, por favor…

Con la mano izquierda se cogió fuertemente a Gonzaga y con la derecha sacudió el zapato. Pero él no renunció a su pregunta:

—¿Qué edad cree usted que tengo?…, ¡adivine!

—Realmente, no me encuentro ahora en un estado adecuado para tales ejercicios…

En tono grave, como con remordimientos, Gonzaga pronunció:

—¡Tengo treinta y dos años!

Julieta lanzó una breve carcajada.

—¡Oh!, para un hombre…

—Seguramente he visto más mundo que usted, *madame*… Cuando uno es empujado así a todas partes, se conoce la verdad…

—Sólo Dios sabe dónde estarán ya los demás… ¡Eh!… Podrían contestar por lo menos…

—Llegaremos a tiempo…

Al volverse el camino nuevamente abrupto y pedregoso, Julieta se detuvo.

—No estoy acostumbrada a estas excursiones por la mañana… Me duelen las piernas… Descansemos un rato…

—Realmente, no hay dónde sentarse por aquí…

—Se lo repito, Gonzaga, trate de salir de Yoghonoluk antes de que sea tarde… ¿Qué podría ocurrirle? Es usted ciudadano americano… Tampoco tiene aspecto de armenio…

—¿Qué aspecto tengo?… Francés, tal vez…

—No necesita usted tener que imaginarse eso.

El riachuelo que regaba el desfiladero de las encinas atravesaba el camino en este lugar. Gonzaga levantó a Julieta en brazos y con un ligero balanceo la transportó al otro lado. Al ver sus hombros estrechos no se habría creído que tuviera tanta fuerza. Ella sentía los dedos fríos de este hombre en sus caderas. El sendero se hizo más fácil y apresuraron la marcha. Gonzaga abordó el punto más inquietante:

—¿Y Gabriel Bagradian? ¿Por qué se queda él aquí? ¿No tiene ningún medio para salir de Turquía?

—¿En plena guerra?… ¿Y para dirigirse a dónde? Somos súbditos turcos… Gabriel forma parte del ejército turco… Nos han quitado los pasaportes… ¿Cómo se puede entender a estos salvajes?

—Pero usted tiene un marcado aspecto de francesa, Julieta… No, francamente se parece usted más bien a una inglesa…

—¿Francesa?… ¿Inglesa?… ¿Qué significa todo eso?

—Con un poco de valor podría escabullirse por donde quisiera usted personalmente…

—¡Soy esposa y madre!

Julieta comenzó a caminar tan rápido que Gonzaga no podía seguirla. Ella creyó oírle decir en un murmullo:

—La vida es la vida.

Se volvió bruscamente.

—Si ésa es su opinión, ¿por qué se queda más tiempo en Asia?

—¿Yo? Porque todos los hombres del mundo están en guerra.

El paso de Julieta se hizo más mesurado.

—¡Tiene usted tantas facilidades, Gonzaga! ¡Qué no haríamos nosotros con un pasaporte americano! Podría reunirse sin dificultad con sus compañeros en Damasco o Beirut. ¿Por qué se obstina en permanecer precisamente en este hoyo perdido?

—¿Por qué? —en este lugar Gonzaga ya podía caminar junto a Julieta—: ¿Por qué? Si lo supiera exactamente, Julieta, sería la menos indicada para decírselo.

En la próxima vuelta los estaba esperando Oskanian. Se había sobrepuesto a su resentimiento, reunido por fin con la pareja, devoraba de vez en cuando a Julieta con una mirada sombría e imperiosa. En el grupo se pronunció apenas una que otra palabra hasta que llegaron a la puerta de la villa.

Llevado por una intuición precisa, Gabriel Bagradian había organizado su ensayo general en el último momento. Alí Nassif, el gendarme de rostro marcado, le esperaba ante el portón.

—*Effendi*, he venido a buscar mis *medjijehs*, el resto de la suma de la cual me diste una pequeña parte.

Gabriel sacó de su cartera un billete de una libra y se lo dio a Alí Nassif con un gesto impasible, como si no sintiera la menor impaciencia por recibir a cambio las últimas noticias que había pagado por adelantado. El viejo *saptieh* tomó el dinero con prudencia:

—Cometo una falta grave al faltar así a mi deber. ¿No me traicionarás, *Effendi*?

—¡Tienes el dinero, habla ahora!

Alí Nassif se puso a parpadear con una expresión dolorida:

—Dentro de tres días el *mudir* y el comisario de policía vendrán a dar una vuelta por las aldeas.

Bagradian depositó su bastón en un rincón y se quitó los prismáticos que colgaban de su hombro.

—¡Ah! ¡Ah! ¿Y qué buenas noticias nos traerán a las aldeas el *mudir* y el comisario de policía?

El gendarme se frotó enérgicamente el mentón mal rasurado.

—¡Tenéis que salir de aquí, *Effendi*, tú y todos los demás! El valí y el caimacán lo ordenan. Los *septiehs* os reunirán, a ti y a tus compatriotas de Suedja y Antioquía, para conduciros al este. Pero también puedo advertiros de que no podréis acampar en Alepo; se ha decidido esto por los cónsules.

—¿Y tú, Alí Nassif, estarás entre los *saptiehs*?

El hombre del rostro picado de viruela hizo gestos de horror.

—*¡Inch Alá!* Doy gracias a Dios. ¡No! ¿Acaso no he vivido con vosotros durante doce años? ¿Y como comandante del distrito? Jamás ha ocurrido ningún incidente mientras yo he velado día y noche por el mantenimiento del orden. Y he aquí que pierdo mi buen puesto por vosotros. ¡Oh, qué ingratitud! Nuestro retén será completamente disuelto.

Para consolar a este desgraciado en su profundo dolor, Bagradian le puso en la mano unos cigarrillos.

—Dime, Alí Nassif, ¿y cuándo van a disolver a tu retén?

—He recibido la orden de dirigirme hoy mismo a Antioquía. El *mudir* vendrá con toda su *compañía*.

Mientras tanto, Julieta, Iskuhi y Esteban habían entrado en la casa. La presencia de Alí Nassif no despertó la menor sospecha. Gabriel empujó al *saptieh*, parado bajo el umbral del portón, hacia la entrada cubierta de cascajo.

—Por lo que acabas de decirme, Alí Nassif, deduzco que las aldeas permanecerán tres días sin vigilancia.

Gabriel parecía considerar sumamente reprochable esta imprudencia. El gendarme bajó la voz y dijo en un tono angustiado:

—¡Oh, *Effendi*! Si me denuncias me ahorcarán colocándome además sobre el pecho un cartel con estas palabras: «Traidor a su patria». Sin embargo, te lo diré todo; durante tres días no habrá *saptiehs* en las aldeas, pues habrá que repartir los nuevos puestos en Antioquía. Luego os concederán también algunos días para arreglar vuestros asuntos.

Gabriel Bagradian lanzó una inquieta mirada hacia las ventanas de la casa: se hubiera creído que temía la vigilancia de Julieta.

—¿Os han pedido una lista de los habitantes, Alí Nassif?

El hombre picado de viruelas le lanzó un guiño a Gabriel tan franco como malicioso.

—No esperes una excepción en lo que a ti te concierne, *Effendi*. Sobre todo persiguen a los ricos y a la gente que tiene cierta instrucción. He aquí lo que se dice: ¿de qué nos serviría hacer reventar a los pobres trabajadores armenios si los grandes señores, los ricachos y abogados continúan estorbándonos en el país? Y tú eres especialmente mal visto; tu nombre es el primero, *Effendi*; hablan todo el tiempo de ti. Tampoco te imagines que se librará tu familia. Han *previsto* el golpe hasta en sus menores detalles; permaneceréis reunidos hasta Antioquía y enseguida os separarán.

Gabriel examinaba al *saptieh* con una expresión casi alegre:

—Parece que pertenecieras al grupo de grandes personajes y tuvieras su absoluta confianza. ¿El *mudir* te ha abierto acaso su corazón, Alí Nassif?

Éste hizo un gesto afirmativo y solemne:

—Sólo por ti, *Effendi*, me he dado todo este trabajo. He ido expresamente a las oficinas del *hukumet* y en todas partes he mantenido el oído alerta, sólo por ti. ¡Oh, *Effendi*! A pesar del pequeño billete que me has dado merezco realmente una recompensa en el otro mundo. ¿Qué significa hoy un billete de una libra? Si se lo cambian a uno en el bazar encuentran siempre algún medio de robárselo. Mira, mis sucesores juntarán mucho más de cien libras de oro y que todos los *medjijehs* que se podrían reunir en las siete aldeas. Tu casa les pertenecerá con cuanto contiene, pues no podrás llevarte nada. Y se harán dueños de tus caballos y de tu jardín con todos sus frutos…

Bagradian interrumpió bruscamente esta poética enumeración.

—¡Les deseo que tengan buen provecho!

Se levantó cuan grande era, pero Alí Nassif, melancólico, no se movía de su sitio.

—¡Y pensar que he vendido todo eso por un trocito de papel!

Deseoso de deshacerse de él, Gabriel extrajo de sus bolsillos todas las piastras que llevaba y se las entregó.

Cuando Gabriel Bagradian llegó a la parroquia, comprobó con gran asombro que Ter Haigassun estaba informado de la catástrofe desde muchas horas antes de que Alí Nassif se lo contara a él. En la pequeña sala se encontraban Tomás Kebussjan, los otros seis *mouchtars*, dos sacerdotes casados y el pastor Nokhudian de Bitias; todos los rostros con el color de la ceniza o de una cérea palidez. Lejos de alejarse la niebla de semiinconsciencia enfermiza en que esta gente se encontraba sumida desde hacía varias semanas, el último golpe no había hecho sino espesarla. Estaban colocados en círculo, arrimados a la pared de la que parecían surgir como estatuas inanimadas. Sólo Ter Haigassun estaba sentado; su cabeza echada hacia atrás quedaba completamente en penumbra, pero sus manos, reposando tranquilas sobre la mesa de trabajo, resplandecían como un rayo de sol inmóvil. Cuando uno de los personajes reunidos decía algo, apenas se escuchaba su voz y no se le veía mover los labios. El propio Ter Haigassun murmuró de un modo casi imperceptible estas palabras dirigidas a Gabriel Bagradian:

—Acabo de pedir a los *mouchtars* presentes que convoquen a las comunas apenas regresen a las aldeas. Es preciso que hoy, tan pronto como sea posible, se dirijan a Yoghonoluk todos los adultos residentes entre Wakef y Kebussije. Organizaremos una reunión para discutir los medios que tenemos a nuestra disposición.

La voz temblorosa del pastor Nokhudian surgió de un rincón de la sala:

—No contamos con medios a nuestra disposición…

El *mouchtar* de Bitias avanzó unos pasos.

—Importa poco que esto nos beneficie en algo o no; es necesario que el pueblo se reúna, que oiga hablar y hable él mismo. Enseguida todo será más fácil.

Con el ceño fruncido, Ter Haigassun había soportado esta interrupción; luego continuó exponiendo su voluntad a Gabriel.

—Durante esta reunión, las comunas han de elegir a algunas personas en las que tengan confianza y que se encargarán de la dirección. El orden es el único arma que nos mantendrá vivos. Si logramos sostener ahí fuera una organización y un orden, entonces tal vez no muramos…

Al pronunciar la palabra «fuera», Ter Haigassun entreabrió los ojos y dirigió a Gabriel una mirada escrutadora. Tomas Kebussjan movía su cabeza calva.

—No se podrá organizar esta reunión en la plaza de la iglesia ni dentro de ésta tampoco. Los *saptiehs* andan siempre merodeando por ahí. Y además hay otra gente. ¡Sólo Dios sabe quiénes se meten entre nosotros, quiénes nos espían y traicionan! Por lo demás, la iglesia es demasiado pequeña. Pero ¿dónde ir?

—¿Dónde? ¡Es muy simple! —Gabriel Bagradian tomaba la palabra por primera vez—. Mi jardín está cerrado por una tapia muy alta, y este muro cuenta con tres puertas que son muy fáciles de cerrar. Hay lugar allí para diez mil personas. Estaremos ahí como en una fortaleza.

Esta proposición de Gabriel los decidió. Aquéllos que deseaban aceptar el aniquilamiento sin hacer el menor esfuerzo, fuera por desesperación, por indolencia o apatía, y aun aquellos que encontraban dificultades en todo momento, no pusieron ninguna objeción. Tal vez una de las razones de esa aceptación fuera aquella superstición por la cual se creía que la familia Bagradian mantenía relaciones con las personalidades gubernamentales y podía de ese modo actuar eficazmente. Los hombres se retiraron, arrastrando el paso, no sin antes haber prometido exhortar a sus comunas a asistir a la indispensable reunión. Como Yoghonoluk quedaba en el centro de las diferentes localidades, hasta los últimos rezagados podrían llegar al jardín del *Effendi* Bagradian antes de las cuatro y media de la tarde. Los *mouchtars* convinieron en vigilar personalmente las puertas de entrada a fin de evitar toda intromisión. Ter Haigassun se levantó; las campanas llamaban ya a la iglesia y debía prepararse todo para el servicio religioso.

De todas las misas que se celebran en los diferentes credos

cristianos, la armenia es la más prolongada. Entre el introito y la última bendición transcurre más o menos una hora y media. Ningún instrumento, aparte de las campanillas y del ruido de las abluciones, acompaña los cantos del coro que, más impaciente que otros domingos, se intentó acelerar para arrastrar en su ritmo al sacerdote y acortar el oficio. Pero aquel día no lo podían conseguir; Ter Haigassun se atrasaba más que nunca en cada versículo y acto sagrado. ¿Deseaba acaso concentrar su oración con la esperanza de que algún milagro trajera la inconcebible salvación? ¿Deseaba tal vez retrasar el momento en que la revelación caería como un rayo sobre las comunas aún ignorantes? Este momento no llegó sino demasiado pronto; dio la última bendición a los fieles y pronunció las palabras rituales:

—¡Id en paz! ¡El Señor sea con vosotros!

Se escuchaba ya en los bancos el ruido confuso de la multitud que se disponía a salir, cuando Ter Haigassun, adelantándose al borde de las gradas del altar, abrió los brazos exclamando:

—¡Se ha producido la desgracia que temíamos! —Luego continuó con voz atemperada—: Que nadie se asuste ni agite inútilmente. En los días próximos hemos de continuar guardando el profundo silencio que reina en este momento. No valdrá de nada perder la cabeza, provocar en todas partes el desorden, llorar y gemir; con esto no se haría sino empeorar la situación. La unión, la firmeza y el orden: he aquí los únicos medios que nos permitirán resistir a las más espantosas calamidades. Tenemos aún tiempo para meditar cada una de nuestra decisiones. Ter Haigassun invitó a la comunidad a la gran asamblea que debía llevarse a cabo frente a la casa de Bagradian. Ningún adulto, sano de cuerpo y espíritu, hombre o mujer, debía faltar.

En el curso de esa asamblea las siete comunas no se preocuparían sólo de acordar las decisiones relativas a su conducta futura, sino también de escoger jefes que, hasta el límite de lo posible, representarían al pueblo frente a las autoridades. Esa vez no sería suficiente con el voto de la mano levantada usado en las elecciones municipales. Cada uno de vosotros debía llevar un papel y

un lápiz para expresar su voto de forma correcta.

—Y ahora, regresad tranquilamente a vuestras casas —suplicó el sacerdote—, no forméis grupos, ni hagáis nada que pueda llamar la atención. Tal vez hayan enviado espías entre nosotros para que nos vigilen. Los *saptiehs* no deben darse cuenta de que estáis preparados. ¡No olvidéis llevar vuestros votos y sed puntuales! ¡Y calma ante todo!

Esta última recomendación era perfectamente inútil. Como en un desfile de espectros o de vivos tocados por el dedo de la muerte, los fieles salían, vacilantes y mudos, a la luz del sol que parecían no reconocer.

El hombre no se conoce a sí mismo hasta que no es puesto a prueba. Hasta ese día la fórmula de vida de Gabriel Bagradian se resumía en estas palabras: hijo de buena familia. Había crecido en medio de un bienestar extremo allá en Europa y pasado su vida en París en meditaciones contemplativas. Separado por mucho tiempo de su pueblo, del Estado y de toda comunidad real, se había convertido en un ser abstracto. Ciertamente habían sido muy pocas las dificultades externas con las que él se había topado. Su hermano mayor —benefactor invisible y casi inexistente—, en su calidad de jefe de la familia, proveía a las necesidades de todos. Luego, un incidente extraño, que se produjo en esta existencia introspectiva dedicada enteramente al pensamiento y los sentimientos, un único fenómeno de interrupción: el episodio de la Academia Militar y la guerra de los Balcanes. El idealismo patriótico que se apoderó de pronto de este intelectual no era fácil de comprender. La gran confraternización política que unía entonces a las juventudes turcas y armenias no es suficiente para explicar este cambio. Tal vez ello se debiera a otro impulso, a una misteriosa inquietud; tal vez fuera una tentativa de escape de una vida demasiado monótona. Durante esa corta campaña, Gabriel Bagradian descubrió en sí mismo aptitudes insospechadas. No se limitaba, como hasta entonces, a ser un hombre capaz de interesarse exclusivamente por los mundos

interiores. Se había manifestado a la altura de las circunstancias tanto por la energía como por su inteligencia, prudencia y coraje; y lo que es más, poseía estas cualidades en mayor grado que sus camaradas orientales. Sí que era cierto que había obtenido un rápido ascenso, recibido varias condecoraciones y citado en la orden del día. Lo que estaba por venir obviamente hizo olvidar todo eso, relegándolo al rango de recuerdos casi incomprensibles, pues la naturaleza primitiva recobró sus derechos con más serenidad y madurez que antes. Pero aquel día —el veinticuatro de julio— convirtió todos los años de su vida en un mero preludio.

El que quedó más estupefacto fue Samuel Awakian al ver que las quimeras de un gandul en busca de distracciones, que se había visto forzado a secundar durante semanas, formaban ahora un edificio sólido y un vasto plan estratégico. Estaban instalados en el gabinete de trabajo de Gabriel Bagradian, que había cerrado con llave. Ya podían llamar o golpear la puerta en vano, pues nadie tenía derecho a entrar. Las rayas, cruces y líneas ondulantes dibujadas sobre los tres mapas, y que tanto intrigaran al estudiante cuando éste los suponía un ingenuo juego, aparecieron poco a poco como un sistema de defensa concebido en todos sus detalles. La gran raya azul trazada bajo el desfiladero norte correspondía a una larga trinchera apoyada en las barricadas de piedra de los flancos rocosos indicados por puntos de color café. La línea azul más delgada dibujada detrás representaba una trinchera de reserva; los pequeños rectángulos a los lados de estas trincheras eran los flancos y los puestos de avanzada. También los números dos a once, que llenaban la pendiente del Damlajik por el lado del valle, dejaron de ser cifras sin valor para convertirse en importantes sectores de defensa. Del mismo modo todas las demás inscripciones tomaron un sentido real: la hondonada de la ciudad, la terraza de la meseta, la colina del comando, el observatorio I, II, III, el bastión sur. Este último constituía el punto más importante de la organización. Bastaba con una docena de hombres para mantener a raya desde ahí a cualquier adversario por superior que fuera su número. Hasta las mujeres podrían en algunos casos encargarse del servicio de defensa. El

rostro de Gabriel resplandecía de ardor. Más que nunca recordaba los rasgos juveniles de Esteban.

—Estoy lleno de esperanza —dijo, midiendo las distancias con el compás de Esteban—, porque conozco al soldado turco. Los mejores se encuentran en el frente. Lo que queda de infantería, *saptiehs* y el contingente de regulares de los cuarteles de Antioquía no sirven para nada; tienen apenas el valor suficiente para cometer crímenes sin peligro.

La frente alta y un poco inclinada de Samuel Awakian, que se veía de pronto trasplantado a un raro oficio guerrero, estaba pálida como un lienzo y contrastaba con el color ardiente de Gabriel. Éste señaló:

—Contamos a lo sumo con mil hombres. Ignoro cuánto respecto a armas y municiones. Hay soldados turcos hasta en los villorrios más pequeños, y no sólo en Antioquía; se les encuentra en todas partes…

—Somos un pueblo de 5.500 almas —le interrumpió Bagradian —, no podemos esperar de ellos piedad, sino la muerte lenta. Y no es fácil sitiar el Musa Dagh.

Awakian, abatido, miraba fijamente por la ventana.

—¿Pero esas cinco mil almas tendrán su misma voluntad, *Effendi*?

—Si no aceptan mi proposición, merecen la muerte atroz que les espera en el lodo de Mesopotamia… ¡Pero yo no quiero vivir así, no quiero ser salvado! ¡Quiero luchar! ¡Quiero matar tantos turcos como cartuchos tengamos, y si es necesario permaneceré solo en el Damlajik en medio de los desertores!

En realidad no era éste un estallido de odio, sino una ira sagrada y gozosa al mismo tiempo, que daba un brillo extraordinario a los ojos de Bagradian. Parecía encantado con la idea de resistir él solo a los millones de hombres que componían el ejército de Enver Pacha. Una onda de locura lo hizo estremecerse; se levantó y comenzó a pasear por la habitación.

—¡No quiero vivir por vivir, sino que quiero servir para algo!

Awakian, destrozado, no cedía aún.

—¡Eso está muy bien! Nos defenderemos por un tiempo; pero, ¿y después?

Gabriel interrumpió su acelerado paseo enervado y, ya tranquilo, reemprendió su tarea.

—Después tendremos que resolver una infinidad de problemas en el corto espacio de veinticuatro horas. ¿Dónde quedará el depósito de la carne, el otro para las municiones y la enfermería? ¿Qué clase de viviendas habrá que construir? Existen bastantes fuentes, pero, ¿cuál será el mejor modo de organizar el servicio de agua? He aquí algunas hojas donde he esbozado un reglamento para la instrucción de nuestra fuerza armada. ¡Páseme eso a limpio, Awakian! Tal vez lo necesitemos. Sobre todo ponga esos apuntes en orden; no creo haber olvidado mucho. Por el momento todo esto no es sino teoría, pero estoy convencido de que la mayor parte de ello es realizable. Nosotros los armenios nos vanagloriamos siempre de nuestra superioridad intelectual, por eso hemos exasperado hasta un límite extremo a nuestros enemigos. ¡Y bien! ¡Ahora les vamos a mostrar con hechos palpables cuán superiores somos!

Awakian estaba completamente trastornado. Más que el destino común, lo que le impresionaba era la fuerza incontenible que nacía de Gabriel. Lo sentía envuelto en un estado de apasionado fervor. Cuanto menos hablaba, más tranquilo trabajaba y más hermético se volvía. Samuel Awakian experimentaba esa influencia con tal fuerza, que no podía dominar su espíritu; no encontraba palabras con que expresar sus dudas y no separaba la mirada de la figura de Gabriel que, desbordante de actividad, se dedicaba por entero al estudio del mapa estratégico. Era tal su apatía, que apenas escuchó las palabras de Bagradian, hasta que éste, impacientado, le repitió varias veces las órdenes:

—¡Baje ahora, Awakian! Avise de que no acudiré a la mesa y que me manden algo con Missak; no puedo perder un minuto. Además, no deseo ver a nadie antes de la asamblea, a nadie, entiende, ni siquiera a mi mujer.

La afluencia del pueblo comenzó desde las primeras horas de la tarde. Como había quedado convenido, los *mouchtars* inspeccionaban personalmente las tres entradas del parque para observar a cada uno de los que llegaban. Esta medida de prudencia era, por lo demás, superflua, pues Alí Nassif ya se había ido a Antioquía con sus hombres, sin llamar la atención ni despedirse de ninguno de sus antiguos amigos. Se comprobó también que ni la familia del cartero, ni ningún habitante de los pueblos musulmanes limítrofes se habían deslizado a hurtadillas entre los grupos que se dirigían a Yoghonoluk. Mucho antes de la hora indicada ya habían pasado por el tamiz los últimos grupos. Se cerraron entonces las dos puertas y el gran portón. El pueblo se aglomeraba en la gran plaza descubierta ante la villa; eran más o menos tres mil personas. Hacia el ala derecha de la casa se extendía el amplio patio de servicio que, obedeciendo al deseo de Ter Haigassun, se había separado del otro espacio por medio de cuerdas para tender ropa extendidas de un extremo a otro con el objeto de dejarlo vacío. En la baranda estaban reunidos los notables; la pequeña escalera que conducía a ella constituía una buena tribuna para los oradores. El secretario de la alcaldía de Yoghonoluk había instalado su mesa al pie de esta escalera a fin de poder tomar nota de las decisiones más importantes. Gabriel Bagradian permaneció el mayor tiempo posible en su habitación, desde cuya ventana no veía a la multitud. Temía malgastar prematuramente en vanas palabrerías la riqueza interior que lo henchía. No salió de la casa hasta después de haber sido llamado por Ter Haigassun. Vio entonces surgir ante él los rostros lívidos, abatidos, no los de tres mil, sino uno solo; el rostro desesperado de la deportación, idéntico aquí al que se reproducía en cien lugares diferentes a la misma hora. Esta masa se comprimía con tal ansiedad —aunque no fuera necesario—, que parecía menor en número a lo que era en realidad. Mucho más allá, en un lugar donde unos árboles viejos limitaban la plaza, algunos armenios aislados estaban sentados en el suelo, ajenos a la multitud, como si su propia vida no tuviera ya importancia para ellos.

Al observar con esa mirada al pueblo que era el suyo, Gabriel se

sintió sobrecogido de espanto, y su corazón se puso a palpitar desordenadamente. He aquí que la verdad resultaba totalmente diferente de la idea que se había formado. No parecían éstas las mismas criaturas que veía todos los días en las aldeas, pero eran el motivo de sus atrevidos cálculos. Esos ojos desmesuradamente abiertos lo contemplaban con una gravedad y una amargura que indicaban la proximidad de la muerte. Los rostros que lo rodeaban parecían frutos secados al sol; hasta las mejillas de los más jóvenes se le antojaban envejecidas y llenas de arrugas. Cuando durante sus expediciones había pasado horas enteras en compañía de campesinos y aldeanos, tampoco había visto la verdad igual que el viajero cuando atraviesa una localidad en coche. Ahora, en aquella hora solemne, por primera vez, el desarraigado entraba nuevamente a formar parte del tronco del que lo separaron. Cuanto había planeado y elaborado allá en su cuarto se derrumbaba ahora. ¡Eran tan extraños e incomprensibles para él aquéllos a los que deseaba arrastrar consigo! Algunas mujeres llevaban aún sus vestidos domingueros y sobre la cabeza un chal de seda, monedas atadas en collares alrededor del cuello, y en los puños brazaletes huecos que se entrechocaban con un ruido seco. Varias entre ellas estaban ataviadas al modo turco. Sus piernas iban cubiertas por el gran pantalón bombacho y extendían sobre la frente el *feredeh* aunque fueran cristianas devotas. Era una consecuencia de la vecindad; tales imitaciones se daban sobre todo en las aldeas limítrofes como Wakef y Kebussije. Gabriel miraba a los hombres vestidos con sus sombríos *entaris*, que llevaban sobre el rostro encuadrado en la barba espesa el fez o el gorro de pieles. Como hacía calor, algunos de ellos se habían abierto la camisa y dejaban el pecho al descubierto. La piel brillaba con un resplandor extrañamente claro en contraste con sus cuellos tostados y oscuros de campesinos. Las cabezas blancas de los mendigos ciegos, parecidos a profetas, surgían aquí y allá en medio de la multitud, como una imagen plástica del juicio final. En primera fila se encontraba Kéwork, el bailarín del girasol; la expresión del rostro del cretino no parecía ya un balbuceo diligente, sino más bien un reproche lanzado de este mundo al más allá. Gabriel pasó sus

heladas manos sobre la tela inglesa de su traje. Su propio contacto lo quemó como ortigas y al mismo tiempo le asaltó una interrogación: «¿Por qué he de ser precisamente yo? ¿Qué puedo decirles yo? ¡Qué pretensión la mía!». Como en un eclipse solar, vio pasar la sombra de la responsabilidad, que él había tomado, bajo la forma de un siniestro murciélago. Un pensamiento infame se le presentó: ¡irse de allí! ¡Inmediatamente, lejos, no importa dónde sea! Ter Haigassun empezaba a pronunciar lentamente las primeras palabras dirigidas a la multitud. Estas golpeaban, a cada instante más nítidas, los oídos de Gabriel. Palabras y frases iban adquiriendo sentido. El eclipse solar se borraba de su firmamento.

Ter Haigassun estaba de pie e inmóvil sobre la primera grada superior. Sólo sus labios y la cruz suspendida de su cuello se agitaban débilmente mientras hablaba. El capuchón ensombrecía su pálido rostro, desde cuyas mejillas hundidas nacía una barba negra en la que se dibujaban dos mechas blancas. Sus ojos, que mantenía cerrados, formaban dos sombras misteriosas. Al verlo se hubiera creído que esa hora no significaba para él el comienzo de lo inconcebible, sino que ya tenía la experiencia de ello y que ahora, alcanzado su fin, podría felizmente reposar. Aunque el armenio —como todas las lenguas orientales— se presta a la pomposidad y el lujo de imágenes, el sacerdote hablaba en frases concisas, casi cortantes: Se trataba de conocer exactamente las intenciones del Gobierno. Entre los más ancianos asistentes probablemente ninguno había escapado al horror de las matanzas de antaño, bien porque hubiera padecido por ellas físicamente en su propio cuerpo o bien moralmente por la muerte de parientes en Anatolia. En aquellos momentos Cristo había custodiado el Musa Dagh con inmerecidos favores. Durante largos y benditos años, la paz había reinado en las aldeas mientras los compatriotas eran asesinados por millares en Adana y en otras partes. Además había que establecer una distinción entre la matanza y la deportación. El primero de esos males duraba cuatro, cinco, hasta siete días en el peor de los casos. Todo hombre valeroso encontraba algún medio de vender cara su vida y buscar rápidamente un escondite para su mujer y sus hijos; la

sed sanguinaria de los soldados enloquecidos se saciaba bien pronto, pues hasta el más bestial de los *saptiehs* experimentaba enseguida repugnancia por ello. Era indudable que el Gobierno mismo había organizado siempre esos horrores, pero sin haber querido jamás hacerse responsable de ellos. Se producían en el desorden y en el desorden morían. Pero ese desorden era durante las matanzas el mejor elemento, pues el más cruel era, en cambio, la muerte. ¡Sin embargo, con el destierro, no sucedía lo mismo! En ese caso, la suerte más envidiable era la muerte, aunque fuera la más espantosa. La deportación no se alejaba como un terremoto que dejaba siempre en pie algunas casas y hombres a salvo. La deportación se prolongaba hasta que el último hombre de un pueblo caía traspasado por la espada, moría de hambre en el camino, de sed en el desierto o a consecuencia del cólera o el tifus. Esa vez no se trataba de un acto de despotismo absoluto, reflejado en una embriaguez sanguinaria transitoria, sino de algo más horrible aún: el orden. Todo se desarrollaba según un plan cuidadosamente concebido en los ministerios de Estambul. Él mismo, Ter Haigassun, conocía ese proyecto desde hacía muchos meses, lo conocía ya antes de que hubiera ocurrido la catástrofe de Zeitun. Sabía también que los esfuerzos de católicos, del patriarca y los obispos no habían valido de nada, lo mismo que los ruegos y amenazas de embajadores y cónsules. Lo único que había podido hacer (como simple sacerdote que era) había sido callar, callar a pesar de sus escrúpulos de conciencia, para no arrebatar a más infortunados feligreses los últimos días felices de su vida. Esa época había pasado irremediablemente; ahora había que mirar la verdad de frente sin hacerse ilusiones. Que nadie propusiera proyectos insensatos en el curso de la discusión de hoy, como pudiera ser el enviar diputados a las autoridades para pedir piedad, o cualquier otra sugerencia de esa especie. Eso no conduciría sino a la pérdida de un tiempo precioso: ya no podían esperar ninguna salvación de los hombres. Cristo, que había muerto en la cruz, exigía que se le imitara en sus sufrimientos. Ya no les quedaba sino morir…

En esa parte de su discurso Ter Haigassun intercaló una pausa

apenas perceptible antes de concluir, cambiando súbitamente el tono:

—¡Sólo nos falta saber cómo!

—¿Cómo, morir?… —exclamó el pastor Aram Tomasian precipitándose al lado de Ter Haigassun—. ¡Yo sé perfectamente cómo he de morir! No como un cordero indefenso, ni en el camino a Deit es Zor; no será en medio de la inmundicia de un campamento de deportación, ni de hambre o epidemias repugnantes, no; moriré en el umbral de mi puerta con las armas en la mano, y el Cristo cuya palabra santa predico me ha de dar la fuerza necesaria para ello. ¡Y a mi lado morirá mi mujer con el niño que lleva en las entrañas y que no verá la luz del día!…

Este arranque casi derrumbó al afligido pastor. Se oprimió el diafragma con la mano hasta recobrar el aliento. Un poco más sosegado, comenzó a pintar el destino de los deportados tal como lo había experimentado él mismo bajo una forma por lo demás muy reducida y atenuada:

—Nadie puede adivinar de qué se trata antes de haberlo vivido, nadie puede imaginárselo exactamente. No se sabe sino en el último instante, cuando el oficial da la señal de partida, cuando la iglesia y las casas que volvemos a mirar disminuyen en el horizonte hasta desaparecer por completo…

Aram describía el largo camino sin fin, etapa tras etapa; contó cómo se hieren los pies y sangran, cómo se hincha el cuerpo, cómo uno cae extenuado y permanece tirado sobre el camino, cómo consigue arrastrarse siguiendo a los otros; cómo se hunde uno lentamente en la animalidad y cómo, durante semanas, se revienta a fuego lento bajo los continuos garrotazos. Esas frases caían como pesados golpes sobre la muchedumbre. Pero, cosa extraña, no se oía brotar de esos miles de almas torturadas ni el menor grito ni ningún ataque de desesperación. Observaban siempre al pequeño grupo de hombres, de pie allá ante la gran puerta de entrada, como si fueran actores trágicos que trataran de contarles una historia cuyo tema no les concerniera en absoluto. Aquellos viñadores, horticultores, escultores en madera, fabricantes de peinetas, apicultores,

cultivadores de gusanos y tejedores de seda que habían vivido tanto tiempo en espera de la catástrofe, no lograban comprenderla ahora que se producía. Sus rostros descompuestos conservaban una expresión forzada. Se percibía, empero, un impulso vital que pugnaba por romper, cual una mariposa, el capullo malsano en que se había envuelto tanto tiempo. Aram Tomasian exclamó:

—¡Felices los muertos que ya no han de soportar semejantes dolores!

En ese momento, una queja indescriptible recorrió la multitud. No era un ruidoso sollozo, sino un largo gemido modulado, un suspiro agitado que no tenía nada de humano y parecía más bien exhalado por la tierra sufriente. Las palabras de Aram acallaron del todo la queja general.

—Nosotros también deseamos morir lo más pronto posible. ¡Por eso defenderemos nuestros hogares para morir así lo más pronto posible junto a nuestras mujeres y niños!

—¿Por qué morir?

La voz provenía de la boca de Gabriel Bagradian. Mientras escuchaba hablar, la luz se había hecho en él y se preguntaba: «¿Soy yo?». Su corazón palpitaba tranquilo; la opresión que lo paralizara había desaparecido dando lugar a una gran seguridad. Sus músculos estaban tensos y una profunda convicción lo poseía enteramente. «Aunque sólo fuera por este instante, mi vida valdría la pena de haber sido vivida». Siempre que conversaba con los habitantes de las aldeas, las palabras que pronunciaba en armenio le parecían artificiales y forzadas. Pero ahora ya no era él quien hablaba —y esta idea le inspiraba una gran tranquilidad—, sino el poder misterioso que lo había llevado hasta allí por los largos caminos de innumerables siglos y por la ruta más breve de su propia vida. Mientras hablaba, escuchaba estupefacto cómo una fuerza interior parecía encontrar siempre las palabras adecuadas.

—No he vivido con vosotros, mis hermanos y hermanas… Es verdad… Me había convertido en un extranjero para mi patria y ya no sabía nada de vosotros… Pero, sin duda previendo esta hora, Dios me arrancó de las grandes ciudades de Occidente y me trajo a

la vieja casa de mi abuelo… Y ya no soy para vosotros un semidesconocido, ni un huésped pasajero, pues voy a compartir vuestro destino… Con vosotros voy a vivir o morir… También sé que el Gobierno me tratará con menos consideraciones que a cualquier otro. Odia y persigue a la gente de mi especie con especial encarnizamiento…; como vosotros, estoy obligado a defender la vida de mi familia… Por eso estudio desde hace varias semanas las posibilidades que nos quedan… Y bien, yo, que al principio estaba desalentado, ya no lo estoy… Al contrario, estoy lleno de esperanza… Si Dios quiere ayudarnos, no moriremos. No me toméis por un loco, pues no os estoy hablando a la ligera; os hablo como hombre que ha estado en la guerra, como oficial…

Las palabras se sucedían unas a otras, cada vez más concisas y claras. Su trabajo de los últimos días daba por fin sus frutos. Pensó ampliamente en todos los incontables problemas, desde todos los ángulos posibles, lo cual le dio una mayor solidez interior. La superioridad del raciocinio sistemático tal como lo había aprendido en Europa, lo colocaba muy por encima de aquellos sumisos y resignados siervos de la fatalidad. Refutó la desesperada alocución de Aram, sin aludir a ella directamente: que el pretender resistir a los *saptiehs* en las calles y casas de las aldeas era una tentativa insensata. Podría darse que durante las primeras horas lograran inesperados éxitos; sin embargo, era seguro que la lucha no terminaría con una muerte rápida, sino con un interminable martirio, que incluía los seguros secuestros y violaciones de las mujeres más jóvenes.

—Yo también soy partidario de la defensa hasta la última gota de sangre. Pero para ello existen lugares más a propósito que el valle y las aldeas. —Con un ademán indicó en dirección al Musa Dagh, que se elevaba tras la casa y cuyas puntas sobresalían del techo de ésta, como si deseara tomar parte en la asamblea—. Recordad las antiguas historias en donde vemos que el Damlajik sirvió de refugio y guarida a los perseguidos hijos de Armenia: Para sitiar y apoderarse del Damlajik se necesita una gran fuerza armada. Seguramente Dchemal Pachá preferirá ocupar sus tropas en otra

cosa que no sea la de reducir a algunos miles de armenios sublevados. En cuanto a los *saptiehs*, nos podremos deshacer fácilmente de ellos. Para defender la montaña basta con algunos centenares de hombres resueltos y un número igual de armas. Esas armas y esos hombres los tenemos.

Levantó la mano como si fuera a hacer un juramento.

—Me comprometo ante vosotros a organizar la resistencia para preservar a nuestras mujeres e hijos de la muerte por más tiempo del que tendrían si fueran expatriados. Podremos mantenernos durante varias semanas, más aún, durante meses tal vez. ¿Quién sabe? Acaso Dios nos conceda que se termine la guerra en ese plazo. Sería entonces la salvación para todos nosotros. Si, por otra parte, no se produce la paz, tenemos siempre el mar a nuestras espaldas. Chipre no está lejos con sus navíos de guerra franceses e ingleses. ¿No podemos esperar que pase uno de estos barcos cerca de la costa y sea atraído por nuestras señales y llamadas de auxilio? Si ninguna de estas felices eventualidades se produce, para morir siempre hay tiempo, y así no nos despreciaremos a nosotros mismos como corderos indefensos.

El discurso produjo el más extraordinario efecto. Se hubiera dicho que por primera vez la muchedumbre despertaba de su letargo a la plena conciencia de su destino. Al principio, Gabriel creyó que se había explicado mal y que el pueblo rechazaría su proyecto con alaridos furiosos. La masa compacta se disgregó de golpe. Las mujeres lanzaban gritos estridentes, las voces masculinas intercambiaban graves juramentos. Una violenta emoción agitaba a la gente. ¿Dónde estaban los rostros de rústicos sometidos a la voluntad divina y envejecidos por el dolor sobre los cuales, hacía un momento, se extendía el velo de un profundo silencio? Una áspera discusión parecía tomar cuerpo. Los hombres se precipitaban unos contra otros gritando, rasgándose los trajes y tirándose de las barbas. Pero esa reacción no era la consecuencia de una diferencia de opiniones sino más bien de una frenética descarga, era el estallido de su impotencia ante la muerte, que acababa de revelarse al pueblo al escuchar las primeras palabras de esperanza y fortaleza.

¿Cómo era posible esto? Entre esos miles de seres cuyos gritos de desesperación se desencadenaban en un tumulto confuso, ¿no había ninguno que durante ese largo periodo de espera hubiera tenido esa misma simple inspiración? ¿No se imponía acaso esa idea por sus mismas antiguas tradiciones? ¿Era necesario que para expresarla tuviera que venir un extranjero, un señor de Europa? Era natural; más de uno de entre aquellos miles había tenido la misma idea, pero la consideraba un sueño irrealizable. Aun en los diálogos más íntimos nadie, jamás, había osado declararlo. Hasta ese día se habían adormecido con la dulce y artificial ilusión de que la fatalidad escondería las garras a la vista del Musa Dagh. Pero, ¿quiénes eran esas gentes? Pobres aldeanos abandonados, eran una tribu aislada sobre una isla atacada por todos lados sin una ciudad que la respaldase. En Antioquía no había un número considerable de armenios y éstos eran casi todos cambistas, mercaderes de bazar, comerciantes en cereales y por lo tanto gente poco dispuesta a la rebelión y menos aún a socorrer a sus hermanos combatientes. En Alejandreta no vivían sino unos pocos armenios muy ricos, banqueros y proveedores del ejército, propietarios de villas suntuosas como las de Beirut. Estos magnates de la fortuna, siempre medrosos, no pensaban jamás en los montañeses del Musa Dagh. Entre ellos no se encontraba nadie de la talla del viejo Awetis Bagradian. Cerraban las puertas de sus villas y se ocultaban en los rincones más oscuros. Para salvar la vida y sus bienes, dos o tres de ellos se habían convertido al islamismo y colocado bajo el cuchillo mohoso de la circuncisión. ¡Ah!, la gente de allá al noroeste, los habitantes de Van y Urfa, ésos llevaban una vida envidiable. Van y Urfa eran grandes ciudades armenias repletas de armamentos y famosas por haber resistido a los turcos durante siglos. Allí había importantes personalidades, diputados del Dachnakzagan, capaces de dirigir al pueblo. Allá era fácil pensar en la resistencia y organizaría. Pero en la aldea de Yoghonoluk, ¿quién habría osado imaginar tentativas tan sacrílegas? ¿Rebelarse contra la fuerza gubernamental y militar? Todos aquellos que habían nacido en el valle y vivían allí llevaban prendida en el corazón una mezcla de

horror hacia el Estado, el eterno enemigo hereditario. El Estado era el *saptieh* que puede golpear y detener sin razón; el Estado era el cobrador y percibidor de impuestos que sin consideraciones se introducía en las casas y se apoderaba de cuanto le parecía útil; el Estado era la oficina inmunda con el retrato del sultán, sus versículos del Corán y el piso manchado de salivazos, donde se iba a pagar el *bedel*; el Estado era el cuartel con el patio vacío donde se hacía el servicio militar, donde el *tchauch* —cuando no era el *onbachi* — distribuía puñetazos y donde se tenía siempre reservada una paliza especial para los hijos de Armenia. Y el armenio no podía deshacerse de un sentimiento de terror y sumisión hacia este Estado benevolente, como un perro, con su amo. Por eso resultaba tan natural que fuera un extranjero el que lanzara en medio de la multitud la idea de una defensa sistemáticamente organizada.

Gabriel contempló a la multitud en silencio. Ter Haigassun se dirigió hacia él, y extendiendo las manos, rozó con la punta de los dedos los hombros de Bagradian. Era éste el germen, un indeciso proyecto de abrazo. También era un gesto de bendición y de dominio de sí mismo. Hasta se habría podido leer en el fondo de sus fríos y humildes ojos: «He aquí lo que hemos resuelto juntos sin decirnos una palabra. No esperaba menos de ti». Gabriel había sentido cada vez que se encontraba con Ter Haigassun que éste se reservaba ante él y hasta lo rechazaba por un motivo desconocido. Por eso la tentativa de abrazo del sacerdote lo dejó ahora confundido e inmóvil. Los dedos enflaquecidos de Ter Haigassun se deslizaron de sus hombros.

Entre tanto, el pastor Harutiun Nokhudian trataba de calmar a la multitud. Aquel hombrecito frágil debía luchar al mismo tiempo contra su mujer que, enloquecida, se esforzaba por retenerlo para impedirle que cometiera alguna imprudencia. Sólo a costa de grandes esfuerzos pudo Nokhudian hacerse oír. Tuvo que forzar su débil voz tan alto como pudo.

—Cristo nos ordena expresamente la obediencia a las autoridades. Cristo nos ordena expresamente devolver bien por mal. El Evangelio es mi profesión, y como pastor no puedo permitir a

mis corderos la menor insubordinación.

El pastor, que en sus visitas a los Bagradian había parecido más bien un pobre hombre enfermizo e insignificante, dio pruebas en ese momento de una gran voluntad al declarar su punto de vista. Expuso las consecuencias de una revuelta armada tal como él lo entendía. La sublevación daría realmente al Gobierno pleno derecho de transformar su infame resolución en un brutal acto de venganza. En ese caso la muerte no sería ya una loable imitación de los sufrimientos del Señor, sino el castigo que merecen legalmente todos los rebeldes, y el crimen de la rebelión no caería sólo sobre las almas de los miembros de esa asamblea, sino que se volvería infaliblemente contra la nación entera, contra todos los hijos e hijas de Armenia. Era ofrecer a la vista del mundo entero una excelente oportunidad a los dirigentes para acusar justamente de alta traición al pueblo armenio. Una buena esposa no debía abandonar su casa aunque su marido la maltratase.

Ésa era la opinión de Nokhudian, aunque en su hogar estas cosas ocurrían al revés, ya que su mujer no sólo lo tiranizaba por cuestiones de salud. Su voz tensa amenazaba quebrarse.

—¿Y quién puede asegurarnos que nuestra deportación tendrá el final predicho por Ter Haigassun y Aram Tomasian? ¿Acaso la voluntad de Dios no es también insondable para ellos? ¿No tiene el Señor acaso el poder de enviarnos socorros por todos lados? ¿No se encuentran por todas partes almas compasivas, tanto entre los turcos como entre los árabes y los kurdos? ¿Por qué no habíamos de encontrar, aun en el extranjero, el alimento y un abrigo a condición de conservar nuestra confianza en Dios? ¿No sería posible que la salvación viniera ya en camino precisamente ahora que estamos desesperados? Si no nos encuentra aquí, tal vez nos dé alcance en Alepo, y si no llega a Alepo, la esperaremos en la próxima estación. Nuestros cuerpos sufrirán mucho, pero las almas permanecerán libres. Si podemos escoger entre dos muertes, la una inocente y la otra culpable, ¿por qué habríamos de inclinarnos por la solución culpable?

Harutiun Nokhudian no pudo seguir su discurso, pues su débil

voz se vio desplazada en ese momento por una voz de mujer más profunda y decidida. Aquel ser belicoso de negras vestiduras matroniles, ¿podía ser realmente la Madrecita Antaram, la mujer del anciano médico? ¿Era Mairik Antaram, la auxiliadora, la infatigable enfermera, la Madrecita de todas las madres, a quien ninguno de los que socorriera con sus manos o palabras había escuchado jamás pronunciar un discurso, medianamente largo siquiera? En medio de su excitación, su chal de encajes negros había resbalado de sus cabellos, que llevaba separados por una raya al medio y que no eran aún completamente grises. Su nariz surgía altanera y audaz del rostro arrebolado. La silueta, coronada por su cabeza echada hacia atrás, se elevaba, erguida y desbordante de fuerzas, sobre sus anchas caderas. Mil arrugas belicosas rodeaban sus ojos azules y transparentes; sin embargo, Antaram Altouni se rejuveneció con el espléndido arrebato.

—Soy mujer —desde las primeras palabras que pronunció su voz potente impuso el silencio general—, soy mujer y hablo por todas las mujeres presentes. ¡Ya he sufrido mucho! Mi corazón ha muerto muchas veces. Hace mucho tiempo que la muerte me es indiferente; no la miraré cuando la vea venir. Pero no quiero morir en la vergüenza, no quiero reventar por el camino ni pudrirme al aire libre. ¡Ah, no! Sin embargo, tampoco quiero continuar viviendo si ha de ser en un campo de deportación entre bandidos infames y sus víctimas ya envilecidas. ¡Ah, no! ¡Tampoco quiero eso! ¡Nosotras todas, las mujeres, no deseamos semejante destino, ninguna de nosotras lo desea! Y si los hombres son demasiado cobardes, nosotras, las mujeres, tomaremos solas las armas y nos iremos al Musa Dagh… ¡con Gabriel Bagradian!

Esta proclamación fanática promovió un tumulto muy superior al anterior. Se habría podido creer que de un momento a otro aquellos insensatos iban a desenvainar sus cuchillos, y proceder ellos mismos a la matanza antes de que los turcos se encargaran de ello. Ya los profesores, con Chatakhian a la cabeza, se lanzaron en medio de la multitud para separar a los adversarios y organizar un servicio de vigilancia si era necesario. Con un gesto, Ter Haigassun los

retuvo. Él conocía a su pueblo mejor que los profesores y los *mouchtars*; aquella explosión no era una disputa, sino simple excitación. La conciencia de esos millares de hombres, que no habían asimilado aún la idea de la deportación, tenía que asimilar ahora las grandiosas palabras de los oradores. Una mirada del sacerdote les dijo: «¡Dejadlo!». Impasible, observaba el tumulto en el cual las voces femeninas dirigidas por Antaram cada vez dominaban más. También impidió tomar la palabra a otros oradores que se presentaron, como el profesor Oskanian. En ese punto tenía razón. En cuanto dejó de avivarse el bullicio, éste se apagó mucho más rápido de lo que se esperaba. Al cabo de unos minutos se había ahogado a sí mismo, y no se oían sino algunos gruñidos y sollozos aislados. Ter Haigassun consideró llegado el momento de concluir brevemente con una exposición clara y precisa, resumiendo la situación. Hizo con la mano derecha un ademán apaciguador.

—En el fondo, todo esto es muy sencillo —dijo sin levantar la voz, pero marcando cada sílaba a fin de que éstas penetraran en el espíritu ofuscado de la masa—: Os han presentado dos proyectos. Cada uno de ellos indica los dos únicos caminos que podemos seguir; no existen para nosotros otras resoluciones. Uno (el del pastor Nokhudian), nos lleva hacia el este con los *saptiehs*; el otro (el de Gabriel Bagradian), nos conduce con nuestras armas al Damlajik.

Cada uno de vosotros tiene entera libertad de elegir el camino que le indique su razón o su voluntad. No hay más que agregar sobre este punto, pues cuanto tenía importancia ya se ha dicho. Os facilitaré la decisión; el pastor Nokhudian tendrá la bondad de ir a colocarse al otro lado de la cuerda en el patio desocupado. Aquellos que comparten la opinión del pastor y prefieren ir al destierro, se irán a su lado. Los que, al contrario, estén de parte de Gabriel no tienen más que quedarse aquí sin moverse. ¡Que nadie se precipite! ¡Tenemos tiempo suficiente!

Se hizo un profundo silencio. Sólo el sollozo de la mujer de Nokhudian era perceptible. El viejo pastor agachó la cabeza tocada con el pequeño gorro redondo. La carga demasiado pesada de sus pensamientos parecía empujar su enjuto cuerpo hacia delante y

arrastrarlo hacia el suelo. Permaneció mucho rato en esa actitud meditativa. Luego sus piernas comenzaron a moverse y con paso lento y vacilante se dirigió hacia el lugar que le indicara Ter Haigassun. Con un gesto torpe levantó la cuerda por encima de su cabeza. El patio de servicio se extendía casi hasta la villa, de la que lo separaba sólo un prado bordeado de magnolias. No sólo la servidumbre adscrita a la casa, sino también el personal de caballerizas se encontraban en la asamblea. Las cortas piernas de Nokhudian pudieron apreciar el largo camino de la decisión; también porque necesitaron un buen rato hasta que alcanzaron los arbustos de magnolias, donde una vez allí se colocó de espaldas a la multitud. Su mujer lo siguió sacudida por los sollozos. Pasó otro rato aún más largo y vacío que el anterior, durante el cual no se oyó una sola palabra. Al cabo de éste, algunos se separaron de la multitud y abriéndose camino cruzaron el espacio intermedio con el mismo paso lento y meditativo del pastor Nokhudian, al que se iban a unir. Al principio fueron muy pocos; eran los decanos de la parroquia protestante de Bitias y sus mujeres. Pero luego el número de los que preferían ir al destierro se hizo más importante, de tal manera que, al final, el pastor se vio rodeado de casi todos sus feligreses, jóvenes y ancianos. Se le adhirieron aún algunos habitantes de otras aldeas, pero no eran éstas sino gente muy vieja y agotada por los sufrimientos, a quienes ya les fallaba el poder de resistencia, y que temían indisponerse con el cielo en sus últimos días de vida. Las manos juntas sobre el pecho, como si se dispusieran a orar, daban el primer paso en el camino de su calvario. Todos estos incidentes se produjeron de un modo tan circunspecto, tan íntimo, que el espectáculo no producía la impresión de una decisión cargada de consecuencias, sino el de una ceremonia religiosa; al ver caminar a estos hombres se habría creído que bajaban directamente a sus tumbas, sin haber tenido necesidad de tenderse para morir. Primero fue uno solo; enseguida otro. Una pareja, luego varios juntos. Otra pareja, y finalmente el grupo de Nokhudian contaba casi cuatrocientas almas incluyendo a los miembros de la parroquia, que se habían quedado en sus casas por

enfermedad u otras razones. Era una proporción considerable de la población de Bitias —segunda localidad del valle—, que de ese modo el pastor tomaba bajo su tutela. La mayoría de ellos seguía el paso irregular de sus compatriotas que, con los ojos cerrados, decidieron obedecer. Ni una palabra, ni un sonido interrumpió su recogimiento. Pero el último que, con mucho atraso, fue a reunirse al grupo de Nokhudian, era un hombre contrahecho que, apoyándose en su bastón, vacilaba como un borracho y hablaba solo. Este grotesco personaje de Kebussije era perfectamente conocido de todos. Probablemente no había comprendido de qué se trataba. Su aspecto suscitó en la muchedumbre un gesto tan reprensible como vanidoso. Al principio la sola aparición del idiota había provocado, como de costumbre, las burlas habituales. Pero a eso se agregó la estúpida altanería: ¡aquí están los valientes, allá los cobardes! ¡Aquí los fuertes, los hombres de coraje, y allá los inválidos! Fue suficiente que un muchacho lanzara una observación irónica en voz alta, una carcajada para que se propagara por toda la asamblea. De un salto, Ter Haigassun se precipitó en medio de la multitud compacta dividiéndola con sus dos brazos como si quisiera descubrir la raíz del ultraje y castigar al blasfemador. Su rostro estaba ensombrecido de cólera, el capuchón de su sotana había resbalado descubriendo sus cabellos cortos de un gris acerado. En su mirada brillaba un ardor asesino.

—¿Quién es el perro que se ha atrevido? ¿Quiénes son los demonios que se ríen?

Se golpeó varias veces el pecho como para castigarse por lo menos a sí mismo, en lugar de los culpables, y calmar así su furia. Luego, cuando volvió el silencio, se dirigió a Harutiun Nokhudian y su grupo, permaneció a cierta distancia, e inclinándose profundamente, exclamó con su voz profunda y solemne:

—Vosotros seréis siempre sagrados para nosotros; ¡que lo seamos también nosotros para vosotros!

Una verdadera fiebre se había apoderado del espíritu de Bagradian. Una corriente de ideas, que nada podía detener, lo arrastraba irresistiblemente. La gran organización defensora

continuaba elaborándose en él apasionadamente. Apenas transcurrido el momento de la decisión, no siguió sino vagamente los incidentes que se sucedieron a continuación. Su cerebro sobreexcitado podía observar y reflexionar a la vez. Ese Ter Haigassun, que generalmente bajaba los ojos cuando se conversaba con él, ¡en qué admirable gigante podía convertirse y qué respeto sabía inspirar! «Es una enorme ventaja», pensó de repente, «el que tenga tras de mí para sostener la lucha semejante autoridad local. Que el valiente Nokhudian con su centenar de inválidos hayan optado por otra solución, es una suerte para nosotros. Se les encargará la misión importantísima de ocultar hasta el último momento a los *saptiehs* nuestras intenciones y movimientos. Las aldeas no deben estar vacías. Los turcos no deben sospechar nada antes de que estemos enteramente preparados para el ataque». Imágenes extrañas venían constantemente a mezclarse en la trama de los proyectos de Gabriel. El espíritu calculador de los antepasados, la sabiduría práctica del abuelo Awetis, se reflejaban ahora en el nieto, tan indiferente al mundo superficial, cuyo idealismo e ingenuidad habían sido siempre un motivo de broma para los astutos comerciantes que figuraban entre sus parientes. Bagradian era ahora presa de una ambición inextinguible. Tres días después de aquel domingo, el miércoles, se presentaría allí el *mudir* con sus gentes, según las declaraciones de Alí Nassif. De aquí al miércoles habría que trazar todo el plan a grandes rasgos para poder ejecutarlo inmediatamente en los días siguientes. Había llegado la hora de poner a prueba la fe de toda su vida; vería por fin si el espíritu debe triunfar sobre la materia, aun en las formas extremas bajo las cuales puede presentarse esta materia, es decir, la violencia y el azar.

No era, pues, extraño que, enteramente absorto como se encontraba en los proyectos que le dictaba su imaginación y embriagado por ese acceso de egolatría, olvidara mujer e hijo. Todo aquello ya no significaba sino pérdida de tiempo. Algunos oradores populares también habían tomado la palabra, pero ¿qué le importaban sus frases huecas y torpes, ya que la gran decisión había

sido tomada definitivamente? Todos, los unos tras los otros, pronunciaban el mismo discurso de tendencias belicosas y ya no se elevaba una sola voz en favor del otro partido. Ter Haigassun dejó que esa gente subiera a la tribuna durante un cierto tiempo, para que el espíritu gallardo que había presidido la decisión arraigara profundamente en los ánimos y, por otra parte, para implicar también a los indecisos y temerosos. Pero antes de que amenazase el cansancio, se adelantó e interrumpió a los oradores para ordenar que se procediera a la elección de los jefes. El secretario de la alcaldía de Yoghonoluk pasó por entre la muchedumbre con un canasto en la mano recogiendo todos los votos. Inmediatamente después, los profesores se dirigieron a la casa para efectuar el escrutinio con la ayuda de Awakian. Como era de suponer, la mayoría de votos correspondió a Ter Haigassun. Seguía luego el doctor Altouni, los siete *mouchtars* y los tres vicarios, correspondiendo a cada uno los votos de su comuna. Enseguida, a cierta distancia, venían el farmacéutico Krikor y algunos profesores, entre los que se encontraban, naturalmente, Chatakhian y Oskanian; Gabriel Bagradian obtuvo casi tantos votos como el pastor Aram Tomasian. Entre los simples particulares figuraban con algunos sufragios que los indicaban como jefes, el viejo Tomasian y Tchauch Nurhan, el suboficial en retiro. Una mujer, Mairik Antaram, obtuvo también muchos votos, lo que era, sin duda, una novedad en el país. Pero ella se opuso enérgicamente a la elección. El profesor Chatakhian leyó los resultados. Los elegidos se retiraron entonces para deliberar en la casa. Previendo la sesión, Gabriel había pedido que Kristaphor y Missak colocaran todo el material necesario en el *selamlik*, sin olvidar una colación acompañada de vino y café. La multitud —a excepción de las madres que habían dejado a sus hijos pequeños en la casa— permaneció en la plaza o se dispersó por el gran jardín. Se mandaron buscar víveres a Yoghonoluk. El amo de la casa hizo distribuir agua, vino, frutas y tabaco. Pronto, en medio de la charla general, el humo de los cigarrillos y de los familiares *chibuques* comenzó a elevarse por el ambiente nocturno como si nada hubiera sucedido. Los partidarios del pastor Nokhudian regresaron a Bitias

con su jefe. Tristes y mudos, desaparecieron a hurtadillas como si fueran malhechores. Algunos de los miembros más jóvenes de este grupo, dieron media vuelta al llegar a la puerta del jardín y fueron a reunirse con la mayoría del pueblo que, al cabo de largas semanas de letargo, tomaba por primera vez el gusto a la vida. Ahora, durante ese corto espacio que separaba la vida cotidiana de la más loca y audaz aventura, se apoderó de sus almas un bienestar inexplicable. ¿Por qué? Porque el sufrimiento no era la única perspectiva que ofrecía el horizonte; a ello se mezclaba y se sobreponía el aliciente de la acción.

La noche del Musa Dagh absorbía rápidamente el crepúsculo de julio. La media luna inclinada se desprendía de la cima escarpada del Amanus, al este, y se lanzó libremente al espacio. La puerta de la villa Bagradian estaba abierta de par en par. Los curiosos entraban y salían sin control. Los dirigentes del pueblo se habían reunido en el gran salón. Este consejo de jefes, grupo aproximadamente de veinte hombres, parecía al principio bastante desorientado. Los alcaldes, sacerdotes y profesores de las otras aldeas que entraban por primera vez a la casa, permanecían de pie o sentados sin pronunciar palabra. Varios entre ellos se daban cuenta sin duda en ese momento de la arriesgada misión que les incumbía ahora a consecuencia del giro inesperado que tomó la asamblea. Gabriel Bagradian sintió inmediatamente en el ambiente el olor a desánimo que partía de una parte de la comunidad. No había que dejar tomar «conciencia» a estos elementos indecisos ni poner sobre el tapete los «sí» y los «pero» en los asuntos fundamentales. El pueblo se había pronunciado y ya no había que titubear; era necesario atizar el fuego de esa voluntad por defenderse. En su calidad de amo de casa, a Gabriel Bagradian le correspondía poner fin al malestar que se apoderaba de aquellos hombres yertos, dar comienzo a la liberación y velar por una labor fructífera. Era el momento de poner a prueba la superioridad de su excelente educación y su experiencia occidental. Hizo el único gesto posible; volviéndose hacia Ter

Haigassun, dijo con voz solemne:

—No sólo la voz del pueblo le ha dado la mayoría de votos. Ter Haigassun, expongo aquí la voluntad de todos; le rogamos acepte el cargo de jefe supremo en la lucha que nos espera. Ya en tiempo de paz estuvo usted investido de idéntica dignidad y hasta hoy ha llegado usted al límite del desinterés en el cumplimiento de su deber como jefe espiritual. Dios quiere que en lo sucesivo la crueldad de los hombres agregue a sus antiguas tareas otras nuevas. Vamos a jurar someternos sin objeción a su opinión en todas las decisiones y todas las medidas que hemos de convenir. Sólo su voz dará legalidad a las determinaciones del consejo de jefes, y por su mediación aparecerán éstas ante el pueblo revestidas del valor de una ley obligatoria.

El pequeño discurso de Bagradian no hacía sino confirmar un estado de cosas; el rango de jefe supremo no correspondía más que a Ter Haigassun. Las palabras de Gabriel produjeron una agradable impresión en los asistentes, sobre todo en aquellos que, desconfiados aún, lo consideraban como un extranjero. Esa impresión agradable se debía a dos motivos: varios imaginaban que ese personaje extranjero, ese «galo», iba a atribuirse la autoridad suprema en su vanidad occidental y, además —ésa era la razón más importante—, la alocución de Bagradian había indicado el terreno sobre el cual debía desarrollarse el porvenir; tanto por su forma solemne, como por su contenido jurídico, sus pocas palabras habían echado los cimientos del nuevo Estado, de la nueva comunidad en vías de formación. Dando a entender la aceptación de su cargo suplementario, Ter Haigassun se persignó en silencio. Desde ese instante existían dos fuerzas legales: el consejo de jefes y el padre del pueblo que presidía este consejo, y cuyo asentimiento era indispensable para dar a las decisiones de la asamblea un valor legal. Cada asistente, de forma aislada, se dirigió hacia Ter Haigassun; según la costumbre, le besaban la mano en señal de respeto y a guisa de juramento inviolable. Después de esa ceremonia pudo por fin formarse un gran círculo alrededor de algunas mesas colocadas las unas al lado de las otras. Gabriel había extendido ante él todos sus

mapas estratégicos y todas las anotaciones, fruto de sus investigaciones. Detrás de él se sentó Samuel Awakian, a fin de escudarlo en todo momento. Con una mirada, Gabriel pidió la palabra y se levantó.

—Ya hace dos horas que se ha puesto el sol, amigos; dentro de seis horas volverá a salir. Tenemos, pues, a lo sumo, seis horas para ejecutar aquí todo el trabajo que nos incumbe. Transcurrida esta noche, cuando nos presentemos ante el pueblo, no deberá subsistir en nosotros la menor incertidumbre. Nuestra voluntad debe ser clara y precisa. Pero veamos lo esencial: mañana, a primera hora, todos los hombres jóvenes y fuertes deben dirigirse al Damlajik, para dar comienzo a la construcción de fortificaciones. Por esto os ruego no malgastar el tiempo. Afortunadamente para todos nosotros, ya hace mucho que tengo estudiados los diferentes puntos relativos a la organización de nuestra defensa; así es como puedo ahora presentaros mis proyectos. Creo que lo mejor para esta deliberación es seguir las mismas reglas que han regido las sesiones de vuestros concejos municipales. Pido, pues, a Ter Haigassun la autorización para desarrollar mis planes…

Ter Haigassun cerró a medias los ojos como era su costumbre, lo que dio a su rostro una expresión de cansancio y dolor.

—¡Escuchemos a Gabriel Bagradian!

—Tendremos más de mil problemas que resolver, pero examinando bien las cosas, todas las cuestiones de detalles se resumen en dos problemas fundamentales. El primero y más sagrado es la lucha. Pero el segundo, la organización interior de nuestras vidas, debe concebirse ante todo de acuerdo con esta lucha. Es la razón por la cual os he de hablar de esto primero…

El pastor Aram Tomasian le hizo un gesto con la mano para pedirle que se interrumpiera.

—Todos sabemos que, en su calidad de oficial, Gabriel Bagradian es entre nosotros el más competente en asuntos militares. Será él quien se encargue del mando de los combates…

Todos los brazos se levantaron para aprobar esta proposición. Pero el pastor Tomasian no había terminado aún.

—Desde hace tiempo, Gabriel Bagradian ha consagrado todos sus esfuerzos al proyecto de esta defensa. Entre sus manos depositamos el encargo de preparar la resistencia, pues nadie sabría desempeñarla como él. Pero para combatir es necesario antes ¡vivir! Por esto pido que se postergue el debate acerca de los detalles de la guerra, hasta haber examinado minuciosamente de qué manera, y durante cuánto tiempo, puede vivir en el Damlajik un pueblo de cinco mil hombres aislado del mundo entero.

Gabriel, a quien animaba un ardor exaltado, dejó caer con desaliento el mapa sobre la mesa.

—Mis explicaciones habrían tratado este asunto junto con los demás, pues he anotado sobre este mapa cuanto es necesario para sobrevivir. Sin embargo, estoy dispuesto a satisfacer el deseo del pastor Tomasian y postergar para más tarde el relato de la organización defensiva…

El médico Bedros Altouni no había podido mantenerse más rato en su sillón parlamentario. Paseaba por la sala murmurando, para dar a entender que en esa hora de infinita angustia, le parecía una comedia superflua aquellas decisiones y cuestiones de oratoria preliminar en que se divertían hombres maduros. Su agitación y sus gruñidos contrastaban notablemente con el gesto distraído y superior del farmacéutico Krikor, cuya persona, inmóvil y rígida en la silla, parecía preguntar: «¿Cuándo llegará el momento en que, después de este penoso paréntesis en medio de los Bárbaros, pueda regresar a los únicos objetos sublimes dignos de mi interés?». Mientras paseaba y daba libre curso a su mal humor, el doctor lanzó una observación absolutamente desconectada del tema, diciendo:

—Cinco mil hombres son cinco mil hombres, y un día de sol o una tormenta no son menos que un día de sol y una tormenta.

Gabriel Bagradian, que había pasado muchas noches en vela meditando el problema de la hondonada reservada a la ciudad, en el del domicilio, el estado sanitario y los cuidados que debían asegurarse a los niños, respondió a la reflexión del médico:

—Sería conveniente reunir a los niños, por lo menos aquellos de dos a siete años, en un refugio común, donde estarían mejor

protegidos.

Al escuchar estas palabras, Ter Haigassun, que había permanecido silencioso hasta ese momento, se animó.

—Lo que nos acaba de proponer Gabriel Bagradian sería el comienzo de una anarquía peligrosísima. No tenemos derecho a separar lo que Dios y el tiempo han unido. ¡Al contrario! Será absolutamente necesario que las diferentes comunas y aun las diferentes familias tengan domicilios precisos en el espacio de que dispondremos, naturalmente en la medida de lo posible. Todos los grupos de parientes han de tener campamentos propios, cada aldea un lugar especial. Los *mouchtars* continuarán siendo responsables de los actos y gastos de sus administrados. Es necesario que las condiciones de vida a que estamos habituados sean modificadas lo menos posible.

Esta declaración fue aprobada unánimemente, lo que significaba una pequeña derrota para Bagradian. Ter Haigassun había prometido a sus compatriotas asegurarles una existencia aproximadamente igual a la que llevaran siempre; esa idea tranquilizaba mucho a los infelices, pues el colmo del horror para el espíritu de un campesino está enteramente resumido en la palabra «cambio». Gabriel no se declaró vencido por tan poco. Hizo circular entre la asamblea el mapa en que se encontraba indicada la hondonada de la ciudad. Todos conocían las grandes praderas reservadas a los rebaños comunales. Que fueran esas extensiones de pasto libres de rocas y piedras las únicas que pudieran tomarse en cuenta para la instalación de los campamentos, era evidente. En esos lugares no había sólo espacio para mil, sino también hasta para dos mil familias. Gabriel hizo lo posible por satisfacer los deseos de Ter Haigassun.

—Será muy fácil —dijo— organizar la instalación de las comunas y las familias ateniéndonos a vuestros principios. Yo también comparto la opinión de Ter Haigassun; sin embargo, no habrá que olvidar que será imposible que cada una de las mil familias tenga su cocina aparte, y que no podremos evitar que un día u otro se cree la cantina común. Pensad sólo en la economía de

víveres y combustible que esto significa, por no mencionar los brazos que quedarán así libres para las tareas de interés general. Fuera de eso, no existe otro medio de subsistir allá arriba algún tiempo, si no se someten a los reglamentos estrictamente establecidos para matar el ganado, repartir el pan, la harina y distribuir la leche de cabra a los niños y enfermos. Tendremos que hacer frente al delicado problema de la propiedad, a pesar de todas las separaciones que se tratará de establecer entre las familias. Personalmente, yo pondré todas mis pertenencias a disposición de la comunidad, en la medida de lo que pueda reunir y transportar; todo el ganado de mi granja, todas las provisiones útiles de mi casa y mi despensa; supongo, por lo tanto, que todos entregarán igualmente sus bienes a la comunidad. Las circunstancias exigen imperiosamente que la propiedad sea una sola e indivisible.

»Las familias no podrán matar a sus propios corderos. La leche será para aquellos que la necesiten, y no para los fuertes y robustos, aunque éstos tengan cabras. La creencia de algunos de que podrán adquirir por dinero algunas ventajas en el Damlajik, es un sueño infantil. Desde el momento en que las comunidades se instalen en los campamentos, el dinero perderá todo su valor. Habrá que impedir los intercambios entre particulares, pues a partir de hoy todo pertenece al pueblo y no debe utilizarse sino en provecho del bienestar general, lo que no se obtendrá sino por medio de la lucha defensiva. Pensad que la expatriación nos costaría tarde o temprano todos nuestros bienes, pues entonces qué menos que ponerlos ahora al servicio del Musa Dagh.

Pero se pudo comprobar que Gabriel Bagradian estaba en un grave error al creer posible la ejecución de su plan, muy legítimo, por lo demás. Los mismos cerebros obstinados de aquellos campesinos, que apenas unas horas antes estaban seguros del exilio y de la muerte, no se resignaban ahora a la idea de que sus propiedades no les pertenecieran exclusivamente. Los *mouchtars* ponían mala cara. Y no era sólo la idea de semejante pérdida lo que los llevaba a rebelarse contra este proyecto; se sentían también disgustados por el tono implacablemente dominante, por el carácter

«europeo» de las palabras de Gabriel.

Tomás Kebussjan, de Yoghonoluk, guiñando el ojo a Ter Haigassun, tomó la palabra:

—Nuestro pastor sabe que he tratado de ser un benefactor con todas mis fuerzas y que nunca negué mi ayuda a los pobres, a la iglesia y a la escuela cuando se hacían colectas. No digo esto para envanecerme. No, no quiero envanecerme… —Aquí perdió el hilo y repitió varias veces la seguridad de su modestia—. Tampoco niego que las mejores ovejas de los prados son las mías. ¿Y por qué las tengo? Porque he trabajado, y ahora de repente no voy a tener ninguna, o tan pocas como cualquier pordiosero…

—O como yo, el maestro —interrumpió el pequeño Oskanian, mordazmente. Llevaba hoy también su levita gris, con la que quería eclipsar al impecable Gonzaga. Su presunción tenía más fuerza que la orden de deportación de Talaat Bey.

Se produjo enseguida un debate que les hizo perder mucho tiempo sin resultados, pues ninguna de esas burdas almas habría podido encontrar una solución distinta a la que Gabriel proponía. La discusión no tenía más razón de ser que el dar libre curso al mal humor. Ter Haigassun esperó un poco. Lanzó a Gabriel una mirada destinada a informarlo de esta verdad: hay que ser muy astuto para hacer comprender a esta gente aun las realidades que se imponen. Enseguida interrumpió las inútiles palabrerías:

—Nos vamos a dirigir a la montaña donde viviremos; muchos detalles se solucionarán allá por sí solos. Sería mejor, *mouchtar*, que reflexionáramos en la cuestión más apremiante; ¿podemos reunir suficientes provisiones? ¿Cuántas semanas nos durarán? ¿Existe alguna posibilidad de aumentarlas?

En ese momento el pastor Tomasian cooperó con una propuesta muy juiciosa:

—Las tres preguntas que acaba de hacer Ter Haigassun son evidentemente los pilares sobre los cuales reposa nuestro plan. Todo depende de la respuesta que se les dé. Pero los *mouchtars* no podrán proporcionarlas en el curso de la actual deliberación. Que se reúnan para elaborar juntos una evaluación aproximada de las provisiones y

un proyecto de reaprovisionamiento, tal como ellos lo entienden. Esta observación no se refiere sólo a este punto, sino a todos los demás. El gran consejo de jefes reunido aquí es una institución demasiado rígida. No se trata de hablar ni de discutir, sino de trabajar. Por eso propongo que se divida el problema de la subsistencia en varios departamentos y que se designe un comité para cada uno. Cada una de estas comisiones ha de tener a su cabeza un presidente que nombraría Ter Haigassun. Estos presidentes, al reunirse, formarían un consejo más pequeño que tendría en sus manos la verdadera dirección de todos los asuntos. Se constituirían cinco departamentos: Primero el de la defensa; segundo el de justicia, que corresponde sólo a Ter Haigassun; a continuación vendrían las cuestiones de orden interior y todo lo que se relaciona con la salud y la enfermedad, y finalmente las relaciones de las diferentes comunas representadas ante el consejo.

Esta idea del joven pastor mereció la entera aprobación de Gabriel y, por primera vez, el médico hizo también un gesto de asentimiento. Nadie la contradijo. Ter Haigassun, que detestaba tanto como Aram Tomasian el inevitable parloteo, peligro que encierra siempre una gran conferencia, ejecutó sin tardanza este plan constitucional. Gabriel Bagradian, nombrado jefe militar, recibió como colaboradores a Tchauch Nurhan, al profesor Chatakhian y a dos hombres más jóvenes que había elegido él mismo. Aram Tomasian pertenecía también al comité de defensa. Del mismo modo, Gabriel Bagradian formaba parte del comité de orden interior que dirigía el pastor. Esta comisión se responsabilizaba de cuanto tenía relación con el aprovisionamiento y repartición de víveres; por ese motivo contaba entre sus miembros con Tomás Kebussjan y los otros *mouchtars*. Tomasian el padre recibió un cargo aparte; como contratista debía velar por la construcción de todas las dependencias allá arriba. Huelga decir que el *hekim* Altouni y el farmacéutico Krikor, a pesar de su indiferencia, fueron designados para constituir la comisión de salud. De ese modo quedó organizado a grandes rasgos el reparto del trabajo. En el transcurso delas horas siguientes, los grupos debían llevar a cabo su programa en la medida

de lo posible. Una corta sesión por la mañana bastaría para conocer los resultados de sus esfuerzos. Los *mouchtars* se dirigieron al patio ante la casa para verificar la exactitud de las cifras relativas a las provisiones por medio de averiguaciones directas con los aldeanos. Gabriel los seguiría un rato después, para reclutar con su ayuda el primer contingente de hombres escogidos entre los más jóvenes y robustos, con los cuales proyectaba dirigirse desde las primeras horas de la mañana al desfiladero norte para comenzar a cavar la trinchera. Sin embargo, se quedó para exponer a Ter Haigassun, Aram Tomasian y los demás, con un ardor desbordante, su plan de defensa con el mapa en la mano. El propio Krikor comenzaba a dar muestras de curiosidad y se acercaba a él. Sólo un personaje se mantenía obstinadamente alejado, los brazos cruzados sobre el pecho; éste era, naturalmente, Hrand Oskanian. El sombrío profesor había sido nuevamente humillado; en el reparto de cargos no se le había adjudicado ningún papel directivo, ni siquiera uno secundario de cierta importancia, mientras su colega Chatakhian había sido colocado en el comité de defensa. Ter Haigassun, que le había demostrado siempre un odio ilimitado, lo condenaba a continuar enseñando a los niños a fin de evitar toda indisciplina. Se trataba indudablemente de una venganza del sacerdote, celoso de los centenares de votos con que habían obsequiado las comunas a Hrand Oskanian, su genial poeta. Se preparaba ya a abandonar la asamblea, frío e impenetrable, y regresar a su casa, cuando le vino la conciencia del favor que le había manifestado la multitud con sus votos; pensó que se encomendaron a él y, sobre todo, el sacerdote sufriría menos con su ausencia que con el ímpetu de su presencia.

Poco después de medianoche se produjo una brusca interrupción en el consejo. Como sucede a menudo en tales casos, no se había pensado en el problema de salvaguardar aquello de lo que todo dependía. Los cincuenta fusiles máuser y los doscientos cincuenta kara estaban aún enterrados en sus tumbas en el cementerio. Sería preciso exhumarlos sin tardanza y transportarlos con las municiones al Damlajik antes de que transcurriera la noche. Aunque Gabriel no tuviera motivos para desconfiar de las declaraciones de Alí Nassif,

era muy posible que dentro de las veinticuatro horas siguientes los *saptiehs*, al llegar, se dedicaran a inesperadas requisas con la esperanza de encontrar algunas armas. Rápidamente, una comisión de seis hombres se dirigió al cementerio de Yoghonoluk, que se encontraba fuera de la localidad en el camino a Habibli, la aldea de las maderas. El sacristán caminaba a la cabeza llevando una linterna. Ter Haigassun lo seguía con Tchauch Nurhan y el vicario de Habibli; los dos sepultureros cerraban la marcha. Las armas estaban depositadas en fosas de cemento gracias a los buenos oficios de Nurhan, el maestro armero. En ataúdes herméticos, protegidos del aire, sobre un colchón de paja y envueltos en trapos, esperaban su brava resurrección. Cuatro semanas antes, Tchauch Nurhan, por la noche y al resplandor de las antorchas, las había sometido a un minucioso examen, comprobando su perfecto estado. Sólo el gatillo de uno de los fusiles estaba deteriorado por el moho; las municiones tampoco habían sufrido ningún daño. Esa noche las pesadas cajas —quince en total— fueron arrancadas para siempre de sus tumbas. Fue una dura tarea. Como había pocos brazos disponibles, Ter Haigassun, que se había quitado la sotana, se puso a trabajar con entusiasmo. Después fueron a buscar algunos asnos vigorosos, de pelos tiesos, por las diferentes aldeas, y finalmente, de madrugada, una misteriosa caravana, conducida por Tchauch Nurhan, atravesó Azir y Bitias aún dormidas, en dirección a la cima de la montaña, por el desfiladero norte.

Una hora antes de la salida del sol, Ter Haigassun regresó a tomar su lugar en el *selamlik* de la villa de Bagradian. El jardín parecía un vasto campo de batalla sembrado de cuerpos tendidos. Ni siquiera los habitantes de Yoghonoluk habían regresado a sus casas. Como un capitán que recorre las filas de los muertos, Ter Haigassun debió pasar por encima de los dormidos.

Los miembros de las distintas comisiones, estimuladas constantemente por la energía de Bagradian, habían llevado a cabo una labor satisfactoria. Habían establecido a grandes rasgos las condiciones de la lucha y la vida. Ya se tenían las listas de todos los hombres capaces de participar en la guerra y calculado

aproximadamente, por especies, las cantidades de vituallas disponibles. Además, se había previsto la construcción de una ciudad provisional de chozas hechas con ramas y demás materiales, la instalación de un hangar-hospital, y de una barraca más importante para el consejo de jefes. Después del regreso de Ter Haigassun, la gran comisión se reunió una vez más. Gabriel comunicó en pocas palabras al jefe del pueblo las decisiones que se habían tomado. Había logrado imponer casi todas sus ideas gracias al vigoroso apoyo de Aram Tomasian. Ter Haigassun las aprobó, los ojos cerrados y la expresión lejana, como si no creyera que la nueva vida pudiera estar realmente influida por las decisiones humanas. Las velas y los hombres estaban casi consumidos. Sin embargo, se leía en los ojos de estos luchadores más ardor que fatiga. Cuando comenzó a despuntar el día del Señor, se hizo un profundo silencio. Los hombres contemplaban por la ventana la luz delicada del alba naciente que, como un botón de flor, entreabría lentamente sus pétalos uno después de otro. Las pupilas brillaban extrañamente dilatadas. En la sala no se escuchaba más ruido que el roce de los lápices contra el papel, pues Awakian y el secretario de la alcaldía redactaban un formulario de los más importantes acuerdos. Cuando el sol iluminó la sala con su luz dorada, el dueño de la casa puso fin a la muda ensoñación.

—Creo que esta noche hemos cumplido nuestro deber y que no se nos ha olvidado nada…

—¡Sí! ¡Se ha olvidado algo, lo más necesario!

Al pronunciar estas palabras, Ter Haigassun permaneció sentado; las sonoridades potentes de su voz hicieron sentarse nuevamente a aquellos que ya se levantaban. El sacerdote abrió los ojos y dijo, pronunciando claramente cada sílaba:

—¡El altar!

Luego agregó, en un tono tranquilo y con gran sencillez, que se construiría en medio de la nueva colonia un gran altar de madera, santuario donde el pueblo iría a rezar y asistiría al servicio divino.

A las cinco —el sol ya estaba bastante alto en el cielo—, Gabriel se dirigió al tocador de Julieta en el piso superior. Encontró un grupo numeroso de personas reunidas; habían pasado la noche en vela acompañando a *madame* Bagradian. Esteban no había querido ir a acostarse, no obstante los ruegos y las órdenes de su madre. Se encontraba ahora vencido por el sueño, tendido en el sofá. Julieta lo había cubierto con una manta. Estaba en este momento acodada ante la ventana abierta dando la espalda a la reunión. Cada uno, en esa clara habitación, daba la impresión de estar solo consigo mismo. Iskuhi estaba sentada, rígida, al lado del muchacho dormido. Howsannah, la esposa del pastor, huyendo de su domicilio presa de una loca angustia, había llegado por la mañana a la villa y se había rendido sobre un diván con la mirada perdida. De todas era Mairik Antaram la menos agotada por los acontecimientos de la noche. Por la puerta entreabierta se escuchaba un ruido confuso de voces. El señor Gonzaga Maris había querido acompañar a las mujeres durante esa larga noche. Aunque en ese momento nadie se fijara en él, parecía el único de los presentes que no estaba ensimismado. La raya bien dibujada de su peinado brillaba impecable a pesar de la vigilia y los terribles sucesos. Sus ojos aterciopelados, siempre alertas y hasta penetrantes en algunos momentos, vagaban incansables de una mujer a otra bajo el ángulo obtuso de sus cejas. Se hubiera podido creer que deseaba adivinar en los descoloridos rostros hasta sus más mínimos deseos, presto a realizarlos inmediatamente con su caballerosa galantería.

Gabriel dio dos pasos en dirección a Julieta, pero se detuvo de repente y observó a Gonzaga de frente.

—¿Es absolutamente cierto que usted posee un pasaporte americano?

Una mueca irónica y ligeramente desdeñosa agitó los labios del joven griego.

—¿Desea ver mi pasaporte, señor? ¿Tal vez quiera también examinar mi legitimación de periodista?

Sus largos dedos negligentes buscaron la cartera, pero ya Gabriel no lo miraba. Había cogido la mano de Julieta. Esta mano no estaba

sólo fría, estaba realmente inanimada, o más bien había perdido el conocimiento. En cambio, los ojos, en los que se concentraba su vida, brillaban con un resplandor más intenso. Se veía pasar por ellos una multitud de imágenes, el flujo y reflujo de sentimientos contradictorios, como sucedía siempre en ella en las épocas de conflicto. También se dilataban las ventanillas de su nariz, señal de rebelión interior que Gabriel ya conocía perfectamente. Por primera vez en las últimas veinticuatro horas cayó sobre él la nube del desaliento. Vaciló. En el fondo de su alma no había más que vacío y desierto. Ambos, esposo y esposa, se miraron y estudiaron recíprocamente. ¿Dónde estaba la mujer de Gabriel? Sentía aún en su mano la de Julieta como un objeto de porcelana helado al contacto, pero ella, ella misma, se había deslizado lejos de él; ¿cuántos días de marcha, cuántas horas por el mar lo separaban de ella? Esta distancia, que alejaba implacablemente a la mujer de su marido, aumentaba a cada instante, y al mismo tiempo un movimiento análogo alejaba al marido de la esposa. Se sentía arrastrado a muchas leguas de distancia por un furioso huracán. El cuerpo de Julieta, grande y espléndido, estaba allí junto a él, tan cerca y, sin embargo, tan distante. Gabriel lo había estrechado entre sus brazos miles y miles de veces. Aquel cuerpo conservaba en cada sitio las marcas de sus besos: el cuello esbelto, los hombros, los senos, las caderas, los muslos, las rodillas y hasta los dedos de los pies. Aquel cuerpo había llevado a Esteban en las entrañas y había sufrido para asegurar el porvenir de la sangre de los Bagradian. ¿Y ahora? No lograba reconocerlo. Le era imposible ya imaginarlo en toda su desnudez. Sentía una impresión parecida a la del hombre que ha olvidado su nombre. Y eso no era todo; aquella dama francesa que tenía aquí ante él, con la cual antaño llevara una existencia común, aquella dama era una enemiga, formaba parte del consejo de exterminación, se había inclinado hacia la otra postura, aunque era la madre de un armenio. Gabriel sintió, sin darse plena cuenta, que le subía algo a la garganta, algo así como una inmensa bola. Precisamente en el último momento tragó ese objeto que casi lo había ahogado, pero no pudo reprimir un gemido.

—No…, no es posible…, Julieta…

Ella torció maliciosamente la cabeza:

—¿Qué es lo que no es posible? ¿Qué quieres decir?

Él miraba por la ventana la luminosa sinfonía de colores que se presentaba ante sus ojos. No distinguía ningún detalle. Por haber tenido que pronunciar durante varias horas y sin cesar sus discursos en armenio, su francés, ofendido sin duda por esta preferencia, le rehusaba ahora sus servicios. Así que se puso a balbucear con un acento extraordinariamente áspero, lo que aumentó la rigidez de Julieta:

—Pienso… Tienes derecho… Creo… Tú no debes ser arrastrada… ¿Qué te importa a ti todo esto? Recuerda nuestra conversación de aquella noche… No lo puedo soportar… Es necesario que te vayas…, tú y Esteban…

Ella le respondió, pensando visiblemente en cada una de sus palabras:

—Recuerdo perfectamente aquella conversación… Por inaudito que ello parezca, estoy unida a vuestro destino… Es exactamente lo que te dije entonces…

En realidad, ella jamás había pronunciado semejantes palabras, pero eso no tenía importancia. Lanzó una sombría mirada de reproche a Iskuhi y Howsannah, como si viera en ellas a las responsables de su cautiverio. Gabriel se pasó dos veces la mano por los ojos y se convirtió nuevamente en el hombre, el jefe de la noche anterior.

—Existe un medio de escapar para ti y Esteban… No es fácil ni carece tampoco de peligros… Pero tú tienes una gran voluntad, Julieta…

Por los ojos de la mujer pasó una expresión gravemente escrutadora. Las bestias acorraladas miran justo así, como ella, cuando pasan cerca de un hombre o un peligro y se lanzan para recobrar su libertad. Ahora todos los instintos de fuga ocultos en Julieta se agazapaban, prontos a saltar. Pero apenas Gabriel tomó nuevamente la palabra, el rostro perdió la tensión alerta para volverse indeciso, agrio y malicioso.

—Gonzaga Maris se irá de nuestro lado hoy o mañana —dijo en el tono que no admite réplica del comandante en jefe—. Posee un pasaporte de los Estados Unidos, lo que, en las circunstancias actuales, constituye un tesoro inapreciable. Estoy seguro, Maris, que usted no rehusará poner a salvo a mi mujer y a Esteban. Tomarán mi coche de caza. Es verano y de todos modos se puede transitar sin dificultad por los caminos. Les daré, además, dos ruedas de repuesto y los cuatro caballos de la casa; Kristaphor los acompañará al lado del cochero. Estos dos hombres podrán también salvarse al mismo tiempo que les sirven. Pasando por Sanderan y El-Maghara no quedarán sino a cinco o seis horas de Arsus. Cuento con que hagan la mayor parte del trayecto al paso. En cuanto a las quince millas inglesas que separan Arsus de Alejandreta bordeando la costa, será un juego de niños, pues podrán ir al trote durante horas por la playa. Tal vez encuentren en Arsus un pequeño destacamento militar. No le costará nada a usted, Maris, intimidar al *bimbachi* con su pasaporte…

El administrador Kristaphor entraba en ese momento para recibir órdenes de su ama. Gabriel se volvió bruscamente hacia él.

—¿Sería posible, Kristaphor…, llegar en coche a Alejandreta dentro de diez horas pasando antes por Arsus?

Atónito, el mayordomo, abrió los ojos.

—*Effendi*, eso depende de los turcos.

La voz de Bagradian se hizo más severa:

—No te pregunto eso, Kristaphor; te pregunto simplemente: ¿te atreverías a llevar a Alejandreta a la *hanum*, a mi hijo y a este señor americano que está aquí?

La frente del mayordomo, que a pesar de sus cuarenta años parecía ya un hombre viejo, se cubrió de sudor. No era posible averiguar si era el miedo del riesgo que correría, o la súbita posibilidad de su propia salvación lo que le causaba semejante emoción. Su mirada se posaba alternativamente en Gabriel y en Gonzaga. De pronto se vio brillar en su rostro la expresión de una alegría desbordante. Inmediatamente dominó este sentimiento, sea por respeto o por no traicionarse.

—¡Sí me atrevo, *Effendi*! Si este señor tiene un pasaporte, los *saptiehs* no podrán hacernos nada…

Después de su declaración, Gabriel despachó a Kristaphor enviándolo a la cocina con la orden de preparar un desayuno sustancioso para todas las personas presentes. Enseguida continuó explicando a Maris lo que debía hacer.

—Desgraciadamente no hay cónsul americano en Alejandreta, sino dos vicecónsules: uno alemán y el otro austro-húngaro. Hace mucho tiempo que tengo mis informes acerca de esos hombres. El alemán se llama Hoffmann y el austríaco Belfante; ambos son comerciantes europeos muy bondadosos y estarán, sin duda, dispuestos a ayudarlos. Pero como uno y otro representan naciones aliadas de los turcos, habrá que obrar con mucha prudencia. Será necesario que inventen ustedes una historia cualquiera… Dirán que Julieta es suiza, y que en un accidente durante el viaje perdió su pasaporte…, tratarán de convencer a los vicecónsules para que obtengan un pase libre para el ferrocarril firmado por el comandante de la plaza…, la línea que conduce a Toprak Káleh será inaugurada uno de estos días… Hoffmann y Belfante han de saber, sin duda, si el comandante es o no corruptible… ¡Si es así, tanto mejor!

Todas esas instrucciones relativas a la fuga, Gabriel las había pesado, rechazado, modificado y meditado cien veces durante sus noches de insomnio. Existían en ellas ciertas variaciones, unas conducían a Alepo, otras tenían Beirut por meta. Sin embargo, sus frases entrecortadas daban la impresión de ser espontáneas e inspiradas en el momento. Julieta lo observaba fijamente, como si no comprendiera sus palabras.

—Se trata de inventar una historia verosímil, Maris. No será tan fácil hacer digna de fe la leyenda del accidente y la pérdida del pasaporte… Pero eso no es lo principal… Julieta… Lo principal es que tú, que eres indudablemente europea, no les parezcas sospechosa ni perteneciente a nuestro pueblo. Eso bastaría para salvarte… Te tomarán por una aventurera; o colocándonos en el peor de los casos, por una espía política… Esos peligros son inevitables… Por estos motivos, tal vez, tendrás graves molestias y te

acarrearás hasta sufrimientos… Pero esos sufrimientos, comparados con los nuestros, no valen la pena de ser comentados… Has de conservar siempre ante los ojos tu fin y repetirte: ¡es necesario que salga de aquí! ¡Lejos de estos condenados por Dios, entre los que fui a parar siendo inocente!

Al pronunciar aquellas palabras en voz muy alta, el rostro de Gabriel perdió toda su compostura. Julieta inclinó ligeramente el busto como si quisiera indicar con ese movimiento involuntario su intención de cumplir los deseos de su marido. Gonzaga Maris intentó acercarse a la pareja. Tal vez deseaba así significar que estaba dispuesto a obedecer, pero que no quería influir con su actitud en la decisión de sus anfitriones. Todos los demás asistentes parecían exagerar su rigidez para hacer menos molesta su presencia. Inmediatamente fue dueño de sí mismo.

—Los únicos trenes que circulan ahora están reservados al ejército… En cada trayecto tendréis que sobornar al oficial del convoy… En su mayoría son viejos militares que se rigen por los antiguos principios y no tienen nada que ver con el Ittihad… Una vez que os hayáis instalado en un tren, habrán ganado mucho… El viaje será terriblemente penoso… Pero cada rotación de las ruedas en dirección a Estambul mejorará vuestra situación… Y llegaréis a Estambul aunque tardéis semanas enteras… Julieta, allá te dirigirás inmediatamente a casa de *monsieur* Morgenthau… ¿Te acuerdas aún de él? Es el embajador americano…

Gabriel sacó del bolsillo de su chaleco un sobre lacrado de aspecto imponente. Era su testamento, que tenía preparado desde hacía varias semanas junto con otras cosas, sin que Julieta supiera nada. Pero ella retiró lentamente las manos y las escondió detrás de la espalda. Con un pequeño movimiento de la cabeza, Gabriel señaló el Musa Dagh que se divisaba desde la ventana bañado en un radiante sol matinal:

—Tengo que subir allá arriba… Comienza el trabajo… No creo que pueda volver hoy…

La mano que tendía sobre el sobre lacrado cayó inerte. ¿Qué querían decir esas lágrimas? ¿Por qué no las reprimía Julieta?, se

preguntó Gabriel asombrado. ¿Llora por mí o por ella misma? ¿Son éstos nuestros adioses? La sentía atormentada, pero no lograba comprender el motivo. Echó una mirada de reojo a los demás, que callaban y continuaban reteniendo el aliento para no influir en la decisión. Gabriel deseaba ardientemente acercarse a Julieta, que no estaba sino a un paso de distancia. Habló claramente pensando cada palabra como aquel que desea hacerse oír por teléfono con el ser amado cuando los separan varios países.

—Yo sabía, Julieta, que esto debía suceder… Pero no pensé que sería así…, entre nosotros…

La respuesta de Julieta sonó seca, la voz profunda enfadada. No vibraba en ella ya ningún sollozo:

—¿Y me supones capaz de obrar así?

¿Cuánto rato hacía que se había despertado Esteban? ¿Qué había oído y comprendido de la conversación de sus padres? Nadie podía saberlo. Sólo Iskuhi, asustada, se levantó de un salto. Julieta sabía —y se asombraba de ello— que existían entre Gabriel y el niño relaciones tan íntimas como tímidas. Esteban, que era generalmente ruidoso y turbulento, se presentaba siempre tranquilo ante Gabriel, y éste a su vez adoptaba frente a Esteban una actitud inexplicable, reservada, austera y taciturna. Los largos años vividos en Europa habían atenuado sin duda la influencia asiática en el alma de los dos Bagradian, pero no la habían sofocado por completo. (En los hogares de las siete aldeas los hijos, por mayores que fueran, besaban cada mañana y cada noche la mano de su padre. En algunas familias que conservaban estrictamente las antiguas costumbres, no eran las mujeres las que durante la cena servían al padre, sino el hijo mayor. Y recíprocamente, según las mismas costumbres milenarias, el padre honraba al hijo mayor con una tierna severidad, pues cada uno veía en el otro la grada próxima a la suya de la escala que conduce a la eternidad). Naturalmente, entre Gabriel y Esteban esas relaciones no se presentaban bajo ese antiguo proceder, pero se percibía una timidez que los unía y separaba a la vez. La actitud de Gabriel ante su padre había sido idéntica. Él también había experimentado siempre un sentimiento de angustiada y respetuosa tensión hacia su

padre y jamás se había atrevido a dirigirle una palabra afectuosa y mucho menos una caricia. Por esta razón los padres se sintieron tan profundamente conmovidos al escuchar el grito que lanzó el hijo de Gabriel cuando comprendió que lo amenazaba la separación. Echó atrás la manta, se precipitó hacia su padre y se agarró convulsivamente a él.

—No, no, papá…, no debes mandarnos lejos… Quiero quedarme contigo…, cerca de ti…

¿Qué vio el padre en los ojos de su hijo, en aquellos hermosos ojos almendrados? Ya no era el niño cuyo destino puede uno determinar, sino un hombre que escucha la voz de su voluntad y de su sangre, cuyo destino está ya hecho de una materia invulnerable y que ya no es posible modelar. ¡Cómo había crecido y madurado en esos últimos días! No eran sólo ésas las observaciones que se imponían al padre al examinar los ojos de Esteban. Lo apartó suavemente.

—Lo que va a suceder ahora, Esteban, no es un juego de niños…

El grito angustiado del niño se trocó en una exigencia gradualmente más audaz.

—Yo quiero quedarme a tu lado, papá. ¡Yo no me iré!

¡Yo, yo, siempre yo! Unos celos rabiosos se apoderaron de Julieta. ¡Ah, esos dos armenios! ¡Qué unidos estaban! ¡Ni ella existía para ellos! El niño le pertenecía tanto a ella como a él y no quería perderlo. Si en ese momento ella no defendía sus derechos, perdería a Esteban. Con un paso decidido, casi agresivo, se dirigió al padre y al hijo. Cogió la mano de Esteban tratando de atraerlo a su lado. Gabriel sólo entendió que Julieta se acercaba.

—¿Y me supones capaz de obrar así? —la pregunta, dicha en un tono de enfado, guardaba aún cierta indecisión.

Aquel paso firme fue a los ojos de Gabriel un paso decisivo. En un mismo abrazo cogió a su mujer y a su hijo, y les dijo:

—¡Que Jesucristo nos proteja! Tal vez sea mejor que esto suceda así. —Mientras trataba de calmarse con estas palabras, fue invadido por un terror sombrío; le pareció que el Señor, cuyo auxilio

imploraba, le cerraba enérgicamente las puertas ante Julieta y Esteban. Antes que su abrazo hubiera adquirido forma y vida, Gabriel dejó caer los brazos, se volvió y salió. Se detuvo una última vez en el umbral—: Naturalmente, Maris, uno de mis caballos estará a su disposición para el viaje.

Gonzaga acentuó su obsequiosa sonrisa:

—Aceptaría gustosamente su extraordinaria amabilidad si no tuviera otro deseo. Le ruego que me permita compartir su existencia allá arriba en el Musa Dagh. Ya he hablado de ello con el farmacéutico Krikor. A mi requerimiento he consultado al sacerdote Ter Haigassun, cuya respuesta no fue negativa…

Bagradian reflexionó un momento.

—Espero que usted se dé cuenta de que después de semejante aventura ningún pasaporte americano le valdrá para nada.

—Ya hace bastante tiempo que vivo aquí, Gabriel Bagradian; me sería, pues, muy penoso abandonarlos a todos. Por otra parte, como periodista tengo un motivo secundario para pedirle este favor. Un reportero no encuentra dos veces una ocasión como ésta.

Había algo en la figura del griego que hizo nacer en Bagradian un sentimiento hostil, casi de antipatía. Buscó un argumento bastante efectivo para rehusar el deseo del joven.

—¿Ha pensado usted siquiera en que tal vez no tenga oportunidad de utilizar sus informes?

La respuesta de Gonzaga no se dirigió sólo a Gabriel, sino a todas las personas reunidas en la sala.

—He tenido a menudo la experiencia en mi vida de que mis presentimientos no me engañan. Y esta vez un presentimiento me indica también, y con gran fuerza, que esta tentativa tendrá un feliz resultado para todos, Gabriel Bagradian. Sin duda no es éste más que un sentimiento, pero en esta clase de cosas tengo entera confianza.

Su ardiente mirada aterciopelada iba de Howsannah a Iskuhi y de Iskuhi a Julieta, deteniéndose sobre el rostro de esta última más rato. Los ojos de Gonzaga parecían preguntar a *madame* Bagradian si no encontraba sus razones lo bastante convincentes.

Capítulo VII

El entierro de las campanas

Dos días y dos noches permaneció Gabriel Bagradian en el Damlajik. La primera noche mandó avisar a Julieta que no lo esperase. Por varios motivos se veía obligado a quedarse sin interrupción arriba en la meseta. El Damlajik había perdido, a pesar de sus innumerables rincones agrestes, su aspecto de pradera idílica, que tan bien conocía Gabriel, primero por sus campestres paseos y ahora por sus estratégicas incursiones. Por primera vez mostraba su verdadera faz. No solamente el hombre, sino cuanto existe en el mundo nos muestra su verdadero rostro desde el momento que lo ponemos a prueba. Esto mismo sucedía con el Damlajik. Su dulzura paradisíaca, su sonrisa de ermita hermoseada por mil fuentes había borrado sus rasgos endurecidos y cubiertos de profundas arrugas. El sector que Bagradian había escogido para la defensa abarcaba una superficie de varios kilómetros cuadrados. Esta extensión, a excepción de la «cañada de la ciudad», que era relativamente llana, se extendía sobre una cantidad de accidentes del terreno muy penosos; colinas y valles, ondulaciones y grietas, diferencias de nivel que se hacían duras cuando había que visitarlos varias veces. Gabriel pensaba que no habiendo una necesidad urgente era mejor no bajar a las aldeas, para evitar así el gasto inútil de tiempo y fuerzas. Sentía, como nunca en su vida, la vitalidad necesaria para llevar a efecto grandes cosas. Todo su organismo, al que trataba sin consideraciones y sometía a rudas pruebas, le demostraba lo que era

y valía. Comparadas con esta nueva vida, las semanas que había pasado en la guerra en el frente balcánico le parecieron insípidas e inactivas. En aquel tiempo no se era más que barro humano arrastrado por algún poder elemental, adelante o atrás, hacia un peligro mortal sin que la propia voluntad tuviera en ello la menor influencia. Durante los últimos años, Gabriel había padecido a menudo una debilidad cardíaca y dolores de estómago. Estos dos males —consecuencias de un mimo excesivo— se habían desvanecido de súbito. Ya no sabía siquiera que existía un estómago o un corazón, se daba cuenta que tres horas de sueño entre dos mantas bastaban ampliamente, y que un simple trozo de pan y una caja de conservas le satisfacían para todo el día. Aunque no reflexionaba tampoco mucho sobre este aspecto, sí le colmaba de orgullo la conciencia de sus propias fuerzas. Este orgullo es el que se apodera de la materia cuando el espíritu le ha infligido una derrota.

Pero había otro motivo más importante. La mayoría de los hombres encargados de la defensa ya se habían instalado en la montaña y, además, un buen número de mujeres resistentes y toda una banda de niños que podían prestar servicio. El resto de la población permanecía en el valle; era esta una sabia precaución, pues intentaba que en apariencia la vida diaria siguiera su curso normal para impedir así que se observara el despoblamiento de las aldeas. Los aldeanos tenían órdenes de acarrear todas las noches, al abrigo de la oscuridad, cuantas provisiones les fuera posible a la montaña. No se podía transportar todo sobre mulos. Así, los obreros del taller del anciano Tomasian tuvieron que acarrear sobre sus espaldas largos y pesados maderos. Esta madera estaba destinada a la construcción del altar, la barraca, donde se instalaría el consejo de jefes, y la tienda-hospital. De los jefes elegidos, los más jóvenes, en especial el pastor Tomasian y los profesores, permanecieron con Gabriel en el Damlajik, mientras la mayoría del consejo proseguía la ejecución de su deber en el valle, bajo la dirección de Ter Haigassun.

Se podía calcular en quinientos los hombres que acamparon esos días en la montaña. Cuando por la noche se reunían en la hondonada alrededor del fuego, los huesos doloridos por el

cansancio, el pastor Tomasian pronunciaba largos discursos que tenían muy poco de sermón y en los que explicaba el verdadero sentido de aquella empresa guerrera. Predicaba el divino derecho a la legítima defensa, hablaba de la sangre armenia derramada desde hacía tantos siglos y del valor ejemplar del acto valiente que iban a emprender, que acaso arrastrara a la nación entera a la rebelión y salvara así a todos sus compatriotas. Enseguida describía la expatriación hasta en sus menores detalles, recordando cuánto había visto y lo que le contaron. Demostraba con la misma convicción que la hazaña en la que colaboraban no podría sino proporcionarles la victoria y la libertad. ¿Por qué medios se obtendrían esta victoria y libertad? De esto no decía ni una palabra. Nadie se atrevía a preguntarlo. No eran las imágenes concretas evocadas por estas palabras grandiosas, sino su simple resonancia lo que bastaba para inflamar el corazón de la juventud. A veces el propio Bagradian tomaba la palabra a fin de dejar descansar al pastor. Al contrario de Aram Tomasian, evitaba todo efecto grandilocuente y animaba a sus oyentes para que no dejaran pasar inútilmente un solo minuto, para que no comieran jamás sin escrúpulos una miga siquiera de las provisiones y que cada latido del corazón se consagrase al servicio del sagrado objetivo. Según él, había que pensar menos en el inevitable infortunio que en la afrenta con que el gobierno turco había marcado la faz del pueblo armenio.

—Si logramos una sola vez rechazar hasta los pies de la montaña a los turcos, no sólo habremos vengado la afrenta, sino que también los habremos deshonrado y humillado para siempre. Pues nosotros somos los débiles y ellos los fuertes. Se burlan de nosotros tachándonos de comerciantes y se vanaglorian de ser guerreros invencibles. Si los vencemos, aunque sea una vez, habremos dado un golpe a su orgullo del que les costará mucho reponerse.

Sea cual fuere el pensamiento de Gabriel y Aram, siempre hablaban del glorioso final de la empresa para inculcar en el alma predispuesta de los jóvenes una fe fanática y, lo que es más, una disciplina fanática.

Si Gabriel Bagradian no había sospechado nada de su férrea

constitución, tampoco había tenido conciencia hasta entonces de sus grandes dotes para la organización. En el mundo en que había vivido hasta entonces, tener un «sentido práctico» equivalía casi a no preocuparse sino de cosas vulgares y de orden pecuniario. Se había esforzado por permanecer siempre en una zona ajena a toda preocupación económica y lo había conseguido. Pero ahora, en las primeras horas de esa mañana, consiguió organizar, gracias a sus trabajos previos, un ingenios ejército a base de cuadros fijos, que facilitarían la incorporación de los contingentes que subirían del valle. Instituyó tres grupos fundamentales: una primera línea, una gran reserva y una «banda juvenil» compuesta de muchachos de trece a quince años; este último grupo no debía ser utilizado sino en momentos desesperados, en casos de pérdidas importantes y en los frentes diezmados; su misión habitual consistiría en asegurar el servicio de observación y la transmisión de mensajes y noticias. Cuando el efectivo estuviera completo, la primera línea contaría con 860 hombres. Se incluía aquí a un grupo de importantísimos especialistas, todos hombres de entre dieciséis y sesenta años, a excepción de los débiles y los incapaces. Para la reserva se contaba no sólo con el resto de los hombres, capaces aún a pesar de la vejez, sino también con una gran cantidad de mujeres y jóvenes, de tal modo que esta segunda línea ascendía a un número que fluctuaba entre mil y mil cien personas. El tercer elemento de defensa, el grupo de reconocimiento de la división juvenil, la «Caballería del Damlajik», por decirlo así comprendía más de trescientos muchachos. Por la mañana del segundo día, Gabriel envió a su ayudante Awakian a buscar a Esteban a la villa. No estaba seguro de que Julieta le dejara salir sin más, pero el estudiante regresó en un breve lapso de tiempo con el muchacho radiante de alegría. Gabriel colocó inmediatamente a su hijo en la banda de los adolescentes. En las circunstancias en que se encontraban, de los 860 hombres de la primera línea sólo 300 podían contar con fusiles de infantería, ya que no se poseían más. Desgraciadamente, la mayor parte de las tropas tendría que armarse con fusiles de caza o contentarse con las pintorescas armas de fuego que se encontraban en casi todos los

hogares armenios. Gabriel también hizo distribuir todos los rifles utilizables que se descubrieron en el arsenal de su hermano. Por fortuna casi todos los hombres conocían el uso del fusil, y no sólo aquéllos que habían servido en el ejército turco. Sin embargo, bien calculadas las cosas, había que reconocer que el armamento de la tropa de primera línea era simplemente desastroso. Cuatro pelotones de infantería, aun desprovistos de ametralladoras, serían muy superiores a ellos. Esta agrupación de combate —la más importante de todas—, se dividía en unidades fijas de diez hombres, batallones en miniatura que se podían trasladar y utilizar aisladamente. Al repartir a estos hombres en decenas, Gabriel tuvo especial cuidado en reunir siempre gentes de la misma aldea y hasta de la misma familia, a fin de reforzar por la camaradería el sentimiento de unidad. El problema del mando presentaba mayores dificultades, pues sobre estos diez hombres era necesario que alguien ejerciera cierta autoridad, del mismo modo que se necesitaban jefes en las agrupaciones más importantes. Bagradian escogió entre aquellos que hubieran hecho el servicio militar sin tener en cuenta la edad. El inestimable Tchauch Nurhan asumió el papel cuádruple de general de infantería, jefe de provisiones, ingeniero mayor de la plaza y oficial instructor. Las puntas aguzadas de su bigote canoso temblaban a cada movimiento, y su gran nuez de Adán saltaba continuamente dentro de su cuello seco y tostado. Nurhan parecía profundamente agradecido a los turcos por haber ordenado la deportación, tal era la pasión y el celo que ponía en la actividad militar que tanto tiempo llevaba sin ejercer. Pasaba horas enteras haciendo ejercicios con los hombres exentos de otros trabajos, sin concederle el menor descanso a ellos ni a sí mismo. Se le había metido en la cabeza que los armenios lograrían asimilar en pocos días los ejercicios turcos que son calculados para un espacio de varios años de aprendizaje. Insistía sobre todo en ejercicios de formación de filas de tiradores, en ejercicios de asalto y retirada, utilización de protecciones naturales, atrincheramiento rápido y aprovechamiento del terreno. Con un gran disgusto por su parte, Bagradian había prohibido las prácticas de tiro a sus tropas, y esto por razones muy

comprensibles, entre las cuales predominaba la de economizar las municiones. Nurhan ya no era joven; sin embargo, corría sin cesar durante el ejercicio de una a otra división para instruir a cada jefe de unidad, jurando y blasfemando en la innoble jerga de los cuarteles turcos.

Desde el primer día los desertores instalados en el Musa Dagh habían ido a reunirse con los combatientes. Su número aumentó en los dos días siguientes hasta que finalmente formaron una tropa de más o menos sesenta hombres. Aunque estuvieran todos bien armados, Gabriel Bagradian no sabía si regocijarse o no de este aumento de contingente. Seguramente entre esta gente de aspecto deplorable se encontraban simples desertores que habían abandonado una bandera, soldados maltratados, cobardes o deseosos de libertad; pero era indudable que entre ellos se contaban también individuos sospechosos más bien buscados por los tribunales civiles que por la justicia militar; en resumen, siniestros aventureros que se adjudicaban gratuitamente el nombre de desertores; el bandolerismo era su verdadera profesión y no parecían escapados de los cuarteles de Antioquía, Alejandreta o Alepo, sino más bien del presidio de Payas. Era realmente difícil adivinar el verdadero estado civil de los sesenta recién llegados, pues todos tenían la misma expresión atemorizada, hipócrita y envilecida, muy natural en fugitivos que debían defenderse día y noche de los gendarmes y no podían jamás descender a las aldeas antes de las dos o las tres de la mañana para pedir un pedazo de pan a sus compatriotas. Los huesos de estos desertores hambrientos —pues ya casi no se podía hablar de ellos como de cuerpos reales— estaban cubiertos de andrajos, restos del uniforme turco color caqui. Lo que podía verse de sus rostros en medio de la barba enmarañada y los cabellos llenos de piojos, estaba quemado por el sol y oscurecido por la mugre. Sus ojos armenios no reflejaban sólo el gran sufrimiento general; se mezclaba a ello otro sentimiento particular, el dolor vil de estos seres de la noche que vuelven poco a poco al estado animal. Esta canalla parecía haber sido rechazada por la humanidad entera. Sólo el desertor Sarkis Kilikian, llamado el ruso, escapaba a esta impresión —por su

aspecto exterior al menos—, aunque la sociedad humana, cuidadosa de su seguridad, le hubiera repudiado más implacablemente que a cualquier otro. Gabriel reconoció en él al fantasma aparecido aquella noche en la plaza de las tres tiendas. ¿Cómo repartiría a estos sesenta personajes sospechosas entre los grupos de diez sin dañar la disciplina? Esta cuestión no podía ser resuelta en un momento. Mientras tanto —a pesar de las muecas de asombro— fueron enviados a la severa escuela de Tchauch Nurhan, donde, para ganarse la bebida y la comida, tuvieron que someterse a ejercicios militares tan agotadores como aquellos a que habían querido sustraerse.

Sin embargo, la enseñanza práctica de Nurhan no fue la tarea esencial que se ejecutó durante aquellos días de labor intensa; lo esencial era la preparación y construcción de las trincheras. Las líneas azules y pardas que Gabriel trazara sobre los mapas de Awakian debían convertirse ahora en realidad. Como en ese entonces había más manos libres en el Damlajik que palas, azadones y picotas, el trabajo fue distribuido entre dos equipos diferentes que se turnaban en sus respectivas ocupaciones. Según el plan de Bagradian, la reserva debía hacerse cargo de los diferentes trabajos; estos 1.100 hombres y mujeres no debían agruparse en formaciones regulares sino en el momento del combate, y permanecerían generalmente en el campamento haciéndose útiles y asegurando los servicios de interés general. Pero toda esta fracción del pueblo se encontraba aún abajo, en las aldeas.

Tal como Gabriel Bagradian había supuesto, el Damlajik presentaba trece puntos de ataque a los asaltos del enemigo. El sector más desamparado quedaba al norte, hacia la garganta estrecha que Gabriel llamaba «el desfiladero norte» y que separaba la montaña de todas las otras partes del Musa Dagh descendiendo hacia Beilan. El segundo, mucho menos amenazado, era la ancha desembocadura de la garganta de las encinas que daba a Yoghonoluk. Las demás zonas peligrosas del borde occidental estaban un poco menos expuestas, y sucedía lo mismo con todos los puntos donde las pendientes bruscas se suavizaban y los pastores y

sus rebaños habían trazado senderos angostos, con excepción de la enorme torre rocosa de la pendiente meridional llamada en el mapa «bastión sur»: ésta dominaba los vastos pedregales que, desde la planicie del Oronte, ascendían hasta la cima en cortes y abruptas terrazas. Bajo la dirección de Samuel Awakian se construyeron, según un minucioso croquis hecho por Bagradian, algunos muros de respetable altura hechos de grandes bloques de piedra. El estudiante estaba asombrado de la edificación tan complicada en previsión sólo de seguridad. Durante estos primeros días, su fantasiosa idea de la guerra era aún tan limitada que rara vez entendía las intenciones de su mentor. Era, pues, al norte, en el punto más vulnerable de la fortaleza natural, donde la labor más dura quedaba por hacer. Gabriel Bagradian había marcado con sus propias manos la trinchera principal que, con todas sus sinuosidades y zigzags, medía varios centenares de metros. Al oeste se apoyaba en la masa rocosa que torcía hacia el mar y formaba un intrincado laberinto con sus barricadas, corredores, refugios y cavernas. Al este, Bagradian protegió su trinchera por medio de vigas y troncos de árboles. Por una feliz casualidad, la mayor parte del terreno se componía, en esta parte, de tierra suelta. Sin embargo, las palas chocaban continuamente contra grandes bloques calcáreos y rocas dolomíticas, lo que retrasaba bastante el progreso de la obra: en semejantes condiciones no se podía esperar terminar la trinchera en menos de cuatro días. Mientras los hombres más fuertes y hasta algunas mujeres cavaban la tierra, los niños, armados de cuchillos y hoces, cortaban en ciertos lugares predeterminados algunos arbustos para dar una perfecta visibilidad a los tiradores. Bagradian ordenó aplanar inmediatamente sobre la superficie la tierra extraída de las trincheras.

Una de sus mayores preocupaciones era ocultar completamente la ancha grieta para que no se percibiera rastro de mano humana sobre la tupida pendiente. Fuera de la trinchera de la reserva cuya construcción sería ubicada en la ondulación de un terreno vecino, el plan general tenía en cuenta también la preparación de doce posiciones de menor entidad.

El pastor Aram Tomasian, encargado de velar por la organización interior, contaba con que se pudiera emprender sin tardanza la construcción de viviendas populares. Pero no se comenzaron ni el hangar-hospital ni la barraca de la administración y menos aún las chozas destinadas al pueblo. Se veía sólo al sacristán, al sepulturero y alguna gente piadosa, martillo en mano, trabajando en los andamiajes del altar en medio del valle de la ciudad. Se había levantado ya un cuadro muy alto hecho de ramas de boj entrelazadas, armazón del muro de fondo del santuario. Llegada la noche, Gabriel, agotado, tendido en el suelo, contemplaba este altar inconcluso que le parecía desproporcionadamente inmenso. No obstante su somnolencia podía percibir que alguien le observaba; era Sarkis Kilikian, el desertor. Este hombre era probablemente más joven que Gabriel y tal vez no tuviera más de treinta años. Sin embargo, sus rasgos estaban marcados y gastados como los de un cincuentón prematuramente envejecido. Su sarcástica cabeza de muerto poseía una piel extrañamente pálida a la par que firme y delgada, a pesar de los vigores del sol. Su expresión no era debida tanto al sufrimiento, cuanto a que parecía pertenecer a un individuo que hubiera vivido intensa, fanáticamente su vida. Harto, más que harto; esta es la expresión. Aunque su uniforme estuviera destrozado como el de los demás, daba cierta impresión de una elegancia salvaje o de un salvajismo elegante. Eso se debía sobre todo a que era él el único entre sus camaradas que iba cuidadosamente afeitado. Gabriel sintió de pronto frío y se sentó. Pasó un cigarrillo al individuo. Kilikian lo aceptó sin decir una palabra, sacó de su bolsillo una especie de encendedor primitivo, hizo brotar algunas chispas que finalmente encendieron una mecha de estopa, y se puso a fumar con un gesto tan displicente como si el cigarrillo de lujo que le ofreciera Bagradian hubiera sido su tabaco habitual. Ambos se observaban en silencio; el malestar de Gabriel aumentaba. El ruso no quitaba su mirada muerta y desdeñosa de las manos blancas de Bagradian; sin poderlo soportar más rato, éste le increpó duramente:

—¡Y bien!, ¿qué quieres de mí?

Sarkis Kilikian echó una gran bocanada de humo, sin modificar su actitud.

Lo más enervante era que no quitaba los ojos de las manos de Gabriel. Parecía sumido en profundas reflexiones respecto a un mundo en que existen manos tan suaves y cuidadas. Por fin abrió la boca desprovista de labios y mostró los horribles dientes negruzcos. En su voz cavernosa había menos odio que en sus palabras.

—No es trabajo para un señor tan fino…

Bagradian se puso en pie de un salto. Habría deseado encontrar una respuesta enérgica, pero a su despecho no le vino la menor idea. El ruso le volvió la espalda lentamente y dijo, más bien para sí mismo que para su interlocutor, en un francés cuyo acento no era malo:

—Ya se verá cuánto podrá durar.

Reunidos alrededor de la fogata, Gabriel preguntó a varios hombres qué sabían de Sarkis Kilikian. Desde hacía cuatro meses era una figura perfectamente conocida en todo el Musa Dagh. No pertenecía a los desertores indígenas; sin embargo, Gabriel logró conocer en su totalidad la historia de este famoso ruso, que le contó Chatakhian. Como los profesores de las siete aldeas se caracterizaban por poseer una viva imaginación y tal y como Bagradian había imaginado, Chatakhian solía añadir comentarios estremecedores fruto de su propia cosecha, como si la tragedia del pueblo armenio no fuera suficiente para él; pero Tchauch Nurhan estaba sentado a su lado y a cada detalle inclinaba la cabeza en un grave ademán de asentimiento. Tchauch Nurhan se había hecho célebre por los favores que prodigaba a los desertores y el conocimiento íntimo de sus existencias. En cuanto a su fantasía, no había nada que temer.

Sarkis Kilikian había nacido en Doert Yol, gran pueblo situado en la planicie de Issus, al norte de Alejandreta. Antes de que cumpliera los doce años estallaron las grandes matanzas de Abdul Hainid en Anatolia y Cilicia, repentinamente, como una tempestad en un cielo despejado. El padre de Kilikian era relojero y orfebre, un hombrecito tranquilo que se preocupaba principalmente de que sus

cinco hijos, en la medida de lo posible, pudieran adquirir buenos modales y recibieran una educación. Como poseía una hermosa fortuna, Sarkis, el mayor, sería enviado al seminario para estudiar allí y ser sacerdote. Aquel día en Doert Yol, aquel día terrible, el relojero Kilikian cerró su tienda al mediodía. Pero esta precaución no le sirvió de nada. Apenas había accedido a su casa contigua para almorzar, cuando oyó que llegaba la espantosa clientela exigiendo a grandes voces la entrada. La señora Kilikian, una gran armenia rubia, oriunda del Cáucaso, había servido ya la merienda cuando su marido se levantó pálido como una sábana para abrir el almacén. El relojero tranquilizó a su mujer diciéndole que más valía dejar que saquearan el negocio y salvar así la vida. Sarkis Kilikian recordaría para siempre la eternidad de los minutos siguientes, tan largos que a pesar de mil transformaciones seguían estando muy vivos en su alma, ahora y por siempre jamás. Corrió al taller tras su padre; una multitud de hombres se encontraba ya allí, era una brillante y pintoresca tropa de asalto compuesta de *hamidijehs* de Su Majestad el Sultán. El jefe de esta tropa era un jovenzuelo de rostro rosado y terso, hijo de un pequeño funcionario. Lo que más llamaba la atención de este turco rechoncho era la abundancia de condecoraciones y extrañas medallas que adornaban su uniforme. Mientras dos kurdos, circunspectos y con un marcado espíritu práctico, ponían inmediatamente manos a la obra y vaciaban minuciosamente los cajones en sus mochilas, el hijo del funcionario, con su pechera deslumbrante, parecía comprender su misión desde una perspectiva puramente política. El rostro estúpido e infantil resplandecía de convicción, mientras chillaba al relojero:

—¡Eres un usurero y un vampiro! Todos estos puercos armenios no son sino usureros y vampiros. ¡Infieles impuros, son ustedes, responsables de la miseria de nuestro pueblo!

Sin perder la compostura, el maestro Kilikian le indicó con el dedo su lupa, las pinzas y las ruedecillas y resortes esparcidos sobre su mesa de trabajo.

—¿Por qué me tratas de usurero?

—Todas esas cosas no son sino patrañas y te vales de ellas sólo

para disimular la usura que practicas.

La conversación no pudo terminarse, pues en ese momento se escucharon varios disparos en la baja y estrecha habitación. Por primera vez, el pequeño Sarkis sintió el olor sofocante de la pólvora. Al principio no comprendió lo que sucedía sino en el momento en que vio a su padre inclinarse sobre la mesa como para trabajar y desplomarse al suelo enseguida, arrastrando consigo el mueble. Sin hacer el menor ruido, Sarkis se deslizó a la habitación familiar. Reteniendo la respiración, su madre, de rubios cabellos, esperaba, rígida, apoyada contra el muro. Con ambas manos sujetaba fuertemente a su lado a sus dos hijitas de dos y cuatro años de edad y su mirada no se apartaba del bebé acostado en la cuna.

Mesrop, un niño de siete años, echaba una mirada hambrienta al hermoso *kebab* de cordero que humeaba tranquilamente sobre la mesa. Pero cuando los hombres armados irrumpieron en la estancia, Sarkis ya había cogido la fuente y con un impulso desesperado la lanzó al rostro del jefe. El proyectil alcanzó al oficial, cubriéndole la cara rosada y redonda con grasa. El intrépido descendiente de funcionario, lanzando un grito de espanto, se agachó como si lo hubiera herido un obús. La salsa oscura del puchero le manchó el hermoso uniforme. Voló enseguida por el aire una jarra de greda, y esta vez con mejor resultado. Al jefe de la tropa comenzó a sangrarle la nariz, pero sin dejar de gemir, ordenó a sus hombres que continuaran avanzando. Armado con el cuchillo para trinchar, el pequeño Sarkis se colocó frente a su madre para protegerla. Este arma inofensiva en manos de un niño de once años bastó para evitar un cuerpo a cuerpo con los invencibles *hamidijehs*, a pesar de que la mujer era aún joven y deseable. Uno de ellos se precipitó en un acto abominable hacia la cuna, arrancó de las mantas a la criatura llorosa y aplastó contra el muro el cráneo del recién nacido. Sarkis se apretó al cuerpo rígido de su madre, cuyos labios cerrados dejaron escapar un extraño gemido. Inmediatamente después estalló como un trueno una serie ininterrumpida de detonaciones cuyo blanco lo formaban una mujer y cuatro niños. Como la habitación estaba llena de humo, aquellos condenados dispararon mal. El destino —

diabólico en sus insondables designios— quiso que Sarkis no fuera herido por ninguna de estas balas. El primero en morir fue Mesrop. Los cadáveres de las dos niñas colgaban lacios e inertes en las manos de la madre, que no las soltaba. Su silueta grande y fuerte permanecía rígida e inmóvil. Una bala le hirió el brazo derecho. Sarkis sintió en la espalda un breve estremecimiento que la sacudió. Otros dos proyectiles le quebraron el hombro. Siempre de pie, no se quejó mientras sus manos retenían aún los cuerpos de sus hijas. Cuando otras dos balas le arrancaron la mitad de la cara, se tambaleó inclinándose hacia adelante, mientras Sarkis se esforzaba por sostenerla; la sangre maternal se derramaba abundante sobre los cabellos del niño, hasta que por fin ella se desplomó enteramente sobre él. Permaneció entonces acostado bajo el cuerpo pesado y cálido de su madre que respiraba aún, sin hacer el menor ruido. Cuatro balas más rebotaron en el muro. El joven jefe de rostro aniñado juzgó ya cumplida su misión.

—¡Turquía para los turcos! —exclamó, pero nadie hizo eco a su grito de triunfo después de una victoria tan gloriosa.

Mientras Sarkis permanecía tendido en el suelo cobijado bajo la seguridad de su madre, sus sentidos estaban extremadamente exasperados. Escuchó una conversación que le permitió deducir que el jefe de la tropa se conducía de un modo innoble en algún rincón de la pieza.

—¿Por qué haces eso? —dijo una voz en tono de reproche—, hay muertos aquí.

Pero el convencido campeón del partido nacional no permitió que lo molestaran y gruñó:

—Hasta muertos han de saber que sólo nosotros somos los amos y ellos no son sino fetidez.

Hacía mucho que reinaba un profundo silencio cuando Sarkis, bañado en sangre, se atrevió a deslizarse por debajo del cuerpo de su madre. Ese movimiento pareció devolver el conocimiento a la señora Kilikian. Ya no tenía cara, pero su voz no había cambiado y seguía siendo tan tranquila como siempre.

—Ve a buscar un poco de agua, hijo mío. —La jarra estaba

quebrada y Sarkis se aventuró con un vaso hasta el pozo del patio. Cuando regresó, su madre respiraba aún, pero ya no podía hablar ni beber.

El niño fue enviado a casa de unos parientes ricos que vivían en Alejandreta. Al cabo de un año parecía completamente repuesto de todos sus padecimientos; sin embargo, apenas comía y nadie, ni siquiera sus padres adoptivos, que eran extraordinariamente afectuosos con él, lograban hacerle pronunciar más que las palabras estrictamente necesarias. El profesor Chatakhian estaba exactamente informado al respecto, pues era esta misma familia laque había hecho posible su estancia en Suiza. Más tarde, Sarkis se dirigió a Edchmiadsin, en Rusia, para realizar allí sus estudios en el gran seminario de Teología dedicado al pueblo armenio. Los alumnos de esta famosa academia podían fácilmente hacer carrera en la iglesia gregoriana y alcanzar las más altas dignidades. La disciplina religiosa a que debían someterse los estudiantes no era de las más severas; sin embargo, Sarkis Kilikian, que llevaba en sí un amor violento, por no decir una pasión enfermiza por la libertad, huyó del seminario antes de haber terminado el tercer año. Iba a cumplir los dieciocho años cuando vagaba por las callejuelas sórdidas de Bakú sin más fortuna que su vieja sotana de seminarista y un hambre de varios días. No se decidió a escribir a sus padres adoptivos y pedirles dinero. Desde el día en que se fugó de Edchmiadsin, aquella buena gente no tuvo más noticias de su protegido. Sarkis Kilikian no tenía muchas opciones entre las cuales escoger; debía buscar trabajo. El único trabajo que encontró —el único que abundaba en Bakú— fue un trabajo de esclavos en los inmensos campos petroleros que se extienden a todo lo largo de la desolada costa del Mar Caspio. Allá, en pocos meses, su piel se puso amarilla y cuarteada bajo la acción del petróleo y las emanaciones de la tierra. Su cuerpo entero se secó como un árbol sin savia. Dado su grado de cultura y su carácter, no es raro que se sintiera atraído por el movimiento de revolución social que empezaba a conquistar entonces a las poblaciones obreras del Oriente ruso, georgianos, armenios, tártaros y persas. Era indudable que el gobierno zarista

azuzaba constantemente a las diferentes razas unas contra otras, pero en ese momento se mostró impotente para vencer el movimiento irresistible que las unía en la lucha contra los magnates del petróleo. Cada año se hacían más importantes las huelgas y obtenían éxitos más ruidosos. En una de estas revueltas sucedió que los cosacos llevaron a cabo una espantosa matanza. A guisa de respuesta, el gobernador de la provincia, el príncipe Galitzine, fue alevosamente asesinado durante un paseo. Sarkis Kilikian se encontraba entre los sospechosos. Durante el proceso no se pudo obtener la menor prueba convincente contra él. Kilikian se mezcló en la política de un modo muy extraño; jamás había pronunciado un discurso ni representado un papel importante en ninguna organización secreta. Nadie podía presentar contra él un cargo preciso. Pero ser un «seminarista evadido» era ya pertenecer a una clase sospechosa de la que surgen generalmente los dirigentes más encarnizados. Esto constituía, pues, suficiente acusación. Sarkis fue enviado a la *katorga* de Bakú y condenado a cadena perpetua. Habría perecido irremediablemente en medio de las ratas y la inmundicia si el destino no hubiera decidido prodigarle sus beneficios por un medio ingenioso. El sucesor de Galitzine resultó ser un príncipe Woronzow. El nuevo gobernador, soltero, había hecho venir a Bakú, para que lo acompañara en el palacio de la gobernación, a su hermana, también soltera. En el caso de la princesa Wotonzow el estado de soltería había engendrado una gran severidad para consigo misma. Muy activa y llena de buena voluntad, instalaba en cada provincia donde era nombrado su hermano, una extraña oficina de redención de almas. Quien es duro consigo mismo lo es también con los demás. Era así como esta gran dama había terminado por convertirse realmente en una obsesa de la caridad. Apenas llegaba a una nueva ciudad, su mirada se dirigía ante todo e invariablemente a las prisiones. Los grandes poetas de la patria rusa le habían enseñado que descender entre los pecadores era entrar en proximidad inmediata con el reino divino. En las prisiones se esforzaba sobre todo por salvar a los jóvenes intelectuales y descarriados políticos. Fue así como Sarkis Kilikian marchaba todas

las mañanas con sus hermanos de infortunio al cuartel vacío donde se ensayaba en ellos la cura de redención según las prescripciones de Irene Woronzow y bajo la dirección efectiva de ésta. La cura consistía, por una parte, en rudos ejercicios físicos y, por otra, en cursos de moral. La princesa reconoció en el armenio a un hijo del demonio encarnado y al más seductor de todos. Este alma valía el precio de la lucha. Por esto la dama tomó a Kilikian bajo su tutela personal. El cuerpo seco del demonio debía, durante largas horas, sufrir y sudar en los más duros ejercicios bienhechores, pero su alma era tratada con mayor consideración. Con inmensa alegría, Irene Woronzow comprobó pronto los progresos increíbles que hacía Kilikian por buen camino. Las horas que pasaba con este taciturno Lucifer comenzaban a iluminarla a ella misma. Le sucedía a menudo soñar por la noche con las preguntas y respuestas de su sistema. Y, claro, tan dócil discípulo merecía una recompensa. La princesa obtuvo para él favores cada vez mayores.

El primero de estos fue la supresión de las cadenas y el último tuvo por consecuencia el que Kilikian no se alojara más en la prisión, sino en un pequeño cuarto del cuartel desocupado. Desgraciadamente, no permaneció mucho tiempo en este encantador asilo. Apenas al tercer día del traslado, éste desapareció, pagando de esta manera a la princesa con una amarga experiencia en su lucha contra el demonio. Pero ¿dónde huir cuando uno se encuentra en el Cáucaso ruso? ¡Al Cáucaso turco! Un mes más tarde, Sarkis debió reconocer que había cometido un error, abandonando un paraíso para caer en un infierno. Cuando medio muerto de hambre se puso a buscar trabajo en Erzerum, unos esbirros lo arrastraron a la policía. Como no se había presentado al consejo de revisión ni pagado el *bedel* reglamentario, fue inmediatamente condenado como desertor militar a tres años de prisión.

En la prisión de Erzerum, el escultor que modela a las criaturas y cuyos designios son insondables, dio el último retoque a Sarkis Kilikian. Fue allí donde adquirió aquella misteriosa indiferencia que ya Gabriel había adivinado en el fantasma nocturno, indiferencia

cuyo verdadero significado no logra definir una sola palabra. Su reclusión se prolongó hasta los meses que precedieron a la declaración de la gran guerra. Aunque durante la inspección, el médico le declaró poco apto para el servicio militar, Kilikian fue inmediatamente incorporado a un regimiento de infantería de Erzerum. La vida que llevó entonces se parecía —por lo menos de lejos— a una existencia humana. Pudo comprobar que su cuerpo de aspecto frágil poseía un poder de resistencia a toda prueba.

El régimen militar, a pesar de sus múltiples privaciones, parecía ser el que mejor sentaba a su naturaleza. Durante el primer invierno de la guerra, su regimiento tomó parte en la memorable campaña del Cáucaso dirigida por Enver Pachá, y durante la cual el delicado Marte turco casi perdió enteramente todo su cuerpo y por poco cayó con todo su estado mayor en manos de los rusos. El destacamento que protegió la retirada del estado mayor y que salvó a Enver la vida se componía casi sólo de armenios, y fue también armenio el que llevó sobre sus espaldas al generalísimo fuera de la línea de combate. Cuando Chatakhian dijo que Sarkis se encontraba entre esos armenios, Gabriel, temiendo que el profesor hermoseara su relato con detalles faltos de autenticidad, lanzó a Tchauch Nurhan una mirada interrogadora. Pero éste asintió con calma y gravedad. Sin averiguar más si Kilikian había combatido o no entre estos bravos, escuchó referir cómo Enver no dejaría pasar mucho tiempo a la nación en espera del agradecimiento que se le debía por este acto heroico. Apenas el soldado Sarkis Kilikian había sanado de las heridas abiertas en sus pies helados, apenas había abandonado las salas de un hospital atestado, se proclamó un edicto del ministro de la Guerra en virtud del cual todos los armenios eran vergonzosamente expulsados de las compañías, privados de sus armas y rebajados al rango de *inchaat tabouri*, soldados despreciables dedicados a los trabajos más denigrantes. Se les reunió en todos los rincones del imperio, se les quitaron los fusiles y fueron conducidos en grupos miserables hacia el sudeste, en la región montañosa que rodea a Urfa. Ahí, moribundos de hambre y amenazados a cada instante con ser apaleados, acarreaban las piedras destinadas a la

construcción de un camino en dirección a Alepo. Una orden especial les prohibía protegerse con almohadillas de los ángulos salientes de sus cargas, aunque desde las primeras horas de trabajo bajo un sol ardiente, sus espaldas y nucas estuvieran llenas de crueles heridas y cubiertas de cardenales. Mientras los demás se quejaban y lamentaban, Sarkis Kilikian hacía el recorrido de la cantera al camino y del camino a la cantera sin emitir un gemido, como si su cuerpo hubiera olvidado desde mucho tiempo atrás la conciencia del dolor. Un día el comandante hizo colocar en fila a todos los hombres de los *inchaat tabouris*. Por casualidad o por medidas correccionales, se encontraban entre ellos algunos mahometanos, a quienes se hizo salir de las filas. La tropa de armenios desarmados marchó durante casi una hora bajo la dirección de dos oficiales, alejándose de los campamentos; llegaron así a un hermoso valle entre dos colinas.

—Son las colinas de Tcharmelik —exclamó uno de ellos, oriundo de esta región, confiado y regocijado por la bella jornada ociosa.

Pero en las suaves praderas de este valle no se veía sólo el romero y el tomillo, las orquídeas, la pimpinela y la melisa; se encontraba también allí toda una compañía armada y formación de ataque. Los armenios no sospecharon nada. Cuando los colocaron en una larga hilera junto a las faldas de la colina, tampoco sospecharon nada. Y de repente, sin que nada los previniera, escucharon disparos provenientes del ala derecha. Gritos horribles estallaron por todos lados; no eran tanto gritos de espanto sino más bien de un asombro sin límites. (Una mujer que formaba parte del auditorio interrumpió en este punto al profesor Chatakhian: «Dios, que preside en medio de sus ángeles, ¿podrá olvidar esos gritos?», y fue presa de una gran crisis de lágrimas que apenas pudo reprimir). Sarkis Kilikian tuvo la ocurrencia de tirarse al suelo. Las balas pasaron sobre él silbando. Por segunda vez escapaba a la muerte turca. Permaneció tendido entre los cadáveres y los agonizantes hasta muy avanzada la tarde, pero antes de que fuera de noche, la florida pradera que la política nacionalista de Enver había teñido de sangre, fue visitada por un

nuevo público. Los merodeadores de la región no deseaban perder el bien del Estado, que habían usado aquellos «ejecutados». Su rapacidad prefería sobre todo las botas militares de buena calidad. Durante la difícil tarea canturreaban una de aquellas canciones que la deportación había puesto de moda en el país. La primera estrofa comenzaba con una onomatopeya: «*Kesse kesse surur jarlara*. Asesinando, asesinando se los persigue». Le llegó pronto el turno a las botas de Kilikian. Tendió los músculos cuanto pudo para simular una rigidez cadavérica. Furiosos, los bandidos tiraron de sus piernas en todos sentidos y faltó poco para que se las cortaran de un golpe de hacha a fin de apoderarse del calzado. Estos amables clientes desaparecieron, sin embargo, canturreando otra canción: «¡*Hep gitdi, hep bitdi*! ¡Todos suprimidos, todos liquidados!». Aquella noche fue el punto de partida de los interminables vagabundeos de Sarkis Kilikian. Pasaba el día en solitarios refugios y por la noche corría por caminos desconocidos, a través de las estepas y los campos pantanosos. No comía nada o, más exactamente, se alimentaba de aquello que encontraba en las tierras por donde pasaba. No se aventuraba sino rara vez en las aldeas, e iba a golpear alguna puerta armenia cuando la oscuridad era completa. El cuerpo diabólico de Sarkis reveló entonces las fuerzas sobrehumanas que encerraba. Este esqueleto cubierto de pellejo, en vez de morir por el camino, llegó en los primeros días de abril a Doert Yol, su antigua patria. Desdeñando el peligro, Kilikian decidió volver a la casa de sus padres, aquella que abandonara veinte años atrás. La casa había permanecido fiel a la profesión de su padre; un relojero orfebre la habitaba. El ruido familiar de la lima y el pequeño martillo resonaban en la tienda. Sarkis entró. El relojero, horrorizado, quiso echarle, pero cuando Sarkis le hubo revelado su nombre, el nuevo propietario de la casa reunió a toda la familia. Se dio al fugitivo un lecho en el gran salón, donde había sucedido antaño la horrible tragedia. Al cabo de veinte años se veían aún sobre el muro los rastros de las balas. Kilikian permaneció dos días en este refugio. Mientras tanto, el relojero le dio su fusil y municiones. Cuando preguntó a Kilikian qué otro favor podía hacerle, éste le pidió sólo

una navaja de afeitar y desapareció apenas oscureció. Dos noches más tarde, encontró en el pueblo de Gomaidan a dos desertores que, dándoselas de conocedores serios y cabales, le recomendaron el Musa Dagh como residencia de absoluta seguridad.

Esta era la historia de Sarkis Kilikian, el ruso, tal como la supo Gabriel por el relato de Chatakhian, y por el silencio afirmativo de Tchauch Nurhan y las adiciones o restricciones de otros auditores. El occidental que aún persistía en Gabriel se estremecía ante el respeto que le causaba pensar en el inmenso drama de su vida y por la fuerza que nunca le abandonó. Pero a este respeto se agregaba un sentimiento repulsivo y un deseo de encontrar lo menos posible en su camino a esta víctima de las prisiones y cuarteles; después de una prolongada conferencia con Tchauch Nurhan, Bagradian decidió enviar al ruso con los demás desertores a ocupar el bastión sur. Era el punto más seguro de toda la defensa y, por otra parte, el más alejado del campamento.

Por la mañana del tercer día, todo el mundo regresó a las aldeas. Sólo algunos centinelas de confianza permanecieron en el Damlajik para cuidar las armas y provisiones. Ter Haigassun lo había exigido: los *saptiehs* no debían encontrar las casas vacías, o medio vacías siquiera, en caso de requisa. La ausencia de los jóvenes no dejaría de llamarles la atención, ni la de los dóciles discípulos del pastor Nokhudian de Bitias, ni la presencia de los ancianos en las demás aldeas sería suficiente para calmar sus sospechas. Gabriel había esperado esta orden del sacerdote. Se ocultaba tras ello una intención de orden educativo. La juventud del Musa Dagh, que hasta ahora no conocía sino de oídas los horrores de la persecución, debía ver ahora con sus propios ojos la realidad, para emprender enseguida la lucha con un ardor desesperado.

A la hora exacta indicada por Alí Nassif, llegaron los *saptiehs* a Yoghonoluk, en un número aproximadamente de cien. Era una evidente señal de desprecio por parte de las autoridades el enviar una fuerza tan reducida para dominar tan gran distrito; los corderos

armenios no se resisten cuando se les lleva al matadero. Los pocos ejemplos contrarios, tan apreciados por el Gobierno, no probaban nada. ¿Cómo podría medirse un débil pueblo de mercaderes con una nación de héroes? Respuesta a esta pregunta eran los cien *saptiehs* enviados a Yoghonoluk. Ya no se trataba de los asesinos de Abdul Hamid. Ya no se encontraban entre ellos aquellos rostros picados de viruela que, con un guiño, a la vez cordial y cruel, daban a entender que se podía uno arreglar con ellos con la única condición de fijar el precio. Ahora se trataba de pura y simple crueldad, sin otra intención accesoria. Estos *saptiehs* no llevaban el roñoso gorro de piel de cordero, ni el desordenado uniforme de los antiguos buenos tiempos, compuesto de una capa militar además de aquella inefable ropa de aspecto civil de los buenos y viejos tiempos. Los recién llegados usaban el uniforme caqui que vestía ahora todo el ejército, todavía nuevo y reluciente. Al modo de los beduinos, llevaban en la cabeza unos trozos de tela que les caían muy bajos para protegerlos del sol o del sudor; este tocado les daba el aspecto implacable de las esfinges egipcias. Desfilaban en líneas precisas, sin el ritmo maquinal de los militares de occidente, pero tampoco con el negligente balanceo oriental. No obstante la distancia a la que se encontraba Estambul, el Ittihad había logrado ejercer su influencia en estos *saptiehs* de Antioquía y transformar hábilmente el fanatismo del odio religioso, cuyo ardor no dura mucho, en fanatismo de odio nacional, más frío, pero más resistente.

Los gendarmes enviados para la deportación eran mandados por el *muafin* o comisario de policía de Antioquía. Éste iba acompañado del joven *mudir* de ojos enrojecidos y desprovistos de pestañas, cubierto de pecas en manos y rostro. Hacia el mediodía, la tropa, anunciada desde hacía mucho rato por los observadores, entró en Yoghonoluk y se detuvo en la plaza de la iglesia. Se escucharon entonces las retumbantes llamadas de las trompetas turcas y el batir de los tambores. Pero a pesar de estas imperiosas advertencias, los armenios permanecieron en sus casas. Ter Haigassun había ordenado expresamente a los habitantes de las aldeas que se dejaran ver lo menos posible, evitaran las agrupaciones y sobre todo no

cayeran en la trampa de una provocación cualquiera que fuese. El *mudir* dio lectura a la larga orden de deportación ante un público compuesto de *saptiehs*, algunos vagabundos que los habían seguido y las ventanas cerradas de la plaza; al mismo tiempo esta orden fue colocada en forma de carteles sobre los muros de la iglesia, de la alcaldía y la escuela. Terminado este acto de interés público y habiendo llegado la hora de la merienda, los *saptiehs* se instalaron en el suelo, encendieron una fogata y comenzaron a recalentar sus cacerolas de *fouhl* y alubias cocidas en grasa de cordero. Provistos de galletas, sacaban lo que les correspondía de las ollas humeantes y, mientras mascaban, sentados en el suelo, contemplaban perezosamente el cuadro que los rodeaba. ¡Qué casas ésas! ¡Todas construidas en piedra, con sólidos techos y barandas de maderas talladas! ¡Gente rica estos armenios! ¡Sobre todo gente rica! En la casa, en la propia aldea, se sentía uno dichoso de que las viejas chozas de madera ennegrecidas por los años no se derrumbasen bajo el peso de los nidos de cigüeñas. ¡Y la iglesia de estos puercos impuros era altiva y resistente como una fortaleza, con todos sus ángulos, rincones y salientes! ¡Afortunadamente Alá estaba ya bajándoles los humos! Ellos habían metido las manos por todas partes, habían tenido poderes en Estambul y habían hecho circular el dinero a manos llenas. Se les dejó hacer durante mucho tiempo por ceguera, pero ya se acabó la paciencia. El *mudir* y el *muafin* se asombraban también una vez más al ver la grandeza de la plaza. Tal vez el comisario de policía experimentó, durante un instante apenas, la sensación de inseguridad que se apodera del salvaje ante la vista de una civilización superior a la suya. Pero sin duda recordó inmediatamente y con redoblado rencor la famosa frase de Talaat Bey que el día anterior les había citado el caimacán al dictarles su misión:

—O ellos o nosotros.

El silencio que pesaba sobre la plaza, a pesar del gran número de gendarmes, resultaba siniestro. La presencia de los cuervos de la deportación que se habían unido a los *saptiehs*, no lograba de ningún modo disipar esta impresión. La hez de los arroyos de Antioquía y

de las localidades importantes de los alrededores, había inundado el valle de las siete aldeas. Esta canalla llegaba, poco a poco, arrastrándose sobre los pies desnudos cubiertos de una espesa capa de mugre: provenían de Mengoulje, de Hamblas y Bostan, de Tummama, Chahsni, Am Jerab, y hasta del lejano Béled-es-Cheikh. Los ojos brillantes de una mal reprimida codicia saqueaban las casas antes de tiempo. Campesinos árabes, habitantes de los montes de El Akra al sur, esperaban, plácidamente sentados sobre los talones, el comienzo de los provechosos acontecimientos. Hasta se encontraba allí un grupo de *ansarijes*, los más inferiores parias del profeta, raza de esclavos sin patria, que deseaban aprovechar esta oportunidad tan rara para ellos de sentirse superiores a otros hombres. También se veían algunos *mohadolairs*: eran refugiados de la guerra a quienes el gobierno había enviado al interior, e invitado amistosamente a indemnizarse con los bienes armenios de las pérdidas que hubieran sufrido durante las hostilidades.

Junto a estos infelices se encontraban mujeres con velo, se mostraban tímidas y ansiosas. Sin duda pertenecían a la clase alta, por la calidad de sus abrigos, los tejidos de sus tules, las pequeñas pantuflas y zapatos de charol que cubrían sus pies. Esas mujeres eran clientas ávidas de tan ventajosa liquidación. Desde semanas se susurraba en los corrillos, desde Suedja hasta El Eshkel:

—¡Ah! Pero, ¿no lo saben? Las cristianas tienen en sus casas cosas maravillosas que nosotros no poseemos y sólo pueden ser compradas con mucho dinero. ¿Has estado alguna vez en una casa armenia?

—¡Yo no! Pero la mujer del *mallah* me lo ha descrito todo. Tienen armarios y cómodas, bien labradas, con pequeñas columnas y torrecitas; tienen camas auténticas con flores y cabezas de angelitos talladas en ellas, camas para marido y mujer, tan grandes como el equipaje del valí. Encontraréis relojes con águilas doradas y de cuyas entrañas salen cucos gritando. Todo eso demuestra que son traidores, pues si no, ¿cómo hubieran podido recibir semejantes cosas de Europa?

Y, precisamente, ésas eran las cosas que anhelaban esas mujeres,

poseedoras de los más hermosos tapices y de fuentes y braseros de cobre.

El inquietante silencio se interrumpió bruscamente.

El comisario de policía, que espiaba desde hacía rato a una víctima, se lanzó sobre un imprudente aldeano que apareció ante la puerta de su morada. Llevaron al hombre hasta el medio de la plaza. El rostro del capitán de los *saptiehs* se caracterizaba por sus ojos, absolutamente dispares; el ojo derecho era grande y miraba fijamente, mientras el izquierdo era pequeño y estaba hinchado. En balde agitaba los bigotes marciales y amenazadores, en balde adelantaba el mentón con un gesto perverso; el representante de la policía estaba condenado por sus ojos dispares a un papel ridículo o a una autoridad risible. Consciente de su defecto, por miedo de parecer grotesco, exageraba siempre la actitud aterradora de su persona. Por este motivo acentuaba una brutalidad que ya le era natural. Trató de desorbitar el ojo derecho mientras chillaba al armenio:

—¿Cómo se llama tu sacerdote? ¿Cómo se llama tu *mouchtar*? En un murmullo, el hombre dio los informes pedidos. Un segundo después, cien voces aullaron en la plaza:

—¡Hola! ¡Ter Haigassun! ¿Dónde te has escondido? ¡Hazte ver, Kebussjan! ¡Eh! ¡Haigassun y Kebussjan!

Ter Haigassun había esperado en la iglesia a que lo llamaran. Después de la misa del santo del día, había permanecido con sus diáconos de rodillas, a los pies del altar, sin despojarse de sus hábitos sacerdotales. Deseaba aparecer ante los *saptiehs* con toda la pompa y majestad de su ministerio. Este detalle correspondía perfectamente al carácter de Ter Haigassun. A esta solemne actitud unía una intención que daba fe de sus dotes de psicólogo. Todo oriental se impresiona ante las grandes ceremonias, los cortejos y el lujo de las vestiduras religiosas. Ter Haigassun contaba, pues, con que las insignias sacerdotales atenuaran el rigor de los *saptiehs*. Lentamente apareció, resplandeciente de oro y púrpura, a la entrada de la iglesia. Sobre su cabeza brillaba la alta mitra griega, y en su mano derecha llevaba el báculo del tipo armenio. En efecto, el aspecto grandioso

del *wartabed* influyó en la voz del jefe de policía, cuyos ladridos de ogro sonaron con menor seguridad:

—¡Eres tú el sacerdote! ¡Te haré responsable de todo! ¡De todo! ¿Me entiendes?

A guisa de respuesta, Ter Haigassun inclinó sobre su pecho el inanimado rostro que, a la luz del sol ardiente, parecía tallado en un bloque de ámbar. El representante de la policía sintió el peligro de volverse amable, es decir, relajarse. Además, su ojo izquierdo comenzaba a palpitar nerviosamente. Estas dos circunstancias le llenaron de creciente amargura. Ya era tiempo de recordar al *mudir*, a sus hombres y al sacerdote la omnipotencia aplastante deque iba investido. Por este motivo se dirigió, los puños en alto, hacia Ter Haigassun, pero debió detenerse a una distancia respetuosa. Su voz se sentía más que nunca en la obligación moral de inspirar el terror que su digna persona debiera imponer.

—Me vas a entregar todas las armas, ¡todas vuestras armas! ¿Me entiendes? A pesar de tu traje de charlatán de bazar te hago responsable del más insignificante cuchillo que se encuentre en las aldeas.

—No tenemos una sola arma en las aldeas.

Ter Haigassun pronunció estas palabras con gran calma y decisión, pues esta era la pura verdad. Mientras tanto, se había desarrollado una pequeña tragicomedia en el oscuro zaguán de la casa del *mouchtar*, produciéndose el siguiente desenlace: el viejo secretario de la alcaldía, con su perversa barba en punta, apareció de repente ante la puerta que se cerró de golpe tras él. De este modo un tanto brusco, el *mouchtar* confiaba a su colaborador la tarea de representarle en la hora más difícil de su carrera. El desgraciado pseudo *mouchtar*, con una palidez fantasmal, fue a caer en brazos de los *saptiehs* que lo arrastraron ante su jefe. Repitió balbuceante las palabras de Ter Haigassun.

—No tenemos ningún arma en las aldeas.

El aspecto tembloroso del pretendido *mouchtar* fue del agrado del capitán; éste estaba plenamente convencido de su divinidad tonante. Arrancó el látigo de manos de un gendarme y lo hizo silbar

en el aire.

—¡Tanto peor para vosotros si no tenéis armas!

En ese momento el pelirrojo *mudir* entró por primera vez en escena. El joven de Salónica ponía un extraordinario empeño en demostrar a este sacerdote cristiano el abismo que separa a un hombre de su calidad de un grosero policía surgido de un oscuro rincón de provincia. El Ittihad ya no organizaba matanzas como antaño; el Ittihad atendía con una voluntad de hierro a las necesidades indispensables del Estado, esforzándose, en la medida de lo posible, por evitar molestias innecesarias. Tenía una cultura moderna. Era enemigo de los métodos demasiado brutales y hasta hacía gala de cierta sensibilidad. Por eso el *mudir*, después de echar una breve mirada a sus largas y artísticamente afiladas uñas, se volvió respetuosamente hacia Ter Haigassun con aquella peligrosa amabilidad que tan sabiamente usan los altos funcionarios soberanos sobre la vida y muerte de sus prójimos.

—¿Sabéis lo que se ha decidido con respecto a vosotros?

El sacerdote lo observaba, firme y sin mediar palabra. Ligeramente confundido por esta mirada límpida, el *mudir* indicó con el dedo los carteles.

—El gobierno ha resuelto haceros cambiar de residencia. Más tarde se os procurará domicilios.

—¿Dónde nos darán esos nuevos domicilios? —preguntó el sacerdote.

—Eso no es asunto mío ni vuestro. Por lo que a mí respecta, no tengo más que reuniros, y vosotros no tenéis más que marchar —contestó el turco.

—¿Y cuándo tendremos que partir?

—Eso depende de la conducta que adoptéis y según la cual os daré más o menos tiempo para ordenar vuestros asuntos y preparar la partida conforme a las prescripciones.

El secretario de la alcaldía, ya recobrada su compostura, preguntó con una humildad alerta:

—¿Y qué tendremos derecho a llevar, *Effendi*?

—Sólo aquello que cada uno pueda cargar a la espalda o llevar

en las manos. Todo lo demás, vuestros campos, vuestros jardines, terrenos, casas, cuanto se encuentre dentro en muebles e inmuebles corresponde, en virtud del decreto ministerial del quince *Nisan* de este año, al Estado, el cual, de acuerdo con la ley de deportación del cinco *Majis*, os distribuirá nuevos territorios en compensación por los terrenos que le entregáis. Todo propietario, para recibir una superficie equivalente a sus posesiones actuales, ha de elevar una solicitud legal basada en sus bienes inscritos en los registros. La petición debe ir timbrada con cinco piastras. Se puede conseguir este sello en las oficinas de policía.

Esta canción administrativa fluía con tal suavidad y de un modo tan melodioso de los labios del pelirrojo, como si se hubiera tratado del reglamento relativo al cultivo de los árboles frutales. El *mudir* levantó el índice con un gesto benevolente:

—¡Por vuestro propio interés más os vale que no intentéis nada, no destruir ni tirar nada y entregarlo todo al Estado, en el más perfecto orden!

Ter Haigassun abrió las manos y las presentó así al joven pseudo diplomático de Salónica.

—¡No conservaremos nada, *mudir*! ¿De qué nos serviría? Tome lo que encuentre, las puertas están abiertas.

El comisario de policía se sentía fastidiado por el tono conciliador del *mudir*, que le arrebataba su autoridad suprema. A fin de cuentas era él solo el encargado de organizar la deportación: este chupatintas no era más que un individuo accesorio que enviaba el caimacán para que lo acompañara. Si dejaba más tiempo a este imbécil con su discurso almibarado, nadie creería que él ostentaba la autoridad policial venida de Antioquía. Abrió cuanto pudo el más grande de sus ojos, lo desorbitó como el de un búfalo, dio dos pasos hacia Ter Haigassun, y le cogió por la estola ricamente bordada.

—¡Me vas a juntar ahora mismo seiscientos fusiles y me los vas a depositar ahí, a mi vista!

Ter Haigassun miró largo rato el lugar donde debía colocar las armas; y con un movimiento brusco y tan vigoroso que el comisario de policía casi rodó por el suelo, retrocedió un paso declarando:

—Te dije ya que no tenemos fusiles en las aldeas.

El *mudir* sonrió. Había llegado su turno de actuar: se trataba ahora de alcanzar un fin, no a fuerza de vueltas de ojos y bárbaros alaridos, sino por medio de una hábil política. Su voz tenía un tono reflexivo y benévolo, como si tuviera intenciones de tenderles un puente a los armenios.

—¿Desde cuándo eres sacerdote en estas aldeas, Ter Haigassun, si me permites la pregunta?

La dudosa amabilidad de sus palabras inquietó a Ter Haigassun. Respondió en voz baja:

—En otoño, después del *wartawa* (la vendimia), hará exactamente quince años.

—¿Quince años? ¡Espera! Entonces en el año de la revolución hacía ya ocho años que te encontrabas en Yoghonoluk. ¡Ahora, examina bien tu memoria! ¿No recibiste ese año en depósito algunos cajones llenos de fusiles que fueron puestos a vuestra disposición para que combatierais contra el antiguo gobierno?

El *mudir*, que había entrado en funciones sólo al principio de la guerra, hizo esta pregunta guiado por una intuición, o más bien por una suposición de analogía: probablemente el Ittihad, pensó, hubiera buscado en Siria los mismos aliados que en Macedonia y Anatolia. No pensó en ningún momento que tocaba así el punto sensible. Ter Haigassun se volvió hacia sus acólitos, que no se habían atrevido aún a bajar de las escalinatas de la iglesia. Por este rápido movimiento de cabeza parecía tomarlos por testigos.

—Tal vez vuestros sacerdotes, *mudir*, tengan algo que ver con armas. Nosotros no tenemos esa costumbre.

En ese peligroso instante, el secretario de la alcaldía comenzó a lamentarse empleando un tono de reproche:

—Pero si nosotros siempre hemos vivido en paz, y este país es nuestra patria desde tiempos inmemoriales.

Ter Haigassun contempló al *mudir* con un gesto pensativo, y se hubiera dicho que en realidad sometía a su memoria a un rudo examen.

—¡Es exacto, *mudir*! En esa época el nuevo gobierno distribuyó

fusiles a diferentes armenios en varios lugares del imperio. Si tienes suficiente edad para recordar eso, has de saber también que en todas las comunidades las autoridades locales debieron dar certificados de recibo a los que entregaban las armas. Fue el caimacán, que en ese entonces era *mudir* como tú, quien organizó esa distribución de armas. Seguramente habrá conservado los certificados de recepción, pues son demasiado importantes para tirarlos. También se me ocurre que te habría entregado sin duda esos certificados antes de enviarte aquí, si hubiera fusiles en nuestras aldeas.

Este argumento de Ter Haigassun era irrefutable. En efecto, pocos días antes se habían registrado de punta a punta todos los cajones del *hukumet* de Antioquía, precisamente a causa de los certificados. Se habían encontrado esos documentos por cuanto se refería a la mayoría de los cantones; sólo Suedja y sus alrededores parecían no haber recibido armas en 1908. Sin embargo, el caimacán pretendía recordar lo contrario, aunque no tenía la prueba de ello. Ter Haigassun, siempre impasible, había encontrado, pues, la respuesta justa. Pero su actitud de superioridad destruyó la aparente serenidad diplomática del *mudir*, cuyo tono se hizo más duro e irónico.

—Y al fin y al cabo, ¿qué es un recibo? ¡Un pedazo de papel! ¿Qué valor puede tener eso después de tantos años?

Ter Haigassun esbozó un gesto de indiferencia.

—¡Si no queréis creernos, buscad vosotros mismos!

Decidido a poner fin a estas alternativas interminables y superfinas, el comisario dejó caer todo el peso de su enorme zarpa de policía sobre el hombro del sacerdote.

—¡Sí, vamos a buscar, hijo de perra! Pero en todo caso quedáis arrestados tú y el *mouchtar* aquí presente. Puedo hacer de vosotros lo que me dé la gana. Vuestra vida está enteramente a mi disposición. Si encontramos fusiles, os clavaremos en las puertas de la iglesia; si no los encontramos, os haré suspender sobre una fogata.

Dos *saptiehs* encadenaron a Ter Haigassun y al secretario. El *mudir* sacó de su bolsillo una lima y comenzó a arreglarse los dedos coquetamente cuidados. Este gesto parecía expresar el desagrado

que le causaban al *mudir* estas crueldades aunque fueran por el bien del Estado. También señaló que él como funcionario civil no tenía nada que ver con estos ejecutores con armas. Sin embargo, no se abstuvo de pronunciar una última advertencia con voz negligente:

—¡No olvidéis los cementerios! Son escondrijos muy a gusto de los aldeanos para los fusiles y los cartuchos.

Luego, se alejó para dar un corto paseo, dejando las demás operaciones al cuidado del *muafin* de los ojos desiguales. Por orden de este temible jefe, los *saptiehs* se dispersaron inmediatamente en pequeños grupos. Ter Haigassun fue obligado a sentarse con su casulla de seda sobre el piso de barro. Mientras tanto, los *saptiehs* irrumpían en las casas de los alrededores lanzando gritos salvajes. Un momento después se escucharon tras los muros ruidos de golpes, cristales rotos y alaridos. Las ventanas saltaron en mil pedazos y por ellas comenzaron a caer los tapetes, mantas, almohadones, carpetas, sillas de paja, iconos y cien otros artefactos de los hogares sobre los cuales se lanzó la canalla de vagabundos con exclamaciones de júbilo. Enseguida aparecieron los utensilios más frágiles; los espejos, lámparas de petróleo, las pantallas, jarras, vasos, platos, que caían rompiéndose sobre el piso. El tumulto y la devastación dieron lentamente la vuelta a la plaza, continuando luego por la calle principal. Durante tres horas espantosas los prisioneros permanecieron encadenados en el suelo antes de ver regresar a los *saptiehs* de su expedición. El botín era lamentable; dos viejas pistolas de bolsillo, cinco sables mohosos y treinta y siete cuchillos-puñales que eran en realidad podadoras de viñadores y cortaplumas de grandes dimensiones. Por lo demás, los *saptiehs* no habían profanado el cementerio, tanto por falta de instrumentos como por vagancia. El jefe de policía se sofocaba de rabia. ¡Este cerdo revestido de sacerdote le había robado la oportunidad de pasar un informe de decomiso de armas! ¡Qué vergüenza para la policía de Antioquía! De un salto hicieron ponerse de pie a Ter Haigassun. El ojo desorbitado y el hinchado se hundieron en los suyos. El aliento del policía hedía a odio y grasa de cordero mal digerida. El sacerdote se apartó con una *mueca de repugnancia*. Inmediatamente, recibió en

pleno rostro dos golpes propinados con el mango duro del látigo. Por unos instantes, Ter Haigassun perdió el conocimiento; se balanceó, se espabiló y, sorprendido, esperó la hemorragia. Ésta se produjo por fin y la sangre brotó de su nariz y de su boca. Una extraña sensación de bienestar se apoderó lentamente de él, mientras se inclinaba para no manchar con su sangre indigna los hábitos sacerdotales consagrados a Cristo. Le parecía escuchar una voz lejana y angelical cantando en su cerebro. Esta sangre era buena.

Y en efecto, esa sangre era buena, pues causó una fuerte impresión en el joven *mudir* de Salónica que regresaba en ese momento de su siesta. Era éste un fanático defensor del exterminio, pero no experimentaba el deseo de ser testigo de ello. Entre los miembros del Ittihad no era, sin duda, el *mudir*, una de las almas más endurecidas. Juzgó, pues, oportuno intervenir, sin demostrar la menor debilidad. El tiempo apremiaba. Había aún que ejecutar la misma orden en otras seis localidades. Como el *muafin* hubiera satisfecho plenamente su deseo de autoridad y su sed de consideraciones, gracias al castigo infligido a Ter Haigassun, hizo un magnánimo gesto de asentimiento. El sacerdote y el secretario fueron desatados y autorizados a regresar a sus casas.

El resto de la jornada transcurrió en Yoghonoluk sin demasiados incidentes; en todo caso con muchos menos de los que se producían en semejantes jornadas en la mayoría de las aldeas y ciudades armenias. Sólo dos hombres que se oponían a la requisa en sus hogares fueron asesinados y sólo un par de mujeres fueron violadas por los *saptiehs*.

Gabriel Bagradian tuvo que esperar veinticuatro horas completas antes de que le llegara su turno y el de su casa. De nuevo pasaron todos reunidos la noche en vela. Se hubiera creído que el sueño no existía. Pero el agotamiento se impuso finalmente entre los asistentes, como una masa blanda que se endurece al contacto con el aire. Doblar la rodilla, levantar una mano, mover la cabeza, eran movimientos que exigían un formidable esfuerzo de voluntad. Sin embargo, esta extenuación era digna de ser agradecida, porque alejaba la realidad, poniendo un tupido velo entre el mundo y sus

martirios. Julieta era la más beneficiada. Ella, la desbordante de vitalidad, que hacía días aún estaba envuelta en sus tejidos de seda; ella, la superior que había mirado con desprecio a la caza de su marido desde su pedestal de francesa; ella, la superficial, que no creía posible ser arrollada por la corriente de odio de estos semisalvajes; ella, Julieta, parecía como ausente. Sus ojos, de costumbre tan transparentes, estaban ahora opacos y turbios, sus cabellos aparecían secos y desordenados después de esta noche sin sueño. Llevaba el traje arrugado que usó el día del ensayo general. Como un dolor físico insoportable que desaparece y vuelve siempre sin cesar, el mismo pensamiento atormentaba su debilitado espíritu: él es armenio, yo soy francesa. A pesar del sacramento del matrimonio parecemos dos seres diferentes. ¿Debo realmente morir porque él es armenio? ¿Por qué no podría salvarse él, por el hecho de que yo sea francesa? Un sentimiento de angustia y de ternura bullía en ella de vez en cuando. Se esforzaba por no mostrar este íntimo sentimiento, luego tomó a Esteban, que se apoyaba contra ella, y lo oprimió contra su pecho.

—¡Acuéstate y duerme, Esteban!

Miraba al niño hasta el fondo de sus fatigados ojos, y la ola de ternura y remordimiento que la agitaba la hacía preguntarse: «¿Quién eres tú, que me eres tan extraño?».

Todos los habitantes de la casa se encontraban reunidos en el gran salón; al lado de Iskuhi estaba Howsannah, que se había refugiado también en casa de Julieta. La presencia de Gonzaga era considerada ahora de lo más natural: había pasado en la villa la mayor parte de los últimos días. Su casero, el farmacéutico Krikor, vivía según él en un estado de ensimismamiento desde la última reunión. No se ocupaba de nada, no preparaba comestibles para la vida en el campamento y descuidaba sus obligaciones de un modo imperdonable. En la farmacia reinaba el caos; el criado sordo atendía a los clientes que querían proveerse de los pobres medios curativos de Krikor. El médico estaba indignado de que el idiota del criado vendiera la reducida cantidad de yodo, alcoholes y petróleo, a los acaparadores. ¿Es que Krikor no sabía que sus tiñosos

medicamentos eran un bien común, igual que la sal, especias y las polvorientas porquerías que vendía desde decenas de años? Esto, contra su costumbre, molestó muchísimo al farmacéutico, quien desde hacía muchísimos años se sacrificaba por el bien de la farmacia, y para demostrar al doctor con quién se las tenía que ver, abrió con altivez la ventana (cosa que no ocurría muy a menudo) tirando a la plaza de la iglesia toda la ganancia del día. Gonzaga Maris tuvo que emplear todas sus artes para tranquilizar a los dos viejos. Krikor cerró ese día, y para siempre, su farmacia, para pasar en adelante todo el tiempo leyendo sus libros. No es exacto decir que leía, sino que escarbaba apasionadamente entre sus tesoros, que abría y cerraba, hojeaba o tocaba por fuera como si quisiera saborear hasta lo último la despedida de su biblioteca. ¿Qué ocurrirá con la original biblioteca de Krikor? En consideración a esta pregunta, el aislamiento del farmacéutico desapareció de inmediato. Gonzaga sabía darle a las historias de Krikor, su casero, una gracia tal, que Gabriel olvidaba todo por unos minutos y, riendo, miró a Julieta. Gabriel experimentaba un extraño sentimiento hacia este hombre que deseaba utilizar por su cuenta el fatal destino del pueblo armenio para extraer de ello una aventura que contar. Hacía apenas media hora que su gracioso rostro, con el bigote de exagerado gusto francés, le producía una impresión desagradable. Ahora le era nuevamente agradable, no obstante la ambigüedad de ese levantino americano, aunque este músico periodista incomodaba su naturaleza ansiosa de claridad. La presencia de Gonzaga casi le hacía feliz a causa de Julieta. En efecto, en el transcurso de esta noche Maris se presentó bajo su mejor aspecto, y hasta logró arrancar en ciertos momentos a Julieta de su profunda melancolía. «Este voluntario» no podía esperar un destino diferente al de todos los demás. Sin embargo, parecía perfectamente tranquilo y hasta más sereno que de costumbre. Por primera vez dio pruebas de un inagotable don de observación que, sin embargo, no pasaba nunca más allá de los límites de un buen tono de humor. Este agudo sentido de los límites de lo posible era una de las cualidades de Gonzaga, compensando así ante los ojos de Gabriel la ambigüedad de toda su persona. Lo

esencial era que durante esta noche mortal había logrado distraer a Julieta. Y cuando a una hora tardía ya nada lograba aliviar el peso de la espera, él se levantó de súbito, diciendo:

—Valor, amigos; sólo existe el momento presente, y nada más.

Enseguida se sentó al piano y tocó infatigablemente todos los estribillos de moda, las canciones más populares o los éxitos de *cabarets* que Julieta había escuchado en París. Ella le hizo repetir tres veces una machicha. Y no era Julieta la única que se dejaba llevar por la música; Iskuhi y hasta la taciturna de Howsannah, sin darse cuenta, comenzaban a llevar el compás con la cabeza y el cuerpo. La servidumbre de la casa escuchaba la música tímidamente desde la puerta del *selamlik*. Gabriel Bagradian los había invitado a todos la noche anterior al salón grande. Desde el momento en que llegara la orden de deportación, Gabriel Bagradian había dado libertad a toda su servidumbre. El trabajo que efectuaban ahora era voluntario, pues cada uno era dueño de su suerte. En vísperas de la deportación no debían existir ni amo ni criado. Todos eran camaradas en esta hora en la que esperaban la llegada de los *saptiehs*. Sato también pasó la noche en el salón. La buena comida durante varias semanas había corregido un tanto la flacura de esta niña abandonada. Julieta había hecho confeccionar para Sato un lindo vestidito estilo imperio, que hacía resaltar, más aún que la túnica del orfelinato, la silueta huesuda y angulosa de la diabólica criatura. (El administrador Kristaphor afirmaba que Sato no era armenia sino gitana bastarda de Persia o Daghestan). Este vestido nuevo ejercía una curiosa influencia en el carácter de Sato, prestando a todo su modo de ser una nota todo lo más civilizada posible. Desde el primer día, el bello traje se cubrió de manchas inmundas, pero eso no le impedía pasearse orgullosa por toda la casa e importunar a cuantos pasaban para obtener sus cumplidos. (Al mismo tiempo Esteban había conseguido de su madre el permiso para usar el traje regional armenio). Sato era de la opinión de que, teniendo en cuenta su vaporoso vestidito, su querida Iskuhi no podría oponerse por más tiempo a sus ternuras. Por ello se acurrucó a los pies de la señorita Tomasian y no hubo manera de apartarla de ahí.

Impertinentemente, jugaba con las cintas de su vestido, levantaba la falda, la extendía y la recogía para despertar la admiración y agrado de Iskuhi. Al no conseguir atraerse la mirada de la maestra, apretó con rabia su cabeza contra las piernas de ésta. Se tuvo que reconocer bien pronto que la acción civilizadora del vestido occidental no era suficiente para dominar el carácter nómada de Sato. Apenas se había puesto Gonzaga Maris a tocar su música alegre, un ataque espantoso hizo presa de la pequeña. Es así cómo responden por la noche los perros y los lobos al canto y a la música, lanzando aullidos plañideros brotados del fondo de sus almas, pues todas las criaturas elementales experimentan un miedo instintivo y lánguido hacia el orden y la medida, de los cuales la armonía es una encarnación. Sato escuchó un rato lo que tocaba Gonzaga con ojos desorbitados. Se veía claramente que se dominaba con todas sus fuerzas. Revolvía en todos sentidos su cuerpo torturado, se asía desesperadamente a Iskuhi, pero enseguida se produjo la crisis inevitable. De su boca muy abierta escapaban sonidos parecidos a los de los chacales y las hienas, mientras el demonio interior desatado en ella la conmovía intensamente. Ni siquiera las lágrimas que se deslizaban por las mejillas de la niña lograban dominar en los corazones la repugnancia y el horror inspirados por esta escena. A una seña de Gabriel, Awakian cogió de la mano a Sato y la sacó de la sala. Gonzaga debió golpear con todas sus fuerzas las teclas para acallar con su música el lastimero lloriqueo de la brujita, relegada fuera y acurrucada bajo las ventanas del jardín.

Aquella noche ninguno de los huéspedes en la casa fue a acostarse. A veces sólo dormitaban unos minutos en sus sillas. Este sacrificio no tenía razón de ser, pues no se esperaba la visita de los *saptiehs* antes de la mañana, o bien hasta el mediodía del día siguiente. Sin embargo, nadie pensaba retirarse ni irse a acostar. El lecho, con los suaves almohadones, el fresco lecho protegido por los mosquiteros, el lecho tierno como una madre, esta patria común de todos los hombres civilizados, ¡qué lejos estaba de ellos! Ya no podían aspirar a la dicha que sabían perdida. Cuando por la mañana muy temprano, el cocinero Howhannes mandó al salón, café,

huevos y pollo frío, todo servido en lujosa porcelana, a pesar del hambre y de la sed, se sintieron todos molestos. Comieron rápidamente y casi por obligación. ¿Tenían todavía derecho a deleitarse con estos deliciosos manjares, según su antigua tradición? ¿No echaban de este modo mano injustamente a las provisiones de la comunidad? Todos sus pensamientos estaban ya allá arriba, en el Damlajik. Gabriel llevaba su uniforme de oficial turco. Se había colocado el sable al cinto y prendido sus condecoraciones. Deseaba recibir a los *saptiehs* con toda su dignidad de oficial y superior. Gonzaga Maris quiso disuadirlo.

—Esta mascarada militar no hará sino excitarlos. Dudo mucho que esto le aporte alguna ventaja.

Gabriel Bagradian se irguió:

—Soy oficial otomano. Me he presentado a mi regimiento conforme a los reglamentos. Hasta ahora nadie me ha degradado.

—Esto podría sucederle, y demasiado pronto.

Maris pronunció esta frase en voz alta y la terminó de este modo en su fuero interno: «No hay nada que hacer con estos armenios, porque son y serán siempre unos locos de solemnidad».

Aproximadamente a las once de la mañana, Iskuhi se desplomó de repente. Al principio no fue más que un corto síncope, pero pronto se la vio presa de los escalofríos de la fiebre. Se arrastró fuera del cuarto rehusando enérgicamente todo socorro. Julieta quería seguirla, pero Howsannah levantó la mano para disuadirla.

—Déjela… Es Zeitun… Es el miedo… Quiere esconderse… Es la segunda vez que esto nos sucede…

La joven pastora se cubrió el rostro con las manos mientras su pesado cuerpo era sacudido por los espasmos de los dolorosos lamentos.

Casi en el mismo momento, una división de *saptiehs* conducida por el comisario de policía llegó a la casa de los Bagradian. Los centinelas colocados a la entrada por Gabriel corrieron sofocados a anunciarle que había llegado el desastre. Seis *saptiehs* ocuparon las salidas del muro del recinto, otros seis se instalaron en el jardín y ocho más en el patio de servicio. El *mudir*, el *muafin* y cuatro

hombres penetraron en la casa. La tropa turca parecía extenuada. Durante veinticuatro horas habían sembrado furiosamente el desorden en las aldeas, saqueado y robado el interior de las casas, arrestado o golpeado a varios hombres, y violado a algunas mujeres; en resumen, los gendarmes habían realizado parcialmente el programa de fiestas prometido por el Gobierno. Afortunadamente, a esas horas la primera sed de hazañas de estos brutos estaba saciada. La gran casa de Awetis Bagradian, con sus gruesos muros, sus salas frescas, sus alfombras que sofocaban todo ruido y los objetos exóticos que la adornaban, ejerció sin duda una acción calmante en los turcos. Las cortinas rojas del *selamlik* estaban bajadas y los intrusos se vieron pronto, en la media luz de una lujosa sala, ante una reunión de damas y señores europeos rodeados de su respetuosa servidumbre. Esta sociedad, de pie y rígida, los esperaba. Julieta oprimió convulsivamente la mano de Esteban. Sólo Gonzaga encendió un cigarrillo. Gabriel Bagradian adelantó un paso hacia la comisión ejecutiva, levantando su sable con la mano izquierda como era costumbre entre los oficiales. El uniforme de campaña que se había hecho confeccionar en Beirut antes de partir, realzaba su figura. No sólo el porte, sino todos sus gestos hacían de él la personalidad más imponente de los asistentes. Gonzaga parecía haberse equivocado. La actitud marcial de Gabriel no dejó de impresionar. El comisario de policía examinó con un gesto indeciso al oficial de las múltiples condecoraciones. ¿Qué quería decir esto? El ojo terrorífico se veló y el ojo hinchado se cerró completamente. El *mudir* pecoso no parecía tampoco muy a sus anchas en su papel. Representar la divinidad inaccesible en los cuartos oscuros de los tallistas y los tejedores de seda le era mucho más fácil. Pero aquí, en este medio culto, el joven de Salónica se sentía sumamente incómodo. En vez de tomar posesión de esta casa de la raza maldita y entrar en ella con el paso implacable que conviene a un representante del Ittihad y del Estado, se inclinó y llevó la mano al fez. Al mismo tiempo le volvió a la memoria la conversación sostenida con Bagradian en su oficina, lo cual incomodó su conciencia. Ofuscado por este acceso de moralidad, perdía tiempo y

no lograba encontrar un medio decente de declarar sus intenciones. Gabriel Bagradian lo miraba de frente con un gesto tan grave y desdeñoso que los papeles amenazaban invertirse; dentro de poco se vería a un armenio combativo y de alta estatura mantener a raya a un representante de los otomanos pecoso, gordinflón y de raza degenerada. Bagradian parecía elevarse más a cada instante, mientras el *mudir* padecía por su porte inferior, que representaba tan pobremente a su heroica raza. Al fin no le quedó más que sacar de su bolsillo un gran pliego ministerial, atenerse a él y recitar su historia con toda la severidad posible:

—¡Gabriel Bagradian, nacido en Yoghonoluk! Es usted dueño de esta casa y jefe de familia. En su calidad de ciudadano otomano debe usted obedecer las órdenes y edictos del caimacán de Antioquía. Como toda la población de la *nahijeh* de Suedja alrededor del Musa Dagh, debe usted salir de aquí con su familia en un día que le será fijado ulteriormente. No tiene derecho a elevar ningún tipo de reclamación por la medida general de deportación, ni por lo que a usted se refiere, ni por su mujer, su hijo, o cualquier habitante de su casa…

El *mudir*, que simulaba leer una fórmula impresa, levantó ligeramente los ojos por encima del papel.

—He de advertirle que su nombre figura en primera línea entre los sospechosos políticos. Ha mantenido usted estrechas relaciones con el partido Dachnakzagan; por eso será usted sometido durante el viaje a una vigilancia estricta y permanente. Toda tentativa de fuga, toda rebelión contra las órdenes del gobierno y sus órganos ejecutivos, toda infracción al reglamento de la deportación serán castigadas no sólo con su muerte inmediata, sino también con la ejecución subsiguiente de su familia.

Gabriel hizo ademán de responder, pero el *mudir* no le dejó hablar. El enmascarado estilo de las cancillerías —tan diferente del florido lenguaje oriental— parecía procurarle un purísimo placer.

—Conforme a las disposiciones reglamentarias de Su Excelencia el valí de Alepo, no está permitido a los expatriados utilizar a su antojo vehículos, bestias de carga o montura. En los casos dignos de

interés, para los enfermos o inválidos, permitiré el uso de la carreta de tipo local o de un asno. ¿Cree usted tener derecho a esta medida de favor?

Gabriel oprimió fuertemente contra su cadera el mango de su sable. Las palabras cayeron de su boca como pesadas piedras.

—Seguiré paso a paso el camino de mi pueblo.

Entre tanto, el *mudir* había vencido completamente su malestar del principio. Ya podía dar a sus palabras un tono de benévola solicitud.

—Para evitar que ceda usted a la peligrosa tentación de huir, o más tarde de separarse del cortejo, haré requisar inmediatamente su coche, sus caballos y demás cabalgaduras.

Lo que sucedió enseguida fue idéntico a lo que había pasado en todas partes, aunque aquí el preámbulo fuera más formal y sereno. El comisario de policía, que no sabía todavía qué actitud tomar ante este objeto de exterminio provisto de uniforme, un sable y condecoraciones, preguntó con voz taimada acerca de las armas. Gabriel hizo sacar a Kristaphor y Missak las escopetas beduinas de largos cañones, antigüedades que adornaban los muros del vestíbulo. Una risa irónica silbó en la boca del comisario como agua hirviendo en un caldero recalentado. El *mudir* acarició luego, con ademán displicente, las armas de aspecto romántico.

—¿No va a hacerme creer, *Effendi*, que vive en esta soledad sin un arma?

Gabriel buscó la mirada del *mudir* bajo sus párpados sin pestañas y la fijó:

—¿Y por qué no? Desde que esta casa existe, es decir, desde el año *1870*, es ésta la primera vez que se comete una tentativa de asalto.

El hombrecillo pecoso se alzó de hombros con un movimiento lamentable. Requisas, búsqueda de armas por la casa; el *muafin* hizo ademán de levantarse las mangas, pero el uniforme de oficial de este armenio proscrito seguía confundiendo su espíritu de subalterno con inquietantes y provocadoras preguntas. Su ojo derecho desorbitado no lograba apartarse de las medallas colocadas sobre el pecho de

Bagradian. No podía aún concebir qué tratamiento se debía dar a este vulgar deportado que pertenecía, sin embargo, al ejército imperial otomano. Para ocultar mejor estas humillantes dudas, hizo ejecutar las búsquedas con gran ruido. Él caminaba al frente con los *saptiehs*, e inmediatamente tras él iba el *mudir* en la actitud de alguien que no tiene nada que ver en el asunto; Gabriel, Awakian y Kristaphor los seguían. Los turcos se deslizaban hasta en los más pequeños rincones, golpeaban los muros, daban vueltas a los muebles y rompían todo lo que fuera frágil. Pero al observarlos se comprendía que este vandalismo fragmentario y poco sistemático hería su orgullo: estaban habituados a una labor franca y completa. En la bodega no quebraron sino al pasar, y sin verdadero ardor, con la culata de sus fusiles, algunas jarras de vino, los recipientes de aceite y cuantas botellas, potes, bandejas y ollas encontraron. Las provisiones de víveres más importantes habían sido colocadas ya en lugar seguro. Los decepcionados *saptiehs* habían esperado una bodega más rica en semejante palacio. Como no encontraron nada más, se llevaron algunas latas de petróleo vacías, pues los orientales sienten una extraña predilección por estos recipientes de lata. Luego la tropa guerrera, que despedía un acre hedor a transpiración, emprendió el asalto a la escalera conducente al piso superior. Ahí se lanzaron sobre el dormitorio y el tocador de Julieta, cuyo perfume, desde lejos ya, atraía con tal fuerza a los turcos que olvidaron todos los demás cuartos. El gran ropero fue abierto de par en par. Los inmundos puños morenos arrancaron violentamente los modelos parisinos del año anterior, poéticas creaciones de la alta costura que yacían ahora arrugadas en montones por el suelo, revueltos como serpientes. Un gendarme particularmente sombrío los pateó como si deseara exterminar bajo sus pies a estos suaves reptiles europeos. Las batas, las camisas de batista, los encajes y las medias de seda sufrieron el mismo tratamiento. A la vista de esta ropa femenina, el comisario de policía no pudo reprimirse más, y cogiendo con ambas manos esa espuma blanca y rosa, hundió en ella el rostro. El *mudir* se dirigió meditabundo a la ventana para contemplar el jardín. Un *saptieh* particularmente poseído se lanzó sobre el lecho, y no

teniendo otro medio a su disposición, rasgaba la seda de los cojines con los dientes. Acaso pudiera esconder una bomba el interior de la almohada; se oía hablar continuamente de las bombas armenias. Otro dio un gran golpe con el garrote sobre el tocador. Los frascos de cristal, potes y polveras saltaron ruidosamente al suelo, desprendiéndose de ellos un violento perfume. Nuevamente el garrote golpeó el espejo, que saltó en mil pedazos. Gabriel Bagradian, con distraída indolencia, asistía a esta profanación del santuario de su mujer. ¡Pobre Julieta! Pero, ¿qué importaba este gracioso desastre si se pensaba en las próximas horas, los días, las semanas que estaban por venir? Una preocupación más grave se apoderó de él; imaginó a Iskuhi escondida en su pieza, tendida e inmóvil sobre el lecho. Naturalmente el destino de la joven no le concernía en nada, pero al fin y al cabo era evidentemente la más desgraciada. Estaba inválida por los golpes de estos brutos y ahora debía vivir una vez más la horrible aventura. Bagradian buscó un medio de engañar al *muafin* y a los *saptiehs* e impedirles así que traspasaran el umbral del aposento de Iskuhi.

Y el cielo quiso mostrarse favorable en este caso. Iskuhi, que se había acurrucado en su cama como en una tumba, escuchó a la muerte infame aproximarse a pasos lentos y con voz baja y amenazante. Se tendió rígida, cubrió su vientre con la mano derecha y perdió el aliento al ver inclinarse sobre ella el odioso rostro caleidoscópico. Pero el canalla apenas la rozó y desapareció. Afuera se escuchaban aún pasos y gritos que se alejaban por la escalera hasta percibirse un débil sonido ya en la planta baja. Luego, de repente, se hizo el silencio. ¿Se habrían ido? Iskuhi saltó de la cama. Los pies desnudos, caminó hasta la puerta arriesgándose a entreabrirla. ¡Dulce Jesús Redentor, se habían ido realmente! Casi se desplomó, aterrorizada, cuando la alcanzaron unos fuertes latigazos. Estos latigazos eran voces, voces masculinas. Reconoció la voz enérgica de Gabriel. Sosteniendo su brazo inválido con la mano para que no la estorbara, corrió hacia la escalera. Abajo se desarrollaba la siguiente escena: transcurrida la injuriosa afrenta, Gabriel se plantó en medio del vestíbulo con un gesto enérgico. Se dirigió luego al *mudir*:

—Ha visto usted, nada le hemos rehusado. ¿Y ahora, qué?

El pecoso hombre de Salónica, con su política magnánima, había cumplido con su deber; Estaban tomadas todas las precauciones necesarias para que este *Effendi* armenio y su familia no pudieran escapar. El caimacán había dado instrucciones especiales en cuanto concernía a la banda de los Bagradian: se haría partir a esta gente en el primer grupo de deportados llevándolos en las más duras condiciones hasta Antioquía, donde el subprefecto en persona deseaba «verlos de cerca». El *mudir* era de la opinión de que cesaran por el momento las requisas a fin de no exasperar prematuramente a víctimas de tanta categoría. Era necesario mantener en dichas víctimas una cierta confianza en las insondables intenciones del gobierno, y al mismo tiempo había que graduar de un modo metódico las diferentes pruebas a que se les sometería. Precisamente ese día mostraron cierta clemencia. El *mudir* no se decidía aún a partir, pues meditaba una salida grandiosa, y mientras tanto su mirada se concentraba en sus uñas cuidadas con tanto amor. Desgraciadamente, no contaba con el comisario de policía. Este cerebro limitado no podía concebir que el altanero infiel tuviera el desplante de pavonearse con el uniforme del *padichah*, y, además, con las condecoraciones y el sable del *padichah*. Además, no sabía de qué manera tomar el asunto. Y como aún no había superado su vergonzosa timidez ante él, no se le ocurrió nada mejor que retar a Bagradian con su desorbitada y espantosa mirada. Se plantó enseguida en una actitud provocativa frente a Bagradian.

—¡No lo hemos visto todo! ¡Allá arriba pasamos ante algunas puertas sin abrirlas!

Si Gabriel hubiera conservado entonces la calma todo habría terminado bien. Pero saltó sobre el primer peldaño de la escalera, abrió los brazos en un gesto de defensa y exclamó:

—¡Basta ya!

El *muafin* consiguió por fin la excusa que esperaba desde hacía tanto rato. Visiblemente aliviado, se acercó a Bagradian y le puso el puño bajo las narices.

—¿Qué es lo que basta, puerco armenio? ¡Repítelo! ¿Qué basta,

cerdo inmundo?

Transcurrió entonces en el espíritu de Bagradian uno de aquellos instantes interminables e infinitamente complejos de que están tejidos los destinos humanos; fue un instante de perfecta conciencia. Gabriel sabía positivamente que su vida estaba en juego, y no sólo la suya. Ceder, pensó, retroceder, dejar el paso libre —pero, ¿cómo?— y allá arriba deslizar un billete de diez libras en la mano de este bruto feroz… Pero mientras la razón le dictaba esta táctica, con una lucidez absoluta, gritaba más fuerte aún:

—¡Atrás, policía! ¡Soy oficial y antiguo combatiente!

Esta frase vino a satisfacer plenamente los deseos del *muafin*.

—¿Eres oficial? ¿Querrías hacérmelo creer? ¡Para mí, tú no eres siquiera un esqueleto de perro podrido!

Con un brusco ademán, cogió la medalla de plata del uniforme del armenio y la arrancó. Bagradian afirmó más tarde no haber tocado su arma. Sea lo que fuere, al instante siguiente se vio tendido en el suelo. Su sable fue a caer contra el muro. Un *saptieh* se arrodilló sobre el pecho de Gabriel y los demás le arrancaron el uniforme del cuerpo. Las mujeres y Gonzaga acudieron del fondo del *selamlik*. Los gritos de Esteban se mezclaban con la respiración acelerada de su padre. En menos de un minuto Gabriel quedó completamente desnudo, a excepción de sus botas. La sangre corría por varios rasguños. No se habría dado un céntimo por su vida, y su muerte era segura si en ese momento Gonzaga Maris no hubiera atraído la atención general. El movimiento que hizo fue despreocupado, y sin embargo, de un efecto decisivo. Él también poseía aquella calidad de voz impresionante que en los momentos de emoción intensa provoca una calma glacial. Había sacado los documentos de su bolsillo y los sostenía en alto. Este gesto bastó para atraer sobre él todas las miradas. El *mudir* le observaba atónito, el comisario de policía se volvió hacia él y hasta los *saptiehs* soltaron a Gabriel. Gonzaga desplegaba sus papeles con la dignidad superior de un agente secreto enviado ahí por el Ittihad para controlar y sorprender a las autoridades locales en sus movimientos y acciones.

—¡Aquí!, un pasaporte de los Estados Unidos de América

visado por el cónsul general en Estambul —marcaba cada una de estas palabras banales con una severidad aplastante, como si en ellas se ocultara un misterioso asunto diplomático de una importancia capital para Turquía—. Y aquí tengo un *teskeré* firmado del puño y letra de Su Excelencia. Supongo que me comprende, *Effendi*.

No fue la vana amenaza de los pasaportes lo que salvó la vida a Bagradian, sino la desesperada estratagema que volvió de pronto toda la atención general hacia Gonzaga. El *mudir* permaneció un momento confuso. En los reglamentos relativos a la deportación quedaba establecido, en repetidas ocasiones, que se debía disimular en la medida de lo posible la aplicación de estas necesarias medidas ante los representantes consulares de naciones aliadas o neutrales. En el primer momento, el *mudir* creyó encontrarse ante algún delegado de la embajada americana, pero una mirada lanzada con más detenimiento al pasaporte le convenció de que esta personalidad extranjera carecía de peligro. Por lo demás, estaba satisfecho de que la intervención del recién llegado hubiera impedido un derramamiento de sangre. Devolvió los papeles a Gonzaga con cierta ironía.

—¿Qué me importan sus pasaportes? ¡Trate de desaparecer lo más pronto posible de aquí, o si no le hago arrestar!

En cambio, la exaltación del comisario no se calmaba tan fácilmente. La sangre producía en él un efecto mucho menor que el papel. Durante su carrera ya había tenido algunas desgraciadas experiencias con varios documentos. En esas cuestiones nunca se podía prever las consecuencias. Por esto decidió dejar vivo a Bagradian hasta nueva orden. Sería mucho más fácil deshacerse de él por el camino sin testigos portadores de pasaportes americanos; y el *muafin* metió nuevamente en la cartuchera el revólver que ya tenía listo, echó una última mirada al oficial desnudo con sus ojos, el uno pequeño y el otro grande, lanzó lejos un gargajo magistral, y dio a los *saptiehs* esta orden breve:

—¡Vayan ahora a buscar los caballos y los asnos!

Al *mudir* le falló su salida triunfal. Debió contentarse con abandonar el lugar lentamente, con un paso despreocupado, perdido

en sus pensamientos e indiferente a las diversas maniobras de las fuerzas armadas que seguía.

Respirando con dificultad, Gabriel había logrado levantarse. Una profunda vergüenza le atormentaba sin cesar. Julieta había tenido que presenciar estas atrocidades; ella y Esteban. Los ojos de Gabriel buscaron los de su mujer que, rígida, había apartado la vista de él. Se tambaleó y nuevamente recobró el equilibrio. Un escalofrío recorrió su espalda: Iskuhi, pensó. Sus heridas comenzaron entonces a escocer, pero no eran éstas sino rasguños superficiales, nada serio. Sin que la oyeran, Iskuhi bajaba descalza la escalera. Estaba ya muy cerca. Sus ojos suplicantes imploraron a Samuel Awakian. El estudiante fue en busca de un abrigo y cubrió el cuerpo de Gabriel empapado en sudor.

¡Qué agradable sorpresa! El *mudir*, el comisario de policía y la mayoría de los *saptiehs*, partieron el mismo día para cumplir su misión administrativa ante los armenios de Suedja y El Eskel. Era en efecto una de las ingeniosas finezas de la táctica de deportación turca el no dar a conocer por adelantado ni el día ni la hora de la partida definitiva. Sin embargo, al precio de costosos sobornos, el pastor Harutiun Nokhudian había logrado saber que la fecha fijada para el primer convoy era el 31 de julio. Entonces otros cien *saptiehs* debían ir a reunirse con los demás. El 31 de julio caía en sábado. Contando desde ese día, que era un jueves, no quedaban sino dos días. El consejo de jefes escogió la noche del viernes al sábado para la emigración del pueblo al Damlajik; tenía excelentes razones para ello. En realidad, el viernes era día festivo para los mahometanos, y la experiencia les permitía suponer que los *saptiehs* establecidos en las aldeas cristianas se marcharían ese día a las localidades turcas o árabes de la planicie, donde tenían sus mezquitas y encontraban parientes, mujeres y placeres. Y ese día se vería también desaparecer con los *saptiehs* a toda la población de maleantes que habían acudido tras ellos, pues estos indeseables visitantes podían suponer con razón que a los armenios, a pesar de no tener armas, los exterminarían

rápidamente hasta el último con hachas, cuchillos o martillos. El consejo de jefes calculaba que las cosas sucederían del modo siguiente: A su regreso, los *saptiehs*, nuevos y antiguos, encontrarían el sábado por la mañana, en vez de la población entera, al pastor Harutiun Nokhudian solo con sus quinientos protestantes de Bitias. Este último —y era ésta una estratagema de Bagradian— debía informar al *mudir* que, a pesar de sus ruegos y súplicas, las diferentes aldeas habían huido la noche anterior dirigiéndose al destierro por su cuenta. La razón de esta partida sería el miedo que les inspiraron los *saptiehs* y particularmente el comisario de policía. Les diría además que no podía indicar exactamente la dirección que tomaron, pues habían partido en pequeños grupos y en todos sentidos, unos hacia Arsus y Alejandreta, otros hacia el sur con la evidente intención de evitar los sitios habitados. La principal fracción tendría el proyecto de alcanzar Alepo para pedir ayuda en la gran ciudad. El pastor Nokhudian, que muchos tomaran por un cobarde y un débil a causa de su carácter suave y su resignación cristiana, demostró entonces todo su coraje. Las mentiras de que se responsabilizaba para engañar al enemigo significaban para él un peligro de muerte inminente. Desde el instante en que los turcos comprendieran la treta podría despedirse de la vida. El pastor se encogió de hombros: «¿qué no es ya peligro de muerte?», pensó. Era necesario que los valientes luchadores de la montaña ganaran tiempo. El engaño retardaría algunos días el descubrimiento de la realidad y les aseguraría así un espacio de tiempo suficiente para la construcción de las fortificaciones.

El consejo de jefes se encontraba reunido en la parroquia, en casa de Ter Haigassun. El rostro del sacerdote estaba extraordinariamente desfigurado por los golpes sufridos. Su ojo derecho y la mejilla estaban muy hinchados y se veía una raya violácea hasta la mitad de su frente. Ter Haigassun había perdido dos muelas y era evidente que sufría intensamente. En cambio, los rasguños de Gabriel, ocultos bajo los vendajes de Altouni, se veían apenas; la brutalidad experimentada en su cuerpo —por primera vez en el curso de su existencia lujosa al abrigo de todo riesgo, y, por lo

tanto, una experiencia de enorme impacto— lo habían acercado aun más a los otros, mientras que por su parte éstos se sentían también más próximos a él.

Durante la reunión, los jefes del consejo se ocuparon de un hecho lamentable que les causaría grandes molestias: desgraciadamente era demasiado tarde para ponerle remedio. Los aldeanos tenían la costumbre de comprar durante el mes de julio a los campesinos turcos o árabes la cantidad de trigo que consideraban necesaria después de la cosecha, pues ellos casi no se dedicaban a la agricultura. Este año, paralizados por la amenaza de la catástrofe, habían dejado pasar el momento de la compra de provisiones necesarias para el invierno. Este descuido los perjudicaba ahora. No se poseía en las aldeas sino una pequeñísima cantidad de harina, patatas y maíz. Para mantenerse mucho tiempo con estas provisiones habría que ser extraordinariamente económicos. Pero como el armenio come mucho pan y poca carne, esta escasez colocaba a los jefes ante uno de los problemas más delicados. Además, durante los primeros días sería absolutamente imposible cocer pan en el Damlajik, pues era necesario construir antes los hornos en la tierra. Por eso el pastor Tomasian ordenó que no se perdiera un minuto hasta el viernes por la noche, que no se dejara apagar el fuego en los hornos, de manera que estuvieran prontos para el transporte cuantos panes fuera posible. Al final de la sesión, Ter Haigassun anunció para el día siguiente, viernes, un servicio religioso destinado a implorar el favor divino. Terminada la misa se bajarían del campanario las dos campanas de la iglesia y se las llevaría en una solemne procesión al cementerio para enterrarlas ahí. Enseguida el pueblo se despediría, orando, de las tumbas de sus padres. Ter Haigassun declaró además que pensaba llevar al Damlajik varios sacos llenos de tierra bendita del campamento. Los que murieran allá arriba en el combate o en el campamento no reposarían completamente abandonados en medio da una naturaleza salvaje e indiferente; se les colocaría bajo la cabeza un poco de esa tierra consagrada por la eternidad.

El viernes por la mañana, hasta el último *saptieh* había partido

hacia las tierras mahometanas. El *mudir* y el *muafin* regresaron a caballo a Antioquía. La iglesia dedicada a las potencias angélicas estaba, mucho antes de la hora fijada, más llena de lo que hubiera estado jamás desde el día de su consagración. El atrio y el amplio cuadrilátero sobre el cual se elevaba la cúpula central, las dos naves laterales y hasta la entrada ante el altar apenas bastaban para albergar a esta multitud. Como la iglesia, según un rito muy antiguo, no tenía ventanas, la luz del sol penetraba a modo de afiladas espadas color ámbar por las rendijas de los muros, semejantes al ojo de la Santísima Trinidad. Pero estas espadas de sol entrecruzadas no iluminaban el interior del edificio; al contrario, apagaban el brillo de los cirios y lanzaban sobre la multitud una proyección de sombras extravagantes. No eran sólo centenares de fieles venidos de las localidades adyacentes a Yoghonoluk para celebrar el oficio religioso, sino también todos los sacerdotes y diáconos deseosos de prestar sus servicios en esta última misa solemne en «tierra firme». Jamás el coro había entonado con tanta perfección y dulzura el himno que, cantado al pie del altar, anuncia que el sacerdote se reviste en la sacristía con los hábitos rituales:

¡Profundo misterio, inconcebible y sin comienzo!
Tú has embellecido las esferas superiores, como un velo ante la
luz inaccesible
Tú has embellecido con un esplendor triunfal
a los ejércitos de los seres de fuego.

Jamás se había inclinado tan profundamente Ter Haigassun al pronunciar, tembloroso, el yo *confieso* ante el pueblo. La corona de oro no lograba ocultar bajo su esplendor la vergonzosa marca roja dejada por el latigazo; jamás el misterio del beso de paz, la unión de los fieles en Dios, había ligado más puramente el alma de los creyentes. Cuando, como de costumbre, después del ofertorio, en el momento en que resuenan las palabras «Daos el beso sagrado», el diácono mantenía el incensario mientras besaba al cantor más

próximo a él, el abrazo se propagó desde el coro hasta el último de los fieles. Hasta entonces esta parte del rito no había sido más que un roce fugaz, una fría formalidad. En cambio, ese día cada uno oprimió al otro con fuerza sobre el pecho y lo besó realmente en las mejillas. Muchos lloraban. Cuando después de la comunión, a una señal de Ter Haigassun, los sacerdotes que servían la misa comenzaron a despojar el altar de sus preciados objetos, un dolor violento e inesperado puso de rodillas a la asistencia. Gemidos, sollozos y suspiros se desencadenaron elevándose por encima de las huidizas sombras, por encima de las espadas arcangélicas entrecruzadas hasta en las invisibles lejanías de la cúpula. Cada accesorio culto fue levantado y exhibido a los fieles antes de desaparecer en un canasto de mimbre; el cáliz, la patena, el copón y el gran Evangelio. Los incensarios, candelabros de plata y crucifijos fueron colocados por el sacristán en otro cofre. Finalmente, no quedó sobre el altar más que un fino paño de encajes. Ter Haigassun se persignó una última vez, dejó planear un momento indecisas las manos cuyo color recordaba a los cirios marfileños, y enseguida, con un ademán brusco, arrancó el trozo de tela. La mesa de piedra, extraída antaño de las faldas grises y calcáreas del Musa Dagh, se presentaba ahora en toda su desnudez. Al mismo tiempo, los obreros del contratista Tomasian bajaban de la torre lateral, por medio de poleas, la campana grande y la pequeña. A costa de grandes esfuerzos, lograron levantar estas pesadas masas sobre angarillas usadas para los entierros, y para una y otra se necesitaron ocho cargadores.

Los niños del coro precedían el cortejo llevando la gran cruz de las procesiones. Tras ellos iban las campanas colocadas sobre las oscilantes angarillas, y enseguida Ter Haigassun con los demás sacerdotes. El convoy fúnebre tardó mucho en llegar al cementerio de Yoghonoluk. Este desfile parecía acompañar realmente a su última morada los restos de venerables personajes. Un calor sofocante ensombrecía los espíritus. De vez en cuando, a raros intervalos, apiadándose del verano sirio, una brisa del Mediterráneo traspasaba el Musa Dagh. Un torbellino de polvo corría a la cabeza

de la procesión como un danzarín fantasmal, mezquina evocación de aquella noble columna de humo que precedió a los hijos de Israel en su marcha a través del desierto. El cementerio se encontraba muy alejado de la aldea en el camino a Habibli, el pueblo de las maderas. Cuando el cortejo llegó al término de su viaje, se vieron agitarse junto a los mausoleos y fosas algunas vaporosas siluetas grises como murciélagos. Eran ancianas cuyos vestidos gastados en extremo no se mantenían pegados sino gracias a la fuerza aglutinante de la tierra y de la mugre. En todas partes se veían idénticas ruinas humanas atraídas hacia semejantes sitios. En Occidente se conocen también estas incansables compañeras de la muerte, estas vecinas, estas guardianas de la podredumbre, que ejercen la mendicidad sólo como una profesión secundaria. En realidad, en Yoghonoluk, instaladas entre los escombros del cementerio, formaban una clase aparte de acólitos funerarios, plañideras y parturientas que, según las costumbres sociales de las aldeas, debían vivir al margen de la sociedad. Esta clase comprendía también algunos mendigos viejos y ciegos, con cabezas de profetas bíblicos, y algunos inválidos de aspecto tan extraño y contorsionado como sólo pueden producirse en Oriente. La población se protegía contra su propia hez relegándola, a falta de otro establecimiento, a este lugar que resultaba ser a la vez un sitio santo e impuro. El cementerio en Yoghonoluk servía, pues, de asilo de inválidos, ancianos y dementes, pero tenía además otra utilidad: era ahí donde se refugiaban los adeptos a la magia. La antorcha de la razón positivista sostenida por Altouni, Krikor, Chatakhian y sus predecesores, había lanzado la brujería fuera de los límites de la aldea; sin embargo, no pudo extirparla enteramente. Las plañideras, bajo la dirección de Nunik, Wartuk y Manuchak, habían retrocedido hasta ese lugar, pero no más lejos. Esperaban allí que las vinieran a buscar para cumplir su tarea habitual, para velar y lavar a los muertos y más a menudo para asistir a los enfermos y las parturientas que permanecían fieles a los antiguos usos. Principalmente Nunik era el símbolo vivo de su arte. Una leyenda conocida entre las mujeres de la aldea contaba que ya en tiempos de Awetis Bagradian el anciano, la bruja tenía setenta

años, tal como hoy. En esa hora estaban todas reunidas en el cementerio en medio de los ciegos y los inválidos, esperando recibir ellas también su parte de limosnas. Cuando el convoy funerario de las campanas se aproximó al camposanto, Sato se separó y corrió adelante: hacía mucho tiempo ya que tenía amigos entre los habitantes de las tumbas. Estos seres al margen de la sociedad atraían a esta criatura al margen de la moral. La vida junto a ellos era fácil, y tan complicada, en cambio, en casa de los Bagradian.

Con los mendigos, plañideras y locos podía Sato intercambiar un lenguaje de palabras articuladas, que no existían. ¡Ah! Poderse desprender de la lengua de los civilizados como de un zapato, poder por fin hablar a pies descalzos, ¡qué dicha! Nunik, Wartuk y Manuchak sabían, además, contar cuentos misteriosos que llenaban el espíritu de Sato de emociones vibrantes y despertaban en ella afinidades con su naturaleza, como si al venir al mundo hubiera conservado idénticos recuerdos de una vida anterior. Podía permanecer horas enteras inmóvil junto a los ancianos ciegos que con sus dedos sensibles palpaban su flaco cuerpo de niña. Si no hubiera existido Iskuhi. Sato tal vez habría dejado ir al pueblo al Damlajik para permanecer ella con toda libertad en medio de esta gente del cementerio. Estos felices mortales no tenían derecho a acompañar a los otros a la montaña, al campamento. El consejo de jefes había decretado esta medida por unanimidad, a excepción de Gabriel Bagradian. Éste no deseaba excluir ni la menor parte del pueblo de la salvación general, aunque comprendía, en su calidad de jefe supremo, que toda boca superflua debilitaba la resistencia para el combate. En cuanto a los interesados, o parecían ajenos a esta decisión o no tenían realmente miedo a los turcos. Exhibían sus llagas a los compatriotas tendiendo las manos y recitando las eternas letanías para implorar su caridad.

El cielo estaba tan ardientemente desnudo, que la sola idea de una nube hubiera parecido la fantasía de un cuentista. Aquel inexorable azul parecía no haber vuelto a conocer la lluvia desde los tiempos del diluvio universal. La multitud se agrupaba alrededor de la fosa abierta para despedirse de las campanas de Yoghonoluk. En

los días de paz casi nadie prestaba atención a sus sonidos, familiares; pero ahora que callaban le parecía a cada uno que con ellas se callaba también la propia vida. Cuando las dos campanas, madre e hija, se hundieron en la tierra, no se escuchó ni una voz humana. Las vibraciones apagadas que se desprendieron del cobre al rodar por los flancos de las campanas los terrones de tierra, parecían predecir al pueblo que habían de abandonar toda esperanza de regreso y que las difuntas enterradas no tendrían resurrección. Después de una corta oración pronunciada por Ter Haigassun, la multitud se dispersó en silencio por el cementerio dirigiéndose las diferentes familias hacia las sepulturas de sus padres. Gabriel y Esteban también entraron en el mausoleo de la familia Bagradian. Era un pequeño edificio bajo, con una cúpula sobrepuesta, parecido a aquellos en que los turcos tenían costumbre de enterrar a sus santos y sus altos dignatarios. El abuelo Awetis había hecho construir esa tumba para él y su esposa. Según el antiguo rito armenio, el fundador de la gloria familiar reposaba, sin ataúd, envuelto en un sudario bajo las lápidas colocadas al sesgo una contra otra, en la actitud de dos manos en oración. Fuera de él y la abuela, yacía allí un tercer Bagradian: Awetis, el hermano fiel hasta el fin a Yoghonoluk, muerto relativamente joven. No queda lugar para nadie más, pensó Gabriel con un humor no devoto, sino extrañamente irónico. En cambio, Esteban, aburridísimo, se balanceaba sobre uno y otro pie como alguien que estuviera más alejado de la muerte que la propia eternidad.

Ter Haigassun, rodeado de un pequeño grupo, se encontraba de pie sobre la colina hasta donde alcanzaban las últimas ramificaciones del camposanto. Algunos hombres habían cavado un gran cuadrado como para una fosa común. Con la tierra extraída se llenaron cinco sacos. Una vez terminada esta tarea, Ter Haigassun se dirigió a cada uno de ellos y los bendijo con la señal de la cruz. Se detuvo junto al último saco y se inclinó. No era tierra negra, sino un pobre polvo mezquino. Ter Haigassun hundió la mano en el saco y se llevó al rostro un puñado de tierra bendita, como el campesino que quiere verificar la calidad de sus propiedades.

—¡Ojalá nos baste! —murmuró para sí. Ensimismado como estaba, enseguida observó sorprendido cómo el cementerio estaba ya prácticamente vacío. Los habitantes de las aldeas habían regresado hacía mucho rato a sus casas. Era casi mediodía. En las grandes localidades, como Habibli y Bitias, se habían anunciado ceremonias análogas. El consejo de jefes había fijado para la gran partida la horas que sigue inmediatamente a la puesta de sol.

Gabriel cuidó de Julieta del modo más tierno. Era necesario que, arrastrada a su pesar al abismo armenio, ella sintiera lo menos posible, en la medida que lo permitieran las circunstancias, la ausencia de su ambiente habitual. Aquel mundo europeo que era el suyo se encontraba en ese preciso instante comprometido en una inmensa carnicería. Comparado con eso, lo que tenían que vivir aquí resultaba una vil chapuza. La carnicería europea se llevaba a cabo con todo el adelanto moderno, con el concurso de los últimos descubrimientos de la ciencia siempre en progreso; no se basaba en la estúpida sed de sangre de estas bestias poseídas sino en la exactitud matemática calculada por una bestia todo inteligencia. Si viviéramos actualmente en París —habría podido decirse, por ejemplo, Gabriel Bagradian—, naturalmente no tendríamos necesidad de instalarnos sobre la tierra desnuda y rocosa de una montaña siria, tendríamos retrete y salas de baño, aunque nos viéramos obligados a refugiarnos en un subterráneo oscuro para protegernos durante los bombardeos aéreos. En París tampoco podría apartar el peligro de Esteban y Julieta. Pero Gabriel no podía asegurar esto, pues desde hacía meses no leía ningún periódico europeo y no sabía casi nada de París ni de la guerra.

La víspera ya había enviado al Damlajik a Awakian y Kristaphor junto con todo el personal para que prepararan la nueva morada de Julieta con todos los detalles y atenciones imaginables. Había que construir para la plaza de las tres tiendas una cocina y un lavadero especiales, sin olvidar otras necesidades.

Gabriel decidió que Julieta dispusiera de las tres tiendas. Sólo

ella tendría derecho a escoger las personas que juzgara dignas de acompañarla en su tienda. A costa de grandes esfuerzos se arrastraron al Damlajik alfombras, braseros, divanes, sillas y mesas, y además una cantidad inmensa de equipajes modernos, maletas-ropero, valijas de cuero repletas, cofres llenos de vajilla y platería, más una verdadera colección de objetos de tocador y medicamentos, bolsas de agua caliente y termos. Gabriel esperaba que la vista de estos objetos occidentales diera a Julieta fuerzas suficientes para soportar su destino. Ella viviría allá arriba como una princesa cuyo gusto por los viajes la hubiera llevado a una región inhóspita seguida de todos sus vasallos. Y precisamente por este motivo, Gabriel debía llevar ante el pueblo una vida doblemente austera y ruda. Estaba decidido a no dormir en los refugios y no comer tampoco las viandas de la cocina de las tres tiendas.

De regreso del cementerio, los habitantes de Yoghonoluk se retiraron a las casas que ya no les pertenecían. Cada uno encontró allí enormes paquetes que sobrepasaban con mucho sus fuerzas. Indecisos y entorpecidos por los paquetes, todos vagaban por las habitaciones de aquí para allá esperando la noche. Quedaban aún algún colchón de pajas viejo o algunos candeleros, y allí, ¡dulce Jesús Redentor!, el inapreciable lecho, fruto de varios años de economía, que lo hacía a uno subir de un golpe en la escala de la sociedad, baluarte de la vida conyugal y matrimonial. ¡Y aquel lecho debía permanecer ahí y ser el botín de la canalla turco-árabe! Las horas pasaban lentamente. Durante estos minutos interminables se hacían y rehacían constantemente los paquetes para buscar un lugar a tal o cual objeto superfluo. No eran menos conmovedores los adioses hasta en los tugurios de barro más pobres, pues el ser humano puede ensoñar y amar hasta el rincón más sórdido.

Como todos los demás, Bagradian también recorría en estas últimas horas de la tarde las habitaciones de su casa. Estaban inertes y frías. Julieta se había encaminado ya a la montaña varias horas antes acompañada de todos sus criados, sus huéspedes y de Gonzaga Maris. Como el calor fuera insoportable, ella había querido aprovechar las brisas frescas de la montaña y no deseaba tampoco

verse mezclada con el desorden de los aldeanos emigrantes. Gabriel, que generalmente no abandonaba jamás sin cierta melancolía una habitación de hotel donde no había pasado más que una noche (pues en todas partes se deja una partícula de sí como un ser querido desaparecido), este mismo Gabriel permanecía absolutamente frío e indiferente. La casa de sus padres, la escena de sus aventuras infantiles, la morada de estos últimos meses decisivos, no lograban hablar a su corazón. Él mismo se asombraba de su impasibilidad, pero así era. Lo único que lamentaba un poco eran sus antigüedades, y el placer que sintió coleccionando durante las primeras felices semanas en Yoghonoluk. Incansable, iba del Apolo a la Artemisa y de allí a su hermoso Mithras, acariciando con un gesto tierno las cabezas de estas divinidades; luego, con un movimiento brusco, se dirigió a la puerta del *selamlik* y abandonó la casa con sus muebles para siempre. Ya no quiso ver nada más, cerró sus sentidos a todo, y salió por la puerta principal.

En el patio de la servidumbre, a la izquierda de la casa, se desarrollaba precisamente una escena extraordinaria. La hez de Yoghonoluk, que no tenía derecho a acampar en la montaña, se había reunido allí. Las plañideras, los mendigos de cabezas proféticas y algunos pilluelos morbosos escapados a la vigilancia de sus padres, formaban un grupo excitadísimo. Está de más decir que Sato, la huérfana de Zeitun, se encontraba entre ellos. Esta pequeña reunión era presidida por una personalidad tan poderosa e impresionante que ni el propio Gabriel podía sustraerse a ella; era la vieja Nunik, jefa suprema de las curanderas y brujas. El rostro sombrío de esta alma en pena cuyo origen se remontaba al comienzo de los tiempos, no se caracterizaba sólo por una nariz medio carcomida, sino que ostentaba también una terrible energía que había hecho de ella la dueña absoluta de su casta. La historia que la pretendía más que centenaria, era probablemente una burda mixtificación que sostenía ella misma por razones comerciales. De todos modos, la sola presencia de esta anciana sin edad, probaba de una manera evidente la eficacia de sus remedios y lo excelente que resulta para la salud una vida de privaciones. Nunik sostenía entre

sus enflaquecidos muslos un corderito negro, que sin duda se había extraviado del rebaño, mientras le cortaban la garganta con un cuchillo. El tajo que le había hecho con una mano experta parecía conforme a las leyes especiales de su arte: mientras tanto, sus labios descubrían, bajo la nariz asquerosa carcomida por el lupus, una dentadura de una blancura admirable, igual a la de un adolescente. Esto le daba a tal punto una expresión de bienestar jocoso, que Bagradian no pudo contenerse y gritó a toda la asamblea reunida:

—¿Qué hacéis ahí, miserables ladrones?

Uno de los adivinos se aproximó a tientas para explicar a Gabriel con su gesto más digno:

—Es la prueba de la sangre, *Effendi*, y la hacemos por todos vosotros.

Bagradian estuvo a punto de lanzarse sobre la canalla.

—¿A quién habéis robado ese animal? ¿No sabéis que todos aquellos que sustraigan el bien del pueblo serán fusilados y colgados?

El adivino, con indulgencia y superioridad, pareció no haber escuchado la humillante amenaza.

—Presta más bien atención, *Effendi*, adonde se dirigirá la sangre; si a la montaña o hacia la casa.

Gabriel Bagradian vio la sangre oscura del cordero brotar a borbotones, formar un charco en el suelo sobre un espacio absolutamente plano como una amplia masa espesa y circular que crecía sin cesar hasta que hubo caído la última gota. Enseguida el líquido permaneció inmóvil, podría decirse indeciso, como en espera de una misteriosa advertencia que debiera darle el impulso decisivo. Tres hileras de sangre se aventuraron vacilantes deteniéndose enseguida como si una voz les prohibiera avanzar, y de pronto un riacho nervioso se dirigió, rápido y sinuoso, hacia la casa. Una viva emoción se apoderó de la asistencia.

—*¡Koh jem!* ¡La sangre va hacia la casa!

Nunik se inclinó profundamente sobre el charco para descubrir con la máxima precisión el resultado de sus investigaciones según el ritmo y los movimientos de la sangre. Cuando levantó la cabeza, Gabriel volvió a ver sobre el rostro desfigurado aquella expresión

grotesca que tanto le molestara. Inesperadamente entonces, ella pronunció con una hermosa voz de soprano, que contrastaba con su persona:

—El pueblo de la montaña será salvado, *Effendi*.

En ese preciso instante Bagradian recordó las dos medallas que le regalara el agá Rifaat Bereket y que había dejado en la casa. «Es absolutamente indispensable que las lleve», pensó; «sería una lástima perderlas». Regresó una vez más a la villa, titubeó ante la puerta —antes de emprender un viaje no se debe volver jamás sobre sus pasos—, subió rápidamente las escaleras hasta su dormitorio y sacó las dos medallas de sus estuches. Mantuvo la de oro contra la luz; artísticamente cincelada, se destacaba en relieve la cabeza del armenio Achot Bagratouni. Sobre la de plata la inscripción griega, casi indescifrable, se curvaba en un círculo ininterrumpido, sin espacio entre las palabras:

«A lo inexplicable en nosotros y sobre nosotros».

Gabriel guardó las dos monedas en su bolsillo. Entonces salió del jardín por la puerta oeste de la muralla y no miró atrás. A pocos pasos se detuvo para dar cuerda a su reloj, que se obstinaba en marcar la hora europea. El sol brillaba ya sobre el Damlajik. Gabriel Bagradian observó exactamente la hora y el minuto en que comenzaba su nueva vida.

Poco después de la puesta del sol, la población de las siete aldeas se puso en camino, agrupada en familias y tribus pesadamente cargadas, tomando los diferentes grupos caminos distintos, según la distancia que los separaba de la montaña.

Los habitantes del valle no eran pobres, así que el que menos poseía una cabalgadura o un burro de carga. A menudo dos familias tenían un animal en común. En los días de feria en Suedja o Antioquía, los propietarios de un animal de carga llevaban a veces la mercadería de

los paisanos pobres, pues era costumbre antigua el ayudarse mutuamente en estas y otras cosas. Solitarios y apartados vivían a la orilla del mar, lindando con la región islámica, los hombres del Musa Dagh, que necesitaron vastos medios de locomoción para transportar sus frágiles mercaderías, tejidos de seda, figuritas talladas y miel. Les bastaron los pocos carros de bueyes y los animales de carga existentes. Esa noche, éstos ayudaron poco a sus amos, pues por confraternidad habían puesto a disposición del pastor Nokhudian los ciento cincuenta animales más fuertes.

Gabriel Bagradian, que se había sentado en el camino de los carros que conducía al norte, dejó pasar a los jadeantes grupos pesadamente cargados como si fuera un desfile de miseria.

Una luna compacta, increíblemente metálica, se elevó al noroeste por encima de las aristas pálidas del Amanus. Se la vio adelantarse nítidamente; no permanecía pegada a la superficie de la bóveda celeste. Tras ella el lejano espacio oscuro se hacía a cada instante más profundo. En vez del refugio estable que solemos atribuirle, la tierra misma se convertía para Gabriel en el pequeño barco perdido en el cosmos que es en realidad. Este cosmos tan claro no se extendía sólo tras esta expresiva luna, sino que llegaba hasta el fondo del valle, llenando de frescura los poros de los que descansaban. Ya la luna había avanzado hasta más allá del centro del cielo, y las familias agotadas desfilaban aún ante Bagradian.

Invariablemente, se reproducía el mismo cuadro: a la cabeza caminaba el padre de familia con un pesado bulto a la espalda, hundiendo gravemente su bastón en el suelo. ¡Un llamamiento taimado, una respuesta quejumbrosa! Las mujeres vacilaban bajo las cargas que les doblaban el espinazo hasta tocar casi la tierra. Al mismo tiempo, debían atender continuamente para que no se les extraviaran las cabras. Sin embargo, se percibía de vez en cuando en medio de los bultos una mirada brillante, una alegre carcajada de muchacha. Gabriel despertó sobresaltado de su corto sueño. Abajo, en las aldeas, se escuchaban terribles gritos de niños. Centenares de pequeños lloraban como si en ese instante preciso hubieran descubierto todos a la vez la partida de sus padres. Pero se

mezclaban también con chillidos agudos, gruñidos de viejas descontentas. Y no eran estas llamadas de niños abandonados, sino los gatos de Yoghonoluk, de Azir y Bitias. En realidad, la ausencia de sus amos dejaba indiferentes a estos animales, pues ellos sirven a la casa y no al hombre. Tal vez sus gritos fueran un himno de alegría cantado en coro por la libertad tan querida y en adelante ilimitada. Los perros, en cambio, sufrían realmente. Ni el perro salvaje de las aldeas sirias logra separarse del hombre. Aunque desde incontables generaciones hubiese caído en estado salvaje, sin embargo permanecía eternamente en ellos el criado despedido de la civilización. Anhelosos de este pasado, vagan por los alrededores de las zonas habitadas, no sólo para mendigar un hueso, sino para poder volver a la esclavitud y volver así a su pasado servicio. Los perros salvajes de las aldeas lo sabían todo. Habían descubierto ya el campamento del Damlajik y sabían también que éste les estaba estrictamente prohibido, más aún que las calles del pueblo. Enloquecidos, desesperados, hacían débiles tentativas por trepar a la montaña. Sus almas se desgarraban con un dolor intenso; sin embargo, ninguno de ellos se atrevía a lanzar su monótono aullido, al que desde hacía mucho tiempo le faltaba la flexibilidad de la lengua del perro doméstico que posee, en cambio, un riquísimo vocabulario. Toda la agonía de sus almas se reflejaba en sus ojos. Por todos lados, en medio de la oscuridad, Gabriel veía brillar como un fuego verdoso las pupilas ardientes de estos perros que no se atrevían a traspasar los límites de la zona prohibida.

La luna había desaparecido tras las espaldas del Musa Dagh. Un viento lívido nacía del cosmos. Ahora están todos allá arriba, pensó Gabriel, que una hora antes viera pasar ante él a la última familia. Sin embargo, no se decidió a abandonar su puesto de observación nocturna; ¿era por fatiga o por deseo de soledad? No sabía si lograría una vez más en su vida volver a encontrarse solo consigo mismo. ¿Y no había considerado acaso siempre la soledad como el más preciado don del cielo? Se concedía una media hora más de paz fuera del mundo; luego treparía rápidamente hacia la posición norte para vigilar y activar la construcción de las trincheras. Apoyó la espalda

en un roble y se puso a fumar. Vio entonces a un rezagado que subía en medio de las tinieblas. Gabriel escuchó unos pasos precipitados y las piedrecillas rodando por el camino, y enseguida divisó una linterna, un hombre y un asno copiosamente cargados. A cada paso la bestia se doblaba bajo el peso de los fardos. El hombre también arrastraba un saco enorme que se veía obligado a dejar continuamente en tierra, para descansar y recobrar el aliento. Gabriel reconoció al farmacéutico en el preciso momento en que el saco cayó a sus pies. El rostro de Krikor estaba irreconocible; su máscara de mandarín impasible se contraía dándole el aspecto de un ídolo bárbaro. El sudor corría por sus mejillas suaves hasta su barba en punta constantemente agitada por la respiración jadeante. Parecía sufrir mucho por estos esfuerzos y se encorvaba hacia adelante. Gabriel Bagradian se dio a conocer:

—Debió haber entregado a mi gente su bolsa de medicamentos, en vez de arrastrar usted mismo toda su farmacia.

Krikor no lograba aún regularizar su respiración. Sin embargo, trató de poner en sus palabras cierto desdén:

—Esto no tiene nada que ver con la farmacia; ya hace mucho tiempo que la mandé allá arriba.

Gabriel Bagradian no tardó en darse cuenta de que el asno y el farmacéutico iban cargados exclusivamente de libros. Por una razón indefinida, esto le causó un vivo desagrado y le inspiró al mismo tiempo el deseo de burlarse un poco de Krikor.

—¡Perdone mi error, farmacéutico! ¿Lleva ahí todas sus provisiones?

El rostro de Krikor había vuelto a la calma, su mirada había recobrado la noble indiferencia cuando respondió a Gabriel:

—Sí, éstas son mis provisiones, Bagradian; pero, desgraciadamente, no son todas.

Un ataque de tos le sacudió. Se sentó en el suelo junto a Gabriel y comenzó a enjugarse el sudor con un enorme pañuelo. El alba empezaba a despuntar. El asno permanecía en el sendero, la cabeza inclinada, de pie sobre sus pobres patas nudosas. Pasaron algunos minutos. Gabriel se arrepintió de haberse burlado tan cruelmente

del farmacéutico. Sin embargo, al hablar, la voz de Krikor tenía siempre un tono de superioridad y displicencia:

—¡Gabriel Bagradian! Usted, que es un sabio parisino, ha tenido a su disposición otros medios que yo, un mero farmacéutico de Yoghonoluk; sin embargo, conozco ciertas particularidades que seguro escapan a su ciencia. Seguramente ignora usted cierta frase sublime de Gregorio Nacianceno y la respuesta que le dio el hereje Tertuliano…

No era raro que Gabriel no conociera la cita de Gregorio Nacianceno, pues el farmacéutico podía ser el único ser en el mundo que conociese su existencia. Como de costumbre, sin dejarse confundir, continuó su historia desde el principio, aunque fuera un error de importancia el que cometiera al confundir al Padre de la Iglesia, Tertuliano, con un pagano homónimo.

—Una vez, el sublime Gregorio Nacianceno fue invitado a cenar a casa del noble pagano Tertuliano. No tema, Gabriel Bagradian, es una historia tan corta como profunda. Hablaban de las buenas cosechas y del excelente pan que partían. Un rayo de sol caía sobre la mesa. Gregorio Nacianceno levantó el pan que tenía en la mano y dijo a Tertuliano: «Querido huésped, qué agradecimiento no debemos a Dios por estos sagrados misterios, pues el pan que aquí ves no es más que aquel mismo rayo de sol dorado transformado en trigo en los campos». Pero Tertuliano se levantó y tomó de su biblioteca una obra del poeta Virgilio, diciendo enseguida a Gregorio: «Querido huésped, si debemos alabanzas a Dios por este pan, ¡qué gratitud no le deberemos entonces por este libro! Pues vea que este libro no es más que la transformación de aquel rayo de luz del lejano sol, cuyos reflejos se pueden ver sobre la mesa».

Al cabo de un momento, Gabriel Bagradian le preguntó con una simpatía triste:

—¿Y toda su biblioteca, Krikor? Seguramente esto no representa sino un pequeñísima fracción. ¿Ha enterrado usted sus libros?

Krikor se irguió como un héroe herido.

—No, no los he enterrado. Los libros mueren en la tierra. Los dejé donde estaban.

Gabriel tomó la linterna que el farmacéutico había olvidado. La claridad se acentuaba gradualmente y Krikor no podía ocultar las lágrimas que corrían por sus mejillas amarillas. Bagradian se echó a la espalda el saco con los libros del anciano.

—Krikor, ¿cree usted acaso, que yo he nacido para ocuparme de máuseres, de cartuchos o de trincheras?

A pesar de las protestas de Krikor, Gabriel Bagradian llevó el gran saco de libros hasta lo alto de la garganta norte.

Libro segundo

El combate de los débiles

«Y fue pisado a las afueras de la ciudad, y manó sangre del lagar hasta las riendas de los caballos».

APOCALIPSIS DE SAN JUAN, 14, 20.

Capítulo I

Nuestra morada es la cima del monte

¡Musa Dagh! ¡Monte de Moisés! Al alba, todo el pueblo se había instalado en la cima del monte de Moisés. El aire fresco de la meseta y el murmullo lejano del mar ejercían una acción tan vivificante que se olvidaban las fatigas de la ascensión nocturna. En los rostros no se percibía ni malestar ni sosiego, sólo excitación. En la hondonada de la ciudad y sus alrededores todos iban y venían lanzando gritos confusos. Nadie parecía tener conciencia de la situación real, por el contrario, parecía reinar una especie de alegría rabiosa. Como una marea viva, la reflexión fundamental ocultaba todas las inquietudes y las mil preocupaciones secundarias del momento. Hasta el propio Ter Haigassun, que daba una última mano al altar de madera erigido en medio de la plaza, no escatimó alguna que otra reprimenda a los hombres que le estaban ayudando en su tarea.

Gabriel Bagradian había trepado a la posición que había escogido como observatorio principal. Era una de las colinas rocosas del Damlajik, con una excelente perspectiva sobre el mar, la planicie del Oronte y las ondulaciones montañosas extendidas en dirección a Antioquía. En cuanto al valle, se dominaba desde Kheder Beg hasta Bitias, pero las vueltas del camino ocultaban a la vista las últimas aldeas. Fuera de este observatorio principal, existían, naturalmente, otros diez o doce menos importantes y más expuestos, desde donde se podía examinar con precisión cualquier punto aislado del valle;

allá, en cambio, perfectamente al abrigo tras las grandes masas rocosas, se dominaba la totalidad del paisaje. Tal vez por estar solo allí sobre el promontorio, muy por encima de la excitación aturdidora que reinaba en el campamento, él era el único que comprendía en toda su amplitud la auténtica realidad: allá, al norte, al este, al sur, hasta Antioquía —no, hasta Alepo aun y el propio Mosul y Deir-es-Zor— proseguía el inevitable exterminio.

Existían millones de musulmanes cuyo único pensamiento sería, en breve, castigar a estos insolentes armenios refugiados en el Musa Dagh. Por el otro lado se extendía el indiferente Mediterráneo que, somnoliento, golpeaba con sus continuas olas los flancos abruptos de la montaña. De nada valía que Chipre se encontrara cien veces más cerca; ¿qué crucero francés o inglés podría interesarse por este trozo desierto de la costa siria situado fuera del escenario de la guerra? Las flotas no se dirigían sino a los sitios amenazados, Suez o el litoral del África del Norte, dejando tras ellas la tranquila bahía de Alejandreta. Al contemplar este mar desolado, Bagradian comprendió que durante la gran asamblea se había comportado como un demagogo irresponsable, al intentar despertar en el pueblo la esperanza de un salvamento por vía marítima. El mar, irónico, con su horizonte infinito, le mostraba la verdad: la muerte inconmensurable por todos lados, la muerte sin remedio. Y en medio de esta muerte inevitable, los miserables campesinos. ¡Y eso no era todo! Pues aun conviniendo —suposición que un loco no habría osado concebir— que la muerte exterior demostrase una benévola despreocupación, admitiendo que no se llevara a cabo ningún asalto, que no se disparara un solo tiro, otra muerte surgiría del interior, aniquilándolo todo. Aunque se economizaran extraordinariamente los rebaños y las provisiones, no existía ningún medio de renovarlos, y el fin se produciría en un cortísimo lapso de tiempo. Abajo, en la calle, la idea del Damlajik ejercía una influencia benéfica, pues, en la angustia, la voluntad de actuar y la eventualidad de un cambio, cualquiera que fuera, era siempre un consuelo. Pero ahora habían llegado a un punto fijo, una decisión. El consuelo ya no ejercía efecto alguno sobre Gabriel Bagradian. Se

sentía lanzado fuera del espacio y del tiempo. Por unos instantes había rechazado lo inevitable y renunciado así a las mil pequeñas soluciones que ofrece la casualidad. ¿Acaso Harutiun Nokhudian y sus fieles no procedían con más sabiduría? Una fuerte angustia se apoderó de Gabriel. ¡Qué crimen imperdonable había cometido para con Julieta y Esteban! Varias veces había dejado pasar la oportunidad favorable para la fuga, ni una sola vez había despertado a Julieta de su tranquila ignorancia, aunque sabía desde aquel famoso domingo de marzo que acabarían cazados en una trampa sin salida. Cuando tuvo conciencia de su inconcebible culpa, sintió de pronto como si la cabeza se le vaciase de sangre, sufriendo súbitamente un fuerte mareo. Los horizontes del mar y de la tierra comenzaron a girar. El universo entero se animaba en un movimiento rotativo como el de un disco cuyo centro inmóvil fuera el Musa Dagh, del que, a su vez, el centro era el cuerpo de Gabriel que, aunque estuviese situado en un punto elevado, constituía el grado inferior del inevitable torbellino que giraba a su alrededor. «Pero, si sólo queremos seguir viviendo», pensó estremecido. Pero, al mismo tiempo, un mudo asombro preguntaba en su interior: «¿Y para qué?».

Gabriel Bagradian se refugió en la hondonada de la ciudad. Los diferentes comités del consejo de jefes se habían reunido ya, para proceder al reparto de las innumerables tareas que debían ejecutarse el primer día. Gabriel Bagradian exigió que toda persona capaz, hombres y mujeres, se pusiera inmediatamente manos a la obra para continuar la construcción de las trincheras y demás defensas. Todo el sistema de fortificaciones debería estar terminado al día siguiente por la noche —por lo menos a grandes rasgos—, pues no era impensable que el primer ataque turco se produjera un día más tarde. Gabriel Bagradian planteó la idea de que siendo jefe de la defensa, sería necesario confiarle el mando supremo, no sólo de la primera línea, sino también de la reserva, es decir, de los combatientes y obreros, y, más exactamente, sobre el campamento entero. El pastor Aram Tomasian, que era desgraciadamente muy susceptible, le señaló que la misma importancia tenía el velar

debidamente por la organización interior. Por el momento reinaba una completa anarquía; cada familia envidiaba el lugar asignado a la otra como domicilio y las diferentes aldeas estaban también descontentas de los campos recibidos. Bagradian replicó:

—No tenemos que preocuparnos por el descontento, pues vivimos en estado de guerra. Contra las quejas, no hay más remedio que proceder de manera inmediata con castigos ejemplarizantes.

Tomás Kebussjan y los demás *mouchtars* tomaron inmediatamente el partido del pastor. Hasta el propio Bedros Altouni se obstinó en repetir que ante todo se debía atender a las necesidades físicas del pueblo y comenzar inmediatamente la construcción de la tienda-hospital. Luego los *mouchtars* y los profesores pretendieron tomar la palabra por turno para poner en evidencia el interés inmediato de las cosas que dependían de su particular competencia. Bagradian quedó horrorizado al comprobar lo difícil que era imponer al consejo consultivo las soluciones más simples y razonables. Sin embargo, la constitución que Gabriel Bagradian propusiera al consejo de jefes, probó ser excelente al cabo de algunos minutos. Ter Haigassun sólo tenía derecho a expresar una rápida decisión en aquellos casos dudosos. Él empleó esta potestad con tal sabiduría y discreción que nadie presentó ninguna propuesta, y tras una arriesgada votación concluyó:

—Bagradian está en su pleno derecho. Ante el deber de defendernos, todas las demás consideraciones son secundarias. La organización del servicio armado que el consejo de jefes viene indicando por escrito desde hace varios días debe ser leída lo más pronto posible a las primeras líneas y entrar al instante en vigor. Todos deben una absoluta obediencia al comandante. Puesto que él ha aprendido a hacer la guerra en calidad de oficial, y por lo tanto posee en este sentido una innegable superioridad sobre todos los demás elegidos del pueblo, el consejo de jefes deja a su cargo el cuidado integral de todas las medidas referentes a la lucha, la preparación al combate y la disciplina militar. Gabriel Bagradian y la comisión de guerra encargada de secundarlo no estarán obligados a someter sus decisiones al consejo general. Naturalmente, el

comandante en jefe poseerá numerosas potestades entre las cuales está su derecho a castigar las infracciones. Por lo tanto, podrá privar de alimentos a los insubordinados o remolones en el trabajo; podrá hacerlos encadenar y condenarlos a ser apaleados, en el grado que estime conveniente. Sin embargo, sólo yo podré pronunciar la pena de muerte que en todo caso será votada unánimemente por el consejo de jefes. También se ha de hacer entender al pueblo toda la gravedad de estas leyes de guerra desde el primer momento. La principal tarea del comité será asegurar una regularidad absoluta en la vida cotidiana, y habrá de poner todo su empeño en que la existencia tenga aquí un aspecto idéntico al que tenía en el valle, cuando las condiciones cotidianas eran aún normales. —Al pronunciar esta última frase, Ter Haigassun subrayó deliberadamente las palabras «cotidianas» y «normales»—. Esta precaución, que parece tener una importancia secundaria, ha de garantizar más eficazmente que las hazañas más extraordinarias la fuerza y duración de la resistencia. Por lo tanto, ni una sola mano ha de permanecer ociosa. Los niños tampoco quedarán desocupados. Se hará, pues, una escuela en un lugar definido y se organizará con toda la severidad y rigor habituales. Sólo un trabajo incesante permitirá a nuestros conciudadanos soportar esta estrecha existencia. He terminado. ¡Vamos, amigos! ¡A la tarea! ¡Perdamos el menor tiempo posible en inútiles deliberaciones!

Los *mouchtars* reunieron a sus comunidades en la gran plaza del altar que ya estaba trazada en la hondonada de la ciudad. Bajo el comando de Tchauch Nurhan, Gabriel hizo alinear las 86 decenas de hombres que formaban la primera línea. El rey de los reclutas hizo esfuerzos sobrehumanos para colocar su ejército en un cuadrado perfecto, impecablemente alineado alrededor del altar todavía sin consagrar. Enseguida Ter Haigassun subió a la tarima del altar que se alzaba sobre cinco peldaños bastante altos, por encima del nivel de la plaza, que además era muy espaciosa. El sacerdote llamó a Bagradian —único de los jefes—, que subió a su lado. Luego, dirigiéndose a los hombres formados en el rectángulo, dio lectura, con voz estentórea, a los reglamentos del servicio

recopilados por Samuel Awakian. Al finalizar, agregó algunas palabras amenazadoras. «El que rehúse someterse a la voluntad del jefe de la defensa o falte a su deber, será sometido a un consejo de guerra con todas sus consecuencias». Esta advertencia iba dirigida, sobre todo, a los evadidos de los cuarteles turcos. Ser recibidos en el campamento, alimentados con las provisiones generales no era, dijo, una cosa natural, sino una señal de bondad, de fraternidad cívica, por lo que los recién llegados debían esforzarse en mostrarse dignos de ella. Ter Haigassun cogió el crucifijo de plata que adornaba el altar y descendió, seguido de Gabriel Bagradian, hasta situarse en medio del rectángulo. Pronunció entonces lentamente, mirando a los hombres, la fórmula que debían repetir levantando la mano en señal de juramento.

—Juro ante Dios, el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, defender al pueblo de este campamento hasta la última gota de mi sangre, juro someterme ciegamente al comandante y todas sus órdenes, reconocer la autoridad del consejo de jefes elegidos, y no abandonar jamás la montaña por mi propia voluntad, así Dios, el Señor, me ayude.

Después de pronunciar este juramento, los hombres de la primera línea desfilaron tras el altar. Los 1.100 miembros de la reserva repartidos en 22 grupos, juraron, por medio de una fórmula más breve, obediencia y tenacidad en el trabajo. A la reserva le era atribuida la ruda tarea de la construcción de los trabajos militares y las cabañas del campamento. En caso de combate, no poseían más armas que las herramientas agrícolas que habían traído de las aldeas. En último término, se presentaron los 300 muchachos, la «caballería ligera». Ter Haigassun les dirigió una breve exhortación y Gabriel Bagradian les indicó su deber como observadores, mensajeros, ordenanzas y señalizadores. Dividió a los niños en tres grupos aproximadamente iguales. El primer grupo debía ocupar los puestos de observación asignados, enviando cada dos horas su informe general. Para esta importante misión se escogió a los 100 muchachos de más edad que fueran también los más dignos de confianza. Tenían el deber de mantener la guardia día y noche sobre

la terraza del promontorio, para divisar a tiempo, con sus jóvenes y penetrantes ojos, el más débil rastro de humo de algún navío que llegara a pasar por allí (aunque fuera ésta una esperanza ridícula). Bagradian confió al segundo grupo el servicio de ordenanzas. Estos 100 niños debían permanecer siempre cerca del cuartel general para llevar en todas direcciones las órdenes del comandante y asegurar así la coordinación entre los diferentes sectores de la defensa. El grupo de ordenanzas fue colocado bajo las órdenes del ayudante principal Samuel Awakian; Esteban fue incluido en este cuerpo. Finalmente, el último centenar fue puesto a disposición del pastor Aram Tomasian para prestar servicio en el campamento y llevar la comida a los combatientes en las trincheras.

Las divisiones que estableció Bagradian en la población no tardaron en demostrar sus ventajas. El sentimiento de importancia militar que se apoderó de las diferentes decenas, el placer estimulante que despertó inmediatamente en los subjefes, la alegría infantil de desfilar en orden, todos estos sentimientos tan humanos velaban el implacable fin fundamental bajo los colores agradables de un juego con reglas fijas. Cuando los convoyes se pusieron en marcha en diferentes direcciones para continuar con las fortificaciones, se escuchó elevarse aquí y allá unos coros tímidos, sin duda, pero tenaces, entonando ese viejo estribillo que cantaban los armenios del valle al trabajar:

Los días de duelo pasarán;
como los meses de invierno, vienen y van.
Las penas humanas no duran mucho tiempo,
como en el bazar los clientes, vienen y van.

Gabriel Bagradian reunió a su alrededor a Tchauch Nurhan y los principales jefes de las agrupaciones más importantes de la primera línea. Mientras tanto, Ter Haigassun se había alejado de la plaza del altar dirigiéndose hacia aquélla de las tres tiendas que, al lado de una gran fuente rodeada de boj y protegida por todos lados

por rocas cubiertas de yedras y por mirtos, probaba de un modo evidente el cuidadoso afecto con que Gabriel había escogido el lugar. Ter Haigassun deseaba hablar a la *hanum* Julieta Bagradian. Como Kristaphor, Missak y Howhannes estaban ocupados en la construcción de la cocina situada a cierta distancia, el sacerdote tuvo que recurrir, para la transmisión de su demanda, a la ayuda de Gonzaga Maris, que se paseaba de aquí para allá por la plaza de las tres tiendas, al modo de aquellos pasajeros que en alta mar se sienten en la necesidad de caminar por el estrecho puente del navío. El joven griego se dirigió a la tienda de explorador de Julieta y golpeó el pequeño gong colocado a la entrada. La *hanum* se hizo esperar un buen rato. Cuando apareció, por fin, pidió a Gonzaga que sacara una silla de la tienda para Ter Haigassun. Pero éste rehusó alegando que, desgraciadamente, no tenía mucho tiempo. Ocultó sus manos en las amplias mangas de su sotana y bajó los ojos. Lo que propuso a Julieta en un francés ceremonioso, era claramente una formalidad intencionada. La bondad de la señora Bagradian, dijo, era conocida por todos; por esto le rogaba hacer al pueblo el honor de aceptar la siguiente misión: era necesario colocar frente al mar, sobre la terraza del promontorio, en lo alto de la pendiente abrupta, una bandera muy grande blanca con una cruz roja que, ondeando al viento, anunciaría la existencia de los desgraciados armenios a los barcos que Dios enviara con su mano protectora. Con esta intención, la bandera debería llevar una inscripción en francés e inglés: «¡Cristianos en peligro! ¡Socorro!». Ter Haigassun se inclinó para preguntar solemnemente a Julieta si aceptaba encargarse de la confección de este estandarte junto con otras mujeres. Julieta lo prometió, pero su aceptación fue bastante tibia y poco sincera. ¡Cosa extraña!, esta francesa no parecía comprender el alto honor que le hacía Ter Haigassun con su visita y su petición en términos tan escogidos. Una vez más se hacía la sorda frente a todo lo armenio. Pero cuando Ter Haigassun hubo desaparecido, saludándola rápidamente con una simple inclinación de cabeza, ella se sintió súbitamente inquieta y fue a buscar dos grandes sábanas que, unidas por una costura a máquina, formarían la bandera deseada.

Gabriel Bagradian repitió una vez más a Tchauch Nurhan y a los demás subjefes que era absolutamente necesario mantener una férrea disciplina. Desde aquel día nadie debía abandonar sin permiso su puesto. Tampoco se toleraría que los hombres de la primera línea pasaran la noche con sus familias en la cañada. Todo soldado se alojaría en las trincheras; las excepciones las otorgarían los jefes, en casos muy especiales. Bagradian escogió también para su cuartel general un sitio fácil de alcanzar desde todas partes. Todos los días, dos horas antes de la puesta de sol, se constituiría allí una asamblea a fin de dar a conocer los informes, a la cual debían asistir los jefes de los diferentes grupos y sectores. De este modo quedaba ultimada la organización del ejército, por lo menos a grandes rasgos. Su funcionamiento dependía ahora de la buena voluntad y el celo de los hombres. Gabriel Bagradian explicó una vez más, mapa en mano, la repartición de los trece sectores de la defensa, de los cuales sólo tres exigían un contingente importante; los otros diez no necesitaban más que un grupo poco importante de centinelas; para cada uno de estos últimos, un grupo de diez hombres o hasta un medio grupo bastaba ampliamente. En cambio, Gabriel consideraba indispensable, para las trincheras y barricadas rocosas de la garganta norte, por lo menos cuatrocientos hombres provistos de doscientos buenos fusiles. Él mismo tomó el mando de ese importante sector. Su subordinado inmediato era Tchauch Nurhan, quien recibió al mismo tiempo el mando de la posición que dominaba el desfiladero de las encinas y el cargo de inspector de la totalidad de los armamentos. Este puesto implicaba también la tarea de renovar las municiones y verificar el buen estado de las armas. El valioso Tchauch Nurhan ya había preparado todo lo necesario para instalar un taller de fabricación de cartuchos. El material y los instrumentos indispensables habían sido transportados hasta la montaña desde su misterioso refugio de Yoghonoluk. De este modo sólo quedaba por solucionar la cuestión del mando del bastión sur. Para este sector, que era el más alejado, se necesitaban quince grupos de diez hombres. Por motivos ya conocidos, había colocado a los desertores, auténticos o falsos, en esta división extraordinariamente numerosa,

si se consideraba el lugar ya inexpugnable por las condiciones naturales. Hasta nueva orden, el mando de este sector había sido otorgado a un hombre de la aldea de Kheder Beg que había servido en el ejército. Sarkis Kilikian era un valiente cuya experiencia adquirida en la campaña del Cáucaso estaba aún fresca. Además no le faltaban cultura ni inteligencia. Nadie como él había sufrido tanto a causa de los turcos, y si quedaba aún en él un rastro de alma, ésta debía desbordar una sed de venganza casi inhumana. La idea de Bagradian era observar durante algún tiempo la conducta de Kilikian para acabar confiándole el mando del bastión sur. Por este medio ingenioso, Bagradian pensaba también asegurarse el favor de los demás desertores. Por eso retuvo al ruso a su lado cuando se hubieron alejado los diferentes grupos. Kilikian no cesaba de observar a Gabriel con una indomable indiferencia que demostraba demasiado aburrimiento para parecer impertinente. Este hombre minado por la esclavitud en los campos petroleros, las prisiones y las múltiples aventuras espantosas, este hombre joven con aspecto de muerto, de piel curtida, vestido de andrajos, este hombre tenía, a pesar de todo, un aspecto robusto, enérgico y, hay que decirlo, imponente… Mientras examinaba a Gabriel Bagradian con sus ojos claros y desdeñosos, adivinaba algo en este señor cuidado y refinado frente a lo cual no podía dejar de inclinarse. Quizás consideraba un simple temor lo que en realidad era un respeto inspirado por su inaudito destino y la energía que le había permitido soportarlo. Pero el sentimiento de temor, unido a la vista del hombre bien vestido que no había experimentado jamás en la vida un momento de terror, de privación o de deshonor, despertó su parte malévola. Bagradian lo interpeló en un tono seco y autoritario:

—¡Sarkis Kilikian! Dentro de dos horas irás a encontrarte conmigo en la posición norte. Te daré trabajo allí.

Sin dejar de mirar a Gabriel, los ojos del ruso adquirieron el reflejo opaco del ágata. Rió burlón:

—Tal vez vaya, tal vez no vaya. Realmente no sé todavía si tendré ganas.

Gabriel Bagradian comprendió que todo dependía de su

respuesta, que era necesario en aquel momento dejar establecido su rango, que perdería para siempre su autoridad si en ese instante no encontraba la palabra justa; entonces tendría que declararse vencido. Todos escuchaban en una espera llena de tensión. En alguno se palpaba esa alegría oculta por el mal ajeno. Gabriel se había confeccionado un uniforme personal con un traje de caza que su hermano Awetis había usado apenas. Lo completaban un par de botas de cuero amarillo y un salacot. Se dirigió hacia el ruso con un paso balanceado y decidido. El casco lo hacía más alto. Se golpeó las botas con el mango del látigo y se aproximó tan bruscamente a Kilikian, que éste debió retroceder un paso.

—¡Escúchame, Sarkis Kilikian, y pon atención con todo tu cerebro!

Bagradian se interrumpió por espacio de un segundo. Había escuchado su voz y ésta no le pareció del todo tranquila. Su corazón latía precipitadamente. Por esto esperó sin apartar la mirada del ruso hasta que todo su ser rebosó una voluntad clara y fría.

—Te concedo el derecho a hacer lo que se te antoje, Kilikian. Pero es necesario que tomes una decisión antes de que te vuelva la espalda… Eres libre; puedes irte al diablo si quieres, nadie te lo impedirá ya que no tenemos ninguna necesidad de gente de tu calaña…

Gabriel se detuvo como si esperara que Sarkis Kilikian aceptara inmediatamente su proposición y desapareciera, displicente e irónico como de costumbre, y sin volverse a preocupar jamás del pueblo del Damlajik. Sin embargo, el ruso no se movió. El brillo opaco de sus ojos de piedra reflejaba una cierta curiosidad. La voz de Bagradian adquirió un tono de glacial reproche:

—Tenía la intención, Kilikian, ya que has sido soldado, de darte un importante puesto de mando, porque más que cualquier otro has debido sufrir mucho con los turcos. Habrías podido hacerles pagar con sangre cuanto te hicieron padecer a ti y a tus camaradas… Pero como no sabes si tendrás ganas, porque no eres en realidad más que un desertor cobarde y perdido, que ni reconoces cuál es tu deber hacia tu pueblo y que eres perjuro a tu juramento de obediencia,

¡vete y haz lo posible porque no te vea más! ¡No queremos parásitos aquí, ni pillos sinvergüenzas que roban el pan de las mujeres y los niños! ¡Si te atreves a reaparecer entre nosotros, te haré fusilar! ¡Anda a reunirte con los turcos! Sus compañías se presentarán pronto aquí. ¡Ya te esperan!

Para un hombre como el ruso no habría habido más que una solución posible ante semejante situación: lanzarse sobre este distinguido señor, este «capitalista», y golpearle el hocico con el puño. Pero Sarkis no se movía. Su mirada había perdido su impasibilidad y buscaba partidarios entre las filas de los hombres. Gabriel Bagradian dejó pasar cinco segundos durante los cuales, como en una marca, su autoridad no paraba de crecer. Luego, con una voz ruda, gritó al hombre en pleno rostro:

—Veo que te has decidido. ¡Muy bien! ¡Sal de aquí y rápidamente!

Era curioso ver cómo estas palabras que restallaban como latigazos, transformaron al ruso en el prisionero de antaño. Hundió la cabeza entre los hombros y espiaba de soslayo a su adversario, que estaba demasiado por encima de él para que pudiera mantener alguna esperanza. Pero la debilidad de Kilikian provenía de la perspicacia con que juzgaba la situación. Sentía perfectamente que vivía en un momento de desesperante inferioridad, pues para ser brutal es necesario que el odio ciego no se debilite con el cálculo anticipado de las consecuencias. Pero, al penetra de nuevo en su alma de prisionero, Kilikian sabía lo que perdía. Desde hacía cuatro meses vivía en el Musa Dagh en una seguridad absoluta. Lo que necesitaba para subsistir lo mendigaba por la noche en las aldeas. La emigración del pueblo a la montaña significaba para él un mayor e inesperado bienestar. Una vez fuera del campamento, ya no le quedaría ninguna posibilidad de conseguir más alimentos. Tampoco podría ya arriesgarse por el valle, y los alrededores del macizo serían también, dentro de poco, ocupados por los turcos. La muerte que con tanta ironía y tan a menudo respetó su vida, podría esta vez saciarse con él. Seguro que los turcos lo asesinarían arrancándole la piel a tiras y despedazándolo. En una minúscula fracción de

segundo, toda esa imagen se dibujó en la mente del ruso, y ni su orgullo, ni su rencor, ni su insolencia surtieron efecto ante esta imagen. Trató de reír, pero no logró sino proferir un lamentable y leve sonido burlesco. Gabriel Bagradian no retrocedió un milímetro.

—Y, bueno, ¿qué haces todavía aquí?

Sarkis Kilikian volvió la cabeza agachada.

—Quiero…

—¿Qué es lo que quieres?

El ruso levantó unos ojos diferentes; ya no eran las pálidas ágatas gastadas, sino la mirada tímida de un niño. Al observarlo, Gabriel no pudo dejar de pensar en el muchacho de once años que con un cuchillo de cocina en la mano se había colocado ante su madre para defenderla. Pasó mucho rato antes de que Kilikian lograra pronunciar con voz ahogada las palabras decisivas que confesaban su derrota:

—¡Quiero quedarme!

Gabriel se preguntó si no debía humillar por completo a aquel hombre y obligarle a implorar de rodillas, a hacerle jurar un voto de fidelidad más severo ante todos sus compañeros de primera fila. No fue, sin embargo, la piedad que le inspiraba la imagen de Sarkis a los once años, sino uno de sus más íntimos instintos el que lo frenó. Habría sido indigno de un superior regodearse en la victoria sobre un hombre débil e incorporar a sus propias filas a un enemigo humillado. Por esto, su rudo tono de oficial adquirió un matiz más benévolo:

—Te perdono por primera y última vez, Kilikian, y te pondré a prueba por un tiempo, ya que no eres capaz de asumir la más mínima responsabilidad. ¡Ten cuidado, porque se te observa! ¡Vete!

El triunfo de Gabriel Bagradian era tan aplastante que el vencido se llevó la mano a la frente esbozando antes de irse, y lo más discretamente posible, un saludo militar. Haber sabido dominar al desertor que todos temían, era la marca definitiva de la autoridad del comandante supremo. Tchauch Nurhan y los jefes de grupo se cuadraron instintivamente. En muchas miradas se podía observar esta convicción: «Se reconoce a quien nació para mandar». Además

de Aram Tomasian y Hapeth Chatakhian, que eran miembros del comité de guerra, el profesor Hrand Oskanian había presenciado también esta penosa escena. Como siempre, tenía el gesto sombrío y superior, como si no le interesara lo que sucedía a su alrededor. A Gabriel Bagradian le llamó especialmente la atención el rostro moreno del profesor. Detrás de este presumido de gesto abrupto se ocultaban una energía y decisión encomiables. Así que el pequeño Oskanian no serviría sólo para infundir miedo a los niños sino para mucho más, y así lo entendió él. La guardia del bastión sur fue confiada en su mitad a los desertores. Como lo acababa de probar la insolencia de Kilikian, éstos necesitaban un educador y vigilante. Era preciso clavarles profundamente en la carne un aguijón envenenado. Bagradian estaba convencido de haber encontrado en el enano Oskanian el aguijón perfecto para sus propósitos.

Por esto ofreció al sombrío profesor un lugar de comisario en la población sur. Su tarea consistiría en asegurar en el bastión un orden impecable y un servicio sin tacha, y sobre todo comunicar inmediatamente la más pequeña infracción en las leyes y la más insignificante desobediencia. Hrand Oskanian frunció hasta tal punto el ceño, que sus espesas cejas negras formaron una sola línea sobre su nariz. Parecía preguntarse majestuosamente si esta misión en parte pedagógica y en parte policíaca se encontraba a la altura de sus incomparables valores. Finalmente, puso sus condiciones:

—Si acepto la vigilancia del bastión sur, Bagradian *Effendi*, tendré que estar muy bien armado para que estos tipos no crean que se trata de una broma.

Enseguida, el profesor Oskanian obtuvo del gran maestre de las armas Tchauch Nurhan no sólo un fusil Kara y cinco paquetes de cartuchos, sino también un pesado revólver y un gran puñal. Provisto de todas estas magníficas armas, se dirigió inmediatamente a la plaza de las tres carpas y, con un gesto imponente, se presentó a Julieta, para comunicarle su nueva dignidad. No concedió la más insignificante mirada a Gonzaga, firmemente convencido de que este hombre afeminado de rostro suave desaparecía en la nada ante la sola presencia de un guerrero como él.

Aquel día, el primero en el Musa Dagh, los trabajos de trinchera se llevaron a cabo por arte de magia. Era posible que las defensas más importantes se terminaran antes de la caída de la noche. La fiebre del trabajo infundía a la gente tal entusiasmo que, sonrientes y cantando, parecían olvidar el pasado y el porvenir.

El estado de ánimo en la cañada de la ciudad era mucho menos tranquilizador. Ter Haigassun y el pastor Aram hacían todos los esfuerzos posibles por resolver más o menos todos los problemas que se presentaban a cada instante. Ya en la primera sesión del consejo de jefes, Gabriel Bagradian había tratado la cuestión de la propiedad, con gran disgusto de Kebussjan y los demás *mouchtars*. Ahora todos estos empedernidos campesinos propietarios debían reconocer que para vivir en el Damlajik era imprescindible declarar bien general a todos los rebaños. Según reglamentos precisos habría que matar diariamente un número determinado de corderos y cabras. En tales condiciones, era imposible guardar consideraciones a tal o cual dueño de rebaños. Toda persona razonable comprendía que el sacrificio de animales debía ser ejercido de ahora en adelante por el matarife en un lugar escogido para este fin y que, por otra parte, era necesario dejar verificar diariamente el reparto de carne entre las familias y los soldados por una diputación del consejo de jefes. ¡Y esto no era todo! Su deber les ordenaba no sólo reconocer la urgencia de estas medidas, sino también convencer de ello al pueblo con cuanta mano izquierda fuera necesaria. Estos recién conversos tenían gran dificultad en erigirse en defensores de una reforma de la cual eran antagonistas innatos. En cuanto a la cuestión del domicilio, fue más fácil conciliar los partidos contrarios. Ter Haigassun había sostenido siempre que una comunidad demasiado estricta y uniforme se opone a la vida y se vuelve tarde o temprano contra sus propios partidarios. La fórmula en que él creía era la siguiente: adaptarse, con la menor brusquedad posible, a un nuevo género de vida. Por eso las viviendas se ubicarían lo más lejos posible las unas de las otras. Se estableció que al día siguiente el viejo Tomasian se preocupara de la construcción de las cabañas según el plan general de la ciudad, concebido por Aram. Como se

contaran aproximadamente mil familias en el Damlajik, se prepararían, pues, mil domicilios cuyas dimensiones dependían del número de miembros de cada familia. Se disponía de más madera y ramas de lo que era necesario para su construcción. Gabriel Bagradian había permitido que aquel mismo día una parte de la reserva cortara los árboles destinados a las habitaciones de la colonia.

Estos problemas eran sumamente complicados, pero el más grave de todos lo constituía el del pan y la harina. En este punto, Ter Haigassun permaneció inexorable. Cuanto poseyeran las familias en cereales, trigo, maíz, patatas, tortas y todo lo que hubieran hecho cocer en los hornos y llevado consigo a la montaña, todo eso sin excepción, debía ser entregado a la comunidad. Y no sólo les impedía consumir la harina a su antojo, sino también la sal, el café, el tabaco, las especias, en resumen, todas las preciosas provisiones que las familias habían transportado al Damlajik a costa de grandes esfuerzos y sabios cálculos. La resistencia contra esa dura decisión se alargó varias horas. Por último, Aram Tomasian y los *mouchtars*, a fuerza de súplicas pero también de injurias, lograron al final que algunos de los más virtuosos padres de familia fueran a depositar con paso vacilante su pan y su harina, su café y su tabaco, en medio de la plaza, donde una vez reunidos los bienes del pueblo serían ordenados y anotados en un libro especial. Estos héroes del sacrificio fueron seguidos por otros y poco a poco la mayoría los imitó empujados por un sentimiento de vergüenza, pues en estos campamentos al aire libre no era posible ocultar provisiones ilegalmente retenidas. Los sacos de harina y maíz se amontonaban unos junto a los otros. El viejo Tomasian fue comisionado para construir desde las primeras horas del día siguiente una bodega para proteger los víveres de la intemperie. Se colocó inmediatamente allí una guardia de cinco hombres armados. Para esto, Ter Haigassun escogió cinco personas pertenecientes a las más pobres familias de las aldeas.

Después de haber solucionado —por el momento— todas estas cuestiones de vital importancia, el sacerdote sintió la necesidad de levantar el decaído ánimo del campamento. Les prometió no

solamente la pronta edificación de gran cantidad de *tonirs*, sino que también mencionó la palabra *harisa*, que surtió el efecto esperado. Desde tiempos remotos, la *harisa* constituye un plato nacional armenio. Como todo lo remoto, también esa comida iba envuelta en un halo religioso y festivo. Este fue el motivo por el que la simple mención de la *harisa* causó al apesadumbrado pueblo un cierto contento. Lo importante no era el contenido de esta comida, sino el hecho de que la *harisa* iba unida a una fiesta que se celebraba en las semanas de la recolección y de la vendimia. Gracias a la promesa de Ter Haigassun, el pueblo del Musa Dagh iba a disfrutar —a pesar de todo— de semejante fiesta. El pastor, hombre realista y buen psicólogo, perseguía con esto ciertas intenciones, entre ellas la de alegrar al pueblo.

El sacerdote, Gabriel y el consejo de jefes no se engañaban a sí mismos y sabían que, desde los cuatro puntos cardinales, la amenaza se cernía sobre el Musa Dagh. Pero existía un peligro con el cual no habían contado hasta el momento. Y fue precisamente éste el que desencadenó una catástrofe irreparable antes de la puesta de sol.

Los trabajos avanzaban siempre más rápido, gracias a que el sol no arrojaba ya sus rayos estivales sobre la espalda de los infelices trabajadores. Aunque el cielo estaba oscuro no se veía una nube y tampoco se podía decir que la temperatura refrescase. El aire estaba impregnado de una sustancia nebulosa y grisácea, sedimento del universo, como un pensamiento malsano; en lugar de un calor ardiente pero llevadero, era un calor tan bochornoso que lo aplacaba todo bajo su peso. La superficie del mar aparecía perfectamente lisa. De vez en cuando, una brisa ardiente del oeste la rozaba sin lograr producir en ella la menor arruga. No obstante esta pesada inmovilidad, desde el mediodía las olas azotaron los arrecifes con una cólera contenida y gradualmente más viva. Los hombres, dedicados a sus tareas, no se fijaron en este extraño fenómeno. Por eso el súbito ataque del cielo venció en toda regla. Cuatro, cinco ráfagas de viento arrasaron ruidosamente el Damlajik como una breve declaración de guerra. La montaña entera, con todos sus arbustos, rocas, árboles, rododendros y mirtos, no fue más que

espera y espanto. Luego un formidable trueno lanzó la señal decisiva. Ya la tempestad oriental atacaba aturdidora, rápida como los rayos de que iba cargada. Los tapetes, las mantas, las camas, los paños, las ollas, jarras y lámparas, todos los objetos frágiles, livianos y pesados, tintineando y gimiendo, daban vueltas, se arremolinaban y volaban por los aires. Los hombres se pusieron a gritar, a perseguir sus bienes, que desaparecían de tan mala manera, mientras tropezaban y aplastaban los bienes del vecino. Pero aún más potente que el barullo de la tempestad se elevaron las lastimeras voces de los niños, como si hubieran comprendido el misterioso significado del castigo celestial caído sobre ellos desde el primer día. Pronto la caza de los objetos volantes fue interrumpida por un chaparrón de granizo como jamás lo presenciara el pueblo de montañeses. Al cabo de una vana resistencia, muchos se extendieron cuan largos eran sobre la tierra humeante, dando la espalda al azote divino. Mordían la tierra, hubieran deseado morir, y de pronto un grito:

—¡Las municiones! —Afortunadamente, Gabriel Bagradian había hecho transportar las cajas de cartuchos a la tienda del jeque, y Tchauch Nurhan había tenido buen cuidado de que no se mojara la pólvora de reserva.

El segundo pensamiento se dirigió a los víveres, y los hombres se precipitaron gritando hacia el depósito. ¡Ay! ¡Demasiado tarde! Las galletas se habían transformado en una pasta pegajosa y los panes en esponjas infladas. Todos los sacos de harina humeaban como si fueran de cal viva. Esta destrucción fue la más dura de las catástrofes. La mayor parte de la sal se deshizo escurriéndose por el suelo. Más de uno recordó la antigua maldición que decía que en el juicio Final el hombre habría de recoger con los párpados toda la sal que se hubiera derramado por su culpa. Ante este desastre, todos abandonaron la lucha. Empapados hasta la piel, arañada por el granizo, se sentaron en el barro indiferentes a la fuerte lluvia que los golpeaba con sus largas mechas gruesas como dedos. Las mujeres, mientras, ni gemían ni lloraban. En cuanto a Ter Haigassun, se sentía obsesionado por esta pregunta alucinante: «¿Por qué Dios ha destruido en el espacio de diez minutos el producto de las

reflexiones humanas concebidas por inocentes perseguidos, y esto antes de que haya transcurrido el primer día en el Musa Dagh?».

Sólo un aldeano tuvo la sabia cautela de proteger de la fuerte tormenta su persona y su pan, desde luego un pan bendito. Las primeras ráfagas robaron al viejo Krikor unos cuantos tomos. Dejó volar esas víctimas, echándose con todo su peso sobre la pared que había construido con los libros y sujetándolos con pies y manos. A pesar de esa postura forzada, el farmacéutico tuvo la suficiente presencia de ánimo como para tirar de unas mantas y resguardar con ellas la mayor parte de su tesoro. Hasta el último resplandor del crepúsculo se le vio, con su impasible dignidad de mandarín, buscar detrás de piedras y arbustos hasta salvar la última hoja esparcida por el viento.

El sol se puso bajo un cielo rasgado en estrías multicolores, olvidando así la reciente catástrofe. Sólo los pájaros dejaron oír sus voces hasta la última luz del día como si tuvieran que recuperar algo. En cambio, los seres humanos estaban extraordinariamente silenciosos. Hombres, mujeres y niños corrían medio desnudos por doquier. Las madres tendieron cuerdas entre los árboles y colgaron las ropas a secar. Ya nadie tenía deseos de acostarse en el suelo, aunque antes de que hubiera salido la luna, la tierra sedienta por el calor había aspirado en sus profundidades hasta el último rastro de humedad. Sin embargo, no se lograba encender las fogatas, pues el agua impregnaba aún la leña. Las diferentes familias estaban sentadas en círculos compactos, pero con la irritación y el enfado latente terminaron por darse la espalda las unas a las otras. Más tarde durmieron sobre la tierra desnuda; los tapices, colchones, colchas y almohadas no podrían estar secos hasta la noche siguiente. La pobre gente se acurrucaba muy unida, pues en la desgracia cada cuerpo deseaba tocar a otro, cada tristeza reconfortarse en otra tristeza humana.

El pastor Aram Tomasian estaba sentado en el observatorio que los muchachos del grupo de mensajeros habían instalado en la cima de

una encina secular. Desde este punto se podía observar claramente la plaza de la iglesia y la calle principal del gran pueblo de Bitias. El pastor había pedido prestados los prismáticos a Bagradian, y así percibía todos los detalles de la plaza y el camino donde se arremolinaba el polvo. La parroquia disidente de Nokhudian estaba reunida ante el templo y pronta a partir. Esta agrupación humana daba la impresión de ser muy numerosa; probablemente una considerable cantidad de partidarios se había unido secretamente a Nokhudian. Sin duda la sorpresa de encontrar desiertas todas las localidades armenias hasta Bitias, era la razón por la cual el *mudir* y el comisario de policía habían postergado hasta aquel día, domingo, la deportación fijada para el sábado. Los *saptiehs* corrían por todos lados blandiendo los garrotes y fusiles. No se podía observar aisladamente a cada persona. No era sino un lejano hormiguear de pequeñas siluetas. Tal vez los gendarmes golpeaban ya a la multitud con sus armas, pero los gritos de dolor o rebeldía no llegaban hasta allá arriba. La distancia atenuaba el horror del espectáculo, convirtiéndolo en un cuadro animado pero mudo. Aram se repetía a sí mismo sin cesar que había huido abandonando a su rebaño de proscritos, que emprendieron en la polvareda del valle su marcha hacia la muerte, mientras él permanecía allí con el único objeto de prolongar algunos días, su existencia terrestre. Allá arriba, en la copa de la encina, se encontraba protegido por una sombra deliciosa, un suave bienestar invadía su cuerpo y la realidad del valle se disolvió en minúsculos movimientos aislados que la vista retenía, pero dejaban indiferente el corazón como un vano sueño. A pesar de ello, el pastor Tomasian se estremeció por la falta que cometía así, a sangre fría. Él debía estar allí y no aquí. La casa de los misioneros de Marach se imponía a su mente. El reverendo C. E. Woodley, el juez enviado por Dios, le inquiría por segunda vez aquella frase engañosa y seductora:

—¿Crees hacer un favor a esos niños al dirigirte a la muerte con ellos?

Y he aquí que, en Bitias, había dejado pasar una segunda ocasión para mejorar la lista de sufrimientos que presentaría un día a Cristo.

Pasó mucho rato, un largo espacio angustioso, antes de que se pusiera en marcha el convoy dirigido por su colega Harutiun Nokhudian, aquel anciano, aquel justo cuyo valor moral era infinitamente superior al suyo. Por otra parte, seguramente el *mudir* pecoso había concedido algunos favores a los deportados, pues se veían muchos asnos cargados de bultos trotando junto al cortejo que seguían algunas carretas cuyas ruedas macizas se balanceaban en las nubes de polvo. Y el pastor Tomasian volvió a contemplar lo que viera tan a menudo durante los siete últimos días en Zeitun: una larga fila humana que semejaba una oruga, débil y moribunda, una oruga negruzca de antenas temblorosas, de minúsculos pies. Se podía ver cómo se retorcía a través del campo, pero no conseguía avanzar. Este animal herido y abandonado parecía buscar un escondrijo en los repliegues del valle. Con sus movimientos ondulantes empujaba los anillos anteriores de su cuerpo arrastrando dolorosamente sus articulaciones posteriores. Se formaban así profundas marcas, y a menudo el reptil se desgarraba en varias partes que, bajó la presión de los verdugos apenas visibles, volvían a unirse de cualquier modo para desgarrarse nuevamente en otros puntos apenas cicatrizados. Ya no era reptar, sino la lucha palpitante de un gusano gigantesco que por última vez antes de morir se contorsiona, se estira y contrae mientras los insectos putrefactores se lanzan sobre sus llagas abiertas. Era casi un milagro que poco a poco, con intolerable lentitud, el gran gusano se separara un trecho de las aldeas.

«Se encuentran allí algunas mujeres encintas», pensó Aram, y esta idea le recordó inmediatamente a su querida Howsannah. Varios indicios permitían suponer que ya se aproximaba el término de su liberación. No se había hecho ningún preparativo en este sentido, imposible por demás. Su hijo llegaría al mundo en las mismas condiciones inhóspitas de cualquier animalito del Musa Dagh. Ya eso resultaba bastante penoso, pero una angustia indefinible y más profunda oprimía a Tomasian al pensar en la criatura oculta en el seno de la joven madre y en la falta que acababa de cometer. Dejó caer los prismáticos Zeiss, de súbito sintió que le

sobrevenía un vértigo, así que se aferró con ambas manos a las grandes ramas sobre las que estaba sentado. Cuando al cabo de un rato volvió a coger los gemelos, el cuadro se había modificado ligeramente. El gusano se arrastraba ahora a través de Azir, la aldea de las sedas. Un grupo de *saptiehs* se había separado del convoy y se dirigía al noroeste, hacia Kebussije, volviendo la espalda a Bitias. El pastor Aram envió inmediatamente un mensajero al cuartel general. El peligro desapareció bien pronto. Los *saptiehs* no avanzaron hacia el desfiladero norte del Damlajik, sino que continuaron hacia el extremo ascendente del valle. Mal informados por el pastor Harutiun Nokhudian, inspeccionaban una pista errada. El horizonte estaba tranquilo. Por las plazas y calles de las aldeas abandonadas, se veía vagar a algunos centenares de mahometanos. Eran los *mohadchirs* procedentes del noroeste, atraídos por el botín, y la canalla indígena del valle. Esos malhechores no parecían haber tomado posesión de las casas. Tal vez un decreto gubernamental les cortaba momentáneamente el apetito. Como moscas perezosas, esta gente daba vueltas alrededor de las casas. Antes de llegar a Kebussije, el destacamento de policías desapareció por un valle lateral, hacia el este, prueba de su perfecta ignorancia de la realidad. Una loca esperanza se apoderó del pastor: «¡Tal vez nuestro pueblo tenga aún muchos días de paz, acaso los turcos olviden completamente el Musa Dagh!».

El pastor Aram bajó de su observatorio. Por todos lados se escuchaban los hachazos de los leñadores dispersos por los sombríos desfiladeros. El pastor sintió que también para él la hora de actuar había llegado. Ya que no se había comportado como un santo del Señor, se convertiría en un soldado de Cristo y llevaría a cabo su tarea valientemente. Descendió a grandes brincos hacia el campamento, que estaba bastante alejado, para no perder un minuto en el cumplimiento de su deber. Allí reinaba una indescriptible fiebre de trabajo. Largas hileras de burros de carga pasaban cabeceando, llevando las enormes cargas de follaje de haya, roble y pino. Acarreaban las pesadas piedras en carretones. Los ayudantes del padre Tomasian medían con largas cintas las calles, fijando los

espacios de las diversas chozas. Las familias rivalizaban entre sí en rapidez. Ya se divisaban aquí y allá andamios vacilantes de casas en construcción. Los hombres más vigorosos y las mujeres no eran los únicos obreros; los niños y ancianos colaboraban también en la obra. Los edificios públicos, la tienda-hospital construida bajo la vigilancia de Bedros Altouni, como también la vasta bodega, habían progresado de un modo asombroso. El maestro Tomasian asistía en persona al creciente desarrollo de la barraca destinada a la gobernación, a la que tenía especial afecto. Comprendía un gran espacio y dos gabinetes laterales que, por razones de seguridad, se podían cerrar por dentro por medio de una puerta con cerradura.

Mientras tanto, Julieta organizaba como los demás su nueva existencia en la plaza de las tres tiendas. Gabriel le había rogado con insistencia que no se preocupara de nada ni de nadie, ni siquiera de él mismo. Durante una sesión del consejo de jefes, Gabriel Bagradian había tocado este punto delicado:

—Mi mujer tiene derecho, aun aquí en el Damlajik, a llevar una existencia particular, a su antojo y separada de los demás. El matrimonio no puede crear un parentesco sanguíneo. Todos nosotros estamos unidos por la sangre, y por eso nos encontramos sometidos a las leyes que nos hemos dado. Pero ella está al margen de estas leyes. Es francesa, pertenece a otro país, a un pueblo más feliz que el nuestro, y se encuentra ahora, obligada por las circunstancias, a padecer nuestros sufrimientos. Por lo tanto, ha de gozar de la magnánima hospitalidad de nuestra nación.

Todos los miembros del consejo comprendieron inmediatamente este llamamiento de Bagradian a la hospitalidad armenia. Las tres tiendas reservadas exclusivamente para Julieta, su enorme equipaje, su cocina personal, su modo de vida independiente, sus criados, sus provisiones privadas, sus dos vacas holandesas (adquisición de Awetis, el joven), todos estos placeres excepcionales eran un favoritismo que se debía hacer entender hábilmente al pueblo. Por lo demás, Gabriel Bagradian había

ordenado que la mayor parte de la leche fuera distribuida entre los niños del campamento, y del mismo modo cuanto no fuera indispensable en la cocina. Pero estos regalos eran recibidos más bien como las sobras que la alta sociedad no sabía en qué emplear. Enemigos o simplemente gente mal intencionada habrían podido llamar la atención sobre el lujo de Julieta para probar con esto la contradicción que existía entre los principios de Bagradian y su aplicación en la vida. Por una parte no se podía negar que el jefe supremo, en vez de dormir en las riendas, se acostaba en las trincheras, recibía el mismo alimento que los combatientes, y que sus bienes, que había puesto a disposición de todos, fueron una de las principales contribuciones a la hacienda pública; pero por otra parte se podía comprobar fácilmente que Julieta privaba a la comunidad de una gran cantidad de manjares preciosos. Esta irregularidad amenazaba con dar lugar a un conflicto; pero entre los jefes ninguno parecía pensar en nada semejante. Sin embargo, una hora antes, Tomás Kebussjan, el *mouchtar* de Yoghonoluk, había tenido que soportar duras reprimendas por parte de su mujer a propósito de la plaza de las tres tiendas.

—¿No soy acaso una verdadera dama, una antigua alumna de los misioneros de Marach —había preguntado la encolerizada *mouchtaresa*—, para que se me coloque tan por debajo de la francesa y deba vivir en una miserable choza de ramas como cualquier mujer del pueblo?

Su marido, Tomás Kebussjan, ¿era acaso un señor tan pobre que no mereciera hacerse ninguna diferencia entre él y un mendigo cualquiera, Dikran o Mikael, y qué distancia infinita existía entre él y aquel pretencioso Bagradian?

La consecuencia de esta píldora envenenada de su mujer fue que Tomás Kebussjan obtuvo por estos ingeniosos recursos, para él y su familia, en vez de una choza de ramas, un importante edificio que se construiría precisamente al lado del altar. Para que no surgieran envidias por este edificio, el *mouchtar* decidió colgar a la entrada un cartel que llevara la leyenda «Ayuntamiento». Consciente de su propia astucia, se apresuraba ahora a asentir con la cabeza a la

demanda que dirigió Bagradian sobre la hospitalidad armenia. El maestro Chatakhian, el francófilo, aprovechó la oportunidad para dar una explicación generosa: la presencia de *Madame*, una «auténtica parisién», entre el pueblo del Musa Dagh era honra y aliciente al mismo tiempo.

—Estoy seguro que todo armenio se esforzará por hacer más fácil la vida a nuestra huésped de la bella Francia, y si fuera necesario hasta darían su sangre para proteger a *madame*.

Después de estas palabras, el maestro Oskanian golpeó el suelo con su fusil (no daba ni un paso desarmado), aunque no quedó claro si en señal de aprobación o de desagrado. En cuanto a Ter Haigassun, miró fijamente y de frente a Gabriel, antes de bajar los ojos para hablar según era su costumbre:

—¡Gabriel Bagradian! Esperamos que su mujer salga de aquí sana y salva, aunque nosotros tengamos que morir en este sitio tarde o temprano. ¡Dios quiera que, de regreso a Francia, ella pueda hablar bien de nosotros!

Julieta vivía en una de las tiendas de explorador. En la segunda había instalado a Iskuhi y Howsannah, que veía melancólica y angustiada cómo se aproximaba la hora de su parto. En la tienda del jeque, cuya mitad servía de depósito de bagajes y la otra de despensa, se colocaron otras tres camas. En una dormía Esteban, y la segunda estaba destinada a Samuel Awakian, que en su calidad de ayudante y miembro del estado mayor, pasaba siempre las noches junto a Gabriel Bagradian. Como éste había renunciado obstinadamente a toda comodidad y en un tono que no admitía réplica, Julieta puso el tercer lecho de la tienda a disposición de Gonzaga Maris. Ella sentía que debía ciertas consideraciones a este joven por el modo discreto con que le prodigaba sus atenciones, sobre todo en los últimos días de infortunio. Había salvado la vida a Gabriel y además era, con ella, el único europeo del Damlajik. En muchos momentos, la afinidad que existía entre ellos por la fuerza de las circunstancias los hacía mirarse como dos cómplices, o dos colegas de prisión en una misma celda. Mientras Julieta experimentaba una peligrosa tendencia a despreocuparse de su persona, Gonzaga se presentaba siempre

cuidadosamente acicalado. A menudo, ella le sorprendía cepillando su ropa frente a la tienda, cosiendo un botón o cepillando sus zapatos. Sus uñas estaban siempre limpias, sus manos cuidadas y, al contrario que Gabriel, se afeitaba todos los días. Pero este cuidado escrupuloso de sí mismo no daba la impresión de coquetería. Parecía más bien la expresión del horror que experimentaba hacia cuanto fuera desordenado y sucio. Una mancha en su traje, una salpicadura de barro en sus zapatos, podían hacerle sentir francamente desgraciado. Al parecer, su carácter no podía soportar nada impreciso ni inconsciente; era necesario que todo estuviera claro a la luz de su voluntad para que él pudiera vivir realmente. Julieta veía en esta forma de ser, que nunca se doblegaba ante las circunstancias por duras que éstas fuesen, un comportamiento ejemplar, que le infundía cierta admiración. Por eso se le hacía más difícil comprender la resolución que Gonzaga tomó a sangre fría de compartir el destino de un pueblo, que le era extraño, en espera de la muerte. Tomaba por galanterías triviales una o dos insinuaciones furtivas en que le daba a entender que esta resolución la había tomado por ella. Aunque Gonzaga pasara junto a Julieta la mayor parte del día, la conversación no trascendía jamás los límites de las cuestiones de interés inmediato y material. Ella aún no sabía nada de la vida del joven. La curiosa y tensa atención que reflejaban sus ojos bajo el ángulo de sus arqueadas cejas, parecía dirigida sólo hacia el minuto presente. Y precisamente la ignorancia del pasado y el futuro de Gonzaga despertaba la curiosidad de Julieta cada vez que le veía. Como no le había visto durante todo el día, trató de sondearle.

—¿Ha empezado ya a redactar sus anotaciones sobre nuestra existencia?

Él la miró con una expresión atónita, casi burlona.

—Nunca tomo notas. El único talento que poseo realmente es mi memoria. Por eso no tendré necesidad de rescatar trozos de papel ni hojas de carnet sucias.

La seguridad del joven molestó a Julieta.

—Pero ahora se trata de saber si podrá salvar esa cabeza suya de

prodigiosa memoria.

Lanzó una breve carcajada que mostraba su firme convencimiento.

—¡Supongo que no piensa usted, Julieta, que unos soldados turcos o cualquier otro factor podrían impedirme salir de la montaña si se me antojara!

El tono y el contenido de esta respuesta desagradaron a Julieta. Esa conocida firmeza que Gonzaga mostraba tan a menudo, le molestaba sumamente. Pero había otros momentos en los que se comportaba como un niño alocado. Se apoderaba entonces de ella una piedad maternal que le hacía íntimamente bien.

Kristaphor y Missak habían colocado una mesa rodeada de bancos cerca de la plaza de las tres tiendas, más allá del bosquecillo de hayas. Ese rincón era tan encantador, que hubiera podido imaginarse que se encontraba en el rincón apartado de un jardín, en medio de la civilización, y no en la cima de una agreste montaña. Julieta permanecía allí por las tardes con Iskuhi y Howsannah y recibía a sus invitados. Se reunían allí generalmente los mismos que frecuentaban su villa en Yoghonoluk. El farmacéutico Krikor se presentaba con regularidad y del mismo modo los profesores, siempre que lo permitiera el servicio. Hapeth Chatakhian acudía, como él mismo confesaba, «para distraer a *Madame* con sus charlas francesas de acento impecable». En cambio, Hrand Oskanian se presentaba no tanto en calidad de maestro de la poesía y las letras, sino más bien en calidad de temible guerrero. Durante sus visitas seguía llevando su levita gris y, debajo, su bayoneta calada suspendida de una cartuchera de la que asomaba el pesado revólver; no se despojaba de sus armas ni se quitaba el imponente gorro de piel de cordero. Pero siempre le traía regalos: un ramo de rojas orquídeas silvestres o algún dibujo lineal que ponía ante Julieta con ímpetu, como si eso sólo fueran insignificantes adelantos a cuenta de futuras dádivas sangrientas de guerra, tales como cabezas de turcos y manos cortadas de enemigos. La presencia del hombrecillo moreno resultaba ya insoportable. Durante sus sempiternos silencios, devoraba a Julieta con su mirada de admiración y de odio. Pero estos

ataques de silencio ya no surtían efecto. Su feroz armamento producía en el corazón de Oskanian un nuevo deseo de camorra. Una vez, por ejemplo, cuando se hablaba en tono tranquilo acerca de los acontecimientos del día alabando a hombres y hechos sin mencionar a Oskanian, éste se levantó de un salto dirigiendo su cara furibunda hacia Gonzaga Maris, que ojeaba un antiguo tomo de *L'Illustration*.

—¡El señor se ha reído de mí en presencia de *Madame*!

Maris cerró el libro y, mirando con amable extrañeza al enfurecido hombrecillo, repuso:

—Me he reído de uno de estos grabados y no de usted, maestro Oskanian, a pesar de que provoca usted risa.

Oskanian agarró su fusil y gritó:

—¡Vamos a ver quién va a reír aquí! ¡Yo soy un jefe, y el señor un holgazán tolerado! ¡Yo tengo mi opinión!

Y sin saludar, salió impetuosamente. Krikor hizo un gesto con la mano en señal de disculpa y cansancio al mismo tiempo.

—Siempre quiere ser más de lo que es. Mañana volverá.

El farmacéutico, buen conocedor de sus discípulos, lo había descrito con certeza. Él mismo, el Sócrates de Yoghonoluk, parecía haber superado el trágico cambio de su querida vida contemplativa. Desde el segundo día en el Musa Dagh llevaba —como corresponde a un sabio— la misma existencia de antes. La barbita de chivo en su lisa cara amarillenta se movía al mismo ritmo, cuando del inagotable mar de su saber sacaba incontrolables citas, dándoles formas y nombres propios a planetas, piedras, estrellas y elementos.

Entre los invitados que acompañaban por las tardes a Julieta se contaban, además de los señores ya mencionados, las mujeres de los notables. Mairik Antaram acudía siempre que tenía tiempo; la *mouchtaresa* Kebussjan, con menos frecuencia, pero en cambio poseía una insaciable curiosidad. La señora Kebussjan quería verlo todo; suplicaba a Julieta que la condujera a sus habitaciones y le mostrara todos los detalles y secretos de la plaza de las tres tiendas. Se deshacía entonces en alabanzas, maravillada a la vista del horno que Howhannes había construido artísticamente y admiraba en las

tiendas los lechos livianos y flexibles, los muebles plegables, las tinas de goma, la vajilla y las lujosas maletas. Con una profunda e inextinguible emoción, la *mouchtaresa* metía la nariz en las cajas de provisiones e inspeccionaba las latas de sardinas y conservas, el azúcar y el jabón. Julieta no lograba deshacerse de esta digna dama de mirada inquisidora, indiscreta e intrusa, sino por medio de algún regalo sustraído a las provisiones, tabletas de chocolate o cajas de conservas. Los agradecimientos y aseveraciones de amistad de la señora Kebussjan tomaban entonces las proporciones desmedidas de sus anteriores alabanzas. Mairik Antaram, por el contrario, le obsequiaba cada vez con un pequeño regalo; un tarro de miel o un trozo de «cuero de albaricoques», jalea de frutas de un rojo oscuro que en las aldeas armenias se consideraba una exquisita golosina y se servía en el desayuno. *Madame* Altouni depositaba estos presentes a hurtadillas.

—Cuando se hayan ido, Djanik, mi almita, te lo comerás. Es muy bueno, sabes. No debe faltarte nada mientras estés entre nosotros…

Pero a menudo Mairik Antaram, con su rostro resuelto y estoico, contemplaba a Julieta con una expresión profundamente apenada.

—¡Ah! ¡Por qué no te quedarías donde estabas, hermosa mía!

Iskuhi Tomasian no pasaba ahora tanto tiempo al lado de Julieta como lo solía hacer en Yoghonoluk. La joven había pedido permiso a Ter Haigassun para trabajar en la escuela de maestra adjunta, deseo al que el sacerdote accedió con gusto. En cambio, Julieta se había opuesto a esta decisión desaprobándola agriamente:

—¿Apenas te has repuesto un poco al lado nuestro y ya quieres atormentarte de nuevo? ¿Para qué? ¿Tiene esto en nuestra situación el más mínimo sentido?

Las relaciones entre Julieta e Iskuhi eran siempre bastante extrañas. Julieta había podido creer que gracias a la activa bondad que demostró hacia Iskuhi desde el primer día, había logrado vencer

su obstinada timidez y su servil solicitud, tras la cual se ocultaba el verdadero carácter de la muchacha. Desde hacía algunas semanas Iskuhi le había dado algunas pruebas de afecto. Le daba los buenos días y por la noche abrazaba tiernamente a su gran amiga. Pero Julieta sentía claramente que estas caricias no eran sino imitaciones y adaptaciones forzadas, algo análogo al usar, sin comprenderlas enteramente, ciertas formas habituales de un idioma extranjero. Lo que quedaba de duro, cristalizado, invencible e independiente en el fondo de Iskuhi, aún no se había podido eliminar. Era evidente que Julieta sufría por la inexpugnabilidad de esta alma. Este asunto de la escuela significaba para ella una especie de derrota. Iskuhi pasaba ahora varias horas del día en el lugar llamado «colina de la escuela», muy alejado de la plaza de las tres tiendas.

La escuela tenía una pizarra grande, una máquina calculadora, un mapa del imperio otomano y una considerable cantidad de libros de lectura y de cartillas. Como todo el profesorado tenía que hacer servicios en las trincheras o de vigilancia, Iskuhi se enfrentaba sola durante horas a aquella horda sin freno, compuesta de salvajes de cuatro a doce años. Conseguir de ellos disciplina y silencio era casi imposible, por faltarle las fuerzas necesarias. Como bien pronto no oía ni su propia voz, esperaba resignada la llegada de uno de los hombres, Oskanian por ejemplo, que les propinaba a los pequeños diablos un susto terrible al pasar fusil en mano por entre los grupos de muchachos, como si estuviera dispuesto a pegarle un tiro al primer desobediente.

Desde el primer día, Julieta comprobó que la tensión impuesta por la enseñanza no hacía ningún bien a Iskuhi. Sus mejillas perdieron sus hermosos colores, su rostro enflaqueció y sus ojos aparecían tan grandes como en la época en que regresó del infierno de la deportación. Julieta trató de nuevo, y con ardor, de hacer desistir a la joven de su pasión por el trabajo. Iskuhi la contemplaba sin comprenderla. ¿Cómo, en una hora tan crítica para su pueblo, iba ella a sustraerse al cumplimiento de un deber ridículamente pequeño? ¡Al contrario! Deseaba también buscar algo en que ocupar la tarde. Julieta, enojada, volvió la espalda a Iskuhi. Un pensamiento

fugitivo le insinuó que acaso no fueran las fatigas de la enseñanza lo que debilitaba así a Iskuhi, sino algún mal oculto en su alma. Pero se apresuró a rechazar esa idea. ¿Por qué había de preocuparse de los padecimientos de otros, ella, que se encontraba más aislada e infeliz que todos los demás refugiados?

Durante el día Julieta permanecía a menudo horas enteras tendida sobre el lecho. La estrechez de la tienda la oprimía. Por la abertura de la cortina veía entrar dos intensos rayos de luz que la torturaban. No tenía ni fuerzas para levantarse y tapar el hueco. Voy a enfermar, pensaba llena de esperanzas; ¡ah, si ya estuviera enferma! Su corazón latía apresuradamente amenazando romperse; tan henchido estaba de irrealizables deseos. Sentía nostalgia de Gabriel, no del Gabriel actual, sino del Gabriel parisino, del hombre delicado cuyo atinado afecto le había hecho olvidar siempre la distancia enorme que los separaba. Sentía nostalgia del Gabriel de la avenida Kléber que vivía con ella en su luminoso departamento y que cada mañana, siempre de buen humor, se sentaba a su lado en la mesa para desayunar. Sentía nostalgia del caballero elegante en traje de noche que visitaba con ella los teatros y los deslumbrantes salones, siempre lleno de admiración hacia ella, como si fuera algo muy superior, mucho más valioso que él, el armenio. Su lejano universo le enviaba un sonido amortiguado de bocinas, de rugientes ferrocarriles subterráneos, de charlas melodiosas, de perfumes desprendidos de las tiendas y grandes almacenes de aspecto familiar. Hundía la cara en la almohada como si fuera éste el único tesoro, el único resto personal de la patria que un día poseyera. Deseaba retener las imágenes de la patria con todos sus sentidos, pero no podía. Manchas cambiantes de sol conseguían traspasar sus cerrados párpados. Eran círculos multicolores cuyo centro lo formaban esas pupilas de mirada escrutadora, ojos sufrientes llenos de reproches que por todos lados se dirigían a ella. Y eran estos ojos armenios, los mismos ojos de Gabriel y Esteban, los que no querían desprenderse de ella. Cuando entreabrió los párpados, esta mirada estaba realmente inclinada sobre ella, en medio de un rostro barbudo y desconocido. Asustada, reconoció a Gabriel. A su alrededor flotaba

un ambiente de universos lejanos, el resabio de noches pasadas a la intemperie y el olor húmedo y penetrante de la tierra. Su voz era apresurada; como entre dos tareas urgentes.

—¿Estás contenta, querida? ¿No te falta nada? He venido por un instante a saber de ti.

—No, no me falta nada, gracias.

Ella le retiró la mano, aún somnolienta. Él permaneció un rato sentado al lado de ella mudo, como si no conociera ningún tema que pudiera tratar con Julieta. Enseguida se levantó. Pero ella se irguió agresiva:

—¿Me crees acaso tan superficial, tan material, como para pensar en las comodidades a mi alrededor?

Él no la comprendió inmediatamente. Ella sollozó.

—No puedo vivir así…

Con un gesto grave, él se volvió hacia ella.

—Comprendo perfectamente que no puedas vivir así, Julieta. No se puede vivir en una comunidad manteniéndose aislada por completo. ¡Es necesario que hagas algo! ¡Anda al campamento, trata de ser útil, muéstrate humana!

—No es mi comunidad…

—Tampoco es tanto la mía como tú crees, Julieta. Pertenecemos menos al lugar de donde precedemos que aquél al que deseamos llegar.

—O al que no deseamos ir… —gimió ella.

Cuando él se hubo alejado, Julieta se animó. Tal vez él tuviera razón. Realmente aquello no podía continuar así. Le rogó a Mairik Antaram que le preguntase al médico si podía ocuparse cuidando a los enfermos en la tienda-hospital. La idea de que al mismo tiempo miles y miles de franceses prestaban idénticos servicios en los hospitales junto a los heridos, la animó en su resolución. Bedros Altouni se asombró al principio y enseguida aceptó la colaboración. Julieta se presentó el mismo día en el hangar, cuya construcción no estaba aún terminada. Llevaba un delantal y un velo como debe usarse en tales casos. Afortunadamente no había muchos heridos graves en el Damlajik. Algunos pacientes, temblando de fiebre y

envueltos en harapos, estaban acostados sobre mantas y alfombras, duros aún por efecto de la gran tempestad. Eran en su mayoría gente vieja, rostros grises y sombríos de seres que se alejaban ya hacia horizontes distantes. Éste no es mi prójimo, pensaba Julieta con un poco de compasión y mucha repugnancia. Sintió cuán poco apta era para un papel que exigía tanto amor. Esto le parecía una especie de renuncia de sí misma. Hizo transportar para los enfermos todos los muebles que no le eran indispensables en sus tiendas.

Hasta el mediodía, el 4 de agosto se desarrolló igual que los días precedentes. Cuando muy de mañana, Gabriel inspeccionó el valle con sus gemelos, las aldeas estaban tan tranquilas y desiertas que no le pareció disparatado pensar: «Todo el asunto puede resolverse felizmente, la paz mundial será firmada dentro de poco y quedará asegurado nuestro retorno a la vida normal». Bagradian abandonó la colina del observatorio, lleno de esperanzas, y fue de sector en sector sorprendiendo en su inspección el trabajo y el servicio de los hombres de la primera línea. Al mediodía se dirigió satisfecho a su puesto de mando. A los pocos minutos los muchachos ojeadores se precipitaron hacia él por todos lados. Se divisaban grandes nubes de polvo por la carretera de Antioquía a Suedja. ¡Eran soldados, muchos soldados! ¡Cuatro destacamentos!, tras ellos los *saptiehs* y una gran multitud de hombres. Ya penetran al valle y atraviesan Wakef, la primera de las aldeas. Gabriel Bagradian se dirigió rápidamente al observatorio más cercano y comprobó el hecho siguiente: una columna formada por una compañía de infantería en pie de guerra pasaba en efecto por la carretera que unía las aldeas. Inmediatamente reconoció las tropas regulares con el capitán que las dirigía a caballo y los cuatro pelotones marchando a distancias idénticas, que parecían avanzar con un regular paso acompasado. Por lo tanto, eran indudablemente soldados instruidos, que probablemente tenían ya cierta experiencia de guerra, provenientes de los cuarteles de Antioquía y pertenecientes al ejército recientemente compuesto por Dchemal Pachá. Muy lejos, tras la compañía regular, avanzaba en gran desorden un centenar de *saptiehs*, mientras la canalla de la planicie, la hez humana de

Antioquía, se desbordaba a ambos lados de la columna en marcha. El despliegue de esta fuerza armada de cuatrocientos fusiles (contando a los *saptiehs*), presentaba en terreno abierto una disposición tan perdida y despreocupada, que Gabriel pensó que aquella gente tenía otros objetivos. Sin embargo, después de detenerse los oficiales y deliberar, la compañía torció tras Bitias hacia la montaña en dirección al noroeste. Entonces quedó claro que esta campaña iba dirigida contra los aldeanos refugiados. O se encontraban en las localidades vecinas traidores que conocían la verdad por el ruido de los árboles cortados, o se había sometido a Harutiun Nokhudian a tortura hasta que confesara el refugio de sus compatriotas. Sea lo que fuere, parecía que los turcos pensaban llevar a cabo una vulgar expedición de policía, más inofensiva aún que la caza de desertores a que estaban habituados, y que se trataba sólo de descubrir el campamento provisorio de los miserables montañeses, rodearlos y hacerlos descender al valle. Al pensar en semejante tarea se sentían sin duda extraordinariamente fuertes y, en realidad, lo eran si se considera que los armenios contaban sólo con 300 fusiles, pocas municiones y casi ningún soldado entrenado. Apenas la compañía entró en Yoghonoluk, Gabriel Bagradian hizo dar la señal de alarma tal y como lo habían ensayado diariamente. Los *munadirs* reunieron a los aldeanos al son de sus tambores. El grupo de ordenanzas de muchachos se dispersó por toda la meseta para transmitir las órdenes a los jefes de sectores. Algunos ojeadores se atrevieron a deslizarse hasta el valle para inspeccionar la organización y los movimientos del enemigo. Ter Haigassun, los siete *mouchtars* y los miembros más ancianos del consejo permanecieron en medio de la población del campamento como estaba convenido. Nadie se atrevía ya a respirar. Los hombres de la reserva, armados de azadones, hachas y palos rodeaban el campamento para estar preparados si llegaba el momento de defenderse. Gabriel había reunido a su lado a Tchauch Nurhan y a los subjefes. Este caso había sido previsto mucho antes. Como se trataba del primer combate y los otros puntos de la defensa no se encontraban tan amenazados, dejó en la mayoría de las posiciones

un mínimo de contingente y concentró todas las fuerzas disponibles en las trincheras de la garganta norte. El sistema contaba con cuatro líneas; la trinchera principal que atravesaba el Damlajik a media altura de la pendiente izquierda del desfiladero; algunos centenares de metros detrás quedaba la segunda trinchera que bordeaba un repliegue del terreno; sobre el segmento frontal de la montaña, la trinchera de flanco con los puestos de avanzada, y, finalmente, por el lado del mar, la barricada de bloques calcáreos de formas irregulares, afortunadamente difícil de distinguir. Más o menos doscientos hombres ocuparon la primera trinchera. Tenían los mejores fusiles y parecían ser los mejores combatientes. Bagradian asumió en persona el mando de esta trinchera. No aceptó en esta tropa ni a Sarkis Kilikian ni a ningún otro desertor. Confió enseguida a Tchauch Nurhan el mando de un cierto número de grupos de selección dispuestos tras las barricadas. En la segunda trinchera se encontraban otros doscientos hombres disponibles en el caso de que el destino les fuera desfavorable. Cada soldado recibió tres provisiones de cartuchos, en total quince tiros. Bagradian arengó a sus hombres con las siguientes palabras:

—¡No desperdiciéis ni una bala! Aunque la batalla dure tres días, es necesario que cada uno se las ingenie con sus quince tiros. Sed económicos, o estaremos perdidos. ¡Y ahora, lo más importante!: ¡no hagáis fuego hasta que yo os lo ordene! ¡No me perdáis, pues, de vista! Debemos dejar a los turcos, que no saben dónde nos encontramos, avanzar hasta diez pasos de distancia. En las próximas horas hemos de vengar aquí, en el Damlajik, los asesinatos cometidos contra nuestro pueblo. En las próximas horas hemos de demostrar a los turcos que, a pesar de nuestra debilidad, somos cien veces superiores a ellos. Y luego apuntar tranquilamente a la cabeza y disparar. ¡Que cada uno de vosotros piense ahora en los horribles ultrajes que nos han infligido y nada más!

Mientras Gabriel Bagradian hablaba, el corazón le palpitaba hasta hacerle temblar los labios, y hubo de hacer grandes esfuerzos para que nadie lo notara. No era sólo la profunda emoción que se apodera de todo hombre antes de afrontar el fuego: era la conciencia

de la monstruosa tentativa, de la loca audacia con que lanzaba al combate a su ridícula banda contra el ejército de una gran potencia. A pesar de las palabras excitantes que acababa de lanzar a sus voluntarios, no existía en él ni un ápice de aquel odio y sed de venganza hacia los turcos. Para él era la espera impersonal de un enemigo que ni siquiera era turco, que tampoco era Enver ni Talaar, ni el comisario de policía, ni el *mudir*, sino el enemigo en sí, aquel contra quien se pelea y destruye sin odiársele. Lo que le sucedía a Bagradian lo sentían también todos los demás. La espera detuvo casi los corazones cuando surgieron de los arbustos los pequeños observadores que anunciaban con gestos desordenados la proximidad de los turcos. La emoción se transformó inmediatamente en una glacial indiferencia cuando se escuchó cada vez más cercano el paso de la infantería y toda clase de ruidos que demostraban que el enemigo no tomaba ninguna precaución ni contaba con una posible resistencia.

Los soldados turcos, agotados por la ascensión, roto todo orden de marcha, llenaban ahora el desfiladero. El capitán que mandaba la compañía parecía realmente convencido de que no se trataba de una expedición militar, sino de una empresa policíaca; si hubiera pensando otra cosa, habría tomado por lo menos las más elementales medidas de prudencia que prescriben las nociones preliminares de táctica de una tropa en territorio enemigo. Sin haberse informado por una patrulla, sin vanguardia ni retaguardia, sin protegerse con un destacamento de ojeadores, todos los soldados en desorden, charlando, riendo, fumando, se habían reunido en el desfiladero para descansar de la ascensión.

Tchauch Nurhan se arrastró por la trinchera hasta llegar junto a Gabriel Bagradian, y con gestos y murmullos claramente perceptibles trató de convencerle de que rodearan por todos lados a los turcos para cortarles la retirada. Pero Gabriel, con el rostro desencajado, tapó con la mano la boca de Nurhan y le dio un golpe. El capitán, un señor gordo y tranquilo, se había quitado el *shako* de piel adornado con la media luna y se enjugaba la frente empapada en sudor. Los jóvenes oficiales de secciones lo rodeaban. Observando

un mapa que sostenía uno de ellos, comenzaron a discutir de un modo muy poco militar la posible situación del campamento armenio. Para Bagradian transcurrían ardientes eternidades. El capitán, sofocado, no se dio siquiera el trabajo de trepar sobre un punto elevado para examinar el terreno. Finalmente hizo dar varias veces la señal de reunión a los trompetas, tal vez con la idea de inspirar a los armenios el pánico del inminente ataque. Las cuatro secciones se ordenaron en una fila doble como en los patios de los cuarteles. Los suboficiales corrieron hacia adelante para transmitir sus órdenes a los oficiales y éstos, a su vez, se dirigieron, con 103 sables en alto, a informar a su capitán. Gabriel observó el rostro del jefe de la compañía con cierta simpatía. Era una cara ancha y amable, llamaban la atención una gafas montadas en oro que se sostenían en el medio de la nariz. El capitán desenvainó a su vez el sable por encima de su cabeza e indicó la pendiente del desfiladero ocupado por los armenios:

—¡Primera y segunda sección, adelante, dispersarse en tiradores!

El más antiguo de los oficiales señaló en dirección opuesta, haciéndole eco:

—¡Tercera y cuarta sección, adelante, dispersarse en tiradores!

Los turcos no sabían, pues, exactamente, si el campamento se encontraba en el Damlajik o en las cimas septentrionales del Musa Dagh. Los armenios se encontraban de pie en las trincheras hasta media altura del pecho. El talud de tierra en cuyas troneras reposaban los fusiles y los claros abiertos entre los arbustos y las enredaderas de que se encontraba cubierta la pendiente, habían sido disimulados. Despreocupados, los turcos trepaban la ladera en anchas filas de tiradores. La primera trinchera se encontraba tan perfectamente disimulada, que sólo se la habría podido divisar desde un punto más elevado, pero por allí no existía ninguno, a no ser los árboles más altos de la pendiente opuesta. Gabriel Bagradian levantó la mano atrayendo así todas las miradas. Los turcos avanzaban muy lentamente por entre los arbustos. El capitán había encendido otro cigarrillo. De pronto se estremeció, deteniéndose. ¿Qué significaba allí aquella fortificación de tierra? Sólo al cabo de

algunos segundos la idea fulminante de que era una trinchera le iluminó. Pero esta circunstancia le pareció tan imposible que aún dejó pasar un instante antes de gritar:

—¡Al suelo! ¡Cubrios!

Demasiado tarde. Ya se había disparado el primer tiro antes de que Bagradian hubiese bajado completamente la mano. Los armenios disparaban con método y seguridad, uno después del otro y sin la menor agitación. Tenían todo el tiempo necesario para apuntar. Como sus víctimas se encontraban a algunos pasos apenas y totalmente paralizadas de asombro, no perdían un solo disparo. El gordo capitán del rostro agradable gritó una vez más:

—¡Al suelo! ¡Cubrios! —y enseguida miró al cielo con una expresión infinitamente atónita y cayó sentado.

Las gafas le resbalaron de la nariz, poco antes de desplomarse definitivamente. El pánico se apoderó de los soldados turcos. Huyeron lanzando gritos estridentes y corrieron por la pendiente hasta la garganta del desfiladero, dejando atrás muchos muertos, entre ellos el capitán, un oficial y tres *onbachis*. Gabriel no disparó. De súbito sentía el espíritu liviano y vaporoso. Como siempre ocurre con las experiencias más intensas y verdaderas, la realidad a su alrededor se volvió tan irreal que era difícil discernir qué era cierto y qué no.

Pasó mucho rato antes de que los turcos se repusieran de su sorpresa. Los oficiales y suboficiales tuvieron gran dificultad en detener la fuga. Debieron hacerlos regresar a golpes de sable y culatazos. Mientras tanto las otras dos secciones, que no habían experimentado aún el fuego, avanzaban en lugar de ellos. Pero en vez de formarse en una activa línea de combate, las nuevas filas trataban de protegerse tras las rocas y arbustos en los lugares más inoportunos, sin lograr situar a los armenios ni sospechar siquiera la existencia de su trinchera. Hicieron locas descargas en los arbustos y pinos enanos sin causar con ello el menor daño. Sólo de vez en cuando rebotaba alguna bala perdida y pasaba silbando por encima de las cabezas de los defensores. Gabriel Bagradian hizo circular por todo lo largo de la trinchera la siguiente orden:

—¡Prohibición de disparar! ¡Esconderse bien! ¡Esperar hasta que regresen!

Al mismo tiempo envió un mensaje a las posiciones laterales diciendo que cualquiera que se atreviera a disparar una sola vez, o mostrara la cabeza fuera de la trinchera, sería tratado como un traidor. Era necesario que los turcos no sospecharan la trampa envolvente en que habían caído. La pendiente armenia debía permanecer inanimada como antes. Se les daría toda oportunidad de creer que los defensores habían sido eliminados sin excepción por la loca descarga turca. Al cabo de una hora de malgastar a ciegas las municiones, la compañía intentó un nuevo ataque sobre cuatro líneas temerarias. Los armenios, más seguros ahora de sí mismos, dejaron aproximarse nuevamente a los grupos de asalto antes de darles una muerte más sangrienta y horrible que la primera vez. En ese momento los oficiales ya no pudieron detener la desbandada general. La garganta fue barrida en un santiamén. Sólo los gritos desgarradores de los heridos se escuchaban entre los arbustos. Cuando algunos armenios intentaron saltar de sus trincheras, Bagradian gritó inmediatamente que nadie había recibido orden de abandonar su puesto. Al cabo de un rato algunos enfermeros turcos se aventuraron por entre los árboles agitando una bandera con la media luna roja. Gabriel Bagradian mandó a Tchauch Nurhan a su encuentro. Éste les hizo señal de que se acercaran y enseguida les gritó:

—Podéis llevaros los muertos y los heridos, pero los fusiles, municiones, sacos, cartucheras, cantimploras, uniformes y botas deben quedarse aquí.

Inmediatamente, bajo la amenaza de los fusiles, los soldados del servicio sanitario fueron obligados a desnudar hasta el calzoncillo a los muertos y heridos y echar en un montón los objetos exigidos. Cuando hubieron desaparecido con las víctimas, operación en la que tardaron mucho, pues debían volver una y otra vez todos los combatientes, incluso Tchauch Nurhan, consideró completamente repelido el ataque y sin que cupiera esperar otro más. Pero Gabriel no quiso escuchar estas seductoras voces; ordenó a Awakian que

enviase a los mejores observadores y condujera también una parte de la sección de ordenanzas. Esta última recibió la orden de recoger lo más rápidamente posible los fusiles, cartucheras, uniformes y sacos confiscados al enemigo y llevarlos a la retaguardia. De entre los observadores escogió a los cuatro más listos. A éstos les encargó seguir a la compañía turca y observar exactamente todos sus movimientos. Antes de que los ordenanzas hubieran terminado de recoger todo el botín, Haik, un muchacho que parecía apenas mayor que Esteban, regresó anunciando que una parte de los turcos escalaba de nuevo la montaña por el lado más alto al norte, en un punto donde no podrían encontrar nada.

No podía tratarse sino de un movimiento de rodeo de flanco por el lado del mar. Gabriel confió el mando al más seguro de los jefes de grupo y salió de la trinchera con Tchauch Nurhan. Treparon hacia los hombres que, de pie tras la barricada de las rocas, ardían en deseos de pelear. Estos hijos del Musa Dagh conocían cada roca, cada saliente, la más pequeña gruta, arbusto o agave en esta desnuda meseta calcárea y roída bajo la cual las paredes se precipitaban al mar en línea recta o en gradería y a veces desde una altura de dos a trescientos metros. Este conocimiento del terreno les aportaba una inapreciable ventaja. Bagradian confió a estos hijos de la montaña la tarea de repartirse por las grietas y detrás de los bloques de rocas, de modo que pudiesen mantener siempre la comunicación. La consigna fue la misma de antes: atraer al enemigo por medio de un disimulo y un silencio absolutos. Pero los turcos ya estaban prevenidos. Hicieron avanzar todo el grueso de sus fuerzas por las pendientes opuestas a la garganta y, bien protegidos tras los árboles, desde los límites del bosque abrieron un fuego desordenado sobre la trinchera; pero estos disparos no produjeron la menor reacción por parte de los armenios. Mientras tanto, la patrulla de cuatro hombres anunciada por los ojeadores emergía titubeante de la zona rocosa. De lejos se podía apreciar que éstos no eran hombres de montaña, sino de llano. Avanzando torpemente por entre las piedras, no pensaban sino en ocultarse y corrían de un refugio a otro. Inspeccionaban prudentemente el terreno y lanzaban una mirada inquisidora a cada

hueco y detrás de cada ángulo. Los armenios reconocieron con placer que se trataba de *saptiehs*. Los soldados eran extranjeros, pero lo que significaba un *saptieh*, eso nadie lo ignoraba. Ahora llegaba el momento de hacer pagar bien caras las crueldades de aquellos bandidos, los más bajos en la escala del militarismo, aquellos brutos poltrones que se demostraban valientes ante las pobres abuelas y temblaban ante un hombre que no hubieran desarmado por lo menos tres veces. Gabriel vio muchos ojos inflamarse de locura y de embriaguez. El *onbachi* de los *saptiehs* creyó haber traspasado la línea de trincheras armenia y encontrarse ya detrás de éstos. Sin decir una palabra, envió a uno de sus hombres, que se puso a agitar una bandera roja a guisa de señal. Al cabo de un rato bastante prolongado, se presentó el grupo que debía rodear al enemigo, vacilante, tembloroso y tropezando a cada paso como si en vez de pisar firmes rocas calcáreas, hundieran los pies en agua hirviendo. Este grupo se componía de dos contingentes idénticos mezclados, el uno de soldados y el otro de *saptiehs*. Dispersos en pequeñas agrupaciones y empujados por dos oficiales, avanzaron hasta donde había llegado el *onbachi* en su inspección del terreno. Y de pronto, en el momento en que se encontraban menos protegidos, se vieron rodeados por el fuego armenio. Saltaron, enloquecidos y en desorden. Olvidaron sus fusiles. El turco, y especialmente el de Anatolia, es famoso como soldado. Pero este ataque venía dirigido de la nada. Ni los más valientes sabían cómo defenderse. Sus gritos y lamentos ya rasgaban el aire cuando los armenios surgieron de detrás de las rocas y los demás escondites. Arrastrados por Tchauch Nurhan se introducían como una cuña entre la infantería y los *saptiehs*, quienes fueron en su mayor parte empujados hacia las abruptas paredes. Los *saptiehs* se perdían en medio de los refugios naturales, se asían desesperadamente a las rocas —fácil blanco para las balas—, o se lanzaban a los duros espinos a los que quedaban enganchados en plena desesperación. Varios comenzaron a resbalar, rodaban y daban botes como pelotas antes de caer al mar. Sin embargo, lo mejor de los turcos procuraba escapar de las rocas traidoras por el camino más corto y saltando y tropezando corrían

hacia el desfiladero perseguidos por los guerreros montañeses, que habían perdido completamente la cabeza. También Gabriel Bagradian había perdido desde hacía rato la lucidez necesaria de un jefe, era preso de una embriaguez desconocida, de una música tan demente como antigua, que pareció despertarse en su sangre después de milenios de silencio. De su pecho también brotaban los sonidos breves y roncos de un idioma salvaje que lo habrían llenado de horror si se hubiera encontrado en estado consciente. El universo alrededor se hacía mil veces más liviano que antes. No era nada, era menos que el palpitar sostenido de una libélula. Era una danza saltarina bajo una luz rojiza, que no hacía daño al danzarín. Hasta el propio pastor Aram Tomasian, que se encontraba entre los combatientes de las barricadas, se había contagiado de esta locura. Como un cruzado de los tiempos antiguos, agitaba un crucifijo en el aire y gritaba:

—¡En nombre de Cristo, en nombre de Cristo!

Curiosamente, el grito de guerra con el nombre de Cristo que pronunciaba Aram despertó a Gabriel de su estado de inconsciencia. Se puso a observar el combate como alguien que no toma parte en él y menos como comandante en jefe. El ruido de la lucha por el lado de la roca dio a los tiradores turcos la señal que esperaban para asaltar de frente. Salieron de sus posiciones, dispararon en el vacío, se tendieron, dispararon de nuevo, volvieron a levantarse, corrieron un trecho y se echaron nuevamente al suelo. Fue precisamente en este instante cuando el grupo envolvente, derrotado por los armenios, salió precipitadamente de la región de las rocas. El fuego de los perseguidos alcanzó, pues, por el flanco a la línea de tiradores que llegaba al asalto. Sin disparar, Gabriel Bagradian se mantenía de pie sobre una roca. Vio a un oficial turco detener a uno de estos grupos desordenados para formar con ellos el punto central de la resistencia. En cuanto pusieron cuerpo a tierra comenzaron a disparar. Pero Tchauch Nurhan se lanzó sobre el oficial turco y lo golpeó con la culata de su fusil. Los turcos tiraron las armas como si se encontraran en presencia del propio demonio. Es cierto que el antiguo sargento poseía cierta analogía con este personaje.

Demostraba qué inapreciable discípulo había perdido en él la infantería turca. Su rostro era de un rojo sanguinolento, las puntas de su bigote gris se erizaban y de su garganta no brotaba el menor sonido. La idea de protegerse no existía en su espíritu. A veces se detenía y llevándose la trompeta a los labios extraía de ella algunos sonidos estridentes y ahogados, cuya extravagancia no dejaba de hacer efecto en sus amigos ni en sus enemigos. Cuando Bagradian vio que los turcos trataban de dar un rodeo por el lado de las rocas, dio a los hombres la señal de ataque blandiendo el fusil por encima de su cabeza. Los combatientes de la primera línea, cuyo jefe de grupo apenas podía contenerlos, se lanzaron adelante rugiendo y dispararon sobre el nuevo frente turco toda una lluvia de balas sin agacharse ni preocuparse tampoco de economizar las preciosas municiones. De este modo la compañía entera se encontraba aprisionada, sin esperanza de salvación, entre los dos brazos de una pinza gigantesca. Si Bagradian hubiera tenido más experiencia y presencia de ánimo habría podido destruirlos a todos o hacerlos prisioneros. Pero los turcos lograron a pesar de todo escapar en una carrera loca, aunque los veinte armenios de las posiciones de costado les cortaron el camino y pudieron dispararles en su huida. La fuga de los turcos que descendían de la montaña no se detuvo a los pies del Damlajik, sino ya en la plaza de Bitias, donde lograron reunirse por fin.

Nueve soldados, siete *saptiehs* y un joven oficial habían caído en manos de los defensores. Éstos se preparaban con la mayor naturalidad a demostrar a los prisioneros y con todos sus detalles lo que es la muerte al estilo de las matanzas armenias. Gabriel Bagradian no llegó a tiempo para evitar la muerte de los *saptiehs*, pero, junto con el pastor Tomasian y algunos hombres de más edad, protegió con su propio cuerpo a los prisioneros. Bagradian tuvo gran dificultad en hacer entender a los desilusionados soldados su punto de vista, por otra parte tan razonable.

—No sacamos nada con matarlos, ni logramos nada con guardarlos como rehenes. Sus compatriotas los sacrificarían sin escrúpulos y nosotros tendríamos que darles de comer. Pero la

ventaja que podemos sacar de ellos es confiarles un mensaje para Antioquía.

Se volvió hacia el teniente pálido de terror al que apenas le sostenían las piernas:

—¡Habéis visto cuán fácil nos es venceros, y si en vez de compañías nos enviáis regimientos enteros, no nos importa; somos suficientes! Mira, el sol no se ha puesto aún, y si lo hubiera deseado realmente, ninguno de vosotros estaría vivo a estas horas. Ve a decirle esto a tu comandante en Antioquía: que os tratamos con una clemencia que no os merecéis. Dile también que haría mejor ahorrando sus regimientos y compañías para combatir contra los enemigos del imperio en vez de hacer la guerra a tranquilos ciudadanos de su patria. ¡Queremos que se nos deje vivir aquí en paz, y nada más! Dejadnos tranquilos en el futuro si no queréis otras experiencias peores.

El tono jactancioso de las palabras de Bagradian, la certeza que entrañaba su amenaza, la lamentable angustia de los prisioneros, todo eso aplacó el ardor sanguinario de los soldados armenios. Obligaron a los turcos a dejar sus armas, sus botas y uniformes, y no contentos con esto los forzaron a desnudarse completamente. En este estado vergonzoso debieron llevarse los muertos y heridos del segundo combate por el sendero del Damlajik. El botín de la jornada era muy importante: 93 fusiles máuser, muchas municiones y bayonetas. De los 560 combatientes mal armados se podría ahora equipar decentemente a unos diez grupos de diez hombres. Éste era el mayor triunfo interior, que había sido obtenido sin víctimas, pues por el lado armenio no había sino seis heridos, y entre ellos ninguno de gravedad.

No es para sorprenderse, por tanto, que esta grandiosa victoria fuera sobreestimada por encima de su justa medida por estos combatientes y habitantes del campamento.

Pobres campesinos proscritos, relegados a un extremo del Damlajik con un alojamiento y un alimento precarios, con las manos

mal armadas, almas seguras de precipitarse a la muerte, habían vencido a una compañía en pie de guerra, es decir, a un centenar de soldados turcos, jóvenes, entrenados durante meses y equipados según los últimos adelantos modernos; y lo que es más: no sólo los habían vencido, sino casi completamente aniquilado. Este combate cruel no había durado en total más de cuatro horas.

La mayoría de los armenios fue presa de una indescriptible embriaguez. Cuando los jóvenes ordenanzas, jadeantes como corredores de Maratón, llevaron la noticia de la victoria, Ter Haigassun reunió a su alrededor a los *mouchtars*, los sacerdotes y los profesores que no habían tomado parte en la guerra, y se dirigió con ellos seguido del pueblo entero hacia el campo de batalla. Tchauch Nurhan no podía soportar que las tropas victoriosas regresasen al campamento «como una banda de puercos civiles». Sin consideraciones al cansancio de los hombres, los hizo alinearse en una larga fila, los dividió en grupos, y logró formar una impresionante columna que al atardecer avanzó hacia la cañada de la ciudad batiendo los tambores y acompañada del sonido bárbaro de su clarín. Sin embargo, cuando a medio camino los guerreros se encontraron con el pueblo del campamento, ni ese viejo aficionado de la disciplina pudo impedir que el bello orden se transformara en una desordenada algarabía. En ese instante Gabriel sintió que le invadía una extraña relajación. Tuvo la impresión de que existían tres Bagradian; el antiguo Bagradian familiar, enseguida un nuevo Bagradian que, como un aventurero, se preocupaba de algo que no le incumbía, y por fin un tercer Bagradian, el único verdadero. Pero este último oscilaba sin cuerpo ni alma entre los otros dos. Este verdadero Bagradian estaba tan entorpecido, que ni siquiera lograba comprender las palabras que le dirigía Ter Haigassun: «No sólo ha sido el coraje de nuestros hombres… Vuestro plan de defensa… Desde muchas semanas… Labor eficaz… a quien lo debemos… La ruda disciplina continuara salvándonos… Mereced gracias…». Gabriel Bagradian comprendía que se encontraba en medio de una gran manifestación. Este movimiento que lo traía y llevaba no eran realmente gritos de alegría desenfrenada, no eran tampoco los

sollozos de todo un pueblo, sino una curiosa mezcla de ambos, era algo agridulce que surgía de lo más profundo. Miles de cuerpos avanzaban hacia él deseosos de tocar el suyo. Veía suaves rostros femeninos tendidos hacia él, las muchachas con la cabeza baja en señal de respeto. Todas las mujeres se habían ataviado con sus alhajas y medallas de monedas que tintineaban y castañeteaban. Manos y siempre más manos que buscaban la suya y labios que la besaban. Era como un sueño irreal, como una lenta extinción de todo su ser. Un barullo interminable de voces le mostraba su agradecimiento prodigándole innumerables bendiciones. No sólo los había librado del destierro, también los había defendido contra la muerte en el desierto. Y ahora les daba una inmensa esperanza, por no decir la certeza de vivir.

Fue una ceremonia sagrada, corta, casi mitológica. Sin duda sucedía del mismo modo cuando antaño un clan elegía rey, no al más fuerte y rudo de los hombres, sino al guerrero cuyo nombre ya fuera conocido por las hazañas de sus antepasados, un ser más refinado que los otros y al que no era fácil abordar —si alguien lo pretendía—, casi un extranjero ya, que aun en medio del pueblo pareciera vivir fuera de él, incomprensible, tierno en su dureza y duro a pesar de su ternura. Pero en Gabriel no vibraba ninguna alegría; sentía más bien una impresión análoga a la que deja un sueño doloroso. No tenía conciencia de haber hecho nada extraordinario.

Cualquier otro antiguo combatiente habría adoptado el mismo sistema de defensa en el Damlajik. No era su inteligencia, sino la conformación especial del terreno lo que había procurado la victoria. Las cabezas grises de los *mouchtars* se balanceaban ante sus ojos, y estos obstinados campesinos que se habían mostrado siempre llenos de reservas ante el extraño que veían en él, trataban también de cogerle la mano y besarla como la de un padre. Estos besos en la mano le resultaban insoportables. Su mano derecha luchaba desesperadamente contra tales demostraciones. Habría preferido poder ocultarla en el bolsillo. Con mucha dificultad lograba avanzar por entre la multitud. Solamente tenía un deseo terriblemente

insistente: afeitarse, bañarse, restregarse durante minutos desde la cabeza a los pies y luego sentir el contacto de su suave pijama de seda. Nuevamente, la muchedumbre le agarró de la mano y tuvo que tolerar que se la besaran y lo bendijeran. Su mirada buscaba una ayuda, un rostro cuyo aspecto le fuera cómplice. Finalmente descubrió a Iskuhi. Ella le había seguido desde el principio, manteniéndose siempre a sus espaldas. Entonces extendió el brazo hacia ella como si el cuerpo frágil de Iskuhi pudiese sostenerlo. Ella observó su mortal palidez, y con su mano derecha apretó con fuerza el codo de Gabriel, como si sintiera que él necesitaba un apoyo.

—Julieta espera y lo ha preparado todo —murmuró ella.

Él no hizo caso de las palabras, sino del contacto. Iskuhi caminaba a su lado como el lazarillo de un ciego. De pronto él se asombró de que toda la sangre derramada no le hubiera causado ninguna impresión.

En la tienda, Gabriel se lavó con entusiasmo después de que un barbero de la aldea lo hubo afeitado. Julieta le atendió. Había calentado el agua en una caldera, la vació en la tina, colocó cerca una sábana de baño y escogió entre los pijamas el que más le gustaba a Gabriel. Mientras él se frotaba, Julieta permaneció ante la tienda. Durante toda su vida conyugal ninguno de ellos había perdido el sentimiento de pudor. El baño duró mucho rato. Él frotó su piel con una escobilla dura, hasta dejarla enrojecida. Mientras más apasionadamente se dedicaba a esta actividad y cuanto mayor era su impaciencia por borrar cualquier rastro de la jornada en su piel, tanto menos se encontraba a sí mismo. La maravillosa limpieza que pronto gozó su cuerpo no consiguió hacer reaparecer en él al «hombre abstraído» que llegara a Yoghonoluk. En el espejo de Julieta, provisto de dos velas laterales, veía su antiguo rostro. Sin embargo, algo había cambiado en su alma y no podía comprender qué.

Desde fuera la voz de Julieta le preguntó suavemente:

—¿Has terminado, Gabriel? ¿Puedo entrar?

Y entró sumisa, como él no la había visto jamás, sin ninguna altivez, humilde y, sin embargo, al acecho tras esta humildad.

—Vamos a sacar el agua —dijo ella, servicial, sin llamar a ninguno de sus criados.

Arrastraron la tina de caucho hasta detrás de la tienda y la vaciaron. Gabriel sintió a Julieta tierna y sumisa. Ella había avanzado hacia él profundamente conmovida; ella lo había preparado todo sin soportar que otra mano lo hiciera. Tal vez había llegado la hora en que el elemento extranjero que residía en ella se fundiera en Gabriel, lo mismo que allá en París, cuando él, extranjero, se había sometido a su mujer. «¿Por cuánto tiempo aún?», se preguntó a sí mismo. Pues, después de la victoria de aquel día, no creía posible la salvación. Por medio de cordeles cerró la entrada de la tienda. Delicadamente llevó a Julieta hacia el lecho. Estaban acostados, entrelazados y mudos; Julieta demostraba una nueva ternura respetuosa. Sus ojos no reprimieron las lágrimas mientras repetía temblando:

—Tuve tanto miedo por ti…

La miró con una expresión asombrada, como si no comprendiera sus temores. A pesar de sus esfuerzos, sus pensamientos se vieron arrastrados muy lejos por poderosas fuerzas, allá hacia las fortificaciones. ¡Con tal de que los centinelas no se distraigan esta noche, que no se duerman ni dejen pasar el momento del relevo! ¡Quién sabe si los turcos meditan un ataque nocturno! Gabriel ya no pertenecía a Julieta ni a sí mismo. Trataba de encontrar su yo huidizo. El sudor brotaba de todos sus poros. Y cuando estuvo junto a Julieta no pudo probarle su amor por primera vez desde su matrimonio.

La fiesta triunfal duró hasta la mañana en la hondonada. El héroe de la noche era Tchauch Nurhan. Se le concedió el título de «*Elleon*», que significa «el león». Esta palabra griega era una distinción honrosa para los valientes soldados y se remontaba a la más lejana antigüedad.

Capítulo II

Las hazañas de los niños

La aplastante derrota de las tropas turcas en el Musa Dagh produjo en el *hukumet* de Antioquía una profunda consternación. Ésta dibujaría ya para siempre una mancha vergonzosa en el estandarte de Turquía. El poder de toda raza militar se basa en la fe mágica que tiene en su propia invulnerabilidad, y si ésta desaparece, ella desaparece al mismo tiempo. Sucede a menudo que a consecuencia de una guerra desgraciada estas razas retrocedan en su progreso durante varias décadas. Pero la peor humillación para un casta guerrera superior es sin duda el recibir una sangrienta lección por parte de un enemigo inferior. En estos casos ocurre que la cosmovisión del mundo que tenían estos orgullosos guerreros sufre un giro radical, pues es un duro golpe para estos combatientes que una raza de delicados intelectuales consiga moler a palos a éstos, hasta ahora, héroes profesionales. Y era indudablemente esto lo que había sucedido en el combate del 4 de agosto. Examinándolo bien, este desastre adquiriría mayor gravedad que los fastidiosos incidentes de Van y Urfa. A propósito de este asunto de Van se había podido escribir en ciertos lugares con gran indignación y leerlo con mayor indignación aún: «Los armenios han tomado las armas contra el pueblo otomano que se encuentra actualmente comprometido en una dura guerra, y se ha pasado al enemigo pactando con los rusos. Por lo tanto los valiatos habitados por armenios han de ser evacuados por medio del destierro». En los

informes turcos se podían leer relatos análogos, y no lo contrario, que habría revelado la verdad: «Los armenios de Van y Urfa, desesperados por la deportación existente desde hace tiempo, han tomado las armas contra el poder militar turco hasta verse liberados con la llegada de los rusos».

Pero —Alá es grande— ¿qué podría escribirse y leerse respecto a la revuelta del Musa Dagh? Políticamente tenía poco valor, además, si se extendía la noticia, podría convertirse en un factor peligrosísimo. ¡Qué existan aquí y allá otros pocos Bagradian y se vería al Estado comprometido en graves dificultades! Ya que todos los armenios estaban condenados a muerte y se requisaban aún de vez en cuando algunas armas entre ellos, era muy posible que en semejantes casos se produjeran idénticas complicaciones.

Los habitantes de Antioquía, a quienes se ocultaba hasta nueva orden la vergüenza del fracaso, veían la sala de sesiones del caimacán iluminada hasta muy tarde por la noche y suponían que habría ocurrido una desgracia. El subprefecto presidía la gran conferencia regional compuesta por 14 personas. Su cuerpo hinchado parecía querer empujar la mesa de la conferencia cada vez que respiraba. El rostro hepático del caimacán, con los ojos rodeados de bolsas oscuras, aparecía más amarillo que nunca a la luz velada de la lámpara de petróleo. Los consejeros se perdían en discursos grandilocuentes, mientras él callaba sumido en sus preocupaciones. Sus mejillas fláccidas y recién afeitadas caían sobre el abierto cuello de su camisa. El fez había resbalado sobre la sien izquierda, señal de somnolencia y mal humor. A la derecha del caimacán estaba sentado el comandante militar de Antioquía, coronel de barbas grises, *bimbachi* al estilo antiguo, de ojos pequeños y rojas mejillas infantiles; con sólo mirarlo, se comprendía que estaba dispuesto a defender con un coraje heroico hasta la última gota de su sangre si fuera menester, su cómoda y tranquila posición. A su lado se encontraba su inmediato subordinado, un joven *jusbachi*, comandante de apenas cuarenta y dos años. Era su réplica perfecta, pero en el sentido inverso, como sucede a menudo cuando dos militares están en un mismo cargo. Era un hombre de porte

elegante, de rasgos enérgicos y austeros, de ojos profundamente hundidos cuya mirada penetrante parecía decir a los que estaban a su alrededor: «¡Qué desgraciado soy por verme obligado a arrastrar siempre tras de mí a este coronel imbécil! Me conocéis lo bastante para saber que soy capaz de todo y que llevo a buen fin cuanto emprendo, pues penenezco a la generación del Ittihad».

Uno de los oficiales de la compañía vencida, el único *mulasim* que había sobrevivido al 4 de agosto, aquel que Gabriel Bagradian envió desnudo a Antioquía con su mensaje, estaba en pie ante la conferencia regional para dar su informe. No se le podía culpar el que pintase la resistencia armenia bajo los más espantosos colores. Según su opinión se encontraban diez o tal vez veinte mil hombres acampados en el Musa Dagh rodeados de prodigiosas fortificaciones ocultas. «Desde hace muchos años han ido reuniendo tantas armas, municiones y víveres que su resistencia no tiene límite». Dijo él, el *mulasim*, que había visto con sus propios ojos dos ametralladoras ubicadas entre las rocas, lo que, agregado a la superioridad numérica de las fuerzas enemigas, decidió el desgraciado resultado de la empresa. El caimacán no decía nada, sosteniéndose la cabeza con la mano derecha y observando el mapa estratégico del imperio otomano extendido sobre la mesa de conferencias, aunque tal cosa no venía a colación. Sin embargo, los funcionarios del *hukumet* se divertían a menudo clavando banderillas en los diferentes frentes. A pesar de los esfuerzos artísticos y bien intencionados de los funcionarios, el porvenir no se presentaba bajo color de rosa. Las pequeñas banderillas penetraban siempre más adentro en la carne del imperio otomano. La marcha de la guerra no respondía a la gloria que se esperaba bajo la dirección de Enver Pachá. El ejército del Cáucaso, el mejor cuerpo, cubría con sus propios esqueletos los pasos y valles de las montañas. Y los rusos estaban ya en la frontera de Persia, de cara hacia Mosul, empujando ante sí a Djewded Pachá, el conocido general asesino y cuñado de Enver. Los ingleses, con sus hindúes y gurkas, amenazaban Mesopotamia. Además, la fastuosa expedición a Suez de Djemal Pachá se había perdido en la arena. El desierto se había tragado, en el verdadero sentido de la

palabra, a hombres y materiales. Y mientras tanto, en la península de Gallípoli los aliados, con la ayuda de su enorme flota, casi hundían ya las mismísimas puertas de Estambul. Ya se había malgastado una enormidad de máquinas guerreras y material bélico en general. Turquía casi no poseía industria de armamentos. Dependía de la voluntad de Krupp, en Essen, y de Skoda en Pilsen. De toda la gigantesca cantidad de cañones, morteros, ametralladoras, granadas y obuses continuamente fabricados, sólo una proporción mínima era enviada a Turquía y, apenas llegaba, se transportaba a los frentes. Resultado de esto era que tras los frentes del imperio quedaban inmensas extensiones de terreno en que no sólo escaseaban notablemente las tropas, sino también las armas y materiales. Las ametralladoras constituían un sueño inaccesible. Cuando el caimacán escuchó estas palabras en la boca del pobre si se extendía la noticia, podría convertirse en un factor peligrosísimo. ¡Qué existan aquí y allá otros pocos Bagradian y se vería al Estado comprometido en graves dificultades! Ya que todos los armenios estaban condenados a muerte y se requisaban aún de vez en cuando algunas armas entre ellos, era muy posible que en semejantes casos se produjeran idénticas complicaciones.

Los habitantes de Antioquía, a quienes se ocultaba hasta nueva orden la vergüenza del fracaso, veían la sala de sesiones del caimacán iluminada hasta muy tarde por la noche y suponían que habría ocurrido una desgracia. El subprefecto presidía la gran conferencia regional compuesta por 14 personas. Su cuerpo hinchado parecía querer empujar la mesa de la conferencia cada vez que respiraba. El rostro hepático del caimacán, con los ojos rodeados de bolsas oscuras, aparecía más amarillo que nunca a la luz velada de la lámpara de petróleo. Los consejeros se perdían en discursos grandilocuentes, mientras él callaba sumido en sus preocupaciones. Sus mejillas fláccidas y recién afeitadas caían sobre el abierto cuello de su camisa. El fez había resbalado sobre la sien izquierda, señal de somnolencia y mal humor. A la derecha del caimacán estaba sentado el comandante militar de Antioquía, coronel de barbas grises, *bimbachi* al estilo antiguo, de ojos pequeños y rojas mejillas

infantiles; con sólo mirarlo, se comprendía que estaba dispuesto a defender con un coraje heroico hasta la última gota de su sangre si fuera menester, su cómoda y tranquila posición. A su lado se encontraba su inmediato subordinado, un joven *jusbachi*, comandante de apenas cuarenta y dos años. Era su réplica perfecta, pero en el sentido inverso, como sucede a menudo cuando dos militares están en un mismo cargo. Era un hombre de porte elegante, de rasgos enérgicos y austeros, de ojos profundamente hundidos cuya mirada penetrante parecía decir a los que estaban a su alrededor: «¡Qué desgraciado soy por verme obligado a arrastrar siempre tras de mí a este coronel imbécil! Me conocéis lo bastante para saber que soy capaz de todo y que llevo a buen fin cuanto emprendo, pues pertenezco a la generación del Ittihad».

Uno de los oficiales de la compañía vencida, el único *mulasim* que había sobrevivido al 4 de agosto, aquel que Gabriel Bagradian envió desnudo a Antioquía con su mensaje, estaba en pie ante la conferencia regional para dar su informe. No se le podía culpar el que pintase la resistencia armenia bajo los más espantosos colores. Según su opinión se encontraban diez o tal vez veinte mil hombres acampados en el Musa Dagh rodeados de prodigiosas fortificaciones ocultas. «Desde hace muchos años han ido reuniendo tantas armas, municiones y víveres que su resistencia no tiene límite». Dijo él, el *mulasim*, que había visto con sus propios ojos dos ametralladoras ubicadas entre las rocas, lo que, agregado a la superioridad numérica de las fuerzas enemigas, decidió el desgraciado resultado de la empresa. El caimacán no decía nada, sosteniéndose la cabeza con la mano derecha y observando el mapa estratégico del imperio otomano extendido sobre la mesa de conferencias, aunque tal cosa no venía a colación. Sin embargo, los funcionarios del *hukumet* se divertían a menudo clavando banderillas en los diferentes frentes. A pesar de los esfuerzos artísticos y bien intencionados de los funcionarios, el porvenir no se presentaba bajo color de rosa. Las pequeñas banderillas penetraban siempre más adentro en la carne del imperio otomano. La marcha de la guerra no respondía a la gloria que se esperaba bajo la dirección de Enver Pachá. El ejército

del Cáucaso, el mejor cuerpo, cubría con sus propios esqueletos los pasos y valles de las montañas. Y los rusos estaban ya en la frontera de Persia, de cara hacia Mosul, empujando ante sí a Djewded Pachá, el conocido general asesino y cuñado de Enver. Los ingleses, con sus hindúes y gurkas, amenazaban Mesopotamia. Además, la fastuosa expedición a Suez de Djemal Pachá se había perdido en la arena. El desierto se había tragado, en el verdadero sentido de la palabra, a hombres y materiales. Y mientras tanto, en la península de Gallípoli los aliados, con la ayuda de su enorme flota, casi hundían ya las mismísimas puertas de Estambul. Ya se había malgastado una enormidad de máquinas guerreras y material bélico en general. Turquía casi no poseía industria de armamentos. Dependía de la voluntad de Krupp, en Essen, y de Skoda en Pilsen. De toda la gigantesca cantidad de cañones, morteros, ametralladoras, granadas y obuses continuamente fabricados, sólo una proporción mínima era enviada a Turquía y, apenas llegaba, se transportaba a los frentes. Resultado de esto era que tras los frentes del imperio quedaban inmensas extensiones de terreno en que no sólo escaseaban notablemente las tropas, sino también las armas y materiales. Las ametralladoras constituían un sueño inaccesible. Cuando el caimacán escuchó estas palabras en la boca del pobre *mulasim*, lo miró con sus ojos pesados y un gesto distraído, murmurando meditabundo:

—¡Ametralladoras!

El viejo *bimbachi*, de aspecto bonachón y mejillas rosadas e infantiles, le colocó los anteojos sobre la nariz, aunque no tuviera que leer nada. Tal vez quería demostrar así que, entre todos, era él quien veía más lejos.

—Esta desgracia ha ocurrido por culpa de vuestras tonterías y descuido —dijo al *mulasim* sacudiendo la cabeza—, pues los reglamentos ordenan explorar toda posición enemiga antes de atacar. Pero ya que la cosa está hecha y muy mal hecha, pregunto al caimacán: ¡dime lo que quieres hacer! ¿Vamos a seguir sacrificando a nuestros hombres? ¿O más bien dejaremos morir de hambre en la montaña a aquellos malditos armenios? ¿Qué daño nos hacen? La

deportación, eso es asunto vuestro y no nuestro. ¡Ocupaos vosotros los civiles de llevarla a cabo! Si realmente son diez mil hombres armados y más…

El *mudir* de cabellos rojos levantó la mano pidiendo la palabra:

—No son quinientos, qué estoy diciendo, ni siquiera trescientos hombres armados. Soy yo quien puede saberlo mejor, puesto que yo administro esta *nahijeh* y estuve recientemente en las aldeas…

El *bimbachi* se quitó los anteojos sin más motivo que cuando se los puso antes.

—Lo mejor sería olvidar todo este asunto. Esos miserables se han desterrado a sí mismos. ¿Qué más queréis? Hay toda clase de gente en la costa; griegos, árabes. ¿Queréis que lleve a cabo ante ellos una guerra ridícula? Aunque llamara a zafarrancho y reuniera a todas las guarniciones dispersas por la *kasah* entera, no lograría formar cuatro compañías regulares. Y los *tchettehs*, los kurdos y otros bandidos a que habríamos de recurrir, no sólo atacarían a los armenios, sino que se volverían enseguida contra nosotros mismos. Creedme, pues: lo más simple será callar.

El agriado *jusbachi* de los ojos hundidos había fumado desde hacía una hora un cigarrillo tras otro sin pronunciar una sola palabra. En ese momento se levantó y con un gesto deferente se volvió hacia su superior.

—*Bimbachi Effendi*, permite, no obstante el respeto que te debo, que me asombre de tus palabras. ¿Cómo podríamos ocultar esta desgracia en la que un capitán, tres tenientes y un centenar de hombres han perdido la vida? Ya es una negligencia imperdonable que hayamos retardado algunas horas la información del desastre; por lo que a mí respecta, en cuanto acabe la reunión, tengo la intención de mandar un informe detallado.

El *bimbachi* se desplomó. Sus mejillas enrojecieron aún más. Primero, porque el comandante tenía razón —siempre tenía razón — y segundo, porque era un verdadero demonio. Pero el caimacán parecía haber despertado de su profunda meditación.

—Quiero liquidar este asunto dentro de los límites de mi administración —declaró.

Era la expresión prudente y burocrática de una decisión complicada en la que jugaba un papel preponderante el temor que le inspiraba el valí de Alepo. Todos los días llegaban las órdenes recomendando la ejecución rápida y radical de la deportación. La resistencia de las siete aldeas podía muy bien causar un descalabro al caimacán, pues era la prueba evidente de un desarme insuficiente y de una vigilancia mediocre. Si el valí recibía una información exacta de los acontecimientos, el caimacán tendría mucho que temer de él y del Ittihad. Por lo tanto habría que dar al informe un tono impreciso y hábil. El viejo coronel se entrometió:

—¿Cómo quieres liquidarlo si sus *saptiehs* se encuentran ocupados vigilando a los deportados y tus soldados están en el frente? —Frunció los ojos y lanzó al comandante una mirada torva —: Además te ordeno, *jusbachi*, que cuando redactes tu informe exijas cuatro batallones y una batería de montaña, pues es imposible sitiar una gran montaña sin tropas ni artillería.

El *jusbachi* simuló no observar la rabia del viejo oficial.

—*Bimbachi Effendi*, he comprendido perfectamente tu orden. Su Excelencia, el general Djemal Pachá, quiere siempre que se le exponga personalmente hasta el asunto más insignificante. Puedes estar seguro que te ayudará. La deportación armenia es en realidad obra de sus amigos. No podría tolerar, pues, que algunos campesinos cristianos sinvergüenzas se burlen así de ti.

El caimacán, que parecía volver a sus somnolencias, había tomado entre tanto una decisión. Lo mejor era unirse al más fuerte, en este caso al comandante, y abandonar a su suerte al viejo *bimbachi*. El caimacán bostezó largamente y golpeó la mesa con el puño de marfil de su bastón.

—Se levanta la sesión, y ruego al *jusbachi* que se quede aún un momento conmigo a fin de que nos pongamos de acuerdo respecto a los informes que se han de enviar a las autoridades civiles y militares. *Bimbachi Effendi*, someteré también los míos a tu opinión.

A la mañana siguiente se enviaron dos largos y ambiguos informes. La respuesta, muy severa, no llegó sino cinco días más tarde. En ella les decían que había que hacer evacuar el Musa Dagh

a la mayor brevedad posible, de cualquier manera y con los medios de que dispusieran. La única concesión que hicieron al *bimbachi* consistió en dos obuses de campaña de calibre 100 mm que se encontraban en el camino entre Hama y Alepo y serían conducidos a Antioquía. Las piezas de artillería llegaron a su destino siete días después, es decir, el 12 de agosto. Con ellas llegaron un teniente muy joven, tres suboficiales, doce artilleros de la reserva y algunos soldados con sus equipos muy sucios. Obuses de esta clase no podían utilizarse en la montaña sino a costa de grandes esfuerzos.

En algunos aspectos, la vida era más difícil para Esteban que para su padre, quien se encontraba aún ligado al Musa Dagh por sus recuerdos de la infancia. El niño había sido educado en Europa, entre estudiantes franceses, y hasta su llegada a Yoghonoluk sólo conocía de su raza a aquellas personas que como sus tíos, tías y demás parientes y amigos, habían visitado al matrimonio Bagradian en París, Suiza y Estambul. Estos eran todos personas como los demás europeos, y Esteban conversaba con ellos en francés. Por eso resultaba más extraño el enorme cambio que se había producido en el muchacho desde el día en que por primera vez entrara en la clase de Chatakhian. En ese corto tiempo, los catorce años de Europa, su vida entera, se habían borrado de un golpe del alma de Esteban.

Caía, por decir así, en medio de su pueblo y de un modo diez veces más profundo que su padre. Para Gabriel Bagradian la situación era muy distinta. Su nuevo arraigo fue simplemente un acto de necesidad y de voluntad. Así tuvo que ser. A él lo impulsó el cariz de los hechos y aun otro poder que se mantenía siempre oculto tras ellos. Sin embargo, cuanto más cerca estaba de su patria, mas alejado se sentía de ella, al contrario que su hijo. Por su matrimonio, Gabriel se encontraba ya colocado entre dos razas. Al principio le parecía en cierto modo una falta de tacto el querer, él, un extraño, imponer a los nativos su plan de salvamento. Tal vez era ésta una de las causas de aquella sensación solemne y, sin embargo, indefinida que se había apoderado de él, conmoviéndole de un modo tan

extraño después de la victoria del 4 de agosto. No sucedía lo mismo con Esteban. Aunque tuviera una mezcla de sangre, la contribución de su madre parecía no influir en su carácter. El influjo femenino de Julieta sobre su marido jugaba un papel mucho más importante en la naturaleza de Gabriel que su parte maternal en la naturaleza de Esteban. Se habría podido creer que era el padre y no el hijo quien se encontraba desgarrado íntimamente por la mezcla de dos sangres. En Esteban todo evolucionaba del modo más natural. Se había convertido en un pequeño armenio, un oriental, mejor dicho, en lo que eran todos sus camaradas de colegio. ¿Y por qué motivo? Porque de otro modo no habría podido mantener su rango entre ellos. Esta juventud astuta y flexible no se dejaba impresionar por los modales ni los conocimientos del condiscípulo mejor educado. Su buen francés no le valía de nada, ni en lo oral ni en lo escrito, ni le valía el saber de memoria las fábulas de La Fontaine ni las poesías de Víctor Hugo. Cuando Esteban les hablaba de las ciudades occidentales, se burlaban de él como si lo consideraran un relator torpe en sus invenciones, y del mismo modo se metían con él porque llevaba los libros bajo el brazo y no sobre la cabeza según la antigua costumbre, que les parecía la única admisible. Al fin y al cabo, cuando las mujeres vienen de la fuente, traen su cántara sobre la cabeza o al hombro, pero no bajo el brazo. ¡Qué personas más raras tienen que ser estos europeos! Entonces Esteban tenía que oír sabios refranes armenios: «¿Vosotros les dais a los camellos el agua con cuchara?».

La tosca juventud pueblerina del Musa Dagh era bien distinta a los intelectuales de la clase de Chatakhian, quien ante cualquier adquisición occidental, ante cualquier belleza estética europea (Julieta, por ejemplo) se deshacían en muestras de respeto.

El mundo en torno a Esteban le declaró ya en la primera hora de clase que su traje de corte inglés, el cuello ancho, los puños, las medias y botas, no eran sólo absurdos sino provocativos. Si Esteban hubiera sido un niño mimado y flojo habría rogado inmediatamente a su padre que no le enviara a la escuela. Pero él aceptó el reto. Como ya es sabido, después de varios días de forcejeos con su

madre, obtuvo permiso para usar el traje local. Una especie de convención quedó establecida entre ella y Esteban; tenía permiso para ir «disfrazado» a la escuela, pero en casa era preciso que se vistiera «normalmente». Después de la fuga al Damlajik, este convenio perdió su validez por el solo hecho de que ya no existía la casa. Desde entonces Esteban se vestía solamente con el *entari* y el *chalvar*. Además, Julieta lo veía raras veces en la plaza de las tres tiendas, a excepción de las horas del almuerzo y de acostarse. En estas oportunidades, siempre estaba excitado, sudando e impaciente. La madre había perdido toda influencia sobre él. Era como si jamás hubiese conocido una vida civilizada, y Julieta muchas veces no podía ni entenderse con él.

Sí, Esteban había cambiado. Pero cuántos esfuerzos le había costado este retorno al estado primitivo, nadie podría saberlo. Ahora poseía el mismo traje que los demás. Pero esta ropa era al principio de una vergonzosa pulcritud, sin ningún rasguño. Esta pulcritud era una debilidad —lo reconocía él mismo— y la razón la llevaba en sí. No podía dominar un sentimiento de repugnancia cuando se veía los pies y las manos sucias, las uñas negras y el pelo enmarañado. Esteban se encontraba continuamente en una situación inferior ante la juventud de la aldea. Por ejemplo, sus pies permanecían siempre pálidos y delicados aunque hacía cuanto podía por endurecerlos en el polvo, la mugre y el barro, y los ejercitara en dominar todos los peligros imaginables del alpinismo. Lo único que logró fue una serie de insolaciones, ampollas y rasguños que no sólo le acarrearon grandes dolores, sino también la prohibición de salir de su cuarto. ¡Cómo envidiaba los pies invulnerables de sus camaradas, aquellas patas morenas y duras, realmente animales, infinitamente superiores a sus delicados miembros! Esteban sufrió amargamente antes de afirmar su personalidad. Los muchachos de la aldea le hacían sentir que le faltaba mucho para considerarse igual a ellos. ¿Qué valores podría aportar este extraño recién llegado a este grupo? Ambición y una energía que se volvía a menudo contra su propio yo, además de ser una importante cualidad de la que carecía esta juventud campesina. Ni Haik, muchacho de catorce años muy desarrollado y

de músculos potentes, jefe indiscutible de toda la banda, poseía la facultad de concentrar su espíritu, concebir planes y razonar con lógica, tesoro que Esteban había traído de Europa. Estos niños orientales olvidaban a menudo sus proyectos antes de haberlos puesto en práctica; se dejaban arrastrar como la hoja al viento por sus inspiraciones súbitas e inconsistentes o por la voz sorda de sus instintos. Cuando se les miraba a la salida de la escuela, se podía observar que parecían un rebaño de animales excitados movidos por una fuerza ciega y desconocida, corriendo de aquí para allá. Cuando, al igual que en una bandada de pájaros, se instalaban en los grandes huertos a la hora en que se relajaba la vigilancia, se podía aún considerar semejante expedición como un movimiento meditado; pero la mayor parte del tiempo se peleaban como poseídos por un demonio, se dispersaban por entre los arbustos o por los bordes de algunos pantanosos estanques, o aun por los potreros donde se tendían y revolcaban en el pasto.

Estas escapadas terminaban en ceremonias religiosas o mejor dicho paganas, de las que naturalmente no eran conscientes. Empezaban formando un círculo, enseguida entrelazaban las manos balanceando la cabeza, cantando suavemente al principio y acentuando gradualmente la amplitud de sus voces y el ritmo de sus movimientos hasta sumirse finalmente en un estridente delirio sin igual. Esta ceremonia producía tal efecto en algunos de ellos, que ponían los ojos en blanco y comenzaban a echar espuma por la boca. En su simple ignorancia no hacían más que repetir el método tan conocido, practicado por algunos derviches, de aproximarse misteriosamente a las fuerzas planetarias del cosmos por medio de un olvido epiléptico de sí mismos. Jamás habían visto adultos practicando semejantes ritmos, pero la necesidad del éxtasis flotaba en el ambiente. Esteban, el europeo, permanecía, naturalmente, apartado mientras se desarrollaban estas escenas. Haik, el muchacho reflexivo, tampoco tomaba parte en estos accesos de locura, acaso porque ya se sentía henchido hasta los topes de aquellas fuerzas enigmáticas que los otros intentaban atraer por medio de balanceos y aullidos para beberías a grandes tragos. En otros casos, en cambio,

Esteban lograba organizar expediciones según un plan determinado, y después de haber obtenido varios éxitos en este sentido, había terminado por ganar poco a poco cierta autoridad. Sin embargo, era imposible conquistar la soberanía absoluta sobre sus camaradas. Le faltaba una fuerza que no podía adquirir y que era, precisamente, aquélla que —más que cualquiera otra— dominaba la existencia de estos niños; una fraternidad clarividente con la naturaleza, imposible de expresar en palabras. Lo mismo que un buen nadador en el agua puede estar tendido, sentado, de pie y puede caminar, danzar y, con un placer indecible, sentirse en su «elemento», del mismo modo los hijos del Musa Dagh se sentían en su elemento mientras se encontraban cerca de la montaña. Estaban completamente compenetrados con la naturaleza que los rodeaba. Esta naturaleza se adaptaba tan perfectamente a sus cuerpos, que ya no existía ni interior ni exterior. Cada hoja agitada al viento, cada fruta caída de algún árbol, el estremecimiento de una lagartija, el murmullo lejano de un riachuelo, todos estos mil aspectos del universo no provocaban ningún reflejo en sus sentidos, se realizaban directamente en ellos, en su sensibilidad, como si cada uno de estos niños hubiera sido un pequeño Musa Dagh encarnado que produjera solo estos múltiples fenómenos. Sus cuerpos se parecían a aquellas palomas mensajeras que, guiadas por un sentido sobrenatural de la orientación, no pueden perderse jamás. Sus cuerpos se parecían a aquellas delgadas y flexibles varitas mágicas que con sus estremecimientos indican la presencia de tesoros ocultos en la tierra.

Comparado a ellos, el joven Esteban, que había caminado demasiado tiempo sobre el pavimento muerto, poseía un cuerpo diestro, sin duda, y ambicioso, pero sordo a las voces de la naturaleza.

Cuando el pueblo acampó en el Damlajik, cuando debieron cesar los vagabundeos y se exigió a la juventud una disciplina y una actividad organizada, el prestigio de Esteban aumentó considerablemente, prestigio debido también al grado de jefe militar de su padre, cuyo brillo se reflejaba un poco en él. La banda juvenil se componía de niños de entre diez y quince años. A excepción de

Hapeth Chatakhian, que mandaba el grupo de observadores, y de Samuel Awakian, que distribuía las tareas a los ordenanzas, estos niños, que alcanzaban la suma de trescientos o más, y formaban la tropa ligera, permanecían casi sin vigilancia y entregados a sí mismos la mayor parte del día. Fue así cómo los más fuertes y atrevidos de estos muchachos se organizaron en una banda libre que pasaba el tiempo como se le antojaba. Eran en total unos veinticinco o treinta pilluelos y se distinguían de la plebe vulgar por su orgullo y su sed de aventuras. Se dispersaban por todo el Damlajik y se les encontraba en cada garganta, en cada hueco, en cada repliegue del terreno. Incluso se atrevían a avanzar en sus juegos hasta las trincheras, molestando con su curiosidad de holgazanes a los hombres que hacían ejercicios bajo el mandato de Nurhan. Se les prohibió estos traviesos vagabundeos. Trasladaron entonces sus campos de acción a la región exterior del círculo de defensa, en las alturas más allá del desfiladero, por las pendientes inclinadas hacia el valle, por entre los huecos de las rocas y los senderos y cascadas del lado del mar. Traspasar los límites de las fortificaciones era considerado un crimen en el Damlajik. Pero esta banda sabía ocultar tan hábilmente sus temerarias escapadas que nadie las sospechaba. Está de más decir que Esteban y Haik tomaban parte en ellas. Sato también se había unido a ellos y no lograban deshacerse de su persona. Aunque la familia Bagradian recogió bajo su techo a esta extraña criatura bastarda, el pueblo veía con malos ojos que ésta se rozara con sus hijos. Por esto Sato dependía enteramente de los caprichos de la horda juvenil. Unas veces la golpeaban, otras la dejaban formar parte del grupo. Ahí, como en todas partes, ella no podía estar sino al margen de todos.

Fuera de Sato, existía en este círculo otro niño un poco anormal. Se llamaba Hagop, y Esteban lo protegía. Pocos años antes el médico militar de Antioquía le había amputado el pie derecho. Ahora el niño caminaba cojeando, apoyado en una burda muleta confeccionada con un simple bastón provisto de un trozo de madera colocado a lo ancho. A pesar de lo insuficiente de este apoyo, Hagop se agitaba con apasionado ardor y una habilidad que sólo se puede

observar entre los inválidos. No quería ser inferior a los demás, no obstante su cojera, así que cuando los seguía en sus desenfrenadas carreras, no lo separaba más de una mano del último de ellos. Hagop era de buena familia y pariente de los Tomasian. Sus ojos eran soñadores y —caso raro en el país— sus cabellos de un rubio dorado. Leía con entusiasmo cuanto encontraba en su casa en los almanaques y libros similares. Sin embargo, la ambición de Hagop no era dedicarse a la lectura. Quería correr, jugar, trepar, luchar, y desde que se encontraba en guerra, cumplir como cualquier otro sus deberes de ordenanza, observador y explorador. Esteban; que ya se había sentido atraído hacia él por sus cabellos rubios, le entregó su amistad, y no sólo por compasión. Pero la ambición de Hagop chocaba duramente con la intransigencia de Haik. Éste, desprovisto de toda indulgencia y sentimentalismo, le hacía sentir constantemente que no se puede contar con un inválido.

Haik era un caso muy particular. A los catorce años y medio poseía ya la sombría personalidad propia de los montañeses armenios. La flacura de su cuerpo nervioso, su paso lento y sus espaldas inclinadas, sus gruesas manos, que colgaban pesadas, expresaban el orgullo dominador de una raza milenaria tranquila y segura de sí misma, y lo distinguían claramente de casi todos los demás miembros de su banda con sus repentinos y desordenados ademanes orientales. Si el armenio perdido en las ciudades extranjeras recuerda a veces al astuto Ulises —no sin razón la *Odisea* atribuye la astucia como cualidad fundamental a un héroe sin patria —, en cambio el armenio verdadero, aquél de los valles y montañas, es de carácter intratable y altivo. Opone sus particularidades agresivas y su gran necesidad de actividad a la dignidad contemplativa y perezosa de la raza turca. El encuentro de tales caracteres antagónicos permite comprender perfectamente algunos acontecimientos. La familia de Haik era oriunda del norte, del macizo de Dokhus-Bunar, situado en la proximidad de la frontera georgiana. Su madre, la viuda Chuchik, mujer enorme de ojos azules, no era querida y más bien se la evitaba con *cierto temor*. Había inmigrado hacía catorce años llevando consigo al lactante e

instalándose en los alrededores de Yoghonoluk y Azir donde, sola y sin la más mínima ayuda, se dedicaba al cultivo de árboles frutales y del gusano de seda. Aunque vivía desde hacía muchos años a los pies del Musa Dagh, se la seguía considerando una extranjera. Se contaba que una vez la viuda Chuchik había estrangulado sin miramientos, con sus manos potentes de trabajadora, a un atrevido que pretendió violentarla. Al margen de que esta historia fuera auténtica o no, lo cierto es que Haik había heredado de ella, en cuerpo y alma, su vigor muscular y su carácter sombrío y distante.

Las personas altivas sofocan siempre la seguridad de los demás. Haik apagaba siempre la seguridad de Esteban. A causa de él, el joven Bagradian se creía siempre obligado a dar nuevas pruebas de fortaleza para convertirse en un «puro». El deseo de hacer brillar su valor ante los ojos del sombrío y escéptico Haik tomaba formas dolorosas y atormentadas, como sucede generalmente a esta edad a las naturalezas apasionadas. Samuel Awakian, su antiguo preceptor, le vigilaba siempre a fin de impedirle cometer alguna tontería y acarrearse por ello una desgracia. Esta solicitud avergonzaba a Esteban, lo humillaba ante Haik, pues le daba el aspecto de un hijo de familia y, sobre todo, de un hijo mimado. Pero lo peor era que estas medidas excepcionales acentuaban la superioridad de Haik, pues el hijo de Chuchik sondeaba la verdad hasta el fondo. Y cuando Esteban, sobreexcitado, incapaz de conciliar el sueño, se revolvía en su lecho en la tienda del jeque, su cerebro ardiente no cesaba de repetir:

—Dios mío, ¿qué podré hacer para demostrar a Haik lo que valgo?

Y, sin embargo, esta rivalidad con Haik no era sino uno de los frentes de guerra que el alma ambiciosa del hijo de Bagradian debía atacar para conquistar la gloria.

En aquel tiempo —era el noveno día en el Musa Dagh— comenzó a hacerse sentir en el campamento la escasez de pan y fruta (casi se comía exclusivamente carne). Según órdenes severísimas, la leche

era distribuida de tal modo que sólo disfrutaban del escaso producto los enfermos, los débiles y los niños menores de diez años, de manera que sólo quedaba una ínfima cantidad para la confección de mantequilla y queso. Todo el mundo se quejaba de la repartición de víveres, y de hecho, tras esta ley inconcebible, parecía que este modo de administración global disminuía y menoscababa el bien general en vez de economizarles. Aunque Julieta había puesto a la disposición del hospital, desde que trabajaba con el doctor Altouni, gran cantidad de provisiones, conservas, azúcar, té y arroz, le quedaban aún suficientes bizcochos y galletas para compensar la falta de pan. Esteban no había sufrido aún la menor privación. En cambio, Haik se había quejado del eterno cordero que debían comer casi crudo, apenas cocido en las fogatas, sangrante y sin aderezo.

—¡Si tuviéramos por lo menos unos pocos higos o albaricoques! —suspiraba con mirada ávida. Esteban veía extendidos ante él los inmensos vergeles a los pies del Musa Dagh, pero no decía nada.

El servicio cotidiano de la banda juvenil tenía amplias ramificaciones. Era necesario que un grupo de ordenanzas estuviera siempre pronto en cada una de las trece posiciones y del mismo modo en los numerosos observatorios. El profesor Chatakhian inspeccionaba diariamente sus tropas y organizaba en ciertos casos inesperados simulacros de alarma. Por lo tanto, no se podían efectuar expediciones independientes de cierta importancia, sino a cubierto de la noche, cuándo se encontraban libres del servicio y del control de los jefes. En el transcurso mismo del noveno día, Esteban propuso al inabordable Haik el proyecto que había concebido. Desde el éxodo, algunos hombres atrevidos se habían deslizado dos o tres veces al valle con la intención de aumentar las provisiones, pero habían regresado siempre sin resultado, pues retenes de gendarmes velaban noche y día en las aldeas. El plan de Esteban era organizar una salida nocturna de la banda y dirigirse a los vergeles para remediar la miseria general. Haik observó con cierta desconfianza a su ambicioso rival, como un artista maduro contempla a un novicio demasiado impetuoso que no sospecha las dificultades que le esperan. Luego tomó él mismo a su cargo la

dirección de la empresa secreta y procedió a reclutar la tropa de salteadores. Esteban tenía mucho miedo de que su padre supiera que participaba en la aventura, y que vigilase estrechamente sus próximos movimientos en lo venidero. Le declaró esta preocupación, pero Haik, que ya parecía olvidar que la invención del proyecto no le pertenecía, replicó con aquel tono insoportable que sabía emplear tan magistralmente:

—Si tienes miedo, te puedes quedar aquí. Será mucho mejor para ti.

Estas palabras alcanzaron el corazón de Esteban, y se juró a sí mismo no inquietarse más por las preocupaciones de sus padres. La batida se llevó a cabo en el transcurso de la noche siguiente. Noventa niños robaron y reunieron todos los sacos, canastas y recipientes disponibles. A las diez de la noche, cuando los fuegos se apagaron y todo el mundo dormía, se deslizaron en grupos pequeños fuera del campamento y traspasaron la línea de trincheras sin llamar la atención de los centinelas. A grandes saltos corrieron por la pendiente de la montaña y, como empujados por el viento, llegaron apenas en tres cuartos de hora a los primeros huertos. Hasta la una, a la luz velada de la luna creciente recogieron las frutas, los albaricoques, higos y naranjas con una desenfrenada pasión. Esteban también demostró en esta oportunidad su fortaleza física, aunque era la primera vez en su vida que hacía un trabajo de esta especie. Haik había logrado desprender tres asnos de sus trabas y arrastrarlos a la fuerza. Rápidamente colocaron sobre sus lomos los canastos repletos; además cada niño llevó sobre las espaldas un peso considerable. Llegaron al campamento precisamente antes del amanecer. Se recibió a los fugitivos con reproches, reprimendas y hasta golpes, pero sin embargo, con orgullo. Esteban tomó por un desvío antes de llegar a la hondonada de la ciudad y se deslizó en la tienda del jeque que compartía con Gonzaga Maris. El botín entero de la expedición nocturna casi no tenía importancia para un pueblo de cinco mil almas; sin embargo, esto dio al pastor Aram Tomasian la idea de organizar una tentativa análoga, tres noches más tarde, con doscientos hombres de la reserva y bajo la protección de dos

destacamentos de diez soldados. Desgraciadamente no tuvo éxito, pues entre tanto los campesinos de las vecinas aldeas mahometanas habían visitado los huertos armenios haciendo a costa de éstos una excelente cosecha, dejando sólo las frutas verdes o podridas caídas en el suelo.

Mucho más extravagante e innecesario fue el otro proyecto que se le ocurrió a Esteban después. Sería erróneo tomarlo como un acto de heroísmo, pues el muchacho no sabía los peligros a los que se exponía, como demostró al escoger como principal acompañante al inválido Hagop. Quería demostrar con ello a Haik que no lo necesitaba en absoluto.

El hijo de Bagradian había alcanzado aquella edad más allá de la cual el hombre en ciernes no sólo tiene que reafirmarse frente a sus propios juegos, sino también frente a una imagen falsa del mundo, que a cada minuto le hace sentir estrangulada la nulidad de su yo apenas recién despierto. La fiebre del propio desarrollo se cruzaba malsanamente con la fiebre colectiva que reinaba en el Musa Dagh. Los camaradas, esos pillos de pueblo, eran como duras plantas de roca o sensuales animales de monte. Con una personalidad ya totalmente definida a los cuatro años, crecían de modo similar, experimentaban pocas transformaciones y ningún desconcierto para conservar su personalidad, algo suavizada y difuminada al final, hasta la muerte. Por el contrario, Esteban llevaba la herencia de pueblos alejados entre sí, el alto nivel y el desgaste nervioso de tres generaciones muy esforzadas, su infancia europea y, como lastre más pesado, un alma ansiosa que no hallaba la paz nunca ni con nada. Su madre percibía cómo iba adelgazando, cómo crecían las sombras en su rostro. ¿Pero qué debía hacer, dónde conseguir la alimentación adecuada para el muchacho? A veces lo arrastraba a su tienda, y, pese a sus enfurecidas protestas, tenía que engullir varios vasos de leche. Luego, durante varios días, dejaba de preocuparse por él. ¿Cuánto vivirían todos todavía? Se planteaba a menudo esta pregunta, aunque no era una pregunta seria, pues Julieta no podía imaginarse que nadie, ni siquiera el más sanguinario *sapthieh*, pudiera siquiera arañarle la piel. De todos modos, le resultaba muy

grato preguntárselo de modo que todo se volviera de inmediato indiferente, manifestándose su anhelo por dejarse ir. El deterioro de su ser hacía progresos cada vez más avanzados.

La loca aventura de Esteban nació con el siguiente motivo: Iskuhi Tomasian se había quejado a menudo de que con la confusión de la partida había olvidado los más queridos objetos de su vida íntima: sus tres o cuatro libros favoritos, entre ellos la biblia de su confirmación y un crucifijo de marfil, ambos regalo de Aram. Había salvado estos tesoros del desastre de Zeitun, llevándolos siempre consigo y ahora —no sabía explicarse cómo— habían quedado en la villa de Bagradian. Y sufría mucho con esta pérdida que consideraba una ofensa hacia su hermano.

No sólo Sato se sentía atraída hacia Iskuhi, tampoco Esteban perdía oportunidad de arrimarse a ella. Y en su fantasía se la imaginaba acercándose a su cama y cantándole esa canción:

Ella venía de su jardín
llevando apresados contra su pecho
dos frutos del granado…

Pero no eran las palabras sino su voz lo que le causaba un escalofrío que le corría por la piel. Esteban pensó apoderarse en un golpe de audacia de los libros de Iskuhi. Por medio de Sato, que sabía cuanto ocurría en los pueblos, Esteban supo que en la villa Bagradian vivía un *mohadchir* con su familia, pero que en las noches calurosas dormían al aire libre sobre el tejado. Esteban, en su loco afán, no pensó más y se confió a Hagop, a quien llevaría como único testigo de su hazaña.

Sato había bajado al pueblo mucho antes de que cayera la noche a avisar a Nunik, Wartuk, Manuchak y demás amigos del cementerio, que parecían —cosa extraña— intocables. Nadie los molestaba; los *saptiehs* y el populacho los dejaban de lado. Las órdenes de deportación no rezaban con ellos.

Cuidadosamente, subió las escaleras hacia el piso superior. Todo

estaba tal y como lo habían dejado. De puntillas llegó hasta la habitación de Iskuhi; debajo de una silla destrozada, manchados y rotos, estaban los libros. También la biblia estaba allí intacta, pero el crucifijo no lo pudo encontrar. Lleno de felicidad, Esteban apretó contra sí los libros y la biblia y corrió escaleras abajo ruidosamente, mientras gritaba:

—¡Hagop! ¡Sato! ¿Dónde estáis? ¡Mirad, los tengo!

El eco de estas palabras en el silencio de la noche fue tan sonoro que en el tejado de la casa comenzaron a moverse y una voz profunda gritó algo. Las brujas de la plaza se dispersaron y se oyó la muleta de Hagop golpeando el suelo. Esteban quedó como paralizado en el patio. Cuando silbaron las balas alrededor de su cabeza y en la casa empezaron a oírse voces, se rehízo y echó a correr a grandes saltos. Pero ¿adónde? Ahora se demostraba cuán profundamente era hijo de la Avenida Kebler, inferior a los hijos de esta tierra. Mientras el cojo Hagop con su ruidosa muleta desaparecía en la oscura noche, Esteban corrió hacia el camino de Yoghonoluk, tropezando casi con los *saptiehs* que, atraídos por el tiroteo, se acercaban a la plaza. Pero Esteban se acurrucó en la cuneta y el milagro se hizo: los *saptiehs* pasaron de largo. Parecían todos muy asustados, pues suponían que se trataba de un ataque por sorpresa de los armenios, y disparaban como locos sus fusiles en todas direcciones. Cuando el ruido se hubo disipado hacia el noroeste, un miedo ciego, angustioso, se apoderó de Esteban. Sin saber lo que hacía se metió en un jardín abandonado cuya maleza apenas le dejaba avanzar. Cayó cien veces y otras tantas se levantó, arrastrándose por entre las espinas y la enmarañada maleza. Un pequeño desvanecimiento se apoderó de él por unos momentos, pero sus fuerzas volvieron enseguida. El miedo a la muerte se disipó, ocupando su lugar la indiferencia, y se dispuso a dormir. El cielo de agosto lo cubría, sin que ninguna de sus millones de estrellas titilara. Esteban estaba solo en y con el mundo. Sabía que ni su padre ni su madre podían ayudarle, y por primera vez su espíritu infantil se sintió perdido. Contempló fijamente el ciclo. Allí arriba comenzó un movimiento luminoso, un girar… Suavemente levantó a Esteban

y lo besó, porque estaba tan débil, tan indefenso y abandonado. Toda la felicidad del mundo se aglomeraba en un único punto, y ese punto estaba en el centro de su ser. No supo lo que le ocurría; por primera vez en su vida su sexo se desahogó, y se durmió fundido con la tierra, en un sueño profundo.

Voces cercanas le despertaron. Su mano, helada a pesar de la cálida noche, sujetaba fuertemente la biblia; los demás libros los había tirado durante su huida. Encendió la linterna para ver dónde se encontraba. Esta luz atrajo a su salvador. Sin saber cómo, Esteban se encontró en brazos de Haik. El muchacho, gracias a la traición de Sato, había tenido conocimiento a tiempo de la locura que se planeaba. Al principio se sintió molesto por el proceder independiente de Esteban y pensó dejarle correr su suerte, pero después no pudo aguantar más en el Damlajik, pues sentía más fuerte y superior la preocupación por ese niño mimado que no estaba acostumbrado a esas cosas. Había llegado justo a tiempo de oír el tiroteo de los *saptiehs* contra el supuesto ataque armenio. Su instinto le guió hacia donde estaba Esteban y ahora zarandeaba con rabia al hijo de Bagradian.

—¡Ahí tienes lo tonto y fanfarrón que eres!

Esteban se sentía demasiado débil para encontrar una explicación. Pero a cada paso fue ganando valor, y poniéndole el botín delante de las narices, le dijo:

—¡Fui a buscar la biblia de Iskuhi Tomasian a la casa!

Bajo la segura dirección de Haik, iniciaron el regreso. La aventura de esa noche no se podía ocultar y temía la recepción. Ya eran las siete cuando llegaron a las trincheras. Esteban tuvo que meterse en la cama con escalofríos. Se produjo una gran escena con su madre.

—Si haces atrocidades como éstas, eres igual que Sato: ¡un sucio vagabundo! ¡Y no te querré más! —Su madre pronunció estas sinceras palabras con lágrimas en los ojos.

—¿Qué te ha ocurrido? ¿Por qué lo has hecho?

Esteban se calló, sin atreverse a decir la verdad. Sabía que al confesarla enturbiaría la amistad entre su madre e Iskuhi. Pero

debajo de la manta tenía apresada entre las rodillas la biblia de Iskuhi.

Cuando más tarde, a solas con el padre, éste insistió en conocer el verdadero motivo de este hecho, tuvo, después de inventarse historias, que confesar el secreto. Sonrojándose hasta las orejas, sacó la biblia. Después de hojearla, su padre se la devolvió sin decir palabra. Antes de abandonar la tienda le ordenó a Esteban con tono más oficial que paternal, que se presentara de ahora en adelante al levantarse y antes de acostarse, donde quiera que él estuviese. También ordenó a Awakian que en el futuro vigilase más al muchacho.

Gabriel Bagradian no había pasado ocioso la veda de caza que le «concedieran» los turcos. Las obras de defensa alcanzaban ahora una verdadera perfección. Los soldados y obreros de la reserva no trabajaron menos esos días que los que precedieron al 4 de agosto. Las trincheras se habían alargado, ganando en profundidad, y la pendiente estaba ahora protegida por diferentes obstáculos. Túneles de comunicaciones conducían a las trincheras de segunda línea y a los puestos de avanzada recubiertos con ramas, para que así los más valientes tiradores pudieran atacar a los asaltantes por la espalda o alcanzar a los enemigos que cayeran en los obstáculos. Sin cesar, Gabriel cavilaba nuevas invenciones de trampas, emboscadas y astucias para los trece puntos de ataque, a fin de que el resultado de los combates dependiera lo menos posible de la buena suerte. Sus conocimientos superficiales adquiridos en la escuela militar de Estambul y la experiencia de los combates de artillería de Boulair, le servían menos que un antiguo manual de táctica editado por el Estado Mayor francés y que había comprado un día como una curiosidad en la tienda de un anticuario. A la vista de este libro que se encontraba de actualidad del modo más inesperado, Gabriel experimentaba un extraño sentimiento filosófico (que no habría podido calificarse de pensamiento): «Compré entonces este libro sin el menor presentimiento, porque me agradaba la portada o me atraía

esta materia desconocida, aunque en ese tiempo no me interesara en absoluto la ciencia militar. Sin embargo, en el momento de la compra, mi destino independiente de la voluntad actuó prudentemente por su intermedio. Sí, mi *kismer* parece totalmente establecido, de la A a la Z, pues en 1910 me llevó ante la vieja librería del Quai Voltaire y me detuvo simplemente porque más tarde yo necesitaría este libro para la realización de sus designios».

Por lo demás, fue esta la única ensoñación filosófica que Bagradian se permitió en el transcurso de muchas semanas. La rechazó inmediatamente como algo molesto. Ya en Yoghonoluk, mientras elaboraba los preparativos de la defensa, había observado que su sentido de la realidad se debilitaba apenas cedía un poco a su tendencia contemplativa. Llegó, pues, a la conclusión de que el verdadero hombre de acción (que él no era), debe necesariamente carecer de espíritu. En cuanto al libro de táctica, encontró en él una serie de advertencias, de consejos, croquis y ejemplos que pudo, en pequeña escala, adaptar a las circunstancias. Tchauch Nurhan *Elleon* y los jefes subordinados ejecutaban diariamente con sus hombres los ejercicios más estrictos. Gabriel Bagradian organizaba en los diferentes sectores las más variadas maniobras para que cada soldado pudiera familiarizarse con la menor piedra, y el más pequeño arbusto, de modo que, llegado el caso de cualquier ataque, dispusiera de los reflejos de defensa necesarios. La organización de alarma estaba igualmente perfeccionada al más alto grado. En menos de una hora —a pesar de las distancias considerables—, se podían ocupar todos los puestos, proceder al relevo y ejecutar grandes movimientos de tropas.

En la cañada de la ciudad la obra llevada a cabo no era menos asombrosa. Cada familia, rica o pobre, contaba ahora con su choza de ramas bien protegida, es decir, algunos metros cuadrados de terreno al abrigo de la intemperie y que los tapices, alfombras y muebles hacían habitables. Este eco vago de un hogar bastaba para dar a la gente la inapreciable ilusión de haber encontrado allá arriba nuevamente condiciones de vida destinadas a una larga duración. El campamento no sólo estaba dividido en barrios por comunas; las

cabañas formaban verdaderas calles que desembocaban todas en la plaza del altar. Ésta, que constituía el centro de la aglomeración primitiva más densamente poblada, causaba al espectador una impresión realmente grandiosa. Sin embargo, la más bella obra del anciano Tomasian era indiscutiblemente la gran barraca destinada a la gobernación; no sólo contaba con verdaderas puertas y ventanas, sino también con un techo de tejuelas proveniente de las reservas del constructor. Se componía de tres salas: una grande en el centro —la sala de sesiones— y dos pequeñas laterales. La pieza lateral derecha quedaba separada de la sala de sesiones por un espeso tabique y estaba destinada a ser la prisión del Estado para los autores de faltas graves. Pero Ter Haigassun estaba convencido de que esta celda para los pecadores resultaría superflua. La pieza de la izquierda fue dedicada al farmacéutico Krikor. Éste había levantado entre él y la política una barricada de libros en la que abrió una estrecha abertura y tras la cual estaba su cama. En estanterías clavadas al muro colocó sus frascos, sus jarras y retortas cubiertas de polvo, mientras que con gran satisfacción se había deshecho de los tarros de petróleo, sacos de tabaco y material de mimbrería, que fueron a aumentar el tesoro público. La barraca de la gobernación reunía, pues, a grandes rasgos, todos los caracteres de un parlamento, de un ministerio y de un palacio de justicia, y al mismo tiempo los de una universidad y biblioteca. Pues allí el farmacéutico recibía a sus discípulos los profesores, quienes, después de haber enseñado, iban, a su vez, a escuchar su lección.

Se podía, pues, comprobar, no sin emoción, que esta minúscula humanidad de cinco mil almas repetía en un instante el largo camino de la civilización. Había llegado allá arriba casi desprovista de todo. Un poco de petróleo, algunas velas, los instrumentos más indispensables, era cuanto constituía su herencia de civilización. La primera lluvia ya había destruido su limitado ajuar de mantas, sábanas y colchas de cama, lo único que conservaban de sus comodidades domésticas. Ni la muerte inevitable en todos sentidos,

ni la más completa miseria lograban apagar en ellos las necesidades más elevadas, el deseo de religión, de orden, de razón y superación espiritual. Ter Haigassun pronunciaba, como siempre, la misa los domingos y días festivos. En la colina de la escuela se enseñaba a los niños. Bedros Altouni, el médico septuagenario, y Mairik Antaram habían organizado el hangar-hospital de un modo ejemplar y luchaban con las otras personalidades gubernamentales a fin de obtener para sus enfermos la mejor alimentación. En comparación al modo de vida en las aldeas, la moral general era superior; en los rostros enflaquecidos y pálidos se leía cierta satisfacción. Los largos días estivales no eran nunca lo suficientemente largos para poder llevar a cabo las innumerables tareas que debían ejecutarse cotidianamente. Las primeras labores comenzaban a las cuatro de la mañana. Las mujeres encargadas de ordeñar se dirigían a la plaza, donde ya los pastores habían reunido las cabras y las ovejas. La leche era ordeñada enseguida en grandes recipientes y luego conducida hacia el límite occidental de la hondonada de la ciudad, donde Mairik Antaram esperaba ya pronta a proceder al reparto entre las madres de familia, el hospital y la quesería. A la misma hora, las mujeres jóvenes se dirigían en largos cortejos a las fuentes más cercanas para llenar allí sus grandes ánforas de greda con el agua que, guardada en estos recipientes, se mantenía fresca a pesar del gran calor. Estas numerosas fuentes de agua deliciosa era uno de los mayores beneficios que prodigara el Musa Dagh a sus hijos. Mientras las filas de portadoras de agua regresaban a sus moradas, los siete *mouchtars* se dirigían a los potreros para escoger las bestias que se sacrificarían al día siguiente según las necesidades. Muy pronto se presentaron síntomas alarmantes en el terreno de la ingente consumición de carne. Un cordero gordo producía en aquellas regiones menos de veinte *okas*, o sea 25 kilos de carne comestible, aunque vivo su peso fuera el doble. Como más de cinco mil hombres debían vivir casi exclusivamente de esta carne —y además entre ellos se encontraba una enorme proporción de fuertes trabajadores—, había que contar diariamente más o menos con unos 65 corderos si se quería saciar realmente a los combatientes y a la

reserva activa. ¿Cuánto tiempo sería posible subsistir en la montaña al reducir de un modo tan alarmante los rebaños? Cualquiera podría sacar este cálculo solo. Ter Haigassun y el pastor Aram Tomasian publicaron el tercer domingo un edicto terminante en el que se prohibía desperdiciar cualquier cosa de las bestias sacrificadas, incluso las entrañas. Al mismo tiempo se reducía la porción diaria a 35 corderos y 12 cabras. Pero estas medidas no bastaban para apartar todos los peligros relativos al ganado. Además, como se había perdido mucho terreno de pastoreo con la instalación del campamento, por la construcción de otros edificios posteriores y las diferentes fortificaciones, se pudo comprobar desde el primer día que las bestias perdían peso considerablemente. Pero nadie se atrevía a enviar a los pastores con sus bestias a las praderas situadas más allá de la garganta norte. El matadero se encontraba próximo a un pequeño bosque bastante alejado de la hondonada de la ciudad. Sin embargo, los gritos de agonía (o miedo) que lanzaban los animales se escuchaban todas las mañanas en el campamento. Al principio, los carniceros colgaban los corderos y ovejas, después de vaciados, de los árboles, donde permanecían uno o dos días. Pero a consecuencia del gran calor la carne se descomponía rápidamente. Por esto, después de esta primera experiencia desagradable, la enterraron, lo que la mantuvo más fresca y le daba mejor sabor. Cuando una gran parte de los carniceros había terminado muy pronto por la mañana su tarea diaria, se dirigían inmediatamente a primera línea, donde les correspondía, y un segundo grupo de diez se dedicaba a la otra labor. Sobre largas mesas confeccionadas toscamente con troncos de árboles, la carne se cortaba según todas las reglas del arte. De ahí, las mujeres que estuviesen ese día de servicio en la cocina, la llevaban hacia la plaza del fuego. En este lugar ardían ya las fogatas y maderos macizos colocados en grandes hornos de tierra descubiertos. Enormes calderas llenas de agua, suspendidas de altos palos, se balanceaban sobre las llamas. Más allá la carne se asaba en grandes asadores directamente expuestos al fuego. La distribución de la comida se hacía una vez al día, y se organizaba por comunas, bajo la dirección de los *mouchtars* y en

presencia de Aram Tomasian. Enseguida se cortaba sobre largas mesas de madera proporciones adecuadas para cada familia de las diferentes localidades. Una personalidad oficial, generalmente el cura o profesor de la aldea, verificaba en una lista el número de bocas que se habría de alimentar. Como es fácil imaginar, esta operación exigía mucho tiempo, y jamás se llevaba a cabo sin conflictos. La naturaleza no se había preocupado de la equidad al crear el cordero y el cabrito. Algunos recibían los trozos más ventajosos del pecho y el vientre, mientras otros no lograban más que un montón de huesos y nervios. Las mujeres de carácter desconfiado veían en esto malas pasadas de algún enemigo. Aram Tomasian debía usar toda su habilidad para aplacar a las almas envidiosas, hacerles comprender que se trataba de un capricho del destino y probar a tal o cual mujer —Jeranik o Kohar—, que si esta vez la suerte le era adversa, en cambio el día anterior la había favorecido. Antes de proceder al reparto de alimentos entre los civiles, la mejor parte había sido ya separada para las tropas, cuya comida era llevada a las trincheras por el grupo de la banda juvenil destinada a tal servicio. Pero todos debían contentarse durante el día con esta única comida, pues por la noche sólo se hacía hervir en las grandes calderas de cobre agua a la que añadían raíces para poder dar el nombre de «tisana» a esta bebida insípida.

El pastor Aram había establecido también un constante servicio de orden. Doce hombres armados hacían las veces de policías y aseguraban la tranquilidad y el respeto de las leyes en la cañada de la ciudad. Cada hora hacían ronda, día y noche, caminando con el paso pesado y amenazador de los gendarmes por entre las filas de cabañas, con la intención de hacer sentir a los habitantes que vivían bajo la ley marcial y debían cuidarse doblemente. Tenían además la responsabilidad de la limpieza general, detalle al que Gabriel Bagradian, Aram Tomasian, Bedros Altouni, Hapeth Chatakhian y otro occidentalista, con una obstinación fanática, daban una importancia primordial. Muchas costumbres que en las aldeas constituían un uso inveterado, estaban prohibidas en la montaña. No estaba permitido arrojar basuras a la puerta de las cabañas, ni

derramar el agua en las calles del campamento, y sobre todo les estaba prohibido satisfacer sus necesidades naturales fuera de los lugares indicados por el consejo de jefes. Bagradian había atendido desde el primer instante a la excavación de profundas fosas asépticas. Si alguien faltaba a una de estas órdenes de limpieza y si se le cogía en flagrante delito de desobediencia, el consejo de jefes lo condenaba implacablemente a un día de ayuno, es decir, a no recibir su porción de alimento.

El ritmo cotidiano que Ter Haigassun había tratado de insinuar tan prudentemente en las nuevas condiciones de vida, se impuso mucho más rápido de lo que se esperaba. Se diferenciaba fundamentalmente de la dulce rutina del valle, pues a cada paso se producían choques y conflictos. A ciertas horas, sobre todo por la noche, ya terminado el trabajo, el descontento y la irritación se apoderaban de las familias. Por esto, Ter Haigassun decidió que al cabo de una serie de jornadas agotadoras, se consagrara una noche a regocijos inocentes en medio de una feliz despreocupación. Se contaba en el campamento con varios relatores de anécdotas y cuentos, y una gran cantidad de músicos para acompañar el baile. De cada dos hombres, uno por lo menos sabía rasguear el *tar* y la guitarra *saz*. Había también algunos violinistas del *kamantcha* y flautistas, sin hablar de los que tocaban el tambor. Asajan, el maestro, fue encargado de ocuparse de los festivales. El cantante de la voz de hilo se extrañó de que su sempiterno enemigo y torturador Ter Haigassun le honrara con semejante encargo. La primera fiesta fue fijada para el día siguiente. El consejo de jefes apareció encabezado por Ter Haigassun y seguido de todos los notables, así como también de Gonzaga Maris y Julieta, a quien Gabriel había rogado encarecidamente que asistiera. Antes de nada el pastor Aram pronunció un pequeño discurso, pidiendo a Dios perdón, ya que a causa de los crueles sufrimientos, tenían necesidad de divertirse. Después, el maestro Asajan cantó con su voz de falsete algunas canciones patrióticas, entre ellas una que decía:

Altas son las montañas armenias…

No tememos la muerte, por fuego y espada.

Después subió Oskanian a la tribuna declamando con voz tonante dos poesías tan patéticas y llenas de odio que parecía un juez sentenciando a un criminal. En la primera poesía la cosa no iba del todo mal. Se llamaba *La cuna armenia* y era conocida por todos.

En una lejana alcoba mece
Una mujer la cuna a un lado y otro.
Rodeada por el gris ocaso,
Se le inclina la cabeza, cargada de preocupaciones.

La vieja mujer hace guardia solitaria
Y se calienta con las brasas del hogar.
Mece a su hijo, su hijo se llama Venganza,
Y yace en silencio en la cuna.

A él no le suena ninguna dulzura,
Ninguna canción que pronuncie dulces nombres.
En sus ojos, muy abiertos,
Arde un fuego terrible.

Tan horrible son las llamas de este incendio,
Y, sin embargo, el niño llora en silencio
Y aprieta en un puño las diminutas manos
Esperando que se hagan más grandes.

Ningún tono de los labios bien apretados
Deja atisbar el valor mortal del recién nacido,
Que aquí en su cuna
Yace un nuevo señor, un nuevo salvador.

Pero el silencioso hombrecillo no se conformó, desgraciadamente, con recitar esta conocida poesía del poeta Waruchan, ya que él mismo se creía un bardo popular. Y por ello

deleitó a su público con otra poesía larguísima de su propia cosecha que tenía la única ventaja, a pesar de sus muchas estrofas, de parecerse a un chaparrón salvaje que desaparece rápidamente. Cuando ninguna señal de aplauso partió de la incomprensiva y perpleja multitud, el bardo, levantando su máuser, no se sabe si para saludar o en señal de amenaza, abandonó orgullosamente el lugar, dejando sitio a los músicos. Entonces comenzó la mejor parte del programa.

Al principio los jóvenes se hicieron rogar, pero luego varias parejas avanzaron para bailar el *tarz bar* y el *polor bar*, las danzas montañesas de la región que se ejecutan golpeando el suelo con los pies. Más tarde, Gabriel llevó a Julieta en medio de los danzarines para ensayar algunos pasos con ella. Pero al cabo de un momento ella le rogó que cesara, alegando que no comprendía nada de esa clase de danzas. Gonzaga Maris y Hrand Oskanian recibieron sus negativas para el baile. Fue un consuelo para este último comprobar que aquel «elegante» no tenía mejor suerte que él. En cambio Iskuhi danzó un *polor bar* con Gabriel, desde el principio hasta el fin. A la luz temblorosa del fuego, ella aparecía risueña y sonrosada, aunque jamás hubiera padecido tanto de su invalidez como durante aquel baile. Enseguida Gabriel regresó rápidamente a las posiciones del norte y las mujeres también se dirigieron a sus tiendas. Pero el pueblo permaneció aún mucho rato despierto, lanzando siempre nuevo combustible al fuego. Entre los bailarines se distinguía sobre todo Sarkis Kilikian, el ruso, que se reveló en esa ocasión como un maestro en aquel arte. A pesar de su aspecto poco atrayente, las jóvenes le solicitaban como compañero. Durante la danza sus miembros se agitaban con graciosa flexibilidad, mientras su calavera, siempre joven e indolente, dominaba a las danzarinas con un solemne gesto de indiferencia. Kework, el loco, danzaba sin cesar en medio de las parejas, siempre concentrado en sí mismo. Esta vez sostenía en la mano, en vez del girasol, una rama arrancada a un mirto.

A grandes rasgos, esa fue la vida que se llevó durante los primeros quince días en el Musa Dagh. En germen se encontraba, por tanto, cuanto constituye la vida de la humanidad entera. Empero el pueblo se hallaba en una soledad absoluta, aislado en un espacio vacío. La muerte, irreductible, los rodeaba, y sólo los optimistas incorregibles podían esperar escapar de ella. La otra historia de este pueblo se desarrollaba según las leyes naturales de la menor resistencia. Esta ley les había determinado la forma de vida en la comunidad, a la cual se sometió la mayoría de buena o mala gana, aunque ellos preferían de lejos otro método al impuesto. Pero los ricos y, sobre todo, los dueños de rebaños más perjudicados, sufrían enormemente por haber renunciado a sus posesiones. La convicción latente de que, de tomar el camino del destierro, no sólo habrían perdido más rápidamente sus bienes, sino hasta la vida, no lograba hacerles olvidar la amargura de su empobrecimiento. Y ahora que la existencia no era más que cuestión de días o semanas, estos personajes hacían todo lo posible por obtener algún favoritismo que los distinguiera de la plebe. En los márgenes de esta soledad, se habían levantado barricadas de defensa contra la muerte, y en el interior de estas barricadas el pueblo se sentía a veces tan increíblemente seguro y a salvo que se dedicaba a disputas ridículas o, por la noche, a bailar y cantar. Las condiciones de vida permanecían invencibles. No era posible pensar en regresar al valle, a aquel maravilloso pasado del que había sido expulsada esta pequeña comunidad sin conocimiento de su culpa, por el cruel decreto de un Gobierno supremo. Sin duda, no era posible el regreso, pero en cambio había allí algunos hombres de valor que un destino benévolo había entregado al pueblo en medio de su angustia.

En el centro de la colina se levantaba el altar. Cuando después de la última ronda, una hora antes del alba, la cada vez más pálida Vía Láctea giraba sobre él como si hubiera sido el centro y ombligo del universo, entonces Ter Haigassun, el sacerdote, se arrodillaba en la grada superior apoyando la cabeza sobre el misal abierto. Ter Haigassun era un hombre escéptico con una gran experiencia de la vida. Era precisamente por esto que concentraba con tal pasión en

su pecho los poderes de la oración. Cuando nadie creía ya en la salvación, era preciso que él fuera el primero y el último en conservar la fe en un milagro, en la certidumbre de la vida y la liberación de este peligro de muerte, con una creencia tan vigorosa que era capaz de mover montañas. Y para obtener esta fe invencible de esta paradoja incomparable de la vida, el alma de Ter Haigassun se sumía en una oración solitaria y pudorosa.

Julieta se había disciplinado y adoptado un modo de vida completamente nuevo. Se levantaba antes de la salida del sol, se vestía rápidamente para ir a ayudar a Mairik Antaram en la distribución de la leche y acudir lo más pronto posible al lado de los enfermos del hangar-hospital. Lo que hacía seguía sin ser un acto de compasión, sino algo mucho más difícil: un intento de subordinarse y encadenarse a lo completamente extraño. No tenía otra posibilidad. Gabriel tenía razón. Nadie puede instalarse en medio de una comunidad humana que espera la muerte y permanecer como una extranjera distinguida, libre de todo lazo y deber.

Un psicólogo superficial habría podido interpretar fácilmente mal a Julieta; ¿qué sería, pues, este ser encopetado? ¿Por qué era tan orgullosa que incluso al cabo de quince años de matrimonio se rebelaba aún contra el universo de su marido? ¿No había acaso en el país, en ese preciso momento, muchas mujeres europeas que consagraban heroicamente su vida al asesinado y ultrajado pueblo armenio? ¿No había en Urfa una Karen Jeppe que ocultaba en su casa a los refugiados y, extendidos los brazos, defendía su puerta de los *saptiehs* hasta que se fueran, por no atreverse a estrangular a una danesa? ¿No existían acaso diáconas alemanas y americanas que, al cabo de duras fatigas, hacían el viaje hasta Deir-es-Zor y se adentraban hasta el mismísimo desierto para prodigar su débil socorro a las mujeres y niños de los desgraciados asesinados que morían de hambre? ¡Y estas mujeres no estaban ni unidas a un marido armenio, ni habían dado al mundo un hijo armenio! Semejantes reproches parecían justificados, pero serían, sin embargo, injustos. Julieta era demasiado desgraciada para permanecer fría y altiva; en el Musa Dagh era un ser que, además de

los sufrimientos generales, se veía atormentada por su propio carácter. Siendo francesa, en el fondo de ella misma existía cierta altivez. Los pueblos latinos, no obstante su extroversión, son en el fondo rígidos y reservados. Tienen formas de ser muy marcadas que han definido ellos mismos. Si los pueblos nórdicos gustan de parecer siempre nubes en perpetua tensión y metamorfosis, a los franceses en general no les agrada salir de su país ni de su propia piel. Julieta poseía esta rigidez propia de su raza en el más alto grado. Carecía de la facultad de percibir la sensibilidad de los demás, cualidad que nace generalmente de una forma indecisa. Si, desde el primer día, Gabriel hubiera tenido la voluntad constante de guiarla con mano prudente y conducirla a la comprensión del mundo del que él provenía, tal vez todo hubiera sido diferente. Pero el propio Gabriel pertenecía a los parisinos, a los asimilados que hablaban de Armenia como de un asunto de gran distinción clásica, pero ligeramente desprovisto de realidad. Quince años antes, Julieta no se había dado cuenta más que de este hecho: se casaba con un ciudadano otomano. Pero lo que significa la nacionalidad armenia y las fatalidades y deberes que resultaban de ella, esto no lo supo hasta apenas algunas semanas antes, y del modo más espantoso.

Por lo tanto, si Julieta se sentía tan desamparada, la mayor parte de culpa la tenía el propio Gabriel. Ahora se vengaba de la afectuosa debilidad que siempre reconocía la superioridad de la francesa, alejando de ella, con extraordinaria delicadeza, las asperezas de diferencia de sangre. Pero en París no había motivo para otro comportamiento, pues sólo las difíciles circunstancias de Yoghonoluk habían despertado en él al armenio. Muchas veces recordaba las palabras del agá Rifaat Bereket: «Te casaste con ella y por consiguiente ella pertenece al *karma* de tu pueblo». En realidad, Julieta había sido absorbida por ese *karma* y, pensándolo bien, si se hubiera salvado sin Gabriel y sin Esteban, no se hubiese sentido igual o más desdichada que ahora.

Gabriel y Esteban, los únicos seres que amaba en este mundo, estaban muy cerca de ella y al mismo tiempo tan lejanos como si un océano los separase. Se preocupaban apenas de ella y la observaban

con cierta severidad. Ninguno de los dos podía manifestarle afecto; no la amaban. ¿Y los demás? El pueblo la odiaba. Julieta lo notaba al observar cómo se estiraban los rostros y el brusco silencio que se producía cada vez que ella iba al campamento.

El rencor de las mujeres le quemaba la espalda cuando pasaba junto a un grupo de comadres que chismorreaban. Julieta estaba segura de que en todas las miradas hacia ella había odio y una ridícula envidia. La única persona buena con ella era la madrecita Antaram. Pero esta bondad no le bastaba, pues era la compasión de un gran corazón femenino que se apiadaba de sus hermanas en desgracia. ¿E Iskuhi? Entre las dos se había creado una amistad solícita, y, sin embargo, precisamente Iskuhi le resultaba la más extraña. Julieta experimentaba en aquel tiempo un indescriptible sentimiento de abandono. Ella, que estaba acostumbrada a ser soberana y brillante, que jamás había inspirado más que simpatías y admiración, ahora era apenas tolerada, y, peor aún, nadie le demostraba respeto. Imaginaba afearse cada día más bajo el influjo de esta hostilidad general. Descuidaba su cara, no se ocupaba de su persona, porque se avergonzaba de los cuidados a que estaba acostumbrada y además el cansancio la abatía. ¡Qué locura de persecución! Los ojos armenios a su alrededor parecían acusarla y culparla a ella sola.

Pero en medio de sus preocupaciones se le presentaba una nueva tortura: ¡Francia! Las noticias de la guerra que llegaban hasta el valle del Musa Dagh provenían todas de periódicos turcos y databan de semanas y aun meses atrás. Julieta sólo había, pues, sabido de las derrotas francesas; sabía que los ejércitos enemigos estaban en el corazón de su patria. Ella, que nunca se había preocupado ni de sus propios asuntos y a quien dejaban fría e indiferente los sucesos de orden general, se sentía ahora llena de crueles pensamientos con respecto a su patria. Su madre, con quien se avenía tan mal, sus hermanas, con quienes casi estaba reñida, le parecían infinitamente próximas en sus sueños y poblaban casi exclusivamente sus noches en la pequeña tienda. A la madre la veía siempre moribunda. Julieta había llegado a la Gare d l'Est y, descalza, medio desnuda, había

corrido por cien calles sin fin, a la casa de su madre. Pero la moribunda apartaba su cara rígida de su hija siempre que ésta procuraba mirarla. Veía surgir las amigas del colegio que se volvían desdeñosas aunque Julieta se lanzaba de rodillas ante ellas.

De vez en cuando se le presentaba su difunto padre, impecable como de costumbre en su levita negra, con los guantes de cabritilla negra y la condecoración roja en el ojal. Miraba a Julieta con un gesto asombrado y repetía continuamente su frase favorita: «Esto no se hace».

Pero cuanto peores eran las noches, más puntual se presentaba Julieta a su trabajo. Ella no pretendía en ningún momento ser «humana» tal y como se lo aconsejara Gabriel; sólo quería vencer la soledad, su sentimiento de abandono. Servía a los demás con verdadero desinterés. Venciendo su sentido del olfato, Julieta se inclinaba junto a los enfermos, aquellos ancianos medio inconscientes acostados sobre toscas frazadas; descubría sus cuerpos afiebrados, les limpiaba la mugre y lavaba sus rostros descompuestos con las aguas de colonia que le quedaban. Hizo muchos sacrificios en esos días. Cedió una parte de su propia ropa e hizo confeccionar, de sus sábanas, pañales para los niños y vendas para los heridos, conservando para sí sólo lo estrictamente necesario. Pero a pesar de todos los esfuerzos que hiciera Julieta, jamás leyó, ni en los ojos opacos y tristes de los enfermos ni en las miradas frías de los sanos, el menor gesto de gratitud, ni siquiera un rastro de consideración hacia la extranjera. Gabriel tampoco le dirigió el más pequeño cumplido. ¡Diez días antes se preocupaba aún de un modo galante de su mujer y ahora ella no era más que algo molesto! ¿Y sería preciso que muriera en esta soledad, más desgraciada y abandonada que el más miserable de allá arriba en el Musa Dagh?

En estas horas en que estallaba de compasión hacía sí misma, Julieta hacía todo lo posible por ocultar a su propio corazón que no estaba tan abandonada como creía. Gonzaga Maris no se apartaba de su lado desde que había percibido en sus ojos la luz de su infortunio. Redoblaba sus atenciones y buena voluntad, acudiendo a su lado cada vez que podía ayudarla. Más que nunca, Julieta veía en

él al hijo de madre francesa, al hombre refinado, su prójimo, una especie de pariente lejano. Desde hacía algunos días corría peligro la amable familiaridad que reinaba entre ellos; esta modificación no provenía sólo de Gonzaga, sino también de Julieta. Jamás había traspasado los límites de la decencia, ni ahora ni antes; sin embargo, por primera vez le dejaba adivinar ahora un deseo, sin prescindir en ningún caso del respeto que siempre le había demostrado. Esta peligrosa proximidad al límite, esta continua presencia sin contactos, turbaba a Julieta, que pensaba a menudo en Gonzaga. Además, a pesar de su madre francesa, era siempre muy enigmático, los hombres que están siempre a mano, estos hombres que pueden esperar indefinidamente, resultan inquietantes a las mujeres. Además, Gonzaga era de aquellos a quienes la emoción no hace enrojecer, sino palidecer.

La transformación había empezado a manifestarse cuando despareció la reserva de Gonzaga de la noche a la mañana, aquélla que Julieta no había podido comprender jamás, y empezó a narrarle episodios de su vida.

Julieta permanecía cada mañana tres o cuatro horas en el hangar-hospital, generalmente hasta que los enfermos habían recibido su almuerzo. Gonzaga Maris iba casi siempre a buscarla a esa hora. Si no estaba lista, él la esperaba. Los ojos alertas e incansables del joven no la abandonaban. Ella se sentía envuelta en esta mirada, y así era. Pues si ella se demoraba demasiado —no sin intención—, en alguna tarea, él se acercaba tiernamente a ella y le murmuraba al oído:

—¡Ya basta! ¡Deje todo esto, Julieta! Semejante trabajo no es digno de usted. Esto le va a hacer daño.

Con una dulce presión, la obligaba enseguida a abandonar el hospital. A ella le gustaba salir con él. Como Gonzaga no estaba sometido a ninguna obligación ni trataba tampoco de obtenerla del consejo de jefes, había empleado sus ratos de ocio en buscar, por el lado del Damlajik hacia el mar, algunos maravillosos senderos naturales abundantes en panoramas y rincones propicios al reposo.

Afirmaba que eran tan bellos como los más famosos lugares de la misma Riviera. Julieta y Gonzaga permanecían, pues, a distintas horas del día, sentados en estos sitios aireados o abrigados, sobre los promontorios descubiertos o sombríos de esta Riviera que, separada de la meseta por una ancha faja de mirtos, rododendros y fresales, se extendía por una prolongada fila quebrada bordeando los muros gigantescos que caían bruscamente al mar. Ambos se sentían infinitamente solos. ¿Quién se daría cuenta de su ausencia, de ellos, los extranjeros?

Aquel día 14 de agosto, el décimoquinto en el Musa Dagh, Gonzaga Maris parecía ser alguien distinto. Julieta jamás lo había visto tan triste, tan juvenil en su melancolía, tan perdido. Sus ojos, en los que no se reflejaba ninguna lejanía ni aun cuando miraba al horizonte, se perdían —así lo suponía Julieta— en el infinito. En realidad dirigía su mirada hacia un punto preciso que se encontraba oculto por un saliente de la montaña. Sus pensamientos buscaban la planicie de la desembocadura del Oronte donde brillaban al sol los vastos edificios de la refinería. La pregunta que le hizo Julieta resultó perfectamente desatinada, pues correspondía a su propio estado de ánimo y no al del joven:

—¿Siente nostalgia, Gonzaga?

Él se rió brevemente y ella comprendió avergonzada cuán penosas e insensatas habían sido sus palabras. Recordó lo que, a retazos, le había contado Gonzaga de su vida, siempre con una cierta indiferencia irónica, como si él mismo hubiera participado en ella a medias y poniendo lo peor de su parte; su padre, banquero en Atenas, había dejado embarazada a su madre, una institutriz francesa. Antes de que el niño cumpliera cuatro años, se produjo una catástrofe. El padre huyó a América dejando a la madre y el niño sin dinero. Pero la madre, que conservaba su amor por el aventurero, partió, a costa de grandes sacrificios, en su busca con el pequeño Gonzaga; allá no logró descubrir al que había perdido; en cambio, durante la búsqueda, encontró a otro. Era un fabricante de paraguas de Detroit, hombre de edad que se casó con la madre y adoptó al pequeño.

—Por esto —confesó Gonzaga—, puedo usar, según mi antojo, dos nombres, y con pleno derecho. Pero, dado mi físico, considero que Gonzaga Mac Wawerley es imposible; de este modo me quedo con el de Maris.

Adoptó una expresión solemne para explicar esta elección de nombres. La pobre madre de Gonzaga no fue feliz durante mucho tiempo al lado del fabricante de paraguas. Se disolvió el matrimonio, la esposa tuvo que abandonar el hogar de Detroit, y hasta la edad de quince años Gonzaga erró de un internado a otro. En esa época, por una extraña casualidad, conoció a su verdadero padre, que había adquirido entonces una modesta fortuna. El anciano se debatía entre remordimientos, pues la madre de Gonzaga había muerto en un hospital de Nueva York en la sección de indigentes. Envió a su hijo a Atenas a casa de unos parientes, dándole cierta suma de dinero. De los años siguientes, Gonzaga habló poco y en términos cortantes. No habían sido ni malos ni buenos, dijo, y en todo caso absolutamente desprovistos de interés. Fue sólo mucho más tarde, al cabo de una infancia miserable y una adolescencia desesperada, cuando logró descubrirse a sí mismo en París. Es decir, él descubrió que poseía algunos dones, ciertamente mediocres y corrientes, pero que al menos le permitirían desenvolverse en el mundo, por su cuenta y riesgo. Desde hacía varios años vivía en Turquía, pues los parientes de su padre le habían abierto el camino a Estambul y Esmirna. En Estambul se ocupaba de proveer a los corresponsales de periódicos americanos con informaciones y narraciones del interior de Turquía. Cuando sus asuntos no iban bien, acompañaba a los coros de las pequeñas compañías teatrales italianas o de operetas vienesas. Últimamente hasta le había contratado en calidad de pianista el *manager* de un *music-hall* de Pera; tenía que seguir en la *tournée*, hasta los rincones más apartados de Turquía, a un grupo de cupletistas y bailarinas.

En todo esto se percibía una gran sinceridad. ¿Qué podía haberse inventado en estas sórdidas y triviales historias para lucirse ante los ojos de Julieta? Gonzaga había expuesto este débil bosquejo de su existencia con tal negligencia como si su pasado estuviera ya

hundido muy por debajo de él; parecía querer decir que aquél no había sido sino un despreciable preludio de su verdadera vida, de la que sólo sus miradas hablaban cuando se detenían en Julieta. Ella creía, sin duda, en la autenticidad del relato y, sin embargo, le parecía ligeramente modificado según el auditorio. Durante un segundo sospechó que Gonzaga tenía para cada mujer una versión diferente, pero siempre voluntariamente anodina, de su vida.

—¿Cuántas mujeres había en la compañía con la que fue usted a Alejandreta? —preguntó ella con curiosidad.

El recuerdo de esta compañía le pareció tan inoportuno, que respondió a la pregunta en un tono casi gruñón:

—Eran dieciocho o veinte.

—Seguramente habría algunas hermosas y jóvenes, ¿verdad? ¿Le interesaba alguna de ellas, Gonzaga?

Él refutó semejante suposición con un gesto de asombro.

—Los artistas de *music-hall* llevan una vida ordenada. En cuanto a las bailarinas, consideran el amor como una profesión que no se debe malgastar inútilmente.

La curiosidad de Julieta no se calmaba fácilmente.

—Usted estuvo varios meses en Alejandreta. En un puertecillo infeliz…

—Alejandreta no es tan infeliz como usted imagina, Julieta; viven allí algunas familias armenias muy refinadas que poseen casas muy hermosas y espléndidos jardines…

—¡Ah! Ésa es la cuestión, comprendo; una de estas familias fue el motivo de su prolongada estancia.

Gonzaga no negó que hubiera experimentado cierta inclinación hacia una joven dama de esa sociedad, lo que le llevó a cortar su contrato con el *music-hall*. De un modo extraño, cuando Julieta oyó hablar de esta dama, se la imaginó parecida a Iskuhi, pero ricamente ataviada, pintada y cubierta de joyas, lo que reñía evidentemente con la personalidad de ésta. Gonzaga no dio ningún detalle suplementario de esta aventura y declaró que había sido un error ya olvidado y para siempre borrado de su memoria. Su único fin había sido indicarle el camino que va de Beilan a Yoghonoluk, el camino a

la villa Bagradian.

Cuando Julieta reflexionaba sobre la situación actual de Gonzaga, su propia angustia ya no le parecía tan cruel. ¿Existía acaso un modo más refinado que el suyo de no pertenecer a ninguna parte? Estaba sentado a su lado, triste como si estuviera encerrado bajo un fanal de cristal, en un ambiente de soledad impenetrable a todo amor. Había decidido compartir modestamente el mortal destino de Julieta sin quejarse, sin exigir la menor retribución, como si se tratara de una insignificante galantería indigna de ser mencionada siquiera. Además, Gonzaga tenía mil razones menos que Julieta para estar allí. ¡Cómo se arrepentía de haberle hablado un momento antes de su nostalgia! ¿Qué país habría podido echar de menos este desgraciado? Ante sus ojos sólo se prolongaba el vacío. Julieta comprendía ahora por qué este hombre que se vanagloriaba de poseer una memoria perfecta, no tenía recuerdos, o por lo menos sólo recuerdos de cambios. Este hombre joven, que le demostraba una solicitud tan afectuosa, con tan tierna reserva, no había recibido ningún gesto de amor. Estaba sentado ahí como un niño, sobre la roca lisa, muy cerca de ella desde el hombro a la rodilla; sin embargo, no la tocaba, dejando siempre entre ellos algo como un espacio vacío. Esta minúscula distancia de la virtud y de la represión de sí mismos, casi los quemaba. Gonzaga callaba. Pero el corazón de Julieta se henchía de una dulce y peligrosa piedad.

—Gonzaga —interrogó, asustándose de pronto al escuchar el sonido que surgía de su voz.

Él se volvió lentamente hacia ella; fue como una iluminación. Ella le cogió la mano con timidez, sólo para acariciarla. Pero en ese instante no pudo dominarse: su rostro y sus labios se tendieron hacia adelante. Los ojos de Gonzaga se apagaron también. Una última chispa de espera escrutadora los embelesó y enseguida la mirada murió. Dejó que Julieta se aproximara junto a él antes de oprimirla contra su pecho en un movimiento brusco. Ella gimió suavemente bajo la presión de su beso. La juventud de esta mujer fiel había transcurrido sin haber sabido cuánta desconocida voluptuosidad despertaba en los hombres. Pero ahora sintió inmediatamente un

dolor que casi hacía estallar su cabeza. Era el mismo dolor de cabeza hipnótico que la había atacado aquella noche, y el de la primera vez que Gonzaga tocó el piano de un modo tan lúgubre en el salón de Yoghonoluk. Rechazó al hombre para reunir fuerzas de resistencia. Un pensamiento se impuso en su mente: «No fue él quien tomó mi mano, sino yo la suya». Tras este pensamiento se presentaba otro enseguida: «Desde hace semanas, conscientemente, lo ha preparado todo para hacerme culpable». Pero al minuto siguiente se agotó nuevamente su poder de resistencia, pues Gonzaga sostenía a Julieta contra su pecho y la besaba por segunda vez. El dolor de cabeza dio lugar a una dicha intolerable. Caía sobre ella un crepúsculo púrpura dejando abierta sólo una lejana y delgada rendija de terror: «Estoy perdida», pues ahora, con sus besos, este hombre que se contentaba, el discreto y servicial compañero, se convertiría, por fin, en el verdadero Gonzaga: ya no sería la dócil criatura del destino, sino una potencia insospechada, capaz de dar felicidad o desgracia. Su boca extraía el secreto, que ella misma desconocía, con un delicioso ardor de venganza.

Él la soltó sólo cuando escucharon unos alaridos espantosos. Inmediatamente se separaron asustados. Julieta sintió su corazón tan débil que casi le faltó el aliento. «Mis cabellos están desordenados», pensó, e intentó levantar los brazos, pero parecían pesadas herramientas imposibles de levantar.

—¿Qué sucede? —Él la sostuvo y caminaron en la dirección de la que provenían los gritos. Al poco de andar, Gonzaga pudo comprender la verdad—: ¡Son los asnos del campamento! ¡Se han vuelto locos! —exclamó.

Y, en efecto, cuando Gonzaga y Julieta se aproximaron a la plaza vecina donde las cabalgaduras y las bestias de carga estaban amarradas a sus postes, la visión que contemplaron parecía brotar de una pesadilla. Los apacibles asnos parecían haberse transformado en horribles dragones legendarios: sacudían sus ligaduras, se encabritaban sobre las patas traseras y coceaban en todas direcciones. La espuma colgaba de sus hocicos, y sus ojos, yertos como cristales, expresaban un pánico indescriptible. Los sonidos

prolongados que lanzaban parecían más bien relinchos que los rebuznos propios de los asnos. Al parecer, el instinto de las bestias había percibido la terrible realidad antes de que se produjera. A lo lejos, más allá del desfiladero norte, estalló una gran detonación; al cabo de algunos segundos, un estremecimiento se transmitió por las alturas del aire; enseguida, un golpe breve y seco rasgó la atmósfera, y al sur de la hoya de la ciudad apareció, a ras del suelo, una nube alba. Los asnos callaron inmediatamente. Un murmullo de gemidos y lloriqueos se extendió alrededor. El pueblo se precipitó fuera de las cabañas. Muy pocos de ellos comprendieron lo que sucedía, dándose cuenta de que esta fina humareda que surgía sobre la montaña provenía, en realidad, de la explosión de una nube de metralla.

El fuego de artillería sorprendió también a Gabriel Bagradian en medio del campamento. Estaba agotado, puesto que apenas había dormido la noche anterior. Sin cesar le habían llegado alarmantes mensajes de los diferentes sectores. No cabía duda que algunos espías turcos habían rondado por la noche junto a las trincheras con la intención de deslizarse por entre el cordón de centinelas. Por esto Bagradian había ordenado que a la noche siguiente todos estuvieran listos para el combate y organizó también un servicio constante de guardia. Hacia el mediodía, cuando se sentó para descansar en el banco de su cuartel general, le atormentó una pesadilla horrible: Julieta estaba muerta, extendida a lo ancho sobre el amplio lecho de su dormitorio en París. Estaba más que muerta; estaba yerta. Era una masa helada y su color el de una carne opaca. Para desentumecer el cadáver de su mujer debía acostarse junto a ella…

No se liberó sin dificultad de esta imagen repugnante. Era indudable que su actitud hacia Julieta era incorrecta. La rehuía por cobardía, y sólo Dios sabía desde cuándo. Aunque su nuevo oficio y su vida actual no le dejaban un minuto de libertad, no era ésta una razón suficiente para calmar su conciencia. Fue así cómo decidió entregar hasta la noche el mando a Tchauch Nurhan *Elleon* para pasar la tarde con Julieta. No la encontró en la tienda e Iskuhi salía precisamente de la suya. Su hermano Aram estaba con Howsannah, y ella no quería incomodar a los esposos. Gabriel rogó a Iskuhi que

le acompañara hasta el regreso de Julieta. Se sentaron en la pradera de la plaza de las tres tiendas. Gabriel se preguntaba con asombro qué era lo que había cambiado tanto en Iskuhi. ¡Ah!, ya sabía; no usaba los vestidos que le regaló Julieta, sino una amplia túnica de grandes flores estampadas hecha de una tela delgada y clara, con el talle alto y las mangas de farol, lo que le daba un aspecto antiguo, sin parecerse tampoco en nada a las mujeres de la región. La frágil silueta de Iskuhi le había parecido antes miserable y digna de compasión. Pero este amplio vestido le daba cierta vaporosa lozanía y ocultaba su brazo enfermo. Jamás su fino y serio rostro había ostentado una mirada tan franca, observó Gabriel; esto provenía tal vez del ancho chal de seda con que se cubría la cabeza para preservarse del sol. Comprobó, sorprendido, que Iskuhi tenía una boca grande y sensual. Debería usar un chal rojo, pensó de repente. Como se encontraba en un día de cansancio y ensoñación, las imágenes de tiempos lejanos de su vida despertaron en el fondo de su conciencia.

Yoghonoluk, la casa del abuelo. Habían desplegado ya sobre la hierba tierna del parque el gran mantel de damasco para el desayuno. Todos esperaban respetuosamente a Awetis Bagradian, el anciano, que compartiría con ellos la primera y solemne merienda del día. El samovar de plata humeaba sobre un trípode. Montones de albaricoques estaban dispuestos en canastos; uvas y melones sobre amplias bandejas. Sobre platos de madera se veían huevos frescos, miel y pieles de albaricoques. Bajo una servilleta blanca, un delgado pan esperaba a ser partido por el amo de la casa después de la oración. Gabriel tenía ocho años y vestía un *entari* parecido al que usaba actualmente Esteban. ¡Ah! ¿Cuándo terminaría el desayuno? Podría entonces ir a vagar por las pendientes del Musa Dagh y descubrir allí grandes secretos. En esos momentos, impaciente, no apartaba la vista del mantel. Tal vez una gran serpiente se ocultaba entre sus pliegues. Un estremecimiento dorado anunciaba la cercanía del abuelo. Pero, resultaba extraño, el anciano Awetis no era más que este estremecimiento dorado; no se desprendía de ello, sus lentes montados en oro estaban suspendidos del cordón, su

blanca barba puntiaguda, su bata amarilla y negra, sus zapatillas de marroquí rojo no lograban hacerse visibles; su imagen permanecía oculta aunque él se encontrara allí con todo su poder. En cambio, Gabriel observaba nítidamente que todas las mujeres levantaban lentamente el velo sobre sus cabezas y con todo respeto volvían la espalda al anciano como era debido. ¿Era éste un verdadero recuerdo o un producto artificial de su imaginación confeccionado de instantes de recuerdos? Gabriel no lo sabía. Sin embargo, Iskuhi se encontraba —sin que él comprendiera por qué— unida a la trama de su pasado lejano. Estaba sentada en el suelo frente a él. Sumido en la observación del rostro de la joven, no recordó sino al cabo de un rato que la buena educación le obligaba a decir algo.

—Iskuhi, ¿qué le dijo usted a Esteban, a ese pequeño monstruo?

Ella extendió los dedos de su mano derecha, con un ademán de malestar y disconformidad.

—Estaba horrorizada y desesperada, Gabriel Bagradian, de que hubiera cometido esa locura por mí.

Él titubeó.

—También yo me horroricé. No quiero ni pensar en las posibles consecuencias de esa travesura de locuelo. ¡Gracias a Dios que terminó bien! Es una advertencia para mí. Hay que cuidar más del muchacho. Pero, ¿cómo? Está en una edad terrible.

Iskuhi puso cara de maestra sagaz.

—Sí, hay que ocuparse más de Esteban. Sólo el cielo sabe lo que le pasa.

—No sólo el cielo lo sabe; también yo me imagino perfectamente lo que le pasa. Si no fuera mi hijo, me haría mucha gracia su travesura… —Sus palabras quedaron flotando en el ambiente, y después de una pausa agregó—: Y su biblia, ¿vale realmente el riesgo de Esteban, Iskuhi?

Iskuhi se levantó con rapidez.

—Yo la quiero mucho, por ser un regalo de Aram. Si quiere se la muestro. Espere, por favor.

Sin esperar respuesta, corrió hacia la tienda y regresó con el libro. Se sentó muy cerca de Gabriel; sus rodillas puntiagudas se

marcaban bajo la suave tela del vestido. Quiso abrir la biblia, pero temiendo la posible crítica de Gabriel, dijo:

—No tiene ningún valor artístico, pero yo encuentro muy bellas las estampas…

Gabriel, sin fijarse en la biblia, no apartaba la mirada de la boca de la muchacha.

—Creo que usted ama a su hermano más que nada en el mundo, ¿no es así?

Sus palabras implicaban casi un vago reproche.

Iskuhi abrió su libro favorito, como si no le gustase hablar de sus sentimientos.

—Estamos muy acostumbrados el uno al otro… No me podría imaginar la vida sin él.

Y se acercó un poco más, enseñándole la primera estampa para que pudiera admirarla. Gabriel, que era algo miope, se inclinó sobre el tomo, que era de la segunda mitad del siglo pasado. Sus estampas, de suave colorido, tenían cierto atractivo. El pintor armenio, interpretando el alma popular, había optado más bien por figuras patéticas, especialmente en lo que se refiere al Antiguo Testamento. Cuando Gabriel iba a admirar el sacrificio de Isaac, estalló la primera granada, a unos cuantos centenares de metros sobre la hondonada de la ciudad y bajo la primera colina del Damlajik. Gabriel se precipitó rápidamente, corriendo hacia sus hombres. En el camino encontró al doctor Altouni montado en un asno. El anciano tuvo que cedérselo. Bagradian golpeó a la bestia con tal ímpetu, con el garrote y los talones, que ésta transportó a su jinete hacia las posiciones del norte en un galope desacostumbrado.

Los turcos habían preparado esta vez su golpe con más astucia y táctica. El *bimbachi*, comandante de la plaza de Antioquía, aquel viejo y afable señor de ojos somnolientos y rojas mejillas infantiles, dirigía personalmente la expedición militar. Extrañamente, su colaborador, el rudo *jusbachi*, había pedido precisamente en esos días un permiso para dirigirse a Alepo, librándose así de toda responsabilidad. Ya que la tranquila y prudente moderación del *bimbachi* no había logrado triunfar en el consejo del caimacán ni en

el del comandante, no le quedaba más solución que preparar lo más rápido posible la campaña contra el Musa Dagh. La cólera y la amargura que le inspiraban sus enemigos dieron a las resoluciones y preparativos de este hombre tan tranquilo, el impulso de una fuerza inesperada. Pasó casi un día entero en el telégrafo de Antioquía. El aparato de telégrafo funcionaba en tres direcciones: hacia Alejandría, Alepo y Eskerek, para informar a todas las pequeñas guarniciones locales del ejército y la gendarmería establecidas dentro de los límites del departamento. Dentro de cuatro veces veinticuatro horas, el viejo coronel puso en movimiento una considerable fuerza armada que comprendía aproximadamente mil fusiles y dos cañones. Se componía de dos compañías regulares de guarnición en Antioquía, dos pelotones del mismo regimiento de las localidades secundarias, la famosa batería llegada a la guarnición en el transcurso de los días anteriores, toda una compañía de *saptiehs* y finalmente un cuerpo de *tchettehs* irregulares venidos de las montañas vecinas de Hammam. Al mismo tiempo, los observadores habían explorado las posiciones armenias del Damlajik, si no de un modo completo, por lo menos parcialmente. El temor de los veinte mil armenios y sus ametralladoras se había disipado bien pronto. El *bimbachi* contaba, pues, tanto en hombres como en municiones, con fuerzas infinitamente superiores a las de su adversario; por lo tanto la liquidación del campamento armenio no sería ya sino cuestión de horas. Lo más importante era que se disimulara lo más posible la llegada de las tropas a fin de realizar un ataque por sorpresa. El *bimbachi* tuvo éxito en ambas cosas: la marcha disimulada y la sorpresa. Todos los observadores del Musa Dagh fueron burlados. El coronel había dividido su ejército en dos unidades casi idénticas que debían operar independientemente. Una de estas unidades se dirigió, con extraordinarias precauciones, la noche del 13 de agosto, en dirección al pueblo de Suedja y acampó —hábilmente repartida y oculta entre las ruinas de Seleucia— bajo el bastión sur. En cuanto a la otra unidad, que era dirigida por el coronel en persona, ocupó cierto tiempo la carretera de Antioquía a Beilan hacia el noroeste y enseguida dobló en dirección a la montaña tornando por malos

senderos de mulas. Fue ahí donde el plan del *bimbachi* tuvo su primer tropiezo. Los pesados obuses de campaña no avanzaban a pesar de que con cada uno de ellos había dos hombres empujando continuamente las ruedas, mientras otros cargaban durante las quince millas de este duro camino de montaña con la enorme culata de los cañones desprendida del carro. Los asnos que se engancharon, dieron un resultado casi nulo en la artillería; consecuencia de esta desgraciada experiencia fue un atraso de diez horas. Esta tropa, que se había puesto en camino medio día antes que la primera, llegó, no por la noche del 13 de agosto, sino a las doce del día 14 de agosto a las ondulaciones del Musa Dagh que se extendían al norte del desfiladero. El doble ataque previsto para una hora después del atardecer era, pues, irrealizable. El capitán que mandaba el cuerpo sur y los soldados que no habían tenido permiso aún para sacar la cabeza fuera de sus escondites en las ruinas ardientes, estaban ya completamente agotados en espera de la señal convenida (el primer cañonazo), espera inhumana bajó los verticales rayos del sol implacable. Pero el grupo del norte estaba aún en peores condiciones. Aquellos hombres tenían en su haber una marcha por la montaña de quince horas sin descanso, interrumpida sólo por tres cortas paradas.

El coronel debió haber pensado: «Concederé reposo hoy a mis hombres, enviaré un mensaje a Suedja y postergaré el ataque para mañana a primera hora». Dado el carácter apacible del anciano señor, cualquiera habría apostado cien contra uno a que ésta sería su decisión. Sin embargo, sucedió lo contrario. Suele suceder que las personas tranquilas son a menudo muy impacientes. Cuando se encuentran comprometidas en una empresa desagradable, quieren despacharla lo más pronto posible. El *bimbachi* ordenó al *mulasim* de artillería que instalara inmediatamente a los obuseros en el lugar indicado, hizo calentar rápidamente el rancho y una hora más tarde dirigía ya su compañía en largas filas de tiradores hacia las posiciones armenias en el desfiladero, donde se ocultaron al principio, a una distancia prudente, en los pequeños recovecos, tras los árboles y las rocas. El viejo coronel maldijo en su alma al

caimacán y al *jusbachi*: maldijo al general de retaguardia que le había enviado en vez de cañones de montaña, desmontables, estos dos obuseros imposibles de transportar, y maldijo sobre todo a Su Excelencia, el comandante en jefe del ejército sirio, Djemal Pachá, a quien llamó «jorobado» y «estafador». Este hombre, rebosante de cólera, esperaba con su estado mayor el cañonazo que debía indicar el comienzo del combate. Había ordenado al teniente encargado de los obuseros que disparara algunas veces en dirección a las viviendas armenias. Esos imbéciles del Ittihad y Estambul calculaban las distancias de las granadas y obuses que iban a lanzar ahora a la meseta del Damlajik. El *bimbachi* contaba con que el bombardeo contra el campamento provocaría pánico entre las mujeres y los niños debilitándose así el ardor combativo de los hombres.

Sus cálculos no andaban errados. Los obuses dieron en el blanco más por casualidad que por pericia. De doce disparos, tres proyectiles cayeron en la hondonada de la ciudad. Sus balas no causaron sólo daños materiales, sino que hirieron también a tres mujeres, un anciano y dos niños, afortunadamente no de gravedad. Un obús cayó en medio de la barraca de los víveres destruyéndola e incendiándola, terminando de golpe con lo que quedaba en provisiones de harina, tabaco, café, arroz y azúcar. La barraca ardía con grandes llamas y fue un verdadero favor divino el que no se propagara el fuego a las chozas de ramas más próximas. El alboroto del pueblo fue tan grande como el daño. El ataque, sin embargo, produjo en los combatientes el efecto de una doble alarma. Todos los que en ese momento se encontraban fuera del servicio, se precipitaron a sus puestos. Nurhan *Elleon* reunió en pocos minutos, en las trincheras, a todas las fuerzas de ataque. Los grupos de ordenanzas y los observadores de la banda juvenil se reunieron a retaguardia. Cuando Gabriel Bagradian llegó jadeante en su asno, encontró su máquina pronta a funcionar hasta en sus más mínimos detalles. Antes de que hubieran transcurrido algunos minutos, le llevaron el primer mensaje del bastión sur. Fue así como el golpe turco no resultó plenamente. El ataque otomano encontró defensores sorprendidos, sin duda, pero resueltos.

Sarkis Kilikian y el bastión sur tuvieron en aquella jornada su día de gloria. En este lugar el enemigo no tenía aún ninguna experiencia. En efecto, los exploradores turcos jamás se habían aventurado por este amplio y árido semicírculo por donde la montaña cae a plomo, formando campos de rodados y terrazas caóticas. El capitán encargado del mando no sabía siquiera si se encontraban combatientes tras los bloques dentados de la torre rocosa que sobremontaba la posición. La población mahometana, muy numerosa en la planicie del Oronte, es decir, los habitantes de los pueblos de Suedja, de El Eskel y Jedidje, alarmados por la guerra que se desarrollaba en la montaña, aseguraban que desde hacía varios días no se percibía ningún movimiento tras la corona de rocas, ni por la noche se veían fuegos encendidos. El jefe de la compañía era, sin embargo, prudente, pues suponía que de todos modos habría posiciones armenias en el borde sur del Damlajik. Mucho antes ya, había repartido a sus hombres en dos grupos. Uno debía atacar de frente, el otro efectuaría un movimiento envolvente. El primero se componía de tropas regulares, el segundo de *tchettehs* y *saptiehs*. Mientras unos emprenderían inmediatamente la ascensión de la montaña, los demás atacarían por atrás a las tropas armenias que se suponían apostadas allá arriba, y para ello treparían por donde el medio círculo de la montaña daba al mar sobre la aldea montañesa de Habaste. El capitán turco, en vez de organizar su compañía en línea de tiradores, la colocó en fila india en una prolongada cadena a fin de presentar menos blancos a las balas del enemigo. Las ruinas del templo de Seleucia, que sirvieron de protección a los soldados, se elevaban sobre un vasto macizo a 300 metros sobre el nivel del mar. Los atacantes debían ascender aún a una pequeña elevación desierta, cubierta de cascajo y a una altura casi idéntica, para alcanzar así el borde del campo de rodados que coronaba el bastión sur. Esta parte no era abrupta hasta el punto de impedir la ascensión, y además presentaba por todas partes posibilidades de refugio: por esto el *bimbachi* consideraba que esta subida se prestaba mejor al ataque que tal o cual puesto en los bosques del Damlajik, donde los armenios ejecutaban cómodas

emboscadas detrás de cada árbol y de cada arbusto. Por otra parte, lo que no se había podido disimular había sido el paso de las tropas por la carretera que unía las aldeas que se divisaban desde todos los observatorios del Musa Dagh.

La cuestión del mando en el bastión sur no estaba claramente establecida, lo que constituía una falta grave en el plan de defensa concebido por Bagradian. Según su opinión, esta región estaba mucho menos amenazada que el desfiladero norte o la garganta de las encinas, precisamente por la gran inclinación de sus pendientes y su situación descubierta. Por esto había incorporado a las numerosas tropas del bastión a todos los desertores o seudodesertores, la hez del Damlajik, elemento poco seguro y que deseaba mantener en lo posible alejado del pueblo. El jefe de este sector era un antiguo soldado oriundo de Kheder Beg, un hombre blando y lento en sus gestos que no lograba dominar esa parte colérica y terca que tienen los desertores. El profesor Oskanian, a quien el comité de guerra había nombrado comisario e inspector de esta posición, había hecho el ridículo ante todos, y desde el primer día, por su inoportuna severidad y sus modales pretenciosos. El arrogante enano no podía inspirar a estos individuos, escarmentados de la vida, el respeto que creía firmemente merecer. Está de más decir que la dirección efectiva del sector correspondió a la personalidad más fuerte que allí se encontraba, a Sarkis Kilikian.

El ruso parecía haber experimentado una profunda transformación interior desde la derrota que le infligiera Bagradian. Ya no parecía el aficionado independiente que se adapta, según su antojo, a la vida del pueblo; al contrario, se plegaba sin protestas a la disciplina guerrera y, lo que es más, desarrollaba en su sector una gran actividad de ingeniero de fortificaciones dando pruebas de una verdadera riqueza inventiva. A costa de varios días de labor encarnizada, elevó y reforzó, por medio de grandes bloques de piedra, los muros de defensa cuya construcción se encontraba muy retrasada; además, había ideado una máquina primitiva, pero muy ingeniosa, para aumentar el poder defensivo mediante un dispositivo mortal. Detrás de cada uno de los tres muros vueltos hacia los

pedregales, a gran distancia los unos de los otros, había hecho elevar dos cadalsos que se unían en ángulo recto, construidos con los troncos de las encinas más altas. A la barra transversal de éstos se había atado una gruesa viga, que colgaba de fuertes cuerdas horizontales y que tenía el aspecto de un ariete que llevaba en un extremo una tabla ancha de madera o una especie de escudo reforzado con hierro. Se podía acortar o alargar la cuerda que sujetaba la viga y desviar así el punto de contacto del ariete contra el muro. De este modo, cuando la pesada maza terminal caía sobre el bloque de las fortificaciones como un péndulo lanzado de muy lejos, llevaba una fuerza de propulsión que ningún brazo humano habría podido igualar.

En el momento que comenzó el fuego de los obuses y que los observadores anunciaron que la línea de soldados turcos iniciaba la ascensión del contrafuerte que dominaba las ruinas romanas, el jefe nombrado por Bagradian para mandar en el sector perdió completamente la cabeza. Por un hueco del bastión natural, paralizado, fijaba la vista en el suelo sin decidirse a dar una orden. Hrand Oskanian, el valeroso enano, se puso pálido como una hoja de papel. Sus manos temblaban de tal manera que no podía abrir el fusil para introducir el primer cartucho. Su estómago se rebelaba y el pobre Oskanian perdió el sentido del equilibrio. El sombrío profesor, que una hora antes representaba aún su papel de formidable Marte, no tenía fuerzas siquiera para huir. Le faltaba la voz. Seguía paso a paso a Sarkis Kilikian como un perrito. Este vigilante, castañeteando los dientes, buscaba protección en su vigilado. Los ojos opacos del ruso tenían como siempre su tranquilo color ágata. Inmediatamente los desertores y demás soldados se reunieron a su alrededor reconociéndolo como jefe natural. Ya nadie tomaba en cuenta al hombre de Kheder Beg. Kilikian tampoco pronunciaba una palabra, se paseaba por las fortificaciones siempre seguido de su grupo e indicaba con la mano a los hombres que debían defender, ya fuera la torre de la roca, los muros de la fortificación o los atrincheramientos laterales. Tras los cadalsos del ariete se habían levantado unos andamios en forma de escalas sobre

altos montones de piedras. Dos hombres treparon a cada uno de éstos, prontos a soltar el ariete en cuanto se lo ordenara Kilikian con una seña. El ruso practicaba la misma táctica de Bagradian el 4 de agosto; esperaba el momento propicio. Pero su paciencia inerte parecía infinitamente superior a la de Gabriel. Cuando la vanguardia de los turcos apareció al borde del campo de cantos rodados, encendió un cigarrillo con su prehistórico encendedor. A su lado, Oskanian temblaba, anhelante.

—¡Vamos! ¡Anda, Kilikian! ¡Es el momento!

Tratando en vano de inflamar la mecha de estopa con su mano libre, Kilikian sujetaba enérgicamente al profesor para impedirle levantarse y dar una señal prematura. Después de una ascensión sin peligros, y comprobando la profunda paz que reinaba en la montaña, los turcos se imaginaban a salvo: se relajaban, se acercaban unos a otros y conversaban formando grupos compactos. Por fin, en el momento en que alcanzaron casi el centro del campo de cantos rodados, Kilikian lanzó un prolongado silbido. Los arietes de asalto se precipitaron con todo el peso de sus macizas cabezas contra los muros mal plantados. Las piedras más livianas de las capas superiores botaron como balas, desparramándose, mientras los grandes bloques calcáreos de la base se inclinaban lentamente hacia adelante, rebotando enseguida furiosamente para caer atronando en medio de los turcos. Ya el primer efecto fue espantoso. Pero además la montaña armenia se dignó en ese instante a colaborar personalmente en la destrucción del enemigo, y de un modo tan cruel, que ni las generaciones futuras podría olvidar esa catástrofe natural ocurrida en la costa siria. Los muros de la fortificación estaban incrustados en el borde festoneado de la torre rocosa. La fuerza del ariete conmovió también la corona calcárea natural hasta sus cimientos y arrastró al fondo del valle enormes fragmentos de estas troneras. La pendiente, que consistía en una cara espesa de cantos rodados sueltos, no pudo resistir esta indescriptible tempestad de piedras. En medio de los silbidos y del barullo aturdidor de esta nueva especie de tormenta, la pendiente entera comenzó a deslizarse y —como un río monstruoso de piedras y de

cal— arrastró en su corriente a los pocos turcos que aún quedaban vivos. Fue más que una espantosa avalancha de rocas. El propio Damlajik parecía haber levado anclas para emprender una travesía. El granizo fue a caer sobre la parte superior de las ruinas de Seleucia, rompió columnas enteras y destrozó los apacibles muros cubiertos de hiedra.

Durante diez minutos se habría creído que la montaña tenía deseos de descender a Suedja o hacia la desembocadura del Oronte. El grupo oeste del cuerpo turco recibió el golpe de la avalancha cuando se encontraba sobre la aldea de Habaste. La mitad de los hombres salvó la vida gracias a una casualidad compasiva. La otra mitad resultó muerta o herida; en cuanto a la aldea, fue destruida en parte. Después de un cuarto de hora se hizo el silencio, un silencio mortal. La montaña destruida y destrozada presentaba nuevamente al sol su costado apacible y pérfido. Del desfiladero norte, se escuchaban atenuados los disparos de obús que estallaban a lo lejos. Cuando ya no se movió ni el más insignificante guijarro, Kilikian silbó por segunda vez. Los desertores y demás combatientes, inmóviles hasta ese instante, se levantaron por fin. Conducidas por el ruso, las tropas del bastión sur bajaron lentamente la pendiente como si fueran a dar un corto paseo; con una placidez extraordinaria degollaron a todos los heridos turcos y despojaron a los muertos de su ropa, al extremo de no dejarles más que la piel sobre el cuerpo. Esta operación fue ejecutada con tanta conciencia como tranquilidad y sin que nadie se preocupara de la ruda lucha en que se encontraban empeñados sus hermanos del lado norte. Sarkis Kilikian trocó sus harapos por el brillante uniforme de un soldado turco. A pesar de la sangre aún fresca que manchaba el uniforme, el ruso se pavoneaba, sintiéndose como si hubiera renacido. Hrand Oskanian, en cambio, había trepado al punto más alto de la torre natural y disparado al aire, como un loco, para dejar constancia de su parte en la victoria. Durante le ejecución de estos imponentes disparos, no cesaba de comprobar con asombro cuán fácil le resulta a un hombre realmente valiente dar pruebas de coraje.

Ni Gabriel Bagradian ni su adversario el *bimbachi* sospechaban el espantoso destino del grupo sur. En medio del barullo del combate, ambos, al escuchar el trueno prolongado de la avalancha, creyeron que se trataba de un ruido indefinido y lejano. Ahí en la garganta norte, el combate era duro y peligroso para los hijos de Armenia. Que estuvieran los obuses especialmente favorecidos por la suerte o que se debiese a sus propios méritos, el caso es que al cabo de una hora de lentos disparos de barrera, cuatro proyectiles bien dirigidos habían destruido una parte de la gran trinchera, y tres cadáveres destrozados y varios heridos graves yacían por el suelo. Casi por un milagro, Gabriel Bagradian había escapado de los silbantes proyectiles que caían sin cesar. Sentía la piel rígida como un cuero seco después de la lluvia. Comprendió perfectamente que éste no era su día. Las ideas y decisiones no brotaban tan fáciles de su espíritu como de costumbre. Habría podido —y este remordimiento le abrasaba el alma— evitar estas pérdidas. Dio a Tchauch Nurhan, aunque demasiado tarde, la orden de retirada. Sin embargo, tuvo el ánimo suficiente para organizaría por el lado de las rocas.

Los turcos habían logrado establecer un observatorio en la cima de un árbol desde donde dominaban en parte la trinchera y podían controlar el efecto de los cañonazos. En cambio, las barricadas de piedra a la derecha quedaban ocultas a sus miradas. Recordando la catástrofe del 4 de agosto, temían las implacables paredes perpendiculares del Musa Dagh y ya no se aventuraban a efectuar movimientos envolventes. Los defensores salieron uno por uno de la trinchera agachando mucho la cabeza y arrimándose a los bloques macizos y salientes del laberinto, hasta que alcanzaron la posición de reserva que también se encontraba situada en lo alto de una ondulación del terreno. La segunda trinchera no estaba ocupada ese día, ya que Gabriel no había osado retirar ni un solo grupo de diez hombres de ninguno de los puntos de defensa del borde de la montaña. Estaba enteramente convencido de que los turcos intentarían un ataque en un tercer lugar. Mientras un líquido helado se filtraba por sus venas, pensaba que si se perdía también esta trinchera de reserva ya nada podría oponerse a la muerte en

horrorosos martirios de esas 5.000 almas, como jamás se hubiera visto antes. Mientras, el oficial turco observador parecía no haber notado la retirada. Los obuses caían ahora en la primera trinchera, a intervalos de un minuto; como ya nada se movía allí, el *bimbachi* consideró llegado el momento del ataque. Se hizo un silencio infinito, luego en los espesos matorrales de la colina opuesta estalló de repente un furioso tronar de trompetas y tambores. Oficiales y simples graduados arrastraron adelante las filas de tiradores gritando a voz en cuello. Sus alaridos se mezclaban con los de sus hombres, que corrían al asalto, no sin cierto temor. Eran, casi en su totalidad, jóvenes soldados inexpertos que habían sido retirados de las carretas en los campos de Anatolia y veían por primera vez el fuego después de unas pocas semanas de una instrucción superficial.

Sin embargo, cuando estos reclutas observaron que su ola de asalto no encontraba resistencia, su coraje creció y se apoderó de ellos la más feroz embriaguez que pueda experimentar una multitud. En un instante escalaron la pendiente cubierta de obstáculos y ocuparon, con estruendosos gritos de alegría, la gran trinchera de primera línea. El coronel comprobó que su asunto marchaba bien y juzgó prudente no dejar enfriarse el ardor victorioso de su joven equipo. Hizo, pues, ocupar esta posición a los *saptiehs* de la retaguardia y empujó adelante las líneas de asalto aún entusiasmadas y agrupadas en filas compactas. Naturalmente, no se atrevió a proseguir con los disparos de obuses por temor de dañarse a sí mismo y a los suyos.

Gabriel Bagradian no era el único en la segunda trinchera que comprendía lo que ahora estaba en juego: ni uno solo de los armenios lo ignoraba. Ya no existía allí jefe ni dirección, sólo una idea cuyo significado los petrificaba: detrás de mí se encuentra el campamento indefenso, las mujeres, los niños y todo mi pueblo.

Como siempre, esperaron hasta el instante en que estaban seguros de que cada una de sus balas alcanzaría el blanco: Gabriel y Aram Tomasian, ellos también, dispararon por primera vez contra sus víctimas sin que se alterara su mirada, como si estuvieran sumidos en un sueño. Lo que sucedió fue independiente de su

voluntad, o más bien ésta se había infiltrado enteramente en la comunidad. Habiendo gastado todas las balas de su primera provisión, no volvieron a cargar los fusiles. Como si de repente hubieran recibido una orden formal, todos los hijos de Armenia se lanzaron fuera de las trincheras. Se produjo entonces un ambiente fundamentalmente distinto al del 4 de agosto. De los labios crispados no brotaba un solo grito de rabia sanguinaria. Cuatrocientos hombres de diferentes edades se lanzaron mudos, con todo su peso, sobre la juventud turca horrorizada, que despertó inmediatamente de su embriaguez. Fue un sombrío y agitado cuerpo a cuerpo, hombre contra hombre. ¿Para qué servían ya las largas bayonetas agregadas al cañón de los fusiles máuser? Pronto quedaron desparramadas por el suelo del terreno. Los puños huesudos de los armenios buscaron sin descanso el cuello de sus enemigos mortales y sus dientes vigorosos se hundieron inconscientemente, al modo de las bestias rapaces, en la garganta de los turcos para beber la sangre de la venganza. Paso a paso, la compañía retrocedió. El anciano *bimbachi*, que ya no tenía las mejillas sonrosadas sino más bien amoratadas, como después de un ataque de apoplejía, intentó hacer avanzar a los *saptiehs* en el campo de batalla, pero éstos le respondieron abandonándole. Su oficial declaró que la gendarmería era una tropa destinada a restablecer el orden y no a luchar; por lo tanto, no estaba obligada a atacar a un enemigo armado. Además, ella obedecía las órdenes de las autoridades civiles, y no militares. El *bimbachi*, de carácter tan suave, dominado por un furor que ya no podía reprimir, amenazó con hacer fusilar al oficial con todos sus *saptiehs*. ¿Quién era el responsable de toda la porquería armenia? Los funcionarios y los *saptiehs*, aquellos individuos cobardes y pestilentes, que demostraban coraje sólo ante las mujeres y los niños y fuera de eso no sabían sino asaltar, matar, robar y violar. Pero la cólera no le valió de nada al viejo coronel. Los *saptiehs*, resentidos, dejaron las trincheras y se retiraron a las alturas opuestas. Sin embargo, nadie hubiera podido adivinar cómo habría terminado ese degüello general si no hubieran llegado socorros en ese instante.

Cuando tanto en la cañada de la ciudad como en las trincheras de los sectores libres llegó la noticia del milagro de la avalancha y por ende la completa aniquilación del destacamento turco de la zona sur, todo el pueblo se sumió en un loco frenesí de sed combativa. Ter Haigassun y el consejo de jefes fueron impotentes para mantener el orden. Llenas de una sacrílega presunción, las almas se sentían seguras de poseer el favor divino. Entre tanto, los ordenanzas llevaron la noticia de la retirada en el frente norte. La reserva se precipitó en busca de azadones, rastrillos y hachas. Hombres y mujeres gritaban a Ter Haigassun: ¡al desfiladero norte! Querían saldar aquel mismo día todas las cuentas con los turcos. El sacerdote no tuvo, pues, más remedio que tomar la dirección de esta tropa desordenada. Los combatientes libres se precipitaron también hacia el norte. La enorme y desordenada afluencia que brotaba de todas partes lanzando gritos, decidió el resultado del combate en un intervalo de pocos minutos.

Los turcos fueron rechazados más allá de la trinchera conquistada hasta su posición de partida. Bagradian gritó a Ter Haigassun que regresara inmediatamente al campamento con la reserva. Si los obuses rompían ahora el fuego, esa multitud tan densa, dijo, sería espantosamente diezmada. Sólo a costa de grandes esfuerzos logró el sacerdote hacer volver atrás a esa horda desencadenada. Mientras tanto, los defensores, cubiertos de sudor y de sangre, se pusieron con febril premura a reparar las partes destruidas de la trinchera. Los torturados nervios de Gabriel esperaban a cada instante el primer obús. Sólo faltaba una hora para que sobreviniera el crepúsculo.

El obús cuyo silbido esperaba Bagradian no llegaba. En cambio se produjo algo enteramente inesperado. Un prolongado trompetazo rasgó el aire. Tras el límite boscoso de la pendiente opuesta se detectaron unos movimientos rápidos, y luego los observadores anunciaron que las tropas turcas se retiraban hacia el valle a paso de carrera y por el camino más corto. La luz del día permitía ver aún a los turcos instalar su campamento en la plaza de la iglesia de Bitias, mientras el coronel se dirigía con su estado mayor a Suedja al galope

más rápido que sus caballos le permitían, atravesando Yoghonoluk y las aldeas meridionales. Aquella jornada era más triunfal y sobre todo más favorecedora que la del 4 de agosto. Sin embargo, por la noche no hubo regocijos, ni siquiera se percibió una alegría concentrada en las trincheras ni en la cañada de la ciudad.

Se transportó a los muertos. Estaban tendidos bajo las mantas que los ocultaban, alineados sobre el liso terreno que Ter Haigassun había escogido como cementerio a causa de su espesa capa de tierra. Desde el día del éxodo sólo habían muerto tres ancianos, cuyas tumbas aún frescas estaban hechas de toscos bloques calcáreos que podían reconocerse por las cruces negras pintadas en su superficie. Ahora eran necesarias 16 nuevas tumbas, pues además de las víctimas del fuego de artillería, ocho hombres habían caído en el cuerpo a cuerpo y otros cinco fallecieron a causa de sus heridas en el transcurso de las horas siguientes. Junto a cada muerto se encontraba arrodillada toda su familia. Pero nadie lanzaba exclamaciones ruidosas; sólo se oían suaves gemidos sofocados.

Alrededor del hangar-hospital se había colocado a los heridos de rostros demacrados, de miradas profundas e interrogadoras. La tienda-hospital sólo podía albergar a una pequeña parte de ellos. El anciano médico se encontraba ante una tarea inmensa a la que no bastaban sus conocimientos ni sus manos. Además de Mairik Antaram, Iskuhi, Gonzaga y Julieta le prestaron su ayuda. Principalmente Julieta trabajó este día con una dedicación casi enfermiza, como si quisiera compensar con sus cuidados a los enfermos por su falta de amor hacia ese pueblo. Había hecho transportar allí toda la farmacia portátil abundantemente provista, que el médico parisino de la familia Bagradian había preparado para ellos antes de partir a Oriente. Los labios de Julieta estaban descoloridos. A veces vacilaba como si fuera a desmayarse. Entonces su mirada buscaba a Gonzaga. No lo consideraba como un amante, sino como un amigo implacable que la obligaba a trabajar más allá de sus posibilidades. El farmacéutico Krikor había llegado, como se

lo ordenaba su deber, con todos sus medicamentos. No poseía sino dos remedios para las heridas, algunos paquetes de vendas y tres grandes botellas de tintura de yodo. Éstas constituían un tesoro inapreciable, pues por lo menos el yodo impedía la supuración de las heridas, cuya mejoría o empeoramiento Bedros Altouni había de dejar —sin cesar de refunfuñar— en manos de la naturaleza. El farmacéutico no cedía este remedio universal sino con parsimonia y apenas la tintura disminuía en la botella, vaciaba dentro una cantidad igual de agua.

Esteban que, con Haik y su pandilla, había vagado por los dos campos de batalla, por el cementerio y el hospital, observaba con curiosidad toda esta dolorosa actividad. Era la primera vez en su vida que veía muertos, cuerpos mutilados, heridos quejándose o gritando de dolor. Estas visiones horribles le hacían envejecer varios años sin darle por ello más aplomo. La expresión de apasionada madurez en su rostro se trocó por otra más sombría y hostil. Cuando miraba fijamente hacia adelante, se parecía a veces a su modelo Haik con el matiz de una exagerada exaltación. Después de cerrada la noche, obedeciendo a la orden recibida, se presentó ante su padre en las posiciones del norte. Los jefes estaban sentados en círculo alrededor de Bagradian. Tenía en la mano el cohete de un obús y el de un proyectil; explicaba a su auditorio, con toda la simplicidad posible, cómo se regula el cohete, y según la profundidad del proyectil en la tierra, calculaba la distancia de los cañones. Debían encontrarse probablemente a 2.000 metros sobre la cima de la garganta. Gabriel Bagradian hizo circular el mapa del Musa Dagh. Ya había marcado la probable situación de los cañones; con un ligero raciocinio lógico no se les podría imaginar sino en la quebrada agreste que bordea también al norte la pendiente abrupta del Musa Dagh. Sólo este estrecho corredor tenía la ventaja de estar libre y ofrecía a los cañones un buen campo de tiro; en todos los demás sitios, grupos de árboles muy altos habrían molestado la trayectoria de los proyectiles y exigido una elevación de los cañones, que no era posible en tales condiciones. Esteban, Haik y los demás muchachos estaban en cuclillas a espaldas de los hombres y escuchaban la

discusión reteniendo el aliento. Nurhan *Elleon* propuso la eventualidad de un ataque a los cañones. Gabriel Bagradian la rechazó categóricamente. O bien, dijo, los turcos renuncian a la empresa —y en ese caso bajarán los cañones al valle—, o si no, han concebido nuevos planes y entonces efectuarán un cambio de posición en el transcurso de la noche. Por lo tanto, en uno u otro caso, toda tentativa de ataque sería superflua y extraordinariamente peligrosa, pues si los cañones estaban protegidos por una gruesa escolta —tal vez una sección entera de infantería—, podrían desde su atrincheramiento causar graves daños a los asaltantes. Ellos mismos tenían ya con los turcos la experiencia de un ataque al descubierto. Bagradian no deseaba arriesgar inútilmente una sola existencia armenia. Nurhan se obstinaba, sin embargo, en esta idea. Resultó de ello una violenta discusión que se prolongó mucho rato, oscilando en ambos sentidos, hasta que el jefe supremo la interrumpió en un tono que no admitía réplica:

—¡Tchauch Nurhan, tú también estás agotado y así eres incapaz de hacer ya nada bien! ¡Basta! ¡Vete a dormir, más tarde volveremos a hablar de esto!

En cuanto a los niños, no estaban cansados y, al contrario, se sentían capaces de hacer muchas cosas: la prolongada vigilia provocaba en ellos una tensión exasperada. Esteban obtuvo el permiso para pasar esa noche en las trincheras. Su padre, que acababa de acomodar allí su cama, le cedió una manta. Gabriel había perdido la costumbre de un verdadero lecho y un espacio cerrado para dormir. Ni siquiera se podía respirar al aire libre, hasta tal punto era sofocante la noche. Los hombres, agotados, se durmieron aturdidos. Uno de ellos apagó, pateándolas, las últimas brasas del fuego. Dobles puestos de centinelas montaron guardia, cuidando de no perder de vista ninguna de las entradas del desfiladero. Como una silenciosa bandada de pájaros, los niños se levantaron y desaparecieron tras las barricadas de rocas. La imponente luna de agosto había alcanzado ya su cuarto creciente. Bajo esa luz cruda se detuvieron los niños, estrechamente oprimidos contra las blancas rocas y murmurando con sus voces ligeras. Al principio no eran más

que insensatos proyectos y un balbuceo confuso, sin fin, bajo el emocionante claro de luna. Pero en el fondo de sus almas, ávidas de aventura, la misma voluntad excitante los inflamaba, sueño que Esteban trocó en realidad. Al principio fue sólo una curiosidad infantil: ver los cañones. En la banda de Haik se encontraban los mejores ases del grupo de ojeadores. ¿No podrían acaso emprender una exploración sin haber recibido la orden personal de Hapeth Chatakhian o de Samuel Awakian? Esteban lanzó esta pregunta tentadora. Su expedición en busca de la biblia de Iskuhi, por su loca audacia, había elevado su prestigio casi al nivel del de Haik. Este, con la ironía indulgente del superior invencible, se dignaba tolerar la ascensión del hijo de Bagradian. Alguna vez que otra, se veía transparentar en su actitud sarcástica y protectora el débil reflejo de una inclinación amistosa. Haik hizo señas a los otros para que le esperaran en el más completo silencio. Quería, ante todo, ver lo que sucedía allá arriba. Desapareció sin ruido, y al cabo de treinta minutos ya se encontraba en medio de su escuadrón. Contó, con ojos centelleantes, que se podían ver los cañones como en pleno día. Eran grandes máquinas macizas, magníficas, brillantes como el oro y separadas la una de la otra por una distancia de seis pasos. No había contado más de 14 artilleros dormidos, entre los cuales no se encontraba ningún oficial. Sólo un centinela montaba guardia.

Haik había calculado bien. El destino de estos obuses fue la razón de que el pobre *bimbachi* de mejillas infantiles se considerase feliz de terminar su carrera, no como general pachá, sino como un mero agente contador militar de los ferrocarriles de Anatolia. Juró cien veces ante el consejo de guerra y hasta por la clemencia de Alá, que no había olvidado la escolta de los cañones prescrita por el reglamento, pero que los criminales *saptiehs* y *tchettehs* se habían retirado sin permiso. Aunque esta verdad fuera evidente, nada pudo salvar al pobre coronel. Su deber habría sido colocar junto a la batería un destacamento de soldados regulares, pero este olvido no constituía la única desgracia del *bimbachi*. El teniente de artillería había descendido personalmente al valle en busca de la orden de batalla para el día siguiente en vista de la retirada de los soldados,

pues no había recibido la menor instrucción, ni contaba con un solo suboficial más o menos seguro. Además, los acemileros contratados para el transporte de los cañones, al no recibir la orden contraria, decidieron, sin más, pasar la noche en las aldeas. En consideración a la moral que reinaba en las tropas y al espantoso incidente de la pendiente sur, la sentencia contra el *bimbachi* fue relativamente suave. Por una extraña y afortunada casualidad, Djemal Pachá —aquel «farsante», aquel «traidor» y «jorobado»—, que generalmente se preocupaba de los asuntos más insignificantes, no intervino esta vez en persona. Tal vez las molestias que le causaba el canal de Suez fueron el motivo de la distracción del general: es posible que hubiera otro motivo relacionado con el repugnante Djemal y el adorado Enver.

Haik y dos de sus más valientes observadores treparon sin ruido a la cima rocosa situada frente al desfiladero. Esteban los seguía no sin dificultad. Hagop, el cojo, había tenido que quedarse, naturalmente. Y Sato no rondaba alrededor de la banda, pues estaba ocupada en cosas más importantes. Haik y él contaban con los fusiles y cartuchos que habían sustraído de los cinturones y cartucheras de los soldados de las trincheras. Era hora de poner fin a una diferencia que existía desde hacía mucho tiempo entre los dos camaradas. Cada vez que Esteban, orgulloso de sus dotes de tirador, afirmaba que podía apuntar a la cabeza de una figura de naipes a cincuenta pasos de distancia, Haik le respondía en tono frío e irónico:

—¡Siempre igual de fanfarrón!

Ahora había llegado el momento de demostrar, por fin, a este orgulloso, que a pesar de todas sus ínfulas, nadie podía igualarle en puntería. Y Esteban Bagradian dio pruebas de ello del modo más contundente.

Haik empujó al joven tirador a través de espesos arbustos de rododendros hasta el límite del territorio ocupado por la batería. A diez pasos de ellos roncaban los hombres dormidos. El centinela, la mirada vaga, observaba el ciclo nocturno sin estrellas bajo la fuerte claridad lunar. El tiempo y el espacio se alargaron desprevenida y

pacientemente. Esteban calculó ante todo la resistencia de varias ramas para ver dónde podría apoyar más cómodamente el cañón de su fusil máuser. Apuntó con detenimiento, sin la menor agitación, como si las siluetas que tenía ante él no fueran de carne y hueso, sino los títeres recortados en cartón que sirven de blanco en las ferias. Con el corazón perfectamente impasible, oprimió el gatillo, percibió con satisfacción el golpe y el culatazo, y muy contento de sí mismo, vio desplomarse al hombre. Cuando de un salto se levantaron los dormidos, preguntándose qué sucedía, apuntó más rápido, pero de ningún modo con menos precisión; disparó una, dos, tres, cuatro veces, cargando siempre el arma con decisión. Los 15 turcos, aunque reclutas, eran hombres maduros que ignoraban casi completamente la intención de esta campaña. Tropezaban unos con otros con absoluto desconcierto. Cinco camaradas yacían ya bañados en sangre. El enemigo era invisible. Entonces estos buenos campesinos, soldados a su pesar, no perdieron tiempo buscando una protección, sino que de un salto se precipitaron en la selva dando comienzo a una desenfrenada fuga para marcharse muy lejos y, sobre todo, no regresar jamás. Haik les disparó las cinco balas de su carga. Ninguna de ellas alcanzó el blanco, lo que el maestro Esteban pudo comprobar no sin desdén. Los obuses con sus carros, las cajas de municiones, los proyectiles, las carabinas y las bestias de carga estaban allí abandonadas. Fue así cómo un niño de catorce años, con cinco cartuchos, vengó el exterminio de millones de su raza en la inofensiva persona de ignorantes campesinos metidos a guerreros, inocentes por lo tanto, como sucede siempre cuando se trata de guerra y venganza.

Cuando los centinelas escucharon, unos después de otros, los tiros en la tranquila noche de luna, despertaron a los jefes. Pero los demás niños, que en medio de las rocas esperaban a sus camaradas, fueron sobrecogidos por una angustia horrible. Se sentían responsables. Gritando, agitando desesperadamente los brazos, salieron de pronto de su escondite. Hagop, con su agilidad de inválido, corrió cojeando

hacia Gabriel Bagradian, que se había levantado medio dormido aún. El cojito le indicaba enloquecido la pendiente opuesta sin cesar.

—¡Haik y Esteban! ¡Están allá! ¡Esteban y Haik!

Gabriel no comprendió qué había sucedido, supo solamente que Esteban se encontraba en peligro, y se precipitó como un loco en la dirección indicada. Cien hombres cogieron sus fusiles y corrieron tras él. Tchauch Nurhan *Elleon* se encontraba naturalmente entre ellos. Cuando, llegado junto a los cañones, Gabriel vio a las víctimas en el suelo y a Esteban sano y salvo, abrazó a su hijo en un gesto doloroso, como para protegerlo aunque ya hubiese pasado todo. Pero los demás quedaron paralizados de estupefacción. Ninguno de ellos se preocupó de los jóvenes héroes. Los nuevos conquistadores, jadeantes, los armenios, permanecieron un momento inmóviles junto al botín. Esto significaba un triunfo enorme, tan increíble que nadie se daba tiempo para pensar ante la fantástica gesta, a costa de qué lucha habían sido adquiridos estos trofeos. Se trataba ahora de ponerlos lo más pronto posible en lugar seguro antes de que regresaran los turcos. Las posibilidades de defensa aumentaban considerablemente. Doscientos brazos se pusieron a la obra. Los carros, los avantrenes, las cajas de municiones y los obuses atados a los carros, fueron transportados hasta arriba. Todos los hombres ayudaban, tirando de las cuerdas o empujando las ruedas. El cortejo trepaba con dificultad por la pendiente abrupta de la montaña sin poder encontrar un camino, pero la noche atenuaba los obstáculos, suavizaba los ángulos, haciéndolo todo blando y penetrable. A veces se hubiera podido creer que los cañones, llevados por estos brazos vigorosos y entusiastas, flotaban muy por encima del desfiladero.

Al cabo de una hora y media, los obuses quedaron instalados exactamente donde Gabriel Bagradian hubiera deseado colocarlos, a pesar de los obstáculos de que había estado sembrado el trayecto. El padre de Esteban dejó que su hijo relatase la hazaña. Pero el terror que estremecía aún su corazón, selló sus labios: no podía alabar a su hijo.

Según su opinión, este golpe audaz, realizado con deliberación, daba mal ejemplo, no sólo a la juventud, sino a los hombres de

primera línea. Si a cada uno se le ocurriera ejecutar un acto de heroísmo, el mando único y la disciplina del Damlajik se irían al diablo, y eran estos dos valores los únicos que podían garantizar por algún tiempo la seguridad de la vida del pueblo. Sin embargo, una preocupación más grave aún, respecto a Esteban, lo atormentaba. Hasta entonces un destino clemente lo había dejado regresar dos veces intacto de temerarias empresas audaces, cuyos peligros no parecía comprender. Sin duda ese niño era un inconsciente. Pero hubiera sido absurdo encerrarlo en la plaza de las tres tiendas. Gabriel Bagradian no prosiguió con sus reflexiones, pues muy pronto los cañones ocuparon enteramente su pensamiento. Conocía perfectamente este tipo de obuses de campaña, pues durante la guerra de los Balcanes había estado de servicio en una batería de esta especie. Eran obuses austrohúngaros de cien milímetros, modelo 1899, proporcionados a Turquía por la fábrica Skoda. En las cajas de municiones del segundo cañón quedaban aún treinta proyectiles. Gabriel encontró cuanto necesitaba; los aparatos de puntería para el tiro directo, las instrucciones indispensables y los cuadros de concordancia para el cálculo de los disparos, todo ello en la caja del cañón. Hizo esfuerzos para recordar todos sus antiguos conocimientos, calculó la distancia de Bitias, trató de situar exactamente la posición del campamento turco, y cargó los obuses según todas las reglas del arte. Su mano inexperta necesitó mucho tiempo para realizar esta complicada operación, tanto más cuanto que Tchauch Nurhan sólo podía ayudarlo hasta cierto punto. A las primeras luces del alba, Bagradian controló una vez más todos los aparatos de puntería; enseguida él y Nurhan, cada uno según las prescripciones, se arrodillaron al lado de sus respectivos obuses con la mecha en la mano. La corta y aterradora denotación de los dos golpes consecutivos rasgó el aire. Al retroceder, la culata de los cañones se hundió profundamente en la tierra. Lejos del blanco deseado por Bagradian, las granadas mal dirigidas se extraviaron en algún rincón del valle. Este incidente bastó para indicar a toda la población mahometana el nuevo triunfo de los cristianos, el desastre de la artillería turca, la inexpugnable resistencia del Damlajik; todo

aquello probaba definitivamente que los hijos de Armenia tenían un pacto con los *djinns*, los conocidos malos espíritus que habitaban el Musa Dagh. Los *tchettehs* habían desaparecido durante la noche, y con ellos una parte de los *saptiehs* que no correspondían a esta *nahijeh*. Los miserables restos de la compañía estaban convencidos de que aunque una división entera intentara atacar la montaña diabólica, la empresa sería infructuosa. Si el *bimbachi* se hubiera atrevido a dar una nueva orden de asalto, habría provocado sin duda un motín entre las jóvenes tropas. Además, no pensó en ningún momento en una aventura tan arriesgada; le atormentaba una cuestión más modesta: las largas caravanas que transportaban a los muertos y heridos, ¿habrían llegado inadvertidas a Antioquía como él ordenara? El rostro del anciano estaba de un gris ceniciento. Después de dos noches en vela y las emociones del combate, no podía ya casi mantenerse sobre el caballo. Estaba seguro de su desastre. La capacidad de reflexión del *bimbachi*, muy moderada hasta en sus mejores días, se encontraba ahora demasiado reducida para imaginar un medio eficaz, capaz de arrastrar con él al maldito caimacán y toda su pandilla de funcionarios, que eran en realidad los verdaderos culpables de esta vergonzosa expedición armenia.

Lo dos terribles truenos lanzados tan cerca, causaron en la hondonada de la ciudad el efecto de formidables signos precursores de la gracia divina. Hasta los más empedernidos y reservados se abrazaron llorando: «¡Tal vez Cristo desee salvarnos!». Nunca antes les había parecido tan íntimamente radiante el retorno de la luz matinal. En cuanto a la familia Bagradian, su prestigio real, doblemente asegurado, parecía garantizado para siempre. Algunos hombres fueron a pedir autorización a Gabriel para otorgar a su hijo Esteban el título de «*Elleon*» reservado a los héroes. Gabriel Bagradian rehusó, no sin una ligera reprimenda. Su hijo, dijo, no era sino un niño que no tenía un concepto real del peligro. No deseaba dar a Esteban oportunidad de volverse vanidoso ni incitarle de este modo a nuevas e insensatas tentativas que un día podrían tener un desenlace espantoso. La severidad de su padre privó a Esteban de este reconocimiento público de honor. Debió contentarse con una

recompensa más modesta: las alabanzas que le prodigaron por todas partes en el curso de los días siguientes. Más tarde, los cronistas armenios que relataron los combates del Damlajik no hablaron sino de «la hazaña de un joven tirador», sin dar a conocer su nombre. Pero ¿de qué habría servido a Esteban la más espléndida gloria póstuma?

Gabriel Bagradian era, desde hacía mucho tiempo, otro hombre, y Esteban Bagradian no le iba a la zaga. Pues los seres de naturaleza sensible no pueden practicar impunemente el oficio sangriento, aunque se encuentren mil veces en su derecho. Sobre la frente delicada del niño, una sombría divinidad del Musa Dagh había impreso su sello tenebroso.

Durante la noche del 14 de agosto se produjo otro acontecimiento, sin duda menos memorable. Por la tarde, Sato había descendido al valle para reunirse con sus amigos. Era necesario que conocieran los resultados del ataque; debían saber también que dieciséis muertos yacían en el suelo bajo sus mantas y que los lamentos dolorosos de los heridos no hacían sino aumentar, mientras el estúpido Hekim Altouni frotaba sus llagas con un agua oscura. Cuando Sato satisfacía las necesidades de sus clientes y se sentía una niña querida, sus pupilas parecían transformarse en focos luminosos, dilatándose y decreciendo sin cesar, y sus palabras entrecortadas y guturales parecían expresar sus sensaciones por el tono de intensa felicidad que vibraba en ella. Los habitantes del cementerio, la vieja Manuchak, las viejas Wartuk y Nunik —que si se le tenía que creer era la más vieja de todas— gustaban de oír sus informaciones. Inclinaron la cabeza en un gesto de comprensión. Ya no eran seres superfluos como parias; no, ahora tenían una función definida, indiscutible y practicada por ellas desde varias generaciones. Dieciséis muertos yacían allá arriba en el Damlajik. Los muertos las necesitaban.

Y Nunik, Warruk y Manuchak, con una multitud de mendigos, se dirigieron con el paso calmo y digno de los altos funcionarios en

el ejercicio de sus funciones a las cavernas situadas en los alrededores del cementerio que les servían de domicilio. Sacaron de un rincón sus sacos rígidos de mugre y llenos hasta el borde sobre los cuales tenían costumbre de apoyar sus cabezas piojosas para dormir. Faltan palabras para describir lo que se pudría en el fondo de estos sacos en medio de una ranciedad densa y persistente. Su contenido de medio siglo estaba compuesto de objetos escogidos; pero esta selección se había hecho generalmente entre los desperdicios del suelo. La furia de coleccionar que en el universo caracteriza a las viejas mendigas, la manía de conservar trapos carcomidos de polilla, el deseo constante de recoger los trastos viejos rotos, de formarse un innoble tesoro cuidadosamente conservado de andrajos y suciedades, esta tendencia repugnante alcanzaba aquí su apogeo en todos estos objetos desprovistos de utilidad, que exhalaban una fetidez intolerable. Y, sin embargo —¡cosa extraña!—, los sacos de las viejas brujas parecían contener también, junto a los trozos de tela, los trapos, las cajas vacías, las cortezas de pan y queso, todos los accesorios indispensables a la profesión de Nunik, Wartuk y Manuchak. Apenas hubieron introducido la mano en los sacos inagotables, cada una de ellas extrajo, con un seguro ademán, un largo velo gris y un tarro de pomada grisácea. Se sentaron en el suelo y comenzaron a pintarse el rostro como unas comediantes. Era una crema color violeta oscuro que llenaba sus profundas arrugas y transformaba sus rostros increíblemente viejos en máscaras sin edad. En particular Nunik, con su nariz carcomida por el lupus y su fuerte dentadura que se dejaba entrever detrás de esa oscura máscara sin labios, hacía honor a su famosa reputación de curandera inmortal. El maquillaje tardó mucho en terminarse, pero de pronto interrumpieron apresuradamente sus preparativos y soplaron el trozo de vela y la mecha introducida en una jarra de aceite rancio que habían colocado ante ellas para alumbrarse. Se oyó pasar un galope y voces. Era el momento en que el *bimbachi* se dirigía a Suedja con su estado mayor. Cuando se hubo apagado el ruido en dirección a Habibli —la aldea de las maderas—, las mujeres se levantaron, envolvieron sus cabezas grises de cabellos enmarañados en el velo ritual, cada una

tomó un largo bastón, y habiéndose colocado unas babuchas raídas, emprendieron por fin la marcha. Sus piernas morenas y secas daban inmensas zancadas a pesar de su edad avanzada. Sato las seguía intimidada por este espectáculo grandioso. Tal como iban, trepando silenciosas, apoyadas en sus bastones y bañadas por la luz lunar, las plañideras se parecían a figuras del coro de las tragedias antiguas.

¡Cuán tenaz era la vitalidad de estas brujas armenias! ¡Cuán resistentes eran sus corazones! Ninguna de ellas respiraba con la menor dificultad cuando, después de la ruda ascensión por el desfiladero de las encinas, llegaron a la zona de enterramiento junto al campamento. Estaban dispuestas a ponerse manos a la obra. Nunik, Wartuk y Manuchak, con sus colegas, se pusieron en cuclillas junto a los muertos, apenas llegaron.

Sus garras inmundas descubrieron los rostros ya rígidos; luego comenzaron sus cantos, más antiguos que los cantos más viejos que haya conocido la humanidad. El texto se componía sólo del nombre del muerto que lloraban. Se repetía sin cesar hasta que desaparecía la última estrella. A veces era un largo gemido monótono, otras una cascada de ondulaciones aullantes, a veces la fastidiosa y soporífera alternancia de dos notas, siempre las mismas, interminables; otras veces, un llamamiento estridente, cargado de deseos, y todos estos matices no eran invenciones independientes ni inspiraciones personales, sino que correspondían a leyes y tradiciones seculares.

Pocas plañideras poseían un arte tan perfecto y una voz tan hábil como Nunik. Se encontraban también entre ellas algunos artistas mediocres y muy interesados, cuyo pensamiento durante la tarea se dirigía únicamente a la bolsa del difunto. ¿De qué le valdrían allá arriba sus piastras y sus libros al hombre más rico? Al ser generoso y pródigo con el pueblo mendigo, cumpliría un deber piadoso y además una obra útil. Las plañideras, los ciegos y demás parias tenían en realidad mayor posibilidad de cambiar las piastras en las aldeas mahometanas sin que les sucediera ningún daño. De este modo, en vez de perderse inútilmente, el dinero armenio haría el bien a otros armenios, lo que permitiría al benefactor ganar a bajo precio una recompensa celestial. Durante el intervalo entre dos

cantos, Nunik fue encargada por sus colegas para que expusiera con su elocuencia ese lógico punto de vista y alzara así considerablemente la tarifa habitual de los lamentos fúnebres. Al alba, los parientes de los muertos trajeron los largos sudarios finamente tejidos. Eran éstos tesoros inapreciables que las familias no olvidaban nunca en cada viaje. La camisa en que ha de resucitar un día el hombre es un atavío de fiesta más solemne que cualquier otro; y por esto los diferentes miembros de las familias se las regalan en las circunstancias más especiales de la vida.

Confeccionar un sudario era un honor especial, que solamente se concedía a las mujeres más dignas de la parentela.

Los lamentos de las plañideras no eran ya sino un leve murmullo apenas perceptible. Acompañaban la ceremonia del lavado y del vestir de los muertos como un inconsolable consuelo. Cuando todo hubo terminado, se ataban las camisas con un nudo doble bajo los pies: con esta precaución se impediría el desparrame de los huesos en la tempestad final que reunirá a los humanos antes del juicio supremo. De este modo, piensan, nada impedirá la perfecta reconstitución del cuerpo entero. Hacia el mediodía todas las tumbas estaban cavadas y no faltaba nada para la celebración de los funerales. Los héroes raídos fueron depositados sobre dieciséis angarillas confeccionadas con gruesas ramas entrecruzadas y paseados por tres veces alrededor del altar, mientras Ter Haigassun entonaba el oficio de los muertos. Enseguida, el sacerdote dirigió una corta arenga al pueblo en el mismo lugar del sepelio:

—La muerte sangrienta nos ha arrebatado a estos queridos hermanos. Sin embargo, desde el fondo del alma, debemos agradecer a Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo, el favor excepcional con que se ha dignado favorecerlos. En efecto, han podido morir en posesión de su libertad y aquí reposarán en una tierra consagrada junto a los suyos. Sí, aún poseemos este estimable privilegio; una muerte de hombres libres e independientes. Y para apreciar debidamente la situación privilegiada en que vivimos, debemos pensar continuamente en nuestros compatriotas que por centenares de miles, privados de toda gracia divina, agonizan en la más

vergonzosa esclavitud, se pudren insepultos al borde de los caminos o en las infinitas estepas, cuando no son devorados por los buitres o las hienas. Si trepamos a cierta altura, a la derecha, y miramos al este, tendremos a la vista el espacio inmenso donde muere actualmente nuestro pueblo; allá no hay tierra santa, ni tumbas, ni sacerdotes, ni bendición, sólo la esperanza del Juicio Final. Por esto, ahora que entregamos a la tierra a nuestros bienaventurados hermanos, recordemos que no se encuentra aquí el verdadero infortunio, sino allá.

En respuesta a esta breve alocución, un profundo sollozo escapó del pecho del pueblo reunido en su totalidad para la ceremonia. Enseguida, Ter Haigassun se aproximó a los sacos que contenían la tierra del cementerio de la patria. Dieciséis veces introdujo la mano y colocó unos terrones bajo la cabeza de cada muerto. Se percibía en su lentitud reflexiva cómo sus dedos se hacían más avaros y vacilantes antes de derramar esta tierra tan preciosa.

Capítulo III

La procesión de fuego

Nunik, Wartuk, y Manuchak, las plañideras, sonreían ante esta nueva suerte profesional.

Antes de que pudieran frotarse el rostro para borrarse el fúnebre maquillaje, las solicitaba ya otro encargo, pero éste opuesto al anterior. Si los dolores de la mujer duraban mucho, y así lo deseaban, ganarían por lo menos dos comidas; llevaban entre los pliegues de sus trajes raídos los accesorios más necesarios: *seosamith*, la semilla negra del hinojo, un poco de excremento de golondrina, crin de la cola de un alazán y algunos otros medicamentos del mismo género.

Antes de que la tierra del Damlajik cubriera a los muertos, Howsannah empezó a sentir los primeros dolores de parto. Sólo Iskuhi estaba con ella en la tienda, pues todos los demás se hallaban en la ceremonia fúnebre. A causa de su invalidez, la muchacha no podía ayudar a su cuñada. Allí no había ningún asiento con respaldo contra el cual la parturienta pudiera apoyarse. Los cojines que Iskuhi le ponía en la espalda no bastaban para sostenerla, y la cama de la tienda tenía sólo un marco de hierro hueco. Entonces Iskuhi se sentó de espaldas detrás de Howsannah para que así ésta pudiera afirmar su cuerpo. Pero Iskuhi era demasiado frágil para soportar la dura presión de la parturienta. Se aferraba desesperadamente al borde de la cama, hasta que por último no pudo resistir más. Howsannah Tomasian lanzó un grito: era lo que Nunik esperaba.

Guiadas por su infalible instinto, las plañideras se habían retirado de la ceremonia. Habían cumplido su tarea y percibido una remuneración que superaba sus esperanzas. Las argumentaciones de Nunik a los parientes habían surtido efecto. Los bienhechores *metaliks* no se oxidarían en el Damlajik sino que servirían de ayuda a los pobres e indigentes. Algunos, oyéndola, guiñaban los ojos, pues se decía que no sólo ella, sino también la pequeña y robusta Manuchak eran millonadas. Estas hipócritas no sólo poseían una fortuna en paras, piastras y *metaliks*, sino ollas llenas de *medjidjelis* y abultados envoltorios de libras enterrados en el cementerio. Por este motivo había de vez en cuando grandes peleas de mendigos en el cementerio, hasta que Ter Haigassun terminaba amenazándolos con echarlos a todos de allí. Pero las millonarias lloriqueaban —según la costumbre de todos los millonarios— que estaban obligadas a seguir trabajando para no morirse en la indigencia. En el aire cálido y claro se percibía una suave sensación que Nunik conocía perfectamente: es esa vibración que aparece en cada lugar cuando un alma está a punto de entrar a vivir. Siguiendo este estremecimiento, llegó a la plaza de las tres tiendas con Wartuk y Manuchak. Cuando oyeron los gritos de Howsannah Tomasian en la tienda, las colegas se miraron con gesto entendido. Así como el verdadero músico jamás confunde las melodías de los diferentes maestros, así las brujas jamás confundían la naturaleza exacta de los gritos humanos. El grito de una parturienta tenía sus leyes particulares, sus ondulaciones definidas, sus puntos culminantes, sus pausas, sus cambios bruscos. Los gritos de un hombre que se quema, o de aquél a quien la muerte persigue, tenían también sus leyes fijas. El oído conoce la verdad; el olfato también la conoce; la vista es la que se deja engañar más fácilmente.

Iskuhi estaba a punto de ir en busca de Mairik Antaram cuando, sin previo aviso, entraron las tres Parcas en la tienda. Sus rostros amoratados e impasibles relucían intensamente en la oscuridad. Las dos Tomasian no sabían qué decir. Lo que en esta aparición las asustaba no eran precisamente las mujeres —pues, ¿quién no conocía a las brujas en Yoghonoluk?— sino la pompa funeraria que

aún vestían. Nunik, comprendiendo el sentido supersticioso de este pavor, las tranquilizó:

—Hija, es buena señal que lleguemos con estos atavíos. Así la muerte quedará detrás de nosotras.

El primer cuidado médico de Nunik consistió en sacar el «*sis*», una varilla de hierro para atizar el fuego, con la cual trazó grandes cruces en las paredes interiores de la tienda. Iskuhi la observaba con atención.

—¿Por qué haces esas cruces? —preguntó.

Sin interrumpirse en su tarea, Nunik le explicó el sentido de estos signos:

—Siempre que una mujer va a dar a luz, todos los espíritus del mundo entero se reúnen en su cuarto. Como es natural, los malos son más numerosos que los buenos. Cuando un niño va a venir al mundo, y aun cada vez que durante los dolores su cabecita asoma fuera del cuerpo de la madre, los malos espíritus se lanzan sobre él para penetrarlo y todo su ser recibe, por fuerza, algo de su influencia. Por esto, todo corazón humano lleva cierta huella demoníaca y sólo Jesucristo, el Redentor, ha escapado a la influencia del maligno.

Según la opinión de Nunik, el *summum* del arte de una parturienta consistía en reducir, lo más posible, la contribución diabólica. Las cruces servían como una medida de separación, de cuarentena mística. Iskuhi recordaba los sueños inspirados por la deportación, que la atormentaban todos las noches. Se lanzaba sobre ella un demonio de rostro agigantado. También ella trataba de trazar con su mano libre grandes cruces para conjurarlo, sobre todo cuando su cuerpo estaba pronto a abandonarse al poder maligno. ¡Oh, a cuánta angustia tenía que atender Cristo, nuestro señor, a cada instante…! La sabiduría de Nunik no terminaba allí. Les explicó a las cautivadas mujeres cómo a cada entraña, en particular el corazón, pulmón o hígado, le correspondía un ser demoníaco determinado porque buscaban apoderarse de éstos. El parto de un niño consistía pues en una lucha entre contrincantes sobrenaturales. Cuanto más violenta era la lucha, tanto más difícil era el parto, y por

lo tanto mas prolongados los dolores. Cuando hubo pasado el primer susto, la presencia de las tres mujeres pintarrajeadas produjo una extraña reacción bienhechora y soporífera. Y, en efecto, Howsannah se durmió y pareció no sentir que Wartuk le estaba atando las muñecas con un largo y delgado hilo de seda y hacía lo mismo con sus tobillos. Mientras tanto, Nunik se acercaba al lecho y le hizo esta advertencia:

—Mientras más tiempo permanezcas cerrada, mayor tiempo guardarás intacta tu fuerza. Mientras más tarde te abras, mayores bendiciones entrarán en ti y mayores darás.

La pequeña y robusta Manuchak, vieja harapienta, había encendido un fuego ante la tienda, sobre el cual calentaba dos piedras semejantes a dos panecillos. Esta actividad mágica era en extremo juiciosa, pues una vez calentadas las piedras se envolvían en trapos y debían calentar el cuerpo agotado de la parturienta. Estaparte razonable de sus curanderías y supersticiones, incluso la infusión de hinojos que Manuchak preparaba en el fuego, habrían recibido, sin duda, la aprobación de Bedros Hekim. Sin embargo, los escasos cabellos de Altouni se erizaron de cólera cuando encontró allí a sus enemigas juradas. Y recobrando la elasticidad de su juventud, cogió un bastón y administró una rociada de golpes a las plañideras hasta que hubieron desaparecido, mientras su rota voz les lanzaba galanterías entre las cuales «pájaras de mal agüero» era la más suave.

Fácilmente se comprenderá por esto que el doctor Bedros Altouni fuera un resuelto defensor de la ciencia occidental. ¿Acaso Awetis Bagradian, el fundador, no le había hecho estudiar durante cinco años en la Universidad de Viena para que esclareciera el espíritu obtuso del pueblo armenio? Y Bedros, ¿no había cumplido acaso fielmente la promesa jurada a su benefactor de ejercer su arte en Yoghonoluk hasta su última hora y jamás salir de los siete desgraciados pueblos de Suedja? Pero, en realidad, ¿cuál era su destino? ¿Qué prueba de gratitud le ofrecía la vida por haber

cumplido la palabra dada a su anciano benefactor? No es necesario contestar a esto. Quien carga con la cruz de un ideal, no debe esperar otra cosa. Con su risa más amarga, se decía refiriéndose a su pueblo: «¡Qué poco ha aprendido de mi práctica de cuarenta años en Yoghonoluk! El recelo hacia este médico que es su servidor, no se perderá nunca. Desde luego tuve algunos frutos satisfactorios; la mortandad es aquí menor que en los pueblos colindantes de los musulmanes. Pero todo esto no ha sido suficiente para arrancar de raíz a Nunik y todas sus magias caseras. Si se las echa de día, vuelven de noche llamadas por los familiares del enfermo… ¿Cómo se puede mantener alta la antorcha de la ciencia en este sucio mar de supersticiones?, o lo que es aún más difícil, ¿cómo conseguir cierta limpieza higiénica?». En el ochenta por ciento de los casos, sus diagnósticos eran «mal de ojo», y los remedios contra la enfermedad eran la saliva, la orina de oveja, la crin de caballo quemado, heces de pájaro y otros aún más apetitosos. Más de una vez sucedió que un enfermo desahuciado por el *hekim* sanara con asombrosa rapidez después de tragarse una hoja de la Biblia o del Corán. Altouni no era hombre que creyera en el poder milagroso del papel ingerido, ni experimentara dudas ni conflictos interiores. Pero, ¿qué hacerle? La mejoría era evidente. De vez en cuando se extendía hasta los pueblos armenios el rumor de tal o cual curación eficaz y entonces sucedía que los clientes de Altouni se dirigían a los *hekims* árabes de los alrededores o a consultar a Nunik y a sus repugnantes colegas. No era raro encontrar entre éstos, desde desertores hasta convencidos del progreso, por ejemplo, algún que otro profesor, lo cual no era precisamente halagador para el médico.

Esta era una de las razones de la amargura que entristecía a Bedros Altouni. Existía aún otra más íntima. La ciencia, la razón, el progreso, todo podía ser muy bello, pero para poder extender la ciencia y el progreso hay que progresar uno mismo y avanzar en sus conocimientos sin cesar. ¡Y cómo cultivarse a la sombra del Musa Dagh, ignorando los descubrimientos recientes, sin libros ni revistas de medicina! La biblioteca de Krikor, vuelta ya hacia el pasado, podía responder a las más insensatas preguntas, pero era totalmente

nula respecto a la ciencia médica, aun cuando su propietario fuera farmacéutico, o tal vez por eso mismo. Bedros Altouni poseía en total, y para todo uso, un tratado de medicina editado en Alemania que databa del año 1875. Por lo demás, era un grueso volumen en el que estaba escrito todo lo preciso. Pero un serio obstáculo hacía difícil su uso. En efecto, el tiempo no sólo había pasado sin compasión sobre el contenido del vademécum sino que también había borrado considerablemente los conocimientos del idioma alemán de la memoria de Altouni. Por eso ya jamás abría su tratado, ni siquiera lo empleaba como amuleto o mascota. Cuanto había de forma teórica, se había condensado en un insignificante y dudoso compendio de medicina. Así es que sólo existían para él unas diez o veinte enfermedades a las cuales pudiera dar un nombre. Aunque viera infinitos aspectos del sufrimiento humano, se obstinaba en ordenarlos todos dentro del pequeño compartimiento de su saber. En el fondo era lo suficientemente modesto como para reconocerse tan ignorante como los *hekims*, curanderos y plañideras, cuyas horripilantes curaciones, ayudadas por una naturaleza complaciente, se sucedían con inquietante frecuencia. Precisamente esta modestia era la que hacía de él, sin darse cuenta, un buen médico; pues toda profesión en el mundo exige como primera condición la humildad ante lo inaccesible, lo mismo que cierto malestar ante los resultados obtenidos. Por otra parte, ésta era la misma causa de su odio, inflamado de un violento rencor occidentalista, ante la mera presencia de Wartuk, Nunik y Manuchak. Pero hoy su cólera no le sirvió de gran cosa. Las brujas se resistieron permaneciendo a corta distancia mientras examinaban desde el borde de la plaza de las tres tiendas a su viejo enemigo.

Howsannah Tomasian, esposa del pastor, era la primera mujer de la colonia armenia que sentía los dolores del parto sobre el Damlajik. Aun abajo en el valle, el nacimiento de un ser humano era siempre una especie de acontecimiento oficial, al cual asistían todos los miembros de la familia, incluso los hombres. Por esto, allá arriba, en semejante tragedia, la peor que jamás conociera una sociedad humana, la venida al mundo de un niño armenio era más

solemne. Hasta el radiante regalo de la fortuna guerrera (los dorados obuses) perdían todo su poder atrayente. La multitud que por la mañana se dirigiera en peregrinación hacia los magníficos trofeos, se aglomeraba ahora en la plaza de las tres tiendas, el sitio más distinguido del miserable campamento. Se levantó la cortina de la tienda y la pobre Howsannah fue exhibida, sin compasión y a toda luz. Sus sufrimientos le pertenecían, pero ella ya no se pertenecía a sí misma. Los curiosos entraban y salían. Bedros Altouni se dio cuenta pronto de que no estaba en su lugar y refunfuñando cedió el puesto a su mujer, que acostumbraba a reemplazarlo en muchos partos. Se alejó sin hacer caso a los saludos de las plañideras, para dirigirse al hospital a atender a sus heridos. Mairik Antaram se quedó con Howsannah; alejó a los inoportunos tanto con sus vigorosos puños como con sus palabras, y realizó resueltamente su deber, que le era familiar desde hacía muchos años. Iskuhi refrescaba con su mano, helada a pesar del calor, la frente de su cuñada. Su mirada angustiada y alerta observaba a Mairik Antaram, temerosa de desatender alguna de sus órdenes. Gabriel también llegó en busca de noticias. A pesar de sus ocupaciones y de la multitud, Iskuhi notó cuán pálido y descompuesto estaba su rostro barbudo. También se sorprendió de que Julieta permaneciera apenas media hora con Howsannah, ya que desde hacía tiempo vivían juntas como una misma familia. Aram, el marido, hacía una visita cada pocos minutos, alejándose casi enseguida. Pretendía ser más que nunca indispensable para impedir que sus hombres descuidaran el servicio, después de la victoria de la víspera y la retirada de los turcos. En realidad no hacía sino dar vueltas por el campamento, sobreexcitado por la ansiedad que le causaba el estado de su mujer. Las mujeres del pueblo censuraban a Howsannah Tomasian el hecho de que durante sus dolores no lanzara el menor grito. En esta energía veían una prueba de orgullo, y en realidad era, por decirlo así, una especie de orgullo del pudor. Hacía rato ya que Nunik, Wartuk y Manuchak ocupaban de nuevo sus puestos. Nunik, instalada en la tienda, observaba los esfuerzos de Antaram con la mirada indulgente y entretenida de un conocedor, como un cirujano famoso examinando

el trabajo de un barbero del pueblo.

Después de ocho horas de incesantes sufrimientos, Howsannah dio a luz un niño. El niño, que desde Zeitun sufriera en el cuerpo de su madre tantos horrores y miserias, estaba inanimado y no respiraba. Antaram sacudió el minúsculo cuerpecito aún cubierto de sangre y alhorre, mientras Iskuhi le soplaba en la boca. Nunik y sus colegas, que sabían más al respecto, cogieron rápidamente la placenta y le clavaron siete largas agujas pertenecientes a siete familias diferentes, echándolas enseguida al fuego. La vida que se había refugiado en la parte inanimada para escapar de su destino terrenal se encontraba liberada por la llama. Algunos minutos después el niño comenzó a tragar, luego a respirar y gemir. Mairik Antaram lo limpió cuidadosamente con grasa de cordero y la multitud expectante y silenciosa rompió en aplausos y vítores. El sol se ponía en el horizonte. El pastor Aram, con el orgullo torpe y algo ridículo del padre novel, cogió en sus manos al pequeño ser arrugado que algún día se convertiría en un hombre y lo presentó a los asistentes. Todos se regocijaron ante el espectáculo y felicitaron a Tomasian porque el niño perteneciera al sexo masculino. Groseras bromas circularon entre los presentes. Nadie pensaba en el porvenir real. No se sabe exactamente quién fue el primero en notar la manchita color de fuego sobre el corazón de este verdadero hijo del Musa Dagh. Las mujeres hacían toda clase de suposiciones respecto al significado de esta marca. Nunik, Wartuk y Manuchak, cuya profesión debía descifrar semejantes enigmas, no pronunciaron una palabra; se envolvieron en sus velos, cogieron sus bastones y, ampliamente gratificadas, se marcharon. Daban grandes trancos con sus viejas y ennegrecidas piernas y de nuevo parecían aquellas máscaras del coro antiguo que descendían con la luna naciente hacia las tumbas del pasado.

No habían transcurrido más que tres días y tres noches, cuando los ojeadores anunciaron toda clase de inauditos movimientos en las aldeas. Gabriel Bagradian subió inmediatamente a un observatorio

y, en efecto, vio a través de sus prismáticos Zeiss, nítidamente, un animado hervidero de figuras dispares. En la planicie del Oronte, sobre la ruta de unión entre los pueblos, por los caminos y senderos, por todas partes se veían carretas con bueyes. En los mismos pueblos se distinguían grandes grupos de hombres con fez y turbantes corriendo en todas direcciones. Bagradian escudriñaba con sus anteojos, pero no reconoció ningún uniforme de soldado y apenas algún que otro *saptieh*. Además observó que los recién llegados que hacían irrupción en las localidades desiertas, no eran la chusma conocida de Antioquía y sus alrededores. La afluencia de aquel día impresionaba y parecía obrar según un plan preciso. En la plaza de la iglesia de Yoghonoluk reinaba gran animación. Algunos hombres de turbante habían subido por la escalera de incendios hasta la terraza vacía al lado de la gran cúpula y hacían gestos desde allí. El sonido perezoso de una voz débil se dejó oír, o más bien adivinar, desvaneciéndose en el aire. Desde lo alto de la casa de Cristo, el muezín del profeta lanzaba el llamamiento melódico y a la vez quejumbroso, que impresiona a cada mahometano, y parecía en ese momento atraer hacia los pueblecitos al pie del Musa Dagh a los fieles de las villas y chozas del vasto y solitario desierto. Ésta era la iglesia de los Poderes Evangélicos que Awetis el anciano había hecho construir, y en el cerebro de su nieto germinaba ahora un ardiente deseo: arriesgarse a la audaz tentativa de destruir el santuario profanado por medio de algunos obuses. Pero rechazó esta idea antes de realizarla. No podía desobedecer a sus principios: sólo defenderse, jamás atacar. Permaneciendo muerta y misteriosa, la montaña parecería, sin duda, un adversario más peligroso a sus enemigos. Cualquier desafío habría debilitado esta lucha defensiva, dando a los turcos, al pueblo soberano, el derecho moral de castigar a sus atacantes.

A la vista del repentino hormigueo en el valle, Bagradian se preguntaba cuántos combates todavía podrían resistir. A pesar del botín de dos victorias y los cartuchos de Nurhan, las municiones eran en extremo limitadas. Una convicción oprimía el corazón de Bagradian: la menor derrota los conduciría inevitablemente al

desastre.

Para el pueblo del Damlajik no existía término medio, o la gloriosa victoria o la muerte. Todo su saber militar sólo había retardado este fin, mientras fuera posible. Por lo tanto, no debía desperdiciarse el capital de pánico que la montaña inspiraba a los turcos, sobre todo después de su doble derrota.

La nueva población en el valle crecía a cada instante. No era un proyecto de operaciones militares, dedujo Bagradian, después de una detenida observación. Tal vez era la verdadera ocupación del Islam de un territorio cristiano; tal vez esta manifestación sólo tenía un valor demostrativo. Frente al portal de la iglesia de Yoghonoluk distinguió a un grupito de señores a la europea. «Son», pensó, «el *mudir* y sus subalternos», y se alegró de que ningún oficial estuviera con ellos inspeccionando la situación. Sin embargo, Gabriel Bagradian ordenó reforzar al máximo los contingentes en las trincheras. Aumentó al doble los puestos de ojeadores y colocó grupos de éstos en todas las salidas del Damlajik hasta la zona de huertos y viñas, para que toda tentativa de atacar por sorpresa por parte de los turcos resultara imposible.

Las suposiciones de Gabriel resultaron exactas. El pecoso *mudir* se hallaba, en efecto, ante la iglesia de Yoghonoluk, pero le acompañaba un funcionario más importante aún, el hepático caimacán en persona, ansioso de conocer la situación. Tenía buenas razones para ello. Y es que en Antioquía, esta triste e ignominiosa derrota de las tropas regulares trajo consigo unas consecuencias verdaderamente alarmantes.

Una lucha a muerte se había declarado entre el caimacán y el pobre *bimbachi* de rostro infantil. Este valiente de los cuarteles, representante de una época pasada, no estaba hecho de un material lo suficientemente resistente para hacer frente a las sutilezas modernas del Ittihad. Ahora comprendía por qué su enemigo, el *jusbachi*, había pedido licencia precisamente en ese momento. Al concederle el permiso había caído en la trampa de su subordinado. Ahora, dentro de poco, el comandante debía tomar su puesto. Al principio el caimacán fue lo bastante malévolo como para provocar

la cólera contra el *bimbachi*. En Antioquía sólo había un hospital dependiente de las autoridades civiles, y los heridos de poca gravedad permanecían en el cuartel. Pero todos aquellos que necesitaban un tratamiento debían dirigirse al *kaimakamlik* para conseguir ser admitidos en el hospital. El caimacán utilizó perfectamente estas complicaciones administrativas. Aunque el coronel estuviera irremisiblemente perdido y su destitución fuera inevitable, esto habría podido retardarse varias semanas. El caimacán necesitaba, para su política en el *kasah*, discípulos puros del Ittihad, y no perezosos barbudos de la época de Abdul Hamid. El comandante y él habían previsto con exactitud el desarrollo de los acontecimientos y ya habían trazado la jugada a seguir.

Algunas horas antes de que el *bimbachi* volviera con la cabeza gacha a Antioquía, y anunciase tristemente su propia derrota, por la noche le habían precedido largas caravanas de carretas que llevaban muertos y heridos de la avalancha y del combate. No se veía brillar ninguna luz en el *hukumet*, aunque la noticia ya era conocida. Cuando los heridos llegaron al hospital se les negó sin piedad la entrada. Nadie podía ser admitido sin el timbre del caimacán. Los gritos e insultos fueron impotentes. A la intemperie, bajo la luz de la luna y las lámparas de petróleo, el médico hizo las curaciones más urgentes. Desesperado, envió a uno de sus asistentes al caimacán a fin de obtener las autorizaciones indispensables. Después de una interminable espera, volvió el mensajero sin haber obtenido nada. El caimacán dormía con un sueño tan pesado que fue imposible despertarlo. Entonces se decidió transportar al cuartel a todos los heridos que gemían y lloraban, y darles ahí siquiera un techo. Mientras tanto había salido ya el sol. La impresión que las carretas produjeron en Antioquía fue desastrosa. A la misma hora, el *bimbachi*, maltratado por el destino, atravesaba el puente sobre el Oronte acompañado de su estado mayor, en dirección a la ciudad. Fue recibido a pedradas y tuvo que emplear medios indecorosos para poder llegar a su oficina y salvar el pellejo. Al cabo de un despertar tardío y cuando la multitud del mercado invadía las calles, el caimacán envió los permisos necesarios para el transporte de los

infelices del cuartel al hospital, pero obligándoles a pasar frente al bazar principal. La visión repetida de los rostros demacrados y de los vendajes ensangrentados provocó una gran manifestación de indignación. La muchedumbre llegó hasta el cuartel y rompió a pedradas los cristales del pobre *bimbachi*, lo que en este país significaba la destrucción de un objeto carísimo; y no sólo esto: el resto de las fuerzas armadas estaba tan profundamente abatido y desmoralizado que los soldados, temblando ante la multitud enfurecida, se escondieron y parapetaron tras las puertas del cuartel, cual pequeños burgueses intimidados. En toda sociedad humana subsiste un cierto sentimiento de odio hacia los representantes del orden público. El populacho consideró como un triunfo el silencio absoluto que reinaba tras los muros y continuaron atacando. Los oficiales fueron a suplicar al *bimbachi* que les diera la orden de desalojar la plaza por la tropa, bayoneta en mano. Pero el anciano se había recostado en un diván y no deseaba oír a nadie, repitiendo sin cesar la misma lamentación: «No es mi culpa». Agotado por estos múltiples contratiempos, lloraba cuando no dormía, y si no dormía, lloraba. Las fuerzas militares de la guarnición tuvieron que sufrir la suprema vergüenza de verse salvadas del populacho amotinado, gracias a la fuerza civil, es decir, la policía y los *saptiehs*.

Durante estos felices incidentes, el caimacán, acompañado del *mudir* de uñas blancas y cuidadas, se dirigió a la oficina del telégrafo. Ambos señores redactaron para Su Excelencia, el valí de Alepo, un telegrama modelo de refinamiento diplomático. Este importante mensaje comprendía diez impresos cubiertos de una tupida escritura, o sea, 1.150 palabras. Lleno de subterfugios, como la defensa de un abogadillo devorado por la ambición, pero tan elocuente como el artículo de fondo de un diario radical, terminaba con las siguientes conclusiones: el caimacán no podía asumir la responsabilidad de la destrucción del campamento armenio fortificado sobre el Musa Dagh si no reunía en su mano la totalidad de la fuerza armada. Con este fin debían ponerse a su disposición suficientes contingentes y armamentos que le permitieran limpiar la montaña de forma definitiva. Sería inútil enviar para esta misión a

un oficial extranjero a la región e ignorante de las condiciones; por esto pedía insistentemente que nombrara comandante de la plaza de Antioquía al *jusbachi* que hasta ahora era segundo del actual comandante, pero convenía que en este asunto armenio el *jusbachi* permaneciera íntegramente sometido a las órdenes del caimacán. De lo contrario, si estas razonables proposiciones no fueran aceptadas, se permitía indicar con el debido respeto a su superior, que más valía aceptar sin inmutarse la afrenta de las antedichas circunstancias y abandonar a su suerte a los rebeldes del Musa Dagh.

El informe del caimacán era una obra de arte tanto en el sentido político como psicológico. Suponiendo que se realizara una parte de sus deseos, pronto sería el subprefecto más independiente de toda Siria. Un corazón de funcionario, acostumbrado a la antigua usanza, se habría molestado por el estilo petulante del importante mensaje, pero este tono autoritario y deliberado había sido precisamente escogido para halagar el oído del joven alto funcionariado turco. La gente de su especie adoraba lo occidental, y por esta razón sentía un culto supersticioso por palabras como «iniciativa» o «energía», aun cuando tomaran un aspecto demasiado despótico.

Al mismo tiempo, el desgraciado *bimbachi* se empeñaba con gran esfuerzo en confeccionar un extenso telegrama a su superior, el general de la retaguardia. Se desahogaba en quejas contra el caimacán, que le obligó a esta desgraciada empresa sin darle tiempo para los preparativos necesarios. El tono del *bimbachi* era quejumbroso, solemne y humilde, por lo tanto inconveniente. El infeliz fue revocado y juzgado ante un tribunal de guerra en el transcurso de las veinticuatro horas siguientes. Desapareció misteriosamente del puesto que había desempeñado durante tantos años de tranquila actividad, víctima inocente del triunfo armenio. En cuanto al informe del caimacán de Antioquía, Su Excelencia el valí de Alepo lo encontró tan interesante, que lo hizo transmitir al ministro del Interior, agregándole de su puño y letra algunas frases en el mismo sentido. El subordinado había puesto el dedo en la llaga que atormentaba a su superior. En efecto, desde que el Djemal Pachá mandaba en Sitia provisto del ilimitado poder de un

procónsul romano, todos los valís y *mutessarifs* se sentían rebajados a un rango insignificante. Djemal Pachá trataba a estos poderosos como a simples oficiales de intendencia de su propio ejército. Recibían de él órdenes indiscutibles, como por ejemplo despachar a tal parte tantos miles de *okas* de trigo o arreglar en un periodo determinado tal o cual parte del camino.

El general parecía considerar a la población civil como una horda inútil de parásitos y a la administración como a una plaga superflua. Su Excelencia de Alepo no se enfadó al encontrar la ocasión para dar jaque al pachá de hierro y hacer conocer a las personalidades de Estambul la derrota infligida a este ejército tan seguro de sí. Talaat Bey leyó con bastante imparcialidad la obra de arte del caimacán de Antioquía. Su deber era defender el servicio interno contra todo abuso militar. Por otra parte, la deportación armenia era, en su opinión, un asunto más noble que la fastidiosa ambición de un tirano jamás satisfecho. Con su gesto habitual, acarició varias veces su chaleco blanco con su manaza. Luego, los ágiles dedos del antiguo telegrafista pusieron un imperdible a las hojas del mensaje, agregando una nota con estas palabras: «Ruego se dé a la mayor brevedad posible una solución positiva». El acta pasó inmediatamente a la mesa del ministro de Guerra. Enver Pachá aun no había rehusado acceder a ninguna petición de Talaat. Cuando estos señores le encontraron por la tarde en el *endjumen*, consejo privado de ministros, Enver se acercó a su amigo. El joven dios guerrero sonrió tímidamente, agitando sus pestañas de niña.

—Telegrafié a Djemal respecto al Musa Dagh, y de manera enérgica… —Sin esperar el agradecimiento de Talaat, agregó, haciendo un gracioso gesto irónico—: Todos me lo podéis agradecer, pues yo fui quien envió y eliminó así a ese loco de Siria.

Había en Jerusalén, frente a la puerta de Jaffa, un hotel árabe cuyas ventanas daban a la ciudadela de David coronada con un alto minarete. El generalísimo Djemal Pachá había establecido provisionalmente su cuartel general en este hotel donde recibió los

telegramas de Enver, del valí de Alepo y otros funcionarios que exigían de él una pronta reparación de la afrenta armenia. Djemal Pachá estaba solo, sentado en su habitación. Ninguno de sus dos jefes de estado mayor, Alí Fuad Bey ni el alemán von Frankenstein, se hallaban presentes. Podía, por lo tanto, dejarse llevar por su mal humor. Sólo Osman, jefe de su guardia personal, estaba frente a la puerta; era un verdadero coloso montañés, se parecía a aquellas armaduras que se ven en los museos del ejército. La guardia personal de Djemal tenía una doble intención: su exterior romántico estaba destinado a halagar los gustos pomposos de los asiáticos, a quienes no satisfacían las guerras modernas desprovistas de pompa. Al mismo tiempo apaciguaba su agotado espíritu, que en todo tiempo ha distinguido a los dictadores del resto de sus conciudadanos: el miedo al atentado. Osman no debió abandonar jamás a su amo, sobre todo cuando recibía la visita de algún señor de Estambul. En efecto, Djemal no consideraba imposible que uno de sus queridos hermanos, Enver o Talaat, le enviara con excelentes recomendaciones a un concienzudo mensajero de la muerte. Leyó con atención los telegramas, especialmente el de Enver Pachá. Aunque el asunto que trataba no tuviera gran importancia, el amarillo de su rostro se acentuó y sus labios encuadrados en enorme barba negra palidecieron de cólera. El general se levantó de un salto y empezó a caminar furioso por la habitación. Era tan bajo como Enver, pero en absoluto gracioso y más bien pesado. Tenía el hombro izquierdo más alto que el derecho, así es que la gente que no le conocía bien podía creerlo defectuoso. Al final de las mangas bordadas en oro, de su uniforme de general pendían unas poderosas manos encarnadas. Ante semejantes manos, se comprendía el motivo de cierta leyenda que aseguraba que era nieto del verdugo de Estambul. Enver Pachá estaba hecho de la materia más liviana del mundo. Djemal Pachá, de la más pesada. Para el primero, todo eran sueños y caprichos; para el segundo, pasión y brutalidad. Djemal Pachá detestaba al gracioso favorito de los dioses con el odio inextinguible de las almas bajas. Tenía que comprar caro lo que al otro le caía del cielo sin darle trabajo: la gloria militar, la suerte en el

juego y el favor de las mujeres. Djemal cogió el telegrama de nuevo y trató de percibir la voz coqueta de Enver tras los términos administrativos.

En este momento el futuro de las siete aldeas del Musa Dagh se encontraba más que nunca en el filo de la navaja. La menor orden de instrucción de Djemal habría bastado para lanzar contra el Damlajik dos batallones completos de infantería, una batería de cañones de campaña y algunas ametralladoras. En tales condiciones, a pesar de Gabriel Bagradian y toda la valentía armenia, el asunto habría sido liquidado en una hora. Pero mientras Djemal releía los telegramas, el furor del general parecía extralimitarse. Vociferó al atónito Osman que lo dejara solo y no lo volviera a molestar so pena de muerte. Luego se acercó a la ventana, retirándose enseguida temeroso de que alguien pudiera verlo, en la total desnudez de su alma. ¡Ah, si hubiera podido aplastar a Enver! ¡A esa dama de salón de la guerra! Ese codicioso que jamás había realizado una verdadera hazaña varonil, que había obtenido con astucia su reputación de vencedor y que después de la toma de Adrianópolis se deslizara a la vanguardia con sus jinetes cuando ya toda la lucha había terminado. ¡Y aquel vanidoso, insignificante malcriado del imperio otomano osaba dar órdenes a un Djemal! ¡Que haga la prueba este rufián insolente, con deshacerse de un Djemal dándole el mando de Siria! La rabia del general contra este Marte de Estambul bullía en el más recóndito recoveco de su alma. Una ridícula bagatela lo había provocado. El telegrama de Enver comenzaba con estas palabras: «Le ruego tomar cuanto antes las medidas necesarias…». No empezaba con «Excelencia», ni siquiera con un simple «Pachá». Era un hecho que Djemal se preocupaba en exceso por la etiqueta, sobre todo en sus relaciones con Enver. Respetaba con suma seriedad las formalidades, aun en reuniones de carácter amistoso. Su afiebrada susceptibilidad estaba siempre atenta para controlar si Enver Pachá le testimoniaba los honores que le correspondían y si no lo rebajaba un punto en su dignidad. Este mensaje orgulloso y sin el menor título fue la última gota que colmó el odio de Djemal Pachá. Durante los últimos meses, Enver había obligado a cumplir

monstruosas exigencias al general, que éste siempre ejecutó sin decir una palabra. Al principio, Djemal tuvo que devolver a Estambul la octava y la décima divisiones: luego le tocó el turno a la 25ª y finalmente todo el 13° cuerpo del ejército había sido transferido a Bagdad y a Bitlis. Actualmente el dictador militar de Siria no mandaba sino dieciséis o dieciocho miserables batallones repartidos en una inmensa extensión entre las mesetas del Taurus hasta el Canal de Suez.

La culpa era de Enver Pachá y no de la guerra, como éste quería hacer creer. Djemal, temblando de ira, estaba totalmente convencido de ello. ¿Cómo hacer el mayor daño a Enver y a sus satélites? Djemal sabía que consideraban el exterminio de los armenios como su más sagrado deber patriótico, y a menudo él mismo profirió opiniones semejantes. Jamás había tolerado esta auténtica afición de Enver en convertir a Siria en la pestilente cloaca de la muerte armenia. El ministro de la guerra no fue consultado durante la deliberación sobre la deportación armenia y con buen motivo porque no habría quedado ni la sombra de los proyectos del encantador Enver. Era una de las razones por las cuales este gracioso reptil le había empujado hacia el sureste. Ahora se preguntaba, en su odio vengativo, si acaso podría cerrarlas fronteras de Siria, expulsar a los deportados hacia Anatolia y así terminar con esta vasta empresa.

En ese momento golpeó la puerta el coronel Frankenstein. Inmediatamente, Djemal renunció a todas las vanas quimeras producidas en su excitación. Volvió a ser el general reflexivo, meticuloso, calculador, al que estaban acostumbrados sus súbditos. En un instante desapareció de su barba negra el gesto de sus labios de apasionado asiático. Siempre se esforzaba —sobre todo ante el coronel alemán— por dar la impresión de una lógica irrefutable. La mirada que von Frankenstein encontró en los ojos de Djemal era de las más tranquilas y frías en un jefe de ejército. Se sentaron a la mesa; el alemán abrió su cartera y sacó los documentos que le servían para hacer su informe sobre la composición de las nuevas tropas en Siria. Entonces vio los telegramas y la orden de Enver Pachá colocados ante él.

—Me parece que Su Excelencia ha recibido un mensaje de importancia…

—¡No se preocupe por eso, coronel —contestó Djemal—, lo importante aquí no depende del ministro de la Guerra sino sólo de mí!

Y con su mano roja cogió el telegrama de Enver, lo rompió en mil pedazos y lo lanzó por la ventana que daba sobre la ciudadela de David. Así fue como Gabriel Bagradian encontró un aliado involuntario. Pues Djemal Pachá no contestó a Enver, ni envió hombre alguno, ni ametralladoras, ni un cañón a Antioquía para tomar el Musa Dagh.

La inactividad de Djemal Pachá salvó a los armenios de un rápido fin, aunque no les evitó una espera mortal. A pesar de la no intervención personal del dictador de Siria y Palestina, existían suficientes autoridades militares de segundo orden que podían tomar decisiones propias. El severo comandante, sucesor del desgraciado *bimbachi* de Antioquía, había obtenido del general de retaguardia en Alepo el envío de varias compañías que se hallaban en guarnición. Por otra parte el valí dejaba adivinar en una carta al caimacán la expedición de la enorme tropa de *saptiehs*. Se notaba por tanto que el caimacán había tenido éxito en su gestión de Alepo, y el triunfo siempre estimula la ambición.

Desde lo alto de su observatorio, Gabriel Bagradian había tenido a menudo la sensación de que el Damlajik era el punto muerto de un inmenso sistema giratorio en reposo absoluto en medio de un movimiento invisible, aunque violento y hostil. Y hoy, viendo las carretas, los asnos cargados y los largos cortejos humanos que iban llegando al valle, este movimiento, cuyo punto muerto era el Musa Dagh, se hizo perfectamente visible. ¿Qué significaba esta inundación? El caimacán sintió que llegaba la hora de colocarse en primer plano dentro del partido, para lo cual realizó una acción política ejemplar: acababa de introducir una hebra de importancia capital en el telar donde se tramaba la muerte de los armenios. Se

trataba del movimiento nacional árabe, que desde hacía algún tiempo daba mucho trabajo a las autoridades sirias. Sociedades secretas, ampliamente ramificadas, como El Ahd, El Juramento y Los hermanos Árabes hacían activa propaganda contra Estambul. Su propósito consistía en reunir algún día a todas las tribus árabes y formar con ellas un Estado independiente y autónomo. Allí, como en el resto del mundo, el nacionalismo se disponía, basándose en su ideario o modelo religiosos, a eliminar a esos miserables elementos biológicos que fuesen discrepantes. El califato es un concepto divino, mientras que ser turco, kurdo, armenio o árabe, es una realidad terrenal. Los pachás de tiempos antiguos sabían perfectamente que la idea de una unidad espiritual y superior, la idea del califato, era más noble que la locura del progreso de que estaban poseídos algunos aficionados. Había en la pereza del antiguo imperio —en el dejar hacer—, así como su somnolienta venalidad, una razón de Estado sabiamente cautelosa y llena de renuncia, que un occidental de ideas restringidas y a quien sólo importa la acción rápida, apenas podía comprender. Los viejos pachás eran lo bastante sutiles como para comprender que un palacio majestuoso en ruinas no puede resistir reparaciones. En cambio, los jóvenes turcos habían podido destruir en un momento la obra de muchos siglos. Hicieron lo que, como jefes de un Estado soberano, jamás debieron haber hecho. Su propia manía de nacionalismo despertó una tendencia análoga en los pueblos dominados por ellos. Pero ¿de qué sirve discutir con los locos de este mundo? ¡Cuán ciego es aquel que no sospecha tras semejante drama a su verdadero autor! Lo que los hombres creen querer, están obligados a quererlo. Si las fuertes uniones sobrenaturales de un imperio parecen romperse, esto sólo significa que Dios ha vuelto a derribar las piezas de la partida de ajedrez, que juega contra sí mismo, para colocarlas de nuevo.

En todo caso, el nacionalismo árabe hacía grandes progresos. Venía del sur y atravesaba el imperio turco hasta una línea imaginaria pasando por Mosul, Mesina y Adana. Había que tomarlo seriamente en cuenta en los valiatos de Siria, pues a la retaguardia y en los flancos del cuarto ejército adoptaba aquella forma de torva

resistencia pasiva, que representa el mayor peligro para una fuerza militar a punto de ejecutar importantes operaciones. La revuelta contra el pobre *bimbachi* ya tenía cierta relación con esa tendencia. El caimacán había tenido la feliz idea de ganarse a su favor a la población árabe de su región, y ello a costa de los armenios. Las posesiones armenias pertenecían al Estado conforme a las leyes de la deportación; por lo menos así lo establecían los papeles oficiales. En realidad, los administradores de las provincias podían hacer de ellos lo que quisieran. Apenas al día siguiente de la derrota del ejército, el caimacán de Antioquía envió a sus funcionarios a todos los cantones más o menos cercanos al Musa Dagh donde abundaban los árabes. Hizo anunciar que se distribuiría gratuitamente, en parcelas, la región más fértil de Siria entre Suedja y Ras el Chansir, país de viñas y huertos, cultivo del gusano de seda y apicultura, rico en aguas y bosques, tanto como en casas y granjas, a todos aquellos que al día siguiente se presentaran en el valle armenio. Los *mudirs* dieron hábilmente a entender que se daría preferencia antes a un cultivador árabe laborioso, aun cuando se tratase de colonos turcos.

Esta era la razón de la sorprendente emigración. Allí estaba el caimacán en persona, y permaneció en Yoghonoluk hasta nueva orden para vigilar una repartición justa y tratar de ganarse el favor de los árabes más notables. Se instaló en la villa Bagradian después de expulsar al *mohadchir* que se había establecido allí con su familia. Al cabo de cuarenta y ocho horas, los pueblos tuvieron una población tan densa como antes. Los árabes y los turcos recientemente enriquecidos, confraternizaron. Jamás habían visto casas tan hermosas. Casi daba pena habitarlas. En un momento, las iglesias se transformaron en mezquitas, y desde la primera tarde se celebró el oficio religioso. Los mulás agradecían a Dios las bellas posesiones que les diera. Sólo una sombra oscurecía este cuadro: la impúdica existencia, en lo alto de la montaña, de aquellos cerdos cristianos. Era el deber de todo creyente el exterminarlos. Sólo después de aniquilarlos tendrían derecho a gozar en paz de aquellas riquezas en una atmósfera de beatitud y de alegría. Los hombres salieron de la mezquita con los ojos brillantes. También ellos deseaban deshacerse

inmediatamente de sus predecesores, a fin de que desapareciera de sus honradas almas campesinas este incómodo malestar.

Con la mirada sombría, pero indiferente, los defensores del Musa Dagh observaban la ruina de su patria.

¿Qué pasaba ahora con el tiempo? ¿Cuántas eternidades necesita un día, hasta que se esconde en la noche? Pero el día escapaba más rápido que la noche, lenta en su marcha como un caracol. ¿Dónde estaba Julieta? ¿Hacía tiempo que habitaba en esta tienda? ¿Había jamás vivido en una casa? ¿Había estado en Europa? Y ¿quién era ella, ella, Julieta? No era sin duda aquel nuevo ser, actualmente prisionero en medio del pueblo de la montaña. Ni tampoco era la misma mujer que cada mañana se despertaba presa de un mismo asombro miedoso. Deslizaba fuera de la cama su cuerpo blanco y lánguido, posaba sus pies sobre la alfombra, se envolvía en una bata, se sentaba en una silla plegable ante su peinador y examinaba su rostro pálido aunque tostado por el sol. ¿Era posible? ¿Podía esta mujer de mirada opaca, de piel quemada y cabellos resecos, agradar a un hombre joven? Desde hacía algunos días, Julieta solía despedir temprano a sus sirvientes. Entonces, con sus manos temblorosas como si cometiera un crimen, empezaba a arreglarse, con los últimos restos de su provisión de perfumes. Finalmente se vestía, ataba a su cintura un gran delantal y alrededor de su cabeza un pañuelo blanco en forma de velo de enfermera. Ahora que trabajaba en el hospital no usaba otro traje. Aquel velo y aquel delantal le hacían moralmente un bien. Los consideraba como un uniforme cuyo aspecto correspondía a su situación en el Damlajik.

Antes de salir de la tienda, Julieta cayó de rodillas junto a la cama oprimiendo su almohada como para impedir que llegara el día, que ya había llegado. Antes —¿hacía días o años?—, antes se había sentido enteramente sola, desamparada y desgraciada. Pero hoy habría deseado ardientemente volver a sentir esa miseria exenta de pecado. Jamás, desde que el mundo era mundo, jamás ninguna mujer se había sentido tan humillada como ella. Y era una mujer

honrada, consciente de sí misma, casada desde hacía mucho tiempo, que nunca tuvo la menor «aventura». Pero, ¿acaso cientos de aventuras y devaneos en París no habrían parecido simples bagatelas, comparados con esta infame traición frente a una lucha desesperada y una muerte segura? Como una niña, Julieta susurraba a su almohada: «No es mi culpa». Pero ¿de qué le servía? Estaba expuesta a una fuerza adversa que ella no conocía, en medio de un mundo extraño e inexorable, a ser víctima de la influencia de aquello que le parecía más conforme a su naturaleza. Como para contrarrestar esta tendencia, exclamó a media voz: «¡Gabriel!». Tan imposible era encontrar a Gabriel como a la misma Julieta. Cada vez le era más difícil distinguir la verdadera imagen de su marido en el álbum de fotografías desteñidas que constituían sus recuerdos. Y este armenio desconocido, barbudo, quemado por el sol, que de vez en cuando se sentaba cerca de ella, ¿tenía alguna relación con Gabriel? Julieta se asustó al sentir correr sus lágrimas. Limpió con cuidado sus ojos y esperó a que no estuvieran rojos ni hinchados.

Bedros Altouni había hecho transportar a sus chozas a todos los heridos que no tenían mucha fiebre. Para justificar estas medidas tenía una piadosa razón. La victoria armenia del 14 de agosto fue rápidamente conocida en los valles y montañas. Y, en efecto, al día siguiente, otros 22 fugitivos se presentaron ante los puestos avanzados y solicitaron ser admitidos entre los combatientes. Gabriel Bagradian, que consideraba que jamás se desconfiaría lo suficiente de los posibles traidores y espías, examinó minuciosamente a los candidatos. Como todos, decían ser armenios, como cada uno llevaba un fusil máuser y municiones, y, al fin y al cabo, como había que reparar las pérdidas, los aceptó a todos. Entre ellos se hallaba un muchachito que parecía trastornado e inconsciente, afirmaba haberse escapado hacía cuatro días de un cuartel de infantería de Alepo, y que aún no se había repuesto de las penurias. La misma tarde, el muchacho se presentó muy pálido ante Bedros Hekim en la tienda-hospital y después de balbucear algunas palabras incomprensibles, cayó desmayado. El cuerpo del infeliz era sacudido por una fiebre muy alta y en el pecho tenía unas manchas

rojas que aumentaron por la noche. Bedros Altouni había ido en busca de su tratado extranjero olvidado desde hacía tiempo, pero los jeroglíficos no eran menos ininteligibles para él. Ahora deseaba pedir consejo a la francesa y le mostraba al enfermo.

—Mire a ése, querida. ¿Qué cree usted que tiene?

Julieta no era mujer que estuviese acostumbrada a los espectáculos de horror y miseria. Cada vez que entraba en el hospital debía dominar las náuseas. Se esforzaba por ayudar en todo y, sin embargo, su repulsión y asco, en vez de disminuir, no hacían sino aumentar. Le pareció que debía expiar inmediatamente su traición. Así que aquel ser repugnante, sacudido por la fiebre, que exhalaba a sus pies un olor intolerable, con la boca cubierta de espuma, significó para ella, Gabriel y Esteban en una misma persona. Julieta se arrodilló, y como si cayera en síncope, cerrando los ojos, acercó su cabeza al pecho hundido del enfermo.

De pronto la voz de Gonzaga le llegó al corazón, despertándola:

—¿Qué hace ahí, Julieta? Qué insensatez…

Y el viejo médico también pareció sentir remordimientos a causa de *madame* Bagradian.

—Tal vez le convendría más no venir aquí con tanta frecuencia…

Gonzaga hizo disimuladamente un gesto de reproche a Julieta. Obediente, ella le siguió. El tiempo era para Julieta un inextricable enredo cuando de Gonzaga se trataba. ¿Cuándo había sucedido? ¿Desde cuándo, impotente, le seguía cuando él la llamaba? ¡Cuán graves y pesados se habían hecho su traición y su silencio! Sin embargo, Gonzaga no había cambiado. Siempre había en sus miradas y en sus pensamientos la misma viveza que no permitía que ningún detalle escapara a su constante control. La vida de campaña no había alterado su persona, la raya de su pelo estaba a toda hora del día impecable; su traje cepillado de un modo irreprochable, su cuerpo limpio, su cutis claro y su aliento fresco. ¿Le amaba ella? Era algo mucho peor aún. Un amor desgraciado siempre imagina una solución, aunque sea sólo en sueños. Gonzaga parecía a menudo estar menos presente que Gabriel. Al principio era un ser agradable,

familiar y tranquilizador, desorientado en el mundo, que despertaba simpatía, y luego se había transformado en una fuerza tan inexorable, de la cual era imposible escapar, contra la cual no existía remedio. Cuando él la tocaba, ella experimentaba una sensación que hasta entonces jamás había conocido. Pero esta sensación también aumentaba el odio que la mujer infiel se inspira a sí misma. Ya habían sido testigos mudos muchos rincones rodeados de arbustos, cercanos al mar. En el último esfuerzo, su orgullo se rebelaba y hacía que Julieta pensara: «¿Soy yo quien está allí tendida en tierra, yo?…». Pero Gonzaga sabía perfectamente cómo alejar de ellos todo lo feo. Tal vez un genio de la especialización, como lo son los jugadores, los coleccionistas y los cazadores, que no han desarrollado sino un gusto y un don, pero de manera exagerada. Había aún otra cualidad que le asemejaba a aquella gente: una paciencia inagotable que a todo precio quiere alcanzar su fin. Esta paciencia era lo que condujo a Gonzaga al Damlajik y le permitió esperar su día con una modestia llena de seguridad. La concentración de su yo provocaba en Julieta fenómenos opuestos, de agitación y apatía. Le parecía que su espíritu la abandonaba dando lugar a una fuerza aplastante. Era como una enredadera de hojas velludas y repugnantes que trepaba por su interior impidiendo el acceso de su alma a la luz. Estaban sentados en un lugar que ellos llamaban «la Riviera». Gonzaga partió en dos su cigarrillo y encendió una mitad con mil precauciones.

—No me quedan más que cincuenta…. —Y como si quisiera asegurarse y disipar la preocupación que le causaba la disminución de su tabaco, agregó—: Desde luego, pronto no estaremos aquí… —Ella lo miró atónita. La voz de Gonzaga era indolente—: Quiero decir que nos iremos los dos, tú y yo. Ya es tiempo.

Ella parecía no comprenderlo. Entonces él expuso sus proyectos con fría precisión. Sólo serían penosas las dos primeras horas. Era necesario subir por la arista rocosa del lado sur, para descender por el pequeño villorrio de Habaste hasta el valle del Otonte y alcanzar la ruta de Suedja. Él había pasado la noche anterior examinando el camino sin sufrir el menor daño ni encontrar persona alguna; había

llegado a la región de la destilería y hasta el domicilio del director que, como Julieta sabía, era un griego de personalidad influyente. Gonzaga estaba sorprendido de ver que su proyecto resultara tan simple y natural.

—El director se pone enteramente a nuestra disposición. El 26 de agosto, el vaporcito de cabotaje que hace el servicio de la destilería saldrá rumbo a Beirut con un cargamento y echará el ancla dos veces: en Latakijeh y en Trípoli; según todas las probabilidades, llegará el 29 a Beirut. El vapor llevará pabellón americano; en realidad, se trata de una sociedad comercial americana. El director afirma que no hay peligro, pues la flota de Chipre volverá a cruzar en esos días. Tendrás tu camarote particular, Julieta. Cuando estemos en Beirut habremos ganado la partida. El resto no es sino una cuestión de dinero, y dinero, y de eso tú tienes…

—¿Y Gabriel y Esteban?…

Gonzaga, sin inmutarse, sopló la ceniza de su cigarrillo.

—¿Gabriel y Esteban? Sólo al verlos se reconoce su nacionalidad armenia. También interrogué al respecto al director. Rehúsa hacer cualquier cosa por un armenio. Como está en muy buenas relaciones con el Gobierno turco, no puede exponerse por semejante asunto. Me lo explicó claramente. Por desgracia, no hay medio de salvar a Gabriel Bagradian ni a Esteban.

Julieta se retiró un poco.

—Y yo debo dejarme salvar… ¿Por ti?

Gonzaga sacudió la cabeza como si no pudiera comprender las exageradas preocupaciones de esta mujer.

—Él mismo ha querido sacarte de aquí…, te ruego, trata de recordar, Julieta. ¡Y aun conmigo!

Ella oprimió sus sienes con los puños.

—Sí, quería hacerme salir con Esteban…, y yo le he hecho eso… Le miento en la cara…

—No deberías mentirle, Julieta. Al contrario, le dirás toda la verdad. Hoy mismo, sería lo mejor.

Julieta se sobresaltó. Su rostro estaba rojo y abotargado.

—¿Qué? ¿Debo asesinarlo? El destino de 5.000 hombres está en

sus manos. ¿Y en semejante momento debo asestarle un golpe mortal?

—Esas grandes palabras lo tergiversan todo —dijo Gonzaga en tono grave y sin levantarse—. Por lo general matamos a extranjeros y ello sucede a diario. Pero a veces también debemos escoger entre nuestra propia vida y la de aquellos que están más cerca de nosotros… ¿Gabriel Bagradian está verdaderamente cerca de ti? ¿Y crees realmente que le matarías al salvarte, Julieta?

Las palabras tranquilas y la mirada resuelta de Gonzaga volvieron a atraerla. Gonzaga tomó la mano de Julieta y le expuso con la claridad de un buen pedagogo toda su filosofía. Cada uno de nosotros no vive sino una vez y en una sola persona. Por lo tanto, no tenemos que rendir cuentas más que con nuestra propia vida; y, ¿de qué está hecha esta vida? ¿Cuál es su verdadera naturaleza? Es una larga cadena de aspiraciones y deseos. ¡Qué importa con qué frecuencia no sean más que pura ensoñación! Lo esencial es que sean fuertes. Nuestro deber consiste en realizar sin escrúpulos las aspiraciones y deseos de esta vida, pues ésta no tiene otro sentido. Esta es la razón por la cual nos exponemos al peligro, aun a la muerte, pues fuera de los esfuerzos que hacemos por satisfacer nuestros deseos, a decir verdad, apenas hay vida. Gonzaga se ponía como ejemplo de este modo de existencia, el único lógico y sincero según él. Por su amor, no había vacilado un instante en aceptar peligros y una existencia de las más incómodas. Luego sacó la despreciativa conclusión:

—Pero lo que tú, Julieta, tomas por miramientos, amor y autosacrificio, no es más que un miedo muy cómodo.

Julieta dejó caer pesadamente su cabeza sobre el hombro de Gonzaga. El poder interior que la torturaba surgió de nuevo con tumultuosa violencia dentro de ella.

—¡Qué sabelotodo eres, Gonzaga! No seas tan claro ni tan preciso. Es horrible. No puedo soportarlo, ¿por qué no eres como antes?

La liviana mano de Gonzaga, mago maravilloso, capaz de despertar mil sensaciones desconocidas, acariciaba dulcemente su

brazo, sus senos, y se deslizaba por sus caderas. Ella se deshacía en lágrimas, balbuceante. Gonzaga la consoló:

—Tienes tiempo para decidirte. Siete días enteros. ¡Es verdad que, de aquí a entonces, sabe Dios qué puede suceder…!

Ter Haigassun, después de un largo plazo, había convocado al gran consejo de jefes. Los hombres estaban sentados en los bancos de la sala de sesiones de la barraca de la gobernación. Sólo el farmacéutico Krikor asistía desde el fondo de la sala a las deliberaciones, sin participar de hecho. No hablaba casi nunca con otro que no fuera él mismo, lo que hacía con frecuencia y durante las horas más solitarias de la noche. Quien hubiera sido testigo de estos monólogos no habría sacado gran provecho. En efecto, Krikor alineaba términos léxicos sin relación alguna, perdido en el sueño. Éste era más o menos el estilo de las sucesiones: «núcleo terrestre, incandescente…, eje celeste…, constelación de la Pléyade…, fecundación de las flores…». Lanzaba estas espléndidas palabras al espacio donde quedaban flotando sobre él. Con ellas construía una cúpula de luminosos mosaicos científicos en medio de la cual estaba sentado con la enigmática sonrisa de un sacerdote budista. Existe un grado de riqueza perfecta y ascética que no puede compartirse, pues toda cosa sublime es asocial. Tal vez era éste el grado que había alcanzado Krikor. Ya no enseñaba a los hombres. Sus antiguos discípulos, los profesores, ya no lo visitaban ni él los buscaba. Habían pasado los tiempos halagüeños, aquella época en que, al modo peripatético, solían dar largos paseos nocturnos con Oskanian, Chatakhian, Asajan y otros diferentes personajes, daba al mundo de las estrellas los números y nombres que su espíritu enamorado de lo infinito se complacía en inventar. Ahora, las estrellas y las palabras agigantadas giraban silenciosas dentro de su espíritu, y ya no sentía la necesidad ardiente de revelar su existencia con entusiasmo. El farmacéutico Krikor ya no solía dormir más de una hora.

Un dolor contraía, cada día con más intensidad, sus tendones y

sus articulaciones. Cuando Bedros Altouni, comprobando el estado físico de su amigo, le interrogó como médico, recibió una triunfante respuesta en latín: «*Rheumatismus articulorum et musculorum*». Jamás escapó una queja de sus labios. Esta enfermedad le había sido enviada para hacer resplandecer el poder sobrehumano de su espíritu. También tenía otra consecuencia: a su alrededor todo perdía vida, la realidad se alejaba de él a grandes pasos. Aquel día, por ejemplo, mientras celebraba sesión el consejo, escuchaba las palabras pronunciadas con los ojos atentos y movía los labios como un sordomudo que quiere reproducir las sílabas que no comprende. Se diría que ya no comprendía las palabras usadas comúnmente.

Esta vez la discusión duró varias horas. Aparte estaban Awakian y el escribiente de la intendencia de Yoghonoluk, que en su calidad de secretario tomaba nota de todas las importantes resoluciones adoptadas. La guardia que aseguraba el servicio de orden en el campamento se había instalado frente a la barraca del gobierno, debido a la iniciativa personal de Ter Haigassun. Como el sacerdote se oponía siempre a las manifestaciones pintorescas, bien podía suponerse que había tomado esta medida de seguridad por una razón superior. Aunque hoy día la guardia del gobierno no tuviera deberes particulares, podía llegar el día peligroso en que los jefes tuvieran necesidad de un servicio de orden. Ter Haigassun presidía el consejo, como siempre, con los ojos a medio cerrar en actitud apática y abatida. En calidad de administrador interior, el pastor Aram Tomasian hizo una relación sobre la situación alimenticia, que el sacerdote escogió como tema del día. Trazó una figura exacta del estado de las cosas: después de la catástrofe de la tempestad, el incendio de la despensa causado por un obús no sólo había destruido los restos de harina, sino también todas las demás preciosas provisiones: todo el aceite, todo el vino, todo el azúcar y —sin referirse a los superfluos como el tabaco—, el café y lo más indispensable de todo, la sal. Podría salarse la carne, a lo sumo, durante tres días más. En cuanto a esta carne, cuyo gusto demasiado conocido repugnaba a todos los estómagos, disminuía de forma alarmante. Los *mouchtars* presentes habían efectuado un nuevo

censo del ganado y calculado que, desde su llegada, los rebaños se habían reducido a un tercio. Por lo tanto debía cambiarse el sistema de reparto. Enseguida el pastor cedió la palabra al *mouchtar* Tomás Kebussjan, rogándole que como perito en la materia describiera el estado de los rebaños. Kebussjan se levantó, balanceando la cabeza, y con su mirada inquieta de campesino, miró a todo el mundo y a nadie en particular. Empezó con interminables y conmovedoras lamentaciones respecto a la pérdida de sus hermosos corderos: ya no reconocía a sus queridas bestias. En la edad de oro de la vida anterior, un cordero pesaba de 45 a 50 *okas*; pues bien, ahora no alcanzaba ni la mitad de su peso. El *mouchtar* indicaba dos causas responsables de esta disminución. La primera era más bien de orden sentimental. Esta maldita comunidad de bienes —aunque reconociera la necesidad— no daba buen resultado con los corderos. Conocía bien a sus bestias. Enflaquecieron, dijo, porque ya no pertenecían a nadie, porque no sentían detrás de ellas a un propietario que se ocupara de su prosperidad y de sus sufrimientos. La segunda razón fue menos personal y más evidente, era la siguiente: los mejores pastos dentro de los límites del campamento no sólo tenían que alimentar a las ovejas y a las cabras, sino también a los pollinos, y aquéllos estaban casi completamente consumidos. De este ganado mal alimentado no se podía obtener más que una carne dura y sin grasa alguna. En cuanto a la cuestión de la leche, no era más consolador. Ya no podía hablarse de mantequilla ni de queso. Con tono quejumbroso y melancólico, Kebussjan llegó a la conclusión de que debían buscarse otros pastos para mejorar el estado de los rebaños. Gabriel Bagradian se sublevó contra esta proposición. No se vivía en tiempos de paz, ni de alegría, sino a lo sumo en un arca de Noé en medio de un diluvio de sangre. No había lugar para pensar en ninguna libertad ni para el hombre, ni para la bestia. Por todos lados sitiaban los espías turcos el límite de la defensa. Dejar pastar los rebaños fuera de este límite aun sobre las alturas septentrionales del Musa Dagh, era una tentativa demasiado arriesgada de la cual nadie podría asumir la responsabilidad. ¡Qué diablos!, debía haber otros pastos dentro del límite. Por ejemplo,

que condujeran a las bestias sobre uno de los cerros.

—En los cerros la hierba es corta y seca —interrumpió el *mouchtar* de Habibli—; ni siquiera podrían comerla los camellos.

Bagradian no se dejó amedrentar:

—¡Más vale tener carne flaca que no tener nada!

Ter Haigassun apoyó la opinión de Bagradian y rogó al pastor que continuara con su informe. Aram Tomasian se refirió a la carencia de pan, a la alimentación únicamente de carne y a sus consecuencias. Por cien razones, de las cuales la menor no era la constante disminución de los rebaños, era necesario procurarse cualquier otro tipo de sucedáneo. Desde que las aldeas habían vuelto a poblarse ya no podía esperarse buscar otro botín en el valle. Por otra parte, Bedros Altouni podía confirmar el hecho de que la ausencia de una alimentación variada había provocado perjuicios en la salud del pueblo. Cada día se veían más pálidos los rostros y las más vacilantes siluetas. Costara lo que costara, debía introducirse un cambio en la alimentación. Aram Tomasian expuso enseguida su proyecto: hasta entonces se había tomado poco en cuenta el mar. En ciertos lugares del acantilado era fácil llegar a la costa por una bajada de más o menos una media hora. Él mismo había descubierto recientemente en sus exploraciones un antiguo sendero en desuso que podría mejorarse sin gran esfuerzo. En efecto, ¿acaso no tenían entre los hombres de las aldeas y los desertores algunos peones camineros? En dos días de trabajo podrían establecer una cómoda unión entre el campamento y el mar. Por otra parte, debería organizarse un grupo de jóvenes, mujeres vigorosas y muchachos de los mayores de las pandillas, para construir salinas en los intersticios de los arrecifes e instalar una pequeña pesquería. Una balsa confeccionada con algunos troncos y remos bastaría para avanzar algunos cientos de metros por el mar hacia una zona tranquila. Hoy mismo, debía darse órdenes a las mujeres expertas en la confección de redes para que se pusieran a la tarea con lo que encontraran a mano. Había suficiente cordel en la cañada del pueblo. ¡Y esto no era todo! Aram Tomasian recordaba haber sido en su juventud un vehemente aficionado a la caza de pájaros. Sin duda los muchachos

de Yoghonoluk conocerían este arte. Era el momento más oportuno de sacar a relucir hondas y arcos. Desgraciadamente, no se podía pensar en cacerías de otro estilo.

La proposición del pastor Aram fue aceptada por unanimidad después de someterla a un minucioso examen. El consejo le dio orden de organizar él mismo esas instituciones de socorro. El próximo orador fue Bedros Hekim, quien proporcionó el informe sobre la situación sanitaria. De los 41 heridos del último combate, casi todos, gracias a Dios, excepto cuatro hombres que aún tenían mucha fiebre, se hallaban fuera de peligro. Ya había enviado 28 a sus familias. Pero estaba sumamente preocupado por la nueva y extraña enfermedad de que adolecía el joven desertor de Alepo. Éste agonizaba desde la víspera y probablemente ya habría muerto. Pero se comprobaba en otros enfermos del hospital evidentes señales de contagio: accesos de ahogo, fiebre muy alta y vómitos. Por consiguiente, se trataba de una epidemia, de la cual Altouni recordaba haber leído mucho en los diarios de Alepo, en los últimos meses. Pues bien, una epidemia en el campamento podría causar tanto daño como los turcos. Por esto, desde el alba de aquel mismo día, había aislado completamente de los otros enfermos a aquellos que sospechaba portadores de la enfermedad. Como todos sabían, existía entre los dos cerros superiores, bastante alejados del valle del pueblo, un bosquecito de hayas, muy sombrío, atravesado por un estero. Ese bosque por donde nunca pasaban los combatientes, ni los habitantes del campamento, había sido escogido como hospital de enfermedades infecciosas. Por su parte, el consejo de jefes debía ocuparse de constituir un grupo de guardias para este hospital con la gente menos útil del campamento, y a quienes se les prohibiría entrar en contacto con el resto del pueblo. Bedros Hekim nombró como ejemplo perfecto para este servicio de guardia a Kework, el bailarín del girasol. Enseguida se dirigió a Bagradian:

—Amigo mío, te ruego le pidas a Julieta *hanum* que no vuelva a cuidar a los enfermos. Sin duda, perderé una excelente asistente, pero, hablando con franqueza, aprecio más su salud que su ayuda. Temo por tu mujer, sin hablar del peligro de infección, amigo mío.

Nosotros somos gente ruda y nuestra patria no está sino a una milla de aquí. Pero desde que estamos en el Damlajik tu mujer ha cambiado mucho. A veces da respuestas muy extrañas. Parece que no sólo sufre su cuerpo. No está hecha para esta vida. No podría ser de otro modo. Ocúpate un poco más de ella, es el consejo que te doy. Lo mejor para ella sería pasar en cama todo el día y leer novelas que transporten su espíritu a otros climas, muy lejos de nosotros. Felizmente, nuestro Krikor posee suficientes libros franceses para distraer de su miseria a toda una colonia de lindas *madames*.

Al oír estas advertencias de Altouni, Gabriel se estremeció, consciente de su falta. No sin remordimiento, recordó que desde hacía dos días casi no había hablado con Julieta.

Pero en ese instante, Ter Haigassun inquirió súbitamente a Gabriel Bagradian:

—¿Cuál es el verdadero estado de nuestras fuerzas defensoras, Gabriel Bagradian?

—Es una pregunta a la cual no puedo contestar, Ter Haigassun —declaró Gabriel—; la defensa depende siempre de la ofensiva.

Ter Haigassun dirigió a su interlocutor su tímida y, sin embargo, decidida mirada de sacerdote.

—Díganos francamente su opinión, tal como es en verdad, Gabriel Bagradian.

—No tengo ninguna razón para ocultar mi opinión por consideración al consejo de jefes, Ter Haigassun. Estoy firmemente convencido de que nuestra situación es desesperante…

Al cabo de una corta reflexión, afirmó su opinión con algunas frases. Hasta aquí habían tenido dos graves asaltos en forma sangrienta. Sin duda alguna el Gobierno turco tenía que estar furioso. ¿Quién sabía si el generalísimo Djemal Pachá no emprendería en persona la guerra contra el Damlajik? Bagradian se inclinaba a temerlo. De todas maneras: el tercer ataque no sería comparable a los precedentes. Enseguida, Gabriel Bagradian presentó una propuesta sumamente importante. Por insensato que fuera cualquier sueño de salvación, el consejo de jefes no debía resignarse al inevitable destino y esperarlo con resignación. No,

nada, nada era bastante despreciable para no merecer probarse. Evidentemente, el mar asustaba por su vacío, se diría que la navegación aún no se hubiera inventado. Y, sin embargo, ¿quién sabe? Tal vez contra toda probabilidad y esperanza, un torpedero aliado podría cruzar la bahía de Alejandreta.

—Suponed esta posible eventualidad. Es nuestro deber no dejarla pasar sin utilizarlo. ¿Y hemos pensado acaso en el cónsul americano de Alepo, *mister* Jackson? ¿Ha oído hablar de los combates que libran los cristianos sobre el Musa Dagh y de su miseria? Es nuestro deber advertírselo y exigir la protección del Gobierno americano.

Gabriel Bagradian exponía su nuevo proyecto. Debía enviarse dos grupos de mensajeros, uno a Alejandreta, el otro a Alepo; a Alejandreta los mejores nadadores; a Alepo los mejores corredores. La empresa de los nadadores no era muy difícil, pues la bahía de Alejandreta no estaba sino a 35 millas inglesas al norte, y podía tomarse el sendero que conducía por colinas solitarias. El verdadero fin de la empresa —alcanzar a nado los buques de guerra en la bahía — exigía mucha energía y una gran resistencia física. Aquellos de la expedición de Alepo no tendrían que realizar tal hazaña de esfuerzo, pero recorrerían un trayecto de 85 millas sólo de noche, sin utilizar el camino real, alejados de toda vivienda humana, y por lo tanto en continuo peligro de muerte. Sin embargo, si estos mensajeros llegaban a la casa de *mister* Jackson, se salvarían casi con toda seguridad.

Este proyecto de Gabriel Bagradian, que daba oportunidad a la esperanza más arriesgada y luchaba contra la conciencia de la muerte, fue apasionadamente discutido. Los nadadores serían dos; para Alepo bastaría con un muchacho joven. En efecto, ¿para qué exponer inútilmente varias existencias? Dos personas se hacen notar menos que tres y una sola puede escapar, más fácilmente que dos, de los aduaneros y *saptiehs*. Según propuso Ter Haigassun, se decidió escoger a los nadadores y corredores entre aquellos que se presentaran como voluntarios. Los corredores (aún no se había resuelto si serían uno o dos), debían llevar una carta al cónsul

americano, y también los nadadores llevarían un mensaje para el comandante del supuesto navío. Se coserían estos papeles dentro de sus cinturones de cuero. Ter Haigassun fijó el día, la hora y condiciones en las cuales tendría lugar la presentación de voluntarios para estas misiones. Al efecto, dictó al secretario un llamamiento al pueblo. Se ordenó a los *munadirs*, o sea a los pregoneros del pueblo, que lo proclamaran aquella tarde. Gabriel Bagradian se ofreció a redactar la carta para *mister* Jackson. Aram Tomasian se encargaría de escribir el manifiesto para los buques de guerra. Este último ha sido conservado como documento de los cuarenta días.

> «Al almirante, al capitán de navío o al comandante inglés, americano, francés o italiano a cuyas manos llegue esta petición:
>
> »*Sir*: Recurrimos a vos en nombre de Dios y de la fraternidad humana. Nosotros, que somos la población de siete aldeas armenias, más o menos cien mil almas, nos hemos refugiado sobre la meseta del Musa Dagh llamada Damlajik, situada a tres horas a pie al noroeste de Suedja junto al acantilado.
>
> »Allí hemos buscado refugio contra la barbarie y crueldad de los turcos. Hemos organizado una defensa armada para evitar a nuestras mujeres la violación de su honor.
>
> »*¡Sir!* Sin duda habréis oído hablar de la política destructora que practican los jóvenes turcos contra nuestro pueblo. Bajo la apariencia de un simple cambio de residencia, con el pretexto de una precaución tomada contra un movimiento de rebeldía que en realidad jamás ha existido, expulsan a nuestros compatriotas de sus casas, roban sus campos, huertos, viñas y todos sus bienes, muebles e inmuebles. Esto es lo sucedido, entre otras cosas, según nos hemos dado cuenta, en la ciudad de Zeitun, y en las 32 aldeas que de ella dependen…

A continuación, Aram Tomasian describía lo que había visto con sus propios ojos en el trayecto de Zeitun a Marach. Luego hablaba de la deportación de siete aldeas y pintaba la desesperada situación del pueblo sobre el Damlajik en términos vibrantes de indignación. El manifiesto terminaba con esta urgente demanda de auxilio:

> »*¡Sir!* ¡Os imploramos en nombre de Cristo!
>
> »Llevadnos, os lo rogamos, a Chipre, o a cualquier territorio libre. Nuestros compatriotas no son gente holgazana. Ganaremos nuestro pan al precio del trabajo más duro que nos den a hacer.
>
> »Si esto es pedir más de lo que podéis dar, recoged al menos a nuestras mujeres, nuestros niños, nuestros ancianos. ¡Respecto a nosotros, los combatientes, tened la bondad de proveernos de víveres, armas y municiones, para que podamos defendernos contra las fuerzas del enemigo hasta el último suspiro!
>
> »¡Os lo suplicamos, *Sir*, no esperéis a que sea demasiado tarde!
>
> »En nombre de todos los cristianos del Damlajik,
>
> »Vuestro fiel servidor,
>
> Pastor A. T.»

Este manifiesto fue redactado en dos idiomas: sobre un lado de la hoja estaba escrito en francés; sobre el otro en inglés. Ambos textos fueron revisados y corregidos por Kapeth Chatakhian, gran maestro de redacción y lenguas extranjeras. Sin embargo, la tarea de hacer caber, sobre finas hojas de papel, estos escritos de letra minúscula pero legible, le correspondió a Samuel Awakian, artista mucho más modesto que el instructor Oskanian y afamado calígrafo. Hrand Oskanian se levantó bruscamente de su asiento, mirando a Ter Haigassun como si quisiera retarle a un duelo, a él y a todos los miembros de la asamblea. Esta nueva humillación le

quitaba el habla. Agitaba los labios sin pronunciar una palabra. Sin embargo, Ter Haigassun, su enemigo jurado, le sonrió con amabilidad y le dijo:

—¡Siéntate, profesor Oskanian, y ten tranquilidad! En realidad, tu escritura es demasiado elegante para nuestro propósito. Nadie creería, al verla, en la sinceridad de nuestra miseria. No nos creerían si nos supieran capaces de realizar tan bellas paráfrasis y rúbricas.

Pero el oscuro enano avanzó erguido hacia Ter Haigassun.

—¡Sacerdote! Te equivocas, Dios sabe que no estoy en absoluto celoso por esta estúpida historia de garabatos.

Mostró insolentemente a Ter Haigassun sus puños de valiente guerrero, mientras su voz no lograba reprimir un temblor de cólera:

—¡Hace tiempo que estas manos no tienen nada que ver con la caligrafía, pues realizan otras hazañas y lo han demostrado, aunque ello te duela!

Fuera de este ridículo incidente, esta importante sesión del consejo se desarrolló con una calma y concordia absolutas. Hasta el escéptico Ter Haigassun se sintió satisfecho.

Aquel día, después de la asamblea, Gabriel tampoco encontró a su mujer ni en la tienda ni en su rincón habitual en medio del bosque de mirtos. También se encontraron allí los profesores Oskanian y Chatakhian que, a menudo, durante los últimos días, iban a saludar a *madame* Bagradian. Cuando Gabriel los divisó, dio media vuelta y se retiró. Indeciso, se alejó de la plaza de las tres tiendas dirigiéndose hacia la «Riviera». Se preguntaba dónde podría estar Julieta a estas horas. Se dirigía ya a la cañada del pueblo, cuando Esteban acertó a pasar por allí. Como siempre, el muchachito se hallaba con la gran pandilla de Haik. El sombrío Haik, en persona, iba algunos pasos adelante como indicando con esta distancia respetuosa su rango de jefe, o por lo menos su superioridad independiente. Por el contrario, el pobre Hagop, siempre furioso y brusco, se hallaba constantemente al lado de Esteban, mientras los demás, dispersos, sin ningún orden, gritaban a todo pulmón. Según su costumbre,

Sato formaba la retaguardia y espiaba los alrededores. Los niños hicieron caso omiso al jefe de la defensa y se disponían a pasar frente a él en tropel sin saludarle ni demostrarle el menor respeto, cuando Gabriel llamó a su hijo en tono severo. El victorioso de los obuses se separó de repente de la banda inmovilizada y avanzó con el paso grotesco y pesado que imitara a sus camaradas. Los cabellos le caían en desorden sobre la frente. Su rostro estaba rojo y húmedo; sus ojos parecían como cubiertos de una grasa, velados por una embriaguez desenfrenada, mu blusa estaba rota y manchada. Gabriel Bagradian le interrogó con tono severo y contrariado:

—¿Quieres decirme qué haces aquí? —Esteban tragó saliva e indicó vagamente en varias direcciones.

—Corremos…, jugamos…, es que no estamos de servicio.

—¿Jugáis? ¿Muchachos mayores como vosotros? ¿Y a qué jugáis?

—A nada, en fin…, tú ves, papá.

Al pronunciar estas palabras entrecortadas, Esteban miraba *extrañamente a su* padre como para pedirle: «Papá, ¿por qué quieres destruir la situación que con tanto trabajo he conquistado en esta sociedad? Si me rebajas ante ellos todos se burlarán de mí». Pero Gabriel no comprendió esta mirada.

—Tu aspecto ya no tiene nada de humano, Esteban. ¿Te atreves realmente a presentarte en este estado ante tu madre?

El muchacho no contestó, la mirada fija en tierra, en actitud humillada. Felizmente, su padre le había hablado en francés. Pero la orden siguiente fue pronunciada en armenio, de manera que toda la pandilla pudo comprenderla:

—Anda inmediatamente a lavarte y cambiarte. Esta tarde te presentarás ante mí, así que trata de estar más decente.

Gabriel Bagradian se alejó de mal humor hacia el sur; luego se detuvo súbitamente. El muchacho, ¿había obedecido su orden? Estaba casi seguro de lo contrario. Y, en efecto, cuando al poco rato entró en la tienda del jeque, no encontró a Esteban. Gabriel se preguntaba qué castigo infligiría a su hijo; en realidad no se trataba de un caso de simple desobediencia hacia su padre, sino de un acto de insubordinación hacia el jefe supremo. El problema de los

castigos en el Damlajik no dejaba de tener sus complicaciones. Bagradian se acercó al baúl que tenía en la tienda y sacó un libro al azar. El consejo que el doctor Altouni le diera para Julieta, es decir, leer alguna historia que la alejara de esta horrible realidad, despertó en él un deseo análogo. ¿Por qué no había de procurarse algunas horas de distracción para olvidar este mundo lamentable y su propio lamentable «yo»? Nada había que temer por aquel día. La tarde se aproximaba y los observadores habían enviado el mismo mensaje de todas partes: nada de particular en el valle. Una patrulla de ojeadores que se había arriesgado a llegar casi hasta Yoghonoluk había vuelto diciendo que no había divisado ningún *saptieh* en toda la región. Gabriel miró el título que había sacado. Era una novela de Charles Louis Philippe que le había agradado en su día, aunque ya no la recordaba con exactitud. En todo caso, sabía que allí aparecerían cafés con mesas y sillas en la calle. Un sol brillante iluminaba los bulevares polvorientos de los suburbios. Un patio minúsculo con una acacia y en el medio una acequia cubierta de musgo, y en este patio miserable se respiraba una primavera más fresca que todo el esplendor del Musa Dagh en marzo, con sus rododendros, sus mirtos, sus anémonas y sus narcisos. Viejas escaleras en la oscuridad, cuyas gradas, gastadas por los pasos, parecían conchas. Se oían los pasos de una mujer invisible…

Cuando Gabriel abrió el libro, cayó una hojita cuadrada. La había escrito el pequeño Esteban hacía algunos años. En aquel momento —también era en agosto— Gabriel tomaba parte, en París, en una conferencia muy importante entre jóvenes turcos y Dachnakzagan, mientras Julieta pasaba las vacaciones en Montreux con Esteban. La cartita del niño, que desde aquel lejano mes de agosto permaneciera en la novela parisiense de Charles Louis Philippe, nada sabía aún del espantoso porvenir. Estaba escrita con los caracteres rígidos y tranquilamente aplicados de un francesito. Decía:

«Mi querido papá, ¿cómo estás? ¿Te quedarás todavía mucho tiempo en París? ¿Cuándo volverás a estar con

nosotros? Te echamos mucho de menos, mamá y yo. Aquí estamos muy bien. Un gran abrazo. Tu hijo que te quiere,

Esteban».

Gabriel estaba sentado sobre la cama que habitualmente ocupaba Gonzaga Maris. No podía despegar la mirada de los rasgos indecisos de la escritura infantil. Le parecía inconcebible que el elegante niño que en una lujosa habitación de hotel garabateara aquellas gentiles palabras sobre la carpeta de Julieta, cuyo perfume aún persistía, fuera el mismo adolescente vagabundo que se movía a través de bosques y quebradas. Gabriel pensaba en ese momento en los ojos de Esteban, ojos de animal inquieto, y en el dialecto gutural de la horda de muchachos; no se daba cuenta de que se había producido en él una transformación análoga. Su mente estaba llena de mil detalles que venían en desorden a recordarle aquel lejano día de agosto que trajera a su memoria aquella carta infantil. Ningún horror sangriento, ningún martirio, ni ninguna muerte le resultaron tan desgarradoras como esta pequeña hojita ya marchita, testigo mudo de una vida que fue y ya no volvería jamás.

Después de tratar en vano de leer las cinco primeras líneas de la novela, Gabriel cerró el libro.

«Ya jamás en mi vida», pensó, «podré concentrar mi espíritu en un libro».

Le sería tan imposible como si un herrero tratara de ejecutar con sus pesadas manos un delicado trabajo de escultura.

Con un suspiro se levantó de la cama de Gonzaga, alisando el cubrecama que había arrugado.

Entonces observó que Maris había amontonado cuidadosamente al pie de la cama toda su ropa recién lavada. A un lado se veía un costurero, tijeras e hilo de zurcir, pues el griego arreglaba él mismo sus camisas y sus calcetines rotos. Gabriel no comprendió por qué a la vista de esta ropa pensó en su partida.

Volvió hacia su baúl, donde lanzó la novela, pero guardó en su bolsillo la carta de Esteban niño. Cuando salió de la tienda, recordó

de súbito la estación de Montreux. Allí le esperaban Julieta y el pequeño Esteban. Julieta llevaba entonces en la mano una sombrilla roja.

Vuelto en sí, Gabriel se hallaba de pie a la entrada de la tienda de los Tomasian, y preguntó si la parturienta desearía recibirlo. Mairik Antaram le rogó que entrara. A pesar de los cuidados de esta buena ama, el niño no parecía prosperar. Su carita estaba siempre tan oscura y arrugada como cuando nació, y permanecía siempre con los ojos muy abiertos, pero sin mirar. Lo más alarmante era que no lloraba jamás. Howsannah tenía mal aspecto. La juventud se había esfumado de su rostro para dar lugar a una expresión dura y escrutadora. Cuando Gabriel se acercó a su cama, la mujer del pastor desnudó el pecho del niño y le mostró con gesto de reproche la mancha violeta que se había acentuado hacia el lado del corazón y que tenía el tamaño de un medio *medjijeh*.

—Cada día se agranda más —dijo con tono extraño y solemne, como una pitonisa anunciando un castigo celestial.

Mairik Antaram le reprendió la impaciencia y acritud:

—Deberías estar contenta, hija mía, y dar gracias a Dios por que el chico tenga esa señal en el pecho y no en la cara. ¿Qué quieres entonces?

Howsannah cerró los ojos como si estuviera hastiada de tener que afirmar sus mejores conocimientos contra estos vanos consuelos.

—¿Y por qué no mama bien? ¿Y por qué no llora?

Antaram estaba atareada secando ropa sobre una piedra caliente. Sin interrumpirse en su trabajo, exclamó:

—Espera aún dos días, hasta el bautismo. Muchos niños no empiezan a gritar hasta después de recibir el bautismo.

El rostro de Howsannah se endureció aún más, a la defensiva:

—Si es que aguanta hasta el bautismo…

La mujer del doctor se enojó.

—No sabes más que atormentarte, a ti y a las otras, hija mía. ¿Quién sabe en el Damlajik lo que sucederá dentro de dos días, si el

bautismo o la muerte general? Ni siquiera Bagradian *Effendi* sabe si en dos días más estaremos vivos.

—En todo caso, si vivimos —dijo Gabriel, sonriendo—, tenemos la intención de organizar aquí frente a las tiendas una fiestecita en honor del recién nacido y de su madre. Ya he hablado al respecto con el pastor. Decidme, *madame* Tomasian, a quiénes deseáis ver.

Howsannah Tomasian permaneció tendida, inmutable.

—No soy de aquí, no tengo amistades…

Iskuhi, sentada en la cama, no dejaba de mirar en silencio al visitante; también la mirada de Gabriel volvía siempre hacia ella. Tenía la impresión de que Iskuhi estaba más desamparada que la parida, quien encontraba la suficiente fuerza como para mostrar su animosidad. Pero la joven cuñada se encontraba prisionera allí.

—Iskuhi Tomasian, ¿le gustaría dar un vuelta conmigo? Mi mujer ha desaparecido. Voy a buscarla.

Iskuhi miró a Howsannah esperando una respuesta. Esta, con voz llorosa y exagerando su emoción, animaba a la joven para que acompañara a Bagradian *Effendi*.

—¡Naturalmente, Iskuhi, anda! No te necesito. De todas maneras, no puedes ayudar a mudar al niño. Te hará bien salir.

Iskuhi vaciló, pues sentía la perfidia que encubrían las palabras de Howsannah; pero Mairik Antaram se interpuso:

—¡Trata de salir un poco, Sirelis, queridita! Y no vuelvas hasta la noche. Esta vida encerrada no te conviene.

Ante la tienda, Gabriel Bagradian preguntó extrañado:

—¿Qué le ha pasado a su cuñada, Iskuhi?

Ella se quedó parada un momento, mirando hacia los lados.

—El niño no está muy bien, y Howsannah teme que se muera.

Después, caminando, le miró a los ojos y agregó:

—A lo mejor es otra cosa… A lo mejor ahora, después del nacimiento, demuestra su verdadero carácter…

—¿Y antes no había notado nada de este carácter?

Iskuhi recordó la casa de Zeitun y los pequeños desacuerdos que allí habían existido, pero no queriendo hablar mal de Howsannah,

se limitó a decir:

—Sí, de vez en cuando…

Gabriel e Iskuhi se dirigieron al barranco del pueblo, aunque hubiera pocas probabilidades de encontrar allí a Julieta. Atravesaron las estrechas callejuelas que formaban las chozas de ramas. La gente estaba sentada a la puerta de sus viviendas. Ahí el aire era más agradable y fresco que en el valle. Todos trabajaban. La fábrica de cartuchos estaba en plena actividad. Sucedía a menudo en los días de tranquilidad que aquel apacible ruido de trabajo creaba la ilusión de que en el Damlajik sólo existía la vida simple y regular de laboriosos colonos y no la angustiada espera de la muerte. La incertidumbre de cada minuto, esta fuerza pueril de la humanidad, parecía haber vencido la idea de la víspera y del porvenir. Sin duda, los rostros estaban demacrados por la fatiga, la alimentación deficiente y la falta de sueño; sin embargo, sonreían para dar la bienvenida a Bagradian y a Iskuhi.

Ambos abandonaron el campamento. No hablaban sino por monosílabos. Era un intercambio de preguntas y respuestas igualmente indiferentes. Se diría que ninguno de ellos quería echar en la balanza del otro sino un peso mínimo de su alma, apenas una semilla de granada, para no destruir el maravilloso equilibrio. Caminaron hacia el oeste por la curva ascendente de las colinas. La vegetación sonriente de la meseta no llegaba hasta allí. Ante ellos se extendía cierto vacío, sin cantos de pájaros, donde sólo soplaba una brisa para ayudar al hombre y a la muchacha a comprenderse mejor. Gabriel no miraba a Iskuhi. ¡Era tan bonito sentirla cerca, invisible! Sólo cuando el camino se hacía más escabroso, miraba encantado sus piececitos vacilantes. Entonces cesaba entre ellos toda conversación. ¿Y qué podían decirse? A veces Gabriel sentía que aquella figura frágil se hacía cada vez más pesada. No, no era el cuerpo de la muchacha; entonces, ¿qué era? Tenía la impresión de que la Iskuhi casi invisible que le acompañaba no era la misma, sino una Iskuhi cuyo origen y fin eran eternos. No era un ser en flor ni humanamente gracioso; era la espléndida encarnación de un alma, cuya substancia, a través de los tiempos, no es sino una con Dios, de

quien depende. ¡Pero, quién sería capaz de expresar este instante extraordinario y delicado a la vez, durante el cual un hombre es digno de percibir a otro ser único pero a la par efímero y perecedero, y que gracias a la seducción fugitiva del sexo, instante en el cual, de un golpe, durante el lapso de un suspiro, absorbe toda la historia de esta alma hermana, desde el comienzo hasta el fin del mundo! Gabriel cogió la mano derecha de Iskuhi. (A causa de su brazo impotente caminaba a la izquierda de Gabriel). Mientras avanzaban, ella se abandonaba a él en silencio, sin ocultar nada, sin ofrecer nada espontáneamente. No hablaron de este sentimiento que se había desarrollado tan rápidamente, y sin brusquedades: tampoco se besaron. Caminaban y eran uno para el otro. Iskuhi acompañó a Gabriel hasta las posiciones norte. Cuando ella le dejó, él la siguió con la vista. En él no se despertaba ningún deseo, ninguna agitación, ningún escrúpulo, ningún pensamiento respecto al porvenir. ¿El porvenir? ¡Qué ridiculez! Le dominaba una excesiva alegría. La persona de Iskuhi se había retirado en forma tan insensible que el recuerdo de la muchacha no estorbaba a Gabriel en la ejecución de su nueva idea de defensa. Cuando, más tarde, Esteban se presentó ante él, ya había olvidado castigar al muchacho por su desobediencia.

La nueva existencia en el Musa Dagh mostraba sus consecuencias también en el terreno religioso. El cambio de religión se había hecho casi una moda para los armenios en el curso de los últimos veinte o treinta años. Especialmente el protestantismo se había divulgado con creciente fuerza desde mediados del siglo precedente gracias a los misioneros americanos y alemanes. Felizmente esta diferencia de credos no había provocado divisiones en el alma misma de la nación. El cristianismo estaba empeñado en una lucha demasiado penosa y no tenía tiempo para malgastar fuerzas en celos y rivalidades. El pastor Harutiun Nokhudian de Bitias había ejercido libremente su sacerdocio en las siete aldeas, sin embargo se sometía a la autoridad de Ter Haigassun para todas las cuestiones de

interés general. En el Damlajik, Aram Tomasian era el sucesor del viejo pastor para cuidar de las restantes almas protestantes y aceptaba también la autoridad de Ter Haigassun. Después de la misa de los domingos, éste le cedía el altar para sus sermones, que escuchaban no sólo los protestantes sino todo el pueblo. La diversidad de ritos había perdido toda importancia. Ter Haigassun era la indiscutible autoridad eclesiástica en la montaña, y no sólo era el superior de los párrocos casados de las aldeas, sino también el padre espiritual de todo el pueblo. Fue, pues, muy natural que Aram Tomasian le rogase que tuviera a bien dar el sacramento del bautismo a su hijo recién nacido.

Se fijó la ceremonia para el siguiente domingo, el cuarto del mes de agosto y el vigésimo tercer día desde el éxodo. A causa de la misa y de otras obligaciones, Ter Haigassun tuvo que postergarla para las últimas horas de la tarde. Como Howsannah se sentía demasiado débil y enferma para ir hasta la plaza del altar, Aram Tomasian rogó al sacerdote que fuera a bautizar al niño a la plaza de las tres tiendas a fin de que la madre pudiera presenciar la ceremonia. Como fue convenido, Gabriel Bagradian envió más o menos treinta y cinco invitaciones a los notables y jefes principales de los diferentes sectores. La admisión a la comunidad de Cristo de este primer nacido en el Musa Dagh ofrecía a Bagradian una excelente oportunidad, so pretexto de la fiesta, para recibir a las personalidades dirigentes del pueblo y renovar sus relaciones. Aún poseía nueve jarras de diez litros de vino, del aceitoso y fuerte que se daba en el país. Ordenó a Kristaphor que apartase dos que debían servirse a la mesa, así como cierta cantidad de licor de moras.

Los invitados se reunieron hacia las cuatro de la tarde frente a las tiendas. Se habían colocado algunas sillas para la madre y los ancianos. El sacristán puso sobre una mesa un lavatorio de latón. El antiguo y espléndido baptisterio de mármol debió ser abandonado, con otros tesoros, en la iglesia de Yoghonoluk. Ter Haigassun revistió sus hábitos rituales en la tienda del jeque. El *ginkahair* (padrino) fue, a petición de Aram, Gabriel Bagradian.

El coro de cantores, bajo la dirección del delgado Asajan, se

había alineado detrás de la mesa donde estaban el crucifijo y el lavatorio. El agua tibia ya había sido consagrada ante el altar. Ahora, en medio de los cánticos, uno de los subdiáconos dejaba caer lentamente al recipiente tres gotas de sacro óleo llamado *myron*.

Gabriel, el padrino, recibió con cierta confusión al niño que le pasaba Mairik Antaram. Para esta solemne circunstancia, las mujeres habían colocado la débil criatura en un lienzo de lencería que resultaba verdaderamente suntuoso en aquel ambiente. Los ojos del niño, muy abiertos, no lanzaban una verdadera mirada a esta vida, cuyo más cruel aspecto sirviera de escenario a su inocente advenimiento. Su voz tampoco aprobaba con ningún gemido la luz del día que iluminaba aquellos aspectos despiadados de la humanidad. Gabriel presentó al sacerdote aquel infeliz paquete que por su expresión ausente y extraña parecía rehusar tomar parte en la ceremonia religiosa y sus consecuencias. La mirada de Ter Haigassun, mirada de sacerdote, humilde y tímida aunque extrañamente fría, parecía no reconocer a Bagradian. Siempre sucedía lo mismo cuando Ter Haigassun se hallaba frente al altar o estaba revestido de sus hábitos sacerdotales. Todo interés terrestre se borraba de sus ojos para dar lugar únicamente a la austera indiferencia de su oficio.

En voz baja preguntó al padrino:

—¿Qué desea este niño?

Y Gabriel Bagradian, que se sentía muy torpe en ese papel, tuvo que contestar:

—La fe, la esperanza y la caridad.

Tres veces se repitió lo mismo. Enseguida vino la pregunta:

—¿Y cómo deberá llamarse este niño?

Se había escogido el nombre del abuelo, el maestro Mikael Tomasian. En ese momento el ansioso anciano estaba obligado a levantarse, lo que resultó cómico, para hacer una pequeña reverencia como si también se sintiera llamado a participar en el porvenir de su posteridad. Y, concerniente a esta posteridad, no existía sino una opinión unánime entre los testigos del bautismo. Excluyendo la idea de la inevitable muerte general o de una milagrosa salvación, no

parecía posible que ese frágil y apático cuerpecito pudiera vivir hasta entonces. Mairik Antaram, Iskuhi y Aram Tomasian se acercaron a Gabriel. Desnudaron al niño. Más de una vez se rozaron las manos de Gabriel con las de Iskuhi. Entre los asistentes reinaba un mal humor irremediable. Howsannah miraba al grupo fijamente con gesto compungido y las facciones crispadas. Al parecer, había en su alma algo infinitamente triste y hostil que la mortificaba. Tal vez fuera a causa de la intimidad entre Aram e Iskuhi, entre el hermano y la hermana, de la cual se sentía en ese momento excluida. Ter Haigassun cogió al niño desnudo con un gesto de incomparable seguridad. Sus manos, que habían bautizado a miles de recién nacidos, hacían gala de esa habilidad y elegancia casi sobrenaturales que caracterizan a los sacerdotes de alta clase en el cumplimiento material de sus funciones.

Durante un segundo mostró al niño a la vista de la asamblea. Todos pudieron ver claramente la mancha de fuego sobre su pecho. Enseguida, rápidamente, lo sumergió tres veces en el agua, haciendo cada vez un signo de la cruz con el cuerpo del bebé:

—Yo te bautizo en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

Howsannah Tomasian se había puesto repentinamente de pie. Se inclinó hacia adelante con el rostro contraído. Había llegado el momento decisivo. ¿Lanzaría el niño, por fin, aquel grito lastimero, el grito del baño del bautismo como prometiera Mairik Antaram? Ter Haigassun devolvió el niño a la *ginkahair*. Pero Mairik Antaram lo cogió secándole la piel con un lienzo fino. El niño no había gritado. En cambio, Howsannah, la mujer del pastor, lanzó grandes gritos histéricos. Cubriéndose el rostro con las manos, entró vacilante en su tienda. Julieta, que estaba sentada a su lado, había entendido claramente una palabra en cada uno de esos gritos: dos veces había exclamado: «¡Pecado…, pecado…!».

Al poco rato, Aram Tomasian salió muy pálido de la tienda y dijo con una sonrisa forzada:

—Te ruego la excuses, Ter Haigassun. Su alma se ha sentido tan profundamente perturbada desde que nos vimos obligados a

abandonar Zeitun, aunque no lo haya manifestado hasta ahora…

Hizo una señal a Iskuhi para que fuera a acompañar a Howsannah. La muchacha dirigió a Bagradian una mirada desesperada e indecisa. Este preguntó al pastor:

—¿No podría dejar a su hermana con nosotros, pastor? Mairik Antaram ya está con ella.

Tomasian entreabrió la puerta de la tienda.

—Mi mujer ha reclamado insistentemente su presencia. Tal vez más tarde, cuando Howsannah duerma…

Pero ya Iskuhi había desaparecido. Gabriel adivinó que la mujer del pastor no podía tolerar que su joven cuñada no compartiera los indecibles tormentos que la mortificaban.

Aun durante el banquete que siguió nadie pudo desprenderse de la pesada atmósfera que provocó este bautismo. Al lado de la mesa en la que Julieta acostumbraba recibir a sus visitas, Gabriel Bagradian hizo colocar una segunda más larga junto a la cual se habían instalado algunos bancos. Por lo tanto había dos mesas, detalle al cual fue muy sensible esta sociedad tan mirada en protocolos; varias personas susceptibles llegaron a enojarse verdaderamente. Tomaron asiento en la mesa de honor lo que podría llamarse la nobleza de los *nacharars*; eran Ter Haigassun, la pareja Bagradian, el pastor Tomasian, el farmacéutico Krikor, Gonzaga Maris y, ¡descarada audacia!, Sarkis Kilikian, el ruso. Gabriel le había hecho el honor al descamisado desertor de invitarle a la fiesta e instalarlo a su lado. Pero *madame* Kebussjan, a pesar de sus ardientes esfuerzos, no había podido obtener lugar entre los notables; tuvo que sentarse entre las otras *mouchtaresas*. Así, también el profesor Oskanian, a la inversa de su colega Chatakhian, no había podido lograr el honor de un puesto en la mesa de distinción. Pero sin vacilar, a mano armada, fue a sentarse a los pies de Julieta, que se hallaba en una esquina de la mesa, contemplando con severidad a su admirada francesa. Sus ojos parecían requerir: «¡Ande! ¡Pregúnteme por mis actos de heroísmo, para que yo, con modestia despreciativa, pueda restarles importancia!». Pero nada de esto ocurrió. Oskanian tuvo que levantarse del suelo varias veces para dejar paso a Julieta,

que con especial calor desempeñaba hoy su papel de anfitriona. Cada cinco minutos se levantaba para ver si los recipientes de bebidas estaban llenos y hablaba con los invitados en su armenio chapurreado, ofreciendo galletitas, dulces y chocolates a las mujeres de los *mouchtars*. Nadie había visto antes a esta extranjera tan amable, por no decir humilde. Julieta parecía querer pedir, con sus incesantes amabilidades, que se esforzaran por comprenderla. Bajo sus párpados a medio cerrar, Ter Haigassun la observaba con mirada sorprendida; en cambio, Gabriel Bagradian, a quien más que a nadie debería haber llenado de felicidad esta transformación, parecía ser el último en verlo. Se ocupaba únicamente de su vecino Sarkis Kilikian. Sin cesar hacía señas a Kristaphor o al criado Missak para que llenara el recipiente del ruso. Kilikian no bebía sino en su cantimplora. Había rechazado el vaso colocado ante él. ¿Era un capricho, una profunda desconfianza arraigada en el alma de este eterno perseguido? Gabriel lo ignoraba. Trataba de penetrar en la personalidad de Kilikian de una manera tan apasionada como infructuosa. La cabeza de muerto con aspecto aburrido y ojos de ágata miraba al vacío y sólo daba respuestas lacónicas a su interlocutor.

Los sentimientos que animaban a Gabriel respecto al ruso eran extremadamente complicados. Veía en Sarkis Kilikian a un hombre de mediana cultura (tres años pasados en el seminario de Edchmiadsin), por consiguiente, alguien que no era ni proletario ni un asiático vulgar. Pero además veía en él a un hombre con un destino espantoso. Sus facciones mostraban esta penuria y su mirada ya había muerto cuando sólo era un niño. Comparado con la obstinación de este horrible destino, el sufrimiento de los armenios no era sino una leve sombra. Este hombre había dominado su destino o por lo menos había escapado de él, lo cual constituía para Gabriel la prueba de una personalidad sobresaliente y le inspiraba respeto. Pero también se oponían a estas tendencias de simpatía, profundos sentimientos de temor y antipatía. Sin duda alguna, Kilikian tenía a menudo la fisonomía y el porte de un gran criminal y probablemente las pruebas a que fue sometido durante su vida no

habían sido todas inmerecidas. No podía saberse si la cárcel había hecho de él un criminal o si una naturaleza criminal le había conducido a la cárcel por intermedio de la policía. Por lo demás, Sarkis Kilikian nada tenía del tipo tradicional del revolucionario, socialista o anarquista. No parecía tener el menor sentido de un ideal cualquiera o de un motivo de interés general. Tampoco era netamente malo, aunque una parte de la población femenina le tomara por un demonio a causa de su físico. Pero decir que no era absolutamente perverso, no significaba que no estuviera dispuesto, en cualquier instante, a cometer un asesinato a sangre fría, sea cual fuere. Su secreto consistía en no ser preciso; no se interesaba por nada ni nadie; vivía sobre el punto muerto de una inconcebible neutralidad. Entre el pueblo del Damlajik era, sin duda, junto con el farmacéutico Krikor, la criatura más insociable. Este ruso, que tanto atraía a Bagradian, también le inquietaba profundamente.

El ético Bagradian quería hacer un hombre de este desertor, del mismo modo que algunos hombres acarician la ilusión de poder salvar a las prostitutas callejeras. Fue ésta una de las faltas más grandes que cometió el jefe militar del Damlajik: solicitar la simpatía de Kilikian, en vez de mantenerlo a cierta distancia bajo una severa vigilancia. Hablando con el desertor se sentía molesto, muya disgusto. No lograba encontrar el tono conveniente. La impenetrable apatía del otro le impedía sentirse seguro de sí mismo. Estaba en la desventajosa situación de un orador ante un auditorio mudo, o del movimiento ante la calma, o de la vida ante la muerte.

—Me alegro de no haberme equivocado respecto a ti, Sarkis Kilikian. Es a ti a quien debemos en gran parte la victoria del 14. Las máquinas que construiste fueron una magnífica invención. Debes haber recordado, sin duda, los estudios que hiciste en el seminario. Pensaste en la técnica del sitio entre los romanos, ¿verdad?

—Ni idea, de eso no sé nada —refunfuñó Sarkis.

—Si los turcos no osan volver a atacar la montaña por el sur, también será obra tuya, Kilikian.

Este cumplido pareció causarle alguna impresión al ruso, aunque

con toda seguridad no fue una impresión agradable. Su mirada taciturna apenas se detuvo en Gabriel.

—Podría haberse hecho mucho mejor —dijo.

Gabriel sintió que Sarkis Kilikian era incorruptible y deseaba permanecer distante. Al mismo tiempo estaba enojado al verse tan débil y no poder pagarle con la misma moneda.

—Sin duda has adquirido la experiencia de un ingeniero de los pozos de petróleo de Bakú…

El ruso miró su cantimplora con ironía:

—Ni siquiera fui capataz, sino un simple obrero.

Gabriel Bagradian le ofreció cigarrillos.

—Te he hecho venir, Kilikian, para comunicarte algunos de mis proyectos que te conciernen. Espero que la calma actual dure unos días más, pero tarde o temprano se producirá un ataque, en comparación con el cual los anteriores habrán sido juegos de niños. Para este combate quiero confiarte un puesto muy importante, amigo mío…

Kilikian bebió hasta la última gota de su cantimplora, dejándola enseguida con semblante meditativo.

—Eso es asunto tuyo, tú eres comandante en jefe.

Mientras tanto, una violenta agitación y ruidos se producían en la mesa plebeya. La embriaguez se había apoderado bruscamente de estos hombres que habían perdido la costumbre del alcohol. Además, por orden de Julieta, se había abierto una tercera jarra de vino. Se formaron dos partidos: los optimistas y los pesimistas. Tchauch Nurhan *Elleon* estaba de pie sobre el banco. Su bigote gris e hirsuto temblaba. Gritaba con su animada voz de sargento:

—¡Quién se atreva a decir que espera que el enemigo no volverá a atacar, no es más que un cobarde y un traidor, aunque no lo parezca!

Él, Nurhan, anhelaba un nuevo ataque; más valía que fuera hoy que mañana. Si no, ¿qué vida sería ésa, la del Damlajik? ¡Solamente pasar hambre y esconderse! Y él no tenía ganas precisamente de eso. Además la vida ya no le gustaba. Tenía cincuenta años y había vivido lo suficiente. Para él, los que no pensaban igual eran unos

pobres diablos.

Pues bien, en la asamblea había un buen número de pobres diablos. El viejo contratista Tomasian se puso rojo de cólera.

—Nurhan es un blasfemo —gritó. El día de la celebración del bautismo de su nieto, no toleraría semejante discurso—. El Señor dirige nuestro destino de acuerdo con su propia voluntad y no según la de un *onbachi* congestionado. Por mi parte, creo firmemente que los turcos entrarán pronto en razón.

Esta última palabra le sirvió de punto de partida al *mouchtar* Kebussjan para un nuevo discurso. También él, con paso inseguro, subió sobre un banco, moviendo su cabeza calva y, con el semblante marchito, miraba a todo el mundo y a nadie:

—Hay que negociar —susurraba con tono misterioso y malicioso—; hace doce años que soy *mouchtar* en Yoghonoluk… Yo sé lo que es negociar con los turcos, el caimacán y el *mudir*… El caimacán me ha tenido siempre respeto…, siempre le entregué a tiempo el *bedel* de la comuna… Y he ido a su oficina, pues el caimacán y el *mutessarif*, y el valí, y el visir y el sultán, todos saben quién soy yo, Tomás Kebussjan… Si yo negocio con ellos, nada me sucederá, porque yo soy un gran contribuyente… Vosotros no sois sino pequeños contribuyentes, no os podéis comparar conmigo…

Los pequeños contribuyentes en cuestión, los alcaldes de otras aldeas, heridos en su amor propio, obligaron a Kebussjan a bajar de su tribuna. Tchauch Nurhan gritó que no soportaría más a esos inútiles comilones de provisiones y que en adelante nadie escaparía a su látigo, ni siquiera los septuagenarios. Estallaron carcajadas. Esta discusión de borrachos amenazaba con degenerar de manera vergonzosa. Felizmente, Gabriel Bagradian había prohibido que se continuara sirviendo vino antes de desaparecer con Awakian, quien le había llevado un mensaje secreto. La mesa de los notables se vaciaba gradualmente. Al cabo de una hora, Ter Haigassun la abandonó. Poco después se retiraba Aram Tomasian para ir a ver a las mujeres a la tienda. Gonzaga y Julieta estaban siempre en silencio sentados uno al lado del otro, y el profesor Hrand Oskanian permanecía inmóvil a los pies de su dama. Ahora despreciaba los

puestos que quedaban libres. Pero, de repente, el personaje taciturno se levantó de un salto, como si acabara de morderle una víbora. Durante unos segundos observó espantado a Julieta; enseguida dio media vuelta y se fue, digno y tieso. Oskanian había bebido moderadamente y, sin embargo, después de dar algunos pasos, estimó que lo que había creído ver no podía ser sino un espejismo debido a su embriaguez. En efecto, le resultaba totalmente inconcebible que una diosa rubia y blanca hubiera podido presionar apasionadamente su rodilla contra la de un vago aventurero de quien nadie conocía la verdadera procedencia. A pesar de este irrefutable razonamiento, Oskanian sintió el corazón oprimido mientras atravesaba la plaza del altar. Mientras tanto, Julieta, bruscamente alarmada, se había levantado y excusado ante sus huéspedes para ir a visitar a Howsannah Tomasian, pues la había olvidado y se sentía algo culpable.

Finalmente quedaron sólo el farmacéutico Krikor y Gonzaga Maris uno frente al otro. Gonzaga observaba a Krikor con marcada atención. El cambio que había experimentado el anciano en las últimas semanas era increíble. El hombre musculoso, de mediana estatura, se había transformado en un deformado enano cuya cabeza hidrocéfala se tambaleaba sobre su flaco cuello. Los hombros subidos se inclinaban hacia adelante y las falanges de los dedos estaban deformadas por nudos y bultos. Lo único que no había cambiado era la máscara de mandarín, prescindiendo del color grisáceo que había adquirido. Krikor bebía con afán el vino en una taza de té, mientras sus manos temblorosas pagaban un tributo involuntario cada vez que bebía.

—No debe beber tanto, farmacéutico Krikor —aconsejó Maris.

Krikor, moviendo su pesada cabeza que tanto había crecido en los últimos tiempos, repuso:

—Si ya no como nada… Pero el beber es una obligación espiritual; así lo enseña el filósofo persa Ferhad el Katib.

—Debe cuidarse y meterse en cama…

—Si empiezo a encontrarme bien —replicó el enfermo, en una extraña paradoja.

El ruido de la discusión, las risas y bromas maliciosas en la mesa larga, adquirían un carácter cada vez más peligroso, aunque el vino faltara desde hacía tiempo. Gente que no había sido invitada se acercaba y emitía sus diferentes opiniones. El sol se puso, era ya tarde. Todos los convidados al bautismo, en estado de embriaguez, proyectaban sobre el suelo agitadas sombras. Sin duda se palpaba en el aire viento de lucha y pelea, cuando de pronto retumbó en el centro del campamento un redoble de tambores. Instantáneamente se hizo el silencio. «¡Los *munadirs*!», exclamó alguien, y otro gritó: «¡Alarma!». Los hombres, viejos y jóvenes, despertaron de súbito del enajenamiento que les provocara la violenta discusión. Saltando, brincando, todos huyeron de prisa a congregarse en sus correspondientes sectores. También se vio al padre Tomasian dirigirse apresuradamente a la cañada del pueblo. En algunos minutos la plaza del banquete quedó desierta. «Alarma», repitió Gonzaga en tono meditabundo, y sus tranquilas pupilas marrones se iluminaron con dos puntitos de oro. Este ataque turco se adelantaba a sus planes. Esta vez era muy probable que el resultado del combate no fuera favorable a los armenios. ¿Acaso no debía aprovecharse esa noche? ¿Y Julieta? El farmacéutico no podía levantarse solo de la mesa. Gonzaga le prestó su ayuda. Se veía que las piernas débiles del anciano no obedecían a su voluntad. Se habría desplomado si Maris no le hubiera conducido con precauciones a su domicilio. Krikor parecía no darle importancia a su triste estado físico.

—¿Entonces hay una alarma? —preguntó despreocupadamente como si hubiera puesto atención en este detalle y ya lo hubiera olvidado.

—Sí, hay alarma —le dijo Gonzaga en tono serio—, y esta vez no será de broma.

El farmacéutico se detuvo. Cada cinco pasos necesitaba tomar aliento.

—¿Qué me importa la alarma? —dijo jadeante—. ¿Acaso pertenezco yo a esta clase de gente? No, no pertenezco a ellos, no me pertenezco sino a mí mismo.

Y con su mano temblorosa trazó en el aire un círculo a su

alrededor como para indicar los límites estrictamente cerrados de su universo individual.

—Si no creo en el mal, no existe el mal en el mundo… Si no creo en la muerte, no existe la muerte en el mundo… Que vengan a asesinarme, ni siquiera me daré cuenta de ello… Quien puede alcanzar este punto, reconstruye enteramente el universo del espíritu.

Trató de levantar las manos sobre su cabeza, pero no lo consiguió. Gonzaga no había comprendido nada de estas grandiosas palabras. Sin embargo, para agradar al farmacéutico, preguntó cortésmente:

—¿Qué filósofo de la antigüedad acabáis de citar?

La máscara de mandarín contemplaba impasible el crepúsculo. La barbilla blanca de chivo en su mentón saltaba a cada movimiento de sus labios. Con su voz fuerte y cavernosa, dijo con desprecio:

—El filósofo que ha dicho eso jamás ha sido citado y jamás lo será, sino por mí solo. Es Krikor, de Yoghonoluk.

Gabriel Bagradian había ordenado la alarma general sin estar seguro del peligro inmediato. Curiosamente, sólo después de ponerse el sol pudo comprobarse netamente que los turcos habían reunido en la planicie del Oronte y en el valle armenio un ejército de una importancia incalculable. Las tropas regulares y las compañías libres parecían tan numerosas, que no encontrando suficiente lugar en las aldeas, acamparon al aire libre. El amplio semicírculo de hogueras se extendía casi desde las ruinas de Seleucia hasta Kebussije, última aldea armenia del norte. Poco a poco volvían las patrullas de reconocimiento con informaciones terroríficas. Los soldados turcos parecían haber brotado de la tierra al golpe de una varita mágica. Había soldados, *saptiehs* y *tchettehs*; a todos los mahometanos de la región se les había dado fusiles máuser y bayonetas, y los oficiales los repartían en secciones. Cifras fabulosas circulaban de boca en boca. Pero cuando Gabriel Bagradian vio la superficie que representaba el semicírculo de fuegos de vivac, aquellas cifras no le parecieron

superiores a la realidad. Primero, el comandante turco tenía suficientes hombres para sitiar y atacar el Damlajik desde el bastión sur hasta la quebrada norte; segundo, se sentía sin duda tan fuerte por el número, que desdeñaba recurrir a la táctica de disimular la llegada y dar el golpe de sorpresa. La franqueza de esta maniobra, destinada a desmoralizar a los armenios —y en efecto lo conseguía — recordó a Bagradian un «caso» determinado que ya había previsto, estudiado y realizado con sus tropas a título de ejercicio y bajo el nombre de «ataque general». Gabriel estaba mucho más tranquilo que con ocasión de los otros dos combates, aunque el resultado de éste no admitía ninguna esperanza para el pueblo del Musa Dagh. Gabriel Bagradian recibió el mando supremo, conforme a la constitución, para toda la duración del combate, tanto sobre el campamento como sobre el ejército. Ordenó que se cociera, sin tardanza, antes de que pasara la noche, toda la carne recién sacrificada. Dos horas antes de que aclarara debía llevarse a los combatientes a las trincheras cuantas provisiones fuera posible conseguir.

También hizo distribuir a los combatientes cuanto quedaba de vino y del aguardiente en el campamento. Él mismo ponía a disposición de los defensores sus jarras de diez litros guardadas en la plaza de las tres tiendas, a excepción de una tina sola. (Esta generosidad dio origen a la leyenda de los inagotables tesoros de la familia Bagradian). Cuando los jefes de grupo, los hombres de la primera línea, los reservistas y las pandillas de muchachos estuvieron alineados ante él, Gabriel Bagradian les dirigió la palabra, hablándoles de la lucha que tenían que esperar y sin omitirles la verdad de la situación.

—Según todas las posibilidades humanas no tenemos elección sino entre dos clases de muerte: la una fácil y honrada en pleno combate, la otra baja y terrible en medio de una matanza general. Si mantenemos esta idea presente en el espíritu, y si somos bastante decididos, bastante intrépidos para escoger la primera muerte, la muerte honrosa, tal vez entonces se produzca un milagro y escapemos al desastre. ¡Pero será únicamente entonces, recordadlo

bien, mis hermanos!

Enseguida se tomaron las disposiciones necesarias para el ataque general. Tchauch Nurhan *Elleon* se hizo confiar el mando de la quebrada norte. Bagradian confió al ruso Kilikian el importante sector que dominaba la garganta de las encinas, como se lo diera a entender algunas horas antes. Se formaron dos grupos enteramente nuevos: una «guardia volante» y un cuerpo de *comitadjis*. Para componer este último, Nurhan y Bagradian, en recuerdo de las guerrillas en los Balcanes, escogieron para la primera línea a un centenar de hombres entre los más decididos, los mejores tiradores y los más hábiles trepadores. Tenían orden de dispersarse por la falda del Damlajik que daba sobre el valle y de esconderse a lo largo de los diversos montículos, en las cimas de los árboles, detrás de los arbustos y rocas y detrás de todos los pliegues y repliegues de la montaña. Al principio debían dejar pasar tranquilamente ante ellos las columnas de ataque turcas, para enseguida hacer fuego sobre ellas por detrás, por todos los lados posibles, y sin economizar municiones. Cada *comitadji* recibió doce cargadores de pólvora, es decir, sesenta cartuchos, lo que dadas las condiciones significaba una provisión considerable. Con la simplicidad y la lógica que le eran naturales, Bagradian expuso a los francotiradores el propósito de su misión:

—La consigna es la de siempre: tantos muertos como balas…

Después del cuerpo de los *comitadjis*, la guardia «volante» fue destinada a la primera línea. Gabriel Bagradian redujo al mínimo la guarnición del bastión sur, que, gracias a las fuertes obras de defensa que lo protegían, era casi inexpugnable. Sustituyó las bajas de las tropas con reservistas. De esta forma tendría alrededor de ciento cincuenta fusiles a su disposición para armar la guardia que mandaba en persona y con la cual tenía la intención de intervenir en cualquier parte donde la lucha pareciera tomar mal cariz.

Una gran parte de esta tropa de ataque fue transformada en caballería utilizando los asnos del campamento. Estas bestias en ese país no son lentas y recalcitrantes; al contrario, están enseñadas a todos los ritmos de marcha. Dos grupos de muchachos, los

ordenanzas y algunos ojeadores, se encargaban de seguir la guardia a corta distancia a fin de impedir toda interrupción en el radio de las relaciones entre los diversos sectores y el comando supremo. Finalmente Gabriel volvió a pasar revista a la totalidad de las reservas, que recibieron la orden de abandonar la cañada del pueblo a la salida del sol. Una de sus mitades fue destinada a suplir las bajas en las diversas posiciones; la otra mitad debía instalarse a lo largo de la meseta, entre el reborde occidental de la montaña y el campamento. Esta franja de terreno que, en muchos puntos, como por ejemplo frente al sector de la quebrada de encinas, no alcanzaba a tener mil pasos de anchura, constituía una zona extraordinariamente amenazada. En esos lugares existía alguna trinchera, pero lo mejor de la defensa en esa zona eran esos montones desordenados de rocas que obstruían el acceso del enemigo al pueblo. Cuando Gabriel Bagradian hubo dicho a los hombres de la reserva, tanto como a las otras tropas, lo que se esperaba de ellos y las inconcebibles afrentas que amenazaban a sus mujeres, la carnicería en que se exterminaría a sus hijos si no alzaban ante ellos el postrer parapeto de sus cuerpos, Nurhan *Elleon* sopló encolerizado en su corneta algunos trozos de una retreta turca. Era la señal del retiro general. Entonces Gabriel se dirigió hacia los obuses cerca de los cuales intentaba pasar la noche. Con la ayuda de Nurhan había inculcado a algunos de los más inteligentes los principios elementales de la artillería. Antes de medianoche los dos últimos ojeadores llegaron a exponer sus informes, que no anunciaban ninguna novedad. La única noticia que oyó Bagradian se refería a su villa: sobre el techo se veía flamear el pendón de la media luna; en el patio había gran número de caballos amarrados a postes, y no cesaban de entrar y salir oficiales. Por lo tanto estaba claro que los turcos habían instalado su cuartel general en la casa de Bagradian. Gabriel tuvo que esperar largo rato hasta la salida de la luna. Entonces se puso a medir las distancias sobre el mapa con la ayuda de un compás y a establecer diversos cálculos. Como la luna prodigaba una luz abundante, llegó a situar un punto de mira secundario según el cual preparó los elementos de puntería para los

dos cañones. Ordenó a los hombres apostados en la batería que aproximaran al lugar las cajas de municiones. Había aún cinco granadas y veintitrés obuses disponibles. Bagradian hizo colocar detrás de la cureña, para cada cañón, la mitad de los proyectiles repartidos en partes iguales. Luego fue de un obús al otro para templar el tiro con la llave especial bajo la luz de su linterna. Mientras trabajaba en esto, Iskuhi le llamó en voz baja. Entonces él le tomó la mano y se alejó con ella algunos pasos hasta que se hallaron completamente solos. Se sentaron bajo un fresal doblado por el peso de sus bayas rojas, que a la luz opaca de la luna parecían gotas de un carmesí desteñido.

Las palabras de Iskuhi brotaban con precipitación y torpeza.

—Sólo quería preguntarte si no te molestaría que el día de mañana esté a tu lado…

—Nada en el mundo me hace tanto bien como tu presencia, Iskuhi… —Se detuvo, oprimiendo su mano contra su cara. Luego continuó—: Y a pesar de ello no solamente me molestaría, sino que me mortificaría el saberte en peligro.

—El peligro está en todos lados, Gabriel. Unas horas antes o después, es indiferente…

—¿No tienes que estar, justamente mañana, junto a Howsannah y su hijito? ¿Quién puede predecir lo que ocurrirá aquí la próxima noche?

Su débil cuerpo se tensó, lleno de decidida fuerza:

—¿Quién puede predecir lo que ocurrirá aquí la próxima noche? Y por eso no reconozco ninguna otra obligación que… Howsannah y el niño no tienen nada que ver con ello. Me son indiferentes.

Gabriel se inclinó sobre Iskuhi, muy cerca de ella, para penetrar hasta el fondo de sus inmensos ojos, que parecían hundirse al aproximarse él. Un extraño pensamiento le hacía estremecerse. Tal vez el sentimiento de que lo que en ese instante le atraía hacia la muchacha no era un amor convencional distinto del que todavía le ligaba a Julieta, mucho más y también mucho menos que amor. Sentía todas sus facultades físicas e intelectuales reforzadas, acrecentadas por la certidumbre de una intensa felicidad, sin que

ningún deseo perturbara su espíritu. Tal vez se tratara de ese desconocido amor del parentesco de sangre lo que él veía en esa mirada evocadora de místicas aguas, pero no el deseo de ser uno en el futuro, sino más bien la certeza de haber sido uno en el pasado. Él sonrió mirándola a los ojos:

—¡No tengo el menor presentimiento de muerte, Iskuhi! Es sin duda una locura, pero no puedo imaginarme que mañana podría dejar de existir. Me parece que no es un mal presagio. Y tú, ¿qué piensas?

—La muerte tendrá que llegar algún día, Gabriel. No hay otra solución para nosotros…

Él no se dio cuenta del doble sentido de estas palabras. Una alegría y una seguridad increíbles le inundaban.

—¡No hay que mirar tan lejos, Iskuhi! Yo no pienso en nada más que en el día de mañana. La noche tampoco me interesa, sólo el mañana. ¡Figúrate que, a decir verdad, me regocija la idea del mañana!

—Sólo querría obtener una promesa de ti, Gabriel. Si la situación se agrava hasta el punto de no poder aguardar ninguna esperanza, te ruego que, en ese caso, nos matemos los dos, tú y yo. Es la mejor solución. No puedo vivir sin ti. ¡Y no quisiera que tú siguieras viviendo sin mí, ni un solo instante! Entonces, ¿puedo permanecer mañana a tu lado?

No. Ella tuvo que darle su palabra de no salir de la tienda en todo el día de mañana. Pero él, por su parte, le prometió que si todo estaba perdido, la mandaría buscar para ir donde él estuviera y morir con ella. Él sonreía al pronunciar este juramento, pues, en el fondo de su alma no creía en absoluto en la proximidad del desastre final. Por eso, nada temía tampoco por Julieta y Esteban. Sin embargo, cuando volvió a su trabajo, entre los cañones, le sorprendió sentir semejante confianza en la vida, mientras la espantosa realidad dispuesta en semicírculo amenazador parecía desafiarle para destruir sus ilusiones.

El caimacán, el *jusbachi* de Antioquía, el *mudir* de pelo rojizo, el comandante del batallón llegado de Alepo con sus cuatro compañías y otros dos oficiales se habían reunido después de la puesta de sol, en el *selamlik* de la villa Bagradian para celebrar un consejo de guerra. El salón resplandecía bajo la clara luz de numerosas bujías, como en las famosas noches en que Julieta recibía a las grandes personalidades. Los sirvientes retiraban los restos del ágape. Por las ventanas abiertas se oían llamadas de cornetas y los ruidos característicos de las tropas en reposo, dispuestas a comer. Como siempre podían esperarse golpes imprevistos de los endiablados armenios, el caimacán había exigido en el cuartel general un servicio especial de guardia, para lo cual los hombres habían levantado sus tiendas en el parque, en el huerto y en los jardines de la villa, desvastándolo todo.

La deliberación de los oficiales y de los funcionarios se prolongaba sin llegar a un acuerdo. Se trataba simplemente de saber si el asalto al Damlajik previsto para el día siguiente podría realmente emprenderse desde el alba. El caimacán de sombrío semblante representaba, dentro del consejo de guerra, la incertidumbre y la oposición. Justificaba su actitud indecisa con el hecho de que aunque el general de retaguardia de Alepo hubiera enviado a instancias del valí todo un batallón de infantería, las ametralladoras y los cañones de montaña prometidos no habían llegado todavía. El *kolagasi* (capitán de estado mayor de Alepo) explicó este retraso diciendo que las armas de esa especie habían desaparecido de Siria junto con las divisiones desplazadas y que no se encontraba ni una ametralladora en todo Alepo. El caimacán preguntó a esos señores si no sería preferible esperar algunos días antes de emprender la operación proyectada y telegrafiar a Su Excelencia Djemal Pachá rogándole encarecidamente les proporcionara los armamentos necesarios para el ataque. Los oficiales consideraron esta proposición algo imposible ya que esta falta de compostura podría exasperar al impredecible Djemal e instarlo a hacer una mala jugada para vengarse. El *jusbachi* de Antioquía retiró su silla y cogió un pedazo de papel. Sus dedos

temblaban menos a causa de su excitación que por efecto del tabaco, del cual hacía un uso continuo e inmoderado.

—*Effendi* —empezó en voz baja y ronca—, si queremos esperar aquí la llegada de la artillería y de las ametralladoras, bien podemos instalar nuestros cuarteles de invierno. Nuestro ejército de campaña es tan pobre en ese sentido que simplemente haríamos el ridículo con semejantes pretensiones. Me permitiré recordar una vez más al caimacán la importancia de nuestros efectivos…

Con voz monótona leyó en voz alta los números inscritos en su papelito:

—Cuatro compañías de Alepo, en total 1.000 hombres, dos compañías de Alejandreta, o sea, 500 hombres. La guarnición de Antioquía en pie de guerra: 450 hombres. Lo que hace aproximadamente 2.000 fusiles de infantería regular. Los regimientos del frente no alcanzan probablemente tales cifras. Pasemos a la segunda línea: 400 *saptiehs* de Alepo, 300 *saptiehs* de nuestro propio *kasah*, y 400 *tchettehs* llegados del Norte, lo que hace 1.100 hombres. Además, debe agregarse la tercera línea que comprende a los 2.000 musulmanes de diferentes aldeas y a quienes hemos armado. En resumen, disponemos para nuestro ataque de una tropa provista en total de 5.000 fusiles…

El *jusbachi* interrumpió su informe para beber una taza de café y encender otro cigarrillo. Alguien aprovechó esta pausa para hacer una objeción:

—¡Los armenios tienen dos cañones!

Las plácidas mejillas del comandante se animaron un poco mientras su frente amarillenta relucía a causa de la transpiración.

—¡Esos cañones no tienen el menor valor! Primero, no tienen municiones; segundo, allí nadie es capaz de manejarlos, y tercero, pronto los recuperaremos.

El caimacán, desplomado en su sillón, ya sea de cansancio o por aburrimiento, levantó la vista.

—¡No subestime a ese Bagradian, *jusbachi*! Sólo una vez en mi vida he visto a ese hombre, fue en los baños. Pero se condujo de una manera extraordinariamente atrevida y valerosa.

El joven *mudir* de las pecas y las uñas pulidas se mezcló en la conversación y, con tono de reproche, dijo:

—La mayor falta que han cometido las autoridades militares es la de no haber llamado bajo banderas a esos oficiales armenios. Sé positivamente que Bagradian se presentó varias veces por su propia voluntad a sus jefes. Sin él un perfecto orden reinaría ya en toda la costa.

El comandante refutó bruscamente estas consideraciones:

—¡Bagradian por aquí, Bagradian por allá! Los civiles de su especie no son tan importantes. Ayer fui personalmente en reconocimiento por el Damlajik para saber a qué atenerme en este asunto. Es un grupo de desordenados sin recursos. Sus trincheras me parecieron de las más primitivas y creo que exagero al calcularles cuatrocientos o quinientos fusiles. Que nos cuelguen si no hemos liquidado esta historia a mediodía.

—Así deberíamos hacerlo, *jusbachi* —dijo el caimacán lanzando una rápida mirada en dirección al comandante—. Pero cualquier animal, por pequeño que sea, puede hacerse temible cuando se trata de defender su vida.

El *kolagasi* de Alepo se unió manifiestamente a la opinión del comandante. Tenía la firme esperanza de abandonar esta antipática región al cabo de dos días para volver a la hermosa ciudad de Alepo. Como todos los oficiales estaban llenos de una confianza unánime, el caimacán bostezó, a manera de conclusión.

—¿Entonces, usted garantiza el éxito, *jusbachi*?

El comandante resoplaba como un dragón al que le salen dos poderosos chorros de humo por la nariz.

—En lo tocante a las empresas militares no existe la seguridad, pero esta máxima la rechazo. Pero lo que puedo decirle es que renuncio a la vida si de ahora a mañana por la noche no somos dueños del campamento armenio.

Entonces el caimacán se levantó al cabo de grandes esfuerzos.

—¡En ese caso, vamos a dormir!

Pero el sueño de este alto personaje no fue en absoluto satisfactorio aquella noche. Se había instalado en el dormitorio de

Julieta. La estancia estaba aún impregnada del perfume que contenían las botellas quebradas a raíz del allanamiento, así que durante el reposo nocturno del hepático caimacán fue asediado por pesadillas angustiosas y deprimentes interrumpidas por numerosas horas de insomnio.

El despertar no fue mejor que el sueño. Apenas nacida el alba, el caimacán fue sacado de su somnolencia por una retumbante explosión. A medio vestir, se precipitó fuera de la casa. Los perjuicios eran importantes. El obús había caído justo frente a la entrada. El suelo estaba sembrado de pedazos de vidrio. La onda expansiva había hecho saltar de sus goznes una puerta, lanzándola al pasillo. Se habían producido profundas rasgaduras en la muralla y por todas partes se veían pedazos de piedra y de hierro. Pero lo peor era el estado en que se hallaba el oficial del estado mayor de Alepo. El destino quiso que el infeliz saliera de la casa precisamente en el instante en que cayó el obús. Estaba sentado, apoyado en la pared; sus ojos azules e infantiles miraban al vacío; parecía que respiraba profundamente, mientras evocaba un pasado lleno de sueños. Un pedazo de obús le había roto el hombro y otro le hirió en el muslo izquierdo. El *jusbachi* de Antioquía se afanó por ayudarle. Parecía que lo instase, no sin cierta severidad, a no abandonarse y a soportar sus heridas con mayor estoicismo. Pero el *kolagasi* no ponía en absoluto atención a estas exhortaciones y se dejó caer lentamente hacia un lado. El *jusbachi* se volvió encolerizado y gritó a los soldados petrificados de terror que mejor harían en ir a buscar al médico mayor y a los enfermeros en vez de bostezar como idiotas. Pero no era tan simple. El médico mayor se hallaba en Bitias con la tercera compañía. El comandante hizo instalar en la casa al desgraciado herido. Cuando volvió en sí, suplicó al comandante que no lo abandonara antes de ser vendado. El caimacán, que por naturaleza era un civil convencido y que si permanecía indiferente en teoría ante la idea de hacer correr la sangre, en la práctica no podía soportar su vista, bajó lentamente la oscura escalera que

conducía al sótano. Mientras, el cañoneo de Gabriel Bagradian seguía su curso con toda tranquilidad. Al mismo tiempo se oyó una nueva detonación en la aldea.

Una casualidad más que irónica había dirigido la trayectoria del primer obús hacia la casa Bagradian y puesto fuera de combate al jefe del batallón enemigo. En todo caso, el perjuicio ocasionado al mando supremo retardó más de una hora el comienzo del ataque. Las columnas de tiradores turcos que ya se habían dispersado por las viñas y huertos al pie del Damlajik tuvieron que detenerse. Esos puercos armenios parecían tener una condenada seguridad en la puntería y una famosa práctica en artillería para haber apuntado tan bien al lugar esencial. Las ocho casualidades siguientes fueron golpes maestros, aunque menos que el primero; sin embargo, el valle era bastante ancho para permitir que las granadas y obuses propagaran el terror al estallar. Tres casas se incendiaron, en Bitias, en Azir, y en Yoghonoluk. Uno de los obuses que causó mayor desastre cayó en medio de un destacamento de *saptiehs* que se disponían a beber el café de sus cantimploras. Dejando atrás a tres muertos y numerosos heridos, estos defensores del orden público abandonaron para siempre el teatro de las hostilidades sin haber disparado un solo tiro.

Gabriel Bagradian obtuvo con sus cañones más o menos el resultado deseado, aunque evidentemente no pudiera darse cuenta exacta de ello. Las operaciones turcas se vieron vergonzosamente perturbadas y el coraje de la nueva población decayó de tal forma que las mujeres, en grupos compactos, empezaron a huir hacia la planicie del Oronte; luego, durante un buen rato, quedó paralizado el mando en jefe. Hacía mucho rato que había cesado el fuego cuando las columnas de tiradores volvieron a conquistar su aplomo y desaparecieron en los primeros bosques cercanos al Musa Dagh. Pero entonces, los cien *comitadjis* disimulados provocaron entre los enemigos desalentados más confusión y destrucción que lo que hubiera causado un ataque a descubierto. Dos, tres veces, el invisible fuego cruzado rechazó a las tropas que subían penosamente por la espesura del monte, confundiéndolos y dispersándolos en todos los

sentidos. Los grupos y cuadrillas separadas del centro del mando, expuestos a la muerte a cada paso, descendieron corriendo las pendientes. Ni siquiera significaba cobardía, pues les resultaba imposible defenderse. Después de estos múltiples desastres, al comandante no le quedó otro recurso que reunir a sus compañías, ordenar un tiempo de descanso y hacer preparar el rancho. Mientras tanto, los *comitadjis* podían recoger tranquilamente y poner a resguardo los fusiles y cartuchos de los turcos muertos y heridos. El caimacán, que precisamente se hallaba en medio del estado mayor, preguntó con gesto agrio y contrariado al *jusbachi*:

—¿Tiene usted la intención de permanecer fiel a su táctica? Creo que así no llegaremos nunca a esa maldita montaña.

—Si usted lo quiere, nada mejor podría desear que traspasarle el mando al irme. Todo este asunto le incumbe más a usted que a mí.

El caimacán comprobó que había que tratar con extrema prudencia al susceptible oficial. Por consiguiente, decidió poner inmediatamente fin a este brutal conflicto. Adoptando su actitud más somnolienta, dijo alzando los hombros:

—¡Tiene razón! A mí me incumbe la responsabilidad de este asunto. Pero recuerde, *jusbachi*, que usted es responsable a mis ojos. Si nuestra empresa fracasa ambos soportaremos las consecuencias, tanto usted como yo.

Esta verdad evidente resaltó tan clara a los ojos del comandante, que casi enmudeció. Como este asunto del Musa Dagh preocupaba a las más altas personalidades, al valí y hasta al propio ministro de la Guerra, un nuevo desastre amenazaba llevar al *jusbachi* ante un consejo de guerra que se mostraría menos indulgente con él que lo que lo había sido con el viejo *bimbachi* de mejillas infantiles. En adelante estaba ligado al caimacán; con él iría a la gloria o a la ruina, y hasta entonces mejor era soportarse recíprocamente. Así, pues, se contentó con dar una respuesta más bien conciliadora, poniéndose enseguida manos a la obra. La compañía instalada al norte recibió orden de dirigirse inmediatamente contra las posiciones armenias en la quebrada. Les fue prohibido arriesgarse hacia las posiciones sur que dominaban el acantilado, pues el *jusbachi* no quería exponer sus

tropas a una nueva avalancha de piedras. Reunió a los oficiales y les ordenó hacer saber a sus destacamentos que todo soldado que diera media vuelta y volviera sobre sus pasos sería fusilado sin compasión. Y para reforzar su amenaza colocó a los *saptiehs* y *tchettehs*, destinados a desempeñar el oficio de verdugos, en una larga fila en la ensenada del monte. Recibieron la orden expresa de hacer fuego en cuanto vieran retroceder en masa a sus camaradas de infantería. Ni *saptiehs* ni francotiradores rehusaron cumplir semejante orden. Al mismo tiempo, el comandante hizo desplegar en la región de albaricoques y viñas una tercera columna extremadamente larga compuesta por los aldeanos musulmanes armados, a quienes se había unido un grupo de mujeres. El terror inspirado por la consigna del *jusbachi* ejerció un efecto inmediato en las compañías Los tiradores, aguijoneados por el miedo, escalaban a toda prisa las pendientes abruptas de la montaña. Ni siquiera se atrevían a detenerse para tomar aliento, tanto temían perder siquiera medio minuto. Con los ojos cerrados, se lanzaron a través del fuego de los *comitadjis*. Mucho después de mediodía, tres secciones que tuvieron éxito al atravesar ilesas el fuego cruzado de los defensores, consiguieron llegar a cuatro lugares de la meseta, donde empezaron a construir abrigos como podían con sus azadones, frente a los sectores armenios, o a resguardarse detrás de algún saliente natural, roca, avalancha o árbol o desigualdad del terreno. El miedo había permitido, por fin, a las tropas del *jusbachi* realizar un acto de heroísmo, y al mismo tiempo su primera hazaña notable. Él también, invadido por un verdadero ardor bélico, conducía, sable en mano, una nueva ola de asalto en la misma dirección. También tuvo éxito al fijar sus posiciones un poco más abajo de las trincheras armenias y prolongar de este modo el frente. El entusiasmo provocado por este triunfo animó vivamente las almas turcas. Abrieron un fuego ininterrumpido contra todos los puntos de ataque simultáneamente. El comandante consideraba que era indiferente al comienzo que las balas alcanzaran o no su destino. Lo importante era destruir durante dos horas en los oídos y corazones de los armenios lo que pudiera quedarles de atrevimiento. De esta

manera verían también que el Estado otomano tenía suficientes municiones a su disposición para continuar este fuego durante tres días con la misma intensidad. Los defensores se agazaparon en sus trincheras, paralizados, mientras la impenetrable cortina de proyectiles se desplegaba sin interrupción sobre sus cabezas. Pero lo peor era que como el pueblo no estaba lejos del lugar, cientos de balas llegaban hasta las chozas y algunas, aplastadas por los rebotes, causaban espantosas heridas al estilo de las balas explosivas. Ter Haigassun ordenó, pues, evacuar sin tardanza la cañada y dirigió a los no combatientes del pueblo hacia el lado del mar y de las rocas.

Durante este tiroteo furioso e ininterrumpido contra las trincheras armenias, el *jusbachi* hacía avanzar sucesivamente las compañías de la reserva, los *saptiehs*, y por fin, a los campesinos armados bajo las órdenes de sus oficiales, para que su superioridad numérica durante el asalto no se viese afectada en ningún momento, y ello gracias a esta renovación continua de tropas como si de olas humanas se tratase. La segunda, la tercera y cuarta líneas fueron dispuestas detrás del frente a poca distancia las unas de las otras. Cuando estos últimos grupos, excitados y furiosos por las pérfidas sorpresas de los *comitadjis*, alcanzaron a los demás gritando a todo pulmón, el comandante dio la primera orden de atacar. Los armenios, que ya tenían gran experiencia en rechazar los asaltos, derribaron desde sus posiciones elevadas a una nube de vacilantes tiradores. A pesar de la rapidez con que se renovaban las olas de asalto, se rompían mucho antes de alcanzar las trincheras armenias, desfavorecidas por el terreno montañoso, al cual no estaban acostumbradas. A pesar de la incalculable superioridad numérica, en hombres y municiones, los musulmanes no consiguieron, hasta la tarde, avanzar ni un paso sobre ningún punto de ataque.

Las trincheras armenias formaban, aquí y allá, ángulos muy agudos, de manera que los turcos, al avanzar, recibían el fuego a la vez de frente y de costado. Y había que contar con los *comitadjis* que de repente descargaban, de tal o cual lugar, una lluvia de balas mortíferas sobre las tropas de reserva. El loco e inútil valor demostrado durante el asalto le costó al comandante tantas vidas

humanas como la anterior derrota al pobre *bimbachi*, vergonzosamente apartado por esta causa; a pesar de eso, el comandante estaba decidido a no perder. Volvía siempre a colocarse a la cabeza de los asaltantes, escapando cada vez a la muerte, gracias a ese milagro que siempre recompensa al jefe que es verdaderamente valiente. La mayoría del tiempo se mantenía en el sector de la garganta de las encinas, pues era evidente que ése era el punto más débil de la defensa. Gabriel Bagradian era quien tenía en su mano los hilos decisivos del destino, con su guardia volante. Todavía tres horas, pensó, y ya será de noche. La guardia, infatigable, había intervenido en todos los puntos amenazados, había reforzado las trincheras que flaqueaban, llenando los huecos peligrosos entre tal o cual sector y relevando en sus puestos a los hombres de primera línea ya fatigados. Y ahora, Bagradian, tendido, agotado, pálido como un muerto, conseguía recuperar sus fuerzas en algún rincón sobre la tierra. Awakian estaba sentado a su lado, mientras más o menos doce ordenanzas esperaban sus órdenes. Entre ellos estaban Haik y Esteban. A cada instante llegaban nuevas comunicaciones, sobre todo de la garganta norte, que hasta entonces no había sufrido mucho en ese día terrible, pero en ese momento los turcos parecían cambiar de intenciones y preparar un ataque importante por ese lado. Los informes de Tchauch Nurhan reflejaban una inquietud creciente. No sólo el comandante, sino todo un grupo de oficiales, había surgido detrás de los refugios, en las alturas opuestas a la quebrada. Los había reconocido sin vacilar por los anteojos de campaña que llevaban. Bagradian tenía por principio evitar hasta el último momento la intervención de la guardia, es decir, de sus fuerzas supremas, y no dejarse influenciar por la agitación de los diversos jefes subordinados. El sector norte era, entre otras, la posición mejor asegurada y no había motivo para enviar allí sus refuerzos antes de que empezara el combate. Gabriel Bagradian consideraba mucho más necesario mantenerse próximo al sector de las encinas, a fin de evitar una desgracia por ese lado. Estaba ahí con los ojos cerrados y parecía no prestar ninguna importancia a los reiterativos mensajes que llegaban del norte. Aún quedan dos horas

y media, se decía para sí. La batalla había cesado, por un instante había callado el fuego. Bagradian se entregó enteramente a su agotamiento. Tal vez esta debilidad física y moral fue la razón por la cual concluyó por caer en la trampa del *jusbachi*.

El eco del combate apenas debilitado llegaba hasta la «Riviera». El seco estallido de los disparos, amplificado por un extraño fenómeno acústico, daba tal sensación de proximidad, que Julieta y Gonzaga tenían la ilusión de hallarse en medio del mismísimo tiroteo, pese a que en realidad el combate se desarrollaba a una distancia considerable. Julieta tenía firmemente cogida la mano de Gonzaga. Ella era todo oídos; sus nervios estaban en una tensión máxima. Él, también inmóvil, permanecía rígido, al acecho.

—Creo que se acercan por todos lados. Por lo menos, es lo que puedo decir de los ruidos…

Julieta no decía nada. Toda esa baraúnda de silbidos le era tan ajena e inquietante que parecía no comprender, y por lo mismo no sentir miedo. Gonzaga se inclinó hacia adelante para ver mejor las olas que, muy abajo, rompían en las rocas. Aquel día el mar estaba extraordinariamente agitado y mezclaba su lejana voz furiosa con las detonaciones del tiroteo. Maris indicó con el dedo el litoral sur que se extendía a lo lejos.

—Deberíamos habernos decidido antes, Julieta. Ya podrías estar tranquilamente esperando el día de partida en la casa de la destilería…

A ella la sacudió un escalofrío. Su boca se abrió, pero no conseguía recuperar la voz, como un objeto perdido.

—El barco debe partir el 26… Estamos a 23…, aún tengo tres días ante mí.

—Claro —y tiernamente trataba de reanimarla—, aún tienes tres días ante ti… No te quitaré ninguno…, si es que los otros allá no se encargan de ello.

—¡Ah! Gonzaga, todo en mí es tan extraño, tan incomprensible…

Se interrumpió en medio de su frase. Le pareció inútil describir su estado, puesto que ni ella misma sabía lo que le pasaba. Era algo dulce y muy vulnerable, que surgía de la parte más blanda de su capa protectora. Sus helados miembros tenían una insensible vida propia que apenas podía controlar. Tenía la impresión de que, con un doloroso lamento, podría desprender de su persona sus brazos y sus piernas y encerrarlos en un armario. Antaño, cuando vivía en un mundo razonable y luminoso, Julieta no habría permanecido inactiva. Algo no anda bien, se habría dicho, y probablemente hubiera tomado un termómetro para ver si tenía fiebre. No cesaba de preguntarse cómo este estado espantoso podía ser al mismo tiempo tan agradable, sin despertar en ella ningún deseo. Aun dos veces repitió: «Incomprensible…».

Gonzaga la atrajo hacia sí, el semblante serio, pero sonriente.

—Pobre Julieta, te comprendo bien… Primero, durante quince años perdiste tu personalidad, y ahora de nuevo durante estos últimos veinticuatro días. Esta es la razón por la cual no puedes volver a encontrar a la falsa ni a la verdadera Julieta. Yo no formo parte de ningún pueblo; no soy ni armenio, ni francés, ni griego, ni americano; a decir verdad, no soy nadie y por eso soy perfectamente libre. Conmigo tendrás la vida más fácil. Desgraciadamente no puedo evitarte el momento de «cortar»…

Ella le miró sin comprender en absoluto. En ese momento el tiroteo del otro lado alcanzaba su punto culminante. Gonzaga ayudó a Julieta a levantarse. Ella vaciló como si sintiera vértigo. Él parecía impacientarse:

—Deberíamos reflexionar sobre lo que vamos a hacer, Julieta. Esa música que resuena allá no tiene un sonido muy esperanzador. ¿Cuáles son tus intenciones?

Ella hizo con la mano un gesto vago, como si intentara taparse los oídos.

—Estoy extenuada…, quisiera acostarme…

—¡Es imposible, Julieta! ¡Escucha! De un momento a otro puede producirse una catástrofe. Considero que debemos abandonar este lugar y esperar más abajo el resultado de los sucesos…

Ella movió la cabeza, obstinada.

—¡No, prefiero volver a mi tienda!

Gonzaga la cogió por el talle tratando suavemente de arrastrarla con él.

—¡No te enojes conmigo, Julieta! Pero es indispensable reflexionar con calma y sin tardanza sobre nuestra situación. Dentro de media hora el ejército turco puede haber tomado la cañada del pueblo. ¿Y Gabriel Bagradian? ¿Sabes acaso si está o no vivo aún?

Las detonaciones que rasgaban el aire por todos lados parecían dar la razón a los temores de Gonzaga. Pero Julieta despertó sobresaltada de su anterior confusión y volvió a encontrar su energía y su voluntad.

—¡Quiero ver a Esteban, quiero tenerle a mi lado! —exclamó en un ímpetu casi furioso. El nombre de su hijo disipaba el velo de niebla que la horrible realidad extendía a su alrededor. La maternidad tomó de súbito en ella la forma de un sólido edificio con muros impenetrables, cerrada al mundo entero. Cogió a Gonzaga por los brazos y le empujó con impaciencia lejos de ella.

—Vaya inmediatamente a buscar a Esteban, ¿me oye? Le ruego, no pierda un instante; ¡trate de encontrarlo! Ya espero, espero…

Maris reflexionó un instante, luego reprimió de forma caballerosa las objeciones que estaba a punto de pronunciar, e inclinó la cabeza.

—¡Está bien, Julieta, puesto que así lo deseas! Haré lo que sea necesario para encontrar al pequeño lo más pronto posible.

Y, en efecto, al cabo de una media hora escasa, Gonzaga Maris volvió acompañado de Esteban, sudoroso y de aspecto salvaje, que le seguía de mala gana. Julieta se precipitó hacia el muchacho y lo apretó contra su pecho sacudida por los sollozos. El niño estaba tan cansado que se durmió en cuanto los tres se sentaron.

Gabriel Bagradian había probado, sin duda alguna, que él, el esteta, poseía un verdadero talento como jefe militar, cualidad que ignoraba hasta que el peligro y la necesidad la hicieron emerger a la luz. La

falta que entonces cometió es muy frecuente entre generales de valor, cuando se dejan influir en sus decisiones por su preferencia por ciertos sectores de combate que han estudiado especialmente. Y así fue como Gabriel se dejó seducir por su preferencia hacia la obra principal de su vasto plan de defensa, el sector norte, y concluyó por ceder a los numerosos mensajes de Tchauch Nurhan que degeneraban en llamadas de socorro. Como los turcos no repitieron sus ataques contra la garganta de las encinas, ni contra los otros puntos montañosos, y como por otra parte el tiroteo cesaba para concentrarse en el norte con una intensidad inesperada, según todas las probabilidades el enemigo parecía querer romper la columna al nivel de la quebrada con todas sus fuerzas posibles. Por esta razón, Bagradian concentró en una tropa compacta a los hombres de su guardia «volante» diseminados en un frente que se extendía por el borde de la meseta y los condujo hacia el norte, donde se instalaron en la segunda trinchera y tras las barricadas de rocas a la expectativa del asalto turco. Gabriel esperaba que de un instante a otro el enemigo hiciera irrupción, pues el fuego aumentaba a cada minuto su violencia y ya se aproximaba la noche. (Sólo Bagradian era capaz de manejar y utilizar los obuses, así es que había que renunciar a servirse de ellos en la lucha).

Sarkis Kilikian se había destacado de manera ejemplar durante ese día, y como comandante en el sector de las encinas, había rechazado cinco asaltos. Gabriel Bagradian, que no tenía una confianza absoluta en la resistencia del ruso, se había mantenido en un principio cerca del sector e intervino varias veces con su guardia para atacar de costado a las tropas turcas. La tarea de Sarkis Kilikian no era de las más fáciles. La trinchera principal se extendía sobre una superficie bastante restringida. Las trincheras laterales no tenían una situación muy favorable, y, además, estaban separadas de los sectores vecinos por varios centenares de pasos, sin que estos intervalos tuvieran, como en la mayoría de los otros puntos débiles, defensas naturales como cortes abruptos, barricadas de rocas o espesos arbustos. El ruso tenía a su disposición un contingente bastante débil, sólo ochenta hombres de primera línea y demasiado

dispares. Sin embargo, el día había transcurrido para él sin pérdidas considerables, aunque se lamentó la muerte de dos hombres y seis heridos. Algo del carácter de Kilikian, de su calma y de su impasibilidad se reflejaba en la actitud de sus hombres. Cada vez que los turcos intentaban un asalto, su gente disparaba con una seguridad que denotaba tal apatía, que bien podían estar en la vida como en la muerte, indiferentes por saber cuál de estas dos residencias les estaba reservada en el inmediato futuro. Al disparar no dejaba que se le apagase ninguno de los cigarrillos de lujo de los que Bagradian le había regalado una caja. Ahora, después de tantas horas sangrientas, apoyaba su cuerpo delgado contra la pared de la trinchera y miraba fijamente al talud cubierto de ramas y troncos de árboles, de arbustos y pinos trepadores, que descendía en pendiente abrupta hasta la garganta de las encinas que ocupaba mientras el enemigo con sus fuerzas concentradas. Naturalmente, Gabriel Bagradian había hecho limpiar desde el primer día el reborde de la montaña en ese lugar. La cabeza de Kilikian, siempre macabra y juvenil, permanecía inmóvil entre sus hombros. En sus ojos de ágata de reflejos opacos se leía el arte supremo de poder detener el mecanismo de la vida hasta el mínimo de actividad. Con su hermoso uniforme conquistado al enemigo, sus hombros caídos y su talle de muchacha, acentuado por un cinturón muy apretado, el ruso tenía el porte de un oficial de los más elegantes. No cambiaba una sola palabra con sus vecinos, que también callaban. Sus ojos miraban sin cesar las sombras de los árboles y arbustos que a cada instante se alargaban, semejantes a seres misteriosos. Todos los hijos e hijas de los armenios en el Damlajik, exceptuando tal vez a Krikor y Kilikian, tenían sólo un pensamiento en la mente, el pensamiento de Gabriel Bagradian: dentro de una hora el sol se pondrá. Al norte crepitaba un tiroteo parecido a una salva. Pero aquí, abajo, el bosque y la montaña gozaban de una paz absoluta. Muchos de estos hombres, agotados por la lucha, cerraban los ojos para dormir un instante de pie. Así tenían la extraña impresión de que este sueño ilícito hacía avanzar secretamente el tiempo y aceleraba la caída de la noche liberadora. El número de dormilones aumentaba sin cesar.

Finalmente, en las tres trincheras ya casi no había ningún hombre despierto. Sólo la mirada inerte de Sarkis Kilikian, el jefe de los ojos de piedra tallada, observaba inmóvil la franja negra del bosque en la garganta de las encinas. Lo que sucedió en los minutos siguientes, es uno de esos enigmas imposibles de explicar a la luz de los hechos. Podría, en cierto modo, hacerse responsable de ello a la incontenible apatía de Sarkis Kilikian, don que le dio la vida para defenderse del exceso de torturas que venía sufriendo desde la edad de once años, cuando se halló tendido bajo el cuerpo ensangrentado de su madre. De todos modos, no se inmutó ni su mirada se alteró cuando vio salir del bosque, abajo, primero a algunos soldados aislados, luego, sucesivamente, columnas enteras de tiradores. No se oyó ningún ruido que anunciara el ataque. Los turcos parecían demasiado impacientes por abandonar el negro refugio de la garganta, y esperaban torpes e indecisos que algunos disparos partieran del lado de los defensores. Como nada de esto se producía, tomaron ímpetu —eran por lo menos trescientos hombres—, corrieron hacia adelante y volvieron a esperar el tiroteo armenio escondiéndose detrás de cualquier obstáculo. Aún dormía un buen número de hombres en las trincheras. Los otros se despertaron, cogieron sus fusiles y, pestañeando aún, miraron en silencio el cuadro que se desarrollaba ante ellos. En ese instante la dorada luz del crepúsculo se hinchaba por última vez antes de reventar y esparcir miles de chispitas luminosas. Las medias lunas sobre los *shakos* de los oficiales brillaban con vivos reflejos. Detalle sorprendente en esta empresa: no usaban sus *kepis* de campaña. Los armenios, deslumbrados por el impresionante resplandor de este sol tardío, colocaron sus fusiles frente a ellos y esperaron paralizados la orden de Kilikian. Entonces se produjo lo inexplicable. En vez de indicar tranquilamente la distancia de tiro a sus hombres, como siempre había hecho, y llevar el silbato a sus labios, con una lentitud somnolienta, el ruso salió de la trinchera. Este movimiento obró como una orden en sus hombres, que le imitaron inmediatamente. Empujados, ya fuera por la fatiga y la desesperación, ya por la confianza que tenían en la intención desconocida de su jefe, todos, uno tras otro, escalaron el

borde de la trinchera. Los turcos, que ya se habían deslizado hasta una distancia de cincuenta pasos, atemorizados, se lanzaron al suelo. Sus corazones dejaron de latir. Esperaban un contraataque furibundo. Pero Sarkis Kilikian permanecía inmóvil frente a la trinchera central sin avanzar ni retroceder, sin dar la orden, sin hacer la menor señal, con las manos en los bolsillos. Antes que los desgraciados defensores recapacitaran, uno de los oficiales, abajo, gritó una orden cuyo eco se prolongó largo rato, y de los trescientos fusiles máuser brotó un horrible tiroteo continuo dirigido contra los blancos inmóviles, que allá arriba se destacaban como negro sobre blanco en el cielo crepuscular. En algunos segundos, un tercio de los hombres del sector se revolcaban, gritando y gimiendo, sobre la tierra ensangrentada del Musa Dagh. Sarkis Kilikian estaba siempre allí de pie, sorprendido y pensativo, las manos en los bolsillos. El plomo turco parecía evitarlo como si no quisiera éste poner fin, aquí en campo abierto, a un destino tan singular. Cuando se decidió a levantar la mano y a gritar algo a sus combatientes, ya era demasiado tarde. Fue empujado en la huida general por lo que quedaba de su destacamento. Estos hombres no pararon hasta llegar al atrincheramiento de piedra a medio camino del pueblo. Eran cuatro montones bastante anchos de piedras en forma trapezoidal situados en la proximidad de la cañada. Antes de alcanzar este refugio, los fugitivos dejaron tras ellos 23 muertos y heridos. La infantería turca ocupó la trinchera abandonada lanzando alaridos indescriptibles. La reserva la seguía de cerca, luego venían los *saptiehs*, los *tchettehs* y finalmente los aldeanos armados. Un considerable número de mujeres valientes había acompañado a los musulmanes en esta expedición. Cuando éstas, escondidas detrás de los árboles del desfiladero, vieron el triunfo de los suyos, salieron del bosque cual ménades furiosas, cogidas de la mano, formando una cadena ininterrumpida, mientras de sus gargantas brotaba un prolongado grito estridente, el extraño *zilgith*, el secular llamamiento a las armas de las mujeres del islam. Este grito estridente despertó el demonio que dormía dentro de los hombres. Sin pensar en la vida ni en la muerte, como les ordena su fe intrépida, se precipitaron en loca

carrera contra los refugios de piedra, bayoneta en mano, sin disparar un solo tiro.

Varias felices circunstancias vinieron en ayuda de los armenios en esta desgracia. Cuando vieron que los turcos atravesaban a los heridos a golpes de bayoneta y los aplastaban bajo sus botas, sintieron la conciencia fría y neta del implacable destino suspendido sobre sus cabezas. Estaban tendidos rígidos detrás de las piedras y apuntaban en forma tan tranquila, tan mortal como de costumbre. Se trataba sobre todo de ganar tiempo. Los turcos tenían el sol de frente, ellos lo tenían a la espalda. Otra circunstancia favorable en su infortunio fue la confusión que se produjo entre los turcos por el hecho de que los atacantes, colocados en el frente de los sectores vecinos, precediendo a sus propios oficiales, abandonaron sus puestos y, embriagados por la victoria, se precipitaron en masa hacia la brecha. Ante lo cual, los defensores también abandonaron sus trincheras y de izquierda y derecha se abalanzaron hacia el punto amenazado. Así fue como se produjo un combate cuerpo a cuerpo y una confusión en la cual amigos y enemigos se golpeaban sin reconocerse, pues muchos armenios llevaban uniformes turcos, botín de las luchas anteriores. De todas partes acudían en masa a este lugar. Durante mucho rato corrió la sangre y gran número de hombres cayó antes de que los adversarios llegaran a separarse, y los turcos, en número aplastante, empujaron a los armenios hasta la cañada del pueblo. Esto coincidió, casi por un segundo, con la llegada de Bagradian a la cabeza de su guardia completamente agotada, que venía de proteger el campamento del inminente peligro. Los turcos fueron rechazados, pero sólo hasta el límite de las trincheras conquistadas que conservaban resueltamente.

Y la circunstancia suprema fue la noche, noche nublada y sin luna que cayó bruscamente en ese momento. El *jusbachi* ya no podía arriesgarse a ordenar un ataque que habría sido el más decisivo de todos. En la oscuridad, a pesar de las fuertes pérdidas sufridas, los armenios jugaban con la ventaja sobre una división entera, pues conocían el Damlajik como su propio cuerpo. El caimacán, profundamente afectado por el inmenso número de muertos del

lado turco, no sabía qué pensar de este triunfo inusitado. El comandante le prometió por su honor que de aquí a las tres de la mañana ese asunto estaría liquidado de forma radical. Y expuso su nuevo plan de ataque. Las tropas turcas abandonaron a escondidas los diversos sectores, dejando en ellos un débil contingente para engañar al adversario. El grueso de la fuerza armada se concentró en el espacioso fondo de la garganta de las encinas y allí dormiría para estar lista, desde las primeras horas del día, a saltar como un enorme proyectil fuera de la trinchera conquistada y romper así el último e insignificante obstáculo.

Sin embargo, no contaron con que los musulmanes armados prefirieron —en su calidad de flamantes propietarios— pasar la noche bajo su propio techo en vez de dormir a la intemperie, así que abandonaron las tropas.

Hacia las seis de la tarde el pastor Aram Tomasian había llegado a la tienda de las mujeres, sudoroso y extenuado; había bebido tres vasos de agua, uno tras otro, y dicho con voz jadeante:

—¡Iskuhi, Howsannah! ¡Estad listas! La situación es sumamente alarmante. Vengo a buscaros antes de que sea demasiado tarde. Ya encontraremos un escondite detrás de las rocas… Ahora voy a buscar a nuestro padre…

Sin recuperar el aliento, Tomasian volvió a salir. Iskuhi, quien por cumplir su promesa no había salido de la tienda durante todo el día, ayudó como pudo a la quejumbrosa Howsannah a levantarse, dio al niño la mamadera de leche rebajada con agua, y con su brazo derecho sacó de debajo de las sábanas algunos paquetes que constituían el haber de la familia. Pero de repente se detuvo, interrumpiendo su trabajo, y abandonó a Howsannah sin decir una palabra…

Hacía una hora que el sol se había puesto; era en la gran plaza del altar en la cañada del pueblo cuya hierba había sido pisoteada por miles de pasos. Los jefes no se habían retirado a la barraca de la gobernación, sino que estaban sentados en el suelo frente al santo

andamiaje. El pueblo, manteniendo un silencio sepulcral, se sentó en el suelo alrededor de ellos. De vez en cuando se oían las quejas de algún herido grave alojado en el hangar-hospital, pero ningún otro ruido. Se había puesto al abrigo una parte de los muertos del último asalto. Tendidos uno al lado del otro sobre la tarima de madera construida antaño para la danza, yacían mal cubiertos con telas y frazadas. Ni luz ni fuego. El consejo de jefes había prohibido que se hablara en voz alta. La muchedumbre callaba con tal perfección, que podían percibirse fácilmente los murmullos de los elegidos del pueblo. Ter Haigassun parecía ser el único que conservaba el control de sí mismo. Sus palabras eran tranquilas y serenas.

—No tenemos más que una noche entre nosotros, es decir, ocho horas de oscuridad…

Fue mal comprendido. Hasta Aram Tomasian, cuyo corazón estaba desgarrado por el pensamiento de Howsannah, de Iskuhi y de su hijo, se perdía en proyectos insensatos. Propuso con toda seriedad, diciendo que sería la mejor solución, abandonar el campamento y refugiarse en las hendiduras de las rocas en las cavernas calcáreas y en las grutas del acantilado. Pero este proyecto encontró pocos partidarios. Se puso de manifiesto entonces que el pueblo había tomado un cariño incomprensible a su nuevo domicilio y que estaban dispuestos a defenderlo hasta las últimas consecuencias. Se entabló una discusión. De vez en cuando se escapaba de la muchedumbre un grito ahogado de mujer o un sollozo convulsivo. Ese día había llegado el duelo a más de cien familias, contando a los heridos caídos en manos de los turcos. Además nadie sabía cuántos hombres gravemente heridos se hallaban abajo en las trincheras. La noche sofocante caía sobre el Musa Dagh, como el techo de una sala demasiado baja. El cuchicheo se hacía cada vez más hueco y desordenado; entonces la voz de Ter Haigassun vino a golpear duramente el oído de Gabriel Bagradian:

—¡No nos queda más que esta única noche, Bagradian *Effendi*! ¿Acaso no debemos aprovechar este último lapso, estas cortas ocho horas?

Gabriel estaba tendido de espaldas, los brazos plegados bajo la cabeza, la mirada perdida en la bóveda negra que lo cubría. Con gran dificultad se defendía del sueño. Todo se oscurecía a su alrededor. Palabras desprovistas de sentido rozaban sus oídos. En ese momento le faltaba la energía necesaria para dar al sacerdote una respuesta cualquiera. Y de súbito, sintió una mano helada que buscaba a tientas su rostro. Estaba tan oscuro que no podía ver a Iskuhi. Por fin lo había encontrado después de largas peregrinaciones por las trincheras. Ahora, como si fuera algo muy natural, se había sentado a su lado, entre los jefes. Ni siquiera en presencia de su hermano sentía vergüenza de obrar así, puesto que esta noche, única entre todas, debía ser la última. La fría mano de Iskuhi le despertó y vivificó como agua fresca. Poco a poco cedía el entumecimiento y su espíritu renacía. Se enderezó y cogió en su mano la de la muchacha, sin preguntarse si alguien notaría en la oscuridad este gesto de ternura. Respiró profundamente. Su diafragma se dilató. Una satisfacción física, semejante a la de un hombre alterado que acaba de apaciguar su sed, se apoderó de todo su ser. El consejo de jefes calló de repente. Voces extranjeras se aproximaban. Todos se levantaron, asustados. ¿Serían los turcos? Varias linternas eléctricas oscilaron en las tinieblas. Era una comisión de *comitadjis* que volvía para recibir las instrucciones relativas al día siguiente. Los *comitadjis* dijeron que de todo su grupo, sólo un hombre había muerto y dos caído prisioneros. También informaron que las compañías turcas se habían retirado en secreto de la mayoría de los sectores —a excepción de pequeños grupos de la reserva—, para congregarse en la garganta de las encinas. Las relaciones entre las trincheras conquistadas y el grueso de las fuerzas se mantenía gracias a los cuerpos de centinelas y patrullas. La intención era clara como el día.

—Sí, utilizaremos esta noche, Ter Haigassun —exclamó Gabriel tan fuerte que todo el pueblo pudo oírlo.

En ese mismo instante los otros jefes también parecían haber vencido su inercia. El mismo pensamiento cruzó como un rayo por todos los espíritus antes de que Bagradian pronunciara una palabra.

El único medio de alejar el desastre de sus cabezas, habría sido atacar violenta e inesperadamente el campamento turco en plena noche. Pero, después de este día interminable y sangriento, los combatientes estaban demasiado agotados para realizar esa operación. Habría sido necesario que el pueblo entero, mujeres y niños, tomaran parte para agregar al ataque la fuerza moral de varios miles de seres. Se produjo un alboroto y se elevaron las voces. Cada *mouchtar*, cada profesor trató de hacer prevalecer su proposición, hasta que Gabriel les impuso silencio en tono autoritario. Envió a Nurhan *Elleon* a su sector para traer, sin hacer el menor ruido, a 150 guerreros escogidos entre los veinte grupos de primera línea que ocupaban esta posición, y que hubieran sufrido relativamente poco de los combates del día. Del mismo modo, el bastión sur y los sectores del saliente debían proveer 200 hombres, que se reunieron en la plaza del altar en el silencio más perfecto, durante las dos horas que siguieron. Así fue como Bagradian organizó una fuerza armada de más de quinientos hombres con los *comitadjis* y su guardia «volante». Todos estos movimientos requerían mucho tiempo, pues no debía hacerse el menor ruido, ni darse órdenes en voz alta; se cuchicheaba lo estrictamente necesario, y tan lacónico como fuera posible. Poco a poco Bagradian consiguió, a pesar de las densas tinieblas, repartir en dos grupos a ese montón de extenuados hombres. El primero y más importante de ellos fue colocado a las órdenes del jefe de los *comitadjis*. Después de haber tomado algunas provisiones y renovado sus cartuchos, los combatientes de este destacamento se dirigieron al principio hacia el sur, y enseguida se deslizaron con infinitas precauciones, semejantes a fantasmas imperceptibles, por un camino indirecto apenas visible entre los bosques, arbustos y pendientes abruptas. Así tuvieron que acercarse al campamento turco. Felizmente varias circunstancias vinieron en su ayuda. Ante todo, el perfecto conocimiento de esos lugares tan familiares y también las hogueras de las compañías turcas que el *jusbachi* hiciera alumbrar al bordear la garganta de las encinas. Los soldados mantenían ese fuego sobre lugares rocosos o desiertos, pues en todas partes, a pesar de la humedad de la quebrada, había un

riesgo de provocar un incendio debido a la sequedad de la vegetación muerta. A pesar de los fuegos del campamento, los jefes de los *comitadjis* consiguieron rodear toda la garganta elipsoidal. Los hijos de Armenia, inmóviles, estaban sentados en las cimas de los árboles; otros, tumbados, se escondían detrás de los madroños compactos; aquí y allá había otros que se demoraban agazapados entre raíces nudosas. Con la mirada impasible, examinaban el campamento enemigo donde la calma aumentaba progresivamente. Ya tenían listos sus fusiles, aunque su espera bien podía durar más de una hora, hasta el momento en que el fuego de ataque, allá arriba sobre la montaña, les diera la señal decisiva. Bagradian había confiado a Tchauch Nurhan la ejecución de este asalto en el sector perdido con la ayuda del segundo grupo que comprendía 150 combatientes. Nurhan hizo avanzar a sus hombres protegidos detrás de montones de piedras hasta los bordes y costados de la trinchera principal. La oscuridad y el susurro de un viento benigno encubrieron tan perfectamente esta maniobra, que los armenios pudieron, por ambos lados, traspasar ligeramente las trincheras que cercaron con este rodeo. Una circunstancia particular les fue especialmente favorable. Los turcos de esta posición, una de las compañías más sufridas, habían cometido el inconcebible error de encender algunas lámparas de acetileno, que iluminaban vivamente las cabezas de los soldados y sumergían en una oscuridad absoluta los alrededores inmediatos. Así es que los armenios tenían, para hacer puntería, todo el tiempo, la calma y la iluminación deseadas. Se diría que nadie respiraba. Ningún miembro se movía. Esa noche parecía haber aplastado con su peso hasta el último vestigio de vida, como una mina que se derrumba obstruyendo todos los accesos de una galería.

El caimacán y el comandante conversaban de pie, en el límite inferior del campamento, justo donde el sendero bordeado de muros en ruinas deja el primer macizo montañoso para subir por la ancha ranura de la quebrada. Algunos soldados provistos de linternas y antorchas aguardaban a poca distancia, listos para alumbrarles. El *jusbachi* echó una ojeada a su moderno reloj de pulsera provisto de

esfera luminosa.

—¡Ya es hora! —exclamó—. Tengo intención de hacer despertar a los hombres una hora antes de la salida del sol.

El caimacán parecía preocupado por la salud del comandante:

—¿No prefiere pasar la noche en nuestro cuartel general, *jusbachi*? El día de hoy ha sido muy duro para usted. Una buena cama le haría bien.

—¡No, no! No estoy lo bastante tranquilo para poder dormir.

El caimacán se despidió de él y se alejó seguido de los soldados portadores de linternas; pero no dio más de dos pasos y volvió.

—No se enoje si le hago otra pregunta, *jusbachi*. ¿Puedo estar seguro de que no sucederán incidentes imprevistos en el curso de las próximas horas?

El comandante reprimió una respuesta hostil. Este civil era insoportable con sus indiscreciones. Contestó en un tono reprobador:

—Naturalmente, he tomado todas las medidas necesarias de seguridad. No tendrá necesidad de volver, caimacán. Además, he enviado patrullas a reconocer los alrededores de nuestro campamento.

Todo se hizo conforme a las palabras del *jusbachi*. Pero estas patrullas compuestas de suboficiales y soldados extenuados, pasaron seminconscientes los obstáculos del camino, muy cerca de los armenios inmóviles cuyos ojos brillaban entre el follaje de las encinas como las pupilas de los gato. Poco después volvieron los turcos para anunciarle al oficial de guardia que el terreno estaba libre y que nada había que temer.

Gabriel Bagradian tiró al suelo el fósforo inflamado con el cual acababa de encender un cigarrillo. La llamita lamió el suelo, se propagó y quemó un manojo de hierbas. Iskuhi, que no abandonaba a Gabriel, aplastó con su pie el ávido fuego.

—¡Cuán seco está todo! —dijo.

Este fósforo despertó en Gabriel una idea temeraria. Permaneció

un instante absorto. Su inspiración era ambigua. Podía acarrear tanto daño a su propio pueblo como al enemigo. Bagradian, desplegando su pañuelo a manera de bandera, trató de conocer la dirección del viento cuya fuerza se había acrecentado. Era un viento oeste que venía del mar y sacudía las ramas en dirección al valle. Ni el consejo de jefes ni Gabriel podían tomar semejante resolución. A Ter Haigassun, jefe supremo, le correspondía decir sí o no. Después de un pesado minuto de silencio, Ter Haigassun dijo:

—¡Sí!

Entre tanto, toda la fuerza armada había abandonado la plaza del altar y la cañada del pueblo. Los dos grupos de ataque esperaban la señal, reteniendo el aliento. Una columna suplementaria de combatientes estaba desplegada entre la trinchera cercada y los montones de piedras; detrás de estos últimos se hallaba concentrada toda la reserva del pueblo. Pero eso no era todo. Esteban, que desde hacía rato había escapado del cuidado de su madre, se sentía, justo es decirlo, en un estado de extrema excitación a pesar de la proximidad de la inevitable catástrofe. Esas sombras escurridizas, esos cuchicheos en la oscuridad, la vecindad compacta de tantos cuerpos vibrantes de angustia, las linternas ambulantes bruscamente encendidas y apagadas inmediatamente y otros cien detalles románticos obraban sobre los nervios en tensión de Esteban a la manera de un mundo fantástico, irreal y encantador que de repente tomara forma. Se agregaba a esto la orden tan extraña que recibiera su pandilla y el orgullo de participar en el plan, misterioso hasta el momento, pero según el cual la juventud debía servir como último baluarte para la defensa del pueblo. Se comprende, por lo tanto, que Esteban y sus camaradas olvidaran pronto su extrema fatiga, que se transformó en una espera enervante.

Pues bien, la orden tan extraña se refería a la provisión de petróleo. En efecto, se llevaron a la plaza del altar, sin dar mayores explicaciones, todos los tambores de petróleo que había en el Damlajik, incluso las dos latas de la familia Bagradian. También se llevó allí apresuradamente todas las ramas, haces y combustibles amontonados al lado de los fuegos sagrados. Al principio los

muchachos, luego los ancianos, las mujeres y los niños mayores de nueve años tuvieron que ir a buscar en los haces de leña un bastón tan sólido y largo como fuera posible. Confeccionando con esto una especie de escoba, había que sumergirla y agitarla hasta la mitad en el líquido espeso. Se contaban por lo menos tres mil antorchas. Esta operación llevó mucho tiempo. La gente se precipitó sobre los barriles cuando sonó un prolongado pitido que marcaba el ataque sobre las trincheras tomadas por los turcos. Inmediatamente un eco de cien voces se extendió por la quebrada junto con esos golpes secos y precipitados, que se confundían con un grito interminable de espanto, medio adormecido aún y que nada tenía de humano.

Gabriel Bagradian estaba de pie sobre una pequeña elevación rocosa entre la línea y los atrincheramientos de piedras. Durante el estruendo tumultuoso del combate, que se distinguía de todos los demás ruidos de asaltos hasta entonces conocidos, el jefe del ejército armenio, sumergido en una especie de ensoñación sobreexcitada, no había dirigido una sola palabra a sus hombres, que esperaban detrás de él. Así transcurrieron algunos minutos, las detonaciones de los disparos cercanos se hicieron cada vez más escasas. Gabriel casi no podía creer que la primera acción de este ataque inesperado hubiera logrado el éxito tan pronto. Pero Tchauch Nurhan ya le daba la señal convenida: varios ochos luminosos ejecutados con la linterna. La trinchera había vuelto a manos de los defensores, pero traspasaron ésta para perseguir al enemigo. Un grupo de infantes turcos se perdió en la oscuridad cayendo en poder de los armenios, que se habían precipitado sobre ellos en su seguimiento. Otro grupo de ellos avanzaba tropezando y corriendo desesperadamente hacia la quebrada mientras los armenios les perseguían para derribarlos a culatazos o con la bayoneta.

Gabriel Bagradian envió a Awakian a comunicar la orden a la reserva: «¡A las armas, y adelante!».

Esperó que el ruido de los pasos y las voces de la muchedumbre se aproximasen a su posición; entonces corrió a ponerse a la cabeza de las tropas. Lentamente se deslizaron hasta el reborde de la montaña a través de los matorrales, y pasando frente a muchos

muertos, descendieron hasta la garganta donde retumbaban los gritos.

Lo que allí sucedía se asemejaba a una cacería. Los oficiales *onbachis* y los soldados más valientes trataron sin cesar de aproximarse a las fogatas que habían encendido en los límites del campamento y donde ardía la madera seca; pero al intentar apagarlas, apagaban su propia vida. El tiroteo de los *comitadjis* dispuestos en un círculo cerrado, empujaba a todos los enemigos al centro de fondo de la quebrada. Los oficiales intercambiaban desatinadamente órdenes contradictorias. Nadie las escuchaba, los soldados de infantería y los *saptiehs* buscaban gritando sus fusiles, pero cuando los encontraban no sabían qué hacer con ellos. Cada disparo podía matar a un camarada o a un hermano. Muchos tiraron sus armas porque les estorbaban para saltar o correr por la tupida maleza, llena de espinas y sorpresas. Hasta la vida secreta de la montaña armenia parecía tomar parte en este cruel exterminio. La vegetación se hacía cada vez más alta, más agreste, más inextricable. Los árboles se henchían con maldad. Ramas y enredaderas azotaban el rostro de los hijos del profeta; las lianas los hacían caer una y otra vez. Quien tocara la tierra, allí se quedaba. La indiferencia de esta raza hacia la muerte les impedía levantarse, y las cabezas se hundían en el nido espinoso. El *jusbachi* consiguió reunir a un montón de su confundida tropa gracias a su valor intrépido, pero también con la ayuda de su sable. Cuando los oficiales, los subalternos y los viejos soldados reconocieron a su jefe a la luz mortecina del vivac, se unieron a él. Poco a poco se formaba un nudo de resistencia, o más bien, de nuevo ataque. El comandante, indicando la meseta con un sable, rugía: «¡Adelante! ¡Seguidme!». Extrañamente excitado, miraba los signos fosforescentes de su reloj de pulsera. De repente recordó las palabras que le dijo al caimacán: «Renuncio a la vida si de hoy a mañana por la noche no somos dueños del campo armenio» y, sinceramente, parecía no sentir en ese momento ningún deseo de vivir. «¡Seguidme!», repetía sin cesar. Sentía dentro de sí la fuerza de voluntad necesaria para transformar la catástrofe en un asalto victorioso. Su ejemplo daba frutos.

El deseo de salir de ese bosque infernal también empujaba a los soldados hacia adelante. Seguían al comandante con gritos de ardor. Alcanzaron sanos y salvos la salida superior de la garganta. Anhelantes, extenuados y sin tener ya conciencia de la realidad subían vacilantes al encuentro de las cegadoras linternas, encontrándose así bajo el tiroteo armenio. Como cuerpos sin vida, fueron empujados hacia abajo. El *jusbachi* no se dio cuenta inmediatamente de su herida. Sólo se extrañó de encontrarse de repente tan abandonado. Luego se asombró de sentir tan pesado el brazo derecho. Cuando sintió el dolor y su sangre que corría, pareció satisfecho y casi feliz. Ahora su vergüenza y su derrota le parecían en gran parte atenuadas. Se arrastró hacia atrás sin decir nada, con los ojos cerrados. Esperaba dejarse caer no importaba dónde, en cualquier rincón, y no saber más.

Cuando el ruido del combate dejó la trinchera reconquistada para descender hacia el valle, se dio la orden en la cañada del pueblo. Se encendió una llama. Una de las antorchas empapada de petróleo empezó a arder estrepitosamente y en pocos minutos otras miles de antorchas se encendieron. La mayoría de los habitantes del campamento había seguido el ejemplo de Haik, de Esteban y de los otros muchachos, que sosteniendo en cada mano una de estas antorchas, se ponían en movimiento en una larga fila. Jamás antes había presenciado esta tierra semejante procesión de luces. Cada uno, llevando ante sí esas antorchas, se estremecía consciente del incomprensible sentimiento religioso que invadía el fondo de sus almas. Esta luz no era, como la llama aislada, un contraste acentuado dentro del impenetrable infinito de la noche; era un fuego luminoso, símbolo de todo un pueblo, que abría en la oscuridad del espacio una rendija gloriosa. Esas columnas, esos grupos interminables, desfilaban con solemne lentitud, como si el destino de su marcha no hubiera sido un campo de batalla, sino un lugar de oraciones.

Abajo, en las aldeas, en Yoghonoluk y en Bitias, en Habibli y en Azir, en Wakef y en Kheder Beg, aún más lejos, al norte, en Kebussije, la aldea de la apicultura, ninguno de los beneficiados con

las confiscaciones podía dormir. Cuando el ruidoso crepitar llegó al valle, los hombres cogieron inmediatamente sus fusiles, se pusieron en marcha y ocuparon el primer contrafuerte, pero, en verdad, sin aventurarse por las inmediaciones de la garganta. Las mujeres se habían instalado en los jardines o sobre los techos de sus casas para escuchar con angustiosa avidez los furiosos ladridos del tiroteo. De repente, vieron salir el sol a la una de la mañana detrás del Damlajik. La línea negra de la cima se destacaba nítida sobre un luminoso fondo de delicado color rosa. Este fenómeno celeste, esta sin igual manifestación milagrosa, provocó una tremenda confusión entre las mujeres creyentes, como si vieran aproximarse el Juicio Final. Y cuando poco después la falda de la montaña comenzó a enrojecer y lanzar llamas, ya no podía aceptarse una explicación racional. Jesucristo, el profeta de los infieles, había hecho salir por detrás de la montaña el sol de su poder, y los *djinns* armenios del Musa Dagh, aliados a los santos de la Iglesia, Pedro, Pablo, Tomás y todos los demás, habían venido a ayudar a su pueblo. La vieja creencia de que los poderes sobrenaturales protegían a los armenios, se halló más reforzada que nunca. Los mismos mulás que observaban este milagro desde el campanario de la iglesia de Yoghonoluk abandonaron precipitadamente el santuario consagrado a «Los Poderes Angélicos» que habían transformado en mezquita.

La impresión que esta muralla irresistible de antorchas ejerció sobre los soldados turcos que aún se hallaban en las pendientes fue sin duda menos sobrenatural, pero aún más temible. Hacía pensar en una aplastante superioridad numérica, en toda la nación armenia, todas las caravanas de los deportados del imperio reunidas a esta hora y en ese lugar para vengar sobre un pequeño grupo del pueblo soberano todos los monstruosos horrores padecidos, por medio de sus balas y sus antorchas. Los pequeños destacamentos turcos instalados frente a los sectores huyeron a toda prisa de la montaña. Ningún oficial podía retenerlos. Los armenios no eran suficientemente numerosos para cerrar completamente la entrada a la quebrada. Algunos oficiales y soldados, notando la ausencia de su *jusbachi*, se atrevieron a volver a la zona peligrosa y encontraron al

herido tendido sin conocimiento al borde del bosque. Lo llevaron a la villa Bagradian, su cuartel general. Durante este doloroso trayecto el comandante volvió en sí. Sabía que todo estaba perdido, que los cristianos habían destruido completamente su ejército y que no podía esperar una rehabilitación, ni una vuelta a su vida anterior. Maldijo sinceramente el proyectil que sólo había roto su brazo derecho en vez de realizar un trabajo más radical. Sólo deseaba una cosa: volver a desmayarse, pero ese deseo no le fue concedido.

La procesión de fuego ya no tenía enfrente a ningún enemigo. Lentamente las hileras incandescentes se aproximaban a la garganta de las encinas. En el centro de la montaña, Ter Haigassun hizo detenerse el largo cortejo; dio la orden de lanzar las ramas inflamadas a las malezas y volverse aprisa. El fuego cayó entre los arbustos, que empezaron a humear. Al cabo de algunos minutos se oyeron por todas partes formidables chasquidos que parecían interminables, como si todo el Damlajik fuera a explotar. En todas partes el bosque ardía con gran fuerza. ¡Desgraciados los armenios si el viento cambiaba en el curso de las horas y días siguientes! La cañada del pueblo, que en efecto estaba muy cerca del borde de la meseta, habría estado terriblemente expuesta a las chispas. Felizmente, Gabriel Bagradian había hecho desmontar todo un glacis frente a los sectores. El incendio del bosque se propagaba con tal rapidez, con tal simultaneidad por la falda del Damlajik reseca por el verano, que las llamas furiosas ya no parecían un fuego alimentado por elementos terrestres. Los *comitadjis* y los hombres de primera línea, colocados abajo, tuvieron el tiempo justo para poner en lugar seguro el botín del ataque. Este se componía de más de doscientos máuseres, gran abundancia de municiones, dos cocinas portátiles, cinco asnos de carga con provisiones, linternas y toda clase de accesorios diversos en considerables cantidades.

Cuando el verdadero sol apareció, un sueño de plomo pesaba sobre el Damlajik. Los combatientes dormían allí donde el sueño les hubiera vencido. Muy pocos de ellos habían tenido la fuerza

suficiente para arrastrarse hasta sus camas. Los muchachos dormían acurrucados sobre la tierra desnuda. En las chozas, las mujeres se habían tendido sobre las alfombras, despeinadas y sucias como estaban, sin ocuparse de sus hijos pequeños, que gemían de hambre. Bagradian dormía y todos los jefes hacían lo mismo. El propio Ter Haigassun no había tenido fuerzas suficientes para terminar la misa de acción de gracias. Hacia el final del servicio divino, a consecuencia de un irremediable agotamiento, había caído como un borracho. Los *mouchtars* dormían sin haber escogido entre los rebaños los corderos destinados al matadero. Los carniceros dormían y también las mujeres destinadas a ordeñar. Nadie cumplía su deber cotidiano. Los fuegos de las cocinas no estaban encendidos ni se había sacado agua. Nadie se preocupaba de los numerosos heridos que agonizaban aún en las trincheras, o que se habían arrastrado hasta el hospital durante las últimas horas. La palabra «herido» no era sino un término vacío tras el cual se escondían toda clase de nociones imprecisas; pues allí podía verse a la redonda toda la horrible realidad de su significación: rostros sin nariz ni ojos, mandíbulas reducidas a un borrón sangriento, cuerpos destrozados por las balas dum-dum, hombres gimiendo con el vientre abierto y muriéndose de sed. No era Bedros Hekim quien podía aliviar a estos infelices, sino la muerte únicamente. A veces, antes de inclinarse, bondadosa, sobre algún que otro de estos desgraciados, el narcótico de una fiebre aturdidora les ayudaba a pasar estas últimas horas tan lentas.

Abajo en el valle dormían los soldados regulares, los *saptiehs* y los *tchettehs* que habían escapado de la carnicería. Los oficiales dormían en las habitaciones de la casa de Bagradian. Hacía varias horas que se habían llevado en una ambulancia a Antioquía, a la primera víctima de la víspera, el *kolagasi* de Alepo. Ahora un nuevo herido, el *jusbachi*, dormía en la cama de Esteban. El caimacán también había sido derribado por el sueño en el cuarto de Julieta. Había empezado la redacción de un informe al valí de Alepo, pero no pudo mantenerse en pie. Sin embargo, tras el velo del sueño, su conciencia seguía trabajando con mayor crueldad, pues los

pensamientos debían guardar una vanidosa elegancia. Acababa de experimentar el mayor fracaso de toda su carrera. Pero hay en cada fatalidad un elemento de gracia divina, pues siempre descubre, con sonrisa burlesca, la total ridiculez de las pretensiones humanas. Pues bien: este caimacán, alto funcionario, miembro influyente del Ittihad, convencido y orgulloso, profundamente penetrado de la superioridad de su raza de guerreros, ¿qué acababa de aprender a sus expensas? Los débiles eran los fuertes, y los fuertes nada valían; sí, se habían mostrado sin el menor valor, sin el menor heroísmo, justo cuando tenían que demostrarlo. Y las revelaciones que el sueño ofrecía al caimacán iban aún mucho más allá. Hasta entonces jamás había dudado de que Enver y Talaat estuvieran en su pleno derecho, con respecto al pueblo armenio, asunto que habían manejado con la genialidad de los hombres de Estado, y he aquí que surgía en la conciencia del caimacán una duda furiosa respecto a Enver Pachá y Talaat Bey. El fracaso también es madre de la verdad, de una verdad implacable. ¿Acaso tenían los hombres derecho a construir un concienzudo plan con el único fin de exterminar a otro pueblo? Por lo demás, ¿existía una razón de suficiente utilidad para justificar semejante proyecto, como solía asegurar cientos de veces el mismo caimacán? ¿Quién decide que un pueblo es mejor o peor que otro? Sin duda no son los hombres quienes pueden pronunciarse en este sentido, y Dios, Él, había pronunciado claramente una sentencia decisiva sobre el Damlajik. El caimacán se vio en ciertos momentos intensamente conmovido por estos pensamientos. Escribía a Su Excelencia el valí de Alepo una petición para dimitir y destruía deliberadamente todo el edificio de su vida.

En su ensoñación ofrecía la paz y la reconciliación a los armenios en la persona de Gabriel Bagradian envuelto en una bata de baño. Intervenía en el Comité Central del Ittihad para obtener el regreso inmediato de los deportados armenios y hacía votar un impuesto general para reparar la injusticia cometida. Su alma no podía mantenerse en este nivel ético sino durante el sueño más profundo. En cambio, cuando más tenue se hacía la sustancia de su sueño, tanto más se acercaba a su pensamiento diurno, y así eludía

maliciosamnete estas concepciones tan atrevidas.

Finalmente, cuando el sueño se hubo templado, encontró otro camino más cómodo y aconsejable: era totalmente superfluo presentar a las autoridades centrales informes llenos de contricción. En vista de eso, el caimacán durmió hasta mediodía.

Los muertos, ellos también, cristianos y musulmanes, dormían dispersos entre los matorrales de la quebrada y sobre las pendientes de la montaña. Las lenguas ávidas de un gigantesco incendio se aproximaban a ellos, juguetonas y danzantes. Se diría que el fuego despertaba a estos durmientes; los enderezaba; rígidos de terror, los sentaba erguidos, luego sus cuerpos estallaban y caían en la hoguera purificadora. Y de hora en hora el incendio crecía ganando siempre terreno al norte y al sur del Damlajik. Sólo se detuvo ante los campos de ripio debajo del bastión sur, y ante la desigualdad rocosa que protegió al norte contra la invasión. El imperio verde de los pastos regados por mil vertientes, esa maravilla de la costa siria, celebró días enteros su triunfo engalanado en llamas hasta que sólo quedó un inmenso campo de obstáculos y de brasas calcinadas. Así fue como el Musa Dagh formó una coraza de fuego y de escombros incandescentes para sus hijos, quienes, mortalmente extenuados, sumidos en un sueño insondable, no sabían que permanecerían por mucho tiempo aún inmunes a los ataques de sus agresores. Ninguno de ellos adivinaba que un viento amigo lleno de benevolencia desviaba el peligro de la cañada del pueblo, empujando hacia la falda de la montaña todas las chispas. Los combatientes y el pueblo durmieron hasta la tarde; en ese momento el consejo de jefes decidió derribar todos los árboles del borde de la meseta que podían ser un peligro. Fue el comienzo de un nuevo y considerable trabajo.

Todos habían pasado el día durmiendo, excepto una sola mujer. Estaba sentada en su cama, inmóvil, al fondo de su tienda. En vano trataba de esconderse, pequeña y humilde, tras el refugio palpitante de su naturaleza indeciblemente extranjera y de su culpa inexorable.

Capítulo IV

Los caminos de Sato

A pesar de que la dirección del viento no había cambiado por el momento, el incendio del bosque o, con mayor propiedad, de la montaña ejerció en los ánimos del pueblo una influencia desmoralizadora. Ya no existía la oscuridad. Las noches bizqueaban y parpadeaban con sus rojizos ojos expectantes. Las sombras efectuaban danzas dementes. El cielo estaba cubierto por un humo resinoso que se desvanecía lentamente. Un calor insoportable ejercía su tiranía, tan intenso a medianoche como a mediodía, sin la menor brisa. Un vapor tóxico cortaba la respiración e irritaba las mucosas de la nariz y de la garganta. Un extraño catarro se propagaba a través del campamento trayendo consigo una perniciosa irritabilidad.

En lugar de la felicidad y gratitud desbordantes que debió haber provocado la victoria, comenzaron a verse las primeras señales de desolación, indicios de un inquietante proceso interno, que amenazaba con destruir todo el orden y la disciplina que se había conseguido hasta entonces. A este movimiento se añadía la vergonzosa historia de Sarkis Kilikian, que por desgracia se produjo la misma tarde del gran día de reposo. Era una de las razones por las cuales ni Ter Haigassun ni Gabriel Bagradian podían sentirse verdaderamente seguros, aunque en adelante era posible esperar, con la gracia de Dios, un largo periodo de tranquilidad hasta el próximo combate. Sin duda, la audaz idea de provocar un incendio, junto con el enorme botín de armas, había mejorado considerablemente las

condiciones de la defensa. Ya ni siquiera era tan insensato pensar que los turcos renunciarían tal vez definitivamente a atacar la montaña. Y, sin embargo, sólo el corazón del Damlajik ardía; sus costados, los campos de ripio por encima de Suedja y el norte, seguían ofreciendo acceso a los atacantes. Bajo ningún pretexto se podía liberar a los hombres del duro servicio de las trincheras. Por otra parte era igualmente importante restablecer el equilibrio en la mentalidad de la población. Lo que Ter Haigassun llamaba la vida cotidiana, debía resucitar a pesar de todas las circunstancias en contra. El consejo de jefes que se reunió la noche del 24, renunció, por esta razón, al entierro solemne de las víctimas, a fin de evitar alguna vergonzosa manifestación de la muchedumbre.

A esta hora tardía los destacamentos enviados en busca de los 113 desaparecidos, ya habían recogido 67 muertos. A éstos se agregó un gran número de heridos graves que no pasaron de la noche, faltos de verdaderos cuidados. El doctor Bedros Altouni fue delegado por el Senado para hablarle al pueblo de una triste circunstancia. Explicó a las familias de los difuntos, con su voz ronca y seca, que era absolutamente necesario enterrar cuanto antes a las víctimas del combate a causa del calor natural terriblemente acrecentado por el incendio. Cada minuto de vacilación estaba lleno de peligro para los vivos. Si él, Bedros Hekim, hablaba contra su voluntad de semejantes cosas ante las familias en duelo era porque se lo imponía su deber; además, cada uno se había convencido por su propio olfato de la necesidad de semejante medida.

¡Por lo tanto, manos a la obra y sin perder tiempo! Cada una de las familias afectadas debía cavar cuanto antes una tumba para su muerto en el lugar indicado. Según la opinión de Altouni, el consejo de jefes habría hecho mejor en entregar a la gran fogata los despojos mortales de los héroes caídos. Pero no se acordó esta medida por consideración al dolor de los parientes. También, para satisfacer a las viudas y huérfanos, los muertos serían revestidos con su tradicional sudario y cada uno recibiría bajo la cabeza su porción de tierra consagrada.

Esta orden no provocó murmuraciones ni resistencias en el

pueblo como algunos habían temido. Había bastado hacer alusión a la salud pública. Además, la creciente descomposición de los cuerpos se hacía sentir francamente. A las tres de la mañana todo había terminado. El trabajo aplastante había sofocado el calor. No había sino un pequeño número de parientes de pie junto a las tumbas con sus cirios mortuorios piadosamente economizados. El reflejo del incendio ahogaba en su resplandor esas pobres luces. Nunik y sus colegas no vinieron esta vez. No se atrevían a salir de sus refugios desde que los turcos cogieron a dos ancianos de la corporación de mendigos que se habían aventurado hasta los campos de maíz, y los habían golpeado hasta matarlos.

Se habían fijado para el día siguiente, el 25 de agosto y vigésimo día después del éxodo, dos acontecimientos oficiales de gran importancia. Uno era el contrato voluntario y la solemne elección de los nadadores y corredores que sin tardar debían dirigirse a Alejandreta y Alepo. El otro era el proceso de Sarkis Kilikian. Hasta ahora Ter Haigassun, como jefe supremo, había hecho de juez en los casos sencillos de desavenencias. En estos procesos fallaba con decisión, rapidez y sin cumplir formalidades. Pero aquel día, Ter Haigassun tenía que oficiar por vez primera en el Damlajik como juez criminal. El caso era el siguiente: Sarkis Kilikian era el principal culpable de las terribles pérdidas sufridas por el pueblo de la montaña, por su inexplicable comportamiento durante el último ataque inesperado de los turcos.

Gabriel Bagradian no tenía intención de pedirle cuentas de su inexplicable conducta, pues el ruso se había mostrado en extremo valiente y prudente durante los dos combates precedentes; segundo, Gabriel comprendía que en todo ser humano hay fuerzas imprevistas que le impulsan a obrar; y tercero, sabía que es siempre imposible reconstruir de forma auténtica un momento determinado de una batalla. Pero otras personas, en especial los jefes de otros sectores, tenían al respecto opiniones diferentes. Se había producido un tumulto en la plaza del altar. Sarkis Kilikian tenía que soportar un violento interrogatorio por parte de sus camaradas de sector. Se le pidió que se justificara, que explicase su conducta, que se

defendiera. Pero él no trató ni de justificarse ni de defenderse. Permanecía mudo. Con su semblante desolado y su mirada triste y observadora seguía sin dignarse a responder a las violentas acusaciones y preguntas que le llovían por todas partes. Tal vez ese silencio no era tan desvergonzado e insolente como parecía. Tal vez —y esto era muy probable— Kilikian no habría sabido explicar su súbita debilidad, y despreciaba tener que recurrir a pretextos como la fatiga o el desprecio por las intenciones del enemigo. Naturalmente, este silencio excitaba aún más a sus acusadores. Recibía empujones por todos los lados y le hacían gestos amenazantes. Un jurado le habría tal vez reconocido en estado de legítima defensa si él no hubiera dado el primer golpe y si éste no hubiera sido tan terrible. Con su habitual apatía, Kilikian recibió los empujones durante un rato sin apenas darse cuenta de lo que le hacían. Pero de repente su puño huesudo salió bruscamente de su bolsillo y cayó sobre el rostro de uno de los asistentes más jóvenes. El golpe fue tan recio que el adolescente se desplomó cubierto de sangre, con un ojo reventado y la nariz rota. Había sucedido con una rapidez increíble, como un relámpago. Durante medio segundo, Kilikian había erguido su cuerpo indolente, sus ojos brillaron e inmediatamente después estaban tan muertos como antes. Felizmente para él, la mayoría de los espectadores no comprendieron en absoluto cómo se había producido aquello y retrocedieron. Pero cuando enseguida volvieron a lanzarse sobre él con renovados bríos, rodeado de gritos de indignación, sin duda habría pasado un mal rato si en ese preciso instante no hubiese aparecido la policía del pueblo para arrestarlo.

Aquella mañana, durante el proceso en la barraca de la gobernación, confesó con toda calma haber dado el golpe espontáneamente y haber previsto las atroces consecuencias. No trató de escudarse bajo la excusa de legítima defensa. Parecía demasiado perezoso o demasiado débil para hablar. Gabriel Bagradian asistía a la audiencia sin decir palabra. Nada dijo ni en contra ni a favor del acusado. Sin embargo, el pueblo, irritado, exigía una sanción. Cuando hubo reunido todas las pruebas contra el criminal, Ter Haigassun suspiró.

—¿Qué voy a hacer contigo, Sarkis Kilikian? Basta mirarte para saber que no cabes en el orden establecido por Dios. Debería condenarte a la expulsión…

Pero Ter Haigassun no optó por semejante pena. El castigo del ruso consistió en cinco días de prisión, encadenado, medida reforzada con tres días de ayuno. La sentencia era mucho más dura de lo que parecía. A causa de una simple pelea en la cual había sido atacado por sus agresores, Sarkis Kilikian volvía a caer en la vergonzosa esfera de los criminales, después de haber alcanzado el elevado grado de jefe de sector. Con ello era cruelmente deshonrado. Y, sin embargo, nada en su semblante permitía saber si aún quedaba en él un átomo de honor vulnerable. Después de terminada la sesión, le ataron los pies y las manos y lo encerraron en el calabozo, que era el tercer cuarto de la barraca de gobernación.

Ahora Kilikian volvía a tener el aspecto que ya varias veces había mostrado en su inconcebible existencia, pues el castigo para él se seguía siempre de faltas a veces inexistentes, a menudo insignificantes. Estos castigos los aceptaba con esa impasibilidad propia de él, como una circunstancia inherente a su refinado destino, tan conocido e inevitable. Pero su cárcel se diferenciaba totalmente de todos los establecimientos semejantes que tuvo la posibilidad de conocer en su larga y fructífera carrera, principalmente porque la compartía con un espíritu distinguido como era el farmacéutico Krikor. Eran dos pequeñas celdas idénticas. Una era un calabozo, mientras la otra encerraba el universo entero.

Gabriel Bagradian presentía en todo su ser un acontecimiento imprevisto que tal vez haría problemático el valor decisivo del triunfo de la antevíspera. Ese mismo día insistió en preparar los mensajes para el mundo exterior. Debía procederse cuanto antes. Y aun suponiendo que esa tentativa no diera resultado, lo importante era que provocase esperanza. Los voluntarios se reunieron en la plaza del altar, como ordenara el consejo de jefes. Todo el mundo se

hallaba allí, pues la elección de estos mensajeros que sacrificaban con entusiasmo su vida era de importancia primordial para el pueblo entero.

Gabriel regresaba de hacer una corta inspección a los hombres de primera línea. En consideración al peligroso relajamiento y a la tendencia a reñir que amenazaba con generalizarse entre la tropa, había ordenado que se recomenzaran, desde esa tarde, los ejercicios militares. Gracias a los 200 máuseres tomados al enemigo, toda la primera línea estaba suficientemente provista de armas. Los mejores hombres de la reserva fueron incorporados para reparar las pérdidas del duro combate. Ya se oía la trompeta balbuciente de Tchauch Nurhan *Elleon* que, sin más, se dedicaba a la instrucción de los recién llegados. Iskuhi había ido a buscar a Gabriel, encontrándolo a mitad de camino. Desde el día en que por primera vez sus almas se fundieron bruscamente, ella buscaba la presencia de Gabriel con un candor ingenuo. Enseguida se pusieron a caminar juntos hasta la plaza del altar, casi sin hablarse. Cuando la muchacha se hallaba a su lado, él se sentía siempre presa de una extraña sensación de tranquila seguridad. Sentía que Iskuhi, a pesar de su excesiva juventud, era entre todos los seres que conocía, aquél en quien tenía mayor confianza, y que el suave calor de su amiga se extendía más allá de los límites de su memoria consciente. Incluso durante la asamblea permaneció a su lado, siendo la única mujer que sin razón se atreviera a penetrar en el círculo de los jefes deliberantes. ¿Acaso no temía hacerse notar con semejante conducta o despertar las sospechas de su hermano Aram? ¿Era la libre indiferencia de una naturaleza excepcional que, abandonándose sin reservas a su primer amor, ve reducirse a nada todos los escrúpulos terrestres?

Más o menos veinte jóvenes se habían presentado como voluntarios y esperaban la decisión del consejo de jefes. Entre ellos había cinco muchachitos. En efecto, se había permitido a los mayores de la banda ofrecerse para esta misión. Gabriel, aterrado y furioso, vio a su hijo Esteban al lado de Haik. Después de un corto coloquio con los otros jefes del pueblo, Ter Haigassun procedió a la elección definitiva. Estaba encargado de pronunciarse sobre cuanto

se relacionara con las personas, sus facultades y sus capacidades. Respecto a los nadadores, la decisión no admitía dudas. Había en Wakef, la aldea meridional del valle armenio, situada al borde de la planicie del Oronte y por consiguiente en la costa, dos nadadores y buzos bien conocidos, muchachos de diecinueve y veinte años. Ter Haigassun les entregó el cinturón de cuero que llevaba cosido el mensaje dirigido al comandante de un navío de guerra inglés, americano, francés, ruso-italiano. Al caer la noche se despedirían de sus familias para emprender el camino por el desfiladero norte.

La cuestión de los mensajes para Alepo no fue resuelta sino al cabo de algunos minutos. Se había acordado que era mejor no exponer más de una vida a los peligros de esta misión. El pastor Aram juzgó razonablemente que un adulto tenía menos probabilidades de alcanzar sano y salvo la capital del distrito que un muchacho que ya por su vestimenta se distingue difícilmente de un pequeño musulmán, y de todos modos tiene menos dificultades que un adulto para deslizarse por todas partes. La evidencia de este raciocinio fue reconocida por unanimidad y enseguida se impuso un único nombre: Haik. Ese muchacho, resuelto, de aspecto sombrío, con miembros de acero, dotado de una increíble elasticidad, era el mensajero ideal. Era el único a quien podía considerarse. Nadie entre los campesinos poseía su ciega intimidad con la tierra, en esos ojos de ave de rapiña, esa nariz de tejón, ese oído digno de un ratón y esa elasticidad de serpiente. Si alguno debía realizar la peligrosa expedición a Alepo, no podría ser otro más que Haik.

Pero cuando Ter Haigassun, desde la primera grada del altar, anunció que la elección recaía en Haik, se produjo una desagradable escena cuyo actor principal fue Esteban. El rostro de Gabriel se contrajo de ira cuando vio a su hijo desprenderse del grupo de voluntarios y plantarse insolente ante él. Hasta ese momento nunca antes había notado esa desagradable precocidad en su hijo; su fiel retrato mostraba un claro abandono no sólo físico sino también espiritual. Esteban mostraba los dientes como un animal rabioso.

—¿Por qué Haik solo? Yo también quiero ir a Alepo…

Gabriel Bagradian, sin contestar, hizo con la mano un gesto

brusco e imperioso para imponerle silencio. Pero el niño intratable continuaba protestando tan alto que se podía oír en toda la plaza:

—¿Por qué Haik y no yo, papá? ¡Sí, yo también iré a Alepo!

Semejante rebeldía de un hijo ante su padre era algo inaudito entre los armenios, que ni siquiera podían excusar estas circunstancias extraordinarias, ni la heroica ambición del muchacho.

Ter Haigassun levantó la cabeza con impaciencia.

—¡Corrija a su hijo, Gabriel Bagradian!

El pastor Aram Tomasian, que desde sus experiencias en Zeitun sabía cómo conducirse con la juventud rebelde, trató de calmar a Esteban.

—El consejo de jefes ha decidido que sólo un mensajero irá a Alepo. Por otra parte, tú eres lo bastante grande e inteligente para saber lo que significa para todos una decisión del consejo de jefes. Obedecer y callar. ¿No es así?

El conquistador de los obuses no se dejaba vencer por la ley ni la constitución, y la presencia de tantas personalidades no atenuaba en absoluto la insolencia de sus reivindicaciones. Continuó dirigiéndose a su padre:

—Haik es sólo tres meses mayor que yo. Y ni siquiera sabe francés; *mister* Jackson no lo comprenderá. ¡Y lo que Haik puede hacer, yo también puedo!

Entonces Gabriel Bagradian no pudo contenerse. Impaciente, avanzó un paso hacia Esteban.

—¿Qué puedes tú? ¡Absolutamente nada! No eres más que un europeo debilucho, un niño mimado, habituado a las grandes ciudades. Te cazarían como a un gato ciego. ¡Vamos, retírate de aquí! ¡Anda con tu madre! No quiero verte más, si no…

Estas palabras tocaron la parte sensible de Esteban. Lo hundieron públicamente desde esa cumbre que había alcanzado con tanta dificultad. Así es que todas sus hazañas habían sido inútiles: la expedición a las huertas, el robo de la biblia de Iskuhi y la heroica conquista de los cañones que casi le valió el título de *Elleon*. De golpe, Esteban comprendió que ninguna acción queda para la eternidad, que detrás de toda gloria se esconde una vengativa

infidelidad, y que siempre, siempre hay que volver a empezar. Calló de súbito. Su piel tostada estaba abochornada. Miraba a Iskuhi con ojos desmesurados, como si acabase de descubrirla. Le pareció que evitaba su mirada con gesto severo y desaprobador. Iskuhi, hostil testigo de su derrota, ¡era demasiado! De repente Esteban rompió a llorar, no como un hombre casi adulto, no como extraordinario tirador ni como conquistador de dos cañones enemigos, sino como un niñito que se consideraba injustamente tratado. Pero estos sollozos no despertaron ninguna simpatía entre los asistentes; más bien al contrario, disfrutaban con el mal ajeno. Era un sentimiento bastante complejo el que experimentaban no sólo los camaradas de Esteban, sino también los notables, y no sólo lo dirigían a Bagradian hijo, sino también, por oscuras razones, al propio Gabriel Bagradian.

Las profundas relaciones entre los humanos no se modifican casi nunca. Y las relaciones fundamentales entre Bagradian y los indígenas del valle, a pesar de todos los triunfos, a pesar de la admiración de los armenios, su agradecimiento, el respeto, se resumían siempre en esta fórmula: «No eres de los nuestros». Para que este sentimiento estallara, sólo faltaba una ocasión como ésta. Esteban reprimió inmediatamente su pena y su llanto. Pero esta exteriorización de su dolor bastó para provocar sarcasmos sin fin entre sus camaradas de la pandilla de Haik y de otros grupos. Sólo Haik permanecía serio, concentrado, como si este incidente no le incumbiera. A Esteban no le quedaba más que alejarse con paso gacho. Gabriel Bagradian, sin decir palabra, seguía con la vista a su hijo. Su cólera había desaparecido completamente. Recordaba la vieja carta escrita en Montreux por su niño y este recuerdo le trastornaba. Esteban, bien vestido, la cabeza inclinada por encima del papel en una actitud infantil, ocupado en trazar grandes letras. De nuevo sintió oprimírsele el corazón con el recuerdo de mil detalles vividos que jamás volverían. «Esteban ya es grande», pensó. «En noviembre tendrá catorce años». Pero enseguida estas palabras «tendrá» y «noviembre» se le presentaron como sarcásticas utopías. Tuvo un presentimiento sobrecogedor: algo irreparable había

sucedido. Gabriel Bagradian se dirigió a la plaza de las tres tiendas para hablar una vez más a su hijo. Pero no encontró a Esteban ni a Julieta. En la tienda del *sheik*, Gabriel se cambió de ropa. Entonces observó que faltaba una de las medallas que le regaló el agá Rifaat Bereket. Era una moneda de oro en la cual se destacaba en relieve la cabeza de Achot Bagratouni, el gran rey armenio. Varias veces vació sus bolsillos. La moneda de oro no apareció.

Para desgracia de todos sucedió que la instalación de los turcos y árabes en las aldeas puso fin a la doble vida vagabunda de Sato. Y ahora, el gran incendio de la montaña le impedía aproximarse a sus misteriosos senderos y a sus escondites familiares. Además, estaba más que nunca en malas relaciones con la juventud de las aldeas. Desde hacía algunos días, no obstante la resistencia de los profesores, Ter Haigassun había ordenado que se recomenzaran las clases en la escuela. Pero por el momento, ni siquiera el maestro más tiránico, Hrand Oskanian, conseguía restablecer el silencio habitual durante las lecciones cuando Sato estaba sentada en medio de los niños. «¡Apestosa, apestosa!», chillaba el coro desordenado apenas la vagabunda aparecía en la plaza de la escuela. Es una tendencia incorregible e indestructible en el hombre ejercer sin compasión, en cada oportunidad, la eterna necesidad de hacerse valer a expensas de los débiles, de los pobres inválidos y de los extranjeros. Este deseo de rebajar a los demás y la reacción vengativa que hace nacer, son las palabras capitales de la historia mundial que el gastado abrigo de cualquier idea política no consigue disimular. Así es como allá arriba, en aquel último refugio de los oprimidos, la huérfana Sato, de dudoso origen, ofrecía a aquellos niños la ocasión deseada de sentirse superiores por la educación y la cultura. Durante una clase bajo la dirección de Iskuhi, las risas sarcásticas tomaron tales proporciones, que la misma maestra, sin ocultar su propia repulsión, expulsó al objeto del odio general.

—Vete, Sato, y hazme el favor de no regresar jamás.

Hasta entonces Sato se había mantenido firme contra toda la horda con esa obstinada indiferencia que la hacía insensible a las afrentas. Pero ahora que su *Kutchuk Hanum*, la damita adorada,

también pasaba al bando enemigo y la echaba, Sato estaba obligada a obedecer. Vestida siempre con su traje imperio de corte europeo y mangas anchas que ahora, roto y sucio, le daba un aspecto grotesco, Sato se alejó arrastrando los pies. Pero no fue más allá del próximo arbusto donde se escondió alerta, semejante al chacal que devora con su mirad hambrienta el campamento de una caravana.

Sato no era tan pobre como se creía. Ella también poseía un universo independiente. Por ejemplo, comprendía perfectamente a las bestias que encontraba en su vagabundeo. Sabía tratar con precaución a los animales y los halagaba con palabras dulces y comprensivas. Con mano insensible a las picadas, cogía al erizo enrollado y le cuchicheaba palabras secretas hasta que la pequeña esfera se desenrollaba mostrando un hocico puntiagudo y ojitos vivos y astutos como los de un vendedor de bazar, que rápidamente examinaban a la muchacha. Sato, que siempre parecía tener la boca llena cuando hablaba, conocía todos los reclamos para atraer a los pájaros. Pero cuidadosamente ocultaba su ciencia por temor a que la perjudicara en el orden social. Comprendía tan bien como el de las bestias el lenguaje de las locas que vivían en los alrededores del cementerio de Yoghonoluk. No se daba cuenta en ningún momento de que esas mujeres hablaban de otro modo que los seres razonables. Los animalillos, las locas y tal vez los mendigos ciegos componían el universo de Sato, de donde extraía ese sentimiento de superioridad que otorga seguridad y que cada humano necesita para vivir. Sin duda adoptaba hacia Nunik, Wanuk y Manuchak una actitud de sirviente respetuosa. Pero la evolución de los acontecimientos había cortado radicalmente sus relaciones. Las exploraciones dentro de los límites de la defensa resultaban infructuosas y desprovistas de encanto. Sato, siempre agitada pero sin ocupación, descubrió poco a poco un nuevo terreno de distracción: ¡espiar a los mayores! Con su olfato refinado, que desafiaba todos los conocimientos escolares, descubría cuánto había de desalmado, de animal, de mendigo, de ávido y torcido entre los adultos. Sentía crecer la hierba como aquel peligroso sentimiento cuya existencia en el mundo casi ignoraba por completo. Sin saberlo, se sentía atraída por un imán de curiosidad

espiadora hacia cuanto era contrario al orden moral.

Por consiguiente, nada sorprendente tenía el hecho de que Sato supiera lo que había sucedido entre Gonzaga y Julieta. El excitante presentimiento de una catástrofe la invadía por completo. Los desheredados conocen bien este amor por las catástrofes, esa dulce esperanza del fin de mundo que constituye uno de los motivos esenciales de los pequeños escándalos y de las grandes revoluciones. Sato estaba detrás de la pareja. Julieta y Gonzaga eran para ella, con Bagradian, los seres más brillantes que encontrara en su vida. No le inspiraban el odio que sienten los malos criados hacia sus amos, sino la ardiente curiosidad del primitivo por aquello que le parece sobrenatural.

Sato descubrió pronto los rincones secretos de la «Riviera» escondidos detrás de los rododendros y los mirtos. Inundada de placer, deslizaba sin ruido su rostro a través de los arbustos. Sus ojos deslumbrados se regalaban con el espectáculo que le proporcionaban los dioses. La distinguida señora, la *hanum* del país de los francos, la criatura siempre perfumada, la gran señora, estaba ahora allí; el cabello desordenado, apretada la superficie inerte de su rostro con labios ávidos y muy abiertos contra el rostro impasible del hombre que con la mirada velada, pero atenta, gozaba primero con este regalo antes de poseerlo. Sato veía con un estremecimiento de placer cómo las manos largas y delgadas de Gonzaga tocaban la blanca espalda y los senos de la *hanum*, como las manos omniscientes de los ciegos tocadores de *tar*.

Sato vio lo que había que ver. Pero también vio lo que no era visible. Hacía tiempo que los profesores habían renunciado a instruirla. Ni el alfabeto ni la tabla de multiplicaciones podían entrar en el cerebro poco ejercitado de esta extraña criatura, pero sí estaba lleno de imágenes desordenadas. Evidentemente Sato estaba retrasada para su edad, porque su sagacidad y un sentimiento extraordinariamente desarrollado de orientación habían absorbido en ella todas sus facultades intelectuales. Disimulada detrás de los mirtos y rododendros, no sólo se complacía con este espectáculo de perturbador encanto, sino que adivinaba a través de esta visión el

desmoronamiento interior de la *hanum* y la firmeza de Gonzaga. Su espíritu nada sabía, pero todo lo sabía su instinto.

Sato no habría tenido ninguna razón para abreviar prematuramente su placer de espectadora si cierta molestia que atañía a su único sentimiento más o menos tierno no se hubiera mezclado en esto. Tampoco pasó mucho tiempo sin que su refinado olfato descubriera a la otra pareja. Ésta no ofrecía espectáculos ni poseía escondites para dar libre curso a su pasión. Jamás desaparecía en los laberintos de malezas hacia el lado del mar; prefería las colinas o las ondulaciones cubiertas de pasto de la meseta superior. Era difícil seguir a esos dos sin ser descubierta. Pero Sato poseía la facultad de hacerse invisible. En ese sentido era aún superior al maestro, Haik. Esta pareja no le proporcionaba escenas encantadoras y variadas. Pero los besos no dados entre Gabriel e Iskuhi quemaban más profundamente el alma de Sato que los abrazos apasionados de Gonzaga y Julieta. Cuando sólo se tomaban de las manos, mirándose por un instante para luego, conmovidos, apartar la mirada, esta unión delicada le parecía a Sato más intensa y excitante que la otra. Ante todo, la intimidad de Iskuhi y Gabriel le era odiosa y llenaba de tristeza a Sato.

Su memoria, embustera, le representaba un pasado dorado. La institutriz del orfanato de Zeitun, ¿acaso no había sido siempre buena e indulgente con Sato? ¿Acaso no había dicho a menudo, «mi querida Sato»? ¿Acaso no había permitido a su Sato sentarse a sus pies y acariciarlos? ¿Quién, entonces, sino este *Effendi* era el culpable de su transformación y la había empujado a poner fin tan duramente a sus deliciosas relaciones? Entonces, ¿quién sino este *Effendi* había hecho a Iskuhi lo suficientemente cruel como para decirle con maldad a Sato, cuando ésta iba hacia ella con su corazón amante: «Vete, Sato, y hazme el favor de no regresar jamás»?

La vagabunda melancólica buscaba un rincón tranquilo para reflexionar. Pero el pensar y hacer proyectos no era precisamente una tarea adecuada para Sato. No podía sino evocar fugitivas y estremecerse bajo el efecto momentáneo de bruscas sensaciones, y éstas no tenían en absoluto necesidad de la colaboración de una idea

organizadora. Trabajaban, tal como eran, en vista de un propósito preciso e hilaban la trama de una venganza cuyo autor ignoraba casi todo.

Julieta buscaba a Gabriel. Gabriel buscaba a Julieta.

Se encontraron entre la plaza de las tres tiendas y el desfiladero norte.

—Te buscaba, Gabriel —le dijo ella, y él por su parte repitió la misma frase.

La confusión y el abandono habían terminado su obra. ¿Qué quedaba del «paso centelleante» de Julieta? Caminaba como una mujer que se manda con un mensaje preciso y difícil. Y, en realidad, ése era el caso. Gonzaga la había enviado a decir por fin la verdad a su marido y revelarle su intención, pues había llegado el día de la separación. ¿Me he vuelto corta de vista?, se preguntaba. Veo tan mal… Se extrañaba de ver descender en esta tarde de verano un crepúsculo de noviembre. ¿Sería el humo que se extendía sobre el Damlajik desde el incendio del bosque? ¿O sería más bien aquel otro tupido velo que ensombrecía su conciencia y se espesaba cada día más? Se extrañaba de sentir la imagen de Gonzaga ridículamente irreal en su recuerdo, ahora que se hallaba frente a Gabriel. También se extrañaba al pensar que ese Gonzaga quisiera cargar con ella.

Todo le parecía infinitamente lejano y raro. Su liga se había desprendido y su media se deslizaba por encima de su rodilla. Era una sensación que no podía tolerar. Y, sin embargo, no se movía. «Ni siquiera tengo fuerzas para agacharme», observó de repente, «y esta noche voy a descender hacia Suedja por entre las rocas». Luego se lanzó a una conversación de las más extrañas con su marido, conversación que terminó disolviéndose en la nada. Julieta empezó así:

—Me he reprochado mucho no haber estado a tu lado durante estos últimos días. Has pasado momentos muy duros, has realizado grandes cosas y has estado continuamente en peligro… ¡Oh!, me estoy portando vergonzosamente contigo, amigo mío…

Algunas semanas antes, semejante acto de contricción aún habría conmovido a Gabriel. Pero ahora su respuesta no fue sino un conjunto de términos convencionales:

—Yo también, Julieta, me he reprochado mi actitud hacia ti. Debería preocuparme más de mi mujer. Pero, créeme, en este último tiempo me ha sido verdaderamente imposible pensar en ti.

Era una gran verdad, llena de doble sentido. Debería haber dado a Julieta el valor de la franqueza. Sin embargo, ella se apresuró a excusar a su marido.

—Es natural. Comprendo que tenías otras cosas en que pensar, Gabriel.

Él continuó por este camino peligroso.

—Felizmente, siempre sabía que no estabas sola ni abandonada, de lo cual me alegraba.

Este diálogo inerte, muerto en apariencia, había llegado a un punto que dejaba el horizonte libre por todos lados. Se le ofrecía a Julieta la ocasión de hablar libremente, diciendo: «Gabriel, yo soy la única extraña aquí. El destino armenio ha sido más fuerte que nuestra unión. Se me ofrece ahora el último medio de escapar a esta fatalidad. Tú mismo lo has deseado cien veces, y a menudo me has propuesto salvarme. Esperaba tener la fuerza de soportar hasta el final, pero no tengo esa fuerza y jamás podré tenerla, porque tu lucha no es la mía. ¡Déjame ir! ¡Ya no es a ti a quien pertenezco, sino a otro!». Pero ninguna de estas palabras tan simples y naturales salió de los labios de Julieta. Siempre engañada por la vanidosa convicción de que en su matrimonio ella era la mitad más generosa y más valiosa, estaba convencida de que su confesión hubiera sido un golpe fatal para Gabriel. ¿Podría suponer que él tal vez le hubiera contestado con voz benévola: «Te comprendo, querida. Aunque deba morir no tengo el derecho de retenerte. Haré por ti cuanto pueda. Hasta me separaré de Esteban, si lo deseas, para que puedas salvarlo. Te amo y te amaré hasta el último instante, aunque yo ya no te pertenezca a ti, sino a otra»? En esos minutos todo podría haberse resuelto con esta límpida claridad, con la ayuda de un poco de sinceridad, si la situación no hubiera estado ya demasiado

embrollada para admitir una rápida solución. Julieta no sabía de Gabriel más de lo que él sabía de ella; y tampoco sabía si amaba verdaderamente a Gonzaga, y Gabriel tampoco sabía si era amor y qué clase de amor lo que le unía a Iskuhi. El pasado religioso y burgués de Julieta se rebelaba ante la idea de una felicidad culpable; experimentaba por varias razones cierta desconfianza hacia Gonzaga, tan impenetrable a pesar de su exterior transparente, y entre otros motivos, porque era tres años menor que ella. En París hubiera encontrado una forma tradicional para todo, pero aquí, en los fantásticos contornos del Damlajik, le pesaba la certeza de su bajeza. Ésta era una pequeña parte de sus complicaciones. Durante algunos minutos había estado totalmente decidida a abandonar esa noche la montaña en compañía de Gonzaga y esperar el vapor en la destilería. Pero un instante después este pensamiento le había parecido ridículamente irrealizable. Se necesitaba tener un carácter intrépido y decidido para lanzarse resueltamente a una aventura, aun sabiendo que por ella se escapaba de la muerte. ¿No era acaso más prudente esperar tranquilamente su destino en el Musa Dagh, que verse de repente abandonada en pleno Beirut? La idea de la escala nocturna, de la marcha peligrosa a través del llano del Oronte poblado de musulmanes, de la travesía en medio de los toneles de alcohol, de torpedos amenazadores, en fin, la idea de todos los peligros y fatigas que la aguardaban, se confundía con un sentimiento de las conveniencias, sentimiento bastante ridículo dadas las condiciones: «No es una situación para mí», se repetía. Pero, ¿qué significaba todo eso en comparación con el dolor que sufriría a causa de Esteban? Ahora evitaba ver a su hijo. No se preocupaba de la alimentación ni de la limpieza de Esteban. Ni siquiera por la noche iba, según la sagrada costumbre maternal, a darle las buenas noches a su cama bajo la tienda del jeque y ver si estaba bien acostado. Todas estas negligencias se sumaban para infundirle el sentimiento de culpabilidad que pesaba enormemente sobre su alma. Y con esta carga moral había llegado hasta Gabriel para hablarle francamente y despedirse de él.

Marido y mujer se miraban. El marido veía un rostro afeado por

las vigilias, que le pareció envejecido. Hasta creía distinguir en sus sienes un reflejo cano. También le llamaba la atención la mirada febril de Julieta, su boca más grande, sus labios más gruesos y partidos. Y aunque hacía un instante había estado tentado de hablarle de Iskuhi renunció a ello, pues ¿para qué? ¿Cuántos días les quedaban por delante?

Y la mujer veía un rostro surcado de arrugas, con líneas y rasgos extrañamente amontonados dentro de un marco velludo, esa barba que ella no podía soportar. Cada vez que veía ese rostro, no podía dejar de preguntarse: «¿Cómo es posible que este oriental salvaje, este jefe de banda, sea Gabriel Bagradian?». Sin embargo, la voz era de Gabriel. Y precisamente a causa de esta voz familiar, ella no había podido ser sincera. Oía voces que le cuchicheaban: «Me quedaré, me iré, me quedaré, me iré», pero su espíritu suspiraba: «¡Ah, si todo hubiera acabado ya!».

La conversación abandonó ese terreno peligroso. Gabriel describía a Julieta los felices pronósticos que hacían para los días siguientes. Probablemente disfrutarían de un largo periodo de tranquilidad. Una vez más insistió en el consejo del doctor Altouni, aquel buen psicólogo: ¡permanecer en cama y leer, leer, leer! Una nube de humo del gran incendio pasó perezosamente ante sus ojos. Tuvieron que atravesar este nubarrón acre impregnado de olor a madera. Gabriel se detuvo: «¡Qué olor a resina!… Este incendio es ventajoso por varias razones. Y precisamente a causa de este humo, que tiene sin duda un efecto desinfectante. Desgraciadamente, hay veinte personas en el bosque por la epidemia que les ha contagiado ese maldito desertor de Alepo…».

No podía hablar sino de temas de interés público. En su indiferencia nada adivinaba de lo que ella ocultaba en su silencio. «Me iré, me iré», le repetían al oído los confusos zumbidos cual una marea. Cuando llegaron al centro del nubarrón de humo, Julieta palideció y vaciló hasta tal punto, que él tuvo que sostenerla. Los brazos de su marido, cuyo abrazo le era tan familiar, le causaron una impresión de tortura; volvió el rostro sobresaltada.

—Discúlpame, Gabriel, pero creo que voy a enfermarme, o más

bien, ya lo estoy…

Gonzaga Maris esperaba a Julieta en el lugar convenido de la «Riviera». Fumaba con cuidado y fruición su medio cigarrillo, sin que nada se perdiera. Como buen ahorrador que era, aún le quedaban 22 cigarrillos. Además no tiraba las colillas sino que las conservaba para alimentar su pipa. Como la mayoría de las personas acostumbradas a una vida modesta o a internados baratos, y que a pesar de sus gustos lujosos jamas han tenido más de dos trajes a la vez, Gonzaga trataba todas las cosas con fanáticas precauciones y apuraba sus bienes hasta el último extremo, hasta el último bocado, hasta la última gota.

Cuando Julieta llegó hasta él con un paso extrañamente incierto, él se levantó de un salto, como siempre. La galantería de sus modales hacia la mujer amada no había sido modificada por la posesión. Y la expresión atenta de sus ojos bajo sus cejas era la misma, aunque al reflejo de incorruptible crítica le añadía ahora un tinte de severidad. Inmediatamente se dio cuenta de su derrota.

—¿Hoy tampoco hablaste?

Ella se sentó a su lado sin contestar. Pero, ¿qué le pasaba ahora a sus ojos? Aun desde muy cerca todo se velaba ante su vista como en una silenciosa tempestad, o como a través de una cortina de lluvia. Y cuando ésta se rompía, veía surgir palmeras desde el fondo del mar. Camellos ofendidos con las cabezas altas en fila de a uno sobre las olas. Jamás había estado tan fuerte y cercano el ruido de la rompiente allá abajo contra las rocas. Así que la voz de Gonzaga le parecía llegar desde muy lejos.

—¡Eso de nada sirve, Julieta! Has tenido varios días de tiempo. El vapor no nos esperará y el director no nos ayudará una segunda vez. Esta noche es cuando debemos partir. En fin, ¡sé, pues, razonable!

Ella se oprimió el pecho con los puños y se inclinó hacia adelante, como para contener un dolor convulsivo.

—¿Por qué me hablas en un tono tan frío, Gonzaga? ¿Por qué no me miras? ¡Mírame!

Él hizo lo contrario y miró a lo lejos, al horizonte, para hacerle

sentir a Julieta su descontento.

—Siempre creí que eras una mujer voluntariosa y valiente, y en absoluto sentimental…

—¿Yo? Ya no soy la que era. Estoy muerta. Deja que me quede aquí. ¡Vete solo!

Ella esperaba una protesta. Pero él permanecía mudo. Este silencio, con el que tan fácilmente la abandonaba, le resultó intolerable. Pronto murmuró con humildad:

—Me iré contigo… Esta noche…

—Ahora debes dominarte, Julieta, vencer tus remordimientos, así como todos los demás obstáculos. Hazlo de golpe, es la mejor manera. No hay otra solución, Gabriel Bagradian debe ser informado de cualquier modo. No te digo que le hagas interminables confesiones. Pero ésta es la ocasión y no habrá otra. Eso basta para explicarlo todo. No tienes derecho a desaparecer sin justificarte. Aunque esto sea una inconcebible falta de delicadeza, ¿con qué piensas vivir?, ¿has pensado en eso?

Y con toda la calma y seguridad que poseía, trató de convencerla de que Gabriel Bagradian tomaría todas las medidas necesarias que tuviera aún en su poder, para asegurar la vida de su mujer, por lo menos durante el futuro más cercano. En apariencia no había especulación o brutalidad en sus palabras, aunque basara su razonamiento en la inevitable muerte de Gabriel, y tal vez la de Esteban también. (Respecto al hijo de Julieta, hasta estaba dispuesto, si ella no podía prescindir de él, a llevar esta carga suplementaria que no dejaría de aumentar las dificultades de la fuga). Al final empezó a impacientarse, pues las últimas horas transcurrían irremediablemente. Si tan sólo Julieta fuera capaz de pensar lógicamente, no habría podido sino aprobar la exactitud y previsión de los razonamientos de Gonzaga. Desde hacía algunos días, unas palabras que había oído y pensado se habían fijado en su mente y no podía borrarlas. Otra vez volvía a oír: «¿Con qué piensas vivir?». Las palabras «con qué» empezaron a girar metálicamente en su cerebro, como cuando en un gramófono la aguja se engancha en una estría, tocando lo mismo hasta volverle a uno loco. Una

humedad incomprensible emanaba del suelo, como si estuviera sentada al borde de un pantano. Después ella misma se vio convertida en un máquina que repetía: «¿Cómo voy a vivir?, ¿Cómo voy a vivir? ¿En Beirut? ¿Y para qué?».

Gonzaga sintió compasión por Julieta, a quien imaginaba torturada por los remordimientos. Quiso ayudarla.

—No te lo tomes todo tan a lo trágico, Julieta. ¡Trata de no ver en ello sino tu propia salvación! Si quieres, me quedaré contigo; si no quieres, te dejaré…

En ese instante y sin razón aparente volvió a ver en pensamientos al joven desertor enfermo, sobre cuyo pecho se reclinara algunos días antes en un ímpetu de desesperada exaltación, a pesar de la costra de mugre y las manchas rojas que lo cubrían. Luego, quería visitar a su madre, que vivía en el hotel. Se vio en un largo corredor con cientos de puertas, pero ella no sabía cuál era la suya… La voz de Gonzaga se hacía dulce y tierna. Ejercía sobre Julieta una acción bienhechora.

—Permaneceré a tu lado.

—¿Permanecer a mi lado…? Y ahora, ¿lo estás en verdad?

Con afabilidad desvió la conversación hacia un terreno más positivo:

—¡Escúchame bien, Julieta! Esta noche te esperaré aquí. Has de estar lista a las diez. Si tú me necesitas antes o si, como supongo, Bagradian quisiera hablar conmigo, en ese caso, manda a buscarme. Yo te ayudaré. Puedes llevar una maleta sin temor. Podré cargar con ella. Trata de hacer una elección sensata entre tus cosas. Desde luego, en Beirut encontrarás cuanto necesites.

Ella se esforzaba por comprenderlo. Como un niño repetía las órdenes recibidas.

—Esta noche a las diez… Traerás una maleta… En Beirut se encontrará de todo… ¿Y tú…? ¿Cuánto tiempo permanecerás conmigo…?

Las desordenadas palabras de Julieta en esta hora decisiva ponían a prueba su tranquilidad.

—Julieta, aborrezco emplear palabras tales como «siempre» y

«eternamente».

Ella le miraba maravillada. Su rostro ardía. Su boca entreabierta se ofrecía. Sentía la impresión de haber traspasado la puerta que buscaba. Gonzaga estaba sentado al piano y tocaba para ella la melodía de la noche precedente a la llegada de los *saptiehs*. En ese momento él mismo había dicho: «Sólo existe el ahora, y nada más». Una profunda serenidad la inundó: «No, no digas "siempre" ni "eternamente". Piensa en el momento presente…».

Ahora, con indescriptible nitidez, comprendía que sólo existía el momento presente y que la noche, el vapor, la maleta, Beirut y su resolución ya no tenían la menor importancia; la aguardaba ahora una inexpugnable soledad; soledad que ni Gonzaga, ni Gabriel podían penetrar; la soledad plena de volver a casa y que ponía fin a todos los problemas. Esta felicidad la henchía de nuevas energías. Gonzaga, sorprendido, ya no veía en ella a una mujer desorientada y abatida; volvía a ser la gran dama de Yoghonoluk, y más hermosa que antaño.

La fruta deseada, cuya madurez había esperado con paciencia despreciando a la misma muerte, le parecía más fresca y cercana que nunca. Tomó a Julieta en sus brazos como la primera vez. Su cabeza se tambaleaba de un modo extraño, pero él no puso atención a eso, y las palabras sin sentido que ella parecía murmurar en su pasión, pasaron de largo ante sus oídos.

Antes de que los hombres entraran en su campo de visión, Sato todavía no sabía lo que pasarías. Ella estaba de guardia a poca distancia de la adúltera, pero se sentía demasiado triste y huraña para deslizarse entre los arbustos y observar a la pareja. ¡Si por lo menos pudiera disfrutar de su excitante descubrimiento! ¡Lo satisfecha y agradecida y en deuda que estaría con ella la vieja Nunik por ello! Pero Sato estaba presa. Sato ya no podía llevar mensajes de la montaña al valle y del valle a la montaña. Y por eso el único sentimiento que la poseía, los celos, todavía la lastimaban más. ¡Separar a Iskuhi del *Effendi*! ¡Causarle algún mal al *Effendi*! Estaba

tendida en el suelo, las rodillas encogidas y la mirada clavada en el cielo ahumado.

Sucedió que un grupo de hombres se acercaba lentamente a este lugar. Sato reconoció a las principales personalidades del consejo de jefes: Ter Haigassun, Bagradian *Effendi*, el pastor Aram, detrás de ellos, el instructor Oskanian, Tomás Kebussjan y el deán de la aldea de Bitias. Los elegidos habían tenido una corta sesión, pero de las más graves, porque parecían estar sumamente preocupados. Los víveres, es decir, el ganado, no disminuía en las proporciones previstas, sino según las leyes ignotas de un indomable progreso que aumentaba a medida que se reducía el trabajo. Sin cesar se hacían restricciones en las raciones cotidianas sin poder detener el desastre que acarrea la mala alimentación. A pesar de la reiterada insistencia de Aram Tomasian, los preparativos del material de pesca no daban ningún resultado. La situación alimenticia ofrecía un pésimo aspecto. Por otra parte, la fiebre contagiosa tomaba un giro inquietante. Cuatro enfermos habían muerto de la epidemia la víspera en el bosquecillo. Bedros Hekim ya no podía sino arrastrarse con gran dificultad sobre sus viejas piernas curvadas por la edad. Había dentro y fuera del hospital más de cincuenta heridos, y otros tantos en las cabañas. Ninguno tenía suficientes vendas, ni medicamentos apropiados; estaban entregados a Dios y a ellos mismos. Pero lo peor era el religioso descontento que, como una inesperada consecuencia, se había apoderado de los armenios. Varias circunstancias contribuían a favorecer su desarrollo: el insoportable calor provocado por el incendio, el extraño catarro que propagaba el humo, el agotamiento, la alimentación carnívora, demasiado débil y monótona; pero en realidad la causa profunda del descontento consistía en que todo aquello hacía que semejante vida resultase insoportable para todos. Durante los últimos días, fuera del incidente Kilikian, se habían producido numerosas riñas, de las cuales varias habían terminado a cuchilladas. Estos diversos motivos eran los que incitaban a los responsables a dirigir más que nunca sus miradas hacia la pendiente del Damlajik expuesta al mar. Ya sabemos que sobre la terraza situada fuera de todo peligro flameaba

una gran bandera con esta inscripción: «Cristianos en peligro». Dos observadores de las pandillas juveniles eran los encargados de espiar el paso de algún barco. Parecía probable que uno u otro de estos muchachos poco conscientes no hubiera divisado uno o varios navíos, pero lo llamativo es que hasta entonces no habían anunciado ni siquiera una embarcación de pesca, de las que precisamente en este mes de agosto abundan en la bahía de Suedja. ¿Permitía Dios realmente que el infinito mar se extendiera, sólo para que los armenios del Musa Dagh perdiesen hasta la última esperanza? El consejo de jefes había decidido reforzar y modificar el grupo de vigías junto al mar. En adelante, esos puestos sobre la terraza serían ocupados por adultos. Además se establecería un segundo observatorio sobre un punto más occidental en forma de cabo, para lo cual los dirigentes habían salido en esta dirección.

El pasto corto que cubría el suelo amortiguaba los pasos, de manera que Sato no oyó llegar a los silenciosos hombres. Cuando dio la vuelta, ya estaban muy cerca. Sato se levantó balanceando el cuerpo —algo se le ocurrió—, y se puso a hacer vivas señas a los que venían. Al principio los hombres no repararon en ella; siempre provocaba la misma reacción. Por todas partes donde se presentara Sato, las miradas se hacían hostiles y se apartaban de ella con una repugnancia púdica y severa. Todos experimentaban el mismo sentimiento respecto a Sato: se la consideraba una «intocable», paria, aunque para los cristianos todas las criaturas tuvieran el mismo valor ante Dios, sea cual fuere su nacimiento. También ahora, estos hombres graves, sobrecargados de preocupaciones, pasaban tranquilamente ante la gesticulante, como si no la vieran. Sin embargo, el último del cortejo, el *mouchtar* Tomás Kebussjan, se detuvo de repente y se volvió hacia Sato. Los otros, extrañados al verlo, se detuvieron también para observar con mirada desdeñosa las señales que hacía la muchacha. Los jefes examinaban con creciente curiosidad a aquel ser repugnante que parecía agitarse como una verdadera poseída bajo la influencia de una fuerza impura. Sato guiñaba los ojos; sus delgadas piernas se movían bajo el traje; hacía muecas con su boca como un sordomudo, lanzando sonidos

indefinidos, mientras sus manos, semejando remos, indicaban continuamente hacia los arbustos floridos y el mar. La sugestión que se desprendía de su actitud terminó por vencer la resistencia de los hombres. Se acercaron a Sato y Ter Haigassun le preguntó de mala gana por lo que sucedía de extraordinario. El rostro amarillento de gitana se contrajo. Se puso a guiñar desesperadamente para hacer comprender que le era imposible contestar, pero repetía con mayor viveza sus indicaciones exaltadas hacia el lado del mar. Los hombres se miraron intrigados. El mismo pensamiento atravesó simultáneamente su espíritu y se preguntaron: ¿será un navío de guerra? Aunque tuvieran la menor relación posible con esta bastarda recogida, cada uno en el Damlajik sabía que Sato poseía una seguridad incomparable en cuanto a sus observaciones. Tal vez sus horribles ojos de lince habían descubierto en el lejano horizonte un indicio de humo que nadie sino ella era capaz de ver. Ter Haigassun la tocó ligeramente con su bastón y con tono seco le ordenó:

—¡Levántate! ¡Anda! ¡Muéstranos lo que sabes!

Se levantó orgullosa y corrió deteniéndose de vez en cuando para hacer señas a los hombres que la seguían; a veces se llevaba el dedo a la boca en un gesto suplicante para pedir que no hicieran el menor ruido. En efecto, como poseídos por una extraña sugestión, nadie se atrevía a despegar los labios. Todos caminaban de puntillas, estirando al unísono sus cuerpos, dejándose llevar por su guía misteriosa y por una profunda curiosidad. Pasaron frente a los arbustos, enseguida llegaron a otros cuyas hojas parecían de cuero; formaban un límite ancho y aislado sobre la pendiente abrupta de la costa. Se abrieron paso a través de este bosquecillo lleno de oscuridad y frescura. Por allí serpenteaba un arroyo que iba a caer desde lo alto del acantilado, formando una cascada finamente irisada.

Por aquí y allá, pinos o una roca cubierta de vegetación surgían de la maraña. Fuera de este detalle, nada recordaba allí la árida montaña sobre la cual se hallaban en realidad. En ciertos lugares, casi se tenía la impresión de estar en uno de esos laberintos artificialmente construidos en medio de un parque de alguna ciudad.

Durante las numerosas expediciones estratégicas que había practicado Gabriel Bagradian en el curso de la semana de preparación, apenas había conocido esta parte verdaderamente paradisíaca del Damlajik.

Pero a pesar de la refrescante belleza del lugar, caminaba al final del grupo a disgusto, con un incómodo pesar de piernas.

Sato había escogido un itinerario tan refinado a través de la complicada vegetación que, de súbito, sin poder prevenirlo, los hombres se encontraron en el rincón preferido de los amantes, un pequeño claro que miraba hacia el mar. Esta inesperada llegada causó el efecto de un golpe de mazo sobre Julieta y Gonzaga, que se creían más seguros que nunca. Se produjo entonces uno de esos momentos de infinito espanto que quienes como víctimas lo han vivido no pueden evocar, ni siquiera pasado mucho tiempo, sin experimentar el ardiente deseo de que jamás hubiese ocurrido. Gabriel llegó justo a tiempo para ver a Gonzaga Maris ponerse de pie, y en un cerrar y abrir de ojos corregir con habilidad el desorden de su ropa. Julieta, por el contrario, permanecía sentada en el suelo, inmóvil, la cabellera suelta y los dos hombros desnudos. Cuando los vio dejó caer sus crispadas manos sobre la hierba. Miraba fijamente a Gabriel como una ciega que no ve con los ojos, sino con sus demás sentidos. La escena se desarrolló sin una palabra y sin un gesto. Gonzaga, que se alejó algunos pasos, seguía la evolución con la sonrisa llena de complacencia y atención de un campeón de esgrima frente a su adversario. Los extraños y Ter Haigassun el primero, con el rostro petrificado, volvieron la espalda a la mujer como si les fuera imposible soportar por más tiempo su vergüenza. Los montañeses armenios que viven en el Cáucaso y en el Líbano son de una castidad implacable. La sangre ardiente se inclina siempre a la severidad; sólo la tibieza es indulgente. Ningún sacramento es superior al matrimonio entre estos cristianos, y por eso consideran con desprecio al islam, que se complace en una desordenada mezcla de mujeres. Estos hombres que desviaban sus miradas de esta infame visión, probablemente no hubieran detenido el brazo de Gabriel Bagradian, si éste hubiese solventado el asunto con un par

de disparos; ni siquiera se habría opuesto a ello Ter Haigassun, ni el pastor Tomasian a pesar de sus tres años de estudios en Suiza. Por el contrario, Hrand Oskanian se inclinó sobre su máuser. Se diría que el apático profesor dirigía el cañón contra su propia boca y que sus ojos no buscaban sino el medio más práctico de disparar. Tenía buenas razones para esbozar este gesto simbólico, pues la mujer había mancillado para siempre su único objeto de adoración. Largo rato esperaron las espaldas inaccesibles. Nada se produjo. No brotó disparo alguno de la pistola que llevaba Bagradian. Cuando un momento después volvieron sus cabezas hacia la realidad, vieron que Gabriel tendía sus manos a su mujer y la ayudaba a levantarse. Julieta trató de andar, pero sus piernas no la obedecieron. Entonces Gabriel la sostuvo por los codos y la condujo a través de los arbustos de mirtos como a un niño torpe.

Los hombres observaban la increíble escena con mirada desaprobadora. Luego, Ter Haigassun murmuró un par de breves palabras y, con paso lento, cada uno abandonó por su lado el lugar. Sato corrió tras el sacerdote, como si mereciera una recompensa de parte del padre del pueblo por la utilidad de sus servicios.

Ninguno se volvió para mirar al extranjero, que se quedó solo.

Un pueblo no puede dejar de tener un objeto de admiración para vivir, ni tampoco puede dejar de sentir odio. Desde hacía mucho tiempo había odio en la cañada del pueblo. Sólo se necesitaba un objeto contra el cual dirigirlo. ¿El odio contra los turcos y el Estado? Ése era sempiterno y por consiguiente existía lo mismo que el aire y el espacio; era una de esas condiciones indispensables para la vida y cuya presencia ni siquiera se nota.

¿El odio entre los vecinos más cercanos? ¿A quién podían bastarle estos pequeños altercados cotidianos? Ni siquiera a las vehementes comadres. Había que cavar otro lecho para todas estas corrientes de pasión negativa que se habían condensado en el corazón de la sociedad, a pesar de los sangrientos combates y las duras privaciones. Pero éste es uno de los secretos que determinan el

curso de la vida pública: la casualidad pone siempre a disposición de un descontento general y concentrado, un incidente destinado a satisfacerlo.

Antes de que los hombres abandonaran el lugar del vergonzoso acontecimiento, Ter Haigassun les había dirigido rápidamente algunas palabras para recomendarles severamente que mantuvieran en absoluto silencio aquello de que habían sido testigos, pues el sacerdote presentía las desagradables consecuencias del escándalo si éste llegaba a oídos del pueblo.

Al hacer esta advertencia, Ter Haigassun había contado con hombres, pero no con hombres casados. Pues bien, el *mouchtar* Tomás Kebussjan, a pesar de sus gestos grandiosos y su dignidad, no era el que llevaba los pantalones en el hogar precisamente. No podía guardarse para sí semejante noticia, sin compartirla con su briosa y cotilla señora. Apenas hubo oído *madame* Kebussjan el relato hasta el final, cuando, sofocada, echó sobre sus hombros su chal de seda para ir a ver a las otras *mouchtaresas*, las damas de la buena sociedad, por decirlo así, a quienes honraba con su protección. Sato se encargaba del resto. Ahora experimentaba un triple triunfo. Primero había causado al *Effendi* un daño del cual no se repondría tan pronto. Segundo, había adquirido de súbito el derecho de considerarse como un miembro de los más útiles y virtuosos del mundo organizado. Tercero, poseía un conocimiento de detalles atractivos y auténticos, gracias a lo que podía en adelante ocupar un puesto honorable en el grupo de las muchachas. Sobre esto era sobre lo que menos ilusiones se hacía. Al principio sólo atrajo a un par de las muchachas más desarrolladitas con sus chismes. Otras llegaron a aumentar el grupo de sus auditoras. Sato se complacía en alargar la excitante descripción con la maestría de un reportero profesional. Disfrutaba con el placer, hasta entonces desconocido, de ser el centro del interés público. Por último, también Esteban conoció la deshonra de su madre en los términos más groseros y con las más repulsivas imágenes. Al principio no comprendió el sentido de estas habladurías. Mamá era un ser demasiado sublime para que Sato y toda esta canalla pudiera realmente pensar en ella pronunciando un

nombre que era, sin embargo, el suyo. Mamá (como también lo fuera Iskuhi), era un ídolo, del cual era imposible evocar las piernas, los muslos, los hombros y el cuello, ni aun en la profundidad de la noche, sin experimentar un febril estremecimiento de sacrilegio. Esteban permanecía inmóvil, presa de un creciente trastorno, mientras la horda de muchachos lo agobiaba con sus risas crueles, fascinados, mientras Sato no cesaba de hacer nuevas descripciones, incapaz de poner término a su aturdidora charlatanería. Había perdido de repente su lenguaje incorrecto y su voz gutural y desarrollaba una consumada habilidad al referir su historia. Así como la fatalidad es un remedio religioso, el éxito sirve a menudo de remedio para el cuerpo y para el alma. La conciencia cada vez más acrecentada de su importancia liberaba a Sato por algunos minutos de su dificultad de expresión. Esteban callaba y sus grandes ojos se agrandaban aún más. Luego —en un segundo— se precipitó sobre la espía y le propinó en pleno rostro un golpe tan vigoroso que empezó a correr la sangre por la boca y el mentón de Sato. No la había herido gravemente. Sólo la nariz sangró un momento. Pero Sato lanzó gritos espantosos. Como todos los primitivos, era más cobarde y miedosa a la vista de la sangre que un civilizado. Se produjo un cambio favorable para Sato: el ser al margen de la sociedad, el chacal, la «hedionda» expulsada de la clase, se convirtió de súbito en el objeto de la simpatía y consideración generales. Voces hipócritas se alzaron: «Le pegó a una niña». De golpe estalló la antipatía por mucho tiempo reprimida contra los intrusos, los orgullosos, los semiarmenios. Se olvidó ese rango real que tácitamente se reconocía a los Bagradian cada vez que se rechazaba un ataque. El odio oriental hacia esta gente excepcional de aspecto pretencioso era siempre el mismo, en el fondo no había cambiado.

Los muchachos se lanzaron sobre Esteban violentamente y hubo un intercambio de golpes, que se transformó en una verdadera cacería hasta la cañada del pueblo y la plaza del altar. Hagop había tomado valientemente el partido de Esteban. Apoyado sobre su muleta, daba grandes saltos furiosos entre su amigo y los perseguidores. Haik no estaba allí para demostrar cuáles eran sus

verdaderos sentimientos hacia Esteban. El mensajero de Alepo pasaba las últimas horas en el Damlajik, solo con la viuda de Chuchik, su madre.

El hijo de Bagradian lograba zafarse de la horda agresora ya que sin duda era más grande y robusto que la mayoría de ellos. Cuando algunos lo alcanzaban, él se sacudía para desprenderse de ellos como un oso atacado por perros. Y si por casualidad pescaba alguno, lo echaba a tierra con un golpe tan fuerte, que el otro perdía por un momento el sentido. Esta persecución terminó por restablecer el respeto entre los cazadores y su presa. El grupo renunció a coger a Esteban, quien pudo ponerse a salvo. Experimentaba un violento deseo de ver a sus padres. Pero de repente, mientras se dirigía a la plaza de las tres tiendas, desvió su camino y se tendió sobre la hierba. Un dolor horrible le oprimía la garganta hasta sentirse estrangulado: no podía volver a casa.

La riña de los muchachos no hizo sino completar la obra que desde hacía rato iniciaran las *mouchtaresas* dirigidas por *madame* Kebussjan. Antes del crepúsculo, las aldeas ya conocían toda la historia, adornada de innumerables detalles encaminados a excitar la imaginación. Era la hora en que por razones atmosféricas el incendio del bosque producía el humo más denso. Sobre la cañada del pueblo, se podía ver en las nubes unas capas negruzcas portadoras de un humo resinoso que irritaba las mucosas pero también los corazones. Estornudar, sonarse o despejar la garganta constituía en tales momentos una verdadera tortura. Esto aumentaba la desesperación general. ¿Cómo? ¿Era posible? El pueblo del Musa Dagh, que dos días antes había escapado a la muerte, para caer tarde o temprano en su garra amenazadora, ¿cómo era posible que este pueblo se alterara tanto, a pesar de su situación desesperada, por un asunto que por lo demás se había desarrollado entre los extraños?

Semejante pregunta no tiene sino una única respuesta: precisamente porque se trataba de extraños, la envidia durante tanto tiempo alimentada aprovechó la oportunidad de manifestarse abiertamente. Durante los felices días en el valle en que Julieta

dirigía su casa en Yoghonoluk, o cuando como una amazona radiante pasaba por los caminos escabrosos del pueblo, se inclinaban ante la extranjera admirando precisamente lo extraño, lo inaccesible que había en ella. Pero los acontecimientos, la vida diferente del Musa Dagh, la supremacía de Gabriel Bagradian, lo habían cambiado todo. Julieta *hanum* ya no desempeñaba el papel de una francesa mezclada con armenios, sino que estaba ligada al pueblo, en vida y muerte, y le debía rendir cuentas. Gabriel podría hacer resaltar cien veces su condición y derechos especiales; aunque el sentimiento popular se lo concedía menos día a día. La reina, la esposa del rey en una monarquía, es siempre una extraña, aunque precisamente por eso se espera de ella mayor ejemplaridad.

Por eso Julieta no había cometido una falta únicamente contra su marido, sino también contra el pueblo entero, pues no había pecado con un armenio, sino al contrario, con el único extranjero que había en el campamento. Por extraño que pueda parecer, esta preferencia amorosa no la excusaba de ninguna manera; al revés, con ello demostraba una vez más esa actitud de aislamiento superior que tanto hería a los armenios.

Dos días después del combate más sangriento, que supuso el luto para un centenar de familias, grupos enteros, ultrajados en su virtud, estaban reunidos en la plaza del altar, vibrantes de indignación, como si para esta gente, rodeada por la muerte, no existiera nada más importante que la deshonra de la casa Bagradian. No eran ni las más viejas, ni las mujeres más jóvenes las que daban la pauta a esta indignación, sino aquellas matronas de edad intermedia que va entre los treinta y cinco y los cincuenta y cinco años, que en Oriente parecen mayores de lo que son en realidad, quienes ya no pueden divertirse sino a expensas de las otras y por medio de pérfidos comentarios. Las muchachas y las jóvenes casadas seguían bastante tranquilas, escuchando la chismografía de sus dignas mayores. Esas mujeres jóvenes eran las que más sufrían en el Damlajik. Bajo los pañolones y los gorros se dibujaban sus rostros anémicos y demacrados. La armenia, aun la de la clase baja, es delgada y de una constitución delicada en su juventud. La angustia,

el sufrimiento y las privaciones habían debilitado aún más sus jóvenes cuerpos. Seriamente aprobaban con un movimiento de cabeza las imprecaciones de las matronas, y, de vez en cuando, tomaban parte agregando una observación a las crueles injurias. Sin embargo, en semejante situación, no podían indignarse sinceramente, pues sabían demasiado bien la suerte que les esperaba a ellas y a todas las mujeres armenias. Para ellas no sería una muerte sencilla, sino que sería una muerte pasando antes por la violación, a menos que tuvieran la suerte de ser compradas a los *saptiehs* por un turco rico que deseara aumentar su harén, donde, según todas las probabilidades, las mujeres ya instaladas allí se encargarían de mortificar a la infeliz hasta el último suspiro.

Madame Kebussjan era quien tenía en sus manos las riendas de la moralidad y de la indignación populares. Por fin había llegado la hora de hacer pagar a la castellana de Yoghonoluk (que desde luego siempre había sido muy amable con ella) todas las sensaciones de humillación que había sufrido durante las reuniones que ofrecía Julieta. Y aun más, había llegado la hora para la *mouchtaresa* de recuperar su rango de superioridad absoluta entre las mujeres. Era lo suficientemente astuta para atenerse únicamente a la circunstancia reciente que había provocado la indignación, es decir, al adulterio: pronto desvió las cosas a un terreno más susceptible de suscitar envidias. Ella, la *mouchtaresa*, conocía perfectamente esas tiendas lujosas a donde la invitaban continuamente. Más de una vez había observado con ojos sorprendidos y escandalizados los armarios, las maletas y las cajas de la desvergonzada mujer. Nadie podía imaginar una riqueza semejante. Aquellas tiendas guardaban increíbles cantidades de arroz, de café, patatas, carnes en conserva, pescado ahumado, sardinas en aceite, en fin, todos los comestibles de Occidente. Julieta poseía infinitas cantidades de dulces, mermeladas, chocolates, frutas confitadas y, sobre todo, un pan blanco y blando, galletas delicadas y pasteles. Ella, la esposa de un personaje como Kebussjan, tampoco había cuidado puercos en su juventud; al contrario, había frecuentado la escuela superior de niñas. Sin embargo, Kebussjan y su mujer recibían sólo la ración asignada a

cada habitante; humildemente se sometían a la ley común y, sin embargo, este *mouchtar* poseía la mitad de todo el ganado. Pero la distinguida sociedad de las tres tiendas, con todas sus pretensiones, sus sirvientes y sus parásitos, aun hallaba el medio de quitarle sus bienes al pobre pueblo, haciéndose llevar cada día, para sus comidas, las mejores raciones de carne especialmente escogidas.

No puede negarse que estos argumentos culinarios tuvieron un efecto decisivo sobre los estómagos desesperados de los hombres.

Fuera de esto, la indignación de estos últimos se centró menos en Julieta que en Gonzaga Maris, el desconocido, el intruso. Poco faltó para que un grupo de jóvenes se pusiera en marcha para arreglar cuentas con ese maldito griego. Cuando Ter Haigassun apareció en la plaza, *madame* Kebussjan se precipitó audazmente a su encuentro.

—Sacerdote, no tienes derecho a dejar sin castigo…

Él quiso rechazarla sin consideraciones:

—¡Ocúpate de lo que te incumbe!

Pero ella le cerró el paso con creciente insolencia.

—¡En efecto, me ocupo de lo que me incumbe, sacerdote! ¿Acaso no tengo dos hijas casaderas y dos nueras? Bien lo sabes. ¿Y no son acaso los ojos de los hombres más concupiscentes que los de los perros salvajes, y el corazón de las mujeres aún peor? En las cabañas viven y se acuestan juntos en un montón. En adelante, ¿cómo podrán las madres mantener la virtud y la corrección, con semejante ejemplo?

Ter Haigassun le dio un golpecito.

—¡No siento ningún agrado en escuchar tus locuras! ¡Déjame pasar!

La cabecilla —de ordinario una mujer pequeña e insignificante, a no ser por sus vivos ojos de ratón— se irguió, como una amapola abierta, engrandecida y solemne, gracias a la caída de Julieta.

—¿Y el pecado, sacerdote? Hasta hoy, Jesucristo, nuestro salvador, nos ha preservado de la muerte. Él y la santa Madre de Dios han combatido a nuestro lado, pero ahora, ambos han sido ofendidos por este pecado mortal. ¿No nos entregarán a los turcos si

no se hace penitencia?

La *mouchtaresa* creía haber asestado esta vez un golpe definitivo, mientras lanzaba a su alrededor miradas triunfales. Su marido, Tomás Kebussjan, de pie detrás del sacerdote, miraba a todos y a nadie con sus ojos desiguales y parecía no tener ganas de mezclarse en esta vergonzosa historia. Y Ter Haigassun contestó, no sólo a la matrona en particular, sino a toda la muchedumbre que se aglomeraba a su alrededor:

—¡Sí! ¡Es verdad! Jesucristo, nuestro Salvador, nos ha preservado hasta ahora. ¿Y queréis saber por qué medio? Porque ha realizado para nosotros un gran milagro al enviarnos a tiempo a Gabriel Bagradian, que es un verdadero oficial, y que conoce y comprende la guerra. Sin él, hace mucho tiempo que habríamos muerto. Debemos nuestra vida a su espíritu y a su valentía. He aquí en lo que debéis pensar, y no en otra cosa.

Este nuevo aspecto de la situación convenció a una parte de la multitud, y las cabezas más sensatas, a quienes ya desagradaba ese odio lascivo de las mujeres en decadencia, se impusieron poco a poco. Ya se oían por todos lados voces masculinas y burlonas que se atrevían a decir:

—¡Id a lavar la ropa sucia a vuestras casas! Estas mujeres no tienen bastante trabajo en que ocuparse. Debería engancharselas al trabajo.

Un grupo restringido de jefes se había reunido en la cabaña de Ter Haigassun. Se trataba de un asunto privado extremadamente complejo. Así, con una delicadeza apenas consciente, habían decidido reunirse en esta habitación particular, en vez de hacerlo en la barraca de la gobernación. Como el tema en cuestión era de orden netamente moral, Ter Haigassun ejercía la autoridad absoluta y, sin discusión, se le encargó que tomara las decisiones que le parecieran más oportunas. Escogió a dos embajadores, el farmacéutico Krikor y el doctor Bedros Altouni. Uno debía dirigirse a Gonzaga Maris, puesto que antes estuvo hospedado en su casa y, en cierto modo, le

había introducido al mundo de Yoghonoluk.

Por otra parte, el médico, como amigo más antiguo protegido de la casa Bagradian, fue enviado a Gabriel.

En cuanto al exangüe boticario, la pequeña borrachera que cogió durante el ágape del bautismo se había revelado de un valor curativo muy superior a todos los remedios que él poseyera. Desde hacía dos días se sostenía mejor en pie y podía andar dando pasitos lentos. Ter Haigassun le mandó buscar a su escondite y en pocas palabras le explicó la misión que le encargaba. Sin tardanza debía salir al encuentro de su antiguo invitado. Dos ordenanzas de las pandillas lo acompañarían para prestarle ayuda y buscar al hombre, si era necesario. Cuando lo encontraran, Krikor tenía la orden de hacerle comprender que, si apreciaba la vida, debía desaparecer cuanto antes del campamento. Krikor intentó con todas sus fuerzas no hacerse cargo de esta misión. Decía que su profesión terrestre era la de farmacéutico; no era mozo de albergue para despedir a un huésped indeseable. Pero a todas estas objeciones, Ter Haigassun oponía una única y lacónica respuesta:

—Tú eres quien nos lo trajiste; a ti te corresponde librarnos de él.

No había remedio. Al cabo de una larga resistencia, el farmacéutico Krikor se vio obligado, a pesar de sus frágiles huesos y del desagrado que esto le causaba, a ir en busca de Maris. Mientras avanzaba cojeando con paso inseguro, afirmado en su bastón, ensayaba en patéticos monólogos las palabras por medio de las cuales podría cumplir su deber de manera delicada e indirecta. Comparada a esta misión, la de Bedros Hekim era mucho más fácil. Con mil precauciones debía informar a Gabriel Bagradian de la indignación general y rogarle que vigilara a Julieta para que no saliera de su tienda.

Mientras los otros aceptaban en silencio las decisiones de Ter Haigassun relativas a Krikor y al médico, alguien, que de costumbre guardaba un mutismo imperturbable, tomó la palabra y se lanzó a un discurso grandilocuente. Hasta entonces el negro Hrand Oskanian había sido considerado como un loco ridículo, de quien se

aceptaban tranquilamente las fantasías malvadas y presuntuosas, porque se le sabía un profesor concienzudo. Pero ahora, este fanático, todo fuego, todo llama, aparecía a través de la máscara de la locura. Todos le miraban con intensa atención, pues una fuerza sorprendente se desprendía de sus palabras. Oskanian exigía una diabólica venganza en la persona de Gonzaga Maris. Según su opinión debía quitársele a ese sinvergüenza su pasaporte americano y su *teskeré*, y enseguida desnudarlo, amarrarle las manos y los pies y que algunos intrépidos lo hicieran bajar por la noche al valle, para que los turcos, tomándolo por armenio, lo mataran a fuego lento.

Asqueados y descontentos por esta insensata explosión de Hrand Oskanian, los hombres quisieron hacerse los desentendidos. Pero el profesor no se dejo derrotar tan fácilmente. Se puso a exponer con la mayor seriedad posible las razones que permitían comprender la absoluta necesidad del castigo. Ter Haigassun no escuchó, como de costumbre, con los ojos semicerrados, este derroche ininterrumpido de palabras, sino con los párpados completamente cerrados. Sus frías manos se deslizaron por las mangas de su hábito, lo que en él siempre significaba una manifestación de mal humor.

—¿Has terminado por fin, Oskanian?

—¡No antes de que usted reconozca la verdad tal y como yo la veo!

Ter Haigassun hizo un movimiento de cabeza para demostrar cuánto le importunaban estas palabras.

—Creo que ya no hay más que decir a este respecto.

Oskanian ardía de rabia.

—¿Así es que el consejo de jefes quiere dejar que ese pillo se vaya de rositas para que mañana nos denuncie a los turcos?

Ter Haigassun, con un gesto de hastío, miró al techo de la choza, que gemía con el viento.

—Y, suponiendo que quisiera traicionarnos, ¿qué podría traicionar?

—¡Pues todo! ¡La situación de la cañada del pueblo! ¡El lugar donde pastan nuestros rebaños! El mal estado de nuestras

provisiones. La enfermedad…

Con un gesto de cansancio, Ter Haigassun cortó esa enumeración.

—Con semejantes novedades nadie trataría de conquistarse el favor de los turcos. ¿Les crees tan estúpidos como para no saber ya todo eso? Por lo demás, ese joven no es un traidor…

Las palabras del sacerdote recibieron la aprobación general. Pero Hrand Oskanian agitaba desesperadamente los puños, como queriendo retener por la ropa a la víctima que se le escapaba.

—He presentado una moción —chillaba— y exijo que, conforme a la costumbre, se ponga a votación.

El rostro del sacerdote se turbó ligeramente.

—Cualquier charlatán, cualquier imbécil puede presentar mociones. Pero a mí me corresponde decidir si estas mociones son o no dignas de ser votadas. Jamás permito organizar un voto sobre mociones superfluas. Recuerda bien esto, Oskanian. Desde luego, nadie aquí deja de considerar infame e insensata tu proposición. Si alguno tiene otra opinión, que levante la mano.

Ninguna mano se movió.

El sacerdote inclinó la cabeza para terminar:

—De una vez por todas, ¡basta ya! ¿Me has comprendido?

El profesor, que acababa de experimentar semejante derrota, se irguió orgullosamente cuan corto era e indicó con el dedo en dirección a la plaza.

—Allí nuestro pueblo tiene al respecto otra opinión que usted…

Si el comportamiento de Oskanian había suscitado asco y desagrado en Ter Haigassun, esta objeción demagógica inflamó su ira. Sus ojos se encendieron, pero pronto recobró su calma.

—¡El deber del consejo de jefes consiste en dirigir los sentimientos del pueblo, y no en dejarse dirigir por ellos!

Hrand Oskanian inclinó la cabeza renunciando a una actitud de Casandra.

—Tendréis ocasión de recordar mis palabras…

Ter Haigassun bajó de nuevo los ojos. Y su voz había vuelto a sosegarse:

—Te aconsejo encarecidamente, profesor Oskanian, que te guardes no de nosotros sino de ti mismo.

En esta pesada atmósfera tuvieron que esperar, un tiempo que se hizo infinito, el regreso de los enviados. El enfermo farmacéutico volvió antes que el médico. Estaba completamente agotado y tuvo que tenderse, gimiendo, en el diván de Ter Haigassun. Cuando el sacerdote le hubo reconfortado dándole a beber dos tragos de raki, encontró la energía suficiente para hacer su relato. Gonzaga Maris le había facilitado su misión por el hecho de que estaba preparado para abandonar esa misma noche la montaña armenia, sin necesidad de ninguna invitación para ello. Esperaría para irse, hasta la hora fijada con Julieta, a fin de dar a su amiga la posibilidad de salvarse. El farmacéutico no podía dejar de alabar la conducta distinguida de su invitado, que no sólo le había regalado todos los impresos que poseía, sino que además le había prometido intervenir activamente en favor de los refugiados del Musa Dagh en donde se hallara. Ter Haigassun rechazó con un gesto de desprecio esa promesa del pecador. Ya había caído la noche cuando el otro mensajero, Bedros Hekim, entró en la choza pastoral. Él también se dejó caer extenuado en su asiento y frotó sus piernas torcidas y viejas, gimiendo de vez en cuando. El anciano miraba fijamente ante sí sin decir una palabra y a Ter Haigassun le costó trabajo hacerlo hablar. Al principio los resultados no fueron en absoluto satisfactorios, pues el médico sólo dejaba escapar gruñidos y de su voz ronca apenas perceptible se oía:

—La pobre mujer…

Estas tres palabras provocaron una sorpresa sin límites en el *mouchtar* Kebussjan. Se puso a mover su brillante y calva cabeza cuando le vino a la mente la imagen de su feroz esposa.

—¿Qué dice? ¿Por qué había de ser una pobre mujer esta millonada?…

Bedros Hekim lanzó al *mouchtar* una mirada de caníbal:

—¿Por qué? Porque desde hace lo menos tres días es presa de una fuerte fiebre. Porque está sin conocimiento, porque sin duda va a morir, porque nadie puede socorrerla, porque se contagió en el

hospital, porque le tengo lástima. Porque no es ella la culpable, ¡que el diablo me lleve!, sino que todo se debe a esta enfermedad. Porque…

Se interrumpió para tomar aliento y volvió a sumirse en sí mismo. ¿Cómo podría él, el inculto Hekim, que sólo se había rozado apenas con la ciencia durante cinco años, hacer comprender a estos campesinos conocimientos indefinibles que ni él mismo comprendía? Lanzó un gran suspiro. A su alrededor no se veía sino a Nuniks, Wartuks y Manuchaks. Y él, con su vida fracasada y su tratado de medicina anticuado, tampoco valía más.

Durante la última parte del trayecto, Gabriel había medio arrastrado, medio cargado con su mujer. Llegados a la tienda, ella cayó sobre la cama, los ojos en blanco, desmayada. Él trató de reanimarla. Sacudió sobre su frente y sus labios cuanto pudo encontrar de agua de colonia o de alcohol en el peinador —restos tristemente conservados, piadosamente economizados—, frotó el rostro y agitó su cuerpo. ¡Pero en vano! La bienaventurada alma de la enferma permanecía oculta, muy lejos, tras el refugio de la inconsciencia. Durante muchos días la fiebre se había incubado en su sangre. Pero en el transcurso de esta última hora probablemente había crecido de repente como una extraordinaria planta tropical. El cutis de la pobre mujer estaba resquebrajado y rojo. Había absorbido hasta la última gota de humedad de su cuerpo, como la tierra abrasada por el sol. Su respiración se hacía cada vez más corta y más rápida. Su vida parecía precipitarse irremediablemente hacia un fin próximo.

Viendo que no podía despertarla, Gabriel se inclinó sobre Julieta y se puso a desvestirla a fin de hacerla volver en sí. Sus ademanes eran torpes. Rompía el traje y la ropa interior de su mujer. Enseguida se dejó caer a los pies de la cama y colocó sobre sus rodillas las piernas de Julieta. Estaban tan pesadas e hinchadas que le costó gran trabajo quitarle los zapatos y las medias. No se daba cuenta de que no experimentaba ninguno de los sentimientos que

semejante catástrofe debiera haber despertado en él. No sentía ni el ardiente dolor del amor propio ofendido, ni el intolerable pensamiento de que estos miembros enfermos habían pertenecido a un extraño apenas una hora antes, ni tampoco la horripilante conciencia de que ese lazo sagrado, que había unido toda una vida, se había roto para siempre. En el fondo de su propia ofuscación sólo había pesar, es decir pesar por Julieta. Gabriel no se sorprendió por ello. Tenía la impresión de haber favorecido él mismo el curso de este destino. Por muy increíble que pueda parecer, la traición y el desastre de Julieta volvieron a acercarlo a su mujer. Sus torpes dedos, llenos de devoción y angustia, tiraban de la ropa y la arrugaban, y ésta se resistía obstinadamente a sus esfuerzos. Luego, inmóvil, contempló el cuerpo blanco tendido ante él, mientras cien sensaciones e ideas nacían en su mente, y sin acabar de formarse se deshacían en la nada. ¿Qué había sucedido? Divisó en un rincón de la tienda el balde con agua fresca que siempre había allí. Mojó algunos pañuelos para ponerle compresas a la enferma; no era una operación muy sencilla. El cuerpo de Julieta estaba tan rígido que Gabriel podía apenas levantarlo. Pensó llamara una de las criadas de Julieta que, desde la transformación del carácter de su patrona y la insignificancia de toda retribución, no la servían sino de un modo muy irregular. Un sentimiento de vergüenza reprimió esa intención de Gabriel. ¡En ese momento no deseaba sino estar solo!

Cuando entró el viejo médico, encontró a Gabriel Bagradian, la mirada extraviada, inclinado sobre su mujer, privada de conocimiento. La primera mirada de Bedros Hekim fue escéptica; se preguntaba si no sería un síncope simulado, por medio del cual la pecadora esperaba escapar a las consecuencias de su falta. Pero la segunda mirada del médico le reveló la fiebre altísima de la enferma. Eran precisamente los síntomas generales de la epidemia: la brusca subida de la temperatura y esta súbita pérdida del conocimiento, que por lo general se producía después de un prolongado estado de malestar apenas sensible. Levantó el busto de la enferma. Inmediatamente manifestó dificultad para respirar y fue sacudida por las náuseas. El diagnóstico era claro. Pero cuando examinó la

piel debajo del pecho y en la cintura, es decir, en los lugares donde desde el principio aparecía la erupción en la mayoría de los casos, no encontró sino tres o cuatro puntitos rojos. El médico quiso pedir a Gabriel que abandonara inmediatamente la tienda y no volviera a ella. Pero cuando vio los ojos velados y profundamente hundidos en las órbitas de éste, no se atrevió a decir nada. También se abstuvo lógicamente de despacharle ese asunto sobre la preocupación de la moralidad del pueblo. Por el contrario, le pidió a Gabriel que le pasase el botiquín que Julieta se hiciera fabricar antes de su partida a Oriente. Pero en la caja no encontró sino un leve resto de la antigua abundancia. Julieta había cedido sus medicamentos al hospital. Sin embargo, se encontró allí un remedio destinado a reanimar el corazón. El anciano puso el frasco en la mano de Gabriel, que estaba completamente aturdido. Dijo que era un remedio en caso de que se debilitara el pulso. Por lo demás, Mairik Antaram se ocuparía desde el día siguiente de la organización de los cuidados necesarios. Gabriel no debía darle mayor importancia a este síncope de la enferma. No era sino una consecuencia de la fiebre, y dado las circunstancias actuales, más bien una suerte. En aquel momento la balanza oscilaba entre la vida y la muerte. Este estado se podía mantener varios días. El momento más peligroso era aquel en que el envenenamiento cedía y la fiebre bajaba bruscamente, pues en ciertos casos podía fallar el corazón. Bedros Hekim sacó del balde un vaso de agua, buscó una cuchara, y con habilidad hizo caer algunas gotas de líquido entre los labios enfebrecidos. Este pequeño gesto de médico experimentado bastaba para desterrar la desconfianza que Altounis sentía de sí mismo, y que lo hacía considerarse como un charlatán incapaz y torpe.

—No hay que cesar de darle de beber —prescribió a Gabriel—, aun cuando no vuelva en sí. —El marido de Julieta sólo hizo un signo afirmativo. El médico echó una mirada alrededor de la estancia—. ¡Alguien debe velar junto a ella!

Como ya estaba bastante oscuro, encendió la lámpara de petróleo. Luego tomó entre sus manos la de Bagradian.

—No faltaría sino una cosa: ¡que los turcos vinieran a atacarnos

esta noche!

Gabriel Bagradian trató de sonreír.

—Hemos incendiado la montaña. No se arriesgarán a sorprendernos esta noche.

—¡Ah, sí! —exclamó Bedros Hekim con su voz ronca, y agregó con decepción—: ¡Es una lástima!

Se retiró, curvado por los años y por su trabajo sobrehumano, sin haber dirigido una sola palabra de simpatía personal al hombre que trajera al mundo. Desde hacía mucho tiempo todas las palabras, buenas o malas, le parecían huecas y fuera de lugar.

Gabriel quería acompañar un poco al anciano, pero se detuvo a la entrada de la tienda. Si en ese instante los turcos hubieran surgido ante todas las trincheras, tal vez no se habría decidido a salir a su encuentro. Se tendió sobre el diván junto a la cama de Julieta. Tenía la impresión de no haber sabido hasta ahora lo que puede ser el cansancio. Todos los días monstruosos pasados en el Musa Dagh se aferraban a él, semejantes a una multitud de gnomos perversos de caras aplastadas y terrosas. Esto le producía un agotamiento que era en sí demasiado intenso para permitirle sumirse en la amargura de su propio destino. Un sueño malsano se apoderó de Gabriel. Estando perdido en el fondo de este abismo letárgico, pudo percibir la presencia de Iskuhi.

—¡Iskuhi, no debes permanecer aquí ni un minuto! En adelante ya no nos veremos más…

Los ojos de la muchacha se abrieron cuan grandes eran con expresión de reproche.

—¿Y si tú enfermas, no debería yo estarlo también?

—¡Mira, piensa en Howsannah y en el niño!

Ella se acercó a la cama y puso la palma de su mano sobre el hombro de Julieta. Sin abandonar esta actitud, se volvió hacia Gabriel.

—¡Ya está! Ahora no puedo volver a nuestra tienda, no tengo derecho de tocar a Howsannah ni al niño…

Gabriel trató de sacarla de allí.

—¿Qué dirá Aram Tomasian? ¡Vete, Iskuhi, por amor a tu

hermano, vete!

Se inclinó junto al rostro de la enferma, aún inconsciente, pero a cada momento más agitada.

—¿Por qué me echas? Si algo ha de suceder, ya está hecho. ¿Es por mi hermano? Todo eso ya no me importa.

Él se acercó a ella con paso silencioso e inseguro.

—No deberías haber hecho eso, Iskuhi.

El rostro de la muchacha adquirió de súbito una expresión irónica y apasionada.

—¿Yo? ¿Qué soy yo? Tú eres el jefe. Si tú caes enfermo, todo está perdido.

Le limpiaba la boca a la enferma con su pañuelo.

—¡Cuando llegamos a Zeitun, Julieta se mostró tan buena, tan maravillosamente solícita conmigo! Ahora tengo que cumplir un deber hacia ella en la medida de mis fuerzas. ¿No lo comprendes?

Gabriel hundió los labios en su pelo. Ella lo abrazó con todas sus fuerzas.

—¡Muy pronto, tú lo sabes, todo habrá terminado! Y yo quiero tenerte. ¡Quiero haber estado contigo!

Era la primera vez que el amor de Iskuhi estallaba tan francamente. Permanecieron estrechamente abrazados como si a su lado no hubiera sino una mujer muerta. Pero Julieta no estaba muerta. Su respiración era un estertor. A veces salía de su garganta seca e hinchada un pequeño gemido; podría decirse que buscaba a alguien que siempre se le escapaba. Iskuhi soltó a Gabriel, porque sus manos estaban llenas de pesar. Y ya no hablaron sino pocas palabras, por consideración a la enferma.

Por la noche, Julieta pareció recobrar el conocimiento. Deliraba y trató de levantarse. ¡Qué largo era el camino que la separaba de su propia conciencia! No pudo llegar hasta el Damlajik, sino a su casa de la avenida de Kléber.

—Susana… ¿Qué sucede?… ¿Estoy enferma…? Sí, estoy enferma… No puedo levantarme… A ver, venga a ayudarme…

Pidió ayuda. Gabriel e Iskuhi ayudaron a la enferma, que en su alucinación creía estar en su dormitorio parisino.

Sacudida por los estremecimientos de la fiebre, Julieta balbuceaba:

—Está bien… Creo que podré dormir… Es sólo mi eterna angina, Susana… Espero que no sea nada grave… Cuando llegue el señor, despiérteme…

Esta evocación murmurada del Bagradian de antaño, aquél que llevaba una existencia tranquila en el universo de la enferma, conmovió profundamente al verdadero Bagradian. Volvió a mojar un pañuelo en el agua y renovó la compresa alrededor del cuello de Julieta. Enseguida la cubrió con mucho cuidado y dijo a media voz:

—Sí, duerme; trata de dormir, Julieta.

Ella contestó algo con palabras incomprensibles. Parecía ser un agradecimiento cansado y la infantil promesa de portarse bien y de dormir. Gabriel e Iskuhi estaban sentados en el diván, muy juntos, apoyado el uno contra el otro, en silencio, cogidos de las manos. Pero él no cesaba de mirar a la enferma. ¡Qué extraño es el discurrir de la vida! El hombre engañado —engañándola con otra— servía a su mujer infiel. Julieta parecía ahora realmente dormida.

Había llegado la hora convenida. Gonzaga Maris se había prometido no esperar más tiempo. Se alzó de hombros. Lo que ha terminado, bien terminado está. Y, sin embargo, no conseguía separarse tan fácilmente, como él había supuesto, de estas semanas que habían sido las más extrañas de toda su vida. ¿Su amor por Julieta era más fuerte de lo que creía? ¿Era un sentimiento de culpabilidad el que ensombrecía su regreso a la libertad? Durante estos últimos días Julieta se había conducido de manera tan desordenada e incomprensible, que sus torturas habían despertado la compasión en Gonzaga. ¡Y luego, había sido tan ignominioso el fin de este romance! Cuando pensaba en ese horrible instante apretaba los dientes, y su rostro, generalmente tan impasible, se contraía horriblemente. Más de una vez había salido de su escondite, llegando a la proximidad de la plaza de las tres tiendas, para hablar con Gabriel Bagradian y reconquistar a Julieta. Pero a cada tentativa

volvía sobre sus pasos, no por cobardía, sino por un sentimiento de malestar desconocido e invencible: no tengo derecho a presentarme allí. En efecto, desde entonces un poderoso muro invisible se había alzado entre Gonzaga y el mundo del Damlajik. Apenas le era posible penetrar en la atmósfera que limitaba la entrada al campamento armenio. Sin embargo, Julieta se hallaba al otro lado de aquel muro. El destino armenio se había mostrado más fuerte que la joven mujer. Además, existía la diplomática advertencia del farmacéutico Krikor, su paternal protector. Éste no había hecho la menor alusión al triste acontecimiento; sólo había hablado del pasaporte americano de Gonzaga, y declarado que según su opinión toda estancia terrenal debía terminar tarde o temprano, y que la juventud poseía el agradable privilegio de poder separarse sin pena de su ambiente pasajero. La vida, dijo, se hace más triste cuando no ofrece sino una única posibilidad de partida. Maris había aceptado con la mayor consideración los consejos de filosofía empírica del anciano; al mismo tiempo, una delicada observación secundaria le había hecho sentir que una hora más en el Musa Dagh le expondría a numerosos peligros. Esta conciencia del peligro inminente se hacía más fuerte a medida que el tiempo pasaba. Ya hacía rato que la luna menguante se hallaba sobre su cabeza. Había esperado una hora más de lo convenido. Julieta estaba, pues, irremediablemente perdida. Aun osó avanzar algunos pasos en dirección al campamento, pero enseguida se volvió resueltamente. Tal vez era mejor así. Lentamente, con gravedad, pero sin titubear, se puso los guantes para no herirse durante la escalada. A continuación se ató a la espalda, con correas, su maletín de cuero. Como de costumbre cuando salía de casa, sacó de su bolsillo un peine y restableció el orden de su cabellera. La conciencia de no haber olvidado nada, de no dejar atrás ni lo más mínimo de su persona, en resumen, ese sentimiento reconfortante, refrescante de que todo estaba en orden, satisfacía a pesar de todo el alma de Gonzaga. Con paso lento vagaba por entre los rododendros, los mirtos y las magnolias salvajes bajo la claridad de la luna, como si tuviera ante sí, en vez de una vegetación selvática, un encantador paseo con avenidas bien

allanadas. De súbito le vino a la memoria una frase que le había dicho a Julieta hablando de sí mismo: «Tengo muy buena memoria porque tengo muy malos recuerdos». Y, en efecto, a cada paso que daba hacia el sur sus recuerdos empalidecían y se le aliviaba el corazón. Ya caminaba rápido, lanzando una curiosa mirada hacia ese porvenir que su pasaporte y su carácter le aseguraban. Las pendientes blancas que formaban la montaña brillaban como cumbres nevadas manchadas de negras sombras irreales. Se oía el apagado eco de la rompiente. Cuando el sendero se hizo más difícil, el pie de Gonzaga afirmaba cada paso con una ligera oscilación. Se deleitaba con el juego de sus músculos. ¡Cuán incomprensibles son los hombres! El mundo lunar, blanco y negro, era tan simple, tan fácil de vencer. Todo el problema consistía en sentirse nada en la nada. Una sonrisa de simpatía voló hacia Krikor de Yoghonoluk, que nadie jamás citó ni citará. Gonzaga tuvo que escalar una roca desnuda y saltar sobre dos grietas. Ya veía ante sí el promontorio detrás del cual empezaba el descenso; se detuvo un instante para descansar. Insondables profundidades se abrían a sus pies: ¡poco importaba que llegara a Suedja o se cayera allí! Una idea le vino a la cabeza: la primera caída es ruda, la última es blanda. ¡Cuán lejos detrás de él quedaba Julieta! Cuando Gonzaga torció de nuevo hacia los arbustos, se oyeron cuatro disparos sucesivos que pasaron silbando cerca de él. Inmediatamente se echó a tierra y sacó su revólver. Su corazón se puso a palpitar locamente. ¡La advertencia de Krikor! ¡No le era tan indiferente llegar o no a Suedja! Los pasos vengadores tropezaron muy cerca de él y, sin verlos, Gonzaga se puso rápidamente de pie, cogió una gran piedra y la lanzó muy lejos hacia abajo. Al mismo nivel se oyeron crujidos y carreras. Los perseguidores creyeron estar sobre la pista de su víctima y dispararon algunos balazos en esa dirección, mientras Gonzaga huía a toda carrera alcanzando pronto el punto donde la montaña se inclinaba hacia la aldea de Habaste. Se detuvo para respirar profundamente. Así era mejor. Las balas armenias habían ahuyentado de su conciencia el último halo de remordimiento. Sonreía. Sus ojos, bajo las cejas, miraban hacia adelante llenos de atención y ambición

calculadora.

A la misma hora Julieta se agitaba entre la ausencia y la conciencia. ¿No había dicho alguien: «Sí, duerme, trata de dormir, Julieta»? ¿Y qué voz lo había pronunciado? ¿Y ahora? ¿Era la segunda vez, o sólo la primera?

—¡Sí, duerme, trata de dormir, Julieta!

Abrió los ojos. Sir embargo, no era ése su dormitorio. Aún pasaron treinta segundos, al cabo de los cuales reconoció la tienda, a Gabriel e Iskuhi. Apenas podía mover la lengua. Su paladar y su garganta estaban insensibles. La presencia de otros perturbaba su soledad. Le impedían gozar de su reposo. Volvió la cabeza pesada como un plomo:

—¿Por qué dejan encendida la lámpara…? Apáguenla… El petróleo huele… tan mal…

Los ojos de Julieta se fijaron en algo que no estaba allí. De súbito una idea horripilante se impuso con claridad a su espíritu. Parecía haber vuelto a encontrar todas sus fuerzas y estar completamente curada. Retiró la colcha y bajó las dos piernas de la cama gritando:

—¡Esteban…! ¿Dónde está Esteban…? Quiero que Esteban venga.

Gabriel e Iskuhi obligaron a Julieta a volverse a acostar a pesar de la desesperada resistencia que les oponía. Gabriel la acarició para tranquilizarla y trató de convencerla, diciéndole:

—Estás enferma, Julieta… Esteban no debe acercarse a ti. Sería peligroso para él… ¡Hay que ser razonable!

Pero toda su vida, su oído, su entendimiento se encontraban en los gritos que lanzaba sin cesar:

—Esteban… Esteban… Dónde…

La angustia casi consciente que vibraba en las llamadas de la enferma se transmitió de súbito a Gabriel. Con un gesto brusco, levantó la cortina de la tienda del jeque donde dormía Esteban. La tienda estaba vacía. Bagradian encendió una luz. La cama de Gonzaga estaba allí como muerta. Su propietario la había dejado en el orden más perfecto, lisa y correcta como si nadie la hubiera usado

nunca. No podía decirse lo mismo de la cama de Esteban, donde se veían las huellas de una existencia violenta y desordenada. Las sábanas estaban revueltas, la maleta del muchacho estaba sobre el colchón, y de ella brotaban en extraño desorden los trajes, las camisas y los calcetines. La caja de provisiones que había en la esquina había sido forzada negligentemente, aún se veía el brillo de un par de latas de sardinas tiradas por el suelo. La mochila de Esteban, comprada en Suiza, había desaparecido. Por otra parte, Gabriel recordaba haber dejado la víspera sobre la mesita el termo, que tampoco aparecía. Después de haber inspeccionado prolijamente el lugar con la esperanza de encontrar algún indicio, volvió lentamente a la noche, permaneció de pie, la cabeza inclinada, y reflexionó. Sin duda habría vuelto a tomar parte en una de esas expediciones ilícitas imaginadas por la pandilla. Cuanto había en esa explicación de bueno, de prometedor, se deslizó con la ironía de su profundo saber. Sintió una gran calma, como siempre le sucedía en las horas decisivas. Sólo encontró a Kristaphor en la tienda donde dormían los sirvientes. Despertó al administrador.

—¡Levántate, Kristaphor! Hay que despertar a Awakian. Tal vez sepa algo. Esteban se ha ido.

Estas palabras fueron dichas sin emoción. El administrador, inquieto, se sorprendió de ver tan tranquilo a su amo después de todo lo que había sucedido. Marcharon en dirección a la quebrada norte en busca de Samuel Awakian. No más de un segundo después, Gabriel se volvió indeciso hacia la tienda de Julieta. Todo estaba allí en perfecta calma. Entonces echó a andar, tan rápidamente, que Kristaphor apenas podía seguirlo.

Libro tercero

Perdición-Salvación-Perdición

«A aquél que venza le daré el maná oculto, y le daré una piedra blanca, y sobre la piedra un nombre escrito que nadie conoce sino aquél que lo recibe».

APOCALIPSIS DE SAN JUAN, 14, 20.

Capítulo I

El interludio de los dioses

—Ahí tiene, mi querido doctor Lepsius, sólo una mínima parte de nuestra documentación relativa al asunto armenio…

El amable consejero coloca su bella y blanca mano marmórea sobre el fajo polvoriento de papeles que se acumulan a tal extremo en su escritorio, que su rostro equino desaparece de cuando en cuando tras semejante parapeto. La alta ventana de la pequeña habitación sorprendentemente vacía está abierta de par en par. El jardín del Ministerio de Asuntos Exteriores envía a la salida un poco de su débil y sofocante aire veraniego, recalentado por el verano. Johannes Lepsius está sentado, muy tieso, en el sillón reservado a los visitantes y tiene su sombrero sobre las rodillas. Apenas ha transcurrido un mes desde su memorable entrevista con Enver Pachá, y, sin embargo, el semblante del pastor se ha alterado de forma alarmante. Se le ha caído el pelo, su barba está más encanecida, su nariz más corta y puntiaguda. Sus ojos han dejado de brillar. Ha desaparecido el infinito soñador que revelaban sus facciones, para dar lugar a un cierto recelo irónico. La enfermedad que lleva en la sangre, ¿puede haber progresado tanto en tan pocos días? ¿Será la maldición del pueblo armenio que lo roe, a él, al alemán, por efecto de una misteriosa afinidad? ¿Será el inmenso trabajo que ha abarcado en tan poco tiempo? Contra todo pronóstico consiguió poner en pie su nueva empresa de beneficencia. Hasta ha reunido dinero y ganado para la causa a sus

mejores compatriotas. Ahora se trata de resolver el enigma de la esfinge que es el Estado. La mirada del pastor se desliza desdeñosa detrás de los anteojos centelleantes por encima de la montaña de papeles. El amable consejero levanta muy alto las cejas, no para manifestar sorpresa, sino para dejar caer su monóculo engarzado en oro.

—No pasa un día, créame, sin que salga de aquí un mensaje dirigido a nuestra embajada en Constantinopla; y no pasa una hora sin que nuestro embajador intervenga ante Talaat y En ver por este terrible asunto. A pesar de las enormes preocupaciones que lo agobian, el canciller del Reich en persona se ocupa de ello de forma muy activa. Usted lo conoce bastante para saber que es un hombre como el gran Marco Aurelio… Por lo demás, debo excusar al señor von Bethmann-Hollweg, querido doctor Lepsius. Desgraciadamente, le ha sido imposible recibirle hoy…

Lepsius se echa atrás. Su armoniosa voz también se ha vuelto más cansada y más dura:

—¿Y qué resultado han obtenido nuestros diplomáticos, señor consejero?

La mano brillante y marmórea busca al azar algunos documentos en la pirámide de papeles:

—Juzgue usted mismo! ¡He aquí, por ejemplo, al señor von Scheubner Richter, de Erzerum! También a Hoffmann, de Alejandreta, y Roessler, nuestro cónsul general en Alepo. Estos señores nos envían informe tras informe; ponen la mano en el fuego por los armenios. ¡Dios sabe a cuántos de estos infelices ha salvado sólo Roessler! Centenares, por lo menos. ¿Y qué recompensa ha cosechado por haberse mostrado tan humanitario? La prensa inglesa lo representa como un tigre ávido de sangre, culpable de haber excitado a los turcos de Marach y haberlos incitado a la matanza. ¿Qué hacer ante semejantes resultados?

Lepsius trata de encontrar la mirada del amable funcionario que acaba de surgir de nuevo sobre la muralla de documentos para volver a desaparecer como una luna caprichosa detrás de las nubes.

—Sé demasiado bien lo que habría que hacer, señor consejero…

Roessler y los otros son perfectos hombres de honor, yo los conozco… Desde luego, Roessler tiene un carácter particularmente admirable… Pero, ¿qué puede emprender un simple cónsul en condiciones tan lamentables, si no encuentra el apoyo necesario?

—¿Qué quiere decir, señor pastor? ¿Que no hay apoyo? Esta observación es más que injusta.

Lepsius hace un ademán breve y nervioso con la mano para indicar que este asunto es demasiado serio y el tiempo demasiado escaso para perderlo con este parloteo de cortesía.

—Sé *perfectamente, señor consejero*, que se han tomado todas las medidas imaginables. No ignoro en absoluto las intervenciones y trámites de nuestra embajada. Pero no estamos tratando con hombres de Estado educados en el respeto de las reglas del juego diplomático; tenemos que tratar con gente como Enver y Talaat. Para esa gente todas las medidas imaginables no son suficientes; ni siquiera lo inimaginable bastaría. El exterminio de los armenios es la guinda de su política nacionalista. He podido convencerme de ello personalmente durante una larga conversación que sostuve con Enver Pachá. Y aunque agobiaran a esa gente con una retahíla de intervenciones alemanas, les parecería, en el mejor de los casos, como una vejación a su hipócrita cortesía.

El consejero se cruzó de brazos. Su alargado rostro adquirió una expresión de atento interés.

—¿Y conoce otro medio, señor doctor Lepsius, para inmiscuirnos en los asuntos interiores de una potencia amiga y aliada?

Johannes Lepsius hunde detenidamente la mirada en el forro de su sombrero, como si en él ocultara un papel lleno de notas. Y, sin embargo, ¡gran Dios, cuán superflua sería semejante precaución! Tales datos se acumulan noche y día por decenas de miles en su cabeza, de manera que casi no lo dejan dormir. Ahora sólo desea concentrar sus pensamientos para hacer una exposición breve y metódica:

—Ante todo, debemos aclarar lo que pasa en Turquía y lo que ha sucedido allí; es decir, una persecución de cristianos ejecutada en

tales proporciones que sólo puede compararse con las famosas persecuciones ordenadas por Nerón y Diocleciano. Además, es el crimen más enorme de toda la historia del mundo, como ya algunos lo llaman, convendrá conmigo que…

Una ligera curiosidad se manifiesta en los ojos claros del funcionario. Guarda silencio mientras Lepsius, calculando bien sus palabras, avanza prudentemente, paso a paso. Desde su derrota con Enver Pachá ha aprendido, sin duda, algunas cosas para poder manejarse mejor entre los políticos.

—No debemos imaginarnos a los armenios como cualquier pueblo oriental, aún medio salvaje… Son hombres cultos y civilizados y, lo confieso con franqueza, en Europa muy raramente se dan…

Ningún gesto se deja entrever en el delgado rostro del consejero, aunque parece considerar un tanto exagerada esta apreciación de pueblo comerciante.

—En esta ocasión —continúa Johannes Lepsius—, no se trata de una cuestión de política interna turca. El exterminio de una pequeña tribu de pigmeos negros tampoco es en sí una cuestión de política interna entre los exterminadores y las víctimas exterminadas. Por eso nosotros, los alemanes, no podemos refugiarnos en una neutralidad triste o desesperada. Nuestros enemigos extranjeros nos hacen responsables de ella.

Con un brusco movimiento, el consejero empuja el montón de documentos, como si necesitara más aire.

—Esa es una de las trágicas consecuencias de esta guerra en que estamos comprometidos; a pesar de nuestra inocencia no podemos impedir que la culpa sangrienta de otros nos sea imputada…

—Todo en este mundo es primeramente una cuestión de orden moral, y sólo mucho después se convierte en una cuestión de orden político.

El consejero asiente con la cabeza.

—Es como usted dice, señor pastor, y por mi parte soy siempre de la opinión de que en cada decisión política debe considerarse ante todo el punto de vista moral.

Lepsius entrevé una posibilidad de triunfo. Es la ocasión propicia.

—No sólo en mi nombre he venido a verle, señor consejero. No exageraría al decirle que represento aquí a toda la cristiandad alemana, a la protestante y aun a la católica. Actúo y hablo de acuerdo con personalidades tan importantes como los señores Harnack, Deissmann, Dibelius…

El consejero asiente, con mirada aprobadora, a estos nombres de peso. Pero he aquí que Lepsius se deja llevar de nuevo por su antiguo entusiasmo que tantas veces le acarreara infortunios:

—El cristiano alemán está decidido a no asistir como espectador pasivo a este crimen que se comete contra el cristianismo. Su conciencia ya no consiente ser cómplice de este crimen por culpa de su tibieza. La esperanza que el Estado tiene en la victoria depende directamente del entusiasmo del cristiano alemán; si éste se debilita, también la esperanza se debilitará. Por mi parte, siento una vergüenza y una repugnancia indecibles al leer en la prensa enemiga informes de varias columnas sobre la deportación armenia, mientras el pueblo alemán sólo recibe en los diarios de su país los embusteros comunicados de Enver y no tiene ocasión de conocer otra cosa al respecto. ¿Acaso no nos merecemos conocer la verdad respecto a la suerte de nuestros correligionarios? Este vergonzoso estado de cosas debe terminar.

El consejero, algo extrañado por el tono acusador del pastor, junta las manos y hace una objeción con tono conciliador:

—¡Pero no piensa usted en la censura! La censura jamás permitiría eso. No tiene la menor idea de lo complicados que son estos problemas, señor Lepsius.

—El primer derecho del pueblo alemán es el de no ser engañado.

El consejero esboza una indulgente sonrisa:

—¿Cuál sería la consecuencia de semejante campaña de prensa? Una profunda carga de conciencia en el ánimo de nuestros compatriotas y un peligro para la alianza turca.

—Esta alianza no debe hacernos pasar por encubridores a los

ojos de la historia. Por esto deseamos que nuestro Gobierno se ponga cuanto antes manos a la obra. ¡Exija, por ejemplo, con extremada insistencia, la formación en Estambul de una comisión neutral que incluya a americanos, suizos, holandeses, escandinavos, y a la cual se la permita entrar en Anatolia y en Siria, para examinar allí el curso de los acontecimientos!

—Conoce demasiado bien a los jóvenes dirigentes turcos, mi querido señor Lepsius, para no prever la respuesta que se daría a exigencia de esa especie.

—En ese caso, Alemania tendrá que recurrir a los medios más enérgicos.

—Y según su opinión, ¿cuáles serían esos medios?

—La amenaza de quitarle toda ayuda a Turquía y de retirar a la comisión militar; a los oficiales y soldados alemanes que actualmente se hallan en los frentes turcos.

La amabilidad en los rasgos fríamente afables del consejero, le transforma en una benevolencia compasiva:

—El retrato que me habían hecho de usted es realmente fiel, doctor Lepsius; es usted tan… inocente…

Se levanta con su porte garboso. Su ropa gris veraniega no se ciñe a su cuerpo con esa despiadada afectación que se observa generalmente entre sus semejantes. Esta ligera negligencia inspira confianza y simpatía. Se vuelve hacia un gran mapa colgado en la pared en el cual se ve Europa y Asia Menor y, con ademán impreciso, cubre todo el Oriente con su mano.

—Los Dardanelos, el Cáucaso, Palestina y Mesopotamia, señor Lepsius, son hoy día más bien frentes alemanes que turcos. Si se derrumban, se derrumba todo nuestro plan de guerra. No podemos, pues, amenazar a los turcos con nuestro suicidio para inspirarles miedo. No necesito recordarle la enorme importancia que atribuye Su Majestad el Emperador a nuestra potencia en Oriente. Y por cierto, ¿ignora que los turcos no se consideran en absoluto nuestros deudores sino más bien nuestros acreedores? Aún hoy día existe en el Gobierno otomano una fuerte tendencia a favor de la Entente. Hasta puedo confiarle que un poderoso grupo del Comité no

desearía nada mejor que cambiar su fusil y entablar hoy mismo negociaciones de paz con los aliados enemigos. En este caso no tardaría usted en ver a la misma Francia y a la misma Inglaterra (que en estos momentos lanzan tales gritos de indignación por los horrores armenios), cerrar inmediatamente los ojos a las actuaciones turcas. ¿Habla en serio, señor Lepsius? La verdad es que en este juego los turcos tienen todos los hilos en la mano y que debemos ser extremadamente prudentes a fin de no traspasar los límites de lo posible.

Johannes Lepsius escucha con calma las palabras del consejero. Conoce perfectamente esas verdades y sabe cómo estos muchachitos de mundo son capaces de defenderlas con una lógica abrumadora. Están cerradas herméticamente, sin la menor rendija. Quien acepte un eslabón de su cadena está perdido de antemano. Pero desde hace tiempo el pastor está prevenido; no puede caer en la trampa. Durante estas últimas semanas ha cubierto su espíritu con un caparazón que lo ha insensibilizado ante tales argumentos. Resiste, pues, a la tentación y permanece obstinadamente en el círculo de sus propias ideas:

—No soy un político. No me corresponde encontrar medios y expedientes para salvar, incluso en el último momento, a una parte del pueblo armenio. Pero es mi deber, puesto que represento a un gran número de cristianos alemanes animados por el mismo deseo, expresarle este ardiente ruego: encuentre usted mismo los medios y encuéntrelos antes de que sea demasiado tarde.

—Dándole muchas vueltas al asunto, señor pastor, podría llegarse a suavizar el destino de los armenios. Pero, desgraciadamente, no es posible modificarlo.

—Este punto de vista, contrario al espíritu cristiano, no satisfará ni a mis amigos ni a mí mismo.

—Entonces le ruego comprenda que en el destino de los armenios intervienen factores históricos excesivamente poderosos que escapan a nuestra influencia…

—Sólo comprendo que Enver y Talaat, con su genio satánico, han sabido escoger el mejor momento para representar este papel de

factores históricos superiores.

El consejero sonríe con presunción y parece sentirse a su vez obligado a dejar entrever el color de sus opiniones religiosas:

—¿No dijo Nietzsche que debía empujarse con el pie aquello que cae?

Pero Nietzsche no era el hombre que pudiera hacer perder la calma a un hijo de Dios como el padre Johannes Lepsius. Algo enojado al ver que la conversación se pierde en generalidades, contesta simplemente:

—Pero, ¿quién sabe si él es el derribado o el que empuja?

El consejero, de nuevo sentado a su escritorio, lanza aún una ojeada al mapa.

—Los armenios deben su ruina a su situación geográfica. ¡Su fuerte es la de los débiles, la de la maldita minoría!

—Todo ser y todo pueblo se ha encontrado alguna vez en el lugar del débil ante el fuerte. Pero a pesar de ello no hay derecho a crear un precedente tolerando el extermino de un pueblo o siquiera la menor lesión en sus derechos.

—Mi querido doctor, ¿no se ha preguntado usted jamás si las minorías nacionales no significan molestias superfluas que más valdría hacer desaparecer?

Lepsius se quita los anteojos y los limpia de manera circunspecta. Sus ojos pestañean, opacos y extenuados. Su debilitada mirada presta a toda su persona cierta pesadez.

—¿No somos también nosotros, los alemanes, una minoría?

—¿Qué quiere decir con eso? No le comprendo.

—En medio de una Europa enteramente unida contra Alemania, nosotros constituimos una minoría terriblemente amenazada. Bastaría con que la fatalidad se inclinara una vez hacia nosotros. Y además, ¡no hemos escogido una situación geográfica de las más refinadas!

Esta vez, el rostro del consejero no es en absoluto amable; se ha vuelto duro y pálido. Una bocanada de aire polvoriento del mediodía penetra por la ventana.

—¡Exactamente, señor pastor! ¡Por eso cada alemán tiene el

deber de pensar en la suerte de su propio pueblo y lamentar los ríos de sangre que derrama la minoría alemana, como se complace en llamarla! Sólo bajo este punto de vista podemos ocuparnos de la cuestión armenia.

—Como cristianos dependemos de la gracia de Dios y de la obediencia al Evangelio. Se lo digo sin rodeos, señor consejero, no puedo aceptar ningún otro punto de vista. Desde hace algunas semanas estoy cada vez más convencido de que hay que quitarle el poder a los muchachitos de este mundo, a los políticos, si queremos que la comunidad del Salvador y la realidad de su cuerpo se hagan presentes en nuestro pequeño planeta.

—Al César lo que es del César.

—Pero, ¿qué pertenece al César, fuera de la moneda con la efigie gastada? El Señor, con su divina astucia, no nos lo dice. ¡No, no! Los pueblos son los esclavos de su naturaleza y los vanidosos que quieren vivir a sus expensas incitan vilmente su vanidad. Como si ya fuera un mérito especial nacer perro o gato, rábano o patata. Jesucristo nos ha dado el eterno ejemplo al mostrarnos cómo el hombre-dios sólo reviste la forma humana con el fin de vencerla. Por eso no deberían reinar sobre la tierra sino los verdaderos servidores de Cristo, precisamente porque ellos también han dominado su naturaleza y su condición terrestre. ¡Este es mi credo político señor consejero!

El aristócrata prusiano no revela la menor ironía en su respuesta:

—¡Acaba de hablar como un católico convencido, señor pastor!

—¡Soy aún más católico que un católico! Pues la iglesia de mi esperanza no comparte el poder con ninguna potencia laica.

El consejero vuelve a colocarse el monóculo como para hacer comprender que el plazo concedido al debate acababa de expirar:

—Antes de volver a los tiempos de la Santa Inquisición, estamos desgraciadamente obligados, como pobres mundanos que somos, a soportar toda la responsabilidad.

Johannes Lepsius siente tal vez que se ha extralimitado y trata de volver atrás. Sus palabras suenan tranquilas, casi indiferentes:

—Seguiré hablándole con el corazón abierto… Hasta estos

últimos días estaba aún lleno de esperanza y había creído que el señor Canciller del Reich me ayudaría en la lucha con medios más vigorosos que los que hasta ahora me ha dado. Viene a decirme de manera definitiva que nuestro Gobierno tiene las manos atadas respecto a la Sublime Puerta y que debe contentarse con trámites e intervenciones ordinarias. ¡Está bien! Pero yo no me dejo detener por ninguna razón de Estado. Tomaré solo sobre mis espaldas, en nombre de toda Alemania, el peso de la causa armenia. No está en mi carácter el hacer concesiones ni retroceder. De acuerdo con mis amigos divulgaré la verdad a través del pueblo. Pues sólo cuando los hombres la conozcan realmente, la ayuda cristiana podrá levantarse sobre una base suficientemente amplia. Os ruego, por consiguiente, que tengáis a bien no estorbar mis esfuerzos en este sentido.

El consejero, que se ha abstraído en el estudio de su reloj de pulsera, levanta la cabeza satisfecho.

—Una confidencia bien vale otra, señor pastor… También supongo que no me juzgará mal si le digo que desde hace tiempo le vigilan. Su estancia en Constantinopla dio lugar a muchas reclamaciones. Se lo repito, no tiene la menor idea de cuán complicadas son estas cosas. Su actividad humanitaria me inspira el mayor respeto y, sin embargo, esta actividad es, digamos, en el sentido político, completamente indeseable. Por consiguiente le aconsejaría, mi querido amigo, reducirla considerablemente y darle un aspecto lo más discreto posible.

La respuesta del pastor, a juzgar por su tono, es más de enojo que solemne:

—He recibido una misión desde lo alto. Ningún poder en el mundo es capaz de impedir que la cumpla.

—No diga eso, querido doctor Lepsius —dice asustado el consejero, con una consternada amabilidad—; algunos poderes en el mundo ya trabajan para imposibilitarlo completamente.

El pastor palpa concienzudamente el lado izquierdo de su levita. Enseguida se pone en pie:

—Le estoy extremadamente agradecido por su sinceridad y por el consejo que me ha dado.

Este señor grande y esbelto está frente a Lepsius con cierta pretenciosa confusión que le sienta bien.

—Me alegro que lo hayamos comprendido tan pronto, señor pastor. Está pálido. Lo que más le convendría es tomarse unas vacaciones, vivir algún tiempo al aire libre, sin preocupaciones. ¿No vive en Potsdam?

En ese instante, Johannes Lepsius decide excusarse ante el consejero por haberle importunado tanto rato. Pero éste lo acompaña hasta la puerta con su sonrisa más encantadora:

—No, señor pastor, hacía tiempo que no vivía una hora tan interesante.

Abajo en la Wilhelmstrasse, donde pesa el calor del mediodía, Johannes Lepsius se examina interiormente y se pregunta si sus palabras, conforme a los preceptos del Señor, han sido suaves como la paloma y astutas como la serpiente. Pero pronto debe reconocer que ni como paloma ni como serpiente ha estado a la altura de la situación. Felizmente ha sido bastante prudente para procurarse, desde hace tiempo, todos los documentos necesarios: pasaportes, visados, permiso de viaje y de exportación de dinero. Por esto había palpado con tanto cuidado el bolsillo izquierdo de su levita; quería verificar la presencia de sus preciadas reliquias. Bruscamente se vuelve para ver si no es seguido por un detective. Su resolución ya ha sido tomada. El expreso de Basilea sale a las tres cuarenta. Aun tiene más de tres horas a su disposición; telefonea a su casa para que le lleven su equipaje a la estación y arregla los demás preparativos necesarios para el viaje. Las fronteras se cerrarán para él, tal vez, a partir de mañana. Por lo tanto, ¡es absolutamente indispensable partir hacia Estambul! Allí está su puesto, aunque todavía no sabe exactamente por qué. En todo caso, su acción de socorro continuará sin él en Alemania. La organización del comité es perfecta, la oficina instalada, los benefactores, los amigos y los colaboradores han sido conquistados por la causa.

Su lugar no debe estar en una resguardada e indiferente lejanía, sino en la misma costa del mar ensangrentado.

En la plaza de Potsdam reina una animación aturdidora.

Lepsius, que es miope, espera largo rato la ocasión propicia para atravesar la calle sin arriesgar la vida. Los automóviles, autobuses y tranvías que truenan, ruedan y chirrían producen un estrépito que se condensa en sus oídos en un solo zumbido confuso. Se diría que son las campanas de una catedral bárbara y gigantesca. De repente recuerda una pequeña poesía que años antes copiara, a bordo de un barquito danzante, cuando pasaba frente a la isla rocosa de Patmos Patino, la isla santa del apóstol San Juan, autor del Apocalipsis. Escucha cantar en su interior el refrán:

A y O
A y O
Repican las campanas de Patino.

Esta asonancia parece establecer una relación entre dos localidades tan opuestas como Patmos y la plaza de Potsdam.

En Estambul lleva la vida de un animal nocturno y cauteloso.

Johannes Lepsius se sabe perseguido y observado. Por eso, generalmente sólo abandona el hotel Tokatlyan de noche. Desde el primer día de su llegada hizo la visita obligada a la Embajada alemana. En vez del ministro, del primer secretario o del agregado de prensa, lo recibe un funcionario subalterno que le pregunta seca y cortantemente: «¿Con qué intenciones viene a Constantinopla?». Lepsius responde que le gusta mucho la ciudad y que no tiene otra intención determinada que tomarse ahí un descanso. En realidad no lleva un fin determinado. El pastor no tiene una idea exacta de lo que podrá hacer. Sólo sabe que es indeseable a los ojos de los turcos y, en adelante, también a los de los alemanes. Aquel capitán de corbeta de la embajada, por ejemplo, había sido siempre amable con él y en otra oportunidad le había procurado, aun a costa de mil dificultades, la entrevista con Enver Pachá; y he aquí que lo encuentra en una calle de Pera y el oficial aparta la vista.

¡Sabe Dios qué vergonzosos rumores han hecho correr acerca de él! A menudo siente una helada sensación que lo traspasa cuando piensa que está ahí completamente solo. Abandonado en esta capital de Turquía, y que los representantes de su país son, más que un apoyo, sus enemigos. Si el Ittihad tuviera la feliz inspiración de hacerlo asesinar secretamente no se armaría en absoluto un escándalo político alrededor de su cadáver. No hace sino perder su tiempo aquí. Ya estamos en la tercera semana de agosto. Hace un calor de una intensidad inimaginable en el Bósforo. «¿A qué me conducirá mi existencia allí?», se pregunta. Luego compara su situación con la de un ladrón inexperto que tratara de abrir con su mano desnuda, sin guante ni ganzúa, una puerta de hierro guardada bajo siete llaves. En todo caso, hay un hecho claro. Hay que abrir esa puerta de hierro guardada bajo siete llaves que conduce al interior de Turquía, por poco que pueda encontrar ahí dentro de ayuda efectiva para los oprimidos, por insignificante que sea el botín. Todo el dinero que penetra en el interior por vía oficial se pierde en el camino y esa ayuda vital no llega a sus destinatarios.

Johannes Lepsius se arriesga a visitar a monseñor Sawen, el patriarca armenio. Se diría que desde el día en que lo vio por última vez, el resto de vida que animaba la apagada persona del arzobispo se había extinguido. Este piadoso hombre mira distraídamente a su visitante y luego, cuando lo reconoce, no puede reprimir sus lágrimas.

—Va a resultar perjudicado, hijo mío, si saben que está aquí murmura.

El pastor oye entonces en todo su horror la completa verdad de lo sucedido durante sus semanas de ausencia. El patriarca le expone los hechos brevemente, secamente, sin voz. Toda tentativa de salvamento no sólo es irrealizable, sino inútil, pues la deportación está ya completamente efectuada. El clero ha sido, en su mayoría, asesinado, así como los jefes políticos sin excepción. Lo único que queda del pueblo son mujeres y niños muriendo de hambre. Llevar alguna ayuda alemana o neutral a los armenios no haría sino excitar la furia de Enver y de Talaat, incitándoles a inventar nuevas

atrocidades.

—Lo mejor es no emprender nada, permanecer tranquilos y morir.

¿No ha observado Lepsius que su casa, la residencia patriarcal, está rodeada de detectives y espías? La menor palabra pronunciada en este cuarto llegará mañana inevitablemente a conocimiento de Talaat Bey. Con un guiño temeroso, monseñor Sawen le indica a su huésped que acerque el oído a su boca. De esta manera conoce Lepsius de la sublevación armenia en el Musa Dagh, las varias derrotas del ejército turco en la montaña hasta entonces inexpugnable. Tiembla la voz cuchicheante del patriarca.

—¿No es horroroso? ¡Parece que el ejército tiene varios centenares de muertos!

Johannes Lepsius no le encuentra a eso nada de horroroso. Sus ojos azules brillan con ardor juvenil detrás de sus gruesas lentes.

—¿Horroroso? ¡En absoluto!, ¡Es magnífico! Si sólo hubiera tres de estos Musa Dagh, nuestro asunto sería muy distinto. ¡Ah, monseñor, allá arriba, en el Musa Dagh, es donde quisiera estar!

El imprudente pastor ha hablado muy fuerte. El patriarca le tapa la boca con una mano petrificada por el miedo. Al despedirse, Lepsius le entrega una parte de la colecta reunida por la obra de asistencia alemana. Con febril precipitación, Sawen encierra los billetes en la caja fuerte de su escritorio; se diría que le queman como llamas. Tiene pocas esperanzas de que su poder benefactor alcance su fin: Deir-es-Zor. Monseñor Sawen murmura de nuevo al oído del alemán una frase muy clara que al principio éste no comprende:

—Los intermediarios y la ayuda que necesitamos no son los de nuestro patriarcado, ni los suyos o los de todos los alemanes o de los países neutrales; los que necesitamos serían los turcos, comprende: ¡los turcos!

—¿Cómo?, ¿turcos? —repite Lepsius en voz baja, viendo surgir ante sus ojos el rostro de Enver Pachá. Esta idea es una locura.

Esta idea es una locura y, sin embargo, ya se encuentra en el camino de la realización. El pastor ha conocido en el comedor de su hotel a un médico turco de unos cuarenta años. El profesor Nezimi Bey; muy elegante, tiene todo el aspecto de un occidental. Vive en el Tokatlyan, pero tiene su consulta en una de las calles selectas del barrio de Pera. Al principio Lepsius tomó al profesor por una de las más simpáticas encarnaciones de la joven sociedad turca. Sin embargo, a pesar de su ciencia europea y su chaqueta de corte impecable, esta apariencia es engañosa. Los dos señores conversan a menudo. Tres o cuatro veces han comido en la misma mesa. Lepsius es excesivamente prudente y reservado; tiene que serlo. El otro, por el contrario, no da pruebas de prudencia ni de reserva, demuestra francamente su odio a la política actual, así como a los dictadores Enver y Talaat; el alemán se siente presa del miedo y calla. ¿No será un espía que le han enviado para hacerte hablar? Pero considerando la distinguida actitud de este hombre culto, pensando por otra parte en su situación, la forma en que se expresa y en su sorprendente conocimiento de idiomas, semejante sospecha parece ridícula. Es imposible que Enver tenga a su disposición agentes provocadores de este nivel social. Sin embargo, Lepsius es bastante prudente para no dejarse seducir. No oculta que en su calidad de sacerdote cristiano busca el medio de suavizar el destino de sus correligionarios armenios; pero no hace críticas y se contenta con esperar y escuchar; aunque Nezimi no parece ser precisamente partidario de los armenios, se complace en imprecaciones contra la política de deportaciones del comité.

—Los campos de cadáveres armenios serán la perdición de Turquía.

Ante estas palabras Lepsius no demuestra la menor emoción.

—Sin embargo, Enver y Talaat cuentan con la gran mayoría de la nación.

—¡Cómo! ¿La mayoría de la nación? —repite sobresaltado Nezimi—. Vosotros, extranjeros, no sabéis en realidad cuán débil es ese partido y sobre todo cuán moralmente débil. Se compone de la más ignominiosa chusma de advenedizos. Esta gente, que se

enorgullece de pertenecer a la raza otomana, da pruebas de una impertinencia sin igual. La mayoría de esos «turcos de pura sangre» proviene de Macedonia, donde se encuentra la mayor mezcla de razas de los Balcanes.

—Ésa es una vieja historia, profesor. La única gente que hace alarde de su raza es, generalmente, aquella que necesitaría algo análogo.

Nezimi mira con ojos tristes a Lepsius.

—Realmente, es una pena que un hombre como usted, que ha estudiado tan exactamente nuestra situación, no tenga, sin embargo, la menor idea del verdadero sentimiento del pueblo turco. ¿Sabe que los verdaderos turcos condenan aún más que usted las deportaciones armenias?

Johannes Lepsius lo escucha con profundo interés.

—¿Y quiénes son esos verdaderos turcos, si no es indiscreción, señor profesor?

—Todos aquellos que aún no han perdido su religión —dice Nezimi, sin dar mayores explicaciones.

En la noche de aquel mismo día, extrañamente excitado, llama a la puerta del pastor.

—Si le agrada, mañana lo llevaré al *tekkeh* del jeque Achmed. Es un gran regalo lo que recibe; además, podrá hablar francamente respecto a los armenios, y tal vez obtener resultados positivos. —Y volvió a repetir—: Es un favor considerable.

Inmediatamente después del almuerzo, como habían convenido, Nezimi va a buscar al pastor. Recorren a pie la mayor parte del largo trayecto. Hoy el calor tórrido está atenuado por la frescura de la brisa, que sopla del mar de Mármara. Por el brillante cielo de Estambul se ven pasar enormes bandadas de cigüeñas y gaviotas, que van a hacer sus nidos al otro lado de la costa asiática. A través de las calles interminables de Ak-Serai, el profesor hace pasar al pastor frente al *seraskeriat* de Enver Pachá y frente a la mezquita del sultán Bajazat. Continúan siempre su camino hacia el oeste. Ahora se encuentran en el centro de la ciudad en medio de una mezcla sórdida de construcciones decrépitas. Ha desaparecido el pavimento.

Tropiezan con rebaños de ovejas y cabras. Por encima de las innumerables casitas de madera negruzca, agrupadas unas junto a otras en desorden, se yerguen amenazantes las antiguas fortalezas bizantinas, bordeadas de torres, troneras y fortificaciones; Johannes Lepsius no se halla en absoluto con ánimo de deleitarse con esos viejos barrios pintorescos, aunque malolientes. Del mismo modo no le interesa como nueva revelación aquel centro de la piedad musulmana que va a conocer hoy. Como todo espíritu de una aspiración sobrehumana y dolorosa, lo ve todo bajo el único punto de vista relacionado con la desgracia de los armenios. Por eso, insensible a las nuevas aventuras, ya urde en su corazón un sinnúmero de planes y proyectos. No por curiosidad, sino a causa de sus proyectos, pregunta a su guía:

—¿Acaso vamos a ver a los derviches de Mewlewi?

A pesar de sus prolongadas estancias en Palestina y en Asia Menor, Lepsius no sabe casi nada del islam. En él ve sólo al enemigo fanático del cristianismo. Es una de las debilidades humanas el no conocer bien a aquél que debería comprenderse: al enemigo; por eso el pastor desconoce totalmente el mundo de los creyentes mahometanos. Ha nombrado a los derviches de Mewlewi, porque este nombre le es familiar. El doctor Nezimi hace un gesto casi desdeñoso.

—El jeque Achmed, nuestro maestro, es el jefe de una orden que el pueblo llama «ladrones de corazones» —dice.

—¡Vaya un título raro para una orden religiosa! ¿Por qué «ladrones de corazones»? —pregunta.

—Usted mismo lo verá más tarde.

Durante el trayecto el guía da al pastor diversas explicaciones. Informa al alemán de que la corriente de la religión mahometana se separó en dos brazos poderosos, El Chaariat y el Tarikaat. Si el Chaariat se parece mucho al clero secular de la Iglesia Católica, en cambio es completamente inexacto comparar el Tarikaat a la vida monacal. Ser derviche no significa renunciar al mundo y retirarse para toda la vida a un *tekkeh*. Cualquiera puede hacerse y permanecer derviche, siempre que cumpla con ciertas condiciones,

pero para ello no necesita ni abandonar su profesión ni su familia; el gran visir puede serlo, como el sastre, el herrero y el empleado de banca o el oficial; se dividen en cofradías muy diversas, repartidas por todo el país, cuyos hermanos se «reconocen» entre ellos por el «sentimiento». Johannes Lepsius pregunta pensativa y calculadoramente:

—Por consiguiente, estas órdenes de derviches deben representar por su cantidad un enorme poder.

—No sólo por el número, puede creerme, señor doctor.

—¿Y en qué consiste la vida religiosa de esa gente?

—Por lo que me han dicho, consiste en lo que ustedes llaman un «retiro». Pero es muy probable que ese término sea falso. De vez en cuando nos reunimos para practicar algunos ejercicios de plegarias, llamadas el *zikr*. Cada miembro debe una o varias veces en su vida servir en el *tekkeh* y vivir ahí durante un tiempo, pero lo esencial es ser obediente al maestro que nos instruye y que esta obediencia venga de lo más hondo de nuestro corazón.

—Ese maestro que le instruye es el jeque Achmed, ¿verdad, señor profesor?

Aunque Lepsius no pregunta francamente quién es ese jeque Achmed, Nezimi le da la respuesta que desea:

—Es un *weli*, ustedes dirían un santo, pero también esta traducción es completamente falsa. Él ha desarrollado en sí, durante el curso de su vida, ciertas fuerzas, cuyo nivel está muy por encima de nuestra vida humana. ¿Conocen la palabra francesa *initiation*? Y lo más admirable en él, como usted mismo verá, es su perfecta sencillez.

Ambos se detienen frente a una muralla alta. Las copas de cipreses e higueras, así como las flexibles ramas de glicinas que caen hacia afuera, denotan la existencia de un jardín. Nezimi Bey golpea con su bastón la puerta tallada de esta muralla. Después de un buen rato, les abre un anciano de cuerpo pesado y mirada bondadosa. Aparece entonces el maravilloso jardín sombreado. Un cedro de varios siglos lo domina todo. Cuelgan de dos ramas vigorosas los fragmentos mohosos de una cadena. Nezimi cuenta al pastor que en

tiempos muy remotos se amarró al cedro aún muy joven hasta que la fuerza interior de su crecimiento rompiera un día la cadena de hierro. Es un símbolo de la vida del derviche. En medio del silencio curiosamente extraño, después de los mil ruidos de la ciudad, se oye tan sólo el borboteo del agua en una fuente. Este es otro símbolo evidente del culto que tienen los turcos por el agua. El jardín termina a la derecha con una casa sombría, de aspecto inquietante, y a la izquierda con una casa clara y de bella apariencia. Entran a la hermosa casa de madera después de haberse quitado los zapatos. Nezimi conduce al extranjero por una escalera oscura que desemboca en una especie de palco desde donde se domina la gran sala del *tekkeh*, que da la impresión de un amplio pabellón con sus columnas esbeltas de madera y sus muros tallados en lo alto, según los arabescos de una complicada filigrana. El piso está cubierto por magníficas alfombras, y el muro oeste de frente a la Meca está adornado con un nicho en forma de trono. A ambos lados de las gradas, están sentados algunos hombres. El médico cuenta al pastor que ésos son los «califas» representantes y confidentes del jeque, que se hallan particularmente cerca de su corazón. Todos llevan el mismo turbante blanco, hasta un capitán de infantería, que —cosa extraña— se encuentra entre estos personajes. Lepsius divisa además a un anciano seco como la madera, atacado probablemente por una enfermedad nerviosa, pues su rostro, terminado en una barba puntiaguda, es sacudido a ratos por un tic. También hay un hombre de extraordinaria hermosura, que tiene una barba oscura y viste una túnica. Nezimi lo llama «el hijo del jeque». Al lado de esta silueta juvenil, que parece nimbada por una luz plateada, está sentado, con las piernas cruzadas, un niño de cinco años; es el hijo del hijo, vestido de blanco igual que su padre. Pero Lepsius se interesa sobre todo por un personaje que por su aspecto y sus maneras es manifiestamente el más poderoso entre los asistentes. Así es como el pastor se imagina a los grandes califas de antaño, Bajazet, Mahmud II, y tal vez al mismo profeta. Su rostro parece poseído por el fanatismo, y su barba, de un negro azulado, le sube hasta las órbitas. Su mirada fija, pero perdida, no sabe de la indulgencia para con el

enemigo, ni tampoco para con el amigo. «Es el *turbedar* de Brusse», oye explicar Lepsius, y le dicen que ese título designa una función simbólica muy elevada, la de guardián de las tumbas de sultanes y santos. Por lo demás, parece que este hombre es un gran sabio, no sólo en los dominios relativos al Corán, sino también en algunas ramas de la ciencia moderna. Del mismo modo, ese menudo señor mayor, que tan tranquilamente está sentado frente a él, así como aquel al extremo de su derecha que desliza por entre sus blancas manos una corona de ámbar, reviste también ahí un alto cargo simbólico: conservador de la genealogía del profeta.

—¿Estos hombres viven siempre en el *tekkeh*?

—No, es una grande y feliz casualidad que hayan venido hoy a visitar al jeque. Si no me equivoco, aquel anciano viene de muy lejos, de Sitia, de Antioquía. Es el amigo más antiguo de nuestro jeque, se llama agá Rifaat Bereket.

—El agá Rifaat Bereket —repite Lepsius, distraído, como si este nombre no le fuera completamente desconocido. Pero no tiene ojos para el agá ni para las treinta o treinta y cinco personas, que llenan la sala con sus murmullos; él no mira sino al imponente *turbedar*. Por eso no se da cuenta de la entrada del jeque Achmed hasta que éste se sienta en su sillón. Nezimi Bey tenía razón. Nada, en el exterior de este jefe religioso que reina sobre las almas de más de cien mil fieles, denota su importancia y su poder. Es un hombre corpulento de barba blanca, que lleva impresa en los rasgos de su semblante una afabilidad superior y no oculta sus prácticos dictámenes sobre las cosas terrenales.

Todos se han levantado bruscamente, y casi con desesperación se precipitan hacia el anciano jeque para besarle las manos; cuando ya todos han podido hacer a su antojo sus demostraciones de respeto y de amor, el *turbedar* se inclina el último sobre la mano blanca y regordeta de Achmed.

El éxtasis del *zikr* del que Lepsius es ahora testigo no le deja indiferente, sino que le provoca un pesado malestar, difícil de expresar. Para dar comienzo a la ceremonia, el hermoso hijo del jeque, con otros diez jóvenes que también visten largos hábitos

blancos, se disponen en fila junto al muro este de la sala. El niño, cuyo rostro resplandece con una solemnidad precoz, forma el ala derecha de esta fila. Se oye, sin saber de dónde procede, una música de flautas, monótona y nasal. Frente a un atril del Corán, incrustado en oro, hay un hombre de pie que, con los ojos cerrados, salmodia un versículo a media voz con un desagradable tono de falsete. El viejo jeque Achmed hace con la mano una señal imperceptible. Inmediatamente cesan la música y la letanía. El hijo inclina hacia atrás la cabeza con una expresión atenta, como quien deseara en la cara una llovizna. De su garganta se escapan sonidos ahogados por un estremecimiento; se diría que existe una felicidad sobrehumana en poder pronunciar las sílabas del inconcebible versículo en el cual está concentrado todo el poder del libro que contiene la revelación divina: «*La-ilah-ila-Ilah*». No hay más Dios que Dios. Ahora los demás también echan atrás la cabeza, y los dos grupos de tres sílabas, acto de fe mahometano, se funden en un extraño y plañidero zumbido. Como en una pieza musical, ha sido dado el tema para ser enseguida desarrollado. El cuerpo del hijo se estremece luego en un leve movimiento ondulante, mientras el «*La-ilah-ila-Ilah*» se matiza con ondulaciones más definidas, y el joven inclina la cabeza en las cuatro direcciones del espacio, hacia adelante, hacia atrás, a izquierda y a derecha. Este movimiento de cuatro tiempos se contagia a los demás y se intensifica gradualmente. Pero entre ellos no rige la simetría de un ejército, o de un cuerpo de baile. Al contrario, cada cual se abandona a su propia ley, cada «yo» de esta comunidad parece estar a solas en ese llamamiento apasionado a su Dios. Pero de ello surge una simetría más elevada, la simetría de un bosque sacudido por la tempestad, la simetría de un mar agitado por olas tempestuosas. La completa libertad y la soledad del yo ante su dios son las condiciones indispensables sobre las cuales puede edificarse una comunidad perfecta.

El viejo jeque, sus califas y los demás asistentes toman parte en los ejercicios del *zikr* con leves movimientos de acompañamiento. El niño del jeque joven inclina en todos sentidos su cuerpecito menudo, con una gravedad desesperada. A veces puede oírse el

impresionante piar de su débil voz infantil en medio de las ondulaciones generales, repitiendo la «*ilah*». Más o menos al cabo de doce minutos, las oscilaciones de los cuerpos de los derviches están casi en ángulo recto y sus llamamientos parecen aullidos roncos e irregulares. De nuevo el viejo jeque hace una breve señal, y la ceremonia se interrumpe bruscamente. A los corazones de los participantes y espectadores parece haber descendido una dicha desbordante, una íntima satisfacción bienaventurada. Una sonrisa extenuada ilumina los rostros. Los hombres se abrazan.

Johannes Lepsius no puede dejar de pensar en los ágapes de los primeros cristianos. Pero, ¿cómo? Esta fiesta de amor no proviene del espíritu, sino de las violentas contorsiones del cuerpo. No las comprende. Mientras tanto, algunos personajes han entrado en la sala por una pequeña puerta. Traen jarros de agua, bandejas llenas de alimentos y hasta trajes que depositan frente al jeque Achmed. Éste sopla repetidas veces sobre estos objetos. De ahora en adelante poseerán una virtud curativa. Tras una pausa recomienza de nuevo el *zikr* y en un tono creciente. Aquí, el número cuatro es sagrado. Por eso se efectúan cuatro éxtasis separados cada vez por una pausa. La violencia y el ritmo del último *zikr* es tan salvaje, que Johannes Lepsius no puede soportar la vista de este espectáculo y cierra los ojos por un rato, pues casi se siente mareado. Cuando el último *zikr* llega a su punto culminante, el delgado anciano se pone a dar vueltas como un poseído, hasta que se desploma en una crisis de epilepsia. El pastor se vuelve hacia el médico sentado detrás de él. ¿Nezimi no se precipita a atender al epiléptico? Pero este hombre elegante, que ha seguido los cursos de la Sorbona, no parece ser consciente de lo que le rodea. Un movimiento giratorio anima su busto y en sus ojos se refleja la embriaguez. Bajo su bigote a la americana, sus labios también balbucean ahora la fórmula un tanto reprimida: «*La-ilah-ila-Ilah*». El malestar del pastor alcanza su punto culminante. Pero no se trata sólo de una repugnancia hacia este fenómeno que le parece tan extraño y bárbaro; siente cierta incomodidad y vergüenza al ver su embriaguez religiosa, que ve desplegarse ante sí en todo su ardor, y siente al mismo tiempo molestia y vergüenza al pensar que

su alma occidental no está a la altura de la embriaguez religiosa que ve desplegada a sus pies en toda su violencia.

Este intenso malestar persiste aún cuando entra en el *sancta sanctorum* de este mundo extrañamente desconocido, la sala donde el jeque da sus audiencias. El día en que Lepsius se enfrentó a Enver Pachá, no estaba sin duda más emocionado que ahora. Sin embargo, el jeque Achmed lo recibe con mucha amabilidad. Avanza algunos pasos al encuentro del pastor y de Nezimi Bey. Se han reunido en la amplia estancia algunos de los califas del jeque; el *turbedar* de Brusse, el agá Rifaat Bereket, el joven jeque y el capitán de infantería. Los únicos asientos son divanes bajos arrimados a la pared. El jeque Achmed ofrece al pastor el lugar vacío a su lado. Como los demás, Johannes Lepsius debe sentarse con las piernas cruzadas. Los ojos del viejo Achmed que, además de una sabiduría práctica y clara, reflejan una insondable serenidad, se vuelven inmediatamente hacia su huésped.

—Sabemos quién eres y qué te trae entre nosotros. No dudo que no nos comprendas como nosotros esperamos comprenderte. Tal vez nuestro hermano Nezimi ya te ha explicado que aquí damos menos importancia a las palabras que al contacto de nuestros corazones. Permite que examine el estado de nuestros dos corazones…

La sotana del alemán está cerrada. El jeque Achmed la desabrocha cuidadosamente con su propia mano blanca. Sonríe como para excusarse:

—Así nos comprenderemos mejor.

Johannes Lepsius habla y comprende bastante bien el turco y perfectamente el árabe. Pero el jeque Achmed emplea una mezcla de ambos idiomas muy difícil de entender; por lo tanto pide a Nezimi que sirva de intérprete en caso de emplearse términos especialmente delicados. El médico traduce:

—Nuestro corazón es doble. Existe uno de carne y otro secreto y celestial que envuelve al primero como el perfume a la rosa. Este

segundo corazón es el que nos pone en relación con Dios y los hombres. ¡Ábrelo, te lo ruego!

El pesado cuerpo del personaje tal vez octogenario se inclina atentamente sobre el pastor. Con una seña imperceptible le hace comprender que, en cierta forma, debe cerrar los ojos. Johannes Lepsius experimenta una sensación de reposo en todo su ser. La sed ardiente que hace un instante lo devoraba, ha desaparecido de súbito. Aprovecha este intervalo para tranquilizar su ánimo tras los párpados cerrados y recopilar los argumentos que le servirán para luchar por los armenios. Por extraños caminos Dios lo ha guiado hasta este lugar, donde inesperadamente encuentre tal vez aliados. El deseo de monseñor Sawen, que no quería alemanes ni neutrales, sino verdaderos turcos como intermediarios, este deseo absurdo parece estar en vías de realización. Cuando Lepsius vuelve a abrir los ojos, el rostro del viejo jeque se le presenta como bañado por una cálida luz solar. Este último no revela en nada el resultado del examen de corazones al que acaba de entregarse. Ruega al pastor tener a bien decirle en qué podrían ayudarle. Y así es como se inicia la gran conversación.

JOHANNES LEPSIUS (*Al principio no encuentra los términos turcos, sino con lentitud y dificultad. A menudo mira al doctor Nezimi Bey para pedirle su ayuda y preguntarle la expresión correspondiente a su pensamiento*): A pesar de ser cristiano y extranjero, he podido penetrar en este venerable *tekkeh* gracias al insigne favor que me ha concedido el jeque Achmed *Effendi*… Hasta he podido asistir a vuestros oficios religiosos. El ardor y la sinceridad de vuestra aspiración hacia Dios han colmado mi corazón de una dichosa emoción. Aunque no pueda comprender el sentido más íntimo de vuestras santas costumbres, ignorante como soy y llegado de un país lejano, no he podido, sin embargo, dejar de sentir cuán grande es vuestra devoción… Y por esto, considerando vuestra devoción y vuestra religiosidad, encuentro tanto más espantoso lo que sucede en vuestra patria sin que nadie lo impida…

EL JOVEN JEQUE (*después de pedir con una mirada a su padre el permiso para hablar*): Sabemos que desde hace muchos años eres un entusiasta amigo del pueblo armenio…

JOHANNES LEPSIUS: Soy más que un simple amigo para ellos; les he consagrado toda mi vida y todas mis fuerzas.

EL JOVEN JEQUE: ¿Y ahora vienes a acusarnos por estos sucesos?

JOHANNES LEPSIUS: Soy un extranjero. En ninguna parte el extranjero tiene derecho a acusar. Sólo estoy aquí para deplorar lo sucedido y rogaros me concedáis vuestros consejos y vuestra ayuda.

EL JOVEN JEQUE (*con evidente obstinación, que las solemnes palabras no consiguen apaciguar*): Y, sin embargo, haces responsables de lo que sucede a todos los otomanos sin distinción.

JOHANNES LEPSIUS: Un pueblo se compone de varias partes: del Gobierno y de sus órganos, de las clases que están de acuerdo con el Gobierno y, por último, de la oposición.

EL JOVEN JEQUE: ¿Y a cuál de estas partes consideras responsable?

JOHANNES LEPSIUS: Conozco bien vuestra intención desde hace veinte años. Y también la de vuestros asuntos interiores. He parlamentado con los jefes de vuestro Gobierno. Tan cierto como que Dios me ayuda debo reconocer que toda la culpa de la ruina de este pueblo inocente cae sólo sobre sus jefes.

EL TURBEDAR (*levanta la fanática testa de ojos despiadados. En ese mismo instante su presencia y su voz dominan la habitación*). —Pero, ¿quién es responsable del Gobierno?

JOHANNES LEPSIUS: No comprendo tu pregunta.

EL TURBEDAR: Entonces, voy a hacerte otra: ¿Han vivido siempre los otomanos y armenios en un ambiente de discordia? ¿No existió una época en que vivieron apaciblemente uno al lado del otro? Puesto que conoces nuestra situación, también debes conocer nuestro pasado.

JOHANNES LEPSIUS: Por lo que sé, las grandes matanzas sólo empezaron el siglo pasado, después del Congreso de Berlín…

EL TURBEDAR: Acabas de contestar a mi primera pregunta. En el curso de este congreso empezásteis, los europeos, a inmiscuiros en

la vida interior de nuestro imperio, exigiendo reformas entre nosotros y quisisteis comprar a vil precio a Allah y a nuestra fe. En cuanto a los armenios, ellos eran entonces vuestros viajantes de negocios.

JOHANNES LEPSIUS: ¿Acaso no era la misma época y el desarrollo de la vida, cuando se reclamaron estas reformas con mayor insistencia aún que en Europa? Y es muy natural que los armenios las anhelaran, puesto que eran un pueblo más débil y más activo que vosotros

EL TURBEDAR (*el rostro encolerizado, llenando toda la sala con su santa cólera*): En cualquier caso, nosotros no queremos vuestras reformas, vuestra evolución, ni vuestra actividad. Sólo queremos vivir en la gracia de Dios y desarrollar en nosotros las fuerzas que pertenecen a Allah. ¿No sabes que lo que vosotros llamáis acción y actividad, no es sino una encarnación del demonio? ¿Tendré que probártelo? Habéis adquirido algunos conocimientos superficiales respecto a la esencia de los elementos químicos. Pero, ¿cuál es la consecuencia de vuestra ciencia cuando lográis transportar estos conocimientos insuficientes al terreno de la acción y de la actividad? La producción de gases venenosos con los cuales hacéis guerras cobardes, indignas hasta de un perro. Y vuestros aviones, ¿han tenido diferente resultado? Os sirven para hacer saltar ciudades enteras. Mientras tanto ayudáis a los usureros para que despojen a los infelices con rapidez. Toda vuestra actividad diabólica nos prueba que no existe actividad que no termine en destrucción y aniquilación. Por esto, de buena gana renunciaríamos a las reformas, evoluciones y beneficios de vuestra cultura, para seguir viviendo en nuestra antigua pobreza y el respeto del bien.

EL VIEJO JEQUE ACHMED (*trata de darle a la conversación un tono más conciliador*): Dios nos ha servido su bebida en copas diversas y cada una de ellas tiene forma diferente.

EL TURBEDAR (*no puede calmarse, pues cree haber encontrado el ansiado adversario para su ilimitado rencor*): Tú dices que el Gobierno se ha hecho responsable de esta sangrienta injusticia. Y bien, en realidad ese Gobierno no es el nuestro, sino el vuestro. De vosotros

ha tomado el modelo. Vosotros lo habéis apoyado en su lucha sacrílega contra el más sagrado de nuestros bienes. En el presente actúa según vuestras doctrinas y vuestras opiniones. Por consiguiente, debes reconocer que no son los otomanos como nosotros, sino Europa y los esclavos de Europa, quienes son responsables del destino de este pueblo por el cual combates. Y los armenios no tienen ahora sino lo que merecen, pues son ellos quienes desearon que volvieran al país esos criminales renegados, a quienes favorecieron y colmaron de homenajes basta el momento en que el objeto de su adoración se volvió contra ellos. ¿No reconoces en eso la mano de Dios? A donde vais, vosotros y vuestros discípulos, lleváis con vosotros la podredumbre. Hipócritamente pretendéis seguir la religión del profeta Jesucristo, pero en el fondo de vuestra alma no creéis sino en la fuerza inerte de la materia y en la muerte eterna. Vuestros corazones son tan débiles que ya nada saben de las fuerzas que Allah les dio y que perecen sin haber sido utilizadas. Sí, vuestra religión es la muerte y toda Europa no es más que una prostituta al servicio de la muerte.

EL VIEJO JEQUE (*con una mirada severa ordena moderación al turbedar. Enseguida acaricia la mano del pastor como para consolarlo y reconciliarlo*): Todo está encerrado en los designios de Dios.

EL JOVEN JEQUE: Muy cierto, *Effendi*. No puedes negar que el nacionalismo que hoy reina entre nosotros es un veneno extranjero importado de Europa. Hace sólo algunas décadas nuestros pueblos vivían felices bajo la bandera del profeta; turcos, árabes, kurdos, lazos, y aun otros. El espíritu del Corán bastaba para suavizar las diferencias terrenales de la sangre. Hoy día los árabes, que no tienen razón para quejarse, se han hecho nacionalistas y se han declarado nuestros enemigos.

EL VIEJO JEQUE: El nacionalismo es la herida abierta y quemante que Allah deja en el corazón humano cuando lo expulsan de él. Y, sin embargo, no puede ser expulsado sin su propia voluntad.

JOHANNES LEPSIUS (*que representa la Europa acusada, está sentado sobre sus piernas cruzadas. No pierde de vista su finalidad. Por*

eso acepta sin enojo las maldiciones del imponente turbedar de Brusse. No le duelen más que sus piernas cruzadas y entumecidas). —Cuanto os oigo decir hoy día, no es novedad para mí. Sí, a menudo he hecho discursos semejantes a mis compatriotas. Soy cristiano, aun más, soy un sacerdote cristiano y, sin embargo, os confieso que un gran número de cristianos que he encontrado en mi vida servían a Dios sólo con los labios, indiferentes e impíos…

EL TURBEDAR (que a pesar del gesto tácito de reprobación que le hace el jeque Achmed no puede renunciar a exclamar): ¿Reconoces entonces que los verdaderos culpables sois vosotros mismos y no los turcos?

JOHANNES LEPSIUS: Mi religión me ordena considerar toda falta como inevitable herencia de nuestro antepasado Adán. Los hombres y los pueblos se lanzan unos a otros el pecado original como si fuera una pelota. No puede precisarse el momento en que se cometió ni por fecha, ni por acontecimiento. ¿Dónde habría que empezar? ¿Dónde detenerse? No estoy aquí para pronunciar el menor reproche contra el pueblo turco. Sería un gran error creerlo así. Estoy aquí para pedir una benevolente comprensión.

EL TURBEDAR: Ahora venís a implorar nuestra comprensión, después de despertar en nosotros las fuerzas malignas.

JOHANNES LEPSIUS: No soy un calvinista. Todo hombre, lo quiera o no, pertenece a una comunidad del pueblo y permanece ligado a ella. Es un hecho natural. Como cristiano, creo que Nuestro Señor que reina en los cielos ha creado estas desigualdades para hacer nacer el amor. Pues sin desigualdades ni tensiones recíprocas, ningún amor sería posible. Yo también, por naturaleza, soy muy diferente a los armenios y, sin embargo, he aprendido a comprenderlos y a amarlos.

EL TURBEDAR: Pero, ¿has pensado alguna vez cuánto nos quieren y comprenden los armenios? Ellos son quienes llevaron como un hilo conductor vuestro infernal desorden en medio de nuestra paz. Y tal vez tú los consideras inocentes corderos. Pues bien, yo te digo que no vacilan en degollar fríamente a cualquier turco que por casualidad les caiga en la mano. Tal vez ignoras aún

que hasta sus sacerdotes cristianos toman parte con placer en tales asesinatos.

JOHANNES LEPSIUS (*por primera vez debe dominarse para no contestar con demasiada brusquedad*): Puesto que tú lo dices, *Effendi*, habrá que creer que tales actos criminales de venganza han sido realmente cometidos aquí y allá. Pero no hay que olvidar que vuestros *bodchas*, vuestros mulás y vuestros ulemas, no cesaban de excitar a la población. En fin, a pesar de todo, vosotros sois la fuerza mientras los armenios no tienen ningún poder.

EL TURBEDAR (*que no sólo es un sabio, sino aun más, un gran polemista, conoce perfectamente el arte de escapar al peligro de los detalles particulares, refugiándose inmediatamente tras el sólido parapeto de la generalidad*): Habéis dispersado por el mundo entero calumnias sobre nuestra religión. La más pérfida es aquella que nos tilda de intransigentes. ¿Crees que si hubiéramos sido intransigentes aún existiría un solo cristiano en el imperio que el califa gobierna desde hace siglos? ¿Qué hizo el gran sultán que conquistó Estambul el primer año de su reinado? ¿Expulsó a los cristianos de su imperio? ¿Cómo? No, organizó el patriarcado griego y el patriarcado armenio dotando a ambos de un poder, de un esplendor y de una libertad sin límites. En cambio, ¿qué hicieron los vuestros en España? Lanzaron por millares al mar a los musulmanes que habían establecido allí sus hogares, o los quemaron en las hogueras. ¿Somos nosotros quienes os envían misioneros, o sois vosotros quienes nos los mandan? Agitáis la cruz ante vosotros sólo para proporcionaros mejores dividendos con el ferrocarril de Bagdad y las explotaciones de petróleo.

EL VIEJO JEQUE: El Sol es imperioso, mientras la Luna es suave y tranquila. El *turbedar* pronuncia palabras hirientes, pero no es a ti, querido huésped, a quien las dirige: debéis comprender que también nuestros hermanos están agriados por la injusticia que se comete con nuestra religión. ¿Sabes cuál es la palabra que, en segundo término después de Dios, engalana el texto del Corán? ¡Esa palabra es «paz»! ¿Y sabes lo que dice el décimo sura? «Antaño los hombres formaban una sola comunidad. Luego se dispersaron. Pero si no hubieran

recibido una orden del Señor, ya sabrían la causa de su desunión». Nosotros no aspiramos menos que vosotros, cristianos, a un reino de unión y de amor. Nosotros también nos negamos a odiar a nuestros enemigos. Pero, ¿puede ser capaz de odio un corazón que encierra la concepción de Dios? Uno de los deberes más esenciales de nuestra cofradía es hacer reinar la paz. Mira, el *turbedar* que habla tan duramente es uno de nuestros más activos mensajeros de paz. Desde hace mucho tiempo, mucho antes de que oyéramos hablar de ti, trabajó en favor de los deportados, y no es el único. Entre los verdaderos guerreros también tenemos nuestros mensajeros de paz…

(Hace señas para que se acerque el capitán de infantería que se halla sentado en el tapete más distante, siendo probablemente el más joven y el menos perfecto de los miembros de la orden. El capitán toma lugar tímidamente al lado del venerado viejo jeque. Tiene grandes ojos afectuosos y rasgos emotivos a los cuales sólo un gran bigote muy cuidado presta cierta dignidad militar).

EL VIEJO JEQUE: Por orden nuestra ha visitado el campamento de los deportados armenios en los países de Oriente.

EL CAPITÁN (*se vuelve hacia Johannes Lepsius*): Soy oficial y pertenezco al regimiento agregado al Estado Mayor de tu ilustre compatriota, el mariscal Goltz Pachá. El corazón del Pachá está también lleno de preocupaciones y aflicciones por sus correligionarios cristianos. Pero no puede hacer mucho en su favor contra la voluntad del ministro de la Guerra. Me presenté a él para obtener un permiso a fin de cumplir mi misión.

EL VIEJO JEQUE: ¿Y qué localidades has visitado durante tu viaje?

EL CAPITÁN: La mayoría de los campos de deportación se hallan en las riberas del Eufrates, entre Deir-es-Zor y Meskene. Permanecí varios días en los tres más grandes.

EL VIEJO JEQUE: ¿Y puedes hacernos un relato de lo que encontraste en el camino?

EL CAPITÁN (*lanza hacia Lepsius una mirada atormentada*): Preferiría poder callar en presencia de este extraño…

EL VIEJO JEQUE: El extranjero comprenderá que se trata de la vergüenza de nuestros propios enemigos. ¡Habla!

EL CAPITÁN (*fija la mirada en el suelo buscando sus palabras*. No *se atreve a describir lo indescriptible. Sus frases opacas y entrecortadas no alcanzan a expresar el ambiente cuyo horror oprime su garganta*): Los campos de batalla son algo espantoso… Pero el mayor campo de batalla no es nada al lado de Deir-es-Zor… Nadie podría imaginar semejante espectáculo…

EL VIEJO JEQUE: Y de todo eso, ¿qué es lo peor?

EL CAPITÁN: Ya no son seres humanos. Son fantasmas. Pero tampoco fantasmas de hombres…, fantasmas de monos… Sólo mueren lentamente porque comen hierba y de vez en cuando reciben un pedazo de pan. Sin embargo, lo peor de todo es que ya no tienen fuerzas para enterrar a sus muertos, que se cuentan por docenas de miles… Deir-es-Zor es un gigantesco depósito de la muerte…

EL VIEJO JEQUE (*después de un prolongado silencio*): ¿Y qué posibilidades de socorro existen para ellos?

EL CAPITÁN: ¿Socorro? Lo que más valdría sería matarlos a todos en un día… He dirigido una circular a nuestros hermanos… Hemos conseguido colocar en familias turcas y árabes a más de mil huérfanos… Pero casi no vale la pena hablar de ello, ¡es tan poco!

EL TURBEDAR: ¿Y qué consecuencias tendrá tu buena acción? Esos niños serán educados en nuestras familias con tanto cuidado como amor, y, sin embargo, los europeos dirán que los hemos robado para deshonrarlos y maltratarlos.

EL VIEJO JEQUE: Es verdad, pero no tiene importancia. (*Se vuelve hacia el capitán*). Esos infelices no vieron en ti más que a un enemigo, por el simple hecho de ser turco, ¿o pudiste conquistar su confianza?

EL CAPITÁN: En su desesperación, que ya nada tiene de humana, ya no saben quién es su amigo o su enemigo… Siempre que me acercaba a un campamento hordas de estos miserables se precipitaban sobre mí… En su mayoría son sólo mujeres y ancianos… Casi todos desnudos… Aullaban de hambre. Las

mujeres buscaban en los excrementos de mi caballo los granos de avena mal digeridos… Después, cuando tuvieron confianza en mí, me agobiaron con sus súplicas… Estoy cargado de misiones y ruegos que no puedo cumplir… Por ejemplo aquí tengo una carta… (*Saca de su bolsillo un papel sucio que muestra a Johannes Lepsius*). La escribió un sacerdote cristiano como tú. Estaba sentado al lado del cadáver de su mujer que desde hacía tres días yacía allí insepulto… Era insoportable… Este hombre era pequeñito, apenas quedaba algo de él. Se llamaba Harutiun Nokhudian y es oriundo de cierta aldea de la costa siria. Sus compatriotas se refugiaron en una montaña. Le di mi promesa de hacer llegar esta carta a los suyos. Pero ¿cómo hacerlo?

JOHANNES LEPSIUS (*transido basta el fondo de su alma por los relatos del capitán, ya no siente desde hace rato el calambre que paralizó los músculos de sus piernas cruzadas. Sólo lee las grandes letras armenias en la dirección del papel que le muestran: «Para el sacerdote de Yoghonoluk, Ter Haigassun»*): Este ruego, como todos los demás, no será atendido.

AGÁ RIFAAT BEREKET (*ha hecho desaparecer su rosario de ambar. La fina silueta del anciano de Antioquía hace algunos movimientos de balanceo hacia el lado del jeque*): Este ruego puede ser atendido. Haré llegar la carta de Nokhudian a sus compatriotas. En pocos días viajaré a la costa siria.

EL VIEJO JEQUE (*se vuelve hacia Lepsius con una fina sonrisa*): ¡Qué ejemplo nos da Dios de su eficacia todopoderosa! Dos hermanos extraños uno del otro se encuentran en esta gran ciudad para que el deseo de un desgraciado sea realizado… Y ahora nos conocerás mejor. He aquí a mí amigo, el agá de Antioquía. Ya no es un hombre en la plenitud de sus fuerzas como tú. Tiene setenta años, y sin embargo, no cesa de emprender viajes y trabajar desde hace meses en favor de la raza armenia, él, que, a pesar de esto, es un buen turco. Hasta ha hablado personalmente de ellos al sultán y al jeque ül Islam.

AGÁ RIFAAT BEREKET: El amo de mi corazón conoce mis intenciones. Desgraciadamente, los otros son muy fuertes y nosotros

muy débiles.

EL VIEJO JEQUE: Somos débiles porque los esclavos de Europa sustraen a nuestro pueblo su religión. Así es, como ha dicho en malas palabras el *turbedar*. Bien, tú ya conoces la verdad. Pero los débiles no son cobardes. No puedo saber si tu actividad en favor de los armenios te pone en peligro. Para el agá o el capitán pueden resultar sumamente peligrosas. Si un traidor o un espía los denuncia al Gobierno, desaparecerán para siempre en la cárcel.

JOHANNES LEPSIUS (*se inclina sobre la mano del jeque Achmed, pero no la besa, pues no consigue sobreponerse a su rubor y a su reserva*): Bendigo esta hora y también a vuestro hermano Nezimi Bey que me ha traído aquí. Ya no tenía ni la sombra de una esperanza. Pero ahora, he vuelto a encontrarla y estoy casi seguro de que, a pesar de los campos de deportaciones, con vuestra ayuda se conservará con vida una parte del pueblo armenio.

EL VIEJO JEQUE: Eso depende únicamente de Dios… ¡Ponte de acuerdo con el agá!

JOHANNES LEPSIUS: ¿Existe alguna posibilidad de salvar a los hombres del Musa Dagh?

EL TURBEDAR (*se enfurece de nuevo, pues esta simpatía por los rebeldes sobrepasa los límites de su corazón otomano*): El profeta ha dicho que quien intervenga ante el juez en favor de un traidor, es él mismo un traidor. Pues, quiéralo o no, favorece la rebeldía.

EL VIEJO JEQUE (*por primera vez desaparece de su persona el aspecto de impasible superioridad. Mira vagamente a lo lejos y sus palabras ambiguas permanecen herméticas para el auditorio*): Tal vez aquellos que estaban perdidos, ya están seguros, y tal vez aquellos que estaban seguros, ya están perdidos.

Un servidor del jeque y el gordo portero de mirada bondadosa traen café y *lokum*, golosina turca muy dulce.

El jeque Achmed ofrece con sus propias manos una taza a su huésped. Antes de retirarse, Johannes Lepsius trata aún de volver a la conversación sobre el asunto armenio, pero no lo consigue. El viejo jeque aparta fríamente toda alusión al respecto. En cambio, el agá Rifaat Bereket promete al pastor ir a visitarlo esa misma noche,

pues debe salir de Estambul dentro de treinta y seis horas.

El doctor Nezimi Bey se despide del pastor frente al *seraskeriat*. Los dos hombres han hecho el trayecto casi en silencio. El turco cree que el pastor está tan entregado a sus pensamientos como para decir palabra alguna. Lo cual es cierto, pero en otro sentido. La mente de éste está repleta de ideas y proyectos. No piensa en ese mundo misterioso y desconocido en el cual acaba de pasar algunas horas; piensa únicamente en «el hueco al interior» que, gracias a una maravillosa casualidad, se abrió de repente ante él. Varias veces coge la mano de Nezimi para expresarle su gratitud. No comprende las palabras que le dirige su guía al despedirse. «Poned mucha atención —le insta el turco— en los pequeños incidentes que ocurrirán en vuestra vida en los próximos días. Quien haya tenido el honor de ser sometido al examen de su corazón por el jeque Achmed, se encuentra por lo general envuelto en acontecimientos que tienen una gran importancia». Una vez solo, Johannes Lepsius levanta los ojos hacia las ventanas del edificio donde Enver reina en toda su gloria. Brillan con el sol de la tarde. El pastor sube a un coche: «¡A la residencia patriarcal armenia!», ordena. Todos los espías del mundo le son indiferentes. Asalta con ímpetu al apocado arzobispo. ¡Cosa increíble!, la idea de monseñor Sawen podrá realizarse. Sin que lo supiera hasta ahora, algunos círculos de antiguos turcos prodigan socorro a los armenios. La mejor clase del pueblo está animada de un odio inextinguible hacia el jefe del Gobierno ateo. Sólo falta emplear este fuego para la buena causa… monseñor Sawen lleva su mano a la boca en un ademán de advertencia: ¡No tan fuerte, por Cristo misericordioso! El espíritu ágil del pastor desarrolla un proyecto de organización grandioso. El patriarcado ha de ponerse secretamente en comunicación con las grandes órdenes de derviches, así como establecer las bases de una acción de socorro con vastas ramificaciones que provocará la salvación definitiva de los armenios. Gracias a este poderoso impulso, la clase de turcos religiosos se vería reforzada en su lucha y formaría en el pueblo entero una poderosa oposición contra Enver y Talaat. Monseñor Sawen es mucho menos optimista que Johannes Lepsius. Esas

realidades no le son desconocidas. Cuchichea con voz apenas perceptible. Todas las órdenes de derviches no son iguales a aquella de que le habla el pastor. Las más grandes, cuya influencia es más fuerte, los Mewlewi y Roufai, profesan un odio ciego a los armenios. Sin duda maldicen a Enver, Talaat y demás personalidades del comité, pero consideran excelente el exterminio de la raza aborrecida. Johannes Lepsius no se deja arrebatar esa bonita esperanza. Hay que tomar, dice, las manos que se tienden. Propone al patriarca una entrevista secreta con el jeque Achmed por intermediación, de Nezimi Bey. Monseñor Sawen se escandaliza de tal forma al oír proyectos tan atrevidos, que parece alegrarse cuando el impetuoso pastor se retira por fin de la estancia.

Lepsius remunera al árabe al otro lado del puente. Quiere hacer a pie el corto trayecto que lo separa del Tokatlyan. Desde hace meses es presa de una inconcebible depresión; pero de repente se siente maravillosamente convencido de haber obtenido un gran éxito. Sin embargo, nada efectivo ha hecho; apenas ha vislumbrado una débil rendija de luz en la oscuridad. Abstraído en sus reflexiones, camina por la calle principal de Pera y pasa, sin darse cuenta, frente a su hotel. Ha caído la tarde deliciosamente fresca. El cielo brilla con un discreto reflejo verdoso por encima de los árboles de una avenida semejante a la alameda de un parque. Esta parte de la ciudad es particulamente distinguida. Es el barrio de las legaciones, piensa Lepsius, y lentamente se retira. Hasta hay faroles que alumbran temblorosos. Un automóvil viene a su encuentro. Va a una velocidad moderada y el interior del vehículo está iluminado. Se ve a un oficial sentado al lado de un civil corpulento; mantienen una animada conversación.

De súbito, Johannes Lepsius siente en la lengua el resabio de un leve temor. Ha reconocido a Enver Pachá; su deslumbrante porte juvenil, su fresco semblante con grandes pestañas de muchacha, y su vecino de chaleco blanco y el fez inclinado sobre la cabeza es sin duda Talaat Bey, tal como lo ha visto en numerosos retratos. He aquí que acaba de encontrar a su gran enemigo. Y es extraño: en el fondo siempre deseó encontrarlo, y ahora, fascinado, permanece

inmóvil y sigue al automóvil con la vista. Apenas ha recorrido cien metros, cuando se oyen sucesivamente dos estallidos breves. Hasta él llega el chirrido de los frenos. Vagas siluetas surgen de la oscuridad. Se escuchan voces acusadoras. ¿No han pedido auxilio? El pastor siente por todo el cuerpo una corriente gélida. ¿Un atentado? ¿La fatalidad habría alcanzado a Enver y Talaat? ¿Y él debía ser testigo? Se siente irresistiblemente atraído por el lugar de la catástrofe. Preferiría no ver nada, pero no puede obrar de otra forma. Con paso vacilante se acerca al bullicioso grupo, que ya se ha formado. Alguien ha encendido una lámpara de acetileno que esparce una luz clara, alrededor de la cual se aglomeran los ociosos prodigando sus consejos en voz alta. El chófer, lamentando el accidente y maldiciendo, trabaja debajo del automóvil.

En cuanto a Enver Pachá y Talaat Bey, están allí al lado, de pie, fumando tranquilamente sus cigarrillos. El coche pasó por encima de algún objeto punzante oculto que reventó los neumáticos de delante, produciéndose además daños en el motor. Pero lo más ridículo es que los señores en cuestión no son Enver ni Talaat. Uno se ha transformado en un oficial y el otro en un comerciante o funcionario cualquiera. Sólo sigue siendo real el chaleco blanco. Lepsius rabia contra esa imaginación suya demasiado fantasiosa que crea semejantes fantasmas.

—Estoy completamente loco —gruñe.

Cuando una hora después, Rifaat Bereket se halla con él en su cuarto, ha olvidado completamente el incidente del automóvil. El agá de turbante blanco y largo abrigo no está en armonía con un cuarto de hotel de estilo europeo. No está a gusto en una dura silla de madera ni bajo la fría luz de las lámparas. Lepsius comprende que este anciano, este califa del jeque de los «ladrones de Corazones» para Siria, está dispuesto a hacer un gran sacrificio. Le ruega que acepte 500 libras de la colecta de socorro alemana y le pide que las emplee en lo posible en socorrer a los hombres del Musa Dagh. El pastor no obra a la ligera, como podría suponerse; sabe que este dinero alcanzará mejor y con mayor seguridad su destino si lo deposita en esas pequeñas manos luminosas en vez de

entregarlo a consulados y misiones. Tal vez pueda cumplir por primera vez su misión. Rifaat Bereket traza sobre una gran hoja de papel los más complicados caracteres caligráficos, que constituyen un recibo del dinero. Solemnemente, se lo tiende al alemán.

—Te daré por escrito una lista detallada de mis compras.

—¿Y si no consigues hacer llegar los víveres a la montaña?

—Tengo buenas recomendaciones a mi disposición…; ¡nada temas! Lo que sobre lo haré distribuir en otros campos de deportación. También recibirás recibos al respecto.

Al final de la entrevista, Johannes Lepsius pide al agá que le envíe sus cartas, a la dirección de Nezimi Bey. Es más seguro. Que procure, ¡por amor a Allah!, mantener libre esta nueva vía de comunicación.

«¡No he venido en vano a Estambul!», piensa Johannes Lepsius al volver a su habitación de hotel después de acompañar al agá hasta la calle. En el pequeño cuarto ha quedado algo del piadoso visitante; reina allá mayor calma. El pastor se acuesta consciente de haber dado un gran paso en su obra. Pero los personajes del *tekkeh* recobran vida y en su mente vienen a perturbarlo con sus ojos y sus rostros, sus palabras y sus gestos fantásticos. En un principio no se había dado cuenta del porte sobrehumano de los seres que hoy conociera: el jeque Achmed, su hijo y el *turbedar*. Se pierde en largas disputas con ellos hasta que al fin le alcanza el sueño. Pero no duerme mucho rato. En medio de la noche, un sordo gruñido lo despierta. Los vidrios de la ventana se estremecen. Lepsius conoce este ruido característico. Los cañones de la flota anglo-francesa reclaman con fuertes disparos la entrada del estrecho. Lepsius se endereza. Busca a tientas el interruptor de la luz, pero no lo encuentra. Siente un violento golpe en el corazón. ¿No le dijo Nezimi que examinara los menores incidentes? Pueden tener una significación muy especial. ¡El atentado contra Enver y Talaat! No era una ilusión vaga, sino una visión que provenía misteriosamente del poder del jeque Achmed. Johannes Lepsius quisiera cerrar los ojos ante el abismo impío que se abre inmenso ante él. Un miedo ilimitado se apodera de su espíritu. ¿Ha mirado hacia el porvenir o

ha sucumbido a un oscuro deseo criminal? El cañoneo ruge, los vidrios vibran. «¡Qué absurdo!», se repite para convencerse, «¡tonterías!». Pero su alma enfebrecida sospecha que el Señor, en el fondo de los cielos, ha restablecido la equidad incluso antes de que fuera abolida.

Capítulo II

La partida y el regreso de Esteban

Las despedidas de Haik y de los nadadores se efectuaron en presencia de todo el pueblo reunido en la quebrada del norte a la hora del crepúsculo. No sólo se trataba de despedir a tres valientes muchachos armenios, que se precipitaban a una muerte probable en bien de la comunidad; no se trataba sólo de dar consuelo a aquellas familias que perdían a sus hijos. Más que estos motivos unía a los sitiados un sentimiento nostálgico. Tres palomas de esperanza salían volando, llevándose un trocito de cada corazón. En estas horas se notaba cómo la presión que había atenazado al pueblo del Musa Dagh se iba suavizando poco a poco. Hasta las matronas malhumoradas habían dejado de pensar en la casa Bagradian y su vergüenza. No había nadie presente de la casa Bagradian, ni siquiera el buen Awakian, esa alma perfecta y escrupulosa que siempre representaba a su patrón. Era la primera vez que Gabriel Bagradian faltaba entre los jefes en una circunstancia tan memorable. Sin embargo, nadie parecía darse cuenta de la ausencia del comandante en jefe, vencedor de los tres grandes combates contra los turcos; del único hombre a quien el pueblo de las siete aldeas debía el haber podido respirar aún algunos millares de veces. Ter Haigassun y los dos jefes se felicitaban, en silencio, de que el hombre que sufriera tal vejación pública les ahorrara el embarazo de tener que disimular lo ocurrido. Mañana o pasado habría cambiado todo y el desagrado general se habría trocado en indiferencia.

Esteban había sido hoy el más gravemente herido. ¡Qué caída en un día! Había empezado con el fracaso del enrolamiento voluntario. Él, que había conquistado los obuses, no era considerado digno de acompañar a Haik. ¡Y esto no era todo! Su padre lo había maltratado con humillantes palabras delante de Iskuhi y de sus camaradas convencidos apenas de su verdadero valor, lo había humillado presentándole ante los demás como un niño blandengue. Es muy comprensible que el muchacho ambicioso, herido en su honor, no percibiera la angustia oculta que había tras las duras palabras de su padre y que sólo viera en ellas desprecio y odio.

Sin embargo, todo este asunto se habría podido arreglar si la madre no hubiera completado esa tarde la obra cruel del padre. A pesar de las bajas palabras cuyo sentido Esteban comprendía sólo a medias, no podía formarse una idea clara de este suceso tan grávido de consecuencias, o más bien sus pensamiento se perdían en un torbellino insoportable cuando se aproximaban a la verdad.

Entonces se oprimió el pecho con los puños, como un corredor sin aliento, asombrado de comprobar que una caja torácica tan pequeña pudiera contener tal cantidad de punzantes dolores. Toda la ambición y vanidad del muchacho se borraban para dar lugar a sus dolores. Esteban se había disgustado con su padre. Había perdido a su madre de mala manera, más mortificante que si la hubiera perdido por la muerte; a medida que pasaban las horas, comprendía cada vez más claramente que no podía volver ni con uno ni con la otra.

Por un extraño instinto sentía ya a sus padres separados y enemistados. Por eso ya no tenía el derecho de volver con ellos, aunque lo deseara ardientemente con cuanto quedaba de infantil en su alma. Aun antes de que su gran decisión tomase cuerpo en él, había decidido evitar la plaza de las tres tiendas. Tenía que evitar encontrarse con Gonzaga y, desde luego, dormir bajo el mismo techo. Hacia la noche, para resolver de golpe todos los problemas, Esteban se había deslizado por la tienda del jeque y con febril premura echó en su mochila algunos objetos indispensables. Más tarde se había detenido algunos minutos frente a la tienda de Julieta,

cuya cortina estaba completamente cerrada por dentro.

No se oía el menor ruido ni la menor palabra. Sólo se veía pasar por una rendija el vivo resplandor de una lámpara de petróleo. Ya se disponía su mano a golpear el gong colgado a la entrada; pero se sobrepuso a este gesto de debilidad y se alejó lentamente, el saco a la espalda, incapaz de reprimir más tiempo sus lágrimas. Encaminándose a la quebrada norte, cayó en medio de la solemne ceremonia que se celebraba por la partida de Haik y de los nadadores. Nadie le dirigía la palabra, a él, pobre héroe caído. La gente lo miraba de un modo extraño y le volvía la cara. A menudo adivinaba a sus espaldas una risa que le penetraba hasta la médula. Por último, Esteban se tendió detrás de un refugio de defensa donde permaneció tranquilo, aislado, y desde donde podía observarlo todo a su antojo.

Primero se despidió a los nadadores, a quienes se prodigó bendiciones y votos por el éxito. Como eran protestantes, Aram Tomasian les dirigió una corta alocución; sin embargo, Ter Haigassun trazó el signo de la cruz sobre la frente de los muchachos. Enseguida el sacerdote y el pastor acompañaron a los nadadores, más allá de la primera trinchera y del reborde de la quebrada, basta el lugar donde la pendiente cubierta de arbustos sube hacia el norte. Empujadas por el viento, las nubes del lejano incendio acarreaban hasta allí una ligera capa de sustancia que, semejante a un ácido extraño, atacaba y descomponía en fragmentos temblorosos la metálica luz de la luna. Tal era la atmósfera hacia la cual parecían dirigirse los nadadores y sus acompañantes; un más allá inundado de luz, pero irrevocable. El gentío quería precipitarse en su seguimiento, pero hombres armados formaron una cadena para impedir el paso a toda persona que no fuera de la familia.

Primero se despidieron de los muchachos sus parientes lejanos y sus padrinos. Cada uno hizo un regalito para el viaje a los voluntarios: un poco de tabaco, un precioso terrón de azúcar, o sólo una imagen santa o un amuleto. Los sacerdotes se preocuparon de que esta ceremonia no durara mucho, y en cuanto las familias hubieron entregado sus regalos, tuvieron que volverse

inmediatamente con Ter Haigassun y Tomasian. Sólo los parientes cercanos permanecieron un rato más con los héroes del día. ¡Un abrazo corto pero intenso! ¡Un beso en la mano del padre! Madres sollozando que vuelven una y otra vez sobre sus pasos, un adiós con la mano casi rígida. Enseguida se alejaron los padres.

Todo esto y lo que sucedió enseguida, llenaba el corazón del solitario Esteban de un sentimiento alternado de dulzura y tristeza. Los nadadores no estaban todavía solos. De repente, dos muchachas habían surgido al lado de ellos. Parecían las hermanas de los muchachos; pero eran probablemente sus novias o simplemente sus amigas. La multitud calló emocionada, a pesar de toda la miseria general, a la vista de estos jóvenes que desaparecían cogidos de la mano entre el humo y sus lagunas luminosas. Al poco rato volvieron las muchachas cada una por su lado bajando lentamente la pendiente.

Entre tanto, Ter Haigassun también había pronunciado algunas palabras al mensajero de Alepo; luego lo había bendecido haciéndole el signo de la cruz. La partida del muchacho fue más rápida y más fría. La viuda Chuchik, no siendo oriunda de la aldea, no tenía parentela en el país ni amigos entre los aldeanos. La gente evitaba la casita de la gigante caucasiana que se encontraba en el camino entre Yoghonoluk y Azir. Aunque nadie podía hablar mal de ella, tenía fama de mujer insociable. En este sentido las sociedades nativas se comportan del mismo modo que en cualquier parte del mundo. Por otra parte, la viuda Chuchik jamás había intentado acercarse a la población establecida en el valle y por el contrario había vivido siempre sola, ejecutando con sus grandes manos laboriosas los diversos trabajos necesarios para su subsistencia. Por eso sólo la acompañaban Ter Haigassun y el pastor Aram, en este momento en que entregaba su único bien, su más querido tesoro, su Haik. Para reemplazar al padre difunto, Ter Haigassun abrazó y bendijo al muchacho, y recibió de su parte el filial ósculo en la mano. Al igual que hiciera antes Aram Tomasian, entregó al joven mensajero una suma de dinero a fin de poderse rescatar en caso de peligro de muerte. Luego dejaron solos a la madre y al hijo. Pero la viuda

Chuchik no hizo sino acariciar furtivamente, como confundida, con sus pesadas manos, la cabeza de Haik, y siguió inmediatamente a los sacerdotes. Esteban observó que ella no se mezclaba con el pueblo que volvía en masa a sus hogares y que con paso indeciso se dirigía hacia las barricadas de piedra.

Era la primera vez que Gabriel Bagradian pasaba toda la noche lejos de los combatientes de la trinchera del norte. Porque aquella noche el consejo de jefes había confiado el supremo mando a Tchauch Nurhan *Elleon*. Felizmente existía una cierta seguridad de que los turcos no atacarían. Los observadores no señalaban en ninguna parte movimientos inquietantes y los soldados que se divisaban por los caminos entre Wakef y Kebussije parecían llevar una existencia sumamente tranquila. El poblado estaba más seguro que nunca. La ardiente ladera del Damlajik les protegía. A j veces se desataban truenos y relámpagos desde allí, iluminando la zona. Entonces parecía como si el incendio quisiera extenderse hasta la pared norte. Pero en realidad hacía tiempo ya que había chocado con un obstáculo insalvable, sobre la roca situada encima de Bitias. La sensación de absoluta seguridad no sólo embargaba a los combatientes, sino también a Nurhan, que estaba jugando a las cartas con algunos viejos. Todos se dejaban llevar por su indiferencia. Poco faltaba para que esta atmósfera se asemejara a aquella de los desertores en el bastión sur. A cada instante un centinela abandonaba su puesto para ir a tomar parte en las diversiones de sus camaradas. El comandante, que normalmente no toleraba estos relajamientos, cometía una falta grave al permitir a los soldados encender fogatas. Era evidente que allí faltaba la personalidad de Bagradian, esa mezcla de superioridad espiritual, de inaccesible dignidad y de bondad comprensiva que, donde fuera, imponía el orden y la obediencia. La diferencia estribaba precisamente en que ante Gabriel nadie se dejaba ir.

El ruido de voces y los fuegos recién encendidos permitieron a Esteban escalar rápidamente la pendiente opuesta sin ser visto ni

interpelado. Debía apresurarse, pues Haik sin duda habría tomado una gran delantera. El hijo de Bagradian corrió lo más rápido posible. La mochila que llevaba a la espalda no era muy pesada: contenía cinco latas de sardinas, algunas tabletas de chocolate, galletas y un poco de ropa; también había hecho que Kristaphor le llenara de vino el termo que su padre olvidara en la tienda. Éste era todo su equipaje, junto con una manta y una *Kodak*. Esteban no podía separarse de este regalo, recuerdo de la última Navidad pasada en París, aunque ya no tuviera ningún rollo de película. Al cabo de pocos minutos alcanzó la cima opuesta de la quebrada. Una larga y amplia claridad se extendía a su vista. Iba a lanzarse a correr para alcanzar a Haik en la ladera, antes de que su camarada desapareciera entre los arbustos. Pero apenas había tomado impulso, se detuvo como petrificado ante una visión, a diez pasos de él, lo que lo obligó a esconderse detrás del matorral más próximo. A la luz de la luna menguante, que ningún nubarrón de humo interrumpía, la viuda Chuchik estaba sentada, erguida y rígida. Las largas piernas de la caucásica con sus faldas desplegadas cubrían con la sombra inmensa que le hacía la luna una amplia superficie de la tierra del Musa Dagh. Haik, su hijo, huesudo y grande como ella, estaba acurrucado junto a su madre como un niño pequeño. Estaba sentado a medias sobre sus rodillas y apoyaba la cabeza contra el pecho de su madre. Podría creerse a la luz marmórea de la luna, que la mujer había descubierto sus senos para hacer beber una vez más su sangre al hijo adulto. Este muchacho armenio, tan frío y sarcástico, parecía querer desaparecer dentro de su madre. Su respiración era entrecortada y estaba sacudida por los sollozos. De cuando en cuando los labios de la gigante dejaban escapar interminables lamentaciones cuando pasaba sus grandes manos por el cuerpo de este hijo sacrificado. Esteban permanecía en su escondite, erizado de dolorosas impresiones. Sentía vergüenza de ser testigo de esta escena que, sin embargo, no podía dejar de mirar, y cuando Haik se levantó de un salto y ayudó a su madre a incorporarse, Esteban sintió algo como una cuchillada en su propio cuerpo. El hijo de la viuda Chuchik pronunció aún algunas breves palabras, y por último dijo

simplemente:

—Vamos, ahora vete.

La maciza Chuchik obedeció inmediatamente. Se alejó con torpe apresuramiento para poner término a su desgarradora despedida. Haik la miraba inerte. Si ella se volvía, el muchacho contraía el rostro, pero no levantaba la mano para hacerle una señal. Cuando desapareció la gran sombra de Chuchik, lanzó un suspiro de satisfacción y se puso en marcha. Esteban esperó en su rincón a que Haik tomara la delantera. Su compañero debía haber olvidado la despedida para cuando se encontrara con él. Pero el joven Bagradian no había contado con Hagop, el rubio cojito. Este lector de libros de delgada complexión no había conseguido zafarse de los remordimientos que lo oprimían, pues él también se había reído de su amigo esa mañana. Sin embargo, más que este sentimiento de culpabilidad, otra preocupación inquietaba a Hagop. Lo había adivinado todo. Desde hacía horas buscaba a Esteban, saltando con su siniestra habilidad por la cañada del pueblo y por todos los lugares donde acostumbraba reunirse la juventud. Ni siquiera renunció a echar un vistazo a través de una rendija en la tienda de Julieta.

Desde ese momento Hagop no podía desprenderse de esta extraña visión inquietante: la gran dama, toda blanca, tendida sobre la cama como una muerta, y el jefe militar supremo, de pie, que la miraba y parecía perdido en un sueño. Cuando Hagop el cojo divisó a Bagradian, hijo, en su escondite, el saco a la espalda durante la solemne despedida de los mensajeros, su presentimiento se trocó en certidumbre. Y ahora, anhelante, extenuado, se asía a Esteban repitiendo:

—¡No tienes derecho a hacer eso! ¡No! ¡Debes quedarte aquí!

Esteban tiró al suelo a Hagop con un golpe brusco.

—¡Eres un perro inmundo! No quiero tener nada que ver contigo.

Pero Hagop tenía cogidas las piernas de su amigo.

—¡No te irás! No lo permitiré. Te quedarás aquí.

—Suéltame, si no quieres que te pise la cara.

El inválido se levantó y le dijo desesperadamente:

—¡Es indispensable que te quedes! Tu madre está enferma. Aún no lo sabes…

Este argumento quedó igualmente sin efecto. Esteban permaneció un momento atónito, pero luego hizo una mueca con la boca.

—No puedo hacer nada por ella.

Hagop retrocedió en dos saltos.

—¿Sabes que jamás volverás aquí, que ya nunca la verás?

Esteban miró al suelo un instante, luego se volvió y corrió tras Haik. Hagop gemía detrás de él:

—Voy a gritar… Los despertaré a todos… Te encerrarán… Espera, que voy gritar…

Y, en realidad, se puso a gritar. Pero su débil voz sólo consiguió detener a Haik, que aún no estaba a más de cien metros del lugar. El mensajero de Alepo dio media vuelta y quedó inmóvil. Esteban corrió hacia él, mientras Hagop lo perseguía casi al alcance de la mano a pesar de su invalidez. Para impedir que la voz de Hagop desbaratara sus planes, Esteban gritó sin detenerse en su carrera:

—Haik, voy contigo…

El mensajero del pueblo esperó que los otros dos estuvieran cerca de él. Luego, observó a Esteban con la mirada grave entre sus párpados fruncidos.

—¿Por qué me retenéis? Cada minuto es precioso.

Esteban cerró los puños con decisión.

—¡Iré contigo a Alepo! —le espetó.

Haik se había fabricado un bastón que ahora sostenía como un arma, como si quisiera evitar que alguien se le acercara.

—El consejo de jefes me ha elegido para esta misión y Ter Haigassun me bendijo. Tú no has sido elegido ni estás bendecido…

Hagop, a quien la presencia de Haik inspiraba cierta humildad y servilismo, repitió con vehemencia:

—¡No has sido elegido ni bendecido! ¡Esta expedición te está prohibida!

Esteban cogió la extremidad del bastón de Haik y lo apretó con

una mano.

—Hay suficiente lugar para ti y para mí.

—No se trata en este momento de ti ni de mí, sino de la carta que debo entregar al cónsul Jackson.

Esteban se llevó triunfalmente la mano al bolsillo.

—He copiado la carta para el cónsul Jackson. Dos mensajeros valen más que uno.

Haik enterró firmemente en la tierra su bastón para poner fin a la discusión.

—Una vez más quieres ganarles en astucia a los demás.

Hagop repitió fielmente la misma frase. Esteban no cedió un paso.

—¡Haz lo que quieras! Hay suficiente lugar. No puedes impedir que yo también vaya a Alepo.

—Pero tú puedes impedir que la carta llegue.

—¡No camino peor que tú!

La voz de Haik tomó esa entonación altanera que tan a menudo exasperara a Esteban:

—Así que, ¿una vez más te quieres hacer el importante?

Después de todas las terribles heridas que había tenido que sufrir durante el curso de ese día, esto ya era demasiado para Esteban. Se sentó en el suelo y se cubrió el rostro con las manos.

Haik dio libre curso a su desprecio:

—Vaya, uno que quiere ir a Alepo y ya no puede más.

El hijo de Bagradian sollozaba, repitiendo:

—No puedo volver…, por Jesucristo…, yo… no puedo… volver.

Tal vez Haik llegó a comprender lo que pasaba en el alma de Esteban. Tal vez pensó en Chuchik, su madre. Acaso, le vino el deseo de no estar solo y abandonado como estaba en la ruta de su misión. ¿Quién podría adivinar la verdad?

—Tienes razón —dijo—, hay suficiente lugar para dos, nadie puede impedirte…

Pero Hagop se asió a su último argumento desesperado:

—¿Cómo? ¿No puedo impedirlo yo? ¡Por Jesucristo! ¡Voy a denunciarlo!

Tan sólo esta pueril palabra «denuncia» puso fin a la charla, pues desencadenó en Haik un acceso de ira. A pesar de su porte y su seriedad, muy superiores a su edad, el alma de Haik estaba aún regida por los principios fundamentales de la moral de los colegiales, principios que en el mundo entero son los mismos. Denunciar o traicionar a un camarada sea cual fuere el propósito, son crímenes imperdonables en ese código. Con una sinceridad de las más crueles, sin darse cuenta, Haik amenazó al inválido:

—¿Denunciarlo? ¡Trata tan sólo de denunciarlo y antes de que puedas hacerlo, te habré quebrado la única pierna que te queda, de manera que no conseguirás llegar a tu casa ni siquiera arrastrándote!

Hagop, espantado, retrocedió. Conocía a Haik. La oposición de este rubio, a quien no podía tolerar, había excitado la naturaleza tiránica de Haik, decidiéndolo en favor de Esteban. Ya le hacía una pregunta de orden netamente práctica:

—¿Tienes provisiones para cinco días? Habrá que caminar por lo menos durante ese tiempo, es decir, si todo va bien.

Esteban golpeó su saco con gesto de importancia como si hubiera estado provisto de un cargamento más que suficiente para una expedición interminable. Pero Haik no siguió examinando la realidad de las cosas y se contentó con lanzar esta orden breve:

—¡Ahora, camina! Ya he perdido demasiado tiempo a causa de vosotros.

No había dicho en qué dirección debía caminar Esteban, si debía volver al campamento o seguirlo. Daba grandes zancadas sin preocuparse de éste, que no le perdía paso. Así fue como Haik no se llevó al hijo de Bagradian; se limitó sólo a tolerar su presencia.

Hagop, indeciso, vio al mensajero legal y al evadido desaparecer tras la siguiente colina, bañada por la luna. Luego necesito más de una hora para llegar, siempre saltando, hasta la cañada del pueblo. La fuga insensata de Esteban le pesaba en el corazón como una enorme roca. ¿Qué debía hacerse? Ya todos dormían en la cabaña familiar. Su padre regañó con voz ronca y adormecida 11I muchacho que llegaba tan tarde. Sin desvestirse, Hagop se echó sobre la manta y miró las ramas del techo que dejaban filtrar, como

un fino tamiz, la luz de la luna. Aún no se había dormido cuando, mucho después de medianoche, Samuel Awakian fue a despertar a toda la familia. El pobre muchacho dijo inmediatamente cuanto sabía y condujo a Gabriel, Kristaphor, Awakian y demás hombres dispuestos a ayudarlo, al lugar donde se separara de Haik y de Esteban. Inmediatamente se organizó un vasto servicio para la búsqueda del fugitivo. Bagradian sólo volvió a la salida del sol con Kework el bailarín, sin haber obtenido ningún resultado, y lo mismo les sucedió a los otros. Los niños habían tenido tiempo de avanzar demasiado. Por otra parte, Haik no había adoptado el itinerario prescrito por el consejo de jefes, fiándose únicamente de su propio olfato.

Mientras los nadadores, evitando el Cabo Ras el Chansir, avanzaban seguros y tranquilos hacia Arsus, aldea costera, los muchachos caminaron toda la noche a lo largo del macizo escarpado a costa de innumerables dificultades. El deber de Haik era permanecer en la cresta montañosa sin peligro hasta alcanzar la extremidad sur del valle de Beilan. Si luego conseguía llegar a la planicie por Kyrk-Chan, única ruta, debería mantenerse siempre en la proximidad del camino real, transitable, que conduce a Alepo, pasando por Hamman. Podría avanzar rápidamente durante esas luminosas noches de agosto, a través de maizales y de estepas resecas por el sol y en caso de peligro, no sería difícil encontrar allí algún refugio propicio. Al divisar la gran ciudad, lo mejor sería arriesgarse por la ruta nacional y saltar a un carro de campesinos cargado de maíz. Con la ayuda de Dios, podría pasar inadvertido ante los centinelas apostados a la entrada de la ciudad. Sucediera lo que sucediera, no debían arrebatarles la carta para *Mister* Jackson. Haik le contó estos planes con todo detalle a su compañero, además de describirle con toda crudeza los peligros y dificultades que les aguardaban en el valle. Mientras permanecieran en la montaña deshabitada, no sería sino un juego de niños. Después de caminar más o menos una hora, el sendero que los pies de Haik seguían sin que pudiera verlo,

empezó a descender hacia el valle. Haik se detuvo y dijo a Esteban con tono de importancia:

—Mira, todavía tienes tiempo de volver sobre tus pasos. ¡No puedes perderte! ¡Reflexiona bien! Después, no será posible volver atrás.

Esteban hizo un gesto de mal humor. Su corazón, por el contrario, estaba lleno de dudas. De repente, las razones de su brusca partida no le parecieron tan perentorias. Haik indicó con el dedo la dirección del Damlajik, donde un lejano vapor rojizo indicaba aún un resto del incendio del bosque.

—No volverás allá, ni jamás verás a nadie…

El hijo de Bagradian no conseguía discernir exactamente su verdadero deseo. Habría preferido morir antes que mostrarse débil frente a Haik. Con tanta vergüenza como malestar sacó del bolsillo el mapa de la región que antaño colgaba de la pared del taller de su tío Awetis. Simuló buscar detenidamente el lugar donde se encontraban a la luz de la luna. Haik, disgustado por esta «presuntuosa farsa», le tiró de un golpe el mapa y no siguió perdiendo su tiempo en darle buenos consejos. Ante esto, Esteban resolvió probarle a ese orgulloso que él lo superaba en cuanto se refería a caminar. Adoptó un ritmo furioso, con enormes zancadas, estirando todos sus músculos con la esperanza de vencer la fuerza física de su camarada. Pero éste no se preocupaba en absoluto del necio movimiento que Esteban pretendía imponerle. Continuaba con su paso regular y casi solemne. De repente, Esteban, espantado, se vio solo. En vez de demostrar al otro mi superioridad, había perdido el buen camino y sentía que, por mis propios medios, no sería capaz de salir de esa vegetación Inextricable. Su corazón palpitaba locamente, pero no se atrevía A llamar. Cuando al cabo de algunos minutos interminables la silueta de Haik surgió detrás de unos arbustos sin preocuparse por mi camarada independiente, Esteban no dejó traslucir su humillante experiencia y sin decir palabra siguió el paso del más fuerte. Con esto la lucha por la supremacía entre ambos terminaba para siempre. Muy pronto llegaron al estrecho valle. A la derecha se extendía la gran aldea de

Sanderan. A Dios gracias, no había allí ninguna luz encendida. Sólo se oían unas voces humanas que entonaban algo inaudible. El pasar tan cerca de un lugar habitado, donde se ocultaba posiblemente la muerte, provocaba en ellos una impresión escalofriante. Pero los perros salvajes de Sanderan no se dejaron engañar y persiguieron a los dos armenios más allá de los límites de la ciudad. Con una seguridad asombrosa, Haik volvió a encontrar un sendero de cabras que conducía hacia la montaña en dirección noreste. Cuando luego atravesaron un bosque de árboles impregnados de luz lunar, la embriaguez de la aventura en medio de la frescura nocturna invadió totalmente el corazón de Esteban. Olvidó todo. Hubiese querido poder cantar y lanzar gritos de alegría. ¿Existiría siquiera algo que se llamaba cansancio? Después de la salida del sol, a pesar de varias paradas, habían efectuado un trayecto de casi diez millas y alcanzado el punto donde los macizos se inclinan hacia el norte en amplias terrazas cubiertas de árboles. Esteban, aun con la ayuda de su mapa, se mostraba dubitativo. Pero Haik le mostró decididamente una dirección muy clara.

—¡Allí debemos llegar, a Beilan!

Todo lo sabía por intuición, pues sólo una vez había estado con su madre en Beilan y en Alejandreta haciendo el trayecto a lomo de mula y por otro camino que bordeaba la costa. Pero ahora declaró con satisfacción que debían buscar un lugar propicio para dormir, comer y descansar hasta el mediodía. Debían contentarse con dormir poco, de lo contrario, la expedición sería irrealizable. Haik no tuvo necesidad de olfatear mucho por los alrededores para encontrar un rincón sombreado y cubierto de hierba suave que había en una vertiente. Los muchachos acamparon al borde del agua que, precisamente en ese lugar tal y como lo deseaban, formaba una hondonada bastante profunda. Ante todo apagaron la sed. Enseguida, el niño civilizado, ante la gran estupefacción de Haik, sacó de su saco un pedazo de jabón y se dispuso a lavarse. Haik observaba esta superflua ocupación con mirada grave y sarcástica. Cuando Esteban terminó su operación, Haik remojó voluptuosamente sus pies en la fuente fría, pues los pies eran lo

esencial en este asunto. Luego compartieron sus víveres con la felicidad que siempre causa a los niños el intercambio de sus tesoros. La viuda de Chuchik había confeccionado para su hijo tres grandes salchichas de cordero picado, algo de manteca y unos pedacitos de cebolla; también le había dado un pan duro como piedra que sabe Dios dónde se habría procurado.

Los valores que su camarada Esteban le ofrecía a cambio de su salchicha y su pan, tenían casi un sentido simbólico: sardinas francesas en aceite y chocolate suizo, golosinas extranjeras que Haik apenas conocía de nombre. Los muchachos no pudieron contenerse y comieron en abundancia, sin pensar en los días siguientes. Sin embargo, Haik tuvo de súbito conciencia de la realidad, envolvió su paquete y dio a Esteban el consejo siguiente:

—¡Mejor bebe agua para economizar el alimento!

Eso fue lo que hicieron. Bebieron en gran cantidad el agua de la vertiente que Esteban mezcló con su vino en el vaso de aluminio de su termo. Se sentía perfectamente cómodo. Tenía la impresión de hallarse en una de las alegres excursiones que hacían a menudo durante las vacaciones, y no con otro muchacho armenio en calidad de mensajero, rodeados de peligros mortales en medio de una población sin piedad. Todas las impresiones dolorosas parecían haberse quedado definitivamente en el Damlajik. ¡Qué dicha íntima y desbordante era sentirse, después de las peregrinaciones de la noche, casi el único ser viviente en las primeras horas del día en medio de esta naturaleza inofensiva! Esteban colocó bajo su cabeza la manta doblada varias veces. El aire matinal se hacía cada vez más caluroso. Se enderezó para balbucear esta pueril pregunta:

—¿No vendrán bestias feroces?

Con gesto de importancia, Haik colocó a su lado su gran cuchillo en forma de puñal.

—No tienes nada que temer. Hasta cuando duermo lo veo todo.

Esteban no tenía miedo. ¡Qué buen guardián era Haik! ¡Hasta dormido! Hasta entonces, jamás había sentido una confianza tan ilimitada como la que le inspiraba este rudo muchacho, cuya admiración siempre había deseado conquistar. Ahora se abandonaba

sin reservas a su guía. Ya dormido, su mano buscaba a tientas la de su amigo.

—Ahora debemos confeccionarnos un *tarbuch* —declaró Haik —, para no llamar la atención si nos encontramos con alguien.

Desplegó su *aghil*, el gran pedazo de tela doblado que le servía de faja, y lo enrolló alrededor de su bonete de fieltro según las reglas del arte. Como Esteban no conseguía un buen resultado con su faja, le ayudó a realizar convenientemente el tocado del profeta. Luego dio algunas instrucciones a su inexperto camarada:

—Si se presenta la ocasión, deberás imitar todos mis gestos. Lo mejor será que no abras la boca.

La tarde estaba muy avanzada, ya estaban entre dos luces. Entre las copas de los robles y encinas se veía aparecer un cielo saturado de oro, lleno del vuelo de aves de rapiña. Los muchachos habían caminado durante más de seis horas. Decir que habían caminado por un sendero, sería una amable exageración. Como no había medio de descubrir la menor huella, se deslizaron por los lechos secos de los riachuelos que debían desembocar en el valle. Sí, deslizarse sería la denominación ante ese penoso avanzar, porque tuvieron que escurrirse por espesas enredaderas y muros de arbustos duros y elásticos como la goma pero armados con tremendas púas afiladas. Las terrazas y pendientes rocosas parecían sempiternas. La montaña parecía encontrar siempre un nuevo pretexto para no rendirse ni terminar. Esteban ya no sentía el cuerpo. Sus manos, rodillas y piernas estaban llenas de heridas y rasguños. Desde hacía horas no pronunciaba palabras ni quejas. Los dos camaradas estaban en ese momento sentados en un árido montículo; más abajo se desplegaba la blanca ruta caliza que salía de la quebrada en dirección a Beilan. Les pareció recién reparada. Por todas partes se abrazaban al borde montones de ripio recientemente transportados que indicaban la presencia de labor humana. Y, en efecto, este camino de montaña que unía el puerto de Alejandreta con el llano de Alepo y, al mismo tiempo, el Mediterráneo con Asia entera, era testimonio del poder y de la energía ilimitadas de Djemal Pachá, el dictador de Siria, el implacable general que había ordenado que en el plazo de

un mes este mal camino pedregoso fuera reemplazado por una carretera espléndida, perfectamente lisa y provista de sólidos cimientos. Y este milagro se había realizado de tal forma, que los mismos turcos se sorprendieron de la fuerza de acción contenida en ellos y que hasta entonces ignoraban. En este lugar, a los pies de Haik y Esteban, la carretera hacía bruscamente un recodo hacia el este. Sólo veían una pequeña parte del camino y no divisaban hombres ni vehículos, asnos ni caballos; aquí y allá una liebre o una ardilla atravesaba como un relámpago la blanca senda del camino. Esteban miraba con avidez este camino tentador. Haik también parecía debilitarse y no ser capaz ya de resistirse a la seducción. Sin contarle a Esteban su audaz e imprudente proyecto, se puso en pie de un salto y descendió corriendo la pendiente. Cuando las suelas de sus zapatos sintieron la superficie lisa, experimentaron una sensación análoga a la sed ardiente por fin saciada. Una nueva ambición, una nueva fuerza nació en Esteban. Caminaba al mismo ritmo de Haik. A derecha e izquierda surgían poco a poco alturas aún más abruptas. La carretera se convirtió en un desfiladero hueco, en un cuello de botella. Esto acrecentó extrañamente el sentimiento de seguridad y, al mismo tiempo, de despreocupación. Luego, las montañas se separaban un poco y probablemente el llano iba a extenderse ante ellos. Irresistiblemente arrastrados por la corriente corrían derechos a su perdición. Pues después de haber franqueado el recodo, no vieron ante ellos el llano esperado, sino una barraca militar turca, sobre la cual ondeaba la bandera de la medía luna. Frente a esta casa deambulaban cuatro horribles *saptiehs*. En el otro borde de la ruta se veía un destacamento de *inchaat taburis*, armados de palas, picos y martillos. Los sentidos debilitados de los jóvenes caminantes no habían percibido el ruido de la labor de los picapedreros, ni ese canto triste y palatal a que acostumbran los soldados. El espanto paralizó a los niños Hasta tal punto que el mismo Haik, durante medio minuto, no pudo moverse de su lugar. Luego cogió a Esteban por la mano y lo atrajo bruscamente hacia sí. Se precipitaron hacia el bosque detrás del recodo del camino. Pero por desgracia, precisamente ahí no había ni rocas ni arbustos, sólo jóvenes robles

de troncos delgados incapaces de ocultarlos. La montaña ascendía suavemente. ¿Adónde ir? Haik imaginaba ver a uno de los *saptiehs* indinarse hacia delante, llevarse la mano sobre los ojos, observar Atentamente, lanzar un llamamiento ronco y salir en su persecución con todos sus hombres, pero no era sólo una pesadilla; estaba corriendo. El follaje crujía bajo las pisadas de los turcos. Esteban cerró los ojos y se acurrucó junto a Haik. Éste lo rodeó con mi brazo izquierdo; en la mano derecha empuñaba con fuerza su cuchillo-puñal. Ahí estaban en espera de la muerte. Sin embargo, ese murmullo, que a cada instante se acercaba más, no eran palabras turcas:

—¡Eh, chicos, chicos! ¿Dónde estáis? ¡No tengáis miedo!

Estas palabras, pronunciadas en armenio, produjeron un efecto fantástico. Cuando Esteban abrió los ojos vio surgir de entre los troncos a un soldado caminero harapiento y jadeante. Su rostro de ojos gigantescos parecía una cabeza de muerto coronada de cabellos enmarañados. A excepción de sus ojos dolorosos, casi se hubiera creído ver a Sarkis Kilikian. Haik recobró su aplomo y guardó el cuchillo. La voz del caminero temblaba de emoción:

—¿No eres tú el hijo de la gran Chuchik, cuya casa está en el camino a Yoghonoluk? ¿No me reconoces?

Haik, incrédulo, se dirigió hacia el miserable esqueleto cuyos harapos flotaban sobre sus miembros, y que además iba descalzo. Haik miró atentamente al hombre.

—Vahan Melikentz, de Azir —dijo con tono vacilante como si aventurara un nombre al azar.

El soldado asintió con viveza y las lágrimas corrieron por sus barbudas mejillas. Haik sólo pudo adivinar este nombre. Y así fue porque, ¿qué relación tenía este ser harapiento con el verdadero Melikentz, el imponente y pretencioso cultivador de gusanos de seda que antaño encontraba cada día? Melikentz levantaba las manos con desesperación.

—¿Estáis locos? ¿Qué venís a hacer aquí? Podéis dar gracias a Cristo Nuestro Señor de que el *onbachi* no os haya visto. Ayer, ahí abajo, a la vuelta del camino, mataron a cinco armenios, toda una

familia que quería huir a Alejandreta.

Haik, ya completamente dueño de sí mismo, expuso con reposada dignidad al antiguo cultivador la misión que recibiera del consejo de jefes en el Musa Dagh. Melikentz se asustó.

—El camino está lleno de *inchaat taburis* hasta Hammam —dijo —. Ayer llegaron a Hamman dos compañías, que serán enviadas contra el Damlajik. No podéis pasar por ahí sino de noche, por el borde de los pantanos de Ak Deniz. Pero seguramente os atascaréis en el lodo.

—No nos atascaremos, Melikentz —contestó Haik con lacónica seguridad; luego rogó a su compatriota que le indicara el camino más corto para alcanzar el llano. Vahan Melikentz se lamentó:

—Si notan mi ausencia, si falto a la llamada, recibiré la paliza de tercer grado. Acaso también me fusilen… ¡Preferiría que me fusilaran! Muchachos, no sabéis lo poco que me importa. ¡Si hubiera seguido con los vuestros al Musa Dagh y no con el pastor Nokhudian! Los otros fueron más inteligentes; ¡que Cristo los ayude! A nosotros nos ha abandonado.

Vallan Melikentz en realidad se arriesgaba a la muerte por indicar a los niños el buen camino. Por lo demás, no tenían sino que atravesar un corto trayecto bastante fácil por el medio del bosque. El pobre cultivador hablaba sin cesar, como para recuperar toda una cosecha de palabras perdidas, o derrocharlas antes de su fin próximo en un verdadero torbellino. Así conocieron Haik y Esteban algunos detalles sobre el destino del grupo de Nokhudian. En Antioquía habían separado a los hombres más activos y los habían enviado a Hammam, para trabajar en la construcción del camino. Las mujeres, niños, ancianos y enfermos habían sido obligados a caminar en dirección al Éufrates. El pastor Nokhudian no había podido obtener el menor favor del caimacán. Respecto a los *inchaat taburis* armenios su destino había sido muy particular. Cada destacamento recibía una cierta fracción del camino con la orden de terminarla para tal o cual día. Cuando el *onbachi* declaraba la tarea terminada, se reunía el destacamento al son del tambor, y se le conducía al bosque vecino, donde una tropa, ya muy experta en este arte, se encargaba de matar

a los armenios por medio de una descarga fulminante.

—Nuestra fracción de camino —calculó fríamente Melikentz— va hasta Top Boghazi, lo cual representa aún 4.000 pasos. Bien calculado, esto representa 6 o 7 días, si sabemos hacerlo. Luego será nuestro turno. Por lo tanto, si me fusilan hoy, no pierdo sino seis o a lo sumo siete días.

A pesar de la sencillez de este argumento, Vahan Melikentz se alejó a grandes saltos, jadeante, en cuanto hubo indicado a los muchachos la buena dirección. Seis días de una vida espantosa ion, a pesar de todo, seis días de vida. Cuando se despidió, deslizó en la mano de Haik un grumo de miel turca que le diera una musulmana compasiva.

Un crepúsculo cobrizo había caído cuando llegaron a la parte más baja de la montaña. Ante ellos el llano se extendía hasta el fondo del horizonte. A sus pies veían un gran lago en cuya superficie muda y lechosa se reflejaba la mortecina tarde. Era el lago de Antioquía que se divisaba también desde algunos observatorios del Damlajik. Pero, desde aquí, este Ak Deniz, este «mar blanco», parecía tan cercano que se podría tocar. La ribera septentrional del lago estaba bordeada de una ancha franja ondulante de juncos que abrigaban todo un universo pantanoso y chillón. Garzas trataban pesadamente de salir de los cañaverales y agitaban con torpeza las alas: las había plateadas y de color púrpura. Volaban en círculo por encima de la superficie del agua, arrastrando en su vuelo sus piernas graciosamente plegadas. Luego descendían lentamente hacia sus nidos. Una bandada de patos salvajes surcaba Un aguas lechosas con la rapidez de un torpedo, para aterrizar en una isla de cañaverales. Un ruido confuso llegaba a oídos de los niños: era la algarabía de los verderones mezclado con las discusiones casi humanas —podría decirse— de enormes ranas que croaban en ese momento por decenas de miles. La cintura de juncos del Ak Deniz se perdía insensiblemente en el llano. Muy lejos se veía de nuevo aparecer una densa vegetación además de pantanos y charcos, cual ojos ciegos cuya pupila temblase. En contraste con la estepa desierta, la vida alrededor del lago era casi exuberante. Parecía el cadáver de un

animal fantástico despedazado por aves carnívoras de mil colores. Mientras Esteban no veía sino el lago, la mirada escrutadora de Haik descubrió inmediatamente las tiendas de nómadas diseminadas por el llano hacia el este, así como algunos caballos que, la cabeza gacha, pastaban en una vaga neblina. Extendió el brazo, seguro de su decisión.

—Es allá donde tendremos que dirigirnos. Partiremos en cuanto salga la luna. ¡Dame tu botella! La llenaré de agua. Aquí el agua es todavía buena. Hay que beber mucho. Mientras tanto, puedes dormir.

Esteban no durmió, esperó hasta que su camarada volvió con las dos botellas llenas. Obediente, bebió cuanto pudo. Ni uno ni otro pensaban en comer. Haik extendió su manta para envolverse en ella; Esteban se deslizó hacia él. Ya no le bastaba la excusa del frío ambiente de la mañana. Ya no podía dominar más su angustiosa necesidad de afecto y de amistad. Y he aquí que Haik lo comprendía; diría que la confiada vecindad del pequeño Bagradian no le era desagradable. Como un hermano mayor lo atrajo hacia sí y lo tapó hasta los hombros. Los muchachos durmieron todo el tiempo abrazados.

Esteban y Haik penetraron en el llano. Contra toda expectativa, comprobaron que el Musa Dagh, con sus quebradas e innumerables obstáculos, les ofrecía un terreno mucho más favorable a la marcha que esta vasta extensión plana llamada El Amk, la depresión. El suelo pérfido, movedizo, cubierto de lodo verdoso, era tierra enemiga, tierra no cristiana.

Haik necesitaba toda la agudeza de sus sentidos y sus afinidades casi sobrehumanas con la naturaleza, para osar arriesgarse por semejante camino y más aún de noche. En efecto, El Amk no era sino un pantano de más o menos diez kilómetros de longitud, que había que bordear con exactitud milimétrica para no atascarse.

Muy pocos pastores, agricultores y nómadas tenían el valor de utilizar este atajo para ahorrarse el gran rodeo del camino hasta el

puente de Kara-Su. Pero para los niños no existía otra posibilidad puesto que Vallan Melikentz les había dicho que había soldados, *saptiehs* e *inchaat taburis* a todo lo largo del camino. Haik se había sacado los zapatos para «palpar» mejor el suelo con sus pies desnudos. Esteban siguió su ejemplo. Sentía la impresión de correr sobre una corteza de pan muy delgada y caliente que cubría una miga en fermentación. Esta corteza estaba resquebrajada y de sus grietas salía un espeso vapor sulfuroso. Esteban tuvo la habilidad de seguir las huellas de los pies de Haik, que sólo los posaba en el suelo tras asegurar el paso siguiente, semejante a un bailarín obligado a ejecutar determinadas figuras de manera precisa. Durante este baile, en la cabeza de Esteban bullían locos pensamientos…

—Todo el mundo camina por la carretera… ¿Por qué nosotros no tenemos derecho a andar por la carretera…? ¿Porque somos armenios?

Haik, furioso, le cortó la palabra:

—¡No hagas preguntas estúpidas! Trata más bien de tener cuidado. ¡No pongas los pies donde esté verde! ¿Me has comprendido?

Entonces Esteban trató de sumirse en la benéfica apatía que ayuda a soportar el cansancio físico. Danzaba hábilmente tras Haik, que trazaba sobre la corteza peligrosa un itinerario de curvas extrañas. Así transcurrió una hora, luego dos, durante las cuales la luna ya se mostraba benevolente, ya se ocultaba perversamente. Sin embargo, a pesar del enorme trayecto realizado, el cansancio de Esteban disminuía a medida que avanzaba la noche. Sus ideas y sus sensaciones despertaban a medias y volvían a concentrarse dolosamente como agua estancada. Una fuerza irresistible crecía dentro de su espíritu. Tenía que hablar, aunque ahora Haik lo intimidaba.

—Entonces, ¿es verdad que no volveremos a ver a nuestra gente? —preguntó, evitando un término de orden más íntimo.

Haik no interrumpió su andar pausado. Transcurrió un instante, hasta que llegado a un terreno más firme, se dignó a dar una respuesta.

—¡Por mi parte, estoy seguro de volver a ver a mi madre!

Era la primera confesión íntima que escuchaba Esteban de la boca de Haik desde que lo conocía. Pero como el escolar parisino no poseía la convicción religiosa de este muchacho montañés armenio, se sintió humillado y molesto.

—Sin embargo, no podremos volver al Damlajik…

Haik dejó oír un gruñido espontáneo, demostrando cuánto le desagradaba esta conversación.

—El Damlajik está detrás de nosotros. Si Cristo lo permite, llegaremos vivos a Alepo. Luego Jackson nos esconderá en el consulado. Por lo menos, eso es lo que le piden en la carta… —Y con hiriente insistencia agregó—: Es verdad que en el mensaje no se habla de ti.

Esteban no se ocupaba ya de sí mismo; pensaba en papá y mamá, de quienes se había alejado de manera tan insensata: ¿Por qué? Ya no lo sabía ni él mismo. La vida cambiaba extrañamente. El Damlajik se convirtió en una siniestra fantasía, mientras la vida anterior tomaba de nuevo el aspecto conveniente, correcto y bien organizado que siempre tuvo. Jackson debía hacer lo posible por corregir esta insensatez de su existencia. No podía admitirse que un Esteban Bagradian se hallara en peligro de no volver a ver a sus padres.

Ya hacía toda clase de especulaciones, poniéndose por adelantado en el lugar del cónsul.

—Jackson cablegrafiará seguramente, ¿sabes? A América se cablegrafía. ¿Crees que los americanos enviarán buques para salvar a nuestra gente?

—¿Cómo quieres que lo sepa, borrico?

El ritmo acelerado que Haik adoptó en su marcha lo provocaba probablemente su violenta rabia. Esteban, intimidado, se vio obligado a callar y a apurar el paso para no apartarse de su guía. Aunque no hiciera el menor viento, tenía la impresión de que torbellinos aéreos venían a romperse contra su pecho impidiéndole avanzar. En el fondo de sí mismo no conseguía darse cuenta de las causas de su aventura. Su cabeza empezaba a vacilar. La luz de la

luna se extendió ampliamente sobre el paisaje. Un vacío de un verde esmeralda venía como una ola al encuentro de Esteban. Por un instante perdió la conciencia del peligro.

Un horrible grito de espanto detuvo inmediatamente a Haik, enseguida supo lo que sucedía. Vio cómo la figura de Esteban luchaba en vano. El hijo de Bagradian ya estaba empantanado hasta las rodillas. Haik le ordenó en voz baja:

—¡Silencio! ¿Quieres no gritar?

Sin embargo, el inmenso espanto hacía a Esteban lanzar sin cesar alaridos que no podía reprimir. Creía haber caído entre las mandíbulas de un monstruo grande, como una ballena que lentamente lo absorbía. Ya lo invadía la masa resistente y pastosa sobrepasándole las rodillas. A pesar de todo, durante los segundos en que dejaba de defenderse, experimentaba una sensación extraña y deliciosa. Haik le advirtió:

—¡Un solo pie a la vez! ¡A la derecha! ¡El pie derecho!

Lanzando pequeños gritos de espanto, Esteban intentaba zafarse inútilmente. Sus piernas ya no tenían fuerzas. Oyó una nueva orden imperiosa:

—¡Tiéndete sobre el vientre!

Dócilmente se inclinó hacia adelante de manera que pudo alcanzar la tierra seca con la punta de las manos. Cuando Haik vio que Esteban no tenía la energía suficiente para salir del paso, se deslizó él mismo arrastrándose hasta el lugar pantanoso en que se hallaba su camarada. Sin embargo, el bastón que cogió Esteban tampoco bastaba para darle el apoyo necesario. Entonces Haik desató su chalina, que llevaba enrollada en la cabeza, y se la tiró a Esteban para que se la anudara alrededor del pecho. Con mano poderosa sostenía la otra extremidad. Con este sistema se fabricó una especie de cuerda salvavidas. Después de interminables intentos, Esteban pudo por fin sacar la pierna derecha, que no estaba tan profundamente enterrada como la otra. Había transcurrido una buena media hora cuando Haik lo arrastró como un ahogado a tierra firme. Y transcurrió aún otra media hora más antes de que Esteban se restableciera lo suficiente como para continuar, esta vez vacilando

por el suelo traicionero, llevado de la mano por Haik. Estaba hasta el pecho cubierto de lodo, que pronto se secó con el aire, oprimiéndole bajo una costra dura la piel de los brazos y de las piernas. Una circunstancia favorable atenuaba el mal. Esteban había guardado sus zapatos en la mochila que lanzó a tierra seca durante su lucha con el pantano. Haik guiaba con mano firme a su camarada casi inconsciente. No le regañó por su imprudencia, pero a menudo repetía como una fórmula de conjuración:

—Tenemos que llegar al puente antes de que sea de día. Tal vez encontremos *saptiehs* allí…

El orgullo ambicioso de Bagradian hijo despertó una vez más:

—Ya puedo… volver a caminar bien… —dijo.

Cuando giraron hacia el norte, el terreno se hizo más seguro. Desapareció aquella elasticidad del suelo que hacía pensar en un colchón; Esteban se apartó de Haik y se puso a caminar con una fingida vigorosidad. De la lejanía provenía una suave brisa así como ciertas notas luminosas. El olfato de Haik adivinó el río Kara-Su. Pronto treparon hasta el camino escalando el dique que proyectaba en el paisaje nocturno el blancuzco reflejo de su ancha faja. La garita del centinela a la entrada del puente estaba vacía. Los muchachos pasaron frente a este peligro supremo, que felizmente no lo fue, corriendo como si el diablo los persiguiera. Pero esta vez el camino real ejerció en Esteban un efecto totalmente diferente al de la tarde. El suelo liso de la civilización robó a sus miembros el último resto de fuerzas. Pasado el puente su paso se hacía cada vez más lento. Se puso a vacilar, a hacer zigs-zags y de repente se tendió en medio de la carretera. Haik lo miraba atónito. Por primera vez su voz temblaba de desesperación:

—Pierdo tiempo…

Más o menos una hora más allá del puente, la carretera se prolonga sobre un largo dique de piedra que se eleva muy alto a orillas del último gran pantano de El Amk. Este dique lleva el nombre de Dchisir Murad Pachá, y es allí donde empieza la verdadera travesía

de la inmensa estepa que se extiende sobre cientos de millas, aun más allá de Alepo y del Éufrates, hacia Mesopotamia. No lejos de este dique se alza al lado norte del camino el pasaje más encantador de colinas que pueda imaginarse, semejante a una última sonrisa de verde antes de la muerte y de la rigidez absoluta. Al pie de estas colinas se extiende una gran aldea turcomana, Ain el Beda, «la fuente transparente». Mucho antes de que los grupos de casas se concentren en una aldea, se encuentran por el camino muchas viviendas aisladas construidas con madera y piedras, pequeñas granjas de aspecto ordenado. Cincuenta años antes el gobierno de Abdul Hamid había instalado allí una de las tribus errantes de turcomanes para hacerles adoptar la vida sedentaria. Nadie mejor que un nómada convertido podría transformarse en un excelente agricultor, serio y laborioso. Las viviendas sólidas provistas de un buen techo, que se encontraban en estos sonrientes parajes, eran la prueba irrefutable.

La primera de estas granjas se alzaba al borde del camino. Una hora después de la salida del sol, el dueño de la casa salió a la puerta, observó el viento, el tiempo y todos los puntos cardinales, luego extendió su alfombrita para volverse hacia La Meca y pronunciar la primera de sus cinco plegarias cotidianas. Este piadoso hombre vio a los dos muchachos sólo cuando, agachados sobre sus mantas en las proximidades de la casa, se pusieron a efectuar las inclinaciones y oscilaciones prescritas por el culto, con la misma perfección que él. El turcomán se sintió encantado de ver una juventud tan devota y madrugadora. Pero como buen mahometano impasible que era, no pensó ni un instante en interrumpir con alguna pregunta profana ese interminable homenaje a la divinidad.

Al cabo de varios descansos, Haik había conseguido arrastrar a Esteban por el dique Dchisir Murad Pachá hasta el límite de las colinas. A la vista de la granja le había recordado una vez más que imitase exactamente todos sus gestos y que abriera la boca lo menos posible, pues conocía muy pocas palabras turcas y su pronunciación delataba inmediatamente su origen. Respecto a la plegaria mahometana, no sería pecado si durante ese rato murmuraban para

sí algunos *pater*, uno tras otro. Pero Esteban no conseguía imitarlo. Rígido como un maniquí, efectuaba a costa de grandes esfuerzos una pálida copia de las contorsiones religiosas de Haik. Enseguida se desplomó sobre su manta con la mirada fija en el cielo puro de la mañana. El campesino turcomán, ya entrado en años, avanzó con paso vacilante hacia la pareja sospechosa.

—¡Eh, pilluelos! ¿Qué hacéis tan de madrugada en el camino, eh? ¿Qué pasa? ¿Qué buscáis? —preguntó.

Felizmente, él mismo no hablaba sino una especie de dialecto turco, de manera que el acento armenio de Haik no le llamó la atención. En Siria, en este enorme alambique en el cual se produce una prodigiosa mezcla de pueblos, todos los idiomas sufren influencias recíprocas y fantásticas. Por esto la entonación de las palabras de Haik no inspiraban la desconfianza del turcomán:

—*¡Sabahlar bajr olsun!* ¡Buenos días, padre! Venimos de Antioquía. Perdimos a nuestros padres en el camino. Ellos continuaron a Hammam en el coche, quisimos correr un poco y nos extraviamos. Ese muchacho, que se llama Hussein, casi se ahogó en el pantano. Mira la cara que tiene. Ahora está enfermo. ¿No puedes darnos en tu casa un rincón donde descansar y dormir?

Con gesto lleno de sabiduría, el turcomán se llevó la mano a su barba gris. Luego, cediendo, reflexionó e inquirió:

—¿Qué son esos padres que pierden a sus hijos en medio del pantano y que continúan su camino…? ¿Ése es hermano tuyo?

—No, es un pariente de Antioquía. Yo me llamo Essad…

—En realidad, este pobre Hussein me parece verdaderamente enfermo. Tal vez ha bebido agua del pantano.

Haik contestó con una piadosa fórmula y luego agregó bajando la cabeza:

—¡Dadnos de comer y dormir, padre!

Toda esta comedia no habría sido necesaria porque el corazón del turco era fundamentalmente bueno. Desde hacía meses veía pasar frente a su casa las caravanas de deportados. Había socorrido a muchos enfermos armenios y les había dado de beber y de comer a escondidas, vestimenta y zapatos según sus medios, y sin pensar en

ser recompensado por ello en el más allá. Pero había que tener mucho cuidado con los *saptiehs*. Aquellos que ayudasen a los armenios durante el éxodo, se exponían según las nuevas leyes a palizas, prisión y en los casos más graves hasta a la pena de muerte. En todo el país, centenares de turcos simpatizantes cuyo corazón se conmoviera a la vista de la inhumana miseria de los desterrados, habían podido comprobar que estas amenazas no eran vanas. El campesino sometió a los dos vagabundos a un examen detallado. Los millares de ojos armenios que viera alzarse suplicantes hacia él por el camino se impusieron a su memoria. El resultado de su comparación no le dejaba lugar a dudas, sobre todo en cuanto concernía al enfermo. Pero precisamente el pretendido Hussein despertaba más la compasión del turcomán que Essad, pues este último estaba sano y parecía, por otra parte, muy decidido y despierto.

El padre de familia lanzó una breve llamada, inmediatamente salieron de la casa dos mujeres, una vieja y una joven, que a la vista de los extranjeros se cubrieron aprisa el rostro con sus velos. Recibieron algunas órdenes bruscas y desaparecieron de nuevo con paso precipitado. El turcomán introdujo a Haik y a Esteban en su casa. Al lado de lo estancia principal llena de humo, en la cual apenas se podía respirar, había un cuartito vacío, una especie de escondite que sólo recibía luz a través de una rendija en la muralla. Los muchachos tropezaron con un escalón al entrar en este hueco sombrío. Mientras tanto, las mujeres habían traído alfombras y mantas. Prepararon dos camas sobre el suelo arcilloso de la habitación. Cuando vieron el cuerpo de Esteban cubierto de una costra de lodo seco, trajeron una palangana de agua caliente y una escobilla y se pusieron a lavar los brazos y las piernas del pequeño armenio con un vigor decidido y maternal. Durante este penoso trabajo la vieja levantó su velo, puesto que sólo se trataba de muchachitos jóvenes. Debido al enérgico tratamiento de las aldeanas, sucedió que no sólo la costra que envolvía el cuerpo de Esteban, sino también la que adormecía su alma, terminó por desprenderse y desaparecer. La nostalgia de los suyos, que hasta

entonces reprimiera, se puso a bullir dentro de él como un torrente espumoso. Conmovidas por esta pena infantil, las mujeres turcomanas le prodigaron sus consuelos melodiosos de sonidos extraños. Enseguida la vieja campesina trajo un plato lleno de cebada cocida en leche de cabra, una rebanada de pan y dos cucharas de madera. Mientras los niños comían, toda la numerosa familia del turcomán apareció, ya fuera en el cuartito o en el umbral de la puerta, para complacerse en el espectáculo de su propia hospitalidad. A pesar de la amabilidad de los anfitriones y del buen guiso caliente, Esteban apenas pudo tragar cinco cucharadas, tan oprimida e hinchada tenía la garganta. Haik, en cambio, devoró todo el guiso con la seria reflexividad de un obrero condenado a trabajos forzados.

Cuando la familia de miradas curiosas los dejó solos, Esteban se durmió inmediatamente, mientras el prudente Haik reflexionaba activamente en el itinerario del próximo trayecto. Esperaba que Esteban recuperara suficientes fuerzas hasta la tarde y que apenas salida la luna pudieran ponerse en camino. Si la carretera estaba libre, tanto mejor, si no, tendrían que mantenerse a un lado, al pie de las colinas. Estos cerros ofrecían sin duda un excelente escondite para el día siguiente, una vez alcanzado el punto, tras haber dejado atrás Hammam, tendrían que tomar la curva que formaba el camino. Faltaba aún afrontar los mayores peligros, pero las peores fatigas ya habían pasado. Desgraciadamente Haik se hacía demasiadas ilusiones respecto a las fuerzas de Esteban. Extenuado, se había entregado sin reserva a un sueño profundo en esa habitación tan segura, pero luego despertó lanzando gemidos entrecortados; Esteban, torturado por el dolor, se revolcaba en la cama; cólicos espantosos le desgarraban el vientre como consecuencia de la aventura en el pantano El Amk. Ahora también podía notarse que su piel estaba cubierta de picaduras de mosquitos. Ya no podía, pues, esperar descanso. Los habitantes de la casa continuaron mostrándose amables y diligentes. Las mujeres calentaron piedras calientes que colocaron sobre el vientre del muchacho y le prepararon una tisana tal vez benéfica, pero tan repulsiva que Esteban no pudo retenerla. El mal no cedió hasta la tarde, después

de haber obligado repetidas veces al infeliz muchacho a acudir, con paso vacilante, al muladar de detrás de la casa. Esteban se había convertido en una especie de sombra, y Haik, que había sido privado del sueño, tenía un semblante verdoso y descompuesto.

El campesino había permitido a «Essad» y a «Hussein» que establecieran su campamento nocturno en el techo de su casa. Habituados desde varias semanas a vivir al aire libre, los niños no podían soportar la atmósfera de ese agujero lleno de humo, de parásitos y el hedor de la grasa rancia. Ahora estaban sentados en sus alfombras entre pirámides de zuros de maíz, fardos de pasto y montones de raíces de caña. Esteban, envuelto en su manta y tiritando de fiebre, miraba continuamente hacia el oeste. A esta hora que precedía a la caída de la noche, las montañas de la cadena cestera, cuyo perfil se divisaba a lo lejos, parecían mis altas de lo que eran en realidad, dispuestas en terrazas cada vez más elevadas, teñidas de tonos variados, desde el intenso azul zafiro, hasta el gris plateado. ¡Qué próximos parecían estos montes! ¡Era increíble! Y sin embargo, ¿Haik y Esteban habían tenido que caminar dos noches completas y un medio día para recorrer esa pequeña distancia? La última montaña al sur, y que terminaba bruscamente, era sin duda el Damlajik. Aparecía rígido en la actitud de una bestia que huyendo del cazador se ha detenido en medio de su carrera. Su lomo alargado se inclinaba hacia el norte, escondía la cabeza en las alturas desiguales de sus flancos, y sus patas vigorosas daban grandes zancadas hacia la amplia depresión del Oronte donde se adivinaba el mar. Esteban no veía sino el Damlajik. Creía distinguir el bastión sur, las planicies, el desfiladero de las encinas, la quebrada norte de donde había huido hacía una infinidad de tiempo, sin despedirse de nadie. ¿Y precisamente por qué? No podía recordar. Se diría que el Damlajik respiraba con fuerza, que se acercaba, volando sobre el camino de Alepo y la casa del campesino al borde de las colinas turcomanas, volando también por encima de Esteban Bagradian. Haik sabía todo eso. Sentía en él la benevolencia del verdadero hombre fuerte que se complace en mostrarse débil ante un inferior.

—¡No tengas miedo! Permaneceremos aquí el tiempo necesario

hasta que puedas volver a caminar.

El niño, atormentado por la fiebre, miraba siempre la costa con sus ojos fascinados.

—Están muy cerca, cerquita…, quiero decir, los montes, allá…

Luego, haciendo un esfuerzo sobre sí mismo, se enderezaba, exaltado, como si fuera ya tiempo sobrado de partir. Las palabras amenazadoras de Haik le golpeaban los oídos. Las repetía castañeteando los dientes:

—No se trata de ti ni de mí, sino de la carta para Jackson…

Haik asentía con la cabeza, aunque sin hacer reproches.

—Más hubiera valido que Hagop te hubiera denunciado…

El lamentable rostro de Esteban ya no ofrecía resistencia y trataba de esbozar una sonrisa conciliadora:

—No importa… No perderás tiempo por mi culpa… Me volveré… mañana…

De repente Haik se escondió, agachándose, e inmediatamente le hizo señas a Esteban para que lo imitara. Se oía subir desde el camino, que durante el día no estuviera muy animado, un extraño ruido de pasos mezclados de murmullos y palabras entrecortadas. Algunos *saptiehs* empujaban hacia Hammam un pequeño convoy de deportados armenios. Convoy sería mucho decir; era más bien un rebaño lamentablemente apretado de gente vieja y niños que habían descubierto, sabe Dios en qué aldea perdida. Los *saptiehs*, que querían llegar a Hammam antes de medianoche, prodigaban injurias y golpes a estos desgraciados fantasmas, que desaparecieron con una rapidez increíble tras la curva del camino. Este importante incidente pareció reforzar definitivamente a Haik en sus convicciones:

—¡Sí! Lo que más te conviene es volver. ¿Pero, cómo? No puedes atravesar solo los pantanos.

Todas las distancias se confundían en el espíritu de Esteban, que sentía tan próximas las montañas familiares.

—¿Y por qué no? El camino no es tan largo…

Haik sacudió la cabeza con decisión.

—No, no puedes desenvolverte solo a través de los pantanos. Es preferible que pases por Antioquía. ¿Ves allá…? Es mucho más

fácil… Pero allá también te cogerán si tomas los caminos ordinarios. No hablas turco, no puedes orar como ellos y sólo con ver tu cabeza se pondrán inmediatamente furiosos…

Esteban, soñador, cayó de nuevo sobre su manta.

—Caminaré sólo de noche… Tal vez no me agarren…

—¡Ah! ¡Cómo te conozco…! —gruñó Haik con tolerancia y desprecio. Después se puso a hacer planes para ver cómo podría acompañar a Esteban sin perder más de un día. Pero el pequeño Bagradian que, aunque tiritando de fiebre, se sentía cómodamente llevado por una dulce ensoñación que lo hacía todo más fácil y simple, balbuceaba:

—Tal vez Dios me ayude…

En efecto, esta ayuda le parecía a Haik, en las circunstancias existentes, la única práctica. Fuera de la ayuda celestial, le quedaban muy pocas esperanzas para el feliz regreso de Esteban al Musa Dagh. El granjero turcomán subió al techo por la escalera apoyada contra el muro y comenzó a echar abajo los fardos y los zuros. Haik se puso en pie inmediatamente y lo ayudó en su tarea.

Cuando hubieron terminado, el campesino pareció concebir de súbito una idea luminosa y miró a Esteban guiñándole los ojos.

—¿Queréis venir conmigo, muchachos? Mañana por la mañana iré en coche al mercado de Antioquía. Puesto que sois de Antioquía, os llevaré a vuestra casa. Esa misma noche estaremos ahí…

Y orgulloso indicó con el dedo la gran cochera construida detrás de la casa.

—Sabéis, yo no voy en una carreta con bueyes, sino con un caballo y un verdadero coche.

Haik se echó un poco al lado su falso turbante para rascarse con gesto meditativo la cabeza, cuidadosamente afeitada por la viuda Chuchik antes de su partida.

—Sí, padre, estaría muy bien si pudieras llevar a mi primo Hussein a Antioquía. Su familia vive ahí. Pero los míos viven en Hammam. Es una lástima que no vayas en coche a Hammam… Tendré que ir a pie…

El turcomán fijó su mirada atenta en los ojos del astuto

muchacho.

—¡Tus padres son de Hammam! ¡*Allah kerim, bir*! ¡Dios es indulgente, hijo mío! Conozco a todos los habitantes de Hammam. ¿En qué trabajan ellos?

Haik encontró los ojos escrutadores del campesino y le respondió con tono humilde y confuso:

—Pero, padre, ya le he dicho que están ahí sólo desde ayer. Ellos viven en Chan Ornar Agha…

—¡*Janasydché*, esperemos que tengan suerte! Pero los soldados se han instalado en Chan Ornar Agha. Son soldados enviados para desalojar del Musa Dagh a los traidores armenios…

—¿Qué dices? ¿Soldados? Mi familia no sabía nada de eso. Por otro lado, tal vez el ejército ya se haya ido. En fin, Hammam es grande y seguramente encontrarán otro albergue.

No había nada que objetar a semejantes explicaciones. El turcomán, que no podía descubrir la identidad de Essad, reflexionó intensamente durante algunos segundos moviendo varias veces los labios sin llegar a decir nada, y por último abandonó el lugar.

Mucho antes de medianoche Haik se preparó para partir. Pero antes se ocupó de Esteban en lo posible y metió una de sus salchichas en la mochila de su amigo. Fue a llenar en la fuente que brotaba frente a la casa el termo de Esteban; además limpió la ropa de su amigo aún llena de lodo seco. Mientras se preocupaba de él con la mayor solicitud, le repetía sin cesar la forma en que se tenía que comportar:

—El buen hombre llevará su mercadería a la feria semanal. Mientras tanto puedes esconderte en el coche. Trata en lo posible de no decir una palabra. Es natural, puesto que estás enfermo. Apenas veas la ciudad, saltas despacito del coche, ¿comprendes?, y te echas en un campo, en una zanja, o en un hoyo, donde esperas hasta que todo se oscurezca… ¿Has entendido?

Esteban estaba acurrucado en su cama. Temía los cólicos que de nuevo se hacían sentir, y aún más, temía estar solo. La noche no estaba encapotada como la víspera; su pureza era perfecta. La enorme bóveda de la vía láctea se redondeaba, blanca y densa, por

encima del tejado del turcomán. Esteban sintió un instante la mano de Haik en la suya. Eso fue todo. Una vez más oyó la voz de su amigo, altanera y ruda como antaño:

—Haz exactamente lo que te dije; hazlo bien, ¿entiendes?, y rompe esa carta para Jackson.

Ya Haik había colocado un pie en la escalera cuando volvió de nuevo hacia Esteban. Sin decir una palabra, trazó rápidamente con mano tímida el signo de la cruz sobre la frente y el pecho de su amigo.

En tiempos de peligro mortal, todo armenio puede servir de sacerdote y de padre a cualquier otro armenio. Ter Haigassun se lo había enseñado a sus alumnos en las clases de religión en Yoghonoluk, en una época en que nadie sabía aún que estos tiempos de peligro mortal ya habían empezado.

Haik ya no estaba con él, así que resolvió seguir el plan de éste. Esa mañana se subió al carro tal y como se había previsto, iniciando así la travesía con el anciano hacia Antioquía.

Precisamente al llegar a la aldea de Ain el Beda, la carretera se desviaba hacia el llano. En el aire matinal el turcomán hizo correr con trote airoso su caballo por el camino desierto. Su vehículo, excesivamente cargado, se bamboleaba cruelmente entre las profundas huellas del barro seco. Esteban apenas lo notaba. Iba envuelto en su manta entre los montones de caña, y la fiebre lo devoraba. Esta fiebre era un favor divino. Le hacía olvidar toda noción de tiempo y de espacio. Sumergido en medio de visiones borrosas, livianas, agradables, no pensaba ni en el lugar a dónde lo conducían, ni en la suerte que le esperaba. Además, la fiebre que oscurecía aún más su piel quemada, lo ayudaba amablemente a conservar su disfraz. Cada vez que el campesino, al hacer descansar su caballo, descendía de su asiento y se preocupaba del estado de su pasajero, éste lanzaba grandes gemidos y cerraba los ojos. De este modo, ninguna de las tentativas por entablar conversación del turcomán obtuvo resultados. No oía sino quejas monosilábicas, y de

vez en cuando el insistente ruego de detener el vehículo. Para tal caso Haik le había metido en la cabeza el término necesario: —*Ber bir az hasta im*—. Estoy algo enfermo. Y en cada ocasión Esteban repetía fielmente esta frase con imperturbable sangre fría. Por este sistema se hallaba dispensado de todas las plegarias, pues el islam permite a enfermos convalecientes no tomar parte en los ejercicios religiosos que exigen un esfuerzo corporal. Después de cruzar el riachuelo de Afrin por un puente de madera, el campesino se dispuso a almorzar. Desensilló el caballo y le colgó al cuello un saco con pienso. Esteban también tuvo que bajarse e instalarse al lado del viejo, en la reseca estepa. Casi ningún vehículo pasaba por el camino. Hasta ahora sólo habían encontrado dos carretas que iban en dirección opuesta. Los campesinos de la región utilizaban el camino real que llevaba a Antioquía pasando por Hammam. El turcomán desempaquetó pan y queso de cabra, del cual ofreció una parte a Esteban:

—¡Come un poco, hijo mío! Cuando se come mueren todos los dolores.

Esteban no quería disgustar a su anfitrión y mordió el queso con poco entusiasmo. Mascaba sin cesar, pero no conseguía tragar el primer bocado. El amable campesino lo miraba con inquietud:

—Tal vez necesitarás más fuerzas que las que tienes, mi pequeño.

Esteban no comprendía estas palabras pronunciadas con voz gutural, pero ante todo no debía traicionarse. Por eso se inclinó, colocó la mano sobre su corazón y recitó la frase universal con la que invocaba su enfermedad:

—*Ben bir az hasta im*.

El turcomán guardó silencio por largo rato. Luego, mientras sus pómulos salientes se movían lentamente como moluscos, hizo un violento movimiento con su mano armada con un cuchillo; como si quisiera cortar algo. Esteban se estremeció intensamente cuando oyó pronunciar palabras en armenio:

—No te llamas en absoluto Hussein. ¡Termina, pues, de contarme historias! ¿Quieres verdaderamente ir a Antioquía? No lo

creo.

Esteban sufrió tal emoción que casi perdió el conocimiento. A pesar de la fiebre, gruesas gotas de sudor corrieron por su frente. Los ojos hundidos del turcomán se habían puesto muy tristes.

—¡No tengas miedo, sea cual fuere tu nombre, ten confianza en Dios! Mientras estés conmigo, nada te sucederá.

Esteban reunió todas sus fuerzas y trató de pronunciar algunas palabras turcas. El viejo campesino lo disuadió con un movimiento de la mano que aún sostenía el cuchillo. No necesitaba ninguna explicación más. Pensaba en los miserables rebaños que noche y día desfilaban frente a su casa bajo los golpes de los *saptiehs*.

—¿De dónde vienes, hijo mío? ¿Eres oriundo del norte? ¿Te has escapado? ¿Te has escapado de un convoy de deportados, verdad?

Esteban, sobreponiéndose a su mala suerte, se dejó llevar por la confianza. Ya no le serviría ninguna mentira. Murmuraba en armenio frases rápidas, entrecortadas, para que sólo el turco pudiera comprender y no el mundo hostil que siempre lo rodeaba en acecho:

—Soy de aquí, del Musa Dagh. De Yoghonoluk. Quiero volver a casa, con mis padres.

—¿A tu casa? —La mano nudosa del campesino acarició su barba gris con ademán de sabiduría—: ¿Así es que tú formas parte de esa gente que se refugió en la montaña y hacen la guerra a nuestro ejército? Vaya, vaya… —La voz del buen anciano se hizo más opaca. Esteban creía que ya todo había terminado para él. Se deslizó hacia un lado abandonándose a su destino y apoyó el rostro contra la tierra áspera. El turcomán sostenía aún el cuchillo en la mano. No tendría más que dar un pequeño golpe. ¿Cuándo iba a decidirse? Pero he aquí que la voz bonachona del anciano volvía a hacerse oír:

—¿Y cómo se llama el otro, tu primo, ese Essad? Ese tiene más de un recurso en su saco. No se deja pescar tan fácilmente como tú, pobrecito…

Esteban no le contestó. En espera de su última hora se acurrucaba hecho un ovillo. Luego se sintió abrazado por manos rudas y benevolentes.

—¡A pesar de todo, no es culpa tuya si los otros cometen faltas! Espero que Dios te devuelva a los tuyos. Eso no te ayudará mucho, ni a ellos tampoco. Ven, vamos a ver lo que se puede hacer.

Esteban volvió a instalarse en el vehículo en medio de los fardos de caña. Pero ahora el turco parecía inquieto y no cesaba de fustigar a su caballo, aunque ya la bestia había hecho un largo trayecto y su pelo erizado estuviera empapado de sudor. La continuación del viaje se hizo a menudo al trote, a ritmo rápido y en parte al galope. Mientras tanto, el campesino pronunciaba extraños monólogos o acosaba al caballo con epítetos groseros. A pesar de todos los golpes que sufría Esteban en aquel refugio en continuo movimiento, sentía estar cada vez más bajo la directa protección de Dios. Trató de pensar en mamá. ¿Estaba verdaderamente enferma? Quería creer que no, que nada había sucedido, absolutamente nada. Lo que provenga de esa bruja de Sato no es más que maldad y mentiras, se decía para sí. Cuando él, Esteban, vuelva, cuando aparezca frente a la extensa trinchera norte, Awakian correrá como un loco a advertir su llegada. Luego sus padres se precipitarán a su encuentro, llorarán de felicidad al ver a su hijo sano y salvo, lo abrazarán y lo besarán como en los buenos tiempos. A pesar de estos trabajosos espejismos, Esteban no conseguía encontrar en toda su pureza la imagen de su madre. La mayoría de las veces se confundía con la silueta de Iskuhi y esta visión le resultaba sumamente dolorosa. Nada podía hacer por impedirla, pese a la pena que le provocaba. De repente oía la voz de Haik que le recordaba que no debía perder tiempo en vanas ensoñaciones. Ahora, de día, debía dormir y concentrar sus fuerzas para el trayecto nocturno. Para obedecer a su amigo cerró los ojos. Pero su cuerpo de muchacho había pecado tantas veces contra el sueño, que éste ya no quería acudir sino en una desordenada mezcla de desvanecimientos y accesos de fiebre, que paralizaban sus miembros en vez de aliviarlos. Esteban durmió y no se despertó ni siquiera cuando la luz del día se hizo más dorada y el camino comenzó a ascender.

El campesino detuvo su caballo y ordenó a su afiebrado pasajero que bajase. Con gran trabajo, Esteban salió de su extraño letargo y

se dejó caer del coche. No muy lejos vio una colina redondeada y árida ceñida de muros fortificados cuya falda estaba cubierta de una multitud de casas blancas y cuadradas. El turcomán señaló este cuadro con la fusta:

—¡*Habib en Nedd-char*, la ciudadela! ¡He ahí Antioquía! Ahora, más vale que te escondas, hijo mío.

En efecto, a unos cien pasos de ahí el camino malo terminaba en la carretera regional de Hammam que Djemal Pachá también acababa de hacer arreglar. Esta vía de comunicación recientemente reparada tenía, contra todo lo esperado, un tráfico inmenso. El turcomán separó un poco los fardos haciendo entre ellos un hueco profundo.

—¡Cuélate ahí dentro! Te llevaré a través de la ciudad y un poco más allá del Puente de Hierro. Me es imposible hacer más por ti. ¡Ya está, y ahora acuéstate y permanece quieto!

Esteban se tendió a lo largo. El campesino lo cubrió hábilmente: tenía aire y no sufría demasiado bajo el peso de los fardos. Cuando estuvo echado, todos los pensamientos e imágenes anteriores abandonaron el alma del joven Bagradian. No era sino una masa pesada, indiferente, sin miedo ni valor. El coche rodaba por el llano camino. Por todos lados se oían voces y carcajadas. Desde el fondo de su escondite, Esteban los oía sin emoción. Luego el tráfico se hizo caótico. Pero de repente el vehículo se detuvo. Algunos hombres se aproximaron y rodearon el coche. Eran sin duda *saptiehs*, soldados, o agentes de policía. La conversación llegó al oído de Esteban débilmente pero con nitidez, como si hablasen a través de un tubo:

—¿A dónde vas, campesino?

—¡A la ciudad; al mercado, como todas las semanas! ¿A dónde podría ir sino allí?

—¿Están en orden tus papeles? ¡Muéstralos! ¿Qué llevas en el vehículo?

—¡Mercadería para la venta! No tenéis más que comprobarlo vosotros mismos. Tengo maderas para los carpinteros y algunas *okas* de regaliz…

—¿No tienes nada prohibido? ¿Conoces los nuevos reglamentos? Todos los cereales, el maíz, las patatas, el arroz y el aceite deben ser entregados a las autoridades.

—Ya llevé mi maíz a Hammam.

Algunas manos registraron rápidamente las capas superiores. Esteban se dio cuenta de ello, sin miedo ni valor. Luego el caballito cansado volvió a tirar de las riendas. A ritmo perezoso atravesaron un túnel de voces gritonas. La luz se colaba cada vez más débil hasta Esteban. Había oscurecido ya, cuando fueron interpelados por segunda vez. Pero el turcomán no se detuvo. Una voz aguda los persiguió con sus chillidos:

—¡Vaya, qué maneras! La próxima vez me harás el favor de circular de día. ¿Entendido? ¿Cuándo comprenderán estos imbéciles que estamos en guerra?

Las herraduras del caballo retumbaban sobre el pavimento de piedra del Puente de las Cruzadas, que por alguna razón desconocida se llamaba el Puente de Hierro. Pasado el puente, el turcomán alivió al niño afiebrado del peso que lo oprimía. Esteban pudo volver a tenderse sobre los fardos, envuelto en su manta. El campesino estaba enormemente satisfecho.

—¡Puedes estar contento, hijo mío! Ya has pasado el peor peligro. Allah te favorece realmente. Por eso voy a conducirte algo más lejos, hasta Mengoulje, donde podré hacer descansar mi caballo y pasar la noche en casa de un compadre.

Esteban se durmió profundamente. El turcomán volvió a fustigar a su pobre bestia para llegar cuanto antes con su protegido a la aldea de Mengoulje, desde donde Esteban tendría que caminar aún diez buenas millas antes de llegar al valle de las aldeas. Sin embargo, el alma simple del campesino había subestimado el destino armenio. Esteban se despertó con la viva luz de lámparas de acetileno y de linternas que iluminaban su rostro. Caras uniformadas, grandes bigotes, gorros de piel de oveja, se inclinaban sobre él. El vehículo había caído en medio del campamento de una de las compañías enviadas al caimacán de Antioquía por el valí desde la ciudad de Killis. Los soldados habían levantado sus tiendas

a ambos lados del camino. Sólo los oficiales se habían instalado en Mengoulje. El turcomán estaba tranquilamente de pie al lado del coche. Tal vez para disimular su perplejidad palmoteaba el caballo. Uno de los *onbachis*, le preguntó rudamente:

—¿A dónde te diriges? ¿Quién es ese muchacho? ¿Es hijo tuyo?

El campesino movió la cabeza con gesto distraído.

—No, no es hijo mío.

Trataba de ganar tiempo para encontrar una buena idea. El *onbachi* le ordenó de mala manera que hablase. Felizmente, el viejo conocía perfectamente las localidades de la región por haber asistido a las ferias semanales. Y en un suspiro dijo balanceando la cabeza:

—Vamos a Seris, a Seris que está al pie de la montaña.

Cantaba estas palabras a modo de inocente refrán. El *onbachi* lanzó sobre Esteban un vivo rayo de luz. Entonces la voz del turcomán se hizo quejumbrosa:

—¡Sí, mirad a ese pobre niño! Tengo que llevarlo a Seris con su familia…

Mientras tanto una considerable multitud de suboficiales y soldados se había reunido alrededor del vehículo. Pero de repente el anciano se sintió presa de una intensa agitación.

—¡Oh!, no os acerquéis demasiado, no os acerquéis, tened cuidado…

En efecto, el *onbachi* se estremeció de espanto al oír esta advertencia y miró fijamente al campesino que señalaba con su dedo la cara de Esteban.

—Tú lo ves, este niño tiene fiebre y ha perdido el conocimiento. Retroceded, vosotros, para que no os contagiéis. El *hekim*, en persona, ha mandado al pequeño a Antioquía… —Y el digno turcomán lanzó en pleno rostro del *onbachi* la palabra temida—: ¡El tifus! —(ni la peste, ni el cólera, inspiraban en esta época en Siria el espanto que desataba la palabra tifus). Los soldados saltaron inmediatamente hacia atrás y hasta el feroz *onbachi* retrocedió tres pasos. Por el contrario, el excelente hombre de Air el Beda se puso a sacar del bolsillo sus papeles de identidad y mostrárselos al suboficial para que los viese. Pero éste, maldiciendo, renunció a efectuar las

obligaciones de su función. En menos de diez minutos, el camino se abrió libre ante el coche. Al cabo de un rato el turcomán, desbordante de orgullo y de alegría por el golpe tan feliz, dejó descansar un poco a su extenuado caballo y se aproximó a Esteban ahogando la risa.

—Ya ves, hijo mío, cómo Allah te prodiga su favor. ¿Acaso no era ya un favor de su parte el enviarte a mí? ¡Puedes estar contento de haberme encontrado! Eso es, puedes estar contento. Aún tengo que viajar contigo una media hora si quiero encontrar refugio para la noche…

El espanto había paralizado los miembros de Esteban hasta tal punto que no oía casi nada de estas palabras. Cuando más tarde su salvador lo sacudió para despertarlo, no podía hacer el menor movimiento. Entonces el viejo turcomán le tomó en sus brazos como a un niño pequeño y le dejó de pie sobre el camino que conduce a Suedja siguiendo el curso del Oronte.

—¡Ahora, ya no hay nadie aquí, hijo mío! Si caminas bien, puedes llegar antes de que sea de día a la montaña. Allah hace más por ti que por muchos otros.

El campesino dio a Esteban un pedazo de queso, una rebanada de pan y su cantimplora, que llenara de agua fresca en Antioquía. Luego pronunció algunas fórmulas piadosas destinadas a dar valor al joven viajero y terminó con el voto de paz «*¡Selam alek!*». Esteban no oyó nada de todo esto, pues sentía un horrible zumbido de oídos. Él sólo vio cómo el claro turbante y la barba canosa se movían rítmicamente de un lado a otro, una y otra vez, rompiendo la oscuridad con un brillo cada vez más vivo. El hijo de Bagradian sintió que se le oprimía el corazón al ver alejarse esas fuentes de suave luz, mientras las herraduras del caballo retumbaban sobre el camino duro. El vehículo, ya lejano, no tenía linterna y la luna no había salido aún por encima de las barranqueras del Amanus.

Ter Haigassun había enviado un mensaje a los habitantes de los cementerios de las aldeas; era la primera vez que hacía semejante

cosa en su ministerio. En este mensaje pedía a Nunik y a sus semejantes tener a bien explorar los alrededores del Musa Dagh para tratar de encontrar la pista del pequeño Bagradian desaparecido. Si conseguían dar informes de importancia, o tal vez devolver al fugitivo, se les daría una considerable recompensa. Se les indicaría un lugar donde acampar a un lado de la cabaña del pueblo. Ter Haigassun daba pruebas de una extrema sabiduría al estimar en semejante precio el descubrimiento de Esteban. Gabriel Bagradian era el personaje más importante del Damlajik. El porvenir entero dependía del estado de ánimo del jefe militar supremo. Todo debía ponerse en movimiento para impedir que la fuerza interior de Gabriel, ya duramente perturbada por el golpe que le diera Julieta, no se rompiera completamente por el destino de Esteban. El precio ofrecido a estos parias de la población era verdaderamente enorme. Y sin embargo, Nunik no tenía ninguna esperanza de obtenerlo. Desde la última victoria armenia, la situación de los miserables que se quedaron en el valle había empeorado cruelmente. Nuevas tropas, nuevos *saptiehs*, nuevos soldados irregulares llegaban a diario a los pueblos. Se llevaban a cabo todos los preparativos para un severo sitio al Damlajik. En representación del caimacán, el pecoso *mudir* había instalado su sede de gobierno en la villa de Bagradian. También el *jusbachi* herido se encontraba desde hacía dos días en franca mejoría. El *mudir* había hecho poner carteles en todas las aldeas cercanas con una orden que obligaba a todo musulmán a detener, sin más proceso, a cualquier armenio, loco, inválido, anciano o niño. Esta sabia orden tenía por objeto hacer imposible todo espionaje a favor de los sitiados en la montaña.

Hacía apenas dos días que se podían leer estos carteles en los muros de la iglesia, así que el grupo de los cementerios, que contando los miembros de las siete aldeas, comprendía más o menos setenta cabezas, se había reducido a menos de cuarenta. Por consiguiente, el resto de esta sociedad se veía obligada a buscar un escondite totalmente inaccesible, si aún quería disfrutar algún tiempo más de la vida. Y, a Dios gracias, este escondite existía. Sólo los más valientes y los más fuertes, como la cadavérica Nunik, salían

entre medianoche y el alba a buscar su alimento; es decir, para ir a robar una que otra oveja, cabrita o gallina, operación en la que exponían sus vidas. Y el camino de regreso que Esteban seguía pasaba precisamente frente a este refugio.

Más o menos a una legua de la aldea de Ain Jerab, las ruinas de la antigua Antioquía se amontonan en grupos compactos formando una verdadera ciudad. Este conjunto está coronado por las pilastras y los arcos derrumbados del acueducto romano. El camino hasta ahí, bastante cómodo, se estrecha hasta convertirse en un sendero que bordea el lecho del río profundamente hundido entre las rocas y atraviesa todo este desierto de piedras, testimonio de una antigua actividad humana. El camino es apenas practicable, pues a menudo está obstruido por grandes piedras, fragmentos de columnas o de capiteles desprendidos. Esteban, aturdido por la fiebre, tropezaba a cada instante entre las peligrosas ruinas; las enredaderas le entorpecían el paso, se caía, se levantaba y seguía el camino para volver a tropezarse. A su diestra, muy oculta al fondo del campo en ruinas, se veía brillar a veces el débil y fugitivo resplandor de una fogata. Si Haik hubiera estado con Esteban, habría adivinado, aun sin la señal del fuego, la proximidad de estos miserables seres hermanos. Guiado por un instinto sobrehumano, su pie habría escogido el buen camino. ¿Pero dónde estaría Haik a estas horas? A treinta pasos del camino, la salvación esperaba a Esteban y hasta se revelaba por medio de una fogata. Nunik, Wartuk y Manuchak habrían escondido a Esteban; lo habrían curado una noche y un día, y enseguida lo habrían conducido al Damlajik por los caminos seguros que conocían, para hacerse adjudicar la gran recompensa merecida. Pero el niño de ciudad tuvo miedo del fuego. Espoleado por el temor, subió jadeante el camino en pendiente. Una vez arriba se detuvo y bebió de un trago toda el agua ya tibia y añeja de la cantimplora. El Musa Dagh se alzaba ante él. Podía distinguir con nitidez a la luz de la luna el espeso nubarrón, recuerdo del incendio, que aún se escapaba del frente de la montaña. La hoguera misma de las llamas parecía haberse reducido mucho, pues ya no había viento que la alimentara. De vez en cuando surgía un misterioso resplandor

de brasas que luego desaparecía.

En este momento aún le fue ofrecida una oportunidad al hijo de Bagradian. Nunik había olfateado una presencia. Alejándose un poco del fuego había divisado una sombra rápida que no podía ser la de un hombre. En este pueblo miserable había algunos niños «sin dueño». Uno de éstos, que no tenía más que ocho años, fue enviado a identificar la sombra sospechosa. Pero cuando Esteban oyó detrás de él un ruido furtivo de pasos y de piedras, en vez de volverse, se puso a correr como un loco. Todas sus fuerzas se concentraron en esta carrera desesperada. Le silbaban los oídos. ¿Era un llamamiento de papá? ¿O el imperioso «¡adelante!» de Haik? Huía a toda prisa como si fuera perseguido, no por un niño de ocho años, sino por toda la compañía de cuyas manos escapara esa misma tarde. De repente terminaron las ruinas del acueducto; el camino se ampliaba. Sombríos contrafuertes daban sobre la ruta. Esteban corría como si le fuese la vida en ello. Una cruel ilusión lo arrastró al primer valle lateral que creyó ser el bueno, el valle de las siete aldeas. El excesivo impulso de su carrera le quitaba todo peso; Esteban desembocó en el valle sin saber que gritaba con todas sus fuerzas. Pero no llegó muy lejos. Tropezó con el primer obstáculo que encontró, un tronco de árbol colocado a través del camino, y quedó tendido en tierra.

Antes de que volviera en sí, se había levantado el día en medio de un alba brumosa. Esteban creía firmemente que era la antevíspera, a la hora en la que llegó al camino con Haik más allá del pantano de El Amk, en el país de las colinas sonrientes, frente a la casa del turcomán. Había olvidado todos los incidentes posteriores, o lo que le quedaba de ellos le parecían vagos y borrosos recuerdos. Esta enfermiza ilusión del tiempo se vio aún reforzada por el hecho de ver ante sí, como en la antevíspera, una casa; ésta no era de blanco calcáreo, sino de adobe resquebrajado. Además no tenía ventanas y su aspecto era repugnante. Pues bien, también salió de esta vivienda un hombre con turbante y de barba gris; no era aquel ángel de la guarda, el turcomán, pero, sin embargo, también era un anciano. Y

precisamente ese hombre examinaba también el viento, el tiempo y los cuatro puntos cardinales, echaba a tierra una alfombrita, se arrodillaba y se ponía a ejecutar las inclinaciones de la plegaria mahometana.

La advertencia de Haik atravesó como un rayo el espíritu de Esteban: ¡copiar todos los gestos de los demás! Y en el mismo lugar donde había caído la noche, se puso a reproducir los gestos religiosos. Sus esfuerzos no dieron resultado. También este hombre percibió la presencia del niño. Pero parece que era mucho menos piadoso que el campesino turcomán, pues interrumpiendo su rezo, se levantó y se acercó a Esteban.

—¿Quién eres? ¿De dónde vienes? ¿Qué quieres? —preguntó.

Esteban hizo lo posible por ponerse de rodillas, se inclinó, y colocando la mano sobre el corazón, dijo:

—*Ben bir az hasta im, Effendi*.

Después de estas palabras repetidas tan a menudo, indicó con mímica la sed que lo devoraba. Al principio el hombre de barba gris vaciló. Por último fue a sacar del pozo un jarro de agua que llevó al niño. Esteban bebió sin detenerse, aunque el agua le causara inmediatamente terribles dolores. Mientras tanto, alguien más había salido de la casa, no mujeres auxiliadoras como Esteban esperaba, sino otro hombre de barba negra y de mal humor. Repitió exactamente las preguntas del hombre de cabello gris:

—¿Quién eres? ¿De dónde vienes? ¿Qué quieres?

El niño, afligido, indicó con gestos una dirección indeterminada; bien podía designar Antioquía o Suedja. El hombre negro se enojó:

—¿No sabes hablar? ¿Eres mudo?

Esteban lo miró con sus enormes ojos y le esbozó una sonrisa, desamparado como un niño de tres años. Permanecía de rodillas ante los dos hombres. El canoso dio dos veces la vuelta alrededor de Esteban como quien considera, con grave mirada de conocedor, una obra terminada. Luego cogió al niño de la barbilla y volvió su cabeza hacia la luz. El hombre negro tomó parte activamente en el examen. Después de lo cual se alejaron algunos pasos y discutieron juntos sin

dejar de mirar al niño. Cuando terminaron su debate sus semblantes reflejaban la gravedad de los funcionarios encargados de una delicada misión oficial. La barba negra inició el interrogatorio:

—¿Eres circuncidado o no, muchacho?

Esteban no comprendió. La sonrisa confiada se trocó poco a poco en una mirada de desconcierto y de miedo. Su silencio exasperaba la cólera de los dos mahometanos. Duras palabras cayeron sobre él como una tenaz granizada. A pesar de sus exclamaciones y sus gestos, comprendía cada vez menos lo que querían de él. Por último la barba negra se impacientó. Cogió por debajo de los brazos al niño arrodillado y lo puso en pie. La barba gris se puso a apartar sus vestimentas e inspeccionar cuidadosamente el objeto de su curiosidad. Ya tenían la prueba deseada. Este astuto pilluelo armenio que se hacía el sordomudo era un vil espía enviado por los combatientes de la montaña. No había tiempo que perder. Empujaron ante sí a Esteban, que vacilaba, y descendieron al camino real por el sendero de Ain Jerab. Allí lo sujetaron esperando el paso de la primera carreta vacía que viniera desde los alrededores de Antioquía con destino a Suedja. El carretero tuvo que cambiar inmediatamente el rumbo de su viaje en nombre del servicio de interés público. Los esbirros improvisados colocaron a su prisionero en el vehículo. La barba negra se instaló a su lado mientras la gris caminó por la ruta, no lejos de ellos, explicando animadamente al propietario de la carreta el peligro que iban a eliminar.

Ahora, como el destino de Esteban ya estaba echado, un benigno poder celestial vino a borrar de su espíritu la conciencia del presente. Su cabeza cayó sobre las rodillas del hombre de barba negra, su mortal enemigo. ¡Cosa extraña!, este hombre de corazón duro no rechazó a su víctima. Permanecía sentado tieso, sin moverse, como si temiera hacerle daño. Su ardiente rostro colocado sobre sus piernas, los ojos muy abiertos, que miraban sin verlo, el aliento enfebrecido que inflamaba sus labios de un rojo vivo, toda la actitud de infantil abandono de Esteban despertaba, en la sensibilidad restringida de aquel hombre, una profunda amargura. Así estaba hecho el mundo y no de otro modo. ¡Sólo se avanza a

puñetazos implacables!

En cuanto a Esteban, ya nada sabía del Musa Dagh. Tampoco sabía ya de los obuses que conquistara, ni de los cinco hombres profundamente dormidos que matara con cinco tiros maestros. De Haik quedaba a lo sumo un nombre y de Iskuhi apenas una sombra. Él mismo volvió a ver cómo llevaba su uniforme de colegial y las botas amarradas muy ceñidas a sus pies intactos recién salidos del baño. Se paseaba por magníficas calles de grandes ciudades, a lo largo del malecón de un lago resplandeciente. Vivía con mamá en el Palace Hotel de Montreux. Estaba sentado ante unas mesas de impecable blancura, jugaba en caminos sembrados de fina gravilla o se portaba muy correcto en las blanqueadas aulas, entre otros muchachitos, mimados como él. Se veía, ora más pequeño, ora más grande, pero siempre bien cuidado y en una atmósfera de paz. En cuanto a mamá, llevaba un quitasol rojo debajo del cual su rostro brillaba con un resplandor tan vivo que a veces le costaba reconocerla.

Todas estas evocaciones eran pobres acontecimientos. Se desprendía de ellas tanta calma y dulzura, que Esteban no notó el puesto de *saptiehs* que había a la entrada de Wakef. Uno de los dos gendarmes se subió a la carreta, en calidad de refuerzo, se puso al lado del de la barba negra y sujetó firmemente los pies del prisionero. En Wakef un destacamento bastante importante de *saptiehs* se unió a ellos. Mientras más avanzaba la escolta en el valle de las aldeas, mayor interés y emoción suscitaba. Una considerable muchedumbre de recientes propietarios, hombres, mujeres y niños se puso a seguirlos.

Mucho antes de mediodía el convoy llegó a la plaza de la iglesia de Yoghonoluk. Alrededor del sospechoso se había formado una muchedumbre de más de mil cabezas. Entre éstos se encontraban todos los antiguos y nuevos soldados que estaban de guarnición en las aldeas. Se mandó a buscar pronto al *mudir* pelirrojo, que se hallaba en la villa de Bagradian. Los *saptiehs* empujaron a Esteban fuera de la carreta. Por orden del funcionario tuvo que desvestirse totalmente, pues tal vez escondía en su cuerpo desnudo algún escrito

importante. El hijo de Bagradian obedeció sin pronunciar palabra, lleno de calma y serenidad, lo que excitó el furor de la multitud, pues interpretaba esta actitud como una señal de obstinación. Antes de que estuviera completamente desnudo, alguien le dio un golpe en la nuca. Este golpe fue también un favor divino. No aturdió totalmente a Esteban, sino que lo sumergió a mayor profundidad en ese universo maravilloso en que se desenvolvía ahora con la facilidad de un niño bien educado.

Mientras tanto, los *saptiehs* habían sacado de la mochila la *Kodak* y la carta para Jackson. El *mudir* exhibió y mostró a la muchedumbre la máquina fotográfica, este inocente regalo de Pascua, desconocido y temible para la mayoría de los asistentes.

—¡He aquí un aparato por el cual se reconoce a todos los espías!

Luego descifró y tradujo para los oídos de todo el pueblo, con voz vibrante, de triunfo, el mensaje al cónsul americano, crimen de alta traición. Un grito lleno de odio se alzó como un enorme remolino después de la lectura. El *mudir* se acercó a Esteban y le cogió la barbilla con su hermosa mano de uñas cuidadas como para alentarlo a contestar:

—¡Ahora, chiquillo, dinos cómo te llamas!

Esteban sonrió y guardó silencio. La realidad estaba muy lejos de él, semejante a un mar de suave oleaje. De repente el pelirrojo recordó la fotografía de un niño colgada en la pared del *selamlik* de la villa. Se volvió hacia la muchedumbre con gesto solemne:

—Puesto que él no quiere decíroslo, seré yo quien os lo diga. Este niño es hijo de Bagradian…

En ese momento, Esteban recibió la primera cuchillada en plena espalda. Pero no la sintió. Pues en ese momento iban juntos a buscar a la estación a papá que venía de París a reunirse con ellos en Suiza. Mamá llevaba aún el quitasol rojo. Papá salía solo de un portal muy alto. Llevaba un traje de un blanco deslumbrante y sin sombrero en la cabeza. Mamá le hacía señas con la mano y cuando Gabriel divisaba a su niño, le abría sus brazos llenos de infinito amor. Y como Esteban era muy pequeño, lo levantaba a la altura del corazón contra su rostro resplandeciente y, así muy junto, lo alzaba por

encima de su cabeza, siempre más alto, más alto, más alto…

La primera que descubrió el cadáver mutilado después de la caída de la noche fue Nunik. Los *saptiehs* lo habían lanzado desnudo como estaba al cementerio de Yoghonoluk, inmediatamente después de haberlo matado. Nunik llegó justo a tiempo para quitárselo de los dientes a los perros salvajes. Inmediatamente envió a uno de los niños al campamento de las ruinas para ordenar la partida de toda la colonia. Había sucedido algo tremendo, y hoy no debía reinar el miedo. La raza de Awetis Bagradian, el fundador, se extinguía para siempre. Pero, por otra parte, había llegado la hora de atender al deseo de Ter Haigassun y llevar el hijo de Bagradian a la montaña. No le negarían a Nunik la recompensa prometida, y en adelante estaba asegurada la existencia de todos.

Por pequeños grupos se reunió esta temerosa sociedad en el cementerio. Las plañideras se pusieron manos a la obra sin tardar. Limpiaron el cuerpo mutilado del hermoso niño cubierto de sangre y barro. Nunik dio pruebas de generosidad en honora la familia Bagradian. Sacó de su saco legendario una larga camisa blanca con la cual envolvió el cuerpo de Esteban. Durante estos últimos trabajos, uno de los ciegos con cabeza de profeta cantó abstraído:

—La sangre del cordero corrió hacia la casa.

Después de terminar su trabajo, Nunik, Wartuk, Manuchak y las otras plañideras echaron sus enormes sacos a la espalda. Caminaban con el espinazo doblado bajo su carga. A la segunda hora del nuevo día, el cortejo, mudo y casi invisible a pesar de la media luna, se encaminó hacia el Damlajik para llegar hasta la cañada del pueblo por los caminos secretos que había respetado el incendio del bosque. Nunik, en calidad de jefe, iba a la cabeza apoyada sobre su largo bastón. Cuando estuvieron muy seguros en el bosque, encendieron dos antorchas que llevaban a ambos lados de la camilla para que el muerto no careciera de luz y honor.

Capítulo III

El dolor

Gabriel Bagradian había vuelto a pasar las noches en su lugar acostumbrado de las posiciones norte. A instancias de Ter Haigassun, a quien inquietaba el relajamiento visible de la disciplina de los combatientes, había vuelto a tomar el mando supremo desde la primera noche, después de la desaparición de Esteban. Daba allí, aún más que durante los tres combates, una prueba evidente de su dominio de sí mismo y de su fuerza nerviosa, aunque durante todos esos días no había podido evitar el temblor de manos ni tragar un solo bocado ni cerrar los ojos un solo momento. Lo más espantoso no era la incertidumbre en que se encontraba con respecto a la suerte que hubiera corrido Esteban, sino la absoluta impotencia de poder encontrarlo y salvarlo.

En las primeras horas de su desesperación, había acariciado la idea de una expedición al exterior. ¿No convendría rehacer su guardia volante e intentar con ella una incursión para explorar los alrededores hasta el camino de Alepo?

Quizá podría recuperar a Esteban y a Haik si esa noche sembrase el pánico a sangre y fuego en toda la región. Hubo de renunciar luego, naturalmente, a ese proyecto romántico. ¿Tenía él derecho a exponer la vida de cien defensores, lanzándolos a una aventura tan loca por su hijo? Por otra parte, Esteban no había hecho otra cosa que emprender voluntariamente lo que a Haik se le había encomendado en nombre del pueblo. Por consiguiente, no

había ninguna razón de interés general para remover cielo y tierra por él.

Con el ardor de un acosado, Gabriel Bagradian se entregó sin reservas a un nuevo trabajo. El debilitamiento y relajación que la falta de alimentos había agudizado, había desaparecido entre los combatientes como por encanto desde el comienzo. Los que, en las líneas de reserva, creyeron que ahora debían esperar la muerte con el estómago vacío, pero al menos en un *dolce far niente* se vieron defraudados. Tchauch Nurhan recibió orden de hacer que sus hombres realizaran ejercicios diarios. Todo volvía a ser como en los primeros días: nadie debía abandonar su puesto ni siquiera durante las horas de descanso; sólo se concedieron permisos para regresar al lugar de las viviendas en casos urgentísimos; a la reserva se le encomendó también una dura tarea. En vista del próximo ataque turco, no sólo había que mejorar las trincheras sino que, para despistar al enemigo, había que modificar su emplazamiento y hacerlas inexpugnables por medio de gruesos parapetos de piedra. Gabriel, Awakian y Chatakhian dibujaban durante horas los nuevos planos que deberían ser realizados sin dilación. En esos días todos estaban en constante actividad. Nadie se atrevía a oponer resistencia a la desesperada actividad de Bagradian.

Pero, por curioso que fuere, las exigencias y la inquietud de Gabriel funcionaron porque en vez de exasperar a los hombres o de excitar el odio entre ellos, les infundía una nueva esperanza y renovados bríos. Después de haber pasado un periodo de debilitamiento, la vida de los combatientes tenía de nuevo un objetivo y una razón.

En realidad, Gabriel Bagradian no sentía ningún tipo de resistencia contra su propia persona, pero la soledad en que vivía se acentuó aún más. Es verdad que, ni siquiera durante el curso del periodo anterior, jamás había habido entre él y sus jefes relaciones verdaderamente cordiales, ni amistosas, como tampoco entre él y ninguno de sus hombres. Como era el comandante supremo, se le daban pruebas de obediencia, respeto y hasta de gratitud, pero él y los hombres del Musa Dagh no eran uno solo. E incluso ahora

evitaban su presencia; hasta Aram Tomasian, que de ordinario había buscado entablar conversación con él. Se había dado cuenta de que en la trinchera norte, a derecha a izquierda de su cama, sus vecinos se alejaban de él para dormir, pero ello podía explicarse por temor al contagio, pues Gabriel Bagradian pasaba diariamente una hora, o más, a la cabecera del lecho de su esposa enferma. Pero tras esa razón superficial, se ocultaban motivos más complejos. Gabriel Bagradian había sufrido una gran desgracia y presentían que le iba a ocurrir una desgracia más terrible aún.

El temor que inspira siempre el hombre amenazado por un destino fatal, trazaba en torno suyo los límites de su aislamiento.

En cuanto a la epidemia que había aparecido en el campamento, había que agradecérselo más bien a las favorables condiciones atmosféricas que a lo aportado por Bedros Hekim, ésta se hizo más lenta y molesta pero relativamente benigna. De ciento tres personas que habían sido atacadas por el mal, hasta esa fecha, sólo veinticuatro habían muerto. El consejo de jefes había puesto a disposición del médico una comisión sanitaria, a la que también pertenecía el pastor Tomasian. Esta autoridad inspeccionaba una vez por día todas las viviendas, una por una. Apenas se notaba que un armenio no andaba bien y se le sentía enfebrecido, debía juntar sus ropas de cama y tomar el camino del bosquecillo de enfermedades infecciosas. Al menos este lugar, en medio del bosque, era un refugio dulce y agradable para los enfermos. Desde luego que si hubiese caído una lluvia, habría modificado cruelmente la situación de estos infelices.

Bedros Altouni iba dos veces al día, a caballo, a visitar a Julieta Bagradian. Se admiraba de que la enfermedad no siguiera en ella su curso normal. Hacía tiempo que se hacía esperar la crisis decisiva. La fiebre había cedido después del primer ataque, sin que la enferma hubiera recobrado el conocimiento. Pero no yacía en un desvanecimiento profundo ni deliraba como los demás, sino en una especie de sueño intenso y pesado como plomo. A pesar de este sueño movía la cabeza, abría la boca y tragaba la leche que Iskuhi le daba, sin despertar. De vez en cuando murmuraba algunas palabras

que pertenecían a otro mundo. Durante los primeros días, Iskuhi Tomasian casi no salía de la tienda de la enferma, ya que Mairik Antaram estaba tan agobiada de trabajo que sólo podía hacerse cargo de ella durante unas horas del día. La muchacha había hecho que le llevaran allí su cama y dormía al lado de Julieta. Desde ese día, ya no veía ni a Howsannah ni al niño, y no podía ser de otro modo. A pesar de su invalidez, Iskuhi se desenvolvía con destreza en su servicio de enfermera. Como al segundo día de la enfermedad se añadió a ésta una angina purulenta, ocurría a veces que Julieta no podía tragar los alimentos o los devolvía, y, además de estos cuidados, debía añadir Iskuhi el de cambiar y lavar la ropa de la cama. Las sirvientas de Julieta le dejaban hacer lo que quisiera; tenían miedo al contagio y se acercaban con gran recelo a la enferma y a sus ropas. ¿Qué tenían que ver, después de todo, con esta extranjera cuya reputación era ahora vergonzosa?

Además, y hasta nueva orden, todo el cuidado estaba sólo a cargo de Iskuhi. Día y noche prodigaba a la enferma, que yacía inconsciente, sus más solícitos cuidados, sin que por esto su corazón se hubiera acercado en lo más mínimo a la francesa. Cuando la mujer del médico venía a relevarla, debían emplear toda su influencia para obligar a la joven Tomasian a salir de la tienda y a tomarse unas horas de descanso. Peto Iskuhi se sentaba junto a la entrada y no se movía de ahí.

Apenas sentía pasos o veía aparecer un rostro ante sí, era presa de terror y trataba de ocultarse. La sola idea de encontrarse con su padre o con su hermano, la turbaba profundamente. Su hora preferida era el amanecer, la transición entre la noche y el día, en que, como en este preciso momento, sentada ante la tienda, esperaba a Gabriel. A esta hora, la más solitaria entre todas, acostumbraba a ir a la tienda, pues casi nunca podía pasar toda una noche en su lecho de la trinchera norte. Gabriel, seguido de Iskuhi, se acercó al lecho de Julieta. La lámpara colocada sobre el peinador iluminaba de lleno el rostro de la enferma. Altouni había recomendado una estricta vigilancia, sobre todo en caso de que despertara y le sobreviniera un debilitamiento al corazón. Gabriel

Bagradian se inclinó sobre su mujer y le levantó los párpados como si tratase de hacer volver la conciencia de su esposa a través del reflejo de la luz. Efectivamente, Julieta hizo algunos movimientos convulsivos, respiró con fuerza, pero no despertó. Iskuhi dio cuenta a Gabriel de cuanto había sucedido durante el día. En el interior de la tienda sólo cambiaban palabras banales, sin importancia; ni tampoco afuera había mucha seguridad para hablar. Cuando poco tiempo antes, a esta misma hora, se paseaban por entre las tres tiendas, Iskuhi había sentido que se movía la cortina de la tienda de Howsannah y que la perseguían unos ojos ocultos. Por esto, esta vez abandonaron de puntillas la habitación de la enferma para irse al «salón del jardín», dirigiéndose al banco rodeado de mirtos en el que antes Julieta acostumbraba a recibir a sus admiradores. Ahí podían estar tranquilos. A pesar de la profunda soledad reinante sus cuerpos no se tocaban, y las palabras que salían de sus labios eran débiles como un soplo.

—Sabes, Iskuhi, al principio creí perder la razón. Pero apenas hube sentido tu presencia desaparecieron todas esas horribles obsesiones. Ahora estoy libre de nuevo. ¡No digas nada! Este instante es tan bello y esto no va a durar mucho más.

Se echó hacia atrás como un hombre torturado por un dolor para el que acababa de encontrar una postura descansada que no quisiera perder.

—He querido a Julieta y tal vez la quiero todavía, al menos por el recuerdo. Pero lo que existe entre nosotros, ¿qué es, en verdad, Iskuhi? Estaba escrito, he tenido que encontrarte en el ocaso de mi vida, el cómo he podido llegar aquí, no ha sido por casualidad sin duda, sino… Pero, ¿quién puede expresarlo con palabras? Durante toda mi vida no he hecho más que buscar lo que me era desconocido. Eso ha podido seducirme, pero no me ha hecho feliz. Se puede vivir años al lado de una mujer, Iskuhi. Y un buen día, viene uno a encontrar a la única hermana verdadera que se tiene, pero demasiado tarde…

Sin volverse hacia él, Iskuhi miraba los arbustos que apenas se movían lentamente.

—Si nos hubiéramos encontrado allá abajo, en el mundo, ¿me habrías reconocido también como tu hermana?

—Eso sólo Dios puede saberlo. Tal vez no hubiera reparado en ti.

Sin que se alterara su voz, ella prosiguió:

—Yo, por el contrario, me di cuenta inmediatamente de lo que tú eras para mí, en la iglesia de Yoghonoluk, cuando llegamos de Zeitun.

—¿Entonces? Jamás he querido creer que uno pueda cambiar, ser otro hombre, Iskuhi; yo pensaba que se podía conocer gente nueva, evolucionar, pero veo que precisamente lo contrario es lo cierto. Realmente uno se amolda. Lo que te pasa a ti, a mí, a todo nuestro pueblo, es un proceso semejante al de la fundición de un mineral. Esta expresión no explica bien el asunto. Pero yo lo siento, yo sigo derritiéndome, he cambiado. Todo lo que hay de superfluo en mí, todo lo que el mundo exterior había depositado en mí, se me va yendo poco a poco. Tengo la impresión de que dentro de poco ya no quedará de mí sino un pedazo de metal. Ves, por estas mismas razones se ha perdido Esteban…

Iskuhi le tomó la mano.

—¿Por qué dices eso? ¿Por qué había de estar perdido Esteban? Es un muchacho fuerte; seguramente Haik llegará a Alepo. ¿Por qué no habría de lograrlo él también?

—Él no llegará a Alepo… ¡Piensa en lo que ha pasado! Y él lleva todo en sí…

—¡No deberías pronunciar esas palabras, Gabriel! Podrías acarrearle mala suerte. Yo tengo tantas esperanzas de que Esteban aparezca…

Súbitamente Iskuhi volvió la cabeza hacia la tienda de la enferma. En ese mismo instante, en el espíritu de Gabriel surgió una idea sin que él mismo se diera cuenta: «¡Ella desea la muerte de Julieta, seguro que la desea!».

Iskuhi se había levantado sobresaltada:

—¿No oyes nada? ¡Se diría que Julieta llama!

En verdad, él no había oído nada, pero siguió a Iskuhi, que

había entrado apresuradamente en la tienda. Julieta se retorcía en su cama; parecía una mujer encadenada que luchaba por soltarse. No estaba ni completamente inconsciente, ni verdaderamente despierta. Sus labios, que apretaba entre sus dientes, estaban cubiertos de ampollas blanquecinas. Por sus mejillas, muy arreboladas, se veía que la fiebre había debido subir a un límite máximo. Parecía que hubiera reconocido a Gabriel. Sus manos, febriles, se aferraban a la chaqueta de su marido. Apenas lograba comprender él las palabras que Julieta balbuceaba con voz ronca:

—¿Es esto verdad…? ¿Es esto verdad?

Entre esta pregunta y la contestación de Gabriel, se produjo un corto silencio semejante a una calma glacial. Pero enseguida, inclinado sobre su mujer, pronunció sílaba por sílaba, como un hipnotizador que da órdenes a su súbdito, estas palabras:

—No, Julieta, nada de esto es verídico, nada…

—¡Gracias a Dios…! No es verdad…

Se calmaron sus nervios. Encogió las rodillas como para ir a esconderse tranquila e inocentemente en el seno maternal de la fiebre. Gabriel le tomó el pulso. Palpitaba agitado, pero era apenas perceptible; daba la impresión de sentir el ruido que hace un pájaro al picotear los granos. Se temía que no llegara a la mañana. ¡Rápido, el cordial! Iskuhi introdujo por entre los labios de la enferma una cucharada de la poción. Con esto Julieta se reanimó, trató de incorporarse y, jadeante, dijo:

—Esteban también…, no hay que olvidar… la leche.

El día que despuntaba iba a estar lleno de contrariedades para el pastor Aram.

Antes del alba, con la linterna al cinto, se había puesto en marcha hacia las escarpadas riberas para inspeccionar los primeros resultados de la pesca que había organizado. Por fin, la barca estaba terminada y los muchachos se habían aventurado a salir esa noche sin viento, a hacer la pesca costera en la forma acostumbrada con una especie de red larga y pequeñas linternas. Tomasian estaba

obsesionado con su idea. Veía no sólo la posibilidad de variar la alimentación, lo cual ya era imprescindible, sino poder aumentarla en forma conveniente, y le parecía que éste era el único medio de salvación capaz de prevenir el hambre que amenazaba al pueblo. Poniendo todo el ardor necesario, ¿no lograría arrebatar diariamente al mar dos o trescientas *okas* de pescado? A pesar de todas las restricciones impuestas para economizar el ganado y según los cálculos más optimistas, dentro de seis semanas no quedaría un solo cordero. Pero si él, Aram Tomasian, lograba hacer prosperar esta empresa de pesca, se vería venir de ahí, del mar, un nuevo impulso y nuevas formas de resistencia. La sola idea de una fuente inextinguible de víveres bastaría para obrar verdaderos milagros.

Al ir bajando a grandes pasos, y a la luz verdosa del alba, el camino recientemente delineado por orden del consejo de los jefes, el joven pastor no pensaba ni en los corderos, ni en la leche, ni siquiera en los pescados, su corazón tenía otras preocupaciones de carácter familiar: «¿Qué sentido tienen todas esas preocupaciones, Aram Tomasian? Estás obrando como si tu pequeño hijo, ese miserable gusano, pudiera llegar alguna vez a ser un hombre, por cuyo futuro debas preocuparte. Te portas como si vivieras en una sociedad estricta, en la que la honra de una doncella pudiera ser motivo de vigilancia. ¿Qué sentido tiene? El hombre, por la gracia de Dios, piensa en todo menos en la destrucción, aunque ya se halle en medio de ella».

El hijo de los Tomasian sólo tenía dieciséis días. Tenía los grandes ojos de los armenios, pero su vista no se fijaba en nada. Todavía seguía sin gritar y cuando, a veces, dejaba oír un sonido, era tan sólo un débil gemido. Las esperanzas se perdían día a día. ¿Había nacido mudo y ciego? Además, la mancha de fuego seguía creciendo, signo misterioso que el Musa Dagh parecía haber impreso como un sello invisible en el pecho de su primer vástago. ¿A quién no habían consultado por su desgracia los Tomasian? Aparte de Bedros Hekim y Mairik Antaram, representantes de la ciencia médica, se habían dirigido a las diversas mujeres, sabias o no, que había en el campamento. Siempre oían las mismas explicaciones

para su desgracia, aunque sin señalarles el remedio: los terribles acontecimientos que Howsannah había tenido que soportar en Zeitun, la deportación, el viaje horrible y penoso a Yoghonoluk, más la huida al Musa Dagh, todo lo que el niño había sufrido en el vientre de la madre le había perjudicado. Como ningún medio lógico solucionaba la situación, Howsannah estaba tentada de ir a consultar a Nunik. Pero desde la invasión turca en el valle, esas brujas, fieles siervas de la muerte y del nacimiento, no habían vuelto a aparecer por el Damlajik. Todas las explicaciones lógicas no lograban satisfacer a Howsannah. Se sentía herida directamente por la mano de Dios. No en vano había sido educada en un ambiente de exagerada piedad. Un hijo debe ser considerado un don divino, pero este niño era evidentemente un castigo. Y Dios no manda castigos sino donde hay faltas…; sin embargo, ella no recordaba haber cometido ninguna. Pero como era indudable que debía tratarse de algún pecado cometido, otro debía ser el culpable y seguramente ese otro debía encontrarse entre la gente que la rodeaba. De Aram, no había que dudar. Howsannah era una esposa convencida de no haber cometido la menor falta en su vida conyugal. ¿Dónde podía estar, pues, esa falta cuya sombra caía sobre una criatura inocente? La primera causa de maldición era tal vez Julieta Bagradian. Esa mujer adúltera, coqueta, impía, extranjera, era la que resumía a los ojos de Howsannah la esencia misma del pecado, cuyas consecuencias se esparcen a su alrededor como las ramificaciones devastadoras de un cáncer. ¡Y no se tenía vergüenza de convivir con ella! Se habitaba bajo su misma tienda, se dormía en la cama que había sido de ella, comiendo en sus platos su misma comida, porque se gustaba de las brillantes superficialidades, porque gustaban semejantes fruslerías, porque no se tenía la suficiente pureza para sobrellevar la pobreza que Dios le había enviado. Sin embargo, los pensamientos de Howsannah no se detuvieron mucho en este punto. Poco a poco la verdad fue abriéndose paso en este corazón ávido por descubrirla: la verdad era Iskuhi. ¡No cabía la menor duda! Howsannah sabía a qué atenerse con respecto a su cuñada. ¡También ella era una adúltera sin fe, sin moral, sin escrúpulos, que

se entregaba al pecado! ¿Acaso no había sido siempre una muchacha testaruda, presuntuosa, sedienta de placeres, ya en Zeitun cuando Aram, con dureza, había exigido a su mujer que tenían que vivir junto a semejante criatura? Aram no había querido reconocer jamás la verdad y había sido materialmente imposible arriesgarse a discutir con franqueza sobre Iskuhi, su hermanita mimada. Cuando Howsannah Tomasian salió llorando desconsolada del bautizo de su hijo, presintió, en confusa visión, el verdadero estado de las cosas sin saber aún lo más mínimo. Pero ahora sí que lo sabía, sabía que a su hijo le perseguía la maldición de Dios. Ya no lloraba. Con los puños cerrados se paseaba de un lado a otro dentro de su tienda como una loca en su celda, recorriendo sin descanso los pocos pasos que medía su refugio.

Ahora bien, esa noche Howsannah decidió poner término a su silencio y exigió a Aram que la llevase esa misma mañana a la choza de su padre, el viejo Tomasian. Mientras el niño permaneciese en la atmósfera culpable de la familia Bagradian, no lograrían verse libres del castigo divino. El pastor, que sufría cruelmente con el desequilibrio espiritual de su mujer, se quedó mirándola con incomprensión.

—Si la mujer de Bagradian es una pecadora, ¿qué relación puede haber entre eso, el castigo divino y nuestro hijo?

Howsannah apartó al niño del pecho que le daba, pues sentía que la cólera creciente que iba apoderándose de ella, envenenaba su leche.

—¿Entonces, tú también, pastor, estás ciego?

En vano trató de hacerle ver la falta de sentido común de sus elucubraciones. En verdad, la peor arma que podía esgrimir en ese momento era precisamente la lógica.

Howsannah le echó en cara la conducta tan poco honorable de Iskuhi. Esta vez Aram Tomasian se dejó llevar por la cólera, y, con tono áspero, mandó a su mujer que se callara. Iskuhi se sacrificaba por una extranjera, exponía su vida por pura caridad cristiana y ahora se la calumniaba de forma tan ruin. ¿Y calumniada por quién? ¡Por su propia cuñada! Como Aram se diera cuenta de la difícil

situación de Howsannah, quiso hacer como si nada hubiera oído y perdonarla. Pero Howsannah le contestó con risas irónicas:

—Puedes convencerte por tus propios ojos, pastor; ¡cómo tu bondadosa Iskuhi cuida de la enferma! Ve y asómate a su tienda.

Los encontrarás juntitos. Además hasta algunas veces se les puede ver paseando descaradamente por ahí.

Las risas y las palabras de Howsannah resonaban sin cesar en los oídos del pastor mientras bajaba la cuesta. La heladora realidad oprimía su corazón cada vez más glacial. El odio inconcebible de Howsannah lo desfiguraba todo. Dios lo había castigado en la persona de ese niño por la gran falta cometida en Marach, por haber traicionado a sus protegidos del orfelinato. Él era el culpable, y no Iskuhi. Cuando llegó abajo, a los arrecifes, supo, para colmo, que su gran idea había tenido escaso éxito. A pesar de estar el mar como una taza de leche, la barca se había abierto durante la expedición y tres de los jóvenes pescadores y remeros estuvieron a punto de ahogarse.

En vista del peligro, el botín parecía insignificante; habían sacado dos canastos no bien llenos de diminutos moluscos amorfos que apenas alcanzaban para hacer una olla de sopa. Cuando Tomasian desahogó toda su ira contra estos marinos incapaces, dio nuevas órdenes y dispuso otras medidas. Por otra parte, las salinas habían tenido más éxito que la pesca y se pudo sacar de ellas buena cantidad de sal para llevar a la ciudad.

No había estado ni un cuarto de hora en la playa, cuando Aram Tomasian ya volvía a tomar el camino de regreso, guiado por las preocupaciones que le oprimían el corazón. No atinaba a decidir lo que debía hacer para salvar a Iskuhi.

¿No le había demostrado siempre a su hermana, ya desde que era una niñita, distancia y respeto? Por otra parte, cualquiera otra actitud con respecto a Iskuhi habría sido imposible. Su personalidad, dura como el cristal de roca a pesar de su discreción y sonriente docilidad, impedían toda familiaridad. Entre los dos hermanos siempre había existido una relación delicada y pudorosa, que evitaba sobrepasar los límites del compañerismo. Y ahora debía

él, que siempre consideró sagrada el alma de Iskuhi, apedrearla con crudas declaraciones. El hombre comprensivo, el hermano delicado, debía hacer de repente el papel del ruidoso hombre de Dios. Pero, seguramente, las charlatanerías de Howsannah eran simples muestras de su desequilibrio.

Aram Tomasian había dado suficientes pruebas de coraje, tanto en Zeitun como en el Musa Dagh. Pero en este instante en que llegaba, en medio de los matorrales, al fin de la rocosa quebrada, se sentía desconcertado e indeciso. ¿No sería acaso lo más atinado preguntar directamente a Gabriel Bagradian? Pero, ¿cómo hacerlo? ¿Podría uno acercarse, respetuoso, a un hombre de su rango, y participarle tan vil sospecha? ¡Además, ese hombre cruelmente herido por el destino, temblaba todo este tiempo por la vida de ese hijo único cuya suerte parecía echada! Tomasian no sabía qué hacer. Estaba casi decidido a dejar las cosas como estaban hasta nueva orden. Antes de enfilar hacia la cañada del pueblo para ir a hablar con su padre, quiso todavía hacer una visita a Howsannah. Pero las cosas se presentaron de otro modo. Iskuhi estaba sentada ante la tienda de Julieta y su mirada vaga seguía la huella por donde acababa de desaparecer Gabriel, y no se dio cuenta de la presencia de su hermano sino en el último instante, cuando lo tenía frente a ella. Se sentó Aram y, muy turbado, no hallaba cómo dirigirle la palabra.

—Hace mucho tiempo que no hablamos, Iskuhi… —dijo.

Hizo ella un gesto desdeñoso como para expresar que ningún cerebro humano sería capaz de medir el abismo que separaba todo el pasado del presente. Aram, con sus palabras, buscaba una relación.

—Le haces mucha falta a Howsannah. Estaba muy acostumbrada a ti y a tu ayuda. Más aún ahora, con ese pobre niño; hay tanto que hacer…

Iskuhi lo interrumpió con impaciencia:

—Pero bien sabes, Aram, que justamente a causa del chico no puedo ir ahora allí…

—Bien, tú te has hecho cargo del cuidado de esta enferma. Es muy bonito lo que haces, pero tal vez ahora hagas más falta a tu propia familia.

Iskuhi pareció sorprendida.

—La *Hanum* que está allí dentro, no tiene a nadie que se ocupe de ella, mientras que Howsannah ya se levanta y tiene toda la ayuda que quiere…

El pastor tragó varias veces saliva como si tuviera dolor de garganta:

—Tú me conoces, Iskuhi, y sabes que no gasto palabras inútiles… ¿Quieres ser franca conmigo…? Dada nuestra situación actual, sería ridículo disimular…

Entonces ella lanzó una mirada a su hermano con cierta hostilidad.

—Soy perfectamente sincera contigo…

Entonces, angustiado, quiso tender un puente a la inocencia de su hermana. Si sólo se trataba de amistad, interés, simpatía, en suma, de un sentimiento sin mayor gravedad, deseaba en este caso que Iskuhi, con su indignación, desmintiera las sospechas de su cuñada.

—Howsannah está muy preocupada por ti, Iskuhi. Cree haber descubierto algo respecto a tu persona, y por este motivo hemos discutido toda la noche, y precisamente por esto me permito hacerte esta pregunta, que te pido me perdones: ¿Hay algo entre tú y Gabriel Bagradian?

Iskuhi no se sonrojó ni dio señales de la más mínima turbación. Con voz tranquila y suave, dijo:

—Nada ha habido entre nosotros… Pero yo quiero a Gabriel Bagradian y permaneceré a su lado hasta el fin…

Espantado, Aram Tomasian se levantó de un salto. Siendo un hermano celosísimo, cualquier confesión de amor que su hermana le hubiera hecho, le habría causado gran disgusto. De modo que este golpe, dado con tanta tranquilidad, fue mucho más duro.

—¿Y te atreves a decírmelo, así, con toda naturalidad, en mi cara, a mí mismo?

—Tú lo has querido, Aram…

—¿Cómo puedes decirme tú, Iskuhi, una cosa semejante? No puedo concebirlo. ¿Y tu honor, y tu familia? Pero, di, en el nombre

de Dios, ¿no has pensado que está casado?

Bruscamente alzó su rostro hacia él. En sus rasgos se leía una convicción invencible.

—¡Tengo diecinueve años y no llegaré a los veinte!

Tomasian la amonestó con toda su autoridad de pastor:

—Envejecerás en Dios, pues para Dios el alma es inmortal y responsable.

Mientras más fuerte hablaba Aram, más dulces y suaves eran las palabras de Iskuhi:

—No temo a Dios.

El pastor se golpeaba la frente: «¡No tengo miedo a Dios!». Ésa era una expresión de suprema seguridad, pero vio en ella un obstinado descaro.

—¿Sabes lo que estás diciendo? ¿No te das cuenta de la ignorancia en que vives? Allí dentro yace su mujer enferma, en cama, inconsciente, en peligro de muerte. Es una desvergonzada. Pero vosotros la traicionáis en forma cien veces más desvergonzada. La vida que haces es más baja y vil que la de los más primitivos mahometanos…

Iskuhi se apoyaba nerviosamente con su mano derecha en los cordeles de la tienda. Se agrandaban sus ojos. Tomasian creía ver el efecto producido por sus palabras. A Dios gracias, le parecía no haber perdido aún todo su influencia sobre su hermana. Esto le hizo adoptar un tono más dulce:

—¡Seamos razonables, Iskuhi! Mide las consecuencias de tu proceder, no sólo en cuanto a ti y nosotros, sino también para los Bagradian y para todo el campamento. Hay que poner fin a estos extravíos impíos, y sin pérdida de tiempo. Nuestro padre vendrá a llevarte a su casa…

Un grito de pavor escapó del pecho de Iskuhi. Se apoyó en la tienda. Sólo en ese instante se dio cuenta el pastor Tomasian de que los movimientos doloridos de su hermana no se debían a su arenga moral, sino que a sus espaldas pasaba algo que llenaba de temor a Iskuhi. Al volverse, se encontró con Samuel Awakian frente a él que, sofocado, venía en busca de su patrón. El estudiante apenas

podía tenerse en pie. Su rostro desfigurado parecía una mueca y en su carrera no había cesado de llorar. Iskuhi, con gesto débil, señaló el paso norte: allá encontraría a Bagradian… Luego se desplomó sin preocuparse para nada de Aram: lo sabía todo.

Una de las particularidades de Sato era que no dormía dos veces en el mismo sitio. Esa necesidad que toda persona siente de tener una cama fija para la noche, un lugar bien seguro donde pasar la parte oscura de su existencia terrestre, esa necesidad de vivir a lo burgués, aun durante el sueño, le faltaba totalmente a Sato. Evitaba pasar dos noches seguidas en el mismo lugar. A veces hasta cambiaba de alojamiento en el curso de una sola noche. Esto no le resultaba difícil, ya que, sin mayores preparativos, se echaba en cualquier lado, bajo los arbustos de la «Riviera» y, a veces, en medio de la plaza del altar. Dormía hecha un ovillo, sin ropa de cama ni almohada, aunque ya las había obtenido dos veces de la servidumbre de la casa Bagradian. En honor a Sato hay que decir que la hermosa ropa de cama había ido a parar en calidad de regalo al pueblo del cementerio, al que se sentía unida como por lazos de parentesco, pues su liviano descanso nocturno no necesitaba de esas comodidades. Entre los sueños de Sato y Haik había un gran parecido, en el sentido de que, aun en el sueño más profundo, permanecían alerta. Mientras los sentidos de Haik guardaban el sueño de su señor, los de Sato vagaban inquietos desenterrando cosas sobrenaturales. Sus sueños, superpuestos unos a otros como varias fotografías tomadas en una misma película, no siempre eran pura imaginación.

Eran a veces señales extrañas que hacía el destino y por medio de las cuales Sato conocía lo que a esa hora pasaba en su vecindad inmediata o lejana. En este momento precisamente sucedía uno de estos fenómenos. Estaba ella durmiendo sobre los mirtos y arbustos bajo los cuales había espiado los besos de Gonzaga y Julieta. Algo le decía que Nunik se aproximaba y que venía a la cabeza de un convoy muy importante.

Siguiendo su intuición, que le indicaba la dirección, Sato bajó a grandes saltos la pendiente. Era todavía de noche cuando dejó tras de sí las múltiples mesetas del Damlajik y logró pasar la cresta de la montaña por el lado sur de los bosques incendiados.

Sato encontró el convoy funerario de Esteban en un pequeño desfiladero abrigado que conducía hacia la penúltima trinchera meridional. No había sido sólo a causa de las enormes vueltas a través de los bosques todavía en llamas que Nunik y su gente habían andado con tanta lentitud. Más bien se debía esto a la avanzada edad y a la debilidad de las personas que formaban el cortejo, pues esta vez se había unido a las plañideras todo lo que en el valle había de escondido, la hez amarga del pueblo armenio. Hasta las taradas las seguían a cierta distancia, pues el pueblo del cementerio tenía sus capas sociales. Esto demuestra que la clase más baja de la humanidad siempre encuentra un «objeto» con el que es denigrante «rozarse». Las locas dejaban oír un constante parloteo como si quisieran con ello demostrar a aquellos que despreciaban su indiferente superioridad. Los ciegos mendigos con sus largas guedejas de profeta eran los encargados de cargar con el féretro, así que no podía acelerarse ni un tanto la marcha del cortejo fúnebre.

Nunik los había elegido como portadores, por cuanto eran los únicos hombres de entre los suyos cuyos brazos y piernas conservaban aún cierto vigor. Ella, en persona, iba a la cabeza. Wartuk y Manuchak guiaban a los ciegos, y con sus largos bastones de pastor, impedían que chocaran con los troncos, arbustos y rocas del camino, tal como se hace avanzar por los campos a los búfalos perezosos, pesados y bamboleantes. El cuerpo del joven Bagradian, vestido de blanco, descansaba sobre una de las antiguas angarillas mortuorias, ricamente ornadas, de las que como una docena habían quedado en la iglesia y en el cementerio de Yoghonoluk.

Sato corría alrededor del convoy como una perrita que no tiene miedo de cansarse, haciendo tres o cuatro veces el camino. Era atraída por la angarilla que avanzaba al compás de las ondulaciones torpes de los ciegos. Sus ojos ávidos y despiadados se deleitaban a la vista del cuerpo infantil que se diseñaba bajo el paño. Sato ardía en

deseos de levantar el velo que cubría el rostro para ver cómo vivía Esteban en la muerte. Cuando hubieron escalado toda la montaña, ella se separó del cortejo y corrió hacia el campamento. Quería ser la primera en despertar a Awakian y Kristaphor y anunciar al pueblo, a la manera de un heraldo, la muerte del hijo de Bagradian. Poco después de la salida del sol, el difunto y su cortejo anhelante y jadeante llegaron a la plaza principal. La angarilla fue depositada al pie del altar. Las plañideras y su gente se instalaron alrededor del muerto. Nunik destapó el rostro del mozo. Había cumplido, como pudo, la misión que le encomendara Ter Haigassun. Tenía derecho a la recompensa. Eso era indiscutible. Ya comenzaba a alzarse, apenas perceptible, el susurro tembloroso de la fúnebre queja.

Esteban se había convertido en un verdadero príncipe oriental, que su madre había percibido con horror la primera vez que se puso el traje de los nativos del valle. Aun cuando Nunik había contado cuarenta heridas, entre cuchilladas, magulladuras por todo su cuerpecito y aunque tenía la columna vertebral rota y la yugular diseccionada con una espantosa cuchillada, a pesar de todo esto, el rostro del muerto no se había desfigurado lo más mínimo. Detrás de sus párpados sellados para toda la eternidad, quedaría por siempre grabada la última visión del muchacho. Esteban parecía ver surgir de lo alto del pórtico de la estación la figura de su padre, esperado con tanta impaciencia. Aquella última sonrisa de satisfacción que había tenido al sentir que su papá lo tomaba en brazos, no se había alterado en sus facciones por el crimen cuarenta veces perpetrado en su persona. Había muerto sin que él estuviera presente. Por la gracia de Dios, no había sentido sino de lejos su bárbaro martirio, como un ruido imperceptible. Parecía haberse transformado enteramente en un príncipe de nostálgica belleza.

El primero en pasar por la plaza donde estaba el altar y que retrocedió espantado a la vista del sarcófago y de la extraña asistencia agrupada a su alrededor, fue Krikor, el farmacéutico.

La pasada noche, Sarkis Kilikian había sido puesto en libertad personalmente por Ter Haigassun, y fue enviado a su antiguo destacamento en el bastión sur. Krikor veía con pena la partida del

ruso, que durante algunos días y noches había compartido con él la barraca en calidad de detenido. Desde su enfermedad, el farmacéutico se encontraba completamente abandonado. Ni sus discípulos, ni los maestros de escuela venían a verlo, no sólo a causa del servicio militar, que les tomaba mucho tiempo, sino porque habiendo sido promovidos al grado de hombres de acción, experimentaban cierto desprecio por su pasado contemplativo. Gonzaga Maris, con quien gustaba conversar, había huido. Bedros Hekim, su viejo amigo, de quien ya no quedaba más que un resto estremecido, se arrastraba de cuando en cuando hasta la casa de Krikor y examinaba los miembros deformados y las articulaciones del enfermo con inclinaciones de cabeza tan meditabundas como impotentes. Su abandono era tanto mayor tomando en consideración las horas, pues, de las veinticuatro del día, sólo una o dos podía consagrar al sueño, y esto siempre al mediodía. La noche, en cambio, como acontece a gran número de sabios y grandes cerebros, era el periodo más lúcido y de más agitación. Durante las primeras noches del cautiverio de Kilikian, a Krikor la presencia de otro en el calabozo húmedo le resultó insoportable. A la tercera noche, este sentimiento de desagrado se trocó en una verdadera necesidad de ver al prisionero y hablarle. Sólo la consideración respecto a la autoridad del consejo de los jefes al que pertenecía, le habían hecho ceder ante semejante tentación. La cuarta noche su soledad era tan grande e insoportable, que Krikor no pudo contenerse. Con grandes dolores se levantó de la cama, se arrastró hasta la puerta que daba al calabozo, sacó la llave de su escondite y con dificultad abrió la cerradura con su mano hinchada y nudosa. Sarkis Kilikian yacía recostado sobre su lecho, con los enormes ojos abiertos. El farmacéutico no lo había despertado, ni su visita le causaba la menor sorpresa. El ruso estaba atado de pies y manos, pero de manera que podía moverse con facilidad. Las ligaduras de Kilikian llenaban su alma de profunda vergüenza. Para hacerle sentir que su pena era común, le tendió sus pobres manos, que daban lástima.

—Los dos estamos encadenados, Sarkis Kilikian, pero mis

ligaduras son mucho más dolorosas que las tuyas, y yo tendré que seguir soportándolas… ¡No te quejes!

Kilikian lo miró de frente, con sus ojos oblicuos.

—No me quejo —dijo.

—Pero tal vez valdría más que te quejaras.

El farmacéutico pasó al prisionero su botella de raki. Este bebió un trago con aire meditabundo. También el viejo bebió un poco, y luego dijo al ruso:

—Sé que has hecho estudios… ¿Quizá te hubiera gustado tener un libro estos días?

—Tu ofrecimiento llega demasiado tarde, boticario.

—¿En qué idiomas puedes leer, Kilikian?

El ruso refunfuñó como para significar que no comunicaba de buena gana esas cosas.

—En francés y en ruso, si fuera necesario.

La cabeza plana del mandarín, terminada en una barbilla agitada, se inclinó con tristeza.

—Ya ves qué clase de hombre eres, Kilikian.

El desertor desgranó una risita lenta y sin motivo, parecida a la que había espantado a Gabriel Bagradian durante la famosa noche de ensayo general bajo las tiendas. Pero Krikor no se desalentó por esto.

—Tu vida no ha sido feliz, lo sé… Pero, ¿por qué? ¿No se te envió a Edchmiadsin? ¿Acaso no has vivido en el seminario bajo el mismo techo que la más magnífica biblioteca del mundo? Sólo un día estuve yo allí y hubiera querido permanecer hasta mi muerte en medio de esos libros espléndidos… Y tú… ¡te fugaste!

Sarkis Kilikian se incorporó a medias.

—Mira, boticario, me parece que antes tú fumabas… Hace cinco días que no doy una chupada…

Krikor, con un gemido, levantó su pobre osamenta dolorida y entregó al prisionero su pipa y su tabaquera.

—¡Toma todo esto, Kilikian! Éste ha sido otro de los gustos que he debido dejar, ¡ya no puedo sostener la pipa!

Sarkis Kilikian se puso a fumar inmediatamente y pronto se vio

envuelto en una nube de humo. El boticario, entre tanto, levantó la lámpara y lo alumbró.

—¡Y pensar que sólo tú eres la causa de tu desgracia, Kilikian! Por tu rostro comprendo que eres un monje; no quiero decir que te asemejes al clero, sino que eres de aquellos que tienen el universo entero en su celda… Por eso tu vida ha andado tan mal. ¿Por qué te fugaste de allá? ¿Qué querías buscar por el mundo?

Sarkis Kilikian se había entregado tan absolutamente a fumar, que era difícil adivinar si oía y si se daba cuenta o no del discurso de Krikor.

—Una cosa te voy a decir, amigo Sarkis… Existen dos clases de hombres. Unos son los hombres bestias, ¡de los que en el mundo hay a millones! Los otros, los hombres ángeles; serán apenas unos mil, a lo sumo diez mil. Entre los hombres bestias se encuentra a los grandes de este mundo: los reyes, los políticos, ministros, generales, pachás, etc., así como también a los aldeanos, artesanos y obreros. ¡Fíjate en el *mouchtar* Kebussjan! Todos son como él. Todos, en mil formas diferentes, no tienen sino una única y misma ocupación, la fabricación de estiércol. La política, la industria, la economía, el arte de la guerra, ¿son acaso otra cosa que una vasta fabricación de lodo, aunque sean necesarias? Si quitas la mugre al hombre bestia, queda en su alma un vacío espantoso: el aburrimiento. No se le puede soportar y de este aburrimiento nace todo el mal; el odio político y los asesinatos colectivos. Entre los hombres ángeles, por el contrario, reina la sensibilidad. Kilikian, ¿no entras acaso en éxtasis cuando te pones a contemplar las estrellas? El arrobamiento es, para los hombres ángeles, lo que las alabanzas divinas para los ángeles verdaderos, actividad que el gran Aghitangelos declara que significa la más sublime e intensa que existe en el cosmos… Pero ¿adónde me he ido? Lo que quería decirte es que existen hombres ángeles que son traidores a sí mismos, que se deshonran a sus propios ojos. Para éstos, la suerte es implacable. Las horas se vengan cruelmente de ellos…

Cuando llegó aquí Krikor de Yoghonoluk, el gran orador, perdió el hilo de su discurso y calló. Sarkis Kilikian parecía no haber

comprendido nada de lo dicho. Pero, de súbito, dejó su pipa y dijo:

—Existe gran diversidad de seres: algunos se han perdido desde la infancia y nadie pregunta siquiera qué seres eran…

Sacó, con sus manos atadas, una navaja de bolsillo y la abrió:

—Mira, boticario. ¿No crees que podría cortar mis ligaduras con este instrumento? ¿No crees que habría podido derribar a patadas esta barraca? Y, sin embargo, no lo hago…

La voz de Krikor volvió a tomar ese tono hueco e indiferente que tenía antes.

—Cada uno de nosotros posee un cuchillo semejante, Kilikian; pero ¿para qué te serviría? Aun cuando te libertaras no podrías ir más allá de los límites del campamento. Es por eso que sólo podemos romper nuestro cautiverio interior…

Sobre esto no contestó nada el desertor. Se quedó acostado sin pronunciar una palabra. Krikor, por el contrario, fue a tomar un volumen cualquiera de la muralla de libros y se puso a leer algunos pasajes en voz alta, colocados sus anteojos de armadura de níquel sobre su nariz y en un tono que invitaba al sueño. Kilikian, sin pestañear sus ojos de ágata, escuchaba los párrafos que, sin respirar, le leía explicando de forma poco clara la influencia y esencia de los astros. Fue la última vez que el farmacéutico de Yoghonoluk tuvo ocasión de hacer partícipe al joven de sus tesoros de ciencia. Por razones incomprensibles, no encontraba exagerado ningún esfuerzo para tratar de adquirir un nuevo discípulo en la persona de ese miserable seminarista evadido. ¡Esfuerzo perdido! A la noche siguiente, que era precisamente la noche pasada, este pescador de hombres se encontraba más solitario que nunca.

Krikor, apoyado en sus dos bastones, se acercaba lentamente a las angarillas: Su rostro amarillo se quedó inclinado sobre el hijo muerto de Bagradian; de su boca no salía un sonido; después movió la cabeza puntiaguda y calva, durante mucho rato. Estas inclinaciones de cabeza no se debían a su enfermedad, sino a una manifestación de su desconsolada imposibilidad para comprender

un mundo en el que los seres cuyo deber es cultivar el espíritu, se ocupan en cortar el cuello a sus semejantes, en vez de sumirse en las delicias de las definiciones, de las fórmulas y de los poemas.

¡Qué pocos hombres ángeles había! Y aun éstos se deshonraban, traidores a sí mismos. En su tesoro original de citaciones buscó una frase que pudiera darle consuelo. Pero su corazón estaba demasiado cargado de pesar para que pudiera encontrar la palabra que buscaba. Entre sus pociones, el boticario tenía una minúscula bola de vidrio fino, sellada por una gota de lacre. Hacía algunas décadas que había tratado de hacer, con la receta de un monje persa de la Edad Media, la verdadera esencia real de rosas, cuyo secreto hacía tiempo que el mundo había perdido. En la bola de cristal guardaba la única gota de esta esencia, obtenida tras largos y fatigosos esfuerzos. Krikor se arrastró otra vez hasta las angarillas y reventó la bolsa sobre la frente del muerto. Inmediatamente salió un olor penetrante que, esparciendo sus alas vigorosas, fue a revolotear sobre la cabeza del niño asesinado. Este perfume se parecía, en realidad, a ese genio cuyo cuerpo invisible, según las palabras del maestro persa de Krikor, se compone de la naturaleza íntima de 33.000 capullos de rosas.

Entretanto, Ter Haigassun y Bedros Hekim habían llegado a ese lugar. El sacerdote estaba de pie, rígido, junto a la cabecera de las angarillas, con los ojos medio cerrados, ocultas sus manos friolentas en las mangas de su hábito. Los dedos huesudos y delicados del viejo médico descubrieron por un momento las heridas que cubrían el cuerpo juvenil y rígido. Enseguida volvió a echarle encima el sudario y lo arregló con mano cariñosa. Se hacía más de día. Verdaderas olas humanas llegaban hasta el lugar de la plaza, provenientes de las calles adyacentes o de las trincheras más próximas. Después de los tres sangrientos combates se habían visto muchos muertos, a los que se había llorado amargamente. Pero este cadáver no podía compararse con los demás. Muchos sabían que éste había sido un sacrificio que significaba mucho más. Reinaba un silencio profundo. Hasta los muchachos a los que Esteban había intentado inútilmente impresionar, echaban tímidas y respetuosas

miradas a su rostro marfileño. Ahora había logrado dominarlos. Sólo Hagop, el cojo, se había quedado en su choza ocultándose bajo las mantas.

Únicamente los terribles y agudos gritos de la viuda Chuchik rasgaban el aire. Antes de haber visto siquiera el cadáver del joven Bagradian, la madre de Haik lanzaba gritos que parecían verdaderos alaridos. En su corazón, la suerte de Esteban y Haik no eran sino una sola, y aun cuando había podido convencerse de que el cuerpo de su hijo no estaba en esas angarillas, no podía apartar de sí la idea de verlo ahí. Y pensaba que puesto que uno de los dos camaradas había sido capturado y asesinado, los criminales no habrían dejado de hacer otro tanto con el otro. Pero pensó que Nunik, Wartuk y Manuchak debían haber dado a los perros el cuerpo de su hijo, puesto que no era más que un simple campesino, de quien nadie se preocuparía. Chuchik seguía gritando, no como una madre que sufre, sino como un animal herido que vomita la vida en sus últimos alaridos. Algunas mujeres se le acercaron y la tomaron por debajo de los brazos, a ella que, aun en el Damlajik, vivía en la más absoluta soledad, y siempre esquivaba relacionarse con sus vecinos. Ahora, de todas partes, le llegaban palabras de consuelo. No debía desesperarse, le decían; bien podía ser que Haik se hubiera salvado, y quizá hoy o mañana estaría al amparo del cónsul Jackson. Si hubiera sido decapitado, estaría ahí con su camarada. El joven Bagradian no tenía ni la fuerza ni la pericia de Haik, cualidades que, con la ayuda del Redentor, lo habían de llevar al fin sano y salvo. Chuchik no prestaba oídos a estos razonamientos. Permanecía de pie inclinada hacia adelante, las manos cruzadas sobre el pecho, y no cesaba de gritar mientras sus ojos se clavaban en la tierra. Llamaron a Nunik como testigo. Ella juró que el hijo de Bagradian había sido apresado solo, sin compañía, en los alrededores de la aldea de Ain el Jerab, por dos propietarios territoriales que lo habían llevado ante el *mudir*. Pero la verdad no producía el menor efecto en ella; Chuchik no la creyó. Entonces, a una señal de Ter Haigassun, las mujeres, con mil precauciones, procedieron a alejarla de las angarillas para llevársela a la calle principal en medio de las chozas. Pero no se

atrevían a tocar a esa gigante cuyos miembros colosales inspiraban un terror legendario. Sin embargo, de repente, la viuda Chuchik dejó de oponer resistencia a sus esfuerzos. Las mujeres redoblaron sus cuchicheos de consuelo. Y, en efecto, mientras más se alejaba del muerto, la madre de Haik se iba calmando y renacía en ella la esperanza. Una gran necesidad de calor humano llenaba esa cabeza tan pequeña, que caía inerte sobre su hombro derecho, y todo su cuerpo de coloso se inclinaba profundamente hacia las graciosas y débiles armenias. Rodeó con sus brazos a dos de estas mujeres y se dejó llevar sin la menor resistencia.

Pero cuando Gabriel Bagradian, seguido de Awakian que lloraba sin cesar, se presentó en la plaza donde estaba el altar, nadie se le acercó. Por el contrario, la muchedumbre retrocedió evidentemente, de manera que quedó un camino libre entre él y el altar. Y hasta las plañideras y mendigos se levantaron y desaparecieron entre el gentío. Sólo Ter Haigassun y Bedros Hekim permanecieron en su lugar. Pero Gabriel no se dio prisa, sino que casi anduvo más despacio. Todo lo que su febril imaginación había presentido como muy posible durante cinco días y cinco noches, había resultado realmente cierto. Ya no le quedaban fuerzas para darse cuenta cabal de la horrible realidad. Con mirada indecisa midió paso a paso la distancia que lo separaba de su hijo, como si pudiera retrasar así algunos segundos la comprobación final. Al mismo tiempo sentía como si todo su cuerpo se secase totalmente. Esta sensación empezaba por los ojos; le quemaban, consumidos por esa sequía que el parpadeo no lograba atenuar. Después era el paladar. La lengua le pesaba dentro de la boca rugosa como un pedazo de cuero duro y grueso. Gabriel trató de hacer brotar un poco de saliva que le humedeciera la garganta. Pero sólo tragaba burbujas de aire desagradables, que iban a deshacérsele en la garganta que le quemaba como fuego. Era terrible ver cómo intentaba reunir infructuosamente todas sus fuerzas. Todo en él parecía tratar de evitar rozar siquiera el dolor que había abierto un abismo en su ser. Pero lo que él ignoraba era que ese hueco, esa nada, ese vacío, era precisamente el dolor. Y se engañaba a sí mismo al preguntarse:

¿Cómo es posible? ¿Por qué no experimento ningún sufrimiento? ¿Por qué no me salen gritos de desesperación? ¿Por qué no se llenan de lágrimas mis ojos? Ni su resentimiento contra Esteban se había desvanecido completamente. ¡Y su hijo, a quien tanto había amado, yacía allí tendido! Sin embargo, Gabriel no podía imaginar las facciones del muerto. Sus ojos secos no veían sino dos manchas, una grande y blanca, la otra chiquita y amarillenta. Quería concentrar sus pensamientos en algo preciso, en la desgracia que lo abrumaba. Él había desatendido a su hijo; y a través de sus denigrantes palabras, lo había impulsado a huir. Éste era un hecho que se le presentaba con toda realidad durante estos últimos días. Pero sus pensamientos no iban más allá, pues tanto las imágenes como los detalles salían del hondo vacío y venían a dificultar el discurrir de sus pensamientos, que en su mayoría no tenían nada que ver con Esteban. Además, de ese abismo surgía, simultáneamente, un impulso diabólico, una necesidad sensual que él creía haber vencido hacía semanas: ¡Fumar! Si hubiera tenido un cigarrillo, tal vez se lo habría llevado a los labios, con gran escándalo del pueblo. Buscaba en sus bolsillos con las manos, inconscientemente. En este momento sufría a causa de su hijo, porque, aun ahora, no podía preocuparse de él. ¿Por qué estaba tan lejos de Esteban que ni siquiera podía ver su carita? Antes, en la villa de Yoghonoluk —los torpes bosquejos del mapa de Esteban estaban esparcidos sobre la mesa—, se había sentado al borde de la cama de Esteban y se había puesto a contemplarlo mientras dormía. Ahora era preciso que se uniera a su hijo, que se llevaba consigo y para siempre todo lo que era él mismo, y Gabriel Bagradian se arrodilló ante el cadáver para que sus cegados ojos se saciasen por última vez de la imagen del dulce rostro que lo aguardaba.

Ter Haigassun, Altouni y otros, vieron al jefe de la defensa, vestido como siempre, con su traje de caza ajustado y con su casco colonial. Lo vieron acercarse al féretro con paso lento, ligeramente indeciso. Después lo vieron de pie, abandonado a su dolor, abriendo la boca jadeante como si le faltara el aire y moviendo sin cesar sus manos con ademanes vagos. Veía que, aparentemente, no podía

soportar la vista de su hijo, pues volvía la cabeza. Cuando por fin se dejó caer de rodillas, al lado del cadáver, en el corazón de miles de asistentes pareció que había transcurrido un lapso infinito. Ahora el rostro de Gabriel descansaba sobre el de Esteban; se le habría podido creer dormido o muerto en esta actitud. De su cabeza cayó el casco. Ni una lágrima asomaba a sus párpados cerrados y, sin embargo, todas las mujeres y hasta algunos hombres lloraban desconsolados. Parecía que la muerte de Esteban hubiera acercado toda esa gente al extranjero. Al cabo de un largo rato, Ter Haigassun y Bedros Hekim tomaron de los brazos al padre que seguía arrodillado y lo levantaron. Sin decir palabra, sacaron a Gabriel, que se entregó dócilmente a ellos. Sólo cuando hacía mucho rato que habían salido del valle de la aldea y que ya se divisaba la plazoleta de las tres tiendas, Ter Haigassun, que iba a la derecha de Gabriel, pronunció estas pocas palabras:

—Gabriel Bagradian, hijo mío, piensa que sólo te ha precedido por unos pocos días, sin importancia.

Y Bedros Hekim, a su vez, que iba a su izquierda, le dijo con voz fatigada y con amargura:

—Gabriel Bagradian, hijo mío, piensa que los días que vienen, lejos de ser insignificantes, serán un verdadero infierno, y bendice la noche que se ha hecho.

Bagradian no contestó; permaneció inmóvil, soltó sus brazos como para apartar a esos dos hombres de su camino. Ellos comprendieron y lo dejaron solo, dando media vuelta.

La fiebre de Julieta no había vuelto a bajar. Parecía que la inconsciencia hubiera llegado al punto álgido. La enferma yacía ahora rígida, sin movimiento, con una respiración que rozaba apenas sus labios entreabiertos llenos de ampollas, con golpecitos breves y superficiales. ¿Era que había llegado esa crisis que en unas horas debía decidir la vida o la muerte?

Iskuhi no se ocupaba de Julieta. Bien podía morir o sanar. Pero tampoco se preocupaba de las amenazas de su hermano Aram, que

le había jurado renegar de ella si de entonces al mediodía no había dejado a los Bagradian. Gabriel estaba de pie en la tienda y casi tocaba el techo con su cabeza. Pero parecía estar tan ausente o más que la enferma y ni se dio cuenta de la presencia de Iskuhi. Ésta se había deslizado a su lado y con su boca oprimía las rodillas de Gabriel. En esos momentos estaba tan impresionada por el dolor de Gabriel, como por la muerte de Esteban. Sólo ella sabía cuán tímido y desamparado era ese hombre. Y, sin embargo, él había resuelto cargar sobre sus heridos hombros con un mundo en llamas, todo el Damlajik. Los suyos habían partido en dos todas sus ansias y esperanzas, primero Julieta y ahora su hijito muerto.

Gabriel permanecía aún de pie. ¿Qué era ella, Aram, qué eran todos al lado de él? Meros aldeanos groseros y sucios, de cabezas huecas, sin sentimientos en el corazón, incapaces de adivinar la grandeza de alma del que había descendido hasta ellos. ¿Qué podría hacer, o qué podría sacrificar para ser digna de Gabriel? ¡Nada! Le tendió su mano abierta en un gesto de pordiosera. Mendigaba ella una partícula del dolor y del peso que agobiaban a Gabriel. Su rostro estaba radiante de abnegación y una penosa necesidad de servir a este hombre, ante el cual estaba de rodillas y que no le demostraba siquiera que notaba su presencia. Empezó a balbucear palabras ardientes y absurdas que a ella misma le causaron temor y vergüenza. ¡Qué pobre, qué miserablemente pobre era para no tener un solo medio de ayudarlo! Al fin, un pensamiento maternal, nacido de su desesperación, le pasó inconscientemente: no es bueno estar de pie cuando se tiene pena y se sufre. Cuando uno tiene pena, lo mejor es estar acostado y dormir. Era preciso que durmiese: sólo el sueño podía aliviarlo. Ella, no. Le desabrochó las polainas, le desató los cordones de sus zapatos y lo obligó a sentarse en su cama de soltera. Con esfuerzos sobrehumanos, logró servirse de su mano estropeada para estas operaciones. Le costó trabajo, pero logró lo que deseaba, pues Gabriel comenzó a desvestirse mecánicamente. Cuando ya lo hubo dejado acostado y bien cubierto, ella ya no podía más de cansancio. Sintió que sobre ella se posaba una mirada vaga, sin expresión.

«Descanso en un lecho blando», fue lo único que comprendió Gabriel. Hacía varias semanas que no tenía más lecho que la tierra dura de la trinchera norte. Empezaron a castañetearle los dientes. Sentía un extraño escalofrío, era como si se mezclasen el martirio que vivía con la agradable sensación de ese instante. Iskuhi se metió en un rincón para que no sintiera su presencia, si no tenía necesidad de ella. Del fondo de su alma rogó a Dios que enviara a Gabriel un sueño profundo, reparador, que lo hiciera olvidarse de todo. Pero ella no sintió salir de su pecho esa respiración regular de los que duermen tranquilamente; lo que brotaba de sus labios era más bien un gemido parecido a los lamentos de las plañideras. Gabriel seguía buscando a Esteban en el mismo vacío de su dolor, siempre en vano, sin encontrarlo. Este gemido parecía aliviarlo, sin embargo, y duró, con breves intervalos, hasta la hora en que el sol de agosto solía enviar al interior de la tienda un largo rayo de su luz por la abertura de la cortina. Siguió entrando el rayo de sol y fue a iluminar el rostro de Julieta. Iskuhi pudo notar entonces que el aspecto de la enferma había cambiado súbitamente. Gotas de transpiración empapaban su rostro, sus ojos estaban muy abiertos y su cabeza vuelta hacia la habitación en la actitud de alguien que lucha. Un agitado entusiasmo se había apoderado de Julieta. Pero le costaba hacerse comprender a causa de su lengua paralizada y dolorida.

—Las campanas… Gabriel… ¿Oyes?… Las campanas… Campanas por centenares… ¿No es así?

Cesaron los gemidos en la otra cama. Pero Julieta, muy excitada, hacía grandes esfuerzos por incorporarse. Agudizó su débil voz para lanzar un grito de júbilo:

—¡Ahora el mundo entero es francés!

Y estas palabras contenían una verdad que Julieta no podía adivinar, sumida como estaba en el mar de campanas de su sueño patriótico y victorioso. Desde que la sangre de Esteban se había derramado, después de la muerte del único hijo que había dado al pueblo armenio, el mundo entero había vuelto a ser francés para ella.

Capítulo IV

Desmoronamiento y tentación

El día treinta y uno, en el Musa Dagh tuvo lugar el entierro de Esteban. Pero el treinta y dos, se produjo la gran catástrofe.

Hasta ese día, el pueblo de las siete aldeas no había tenido motivo para estar del todo descontento. Mientras al mismo tiempo se pudrían cientos de miles de armenios entre Alepo y Deir-es-Zor, en los pasos y valles del Éufrates y en los desiertos de la Mesopotamia, lo que constituía casi la mitad de los deportados, aquí, en las chozas, trincheras, en el lazareto o en el refugio del bosque apenas habían muerto doscientas ochenta personas. Teniendo en cuenta los sangrientos encuentros vividos, la falta de alimentación, la epidemia, el cansancio, la falta de sueño y sufrimientos de todas clases, este pequeño porcentaje de muertos no sólo demostraba la gran fortaleza de los montañeses, sino también la ayuda celestial. Era extraño: dondequiera que los armenios se rebelaran contra Enver y Talaat, aparecía enseguida un poder que, con precisión sobrenatural, inclinaba la victoria del lado de los valientes. Los habitantes del Musa Dagh, desde luego, no podían contar como los rebeldes de Wan y Bitlis, en el oeste de Anatolia, con la entrada de los rusos, los cuales conseguían rechazar al enemigo mortal de los armenios, al general Dchewjed Pachá. El interminable país islámico, con sus montañas y estepas, los rodeaba aún más despiadadamente que el propio mar. ¿Y el mar que tenían a sus espaldas? Seguía incomprensiblemente desierto. Ya nadie tenía

esperanza de que algún barco de guerra pasara cerca de la costa siria. Y aun en el caso de que, contra toda lógica, por un milagro increíble, apareciera uno de esos barcos de guerra en el horizonte, ¿quién era lo suficientemente tonto como para pretender que la guardia se fijara en el ridículo pañuelo que colgaba de un palo sobre los acantilados? Ya había pasado más de una semana desde que los nadadores partieran para Alejandreta, y éstos aún no habían vuelto. Se les daba por perdidos. Sólo algunos soñadores incurables pretendían ver en esta larga ausencia algún signo benéfico.

Pero, a pesar de todo esto, todavía se vivía. Los turcos no parecían tener la menor intención de embarcarse en otra aventura. En las llanuras del Oronte y en el valle de las aldeas pululaban nuevas tropas y más *saptiehs*. Estos se pasaban las horas muertas sin emprender la más mínima acción. Hasta ahora el mando enemigo no había emprendido ni siquiera un asedio en condiciones. Quizás esperaban la artillería adecuada. La escasez de pan era lo más horrible. Las mujeres, empero, se las arreglaban con otros sucedáneos. Ya no se comía sólo carne como al principio, pues las magras y duras piltrafas ya no alcanzaban a llenar el estómago. Por ello se cocinaba la carne mezclada con hierbas, haciendo una especie de sopa, lo que por lo menos proporcionaba grandes raciones. Esta vida, a pesar de todas las dificultades, aún hubiera podido continuar largo tiempo si el terrible golpe no los hubiera colocado ante un repentino desenlace.

¿Quién fue el culpable? Fue ésa una pregunta que jamás pudo aclararse. Los *mouchtars* responsables se echaban la culpa unos a otros. En todo caso lo cierto era que por desgracia para el pueblo entero se había infringido uno de los primeros y más importantes decretos promulgados por el Consejo de los jefes, pero además con una criminal indiferencia. No sólo no habían hecho nada los *mouchtars por* impedir el establecimiento de la «nueva costumbre», sino que la habían tolerado favorablemente; de nada servía alegar ahora sin cesar, con tono quejumbroso, el estado lamentable de los campos de pastoreo enteramente agotados en el interior de las fronteras de defensa. ¡Era evidente! Los nuevos campos de pastoreo

se extendían, no lejos del desfiladero norte, y estaban rodeados de los riscos pedregosos del Musa Dagh en la forma más propicia que era posible imaginar, de manera que para los extranjeros eran casi invisibles e inaccesibles. Pero ¿podía confiarse en los pastores, que como en todas las partes del mundo se componían de viejos soñadores y de jovenzuelos? Estos espíritus adormecidos que se adaptaban a la naturaleza ovina, creían que se vivía siempre en completa paz. En una palabra, los *mouchtars* se habían vuelto sumamente descuidados en el cumplimiento de su deber, dándose por satisfechos cuando los pastores, a primeras horas de la mañana, aparecían en el matadero con el número prescrito de reses, cuyo peso parecía haber aumentado en los últimos tiempos. Pero el segundo descuido que toleraron fue aún mucho más inconsciente y sacrílego. El decreto tenía tanta importancia, que hasta había sido escrito y firmado por Ter Haigassun. El ganado, el más preciado tesoro del pueblo, no debía salir a pacer jamás sin ir acompañado de una guardia armada, aun cuando no traspasara los límites del campamento. Además, el sometimiento al decreto del consejo, en circunstancias ahora modificadas, implicaba que se tendría que haber confesado esa nueva costumbre, que habría sido lógicamente denegada. De modo que no tomaron ninguna medida defensiva. Los *mouchtars* contaban con la bondad divina, con la situación tan protegida de los nuevos campos de pastoreo, con la pereza de los turcos y, por otra parte, jamás hablaban ni entre ellos, ni con los otros jefes de este secreto contrario a las leyes y cuidadosamente disimulado. Fue así como permitieron que los turcos tuvieran un éxito fácil y remunerativo.

Dos pelotones de infantería y un destacamento de *saptiehs* recibieron orden de efectuar una expedición nocturna y de hacer, en el más absoluto silencio, la ascensión del Musa Dagh más allá del desfiladero que sube por Bitias. Evidentemente no hubo necesidad de recordarles, ni al oficial ni a sus hombres, que no hicieran el menor ruido y que tomaran precauciones. Esta vez las fuerzas de ataque marchaban, a pesar de la noche sin luna, como prescribía la táctica: con patrullas de avanzada, de flancos y de retaguardia,

midiendo con cautela cada paso. La miedosa precaución era el impagable capital que habían ganado de Gabriel Bagradian y sus hombres en el corazón de los turcos. Los soldados se acercaron, con la luz de las linternas amortiguadas, hasta estar cerca de los pastores y corderos durmientes. Hasta el último momento el *mulasim* que mandaba las tropas no creyó que la operación pudiera tener éxito sin que mediara un combate en regla. Y los soldados se sorprendieron al no encontrar en esos parajes sino unos pocos ancianos vestidos con pieles blancas que se dejaron matar sin resistencia y con toda facilidad. Se apuraron en bajar antes del alba los rebaños al valle, como si este botín hubiera estado en peligro. Fue así cómo cortaron el nervio vital del pueblo del Damlajik. Entre los animales robados por los turcos, iban todas las ovejas, corderos y corderitos de la comunidad, la mayor parte de las cabras y todos los burros, con excepción de los que en ese momento empleaban los defensores para cabalgar o como bestias de carga. Contando con las pocas cabezas de ganado que quedaban y sumando hasta la última libra de carne, se podría vivir aún tres o cuatro días, y eso siendo extremadamente parcos, sin embargo, a partir de esa fecha el pueblo quedaba expuesto al hambre.

Cuando en las primeras horas de la madrugada, Ter Haigassun supo la aterradora noticia, convocó inmediatamente al consejo de los jefes. Bien sabía las repercusiones que este hecho iba a tener en la mentalidad del pueblo. Desde la explosión de cólera contra Julieta Bagradian, no había cesado de cundir en la hondonada del valle una callada exasperación, desprovista tanto de razón como de fin, y que no esperaba sino la ocasión propicia para estallar. Ter Haigassun hubiera callado con gusto la catástrofe, o le hubiera dado un giro diferente de modo que excluyera culpas y responsabilidad. Esto era desgraciadamente imposible. Entre los elegidos, unos se apresuraron y otros ralentizaron el paso, según el carácter de cada uno, antes de entrar en la tienda del consejo de jefes. Todos trataban de llegar a la sede del Gobierno antes de que se reunieran los grupos en la plaza del altar. Ter Haigassun había ordenado, como medida de precaución, que los doce policías salvaguardaran a los jefes. Tchauch

Nurhan *Elleon* recibió el encargo de cuidar del mantenimiento del orden dentro de los límites del campamento. El Gobierno se había reunido hasta ahora muy pocas veces en su total mayoría. En realidad, todos los asuntos habían sido manejados por un triunvirato: Gabriel Bagradian, encargado de la lucha; Aram Tomasian, de la administración interna, mientras que Ter Haigassun, como jefe supremo, decía la última palabra en todos los asuntos. Pero hoy, en esta hora crítica, se reunieron todos los jefes, a excepción de Gabriel Bagradian, quien, desde el entierro de Esteban, no había abandonado la plaza de las tres tiendas. El pastor Aram se sentía feliz de no tener que enfrentarse con Gabriel, pues debido a la desgracia de éste, el pastor no se sentía lo suficientemente cruel como para interpelarlo tras lo ocurrido. Mientras, Tomasian había cedido a los insistentes ruegos de su mujer y abandonado con ella y su hijo la cómoda vivienda, que devolvió a Kristaphor con todo su contenido, para ir a vivir con su padre a su incómoda choza. En su fuero interno compadecía a Howsannah por este mal cambio, pero en su mujer, que siempre había tenido tanto sentido de la belleza doméstica, se había despertado repentinamente una malsana avidez por la pobreza, necesidad y dureza. Además de Bagradian, otro miembro del consejo no tomó parte en esta crítica sesión, aun cuando estuvo presente. Desde la mañana anterior, el farmacéutico Krikor no había tenido ánimos para levantarse de la cama. Ni los medicamentos, ni siquiera el calor lo aliviaban. Lo único que pedía y deseaba con toda el alma era tranquilidad, una tranquilidad sin dolores. Pero como vivía en una casa parlamentaria, justamente era esa tranquilidad lo más difícil de conseguir. Había levantado entre su lecho de dolor y las preocupaciones de este mundo un abismo de la más noble especie. Había creído poder estar solo, lejos de todo jaleo, para erigir una vez más una fortificación intelectual. Ya fuera de poesía, sabiduría o creencia, no era lo suficientemente fuerte como para impedir el paso al ruido vulgar de la política. Hoy, ese ruido pareció ser, desde un principio, de naturaleza inquietante. En particular los *mouchtars* apenas podían hacer ni decir nada. Trataban de ahogar su

falta en olas de bullanga general. Por último, Ter Haigassun entró hasta el centro de la sala y mandó que todos se sentaran. Apenas podía dominar la indignación que vibraba en su voz:

—Cuando en un ejército en guerra —comenzó diciendo—, se produce un crimen semejante a éste, los responsables son fusilados sin misericordia. Pero nosotros no formamos un batallón, no somos militares, somos un pueblo entero y miserable. No estamos en guerra contra un enemigo igual a nosotros, sino que debemos defendernos contra el exterminio y contra una fuerza armada cien mil veces superior a la nuestra. ¡Medid ahora el crimen que habéis cometido con vuestra indolencia y disimulo! No sólo debería haceros fusilar, innobles *mouchtars*, sino que debiera matar uno por uno a vuestros miembros. Os lo juro que lo haría con gusto y sin temor al castigo de Dios, si eso pudiera sernos útil. Pero estoy obligado a mantener la apariencia de nuestra unidad a fin de salvar la autoridad del consejo. Me veo obligado a manteneros en vuestras funciones, inmundos *mouchtars* que olvidasteis vuestro deber, pues cualquier cambio en la composición de nuestra asamblea podría ser perjudicial al orden general. Me veo obligado a echarme yo la culpa y a defender el consejo de jefes contra la justa cólera del pueblo mediante argumentos sin valor y pretextos indignos. Lo que el valí, el caimacán, el *bimbachi* y el *jusbachi* no pudieron obtener, vosotros los jefes y encargados lo habéis llevado a cabo brillantemente. ¡Estamos liquidados!

Los alcaldes de las aldeas se inclinaron, humillados. Sólo uno no se dejó derrotar tan fácilmente: el riquísimo Tomás Kebussjan. Esos cobardes, a los que en su casa no se les permite abrir la boca, se desquitan en las reuniones masculinas. Kebussjan comenzó a mirar de reojo mientras movía la cabeza. Esta gente feliz, se burlaba él, que no sabe nada de economía ni de la cría del ganado, lo tenían fácil para hacerse los importantes. Él, Tomás Kebussjan, nunca había obrado irresponsablemente. Todo el mundo sabía que él siempre se sacrificó por el bien común, siempre, desde que aceptara la maldita cruz de la alcaldía. Un decreto y su ejecución eran dos cosas muy diferentes. Si él no hubiera aconsejado que se cambiará de

campos de pastoreo, los animales hubieran muerto todos mucho tiempo atrás y ahora no habría discusión, ya que todos hubieran perecido de hambre. Que estos nuevos campos de pastoreo no hubieran sido guardados por las fuerzas armadas, eso no era cosa suya. Y Tomás Kebussjan terminó con estas palabras orgullosas, a la par que ilógicas:

—¿Qué queréis de mí? La mitad del ganado era mío, ¿no es así? Vosotros habéis perdido un poco; yo lo he perdido todo.

La insolencia del rico alcalde de Yoghonoluk dio ánimos a sus compañeros, ninguno de los cuales quiso quedarse atrás. El de Azir le echó en cara a Ter Haigassun, como prueba de su ingratitud, que el año anterior, para el nacimiento de su duodécimo nieto, él había hecho un donativo de cien piastras para la iglesia de Yoghonoluk. ¿Había olvidado ese hecho? Todos comenzaron a hablar de sacrificios, donativos y obras benéficas que habían realizado en tiempos ya olvidados. Tan cómico era este modo, a la vez astuto e ingenioso de apartarse de la amarga realidad, que Bedros Hekim, el conocedor de los hombres, prorrumpió en una carcajada.

Los ojos de Ter Haigassun se dirigieron a Aram Tomasian, ordenándole que hablara.

Éste se sentía mal. Aun cuando no tuviera ninguna relación directa con los rebaños era, sin embargo, el organizador en jefe de la subsistencia en el interior del campamento y responsable, por lo tanto, de todo lo que se relacionaba con la alimentación. El delgado rostro del pastor estaba pálido. En este instante, había un mudo antagonismo entre el cura gregoriano y el pastor protestante; jamás hasta entonces se había manifestado tan abiertamente tal sentimiento. Aram Tomasian se levantó y dijo:

—A mi juicio, más valdría no volver a hablar de responsabilidades. ¿Qué objeto tiene? Lo hecho, hecho está. Ter Haigassun mismo ha dicho que debemos aparecer unidos ante los ojos del pueblo. Por consiguiente, no debemos mirar al pasado, sino a lo que se nos viene encima, y ahora tenemos que buscar el modo de reemplazar, de alguna manera, los alimentos perdidos.

Este discurso era sin duda lógico, pero demasiado vacilante. Ter

Haigassun lo destruyó de un golpe:

—No hay forma de reemplazarlos —y, repentinamente, como si de una emboscada se tratase, apareció un imprevisto aliado de los *mouchtars*: Hrand Oskanian, quien en otros tiempos, por amor a Julieta, se había afeitado diariamente lo que constituía, dada la falta de jabón, un acto de discreto heroísmo, pero indiscutible. La barba enmarañada le crecía hasta debajo de las narices. Con su busto puntiagudo y prominente, semejante a la paletilla de un pollo, y sus largos brazos colgantes siempre en movimiento, el oscuro maestro de escuela parecía realmente un mono agitado. Quizás este personaje taciturno estaba realmente penetrado de sus convicciones, o quizás también aprovechase una oportunidad para vengarse de Julieta, de Gabriel, de Ter Haigassun, en resumen, de todos los que le eran superiores; sus labios dejaban escapar un mar agitado de palabras siempre en el mismo tono tan conocido:

—¿Os negáis todavía a ver la verdad? Tenéis por fin una prueba de lo que predije. ¿Y buscáis al responsable? Y Ter Haigassun quiere hacer fusilar a causa de esa falta a sus propios compatriotas. Voy a hacerlos una pregunta: ¿Qué razón esconde él para apartar la verdad de la vista del consejo de jefes? ¿Por qué no puede convenir en que hemos sido traicionados? ¿A quién trata de proteger con esa actitud? ¿Habrían podido los turcos, de no mediar traición, saber que nuestro ganado se dirigía a nuevos pastizales? ¡No, sin duda! Gonzaga Maris ha estado metiéndose por todas partes en nuestro campamento, y esto es sólo el comienzo. Dentro de poco los turcos aparecerán en medio de nuestras viviendas. El griego los llevará hacia la parte no fortificada de la montaña, por el sendero cortado entre las rocas y que ha estudiado cuidadosamente.

Los *mouchtars* no esperaron a que se lo repitieran dos veces. Esta interpretación inesperada de los acontecimientos, les devolvía de un golpe toda su dignidad, aunque no creyeran de ello ni una sola palabra. Tomás Kebussjan trató enseguida de desligarse. Él no había conocido muy íntimamente al joven, pero el hecho de que la familia Bagradian lo recibiera, le había parecido prueba de que se trataba de un hombre decente. Pero después de lo ocurrido tenía que estar

naturalmente de acuerdo con el profesor Oskanian en que se trataba, con toda seguridad, de un espía pagado por los turcos. De otro modo no se explicaba la desgracia. El coro de *mouchtars* asintió sombríamente. Los siete hombres emitían un ruido de fondo ensordecedor a pesar de las amplias dimensiones de la barraca del gobierno. Hrand Oskanian, con sus roncos gritos, se encargaba de azuzarlos más y más. Cuando uno está obsesionado con una idea fija y además posee la cualidad de poder sugestionar al prójimo, qué no intentará en asambleas y reuniones. En esto reside el poder de los dirigentes políticos, quienes poseen sólo unas cuantas frases hechas y un diabólico poder de convicción en la voz. Los *mouchtars* y algunos otros se entregaron dócilmente a la situación provocada por la sugestión de Oskanian, tanto más cuanto que era de su total conveniencia. El maestro de escuela Hapeth Chatakhian podía hacerse oír. Ardía de ira al ver el éxito de su antiguo rival, cuya presencia había tenido que soportar desde hacía ocho años.

—Oskanian —exclamó—. ¡Yo te conozco! No eres sino un charlatán y un deslenguado. No sirves sino para cubrir de ignominia y difamar a inocentes. Difamas a Gonzaga Maris porque es un hombre distinguido y culto, casi un francés, que no ha vivido, como tú y yo, en un pueblo sucio en el que estamos condenados a permanecer eternamente. Yo, por lo menos, gracias a la bondad del hermano de Gabriel Bagradian, pude durante algún tiempo hacer estudios en Suiza, mientras que tú ni eras digno de ello, ni has conseguido sacar las narices más allá de Marach. No permitiré que difames con chismes vulgares a la familia Bagradian, a la que todos nosotros debemos un agradecimiento infinito. Y ahora, Oskanian, déjame decirte aún una cosa: no sólo contra el griego esgrimes tu odio, es también contra la señora Julieta, porque te encontró ridículo con tus actitudes sublimes, con tus poesías y tu caligrafía, pobre enano loco.

Esto era injusto. Oskanian nunca había elevado sus deseos hasta Julieta. La admiración por su radiante altura había sido el sentimiento más sagrado y puro que sintiera jamás. Y precisamente en este sentimiento había sido mortalmente herido. Por eso, en vez

de chillar como de costumbre, contestó en forma breve y digna:

—No necesito las consideraciones de tu francesa. Ella, más bien, necesitaría la mía. Hemos tenido que ver con nuestros propios ojos, Dios mío, qué clase de persona es esa… —Con su aire demagógico, el enano se volvió hacia los *mouchtars*—. Bendigo a nuestras madres, a nuestras mujeres y a nuestras niñas, ante quienes una europea tan engreída debiera caer de rodillas.

Esta frase, bien dicha, obtuvo un completo éxito. Entonces, Hrand Oskanian se encarnizó seriamente contra su adversario:

—En cuanto a ti, estúpido Chatakhian, puedo decirte que te has puesto más de cien veces en ridículo con tu «acento», tus charlas y tu afectación… —Y se puso a parodiar el francés de Chatakhian, ese francés del que estaba tan orgulloso, sin pronunciar verdaderas palabras, sólo su sonido por medio de vocales nasales y de consonantes que parecían explosiones. Así, la discusión en que se debía examinar el problema del hambre inevitable, había degenerado en un esperpento de lo más grotesco, detalle éste que mostraba cómo la humanidad conserva una puerilidad que no se puede desarraigar: toda una parte de la asamblea se moría de risa con las parodias de Oskanian.

Ter Haigassun, que había iniciado como una fiera pantera la reunión, ahora no tomaba parte en ella, lo que resultaba increíble. Parecía perseguir con su presencia silenciosa y resuelta un fin determinado, para el que ahorraba todas sus fuerzas. Quizá fuera también que lo hiciera por asco, cansancio o indiferencia, ya que, hicieran lo que hicieran, no había salvación. Bedros Hekim se apoyó es su bastón y comenzó a protestar:

—Yo creía que Ter Haigassun nos había convocado para discutir sobre el desastre. No estoy de humor para apreciar tu comedia, Oskanian. Tengo más que hacer que vosotros, maestros de escuela, quienes desde hace mucho tiempo no cumplen su obligación de maestros, y a los niños se les nota. Respecto a ti, Oskanian, en mi calidad de médico seré indulgente, pues sé que eres un pobre desequilibrado. El joven en cuestión llegó en mayo a nuestras regiones, con una carta de recomendación para el farmacéutico. En

esa época, ni aun el valí de Alepo tenía noticias referentes a la deportación. ¿Acaso podemos suponer que en aquel momento ese griego nos fuese enviado con la intención de dedicarse al espionaje por cuenta de los turcos para indicarles la situación de nuestros nuevos campos de pastoreo sobre el Musa Dagh? ¡Esto nos indica cómo se forma el criterio lógico de los cerebros en la escuela de maestros de Marach!

Hrand Oskanian, nueva esperanza política desde ese día, sabía que una falta de lógica no hacía gran daño a su causa. Un razonamiento vigoroso exige esfuerzos y eso es precisamente lo que a nadie le gusta hacer. Pero si se logra hacer despreciable al adversario, esto suele despertar en una reunión un júbilo extraordinario y son precisamente esos sentimientos los que constituyen lo esencial del éxito.

—Bien puede ser —contestó— que en otra época hubieras estudiado medicina, hace unos 50 o 60 años. Pero, ¿quién puede tener la prueba hoy día? Cuando haces ver que vas a consultar ese desvencijado mamotreto, en realidad lo único que sacas de ahí no son más que gusanos. En este sentido, puedes darle la mano al boticario; durante años, él también se ha burlado de nosotros con su biblioteca. ¿Quieres apostar conmigo a que la mitad de sus libros constan sólo de papeles en blanco, aunque bien encuadernados? Pero todos vosotros, los viejos, no tenéis la menor idea de lo que es la vida, de lo contrario os habríais dado cuenta de que mucho antes que comenzara la guerra el Gobierno había enviado espías a los distritos armenios y hasta cristianos para que fueran menos notorios… —Y jugó su última carta para ganarse a los *mouchtars*—. Todo esto se debe a que estos ancianos señores están subordinados a la familia Bagradian, están comprados como nuestro Chatakhian que está aquí, a quien también compraron, enviándolo a Europa con su sucio dinero. ¿No son acaso estas familias ricas las culpables de todas nuestras desgracias? Vamos, estos levantinos no son de los nuestros. A causa de sus negocios poco limpios, ¡el pueblo armenio está condenado a morir!

El maestro había tocado la cuerda sensible de las almas rústicas.

Tomás Kebussjan, presa de antiguos recuerdos, parpadeaba con gesto de asentimiento.

—Ya el viejo Awetis era así. Siempre gustaba de tratar las cosas en Alepo, Estambul, Europa. Jamás podía quedarse más de dos meses entre nosotros. Yo, por el contrario, no me he movido de aquí. ¿Creéis acaso que yo no habría podido proporcionarme algún viajecito? Mi mujer me ha atormentado con esto bastantes veces.

En un instante se olvidaron las obras del fundador y benefactor de la escuela y la iglesia, cuyo amor al valle de Yoghonoluk le había sobrevivido durante tanto tiempo. Se sintió un movimiento detrás del montón de libros. En la estrecha abertura hecha en medio de esta fortaleza, se veía retorcerse una silueta angustiada vestida con una camisa blanca. Krikor de Yoghonoluk, el solterón, llevaba su mortaja desde la víspera. Como no quería que Nunik o los sepultureros le pusieran su traje de resurrección, había decidido hacerse él mismo este último servicio, a pesar de todos los suplicios que esta operación le significaba, pues sabía que no iba a presenciar con vida la toma del Damlajik por los turcos. Sus mejillas amarillentas estaban tan profundamente hundidas que en los huecos que formaban habrían podido sujetarse monedas de cinco piastras. Sus hombros le llegaban a las orejas, y sus brazos y piernas estaban tan hinchados que se hubiera dicho que eran garrotes inarticulados.

Cuando por fin encontró apoyo en las paredes de su biblioteca, trató de imprimir a su hueca voz esa tonalidad habitual de indiferencia y sabiduría superiores. Pero ya no podía conseguirlo. Palabras temblorosas y entrecortadas salían de sus labios:

—Este profesor que aquí ven… he trabajado en él… años… y años. Ha querido introducir en su cerebro… el espíritu de los sabios y de los poetas… Creía que por tener algún talento, podría llegar a ser algún día un hombre ángel. Profundo error… Quien no ha nacido así, difícilmente puede llegar a serlo. No siempre piensa en bajezas, creía yo… ¡Pero este maestro es mucho, mucho más bajo que los desgraciados que no piensan sino en bajezas! Se terminó con él. En cuanto a mi joven pensionista…, lo había callado hasta ahora… Maris me había prometido solemnemente… hacer todo lo

posible por nosotros en Beirut…, interceder ante los cónsules…

Krikor estaba demasiado débil para seguir hablando. Oskanian aprovechó ese momento para intervenir:

—Y, ¿de dónde sacó sus pasaportes…? Usted cree en discursos vanos y no en hechos claros como la luz del día…

Ésta fue para los *mouchtars* una revelación luminosa. En realidad, ¿de dónde había sacado sus pasaportes? El pastor Aram se levantó de un salto:

—¡Esto ya es demasiado, Oskanian! Eres de una idiotez inigualable. Hace una hora que nadie profiere una sola palabra razonable, y dentro de tres días, ya no tendremos qué comer…

El oscuro maestro estaba tan ensimismado en su propia maldad, que no se daba ni cuenta. Se hubiera dicho que durante esos minutos quería vomitar todo lo que en el curso de su vida había acumulado de odio, humillaciones y cólera.

De repente recordó ciertos chismes que ni siquiera las peores comadres se atrevían a repetir al oído.

—¡Ah! ¡También el señor pastor se mezcla en esto! ¡No podía ser de otro modo, puesto que ahora, gracias a su hermana, está emparentado con los Bagradian!

Aram quiso lanzarse sobre Oskanian, pero dos vigorosos brazos lo sujetaron. El viejo Tomasian, rojo de ira, se levantó de un salto y blandió en alto su bastón. Ter Haigassun fue más rápido aún que los dos Tomasian, y asiendo al preceptor de su camisa sin cuello, lo increpó:

—Te he dejado bastante tiempo, Oskanian, para permitirte darnos la prueba que esperábamos. Ahora, todos sabemos de dónde proviene la fetidez que nos infecta y quién entre nosotros siembra en las almas de nuestro pueblo el veneno que siento desde hace mucho tiempo. El pueblo te ha elegido entre los jefes porque eres preceptor. Pero yo te devuelvo al pueblo y lo informaré respecto a tu persona. Y ahora, ¡escúchame bien! ¡Te expulso de nuestras sesiones para siempre!

Hrand Oskanian gritó que no haría caso de esta expulsión, pues había asistido a la reunión con la idea de retirarse de esta sociedad

compuesta únicamente de charlatanes y de viciosos decrépitos a quienes el pueblo se encargaría de eliminar cualquier día en la forma que merecían. A pesar de la loca volubilidad con que el taciturno de antaño comenzó su discurso, no pudo continuar, porque Ter Haigassun lo echó de un puntapié cerrando tras él la puerta. Un silencio molesto quedó en el lugar de Oskanian. Los *mouchtars* se hacían señas, con guiños de ojo. La intervención dictatorial del jefe supremo era un peligro que amenazaba hacerse efectivo con cualquier otro dentro de poco. Un elegido no podía ser destituido de sus funciones sin haberse consultado al pueblo. No podía hacerlo otro elegido, aun cuando fuera el jefe de la asamblea. Y mientras el fantasma de un hambre desesperada se acercaba a cada instante y a pasos agigantados a la cañada del pueblo, Tomás Kebussjan carraspeaba, movía su cabeza calva y tomaba la palabra para elevar una protesta por el tratamiento inconstitucional infligido a un miembro del consejo de jefes. Era la primera vez que la oposición se manifestaba abiertamente. Fuera de los *mouchtars*, se limitaba tan sólo a algunos de los preceptores más jóvenes y a uno de los vicarios de aldea que sentía cierta antipatía por Ter Haigassun. Los dos Tomasian, llenos de cólera y confusión, permanecían sentados en el círculo de los jefes, en actitud indecisa. Pero todos los demás, con Ter Haigassun a la cabeza, sin quererlo ni saberlo, habían tomado el partido de Bagradian ausente que, por una absurda casualidad, se había convertido en el centro del debate, en vez de serlo la gran catástrofe. Cuando Ter Haigassun hubo puesto término a las discusiones para llegar al fin al asunto primordial, era ya demasiado tarde: el sospechoso rumor que venía desde la plaza del altar exigía por tanto una rápida intervención de los miembros del Gobierno.

Hrand Oskanian no era más que un hombre débil. En una sociedad occidental se le habría calificado, sin titubear, de «intelectual», es decir, de un hombre de relativa cultura, que no hacía su vida mediante un trabajo manual; de alma vacilante, incapaz de encontrar su verdadero lugar en la lucha de las fuerzas brutas, en todas partes

rechazado, ávido de poder y de miramientos. De modo que, en otras circunstancias, el caso Oskanian habría sido totalmente anodino. Pero ahí, en el Damlajik, se convertía en la fuente de la que emanaban mil preocupaciones.

Hrand Oskanian estaba completamente solo, y sin embargo ligado a una sociedad, sociedad por lo demás oscura y casi desconocida, que en ese día, por primera vez, se dejaba entrever un poco.

Se le había nombrado, en cierto modo, comisario del Gobierno para dirigir esta sociedad. Y precisamente en ese papel de intelectual estaba destinado al fracaso. Su fracaso no sólo se limitaba a Sarkis Kilikian. El ruso, aun siendo el príncipe reconocido de los desertores, tenía la costumbre del silencio y de la soledad. Pero, además de Kilikian, durante esos 32 días se había reunido en el bastión sur una multitud de más de ochenta desertores. A decir verdad, este término de desertor servía en muchos casos para encubrir una condición social mucho menos honorable. Debido a este aumento constante, habían existido ciertas diferencias entre Gabriel Bagradian y Ter Haigassun. El primero era de la opinión de que no se debía prescindir de ninguno de esos hombres, que habían recibido una cierta educación militar, mientras que el segundo, no sólo dudaba de su capacidad como soldados y de sus cualidades morales, sino hasta de su ascendencia armenia.

—Aunque existieran algunos ladrones entre ellos —tranquilizaba Gabriel Bagradian al sacerdote—, en la lucha son individuos magníficos.

Al hablar así pensaba en algunos de los desertores que componían su guardia volante, pues Bagradian se había impuesto la obligación de convivir durante algún tiempo con esta guarnición para poder dominarla. Pero desde la muerte de Esteban no se le había vuelto a ver en la trinchera norte. Hrand Oskanian era el único representante del orden en la posición sur. Y esto no era en absoluto cómodo. Este débil enano vivía en perpetua tensión y a menudo sentía la necesidad de aullar al unísono con los lobos de toda calaña confiados a su cuidado. Diariamente se veía obligado a

desempeñar un papel al margen de la ley y a exigir continuamente a su cuerpo y a su espíritu un rendimiento que sobrepasaba el límite de sus fuerzas. Sin contar la herida que le había causado Julieta Bagradian, estas dudosas relaciones eran la principal causa de la extraña evolución que había experimentado el maestro y de la que era una prueba su «revolucionaria» actitud en el consejo de jefes. Además, él se sentía orgulloso de esta escena sensacional y se atribuía el epíteto de «revolucionario» como un título de gloria.

El sector sur, aislado, era el más alejado de la plaza del altar, como un planeta más o menos alejado del sol y, por la misma razón, estaba en menor contacto con el mando. El pueblo sentía cierta repulsión hacia ese sector. Mientras la trinchera norte y la cañada del pueblo mantenían estrechas relaciones, sólo algún que otro curioso se aventuraba, de vez en cuando, a asomarse por las rocas del bastión sur. Esto no sólo se debía al largo camino que los separaba, sino al hecho de que ninguno de los desertores tenía familiares en el pueblo. Bagradian enviaba allí, de vez en cuando, a sus inspectores, que jamás indicaban en sus informes nada de particular. Por lo demás, era natural: los desertores no podían sino mostrarse agradecidos de haber sido admitidos en la comunidad del pueblo y recibir alimento regular en vez de seguir llevando una vida de perros vagabundos. Nadie sabía cuál era el verdadero sentimiento que los ligaba a esta comunidad y qué espíritu de sacrificio los animaba; a nadie, tampoco, le importaba saberlo. El bastión sur era un mundo cerrado; sus hombres hacían una vida que a nadie preocupaba.

A cambio de su alimentación regular, ellos se encargaban de defender el sector; eso era todo. Y conforme a este tácito convenio, los desertores, por su parte, se preocupaban lo menos posible, al menos hasta ahora, de la cañada del pueblo, de la plaza del altar, del consejo de jefes, y muy rara vez se presentaban en los centros de la vida común. Ese día, durante la mañana de la terrible catástrofe, era probablemente la primera vez que entraban al campamento en número considerable. Pero su intervención no estaba ligada a ningún fin determinado. Simplemente habían «olfateado» algo nuevo en el ambiente, sintiéndose empujados en esa dirección por el

eterno ávido deseo que experimentan semejantes seres por todo lo que es desorden y revolución.

Muy a menudo se habían efectuado reuniones en la plaza del altar, en el curso de las cuales se habían discutido diversos aspectos de la vida cotidiana. Pero esta vez la cuestión tomaba un giro muy distinto a los incidentes suscitados hasta entonces. También esta vez dominaba el elemento femenino. Sin embargo, a pesar de lo temprano, se veía entre la muchedumbre a muchos de los combatientes de primera fila que habían acudido a toda prisa hacia la cañada del pueblo en cuanto tuvieron conocimiento de la aterradora noticia. Un nuevo elemento lo constituía el rebaño de Nunik, quien sin volver a consultarlo con Ter Haigassun, había tomado por cosa concedida el derecho a instalar su campamento en las cercanías del cementerio. En el pueblo se produjeron numerosas protestas por este indeseado aumento de bocas. Pero no sirvieron de nada. Habría sido necesario matar a la banda para verse libre de ella. Ahora el populacho de mendigos venía a poner su nota gris en el cuadro general. Tampoco faltaban los muchachos de las escuelas que después del último combate vivían sin la menor vigilancia, secos y salvajes como lobos en el bosque, envueltos como casi siempre en una nube de gritos estridentes.

En este desorden causado por el espanto general, no era la clase más baja del pueblo la más ruidosa, como habría podido creerse; tampoco eran los campesinos pobres ni los mozos ni aprendices, sino una cierta clase media que se podría designar la de los pequeños propietarios. Estos estaban como locos; tiraban sus gorros al suelo, se arrancaban el pelo, gesticulaban en todos los sentidos y ejecutaban verdaderas danzas de desesperación. Ésta no era tanto por el hambre que los acechaba, sino por la pérdida imaginaria de sus bienes personales. Quien los hubiera oído habría podido creer que los turcos se habían llevado centenares de miles de animales. Gritaban que habían sido víctimas de un robo oneroso, que les habían quitado su último bien. Cada uno de estos propietarios calculaba su haber en cifras fantásticas. El hecho de que el ganado robado hacía tiempo que era de propiedad común, de que

últimamente la riqueza ganadera del pueblo se había reducido lastimosamente, y por último, que todo ese griterío resultaba completamente inútil y ridículo, eso no lo pensaron. Se produjo un fenómeno de desorden general análogo a las quimeras de traición inventadas por Oskanian. Lo absurdo seguía apoderándose de ellos con una fuerza cada vez más pérfida.

El pueblo apático, aniquilado por este golpe imprevisto, permanecía en un principio mudo e impasible. Quería conocer en frases angustiadas la opinión de los elegidos. Al principio sólo los pequeños propietarios comunicaron su desesperación. Contra ellos debían luchar los *mouchtars*. Ter Haigassun los había enviado por delante para que recibieran el chubasco de la ira popular. Como miembros ejecutivos del consejo de jefes, su deber consistía en velar por las relaciones con el pueblo. Pero al poco rato no sabían qué hacer; acorralados por grupos compactos, eran empujados como pelotas de un lado a otro de la plaza. A todos sus esfuerzos por justificarse, les respondían con bramidos de furia:

—¡Sois culpables, sólo vosotros!

Una piadosa mentira habría podido prodigarles tal vez un consuelo momentáneo. Se podría haber hecho creer, por ejemplo, que a pesar de la desgracia había aún algunas reservas escondidas y víveres suficientes; esta ilusión habría hecho renacer la antigua confianza, pues para la gente del Musa Dagh algunos días significaban un tiempo indefinido. Ninguno de los decanos tuvo la idea luminosa de deslumbrar a la muchedumbre con alguna maravilla inesperada y permitirles pasar en paz siquiera esa hora. Al contrario, Tomás Kebussjan, que de ordinario era un hombre sensato, perdió como los demás la cabeza; a instancias del preceptor Üskanian, recurrió a los medios mas groseros y peligrosos para desviar la ira popular. Lanzó en medio del pueblo la palabra mágica: ¡traición!

En épocas de prosperidad, el pueblo sabe dar pruebas de discernimiento para juzgar la veracidad de los hombres y de sus palabras. Sus conciudadanos jamás habían tomado muy en serio al preceptor Oskanian. Pero ahora los *mouchtars* colaboraban para

asegurarle el éxito.

En efecto, la misma muchedumbre que en épocas normales sabe despreciar los falsos valores y no dejarse engañar por palabras huecas, puede dejarse llevar en los momentos límite. En tales casos, las palabras más vagas, las más insípidas, son las que producen mayor efecto. La palabra «traición» era precisamente una de éstas. Pocos fueron los que, en ese instante, imaginaron un hecho real al oírla. Desencadenaba en ellos todos sus bajos instintos y les daba un nuevo rumbo, que no era por cierto el que hubieran deseado los *mouchtars*. Todos los jefes juntos, esos notables, se habían conjurado para sacrificar al pueblo con el único fin de salvarse a sí mismos. Ellos eran los responsables del éxodo al Musa Dagh y del inevitable exterminio. Sólo el pastor Harutiun Nokhudian había sido el único amigo verdadero del pueblo. Creían que él y sus feligreses vivían ahora en el Oriente, y una vez que hubiera pasado la deportación, quedarían pobres, pero tranquilos. Las injurias contra el consejo de jefes llovían cada vez con mayor intensidad. La gente del bastión sur iba ganando el corazón de la muchedumbre y parecía divertirse con esta indignación como con algo entretenido, pero que no tenía la menor relación con ellos. Y, sin embargo, se había llegado a un punto en que la efervescencia de los ánimos bullía como las burbujas de gas carbónico en una bebida. Los esfuerzos de Aram por apaciguarlos fueron inútiles. La historia de la pesca, que tan poco éxito obtuviera, era la manía, la idea fija del pastor. Por muy grandes que fueran las posibilidades de este plan, el momento que escogió para un largo sermón sobre el milagro de los peces, con toda clase de detalles, no fue muy oportuno. Sus palabras encontraron primero risas y luego burlas. Como no cedía, no se le dejó continuar. El impulso fue, sin duda, lanzado desde un rincón cualquiera, pues la muchedumbre desorientada, compuesta de grupos y núcleos dispersos hasta entonces, se fusionaron en uno solo y se agolparon contra la barraca de gobernadores. Ya no sólo se veían puños levantados, sino también palas y azadones. Los centinelas apostados ante el edificio palidecieron y apuntaron, indecisos, sus fusiles en cuyo cañón habían fijado ya las bayonetas conquistadas a los turcos.

No quedaban en el interior de la barraca sino el boticario enfermo, Bedros Hekim, Tchauch Nurhan y el sacerdote. Ter Haigassun no ignoraba que después del fracaso de los *mouchtars* toda autoridad sería inútil si él mismo no se daba el trabajo de restablecerla. No dudó un instante de su éxito. Sus ojos, cuya mirada tenía una mezcla rara de timidez observadora y de fría resolución, se dilataron y ensombrecieron. Franqueó el umbral del edificio, apartó a los centinelas y se abrió paso entre la muchedumbre, como si no hubiera reparado en ella, como si no fuera sino aire.

Por otra parte, su actitud no era tiesa ni forzada. Según era su costumbre, llevaba la cabeza ligeramente inclinada hacia adelante, las manos ocultas en las mangas de su hábito, distante y agitado por escalofríos. Las primeras filas de la muchedumbre constaban de elementos variados. Mujeres en su mayoría, aunque también algunos pequeños propietarios, desertores y gran cantidad de muchachos, que eran los que más gozaban con el desorden. Toda esta gente se apartaba a su paso. Sobre todo las mujeres, no podían sobreponerse al respetuoso temor que despertaba en ellas la vista del sacerdote. Nurhan *Elleon* se precipitó con su guardia entre la muchedumbre para impedir que volviera a cerrarse detrás de Ter Haigassun. Pero esta actitud fue inútil. A cada paso el sacerdote, siempre callado, se abría camino. Su actitud infundía estupor y en el rostro de cada cual se leía esta pregunta: «¿Qué querrá? ¿Qué persigue?», y así apaciguaba todas las pasiones de otra índole. Fue así como con ritmo calmado llegó hasta el altar, desde cuya primera grada se volvió hacia el pueblo, sin hacer el menor gesto violento ni abandonar su placidez casi indolente. Gracias a esta táctica, la muchedumbre, compuesta de armenios y armenias, criados todos en el santo temor de Dios, se vio obligada a dirigir su mirada al santo edificio donde se veía brillar el gran crucifijo de plata, el tabernáculo, el cáliz, la patena y varios candelabros. Los rayos del sol acariciaban el alto muro verde que había detrás del altar, hecho de ramas de boj entrelazadas. Ter Haigassun no tuvo necesidad de alzar la voz para hacerse oír, pues la curiosidad colectiva había originado a su alrededor un profundo silencio.

—Ha sucedido una gran desgracia —dijo sin imprimir a su voz un tono quejumbroso y solemne, sino que pronunció estas palabras casi con indiferencia— y os subleváis contra esta desgracia, buscáis a los culpables como si así pudiérais remediarla. Antes del éxodo, vosotros mismos elegisteis a esos hombres que, hoy y desde hace 31 días, se sacrifican por vosotros sin haber podido dormir una noche entera. Sabéis como yo que no existe entre vosotros nadie que sea más capaz para desempeñar sus funciones. Comprendo perfectamente que estéis descontentos con nuestra vida. Yo también lo estoy. ¡Pero, libremente, sin que nadie os obligase, tomásteis la resolución de subir al Damlajik, en vez de seguir, por ejemplo, al pastor Nokhudian al destierro! Escuchadme bien, si lamentáis esa resolución, podéis rectificar vuestra decisión con la misma libertad que en el momento en que la tomásteis. Existe un medio… —El orador se detuvo un instante, pero no cambió su tono seco al continuar—: Tenemos aún un medio a nuestra disposición. Todos vosotros que estáis aquí reunidos, constituís la mayoría. Haré convocar también a los combatientes de las trincheras… ¡Entreguémonos a los turcos! Estoy dispuesto, si me autorizáis, a bajar hoy mismo en vuestro nombre a Yoghonoluk. ¡Qué cuantos lo deseen levanten la mano!

Impasible y desdeñoso, Ter Haigassun esperó dos minutos enteros. El silencio fue tan profundo como antes; ni una mano se movió. Entonces subió otra grada del altar y su voz resonó como un rugido a través de la plaza:

—Veo, pues, que no hay uno solo que quiera rendirse… En tal caso, tenéis que entender ante todo que hay que respetar el orden y la disciplina. Debe reinar absoluta calma. Calma absoluta, ¿entendéis? Aun cuando no tuviéramos que comer más que nuestras propias uñas. Entre nosotros, sólo una clase de traición existe: ¡su nombre es el desorden y la indisciplina! Quien se haga culpable de esta traición caerá bajo el golpe del castigo merecido por un traidor, podéis creerlo. Os doy mi palabra de honor. Así será. Ahora volved a vuestros trabajos, nosotros nos ocuparemos de vosotros. Hasta nueva orden, nada habrá variado.

Así es como se trata a los niños mal educados; la experiencia demostró que en tal ocasión era ése el único modo conveniente. No se oyó la menor interrupción, ni una burla ni un reproche, aun cuando el discurso de Ter Haigassun no hubiera alterado en nada la situación. La alternativa entre el orden y la rendición produjo el efecto de una ducha fría contra las pasiones desencadenadas. La muchedumbre se dispersó. Volvió a su trabajo y la vida cotidiana pareció volver a su curso habitual a pesar de la horrible catástrofe. Los guardias formaron un cordón para cerrar la salida de las calles e impedir así que ninguna revuelta perturbase las deliberaciones del consejo, cuyo deber era ahora dejar a un lado sus rencillas mezquinas y consagrarse a la implacable realidad.

Ter Haigassun permanecía aún cerca del altar. No podía apartar su mirada de la plaza vacía que se extendía a sus pies. ¿No sería conveniente crear un destacamento armado para la defensa interior, capaz de hacer pagar a precio de sangre la menor tentativa de desorden?

Con gesto extenuado, el sacerdote rechazó esta idea. ¿De qué serviría esparcir el terror? Cada día de hambre, sin duda, aumentaría la disolución; ya nada podría detenerla. Los turcos no tendrían necesidad de organizar un nuevo ataque para provocar la ruina de los armenios. Sólo quedaba la pregunta: ¿cuánto tiempo más? Y para responderla bastaban los dedos de una mano. Sólo les podía llegar la ayuda por obra de un milagro divino.

Sin embargo, durante el curso de ese mismo día se produjo un acontecimiento imprevisto, que entre las mortificantes alternativas de esperanza y desesperación, reanimó ligeramente el valor del pueblo. No habría sido exageración llamar milagro a este acontecimiento, aunque fuera un milagro frustrado.

Inmediatamente después del triste regreso de Esteban, el médico relevó a su mujer de sus diferentes obligaciones para enviarla a la tienda de la enferma; era ella quien en adelante debía dedicarse a prodigar a Julieta los cuidados que su estado requería. Bedros

Hekim hacía de este modo un considerable sacrificio, pues la infatigable Antaram dirigía sola todo el servicio en el hangar hospital, así como en el refugio del bosque. Pero este valeroso corazón se había decidido a esto por Iskuhi. Las largas vigilias junto a su enferma, y muchas otras razones, la habían debilitado y enflaquecido tanto, que ya no era sino la sombra de una sombra. ¡Qué fuerza de resistencia debía tener Iskuhi para no haber contraído, por lo menos hasta entonces, esa enfermedad contagiosa a pesar de su proximidad constante con Julieta! Mairik Antaram fue delegada junto a ella en consideración también a una razón de orden moral. Esta sospechosa familia de tres, debía ahora pasar a ser una de cuatro, libre de toda sospecha. Desde entonces la nueva enfermera se alojó en la tienda de la enferma e Iskuhi fue a instalarse en la tienda que Howsannah abandonara.

Julieta pertenecía a esa especie de enfermos cuyo corazón era suficientemente fuerte como para resistir la epidemia. Después de pasar las horas críticas, volvió a caer en un estado de debilidad absolutamente letárgica. Sólo ese día abrió Julieta unos ojos tranquilos que por fin parecían mirar conscientemente el mundo real. Pero su boca aún callaba. No hacía preguntas ni expresaba el menor deseo.

Parecía, sin duda, desear volver a ese mundo violáceo, a ese mar sin fondo de total inconsciencia del que tanto le había costado salir. Cuando Gabriel se acercó a ella, sus facciones no se alteraron, aun cuando, por primera vez, pudo darse cuenta de un verdadero despertar. Pero, ¿qué quedaba de ese rostro, antes tan hermoso, ahora que el colorido vivificante de la fiebre se había desvanecido? Los cabellos secos de Julieta caían tristemente, opacos como ceniza. No se podía saber si estaban marchitos o comenzaban a encanecer. A ambos lados de la frente abombada, las sienes eran dos profundas hendiduras. Los pómulos acentuaban el aspecto de triste cabeza de muerto de la que sobresalía, horrorosa, una nariz deforme, despellejada y encendida.

Gabriel tenía entre las suyas una mano minúscula, cuyo esqueleto no parecía de huesos, sino de flexibles cartílagos. ¿Y este

objeto blando debía ser la mano de Julieta, esa mano grande, tan ardiente, tan firme? Se sentía perplejo ante este ser extraño y totalmente nuevo para él.

—Ya has pasado todo peligro, querida; en algunos días más ya estarás curada…

Eran palabras que a él mismo le daban terror. Ella lo miraba sin contestar. No podía hallar nada de la antigua Julieta en esa enferma fea y enflaquecida. Todo el pasado había desaparecido de su vida de forma radical y terrible. Trató de sonreírle para alentarla:

—Será muy difícil, pero espero que podremos darte suficiente alimento…

Las pupilas de Julieta seguían reflejando un vacío claro y consciente. Sin embargo, una infinita angustia se ocultaba tras este vacío, la angustia de sentir que las palabras de Gabriel rompían el caparazón protector que aún preservaba a la enferma de la intromisión del mundo exterior. Como Julieta parecía no haber oído nada de lo que él le dijera, decidió salir.

Gabriel Bagradian pasaba la mayor parte de su tiempo en la tienda del jeque. Descuidaba sus deberes de comandante en jefe, pues no podía soportar ninguna mirada humana. Sólo Awakian le traía tres veces al día un informe sobre la situación general, que inspeccionaba en silencio sin demostrar el menor interés. Gabriel no salía casi nunca de la tienda desde el terrible suceso. Sólo podía soportar la vida en un recinto cerrado, en tinieblas o por lo menos en la penumbra. Durante tardes enteras se paseaba por la tienda, o permanecía tendido sobre la cama de Esteban, sin poder conciliar el sueño, ni siquiera durante una hora. Mientras el cuerpo de su hijo estuvo en esta tierra, Gabriel había tratado inútilmente de evocar su imagen, escondida por una fuerza diabólica. Pero ahora, que desde hacía un día y una noche Esteban reposaba bajo la delgada capa terrestre del Damlajik, se le presentaba a cada instante, sin llamarlo. Su padre lo recibía inmóvil, tendido de espaldas. En esta fase de su muerte, Esteban no estaba absolutamente transfigurado; al contrario, presentaba a su padre su cuerpo herido. No pensaba en consolar a su papá ni revelarle que había muerto abrazándolo, sin

sufrir mucho. No, venía a mostrarle una a una sus cuarenta heridas, sus grandes tajos a bayoneta o cuchillo, el culatazo que le quebrara las vértebras de la nuca, y la desgarradura más horrible, la de la garganta abierta. Gabriel tenía que sondear hasta el fondo cada una de sus cuarenta heridas y se veía obligado a ello. Si por casualidad olvidaba una, se maldecía a sí mismo. Se había acostumbrado a su dolor, como un ciego en su casa donde a tientas reconoce el menor saliente, gracias a su tacto infalible. Mientras Esteban le visitaba, ni siquiera toleraba la presencia de Iskuhi. Cuando el muerto estaba ausente, le gustaba que ella viniera a sentarse cerca de él y colocara su mano sobre su corazón desnudo. Así, podía dormir algunos minutos o por lo menos cerrar los ojos. Sin embargo, Iskuhi sentía que, bajo su mano, los latidos indecisos se hacían más tímidos. La voz de Gabriel venía de muy lejos:

—Iskuhi, ¿qué has hecho para merecer semejante destino? Hay tantas mujeres que viven cómodamente, en París, o en otras partes…

Ella apoyó la cabeza sobre la mano que tenía en el pecho de Gabriel.

—¿Yo? Del destino no tengo sino lo bueno, y tú, por el contrario, todo lo malo. Soy feliz y me avergüenza serlo…

La miró y vio que el lindo rostro de la joven, con sus grandes ojos sombreados, no parecía sino un soplo. Sus labios, por el contrario, brillaban de un rojo vivo. Volvió a cerrar los ojos, pues nuevamente sus visiones amenazaban embrollarse con la evocación de Esteban. Iskuhi retiró lentamente su mano del pecho de Gabriel.

—¿Qué sucederá…? ¿Se lo dirás? ¿Cuándo…?

—Eso depende del valor que tenga…

Gabriel Bagradian tuvo pronto ocasión de probar sus fuerzas. Mairik Antaram e Iskuhi lo llamaron. Julieta se había sentado por primera vez, quería peinarse. Cuando reconoció a su esposo, se leía miedo en sus ojos. Lo buscó con sus brazos en alto pero al instante se detuvo. Con sus manos en alto lo buscaba y apartaba a la vez. Aún no conseguía que le obedeciera la voz dentro de su garganta hinchada.

—Sin embargo, hemos vivido juntos…, tú sabes…, mucho tiempo…

Él le acariciaba la cabeza y la miraba con atención. Ella hablaba muy bajito, como temiendo despertar la verdad:

—¿Y Esteban…? ¿Dónde está Esteban?

—No te agites, Julieta…

—¿Es que no debo verlo aún…?

—Espero que pronto lo verás.

—¿Y por qué no puedo verlo ahora, inmediatamente… aunque sea por la abertura de la cortina…?

—Ahora es imposible, Julieta… Es demasiado temprano.

—Demasiado temprano… ¿Y cuándo volveremos a estar todos juntos… muy lejos de aquí…?

—Tal vez muy pronto, uno de estos días… Es preciso esperar un poco, Julieta.

Ella se recostó y volvió la cabeza. Durante un segundo, se habría creído que iba a estallar en sollozos. Dos veces su cuerpo se estremeció. Pero después reapareció en sus ojos esa expresión vaga y satisfecha con la que, ese día, despertara a la vida.

Ya afuera, delante de la tienda, Gabriel, deslumbrado por el sol implacable, parecía caminar con paso inseguro. Iskuhi lo sostuvo con su mano sana. Pero él tropezó en una desigualdad del terreno y arrastró a la joven en su caída. Sin decir palabra, permaneció tendido en el suelo como si no valiera la pena levantarse en este mundo. Iskuhi tampoco se puso de pie sino al sentir que unos pasos se acercaban rápidamente a ellos. Fue presa de un mortal terror. ¿Sería su padre o su hermano? Gabriel ignoraba la lucha que ella había sostenido, pues nunca le habló de ello. De un momento a otro esperaba una sorpresa de parte de los suyos, aun cuando había enviado a Bedros Hekim a decirle a su padre que Mairik Antaram solicitaba su ayuda junto a la enferma. El espanto de Iskuhi fue sólo una falsa alarma. No eran los Tomasian, sino dos mensajeros jadeantes que venían de las trincheras norte. El sudor les resbalaba por las mejillas; habían corrido sin detenerse durante todo el trayecto. En el colmo de la excitación, explicaron jadeantes e

interrumpiéndose el uno al otro:

—Gabriel Bagradian…, allá hay unos turcos…, son seis o siete… Traen una bandera blanca y una verde… Son parlamentarios… No son soldados… A la cabeza viene un anciano… Desde lejos gritan que no quieren hablar con nadie, sino con Bagradian *Effendi*…

Había transcurrido ya más de una semana desde la gran derrota de los turcos. El *jusbachi* herido había reaparecido en medio de los soldados, con su brazo en cabestrillo. En los alrededores del Musa Dagh acampaban más tropas regulares y *saptiehs* que nunca. Y, sin embargo, nada sucedía. Tampoco se distinguía el menor signo que hiciera creer en un próximo acontecimiento decisivo. Los hombres instalados en el Damlajik veían desde sus observatorios el indolente ir y venir que reinaba en el valle y no llegaban a explicarse por qué los dejaban en paz a pesar del aumento alarmante de esta fuerza armada. Es verdad que no podían conocer la razón de este misterio. El caimacán de Antioquía, organizador supremo de la «liquidación», había salido de viaje.

Djemal Pachá había reunido, al efecto, en su cuartel general de Jerusalén a todos los valíes, *mutessarifs* y caimacanes de los valiatos de Siria. Se habían producido acontecimientos naturales e imprevistos que exigían se tomaran lo más pronto posible medidas preventivas, si no quería verse paralizada la organización de las hostilidades y quizá hasta la vida entera de Siria en la región más importante para el abastecimiento de las tropas.

Dos verdaderas plagas de Egipto, sin hacer mención de muchas otras de orden secundario e inferior, penetraban en el país por el Norte y por el Este. La plaga oriental, la fiebre tifoidea, en forma de epidemia ininterrumpida, había pasado por Alepo, llegado a Antioquía y a Alejandreta, extendiéndose hasta las cadenas de la costa. Por su gravedad y carácter despiadado, se diferenciaba de aquella más benigna que se introdujera en el Damlajik y que gracias a la frescura del aire, a la pureza de las aguas y al aislamiento estricto

de los enfermos, sin contar otras circunstancias desconocidas, aún se mantenía en proporciones moderadas. Por el contrario, la mortalidad en Mesopotamia por causa de esta epidemia alcanzaba ya un 80%. Había llegado en las nubes pestilentes esparcidas sobre las estepas del Eufrates. En esta tierra, maldita entre todas, este depósito impío de la muerte, se estaban pudriendo desde mayo y junio miles de cadáveres armenios. Hasta los animales huían de esa pestilencia. Sólo los infelices soldados estaban obligado a atravesar ese inconcebible basural humano: columnas de infantería anatolias o árabes, seguidas de una fila interminable de vehículos y de camellos unidos al ejército, se dirigían a Bagdad a costa de muchos días de marcha. En medio de ellos resonaban los cascos de la caballería beduina, pero ni aun estos hijos del desierto, a pesar de que hostigaban hasta lo último a sus caballos, podían retener ningún alimento en sus cuerpos. Los armenios muertos enviaban, desde la meta del más allá, su agradecido aliento a los pocos culpables y muchos inocentes. Talaat Bey, en su despacho del palacio del serrallo, habría podido, con todo su espíritu práctico, romperse la cabeza meditando sobre las consecuencias imprevistas que acarrea el querer reducir a todo un pueblo a la nada. Pero ni él ni Enver pensaban en ello, pues desde que el mundo es mundo la violencia ha confraternizado siempre con la parte impúdica del alma.

La segunda plaga, la del norte, era, en realidad, por su naturaleza, menos lógica que la primera, pero aún más nefasta a causa de sus efectos. Por otra parte, parecía ser la repetición de un castigo bíblico. La invasión de langostas en el llano de Alepo y de ahí a toda Siria, provenía originalmente del Taurus. Las laderas, desfiladeros y quebradas de esta inmensa mole constituían, sin duda, el país natal de estos indestructibles nómadas, de enorme resistencia, que llenaban los campos sin que nada pudiera detenerlos. Eran langostas de una especie grande, duras, secas, semejantes a hojas marchitas, insectos gigantes que al verlos parecían reunir en un solo ser montura y jinete, ligados por sus inmensos saltos de obstáculos.

Llegaban en gigantescas legiones que podían cubrir cientos de hectáreas de los sanjacados, a tal punto, que era imposible descubrir

una pulgada de terreno libre. El orden de marcha y la dirección concéntrica de su ataque permitía creer que detrás de los perjuicios que causaban, no sólo se ocultaba un instinto ciego, sino también un orden, un plan, un mando supremo, en resumen, la idea colectiva, por decirlo así, de la nación de langostas. Era un espectáculo aterrador ver descender a uno de esos enjambres sobre los árboles viejos de un jardín, sobre los olmos, sobre los plátanos, sobre los tejos o los sicómoros de hojas rígidas. En pocos segundos el árbol parecía envuelto en una funda o en un impermeable de paño oscuro. Todo el verdor se ocultaba de repente a los ojos del espectador; se diría que era consumido por llamas invisibles. Hasta el tronco desaparecía oculto por altas polainas hormigueantes. Nada inducía a suponer que este enjambre estaba compuesto por individuos diferentes. Sin embargo, si se cogía una langosta aislada de esta masa, se manejaba por la mano del hombre de manera tan miedosa e infeliz como cualquier otro insecto que sólo trata de huir. Pero apenas volvía al enjambre, parecía consciente de su rapaz actividad como el servicio a una gran causa.

En agosto, ya no quedaba al este de la costa montañosa de Siria y hasta el valle del Éufrates ni un solo árbol verde. Sin embargo, la suerte de los árboles preocupaba poco a Djemal Pachá. Al norte de Siria, la cosecha no empieza jamás antes de mediados de julio y dura varias semanas; entonces se siegan los cereales, el trigo, la cebada, que no coinciden con la cosecha de maíz. El turco deja las gavillas en el campo durante días, a veces semanas, pues allí casi no existe el temor de una tempestad. Cuando en julio las langostas se dejaron caer en enormes bandadas sobre los campos, encontraron parte del trigo todavía en la mata y parte ya en gavillas. En pocos días recogieron a su modo las mieses de Siria; a mediados del mes ya no quedaba ni una brizna de paja en los campos arrasados. Y Djemal Pachá contaba impacientemente con esa cosecha, pues todas las reservas habían sido agotadas y tenía que alimentar con el trigo sirio no solamente al cuarto ejército sino a la población de Palestina, el Líbano, además de contentar a las tribus árabes del oeste del Jordán a través de importantes envíos. Pero las langostas hicieron fracasar

su plan de abastecimiento para el resto del año. El pan subió a precios desorbitados. A pesar de haberse tomado medidas rigurosas la libra turca cayó muy por debajo de su verdadero valor. En los primeros días de agosto, durante los cuales el Musa Dagh se defendió gloriosamente, expiraron en la región del Líbano las primeras víctimas del hambre.

En este estado estaban las cosas cuando se celebró en el cuartel general de Djemal Pachá la conferencia de los gobernadores de Siria. En este círculo de notables, el ambiente no era mucho más tranquilo que en el consejo de jefes del Musa Dagh. En verdad, los *waijs* y *mutessarifs* ya no conocían sortilegios que hicieran surgir como por encantamiento trenes cargados de trigo, como tampoco podían los *mouchtars*, mediante una fórmula mágica, resucitar a sus corderos y ovejas. Pero el discurso del generalísimo fue breve e imperioso. Hasta tal y tal fecha el valiato de Alepo tenía orden de recoger y entregar a la intendencia del ejército tal o cual cantidad de trigo; y sanseacabó. Los funcionarios palidecieron de rabia, no tanto por la exigencia, como por el tono que el Pachá adoptaba para hablarles. Sólo uno de ellos se mostró humilde y deferente; desde luego no le faltaban razones para mostrarse así, la vergüenza de lo ocurrido en el Musa Dagh era suficiente motivo. El rostro moreno y abotargado del caimacán de Antioquía estaba constantemente pendiente de los labios de Djemal con una expresión de entusiasta admiración.

Mientras los otros gobernadores se quejaban y regateaban, él prometió lo imposible. Su *kasah*, la más grande del valiato, había sufrido relativamente poco de la plaga. Aunque no dispusiese de mucho trigo ni de otros cereales, sí que podría, por lo menos, hacer llegar al ejército todo el maíz que el general desease. Sólo se limitó a pedir que le proporcionaran los medios de transporte indispensables. En el transcurso de una de las negociaciones las cosas llegaron a tal punto, que Djemal Pachá presentó al caimacán de Antioquía como un brillante ejemplo a sus colegas. El interesado cogió al vuelo este momento propicio que había provocado gracias a todos sus esfuerzos y, sin esperar más, solicitó una corta audiencia. Fuera del

propio Djemal Pachá no se encontraban en la sala más que el caimacán y el fiel Osman, el salvaje y condecorado coronel de la guardia de corps. El subprefecto de Antioquía aceptó con una exagerada reverencia el cigarrillo que le ofrecían.

—Si me dirijo directamente a Vuestra Excelencia, es porque conozco la noble alma de Vuestra Excelencia… Vuestra Excelencia tal vez adivina ya cuál es mi súplica…

Djemal, señor desaliñado y cuellicorto, se plantó ante el caimacán, cuya silueta fofa y pesada lo sobrepasaba por mucho. Los gruesos labios asiáticos del general sobresalían repugnantes del marco oscuro de la barba.

—¡Es una vergüenza —silbó—, una vergüenza inaudita!

El caimacán inclinó la cabeza en una actitud de evidente desaliento.

—Me permito aprobar enteramente la opinión de Vuestra Excelencia. ¡Es una vergüenza! Y será, sin duda, una desgracia para mí el que esta vergüenza se produzca precisamente en mi *kasah*; sin embargo no es mi culpa.

—¿No es vuestra culpa? Sois vosotros los civiles quienes seréis culpables si a causa de todas estas historias de armenios perdemos la guerra y nos precipitamos tal vez a una ruina definitiva.

Esta profecía pareció conmover profundamente al caimacán.

—Es una lástima que Vuestra Excelencia no dirija la política de Estambul.

—Eso es verdad: es una lástima.

—A fin de cuentas, yo no soy más que un simple funcionario y no puedo sino acatar sumisamente las órdenes del Gobierno.

—¿Acatarlas? Debe ejecutarlas, querido, ejecutarlas, ¿me entiende? ¿Hace cuántas semanas que dura este escándalo? No lográis deshaceros de una banda de mendigos harapientos medio muertos de hambre… ¡He aquí una hermosa victoria para el señor ministro de la Guerra y para el señor ministro del Interior!

Djemal, el hombrecito, se dirigió hacia el gigantesco Osman, y con la palma de la mano le golpeó el pecho de tal manera que toda su colección de medallas y ornamentos respondió con un tintineo

metálico.

—Hombres como los míos liquidan un asunto semejante en menos de media hora…, ¿eh?

Osman rió. El caimacán también se puso a sonreír sin placer ni maldad.

—Con la expedición al canal de Suez, Vuestra Excelencia ha llevado a cabo una de las más extraordinarias hazañas de nuestra historia militar… Excusadme, pues, por dar esta opinión en mi calidad de civil… Pero lo más admirable en esta campaña han sido las pérdidas escasísimas sufridas por Vuestra Excelencia.

Djemal Pachá lanzó una amarga carcajada.

—¡Muy bien dicho, caimacán! En este sentido, no soy tan generoso como mi amigo Enver.

En ese momento el caimacán usó toda su habilidad para buscar una transición.

—Los rebeldes de las siete aldeas están perfectamente armados. No soy oficial, Excelencia; sin embargo renuncio, dado las circunstancias, a la responsabilidad de todo este asunto, y considero inútil sacrificar ya una sola vida por esa gente. Vuestra Excelencia, al ser el más grande de nuestros jefes militares, sabe mejor que yo que es imposible vencer una fortaleza elevada sin artillería de montaña ni ametralladoras. Esos malditos armenios podrán triunfar si lo desean. ¡Yo he hecho cuanto he podido!

Djemal Pachá, dotado de una naturaleza impulsiva, pero obligado continuamente a reprimirse a causa de una penosa disciplina, no pudo ya contener su voz:

—Dirigios al Ministerio de la Guerra —gritó—; yo no tengo artillería de montaña ni ametralladoras… y, por lo demás, esta historia no me concierne.

El caimacán adoptó un gesto grave y cruzó los brazos sobre el pecho como si fuera a ejecutar el *selam*.

—Vuestra Excelencia me disculpará que lo contradiga… Las autoridades políticas no son las únicas en ponerse en ridículo ante los ojos del mundo entero por este fracaso; las tropas del cuarto ejército, que llevan el nombre glorioso de Vuestra Excelencia, se

encuentran también comprometidas.

—¿Por quién me tomáis? —farfulló Djemal—. A mí no se me coge tan fácilmente.

El caimacán pasó ante el imponente Osman y abandonó la sala del Pachá; a juzgar por su aspecto, estaba muy abatido, pero en el fondo conservaba aún cierta esperanza. Y esta esperanza no era una ilusión. El famoso Osman fue a despertarlo a su hotel, pasada ya la medianoche, y le rogó que se dirigiera inmediatamente a casa de Djemal. El dictador de Siria gustaba de hacer invitaciones tan sorprendentes a horas inauditas para probarse a sí mismo su poder y a los demás su originalidad.

—Caimacán, he examinado por todos lados la cuestión y tomado ciertas resoluciones…

Golpeó la mesa con la palma de su mano roja y plebeya.

—El imperio es víctima de locos y advenedizos incapaces…

En su convencida melancolía el caimacán aguardaba a que continuase. Osman, con su uniforme de gala, se mantenía erguido junto a la puerta. «¿Cuándo dormirá este farsante?», se preguntó para sí el gobernador de Antioquía. Djemal Pachá se paseaba por la estancia.

—Tenéis razón, caimacán; esta vergüenza me concierne a mí también. Es necesario que desaparezca, que no haya existido jamás, ¿me comprendéis?

El caimacán asentía siempre sin decir nada. El pequeño general levantó hacia él su rostro barbudo congestionado por el odio.

—Le doy diez días de plazo, al cabo de los cuales este asunto ha de estar finiquitado y olvidado… Os enviaré uno de mis jefes más competentes y todo lo necesario… Pero me lo ha de garantizar usted mismo… No quiero oír hablar más de esto…

El caimacán tuvo la prudencia de no proferir una sílaba. Djemal Pachá retrocedió dos pasos. En este momento parecía estar realmente enojado.

—No quiero oír hablar más de este asunto… Pero si llegara a mí algún eco de que todo no marchara sobre ruedas, entonces haré fusilar a los culpables…; y usted también, caimacán, podrá estar

seguro de irse al diablo.

El *mudir* pecoso que vivía en la villa Bagradian, fue aquel día molestado dos veces durante su *kef*, su siesta. La primera vez se trataba de un despacho del caimacán en que le anunciaba su próximo regreso. Pero cuando el cabo de los *saptiehs* reapareció y lo sacó del frescor de la casa para llevarlo afuera hacia el aplastante calor, a causa de un importante acontecimiento, se desahogó en injurias dirigidas a este inoportuno personaje al que le hubiera gustado pegar. Sin embargo, una vez llegado a la plaza de la iglesia de Yoghonoluk, apremió el paso, pues el espectáculo que se presentaba a su vista no era habitual. Ante la iglesia se veía una *yayli* tirada, no por caballos, sino por asnos. En realidad, no era una *yayli*, sino más bien una anticuada carroza de grandes ruedas. En esta carroza iba sentado un anciano señor cuya fisonomía se adaptaba perfectamente al estilo del vehículo. Su abrigo de seda azul oscuro descendía hasta sus pies, calzados con suaves zapatos de piel de cabra. Este noble personaje llevaba enrollado el *tarbuch* alrededor del fez, símbolo de piedad. Los casi femeninos dedos del anciano agitaban sin cesar las cuentas de un rosario de ámbar. Por todas estas particularidades el *mudir* reconoció a un antiguo patricio turco, un partidario del partido opuesto que, a pesar de la revolución, no había perdido enteramente su poder. Recordaba ahora haber visto una o dos veces en Antioquía a este personaje a quien la población saludaba siempre con respeto. No sólo se veía allí la *yayli*; tras ella una cantidad de asnos cargados con abundancia hollaban y rascaban el suelo. Fuera de los muleros, el *mudir* observó a otros dos turcos ancianos de rostros suaves casi extasiados y a otro hombre delgado, apoyado contra la portezuela del carruaje, cuyo rostro estaba absolutamente velado. El joven *mudir* de Salónica se llevó la mano a la frente para rendir el debido homenaje a la avanzada edad del anciano. El agá Rifaat Bereket le hizo señas para que se aproximase. El partidario del Ittihad, el enemigo de las tradiciones, avanzó discretamente hacia el coche para escuchar las palabras del anciano.

—Nos dirigimos al campamento armenio. Dénos un guía que nos acompañe, *mudir*.

El funcionario, tratado de este modo tan despectivo, se quedó atónito.

—¿Hacia el campamento armenio? ¿Habéis perdido el juicio?

Rifaat Bereket no hizo caso de esta amable pregunta. Sobre el asiento trasero de la carroza se veía una carpeta amarilla de piel de becerra muy moderna que contrastaba bruscamente con el resto del anticuado equipaje. Los dedos blancos y delgados se apoyaron sobre la cerradura y la abrieron.

—Voy encargado de una misión que concierne a los armenios.

El agá entregó su *teskeré* al pelirrojo, que comenzó a examinarlo por todos lados. Como no parecía encontrar lo que buscaba, Bereket le ordenó sin la menor impaciencia:

—¡Lee la inscripción sobre el sello!

Y, en efecto, el *mudir* obedeció con tal docilidad que hasta leyó el texto en voz alta:

—Este pasaporte proporciona a su dueño el derecho a penetrar en todos los campos de deportación armenios; a ninguna autoridad política ni militar le será permitido rehusárselo.

El joven, con sus manos extraordinariamente cuidadas, devolvió el documento a su poseedor.

—No se trata aquí de un campo de deportación, sino de rebeldes culpables de traición que se han atrincherado y derramado la sangre turca.

—Mi misión concierne a todos los armenios —declaró el agá en tono mesurado; guardó el *teskeré* en la flamante carpeta, digna de un comerciante ultramoderno, y extrajo otro documento, por cuyo solo aspecto se adivinaba que poseía un poder mágico más eficaz aún que el precedente. Era una gran hoja artísticamente doblada y provista de un sello complicadísimo. El *mudir* tardó un rato en acostumbrar sus ojos a la caligrafía árabe llena de floreos y rúbricas; por fin logró descifrar la firma del jeque ül-Islamat y del mismo modo la orden de este jefe supremo religioso de Turquía a todo mahometano creyente de acceder a los deseos del portador de aquel documento y ayudar en

todo, sea cual fuere su empresa. «¡Menuda influencia posee aún aquel apolillado mundo!», pensó de pronto el *mudir*. A pesar de Enver y Talaat, los poderes del jeque ül-Islamat representaban una de las más importantes organizaciones del Estado. Este trozo de papel de aspecto medieval era, a pesar de todo, una orden oficial, y si el *mudir* hubiera osado desobedecer, su imprudencia le habría costado cara. La mirada del funcionario examinaba las bestias cargadas con grandes sacos de harina.

—¿Ya dónde van destinados los sacos?

Según su actitud favorita, Rifaat Bereket envolvió su respuesta en una penumbra llena de dignidad:

—Llevan mi mismo destino.

El *mudir* se volvió hacia el agá con la intención de explicarle la cuestión con todos sus detalles, aunque se sintiera profundamente resentido por la actitud del turco que permanecía sentado, inmóvil, ante él, representante del Gobierno, que era tratado como un criado del antiguo régimen:

—No sé, *Effendi*, si tienes una idea exacta de la situación actual. Los armenios de este distrito se han rebelado contra las órdenes del Gobierno refugiándose en el Musa Dagh. Se han atrevido a oponer resistencia a nuestros militares, han tomado las armas y han matado a soldados turcos. Ahora los sitiamos por hambre. ¡Y he aquí, agá, que tú llegas con tus sacos de provisiones a socorrer a estos traidores, a esos enemigos del Estado y de tu *padichach*, para que puedan seguir oponiéndose a las autoridades!

Rifaat Bereket escuchó este discurso con un gesto cansado, la cabeza inclinada: cuando el *mudir* hubo terminado, dirigió hacia él la fría mirada de sus ojos ligeramente prominentes y rodeados de arruguillas.

—¿No habéis sido acaso vosotros enemigos mucho más peligrosos para nuestro propio *padichach*? ¿No marchasteis vosotros contra sus soldados con las armas en la mano y en calidad de asaltantes? Los revolucionarios no tienen nunca derecho a apoyarse en la legalidad.

Sin interrumpirse, había hundido por tercera vez la mano en la

carpeta milagrosa. Esta aventura se parecía cada vez más a un cuento de hadas, pues el anciano extraía ahora el más poderoso de sus talismanes: era un rollo de pergamino que llevaba como encabezamiento el turbante adornado de brillantes del sultán. Por medio de este escrito, el soberano y califa Mohamed V ordenaba a sus súbditos, incluso a las autoridades civiles y militares, prestar ayuda al agá Rifaat Bereket en todos sus trámites y no oponer ningún obstáculo en su camino. El *mudir* pelirrojo quedó atónito. Era evidente que el viejo mundo en su totalidad se coaligaba contra él. Con un ademán rápido y de mala gana oprimió la firma del *padichach* contra su corazón, su boca y su frente. Este ademán estaba en absoluto desacuerdo con su ceñido traje de verano, su corbata de un rojo vivo y sus zapatos amarillo canario. ¿Qué hacer? Era imposible permitir el aprovisionamiento de los rebeldes, pero también era imposible rechazar a un personaje honrado con los privilegios de Su Majestad el Sultán. Tenía que encontrar una solución inmediata. Finalmente este astuto *mudir* encontró una feliz salida a sus intereses, tras una cruenta lucha interior. Él agá obtuvo el permiso de traspasar la zona del sitio turco, pero el convoy portador de harina debía permanecer en el valle. Rifaat Bereket no pudo obtener la menor concesión en este sentido. El hambre reinaba en Siria, por esto sería el caimacán de Antioquía quien decidiría el destino de los sacos de harina. Pero, por otra parte, quedaban algunos paquetes de tabaco. Estas provisiones no tenían mayor importancia, pues no modificarían en nada la situación alimenticia en el Damlajik. Por esta razón el *mudir* terminó por ceder en este punto, aunque insistiendo en que desobedecía órdenes. Finalmente averiguó los datos respecto a los acompañantes del agá.

—Son mis criados y servidores. He aquí sus pasaportes. Puedes verificarlos, todo está en orden.

—¿Y aquél, por qué lleva el rostro velado como una mujer?

—Sufre de una enfermedad horrible que le roe el rostro y debe protegerse del contacto del aire. ¿Deseas que se quite el velo?

El *mudir* hizo una mueca de repugnancia y esbozó un gesto negativo. Había transcurrido más de una hora cuando la *yayli* pudo

continuar su marcha hacia Bitias. Un pelotón de infantería mandado por un *mulasim* acompañaba el carruaje. Dos asnos cargados de café, azúcar y tabaco seguían al cortejo, así como tres cabalgaduras destinadas al agá y sus dos servidores. Cuando ya no podían equivocarse respecto al camino que debían seguir, Rifaat Bereket dejó el coche y rogó al *mulasim* que se detuviera con sus hombres, a fin de evitar un malentendido por parte de los armenios y la eventualidad de un combate. El oficial declaró estar de acuerdo y se instaló en el bosque con sus soldados, no sin antes haber practicado todas las medidas que dictara la prudencia. Los tres ancianos continuaron su ascención, sentados de lado sobre los asnos, mientras, tras ellos, otros conducían las dos bestias de carga.

El hombre del rostro velado los acompañaba. En la mano derecha llevaba la bandera verde del profeta, y en la izquierda el pabellón blanco de la paz.

Estaban sentados frente a frente en la tienda del jeque. El agá había exigido una entrevista privada con Gabriel Bagradian. Los turcos habían sido conducidos con los ojos vendados, como es costumbre con los parlamentarios, desde el desfiladero norte hasta la plaza de las tres tiendas. Ahora los acompañantes del agá estaban sentados junto a los asnos de cuyo lomo los conductores habían retirado sacos y paquetes. A cada instante se reunía más densa la multitud junto a este grupo. Pero los armenios no se acercaban demasiado a los turcos, probablemente a causa de un profundo temor respetuoso. Cada corazón palpitaba aguadamente. ¿Qué significaba esta delegación? ¿La salvación? ¿La vida?

En lo concerniente a la circunspecta dignidad y pérdida de tiempo, el agá Rifaat Bereket se comportó como si estuviese instalado en la suave penumbra de su *selamlik*. Incesantes como el tiempo mismo, las cuentas del rosario de ámbar se deslizaban por sus dedos.

—He venido como amigo de tu abuelo, amigo de tu padre, amigo de tu hermano, Gabriel Bagradian, y he venido como amigo

de la nación armenia. Sabes que he dedicado todos mis esfuerzos a restablecer entre nuestros pueblos aquella paz que hoy se encuentra destruida para siempre…

Interrumpió sus palabras, recitadas en el tono de una letanía. Su mirada afligida se detuvo entonces en el rostro del europeo, antes tan cuidado y juvenil. No habría podido reconocer sin esfuerzo sus rasgos ahora salvajes y huraños en medio de una barba desordenada. Se concentró de nuevo una vez más en sí mismo antes de tomar la palabra:

—Ha habido culpa de una y otra parte… Si digo esto, es sólo para impedir que tu juicio se extravíe y se endurezca tu corazón a pesar de todo lo sucedido.

—Quien haya llegado al punto en que me encuentro no sabe ya lo que es la culpa. Ya no me preocupa la culpa, ni el derecho, ni la venganza…

Las manos de Rifaat se inmovilizaron.

—Has perdido a tu hijo…

Por casualidad Gabriel Bagradian se había llevado la mano al bolsillo. Fue así como tocó con sus dedos la moneda griega que llevaba siempre a modo de amuleto: «A lo inexplicable en nosotros y sobre nosotros». La mostró al anciano.

—Tu regalo no me trajo suerte, agá. Perdí la moneda con la efigie del rey el día en que también perdí a mi hijo. En cuanto a la otra…

—Aún no sabes cuál será tu última hora.

—Está muy próxima. Sin embargo, me parece que no llega lo bastante rápida. A veces me invaden deseos de bajar hacia los vuestros para que esto termine por fin.

El agá bajó los ojos hacia sus manos luminosas.

—No está escrito que tu vida descienda, sino que se eleve siempre. Vosotros los Bagradian tenéis más fuerza interior que los demás hombres… Sin embargo, es Dios quien lo decide todo.

Junto a las piernas cruzadas de Rifaat reposaba en tierra la carpeta de cuero amarillo, y sobre ella, ya pronta, la carta del pastor Harutiun Nokhudian, dirigida a Ter Haigassun.

—Tú sabes, Bagradian, que estoy en movimiento desde hace meses para intervenir en vuestro favor. He sacrificado el reposo que merece mi avanzada edad. Con la ayuda de Dios llegaré también a Deir-es-Zor. Pero mi primera expedición en Siria debía ser dedicada a ti. Tenéis amigos en el exterior, y en el interior del país también. Un pastor alemán ha reunido para vosotros una fuerte suma, y trabajo de acuerdo con él. Había reunido cincuenta sacos de harina; no fue fácil y no los han dejado pasar. Aunque ya lo había previsto. Sin embargo, ya sabré cómo impedir que el caimacán me los confisque, y los llevaré para que reconforten a vuestros hermanos en los campos de deportación. Pero no son estos sacos la razón que me ha traído al Musa Dagh…

Puso en manos de Gabriel la carta de Nokhudian.

—Por este papel conoceréis lo que no habrías podido saber jamás: el destino de vuestros compatriotas. Pero al mismo tiempo deseo que sepáis que nuestro pueblo no se compone sólo de Irtibad, Envers, Talaats y sus criados, pues, como yo, muchos han abandonado sus hogares para dirigirse al este a socorrer a los armenios que mueren de hambre…

Evidentemente el agá Rifaat Bereket era un ser maravilloso y hubiera merecido que Gabriel cayera de rodillas ante él en nombre del pueblo entero.

Pero todos estos favores y fatigas enumerados con detalle no lograron deshacer la amargura de que estaba henchida su alma. A pesar de la importancia de los sacrificios, su enumeración no hacía sino excitar la impaciencia de Bagradian.

—Tal vez podáis ayudar en algo a los deportados, pero no a nosotros.

El anciano conservaba su actitud imperturbable.

—A ti personalmente podría hacerte un verdadero favor, y es ésta la razón principal por la cual me encuentro ahora sentado en tu tienda.

En ese instante comenzó a recitar la monótona y lenta voz del agá el plan de fuga ideado. Al oírlo el corazón de Bagradian se quedó petrificado. Bagradian ya había observado a los cinco

hombres de la escolta del agá que estaban apostados fuera. Los dos ancianos eran miembros de una piadosa cofradía que cumplía sus mismos deberes: en cuanto a los dos muleros, eran criados adictos a su casa en Antioquía desde hacía muchos años. El quinto personaje era un caso mucho más extraño. Pesaban en su conciencia muchos crímenes cometidos contra armenios, pero en Estambul decidió convertirse y ser instruido por el jeque Achmed, jefe de los «ladrones de corazones». Había jurado solemnemente expiar las faltas cometidas por los poderes viles de su alma y reparar junto a los armenios el mal que les hiciera con su odio. Así, pues, este hombre estaba pronto a cambiar sus ropas por las de Gabriel Bagradian y desaparecer enseguida. Si bien era cierto que en la plaza de la iglesia el *mudir* había examinado detenidamente los pasaportes de todos los hombres y anotado sus nombres en una lista. Estaba seguro que al regreso nadie le pediría nuevamente los *teskerés*. Si, contra toda expectativa, el *mudir* ponía dificultades, Bagradian no tendría más que mostrar el pasaporte de su sosias. Ni el *mulasim* y sus soldados, que habían escoltado a seis personas y encontrarían otras seis, no sospecharían en ningún momento la sustitución.

Él, el agá, como hombre de honor, no cometía con gusto esta irregularidad ante la policía, pero en este caso se trataba de salvar al último miembro de la familia Bagradian y conducirlo a un refugio seguro en su casa de Antioquía. Hacía esto por el reposo del alma y en recuerdo del anciano Awetis, quien antaño le prodigara innumerables testimonios de amistad en el tiempo en que él era sólo un turco muy joven y aquél ya un viejo armenio.

Gabriel se ahogaba de emoción. El velo de la vida se henchía con tal fuerza en su pecho que se precipitó a la entrada de la tienda para respirar mejor. Vio a los hombres del cortejo sentados, en silencio, en el suelo; vio al hombre del juramento que hacía mucho rato se había quitado el velo; su rostro era triste, muy vulgar, y no se leía en él ni los rastros de sus crímenes, ni su resolución de expiación. Vio a la multitud del pueblo sentada en círculo alrededor de ellos y visiblemente conmovida en una angustiada espera. Vio a Iskuhi ante la tienda de la enferma; ella también era lejana e irreal

como todo lo demás. Sólo era real el pensamiento de la vida; se vio en una oscura habitación en la casa de Rifaat; las persianas de madera de la ventana que daba al patio con el antiguo pozo están cuidadosamente cerradas. Y ahí, olvidarlo todo, no saber nada más, esperar un segundo nacimiento… Cuando al cabo de unos minutos Gabriel hubo recuperado su calma, entró nuevamente a la tienda del jeque y besó la mano del anciano.

—¿Por qué, padre, no viniste antes? Cuando vivíamos abajo en la villa todo hubiera sido tan fácil.

—Esperé mucho tiempo que os librárais de este destino. En lo que a ti respecta, aún puedes sustraerte a él.

—No, yo tampoco puedo sustraerme.

—¿Tienes miedo…? Esperaremos la noche. No corres ningún peligro.

—¡De día o de noche, qué importa! ¡No es ése el caso, agá! —se detuvo un momento sobrecogido de pudor—. Mi mujer acaba de despertar hoy de una enfermedad mortal.

—¿Tu mujer? Encontrarás otras mujeres.

—Mi hijo reposa en esta montaña.

—Precisamente, tu deber es dar un nuevo hijo a tu familia; un nuevo heredero.

Los pesados ojos del anciano permanecían inmóviles.

La respuesta de Gabriel fue pronunciada en voz tan baja, que su interlocutor probablemente no la comprendió:

—Cualquiera que se encuentre en el punto en que yo estoy no puede volver a empezar su vida.

El agá formó con sus expresivas manos un cuenco, como si quisiera sorber la lluvia del tiempo.

—¿Por qué piensas en el porvenir? ¡Piensa en lo inmediato!

La luz del atardecer declinante inundaba el interior de la tienda. Sin consideraciones, Bagradian se levantó.

—Soy yo quien ha dado a las siete comunas la idea de refugiarse en el Musa Dagh. Soy yo quien ha organizado la defensa. He sido el jefe supremo durante los combates contra vuestro ejército, a lo que debemos el estar aún aquí. Soy y seré siempre el responsable, el

culpable, cuando dentro de pocos días los vuestros invadan el campamento para matar, al cabo de prolongados martirios, a todos los seres vivos, hasta a los enfermos y recién nacidos. ¿De verdad crees que puedo abandonarlos así como así?

El agá Rifaat Bereket no encontró respuesta.

Gabriel Bagradian hizo llevar inmediatamente los obsequios a la plaza del altar, para que el consejo de jefes procediera a la distribución. Constaban sobre todo de azúcar, café y un poco de tabaco. Sin embargo, los muleros habían logrado pasar de contrabando dos sacos de arroz. Si uno piensa que estos regalos tenían que ser repartidos entre más de mil familias, comprenderá qué raciones tan minúsculas se obtenían de ellas. ¡No importa! ¡Saborear una vez más a sorbos cortos un café bien caliente que reanima los nervios y hace sonreír! ¡Aspirar una vez más hasta lo más profundo «el padre de los perfumes», para soltar lentamente por la nariz y la boca el humo reconfortante y seguirlo con la mirada sin pensar en nada ni preocuparse del futuro! El valor material de estos regalos tenía menos importancia que la acción vivificante y bienhechora de las almas, precisamente en ese nefasto día señalado por la pérdida de los rebaños.

Las dos bestias de carga y dos de las cabalgaduras fueron también dejadas por los turcos en el campamento. Sólo el anciano agá conservaba la suya para poder descender al valle.

El benefactor y sus cinco compañeros se dirigieron nuevamente al desfiladero norte sin llevar esta vez los ojos vendados. El hombre del juramento caminaba a la cabeza con la bandera blanca y la verde. No parecía contento ni triste por no haber podido llevar a cabo su buena acción. Además de Gabriel Bagradian, Ter Haigassun, Bedros Hekim y dos *mouchtars* insistieron en acompañar a los extranjeros para formarles una escolta de honor. Tras ellos se agitaba la multitud delirante del pueblo. La entrevista en la tienda del jeque, cuyo tema nadie conocía, se convirtió en una fuente de fantásticas esperanzas. El agá se alejó entre una nube de bendiciones, gritos de

auxilio, lágrimas, súplicas y preguntas vibrantes de esperanzas. Casi no podía avanzar. Jamás, ni siquiera en los campos de deportación, había visto Rifaat Bereket rostros parecidos a los del Damlajik. Los febriles rostros contraídos de los hombres, lo espiaban con una expresión ávida. Los brazos delas mujeres, enjutos como palos, brotaban de sus harapientas mangas, cuando estas mendicantes alzaban a sus hijos para mostrárselos. Casi todos estos niños sostenían sobre los cuellos, demasiado delgados, temblorosas cabezas hidrocéfalas, y se podía ver en sus inmensos ojos asombrados una sabiduría generalmente prohibida a los hijos del hombre. El agá debió reconocer que ni la más cruel deportación tiene efectos más inhumanos que esta situación de parias, de desecho de la sociedad. Creyó comprender cuán peor era la destrucción del alma que la rápida matanza del cuerpo. El peor de los horrores no consistía en el exterminio de un pueblo entero, sino en el exterminio de la relación divina en un pueblo entero. Al golpear a los armenios, la espada de Enver había alcanzado también a Alá. Pues Alá vive en ellos como en todos los hombres, aunque sean infelices. Quien destruye la dignidad en la criatura, destruye en él al creador. Eso era un deicidio, una falta sin expiación hasta el fin de los tiempos. Rifaat Bereket, el piadoso derviche que se acercara a veces al otro mundo en sus meditaciones y ejercicios de *tarikaat*, tuvo visiones horribles. Allí, ante las Puertas de Entrada, ante los Portones de la Armonía, se arrastraban caravanas de deportados, sin conseguir entrada. Ardientes miradas hambrientas que también en el más allá estaban condenadas a la mendicidad astral. El anciano tenía la sensación de caminar a través de una espesa nube de cenizas, a través de la nube mortal del pueblo armenio, que planeara entre el mundo y el más allá en jirones de niebla indisolubles. Ya no veía sino la tierra que había concebido y soportaba ahora todo aquello. Los pequeños pies del anciano, calzados de finos zapatos y poco acostumbrados a caminar, trotaban con un ritmo precipitado. Oprimiendo con fuerza su barba blanca contra el pecho, corría con la prisa de un fugitivo que teme perder sus fuerzas. ¡Sus oídos no percibían ya los gritos suplicantes, ni el clamor que lo rodeaba!

¡Deseaba irse, irse de cualquier modo! Sin embargo, a pesar de sus esfuerzos, Rifaat no pudo avanzar más allá de la primera trinchera de la posición norte. Allí, ante las miradas atónitas de los soldados, se apoderó de él un violento desvanecimiento que lo lanzó a tierra. Sus dos servidores, muleros improvisados, se precipitaron muy inquietos hacia él. La salud del agá era delicada. El *hekim* extranjero de Estambul le había recomendado que evitara toda fatiga. El más tranquilo de los dos criados sacó de una bolsa de terciopelo verde que llevaba siempre que acompañaba a su amo un frasco de sales y un paquete de regaliz, cuyo efecto es reanimar el corazón. El agá se repuso bien pronto de su debilidad y dirigió una sonrisa a Ter Haigassun y Gabriel Bagradian, que se inclinaban sobre él.

—No es nada… Estoy demasiado viejo…, he corrido demasiado… y, además…, me dais una tarea demasiado pesada…

Mientras se levantaba ayudado por sus criados, tuvo el claro presentimiento de que no podría cumplir su misión y de que nunca llegaría a Deir-es-Zor.

Sólo poco antes de la medianoche logró Rifaat Bereket llegar a su casa en Antioquía con su *yayli*. Sus miembros estaban casi paralizados por el cansancio. Sin embargo, escribió con su letra más bella, no obstante la hora tardía, una carta dirigida a Nezimi Bey para que fuera entregada al sacerdote cristiano Lepsius a quien daba cuenta de su primera empresa con cifras precisas y un relato detallado.

A la misma hora en que el agá Rifaat Bereket redactaba su carta a Lepsius, el alma de Krikor de Yoghonoluk se desprendía de su cuerpo martirizado. Cuando iba ya a acostarse, el maestro Hapeth Chatakhian experimentó violentos remordimientos a causa del farmacéutico. Después de la excitada reunión, se había alejado ciegamente sin atreverse a echar ni una sola mirada a su antiguo maestro, a quien nadie asistía en su enfermedad.

—Y bien, farmacéutico, ¿cómo te va?

Krikor estaba acostado de espaldas y su respiración era

dificultosa; pero en sus grandes ojos abiertos se leía una calma perfecta a la vez que reñían al profesor por haber hecho una pregunta tonta. Chatakhian entró rozando los libros y se acercó a la cama colocando sus dedos indagadores sobre el puño de Krikor.

—¿Sufres mucho?

Al escuchar sus palabras se hubiera creído que el farmacéutico les daba un doble sentido.

—Cuando me tocas, sí, entonces sufro mucho.

El maestro se instaló junto al enfermo.

—Esta noche me quedaré contigo. Será mejor… Tal vez necesites algo…

Pero Krikor no parecía tener esa noche ganas de compañía.

—No necesito nada…, hasta ahora todo ha ido bien…, hoy también irá todo bien… Puedes ir a acostarte, maestro…

—Me gustaría quedarme un rato, si no te molesta…

Krikor no respondió porque estaba preocupado de su respiración, pero el maestro se puso melancólico:

—Recuerdo los buenos tiempos pasados, farmacéutico, nuestros paseos y tus discursos…

Su rostro amarillo oscuro de mandarín permanecía impasible. Krikor habló con la débil voz de un soplo. Su barbilla en punta ya no se agitaba.

—Todo aquello no valía gran cosa…

Esta actitud de negación desencadenó completamente el sentimentalismo de Chatakhian.

—Al contrario, aquello valía mucho, mucho… Pero para mí, para nosotros… Tú sabes que he vivido en Europa, farmacéutico, y puedo decir que la cultura francesa ha penetrado en mi carne y en mi sangre. Se ve, se escucha y se aprende una cantidad de cosas nuevas en las conferencias, los conciertos, el teatro, los cuadros, el cine… Ves, para nosotros tú significabas todo aquello en Yoghonoluk, y más aún. Era el universo entero el que nos exponías y explicabas. ¡Oh, farmacéutico, qué no habría podido hacer Europa de ti!

Esta exclamación pareció irritar a Krikor. Pronunció en un

soplo, lleno de orgullo:

—Estoy muy satisfecho… tal como soy…

Chatakhian se achicó. Durante unos minutos no encontró respuesta. Luego se puso a hacer esas bromas que se les suele hacer a los moribundos para ocultarles su destino:

—¡Qué camisón más elegante te has puesto, farmacéutico! Dentro de unos días, cuando te lo quites, estará sucio y arrugado. Te tendrás que hacer regalar otro, pues una cosa así no se manda lavar…

—No estará ni arrugado ni sucio —repuso el farmacéutico. Chatakhian deseaba que Krikor se durmiera, pues la vigilia junto a este fantasma le deprimía. Y Krikor pareció dispuesto a hacerle este favor a pesar de sus ojos abiertos.

Luego pasó casi media hora antes que comenzara nuevamente con su extraña voz de falsete:

—Profesor, en vez de contar tonterías, podías hacer algo inteligente… Anda al estante donde se encuentra la botica… ¿Ves una botella redonda y negra? Debe haber un vaso al lado. ¡Llénalo!

Feliz por haber recibido una orden formal, Chatakhian obedeció y le llevó el vaso lleno hasta los bordes y que olía a licor de moras.

—Creo que te has prescrito el mejor de los remedios, farmacéutico.

Deslizó su brazo bajo la cabeza de Krikor, lo levantó y acercó el vaso a sus labios. El sabio de Yoghonoluk lo bebió a grandes tragos como si fuera agua. Enseguida se dejó caer hacia atrás, jadeante. Sin embargo, un momento después su rostro había recobrado cierto color y se veía brillar en sus ojos la expresión de una alegría burlona.

—Eso es… contra el dolor. Ahora quiero estar solo… Vete a acostarte, Chatakhian.

El semblante y la voz segura del enfermo tranquilizaron al profesor.

—Regresaré mañana muy temprano a verte, farmacéutico.

—Sí, vuelve mañana… Tan temprano como quieras… Ahora, hazme el favor de apagar la luz…, ya el petróleo se acaba… Mi vela está allá… Enciéndela… Coloca el candelabro arriba, sobre los

libros… Ahora vete a dormir, Chatakhian…

Cuando el maestro hubo traspasado el tabique de libros, vaciló una última vez, se volvió y miró a su maestro:

—En tu lugar no me preocuparía por lo sucedido con Oskanian, farmacéutico; siempre supimos lo que valía…

Este último consejo de Chatakhian era enteramente superfluo. El boticario vivía ya en el universo de la calma absoluta, en el que no había lugar para personajes tan ridículos como Oskanian. Con la mirada fija en el vacío permanecía inmóvil para gozar plenamente de las delicias de un momento sin dolor. En su corazón reinaba una inconmensurable serenidad. Hacía sus cálculos espirituales. ¡Qué liviano era su equipaje! ¡Cuán feliz se sentía! No perdía a nadie, ni nadie lo perdía a él. Todo elemento humano retrocedía muy lejos, a distancias infinitas; acaso ni siquiera hubiera existido jamás. Sin duda Krikor había sido siempre un hombre que no poseía las cualidades de los demás. El pueblo generalmente compadece a aquellos que se encuentran solos en semejantes momentos. El farmacéutico no comprendía esto. ¿Qué será más maravilloso que esta soledad? Tenía la sensación de estar limpio y seco de la cabeza a los pies, de no tener ningún compromiso y haberlo puesto todo en orden. Ningún elemento extraño podía perturbar el aspirado flujo del puro yo. Y en medio de este flujo y reflujo la sangre circulaba siempre mejor. De ello se desprendía un calor delicioso. Krikor observó que sus miembros adquirían mayor elasticidad, que sus articulaciones perdían rigidez. En un movimiento brusco que no le produjo ningún dolor, se volvió hacia la luz. Pequeñas polillas blancas y grandes mariposas oscuras revoloteaban alrededor de la llama. Krikor pensó: «Si esto continúa, sanaré completamente». Pero a decir verdad le importaba bien poco. Su espíritu se dejaba llevar gradualmente por la danza de las mariposas nocturnas. Palabras grandiosas e impresionantes bullían en él como globos de aire, sin que lo pudiese evitar: «Sol central de Polidoro». ¿Existía, o no? ¡No importaba! Alrededor del sol central de Polidoro danzaban las pléyades transparentes y las brillantes enéades, constelaciones en forma de estrellas, cuya materia maravillosa está constituida por las

cenizas pulverizadas de antiguos mundos consumidos, como lo probara el astrónomo árabe Ibn Saadi. ¡Qué no habrías podido hacer en Europa, farmacéutico! ¡Qué asno era aquel Chatakhian! Krikor de Yoghonoluk era un hombre orgulloso como un dios, porque él podía ver danzar los grises universos alrededor del sol central. Estaba tan orgulloso de sí mismo, que perdió su propia conciencia y se durmió. El despertar fue terrible. La celda se había empequeñecido de un modo inconcebible. Krikor ya casi no veía. El enfermo no podía respirar; se agotaba en desesperadas llamadas que no traspasaban sus labios; se encorvaba y revolvía despreciando al dolor. Visto por un extraño, era éste un ataque de asfixia, pero interiormente era mucho más espantoso. El paciente experimentaba el monstruoso dolor de no poder más, no se trataba de algo intenso pero pasajero, sino que era un no poder más que se eternizaba por siempre jamás. Si existía un infierno, debía ser ésta su mayor tortura. Y esta certidumbre eternizada de lo intolerable tenía una forma bien definida. El ignorante sabio o el sabio ignorante sería una vaga denominación para este mar de mediocridades, de conocimientos fragmentarios, de saberes rápidamente aprendidos, de incomprensibles doctrinas y de inveterados errores. ¡Imposibilidad de deshacerse del menor detalle! ¡Espantosa impotencia del espíritu que se quiebra con el contacto de una brizna! Krikor creía ahora ahogarse en este mar lleno de tantas asquerosas inmundicias. Quiso huir, salvarse así, jadeante, se arrastró adelante, se levantó a tientas y se agarró con todas sus fuerzas al tabique de libros. A consecuencia de su debilidad perdió el equilibrio y cayó de espaldas sobre el lecho arrastrando en su caída las filas superiores de libros y la vela que ya se apagaba. Los volúmenes cayeron con un ruido suave sobre el cuerpo de Krikor, como si desearan abrazar y sujetar a su amo. El enfermo permaneció mucho rato en esta actitud, satisfecho de poder respirar de nuevo y haber comprobado que el acceso de ahogo e ignorancia había desaparecido. Otra vez volvían los dolores como olas. Cada uno de sus dedos le dolía como si acabara de sacarlos del fuego. Entonces sus libros, esos libros leídos o no, hojeados y todos queridos, prestaron otro gran servicio al boticario. Introdujo sus

manos ardientes entre las páginas. Estas estaban frescas como el agua, y otra cosa aún, una extraña calma glacial fluía de la sangre espiritual de sus libros para infiltrarse en su cuerpo. Un último sentimiento lo rozó: ¡qué lástima renunciar a este placer! Luego los ardores cesaron sucesivamente uno tras otro. El postrer dolor vaciló antes de desaparecer. Lentamente surgió una dulce insensibilidad. Una claridad de un gris plomizo penetraba a través de las rendijas de las vigas. Krikor no lo notó, porque algo muy grande le estaba ocurriendo. Al principio sintió que penetraba en él una conciencia lúcida y tranquila y percibía nítidamente cada golpe de su pulso a punto de detenerse. «Soy la primera persona, soy la primera persona».

Entonces empezó a sentir lo que él llamaba crecer. Pero semejante aseveración significa ya un error. Las palabras siempre esclavas del tiempo y del espacio son incapaces de semejante proceso. Tal vez lo que crecía no era la cosa llamada Krikor de Yoghonoluk; tal vez era aquello llamado mundo lo que se empequeñecía. En efecto, el mundo entero disminuía con una rapidez asombrosa; la barraca, la hondonada de la ciudad, el Musa Dagh, la patria allá abajo, y el país que lo rodeaba. No podía ser de otro modo. El mundo carecía de consistencia, puesto que estaba hecho de las cenizas de estrellas consumidas. Finalmente no quedó más que Krikor de Yoghonoluk, solo. Él era el universo, no, él era más que el universo, porque las mariposas nocturnas de los mundos revoloteaban sobre su cabeza sin que él lo notase.

Capítulo V

La llama del altar

Después de una larga consulta con el doctor Altouni y el pastor Aram Tomasian, Ter Haigassun decidió no economizar ya las últimas provisiones de que disponían. ¿No era acaso perfectamente absurdo prolongar la vida y sus tormentos? Ya antes de que comenzara el hambre contaban con un buen número de gente debilitada, mujeres, niños y ancianos que se dejaban vencer por el agotamiento y no se levantaban más. Finalmente, se habían convencido de que esta usura lenta era la forma más intolerable del próximo desastre. El sacerdote estaba decidido a no permitir que las cosas se prolongaran. Por esto, en el curso de los primeros días de septiembre, se sacrificó a las dos enflaquecidas vacas de la familia Bagradian, todas las cabras y cabritos, sin preocuparse de la leche, puesto que su cantidad y cualidades nutritivas ya no tenían importancia. Tocó enseguida el turno a los asnos de montura y de carga cuya carne, dura como el cuero, no se pudo ablandar, ni asándola ni cociéndola. Pero así y todo, este ganado produjo ingentes cantidades de alimentos, eso sí, a costa de aprovechar absolutamente todo, desde sus huesos y sangre hasta sus colas, pellejos, patas y tripas, lo cual alivió y torturó a la vez a los sufridos estómagos. Se agregó a esto el azúcar y el café de Rifaat Bereket, casi un cuarto de libra por familia. Se coció y recogió el residuo, de modo que las cafeteras, al igual que las jarras de aceite del Evangelio, no quedaban jamás vacías. Esta bebida hizo nacer, si no

la alegría y la confianza, por lo menos una agradable sensación de completo abandono en el momento presente. El tabaco produjo un efecto casi tan favorable como éste. Ter Haigassun tuvo la prudencia, a pesar de la resistencia de los *mouchtars*, de hacer distribuir la parte del león —cuatro pequeños paquetes enteros— entre los hombres del bastión sur; en otras palabras, entre una tropa de vagabundos e individuos sospechosos. Ahora podrían hartarse con las delicias del humo como jamás antes tuvieran oportunidad, ni en las mejores épocas de su vida. Este placer les impediría concebir pensamientos dañinos. Como todos los demás, Sarkis Kilikian se entregó enteramente a la voluptuosidad de fumar, y así, tumbado sobre su espalda, parecía no tener nada que decir de este mundo. Naturalmente, el profesor Hrand Oskanian no era fumador.

A estas imprudentes pero vivificantes medidas se oponían otras dos de orden más reflexivo y nocturno. Ter Haigassun había logrado imponer su opinión al cabo de un prolongado diálogo con el médico. El rostro de Altouni, arrugado como una hoja marchita, se secaba y ensombrecía cada día más. A pesar del poco valor que Bedros Hekim concedía a la vida, había luchado ahí arriba con todas sus fuerzas por conservar la de sus compatriotas. Pero ahora debía reconocer que Ter Haigassun tenía razón. Las circunstancias invertían los papeles de ambos hombres. En este punto el sacerdote se mostró más impío que el médico.

Al trigésimo cuarto día del destierro, veinticuatro horas después de la muerte de Krikor, había más o menos doscientos enfermos en la zona de enfermedades infecciosas y más de cien heridos en el interior y en los alrededores del antiguo hangar-hospital; estos últimos eran en su mayoría gente extenuada, caída en el camino o durante el trabajo. Como se trataba de un pueblo de cinco mil almas, esta proporción de enfermos, incluso los heridos, todavía no era alarmante. Pero precisamente ese día, sin razones aparentes, la mortalidad aumentó de súbito con increíble violencia. Hasta la tarde se extinguieron cuarenta y tres existencias humanas, y había razones para creer que el número se acrecentaría en el curso de las próximas horas. El cementerio ya no daba abasto para albergar a tantos

huéspedes nuevos.

La superficie de la relativamente profunda corteza, había sido ya rebasada. Ya se había llegado al esqueleto calcáreo del Damlajik. En vista de eso había que buscar en los alrededores un suelo más favorable como lugar del eterno descanso. Pero hubiera sido imposible encontrarlo. Además, ya no quedaba en las bolsas ni un grano de la tierra de la patria que Ter Haigassun ponía bajo la cabeza de cada muerto. Por esto, éste instituyó una nueva forma de sepultura sin advertir al pueblo por medio de extensos discursos preliminares. Avanzada la noche sin luna, reunieron todos los cadáveres para llevárselos a la terraza de la meseta que avanzaba sobre el mar como la proa de un navío gigantesco. Todo el mundo tuvo que ayudar. Hubo que hacer tres o cuatro veces el trayecto hasta que todos los muertos, sin excepción, vestidos con sus camisas amarradas como sacos, estuvieran tendidos uno al lado del otro sobre la roca árida.

Desde la luna nueva el tiempo había cambiado. No llovía, pero las colinas del Musa Dagh se veían barridas por un huracán furioso y perverso, que se presentaba bajo dos aspectos: ora como un viento de las estepas que cortaba la respiración, ora como el espumoso siroco proveniente del mar. En todo caso, bajo ambos aspectos, no cesaba de generar remolinos como para burlarse de elementos más estables que él: la tierra y el agua. Si Gabriel Bagradian no hubiera escogido tan cuidadosamente el emplazamiento del pueblo, no hubiera quedado una choza en pie. La tempestad parecía haber establecido su nido en la terraza en forma de bandeja, era el lugar más expuesto. Cuando el viento soplaba sobre la roca, los hombres podían apenas mantenerse en pie. Las antorchas y velas que llevaba la comitiva, se apagaban al primer soplo. Sólo el incensario que sostenía el diácono brillaba ligeramente. Ter Haigassun iba a pasitos cortos bendiciendo uno por uno a los muertos. Nunik, Wartuk y Manuchak estaban sumamente indignadas por semejante entierro, pero como eran apenas toleradas en el Damlajik, se guardaron de expresar sus críticas en voz alta. Así que se apresuraron a enmendar esa falta del sacerdote hacia las almas necesitadas, entonando más vigorosamente

que nunca sus antiguos lamentos. Dos hombres levantaron por la cabeza y los pies al primer muerto y lo llevaron hasta el borde extremo del cabo rocoso. Ahí los esperaba un hércules, las piernas abiertas, indiferente al huracán, las dos manos tendidas en espera del bulto, dos manos gruesas semejantes a lisas hojas de lechuga. Era Kework, el bailarín del girasol, el cretino. Había habido cierta dificultad en hacerle comprender su ocupación. Cuando por fin comprendió, hizo un gesto de consentimiento lleno de alegría:

—Sí, sí, como en los barcos…

Entonces, por primera vez, se supo que Kework, en su juventud, había atravesado el Mar Rojo en una chalupa carbonera. Este espíritu débil poseía un corazón servicial y nada le hacía más feliz que la idea de sentirse útil y verse encargado de ejecutar un trabajo determinado. La naturaleza de tal trabajo no le interesaba. Para los demás hombres existían diferencias. A los miembros de la «casta guerrera» y los hombres de los decenares, los trabajos que no estaban relacionados con la defensa, les resultaban denigrantes. Kework, así como Sato y algunos otros mendigos, lisiados y tarados, estaban más allá de esta diferencia. Al darle un trabajo a Kework se le enaltecía, elevándolo en cierto modo a la clase del proletario. Se sentía necesario, deseado y feliz. Ahora era ése el caso. Por eso tampoco permitía que nadie le quitara la menor parte de su nueva dignidad. El mar parecía conservar aún el recuerdo de las múltiples estrellas que iluminaron las noches precedentes. De las blanquecinas crestas de las olas se desprendía un brillo indeciso, en el cual se dibujaba nítidamente la silueta del bailarín. Algunas linternas indicaban la extremidad peligrosa del promontorio. Pero, a pesar de esta precaución, la tarea que encargaban a Kework no dejaba de tener un peligro enorme. En efecto, la terraza terminaba en el macizo rocoso llamado «la pared alta», que caía verticalmente en el abismo, desde una altura de cuatrocientos metros. Abajo, el mar había roído profundamente el pie de esta pared, cuya meseta avanzaba en el vacío como una mano tendida; era imposible divisar desde arriba el movimiento de las olas. Un paso en falso en esta proa gigantesca equivalía a la muerte más rápida y segura. Pero ahora, en plena

noche, el bailarín no demostraba el menor indicio de miedo ni de vértigo mientras los otros hombres retrocedían aprisa. Sobre el delgado borde débilmente iluminado danzaba meciendo en un mismo ritmo su cuerpo y el del cadáver; al verlo se diría que era una robusta haya. Sus manos balanceaban el cuerpo inanimado que desaparecía sin ruido, invisible en la noche. A pesar de las cantidades irrisorias de alimentos asignadas desde días atrás, Kework no había perdido ni un hálito de su fuerza. Cuando, más o menos una hora después, siempre con el mismo ritmo marcado por sus piernas abiertas, lanzó al infinito con un pequeño impulso su cuadragésimo tercer muerto, pareció sentirse muy desgraciado por haber terminado su trabajo y estar allí con las manos vacías. Con gusto hubiera mecido y dormido de manera tan suave a cuatrocientos, mil cadáveres y hasta al pueblo entero. Un testigo extranjero se habría sorprendido al comprender cuán desprovisto de horror era este sistema de funerales, y aún más, de la impresión de verdadera belleza que ofrecía.

Sin embargo, esta operación no había sido el verdadero tema de discusión entre Ter Haigassun y Bedros Hekim, pues este último no alegaba en favor de los muertos, sino por aquellos que aún vivían.

El sacerdote expresó una solución sumamente atrevida para un miembro de la Iglesia: más valía, dijo, abandonar tranquilamente a su suerte a los enfermos cuyo estado era desesperado, y sobre todo a aquellos que agonizaban inconscientes o sin deseos. El médico convino en que estos infelices no sufrirían si se les dejaba dormitar continuamente y extinguirse sin darse cuenta en medio de sus sueños. Según Ter Haigassun, lo importante era no quitarles a los enfermos la gracia que Dios les concedía con su paternal bondad al ofrecerles una muerte agradable; ¿para qué economizar sus vidas en favor de los turcos? En ese sentido el sacerdote parecía menos condescendiente que el médico.

A su parecer, el hombre poseía, por una parte, la vida de aquí abajo, por otra parte, la vida eterna. La primera, mientras se viviera en esta tierra, no era menos importante que la otra. Pero quien la perdía de forma natural no perdía gran cosa y debía aún estar

contento por no haber perjudicado su alma eterna con el infernal espanto de la matanza. Así pensaba sinceramente el sacerdote. El médico no creía sino en esa vida terrestre. Según su opinión, quien perdía esta vida, no sólo no perdía gran cosa, sino que no perdía nada. Pero, recíprocamente, esta nada lo era también todo. No perdemos, pues, sino un vacío forrado en una totalidad. Sólo dependía del valor que cada uno concedía a su vida. Bedros Hekim, por ejemplo, no sabía en cuánto tasaba su vida esta joven mujer que lo contemplaba con sus brillantes ojos. Quizás pudiera esta mujer, aunque no sanara, gozar cinco minutos de algún placer terrenal. Por eso titubeaba, él, que despreciaba la vida. Para Ter Haigassun, en cambio, los cinco minutos de felicidad de esta mujer no significaban nada en comparación con una entrada pura en la eternidad. Cuando el médico no especificaba claramente un «sí» o un «no», el sacerdote seguía tranquilamente. Uno de sus diáconos, que los seguía a ambos, clavaba en tierra, junto a la cabeza del enferme, un palito. Ésta era la señal para los enfermeros, que significaba que, en caso de que el moribundo no expresara ningún deseo, no se le ofreciera nada más. Algunas veces, empero, Altouni volvía a escondidas y sacaba el palito de la tierra.

¡Qué curioso! El sacerdote tenía la firme convicción de un desastre final y, sin embargo, creía en un milagro.

El médico creía firmemente en una catástrofe final, pero tenía la certidumbre de que una increíble casualidad apartaría la muerte del Musa Dagh. A pesar de la aparente similitud, ambas esperanzas eran radicalmente diferentes. En todo caso, ni Ter Haigassun, ni Bedros Hekim dejaban traslucir nada en sus propósitos.

En cuanto al bailarín Kework, recibió trabajo en abundancia.

Inesperadamente, los dos nadadores volvieron de Alejandreta.

Los dos jóvenes aparecieron en las posiciones norte con los primeros resplandores del alba. Habían tenido la suerte de deslizarse sin ser vistos por entre las patrullas de *saptiehs* y soldados que desde hacía dos días rodeaban todas las alturas del Musa Dagh, dispuestos

en una cadena ininterrumpida desde Kebussije hasta la aldea de Arsus, en la costa norte. El estado físico de los nadadores no revelaba las fatigas sufridas durante los últimos diez días. Sin duda estaban flacos como esqueletos, pero eran unos esqueletos fibrosos y elásticos, bronceados por el sol y el aire de mar. Lo más extraño en ellos era su vestimenta. Uno llevaba una bata de caballero, de color café, de lana, gastada pero antaño elegante; el otro, un pantalón de franela blanca y un resto de esmoquin que databa de una época pasada, en la que este estilo de traje estuvo de moda. Cada uno arrastraba a la espalda un saco cargado de galletas del ejército, lo que significaba un heroico servicio prestado al pueblo, considerando las treinta y cinco millas inglesas que efectuaron por montañas entre el Damlajik y Alejandreta.

La muchedumbre se reunió rápidamente para celebrar con gritos de alegría el regreso de los muchachos; pero, en cambio, el relato de estos mensajeros debía dar fin a las últimas esperanzas de los armenios. Habían permanecido seis días en Alejandreta sin divisar en la bahía la menor huella de un navío de guerra. Había en el puerto muchas embarcaciones turcas destruidas, chalupas de carbón, de pesca y hasta un vapor de comercio ruso sorprendido allí por la guerra. Pero fuera de eso, la inmensa bahía que dibuja un ángulo recto entre Asia Menor y Asia propiamente dicha, estaba vacía como la costa septentrional del Musa Dagh. Desde hacía varios meses, nadie había divisado en Alejandreta, ni siquiera de lejos, la sombra o la idea siquiera de un navío de guerra. Los jóvenes contaban desordenadamente sus aventuras y describían los menores detalles de cada jornada. La multitud, olvidando su propia situación, no se cansaba de oír sus minuciosas descripciones.

Al día siguiente de su primera caminata nocturna —siempre por las alturas— habían evitado Ras el Chansir, alcanzando sin peligro el camino que por la costa une Arsus al puerto. Enseguida pasaron un día entero sobre una colina en las proximidades de Alejandreta. Allí, al abrigo, escondidos detrás de espesos matorrales de mirtos, observaban constantemente el puerto. Más o menos a las cuatro de la tarde divisaron algo delgado y gris que desde muy lejos avanzaba

hacia la costa dejando tras sí una ancha estela. Olvidando toda precaución, se precipitaron cuesta abajo, se lanzaron al agua y nadaron pasando frente al desembarcadero de madera hasta la entrada del puerto. Obedeciendo a las indicaciones recibidas, se aproximaron a lo que suponían un torpedero inglés o francés; el navío crecía rápidamente a su vista, pero pronto reconocieron con espanto el pabellón de la media luna colocado a popa. También a bordo habían reparado en los nadadores armenios. Les lanzaron sonoras llamadas y, como no recibieron respuesta, la guarnición de la lancha de inspección de la comandancia portuaria turca, a la que se achacaría este incidente, descargó una docena de balas. Los armenios se sumergieron y nadaron mucho rato bajo el agua, realizando magistralmente esta hazaña. Luego fueron a esconderse entre las rocas de estilo ciclópeo sobre las que está construido el desembarcadero. Felizmente, ya era de noche y el puerto estaba desierto; sin embargo, aún podían oír sobre ellos el tamborileo de los centinelas al pasar por las podridas tablas del puente. Allí permanecieron sentados, completamente desnudos y mojados. Además, la luz intermitente de un faro próximo los iluminaba cada medio minuto con un vivo resplandor. Se ocultaron lo mejor posible. Sólo en plena noche se atrevieron a ir a tierra firme evitando pasar por el camino principal que bordea el puerto. No tenían sino dos soluciones: dejarse morir cobardemente de hambre en las colinas o arriesgarse valientemente a ir a la ciudad. Sin embargo, antes se podía intentar un ensayo intermedio: sobre una altura cuidada como un parque, en donde se erigían varias villas de magnífico aspecto, ofrecía este lugar un buen refugio contra la malaria. Por cuanto oyeran decir en Alejandreta, los nadadores estaban seguros de que por lo menos algunas de estas villas pertenecían a algún armenio. El cartel clavado en la primera puerta del jardín que encontraron y descifraron a la luz de la luna les dio la razón. Pero la casa estaba cerrada; no se veía ninguna luz, las persianas estaban clavadas y toda la casa parecía muerta. Sin embargo, los nadadores no desistieron de su proyecto. Estaban prontos a descerrajar y encontrar un escondite. Apoyadas contra el muro de un jardín vieron una pala y un hacha.

Los muchachos se pusieron a romper la puerta a golpes desesperados, sin pensar que con el ruido se arriesgaban a despertar también a sus mortales enemigos. Pero al cabo de algunos segundos sintieron correr los cerrojos. Los abrieron y vieron ante ellos a un hombre y una luz, tan temblorosos el uno como la otra: «¿Quién está ahí?». «¡Armenios! ¡Dadnos que comer y escondednos, por Jesucristo! Hemos llegado a nado por el mar y estamos desnudos». El haz de luz de la linterna temblaba tanto como los congelados cuerpos. «¡Dios misericordioso, no puedo dejaros entrar! Sería la perdición de todos nosotros. Pero esperad aquí». Los minutos transcurrieron interminables. Por fin, dos camisas y dos mantas fueron entregadas a los nadadores por la puerta entreabierta. Recibieron también pan y carne fría en abundancia, a cada uno la suma de dos libras. El timorato compatriota murmuró: «¡En nombre del Redentor, no permanezcáis más rato ante mi puerta! Tal vez ya os hayan visto. Id donde el vicecónsul alemán: es el único que puede ayudaros. Se llama señor Hoffmann. Os enviaré una vieja turca para que os guíe. ¡Seguidla! ¡Pero no muy de cerca! ¡Y no le habléis!».

Felizmente, la casa del señor Hoffmann se hallaba en el mismo barrio de villas. El vicecónsul se comportó de manera muy benevolente; tenía la costumbre de hacer por los armenios de esta región más de lo que su función y sus propias fuerzas le permitían. Recibió a los nadadores con mucha complacencia, les prodigó sus cuidados, les dio una habitación con excelentes camas y tres veces al día comidas fantásticas. Les prometió asegurarles este maravilloso asilo hasta que las cosas se normalizaran. Sin embargo, apenas al tercer día de esta vida regalada, los hijos de Armenia declararon al señor Hoffmann que había llegado la hora de volver cuanto antes junto a los suyos en el Musa Dagh. En el momento en que daban parte de su decisión a su amable anfitrión, quiso el azar que Roessler llegara a Alejandreta. Roessler aconsejó vivamente a ambos muchachos que dieran gracias a Dios por su salvación y sobre todo no abandonasen por nada del mundo este escondite de absoluta seguridad. La posibilidad de que algún barco de guerra los salvara, no pasaba de ser una quimera de esas pobres gentes que habían

perdido la razón para su desgracia. Primero, no había en la parte noroeste del Mediterráneo ningún crucero francés. Si bien en el puerto de Chipre estaba estacionada la flota inglesa, ésta tenía que cuidar de Egipto y del canal de Suez, y no se aventuraría jamás hacia el norte. ¿Para qué? No existía la menor posibilidad de hacer desembarcar tropas en la costa siria. Y además, el ser acogidos en una casa consular significaba para estos armenios fugitivos una suerte inestimable, que evidentemente no podía suceder sino rara vez en la vida. En cuanto a ofrecer a los perseguidos un servicio de mayores proporciones, no le era posible a él, a Roessler ni a su colega americano de Alepo, el honorable señor Jackson. En esta ocasión el cónsul general mencionó con extrema satisfacción que algunos días antes Jackson había conseguido procurarle un refugio seguro a un joven armenio que también venía del Musa Dagh. Los nadadores se alegraron sinceramente al conocer la buena suerte de Haik; agradecieron a los señores Hoffmann y Roessler sus benévolos consejos, pero, sin embargo, les declararon que estaban decididos a emprender cuanto antes el peligroso camino de regreso a la miseria. A las reiteradas exhortaciones, y aun súplicas de sus protectores, contestaron con el lacónico malestar tras del cual se parapetan siempre los jóvenes cuando se trata del análisis de sentimientos delicados:

—Allá arriba tenemos a nuestros padres y a nuestras madres…, y también a nuestras novias… No podríamos soportar… si les sucediera una desgracia, el estar aquí…, vivos…, y en esta hermosa casa…

El segundo día del siguiente mes, el vicecónsul dejó partir a los nadadores. Como por sus relatos conocía la escasez de pan que reinaba en el Damlajik, llegó a procurarse, por medios algo ilegales, dos sacos llenos de galletas que provenían de la intendencia militar otomana imperial y que entregó a los muchachos. Pero el más admirable beneficio de Hoffmann fue el hacer ensillar la *yayli* consular, donde instaló a su derecha y a su izquierda a los nadadores al fondo del coche. Al lado del cochero, tocado con alto *shako*, tieso y orgulloso, el *khawas* uniformado agitaba lenta y continuamente

una bandera con los colores alemanes. Pasaron orgullosamente frente a la garita de los *saptiehs* que vigilaban atentamente el acceso a la ciudad y al puerto. Inmediatamente los gendarmes se cuadraron y saludaron respetuosamente al representante y la bandera del imperio alemán, así como a sus protegidos, bastante sospechosos. El señor Hoffmann los hizo atravesar también la segunda garita a la entrada de Arsus. Allí los nadadores descendieron del coche y se despidieron de su magnánimo benefactor, sin ocultar las lágrimas que humedecían sus ojos.

Alguien había ido a buscar a Chuchik a su choza. Oyó decir que Haik estaba a salvo. Al principio pareció no comprender. El busto inclinado, fijaba en el suelo la mirada inexpresiva. Desde la muerte de Esteban, apenas había levantado la vista. Estaba aún más huesuda, y sus puños duros y masculinos pendían inertes a lo largo de su cuerpo. Iba con mucha regularidad a buscar su alimento a la mesa de distribución. Cuando le dirigían la palabra, Chuchik se volvía con su gesto más rudo y hosco. Pero esta vez su espalda encorvada percibió un rumor:

—¡Chuchik! ¡Escucha! Haik está vivo… Vive…

Tardó bastante rato en asimilar este rumor hasta que todo su ser lo absorbió, su encorvada espalda comenzó entonces a adoptar incluso una suavidad femenina. Sus ojos erraban de un lado a otro: primero desconfiados y luego suplicando que no fueran crueles con ella. Entonces uno de los nadadores se permitió exagerar un poco la verdad:

—Roessler y Jackson se ven todos los días. El alemán me dijo textualmente que había visto a Haik y que tu hijo tiene un espléndido semblante…

En ese momento la certidumbre invadió hasta lo más profundo el alma de Chuchik. Dos veces respiró profundamente con un gemido. Avanzó con paso inseguro. Y estos pasos que le llevaban al círculo vacío formado alrededor de los nadadores y de sus familias, eran su salida de una soledad de quince años. Tropezó y cayó, pero inmediatamente encontró un apoyo para levantarse y ponerse de rodillas cual una estatua de porte impresionante. En su rostro sin

color ni edad se leía el reflejo de un fenómeno asombroso, la aurora de un inexpresable amor al prójimo bruscamente despertado. Esta mujer, que durante años había rechazado a todo el mundo y se había escondido lejos de la gente, levantaba ahora sus brazos torpes hacia las familias reunidas, con un gesto débil y nostálgico. Y los brazos pesados de Chuchik suplicaban: «¡Aceptadme entre vosotros! ¡Dejadme compartir vuestra alegría! Pues desde ahora en adelante soy de los vuestros…».

La sombra aún no había abandonado a Julieta. La vuelta todavía estaba lejos, era como una diminuta y redonda luz blanca, como al final de un túnel. Podía siempre refugiarse en su gran debilitamiento como en un laberinto benéfico sin escozor ni histerismos, que la envolvía en una frescura impermeable. Sólo veía superficies que se movían. Haciendo un esfuerzo, conseguía descifrar la identidad de estas superficies. Pero no era tan tonta como para agotarse haciendo esfuerzos. Todas las palabras y sonidos golpeaban el vacío de sus oídos como en un cuarto de paredes acolchadas. Entonces volvía realmente a encontrarse en una cabina telefónica al final de los Campos Elíseos. Telefoneaba a Gabriel al club armenio, pues en el Trocadero daban una comedia nueva que ella deseaba ver. Pero cuando esta vida indefinida y fría tomaba cada vez mayor fuerza, Julieta se sentía nerviosa y huía. Al único de sus sentidos a que se abandonaba con placer, sentido que no sólo funcionaba normalmente, sino que estaba hipertrofiado y sobrepasaba sus capacidades ordinarias, era el olfato. Con su olfato inspiraba mundos enteros que en nada comprometían. Eran campos de trébol en tonos violáceos, o bien la primera sonrisa primaveral en los jardines del norte rodeando casitas donde se veían bolas de vidrios de colores reflejar el espectáculo de la calle. Todo menos rosas, en nombre de Dios. Olor combinado de polvo al sol, de ruidos de mediodía, de la gasolina de los automóviles, de incienso enfriado y de bodegas; es ése el olor que se siente al abrir la puertecita lateral entre el andamiaje que conduce al interior de la catedral. ¡Poder aún

confesarse y comulgar! Esto sin duda sucede muy rara vez, y ya es tiempo de más, sobre todo si por casualidad pudiera salvarse. Pero el nombre a propósito no le vino a la memoria. Y he aquí que vuelve a hacerse sentir ese terrible olor de los mirtos. ¡Ah! ¡Gran Dios, eso no! Felizmente, existe un poderoso medio para conjurar el olor de mirtos: hacerse lavar la cabeza. Se ha instalado en Fauchardière, 12, rué Madame, en una cabina impregnada de calor y de humedad. Julieta está vestida de blanco y se echa atrás en el sillón movible. No es un verdadero perfume, sino el aroma seco y rústico de la manzanilla. (De las aldeanas que van a misa). La cabeza de Julieta flota en una nube espumosa de manzanilla. Enseguida ve sus cabellos lisos, partidos pobres como los de una colegiala flacucha. Pero ya llega el cálido aliento del secador eléctrico a acariciar este rubio desteñido de adolescente y proporcionarle la ligereza espumosa adecuada a una mujer madura. Dedos hábiles se ponen al trabajo. Una blanca frescura se extiende por su frente, sus mejillas y su barba. Pronto tendrá treinta y cuatro años, y a ciertas horas el cutis se relaja alrededor de la boca y de los ojos. Debería siempre ser tarde y que el sol esparciera una luz artificial. ¡Ah! ¡Poder aún complacerse a sí misma! ¡No vivir para los demás! Confinarse en su propio cuerpo muy cuidado, gustar, a pesar de todas las desconfianzas, los encantos de su yo, como si no existieran hombres en el mundo…

A pesar de las divagaciones de su espíritu, Julieta podía examinar nítidamente muchas cosas que se sucedían en su presencia… (aun en su más profunda inconsciencia, jamás había perdido el sentimiento del pudor y de la limpieza corporal). Ahora veía perfectamente que Mairik Antaram empeñaba toda su solicitud para acelerar su mejoría. Oía a la mujer del doctor discutir con Iskuhi respecto a la alimentación que debía preparársele. A pesar de la apatía de su conciencia, se sorprendía al ver las manos de las mujeres que buscaban en el fondo de la caja de provisiones y siempre sacaban una barra de chocolate, un puñado de sémola o una caja de copos de avena. Sin embargo, todas estas provisiones deberían haberse agotado mucho antes. Trató de sacar la cuenta de cuántos vivían de

estas reservas. Primero, Esteban. Sí, precisamente por Esteban se debía ser económico. Luego, Gabriel, Awakian, Iskuhi, los Tomasian, Kristaphor, Missak, Howsannah y… no recordaba el nombre. Inmediatamente se nublaba su cerebro y se revolvía su cabeza en un barullo de tempestad.

Tampoco podía contar, y había perdido la noción del tiempo. Lo que se llamaba antes o después, lo que había ocurrido hacía poco o mucho tiempo, lo confundía.

A pesar de que durante los días siguientes a su regreso a la vida Julieta recordaba vagamente la mayoría de los acontecimientos, aunque se le escapaban los más importantes, algunos detalles ocultos le golpeaban el entendimiento con insistente precisión.

Estaba recostada, sola. Mairik Antaram había tenido que dejarla por dos horas, pues la necesitaban en el hospital. En ese momento entró Iskuhi y se sentó frente a la cama como acostumbraba, ocultando su brazo enfermo con una chalina. Julieta sabía, mirando a través de sus párpados transparentes, que Iskuhi no dudaba de su sueño y se entregaba sin restricciones a juegos de fisonomía y a pensamientos secretos. Pero Julieta sabía aún más. Gabriel acababa de dejar a la muchacha y por esto ella había entrado en la tienda; eso sabía Julieta. Iskuhi permanecería ahí hasta que Gabriel volviera. También sabía Julieta que el rostro de Iskuhi, aunque sólo fuera a sus ojos un reflejo tembloroso, le dirigía amargos reproches. Le reprochaba el no haber utilizado una buena ocasión para morir. Y sin duda este ser odioso, esta horrible y bella muchacha tenía razón. En realidad, ¿cuánto tiempo le sería permitido aún a Julieta refugiarse en esas regiones intermedias donde no existe la responsabilidad? ¿Cuánto tiempo aún le sería posible guardar silencio y dormir mientras Gabriel se hallara junto a ella? Julieta sentía los reproches, las censuras y la hostilidad de Iskuhi, que caían de golpe sobre su rostro como una viva luz. Mientras parecía dormir, su espíritu hacía descubrimientos que la atormentaban cruelmente. ¿Sería verdad? No era ella, Julieta, quien tenía los únicos derechos sobre Gabriel. Iskuhi poseía derechos más antiguos que ella y nadie podía impedir que volviera a tomarlos. Julieta sentía

una infinita compasión por sí misma. ¿Acaso no había hecho todo lo posible por esta asiática tratando de ganar su afecto, ella, cuyo nivel social era mil veces superior al de Iskuhi? ¿Acaso no había vestido y engalanado con su propia ropa a esta muchachita inexperta? ¿Acaso no le enseñó a cuidar su rostro y sus manos? (Sí, pero desnuda, esta muchacha tiene sin duda unos preciosos senos; aunque su cutis, de un café grisáceo, no tuviera remedio. Y luego, su brazo derecho inválido. ¿Es posible que eso agrade a un hombre tan exigente como Gabriel?). Julieta se asombraba de que esta antagonista innata llevara a la boca de la enferma, a pesar de los vómitos, la taza de bebida o la cucharada de alimentos por los que recobrara su regreso a la vida. Habría podido echar veneno en la cuchara; ¡pero, es más! ¡debió haberlo hecho! Habría sido su deber. Julieta observaba a su enemiga a través de los párpados entreabiertos. Precisamente ahora Iskuhi se levantaba; con su gesto habitual había colocado el termo bajo el brazo izquierdo, y con la mano derecha desenroscaba el vaso. Lo colocó sobre el peinador, lo llenó cuidadosamente y se acercó a la enferma. Así, pues, en realidad, las sospechas de Julieta no eran vanas. La criminal le traía veneno. Julieta cerró con fuerza sus ojos y sus labios. Le pareció como si su verdugo a la par de realizar el crimen tuviese la osadía de entonar algunas cancioncillas. Eran sonidos semejantes al zumbido de un mosquito que caían sobre el rostro de Julieta. Prestó atención y escuchó. Iskuhi se inclinó sobre ella:

—Hace cinco horas que no bebes nada, Julieta. El té está aún caliente.

Julieta obedeció a fin de que su enemiga jurada no tuviera la menor sospecha, y simuló disponerse a beber. De súbito, con calculada astucia, con un movimiento brusco hizo caer el vaso que Iskuhi sostenía. El té se derramó sobre las sábanas. Mientras tanto Julieta se había enderezado y, haciendo un esfuerzo, gritaba:

—Vete…, ¡vete ya!

Por la tarde tuvo que soportar una escena aún más molesta, cuando Gabriel se acercó a su cama. Era preciso ahora huir rápidamente y volver a sumergirse en su agradable laberinto. Pero,

de repente, los oscuros corredores se cerraron de manera que el espacio intermedio era ridículamente estrecho. Como siempre, Gabriel tomó con expresión escrutadora la mano de su mujer. El corazón de Julieta se puso a latir con una conciencia clara: «¿Va a hablar? ¿Estaré desde hoy obligada a saberlo todo? ¿No me será posible esconderme?». Trató de respirar regularmente, pero al mismo tiempo sentía que en ese momento su tentativa de sonambulismo ya no era pura ni honrada, pues la voluntad la falseaba. Felizmente, Gabriel nada le dijo. Al poco rato encendió las velas del peinador —ya no se consumía petróleo— y se retiró. Julieta suspiró aliviada. Pero dos minutos después Bagradian volvió para colocar sobre la cama de Julieta la fotografía de Esteban, aquella que databa del año anterior y que Gabriel tenía siempre en su escritorio en París y últimamente en Yoghonoluk. «Veamos, no puede ser; la fotografía de Esteban —se dijo Julieta—. Es otra cosa, tal vez una carta que debo leer cuando haya sanado. Pero, por el momento, no quiero exponerme a la vida. Me hace daño. Aún tengo el derecho de aislarme».

Se acurrucó, y con sus manos heladas estiró la colcha hasta su boca. Este movimiento hizo caer al suelo el cartón, quedando con la imagen visible. La fotografía dirigía la mirada nítidamente a Julieta, que inclinó la cabeza fuera del lecho. La luz de las bujías, aumentada por el espejo, brillaba en medio del retrato. La suerte estaba echada. Ya no tenía ningún medio para retroceder. Sin embargo, la visita de Esteban no se hizo por intermedio de la fotografía. El muchachito se hallaba presente a la cabecera de su cama. Se diría que acudía jadeante, habiendo dejado un momento su pandilla juvenil o el grupo de Haik, el servicio de ordenanzas o cualquier juego, para tomar su leche lo más rápido posible y de mala gana:

—¿Me buscabas, mamá?

—Todavía no, Esteban —imploraba Julieta—; no vengas hoy, todavía estoy demasiado débil. ¡Vuelve mañana! ¡Déjame aún estar enferma! Es preferible que vayas donde papá…

—Pero si estoy siempre con papá…

—Sé perfectamente que no me quieres, Esteban…

—¿Y tú, mamá?

—Cuando eres un niñito bueno, yo te quiero mucho. Debes ponerte tu traje azul. De otro modo, eres un armenio…

Estas palabras parecían disgustar profundamente a Esteban. No parecía tener ningún deseo de ponerse sus antiguos trajes. Su silencio demostraba su enojo. Julieta se puso a suplicarle con creciente vehemencia:

—¡Hoy no, te lo ruego, Esteban! ¡Vuelve mañana! Déjame aún esta noche…

—Mañana temprano…

No era una promesa, sino una pregunta vacía, impaciente, distraída, el pie en el aire, vuelta ya la cabeza hacia sus camaradas. Sin embargo, cuando Julieta sintió que accedía a sus ruegos, saltó de la cama. Su voz estrangulada y ronca, en su garganta:

—Esteban…, quédate…, no huyas, quédate aquí…, Esteban.

En ese momento Mairik Antaram se encaminó hacia la plaza de las tres tiendas para asegurarse del reposo nocturno de su enferma. Chuchik la acompañaba, pues desde que sabía a Haik con vida, sentía la tímida necesidad de estar con gente y ser útil. Las dos mujeres encontraron a la *banum* en medio del camino, más o menos a doscientos pasos de la tienda. Estaba acurrucada contra un arbusto, en camisa de dormir y las piernas enflaquecidas plegadas hasta la barbilla. Se veían aún en su frente las gotas de un mortal sudor y sus ojos muy abiertos tenían de nuevo esa expresión lúgubre y lejana.

A través de la montaña se oían golpes de hacha desde las alturas septentrionales del Musa Dagh hasta la quebrada. Los turcos derribaban las encinas de las pendientes. ¿Querían construir refugios para su artillería? ¿O levantaban un campo fortificado a fin de tener un retiro asegurado para su próximo ataque y no verse obligados a abandonar las alturas en plena noche o exponerse a un asalto por sorpresa? Se enviaron rastreadores a inspeccionar la meseta montañosa del otro lado de la garganta norte; estos cuatro

mensajeros habían sido escogidos entre los mejores ojeadores jóvenes. Pero no volvieron al campamento. En el ambiente existía una profunda consternación. Entonces se comisionó a Sato, la maestra en espionaje. No importaba mucho que algo le sucediera. Naturalmente, volvió sana y salva. Sin embargo, no fue posible sacar de su relato ninguna información útil. «He visto soldados, miles de soldados». La noción de los números no inspiraba mucha confianza en Sato, que sólo conocía denominaciones extremas, para las cantidades mínimas o inmensas. En cuanto a las ocupaciones de estos «miles de soldados», sólo sabía describirlas en términos muy vagos: «Hacen rodar pedazos de madera» o «hacen hervir el rancho». Por lo demás, su misión no parecía haberle interesado especialmente. En cambio, había conseguido un botín para ella: un pan. Lo apretaba fuertemente contra su cuerpo de pájaro, que aún estaba envuelto en el vestidito estilo princesa, convertido ya en los más mugrientos harapos. El pan había sido roído por los dientecillos de ratón de Sato, no en dos o tres lugares, sino en diez, en una forma completamente inhumana. Dejó plantados a Nurhan *Elleon* y los que la rodeaban, desapareciendo sin que fuera posible encontrarla. Nadie había de obtener ni un solo bocado de su tesoro, y menos que nadie Iskuhi. Con ésta le sucedía a Sato algo parecido a lo que le ocurría a Oskanian con Julieta.

Esto sucedió el trigésimo sexto día del éxodo, que correspondía al cuarto del mes de septiembre.

Por la mañana se había distribuido a cada familia la ración reglamentaria de carne de asno. Pero nadie sabía si sería por última vez. Al mismo tiempo, desde todos los observatorios anunciaban que las aldeas y todo el valle estaban más animados que nunca. No sólo se veían allí nuevos soldados y *saptieh*; también se veía una multitud de curiosos provenientes de las localidades musulmanas. Pronto se descubrió la causa de esta curiosidad. Cuando Samuel Awakian, provisto de los prismáticos de Gabriel, subió a la colina principal para verificar la situación, los jóvenes observadores se precipitaron a su encuentro en un estado de extrema excitación. Se había producido algo totalmente inédito. La mayoría de los aldeanos

veía por primera vez semejante objeto. Esta cosa misteriosa se detenía precisamente en el camino real de Antioquía a Suedja, a la entrada del pueblecito de Jedidje, donde esperaba un destacamento de caballería. Gracias a los prismáticos, Awakian reconoció un pequeño automóvil militar de color gris que probablemente había atravesado desafiando a la misma muerte los desfiladeros montañosos de los alrededores de Ain el Jerab. Tres oficiales descendieron de este sensacional vehículo y montaron los caballos que tenían preparados. La pequeña tropa de jinetes se dirigió inmediatamente hacia el valle de las aldeas. Los oficiales cabalgaban delante, al trote, seguidos por la caballería; en pocos minutos llegarían a Wakef. El oficial de en medio les llevaba constantemente medio cuerpo de ventaja a los demás. Mientras los otros llevaban los *sbakos* de astracán de tipo ordinario, él tenía en la cabeza un casco gris. Awakian distinguió claramente en su pantalón de montar la raya roja que caracteriza al general. Esta comitiva atravesó al trote las aldeas, sin detenerse. En menos de una hora llegó a Yoghonoluk. El general y los oficiales eran esperados por varias personalidades en la plaza de la iglesia. Eran, sin duda, el caimacán de Antioquía que con el *mudir* y otros funcionarios acompañaban al general Pachá y a su escolta a la villa Bagradian. Este importante acontecimiento fue inmediatamente transmitido al mando supremo. Samuel Awakian tomó la responsabilidad de dar la alarma general.

Gabriel aprobó esta medida y hasta la reforzó ordenando que desde ese momento el campamento permaneciera en constante estado de alarma sin ocuparse de saber si sucedería o no algo extraordinario. Sin embargo, confesó a Awakian su verdadera convicción; los turcos, según su opinión, estaban aún lejos de terminar sus preparativos y probablemente nada sucedería ese mismo día, ni al siguiente, ni siquiera días después. Y los hechos parecieron darle la razón. Después de una estancia de dos horas en la villa, los oficiales volvieron a montar a caballo y se marcharon al trote con más rapidez aún que cuando llegaron de Jedidje.

Apenas había pasado media hora en el teatro de las hostilidades, cuando el auto, con desesperados ronquidos, los condujo hacia

Antioquía. El caimacán acompañó a estos señores a la capital.

Ese mismo día Gabriel Bagradian despertó del dolor en que lo había sumido la muerte de su hijo. Una vez más se imponía la parte beligerante de su ser, esa parte que se despertó en él con la deportación, recobraba de nuevo todas sus fuerzas. Ya había pasado la última noche en la trinchera norte. Pero como existía una animosidad contra la plaza de las tres tiendas y Gabriel no quería que las mujeres se quedaran solas, envió a Kristaphor y Missak para que cuidaran de su seguridad.

En una hora, Gabriel consiguió aislar herméticamente toda su vida interior. El dolor permanecía allí, pero sólo en estado de lejana e indefinida conciencia, como una parte del cuerpo herida y anestesiada. Y volvió a su trabajo con renovados bríos. Parecía haberse repuesto completamente de su fatalidad gracias a una resolución brusca y voluntaria, y ser aún más rígido e inflexible. Entonces se dio cuenta plenamente, por primera vez, de cuán inestimable era su colaborador ayudante, Awakian, o más bien su jefe de estado mayor. Este joven infatigable, este curioso yo impersonal, daba pruebas de un temperamento de hierro; jamás había tratado de usurpar un papel preponderante, aunque por sus conocimientos y su inteligencia fuera infinitamente superior a la mayoría de los jefes. Apenas Awakian aparecía en las posiciones, surgía inmediatamente allí una atmósfera de celo reconfortante, esta preciosa mentalidad militar que se llama la confianza en los superiores. La razón consistía en que aún estando ausente el supremo comandante, su ayudante reflejaba como una luz la superioridad que emanaba de Bagradian. También Awakian había perdido el sueño desde la muerte de Esteban. Había vivido cuatro años en la casa Bagradian, y quería a Esteban como si fuera su hermano menor. ¿Por qué aquel terrible día no había presentido lo que se agitaba en el alma del muchachito? Era una falta de su conciencia que jamás se perdonaría. ¿Jamás? El único consuelo que le quedaba era que este «jamás» ya no era más que una cuestión de días; y ante esto, todo pesaba menos en la balanza de los remordimientos.

Sin embargo —o precisamente por eso—, Awakian concentraba todas sus últimas energías en servir lo mejor posible a Gabriel. Entre otras cosas, había hecho una nueva nomenclatura de los hombres de primera línea. Esta lista permitió a Bagradian comprender que el número de combatientes había bajado a más o menos setecientos. Sin embargo, este vacío que había causado la muerte no representaba una sensible disminución de las fuerzas de combate. Porque se podía equipar a los mejores hombres de las reservas con los fusiles ahora disponibles. Y por fin, felizmente el frente de defensa se había reducido gracias al incendio y ya no comprendía sino un escaso número de sectores. La garganta de las encinas era aún un enorme horno de carbones ardientes.

Aún se sentía el calor que esparcía hasta la cañada del pueblo, donde, sobre todo por la tarde, incitaba desagradablemente los ánimos populares. El punto más débil de la línea de defensa estaba así para siempre preservado contra los ataques. No sólo en esta enorme hendidura del Damlajik, sino mucho más lejos, en las colinas, en las menores ondulaciones, se veían puntos rojizos bajo los árboles derribados por el siniestro incendio. Una mano bienhechora había dispuesto allí todo a favor de los armenios. Bagradian resolvió suprimir los puestos en los sectores superfluos y, así, creó una cadena estrecha de centinelas encargados de proteger el borde de la montaña contra las sorpresas y los espías turcos. A juzgar por las posibilidades actuales y varios signos exteriores, los turcos tenían la intención de reunir fuerzas diez veces superiores a las del adversario para efectuar al norte un ataque general que, probablemente, junto con la artillería, estaría destinado a aniquilar definitivamente a los extenuados armenios. Los hachazos resonaban sin cesar. Sin embargo, a pesar de estos preparativos que nada tenían de ambiguo, Bagradian fue suficientemente previsor para enviar también al lado sur un grupo de reconocedores. Estos valientes muchachos se atrevieron a adentrarse en Suedja durante la noche. A su regreso informaron de que había muy pocos soldados y casi ningún *saptieh* en el llano del Oronte, pues todas las tropas se habían concentrado en el valle de las aldeas. El bastión rocoso y la eventualidad de una

nueva avalancha de piedras parecía seguir inspirando a los turcos un respeto sin límites, a pesar del prestigio de su general. Aunque todo estuviera así dispuesto, Gabriel decidió visitar al día siguiente el bastión sur.

Por la noche, sentado junto a su cama, miraba fijamente la pendiente de la garganta y el grupo de árboles en la altura opuesta por donde desapareciera Esteban, sin que él hubiera podido evitarlo. Sus vecinos aún no se le aproximaban. Cuando él se acercaba, interrumpían su charla, se levantaban y lo saludaban como al jefe que era. Eso era todo. Ninguno de ellos le hablaba una sola palabra de Esteban; quizá porque no se atrevían. Todos lo contemplaban de una manera extraña, triste y escrutadora al mismo tiempo. Tchauch Nurhan era el único que se había mantenido junto a él todo el tiempo, como si tuviera muchas cosas que decirle y sólo esperase el momento oportuno para ello. Ahora gozaba de su bien merecido descanso, pues ninguno de los jóvenes lo aventajaba en su infatigabilidad.

Hacía veinticuatro horas que Gabriel Bagradian no había visto ni a Iskuhi ni a Julieta. Así se sentía mejor. Romper con toda relación. Ya no tenía derecho a dejarse llevar por estas debilidades. Debía permanecer frío y libre para el último combate. Y, en efecto, a pesar de su inconmensurable tristeza, se sentía frío y libre en la expectativa de esta última lucha. Sobre esta meseta montañosa, las noches de septiembre se habían hecho muy frescas. Por otra parte, el caprichoso viento no se había apaciguado, aunque de vez en cuando hiciera una pausa. ¿Dónde estaban aquellas hermosas noches que él conocía antes del espantoso asesinato de su hijito? Gabriel continuaba con la mirada fija en los negros muros de enfrente. A veces el viento pasaba gimiendo a través de los árboles en las alturas. ¡Qué cobardes eran los enemigos! Con semejante noche podrían haber cavado una trinchera allá sin que nadie los molestara. Pero, en realidad, no necesitaban tales estratagemas si tenían cañones. En ese caso, todo se liquidaría en un abrir y cerrar de ojos. Pero tal vez no debería esperarse sin más el ataque, tal vez debería prevenirse el ataque; en resumen, tener una vez más una idea. Ahora bien, ¿acaso

él, Gabriel Bagradian, no había tenido siempre alguna idea salvadora que permitiera al pueblo permanecer hasta el presente exento de derrota? Primero, gracias al plano de defensa, el sistema entero, luego los *comitadjis*, la guardia volante, el incendio salvador…

¿Prevenir el ataque? ¿Una nueva inspiración? ¿Pero qué? ¿Y cómo? Su cabeza estaba vacía.

Al día siguiente, según su intención, Gabriel Bagradian visitó el bastión sur. Antes se había detenido un momento en el lugar de los obuseros que miraban en sentido opuesto; uno dirigido hacia las alturas septentrionales, el otro hacia Suedja. Durante los días precedentes a la muerte de Esteban, Gabriel había determinado su mira según el mapa de la región. Aún era posible estorbar y detener la marcha del enemigo, pues quedaban cuatro granadas y quince obuses en el cajón de municiones.

Tchauch Nurhan, Awakian y algunos jefes de sector acompañaban a Gabriel en su visita de inspección. En ese momento, la impresión que producían los hombres del bastión sur no era precisamente sospechosa. A su salida de la prisión, Sarkis Kilikian se había dignado a perfeccionar aún más el mecanismo de los arietes de asalto. Parecía interesarse únicamente en estos juguetes gigantescos y mortíferos. Este acceso de obstinado celo con el que trabajaba en sus máquinas destructoras, tenía algo de infantil. Desde luego, hacían un impresionante contraste con toda la persona de Kilikian, tan gastada y salvaje. Gabriel Bagradian había percibido desde el principio la fuente truncada que representaba esta víctima de un atroz destino, una fuente activa detenida en su curso. Sus relaciones con lo irremediable. En este habitante de las grandes ciudades, en este hombre bien educado, en este burgués lleno de distinción surgía un temor instintivo ante el aniquilamiento radical que se personificaba en aquel desertor.

Sólo una vez se había producido un altercado entre ellos, terminando con la vergonzosa derrota de Kilikian. Sin embargo, el

vencedor no había sentido ninguna satisfacción en ello, y aún hoy, como en cada uno de sus encuentros, no podía dominar completamente una especie de incertidumbre que lo invadía a la vista de este individuo. Era sin duda una evidente debilidad de Bagradian, y muy difícil de explicar; Kilikian era, en el Musa Dagh, la única persona con quien no sabía qué tono emplear. A veces le hablaba con demasiada condescendencia, otras veces como de igual a igual. Por el contrario, el ruso siempre encontraba un medio para rechazar las tentativas de amistad de Bagradian.

En ese instante, por ejemplo, permanecía tranquilamente tendido de espaldas, mientras el jefe supremo hacía nuevos elogios de sus catapultas. Esto no sólo constituía una insolencia inaudita, sino también una grave falta de disciplina que merecía una inmediata sanción. En vez de darse por aludido, Gabriel se volvió buscando con la vista al preceptor Oskanian. Pero éste, guiado por una cobardía histérica, había desaparecido rápidamente a la llegada de Bagradian. Es verdad que no podía adivinar si Ter Haigassun, o Bedros Hekim, o Chatakhian habían informado ya al interesado de la triste discusión durante la cual el preceptor derramó tanto veneno sobre la familia Bagradian. Además, desde que fuera excluido del consejo de jefes, Hrand Oskanian parecía estar más perturbado que nunca por una crisis de vanidad. Parecía querer fundar un «partido Oskanian». Hacía días que dirigía discursos grandilocuentes a gente de modesta condición que no formaba parte del bastión sur, pero que iba a visitarlo.

«La idea», según decía, se desarrollaba constantemente en su cerebro y cada vez se hacía más nítida. Por lo demás, esta idea no le pertenecía: provenía de una de las luminosas exposiciones del maestro Krikor, que años antes tratara durante los paseos filosóficos, al estilo peripatético, el tema de la muerte voluntaria en oposición al «deber de vivir» y «al derecho de morir» con la ayuda de autores perfectamente desconocidos, aunque provistos de nombres muy armoniosos.

Los inspectores no encontraron en las posiciones del bastión sur lo que puede llamarse relajamiento en el servicio. Las tareas estaban

repartidas conforme a los reglamentos fijados para la primera línea; todos los puestos estaban ocupados, y cada uno de los centinelas de avanzada en su lugar, al borde del gran terreno de avalanchas. El estado de los fusiles tampoco dejaba que desear. Sin embargo, la actitud de los hombres, a pesar del buen orden aparente, tenía algo de blando, de flojo, de sospechoso, que causó vivo descontento en Tchauch Nurhan. El sector estaba ocupado por once decenas de combatientes; este número comprendía 85 desertores. Entre éstos no había, naturalmente, más que dudosos personajes; aunque la mayoría fuesen infelices fugitivos inofensivos que habían querido escapar de la amenaza de malos tratos, de los bastonazos o del trabajo de camineros. Todos, por diversas razones —ya fuera por la miseria, la vida desequilibrada o por el mal ejemplo—, todos habían adoptado la obstinada apatía de Sarkis Kilikian: se diría que este estilo les parecía el más adecuado y elegante para gente de su especie. Tomaban actitudes desvergonzadas y cínicas y vagaban por todos lados exhibiendo sus semblantes sarcásticos: se les veía aún tendidos de espaldas, impúdicamente, estirándose, bostezando y silbando con tono provocador; total, que semejante comportamiento no permitía augurar nada bueno para la próxima batalla. No parecía un grupo de combatientes, ni siquiera una verdadera banda de salteadores, sino un grupo de viles vagabundos fuera de la ley reunidos en un rincón perdido lejos del mundo.

Sin embargo, Gabriel Bagradian no parecía dar una importancia exagerada a este estado de cosas. La mayoría de estos individuos habían sido probados en el combate. Lo demás era secundario. En todo caso, había que tratarlos con mayor prudencia que a las tropas escogidas.

Pero el incidente del fuego ya fue demasiado. El bastión sur poseía al oeste, en el lugar donde el Damlajik describe una curva hacia el mar, tres parapetos muy elevados que servían de límite. Estos atrincheramientos dominaban la pendiente abrupta de la montaña que caía sobre Habaste en terrazas llenas de árboles e imposibilitaban todo movimiento envolvente del enemigo. Y allí, a cincuenta pasos, bajo estos atrincheramientos también defendidos

por murallas, había sobre un terreno descubierto un gran fuego sumamente atrayente, cual amable invitación a los turcos. Estaba estrictamente prohibido encender cualquier fuego al raso; para ello se necesitaba una especial autorización de los jefes. Y esto no era todo; no sólo se veía alrededor de esta fogata una banda de vagos, desertores de los más despreciables, sino también dos mujeres que vinieron de la cañada del pueblo para formar parte de este lindo cuadro. Estas mujeres asaban al fuego soberbios pedazos de carne de cabra clavados en largas estacas. Nurhan y los otros se precipitaron como poseídos sobre los miembros de esta asamblea. Bagradian los siguió lentamente. Tchauch cogió a uno de los desertores por la camisa inmunda y lo obligó a levantarse. Era un hombre de cabellos largos y rostro oscuro, cuyos vivos ojillos en nada se parecían a los ojos armenios. El largo bigote gris de Nurhan, bigote tipo sargento, temblaba de ira.

—¡Piojoso sinvergüenza! ¿De dónde sacásteis estas cabras?

El hombre de largos cabellos trató de desentenderse y aparentó no haber visto jamás a Tchauch.

—¿Y a ti qué te importa? ¿Quién eres tú? No te conozco.

—¡Ya te enseñaré a saber quién soy!

De un puñetazo hizo rodar por el suelo al individuo, que casi cae al fuego. Confuso, se levantó con actitud socarrona.

—¡Vaya una razón para pegarme! ¿Qué hemos hecho? Fuimos a buscar estas cabras a Habaste, anoche…

—¿A Habaste, carroña? ¡Las habéis robado del campamento, cobardes, criminales! Habéis quitado el último recurso a vuestros hermanos que mueren de hambre… Ésa es la verdad.

La mirada del melenudo buscaba a Gabriel Bagradian, quien, manteniéndose a cierta distancia, confiaba a su subordinado la tarea de dirigir esta escena repugnante.

—*Effendi* —gimió al noble personaje—, ¿acaso no somos también hombres y tenemos hambre como los demás? Exigís de nosotros un trabajo continuo, día y noche estamos de servicio, es peor que en cualquier cuartel…

Bagradian no contestó: con un gesto breve ordenó a los hombres

que lo acompañaban que apagasen el fuego y confiscasen la carne. Tchauch Nurhan amenazó a los desertores blandiendo en la mano una presa ya dorada.

—¡Cómo de todas maneras tendréis hambre…! ¡No tenéis más que comeros los unos a los otros!

El melenudo se acercó a Bagradian, los brazos humildemente cruzados sobre el pecho.

—*Effendi*, ¡dadnos municiones! Cada uno de nosotros sólo tiene un cargador de balas. Nos habéis quitado todas las demás, de otro modo podríamos organizar cacerías y matar de vez en cuando un conejo o un zorro. Es muy peligroso dejarnos tan pocas balas. Los turcos podrían sorprendernos a media noche…

Gabriel Bagradian se volvió sin preocuparse de los desertores. Al regresar Nurhan *Elleon*, aún muy indignado, declaró:

—¡Debería seleccionar mejor el bastión sur y expulsar a los veinte individuos más sospechosos!

Desde hacía rato los pensamientos de Gabriel Bagradian se habían desviado de este odioso incidente para concretarse en asuntos de mayor importancia.

—Es imposible —contestó distraídamente—, no podemos dejar morir a compatriotas armenios.

—¿Compatriotas armenios?

Tchauch Nurhan lanzó un salivazo que trazó una curva burlona, Gabriel volvió a recordar el rostro del melenudo.

—Entre cinco mil almas, también tiene que haber canallas. En todas partes sucede lo mismo.

Tchauch miró a Gabriel con desconfianza.

—No conviene aceptar semejantes crímenes con tanta tranquilidad…

Gabriel se detuvo en seco, cogió el fusil máuser del veterano y con la culata golpeó con el arma el suelo.

—No tenemos sino un castigo a nuestra disposición, Tchauch Nurhan, ¡éste! ¡Cualquier otro es ridículo! ¿Acaso no fue ridículo encerrar a Kilikian en el cuarto contiguo al del pobre Krikor? Para castigar debidamente a los culpables del fuego habría que fusilarlos a

todos.

—¡Es lo que deberíamos haber hecho…! Pero ahora se trata de preocuparnos de un nuevo reparto de las tropas, *Effendi*…

—Sí, voy a ocuparme de este nuevo reparto, Tchauch Nurhan. Será algo totalmente diferente…

No se explayó más porque no tenía ninguna idea precisa respecto a esta supuesta innovación.

Cuando por la mañana del seis de septiembre, las mujeres se dirigieron a los carniceros en busca de la ración familiar cotidiana, sólo muy pocas recibieron algunos pedazos de huesos de los cuales colgaban nervios y tendones. Desesperadas, las madres se precipitaron sobre los *mouchtars* que, como siempre, presidían la distribución de sus respectivas aldeas. Los alcaldes retrocedieron, lívidos, grises y verdes como sus conciencias cargadas de remordimientos. Balbuceaban que, por orden del consejo de jefes, habían tenido que llevar a las trincheras los mejores pedazos, pues los combatientes debían estar en buen estado para el próximo asalto. En cuanto a los últimos asnos y cabras, una decisión del consejo había prohibido su sacrificio debido a la leche para los niños, y a que las cuatro bestias restantes eran necesarias para el combate. Por consiguiente, las amas de casa tendrían en adelante que procurarse el alimento por sus propios medios. Podrían tratar de preparar sopas que por lo menos engañaran el hambre: con diversas plantas, arbustos, tallos, higos de Barbaria, bayas y drupas silvestres, o raíces y hojas. Mientras daban estos desalentadores consejos, los *mouchtars* se encogían y se tapaban el rostro con las manos, pues temían ser estrangulados y golpeados por las furiosas mujeres. Pero la respuesta de éstas fue bien distinta. Las amas de casa, petrificadas, bajaron la cabeza. La inquietud febril de sus ojos se trocó en una expresión de profundo abatimiento, como cuando cayó la terrible noticia de la orden de deportación en las aldeas. Los *mouchtars* suspiraron, aliviados. Ya nada tenían que temer. Las mujeres se dispersaron volviendo lentamente la espalda a la mesa de distribución.

Al poco rato toda la muchedumbre se diseminó por la meseta como los rayos del astro rey por entre las rocas de la pendiente abrupta, y hasta se arriesgaron por los trechos de verde que escaparon del gran incendio.

Naturalmente, si se hubiera podido traspasar como antaño los límites del desfiladero norte, habría sido probable descubrir de uno u otro modo la forma de alimentación inesperada. Pero la región incluida entre las fronteras de la defensa estaban secas y roídas como un hueso robado por algún perro vagabundo. Para un gran número de mujeres era la centésima vez que visitaban las zonas de zarzamoras y mirtos para tratar de arrancar a los espinosos matorrales los restos olvidados de sus anteriores búsquedas. Otras intentaban escalar las paredes rocosas en los pocos sitios donde crecían las higueras de Barbaria, cuyos grandes frutos carnosos eran particularmente codiciados. ¿Pero de qué les valía? Todos los espíritus clamaban por la grasa, por la harina, un trozo de mantequilla de cordero o un minúsculo bocado de queso. Lo que se comía calmaba momentáneamente el estómago, pero no el deseo de grasa y pan. El café y el azúcar del agá, del que todos habían recibido un poco, las ínfimas porciones de la dura carne de asno de los últimos días (la galleta que trajeron los nadadores ni siquiera se contaba), todo esto era motivo para que entre ellos, estando frente a frente con la indecible hambruna, se despertase, en medio de todo esto, una necesidad de camorra.

El pastor Aram no tenía suerte en su empeño con la pesca. La falta de instrumentos apropiados hacía imposible la construcción de una balsa capaz de resistir el envite de las olas, y las redes resultaban también insuficientes. Los cazadores tampoco tenían más éxito, aunque sus cañas y cordeles fueran más adaptables a las condiciones. En aquellas regiones las aves migratorias no habían regresado aún de su veraneo en los países septentrionales; en cuanto a los tordos, becadas y pichones salvajes, no se dejaban atrapar en trampas tan primitivas. Sólo las gentes como Nunik, Wartuk y Manuchak y los suyos, estaban acostumbradas, desde tiempos inmemoriales, a vivir de la nada. En el valle y en el Damlajik, hacía treinta y siete días que

no obtenían ni siquiera los residuos de la comida. Nunik compadecía a las pobres mujeres. Que las plañideras, mendigos, ciegos, lisiados y tarados no podían habitar entre los «vivos», de eso no dudaba ninguno de ellos, y por ello no alimentaban ningún odio vengativo contra sus compatriotas, que debían pagar su existencia más luminosa con pesados trabajos. Las plañideras, en especial, que gemían por los muertos y protegían a las parturientas de los espíritus maléficos, se creían, a pesar de todo, personalidades de honorabilidad indiscutible y de valor necesario. Sin embargo, a pesar de toda su magia, ni siquiera Nunik podía conseguir pan y algo de sebo. Pero ayudó a las mujeres, descubriéndoles algunas de sus fuentes alimenticias. Una de éstas era una zona de anidamiento de gaviotas y otros pájaros marinos. Las mujeres pudieron llevar a sus casas algunos cestos de huevos de gaviota. Pero, repartidos entre mil familias, apenas significaban una ayuda a la nada.

Mientras las mujeres se entregaban a sus desesperadas expediciones, el consejo de jefes había convocado a sus miembros para una reunión general.

Ninguno de estos hombres sospechaba que se encontraban reunidos por última vez en la barraca de la gobernación. Ante la cama vacía sobre la cual Krikor de Yoghonoluk había lanzado el último suspiro, se levantaba intacto el tabique de libros que el farmacéutico había colocado entre él y el mundo. El rostro cetrino de Ter Haigassun parecía convertido ya en su propia máscara mortuoria. Todos los jefes se encontraban allí, a excepción del difunto y de Hrand Oskanian, que no osaba infringir la orden de Ter Haigassun. Sin embargo, Asajan, su enjuto amigo, estaba presente; era también éste un viejo enemigo del sacerdote, a quien odiaba profundamente.

El último en entrar fue Bedros Hekim. Sobre sus cada día más curvadas piernas, se acercó tambaleante al estante de libros y echó una larga mirada a la cama vacía. Luego se volvió hacia la asamblea:

—Pensemos un momento en el farmacéutico. Era un loco, bien

sabe Dios, pero un hombre como Krikor no lo volverá a haber en la tierra…

El tono de este discurso mortuorio era áspero, pero al orador le afectaba, pues suspiró hondamente. Ter Haigassun unió sus manos.

—El médico tiene razón. Pensemos un instante en Krikor. Él no esperó hasta el final. Dios tenga piedad de su alma.

Los demás también cruzaron las manos y se ensimismaron. Para la mayoría de ellos esto fue sólo una formalidad, pero Gabriel Bagradian inclinó la cabeza profundamente, para no tener que mostrar su cara, que, naturalmente, no estaba contraída por Krikor. Después de este recordatorio fugaz, Ter Haigassun cedió inmediatamente la palabra al pastor Aram. Las discusiones de aquel día y su desgraciado desenlace tuvieron por causa la tensión extrema que reinaba entre Aram Tomasian y Gabriel Bagradian. El pastor no se había atrevido aún a pedir una explicación a Gabriel. Una insoportable timidez le impedía hablarle. Era un sentimiento en el que se aliaban, en una mezcla dolorosa, el pudor, el respeto y el descontento. Aram amaba a su hermana; ahora que el destino de ésta se apartaba del suyo y que Howsannah abundaba en vehementes acusaciones contra la joven, él no hacía sino amarla más aún. Le parecía escuchar todavía las palabras de Iskuhi: «Tengo diecinueve años y no cumpliré los veinte». Tomasian no quería llevar esta disputa hasta el extremo. Él sabía que Iskuhi estaba decidida a todo, incluso a romper totalmente con la familia; se lo había comunicado cuando éste le rogó que abandonara la plaza de las tres tiendas. ¿De qué valía esta tortura suplementaria? Los días se arrastran y prolongan, y uno de éstos será el último. Y había algo más: Iskuhi no había mentido nunca y seguramente tampoco lo hizo cuando dijo: «Entre Gabriel Bagradian y yo no ha pasado nada». Así es que el gran pecado no se había consumado. Cada día el pastor Aram rogaba a Dios en sus oraciones que le indicara un camino u otro, y ya creía estar sobre la buena pista.

El primer encuentro que tuvo con Gabriel Bagradian había llenado a Aram de confusión y rencor. Aunque no lo veía desde la muerte de Esteban, ahora que lo tenía enfrente no pudo, a pesar de

sus esfuerzos, lograr pronunciar una sola palabra de condolencia. La sesión comenzó inmediatamente con los informes de Tomasian:

—Ha llegado la hora fatal. Ya hemos distribuido toda la carne que nos quedaba. Sólo hemos podido sustraer secretamente los últimos trozos destinados a los hombres de la primera línea. Pero estas porciones bastarán a lo sumo para dos días. Hoy, por primera vez, las mujeres y los niños han de ayunar totalmente, si no queremos llamar también ayuno a los días anteriores.

El *mouchtar* Kebussjan levantó la mano no sin antes haberse asegurado con una mirada de sus ojos bizcos que todos sus partidarios de la última vez se encontraban en sus sitios.

—Realmente no comprendo por qué se da de comer a los hombres de primera línea mientras se hace ayunar a las mujeres y los niños. Los hombres jóvenes y vigorosos son más aptos para soportar las privaciones.

Al oír estas palabras Gabriel Bagradian intervino inmediatamente:

—Sin embargo, es muy fácil comprender, *mouchtar* Kebussjan. Los combatientes necesitan de todas sus fuerzas, y ahora más que nunca.

A fin de apoyar al jefe supremo de la defensa, Ter Haigassun desvió la discusión del tema del problema alimenticio:

—¿Tal vez Gabriel Bagradian desee darnos a conocer su opinión respecto a las fuerzas reales de la primera línea?

Gabriel hizo un gesto indicando a Tchauch Nurhan:

—La mentalidad de la primera línea no es muy inferior a aquella que tenía ya, antes del último combate. Por otra parte, las obras de defensa están en mejor estado y son más fuertes de lo que lo eran antes. Las posibilidades de un ataque turco se encuentran muy reducidas. Como mucho tienen la posibilidad en el norte, y sus preparativos nos demuestran esta misma convicción. No obstante la presencia de su general, no se atreverán a atacar el bastión sur; eso es seguro. Bien sabéis que no tenemos motivos para estar orgullosos de los hombres que ocupan aquella posición. En cuanto al ataque de los turcos por el norte, será sin duda más terrible que todos los

anteriores juntos. Se trata de saber ahora si cuentan con artillería y con cuánta. Todavía no hemos podido explorarlo. Y precisamente de esto depende todo. Quiero decir, si no recurrimos a otro medio… Más tarde hablaré de eso…

Ter Haigassun, que había escuchado según su costumbre en actitud distante, no pudo reprimir la gran pregunta:

—Pero ¿y después?

Gabriel Bagradian presa de una sed ardiente hacia el ansiado final liberador, levantó la voz en un tono demasiado alto para semejante recinto:

—¡Reflexionemos un poco! En la hora actual millones de hombres en el mundo entero se encuentran como nosotros en sus puestos en las trincheras. Esperan el próximo combate o luchan ya, derraman su sangre y mueren como nosotros. Éste es el único pensamiento que me consuela. Cuando pienso en ello, considero que yo no soy peor ni más cobarde que cualquiera de aquellos hombres. ¡Y lo que yo pienso lo piensan todos! Desde el momento en que luchamos, ya no somos miserables cuerpos humanos pudriéndose en algún sitio a orillas del Éufrates. Desde el momento en que luchamos conservamos nuestro honor y nuestra dignidad. Por eso no tenemos derecho a considerar otra solución ni desear otra cosa, sino a continuar en el combate.

Sin embargo, esta heroica concepción de la situación sólo pareció compartirla una minoría. El «pero, ¿y después?» lanzado por el sacerdote se propagó a la redonda; Gabriel se volvió asombrado.

—¿Después? Creía que todos estábamos de acuerdo en ese punto. ¿Después? ¡Espero que después no haya nada!

Estas palabras dieron a Asajan la oportunidad de mostrarse complaciente con su amigo Oskanian. El negro profesor le había rogado que no dejara pasar nada que fuera susceptible de despertar la desconfianza, es decir, de hacer, en cuanto fuera posible, alusión al «traidor». Gonzaga Maris y a la misteriosa visita del anciano agá. El cantor carraspeó con un énfasis pretencioso:

—Una muerte heroica, *Effendi*, no es completamente desinteresada. Por mi parte, no deseo otra cosa. Además, no me

atrevería a pronunciar un juicio, cualquiera que fuese, respecto a vuestra señora esposa. Tal vez habéis tomado ciertas medidas en cuanto a ella se refiere durante vuestra entrevista con aquel pachá turco que os visitó. Naturalmente, no se puede saber. Pero, ¿qué sucederá a nuestras mujeres —pobres armenias—, a nuestras hermanas, a nuestras hijas, si me permitís semejante pregunta?

Gabriel tenía un carácter de tal manera constituido, que jamás encontraba una respuesta adecuada contra los dardos envenenados llenos de malicia y vileza, a los cuales no sabía responder convenientemente; a causa de esto, siempre necesitaba un cierto tiempo para darse cuenta cabal de la maldad de semejantes frases. Ahora, por ejemplo, miraba fijamente a Asajan sin comprender el sentido de esta interrupción. Pero Ter Haigassun, que conocía ya perfectamente la naturaleza de Bagradian, se dirigió enérgicamente en su ayuda:

—¡Cantor, te aconsejo que sujetes la lengua! Y si quieres saber por qué el agá Rifaat Bereket ha venido a visitar a este *Effendi*, te lo voy a decir. Desde hace mucho tiempo Gabriel Bagradian podría gozar de una paz y una seguridad perfectas en la casa del agá, comer su abundante pan y su *pilav*, pues este turco ofreció salvarlo y le proporcionó todas las facilidades imaginables para la fuga. Y con todo Gabriel Bagradian, como verdadero compañero nuestro de miserias que es, prefirió conservar su fe y cumplir su noble deber hasta el último minuto.

Después de esto se produjo un prolongado silencio, un silencio estupefacto, por decirlo así. Fuera de Ter Haigassun, Bedros Hekim era el único que sabía la verdad. Sería, pues, falso creer que este silencio era provocado por la estimación que inspiraba a todos los asistentes la hermosa conducta de Bagradian. En ningún caso era éste el sentimiento de los *mouchtars*. Cada uno de estos valientes elegidos del pueblo se hacía en esos momentos esta pregunta: «¿Qué habría hecho yo ante semejante tentación?», y cada uno de ellos llegaba en el fondo de su alma a esta conclusión unánime: El nieto de aquel viejo astuto de Awetis, a pesar de toda su cultura europea, se había conducido como un bobo y un redomado idiota.

Aram Tomasian fue el primero en romper este inquietante silencio:

—Gabriel Bagradian —dijo sin mirar a su adversario— afronta siempre la cuestión desde un punto de vista militar. Creo que nadie puede reprocharme el haber sido cobarde durante los combates, y sin embargo yo no miro las cosas desde un punto de vista militar. Mis pensamientos tienen otra forma. Y todos nosotros pensamos de otro modo que Gabriel Bagradian, eso es innegable. ¿Para qué derramar nuevamente nuestra sangre en una lucha desigual si a lo sumo adquiriremos por ello el derecho a morir de hambre tres días más tarde? Y aun esto sería una suerte espléndida. Lo repito, ¿para qué?

Hasta ese instante el nuevo camino imaginado por Aram no había sido sino un juego de imaginación bastante vago y desprovisto de una sólida realidad. El exasperado deseo de contradecir a Bagradian dio de pronto formas definidas a su plan otorgándole una apariencia de concienzuda reflexión.

—Ter Haigassun y todos vosotros debéis reconocer que la vida que llevamos en el Damlajik no nos conduce a nada. ¿No sería tal vez preferible matar a nuestras mujeres y enseguida a nosotros mismos antes que esperar la llegada de los turcos o el hambre completa? Por esto os propongo salir de la montaña mañana o pasado mañana; en todo caso, lo más pronto posible. Por lo que me imagino escogeríamos la dirección norte; naturalmente no pasaríamos por las alturas que están ocupadas por los turcos, sino que bordearíamos la costa. Podríamos escoger como meta, por lo menos temporalmente, las pendientes de Ras-el-Chansir. La pequeña bahía que se extiende a sus pies está bien abrigada y es seguramente mucho más rica en mariscos que esta costa. No necesitaríamos balsas; nuestras redes bastarían ampliamente, pondría por ello mi mano en el fuego.

Sin embargo no sonaba tan fantástico como pudiera parecer. Porque en primer lugar, el discurso de Aram dejaba entrever una empresa de esfuerzo físico, la idea vaga, pero excitante, de escapar a la mortal letargia del Damlajik. Las cabezas hasta entonces

inmóviles se colorearon y empezaron a agitarse como movidas por una ligera brisa. Sólo Gabriel permanecía inmutable y ya levantaba la mano para pedir la palabra.

—Es evidentemente, un hermoso sueño el que ha concebido el pastor Aram. Confieso que yo mismo he acariciado a veces otros parecidos. Pero debemos juzgar hasta qué punto son realizables semejantes ideas. Voy, pues —cosa que no debería hacer en mi calidad de jefe militar responsable—, a imaginarme en el caso más favorable, es decir, en que logremos pasar inadvertidos por entre los turcos en plena noche y alcanzar el Ras-el-Chansir. Llevaré aún más lejos mi imprudencia imaginando que los *saptiehs* y la fuerza armada no adviertan el largo cortejo irregular de cuatro a cinco mil hombres, que se desarrolla en la costa perfectamente iluminada, pues nos encontramos actualmente con la luna en su segundo cuarto. ¡Bueno! Llegamos sin incidentes a los acantilados del campo. Allá debemos, ante todo, rodear un importante promontorio, pues sólo más allá del campo se inclina en medio de las rocas la pequeña bahía en cuestión… No me interrumpa, pastor, puede confiar en mis palabras, pues tengo el mapa perfectamente presente en mi espíritu. ¿Son acaso estas bahías, pequeñas grietas áridas en medio de las rocas, una superficie habitable? Lo ignoro. Pero deseo una vez más, en favor de Tomasian, suponer la más agradable eventualidad. Encontramos, pues, una superficie suficiente para establecer nuestro campamento, y los turcos son a tal punto ciegos que necesitan de seis a ocho días, si os parece mejor, para descubrir nuestro escondite. Pero ahora llegó el punto fundamental: ¿qué habríamos ganado en esas condiciones? Respuesta: hemos cambiado un lugar conocido por otro desconocido. Exponemos los agotados y hambrientos cuerpos de nuestras mujeres y niños a una interminable caminata entre rocas y acantilados, trayecto que, sin duda, nunca podrían superar. En vez de permanecer en este campamento, que se nos ha hecho familiar, nos encontraremos obligados a formar una nueva colonia, desprovistos como estamos de fuerzas y material. ¡Cualquiera ha de reconocer que esto es evidente! Ya que no tenemos bestias de carga, todas las camas, mantas, utensilios de

cocina y diferentes instrumentos han de permanecer en el Musa Dagh. Y sin nuestros medios de existencia nos será imposible comenzar una nueva vida, aunque lleguemos a un paraíso donde el pan crezca en los árboles. Ni el pastor ni nadie podrá contradecirme en esto. Abandonaríamos una posición fortificada que ha probado ser buena. Trocaríamos una plaza dominante sobre una altura por otra indefensa y sin protecciones en una depresión del terreno. Nos cogerían en el espacio de media hora, Tomasian. Evidentemente, tendríamos una gran ventaja ahí abajo. Nuestra fuga suprema al mar sería mucho más corta que desde aquí arriba. Y de todos modos, tememos mucho que los pescados nos den menos alimento que el que le daríamos nosotros a ellos.

Aram Tomasian había acompañado con molestas interrupciones esta exposición de Gabriel. La voz del buen juicio, que le advertía de que no se dejara arrastrar por oscuros sentimientos en esta hora decisiva, se hacía cada vez más confusa. Mientras atacaba a Bagradian con una violencia mal contenida, continuaba sin mirarlo.

—Gabriel Bagradian defiende siempre sus puntos de vista con mucha presunción. No se digna a reconocer en nosotros el menor rastro de inteligencia. Nosotros somos unos pobres aldeanos y él es infinitamente superior a nosotros. Naturalmente, no tengo intenciones de negarlo. Somos gente sencilla, campesinos y artesanos, y no tenemos nada que ver con su mundo. Pero ya que él nos ha preguntado tantas cosas, yo también desearía interrogarlo sobre algunos puntos. Convengo que como oficial ha convertido el Damlajik en una excelente plaza fuerte. Pero, ¿de qué nos sirven hoy todas estas fortificaciones y todo el Damlajik? ¡De nada! Al contrario, nos impiden ahora buscar una salida liberadora. Si los turcos son astutos no emprenderán ya otro combate, pues pueden conseguir lo que deseen al cabo de pocos días, sin tener que sufrir la menor pérdida. Pero que se produzca o no algún combate próximamente, ¿acaso hemos oído hablar de una nueva idea, de alguna nueva tentativa para escapar de la muerte? Evidentemente, es una solución muy cómoda aquella de dejarse morir aquí en medio de condiciones de vida familiares. Por lo menos para esto no se necesita

hacer un esfuerzo. Pero yo considero esta perezosa conformidad, esta apática agonía como la más despreciable actitud. Y, finalmente, he aquí la pregunta que resume todas las demás: ¿qué propuestas ha hecho Gabriel Bagradian para resistir al hambre? ¿O es suficiente que se burle de mis ensayos de pesca? Hasta el momento han sido el único esfuerzo en este sentido; si me hubieran secundado en vez de no pensar sino en obligar a los hombres a hacer sus ejercicios, habríamos logrado sin duda mayor éxito…

Hasta este punto el pastor había conservado por lo menos su calma exterior, pero ahora se lanzó adelante, y con un ímpetu apasionado, gritó:

—Ter Haigassun, la proposición que voy a hacer es extraordinariamente seria. Que se sacrifiquen, que se ase y distribuya todo lo que aún resta de ganado. La partida será la noche próxima o pasado mañana a más tardar, y la acampada será en alguna ensenada rocosa, donde podremos alimentarnos con las riquezas del mar.

La precipitación y brusquedad de esta proposición confundieron incluso a las cabezas más sólidas. Al modo de los musulmanes en oración, los *mouchtars* comenzaron a agitarse en sus bancos con una sensación de malestar. El viejo Tomasian, padre de Aram, parpadeaba con una expresión atónita. En cuanto a Kebussjan, se frotaba el cráneo calvo y sudoroso y gemía penosamente.

—Si sólo nos hubiéramos ido con los deportados…, muertos o vivos…, de todos modos estaríamos mejor…

En ese momento Ter Haigassun sacó de la manga de su hábito un papel muy arrugado. Era una buena oportunidad, no sólo para responder a los suspiros de Kebussjan, sino para defender también el Damlajik contra Aram; dio lectura a este mensaje del destino en voz baja y casi inexpresiva:

—Harutiun Nokhudian, pastor de Bitias, al *wartabed* de la costa cercana a Suedja, Ter Haigassun de Yoghonoluk. Ante todo, paz y larga vida para ti, Ter Haigassun, mi querido hermano en Jesucristo, y a todos mis queridos compatriotas instalados en el Musa Dagh, o donde sea que os encontréis, espero que todavía en la montaña. Si Dios lo permite, esta carta llegará a tus manos; la confío a un

bondadoso oficial turco. Nuestra confianza en Dios ha sido puesta a prueba del modo más terrible, pero el Señor nos perdonaría seguramente si la hubiéramos perdido. Mientras escribo estas palabras, veo rendidos a mi lado, esperando sepultura, los restos humanos de mi desgraciada compañera, aquel ángel de bondad y beatitud. Tal vez recuerdas que ella siempre miraba por mi vida, y a causa de mi débil constitución jamás permitió que me fatigara, o que saliera con la cabeza descubierta, o que bebiera en exceso esas vivificantes bebidas que tanto me gustaban, reconozco que tal pecaminosa debilidad se hallaba en mí. Pero ahora todo ha cambiado y las oraciones de mi mujer han sido oídas. Ha fallecido ante mí, muerta de hambre, y me ha abandonado. Su último gesto fue obligarme a aceptar su propio chal para protegerme del frío matinal de la estepa. Dios me castiga como a Job. Yo, con mi debilidad, mis enfermedades, mi tos y mis miserias, poseo una reserva de energías que no quieren desaparecer y que maldigo mil veces. Mi protectora terrestre ha muerto, y yo sobrevivo a todos los demás. En cuanto a mis feligreses, en Antioquía se separó a todos los hombres aún jóvenes; no sabemos nada de ellos. Todos los demás han muerto a excepción de 27 personas y tengo mucho miedo de ser el último, yo, que no soy bastante fuerte ni digno. Actualmente recibimos diariamente un poco de pan y de *bulgur*, ya que algunas comisiones nos han visitado; pero esto no hace sino prolongar nuestros sufrimientos. Tal vez vengan hoy algunos *inchaat taburi* a enterrar los innumerables cadáveres. Se llevarán también a mi querida compañera y les he de estar agradecido por esto. He llegado al fin de la página. Adiós, Ter Haigassun, ¿cuándo volveremos a reunimos?

El sacerdote leyó también las últimas líneas, igual que el resto, con una voz tan monótona como si se hubiera tratado de una notificación cotidiana. Sin embargo, cada sílaba iba a colgarse de las cabezas barbudas de los hombres, y a modo de pesas las arrastraba hacia abajo. Bedros Hekim levantó la voz ronca y mellada como un viejo cuchillo:

—Creo que después de esta lectura, Tomás Kebussjan no

aspirará con tanto ardor a los privilegios de la deportación. Hemos vivido aquí treinta y ocho días de una vida exclusivamente nuestra; ha sido dura, pero, de todos modos, decente, por lo que me parece. Es una lástima que ninguno de nosotros tenga más tarde oportunidad de enorgullecerse de ello. Yo propondría que Ter Haigassun dé lectura pública en la plaza del altar a la carta de Nokhudian.

Esta idea obtuvo una viva aprobación, pues desde hacía tiempo se escuchaba circular por la hondonada de la ciudad el mismo suspiro de Kebussjan: «¡Si nos hubiéramos ido con los deportados!». Durante todo este rato Gabriel había permanecido sentado, sumido en sus propios pensamientos y sin tomar parte en el debate. En realidad, ya conocía la carta del pequeño pastor. Su espíritu estaba preocupado por la provocadora animosidad que le demostrara Aram Tomasian en el transcurso de la sesión. Gabriel sentía claramente que Iskuhi era el motivo. Por esto no deseaba adoptar el mismo tono hiriente de Aram. Lo que iba a proponer era un asunto de suma importancia, y se esforzó, pues, por dar a sus palabras un tono dulce y conciliador:

—En ningún momento he tenido intenciones de burlarme de los proyectos o actos del pastor Aram. Desde el primer momento admiré su proyecto de pesca. Si no ha tenido éxito, no es por causa de su feliz inspiración, sino de los deficientes medios de que disponemos. En cuanto al proyecto del nuevo campamento, mi deber me ha ordenado demostrar que no sólo es irrealizable, sino que apresuraría y haría más cruel aún nuestro fin. En cambio, Aram Tomasian me ha hecho con todo derecho la siguiente pregunta: lo que pienso hacer para combatir el hambre. ¡Escuchadme bien, armenios! ¡De un solo golpe voy a dar respuesta a todas las preguntas!

Y Gabriel Bagradian se puso él también a improvisar, en cierto modo como el pastor.

Entre muchas otras había concebido y meditado, sin tomarla realmente en serio, la idea que ahora desarrollaría con extraordinaria precisión. Es un hecho constantemente verificado el que cuando una

idea o proyecto se expresa en palabras, ésta asciende inmediatamente al primer peldaño de la realidad posible, adquiriendo un peso específico independiente. Gabriel se volvió a Nurhan *Elleon*, hacia Chatakhian y hacia todos aquellos de quienes esperaba un apoyo.

—Existe un medio muy antiguo usado por todos los sitiados desde hace siglos… Los turcos han transportado su campamento al Musa Dagh. Aunque dispusieran de seis u ocho compañías y de Dios sabe cuántos *saptiehs*, tienen, sin embargo, necesidad de una gran cantidad de sus tropas para rodear completamente la montaña. Bastará con calcular aproximadamente la distancia entre Kebussije y Arsus. Es evidente que pretenden dejarnos morir de hambre y es por esto por lo que esperan aún algunos días para emprender el asalto general. Esto nos lo prueba la partida del general que debía dirigir el ataque. ¡Veis así qué importancia tenemos a sus ojos! Supongo que este general regresará pronto con sus oficiales, con el caimacán y tal vez con muchas más personalidades, que se alojarán en mi casa… Por esto desearía ensayar una salida, ¿me comprendes, Ter Haigassun? Me imagino la cosa de este modo: constituiremos con la élite de la primera línea un grupo de asalto. ¿Comprenderá éste de cuatrocientos a quinientos hombres? Lo ignoro aún. De aquí a la noche habré concebido y calculado la expedición hasta en sus menores detalles. Existen muchos caminos entre los lugares incendiados que conducen al valle. Será preciso explorarlos con cuidado. Por lo que sé, los turcos han colocado abajo sólo algunas patrullas encargadas de patrullar durante la noche por el valle y en las colinas. Se tratará sólo de escoger el momento en que el horizonte quede libre, lo que no es muy difícil. Les daremos la sorpresa a las dos o las tres de la mañana… ¿cómo?… No, no a Yoghonoluk, no iremos tan lejos…, nos contentaremos con atacar mi casa con nuestras fuerzas superiores a todas las que tienen ellos allí. Naturalmente, será preciso calcular antes la cantidad de guardias dispuestos en la villa. Además de los suboficiales cuento a lo sumo con un pelotón y algunos *saptiehs*. Nos desharemos de los centinelas de las puertas, y ocuparemos inmediatamente el jardín y los

pesebres. En cuanto a lo demás, no es necesario que lo explique aquí; es asunto mío y de Tchauch Nurhan. Con ayuda de Dios lograremos capturar al general, al caimacán, al *mudir*, al *jusbachi* y los demás oficiales. Si este golpe resulta, lograremos, en el espacio de dos horas, conducir a la cañada de la ciudad a las más poderosas personalidades turcas y a un gran número de bestias de carga y tal vez harina y provisiones.

—Gabriel Bagradian se entretiene ahora con quimeras —se burló el cantor, emisario de Oskanian. Hasta saltó de entusiasmo el apacible Chatakhian.

—Una vez más compruebo que Bagradian es el único capaz de tener ideas audaces, y ésta es aún más genial que las precedentes. Si logra realmente asaltar la villa y capturar a un general, un caimacán y un *jusbachi*, en ese caso, las consecuencias de su expedición serían imposibles de prever…

—Al contrario, Chatakhian, se pueden prever fácilmente —interrumpió Aram Tomasian con un arrogante desprecio—. Si hacemos prisioneros a uno de sus oficiales superiores y a uno de sus más altos funcionarios, los turcos tomarán el asunto enteramente en serio. Vendrán entonces con regimientos y brigadas. Si Gabriel Bagradian supone que el ejército vendrá a regatearle la vida de los rehenes y hacerle concesiones, se equivoca profundamente. El asesinato de un general y de un caimacán por rebeldes armenios, no haría sino ayudar admirablemente a sus planes. Encontrarían en ello el mejor de los argumentos para justificar su política de deportación ante los extranjeros y sus propios compatriotas. Semejantes incidentes son siempre bien recibidos por ellos. ¿Qué sabéis vosotros de eso, vosotros habitantes de Yoghonoluk? Yo he tenido la experiencia de Zeitun.

—No es Gabriel Bagradian, sino tú quien se equivoca profundamente, no obstante todas tus experiencias de Zeitun —replicó Chatakhian, que se sofocaba de rabia—. Conozco el Ittihad y conozco a los jóvenes turcos aunque solo haya vivido en Yoghonoluk. Se mantienen fuertemente unidos y no sacrifican a uno solo de los suyos, sean cuales fueren las condiciones. ¡Palabra de

honor! La muerte vergonzosa de un general y un caimacán sería para ellos una terrible derrota ante el pueblo, y a la cual no pueden exponerse. Al contrario, harán cuanto esté en su poder para comprarnos la vida de los rehenes con harina, grasa, carne y acaso nuestra libertad…

El desbordante optimismo del maestro Chatakhian desencadenó el sarcasmo de los escépticos. Se reprodujo entonces, como en la sesión anterior, una negativa y vana disputa, durante la cual ninguna opinión lograba ya imponerse. Ter Haigassun, que según su costumbre había soportado un rato el barullo sin intervenir, trató de restablecer la calma, observando, en un tono cortante, que convendría más terminar la discusión respecto al empleo del general y el caimacán una vez que se les hubiera cogido, y no antes. Mientras tanto, un furioso demonio se había apoderado del espíritu de Aram Tomasian. Cometió la imprudencia, tan inútil como descabellada, de atacar al sacerdote ortodoxo:

—¡Ter Haigassun! ¡Tú eres el jefe del pueblo y el principal responsable! Te acuso de indecisión. Dejas a las cosas seguir el curso que se les antoje. No quieres reñir con nadie. Es realmente un milagro que con tu… ¿cómo lo llamaré?, tu absoluta tranquilidad, hayamos podido sobrevivir hasta ahora…

Este ataque a la autoridad suprema —acontecimiento inaudito y sin precedente—, indignó a tal punto al librepensador Altouni, que decidió erigirse a voz en cuello en el defensor del *wartabed* de la antigua iglesia contra el pastor protestante:

—¿De qué nos acusas, jovenzuelo? ¡No faltaba más que esto! Tú no sabes nada de nosotros ni de nuestra vida, puesto que tu padre te envió a Marach cuando sólo eras un niño. Por lo tanto, no trates de darte más importancia de la que te corresponde.

Regañado como un mocito desvergonzado, Aram sufría hasta lo más profundo de su alma por su propia falta de delicadeza. Sin embargo, su voz y sus palabras se hicieron aún más agudas:

—Es posible que yo no sea aquí sino un extraño y que no os comprenda, aunque vosotros comprendáis perfectamente a los verdaderos extranjeros que se encuentran presentes. Por mi parte,

me mantengo en mi proyecto. ¡Y esto no es todo! Estoy resuelto a adoptar la conducta que considero buena por cuanto respecta a mí y a mi familia. O, ¿está escrito en alguna parte que debamos permanecer unidos hasta el final? Sería mucho más prudente disolver el campamento entero y que cada familia se salve en la medida de sus posibilidades. Si nos dispersáramos en grupos pequeños por toda la costa, por lo menos una parte de los nuestros conservaría la vida de uno u otro modo. En cuanto a mí, me voy a reunir a mi familia, a mi familia entera, Gabriel Bagradian…

Jamás durante las numerosas sesiones, a menudo muy agitadas, del consejo de jefes, había abandonado Ter Haigassun su calma. Ni cuando exactamente seis días antes expulsara de un puntapié a Hrand Oskanian sucedió esto sin la soberana dignidad, pero tampoco renunció en aquella oportunidad a su acostumbrada moderación. Del mismo modo, ahora no manifestó la menor señal de excitación al levantarse muy pálido y casi solemne.

—¡Ya basta! Nuestras sesiones no tienen razón de ser. El pueblo nos había encargado ser sus jefes. Hoy, el trigésimo octavo día de nuestro mandato, declaro abolido este cargo, pues el consejo de jefes no posee ya la fuerza íntima, ni la unidad necesarias para tomar decisiones útiles. Ya que un hombre como el pastor Aram Tomasian, que tiene la responsabilidad del orden y la disciplina interior, se ha demostrado capaz de disolver nuestra comunidad, será imposible en esta situación exigir obediencia y sumisión de nadie. Desde este momento el estado administrativo de las aldeas vuelve a ser el mismo que antes de la elección del consejo de jefes. Los *mouchtars* volverán a preocuparse sólo de sus comunas, y yo, como *wartabed* del distrito, me encargaré nuevamente de la dirección espiritual general. Con este título pido a Gabriel Bagradian que conserve como antes el mando supremo de la defensa. En este terreno será completamente independiente. Puede decidir o no el golpe de ataque, o cualquier otra medida defensiva; ése es asunto suyo y nadie tendrá derecho a mezclarse en ello. En mi calidad de sacerdote decreto un solemne servicio religioso para implorar el favor divino; más tarde daré a conocer la hora exacta.

Nada me autoriza a rechazar cualquier posibilidad de salvación. Por lo tanto, el pastor Aram Tomasian tendrá oportunidad de exponer por segunda vez, después del oficio y ante la asamblea general, las condiciones y razones de su proyecto. La mayoría del pueblo podrá entonces decidir por sí misma y probar si desea salir de la montaña, o si conserva su confianza en la valentía de los combatientes y en el plan de su jefe supremo. Pero después de esta decisión el pueblo acordará que cualquiera que dé pruebas de rebelión, por sus actos o palabras, contra el estado de cosas resultante de tal votación, será inmediatamente fusilado. ¡Bien! ¿Hay alguien que quiera añadir algo?

—¡Mil veces de acuerdo! Por lo menos terminará de una vez esta charla estúpida, —refunfuñó Bedros Hekim, quien hacía tiempo que se había parado junto a los libros de Krikor y admiraba los dibujos multicolores de uno de éstos. A la mayoría de los demás jefes también les agradó esta decisión. La declaración dictatorial llegaba muy a propósito para varios de los asistentes. En épocas de prosperidad es muy halagador hacer el papel de jefe, pero a dos pasos del desastre final se prefiere desaparecer entre la multitud. Los *mouchtars* se encontraban, pues, nuevamente convertidos en simples alcaldes de pueblo. El consejo de jefes constituido por la gran asamblea en el parque de la villa Bagradian se separó sin protestas, ruido ni brillo. Ter Haigassun había dado el golpe más prudente, pero al mismo tiempo hacía un sacrificio terrible. Era indudable que la dirección del pueblo se encontraba ahora purificada y libre de todas las almas dudosas o belicosas. Pero él se veía obligado, en esta hora suprema, a llevar a su pueblo ante Dios a través de la muerte, completamente solo, sin la menor ayuda. Mientras, los hombres abandonaron silenciosos el edificio de la gobernación.

En cuanto al pastor Aram, estaba lleno de rencor hacia Ter Haigassun, hacia Gabriel Bagradian y, principalmente, hacia sí mismo. Se despidió rápidamente de su padre sin responder a ninguna de las desesperadas preguntas del anciano. Los días de la deportación en Zeitun se imponían fuertemente en su espíritu. ¿Acaso no había deshonrado el evangelio cuando abandonó al tercer

día a su rebaño, a su rebaño de niños? El pastor reconoció con amargura que es siempre el mismo pecado el que hace caer al hombre en la tentación. Había sido sometido hoy a una prueba análoga de la que salía vencido y con más vileza, más vergüenza, confusión y presunción que la primera vez. Más valía no esperar el plebiscito y, sin proponer nada a nadie, encaminarse simplemente con Howsannah y el niño. Kework les bastaría ampliamente como criado. Naturalmente, sería necesario abandonar al padre, que no querría escapar. Los nadadores habían llegado con toda facilidad a Alejandreta pasando por Arsus. ¿Por qué una pequeña familia no lograría también, bordeando la costa y al cabo de tres noches de marcha, llegar allí? El señor Hoffmann, que recogió bajo su techo a los nadadores, no podría, siendo protestante él mismo, rechazar a un pastor protestante. En cuanto a su sacerdocio, después de esta decisión tan vil y vergonzosa, lógicamente había terminado. Tomasian palpó su portamonedas. Contaba con cincuenta libras; era mucho dinero. En ese instante su rostro se contrajo ante esa repugnante actitud. Fijó la vista sin ver en las agitadas olas del mar extendido a sus pies. ¿E Iskuhi?

Pero el destino quiso que ni el proyecto de Gabriel ni el de Aram pudieran realizarse, y que ni siquiera el plebiscito tuviera lugar. El dique se rompe siempre antes de que lo sumerjan las aguas y generalmente en el punto más imprevisto.

En los alrededores del bastión sur se extendía una amplia superficie vuelta hacia el lado del mar y cubierta de una hierba quemada por el sol. Era allí donde Sarkis Kilikian y Hrand Oskanian, el circunspecto comisario de este sector de la defensa, habían instalado un campamento provisional. A pocos pasos de ellos el hombre de los largos cabellos jugaba con otros dos desertores de dudosa procedencia a un extraño juego de conchas; los tres acompañaban las diferentes peripecias del juego con extrañas y melodiosas cancioncillas en las que se reconocía la mayoría de los dialectos usados en Siria. El profesor trataba de impresionar con sus

frases grandilocuentes no sólo al ruso, sino también a los demás, pues hablaba tan alto, que los sucios jugadores se veían forzados a escuchar, de buena o mala gana, parte por lo menos de sus temerarias opiniones. Pero Kilikian, tendido de espaldas y conservando entre los labios la pipa apagada de Krikor, no respondía a las exasperadas tentativas del hombrecito sino con un obstinado y pesado silencio.

—Tú eres un hombre instruido, has hecho tus estudios, Kilikian —declaraba en un tono vehemente el maestro de los cabellos crespos—. Por eso estoy seguro de que me comprenderás. Jamás he comunicado mis ideas a nadie, ¿sabes?, porque nadie era digno de ello. Ni siquiera he hablado de esto con el farmacéutico, quien, por lo demás, me plagió muchas de mis opiniones y conceptos. Tú conoces la vida, Kilikian. Ella te ha golpeado como a nadie en el mundo. Y sabes, a mí me sucede lo mismo, aunque tú también creas tal vez que Hrand Oskanian no ha sido sino un ridículo profesor de una miserable aldea. Tú no sabes nada de mí. ¡Oskanian tiene su idea! ¿Y deseas saber cuál es? ¡Terminar, comprendes, de una vez por todas! Pues, ¿para qué todo lo demás?

Sarkis Kilikian se enderezó ligeramente y deshizo en su mano un resto del tabaco que les regalaron. Mientras todos los demás mezclaban el puro tabaco rubio con hojas secas, el ruso lo fumaba tal cual, sin dignarse observar que de este modo su provisión disminuía dos veces más de prisa que la de sus camaradas. Oskanian, el ex mudo, había encontrado un maestro en la persona del mudo Kilikian. El silencio del ruso era tan escalofriante que habría podido deshojar un árbol. La influencia que ejercía en el maestro arrancaba a éste frases desbordantes de vanidad que brotaban en una agitada corriente, en la cual flotaban aquí y allá restos mal digeridos y envilecidos de la filosofía krikoriana:

—Así, pues, me comprendes, Kilikian, tal como yo te comprendo a ti. No tienes necesidad de decirme nada. Como tú, yo también creo que no existe un Dios. En efecto, ¿por qué habría de ser verdad semejante tontería? Nuestro planeta no es sino una pelota de porquería que vuela por ahí. Es química y astronomía, y nada

más. Te mostraré un libro sobre las estrellas del farmacéutico. Ahí podrás verlo todo en imágenes. Nada más que naturaleza, y si alguna vez alguien fabricó semejante cosa, tuvo que ser el demonio. La naturaleza es una puerca y es la más asquerosa de todas. Pero existe un último tesoro que no nos puede arrebatar, Kilikian, me comprendes. Puedes escupirla al rostro, puedes deshonrarla, puedes demostrarle quién es el más fuerte, en una palabra, puedes salirte de ella. ¡He ahí mi idea! Yo, Hrand Oskanian, tan pequeño como soy, voy a poner en su lugar a la naturaleza, al demonio y a Dios; los voy a castigar, los voy a injuriar. Van a rabiar esos grandes señores cuando se vean impotentes ante el profesor Oskanian, ¿me comprendes? Ya he encontrado gente que comparte mi idea. Por las noches voy a visitarlos a sus cabañas; sí, sí, Ter Haigassun no puede impedírmelo. ¿Has visto cómo Kework, el bobo, lanzaba los muertos al mar desde lo alto de la roca? Se habría creído que eran pájaros blancos que emprendían el vuelo. Y ésta es mi idea. Nosotros también queremos volar, tú, yo y muchos más aún, en vez de reventar aquí contra nuestra voluntad. Un pasito adelante y ya no sabes más del mundo sin haber alcanzado siquiera a tocar el agua. ¿Me comprendes? Enseguida nos desintegramos en el agua. Habremos escogido libremente esta solución, y la naturaleza, los demonios, los turcos y todos los demás bandidos reventarán de rabia porque los habremos burlado, porque habrán sido los más débiles en la lucha. ¿Me comprendes, Kilikian…?

Hacía mucho rato que Sarkis Kilikian había vuelto a tenderse de espaldas. Su apática cabeza de muerto observaba la marcha rápida de las nubes por el cielo. Nada permitía suponer que hubiera escuchado el himno suicida cantado por Oskanian. En cambio, el hombre de los largos cabellos interrumpió el juego; examinaba con detenimiento al astuto vencedor de la naturaleza, como si hubiera comprendido «la idea» y no la encontrara tan mala. Luego, se acercó un poco a Oskanian.

—¿Tienen muchos cajones allá en la plaza de las tres tiendas?

El maestro se sobresaltó, consternado. Comprobaba avergonzado que había predicado en el desierto. Además, el nombre

de la plaza de las tres tiendas ejercía siempre en su alma una desagradable impresión. Pero, por otra parte, se le presentaba una buena oportunidad de demostrar a estos individuos arrogantes, a estos aventureros a toda prueba, que él era alguien, un notable, un culto miembro de la alta sociedad, un jefe elegido por el pueblo. Por esto el tono de Oskanian fue una mezcla de desdén y suficiencia:

—¡Cajones! ¡Pero eso no es todo! Tienen enormes armarios y maletas grandes como roperos. Ahí se encuentra colgada tal cantidad de vestidos de mujer, que ni el más rico pachá puede imaginar semejante abundancia. Y son todos diferentes, pues ella no sólo se cambia todos los días, sino tres veces al día…

—¡Qué me importan los vestidos! Lo que quiero saber es cuántas provisiones tienen.

Oskanian echó atrás la cabeza, en la que no se veía sino una mínima superficie de su rostro amarillento, tanto habían crecido en los últimos días su cerrada barba y sus enmarañados cabellos.

—Puedo informaros exactamente y nadie sabe esto mejor que yo, pues en la villa la *hanum* me pidió, cuando tuvo que elegir, que la ayudase a empaquetar todo lo que tenía que traer. Tienen allá enormes cantidades de cajas de plata con pescados en aceite. Tienen pan dulce, galletas y chocolate. Poseen gran cantidad de damajuanas de vino, carne ahumada de América y baldes llenos de sémola y avena…

Llegado a este punto, Oskanian se detuvo bruscamente. De pronto se había apoderado de él una profunda sensación de repugnancia. Se golpeó la rodilla con un gesto de desaliento.

—Hay que terminar…, ¡hay que terminar!

Pero Sarkis Kilikian declaró en un tono cortante y taimado:

—Es precisamente lo que haremos… mañana por la noche…

Al escuchar estas palabras lanzadas negligentemente, el maestro sintió que sus manos minúsculas se helaban. No adquirieron ningún calor cuando Kilikian le explicó sus intenciones en cuatro frases tan cortas como indiferentes. Los ojos redondos de Oskanian observaban con tal fijeza el rostro del ruso, que se le hubiera creído incapaz de captar con el oído sólo lo que desde hacía mucho tiempo

había sido decidido por los hombres del bastión sur. Sarkis Kilikian, los desertores y algunos otros combatientes influidos por ellos, estaban hartos del Damlajik. Tenían intenciones de fugarse al día siguiente a las primeras horas de la noche. Era una vergonzosa traición a la comunidad. Tal vez Kilikian era el único que tenía vaga conciencia de esto. Los demás, en el transcurso de los muchos meses en que habían vivido como una manada de lobos, habían perdido todo rastro de idealismo y no poseían ya nada que pudiera alimentar un remordimiento. No veían en los límites de defensa del Musa Dagh un severo campo fortificado al cual debían permanecer fieles; al contrario, consideraban la montaña como un albergue cuyo precio hubieran pagado ampliamente por medio de un servicio armado de cuarenta días. Ahora el hambre liquidaba en cierto modo este convenio tácito, pues a excepción de un montón de huesos repugnantes, los posaderos no habían proporcionado ningún alimento a los ocupantes del bastión sur desde hacía varios días. ¿Era realmente posible que se dejaran morir de hambre lentamente con el único fin de caer en manos de los turcos? ¿Qué les importaba a ellos el pueblo de las siete aldeas? Sólo una pequeña minoría de los desertores era oriunda del valle armenio. Además, antes de que Ter Haigassun y Gabriel Bagradian tomaran posesión del Musa Dagh, estos hombres habían podido vivir en las montañas de los alrededores y alimentarse de cualquier modo. Ninguno de ellos pensaba compartir el destino de los cinco mil refugiados. ¿Con qué fin? Ellos podían salvar el pellejo fácilmente. Para ellos simplemente volvería a comenzar el estado de cosas anterior a esos cuarenta días. Más allá del Oronte, al sur, se extendía el ancho macizo árido del Djebel Akra que llegaba hasta Latakijeh. Este Djebel Akra no era tan verde ni rico en fuentes como el Musa Dagh, sino árido, escarpado e inexpugnable; en una palabra, constituía el refugio ideal para los desertores perseguidos. Su plan era muy simple: formarían un grupo de más o menos cien hombres y, pasando por la noche junto a Habaste y las ruinas, se dispersarían por la planicie del Oronte. Como todas las fuerzas armadas estaban concentradas en el valle y sobre las alturas septentrionales, era probable que no se

encontraran abajo sino algunos puestos de *saptiehs* encargados de vigilar por la noche los límites de la montaña y el puente sobre el Oronte junto a El-Eskel. No había motivo para temer una resistencia seria. Se produjera o no un combate, era de todos modos seguro que los cien hombres lograrían atravesar rápidamente la planicie y alcanzar la montaña antes de la salida del sol. Durante las reuniones secretas, algunos elementos un poco más honrados habían propuesto si no sería más conveniente dar a conocer al consejo de jefes esta importante resolución antes de la partida definitiva. Pero por esta pregunta casi habían sido molidos a palos. ¿Cuál sería el resultado de una declaración semejante? Bagradian y Nurhan los dejarían irse al diablo, con toda seguridad, pero antes les harían devolver los fusiles para la dotación de la trinchera norte. La decencia se encontraba aquí, pues, como tan a menudo ocurre en esta vida, más allá de las posibilidades humanas. Por otra parte, estos elementos decentes se encontraban en una abrumadora minoría, mientras que la mayoría se oponía radicalmente. Estos elementos criminales no pensaban conformarse con una fuga silenciosa. Tenían varias razones muy lógicas para justificar su proyecto. Ante todo, se trataba de las municiones. De ellas dependía la vida y el futuro de esta horda de bandidos siempre al asalto. Es por esto por lo que, cuando ocurrió el incidente de la fogata prohibida, el hombre delos largos cabellos había exigido a Bagradian nuevos cartuchos con tanta frescura. En lo tocante a la munición, Tchauch Nurhan era extraordinariamente ahorrativo. Los desertores contaban a lo sumo con cinco tiros por fusil. ¡Era una situación insoportable! En la barraca de gobernación se encontraban cantidades enormes de municiones, había artesas llenas de cartuchos, esto se debía a las remesas capturadas pero gracias también a la laboriosa manufactura de Tchauch, a costa de una labor ininterrumpida, no sólo había llenado nuevamente los cartuchos de los proyectiles ya usados, sino fabricado también otros nuevos. Los desertores se veían, pues, en la necesidad imprescindible de retirar de las provisiones generales la cantidad de municiones que considerasen conveniente. Se trataba ahora de organizar una

fructífera visita a la barraca de la gobernación; ¿cuándo y cómo se llevaría a efecto? Era una cuestión que quedaba aún por dilucidar. Al mismo tiempo se podría hacer una pequeña visita de inspección por la cañada de la ciudad para ver si se encontraba en aquellos lugares algún objeto digno de ser llevado. La estancia en el rudo Djebel-el-Akra requería ciertos artículos de primera necesidad, artículos éstos que ya no serían de utilidad para el pueblo del Damlajik cuya suerte estaba echada. Y cuando se hiciera esta razia por la ciudad, se podría aprovechar también para echar una ojeada a algunas personalidades antipáticas. A Ter Haigassun, entre otros. El sacerdote no había disimulado jamás su odio hacia los desertores y en cada sesión judicial había aprovechado la menor oportunidad para hacerles sentir con toda su dureza el código que regía el campamento. El bastión sur había sido condenado irremisiblemente a cinco días de ayuno; además, Ter Haigassun no había temido infligir a tal o cual desertor, cuando era necesario, el castigo de ser apaleado. Por todo esto, no estaría mal saldar discretamente las cuentas con él. Kilikian continuaba siempre tendido de espaldas y no parecía preocuparse de Oskanian ni de las encantadoras alusiones del hombre de los luengos cabellos. Si se hubiera concedido a un humano el don de leer en el interior de su alma, no habría encontrado sino impaciencia. Esta impaciencia era la misma que, por encima de su cabeza, empujaba las nubes por el cielo. Tras su máscara apagada lo atormentaba frenéticamente un ardiente deseo, un deseo de partir, de huir de su actual prisión para ir en busca de otra.

Hacía mucho rato que el maestro se había levantado y afirmado sobre sus míseras piernas. Inflaba el pecho como para probar que un campeón del suicidio de su talla no retrocedía ante ningún crimen, por atrevido que fuera. Hubiera podido dar ahora muestras de su valentía, alejándose lo más rápidamente posible del bastión sur. Pero no hizo ningún movimiento para ir a prevenir a las gentes del campamento. Permanecía allí de pie, los labios apretados, sacudiendo la cabeza. Kilikian y los demás habrían podido entender esta actitud como una señal de admiración. La idea de una útil advertencia se agitaba como un pájaro enjaulado en el cerebro del

maestro. Este imbécil estaba siempre dominado por un temor vanidoso, en esta ocasión creía que Kilikian y sus compinches lo podían tomar por un cobarde y no por un tipo hecho y derecho y a la misma altura de los demás. Y he aquí que, de pronto, contra su voluntad, una indicación indefinida, pero infinitamente traidora, traspasó el borde de sus labios:

—Ter Haigassun ha anunciado para mañana a la caída de la tarde un servicio divino extraordinario. De todos modos, los hombres de la primera línea permanecerán en las trincheras…

Al pronunciar estas palabras, dirigía a los desertores guiños maliciosos y serviles. Pero uno de los energúmenos respondió oportunamente a la vergüenza que Oskanian acababa de infligirse a sí mismo:

—Para que no tengas tentaciones de abrir el pico, maestro, no te moverás de aquí, ni hoy ni mañana.

Y en efecto, no lo perdieron de vista ni un segundo. Permanecía meditando, sentado sobre uno de los observatorios, y miraba sin cesar la estrecha línea del camino que abajo unía Antioquía y Suedja. El odio a Gabriel, a Julieta, a Ter Haigassun, parecía de pronto no agitarse sino débilmente en su corazón oprimido por la angustia. Deseaba con todo el alma un ataque turco. Pero, al parecer, los enemigos no tenían ningún deseo de irse a quebrar la cabeza por las pendientes rocosas y descubiertas. En el camino y la planicie del Oronte, reinaba una apacible animación. Carretas tiradas por bueyes, asnos cargados y hasta algunos camellos se dirigían lentamente al mercado semanal en Suedja, como si en el Musa Dagh no quedara ya un solo armenio vivo. Sólo al pie de los cerros, junto a Jedidje, se elevó de pronto una nube de humo. Cuando ésta desapareció, pudo divisarse un pequeño automóvil militar de color gris.

He aquí que había llegado el cuadragésimo día en el Musa Dagh, el octavo del mes de septiembre y el tercero de total ayuno. Las mujeres se ahorraban aquel día la tarea de salir en busca de

hierbecillas para confeccionar amargas tisanas. El agua clara de la fuente les servía lo mismo. Cuantos podían aún caminar se habían instalado a lo largo de los riachos de las diferentes fuentes; ancianos, madres de familia, muchachas y niños. Era un extraño espectáculo cuando uno de estos rostros, marcados por la muerte, se inclinaban hacia el chorro de agua para beber, sin tener sed, del cuenco formado con sus manos, como si un severo deber les ordenara ejecutar este gesto. Resultaba ya suficientemente sorprendente, que estas fuentes de recursos terrenales, tras tantas semanas de sequía, tras un uso tan frecuente, todavía no se hubieran secado. Los seres humanos se habían arrastrado hasta ellas y aferraban la vida ya sólo con manos y labios, sin llevarse el agua en jarras y cubos.

No se puede silenciar, sin embargo, que los hambrientos, en esta tercera jornada de ayuno, se sentían mejor en general que los días anteriores. A los retortijones intestinales, a la presión en el diafragma, les había seguido una insensible levedad. Algunos estaban echados respirando profundamente y sentían su ser como yeso poroso que se hiela con el aire. Otros en cambio se habían sumergido en una feliz ensoñación. Alucinaban, imaginando que les nacían alas de la piel y que, cuando quisieran, podrían aventurarse en el primer y venturoso vuelo. Había no pocos que, embargados por una astuta serenidad narraban largas historias de su anterior vida, anécdotas triviales del hogar y el taller, de abejas y orugas, de vides y madera, en las que ellos mismos constituían su más entusiasta audiencia. Sobre estas criaturas flotaba un halo de tierna lentitud. Hasta el mediodía murieron tres ancianos y dos bebés. Las madres conservaban a estas infelices criaturas apretadas contra sus senos vacíos hasta que los cuerpecitos se volvían rígidos y fríos.

A la inversa del pueblo del campamento, los hombres de las trincheras poseían aún bastante vitalidad y energías; ellos tampoco se sentían de ningún modo satisfechos. La carne que les habían distribuido y las conservas de la familia Bagradian, no lograban calmar un poco siquiera su apetito. Sin embargo, la falta de alimento despertaba en los defensores una especie de excitación y hacía nacer en ellos un ansia desenfrenada de lucha, de solución definitiva. El

nuevo estado administrativo tenía la ventaja de permitir a Gabriel Bagradian preparar su ataque nocturno sin preocuparse de saber si el pueblo se resolvería o no a abandonar el Damlajik. Estaba seguro de sus hombres y esta noche deseaba dar el gran golpe definitivo. La irrupción en el valle ya había sido estudiada hasta en sus menores detalles. No había descuidado nada. Sabía lo que debía hacer cada hombre y cómo emplear cada minuto. Gabriel, con su sempiterna tendencia a las teorías, no había abandonado nada al azar.

Se le había ocurrido, y así se hizo, el inquietar durante todo el día a los turcos colocados sobre las alturas septentrionales por medio de simulacros de asalto y bruscas descargas a fin de alejar del valle cuantas tropas fuera posible. Contra toda expectativa, la respuesta turca fue responder a esto. Por sus preparativos no era difícil deducir que la solución final había de producirse dentro de las próximas veinticuatro horas. En las alturas opuestas al desfiladero, reinaba la agitación de una guerra de posiciones a la espera de una ofensiva. Los hijos de Armenia ya podían observar frente a ellos filas enteras de soldados avanzando con paso temeroso y vacilante por entre los árboles y matorrales. Estos soldados cargaban sobre sus espaldas gruesos troncos de árboles desprovistos de follaje, que lanzaban al borde de la pendiente. Sin duda estos enormes troncos pulidos les servirían de protección en el momento en que sus líneas de tiradores avanzaran arrastrándose para comenzar el combate. Bagradian y Tchauch Nurhan fueron a las trincheras más avanzadas para probar hombre por hombre la situación de sus armas, así como la distancia correcta de disparo. Apenas algún turco se arriesgaba a cierta distancia de los árboles de la pendiente opuesta, los jefes armenios lanzaban aquí y allá la orden de disparar. De este modo cayeron varios enemigos antes del mediodía. Cada proyectil mortífero recibía como respuesta una rabiosa descarga que se perdía por encima de las cabezas de los defensores y contra los muros de piedra de las trincheras. Los combatientes comprobaban con inmenso orgullo que las nuevas trincheras eran tan resistentes que sólo un fuego de artillería habría podido destruirlas. Pero hasta el momento nada hacía suponer la existencia de esta artillería. La extraña

embriaguez del hambre producía en los armenios accesos casi de demencia. Hasta tal punto que trataban por todos los medios posibles de decidir a los turcos al ataque. Trepaban fuera de las trincheras y danzaban por los bordes; algunos, ebrios de locura, llegaron hasta aventurarse por las faldas llenas de obstáculos. Hacia el mediodía, Ter Haigassun fue a visitar a los combatientes. Gabriel le anunció enseguida que la participación de sus hombres en el plebiscito era perfectamente inútil, pues todos habían declarado, por boca de Tchauch Nurhan, estar prontos a seguir a su jefe siempre y donde fuera. Ter Haigassun observaba asombrado a Gabriel, cuyo rostro relucía de ardor y energía. Pocos días antes había creído que esta alma no sería lo suficientemente fuerte para sobreponerse a la prueba atroz del martirio de su hijo. De regreso a la hondonada de la ciudad, Ter Haigassun pensó, al contrario, que el alma de Bagradian se había superado a sí misma. Tal vez este postrer esfuerzo no tuviera que durar sino unas pocas horas ya.

El general de brigada Alí Risa Bey era uno de los generales más jóvenes del ejército otomano, pues no había cumplido siquiera los cuarenta años. Ya se había hecho notable en la guerra de Libia y en los Balcanes como oficial en el frente, y actualmente formaba parte del más íntimo círculo del estado mayor de colaboradores de Djemal. Sin embargo, Alí Risa era, tanto por su aspecto como por su carácter, absolutamente opuesto a su jefe, el pintoresco dictador de Siria. En cierto modo representaba el más moderno y occidental tipo de militar que pudiera existir. Bastaba, para convencerse, verlo caminar en esos momentos por el *selamlik* de la villa de Bagradian mientras la asamblea de oficiales reunidos a su alrededor, silenciosos y taciturnos, seguían con dificultad su paso desenvuelto. La diferencia entre el joven general y sus subordinados se hacía evidente apenas se le comparaba, por ejemplo, con el *jusbachi* herido, quien, con el brazo aún en cabestrillo, esperaba en la posición reglamentaria que su superior le dirigiera la palabra. El comandante, de semblante demacrado y dedos manchados por el abuso del

cigarro, adquiría junto a Alí Risa un aspecto sombrío, por no decir desaseado. Ahora el general abría, con un gesto molesto y brusco, las ventanas del salón para dar salida a las espesas nubes de humo producidas por los oficiales. Él no fumaba, no bebía, no amaba a hombres ni a mujeres, y se murmuraba que se alimentaba exclusivamente de leche de cabra a causa de una enfermedad del estómago; en resumen, era un inmaterial asceta de la guerra. En ese momento entró un *onbachi* y le entregó una hoja de informes. El general echó una ojeada al mensaje y se mordió los labios delgados y pálidos.

—Hemos sufrido pérdidas en el norte… El comandante de la compañía ha de responsabilizarse por esto… Os ruego, señores, observar bien este punto… He prometido a Su Excelencia no sacrificar uno solo de nuestros hombres en esta expedición… Se trata de deshacer un campamento de criminales; cualquier otra cosa significaría para nosotros una inconcebible vergüenza… Ya es demasiado humillante que las cosas hayan llegado al punto en que se encuentran. —Su mirada buscaba al ayudante—: ¿No hay noticias todavía de las dos baterías?

El ayudante respondió con una breve negativa. Hacía dos días ya que se esperaba con impaciencia la llegada de los cañones de montaña, que habían sido retirados del tren de Alepo. Como la artillería no pasaba por Antioquía, sino por Beilan, recorrieron pésimos caminos, así que el transporte se estaba prolongando eternamente. Por esta razón el general se había visto obligado a postergar para el día siguiente la gran operación prevista para ese mismo día. Se detuvo ante uno de los oficiales más jóvenes:

—¿De cuántos kilómetros de hilo telefónico disponen las compañías?

El joven interrogado palideció y comenzó a balbucear términos vagos. Pero Alí ya no le escuchaba:

—¡Me es indiferente! Quiero que de aquí a la noche, exactamente una hora antes de la puesta del sol, usted haya instalado una estación telefónica en esta casa, y que se encuentre unida —y no olvide esto—, tanto con el sur como con el norte. Lo hago

responsable de esta empresa. En cuanto a cómo se las arreglará para llevarla a cabo, eso es asunto suyo. Mañana exigiré un informe telefónico de la operación efectuada por el *jusbachi*. Puede retirarse ahora…

El desgraciado, que no tenía la menor idea de cuántas bobinas de hilo telefónico poseían las compañías y se veía encargado de una tarea irrealizable, se precipitó afuera como alma que lleva el diablo. Ahora el general habló en un tono seco bastante rudo:

—*Jusbachi*… haga el favor de seguirme…

El herido se puso en guardia. Los dos hombres pasaron a la antecámara vacía. Alí Risa echó una mirada rápida y fría al brazo vendado del comandante.

—Jusbachi, le daré hoy oportunidad de recuperar la reputación que perdió por su grave derrota… Pero le advierto que esto solo será en el caso de que no suframos ninguna pérdida.

El *jusbachi* esbozó con su brazo herido un ademán expresivo, como si deseara indicar que ya había hecho más que su deber:

—Yo mismo me aventuré ayer, mi general, hasta muy cerca de las trincheras de flanco que dominan Habaste. Estaban completamente vacías. Estos canallas no se dan siquiera la molestia de ocupar sus posiciones. Era una hora antes del atardecer.

—¡Bueno!, sus cuatro compañías, ¿dónde están?

—Creo que nuestra marcha nocturna ha tenido un éxito completo. No se encendió una sola linterna. Las tropas no se han movido de Habaste en ningún momento desde ayer. Ahora están reunidas bajo las rocas en una situación perfectamente disimulada. Tengo también ahí las tres ametralladoras de mi grupo.

—Usted mismo estará al teléfono en la tarde de la operación, *jusbachi*. No deseo que avance más allá después de haber tomado el borde de la meseta…

Con estas palabras se terminó la entrevista, y Alí Risa se volvió para otro lado. Pero la voz del *jusbachi* lo inmovilizó:

—Señor general, le ruego que me permita una palabra… Ocurre lo siguiente…, tengo entendido que entre esos desertores hay algunos que no son armenios… Por otra parte, ayer se presentó un

antiguo armenio que se convirtió a la verdadera religión: un abogado. Se llama Hekimian… Está dispuesto a hablar con esas gentes, para que abandonen sus posiciones… Quizás tendríamos que hacer algunas concesiones, pero al menos nos aseguramos de que no habrá derramamiento de sangre…

El general, que lo había escuchado atentamente, lo interrumpió ahora:

—¡Imposible, *jusbachi*! No podemos dejar que se diga que sólo fuimos capaces de deshacernos de esos malditos armenios gracias a un traidor entre ellos. ¡Piense en la burla que desencadenaría la prensa enemiga sobre Su Excelencia y todo el cuarto ejército!

Pasos pesados resonaron en los mosaicos del corredor. La gran silueta desgarbada del caimacán apareció en la sala, seguida del pecoso *mudir*. El caimacán se llevó descuidadamente la mano al fez.

—¡Por fin, señores! Sus baterías, general, estarán en Sanderan dentro de tres horas. El sistema funciona peor con vosotros que con nosotros…

El rostro de soldado tan claro y ascético de Alí Risa provocaba una violenta indignación en el caimacán corpulento, atormentado por el mal funcionamiento de sus glándulas. Decidió hacer rabiar a este representante del ejército turco. Cuando ya se encontraba en el umbral de la puerta, se volvió una vez más y dijo con altanería:

—Espero que nuestra fuerza armada no me decepcione por cuarta vez…

Como Kristaphor y Missak sólo tenían que cuidar la plaza de las tres tiendas durante la noche, ahora, a las cuatro de la tarde estaban las mujeres completamente solas. La viuda Chuchik cuidaba a Julieta de un modo tan conmovedor como torpe. Pero esta ayuda era necesaria, ya que Mairik Antaram, que había vuelto a hacerse cargo del hospital, sólo podía hacerse presente de cuando en cuando. Julieta estaba ya en vías de sanar físicamente, aunque tan débil y enflaquecida, que sus rodillas se doblaban a cada paso. Su rostro había adquirido un color blanco azulado o más bien incoloro, como

si quisiera diferenciarse doblemente de los semblantes oscuros y tostados que la rodeaban. Se levantaba durante dos o tres horas al día. Durante ese tiempo permanecía sentada delante de su tocador, inmóvil, con la cabeza apoyada sobre los brazos. A veces se arrodillaba junto al lecho, como antaño en sus crisis de desesperación, y oprimía contra la cara la pequeña almohada adornada de encajes, como si fuera su última patria. Pero la señal más alarmante de su trastorno mental era que su habitual tendencia a la belleza y el aseo, parecía haber desaparecido. Su maleta de ropa blanca estaba abierta en la tienda, pero ella no introducía jamás las manos en ella, ni pedía que le cambiaran la ropa a pesar de que la camisa que le pusiera Mairik Antaram el día del ataque de fiebre, ya estaba toda arrugada. Julieta no parecía notar que el tirante derecho de la fina camisa de batista estaba caído. Ni siquiera se ponía las zapatillas para dar los pocos pasos que sus fuerzas le permitían, por lo que caminaba descalza. En sus ojos no había miedo ni angustia, sino una firme determinación a defenderse de cualquiera que osase devolverla a la vida.

Chuchik veía en Julieta a una madre a quien la pérdida de su único hijo había arrebatado la razón. Haik vivía. Y lo que es más, su existencia estaba asegurada eternamente, pues se encontraba bajo la protección de Jackson y de América. Estas palabras significaban para Chuchik dos potencias sobrehumanas. Jackson no era un hombre sino posiblemente un arcángel en persona con una espada de fuego en la mano. Dios le había concedido una gracia de la que ninguna madre en el Musa Dagh podía gozar aparte de ella. ¿No debía entonces consagrar día y noche todos sus esfuerzos a servir y dar gracias, a dar gracias y servir? ¿Pero a quién debía agradecer este milagro, a quién podía servir, sino a esta otra madre a quien la maldición divina había golpeado en todo su horror? Chuchik volvió a usar su voz ronca que permaneciera inactiva durante tantos años; la hizo dulce y tierna ahora, en su esfuerzo por cantar consuelos. ¡Todo le parecía ahora tan simple! Este mundo es este mundo, y en el más allá el Redentor Jesucristo ha organizado las cosas de tal manera y con tanta sabiduría, que todos volverán a reunirse para siempre.

Ante todo, las madres verán a sus hijos. Y allá en el cielo los hijos que encuentran a sus madres no son los muchachos y niñas crecidos que abandonaron la tierra, sino verdaderos pequeños, tal como fueran entre los dos y los cinco años. Y las madres que han sido buenas tienen derecho a llevar otra vez a sus bebés en los brazos.

Transfigurada por esta esperanza, esta mujer de gestos pesados levantaba los brazos para mecer a un pequeño Haik invisible. Chuchik creía que la extranjera no comprendía su idioma. Se sentaba en el suelo al lado de la *hanum* y se preguntaba de qué manera podría consolarla y confortarla. Sentía que los pies de Julieta estaban helados; enseguida, con un ligero suspiro de compasión, los oprimía contra su pecho y se ponía a acariciarlos suavemente con sus manos campesinas, ásperas como el cuero, luego los frotaba para que se calentaran. Julieta cerraba los ojos y se echaba de espaldas. Chuchik no dudaba de que la desgraciada mujer se había vuelto loca y comprendía perfectamente este trastorno, pues ella también había estado a punto de padecer lo mismo poco antes de que el mensaje liberador la arrancara del borde del abismo en que iba a precipitarse. En su simple rusticidad no podía suponer que esta locura no era real, que sólo constituía una fortaleza en la cual la *hanum* se refugiaba para escapar de la clara conciencia de la realidad. A esto se unía que el propio Bedros Hekim compartía la opinión de Chuchik, y tomó el estado mental de Julieta por un trastorno consecuencia de la tifoidea. Un incidente extraordinario producido durante su visita matinal del cuadragésimo día, no había hecho sino reforzar esta convicción. El anciano estaba sentado al borde del lecho y reunía todos sus conocimientos del francés en un esfuerzo por lograr inspirar cierta esperanza y luz a esta alma entorpecida. La situación se presentaba del modo más favorable, decía. La guerra terminaría sin duda al cabo de algunas semanas y el mundo entero firmaría la paz. La señora Bagradian habría oído hablar sin duda de la visita que les había hecho el agá de Antioquía. Ahora este anciano, este influyente caballero turco había dado a entender claramente a Gabriel Bagradian que podría muy pronto regresar a Francia con su mujer, tal vez muy pronto. La bondad natural del anciano médico

transformaba al pesimista que lo veía todo negativo en un relator de leyendas de inagotable imaginación. Hasta su voz, generalmente desdeñosa y floja, adquiría en esta ocasión un tono más suave. Mientras relataba su fábula apaciguadora, la silueta de Iskuhi apareció de pronto a la entrada de la tienda. Julieta, que no había cesado de escuchar las invenciones del médico con una mirada amable y distraída, se estremeció inmediatamente al ver a la joven, se enderezó en el lecho, rígida por el miedo, encogió las piernas y comenzó a gritar:

—Ella no…, ella no. Que se vaya… No quiero aceptar nada de ella… Quiere matarme…

Y lo más extraño de la escena fue que Iskuhi no se alejó ante este ataque de demencia, sino que su propio rostro tan fino se contrajo en una mueca de locura; parecía como si ella también fuese a gritar. Bedros Hekim, atónito, observaba a las dos mujeres. Horribles revelaciones rozaban su espíritu. Aun cuando Iskuhi se hubo marchado, Julieta, cuyo débil corazón palpitaba furiosamente, tuvo gran dificultad en calmarse.

¿Qué le había sucedido a Iskuhi?

Hacía cinco días que no veía a Gabriel, y dos que no probaba el menor bocado. Iskuhi quería sufrir el hambre, y no sólo por compartir el destino de su pueblo. Hacía cinco días que no veía a Gabriel, pero en cambio su hermano Aram ya se había presentado dos veces ante su tienda; pero ella se escondía sin abrirle. Cada uno de estos cinco terribles días, con sus horas que duraban años, le resultaron insoportables eternidades. ¿Por qué no venía Gabriel? Iskuhi esperaba su visita a toda hora del día y de la noche. Ahora, aunque su cuerpo agotado hubiera tenido las fuerzas necesarias, no habría ido a las trincheras a buscar al hombre amado. Estaba tendida sobre el lecho en la tienda antaño habitada por los Tomasian; respiraba con dificultad y se sentía incapaz de mover un miembro. Un zumbido de oídos enorme como una resaca de mar, aturdía su cabeza. Sin embargo, ese ruido no era aún lo suficientemente fuerte como para ahogar en ella la voz de la realidad. ¿Cuántos minutos debían malgastar aún en el Damlajik?

Gabriel malgastaba no sólo los minutos, sino todo el espacio infinito de los días de vida concedidos a este pobre amor tan corto. ¿Se malgastan, realmente? ¿Era eso verdadero amor? Iskuhi repasaba cruelmente en su memoria cuanto habían vivido juntos. Era evidente que Gabriel le había demostrado cierta ternura, es decir, que la acariciaba y que ella misma podía a veces colocar su mano sobre el corazón desnudo de su amigo y llorar con él. Pero él lloraba por Esteban, y cuando le abría el corazón sólo se leía allí la pena y la compasión por la mujer adúltera. Por lo menos, Gabriel era perfectamente sincero con ella. Todo en él parecía decir a Iskuhi: «Te agradezco, hermanita, te agradezco con mis manos frías y mi besos indiferentes y fraternales los esfuerzos tan tiernos que haces para ayudarme a soportar mi dolor. Pero ¿cómo lo lograrías tú, pobre pequeña armenia de Yoghonoluk? A pesar de todo, y para siempre, pertenezco a la extranjera, a la francesa. No me moriré con Iskuhi, sino con Julieta. Y aunque me haya traicionado, me inclino ante Julieta; en cambio, cuando me inclino ante Iskuhi, es sólo para llegar hasta ella».

¿Habría sido todo diferente, se preguntaba Iskuhi, si —como lo había deseado mil veces, ardientemente, desde lo más profundo de su alma—, Julieta no hubiera resistido a la fiebre? Y se veía obligada a responderse a sí misma: «No. En ese caso Gabriel la amaría aún menos que ahora».

¡Ah! ¡Cómo la enferma adivinaba hasta sus más recónditos sentimientos! Iskuhi no quería volver nunca más a la tienda de Julieta, no quería volver a verla nunca. Sin embargo, no era Julieta la culpable, sino la propia Iskuhi. ¿Por qué era ella indigna de ser amada? Ella no era europea, era sólo la hija de un carpintero armenio, una aldeana de Yoghonoluk. ¿Podía ser este origen la razón oculta? ¿Acaso Gabriel era europeo? ¿No había nacido él también en la misma aldea armenia? Toda la diferencia residía en que ella había pasado dos años en Lausanne, mientras él permaneció veintitrés en París. Pero ésa no era tampoco la verdadera razón. Cuando él la miraba, le decía que era hermosa. ¡Un momento! He aquí el punto delicado. ¿Por qué la miraba a veces con una expresión

tan extraña, tan lejana? Había algo en ella que lo molestaba y volvía indiferente. Dominando su debilidad, Iskuhi corrió hacia el pequeño espejo colocado sobre una mesilla. Pero no necesitaba tomar por testigo este espejo, pues sin confesárselo, ella lo sabía todo. Ella era inválida, no de nacimiento, sin duda, pero de todos modos lo era desde la fatal aventura. Durante los seis meses que sucedieron a la deportación de Zeitun, su brazo no hacía más que empeorar. Cuando no lo sostenía por medio de una bufanda, colgaba inerte, delgado y torcido a lo largo de su cuerpo. A pesar de la maña que ponía para ocultar este defecto, Gabriel no lograba olvidarlo. Sí, sí, ella estaba segura. Una vez él había depositado un furtivo beso sobre el pobre brazo. Creía sentir aún la compasión y el esfuerzo que se adivinaban en este beso. Iskuhi se desplomó nuevamente sobre el lecho. El zumbido en los oídos se intensificaba y parecía una tormenta que todo lo sofocase. Con apasionado ardor intentó justificar la ausencia de Gabriel por razones de orden material; en los últimos días el hambre habría producido seguramente toda clase de desórdenes en las posiciones de primera línea. Bagradian debía tal vez reorganizar completamente el sistema de defensa. Porque ya habían vuelto de nuevo los disparos. Pero estas explicaciones, aunque lógicas, no lograban convencerla. Por otra parte, en lo más profundo del zumbido de sus oídos, escuchaba su propia voz casi irreconocible cantando la canción de amor que entonara una vez en la villa Bagradian a petición de Julieta. Recordó que Esteban también se encontraba allí y que Gabriel entraría más tarde en la estancia. Las primeras estrofas del viejo refrán popular formaban un torbellino en su cabeza hasta enloquecerla:

Ella venía de su huerto,
sosteniendo contra su pecho
dos frutos del granado…
Rehusé este regalo tan dulce…

La canción no continuaba, y al mismo tiempo volvía a aparecer la ominosa visión aquella de la que se había librado desde hacía ya tantos días. El rostro del camino de Marach, la horrible máscara variable caleidoscópica, el criminal de mejillas hirsutas se presentaba y la atacaba. Y de pronto, bruscamente, el rostro se inmovilizaba como si se hubiera descompuesto algo en el aparato que impidiera la sucesión de imágenes. Y he aquí que esta figura ahora rígida se convertía por una razón misteriosa en el semblante de Gabriel y sus rasgos parecían más hostiles y perversos que todas las visiones precedentes. La angustia y la desesperación cortaron la respiración a Iskuhi. Lanzó un mudo grito de auxilio:

—¡Aram!

En ese preciso instante el pastor Aram Tomasian se encontraba en realidad muy cerca de la tienda de su hermana. Había llegado con Howsannah, que llevaba en los brazos a su desgraciado hijo. Cuando con tono rudo Aram le pidió entrada, no obtuvo respuesta. Entonces, sin esperar más, sacó su cuchillo y cortó los cordones que cerraban la tienda por dentro. El pastor dejó caer el saco enorme que cargaba a la espalda. Su mujer, con el precioso paquete casi inanimado, permaneció a algunos pasos de distancia.

Si en esa circunstancia el pastor Aram hubiera sido dueño de sí mismo, es decir, suave, evangélico, afectuoso; si hubiera sido el hermano alegre y fuerte que ella había conocido en Zeitun, tal vez Iskuhi no se hubiera resistido demasiado a seguirlo. En efecto, ¿para qué quedarse más tiempo en esa tienda abandonada? Sabía que sus pies ya no podrían sostenerla, por pequeña que fuera la distancia que se propusiera recorrer. De este modo todo terminaría para ella en cualquier lugar y de la manera más suave; de un plumazo acabarían el zumbar de oídos, Gabriel y ella misma. Pero en vez del hermano afectuoso de Zeitun vio ante ella a un hombre desconocido y violento, que llegó al extremo de agitar su bastón amenazante:

—¡Levántate! ¡Prepárate! ¡Vas a ir con nosotros!

Tomasian oprimió con más fuerza el bastón.

—¿No me has oído? Te ordeno levantarte inmediatamente y prepararte. Te lo ordeno como hermano y padre espiritual. ¿Has

comprendido? ¡Bueno sería que no pudiera yo arrancarte de las garras del pecado!

Hasta la palabra «pecado», todo permaneció tranquilo. Pero este «pecado» desencadenó en Iskuhi mil fuentes de furiosa resistencia. De un golpe desapareció toda su debilidad. La joven saltó sobre sus pies, se refugió tras la cabecera del catre y cerró el puño como para defenderse. Entonces un nuevo enemigo apareció a la entrada de la tienda: Howsannah se encontraba allí.

—¡Déjala, pastor! ¡Abandónala a su destino! Es una mujer perdida. Te lo ruego, no te acerques demasiado a ella, no sea que te contamine. ¡Déjala! Si viene con nosotros, el Señor nos castigará más aún. Esto no vale de nada. ¡Déjala, pastor! Mientras tú estabas cegado por ella, siempre supe lo que era. Ya en la escuela de Zeitun trataba de coquetear con los jóvenes profesores. ¡Está perdida! ¡Déjala, te lo ruego, ven!

Los ojos de Iskuhi se desorbitaban en una expresión de desamparo. Desde que Julieta cayera enferma no había vuelto a ver a Howsannah y no sospechaba que tenía ante ella a una mujer obsesionada por una idea fija. La joven madre había cambiado de un modo horrible. Para reconciliarse con Dios por medio de una suerte de sacrificio, se había cortado los cabellos al rape. Su cabeza se veía, pues, muy pequeña, y tenía una expresión perversa, lo que le daba el aspecto de una bruja. Toda ella había palidecido y enflaquecido, a excepción del vientre hinchado, consecuencia patológica del parto. De pronto, con un indescriptible gesto de acusación, Howsannah le presentó, al extremo de sus brazos extendidos, al bebé arropado, mientras gritaba con voz chillona:

—¡Mira! ¡Tú eres la única culpable de esta desgracia!

Sólo en ese momento brotó el primer sonido de los labios de Iskuhi:

—¡Jesús María! —y dejó caer la cabeza sobre el pecho. Pensaba en las horas en que Howsannah, presa de los dolores del parto, se había apoyado contra su propia espalda. ¿Qué querían de ella estos insensatos? ¿Por qué no la dejaban vivir en paz sus últimas horas de vida? Mientras tanto, el pastor había sacado su pesado reloj de plata

y lo balanceaba al extremo de la cadena.

—Te doy diez minutos para prepararte.

Y enseguida se volvió hacia Howsannah:

—No, no; ella debe venir con nosotros. ¡No voy a dejarla aquí! Soy responsable de ella ante Dios…

Iskuhi permaneció de pie tras el lecho sin moverse. Pero Aram Tomasian no esperó siquiera el tiempo que le había dicho, sino que salió apenas transcurridos tres minutos del reloj inmenso que se balanceaba aún en su mano. Entre tanto, se había producido un tumulto en la plaza de las tres tiendas.

Sigilosos, con pies de gato, surgieron de la nada los veintitrés hombres que ahora se desplazaban en el espacio comprendido entre el jeque y la tienda de la enferma. El desertor de los largos cabellos figuraba, por su actitud, como jefe de la expedición. Sato, que constituía el vigésimocuarto miembro de esta banda de conjurados, había servido probablemente de guía. Con un gesto inocente, se frotaba la nariz con la manga, como para dar la impresión de que, en su candor infantil, no podía conocer ni comprender las intenciones de esta desesperada irrupción. Probablemente se trataba de una misión oficial; sin embargo, ni Kilikian ni su famoso maestro vigilante se encontraban presentes. Al principio el aspecto de los desertores no producía una impresión particularmente insólita, si no fuera por el hecho de que algunos de ellos habían calado a sus fusiles las bayonetas conquistadas a los turcos. Constantemente se veían desfilar en formación algunas filas de primera línea que regresaban de las trincheras después del relevo o se dirigían a otras posiciones de defensa a tomar el lugar de sus camaradas. Sobre todo ese día, en que las descargas se escuchaban sin cesar por el lado norte, una tropa de hombres armados no debía asombrar a nadie. Cuando Aram Tomasian salió de la tienda de su hermana, el asunto comenzaba a tomar otro cariz. Sin embargo, durante mucho rato contempló la escena con perfecta indiferencia. Su espíritu, completamente absorbido por su imperdonable pecado, suponía que se trataba de

alguna orden dada por Bagradian a estos soldados, que la realizaban ahora. ¿Qué le importaba la defensa del Damlajik a él, que ya se había separado del pueblo?

Pero la viuda Chuchik era, en cambio, más perspicaz. Su poderosa silueta cubría enteramente la entrada de la tienda. Comprendió inmediatamente lo que ocultaban los gestos de Sato, lo que significaba aquel idioma embrollado, todo hecho de señales misteriosas, que indicaban claramente la tienda de la *hanum*. Chuchik se plantó ante ellos y abrió los brazos pronta a recibir todos los golpes en su propio cuerpo. El hombre de los largos cabellos se adelantó al grupo.

—Nos han enviado para llevarnos las provisiones que quedan aún aquí.

—No he oído hablar de provisiones…

—Ya lo sabrás. Vamos, las cajas de plata llenas de pescados que nadan en aceite, las jarras de vino y la avena.

—No he visto aquí ninguna reserva de vino ni de avena. ¿Quién te mandó?

—¿Acaso te importa eso? ¡El comandante en jefe!

—Pues que el comandadme venga en persona.

—¡Vamos, sal de ahí! ¡Es la última advertencia que te hago, estúpida mujer! Ya no os dejaremos llenaros la barriga con todos vuestros manjares. ¡Eso nos corresponde a nosotros!

Chuchik no dijo nada más, sino que siguió con la mirada los círculos que describía el melenudo, que ya había arrojado su arma, para buscar el mejor punto de ataque. Cuando él quiso lanzarse sobre la mujer por el lado izquierdo, ya ella lo había cogido y sosteniéndolo por las caderas levantó al enjuto hombre y lo lanzó en medio de sus compañeros con tal fuerza, que arrastró a otros dos en su caída. Enseguida volvió a colocarse en el mismo sitio, gigante impasible, sin que se hubiera alterado su respiración, abiertos los brazos en espera del próximo cliente. Pero antes de que Chuchik hubiera podido sospechar la proximidad de su muerte, ya estaba liquidada. Un culatazo traicionero dado de lado le rompió el cráneo. Murió instantáneamente, en el colmo de la dicha, pues en aquellos

cortos minutos de lucha todo su ser estaba lleno de esta certidumbre: Haik vivirá. Su cuerpo enorme se desplomó interceptando el camino que conducía a la madre de Esteban, más desgraciada que ella. Sólo en ese momento comprendió Aram lo que sucedía. Con un grito estridente, blandiendo su bastón, se lanzó hacia los amotinados que, súbitamente calmados ante la vista del crimen, retrocedían intimidados. Tomasian debió haber hecho uso en ese momento de toda su influencia personal. Era el pastor y uno de los más altos jefes. Pero hacía mucho tiempo ya que Aram no era dueño de sí mismo y por eso hizo precisamente lo contrario de lo que debía. Se precipitó en medio de la banda criminal, golpeando sin reflexionar y desordenadamente con su ridículo bastón. La respuesta fue un bayonetazo que lo hirió por la espalda bajo el hombro derecho.

«¿Qué pasa?», pensó. «Y, en el fondo, ¿qué me importa a mí todo esto? Soy un hombre de Dios, mi deber es predicar la palabra divina, y nada más. Abandonemos a estos extraños a su suerte».

El bastón se había deslizado de sus manos. Pero como tuviera plena conciencia de su dignidad eclesiástica, se irguió cuan alto era, dio media vuelta y volvió con paso rígido al sitio de donde había salido. ¡Ah, esas mujeres allá! ¿Y qué? ¿Se habrá decidido por fin Iskuhi a obedecer? Pero, ¿por qué está vestida de blanco? Sí, volveremos a vivir en una dulce comunidad como en Zeitun. Es preciso que Howsannah lo acepte. El camino hacia la tercera tienda se hacía interminable. El pastor dirigía una alentadora sonrisa a su esposa. Pero ésta parecía mirar más allá del rostro de su marido con sus ojos horrorizados. Cuando ya se encontraba sólo a tres pasos de distancia de ella, Aram se desplomó tiñendo con su sangre la hierba secada por el sol. Aunque su herida no era grave, perdió el conocimiento. Howsannah se arrodilló junto a él, desamparada y sin saber qué hacer, con el niño en brazos. Cuando Iskuhi vio la sangre, dando un grito corrió hacia la tienda, saliendo enseguida con unos paños limpios y una tijera, y arrodillándose junto a su hermano. Entonces Howsannah se recobró, dejó al bebé sobre la hierba y cortó la chaqueta de Aram. Iskuhi oprimió el trapo con todas sus

fuerzas contra la herida. Su mano derecha se tiñó con la sangre de su hermano, que se había convertido, tan irremediablemente, en un extraño para ella.

El melenudo, Sato y algunos desertores pisaron por encima del cuerpo de Chuchik y entraron a la tienda de la *banum*. Julieta, medio despierta de su sueño de plomo, había escuchado las frases pronunciadas ante su tienda, el tumulto y los gritos. La fiebre, a Dios gracias, la fiebre ha vuelto, se imaginaba, tratando una vez más de disfrazar la realidad. Pero ni siquiera cuando las siluetas y la fetidez de los intrusos invadió la tienda, logró su flojo abandono dar lugar al miedo. O es la fiebre, y la fiebre me gusta, o son los turcos y, realmente, es mejor de este modo al salir de un sueño para caer en otro. Nadie pensaba hacer ningún daño a la *hanum*. Los bandidos no concedían la menor importancia a la enferma. Todo su interés era únicamente atraído por los tesoros de orden culinario cuya legendaria abundancia las lenguas envidiosas habían esparcido por la montaña. Arrastraron afuera, frente a la tienda, la gran maleta ropero y todo el resto del equipaje. También se habían reunido en ese sitio todas las cajas y maletas sustraídas de la tienda del jeque. Sólo Sato y el hombre de los largos cabellos permanecieron más rato junto a Julieta; éste porque esperaba encontrar por sus propios medios algún objeto de valor, y aquélla por maldad y curiosidad. Como no se le ocurrió una idea más vil y cruel, retiró bruscamente la ropa que cubría a Julieta. Quería que el hombre viera a la extranjera en toda su desnudez. Pero éste había escogido mientras tanto el recuerdo que deseaba llevarse: era un gran peine de carey destinado sin duda a peinar sus largas greñas grasientas. Sumido en la contemplación de su botín, salió lentamente de la tienda sin tocar a la mujer. Afuera, la banda había registrado hasta el fondo de los numerosos baúles cuyo contenido yacía ahora desparramado por el suelo. Los vestidos y la ropa de Julieta estaban de nuevo revueltos y pisoteados como aquel día de la profanación de su santuario por los *saptiehs* en Yoghonoluk. En cuanto a los trofeos alimenticios de los ladrones, eran simplemente absurdos: dos cajas de sardinas, un tarro de leche condensada, tres tabletas de chocolate y un recipiente de

hojalata que contenía algunas migas de galletas. Era imposible que eso fuera todo. ¡A la tercera tienda, y rápido! Sato gesticulaba. Pero en ese momento se oyó la pequeña campanilla de resonancias nasales para llamar al pueblo al oficio extraordinario. La señal convenida con la mayoría del grupo invitaba a los desertores a marcharse para llevar a cabo la segunda tarea del día. Sería preciso darse prisa para llegar a tiempo. Cada uno recogió un objeto para no salir de allí con las manos vacías: cucharas o cuchillos, un plato, una jarra y hasta un par de zapatos de mujer.

Iskuhi y Howsannah habían enjugado la sangre de la herida con paños. El pastor había vuelto en sí. Su expresión era de infinito asombro. No lograba comprender qué insensato acababan de matar en él. Encontraba ahora el derecho a permanecer en la comunidad del pueblo. Había desaparecido el orgulloso despecho que le había obligado a cometer la grave falta de aislamiento. ¡Su sangre había sido derramada! Y esta sangre derramada era una gracia que lo preservaba de una prueba muy por encima de sus fuerzas. Contemplaba a Howsannah. Ésta se limpiaba las manos frotándoselas con hierbas para no manchar las ropas del niño. Aram Tomasian sentía asombro de que hubieran deslizado bajo él una gran cantidad de mantas y almohadas que lo obligaban a mantenerse erguido aunque sentado. Iskuhi no cesaba de colocar con su mano derecha la compresa sobre la herida, y por este movimiento impedía también que su hermano se apoyara en la espalda. Su rostro demacrado estaba completamente desfigurado por el esfuerzo enorme. Aram volvió la cabeza y dijo:

—¡Iskuhi! —cinco o seis veces, no suspiró más que esta palabra—: ¡Iskuhi! —El nombre de su hermana tomaba en sus labios las formas de un tierno «¡Perdóname!».

El sacristán agitaba como un loco la campanilla que se encontraba en el extremo de un poste junto al altar. Este imperioso tintineo no era necesario, pues los ancianos, las mujeres y los niños de las aldeas se encontraban desde hacía mucho rato reunidos en la plaza del

altar. La mano derecha del desenfrenado acólito hacía gemir con tal energía la campana, que parecía que no sólo deseaba anunciar a los turcos, sino a toda la tierra y el mar, que en ese instante sonaba la última hora de un pueblo cristiano. A esta hora fijada para la ceremonia religiosa —por lo demás, ya pasada—, el viento sudoeste no se había calmado en absoluto. El sólido muro de follaje que se elevaba tras el santuario a una altura de cuatro metros, formaba una resistencia con la que chocaba el vendaval. Temblaba a cada golpe de la tempestad, las hojas secas se desprendían y volaban por el aire y toda esta gran pared se estremecía a ratos de un modo tan amenazante, que se temía que cediera en cualquier momento. Ante el altar, a derecha e izquierda de la grada superior, se veían dos postes unidos por cuerdas transversales en las que se deslizaban unos anillos que sostenían la cortina que según el rito armenio debía ocultar al sacerdote a las miradas de los fieles durante el ofertorio. La pesada tela de que estaba confeccionada la cortina se inflaba continuamente y, empujada por el viento, rozaba la mesa sagrada. Entre las ráfagas se producían largas pausas de deprimente silencio. Aquí y allá se oía en medio de este silencio la detonación de un disparo en el desfiladero norte.

Hacía mucho rato que Ter Haigassun se había puesto la casulla de ceremonias en la cabaña que le servía de parroquia, construida inmediatamente al lado de la barraca de la gobernación. Los cantores y los diáconos que debían asistirlo durante el divino oficio esperaban ya junto a la puerta. Una profunda angustia le impedía salir y dirigirse al altar. ¿Qué sucedía? Su corazón, que jamás había perdido su admirable equilibrio, golpeaba ahora con fuerza bajo su traje sacerdotal. ¿Temía acaso lo desconocido que se produciría dentro de poco? ¿Había sido prudente al convocar al pueblo en este momento de suprema angustia? ¿Acaso no se había quitado así la responsabilidad de encima, con astuta debilidad, poniendo a toda esa gente frente a una decisión para la que no estaba capacitada? Todos los combatientes estaban de parte de Gabriel Bagradian, y Ter Haigassun creía que el pastor no encontraría ningún partidario. Y sin embargo, ¿no existía el peligro de que, después del servicio

divino, estallaran peleas y desórdenes debidos a la proposición hecha por Tomasian a la hambrienta muchedumbre? A pesar del cálido viento, Ter Haigassun temblaba de frío. Él tampoco había comido casi nada desde hacía varios días. Estaba sentado sobre el catre que le servía de lecho por las noches y sostenía sobre sus rodillas el gran registro parroquial. Había pasado toda la tarde haciendo diferentes anotaciones y sumando los acontecimientos de los últimos cuarenta días. En lo que de él dependía, el libro de la vida y de la muerte estaba en orden. Había cumplido con su obligación y ya podía entregar el libro. ¿Entregarlo a quién? Ter Haigassun movió la cabeza. Sentía una gran satisfacción por tener apuntado en regla el día del nacimiento y muerte de cada ser, para que le fuera más fácil a Dios tener piedad de ellos y no dejarlos vagar por las puertas del infierno. Ahora sus manos amarillentas hojeaban una vez más las últimas páginas del libro. Había bautizado a 17 niños en el Musa Dagh. Pero, en contraste con este número, se alzaba un total de 432 almas que había bendecido en su partida al más allá. Esta suma era imponente. Sin embargo, ¿no era un milagro el que, no obstante las compañías turcas y el hambre, se mantuvieran vivos hasta este día 4.500 armenios? Ter Haigassun sentía los párpados pesados como plomo sobre los ojos. De pronto, estas 4.500 criaturas dejaban de existir. Se veía de pie, sólo en medio de los muertos, revestido de su hermosa casulla rígida. Nunca había dudado de que sería el último, por cruel que esto le pareciera. Su corazón recobraba por fin su ritmo habitual, pero en cambio su alma estaba llena de una indescriptible espera de la muerte como jamás la hubiera experimentado, ni en los peores momentos de la lucha. Sin saber por qué, dibujó bajo el nombre del último difunto una gran cruz con su grueso lápiz rojo.

Uno de los sacerdotes auxiliares asomaba constantemente la cabeza por la entrada de la cabaña llamando a Ter Haigassun para que saliera. Hacía ya mucho rato que había pasado la hora fijada para la ceremonia y era de temer que el plebiscito que debía llevarse a cabo enseguida se prolongara hasta muy avanzada la noche. Sin embargo, Ter Haigassun no podía decidirse aún a salir. Sentía que

una fuerza interior rehusaba soltarlo y se esforzaba por impedir la celebración del oficio extraordinario. Un vértigo y una sensación de debilidad lo obligaron a tenderse. ¿Sería preciso postergar el servicio divino o hacerse reemplazar? Ter Haigassun reconoció que este desvanecimiento no provenía de su debilidad, sino del temor que sentía de no encontrarse en el debido estado para cumplir con el deber que le correspondía en esos momentos. Se mezclaba a ello algo más, algo indefinido. Finalmente se levantó e hizo la señal esperada. El niño del coro tomó la gran cruz de las procesiones y la colocó a la cabeza del cortejo. Ter Haigassun seguía lentamente a los cantores y diáconos, las manos juntas y los ojos bajos. Pero esta mirada vuelta al interior del sacerdote que pasaba ante la multitud y a la que él no parecía dar más importancia que a los arbustos, esta mirada observaba en realidad hasta los menores detalles y con la más aguda perspicacia. Ter Haigassun se encontraba a una distancia de cincuenta pasos del altar. Pero a cada paso el estado espiritual del pueblo reunido en la plaza lo penetraba con sus rayos dolorosos. La letargía de la mañana había dejado lugar a una activa excitación. La naturaleza humana había conservado para esta hora sus postreras reservas de energía o por lo menos las postreras fuerzas ilusorias. Los niños se mostraron más insoportables que nunca. Vociferaban a voz en cuello y se revolcaban por el suelo. Tal vez era la consecuencia de los dolores del hambre en sus pequeños vientres hinchados. Por lo demás, no eran los niños los únicos que se comportaban de este modo, pues los adultos daban también, en su mayoría, pruebas de una extrema agitación. Había hombres de edad —principalmente aquellos famosos pequeños propietarios— que pronunciaban discursos enfáticos e interminables, en vez de callar respetuosamente como era costumbre, al ver pasar junto a ellos al sacerdote que se dirigía al altar. Ter Haigassun comprobó así que la discordia interior corría pareja con el hambre. Tanto mejor, pensó, que los combatientes no asistan a la asamblea. Mientras ellos se mantengan firmes, no estará todo perdido. Meditaba este razonamiento tranquilizador, cuando, al levantar los ojos, se detuvo un momento atónito e inmóvil. ¿Qué significaba eso? Allí se

encontraban, sin embargo, algunos hombres armados. Se veían aislados o repartidos en grupos desordenados, pero de todos modos su presencia contrariaba su voluntad y la de Gabriel Bagradian, que había dado órdenes en ese sentido. ¿Quién había enviado a todos estos hombres de las trincheras? Las mujeres habían vencido su apatía de la mañana y se habían revestido para el servicio divino con sus atavíos de gala, sus chales abigarrados y sus brillantes joyas confeccionadas con monedas; los puntos oscuros de los asaltantes desaparecían en este abigarrado conjunto. En una segunda ojeada, Ter Haigassun pudo comprobar que no se trataba, como supusiera, de leales combatientes de los sectores más cercanos, sino de los desertores del lejano bastión sur, aquellos extranjeros en el pueblo, que vivían casi al margen de los demás, que no estaban inscritos en el registro parroquial, que felizmente no se encontraban sino rara vez en el campamento y jamás en misa. ¿Se habría vuelto súbitamente piadosa esta banda? Ter Haigassun volvió imperceptiblemente la cabeza hacia la barraca de la gobernación que se elevaba a su derecha. ¿Dónde estaba la guardia? ¡Ah, era verdad! Bagradian había llevado a las trincheras a todos los defensores y hasta a una parte de la reserva. En el espacio de un segundo el sacerdote imaginó un rápido programa de acción; regresar bajo cualquier pretexto, postergar el servicio divino, mandar buscar a Gabriel Bagradian, convocar a los *mouchtars* y tomar diferentes medidas de seguridad. Sin embargo, a pesar de estos razonamientos, seguía caminando lentamente a pasos cortos y vacilantes. De pie, en filas compactas muy cerca del altar, se veía a los miembros de las antiguas familias notables y honradas, los *mouchtars* acompañados de sus mujeres y sus hijas, también un grupo de cabezas canas aureoladas de prestigio, todas alineadas en el orden habitual como si se encontraran en la iglesia del valle. El consejo estaba pobremente representado. En cuanto a Gabriel Bagradian, había prometido llegar a tiempo para el servicio divino, pero parecía haberse atrasado por algún acontecimiento imprevisto. Cuando las filas de los decanos de las aldeas se entreabrieron para dar paso al cortejo de los sacerdotes, una última advertencia fue enviada al alma de Ter

Haigassun. Entre Kilikian y un desconocido, vio a Hrand Oskanian que tenía todo el aspecto de un prisionero. El hombrecillo del rostro recubierto por la barba enmarañada hizo una mueca desesperada; guiñaba los ojos y su boca imponente se esforzaba por aspirar el aire como un pescado fuera del agua. De nuevo el sacerdote tuvo la impresión de que debía detenerse y volver rápidamente hacia el expulsado del consejo.

—¿Qué pasa aquí, qué quieres decirme, maestro Oskanian?

Pero también esta vez Ter Haigassun siguió su camino, levantando apenas la vista, guiado por una potencia o una impotencia que, por primera vez desde que vivía en el Damlajik, le arrebataba su invencible voluntad.

En el momento preciso en que subía la primera grada del altar, observó que había olvidado en su cabaña la carta de Nokhudian. Este olvido y mal presagio lo conmovieron tan profundamente que dejó pasar un rato casi infinito antes de subir al altar. El pueblo reunido a sus espaldas parecía adivinar perfectamente el trastorno mental y la debilidad de su sacerdote, pues los gritos de los niños, el tumulto excitado y la importuna charlatanería se hacían a cada instante más desvergonzados. ¿Y de semejantes corazones vacíos debía brotar el inmenso ardor necesario para implorar y obtener de Dios el milagro indispensable? Atormentado, Ter Haigassun se volvió. En ese momento Gabriel Bagradian llegaba jadeante al lugar de la ceremonia y se colocaba en su sitio en la primera fila. Por un instante, Ter Haigassun experimentó cierto alivio. Ya el coro entonaba el himno. Se le concedía un corto descanso y cerró los ojos para concentrarse. Las voces se elevaban huecas y debilitadas en el amplio ambiente montañés:

Tú, que extiendes hasta las estrellas tus brazos creadores,
Da a los nuestros tal fuerza,
Que puedan, al estirarse, llegar hasta Ti.

Corona nuestro espíritu con la sagrada diadema,
Da el orario a nuestros sentidos para cubrirse,

El hábito de oro y flores con que se atavió Aarón.

Parecidos a los espléndidos arcángeles teocráticos
Y envueltos en los pliegues de tu mano de amor,
Queremos servir a tu sagrado misterio.

El coro calló. Ter Haigassun vio ante él el pequeño recipiente de plata que le ofrecía el diácono. Introdujo los dedos y los conservó en el agua hasta que el asombrado sacristán retiró la jofaina. Enseguida se volvió a medias hacia los fieles y los bendijo con una triple señal de la cruz. Después de esto, se colocó frente al altar y levantó las manos. En ese momento, la persona de Ter Haigassun se dividió en dos partes. Una era el sacerdote que celebraba el oficio divino extraordinario según las antiguas y severas tradiciones, sin faltar a ninguna respuesta de los cantos alternativos. En cuanto a la otra parte de su ser, se componía de varias capas y constituía un luchador mortalmente fatigado, obligado a ejecutar un esfuerzo sobrehumano que permitiese al sacerdote el cumplimiento de su deber. Este segundo Ter Haigassun debía combatir contra su propio cuerpo. Y este cuerpo repetía a cada palabra de la liturgia:

—¡Hasta aquí, pero no más! ¿No te das cuenta, acaso, que ya no tengo una sola gota de sangre en la cabeza? Uno o dos minutos más y te daré la vergüenza de desplomarme aquí, en el altar.

Sin embargo, el luchador habría triunfado fácilmente si sólo se hubiera tratado de su cuerpo. Pero tras él se ocultaban enemigos mucho más pérfidos. Uno de ellos era un prestidigitador que constantemente transformaba todo objeto a los ojos del sacerdote. Los grandes candelabros de plata se convertían en bayonetas caladas. Sobre las páginas admirablemente impresas del libro de misa surgían los nombres de los muertos inscritos en el registro parroquial y por todas partes la gran cruz roja proyectaba su sombra amenazante. De cuando en cuando una ráfaga de viento pasaba silbando por la plaza; el follaje de detrás del altar se agitaba y gemía, mientras las hojas secas caían revoloteando y se instalaban sin respeto sobre el tabernáculo y el Evangelio, cuyas tapas estaban adornadas con una

cruz de oro. Ter Haigassun había llegado al salmo. Su voz, completamente independiente de él, cantaba: «Júzgame, Señor, decide mi causa».

El diácono respondía en tono nasal y confuso:

—«Líbrame del sexo que es impuro, del hombre injusto y traicionero».

—«¿Por qué me has abandonado, y por qué me dejas en la tristeza y oprimido por mi enemigo?».

—«Me acercaré al altar de Dios, del Dios que alegra mi juventud».

Mientras Ter Haigassun ejecutaba con el diácono, hasta el fin y sin cometer un error, todo este largo canto alternativo, los ojos del otro Ter Haigassun veían producirse toda clase de insoportables metamorfosis. El marchito follaje a su alrededor no estaba formado de hojas; era barro, inmundicias, indescriptibles suciedades que habían lanzado sobre el altar los criminales enemigos de Dios. Toda otra explicación era absurda, pues no podían llover inmundicias del cielo. Ter Haigassun mantenía los ojos fijos en el libro para no ver más esta horrible profanación. ¿Pero no la veía acaso el pueblo? Y he aquí que se produjo en ese momento el primer error en el texto. El diácono acababa de cantar:

—«¡Señor Dios Todopoderoso, ten piedad de nosotros y danos tu salvación!».

El sacerdote debía contestar entonces con cierta fórmula tradicional. Pero Ter Haigassun permaneció callado. El diácono se volvió lanzando una mirada de asombro al coro. Como no se oyera aún la voz de Ter Haigassun, se acercó y le sopló claramente:

—«En esta sagrada morada…».

El sacerdote no parecía escuchar. Entonces el diácono articuló a media voz en un tono desesperado:

—«En esta sagrada morada y en este sitio…».

Ter Haigassun despertó:

—«En esta sagrada morada y en este sitio de alabanzas, en este recinto angelical donde los humanos vienen a expiar sus culpas, nos lanzamos de rodillas llenos de respeto ante la señal luminosa y

agradable a Dios para adorarle…».

Ter Haigassun respiraba con dificultad. Le corría el sudor bajo la corona, por la frente y la nuca. No se atrevía a enjugarlo. A su vez la voz nasal de Asajan se elevaba ahora en toda su potencia:

—«Henos aquí reunidos en el templo, ante el lugar santo del sacrificio, para implorar la gracia divina…».

La voz vanidosa de Asajan fastidiaba más que nunca al sacerdote. ¿Cuándo se irá esta persona? La presión de las sienes cedió un poco. ¡Jesucristo, ven en mi socorro! Ter Haigassun fijaba su mirada angustiada en el crucifijo. La voz de uno de los dos seres que componían su persona le advertía: «¡No mires para otro lado!». Pero precisamente a causa de esta advertencia se sentía obligado a volver la vista y mirar al frente, hacia el gran muro de boj entrelazado que servía de fondo al altar. Y ahí se encontraba alguien ligeramente apoyado en las vigas del marco de madera, con los brazos cruzados y fumando un cigarrillo. ¡Qué monstruosa herejía!

Ter Haigassun retuvo el grito que pugnaba por salir de sus labios. Una segunda mirada le convenció de que este personaje no era ni más ni menos que Kilikian, a quien detestaba y había hecho encadenar; de vez en cuando este personaje se esfumaba. La pared del fondo aparecía totalmente vacía, pero enseguida el ruso regresaba y se transformaba en mil siluetas diferentes; una vez hasta pareció convertirse en Krikor y, finalmente, resultó ser un sacerdote revestido de la casulla y que se mantenía de pie en ese sitio. Al principio, Ter Haigassun juzgó ridículo que este sacerdote fuera él mismo. Además, no era él, puesto que él no llevaba el *sbako* militar de piel de cordero, sino que tocaba su cabeza con una corona incrustada en oro:

—Gloria al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo.

No podía continuar. Su voz flotaba entre él y el hombre apoyado en el muro, esa voz volvía a penetrar en su oído:

—¿Qué brujerías estás ejecutando aquí en pleno día? ¿De qué sirve este servicio religioso?

Ter Haigassun buscó con la mirada las nubes de humo que subían al cielo. Pero no pudo escapar a la visión ni a la voz.

—Es preciso que el Dios al que sirves sea un demonio para que haya gratificado con semejante año a su piadoso pueblo armenio…

Ter Haigassun entonó entonces el cántico vesperal que exigía el rito:

—«¡Dios santo e inmortal, ten piedad de nosotros! ¡Líbranos de la tentación y de sus trampas!».

Esta vez la respuesta no parecía provenir de Kilikian, sino de sus propias y más íntimas entrañas:

—No crees, no; tú no crees en el milagro. Estás convencido de que mañana 4.500 cadáveres armenios han de yacer sobre la tierra del Damlajik.

El diácono pasó el incensario a Ter Haigassun para que, conforme a los sagrados preceptos, incensara al pueblo. Ter Haigassun se sintió torturado por una sed horrible. Ya no había nadie junto al muro del fondo. Sin embargo, escuchaba siempre la voz tan cerca como antes:

—Quieres matarme. ¡Mátame, si te atreves!

El incensario escapó con un tintineo de las manos del sacerdote. En ese instante surgió de Ter Haigassun otro personaje nuevo y desconocido. Lanzando un grito agudo y bárbaro, cogió uno de los pesados candelabros de plata y lo blandió por encima de su cabeza. Pero al perseguir a su enemigo, no se lanzó contra la visión aparecida ante el muro de hojas, no, se lanzó, al contrario, al medio mismo de su pueblo.

Sin este espejismo provocado por el hambre y sin el ataque de Ter Haigassun, las cosas probablemente no se hubieran enconado al punto de producir un motín. Los desertores del bastión sur eran, en su mayoría, hijos de armenios a quienes la vista de un altar inspiraba un temor respetuoso. Pero el hombre de los largos cabellos había reunido su tropa pronta al ataque junto a la barraca de la gobernación. Cuando estalló el tumulto en lo alto de la plaza del altar, se dio por aludido de la señal. Diez de sus hombres empezaron a disparar al aire para producir el caos y el pánico necesarios. Otros forzaron la puerta de la barraca y en pocos segundos descubrieron las provisiones de municiones que arrastraron afuera. En cuanto a lo

que sucedió en las gradas del altar, se produjo con tal vertiginosa rapidez que ni los *mouchtars* ni Gabriel se dieron cuenta del incidente. En realidad fueron unos dos minutos en los que el tiempo parecía haber pasado a toda velocidad por una vía desconocida. Cuando Ter Haigassun se lanzó en medio de los fieles blandiendo el candelabro, la multitud se apartó bruscamente. Gabriel Bagradian vio que el sacerdote se dirigía a un grupo de desertores. Él tampoco comprendía quién había invitado a esa canalla al plebiscito y al servicio divino. Ter Haigassun parecía buscar a un personaje determinado. Pero al momento se encontró rodeado por un grupo compacto de hombres armados. Le arrebataron el candelabro, lo zarandearon brutalmente, lo insultaron gravemente y finalmente lo tiraron al suelo. En ese momento se oyeron los disparos a espaldas de la multitud. Un grito de loca angustia agitó a la asamblea por todos lados. Los *mouchtars* y sus mujeres, llorando, intentaban huir. Bagradian se dirigió a través de la masa humana hacia Ter Haigassun, con el revólver en la mano, pronto a socorrer al sacerdote. Uno de los desertores que lo seguía dejó caer sobre su cabeza todo el peso de la culata de su fusil. Gabriel se desplomó. Si el ataque hubiera hecho resbalar el casco de su cabeza, hubiera sido el final. Pero el impacto de la culata hundió el resistente casco profundamente en su rostro, con lo que evitó el golpe mortal. Bagradian perdió el conocimiento sin estar realmente herido. Mientras tanto, los demás desertores habían atado con sólidas cuerdas a Ter Haigassun a uno de los pilares plantados muy hondo en la tierra y que sostenían la cúpula del altar. El sacerdote se defendía en silencio, pero con asombroso vigor. Si hubiera llevado consigo el puñal que acostumbraba usar con su sotana de todos los días, por lo menos uno de los criminales habría pagado su audacia con la vida. Los *mouchtars* se mantenían alejados, sofocados, las piernas temblorosas. No se sentían ni siquiera capaces de guarecerse ellos mismos. La multitud continuaba sin comprender. El ruido de la descarga casi la había enloquecido y se precipitaba adelante, hacia el altar. Pero como al mismo tiempo las filas anteriores retrocedían, resultó de ello una desesperada corriente en la que se mezclaban los

cuerpos, los alaridos de angustia y el dolor.

Ya algunos de los más indeseables individuos que no habían tocado mujer desde hacía meses y se habían mantenido hasta entonces a cierta distancia, se lanzaban como halcones por entre la multitud y cazaban aquí y allá, con sus garras sucias, a una mujer o una moza. Otro grupo, dando pruebas de mayor serenidad, se precipitaba hacia las callejuelas y las cabañas para saquear lo poco que quedaba.

Mientras tanto, comenzaban a producirse las primeras señales de resistencia y de lucha. Algunos hombres henchidos de valor se lanzaron en medio del gentío tratando de acercarse a Ter Haigassun y protegerlo. Uno o dos minutos más tarde se hubiera producido una horrible matanza, pues los criminales, intimidados ante la superioridad numérica de la oposición, tenían ya preparados los fusiles. Una vez más se descontroló este descabellado destino. Como sucediera muy a menudo en los días anteriores, el viento cambió bruscamente de dirección y se puso a remolinear furiosamente por la plaza. Como nadie cuidaba del altar, dos candelabros y un copón se volcaron y cayeron sobre la mesa sagrada. Ter Haigassun no cesaba de luchar en silencio pugnando por soltarse de las gruesas cuerdas que lo ataban a la viga. De cuando en cuando se detenía para recobrar fuerzas. A cada uno de sus golpes se estremecía toda la construcción. Sus ojos inyectados en sangre buscaban a los sacerdotes auxiliares, a los cantores, a Asajan. Pero éstos, sin excepción, habían desaparecido o no se atrevían a acercarse al sacerdote encadenado a quien custodiaba una tropa de desertores, con el propósito sin duda de que los saqueadores escaparan tranquilamente. Entre estos desertores reunidos alrededor del altar se encontraba Sarkis Kilikian. Observaba con evidente interés a Ter Haigassun y sus esfuerzos por desatarse, como si él no tuviera nada que ver con los incidentes y acontecimientos, y asistiera a la escena simplemente en calidad de espectador curioso. Al cabo de un rato se marchó con paso reposado. Su espalda agobiada por el aburrimiento parecía decir: «Ahora estoy harto y, por lo demás, ya es hora de preocuparme de otra cosa». Pero apenas Kilikian se hubo alejado, se

produjo el monstruoso acontecimiento. Sólo porque su desaparición había sido tan llamativa hizo que Ter Haigassun pudiese relacionarlo más tarde con el incendio. En realidad el ruso pasó juntó a las gradas sin tocar en ningún momento el muro de hojas que se levantaba a tres pasos tras la tarima del altar. La llama que surgió de repente doblaba por lo menos en tamaño la altura del fondo. El viento del mar la inclinó inmediatamente dirigiéndola a la derecha. Se desprendieron algunas chispas y pequeñas llamas independientes que emprendieron de inmediato el asalto al techo de la barraca vecina. En este primer movimiento el fuego avanzó con cierta lentitud, como si hubiera sentido remordimiento de vencer. Pero cuando al cabo de un minuto el techo de esta barraca, que ya crujía con estrépito, no fue más que una enorme hoguera inflamada, el elemento destructor no pudo ya contenerse. Lo mismo que las luces de los bulevares de las grandes ciudades se encienden en fila unas después de otras, el incendio se propagó alrededor de la plaza surgiendo casi simultáneamente en cada cabaña. Tal vez los malhechores habían encendido diferentes puntos para retener en la plaza al pueblo enloquecido a la vista del enorme brasero y hacer por este medio imposible toda persecución. Ahora se veía también alzarse sobre la gobernación una enorme bandera inflamada. Sólo un hecho era seguro: que desde el comienzo del incendio los pérfidos visitantes se habían escurrido de la hondonada de la ciudad.

En el momento en que bruscamente se encendió el muro de rimas tras el altar, el pueblo reunido estalló como un obús. Nadie se preocupó ya de los criminales, del altar, del sacerdote encadenado, ni del jefe que suponían muerto. Lanzando extraños gemidos semejantes a relinchos, los armenios se precipitaron por las callejuelas que conducían a sus cabañas. Todo estaba perdido. ¡No tenían instrumentos con que apagar el fuego! ¿Quién podría dominar el incendio? No había sino una solución: salvar lo que aún se pudiera. Ninguno de ellos parecía concebir esta idea, sin embargo tan sencilla; ¿y para qué darse este trabajo? Al contrario, los *mouchtars* y los más ricos aldeanos, aquellos ancianos temblorosos a quienes el espanto había petrificado de tal manera que no habían

sido capaces de socorrer a Ter Haigassun, recobraban ahora de golpe la elasticidad de sus piernas. ¡Se quemaba su dinero! Sus libros hermosamente planchados estaban encerrados en las cuatro esquinas de las cabañas, ocultos bajo las camas, esperando al salvador, incapaces de salvarse ellos mismos. Los ancianos, seguidos de sus mujeres y sus hijas, huían hacia sus viviendas, corriendo con todas sus fuerzas.

Después de un desesperado esfuerzo, Ter Haigassun se rindió. Los ásperos cordeles ya le habían herido los brazos y el pecho a través de la tela sedosa y rígida de su casulla. Un sudor helado le empapaba la espalda. Continuamente caían ramas encendidas sobre el altar, que comenzaba a incendiarse también en varios puntos. De vez en cuando alguna de estas ramas caía también sobre el prisionero sólidamente atado. Sus cabellos y su barba estaban ya chamuscados. El pesado cortinaje del altar comenzaba también a incendiarse. ¡Tanto mejor, ya que había de suceder así! La plaza estaba desierta. Sólo veía a las familias ir de un lado a otro, corriendo y gritando alrededor de sus casas incendiadas. No, no pediría socorro. Un sacerdote que muere en el martirio encadenado al altar está seguro de ver perdonadas sus culpas en el más allá. De nuevo pasó el fuego junto a Ter Haigassun y le dio un fuerte latigazo. ¡Si por lo menos hubieran sido turcos los que lo asesinaban! ¡Pero que fueran hijos de Armenia, sus propios compatriotas! ¡Eran perros, perros inmundos! ¡Perros! Y con esta palabra desencadenó en él un alarido de rabia que casi hizo estallar su cabeza. Sin embargo, los gritos furiosos de Ter Haigassun, «¡Perros! ¡Perros!», retumbaron a través de la plaza, y los hombres, cegados hasta ese momento por sus egoístas preocupaciones, se sobresaltaron y acudieron hacia el altar para desatar al *wartabed*. Pero antes de que el primero hubiera llegado allá, el pilar ya vacilante cedió, y todo el andamiaje se desplomó; todas las tablas eran presa del fuego y el sacerdote fue lanzado al suelo. Los que llegaban lo levantaron. Rápidamente le cortaron las ligaduras. Ter Haigassun caminó un poco, pero se vio enseguida forzado a tenderse.

Bedros Hekim llegó en el preciso momento en que un grupo de

ancianos y mujeres se preparaban a socorrer a Bagradian, que continuaba inanimado. Inmediatamente, aun antes de haberle tomado el pulso, comprendió que Gabriel no estaba muerto. Altouni se sentó en el suelo no sin haber lanzado antes un gemido y colocado sobre sus rodillas la cabeza de su amigo. Trató con mil precauciones de sacarle el casco, tan hundido por el culatazo que le cubría los ojos. Éste se despertó, sólo creía haber dormido un rato. Todo se había desarrollado en un rato muy corto, podría decirse que fuera de los límites del tiempo. Poco a poco sintió el escozor y la pesadez en su cráneo. El doctor pasó suavemente la mano por el cuero cabelludo. No había sangre; sólo una enorme hinchazón. Bedros Hekim llamó dulcemente a Gabriel por su nombre. Éste lanzaba miradas incrédulas a su alrededor y sonreía:

—¿Qué ha pasado aquí…?

Bedros Hekim lanzó una breve carcajada.

—Ni yo mismo lo sé, hijo mío…

Enseguida, con un gesto cariñoso, cogió entre sus manos morenas y arrugadas las mejillas de su amigo todavía medio aturdido.

—Por lo menos a ti no te ha sucedido nada, de eso estoy seguro ahora.

Gabriel Bagradian se puso en pie. Los recuerdos iban apareciendo poco a poco en su memoria. Logró, por fin, pronunciar con gran dificultad, como si saliera de una pesada embriaguez:

—¿Qué ha sido de mi ataque nocturno…? ¿Lo hemos llevado a cabo…? Por Jesucristo, el bastión sur… Ya todo está perdido…

Ter Haigassun también se había levantado, y su voz parecía surgir de otra embriaguez, de una embriaguez lúcida, extralúcida:

—No, ya no…

Bagradian no lo oyó. El crepitar y los chasquidos del fuego eran tan sonoros que ya no se podía oír. A cada paso el incendio devoraba otra cabaña y avanzaba por las callejuelas. Algunos grupos de árboles próximos al valle de la ciudad se transformaron también en formidables haces de llamas. Las familias iban cada vez más numerosas a reunirse en la plaza del altar con sus lamentables bultos

de objetos salvados, esperando una orden que les indicara lo que debían hacer. Algunas mujeres habían empleado sus últimas energías al arrastrar hasta allí sus máquinas de coser. Todas las miradas buscaban un jefe, pero éste no aparecía. Pues tanto Ter Haigassun como Gabriel Bagradian estaban sumidos en una seminconsciencia contemplando ante ellos el vacío. Con Bedros Hekim no se podía contar. No se veían *mouchtars* ni maestros; todos estaban atareados en salvar sus bienes. Al cabo de esta pausa llena de desesperación, llegó por lo menos un equipo de socorro enviado desde el desfiladero norte. Como prueba de la fatídica rapidez del suceso que se dio entre el ataque de locura de Ter Haigassun y aquel momento es que Awakian no pudo llegar con sus sesenta hombres hasta después de transcurrido el incidente a pesar de que Tchauch Nurhan le envió de inmediato en cuanto escuchó las primeras detonaciones de los fusiles de los desertores. Aterrorizado, Awakian se precipitó hacia Gabriel.

—¿Está herido, *Effendi*? Por Jesucristo, ¡qué semblante tiene!… Hábleme, se lo ruego…

Pero Gabriel no habló. Rápidamente, con gran esfuerzo, pasó ante el altar encendido, salió de la plaza, de la hondonada de la ciudad, echó a correr y se detuvo por fin en lo alto de una pequeña colina. Awakian lo siguió sin pronunciar una sola palabra. Gabriel, con el rostro fatigado, estiró la cabeza y se puso a escuchar para que llegase mejor a su oído el crepitar del fuego. Al sur se escuchaba un prolongado tiroteo interrumpido a intervalos. Se hubiera podido creer que eran ametralladoras. Y ahora otra vez se oía. Pero tal vez no fuera más que una ilusión, pues en su cabeza se sucedían los dolores.

Capítulo VI

La escritura en la niebla

El joven oficial había logrado llevar a cabo su delicada empresa instalando un teléfono de campaña desde la aldea de Habaste hasta una distancia de cuatrocientos pies bajo el bastión sur. Considerando las dificultades que presentaba el terreno rocoso y la escasa instrucción de las tropas, se podía decir que ésta era una hazaña de primera magnitud. Por la tarde, el general Alí Risa, vestido con traje civil para despistar a los observadores del Damlajik, se dirigió personalmente a Habaste. El sol ya se había puesto cuando el vetusto teléfono que había ante él, sobre la mesa, comenzó a sonar. Pasó bastante rato antes de que pudiera reconocer la voz del *jusbachi* al otro lado de la línea telefónica, ya que se tuvieron que solventar algunos problemas técnicos:

—Mi general, tengo el honor de informarle de que la montaña es nuestra.

Alí Risa, con el fresco rostro de los que no beben ni fuman, se echó atrás en la silla con el auricular siempre apoyado al oído.

—¿Cómo que la montaña, *jusbachi*? ¿Quiere decir la parte sur de la montaña…?

—Precisamente, mi general, el extremo sur de la montaña.

—Te lo agradezco. ¿Hemos tenido pérdidas?

—Ni la más insignificante, ¡ni un solo hombre!

—¿Y cuántos prisioneros habéis hecho, *jusbachi*?

En ese momento pareció que surgían de nuevo ciertos

problemas técnicos con la línea. El general lanzó una mirada significativa al oficial encargado del teléfono. Pero luego la voz del *jusbachi* se oyó de nuevo, esta vez ligeramente alterada:

—No tengo prisioneros. Las posiciones enemigas estaban desocupadas. Ya contábamos con esto. Es decir, casi desocupadas, porque había unos diez hombres, entre ellos cuatro niños, si no me equivoco…

—¿Y qué ha sido de esa gente?

—Los nuestros los han matado.

—¿Opusieron resistencia?

—No…, de ninguna manera…

—He ahí algo que disminuye considerablemente su éxito, *jusbachi*. Esos prisioneros nos habrían ahorrado muchas molestias.

Por tosco e insuficiente que fuera el auricular del teléfono, se podía percibir, sin embargo, la ira del *jusbachi*:

—Yo no di la orden.

El general no abandonó su calma flemática:

—¿Y dónde se han ido todos los desertores?

—Sólo se han encontrado sus rastros, nada más.

—¡Ah!, ¿No tiene que comunicarme nada más, *jusbachi*?

—Los armenios han incendiado su campamento. Se ve una enorme fogata…

—Y según su opinión, ¿qué significado puede tener eso, *jusbachi*? ¿Qué razones cree usted que los ha impulsado a actuar de ese modo?

La voz del comandante se hizo en ese momento enconada y hostil:

—No soy yo el llamado a dar una opinión. Usted lo hará sin duda mucho mejor, mi general. Tal vez esos individuos tienen intenciones de abandonar la montaña… ¿esta noche, acaso?

Antes de emitir una opinión, Alí Risa guardó silencio dos minutos mientras dejaba vagar por el vacío sus ojos de un gris pálido.

—Es posible… Pero también es posible que nos encontremos ante una trampa… El jefe de aquella gente ya ha engañado más de

una vez a nuestros oficiales. ¿No proyectarían tal vez una salida…?

Enseguida, volviéndose hacia los personajes que lo rodeaban:

—Esta noche será preciso reforzar lo más posible el servicio de guardias en el valle.

La voz del *jusbachi* prorrumpió con cierta impaciencia:

—Espero que tenga a bien darme nuevas órdenes, mi general.

—¿Hasta dónde han avanzado sus compañías? La tercera compañía y dos destacamentos de ametralladoras ocupan la colina vecina a más o menos quinientos pies de mi puesto principal. Hemos escuchado aquí el tiro de las ametralladoras. ¿Qué significa eso?

—Fue una pequeña demostración…

—Esa demostración era perfectamente superflua y, más aún, perjudicial… Que las tropas permanezcan donde estén y tomen todas las medidas de seguridad necesarias.

Al otro extremo del hilo la voz se hizo intensamente malévola:

—Las tropas permanecerán donde están. Pediré una redacción escrita de esta orden, *Effendi*… *¿Y* mañana?

—Una hora antes de la salida del sol la artillería del norte empezará a apuntar a la montaña: ponga su reloj en hora exactamente con el mío, *jusbachi*… ¡Bueno! Inmediatamente después de la salida del sol iré a reunirme con usted en la meseta y dirigiré las operaciones del sur. ¡Eso es todo!

Allá en la montaña, apretados los dientes, el *jusbachi*, furioso, colgó el auricular.

—¡Llega para el final este pachá bebedor de leche de cabra! ¡Y será el vencedor del Musa Dagh!

Gabriel Bagradian regresó en silencio a la plaza del altar. Durante el corto trayecto agarraba la mano de Awakian con fuerza. El incendio se adentraba cada vez con mayor fuerza entre las callejuelas. Acababa de ponerse el sol y a pesar de las llamas a su alrededor —el muro de las ramas tras el altar seguía sin consumirse—, Gabriel sentía que la oscuridad se apoderaba cada vez más de él. Por un lado

sombrías figuras que se quejaban, por el otro voces lastimeras que se entremezclaban en la plaza en una danza absurda e inútil. Veía oscilar la balanza de la vida. ¿No tenía acaso derecho a unirse, esta vez para siempre, en las tinieblas donde ya no se necesita tener conciencia de nada? Esteban había muerto. ¿Para qué recomenzar la lucha? Y sin embargo, segundo a segundo se iba llenando su dolorida cabeza de pensamientos cada vez más claros y enérgicos.

Ter Haigassun se había repuesto después de tantas emociones y ya estaba en pie. Lo primero que hizo fue doblar cuidadosamente su desgarrada casulla, la estola y todas las demás vestimentas correspondientes al culto divino. Cubrió su desnudez con una manta que alguien le prestó. Un lado de la barba de Ter Haigassun se había quemado completamente y la marca roja de una quemadura le desfiguraba el rostro. Había cambiado completamente. El tono marfileño de camafeo que tenían generalmente sus mejillas hundidas había cedido el lugar a un oscuro envejecimiento debido a la fiebre o la ira. Cuando divisó a Gabriel, buscó en vano las palabras que deseaba pronunciar y permaneció mudo.

El pueblo había renunciado a luchar contra el fuego. Tenía apenas fuerzas y voluntad para correr por todos lados, enloquecido —agitación que poco a poco se iba calmando—. Luego todos se sentaron en el suelo en grupos compactos de mujeres, ancianos y niños. Estos mártires del hambre no esbozaban siquiera un gesto. Todo su ser no manifestaba sino un deseo, y en vano hubiera pensado uno de sus jefes que podía exigirles un paso, un gesto, en una palabra, la menor manifestación de actividad. Lo que deseaban era permanecer sentados allí, sin oponer resistencia, hasta que llegara el fin. Habían llegado a ese estado que puede llamarse el bienestar de la destrucción.

Sin embargo, una vez más estos cuerpos y estas almas extenuadas fueron arrancadas del bienestar que les proporcionaba la resignación a la muerte. El espíritu de Bagradian se había concentrado tras sus cerrados párpados. Este fenómeno se produjo casi contra su voluntad. Al principio trató de sustraerse al doloroso esfuerzo que le significaba esta concentración del pensamiento.

Luego tuvo la impresión de que en el ensordecedor taller que formaba su cabeza, el que pensaba no era él, Gabriel Bagradian, sino una fuerza independiente, aquella misión cuya responsabilidad había aceptado allá en el valle, la misión de organizar la defensa hasta el final. En ese momento una potencia incorruptible se preguntaba en él: «¿Hemos llegado realmente al último extremo? ¡No! Los turcos tal vez han ocupado el bastión sur, tienen ametralladoras, el campamento arde. ¿Qué haremos ahora? Establecer una nueva línea de defensa para cerrarles en lo posible el camino. Pero ante todo es preciso que el pueblo entero abandone la montaña y descienda hacia el mar. ¡Entonces los cañones podrán cumplir con su deber!».

Al ver que Awakian se acercaba, le gritó:

—¿Qué hace aquí todavía? Corra donde Nurhan a decirle que no se mueva de su lugar. Que me envíe inmediatamente todas las decenas de hombres que había preparado para el ataque; también la mitad de los ordenanzas y observadores. Se trata de formar lo más pronto posible una nueva línea y que cada uno tenga por lo menos con qué defender su cabeza.

Awakian vacilaba; hubiera deseado preguntar algo más, pero Gabriel lo empujó y avanzó en medio del pueblo inmóvil.

—¿Por qué desesperar, hermanos y hermanas? ¿Tenéis acaso motivo para ello? ¿No poseemos acaso aún nuestros setecientos combatientes, los fusiles y dos cañones? ¡Podéis estar tranquilos! Para la defensa general convendrá más bien que las columnas se instalen en la costa. Sólo los hombres de la reserva permanecerán aquí.

Ter Haigassun transmitió a los *mouchtars* la orden de reunir a la población de las diferentes aldeas y bajar en grupos por el abrupto sendero. Él mismo dijo que dirigiría la expedición para poder descubrir el mejor lugar de acampada. Era evidente que el sacerdote tenía fiebre y debía hacer un enorme esfuerzo para mantenerse en pie para poder regresar a su deber. Su rostro, con la barba chamuscada, parecía más pequeño y oscuro cuando se volvía hacia Gabriel.

—Lo más importante de todo es el castigo. ¡Y a ti te

corresponde matar a los culpables, Bagradian!

Gabriel lo miró en silencio. No encontraré a Kilikian, pensó. Poco a poco se levantaron aquellos seres extenuados. Se produjo enseguida un movimiento desordenado, vibrante, de una mortal embriaguez, los *mouchtars*, los sacerdotes de las aldeas y dos profesores animaban a sus comunas a reunirse en grupos compactos. Todos se dejaban llevar sin resistir. Ni siquiera los niños gritaban ya. Bedros Hekim se alejó discretamente con la intención de colocar en lugar seguro por lo menos a los enfermos que podían moverse. La desgracia prestaba fuerzas sobrehumanas a este anciano que ya no era más que un frágil desecho. Gabriel Bagradian confió la evacuación del campamento a Ter Haigassun. Era preciso no perder un minuto, pues no se podía prever hasta dónde avanzarían los turcos por la noche. Los obuseros peligraban y la canalla de los desertores constituía también un problema grave. ¡Pero adelante! Ya no se trataba de estudiar detalladamente la situación, sino de actuar, cerrando los ojos y resueltamente Gabriel reunió rápidamente a todos aquellos que, más o menos armados, ancianos o jóvenes, se habían agrupado a su alrededor. Hasta los muchachos debieron seguirlo. Había cesado el viento.

El olor sofocante de la madera humeante oprimía a los hombres. Se mezclaba a ello el mal olor de las telas quemadas. Apenas se podía respirar y los ojos lloraban continuamente. Gabriel dio la señal de partida. Él y Chatakhian marchaban a la cabeza de la línea de tiradores ampliamente desplegada. Tras ellos seguían a paso lento unos ciento cincuenta hombres totalmente extenuados, de los cuales un tercio había cumplido ya la sesentena. Así, pues, esta tropa miserable, hambrienta, debería resistir un ataque, vencer cuatro compañías en pie de guerra mandadas por un comandante, cuatro capitanes, ocho tenientes y dieciséis subtenientes. Sin duda era preferible que Gabriel ignorase las fuerzas del enemigo. Dirigiéndose hacia el montículo donde se encontraban instalados los obuseros, el cortejo pasó a través del cementerio ya tan extenso. Las dos últimas tumbas correspondían a Krikor y al hijo de Bagradian. Obedeciendo al deseo del difunto, la tumba de Krikor no se

distinguía de las demás por ninguna señal especial. Sobre la de Esteban se alzaba una sencilla cruz de madera. El padre pasó junto a ella sin volver la mirada a ese lado. La noche había caído ya completamente, pero el resplandor del incendio envolvía enteramente el Damlajik en una especie de bóveda púrpura.

De pronto, en medio del camino, en el lugar donde comienza la pendiente que conduce hacia la altura coronada por los obuseros, se produjo el más inesperado incidente. Gabriel y Chatakhian se detuvieron. La tropa que avanzaba trabajosamente tras ellos se echó a tierra. Una fila de hombres armados bajaba corriendo por la pendiente No se veían sino sus siluetas, que hacían desordenadas señales con sus fusiles a los recién llegados. ¿Turcos? La mayoría de los armenios buscó un refugio en la oscuridad. Sin embargo, las sombras cuyos movimientos se destacaban del cielo inflamado, se aproximaban tímidamente. Eran más o menos treinta hombres. Gabriel observó que empujaban ante ellos una figura encadenada. Estos hombres llevaban linternas. Cuando se encontraron a una distancia de cinco pasos, Bagradian sólo vio a Kilikian. El cautivo había sido atado por su propia gente. Todos se lanzaron de rodillas ante él tocando la tierra con la frente, símbolo, viejo como el mundo, de la culpa y el arrepentimiento. ¿Para qué intentar hablar y justificarse? Toda retirada era imposible. Las ligaduras que ataban a Kilikian probaban de un modo evidente que se arrepentían de su crimen monstruoso, que llevaban un chivo expiatorio en señal de desagravio y aceptaban todo castigo, cualquiera que fuese. Algunos se apresuraron a acumular a los pies de Bagradian, con una pueril premura, el botín robado y las municiones sustraídas en el asalto. Pero Gabriel no miraba sino a Kilikian. A pesar de estar atado, sus compañeros lo habían obligado a hincarse. El reflejo crepuscular de las llamas permitía percibir perfectamente sus rasgos. Los ojos tranquilos de Kilikian no expresaban el deseo de vivir, como tampoco el de morir. Observaban a su juez sin el menor rastro de emoción. Bagradian se inclinó más aún hacia el rostro de estremecedor mutismo.

Ni en ese momento pudo reprimir la corriente de respetuosa

simpatía que se apoderaba de él cada vez que encontraba al ruso. Kilikian, este simple espectador de aspecto fantasmal, ¿era realmente el culpable? ¡Qué importaba! Gabriel introdujo la mano en el bolsillo para armar su revólver del ejército. Luego lo sacó bruscamente y apuntó a la frente del ruso. El primer tiro no salió. Kilikian no había cerrado los ojos. Sólo la boca y las aletas de la nariz palpitaban como si reprimieran una sonrisa. En cambio Bagradian tenía la impresión de haber dirigido el arma contra sí mismo. Cuando oprimió por segunda vez el gatillo, le sobrecogió un sentimiento tal que le hizo volver la cara. Así murió Sarkis Kilikian, después de haber llevado una inconcebible existencia entre muros de prisiones, habiendo escapado en su infancia de la matanza turca, y cuando siendo adulto volvió a escapar de una muerte certera ante un pelotón de fusilamiento turco, esta vez quiso ese destino suyo que cayese derribado por la bala de un compatriota.

Con un gesto breve, Gabriel indicó a los desertores que podían reunirse con la multitud.

Para demostrar su arrepentimiento y su celo, dos de estos desalmados se habían empeñado en explorar minuciosamente las posiciones de las tropas turcas. Regresaron con un informe en que exageraban la amarga realidad. Tal vez el sombrío pesimismo de estos individuos que esperaban su castigo bastaba para agigantar los hechos; tal vez pensaban reducir su propia falta describiendo las fuerzas enemigas en proporciones formidables. Bagradian no se dignó mirar a estos reconocedores, ni pronunciar una palabra. Sabía que una gran parte de la culpa recaía sobre él mismo. No había hecho caso de ninguna advertencia y no había querido, en el momento oportuno, reorganizar de un modo conveniente a la banda de criminales.

Hacía mucho rato que Samuel Awakian se había reunido con Gabriel y sus hombres del grupo de asalto. Al cabo de una hora, dos líneas compuestas de tiradores se extendían por la colina y las ondulaciones de la meseta hasta la zona de arbustos y por el otro extremo hasta las rocas. Cada uno permanecía en su sitio, tendido en el suelo como madera seca en el punto que le indicaran, sin estar

realmente despierto ni dormido. Después de pasar revista a este frente angustiosamente prolongado y haber colocado en él una fila suplementaria de centinelas, Gabriel se dirigió a los obuseros. Ya tenía grabado en el espíritu cada rincón del Damlajik, cada distancia y la configuración de todo el lugar. Por tanto, podía calcular en su cuaderno con absoluta precisión el tiro hacia el sector del bastión sur.

Después de aquel día de un calor sofocante, la noche traía consigo una frescura otoñal. Gabriel permanecía sentado muy cerca de los cañones, pues había enviado a todos los hombres de servicio a descansar. Awakian le buscó una manta, pero no se envolvió en ella, pues su cuerpo ardía y le parecía que de un momento a otro su cabeza emprendería el vuelo, tan liviana la sentía. Sus ojos permanecían fijos en el cielo enrojecido. El reflejo del incendio aumentaba siempre en profundidad y amplitud. Una melodiosa pregunta se repetía una vez y otra en su torturado cerebro: ¿Cuánto rato hacía que ardía el altar? Luego debió sumirse bastante tiempo en la inconsciencia, pues le despertó una presencia a corta distancia. Y precisamente este momento del despertar que le parecía tan maravillosamente largo y henchido de profundas experiencias, se produjo con tal maternal dulzura, que rehusó reconocer la exacta realidad. La comunión del exhausto con esa cercanía durante ese corto lapso de tiempo fue tan grande que la aparición de Iskuhi casi le causó una decepción, pues significaba para él el regreso a la conciencia de lo inevitable. Al ver a la joven pensó de pronto en Julieta y le invadió una violenta angustia. No había visto a su mujer desde hacía eternidades y ni siquiera había pensado en ella. Por esto su primera pregunta fue pronunciada con una voz muy tímida:

—¿Y Julieta? ¿Qué ha sido de Julieta?

Iskuhi había reunido sus últimas fuerzas para arrastrarse hasta allí. Para ella todos los acontecimientos se habían esfumado en una bruma uniforme. No tenía sino una preocupación que la atormentaba sin cesar: ¿Por qué no viene? ¿Por qué me ha abandonado? ¿Por qué no me llama para el último momento? La inquietud de Gabriel por Julieta ahogó implacablemente todas estas

preguntas en su garganta. Calló y hubo de esperar un buen rato antes de recobrar enteramente el dominio de sí misma para poder relatar, en frases entrecortadas, cuanto había sucedido en la plaza de las tres tiendas: el ataque de los desertores, la muerte de Chuchik y la herida del pastor. En vano había tratado Bedros Hekim de convencer a Julieta para que se dejara transportar por Kework a orillas del mar. Ella se había opuesto, alegando a voces que no se movería de su tienda. Aram, herido aún, estaba también en la tienda… Gabriel mantenía siempre los ojos fijos en el cielo rojizo que no acababa de palidecer.

—Está bien… No sucederá nada antes de la mañana… Aún queda bastante tiempo…, una noche a la intemperie podría ser fatal para Julieta…

Algo en esas palabras le hizo daño a Gabriel. No obstante el color trágico del cielo y las llamas que ascendían siempre de la cañada, esta noche le parecía más sombría que todas las anteriores. Podía distinguir apenas la silueta de Iskuhi a su lado. Suavemente, a tientas, buscaba el rostro y el cuerpo, y se horrorizó al constatar cuán frías y enflaquecidas estaban las mejillas y las manos de la joven. Una ola de ternura invadió su corazón. Tomó la manta y envolvió en ella a la muchacha.

—¿Desde cuándo no comes, Iskuhi?

—Hace poco Mairik Antaram nos llevó unos bocados —mintió —; he comido bastante…

Gabriel oprimió a Iskuhi entre sus brazos con la esperanza de descubrir nuevamente en su presencia la dulce sensación de la seminconsciencia:

—Es tan hermoso, tan extraño el poder despertarme junto a ti, como hace poco… Me parece que hace mucho tiempo que no hemos estado juntos, Iskuhi, hermanita… Ahora me siento muy feliz de que hayas venido… Muy feliz, Iskuhi…

Ella apoyó suavemente su rostro junto al de Gabriel, como si no pudiera sostener el peso de su cabeza.

—Tú no fuiste… He sido yo quien ha venido. Ya estamos cerca, ¿no es así?

La voz de Gabriel parecía velada y soñolienta.

—Sí, creo que ya estamos cerca…

Las palabras de Iskuhi revelaban a la criatura extenuada y, sin embargo, decidida aún a defender sus derechos.

—¿Recuerdas lo que nos dijimos una vez…, lo que me prometiste…, Gabriel?

Se sobresaltó, y volvió a su lejano ensimismamiento:

—Tal vez nos queda aún todo un día de vida…

Ella repitió estas palabras en un suspiro, como si constituyeran un inapreciable don:

—Todo un día de vida…

El abrazo de Gabriel se hacía a cada instante más ardiente:

—Tengo que pedirte algo muy importante, Iskuhi… Hemos hablado a menudo de ello… Julieta es mucho más digna de compasión y más desgraciada que nosotros…

Ella apartó su mejilla del rostro del hombre, pero Gabriel cogió su mano inválida y la acarició y besó repetidas veces.

—Si me amas, Iskuhi…, piensa que Julieta está tan horriblemente sola…, tan cruelmente sola…

—Julieta me odia…, no me puede soportar… No quiero verla más…

La mano de Gabriel sentía los escalofríos que sacudían a la joven.

—Si me amas, Iskuhi… Te lo ruego, acompaña a Julieta… Al salir el sol abandonaréis las tiendas. De este modo estaré más tranquilo… Ella está casi loca…, pero tú no… Nos volveremos a ver, Iskuhi…

La muchacha dejó caer la cabeza. Lloraba en silencio.

Él murmuró:

—Te amo, Iskuhi… Nos volveremos a ver…

Al cabo de un rato ella intentó levantarse.

—Bueno, pues me marcho…

Él la retuvo con un gesto casi enérgico:

—¡Todavía no, Iskuhi! Tienes que acompañarme… Te necesito…

Se produjo entonces un prolongado silencio. Él sentía en su boca la lengua torpe y pesada. Se sumió en sí mismo como aturdido por otro culatazo. Veía los ojos tristes de Sarkis Kilikian que lo observaban con apática gravedad. Tuvo horror de sí mismo. ¿Dónde yacía ahora el ruso? ¿Había dado acaso la orden de que hicieran desaparecer el cuerpo? Todo lo sucedido en las últimas horas parecía absolutamente ajeno a Gabriel; no creía que tuviera aquello más relación con él que algún relato erróneo transmitido de boca en boca. Cayó en una aplastante y vaga ensoñación en que él mismo era el centro de un gran dolor de cabeza y cuyos movimientos lo golpeaban regularmente y sin cesar.

De pronto, cuando Gabriel volvió en sí sobresaltado, Iskuhi ya se había levantado. Rápidamente sacó su reloj.

—¿Qué hora es? ¡Jesucristo…! No, tenemos tiempo aún, bastante tiempo… ¿Por qué me has puesto la manta…? Ves, estás tiritando de frío… Pero tienes razón, más vale que te vayas, Iskuhi… Irás a acompañar a Julieta. Puedes disponer aún de cinco a seis horas… Os enviaré a Awakian en el momento oportuno… Buenas noches, Iskuhi… Hazme el favor de tomar la manta y abrigarte la espalda…, yo no la necesito…

La estrechó una vez más entre sus brazos, pero tuvo la impresión de que ella no tenía ya sino un deseo: huir, pero era vago e irreal. Le repitió su promesa:

—No es un adiós. Nos volveremos a ver…

Ya hacía un buen rato que Iskuhi se había marchado y se disponía a tenderse de nuevo, cuando se sintió de pronto oprimido por el recuerdo de la joven. Estaba tan débil, que apenas podía caminar; sus miembros estaban rígidos de frío y su cuerpo delgado parecía casi inmaterial. ¿No estaba tal vez enferma ella también? Y él la había hecho regresar a causa de Julieta. Gabriel se reprochaba ahora el no haberla acompañado siquiera una parte del camino lleno de emboscadas en la oscuridad. Descendió corriendo hasta el medio de la colina y gritó:

—Iskuhi, ¿dónde estás? ¡Espérame!

No obtuvo respuesta. Probablemente se encontraba ya

demasiado lejos para oír la voz de Gabriel.

El fuego de las cabañas seguía crepitando cada vez más, por aquí y por allá. Dios sabe de dónde sacaba alimento entre tanta pobreza. Había ido creciendo con los árboles y arbustos que rodeaban el campamento. Quizás tendrían que enfrentarse a los turcos al día siguiente con un segundo incendio. Gabriel corrió un trecho en dirección a la plaza de las tres tiendas, pero al no poder alcanzar a Iskuhi, regresó lentamente hacia donde se encontraban los obuses. En su reloj, al que seguía dando cuerda regularmente, apenas era la una. Pero no pudo seguir durmiendo.

Más o menos a las tres de la mañana se apagó el incendio que había devorado las casas de la cañada. Sin embargo, persistía aún en el cielo, como un eco de aquella sinfonía de llamas ya silenciadas. Algunos focos no acababan de consumirse. La niebla había absorbido este reflejo hasta la saciedad y lo retenía prisionero como una sustancia material. En ese momento Gabriel despertó a Awakian. El estudiante se había acostado también junto a los obuses. Dormía tan profundamente que Bagradian lo meneó durante un rato sin conseguir despertarlo. Awakian esbozó algunos gestos de rechazo, y luego, bruscamente, levantó la cabeza con la mirada vaga. Gabriel le pasó la cantimplora, donde quedaba aún un poco de coñac.

—Tome, beba esto, Awakian…, ¡vamos, ánimo! Lo necesito y ya no tendremos mucho tiempo para hablar a solas.

Se sentaron volviendo la espalda a la cañada de la ciudad, de tal manera que podían divisar vagamente los puestos repartidos en la línea de defensa recién organizada. Algunos hombres llevaban linternas. Estos puntos luminosos se agitaban perezosamente en todos sentidos. Aún no soplaba el viento.

—No he dormido un solo instante, tenía demasiado en qué pensar a pesar de esta maldita hinchazón que tengo en el cráneo y se hace sentir sin cesar.

—Es una lástima. Usted necesitaba reposo, *Effendi*.

—¿Para qué? El día que tanto hemos postergado ha llegado por fin. Sí, quería decirle, Awakian, que nuestros compatriotas le deben

principalmente a usted el haber podido resistir tanto tiempo en semejantes condiciones. Hemos realizado juntos una maravillosa colaboración. Es usted el hombre más seguro que he conocido. Perdóneme estas palabras, que no significan nada. Naturalmente, es usted mucho más que eso…

Awakian hizo un gesto de confusión, pero Gabriel continuó colocando su mano sobre la rodilla del joven:

—Es necesario hablar alguna vez con franqueza… ¿Cuándo sería más oportuno que ahora? Escúcheme, Awakian; hace poco tuve la certidumbre de que todo terminaría bien para usted. Naturalmente no sabría explicarle por qué. Sin duda se trata sólo de una fantasía de la imaginación, pero lo vi de regreso en París, Awakian; sólo Dios sabe cómo había regresado usted: o más bien dicho, cómo regresará…

La frente pálida e inclinada del joven maestro formaba una mancha clara en la oscuridad.

—Seguramente esto no tiene ningún sentido, discúlpeme, Gabriel Bagradian; por cuanto a mí respecta, las cosas han de suceder tal como para usted; no podría ser de otro modo…

—¿Por qué no? Naturalmente, en la práctica tiene usted razón; no hay otra solución posible. Pero supongamos, por descabellado que parezca, supongamos que usted sobreviva de uno u otro modo…

Gabriel Bagradian se detuvo, la mirada intensamente fija en el vacío, como si pudiera leer allí claramente el feliz porvenir de Awakian. Enseguida sacó de su bolsillo una cartera y la colocó a su lado.

—No tenía intenciones de retenerlo aquí, sino al contrario, deseaba enviarlo a la posición norte. Generalmente estoy más tranquilo cuando sé que usted está junto a Nurhan. Pero ahora nada de esto me importa. Va usted a hacerme un favor mucho más grande, Awakian. Permanezca al lado de las mujeres, quiero decir, acompañe a mi mujer y a la señorita Tomasian. Lo encargo de esta misión por el presentimiento que tengo de la suerte que lo espera. Quizás les traiga usted suerte. ¡Haga cuanto esté en su poder! Sobre todo, hágame el favor de cuidar que las tiendas sean desmontadas al

amanecer. Ocúpese de que *Madame* sea bajada, lo más cuidadosamente posible, hacia la orilla del mar. Pero busque a alguien que no sea Kework… No quiero pensar en sus manos. Llévese a Kristaphor y Missak.

Samuel Awakian se deshizo en protestas. ¿No sería más necesaria que nunca su cooperación al día siguiente, en el último combate? Los puntos más vitales quedaban aún por resolver. El concienzudo ayudante comenzó a enumerarle los cientos de obligaciones que le aguardaban. Pero el jefe, impaciente, rehusó ocuparse de eso ahora.

—¡No, no! Ya no se puede preparar nada. Deje tranquilamente el cuidado de todo a mi cargo. Ya no lo necesito aquí. De este modo doy por terminado su servicio en mi casa, Awakian. Lo que le pido es sólo la realización de un deseo.

Entregó a Awakian un sobre lacrado.

—Acabo de poner en sus manos mi testamento, amigo. Lo conservará usted hasta que la señora Bagradian se restablezca, ¿me ha comprendido bien? Al obrar así sigo basándome en el absurdo presentimiento que tengo de su futuro. ¡Qué extraña idea! He aquí, por otra parte, un cheque para el Crédit Lyonnais. Ya ni siquiera recuerdo cuántos meses de sueldo le debo… Sin duda tendría usted razón en considerarme un loco. En nuestra situación no cabe mayor tontería que la de hacer cálculos de esta especie. Pero soy y sigo siendo pedante. Quizás no sea todo esto más que una superstición y resulta que ahora hago de brujo, ¿lo entiende? Resulta que soy un poco brujo.

Bagradian se levantó riendo. Parecía rejuvenecido y lleno de confianza en sí mismo.

—Y si por ventura yo sobrevivo, ni el testamento ni el cheque le valdrán de nada. Vamos, amigo, recobre su ánimo…

Su risa era forzada. Awakian sostenía los papeles en su mano tendida y volvía a rehusar con más energía que antes. Pero entonces Bagradian le apostrofó un poco airado:

—¡Váyase, váyase, se lo ruego! Le aseguro que me aliviaré enseguida.

Las últimas horas de la noche transcurrieron con insoportable lentitud. Apretados los dientes, Bagradian esperaba el momento en que se disipasen las tinieblas. En las primeras horas del alba apuntó el cañón hacia el bastión sur. La espesa niebla de aquella mañana que no agitaba siquiera una brisa, no quería esfumarse. De pronto apareció el sol, rojo y poderoso. Gabriel se arrodilló en la posición reglamentaria a la derecha del obús y tiró la mecha con energía. La detonación fue formidable, el violento retroceso de la culata, el fuego, el humo, la repercusión en el ambiente del ronquido ensordecedor, los segundos tensos y cristalinos de la espera hasta el momento en que el obús alcanza la meta, todos estos elementos reunidos provocaron una formidable relajación. Este cañonazo alivió el alma del artillero de una opresión enorme. ¿Qué razón tenía el capitán del Damlajik, generalmente tan prudente, para malgastar los irreemplazables obuses aun antes que los turcos comenzaran el ataque? ¿Deseaba despertar o asustar al enemigo? ¿Pensaba de este modo inspirar valor a sus hombres? ¿Esperaba causar así tantas pérdidas a las compañías turcas, que se vieran imposibilitadas para avanzar más adelante con sus tiradores? No, ninguna de éstas era una táctica meditada, sino que simplemente sentía que ya no podía soportar un minuto más de espera. Era su grito de dolor y de desafío, a la vez un grito de socorro y una trágica expresión de alegría para indicar el fin de la noche. Y no era él el único que pensaba así, pues todos experimentaron su misma impresión, todos aquellos hombres extenuados por el cansancio y cuyos cuerpos estaban encogidos de frío. Esperaron luego con el rostro descompuesto la respuesta que no tardarían en recibir. Pero los turcos no parecían haber abandonado su posición primitiva, ni haberse movido del norte. Sin embargo, la respuesta llegó. Bagradian tuvo antes tiempo de disparar otros dos tiros. Entonces se oyó una enorme y sorda detonación. Nadie comprendió de qué se trataba. Arriba, en el aire, se sintió pasar una ráfaga de acero que pareció extenderse sobre todas las montañas desde el Amanus a El Akra. El proyectil cayó mucho más abajo con un ruido ensordecedor, probablemente en la planicie del Oronte. Pero este

trueno prodigioso provenía del mar.

Antes de que transcurriera la noche —habiéndose trasladado el pueblo de las aldeas a los lugares áridos, entre los arrecifes y las rocas de la abrupta pendiente—, Ter Haigassun dio a los *mouchtars* la orden de conducir vivo o muerto a su presencia al profesor Hrand Oskanian. El alma del sacerdote no experimentaba ya sino un único y ardiente deseo: castigar al responsable para vengar la ley violada y la comunidad tan vilmente traicionada. Y según el sacerdote, el responsable era el maestro, el «comisario», y tal vez más que el propio Sarkis Kilikian. En su pasión vengativa, Ter Haigassun estaba pronto a dar muerte con sus propias manos al moreno enano y hacerle padecer el más refinado suplicio. Pero el maestro Hrand Oskanian se ocultaba en los alrededores de la terraza en forma de bandeja. No estaba solo. Los adeptos a su religión suicida se habían unido a él. Sin embargo, no se había producido aún un solo caso de suicidio en el Musa Dagh. Hasta esa noche no eran más que cuatro los discípulos fieles a Oskanian y a sus teorías: un hombre y tres mujeres. El hombre tenía cincuenta años, pero su rostro era el de un anciano. Era un tejedor oriundo de Kheder Beg, la ciudad de las sedas. Margoss Arzruni —tal era su nombre—, había escuchado con el mayor entusiasmo los sermones de la muerte voluntaria que predicaba Oskanian. De las tres mujeres, la más vieja había perdido a toda su familia; las otras dos eran aún jóvenes. Una de ellas había visto la víspera a su niño morir de hambre en sus brazos. La otra, soltera, pertenecía a una familia acomodada de Yoghonoluk y era conocida de todos por su temperamento neurasténico y poco estable.

Sobrecogido de miedo, Oskanian se había refugiado en este sitio apenas comenzó la revuelta. Pero como buen apóstol del profeta, Margoss Arzruni no tardó en descubrir las huellas del maestro para conducir así a su presencia a tres creyentes prontas a poner en práctica su doctrina. Es más fácil morir acompañado que solo. El tejedor era, además, uno de aquellos apóstoles inexorables que no admiten en el maestro la menor debilidad. Los cinco estaban

sentados bajo una de las enormes rocas que cerraban la entrada del camino a la terraza. Como tenían frío se apiñaron muy juntitos unos junto a otros. Oskanian se encontraba al lado de la melancólica, que no carecía de encantos. El defensor del suicidio se asombraba de comprobar que poco antes de llevar a cabo la más sublime decisión de la que un hombre es capaz, pudiera experimentarse un placer tan vivificante al sentir junto a él el cuerpo tibio y suave de una mujer. No obstante respondió a las preguntas de la matrona que, llena de convicción, interrogaba al profesor sobre las consecuencias escabrosas que semejante acto podría acarrear en el más allá. ¿También había estudiado él este problema, no es así?

—Es un gran pecado, maestro, lo sé. Si lo hago, es sólo por volver a ver a los míos lo más pronto posible. Pero tal vez no tenga siquiera el consuelo de verlos y tendré que permanecer eternamente en el infierno, porque yo sé que éste es un gran pecado.

Oskanian levantó su puntiaguda nariz, que se percibía claramente en la oscuridad:

—No haces sino devolver a la Naturaleza lo que te dio.

Esta frase decisiva pareció producir una diabólica alegría al tejedor Arzruni. Se frotó las manos y murmuró desde el fondo de su pecho estrecho:

—He aquí una buena contestación… Si es por ver a tus parientes, podrás esperar hasta mañana. Los turcos no te concederán la gracia. Ninguno te querrá para su harén. En cuanto a mí, no tengo ganas de esperar, ¡estoy harto!

La mujer cruzó las manos sobre el pecho y dijo inclinándose:

—Que Jesucristo me perdone… Dios lo sabe todo…

El profesor se sobresaltó al escuchar esta fórmula típica:

—¡Dios lo sabe todo! —exclamó—. La única razón por la cual se le podría perdonar el haber creado el mundo, sería el creer que él tampoco sabe nada… Se preocupa tanto de nosotros como de un piojo, ¿comprendes? Si no, fíjate qué trabajo tendría…

El apóstol Arzruni repitió en un tono irónico y entusiasta:

—Sí, qué trabajo tendría…, eso es evidente… No más que el de un piojo.

Pero el profesor, completamente agotado por su sagacidad, se volvió hacia la matrona atormentada por la idea del pecado:

—Cómo podría preocuparse de ti, si él no es más que una invención de tu mente…

El tejedor parpadeó un instante mostrando pesar, pero enseguida lanzó una exclamación de júbilo, se golpeó el muslo y comenzó a balancearse como un musulmán en oración.

—Está sólo en tu cabeza, y es una estúpida invención. ¿Comprendes…? En tu cabeza y en ninguna otra parte… ¡Escupe esa tontería, escúpela, pues!

Esta blasfemia y la risa de Arzruni provocaron en la joven madre una frenética expresión de dolor. Recordaba que al cabo de una lucha desesperada le habían arrebatado el cadáver rígido de su pequeño. El hombre, uno de los enfermeros, se había alejado para tirar en cualquier parte a su hijo, su hijo de tres años. Horas enteras había buscado ella el cuerpo. ¡Ah! Ahora sólo esperaba que lo hubieran lanzado al mar y así ella iría a reunirse con su niño. Se levantó de pronto lanzando un grito agudo:

—¿Por qué perdéis el tiempo en discursos? ¡Vamos, de una vez por todas!

El profesor la regañó:

—Hay que establecer un orden.

Ya había pasado la medianoche cuando comenzaron a establecer este orden. Arzruni propuso que se echara a suertes. Pero Oskanian opinó que de todos modos deberían comenzar las mujeres y, como era costumbre, primero la más anciana y enseguida las dos más jóvenes según su turno. No justificó de ningún modo esta decisión, y como ninguna de las mujeres lo contradijo, las cosas quedaron convenidas así. Finalmente se declaró dispuesto a echarlo a suertes entre él y su apóstol. El destino se pronunció contra él, o si se prefiere, en su favor, dándole el derecho de prioridad sobre el tejedor. Era la hora en que se había calmado el viento. Sin embargo, el mar agitado roncaba siempre allá, a una enorme distancia bajo ellos.

La oscuridad era opaca. A tientas, arrastrándose con infinitas

precauciones y con la linterna en la mano, el profesor se acercó poco a poco hasta el borde de la roca; fue ahí donde la depositó con mano temblorosa. La luz extrañamente inmóvil marcaba así la frontera entre este mundo y el otro. Oskanian retrocedió precipitadamente. Luego, como un guía o un maestro de ceremonias encargado del servicio del abismo, esbozó un gesto suavemente alentador en dirección a la linterna.

La matrona permaneció de rodillas algunos minutos y se persignó varias veces. Enseguida se encaminó a pasos cortos y precipitados y desapareció sin un grito… La joven madre la siguió inmediatamente. Tomó impulso y se oyó un grito breve y agudo… La neurasténica demostró mayor vacilación. Pidió al profesor que la empujara al abismo en el último momento, pero Oskanian rehusó violentamente hacerle este postrer favor. Entonces ella se arrastró a cuatro patas hasta el borde. Ahí pareció que se arrepentía de su decisión. Como tendiera la mano hacia la linterna, ésta se volcó y cayó al abismo. En vez de conservar la calma y regresar, la joven estiró el brazo hacia la luz, se agachó y perdió el equilibrio. Un grito horrible, interminable, rasgó el aire, pues la desgraciada se asió por espacio de casi dos minutos a un saliente rocoso antes de desaparecer definitivamente… Oskanian y Arzruni permanecían silenciosos en las tinieblas. Pasaba el tiempo, largo, infinitamente largo, y en el cerebro del profesor resonaba aún el grito desgarrador lanzado al morir por la joven neurasténica. Luego el apóstol dijo al profeta en un tono alentador:

—Bueno, maestro, es tu turno ahora…

Hrand Oskanian parecía meditar profundamente la situación. Enseguida declaró en un tono que no demostraba gran firmeza:

—Ya no tenemos linterna. No me gusta hacer nada a oscuras. Esperemos hasta el amanecer. Ya no puede tardar mucho…

El tejedor objetó y con razón:

—Sin embargo, es mucho más fácil a oscuras, maestro.

—Para ti tal vez, pero no para mí —replicó el profeta en tono rabioso—, yo necesito luz.

Aparentemente Margoss Arzruni aceptó esta explicación. Pero

no quiso apartarse de Oskanian. Apenas el profesor sentado a su lado hacía el menor movimiento, él lo cogía por una punta de la chaqueta. Este gesto por el cual Arzruni retenía a su profeta demostraba temor, sumisión y desconfianza. Así era cómo Hrand Oskanian se convertía en esclavo de su propia doctrina. Cuando al cabo de una eternidad el borde de la roca surgió en la luz primera del alba nublada, Arzruni se levantó y se quitó su túnica.

—¡Vamos, maestro, ya no está oscuro…!

Oskanian estiró concienzudamente cada uno de sus miembros, bostezó como si despertara de un sueño reparador y se levantó calmosamente. Primero se sonó ruidosamente repetidas veces antes de dar los pasos indispensables seguido siempre de su discípulo. Sin embargo, a gran distancia aún del borde extremo, se volvió:

—Es mejor que vayas tú primero, tejedor.

Con paso vacilante, vestido con la sucia camisa, Arzruni se dirigió a Oskanian y acercó inquietamente la cabeza a su rostro.

—¿Por qué yo, maestro? Lo hemos echado a suertes y el destino te escogió a ti. Las tres mujeres nos han precedido…

—¿Por qué tú? ¡Porque quiero ser el último! Porque no tengo ganas de que te escapes para ir a divertirte por ahí.

Entonces el tejedor pareció meditar profundamente estas palabras de Oskanian. Luego, de repente, sin que el otro pudiera advertirlo, el apóstol se precipitó sobre el profeta. Este no había pensado en la eventualidad de semejante ataque. Muy pronto se dio cuenta de que, aunque más pequeño que su adversario, sus fuerzas eran muy superiores a las de Arzruni, hombre de débil contextura. Sin embargo, este fanático, que se consideraba traicionado en su fe, amenazaba con volverse peligroso. Oskanian se dejó arrastrar por él casi al límite extremo del abismo. Sin duda este loco deseaba arrastrarlo consigo a las profundidades. De pronto el profesor se echó al suelo; con una mano se asió firmemente a un arbusto enano y con la otra cogió la pierna del tejedor y lo hizo caer. Sin soltar las ramas duras como acero, daba desordenadas patadas al rostro y al pecho de su vencido rival. Antes de que pudiera comprender lo que sucedía, un segundo más tarde, sus pies se agitaban en el vacío. El

cuerpo del tejedor Arzruni rodaba en la niebla por el acantilado. Oskanian quedó aturdido. Luego, sin levantarse, retrocedió lo más lejos que pudo. Se sentía salvado, pero esta sensación no duró sino un instante. Comprendió que esta victoria no le valía, sin embargo, de nada. Ya no podía regresar hacia los justos, ni compartir la existencia de la gente honrada, del mismo modo que ya no podía huir. El pequeño profesor se levantó de un salto y comenzó a pasearse agitadamente. Veinte veces se repitió:

—Durante el día, no al amanecer.

Durante sus idas y venidas Oskanian se tropezó con un palo largo. Era la bandera que llevaba aquella inscripción de socorro: «Cristianos en peligro». Hacía mucho tiempo que había sido volcada y arrastrada por el viento. Desde varios días ya no se ocupaba la terraza, ni como cementerio, ni como observatorio. Hrand Oskanian levantó la pesada asta, cargó con ella sin darse bien cuenta de lo que hacía y, con este extraño portaestandarte, comenzó a caminar a grandes pasos con una agitación creciente. ¡Cómo hubiera deseado poder hacer retroceder el sol tras el monte Amanus! Y he aquí que ya aparecía, rojo y encolerizado. Un último pensamiento desesperado cruzó su espíritu: ¡huir de la roca maldita! ¡Buscar un escondite! ¡Más bien morir lentamente de hambre! Pero Oskanian ya no podía retroceder. Estaba obligado a cumplir su palabra ahora que había abierto el día. Las mujeres y el tejedor esperaban. Sin soltar la bandera, avanzó con paso vacilante hasta el borde. A sus pies se desgarraba la niebla, jirones, columnas y capas espesas se mezclaban danzando, formando mil arabescos y dejando a veces entrever un trozo de mar liso y opaco, como una tela de un gris oscuro. En un punto de esta superficie se veía brillar algo. Hrand Oskanian cerró los ojos. Lo que siempre había temido ocurría ahora; se había vuelto loco. Varias veces abrió los ojos y volvió a cerrarlos. A medida que se disipaba la bruma, el reflejo brillante permanecía inmóvil, como fijo en la inmensa superficie. En realidad, no se podría decir que era aquello una luz muy viva, era más bien un gran barco de un gris azulado, con cuatro chimeneas, que visto desde esa altura parecía muy pequeño y apenas tenía el aspecto de un

verdadero navío. Algunos jirones de niebla se prendían aún a la mole. El profesor gozaba de una vista excelente, por esto pudo leer sin dificultad a la luz ya vigorosa del sol matinal las grandes letras negras que formaban en la proa la palabra *Guichen*.

Oskanian lanzó algunos gritos quejumbrosos. ¡*Guichen*! Se había producido el milagro, pero él no lo aprovecharía. Todos se salvarían, pero él no tenía derecho a la vida. De pronto blandió la bandera ampliamente desplegada que rezaba: «¡Cristianos en peligro!». Siempre más rápido, como un loco, infatigable, agitaba la pesada asta: esto duró varios minutos. El pabellón francés le respondió desde el puente de mando del acorazado. Pero Oskanian no lo vio. Ya no tenía conciencia de sí mismo. Sin cesar agitaba la tela blanca en amplios semicírculos. Jadeaba a causa del esfuerzo. Mientras le quedaran fuerzas, podría permitirse vivir. Muy lejos, allá arriba, se oían los disparos de los obuseros de Bagradian. Las ondulaciones de la bandera armenia se hacían cada vez más cortas e irregulares. «Tal vez pueda de alguna manera refugiarme en un escondite a bordo», murmuraba algo muy al fondo de Oskanian. Pero al mismo tiempo, empujado más bien por el peso del madero que por su propia voluntad, dio un paso en el vacío, lo que le hizo lanzar un espantoso chillido de miedo.

En ese momento el cañón del *Guichen*, de un calibre de 240 milímetros, lanzó en dirección a Suedja el formidable proyectil, que intimidaba a los turcos a detener el ataque.

Esta aplastante intimidación desgarró el alma del general, del caimacán y del *jusbachi*. Estos señores se habían reunido unos minutos antes en el cuartel general del comandante; hasta el obeso caimacán se había sentido en el deber de acudir personalmente, aunque por su afección hepática le fuera particularmente penoso levantarse temprano y subir a la montaña. Los observadores se habían desempeñado esa noche de un modo ejemplar. Habían explorado concienzudamente los sitios que en la costa abrupta ofrecían un nuevo refugio al pueblo. Además, se sabía que dos líneas

de tiradores mal provistas y poco defendidas cerraban el camino del Damlajik por el sur. Por eso el general Alí Risa había ordenado que se enviara contra estas dos débiles posiciones sólo dos compañías provistas de ametralladoras, pero únicamente en el preciso momento en que la artillería de montaña comenzara a bombardear al norte las trincheras armenias. Tanto él como el *jusbachi* estaban convencidos de que antes de una hora se habría vencido toda resistencia. ¿Cómo podrían salvarse ya los armenios? El primer obús lanzado por Bagradian cayó en los rodados bajo la torre rocosa; el segundo se extravió más lejos, pero el tercero cayó a corta distancia del grupo de oficiales. Cascos de obús y trozos de roca hicieron vibrar la atmósfera. Dos soldados yacían en el suelo gimiendo lamentablemente. El *jusbachi* encendió un cigarrillo sin dar mayor importancia a la cuestión.

—Sufrimos pérdidas, mi general…

El rostro juvenil y transparente de Alí Risa adquirió un tono violáceo. Sus labios se adelgazaron más aún.

—Le ordeno a usted, *jusbachi*, que no se mate a ese Bagradian, sino que me lo traigan vivo.

Pero apenas había pronunciado estas palabras se oyó el imperioso trueno. Estos señores se precipitaron hacia las fortificaciones occidentales, desde donde se podía dominar el mar hasta el horizonte. Sobre las olas de un color acerado, el *Guichen*, de un gris azulado e inmóvil, parecía, con sus cuatro chimeneas, absolutamente fijo, con una rigidez yerta. Una nube de humo negro flotaba sobre las chimeneas. El humo del cañón, en cambio, ya se había disuelto en el aire. Al parecer, el comandante había disparado hacia la planicie del Oronte con el único fin de intimidar a los turcos.

El caimacán fue el primero que recobró el uso de la palabra. Su voz temblaba de emoción.

—¡Entendámonos, general! Usted manda las tropas militares, pero la decisión depende de mí.

Alí Risa observaba, sin contestar, al *Guichen* a través de sus anteojos. El caimacán que, generalmente, en los momentos de

mayor importancia, se conducía de una manera harto soñolienta, perdió los estribos.

—Le ordeno, general, que inicie inmediatamente las operaciones. Ese barco no nos puede impedir…

—Telefonee a Habaste y diga que transmitan esta orden lo más rápido posible por medio de estafetas, hasta las posiciones de artillería al norte: ¡Prohibición absoluta de iniciar el fuego!

—Prohibición absoluta de iniciar el fuego —repitió el ayudante, que se marchó inmediatamente.

Luego, volviendo su mirada gris hacia el *jusbachi*, el general le dijo:

—Ordene el regreso de las compañías de tiradores; que todas las tropas abandonen la montaña y se reúnan abajo en el valle de las aldeas. Anuncie en todas partes la retirada.

—Exijo una explicación —exclamó el caimacán fuera de sí, y a fuerza de oscurecerse las bolsas de sus ojos se tornaban visiblemente azules—; es una cobardía. Soy responsable ante Su Excelencia. ¡No hay razón para detener las operaciones!

En ese momento vio la mirada fija y glacial del joven general:

—¿Ninguna razón? ¿Tiene acaso deseos de dar una oportunidad a la flota aliada para bombardear la costa indefensa? Esos cañones alcanzarían hasta Antioquía. ¿Cree acaso que ese crucero se quedaría ahí solo, caimacán? ¿Espera usted que los franceses y los ingleses desembarquen con sus tropas y establezcan un nuevo teatro de hostilidades en el centro mismo de la Siria indefensa? ¿Cuál es su opinión, caimacán?

A lo cual el caimacán respondió con el rostro sombrío y la boca llena de espuma:

—Eso no me importa. Yo, como responsable, le ordeno…

No pudo decir más. La contraorden del general no había podido llegar en tan pocos minutos a las posiciones de los artilleros turcos. Sus primeros proyectiles, estallaban ya en la depresión del desfiladero, al norte. Pero inmediatamente, los largos cañones de líneas elegantes del *Guichen* comenzaron a girar en las torrecillas. Apenas transcurridos algunos segundos, enormes obuses cayeron

con formidable estruendo sobre las casas cúbicas de Suedja, El Eskel y Jedidje. Inmediatamente izaron la bandera americana en lo alto de la gran chimenea de la destilería. Varias cabañas turcas ardían ya. Con tono imperioso, Alí Risa ordenó al *jusbachi*:

—¡Telefonee que detengan el fuego, demonios! ¡Que los *saptiehs* hagan evacuar la ciudad y que toda la población se dirija al valle de las aldeas!

Al pecoso *mudir* de Salónica, que hasta ahora había callado, le sobresaltó una súbita rabia. Haciendo bocina con las manos, aulló como si quisiera hacerse oír a pesar de los cañonazos del *Guichen*.

—Es una violación de los derechos internacionales… Costa indefensa, intromisión en la política interna…

El general Alí Risa levantó su bastón y se volvió, dispuesto a alejarse. Los oficiales lo rodearon. Se volvió Una vez más:

—¿Por qué grita usted así, *mudir*…? Dele las gracias al Ittihad…

—No me siento bien —musitó el caimacán, que aquella mañana se había desgastado demasiado considerando el mal estado de su salud. Dejó desplomarse su enorme cuerpo macizo. Parecía resistir con todas sus fuerzas a la amenaza de un síncope. Sus oscuros labios dejaban escapar continuamente las mismas palabras:

—Es el fin…, es el fin…

Cuatro *saptiehs* tuvieron que transportar al enfermo al valle.

Cabe imaginar que cuando la conciencia del milagro se hubiera apoderado del espíritu de Gabriel Bagradian, éste se tiraría también al suelo trastornado por la alegría de la salvación. Pero nada de esto ocurrió. La sensibilidad de Gabriel ya no era capaz de la menor reacción. Ni las expresiones más rebuscadas lograrían describir fielmente lo que se produjo entonces en el interior de su alma. No, no era una decepción. Decepción sería un término demasiado indefinido. Era más bien el indeseable esfuerzo que ha de efectuar un organismo extenuado para adaptarse a una situación nueva. Del mismo modo en que el ojo humano, colocado bruscamente ante una luz demasiado fuerte al salir de la oscuridad, se defiende contra el

cambio súbito, aunque todo el ser lo haya deseado ardientemente. El primer reflejo de Bagradian fue una orden que hizo circular por toda la línea de defensa:

—¡Que nadie se mueva! ¡Que cada uno permanezca en su lugar!

Esta orden era, en efecto, sumamente importante. En realidad, Gabriel ignoraba las intenciones de los turcos y además no había visto aún con sus propios ojos el pabellón francés del navío de guerra. Tampoco era muy probable que este barco pudiera y quisiese recoger a 4.500 almas. El inesperado milagro no obró de un modo menos extraño en los combatientes que, después de una noche infinitamente prolongada, a la que debía seguir una muerte segura, permanecían tendidos como paralizados en largas líneas de tiradores. Un muchacho sofocado y jadeante había llevado la noticia, que gritó con voz de falsete. Esto no provocó la menor exclamación; al principio la noticia fue acogida sólo por un pesado silencio. Luego, de repente, los hombres abandonaron sus puestos. Los que habían oído anunciar el milagro se precipitaron hasta lo alto de la colina, hacia los obuseros, hacia el jefe supremo. No era este impulso súbito lo más extraordinario, sino la alteración delas voces generalmente tan profundas y roncas. Estos hombres chillaban de pronto con el tono más agudo. Gabriel se veía asaltado por todos lados por estos sonidos débiles y elevados. Daban casi la impresión de la temblorosa deformación de recriminaciones emitidas por brujas o el acceso de angustia de un grupo de locos. Antes de apoderarse de las almas, el sentimiento de la salvación produjo un contagioso clamor.

Apenas oyeron la orden de Bagradian, los hombres obedecieron. Regresaron a sus líneas y se tendieron apuntando con el fusil como si nada sensacional hubiera ocurrido. Sólo el profesor Hapeth Chatakhian pidió al comandante que le enviara a la costa en calidad de comisario, alegando que sus magistrales conocimientos de francés y su acento impecable le capacitaban especialmente para llevar las negociaciones. Tenía la expresión radiante. Por su propio ejemplo Gabriel Bagradian deseaba mantener a los hombres en sus puestos hasta que se hubiera desvanecido la última posibilidad de un ataque

turco. Decidió, pues, enviar a Chatakhian con las siguientes recomendaciones: sucediera lo que sucediera, debía mantener continuas relaciones entre el campamento instalado a orillas del mar y los defensores en la montaña; para ir al barco debía ir acompañado por Ter Haigassun y el doctor Altouni; y por último, debía informar lo más pronto posible al comandante de que entre el pueblo amenazado se encontraba una francesa que estaba gravemente enferma.

Al oír los cañonazos dirigidos contra el desfiladero norte, Bagradian creyó confirmadas sus sospechas. Así, pues, los turcos no tenían intenciones de renunciar hasta nueva orden a una presa tan fácil. Pero al poco rato este fuego cesó gradualmente mientras desde el barco brotaban acompasadamente las bombas que iban a caer en medio de las localidades musulmanas. En la planicie del Oronte se creía estar escuchando el estruendo del juicio final. Cuando Gabriel trepó al promontorio del observatorio, Suedja, El Eskel, Jedidje y hasta Aín Jerab en el horizonte, no eran ya sino humo y llamas. A caballo, montados en asnos, en carretas, la multitud compacta de estas aldeas huía hacia el valle armenio. Al cabo de un rato, Gabriel regresó hacia los obuseros y se sentó allí. Miraba a lo lejos y al mismo tiempo en su interior: «Así que tal vez dentro de unas pocas semanas me encuentre de nuevo en París. Volveremos a instalarnos en nuestro apartamento de la avenida Kléber y recomenzará nuestra antigua existencia». Pero este pensamiento, que sólo un loco habría podido concebir una hora antes, no modificaba en nada el extraordinario vacío que reinaba en él. Ni el menor rastro de desbordante alegría, ni la ardiente y religiosa gratitud que conviene manifestar a Dios ante un milagro inconcebible. Gabriel no tenía deseos de regresar a París, de tener un apartamento, ni de frecuentar gente culta; no tenía necesidad de comodidades, ni ganas de comer, ni de acostarse en una cama, ni de poder estar limpio. El único deseo que se manifestaba en él era una necesidad de soledad que lo atormentaba y crecía constantemente a cada minuto. Pero esta soledad habría tenido que ser de una especie inexistente. Un universo sin criaturas, un planeta sin movimiento, sin la menor

necesidad, la menor exigencia material. Una ermita cósmica en la que sería el único habitante, donde sus miradas no vislumbrarían sino tranquilos horizontes, sin pasado, presente ni futuro.

Todo dormía aún mientras Oskanian agitaba su bandera de socorro. El sueño de aquellos seres no tenía ya nada de humano, dormían como una materia inerte, como una roca o un montón de tierra. El trueno producido por el cañonazo del barco los despertó. Casi cuatro mil mujeres, niños y ancianos abrieron sus ojos angustiados a la luz del día, que sería el cuarto de ayuno. Toda esa gente amontonada en la costa contempló una visión que permanecía inmóvil sobre el mar que nada agitaba. Algunos intentaron levantarse para librarse de la imagen fantástica; otros, indiferentes, permanecían acostados sobre la piedra dura que había molido su piel delgada bajo la cual ya no se percibían sino los huesos. No se daban ya siquiera el trabajo de volverse al otro lado. De pronto se elevó de entre ellos un gemido jadeante y lloroso como los débiles gritos de los niños que se encuentran muy enfermos, y que se propagó rápidamente. Entonces, hasta las más indolentes de estas sombras se levantaron de un salto. Los niños, que conservaban todavía más fuerzas que el resto del pueblo, se pusieron a escalar los arrecifes. Todos se empujaban hacia el agua.

El gran crucero *Guichen* estaba anclado a una distancia de más o menos media milla marina de la costa. Los oficiales y marineros pudieron, pues, contemplar en ese momento el más conmovedor espectáculo. Divisaron centenares de brazos esqueléticos tendidos hacia ellos como mendigando una limosna. Los cuerpos a que pertenecían estos brazos y hasta los rostros parecían, a través de los prismáticos, tan etéreos como fantasmas. Mientras tanto se oía un barullo de voces agudas igual al zumbido de ciertos insectos, que parecía provenir de un lugar más lejano de lo que estaba en realidad. Gradualmente iba apareciendo entre las rocas un mayor número de estas cigarras humanas que aumentaban la multitud de brazos suplicantes. Antes de que el comandante hubiera podido tomar

alguna medida respecto a estos desgraciados, se vio dos pequeñas siluetas saltar de las rocas al mar, muchachos, sin duda, que se dirigían a nado hacia el barco. Se aproximaron a una distancia de casi cien metros y luego pareció que perdían fuerzas. Pero como medida precautoria se había enviado a su encuentro un bote, que los recogió. Otro se dirigía a la playa. Iba en busca de los delegados de estos extraños «cristianos en peligro» para llevarlos a bordo. Pero pronto se pudo comprobar que cuando Dios hace un milagro la brutal realidad se complace en atenuar su brillo por medio de toda clase de perfidias. La configuración de la costa abrupta presentaba tantas dificultades y la corriente era tan fuerte que ni los hábiles marineros del bote enviado por el *Guichen* lograban atracar. Así transcurrió casi una hora antes de que al cabo de vanas tentativas de abordaje, Ter Haigassun, Altouni y Hapeth Chatakhian lograran embarcarse. Y entre tanto el *Guichen*, respondiendo al bombardeo provocador del Musa Dagh, disparó ciento veinte obuses de grueso calibre contra la planicie musulmana.

Después de detener el fuego de artillería, el capitán de fragata Brisson recibió a la delegación en la sala de oficiales. Brisson tuvo un gesto de horror al contemplar a estos hombres, sus cuerpos enflaquecidos cubiertos de andrajos, sus rostros hirsutos de altas frentes y ojos inmensos. Ter Haigassun era el más espantoso de todos, con su barba chamuscada y la cicatriz de la quemadura en la mejilla derecha. Como su sotana se había quemado en su cabaña, se envolvía aún los hombros con la manta que le habían prestado. El capitán de fragata tendió la mano a estos hombres:

—¿Son ustedes, el sacerdote…, el profesor? —preguntó. Pero Chatakhian no le dejó tiempo para pedir mayores explicaciones; haciendo acopio de todas sus fuerzas se inclinó ante el oficial y se lanzó al discurso que había preparado en alta voz, mientras descendía por el serpenteante camino que conducía al mar y más tarde en el bote. Comenzó con la fórmula: «*Mon general*». Quizás fuera sólo motivo de confusión, pero al fin y al cabo, ¿quién podía pedir de un maestro de escuela armenio, de Yoghonoluk, que estuviera enterado de los rangos de la Marina francesa? Cuando el

capitán Brisson hubo escuchado este informe, de una extensión muy oriental, que le contó cuanto deseaba saber, además de muchos detalles inútiles, el orador, muy satisfecho de sí mismo, esperaba oír de boca augusta alguna palabrita de felicitación por su irreprochable pronunciación. Pero el capitán examinó detenidamente a los tres hombres y enseguida su primera pregunta fue para averiguar el nombre de soltera de la señora Bagradian. Hapeth Chatakhian se sintió feliz de poder ser útil también en este punto. Después de esto, Ter Haigassun tomó la palabra. Con gran asombro y hasta estupefacción del profesor, el sacerdote hablaba correctamente el francés, algo que no había sospechado aquel durante todos estos años. Llamó inmediatamente la atención del capitán sobre el estado de hambre y extenuación que reinaba en el pueblo y pidió un pronto socorro, sin el cual muchas mujeres y niños no podrían sobrevivir sino algunas horas. Mientras Ter Haigassun hablaba, Bedros Hekim se desmayó y casi rodó de su silla. Brisson pidió coñac y café e hizo servir al punto un copioso almuerzo a los diputados. Se comprobó entonces que no sólo el anciano médico, sino también sus dos compañeros eran incapaces casi de ingerir alimento. Mientras tanto, el comandante del barco mandó llamar al oficial de provisiones y le ordenó que enviara inmediatamente a la costa los botes cargados con todos los víveres disponibles. El médico, el personal sanitario del barco y un destacamento de fusileros marinos recibieron también órdenes de bajar a tierra.

Luego Brisson explicó a los armenios que su barco no constituía una unidad aislada, sino que formaba la vanguardia de una escuadra anglofrancesa comisionada para inspeccionar la costa de Anatolia hacia el Noroeste. El *Guichen* había abandonado la víspera la bahía de Famagosta en Chipre, adelantándose tres horas a la salida del grueso de la escuadra. El comandante en jefe de la flotilla, es decir, el contraalmirante, se encontraba a bordo del *Jeanne d'Arc*, barco de línea. Había que esperar su decisión. Hacía una hora habían telegrafiado un mensaje al *Jeanne d'Arc*, pero los delegados no tenían motivo para alarmarse, pues era imposible que un almirante francés abandonara a su destino a un grupo valiente de cristianos como los

armenios. Ter Haigassun inclinó la cabeza con la barba quemada por el fuego.

—¿Podría permitirme una pregunta, capitán? Como acaba de decirnos, su barco no está aislado y depende de las órdenes de un superior. ¿Por qué, entonces, no conservó la dirección noroeste y se dirigió, en cambio, hacia nuestras costas…?

—Seguramente hace tiempo que están privados de cigarrillos, señores; el placer de ofrecerles éstos…

Brisson pasó al maestro un gran paquete de cigarrillos y enseguida volvió hacia Ter Haigassun su cabeza cana de viejo marino de mirada pensativa.

—Su pregunta me interesa, padre, pues en realidad he infringido las órdenes recibidas separándome considerablemente del itinerario. ¿Por qué? A las diez doblamos por el cabo norte de Chipre. A la una de la mañana me indicaron un gran incendio en la costa siria. Se habría creído que toda una ciudad de mediana importancia ardía en la lejanía. Una parte inmensa del cielo estaba roja, de un rojo intenso. Nos encontrábamos en alta mar, por lo menos a unas treinta millas de tierra. Como acaban de contarme, sólo se incendiaron algunas cabañas de ramas. Naturalmente, a menudo la bruma hace las veces de vidrio de aumento. Es probable que semejantes fenómenos se produzcan frecuentemente. No exagero al decir que la mitad del cielo se había enrojecido. Por curiosidad, por pura curiosidad, me aparté del itinerario fijado.

Ter Haigassun se levantó de su silla. Se habría creído que deseaba hacer una importante declaración. Sus labios temblaron y, de pronto, se dirigió con paso vacilante hacia el muro de la cabina e inclinó la frente contra el vidrio de uno de los ojos de buey. Brisson, el capitán de fragata, tuvo la impresión de que el sacerdote padecía el mismo desvanecimiento que atacara poco antes al médico. Pero Ter Haigassun se volvió. El rostro del sacerdote brillaba como una figura de ámbar tallado a la luz del sol que inundaba la estancia del salón de los oficiales. La mirada de Ter Haigassun tenía una impresión de extravío; balbuceó en armenio:

—¡Todo el daño ha sucedido… sólo para que recibiéramos la

gracia divina!

Elevó ligeramente las manos para significar que para él ya había pasado el tiempo de los sufrimientos. El francés no podía comprender su actitud. Bedros Hekim había dejado caer la cabeza sobre la mesa, durmiéndose enseguida. En cuanto a Hapeth Chatakhian, no pensó en ningún momento que el incendio de la ciudad que comenzara con la llama del altar tendría por resultado la salvación.

Dos horas más tarde aparecía en el horizonte la silueta poderosa del *Jeanne d'Arc* y tras ella el crucero inglés y los otros dos navíos franceses. El gran barco de transportes llegó al mediodía. Estos monstruos guerreros, coronados por torrecillas, avanzaban azules, a distancias armoniosas, en una amplia línea que dejaba tras de sí largas huellas paralelas. El jefe de la escuadra había respondido por telégrafo al capitán Brisson que no sólo tenía intenciones de recoger a los refugiados armenios, sino que deseaba visitar personalmente el escenario de esta lucha heroica, por la cual durante cuarenta días una porción aislada de una nación cristiana había resistido a la barbarie dominante. El contraalmirante era un católico ferviente y conocido por tal; por eso la lucha de los armenios, campeones de la religión de la cruz, le conmovió sinceramente.

Tras haber anclado la escuadra con una ejemplar simetría, se pudo contemplar sobre la superficie centelleante del mar toda una magnífica agitación. De un navío a otro se contestaban con toques de corneta. Se escuchaba el gemido de cadenas y grúas. Anchos botes salvavidas descendían lentamente a nivel del agua. Mientras tanto, los marineros del *Guichen* habían instalado un desembarcadero improvisado donde los arrecifes permitían un más fácil abordaje. El médico jefe del *Guichen* con sus enfermeros y ayudantes prodigaban sus cuidados a los enfermos y los exhaustos por el hambre. Felicitó calurosamente a Bedros Hekim por haber buscado todavía la víspera, a pesar de encontrarse casi sin fuerzas, un lugar aislado donde instalar a los pacientes de enfermedades

contagiosas o sospechosas en este sentido. Altouni confesó suspirando profundamente que arriba, en el Damlajik, se encontraba aún gran cantidad de esta pobre gente que esperaba la muerte, privada de todo cuidado y remedio; sin embargo, la mayoría entre ellos habría podido salvarse si se les hubiera tratado como convenía. El médico jefe hizo un gesto de contrariedad. Recibir a bordo individuos atacados de fiebre era una gran responsabilidad. Pero, ¿qué hacer? No se podía de ningún modo abandonar a esos cristianos a la venganza de los turcos. El médico jefe era un hombre de gran corazón y dijo a su colega armenio con una señal de inteligencia:

—Sólo le aconsejo que no hable demasiado de este asunto.

El vapor que servía para el transporte de tropas estaba casi vacío y comprendía vastos locales sanitarios bastante bien organizados. Con un guiño, el médico dio a entender al anciano doctor que podía estar tranquilo. A los que estaban sanos —en proporción, a lo que podía considerarse sano— se les distribuyó pan y conservas en cantidades considerables. Los cocineros de los barcos confeccionaron enormes cacerolas de sopa con patatas y en esta oportunidad excepcional los bondadosos marinos franceses prestaron hasta su propia vajilla. Los armenios recibían todo esto como si se tratara de dones irreales, como si el pan y la sopa fueran manjares quiméricos que no podrían saciarles. Pero cuando ya cada uno hubo devorado su parte sin mascarla siquiera ni haber sentido el gusto, una nueva mentalidad pareció apoderarse del pueblo. Sin duda se encontraban agotados y en los últimos límites de la vida; sin embargo, los cuarenta días de sufrimientos se esfumaban de la memoria como una leyenda a medias olvidada. El organismo, perdida la costumbre de ingerir alimentos, se manifestaba aún rebelde. (¡Pan, aquel pan tan ardientemente deseado!). El alma, en cambio, consideraba naturales todos estos acontecimientos como si nada hubiera variado en los destinos, como si este favor de Dios no fuera sino la evolución natural de las cosas.

El contraalmirante desembarcó en el frágil puente, rodeado de un importante estado mayor. Su lancha iba seguida por toda una

flotilla de lanchas que en su marcha rápida dejaban el agua llena de estelas. Para asegurar un servicio protector al comandante de la escuadra todos los barcos mandaron a tierra destacamentos de infantería provistos de ametralladoras. Una vez desembarcados, los soldados invadieron las estrechas rocas de la costa a tal punto, que al principio el contraalmirante no vio sino uniformes franceses y no lograba divisar tras ellos el objeto de su curiosidad. Mientras caminaba lentamente por entre los salvados, pidió que se le informara desde el principio hasta el fin de las luchas defensivas. Y aquí volvió a entrar en juego el maestro Chatakhian para asombrar al francés con el relato de su propia importancia. El contraalmirante era un señor pequeño de cierta edad, con el rostro severo y enérgico del militar, de una rígida corrección y, sin embargo, gracioso en sus gestos. Su piel tenía el color bronceado rojizo de aquellos que han vivido mucho en el mar. Un bigotillo de una blancura inmaculada adornaba su labio superior. Sus ojos azules eran muy duros, pero su mirada adquiría cierta dulzura cuando se extendía hacia horizontes lejanos. El gracioso cuerpo de este personaje no iba revestido de un verdadero uniforme; usaba sólo un traje de corte impecable en tela blanca y al cual una fila de condecoraciones sobre el pecho le daba la única nota militar. El contraalmirante hizo algunas preguntas relativas a las fuerzas turcas, luego indicó con su delgado bastón de bambú las altas paredes rocosas y reiteró a sus acompañantes su deseo de ver con sus propios ojos toda la meseta y el escenario de la lucha. Uno de estos señores se aventuró a observar que para ello habría que trepar varios centenares de metros y que la ascensión podía cansar demasiado a su jefe. Por otra parte, en esas condiciones ya no se podría regresar a tiempo para desayunar a bordo. Este temerario oficial no tuvo el honor de una respuesta siquiera. El contraalmirante dio la señal de partida. Inmediatamente el ayudante tomó las disposiciones necesarias para enviar secretamente un destacamento de marinos, lo más rápido posible, por el sendero en espirales, para inspeccionar la situación en el Damlajik antes de la llegada de Su Excelencia.

Esta excursión por tierra enemiga era de las más arriesgadas. La

montaña parecía enteramente rodeada de tropas y artillería turca. Se podía, pues, temer cualquier sorpresa desagradable. Pero dado el carácter obstinado del alto personaje, no se podía esperar que renunciara a su proyecto. Se decidió entonces, para mantener a los turcos a una distancia respetuosa, lanzar algunos obuses sobre las localidades costeras durante esta ascensión. Por otra parte, el ayudante fue encargado de mandar preparar una colación que transportarían enseguida, pues se temía que las fatigas del trayecto fueran superiores a las fuerzas del anciano marino. El almirante se empeñaba en demostrar a los señores de su escolta, todos más jóvenes que él, la excelencia de su corazón, de sus pulmones y sus piernas. Precediendo a todos, con paso elástico, emprendió sin tardanza la marcha por el empinado sendero. Sato sirvió de guía en la montaña. Sus fuerzas no habían disminuido con el hambre. Corría adelante, volvía y regresaba adelante, caminando de este modo, como una perrilla joven, tres veces más de lo necesario. Nunca había visto la huérfana de Zeitun personajes tan espléndidos. Sus ojos ávidos devoraban con ardor los uniformes, los galones dorados y las condecoraciones, mientras sus manos raspaban el fondo de una caja de conservas para extraer los últimos restos de grasa enfriada. El aguardiente que le ofrecieron los marinos hacía circular por sus venas una corriente de fuego. Agitaba las caderas y se retorcía ante los dioses resplandecientes, insoportable e impertinente, vestida siempre con sus andrajos inimaginables, restos del antiguo vestido imperio. A veces alargaba hacia los oficiales su oscura y maloliente pata, mientras que de sus labios escapaba la expresión tan natural y característica del país.

—*¡Bakchich!*

Los oficiales de estado mayor se detenían constantemente para admirar los paisajes del Musa Dagh, tan hermoso con sus árboles y sus innumerables fuentes. Más de uno entre ellos pronunció el nombre que antes ya le diera Gonzaga Maris: la Riviera. Muchos dieron su preferencia al monte de Moisés por su agreste virginidad. Los últimos entre ellos, todavía muy jóvenes, no habían pronunciado una sola palabra hasta ese momento, ni alabado la

región pintoresca. Uno de ellos, un inglés, se detuvo de pronto y dijo, sin volverse hacia el mar, sino con la mirada en la tierra rocosa:

—Oír una cosa, camaradas, ¡qué tipos estos armenios! Tengo la impresión de no haber visto a un solo hombre, sino únicamente ojos.

Bagradian no había roto aún sus líneas de defensa. Sin duda sabía ya que las tropas turcas habían evacuado el norte y el sur, pero no podía creer todavía en la paz. Se habría podido interpretar esta actitud como una consecuencia natural de la moral guerrera que no permite al soldado abandonar el campo de batalla antes de que esté perfectamente asegurada la situación del pueblo. Pero acaso esta severidad de principios tuviera una causa más profunda. El nuevo Bagradian había penetrado demasiado lejos en un camino desconocido para regresar bruscamente al antiguo. En cuarenta días se había producido en él una metamorfosis tal, que por su efecto se sentía irremisiblemente retenido en aquel sitio. Muchos hombres más rudos que él experimentaban el mismo sentimiento.

Nadie en el frente se quejaba ni rebelaba contra la perseverancia de Bagradian, y menos que cualquier otro los desertores agobiados bajo el peso de su falta y que se esforzaban en dar pruebas de ardiente y humilde celo. Gabriel había dado ciertas instrucciones a los jefes de tropa; nadie, dijo, tendría derecho a considerarse salvado mientras todas las mujeres y los niños no estuvieran embarcados. Era preciso probar a los franceses su verdadera fortaleza, la dignidad de la nación armenia. Abandonarían la patria como soldados invictos, con el arma en las manos y en perfecto orden. Por su parte, él no permitiría de ningún modo que estos obuses, que su hijo proporcionó al pueblo, fueran ignominiosamente abandonados a su suerte para que los turcos pudieran ir a buscarlos esa misma tarde. Deseaba más bien entregar esos valiosos trofeos a los franceses. Pero un hecho tangible produjo mayor efecto que las palabras de Bagradian. Ter Haigassun acababa de enviar a la montaña una enorme provisión de pan, mermeladas, vino y conservas; tampoco

olvidó el tabaco.

Los hombres estaban tendidos unos frente a otros, sumidos en una agradable sensación, y alcanzaban esta largamente deseada calma sólo cuando no hacían ni el más mínimo movimiento. Sin embargo, esta dulce quietud se acabó cuando los fusileros marinos aparecieron en la meseta y avanzaron en líneas desplegadas hacia la colina coronada por los obuseros. Las compañías armenias se levantaron de un salto y, lanzando estridentes gritos de alegría, corrieron al encuentro de los franceses. Estos, impecables en sus cuidados uniformes, formaban un notable contraste con aquellas andrajosas criaturas del Musa Dagh, enflaquecidas por el hambre y la lucha. Sólo en ese momento comprendieron los combatientes el valor de su victoria en toda su extensión. Luego, como el imponente grupo de oficiales avanzaba también hacia ellos, Gabriel Bagradian les salió lentamente al encuentro. Tomó una actitud perfectamente tranquila, evitando por pudor todo gesto de carácter militar. Había dejado el fusil. Parecía un cazador o un ingeniero que dirigiera una excavación. Se quitó el deteriorado salacot al presentarse al contraalmirante. Por espacio de unos segundos el anciano examinó a Gabriel con sus ojos inquisidores, y enseguida le tendió la mano.

—¿Es usted el comandante en jefe?

Gabriel Bagradian le indicó inmediatamente los obuses, como si su mayor preocupación fuera demostrar a los salvadores que no se presentaba ante ellos con las manos vacías.

—¡Almirante! Permítame entregarle y por su intermediación a la nación francesa, estos dos cañones que hemos tomado a los turcos.

El contraalmirante, que gustaba de las ceremonias solemnes, adoptó una actitud de circunstancia. Los demás oficiales se cuadraron también.

—Comandante, se lo agradezco en nombre de la nación francesa, que acepta estos trofeos conquistados por los armenios.

Tendió una vez más la mano a Gabriel Bagradian.

—¿Es a usted personalmente a quien corresponde el honor de la conquista de estos cañones?

—Fue hazaña de mi joven hijo, que sucumbió luego a los golpes

de los turcos.

Esta respuesta fue seguida de un prolongado silencio general. Con el bastón, el contraalmirante lanzó lejos una piedrecilla. Enseguida se volvió hacia su escolta.

—¿Creen posible bajar los cañones a la costa y transportarlos a bordo?

A guisa de respuesta, el oficial competente hizo un gesto de duda. A condición de tener los medios necesarios y disponer de todo un día, no sería imposible semejante empresa, pero sólo sería posible tras enormes dificultades. Su Excelencia reflexionó un momento; luego decidió:

—Que inutilicen estos cañones. Lo mejor sería hacerlos saltar, pero se lo ruego, señores, ¡con mucha prudencia!

«Tanto mejor» pensó Bagradian, «así habrá dos cañones menos en el mundo». Sin embargo, experimentó un ligero pesar a causa de Esteban. El almirante había preparado un buen consuelo en este sentido:

—Comandante, se destruyan o no estos cañones, habrá servido usted admirablemente a la buena causa.

Estas palabras produjeron la transición del tono solemne al de la conversación natural. El contraalmirante solicitó un detallado relato de los combates en los cuales se habían rechazado los ataques turcos e hizo que le explicaran el sistema de defensa. Al esbozar a grandes rasgos el cuadro de su obra, Gabriel Bagradian se sintió invadido por una viva impaciencia. Estos señores bien lavados y perfumados, con sus deslumbrantes uniformes, contemplaban con un interés condescendiente la angustiosa realidad de aquellos cuarenta días de espanto, como una guerra en broma dirigida por aficionados. ¿Los tres combates? No habían sido de ninguna manera lo esencial de aquel periodo. ¿Cómo podrían comprender estos señores impecables el destino de los armenios, la destrucción interna que en aquella montaña había padecido cada existencia particular? Su impaciencia degeneraba en repugnancia. ¿No le sería posible volver la espalda, simplemente, y marcharse? Él no era ya sino un civil cualquiera y su única preocupación en el futuro sería ver que Julieta e Iskuhi

quedaran a salvo. ¡Pero no, en nombre de Cristo, aquellos franceses eran unos milagrosos salvadores y merecían una infinita gratitud!

El contraalmirante, siempre meticuloso, manifestó finalmente su deseo de conocer el principal escenario de hostilidades en el desfiladero norte. A media voz había ordenado a sus oficiales que tomaran nota de todos los relatos. Posiblemente tenía intención de enviar un informe al Ministerio de la Marina. El salvamento de las siete aldeas armenias no sólo constituía un hecho importante, sino una hazaña de las más halagadoras. Naturalmente, Gabriel Bagradian no podía menos que plegarse a los deseos de Su Excelencia. Envió un mensajero a Tchauch Nurhan *Elleon*. Al mismo tiempo algunos armenios fueron comisionados para guiar por el camino a un grupo de marinos provistos de una ametralladora a fin de verificar el estado del trayecto, en consideración a la seguridad del jefe de la flota. Cuando media hora más tarde Gabriel llegó al desfiladero con el estado mayor, Tchauch Nurhan había reunido ya a sus hombres y establecido entre ellos cierto orden, de manera que los franceses fueran recibidos en una actitud suficientemente militar. Pero a pesar de la presencia del Almirante, Gabriel se precipitó hacia el veterano de rostro demacrado y lo abrazó:

—¡Tchauch Nurhan! ¡Ya todo ha terminado! ¡Gracias, gracias a ti y a cada uno de vosotros!

En ese instante los barbudos hijos de Armenia rompieron sus filas y se abalanzaron sobre Gabriel Bagradian en señal de júbilo.

Muchos intentaban coger su mano para besarla. A estas manifestaciones de adhesión al jefe se mezclaba un ligero resabio de desconfianza y casi de resistencia hacia aquellos recién llegados, tan espléndidamente ataviados. En cambio los oficiales observaban con mudo asombro esta escena que, a pesar de no ser militar, no resultaba menos viril. Después de una corta visita y examen de las trincheras y barricadas de rocas, el contraalmirante consideró su deber felicitar a Gabriel Bagradian, y al mismo tiempo a todos los combatientes, por medio de una solemne alocución, lo que hizo con una elocuencia muy apasionada, mitigada sin embargo, por la

estricta reserva que le imponía la situación y su fe:

—Comandante —dijo—, en estos días en todos los países y en todos los mares del mundo se llevan a cabo heroicas proezas. Pero en esos casos se trata de soldados ejercitados según las leyes de la guerra que se lanzan a la lucha. Aquí, en el Musa Dagh, ha sido distinto. No habéis tenido a vuestra disposición soldados experimentados; no, sólo campesinos y obreros, hombres modestos y apacibles. Sin embargo, bajo vuestra dirección, este puñado de aldeanos, tan pobremente armados, ha podido resistir valientemente a un enemigo cien veces superior y hasta ha logrado triunfar en un desesperado combate a muerte. Esta acción merece no ser olvidada jamás. Sólo la ayuda de Dios la ha hecho posible. Dios os ha socorrido porque no habéis combatido sólo por vosotros mismos, sino por el honor de su santa cruz. Habéis dado así pruebas del más sublime heroísmo, el heroísmo cristiano que defiende algo más grande aún que el hogar doméstico. La nación francesa os lo agradece a través de mí y es un honor para ella el poder ayudaros. Por mi parte me siento particularmente dichoso de poder conduciros a todos a un lugar seguro, y os anuncio que mi escuadra os llevará a un puerto de Egipto, Port Said o Alejandría…

Mientras Gabriel, en respuesta a este discurso inspirado por un sentimiento sincero, se inclinaba profundamente y oprimía la delgada mano de Su Excelencia manifestando así su gratitud a la altura de las circunstancias, una idea cruzó por su espíritu: «¿Yo, en Port Said? ¿Qué tengo que hacer allí? ¿Vivir tal vez en algún campo de concentración? ¿Para qué?». Pero en ese momento los ojos penetrantes y duros del almirante se iluminaron con un reflejo de simpatía, casi de afecto paternal.

—Señor Bagradian, le ruego que se considere mi huésped a bordo del *Jeanne d’Arc* durante toda la travesía… —Sin esperar la respuesta, extrajo de un pequeño estuche de cuero un pesado reloj de oro de aspecto burgués y pulido, y lanzó a la esfera una mirada inquieta—: Y ahora, si usted no tiene inconveniente, me sentiría muy honrado en ser presentado a la señora Bagradian. Antaño tuve amistad con su padre…

Por la noche Julieta había cerrado su tienda lo más herméticamente posible con todos los cordones y cintas que pudo encontrar. Fue una ruda tarea para sus débiles manos, y luego tuvo gran dificultad en arrastrarse hasta la cama. No era por temor a un nuevo ataque de los malhechores que cerraba con tanto cuidado su tienda. Era extraño, pero el asalto, el rostro contraído del agresor de largos cabellos, el gesto de Sato al retirar sus mantas, todo aquello se había esfumado de la memoria de Julieta sin dejar más rastros que los que produciría un sueño cualquiera. Se encerraba de este modo para impedir que la luz volviera a tocarla, para no ver nunca más el día, para poder permanecer sola, tendida, con su querido almohadón de encajes bajo la cabeza y sin tener ya nunca necesidad de levantarse. Tenía en cierto modo intención de enterrarse viva. Y cuando muy acurrucada, transida de frío, pero sin embargo cómoda, sintió que se apoderaba de ella una bienhechora oscuridad, ya no vivía en el Musa Dagh. No había perdido a su hijo y ya no vendrían los turcos a matarla. Como por efecto de un encantamiento, el interior de la tienda se convertía en el yo íntimo de Julieta, fuera de la cual el mundo exterior, zona extraordinariamente peligrosa, no existía sino en forma de vagos rumores. No había recobrado aún la razón, cuando tomó nuevamente conciencia de sí misma de un modo inconcebible.

Por la mañana el pequeño gong colgado a la entrada de la tienda le lanzó una vigorosa llamada. Julieta no se movió. Aunque reconoció la voz urgente de Awakian, no se dignó contestarle. En ese momento roncaron los cañones, y el disparo lanzado desde el *Guichen* para intimidar al enemigo se escuchó también. Pero para ella era aún de noche y se ocultó bajo las mantas para que no la fastidiaran en su tumba. El temor de que interrumpieran su soledad y oscuridad de enterrada, era más fuerte que el instinto del miedo. Su memoria enferma olvidó inmediatamente la amenaza de los truenos recién escuchados. Se acurrucó más aún para no escuchar los ruegos de Awakian. Pero, infatigable, la voz la atacaba de nuevo. Luego alguien sacudió con fuerza la tienda toda estremecida.

¿Habrían llegado ya los turcos? A la voz de Awakian se unía la de Kristaphor:

—¡Señora, se lo ruego, abra! Ábranos inmediatamente.

La tienda era agitada cada vez con mayor violencia. Julieta no levantó siquiera la cabeza. Luego reconoció también a Mairik Antaram:

—¡Contéstanos, corazoncito, en nombre de Cristo! Nos ocurre una felicidad, una gran felicidad…

Julieta se volvió de lado. «¿A qué podían llamar felicidad estos armenios? Aunque Gabriel viniera personalmente a buscarme, sería inútil; me quedo donde estoy y no me dejaré llevar a otra parte. Por lo demás, ¿quién es Gabriel Bagradian? ¿Acaso me llamo yo también Bagradian? ¿Julieta Bagradian?». Por fin alguien de fuera se decidió a cortar las ligaduras y abrió bruscamente a la luz del día esta cueva de frágil tela. Pero ella dio la espalda a los intrusos para probarles que, si tal era su deseo, podía recluirse perfectamente en su universo particular.

Con una voz extraña y agudísima, Awakian y Antaram Altouni comenzaron un relato que trataba vagamente de un navío de guerra francés llamado el *Guichen*. Julieta fingía siempre estar aturdida, pero escuchaba con toda atención y, desconfiada como todos los desequilibrados, pensó inmediatamente: «¡Es una trampa!». ¿Acaso el doctor Altouni no había tratado la víspera de forzarla a abandonar su querida tienda, el único sitio que realmente le pertenecía, para llevarla a vivir con los demás, aquellos animales sucios cuyo aspecto le desagradaba y que, por lo demás, la odiaban?

Sin duda esta burda astucia era una invención de Gabriel e lskuhi. Pretendían seducirla hablándole de franceses para hacerla caer irremediablemente en manos de aquellos dos tiranos. ¡Pero no era tan fácil engañar a Julieta! No, no se dejaría llevar de este delicioso refugio que la protegía de la realidad, de esta dulce envoltura que sus enemigos no lograrían destrozar. Julieta escuchó sin conmoverse las súplicas y ruegos de Awakian, Antaram y Kristaphor, y se entregó nuevamente a su papel de inconsciente. Como toda tentativa parecía vana, la anciana hizo señas a los otros:

—¡Déjenla tranquila! Todavía tenemos bastante tiempo.

Pero sucedió que en el transcurso de la mañana, antes de que

fuera tarde, volvió a levantarse la cortina de entrada. Conducidos por Mairik Antaram, dos hombres entraron en la tienda. Esta vez eran dos jóvenes en uniforme azul con brillantes botones y que llevaban en el brazo izquierdo el brazalete de la cruz roja. Julieta, que estaba tendida de espaldas, vio dos rostros de una blancura lechosa, con los ojos vivos y alegres. Al contemplar a estos seres que le eran indeciblemente cercanos, se apoderó de ella un dulce espanto. El más pequeño de los hombres le hizo un saludo militar, y su voz, de acento fraternal, prorrumpió en el idioma de un mundo perdido para siempre:

—Perdónenos que la molestemos, señora. Somos enfermeros del *Guichen*. El médico jefe nos ha ordenado transportarla también a bordo. Regresaremos más tarde a buscarla. Si la señora tuviera la bondad de estar lista para entonces…

El marinero se irguió cuan alto era y se llevó la mano a la gorra mientras el otro, con paso pesado y confundido, entraba en la tienda y colocaba sobre el tocador un termo, un frasco de mantequilla y dos panecillos blancos.

—El médico jefe ha ordenado té, pan y mantequilla para la señora…

Pronunció esta frase en un tono de proclamación militar, golpeando los talones y volviendo hacia el lecho su perfil infantil con la nariz respingada, pero sin mirar a la mujer. Su confusión era conmovedora. Julieta dejó escapar un lastimero suspiro; inmediatamente los enfermeros creyeron incomodar a la enferma y salieron de la tienda de puntillas, con mil precauciones. Los dos enfermeros siguieron a Mairik Antaram al hospital, que había sido respetado por el fuego. Ahí se encontraba ya todo el personal sanitario de los cruceros, para transportar con toda clase de precauciones a los heridos y enfermos hacia la orilla. Julieta tendió ansiosamente los brazos a sus compatriotas; enseguida echó hacia atrás las mantas, sentándose al borde del lecho.

Y, de pronto, fue como si en su cuerpo enflaquecido se desarrollara, igual que una columna de fuego, la energía de antaño. Julieta se sentó al tocador. Sus dedos rígidos y torpes revolvieron

rápidamente los productos de belleza que se encontraban allí. Se untó colorete sobre las mejillas, sin haberse quitado antes el maquillaje, lo cual le dio un aspecto aún más enfermizo y marchito. Luego, armada de un peine y un cepillo, se dedicó a arreglarse el pelo, repitiendo sin cesar:

—¡Qué aspecto tengo!

Sin embargo, sus escasas fuerzas no bastaron para ordenar su rebelde cabellera. Desalentada entonces, colocando la cabeza sobre el brazo, comenzó a sollozar. Como siempre, experimentaba tal alivio con las lágrimas que derramaba por sí misma, que olvidó completamente sus cabellos y los dejó sueltos sobre la espalda. Se apoderó de ella una nueva preocupación:

—¡Franceses, franceses! ¿Qué vestido me pondré?

Se puso a buscar entre su ropa, en la maleta ropero y demás equipaje. ¡Nada! ¡La estancia estaba vacía! Recorrió en una carrera loca el pequeño espacio comprendido entre las cuatro paredes de la tienda. Una vez más sentía aquella angustia que nos oprime cuando en una pesadilla debemos presentarnos descalzos y en camisa de dormir ante una brillante concurrencia. Después de haber buscado mucho rato en vano, Julieta se aventuró a salir de la tienda. La luz dorada de aquel día de septiembre casi la hace caer de espaldas. Pero un momento después estaba arrodillada ante su ropero. ¿Quién había cometido esta infamia? ¿Iskuhi? Todos sus vestidos estaban amontonados y destrozados. Ni un solo vestido presentable; eran todos unos horrores pasados de moda, del año anterior. No tenía nada, absolutamente nada que ponerse y, sin embargo, era preciso que estuviera bella, ya que los franceses se encontraban allí. Mairik Antaram encontró a Julieta sentada en el suelo ante un montón de camisas, medias, vestidos y zapatos que los ladrones no se habían llevado. Estaba tan cansada, que ya no podía moverse y se lamentaba obstinadamente:

—Los franceses están ahí, los franceses están ahí… ¿Qué me voy a poner…?

Estupefacta, Mairik Antaram observó a la enferma; al principio no podía creer a sus oídos. ¿Era posible que esta mujer, que desde su

vuelta a la vida había pronunciado apenas dos palabras y rechazaba con todas sus fuerzas la terrible revelación, se preocupara ahora de sus vestidos? Pero, poco a poco, Mairik Antaram comprendió lo que sucedía en el alma de Julieta. No era coquetería; los que estaban allí eran sus hermanos. Tenía vergüenza y deseaba mostrarse digna de ellos. La señora Altouni se hincó junto a Julieta y, resueltamente, comenzó a buscar con ambas manos entre la abigarrada cantidad de telas. Pero cuanto ella sacaba no hacía sino aumentar la cólera de Julieta. Al cabo de muchos ensayos, durante los cuales la enferma rehusó extrañamente conformarse a su destino, mientras Antaram daba pruebas de una paciencia angelical, se encontró por fin un vestido que le agradó. Era un traje de noche, de líneas simples, con el escote adornado de encajes. Mientras la anciana, que no tenía ningún talento de camarera, ayudaba a la enferma casi inerte a vestirse, ésta se quejaba:

—No es lo que conviene…

¿Qué vestido habría necesitado, pues, para recibir a sus hermanos y salvadores que, a pesar de todo, ya no podrían salvar su rota existencia?

Gabriel se había adelantado al contraalmirante para anunciar a su mujer la inminente visita. Cuando entró, Julieta estaba sentada al borde del lecho. Mairik Antaram tenía una taza en la mano y trataba de vencer la resistencia de la mujer que, como un niño caprichoso, rehusaba beber su té:

—Si quieres estar hermosa para cuando vengan los franceses, debes fortificarte, o si no tus vestidos no te valdrán de nada…

Julieta se levantó como si hubiera visto entrar a un desconocido al que debiera obediencia. Mairik Antaram lanzó una última mirada a la pareja y abandonó la tienda. Se llevó eso sí uno de los panecillos, pues se sentía desfallecer por el prolongado ayuno. De pronto Gabriel contempló bajo la cruda luz de la conciencia su vida de antaño y el infranqueable abismo que lo separaba de ella. Esta vida pasada llevaba un pomposo vestido de tafetán que a cada paso

despertaba el pasado con el sonido de su seda. Pero las mejillas y los brazos de la vida pasada habían perdido su lozanía y color; toda su persona se mantenía en pie sólo a costa de un enorme esfuerzo, y despertaba una gran compasión. Mientras Julieta estuvo enferma, le había parecido aún muy próxima. Ahora, al contrario, al verla ante él vestida de seda y gran gala, medía enteramente el abismo que se había cavado entre ellos durante estos cuarenta días. Debió hacer un esfuerzo para dirigirle la palabra:

—Estás tal como antes, querida, felizmente…

Le preguntó si se sentía capaz de dar algunos pasos para salir al encuentro del almirante, comandante de la escuadra francesa. Seguramente no querría recibirlo allí, en aquella tienda oscura que hedía aún a enfermedad. Julieta lanzó una mirada circular al lugar que unas horas antes pretendiera convertir en su tumba. Luego esbozó un ligero gesto de pena por su pequeño almohadón. Gabriel la tomó del brazo.

—Esta noche encontrarás todas tus cosas, Julieta. No olvidaremos nada, puedes estar tranquila…

A pesar de esta promesa, al llegar a la puerta de la tienda, Julieta se volvió una última vez hacia la oscuridad, como Eurídice en el momento de salir del Infierno.

Ya llegaba el contraalmirante, acompañado solamente de su contramaestre y un joven oficial. Le habían advertido que no se acercara demasiado a la convaleciente. La fiebre epidémica que se había propagado por el Musa Dagh parecía ser de una especie peligrosísima. Pero el jefe de la flota francesa era un hombre valiente, en el cual las advertencias producían generalmente un efecto contrario. Con su paso elástico y exageradamente varonil, avanzó hacia Julieta, y le besó la mano.

—Usted también, señora, como francesa y extranjera, ha tomado una gran parte en las hazañas y sufrimientos de que ha sido escenario esta montaña. Permítame felicitarla por el feliz desenlace de su calvario.

Una sombra de languidez pasó por el rostro demacrado de Julieta.

—¿Y Francia, señor?

—Francia atraviesa por una época espantosa y ya no puede esperar sino el favor divino…

El estado de Julieta parecía conmover profundamente al anciano señor. Tomó en las suyas la mano enflaquecida de la enferma.

—¿Sabe, querida, que es muy probable que no sea ésta la primera vez en mi vida que la veo…? En aquella época debía usted ser un personaje bien pequeñito cuando fui a pasar un día en casa de sus padres recién casados… Aunque nunca fui un amigo muy íntimo de su padre, pertenecíamos, sin embargo, en nuestra juventud, al mismo círculo de relaciones…

Julieta emitió un corto sollozo, pero no logró llorar y se lanzó a un extraño parloteo hecho de frases entrecortadas:

—… Naturalmente… Después de la muerte de mi padre vendimos la casa… Pero mamá…, mamá vive ahora… ¡Ah, Dios mío! He olvidado el nombre de la calle… Seguramente no se ve usted con ella, señor. Pero probablemente conoce a mi cuñado… Es decir, aquel que está en el Ministerio de Marina… Es un alto funcionario… ¿Cómo se llama? ¡Oh!, mi pobre cabeza… Coulomb, por supuesto, Jacques Coulomb… Usted lo conoce… No veo sino rara vez a mis hermanas. Pero cuando regrese a París veré nuevamente a todos mis amigos y amigas, ¿no es así…? Usted me llevará a París…

Julieta se tambaleó. El almirante la sostuvo y Gabriel corrió a la tienda en busca de una silla. La enferma se sentó. No obstante su debilidad, no cesaba de hablar. Probablemente se sentía obligada a mantener una conversación. Su charla se hacía cada vez más mecánica, casi parecida al farfullar de un loro. Citaba siempre nombres nuevos que imaginaba pertenecían a conocidos comunes. El contraalmirante estaba evidentemente molesto. Por fin, hizo señas al joven oficial para que se acercara.

—Le encargo, amigo, de velar por todo y acompañar a la señora Bagradian… El *Jeanne d'Arc* es un barco de guerra y usted sabe que no se puede exigir comodidades a navíos de esta clase. Pero haremos todo lo posible por hacerle agradable el viaje, mi querida niña…

Ni aun después de haberse ido el almirante, a quien Gabriel acompañó un trecho, cesó Julieta en su mecánica locuacidad. El joven oficial que el jefe había dejado ahí para actuar en cierto modo de caballero servidor y protector, observaba angustiado a la desgraciada mujer de cuyos labios descoloridos brotaban continuamente nuevas preguntas a las que él no podía responder. Mientras hablaba parecía que en su organismo ocurriese algo terrible, pues su respiración se hacía penosa y se veía latir a toda velocidad la arteria de su cuello. También alrededor de sus ojos se formaban sombras cada vez más profundas. El oficial se sintió aliviado al ver que Gabriel regresaba y, poco después, los enfermeros que llevaban una camilla. Al principio Julieta se resistió.

—No, no; no quiero tenderme ahí… Sería demasiado vergonzoso. Quiero más bien bajar a pie…

Gabriel le acarició la mano:

—No podrías caminar, Julieta. Sé razonable y tiéndete. Créeme, si pudiera, me sentiría feliz de que me transportaran abajo.

Los dos rostros, de un blanco lechoso, se iluminaron con una sonrisa alentadora.

—No tenga miedo, señora; tendremos tanto cuidado como si usted fuera de cristal. No sentirá absolutamente nada.

Julieta terminó por ceder, y ya tendida sobre las angarillas, se calló completamente. Gabriel le llevó una manta, deslizó bajo su cabeza el almohadón que ella quería tanto y confió al oficial el bolso de Julieta. Enseguida pasó una vez más sus dedos por los cabellos de su mujer.

—Puedes estar tranquila… Nada importante… Nada importante quedará aquí… —Se detuvo bruscamente. El oficial le lanzó una mirada interrogadora. Gabriel le hizo una seña afirmativa. Los portadores levantaron la camilla y se pusieron en camino. Sato esperaba ahí cerca, muy excitada y dispuesta a erigirse en guía del convoy—. Ya me reuniré con ustedes —gritó Bagradian en dirección a Julieta.

Ésta hizo entonces un movimiento tan violento, que los portadores se detuvieron y colocaron la camilla en el suelo. Una

figura de loca, descompuesta, se volvió hacia Gabriel, y éste oyó una voz, que aún no conocía, aullar de un modo horrible:

—¿Me oyes?… Esteban… ¡Preocúpate de Esteban!

Ni en estas horas de liberación se había colmado aún la medida del dolor. En la tienda de Tomasian, alguien gritó:

—¡Gabriel Bagradian, haga el favor de venir!

Gabriel había pensado que Iskuhi se encontraría junto a su hermano enfermo. No se la veía en ninguna parte. Entró en la tienda de Aram. Todo lo que había sucedido antes se trocó en indiferencia de un modo inimaginable. Encontró al pastor en un estado de excitación febril.

—¿Dónde está Iskuhi, Gabriel Bagradian; en nombre del cielo, dónde la ha dejado usted?

—¿Iskuhi? Después de medianoche fue a pasar un momento conmigo en la colina junto a los cañones. Luego le rogué que viniera a acompañar a mi mujer…

—Eso es —exclamó el pastor—, hasta esta mañana estaba firmemente convencido de que ella estaba con usted en la línea de defensa. No ha regresado, ha desaparecido… He enviado gente a buscarla… Hace ya varias horas que la buscan… Los enfermeros franceses han querido llevarme, pero yo no abandonaré la montaña sin Iskuhi… Si le hubiera sucedido algo… No abandonaré la montaña…

Agarró el brazo de Gabriel y se irguió con esfuerzo, a pesar de su herida.

—Yo soy el culpable, Bagradian… No quiero explicarle esto ahora… Pero yo soy el culpable… Y si Dios, después de habernos dado semejante prueba de su favor, me castiga en particular en las personas de mi hijo y de mi hermana, eso sería justo… Mi mujer también ha sido un instrumento de castigo en la mano divina…

—¿Dónde está su mujer? —preguntó Gabriel con mucha calma.

—Ha bajado rápidamente a la costa con el pequeño. Le han dicho que allá había leche, y nada pudo detenerla…

Esta agitación interior agotó al enfermo. Trató de levantarse, pero cayó enseguida.

—¡Ah, desgracia! No puedo hacer nada, ni siquiera moverme. Haga usted algo, Bagradian. Usted también es responsable de Iskuhi… Usted también…

—Espere, pastor…, ya voy…

Gabriel pronunció estas palabras en un tono apático; luego se marchó, atravesó la plaza de las tres tiendas y se adentró un poco más allá. Pero ahí se detuvo, se sentó en cualquier parte y dejó vagar su mirada por el cielo azul. La misma idea volvía siempre a imponerse a su agotado espíritu; ¡esto es, pues, la salvación! Trataba de recordar la conversación que había tenido esa noche con Iskuhi. Pero no había retenido ni el más mínimo detalle, sólo una vaga sensación de resignación. Ella había regresado para hacerle recordar su antigua promesa, para estar junto a él en el momento decisivo. Él, en cambio, la había rechazado, la había obligado a marcharse al lado de Julieta. Era, sin embargo, muy natural; para ser franco consigo mismo, debía confesarse que tras la desgracia de ayer aún no había perdido su fe en la posibilidad de una salvación. En ese momento Iskuhi debía estar en algún sitio seguro. ¿No había sido acaso precisamente ésta su intención? Iskuhi había deseado de él algo que no podía darle; es decir, la fe en la ruina total. Incapaz de semejante convicción, él sólo había podido decepcionarla. ¿Dónde estaría Iskuhi ahora? Gabriel no habría sabido decir por qué, pero en el fondo del alma tenía la certidumbre de que Iskuhi no existía ya.

Gabriel Bagradian se equivocaba; Iskuhi vivía. Mientras llevaba a sus labios el silbato con que intentaba pedir ayuda a los que se encontraban cerca, Kework, el danzarín, ya había encontrado a la joven. La única explicación de esta larga ausencia era que por la noche Iskuhi, sin darse cuenta, había abandonado el sendero y se había caído en una grieta toda llena de arbustos. Esta fosa estaba, en realidad, situada fuera de los caminos generalmente frecuentados, en la zona más accidentada vecina a la terraza en forma de bandeja. En cuanto a conocer los motivos que la habían llevado a estos lugares inhospitalarios entre la medianoche y el alba, sería para siempre un

misterio. Fuera de algunos rasguños en las piernas y los brazos, la joven no se había hecho daño. Ni la menor herida, fractura o contusión; ni siquiera una distensión. Sin embargo, esta caída en la oscuridad ponía de manifiesto el estado de debilidad mortal en que Iskuhi vivía desde hacía varios días; por una parte, defendiéndose de él, y por otra, contribuyendo ella misma a empeorarlo. Felizmente, se encontraba también entre los enfermeros que transportaban a los últimos enfermos un joven practicante del *Guichen*. Éste le administró a Iskuhi un poderoso reactivo e insistió en que la bajaran inmediatamente a bordo a fin de prevenir peores consecuencias de aquella inanición. Sin demora y sin más palabras fueron atados a la camilla Iskuhi y el pastor. Gabriel tuvo apenas tiempo de ordenar a Kristaphor que después de sacado el equipaje quemara las tiendas con cuanto encerraban dentro.

Gabriel se mantenía junto a Iskuhi siempre que le era posible. En aquel sendero estrecho no había sitio para un hombre, y donde las paredes rocosas se precipitaban directamente al vacío, los portadores tenían grandes dificultades para salir ilesos, tanto ellos como sus cargas. A la cabeza del cortejo se divisaban las oscilaciones de la camilla en que era transportado el pastor herido; detrás iba Iskuhi, a cuyo lado caminaba el practicante. Los enfermeros descansaron tres o cuatro veces en algunas amplias rocas en forma de zócalos. En esos momentos Gabriel se inclinaba sobre Iskuhi. Pero tampoco podía hablarle, pues Tomasian estaba tendido a dos pasos de distancia, y el médico llegaba a cada instante para tomarle el pulso y hacerle beber un trago de leche. Gabriel murmuraba en voz baja frases entrecortadas:

—¿Adónde querías ir, Iskuhi…? ¿Qué intenciones tenías…? Allá…

La mirada de la joven respondía:

—¿Por qué me preguntas lo que no sé…? Era sólo un vértigo… Ahora apenas nos queda tiempo; mucho menos que ayer…

Él se arrodilló a su lado y pasó el brazo bajo su cabeza como para ayudarla a hablar. Pronunciaba al mismo tiempo palabras que ella apenas podía oír:

—¿Te duele algo?

Los ojos de Iskuhi comprendieron inmediatamente y contestaron:

—¡No! Ya no siento mi cuerpo. Pero sufro al ver el giro que han tomado los acontecimientos. ¿No habría sido mejor tal vez que no hubieran llegado estos barcos? Aunque también esto significa el fin, no es el nuestro, no es el que quisimos, Gabriel…

Los ojos de Gabriel no sabían expresar ni comprender el pensamiento con la perfección con que lo hacía Iskuhi. Por esto su respuesta resultó completamente equivocada:

—No es más que una pequeña bajada de tensión, Iskuhi…, el hambre… —Y volviéndose hacia el practicante, continuó en francés—: El doctor opina lo mismo que yo. En tres días, cuando lleguemos a Port Said, estarás ya completamente restablecida… Pues piensa, eres aún tan joven, tan joven, Iskuhi…

Los ojos de la enferma se nublaron y contestaron con gravedad:

—No deberías pronunciar palabras tan vulgares en semejante ocasión, Gabriel. Que viva o que muera, me es igual. Te equivocas si crees que busco la muerte. Es posible que viva. Pero, ¿acaso no sé que todo habrá cambiado cuando estemos a bordo de esos buques, para ti y para mí? En el momento en que dejemos de pisar la tierra del Musa Dagh, nuestra unión habrá terminado, ya no serás mi gran amor, ni yo tu hermana.

Gabriel pareció comprender por lo menos la mayor parte de estos pensamientos inexpresados. Lo que luego murmuró parecía un reflejo del idioma de la mirada de Iskuhi:

—Verdad… ¿Dónde estaremos… tú y yo…, hermanita?

Por primera vez se abrió la boca de la muchacha y formuló tres sílabas vibrantes de pasión que contradecían todas sus precedentes comunicaciones:

—A tu lado…

Los portadores de las camillas volvieron a emprender la marcha, terminando sin dificultad el trayecto. Ya se oía un ruido confuso de voces. Abajo, a orillas del mar, sobre el angosto litoral rocoso, la aglomeración se hacía verdaderamente peligrosa, pues había además

muchos marineros que buscaron cualquier pretexto para obtener el permiso de bajar a tierra. Por otra parte, ya estaban embarcando a los refugiados, operación acompañada por gritos de excitación y mil causas de desorden. Gabriel Bagradian era asaltado por todos lados por ruegos, deseos, exigencias y preguntas. Sin razón positiva, sus compatriotas establecían una misteriosa relación entre su persona y el milagro del salvamento. Y es que él, en calidad de aliado, estaba emparentado con la todopoderosa Francia, era el hombre enviado por Dios para ayudar a sus compatriotas del Musa Dagh en este momento del destierro como lo hiciera antes. Sus adversarios del consejo de jefes, especialmente los alcaldes de las aldeas y sobre todo Tomás Kebussjan y la *mouchtaresa* de ojos ratoniles, se perdían ahora en zalamerías. Tenía que abrirse paso a través de un gentío que le mostraba su agradecimiento y arrepentimiento. Cuando Gabriel consiguió llegar por fin hasta el desembarcadero improvisado, el bote preparado ya se había llevado a Aram y a Iskuhi, pues por orden del oficial encargado de organizar el transporte, se daba primacía a los enfermos. Hacía rato que también habían llevado a Julieta al *Jeanne d'Arc* en la lancha del contraalmirante. El sol proyectaba sobre el mar centenares de reflejos cuyo brillo hería la vista. Hileras de botes se acercaban a los cruceros, otros se dirigían deprisa hacia la costa. Iskuhi permanecía invisible, tendida en uno de estos barcos. Gabriel sólo pudo distinguir la silueta rígida de Howsannah sosteniendo, inmóvil, en sus brazos, el informe y miserable bulto donde reposaba el primer nacido del Musa Dagh.

El embarque se hacía con extremada lentitud. En efecto, había muchas dificultades que resolver. A decir verdad, fácilmente se habría podido instalar a más de la mitad de las comunas armenias en el vapor de transporte, pero los médicos se oponían a esta solución demasiado cómoda. Podía temerse lo peor al hacinar a miles de personas, sobre todo cerca de los enfermos. Por el contrario, se dispuso que en un barco irían los enfermos, los extenuados que probablemente estuvieran ya contagiados, los abandonados y los

sospechosos a fin de mantenerlos separados de la tripulación y de la parte sana de la población. Así es que este barco desheredado parecía, junto a los cruceros y al imponente *Jeanne d'Arc*, un refugio de miseria. Una comisión compuesta de oficiales y médicos sometía a cada armenio a un examen, por el cual controlaban su estado de salud y verificaban si era o no portador de parásitos; sólo entonces se le asignaba un destino. Los inspectores se mostraban extremadamente cuidadosos. Quien suscitara la menor duda, se veía inmediatamente relegado al barco transporte. De los dirigentes del Musa Dagh, sólo Ter Haigassun formaba parte de la comisión clasificadora. Desde hacía algunas horas, Bedros Hekim se había ido debilitando cada vez más. El médico había ordenado desde el primer momento que se lo llevaran al *Guichen*. También el maestro Hapeth Chatakhian se movía de un lado para otro a bordo de este barco sumergido voluptuosamente en las olas de la civilización occidental.

Respecto a los *mouchtars*, parecían considerarse libres de los cargos que como alcaldes les incumbían y no se preocupaba de nada. Sólo Ter Haigassun defendía los intereses de su pueblo; es decir, impedir a los oficiales y médicos que separaran inútilmente las familias y velar por enviar al barco transporte a aquellas que verdaderamente necesitaban esta medida. Gabriel Bagradian se acercó a la comisión de inspección instalada cerca del desembarcadero. Colocó la mano sobre el hombro de Ter Haigassun. El sacerdote volvió el rostro de nuevo sereno y de color de cera. Sólo su barba chamuscada y su cicatriz de quemadura recordaban los últimos acontecimientos en el Damlajik. Detenidamente fijó su mirada tímida aunque esta vez resuelta en los ojos de Gabriel, lo que hasta entonces sólo había hecho en muy rara ocasión.

—Me alegro de verle, Gabriel Bagradian… Tengo que preguntarle algo…

Ter Haigassun hablaba en voz baja; inútil precaución, pues los franceses de ningún modo habrían comprendido una sílaba de armenio:

—Los dos más culpables han desaparecido; quiero decir, Oskanian y Kilikian, y algunos otros…

—Kilikian ha muerto —dijo Gabriel sin sentir la menor emoción.

Un breve fulgor atravesó los ojos de Ter Haigassun; pareció haber comprendido. Luego, indicando la orilla donde se aglomeraban algunos armenios sospechosos:

—Quería preguntarle… ¿Cree que esos malhechores tienen derecho a ser salvados…? ¿No debería echarlos de aquí y enviarlos al lugar de donde vienen…?

Sin la menor vacilación, Gabriel respondió:

—¿Tenemos derecho, nosotros mismos, a ser salvados…? ¿Acaso somos nosotros los salvadores…? De todas maneras nosotros como salvados no tenemos ningún derecho a excluir a nadie.

Ter Haigassun sonrió levemente:

—Bueno… Sólo quería asegurarme…

El aspecto del sacerdote ya no era tan lamentable como en la madrugada. Uno de los capellanes de a bordo le había prestado una sotana. Su antigua costumbre de esconder las manos en su túnica, le obligaba ahora a hacer un gesto desacostumbrado en el lugar de los bolsillos de su nuevo traje.

—Gabriel Bagradian, me alegro de comprobar que ahora, como siempre, somos de la misma opinión…

Por primera vez su sonrisa reflejó la expresión de un sentimiento que casi parecía una avergonzada ternura. Durante largo rato, Gabriel presenció el examen médico. Pero su espíritu estaba totalmente ausente; sólo veía un vaivén, sin tratar siquiera de comprenderlo. Al poco rato, Ter Haigassun exclamó sorprendido:

—¡Cómo! ¿Está aún aquí, Bagradian? Precisamente ahora vuelve la lancha: del *Jeanne d'Arc*… ¿La ve…? No necesita quedarse para ayudarme. Su deber está cumplido y coronado de bendiciones. El mío no ha terminado aún. Váyase con Dios, y descanse. Yo iré en el *Guichen*.

Había en Gabriel una especie de resistencia interior que le impedía alejarse definitivamente.

—Tal vez aún vuelva a verle, Ter Haigassun…

Se mezcló con la muchedumbre que esperaba, y sin un fin determinado avanzó algunos pasos hacia el sendero que llevaba a la montaña. Awakian venía a su encuentro. Detrás de él aparecían Kristaphor, Missak y Kework llevando el equipaje de la casa Bagradian. El fiel muchacho había salvado todo lo que era posible transportar por el empinado sendero. Solamente había dejado en las tiendas las camas y otros utensilios. Gabriel sonrió:

—¡Hola, Awakian! ¿Por qué se ha tomado tanto trabajo? Esto parece como si fuésemos a hacer un fabuloso viaje a Egipto…

El estudiante miró a su patrón por detrás de sus anteojos con la cara del que, siendo pobre, sabe juzgar mejor el valor de las cosas que un rico inconsciente. Gabriel le pasó el brazo por los hombros, diciéndole:

—Una vez más solicito su ayuda, Awakian, amigo mío… Hace mucho rato que busco una solución… Mi necesidad de descanso no tiene límites. Pero sin duda no es reposo lo que me espera en estos próximos días. El contraalmirante me ha invitado como huésped durante la travesía. Por lo tanto, estaré obligado a conversar largas horas con gente que me es indiferente, relatar mis aventuras, vanagloriarme o hacerme el modesto, lo cual de todos modos me molesta. En otras palabras, una nueva clase de cautividad. Y yo no quiero eso. ¿Me comprende, Awakian? ¡No quiero eso! Siquiera por estos tres días quiero estar solo, ¡absolutamente solo! Así es que no apareceré a bordo del *Jeanne d'Arc*, sino que me refugiaré en el barco transporte. Allí no hay muchos oficiales. Me darán probablemente una cabina particular y así tendré un verdadero reposo…

Samuel Awakian hizo un gesto de sorpresa y de temor.

—¡El barco de transporte, *Effendi*! Pero será, sin duda, puesto en cuarentena.

—La cuarentena no me da miedo.

—Ese encierro puede durar más de cuarenta días.

—Si realmente lo deseo, me dejarán salir…

Entonces Awakian recurrió a argumentos más plausibles:

—Vais a ofender al contraalmirante que, a pesar de todo, ha sido

nuestro ángel tutelar…

—Evidentemente… ¡Y precisamente por esto necesito su ayuda, Awakian! Sin tardanza irá de mi parte a bordo y presentará mis excusas a esos señores: ya hallará una razón que valga. Dígales, por ejemplo, que han embarcado en el navío de transporte a nuestra gente menos segura, la que necesita una seria vigilancia; que en tan poco tiempo no se ha podido organizar el servicio de orden necesario, y puesto que alguno de nosotros debió asegurar la disciplina a bordo, yo me encargué de hacerlo…

Awakian no parecía muy convencido. Pero Gabriel insistió:

—Este argumento es realmente digno de fe. Puede estar tranquilo. Un viejo soldado, un viejo marino como el almirante, no dejará de reconocer la importancia de tales escrúpulos. Créame, no encontrará en esto nada de extraordinario… Entonces, cuento con usted, Awakian…

Pero el estudiante aún vacilaba:

—En estas condiciones, no nos veremos durante días…

Había cierta angustia en sus palabras. Pero Gabriel miraba obstinadamente hacia el desembarcadero.

—Ya es hora, Awakian. Sin duda es la última vez que vuelve hacia aquí la lancha del *Jeanne d'Arc*. Guarde bien hasta nueva orden los papeles que le he confiado.

El bote advirtió con impacientes toques que anunciaban su partida; Awakian apenas tuvo tiempo de estrechar la mano de Gabriel. Éste lo siguió con la vista, embebido en sombríos pensamientos. Luego fue a preguntar a uno de los oficiales cuándo partirían los botes del navío de transporte. Como la mayoría de los enfermos ya estaban a bordo, se le contestó que sólo faltaban los sospechosos… «Eso durará algunas horas», se dijo Bagradian a la vista de la muchedumbre aglomerada alrededor de la comisión de inspección. Esta comprobación estaba lejos de desagradarle, y por otra parte estaba contento de haberse librado de la invitación del contraalmirante y de la estancia en el *Jeanne d'Arc*. Lentamente se dirigió hacia el sendero de la montaña. Le quedaba aún tanto tiempo antes del embarque y era tan agradable poder escaparse del

griterío de las mujeres, de ahí abajo, y del ardiente sol de septiembre, y ponerse tranquilamente bajo una sombra… Continuando su camino, Gabriel pasó frente al lugar donde se reunía a los sospechosos que no debían entrar en contacto con los elementos privilegiados de la población. Bagradian examinó a sus futuros compañeros de viaje. Sato le sonrió con una mueca, y corrió algunos instantes a su lado tendiendo su mano de mendiga, cosa que jamás hiciera en Yoghonoluk. Algunos de los desertores se pusieron de pie al verlo, para manifestar un inoportuno arrepentimiento. Nunik y las otras plañideras permanecían sentadas sobre sus sacos esperando aún llevar a tierra extranjera todo su mohoso tesoro, recuerdo de su patria. En la mano izquierda tenían sus largos bastones de pastores y con la derecha se tocaban el pecho, la boca y la frente para saludar al señor Gabriel Bagradian, último vástago de este nombre, hijo de Mesrop, nieto de Awetis Bagradian, el gran benefactor de su pueblo y fundador de iglesias. Nunik, la mujer sin edad, saludaba al niño que en su nacimiento fuera ayudado secretamente por ella, al trazar cruces sobre la puerta y las paredes para ahuyentar al mismísimo demonio, aun sin el consentimiento y a escondidas de Bedros Hekim. Los viejos ciegos con cabezas de profeta, sentados en el suelo, cantaban en voz baja. Grandes moscas se habían instalado sobre sus órbitas, pero ellos no se molestaban en espantarlas. Ninguno de los acontecimientos sucedidos les llegaba al alma; el porvenir los dejaba indiferentes; aquellos viejos con cabezas de profeta canturreaban suavemente sin preocuparse de nada. Apenas preguntaban lo que había sucedido; ellos no abandonaban su patria, no oían sino sus voces interiores, se dejaban conducir por Nunik, Wartuk y Manuchak, acostumbradas a guiar ciegos, e irían pues a donde se les ocurriera ir a estas mujeres. Su melodía suave era a la vez una queja y una satisfacción que subía bruscamente a un tembloroso tono de falsete.

Precisamente esta melodía como un murmullo hirió el corazón de Gabriel. Esos sonidos le evocaban la imagen de Esteban. Continuó ascendiendo el sendero para no oír el canto de los ciegos. Pero volvió a oír la charla mecánica y alucinada de Julieta. Luego el

último grito que le dirigió era: «¡Preocúpate de Esteban!». Cada vez aceleraba más la marcha embebido en profundos pensamientos de los que no era consciente. De repente se detuvo sorprendido de ver la altura a donde había llegado. El lugar parecía especialmente agradable. Era como un sillón natural tallado en la roca, sobretechado de arbustos y mirtos y hasta provisto de un respaldo con musgo. Este lugar le agradó; se sentó. Desde allí podía observar perfectamente la agitación que reinaba abajo en la costa y los cinco navíos gris-azul, inmóviles, fijos en la dulce marea. El barco de transporte era el más alejado de los demás. El *Guichen*, donde ahora se hallaba Iskuhi, era el más próximo a la orilla. Los armenios salvados caminaban uno tras otro por el pasaje endeble para llegar hasta los botes. A veces la frágil construcción vacilaba, el agua salpicaba por los lados y las mujeres lanzaban gritos agudos. Este cuadro alejó toda preocupación del espíritu de Gabriel. La muchedumbre parecía igualmente densa. Sí, aún tengo mucho, mucho tiempo, pensó. Pero no debería haberlo creído; tampoco debería haberse detenido en este sitio agradable, igual que el viajero transido de frío no debe tenderse en la nieve. El espectáculo del embarque, monótono, flotaba indeciso ante sus ojos. Y Dios envió un profundo sueño a Gabriel Bagradian. Este sueño era el resultado de todas las fatigas, de todas las trasnochadas de los cuarenta días heroicos. Ninguna voluntad humana habría sido capaz de rechazarlo.

Cuando al atardecer una madre ve que su niño apenas mantiene abiertos los ojos, dice: «Se muere de ganas de dormir».

Gabriel Bagradian moría, él también, de ganas de dormir, o más bien…, ganas de morir.

Capítulo VII

De lo inexplicable en nosotros y sobre nosotros

Cinco sirenas de navío hacen oír sus estridentes llamadas. Sus diferentes sonidos y diapasones se confunden; los hay breves, amenazantes y huecos. Gabriel Bagradian abre tranquilamente los ojos. Su mirada busca la imagen movediza que por un instante cree haber abandonado. Las olas, ahora más agitadas, asaltan impetuosas las rocas de la orilla, donde ya no aparece ninguna silueta humana. El desembarcadero aparece ahora hecho pedazos. El *Guichen* ha hecho una maniobra. La proa vira hacia el suroeste para hendirse hacia alta mar. Los demás barcos de la escuadra lo preceden. El *Jeanne d'Arc* se introduce mediante una lenta maniobra en el centro de esta figura. Gabriel observa atentamente este cuadro. Luego, de repente, se pregunta: «¿Y Ter Haigassun? ¿No se ha dado cuenta? No, puesto que me cree a bordo del *Jeanne d'Arc*». Entonces Gabriel se levanta precipitadamente, llama y hace señas con los brazos. Pero su voz no va muy lejos, ni sus movimientos son los de un desesperado. A estas horas el sol cae sobre el promontorio de Ras el Chansir, y los desfiladeros del Musa Dagh están sumergidos en una oscura sombra. Por poco razonable que fuera, Bagradian debería descender hasta el acantilado, escalar alguna roca sobresaliente y hacerse notar por todos los medios. El puente del *Guichen* está lleno de armenios apoyados en la baranda, para decir adiós a la montaña de su vida, que en este momento parece seguirlos con la vista, enojada, como un asesino defraudado. A pesar de la ruidosa

respiración del mar y el trepidar de la hélice, sería imposible que alguien sobre cubierta, o en los puentes, no percibiera las llamadas de Gabriel Bagradian. Pero el desgraciado no abandona su sombrío refugio; hasta deja de gesticular y de gritar, como si estuviera extenuado de llenar inútiles formalidades. Y, en efecto, Gabriel está profundamente sorprendido de comprobar la tranquilidad que lo embarga. Un hombre en su situación debería vociferar como un loco pidiendo ayuda. Debería lanzarse al agua, nadar tras el barco hasta hacerse recoger o ahogarse, poco importa. ¡Los navíos se alejan tan lentamente! ¡Aún estaría a tiempo!

Gabriel no consigue comprender su calma. ¿Será que el sueño aún paraliza su sangre? Su cantimplora, que los franceses habían llenado de café y de coñac, está allí a su lado en este agradable rincón. Queriendo despertar en él un sentimiento de desesperación, bebe a grandes sorbos. Pero este líquido reconfortante ejerce una acción contraria. Su sangre circula con mayor actividad y sus músculos empiezan a moverse, pero su calma no adopta en absoluto la forma de un grito de alarma ni de una mortal angustia. Sólo adquiere un carácter más activo que se transforma en una alegre seguridad. El hombre terrestre y material que vive en Gabriel siente al principio vergüenza. «Voy a subir hasta un lugar elevado y a hacer una bandera con mi chaqueta». Pero esta tentativa está desprovista de todo valor práctico. Gabriel sólo trata de engañarse a sí mismo. Sólo porque desea subir y no bajar. Ahora se pregunta, naturalmente: «¿De qué viviré?». Busca en los bolsillos de su abrigo. Posee tres panecillos blancos y dos barras de chocolate. Respecto a los bolsillos de la chaqueta, no contienen ningún comestible: el mapa del Damlajik, algunas cartas viejas y anotaciones, una cajetilla de cigarrillos vacía y, por último, la medalla del agá Rifaat Bereket con su inscripción griega. Tiene en la mano esta delgada pieza de oro. De repente recuerda que antes del gran éxodo había vuelto por última vez a la villa para buscar la medalla. ¡Más valdría que no se hubiera molestado! Le parece que debería arrojar lejos de sí este nefasto amuleto. Pero nada hace y vuelve la medalla a su lugar pensando en el sentido de la inscripción; jamás, ni siquiera durante

los primeros días de la defensa, Gabriel se había sentido tan bien dispuesto y fuerte como en este momento. Sus piernas no sienten el menor cansancio. Sus rodillas se pliegan con alegre elasticidad, su corazón ya no sufre palpitaciones, y antes de saber cómo ha sucedido, alcanza el lugar elegido, que se encuentra muy alto sobre el mar. Gabriel avanza sobre el promontorio rocoso para agitar el abrigo sobre su cabeza. Pero apenas empezadas estas demostraciones, deja caer los brazos. Y al mismo tiempo comprende con deslumbrante claridad que no desea en absoluto ser visto por los barcos, y que su situación actual no es la consecuencia de una cruel casualidad sino de una misteriosa decisión que no sólo proviene de la voluntad de Dios, sino también de él mismo. ¿Qué decir de esto? Se somete a un examen y no llega a descubrir ningún indicio de perturbación mental ni afectiva. Su espíritu es tan lúcido como tranquilo está su corazón. Sólo siente la impresión de liberarse de un pesado sopor que hasta entonces lo dominara. Todo en él se revuelve con una fuerza de conciencia que le era desconocida.

Se aleja de la perspectiva del mar. Su cuerpo, ahora tan ágil, escala a grandes pasos el intrincado sendero; es un camino en zigzag lleno de piedras y palos, hollado por numerosos pies armenios y bordeado de rocas, zanjones y abismos. Pero la lucidez de Gabriel es tan grande, aun en el dominio físico, que no necesita fijarse en las indicaciones del camino, ni cuidarse de la proximidad del peligro. En semejante estado sabe, positivamente, que no puede equivocarse ni tener una fatal caída. Sus facultades de reflexión trabajan con igual regularidad que su pulso. Su orgullo lo guía así por este sendero. He aquí por qué esta mañana se había sentido casi desilusionado al oír el milagro anunciarse en el mar con un ruido de trueno. He ahí por qué había sentido ese malestar casi inexplicable al oír a Su Excelencia decirle que llevaría al pueblo del Musa Dagh, y por consiguiente a él mismo, a Alejandría o Port Said. Ese malestar ya contenía en germen el gran deseo que ahora experimenta. Desde el primer instante del salvamento general tuvo el presentimiento de que para él no sería ese regreso a la vida, justo por eso, porque el verdadero Gabriel Bagradian que naciera en esos

cuarenta días debía ser realmente salvado. ¿Dirigirse a Port Said o a Alejandría? ¿Vivir allí en una barraca, o en un campamento de refugiados armenios? ¿Dejar el Musa Dagh por una pocilga demasiado estrecha y miserable para un hombre? ¿Caer desde la cima del libre albedrío al servilismo, esperando un nuevo favor? ¿Y para qué? Recordó una antigua frase de Bedros Hekim: «Ser armenio es imposible». ¡Qué gran verdad! Pero ya no existe nada imposible para Gabriel Bagradian. La única posibilidad lo colma de una seguridad indescriptible. Ha compartido el destino de su sangre. Ha dirigido la lucha del pueblo de su patria. Sin embargo, ¿es sólo de sangre el nuevo Gabriel? ¿Acaso no es más que un armenio este nuevo Gabriel? Antes él mismo se consideraba y reprochaba el ser «un hombre abstrácto», «un hombre en sí». Pero aún debía pasar por el cerrado tamiz de la comunidad para llegar a serlo realmente. He aquí por qué ahora se siente tan inconmensurablemente libre. Es una soledad cósmica. Se ha realizado su anhelo como ningún mortal lo experimentara antes. Cada vez que respira se embriaga con esta independencia. Los barcos se alejan y Gabriel se queda en esta pendiente rocosa del Musa Dagh, que allí se extiende tan solitaria como en el día de la creación. Sólo dos han quedado allí, Dios y Gabriel Bagradian. Y Gabriel Bagradian es un viviente receptáculo de la gracia divina, más real que todos los hombres y que todos los pueblos.

Llegado a la cima de este orgullo, se siente atacado por cierta debilidad. ¡Las mujeres! Donde hay mujeres hay culpabilidad masculina. Gabriel se halla en el mismo sitio donde hoy los enfermeros se detuvieron y donde la mirada de Iskuhi habló de adiós. Sin embargo, no ve a Iskuhi, sino a Julieta en su traje de noche. ¿Qué será de ella? Gabriel permanece un momento inmóvil. Los barcos se alejan lentamente. Todavía no han llegado a la superficie más elevada del mar. Tal vez los hombres de la tripulación instalados en el gran mástil pudieran aún verlo si hiciera señas con su abrigo. Pero es otro el pensamiento de Gabriel. Julieta estará libre y le será fácil volver a adquirir la nacionalidad francesa. Desde que se establezca que su marido desapareció, el almirante y todo el mundo

la tomarán amablemente bajo su protección. Este claro razonamiento aumenta el sentimiento de libertad de Gabriel. Ahora camina con paso más reflexivo, la cabeza algo inclinada, a lo largo de un campo lleno de piedras antes de llegar al bosque y a los matorrales. Gabriel acaba de virar dos veces siguiendo el sendero; de repente se estremece. ¿Es posible que en el último momento Iskuhi se hubiera escondido para quedarse aquí y estar con él? Durante los primeros siguientes segundos esta suposición no le parece tan absurda ni fantástica. Hasta sus sentidos llegan a creerlo firmemente, pues oye tras sí los pasos de Iskuhi. Distingue el taconeo nítido y preciso de la muchacha. «¿Dónde estaremos, hermanita, tú y yo?». Ha mantenido su palabra: «A tu lado». Gabriel no se vuelve, corre hacia adelante y luego se detiene. El paso liviano y regular de Iskuhi sigue detrás, incansable. Se oye a cada momento con mayor claridad un paso femenino que sube la pendiente. Hay ruidos en el sendero, la tierra cruje, las piedras ruedan. Gabriel espera. Iskuhi ya debería haberlo alcanzado. Pero la cadencia regular del paso resuena como un tic-tac cada vez más cercano y cada vez más lejano. Luego comprende que ese paso de Iskuhi resuena dentro de sí. Desliza su mano a lo largo del cuerpo y coge el reloj, culpable de esta ilusión. A medida que saca el reloj del bolsillo, el tic-tac se acentúa, ya no parece un paso femenino, sino los golpes obstinados de un martillo golpeando la roca. La soledad exagera los sonidos. ¿O es el tiempo personal de Gabriel que se intensifica para tomar parte en la ascensión de su vida?

Aún sostiene el reloj en su mano mientras la sombra, al desaparecer, cede su lugar a la suprema certidumbre. Su sueño anterior no fue ordinario. Era un sueño previsto por el destino para fortalecerlo y ayudarlo a cumplir su misión. Sin él, habría vuelto a su anterior estado de ánimo. Pero Dios tuvo otras intenciones. Pero, ¿cuándo sucedió esto? ¿Se lo había imaginado o siquiera preguntado: «Desde hace algún tiempo tengo la firme convicción de que Dios me tiene reservado algo»? Y ahora ya conoce estas intenciones en toda su extensión. Ya no sólo es un sentimiento de libertad y de alegre esperanza lo que le embarga. No; es una impresión

radicalmente nueva. Experimenta una dicha inmensa al reconocer este lazo sobrenatural, y un rayo espiritual lo atraviesa: «Una mano dirige mi vida; así es que nada tengo que temer». Sigue caminando, con los brazos ligeramente separados del cuerpo; nada siente del camino. Vuelven a interrumpirse las rocas; una amplia perspectiva se presenta. El horizonte del mar parece cada vez más alto. La escuadra se aleja progresivamente, habiendo tomado la forma triangular de un vuelo de cigüeñas hacia lejanías infinitas. Pero Gabriel ya no se interesa en los barcos. Mira el cielo de la tarde cuyo azul se tiñe paulatinamente de oro viejo. Ahora concibe todo el poder del Padre, tal como se lo imaginaba en su pequeña infancia. La cúpula celeste se curva más y más; ya no es un frío espacio astronómico, sino el lugar donde son recibidos los elegidos. Ya se pierde el camino en el último ascenso. Gabriel no siente la subida. Sigue con los brazos separados y la mirada fija en el cielo estriado de sombras. Cada uno de sus pasos es una ofrenda. Pero allá arriba ha desaparecido toda rigidez. También siente que desde allí viene a acogerlo un sacrificio complaciente.

Atraviesa el espacio de rododendros y mirtos. ¿Acaso no tendría que buscar luego un escondite seguro para poder pasar la noche? Pues ningún mortal podrá sobrevivir hasta el crepúsculo con la vida que lleva en ese momento. Nada en él indaga. Sus pies lo conducen por los caminos acostumbrados y llega a la plaza de las tres tiendas. Las tiendas están hechas de género impermeable e ininflamable, así es que aún se hallan intactas. El fuego ni siquiera ha podido penetrar en el interior. Allí están las camas en perfecto estado. Gabriel pasa sin detenerse frente a la tienda de Julieta. Al salir de la cabaña del pueblo, se detiene indeciso. Se siente atraído por el norte, hacia la trinchera principal, su gran obra. Pero de súbito cambia de dirección y se dirige hacia la colina donde se hallan los obuses. Tal vez siente curiosidad por ver si los marinos franceses consiguieron destruir los cañones. Entre la cañada del pueblo y el sitio de los obuses se extiende el gran cementerio. Cuatrocientas tumbas hallaron lugar en la delgada tierra de la montaña. Aquellas de los *primeros tiempos tienen bloques calcáreos y piedras* sin tallar con

inscripciones en negro. Las tumbas posteriores sólo tienen una cruz de madera desnuda. Gabriel avanza hacia la de Esteban. La tumba está aún fresca. ¿Cuándo lo trajeron allí? El día treinta, y hoy es el cuarenta y uno. «¿Cuánto tiempo ha transcurrido desde aquel día en que me sorprendió aquí dormitando? Ahora, de nuevo soy yo quien viene a sorprenderlo. Y estamos, como antaño, los dos solos en el Musa Dagh». Gabriel permanece allí; no sólo piensa en Esteban, sino también en mil incidentes ocurridos durante aquella época de lucha. Nada perturba la calma que en él reina. Apenas se da cuenta de la puesta de sol.

Cuando de repente siente la frescura y la oscuridad, resueltamente sacude su sopor. ¿Qué es eso? Cinco sirenas de barco distintas suenan al unísono, amenazantes, inextinguibles y sin embargo tan infinitamente lejanas. Gabriel recoge bruscamente su abrigo. «Acaban de descubrir mi ausencia. Me llaman. ¡Rápido, a la terraza del promontorio! ¡A encender un fuego! ¡Tal vez, puede ser…!». La vida bulle de nuevo dentro de él. Pero, al primer paso, retrocede. Algo que se arrastra se acerca en semicírculo. ¿Son los perros salvajes? Sin embargo, no se ven brillar ojos en el crepúsculo. El semicírculo se detiene a una distancia de diez pasos. Gabriel finge no darse cuenta, mira al cielo, retrocede un paso e, inclinándose, se esconde detrás de la tumba de Esteban. Pero de improviso cruzan por el lado uno, dos, luego tres relámpagos.

Gabriel tuvo suerte. La segunda bala turca le rompió la sien. Se aferró a la cruz de madera, la arrastró en su caída…

Y la cruz de su hijo reposó sobre su corazón.



FRANZ WERFEL (Praga, 1890 – Beverly Hills, 1945) es, junto a Stefan Zweig, Franz Kafka, Martin Buber y Max Brod, uno de los grandes escritores de Viena de los años veinte del siglo pasado. En 1921 recibió el premio Schiller y en 1925, el premio Grillparzer. En 1929 se casó con Alma Mahler. Al entrar las tropas de Hitler en Austria en 1938, huyeron hacia Francia y cruzaron secretamente los Pirineos. En octubre de 1940 llegaron a Nueva York y finalmente se establecieron en Beverly Hills, donde Werfel murió mientras corregía las galeradas de los poemas escritos entre 1908 y 1945. Poeta, novelista, dramaturgo y ensayista, es el autor de una obra extensísima.